



Digitized by the Internet Archive
in 2014



BIBLIOTECA DE GASPAR Y ROIG.

AP60
.M86
1851

RECUERDOS DE UN CIEGO.
VIAJE
AL
REDEDOR DEL MUNDO

POR

Santiago Arago.

Enriquecido con notas científicas por Mr. FRANCISCO ARAGO,
DEL INSTITUTO,

y precedido de una introducción
por Mr. JULES JANIN.



M. ARAGO.

MADRID

GASPAR Y ROIG, EDITORES

calle del Príncipe, núm. 4.

1851

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

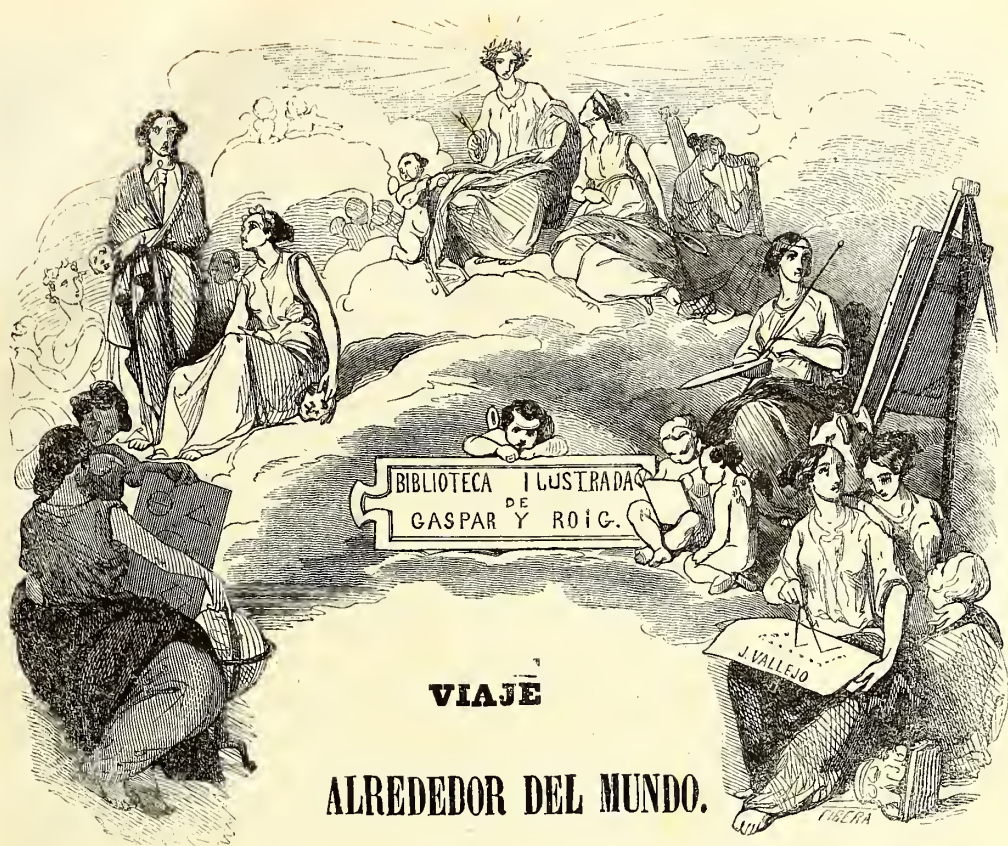
PHYSICS DEPARTMENT

1911

1911

1911

1911



INTRODUCCION.

El que adquirió esta nueva edición de los *Recuerdos de un ciego*, pidió luego un prefacio á su autor. Mr. Santiago Arago se estaba ocupando de hacerlo, cuando apareció en los debates un análisis de esta grande obra. Mr. J. Janin, cuya pluma es tan elocuente y cuyo juicio es de tanto peso, acababa de dar noticia de los cuatro volúmenes, ensalzados ya antes por todos los diarios: el editor, para encomiar su empresa, ha creído mas oportuno poner en cabeza de estos *Recuerdos*, las cortas páginas, embellecidas, llenas de alma, de fogosidad y de originalidad, que caracterizan tan bien al redactor del folleto del diario de los Debates. Mr. Arago, por un sentimiento de delicadeza bien comprendido, quiso ante todo, oponerse á esta publicación; pero como debía alguna atención al que le habia dedicado tantas columnas, no pudo menos de ceder ante una consideracion tan poderosa.

Mr. J. Arago, se envanece pues del mérito del elocuente crítico, y nuestro libro se enriquece con algunas páginas que aumentan su valor. Son estas:

No tengo tiempo para escribir un preámbulo, el viento sopla, el buque se mece en el puerto, tenemos que dar la vuelta al mundo: ¡partamos pues! Apenas nos es permitido echar una mirada de despedida y de pesar sobre Tolon, en donde tuvo lugar la primera victoria del soldado Bonaparte. Tolon está unido al mar, como lo está el castillo al foso y como el buque lo está á su bote. Ya nos hallamos en alta mar. ¡Escuchad! hénos aquí ya en medio de una tempestad. Si, es verdad, estais servido á medida de vuestro deseo, porque veis el espectáculo de una

TOMO II.

tormenta el primer dia de estar embarcado: por todas partes retumba el trueno, el viento silba por todas partes: pero mas allá de este viento, están, Barcelona, las Islas Baleares, la España y Gibraltar. Se hace escala en Gibraltar, monton de cañones ingleses arrojados en medio del mar. Entre esas anchas bocas se estiende una especie de ciudad bien y mal habitada por toda clase de bandidos, de ladrones, de contrabandistas, de mendigos y de soldados. Pasemos pronto, y si os place, saludemos de lejos el pico de Tenerife; á cuarenta leguas, la elevada montaña enseña aun en el cielo su amenazadora frente. Se pasa la Línea con todas las locas ceremonias de los marineros cuando están de buen humor. Este dia, nuestro viajero, Santiago Arago, el mismo hermano del rey de los reyes del observatorio, que se iba entristeciendo, por no haber contraído aun amistad con nadie, siendo él un alegre, sincero y jovial compañero, se capta por verdaderos amigos á dos viejos marineros del buque, Petit y Marchais. Figuraos dos lobos marinos, de piel curtida, de mano tan dura como el hierro, de cabellos rulos, de ojos hundidos y de vientre igual, de estómago abrasado, pero de alma tierna y corazon honrado: Marchais, verdadero bandido duro de cocer, siempre con el puño cerrado, el pie levantado y con los dientes dispuestos para morder, apaleado unas veces y otras apaleando, terrible, furioso, ébrio, es dócil como un cordero cuando se le sabe comprender y llevar. Petit por la inversa, es maligno, socarron, burlon, y de buen ingenio, amigo de Marchais tanto como este lo es suyo. Entre este Orestes y Pilades del agua salada, tuvo nuestro viajero la fortuna de poner primero el brazo, despues la cabeza, por último el corazon; ¡y ya está contento en la galera! Ahora que tiene sus dos amigos verda-

deros desafia al fastidio á que no se vuelva á apoderar de él. Es además, joven y hermoso, fogoso y valiente; su mirada viva y limpia se apodera de la inmensidad: maneja con igual gracia el pincel y la pluma, la flauta y la guitarra, el sable y los cubiletes; es músico, es poeta, es enamorado á sus horas, y lo que es aun mas, ha obtenido una alta paga de seiscientas libras anuales.

Hé aquí pues lo que me agrada en todo este viaje: se trata de la contemplación de un espíritu nuevo en viajes, se va á dar realmente la vuelta al mundo como puede y debe hacerlo un poeta: y en todo esto la ciencia terrestre y marítima, ciencia ya tan vulgar como el A B C, cede el paso á la fantasía, á esa rara y buena fortuna de los jóvenes enamorados y poetas. La fantasía, es el capitán en este viaje. Manda ella en los vientos y en las tormentas; dice la hora de la salida, la del arribo y el tiempo de permanencia. Una vez soltada, guardaos, seáis quien seáis, salvajes ó civilizados, blancos ó morenos, mulatos ó negros, amos ó esclavos, marinos ó infantes: pertenecéis á esa gran señora que se llama poesía. ¡La fantasía! hé aquí un viajero como deseo; todo le viene bien, la berlina tirada por cuatro caballos, y el báculo del peregrino, el caballo de labor y el de carrera, el bote y el navío, el Océano y el arroyuelo de la pradera; todo le conviene y hasta la nuez de la reina Titania vaciada por el diente de la ardilla. A ese feliz viajero, que se va, vuelve, se detiene un poco por casualidad, flojo á la par que furibundo, siempre con prisa para marcharse, ansioso siempre de llegar, y diciendo á cada paso sin embargo, esta palabra del Evangelio: — *Señor, estamos bien aquí, y levantemos, si lo permitís, tres tiendas*: á tales viajeros es preciso ponerles un freno. No les pidais ni orden, ni método, ni ciencias, ni el movimiento regular, ni estudio: tienen aun mas que todo eso; tienen la casualidad y la inspiración, tienen el golpe de vista, saben adivinar y escoger, tienen la palabra pronta y viva, la mano firme, la cabeza altanera, la mirada asegurada; en una palabra, en nada se parecen á cuanto sabemos de viajes y viajeros pasados y presentes.

El viajero de que os hablo es de esta clase, solo así mismo obedece, no se apura mucho en buscar y seguir las huellas de sus antecesores: obra, con el mundo que se presenta ante sus ojos, lo mismo que si fuese el primer llegado á este universo del que se hace juez supremo y sin apelación. A nadie refuta, á nadie comenta ni á ninguna persona cita. De aquí, no se qué novedad escitante y difícil de hallar en un viaje alrededor del mundo, ese inagotable objeto de vagancia serios ó pueriles, en el que vuelven á aparecer por necesidad los mismos nombres, las mismas observaciones, los mismos descubrimientos. Escuchad por ejemplo á ese entusiasta Arago (todos lo son, hasta el sabio) cuando está en el Brasil: tierra feraz, naturaleza privilegiada, brisa que sopla, sol divino, ríos poblados, espacio lleno de aves, árboles cargados de fruto; montañas llenas de plata y hierro; arroyos que llevan oro, vigor, salud, hermosura, valor, buenas arboledas y grandes monumentos, nada falta allí. Con este motivo, nuestro viajero entona el himno de acción de gracias, que debió ser cantado por los dos enviados á la tierra de Canaan, cuando volvieron agobiados bajo el peso de los racimos de uva y de las espigas de trigo. Nunca, ni en parte alguna habeis hallado un entusiasta menos incansable. Empero, si no os recrean las historias de negros y esclavos, si los mas horrorosos portadores de sangre, de palos, de increíbles asesinatos y de vicios sin freno os espantan, pasad por alto algunas páginas de este libro, porque en él teneis un capítulo lleno de estas descripciones.

¡Pero las mujeres! ¡oh! ¡las mujeres del Brasil! Parecen fuego encubierto por una hermosa carne

morena, suave y reluciente. Están todas llenas de perlas, de rubíes, diamantes y cadenas de oro: las colas de sus largos vestidos son llevadas por bellas esclavas. Su vida es una vida enteramente horizontal: el amor, el sueño, la incuria: ¿quieren divertirse? hacen llamar un esclavo: — *Acuéstate aquí*. El esclavo obedece, y sin embargo, esas hermosas mujeres, armadas con un látigo de mango de marfil cincelado, buscan con una sonrisa cruel los sitios mas sensibles de esa criatura humana que está á sus pies. La que arranca con su sangrienta correa el mejor pedazo de carne negra, es la que gana. Añadid á ese amable conjunto, espantosos frailes de todos colores, templos profanos llenos día y noche por toda clase de citas amorosas, y antropólogos en los bosques. — ¡Y con todo esto, nuestro dichoso hombre, encuentra en esos bosques de canibales, verdaderas hijas de Paris, tan encantadoras, tan bien adornadas, llenas de hermosas cintas, de ojos finos y dentadura blanca como el marfil! Iban por su parte á presenciar cómo podían los señores salvajes comerse un hombre asado. — Ha visto tambien albinenses con sus ojos encarnados y cabellos blancos; bouticoudos de largas orejas; feroces tupinambas; paskicios no menos feroces; les ve, les toca, les habla, y se retira sano y salvo de entre esas fieras aulladoras y fétidas; y lo que es aun mas extraño, es que sueñe en civilizarlos. Los sueños de J. Arago son hermosos, llenos de fuego, de humanidad y de pasión, dejémosle soñar ahora que las velas se lo vuelven á llevar. No hace mucho que estaba en el Brasil, héle aquí ahora en el cabo de Buena-Esperanza, codo con codo con el gigante Adamastor del Camoëns. La ciudad del Cabo es blanca, elegante y coqueta. Al ver tanto orden, limpieza y simetría, se conoce que los holandeses han pasado por ese punto. ¿Pero adónde se dirige nuestro intrépido viajero? ¿Por qué no se detiene en esos umbrales hospitalarios á la sombra bienhechora de esos toldos? ¿No descansa nunca este hombre? ¿no piensa ahora ni en descanso ni en toldos! trata de subir á esa alta montaña, en cu ya cima quiere sentarse antes que las nubes la cubran como con una sábana. Así es que trepa, y trepa á pesar del sol: ¿y qué halla en lo alto? ¡Un parisiense con botas de charol, traje negro y guantes amarillos! ¡Un parisiense del balcon de la opera y del café Tortoni! Hé aquí una felicidad: ver parisienses entre los albinenses, los bouticoudos y los tupinambas: ¡encontrarse con un parisiense nada menos que en la cúspide de la Tabla! ¡Y lo que es aun mas, con el hijo de la señora de Jorge Cuvier! pues ese era el que halló nuestro viajero.

Una vez en el Cabo, y cuando os habeis sentado sobre la sábana de la Tabla, ¿qué puede hacer un caballero de la tabla redonda, sino ir á la caza del Leon? Así como nosotros cazamos por acá las liebres, allá se cazan los leones; no hay mas diferencia que la caza del leon está permitida todo el año, sin que haya épocas de veda como entre nosotros, y esto debe agradar mucho á los aficionados. El Leon es una buena caza, prefiere á todo la carne del negro: la del blanco tiene para él menos sabor; ¡yo, comer hombre blanco! ¡jeanalla, especie de bobo! ¡No quiera Dios que abra la boca por tan poco! Este depravado gusto del leon por la carne negra se la proporciona muy buena á los cazadores, por poco blancos que sean. Sois blanco, vais á caza con un negro, tirais, no acertais al leon, la fiera corre hacia vos y... el negro es el devorado. Mientras el leon acaba su festin entre las malezas, le tirais á pie quieto. — Un frances, llamado Rouviere, era en ese tiempo el mayor comedor de leones que habia en todo el Cabo. Rouviere olfatea al leon, como este olfatea al negro. Nunca está mas contento Rouviere que cuando se le dice: Los búfalos han resollado y patcado. Entonces Rouviere se va solo, sin negro, en persecución de

la fiera. Se dirige contra el león á paso de lobo, le espera de día y de noche; si le encuentra dormido, Rouviere, como leal campeón, esclama: ¡Ho!a! ¡despiértate! ¡despiértate! Y luego que el león ha sacado la cabeza de la cueva y las garras de sus cuatro patas, y los colmillos de su boca, y su ojo sangriento de la órbita, hé aquí que Rouviere ataca á su enemigo cara á cara; esta es su satisfacción, su alegría. En cuanto á la Vénus hotentote, Arago tiene mucha razón en irritarse contra esa cualidad toda griega de la Vénus, aplicada á esa abominable legumbre que se llama una hotentote. ¡No hay ninguna Vénus hotentote! el sucio delantal no existe; esto, solo se cree un poco en la feria de Saint-Cloud: pero es una fábula entre los hotentotes. En materia de Vénus de Ultramar, habladnos de la mulata. ¡Ah! ¡caramba la mulata! ¡Figuraos una rosa negra llena de espigas de color de rosa; un no sé qué, que se escapa del cielo! ¡una llama! un beso, una sonrisa que huye, que viene, que se va, que se tapa con una cachemira diáfana, y por último, ¡oh temblor de temblores! ¡oh delirio de delirios! ¡que baila la cachucha, la cachucha de los negros! Es espíritu de vino, cortado con éther.

También hay acá y acullá algunos chinos nómades que hacen el comercio; pero á Mr. Arago no le gustan los chinos, la presencia de uno de estos le hace daño. Los trata como trataban á los indios los orgullosos barones del siglo xv. ¡Pero si nuestro viajero hubiese podido conocer en ese tiempo la historia de la china de 1840. Si hubiera visto esos Leonidas rapados, esos espartas hinchados, ese gran Keshen perdiendo la vida, mas ¿qué digo? ¡perdiendo su zapatilla sobre la brecha, todos esos héroes de quitasoles, defendiendo al celeste imperio contra los cañones de la Inglaterra, y dejándose matar sin retroceder ni un paso! Mr. Arago, entonces no hubiera olvidado su inagotable compasión. El chino de 1840, es el Leonidas de la antigüedad, tan valiente como él. Mas la gloria es la que le falta, ¿y por qué? Preguntádselo á los que la fabrican, á los poetas, á los historiadores, á los Tácitos de las tribunas y de la prensa.

¿Preguntais si aun existen antropófagos? Regla general, quien dice un hombre, dice poco mas poco menos, la fiera que come á sus semejantes, con esta diferencia sin embargo, que el antropófago, mas diestro comedor que el león, es insaciable de carne blanca. En uno de esos magníficos días, y abrasados por el sol hasta el alma, Mr. J. Arago seguido de sus marineros, desembarcó en Ombay, capital en la Antropofagia. La isla estaba llena de espantosos salvajes, que parecían decirse por lo bajo, como el monstruo de la fábula: *huelo carne fresca*. Nuestros marineros se adelantan con aire resuelto hacia esos detestables pícaros de todos colores, y con objeto de empezar la entrevista bajo buenos auspicios. Mr. Santiago Arago se pone á tocar la flauta. Estos dulces y lastimeros acentos, habían domado mas de una vez las naturalezas mas rebeldes. El proverbio dice, que el estómago hambriento no tiene oídos; ¿pues qué hubiera dicho este proverbio del estómago y vientre de un antropófago? Nuestro viajero, al ver que su flauta no surtía efecto, se puso á tocar las castañuelas. Conocéis ese bonito instrumento de ébano que salta y centellea debajo de las blancas manos de las bailarinas de la cachucha. ¡Oh sorpresa! tampoco obtuvieron estas mejor resultado que la flauta. Sin embargo, los señores salvajes quisieron tener esa flauta. — ¡Pero si no la sabeis tocar! les decía á los salvajes, — y estos contestaban: — aun no lo hemos ensayado. — No obstante, se acercan ya unos á otros, se hablan, se rien y se enfadan: un salvaje que siente la saliva, es decir la sangre, venirle á la boca, derriba de un puñetazo el sombrero de Arago,

¡zas! este lo recoge con el pie, lo tira al aire, y el sombrero vuelve á caer sobre esa cabeza rizada y animada por unos grandes ojos negros; esto fue muy aplaudido por los salvajes. Mas el rajah, el cacique antropófago, se adelanta á su vez á los imprudentes viajeros, ha oído reír á sus vasallos y quiere que también se le haga reír. ¡Nada hay mas sencillo! Arago pone manos á la obra. Ya no se trata de tocar ni la flauta ni las castañuelas, preciso es hacer suertes con los cubiletes. Hé aquí que repentinamente las infinitas metamorfosis de Comte y de Bosco aparecen y desaparecen á los ojos admirados de los salvajes. Juzgad de su asombro, estupor y espanto. Por espacio de diez minutos nuestros salvajes creen que están delante de dioses. ¡En buena hora! pero el salvaje también raciocina un poco. Si son tan buenos al paladar los simples hombres blancos, ¿qué gusto tan esquisito no tendrán los dioses blancos? A esta idea que no carece de lógica, los salvajes se fueron acreciendo mas: en este círculo habia un centenar de grandes diablos con sus largos dientes y uñas negras, armados con sus arcos, flechas y aljabas, todos hambrientos, feroces... Es un milagro verdaderamente que nuestros marineros hayan escapado bien; pero es también cierto que esos horribles hombres selváticos, habían devorado aun no hacia ocho dias una docena de hombres blancos.

Un sábio, ilustre entre todos, y el mas sencillo y benéfico de los hombres, Mr. de Humboldt, citado muchas veces por Mr. Arago en sus descripciones, nos referia la otra noche, con esa fina sonrisa de los hombres de genio que han abandonado la indignación como una carga demasiado pesada, una divertida historia de antropófagos. Mr. de Humboldt visitaba también, no sé qué desierto del otro mundo. Un día que estaba sentado cerca de un gran atrevido, convertido hacia poco á la religión cristiana, hubo de preguntarle si conocia al señor obispo de Quebec. — Si conozco el obispo de Quebec? repuso el interrogado; he comido algo de él. Bien desgraciado va á ser Mr. Arago por no haber sabido antes esta anécdota.

El viento (llamo á este un *viento favorable*) nos echó de esta isla furiosa y nos dirigió á Biely, infame rincón de tierra, todo lleno de chinos, de malayos, de búfalos, calenturas perniciosas y de culebras boas. En verdad que la descripción de tantas malezas, de tantos azotes y miserias, hecha sin embargo con festivo tono, no me parece un justo motivo para emprender sin necesidad esas difíciles emigraciones. ¿Qué diantre? Cuando uno ha nacido entre una familia feliz y numerosa, cuando uno es hijo de esa tranquila aldea de los Pirineos, el hijo de esa anciana madre que os llora, cuando uno ha vivido veinte y cinco años bajo un hermoso cielo, á orillas de rios que serpentean sobre una tierra casi siempre verde, toda llena de árboles y flores; ¿por qué esponerse á un mar proceloso, á arenas movedizas, á un sol lleno de epidemias mortales y á desiertos cuajados de animales pestilentos y feroces? Teneis debajo de vuestros pies, ante vuestros ojos, la Francia, la Italia, la Alemania, las ciudades obedientes y libres; y vais con la alegría en el corazón á desafiar las tormentas, á arrostrar los temporales, las epidemias y los salvajes! ¡Salvaje! ¿Qué significa esta palabra? ¡Salvaje! es decir el idiota, porque degenera del hombre, y el sanguinario porque se asemeja á las fieras; tiene poco de racional, solo la figura, todo de irracional. Salvaje desde el principio hasta el fin del mundo. Siempre la misma criatura informe acurrucado á las orillas de ese mar cuya extensión ignora, mirando las estrellas sin verlas, siempre ese ser abandonado, á los mas vivos apetitos de la fiera, sin piedad, sin corazón, sin amistad, sin amor, servido por su innoble hembra arrodillada, en su presencia y

trocando su padre ó su hijo por un botella de rom! ¿Por qué pues quitar esas inmundas creaciones, cuando está uno en medio de viajeros ociosos, que son los mejores que puede haber? ¿Por qué cansarse el alma y la vista contemplando esos embotados é idiotas, de sonrisa sin inteligencia, de palabras vacías, de miradas vagas, de vientres hundidos, de negros dientes y uñas sangrientas? Otro tanto digo de esos asolados rincones de la tierra, sin fruto, ni flores, sin murmullo ni verdor, sin monumentos y sin historias. Arenales estériles, en donde no existe huella alguna de pie humano, ni aun la del pobre Vendredi, del Robinson Crusoe. De seguro, no sería en esas tierras envilecidas, donde Pitágoras dijera despues de la tormenta: ¡Animo amigos míos, aquí veo huellas humanas! Y si en efecto los hombres nunca han pisado esas tierras incultas, si nunca la poesía ni el amor, las jóvenes ni la gloria, la urbanidad ni las dulces emociones, han bajado del cielo en esas olvidadas regiones, cuando el divino repartimiento, vos mismo, que érais tan feliz en la mas hermosa parte de las cinco en que se divide el mundo ¿qué venís á buscar entre todas esas miserias? ¿Para qué esos trabajos inútiles, esos tormentos sin provecho, esa desgraciada vagancia? ¿Por qué? No teneis toda la Italia hermosa y resplandeciente bajo la influencia del sol. No teneis la pensativa y delirante Alemania. No teneis toda la Inglaterra, ese horno inmenso. No teneis toda la Francia, la adorada y santa patria. No teneis las catedrales los museos, los teatros, las escuelas, las academias, los rios dominados por el obediente vapor, todas las ciencias, las bellas artes, los placeres, las felicidades, y vais á arrastrar toda clase de peligros de mar y tierra para visitar Timor, Rawack, Guam, Humalata, Agagna, Tinian, las islas de Sandwich, zarzas, espinas, hambres y prostituciones, muertes, bandidos, ladrones, antropófagos, ¡toda clase de hombres y cosas malditas! Ciertamente que admiro vuestro valor y vuestra resignacion: aprecio la energía, el poder y el interes de vuestras descripciones, pero á pesar de todo, no puedo menos de deciros que os conceptúo digno de lástima porque haceis el oficio de pirata, ¿mas qué digo? de observador de la naturaleza. Os compadezco por haber gastado vuestra juventud en esas contemplaciones lamentables, y opino ademas, que cuando la Providencia os ha dotado con un talento privilegiado, es emplear muy mal la vida. *Occupa portum, fortiter occupa portum*. Esta sentencia de Horacio, el feliz poeta de los hombres felices, me viene á la memoria á cada paso que hace nuestro viajero en esos desiertos tan horriblemente poblados. Y reparad que en esa larga navegacion, ha sufrido todos los peligros que tiene el mar. El naufragio, la espumosa ola, la desnudez, el hambre y la sed, y las mas crueles privaciones; todo lo ha experimentado. Si Mr. Santiago Arago hubiese tenido que viajar, para escribir esclusivamente un viaje pintoresco, á buen seguro que no se hubiera embarcado. Entre otros pasajes de su obra, que son muy notables, debe citarse el tomo tercero que contiene toda la historia de las islas Sandwich. La animacion verdaderamente meridional del autor, llega esa vez á su colmo. Por todas partes va y está en todas partes. Hasta ruinas busca en esos sitios en donde nunca se edificó: busca tambien una historia, reyes, reinas y grandes hombres, y llegaria hasta buscar una carta constitucional si fuera preciso. Su descripcion de la Nueva Holanda es de las mas pintorescas. Aquí hallareis á la vez, la ciudad opulenta y el desierto sin límites, el civilizado y el salvaje, las negras serpientes cuya herida es mortal y las jóvenes inglesas que os hieren el corazon con sus azules ojos. El salvaje de la Nueva Holanda es mas horroroso y pestilento que el mas horroroso y pestilento de los salvajes, La

civilizacion le espulsa poco á poco, le caza y acaba por hundirlo. ¡Alabado sea Dios! Demasiado sé que ciertos filántropos se quejan amargamente del maltrato que los feroces europeos dan á los pobres caníbales; dejemos á los filántropos con sus lamentaciones, y edifiquemos ciudades en el desierto. Pero cuando edificais, tened cuidado, porque quizá esté cerca de vos un salvaje que os espera para devoraros. «De repente se arrojó el zelandes como un tigre (contra dos ejércitos que iban á venir á las manos) sobre la horda asombrada, y derribó á uno de los combatientes... No asistí al repugnante festin que se hizo sobre el campo de batalla.» Mr. Arago no ha tenido razon esta vez, al contrario, habiendo venido de tan lejos para verlo todo, debia asistir á ese horroroso festin, y decirse á sí mismo: ¡Hé aquí lo que he venido á buscar!

Los cuatro tomos del *Viaje alrededor del mundo*, están todos llenos de variedad, de interes, de infinitos pastores y de inesperados incidentes. El diálogo, la narracion, la descripcion, el drama, la poesia y la historia se dan la mano en ese vasto arenal, que abraza al universo. El autor, jóven, intrépido, inteligente y entusiasta ha querido apoderarse, como aun no se ha hecho, del mundo de los navegantes, y lo ha recorrido á su manera. Manera brutal, violenta y lógica, propia de un novel, pero que de todos modos está llena de animacion y de interes. Algunas veces cuando la espresion le falta para hacerse comprender, cuando su pluma cansada se detiene porque ya no puede seguir, toma el lapicero, y dibuja lo que no puede escribir. Ha traído, de esa larga expedicion, todo cuanto podia, cráneos, trajes, diccionarios, retratos, paisajes, canciones, gritos de guerra, plantas, mariscos, huesos, pieles de animales y restos de cementerios; y con todo eso amasado, mezclado, machacado y confundido ha compuesto una obra. ¡Y si supiérais cuánto ha luchado con su memoria para acordarse, mientras escribió cuatro grandes tomos, de todos los deslumbramientos de su juventud! ¡Si supiérais cuán grande es el mérito de haber hallado en su cabeza, en su corazon, el brillo azulado del mar, el brillo abrasador de los cielos, y el brillo aterciopelado de la ribera! ¡Si supiérais que esa vista que abarcaba tantas cosas, se ha cerrado quizá para siempre! ¡Si supiérais que ahora es atentas, apoyado sobre el brazo de un amigo, ó con un baston en la mano guiado por un fiel perro de aguas, que ese vehementemente entusiasta de todas las bellezas de la tierra y del cielo, está obligado á recorrer de nuevo ese hermoso universo por el que caminaba con paso firme y mirada limpia y segura! ¡Si supiérais lo que debe ser componer cuatro volúmenes de paisajes copiados del natural por un ciego, cuatro volúmenes de recuerdos brillantes, que se tienen que recorrer, sumergido en una noche eterna, cuatro volúmenes de felices y poéticas miserias de la juventud, cuando se ha llegado al estado de caminar á tientas por el espacio! Seguramente quedariais asombrados, como me ha sucedido á mí, de la gracia, excelente y perfecto método, del estilo animado, de la pasion viva y del gran interes de esta obra. Romance curioso y verdadero para quien no ha salido de su suelo natal, es una historia fabulosa y llena de encanto para los mas atrevidos y sábios navegantes.

J. J.

No son estos solo recuerdos, no solo la masa y el perfil de las cosas y de los objetos estudiados; es aun la exactitud rigurosa de los pormenores, el mate de los colores; es el pasado con todos sus incidentes de cada día y cada hora, el que viene, como un con-

suelo bajado del cielo, á ponerse delante de mis ojos apagados.

¡Ay! ¿qué me convendría mas?

Quien nada ha visto, nada tiene que deplorar. No se pierde realmente, sino despues de haber poseído... ¡y yo he perdido tanto!

Pero tambien, vivir en lo pasado, cuando el presente ha muerto alegremente, cuando está quizá el porvenir sin luz, es decir sin esperanza, ¿no es existir aun?... ¡Oh! ¡no me atrevo á resolver este problema, porque temo demasiado la piedad de los hombres!

Lo que sin embargo es muy cierto, es que la noche de los ojos no es la del alma, y que cuando oigo una voz querida y aprieto una mano amiga, me parece que aun veo ese hermoso cielo, que ya no veré mas.

SANTIAGO ARAGO.

PREAMBULO.

¿CUÁL es el hombre que, sin tener obligacion de hacerlo, se atreve á dar la vuelta al mundo, es decir, surcar los mares, arrostrar las tormentas del Océano, variar á cada instante de clima, esponerse á las epidemias, atravesar desiertos helados ó abrasadores y estudiar las costumbres de los pueblos mas feroces del globo?

Algunos dias antes de mi partida me hice esta apremiante pregunta, y sin titubear, la contesté diciéndome: «Aquel que sin amigos, sin familia y sin porvenir, quiere gloria ú oro á toda costa.»

Pero ahora resta saber: primero, si resulta alguna gloria de dar la vuelta al mundo; y segundo, qué utilidad puede reportar semejante viaje.

Voy á satisfacer estas dudas.

En cuanto á gloria, sabia de antemano que no tenia que pretenderla. En cuanto á fortuna, ya la tenia adquirida, y vais á saber cómo.

Fuí á ver un ministro y le dije: «Excelentísimo señor, tengo un nombre, una familia y quizá un porvenir (las tres condiciones de que os acabo de hablar); escribo, dibujo, pienso, tengo corazon y una voluntad de hierro. Va á hacerse un viaje de circunnavegacion, ¿con qué condiciones me admitireis para que yo pueda ir tambien?»

Se me contestó lo siguiente.

«Poseis, caballero, todas las cualidades que exigimos á los hombres que emprenden viajes tan peligrosos. Ninguno tenemos que dibuje; nos traereis,

en croquis ó en cuadros, de lápiz ó á la aguada, los retratos de los hombres y de las cosas que vais á ver. Os hareis atar sobre el puente, como el padre des Vernet, para pintar mejor las olas irritadas (accion), sea dicho entre nosotros, que merecia su contestacion). Nos traereis notas escritas sobre los archipiélagos de todos los océanos, y por premio de vuestro celo y de vuestros esfuerzos, os gratificamos, generoso protector de las ciencias y de las artes, con una asignacion anual de seiscientos francos.—¿De cuánto, excelentísimo señor?—¡He dicho seiscientas libras!—Hay una equivocacion:—Un escelencia nunca se engaña.»

Quedé deslumbrado, vencido... ¿Cómo resistir á la tentacion? Me apresuré á contestar afirmativamente, temiendo verme suplantado; y pocos dias despues, orgulloso por haberme lanzado tan felizmente en busca de la fortuna, marché para Tolon.

¡Qué hermoso porvenir me abria yo aquí! ¡Cuántas economías no iba yo á hacer durante mis tres ó cuatro años de navegacion, yo que daba á mi criado poco menos del triple de la suma tan graciosamente abonada por el ministro! Tales fortunas son raras en la vida del hombre; mi buena estrella me iluminó pues con sus rayos mas brillantes, y me dejaba guiar por ella á la ventura.

¡Oh! si los *Gudin*, los *Boqueplan*, los *Isabey*, los *Biard*, y tantos otros grandes artistas pusieran menos precio á la gloria que á la fortuna, ¡cuántas maravillas no poseeria hoy la Francia! mas, no se les conceden sino medianas páginas que han costado aun muchos sudores.

Pero como conozco la necesidad, para mi objeto, de decir la verdad desnuda, añado, que á mi regreso, y despues de un triste naufragio en tierra desierta, que me arrebató mis hermosas colecciones de armas y trajes de todos los paises que acabábamos de visitar, mis riquezas zoológicas, botánicas y mineralógicas, como igualmente mis vestidos y mi ropa blanca, cosas en verdad muy inútiles, porque preferí salvar los trabajos que se me encomendaron, he recibido del gobierno una gratificacion de..... seiscientos francos. Lo pongo en letra, porque la lectura de los números espone á demasiados errores. Verdad es tambien que en la relacion del Instituto sobre los resultados de nuestra expedicion científica, se dijo (y espero me disimulareis este recuerdo): «que no se habian traído nunca de esos largos viajes, albums tan fieles «y preciosos.» Hé aquí quizá con qué justificar el alto valor de la cifra ministerial.

Ahora que francamente he confesado mi vergonzosa sed de riqueza, quiero acabar mis revelaciones. Ninguna confesion repugnará á mi pudor; y sin mirar ya atras, me lanzo al porvenir.

RECUERDOS DE UN CIEGO.

VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO.

I.

TOLON.

Las Balcares.—Gibraltar.

TOLON es una plaza de armas, fuerte y patriótica; los bellos recuerdos de 89 la han enorgullecido y se lee algo de marcial y de independiente en esa poblacion animada que se arroja antes del dia á sus muelles y mercados públicos. El idioma del pueblo

es nervioso, abrupto como las montañas que rodean la ciudad; sus maneras son brutales como el *mistral* que asola sus viñedos; y sus refranes predilectos parecen el eco de esas rápidas tormentas que nacidas ó formadas en las costas americanas, trastornan su puerto y su rada.

Cuando llegais á Tolon, debeis abandonar vuestras finas maneras de ciudad interior, si quereis ser comprendido: pero, es preciso tambien para entender los dela poblacion, que os ayudeis con un diccionario

local muy bien anotado, sin el que os creeríais á mil leguas de todo pais clásico.

La jóven que sale, acaba de *aparejar* para *enmararse*: el papá clavado en un sillón, *amaina* en seguida para *dar bordadas* en el puerto: el amigo que llama á un amigo, le dice que se *acoste*; el que os empuja en la calle, os suplica le dispenseis si os *aborda*: no se para uno sino para *estar al paio*; y no se camina mas ó menos aprisa sino para *hacer mas ó menos nudos*: el deudor que huye aturrido y el niño que esquivaba la escuela *bordea* para ocultarse; *iza sus barredoras* y *larga sus juanetes* para *doblar al enemigo*; y si teneis la desgracia de pedir á un hombre del puerto una *barca* para dar un paseo, estad seguro que pagaréis el doble de aquel que, sentándose en un *zueco*, diga en voz breve: en *rada* y al *remo*.

He conocido en Tolon un capitán de navio cuya gloria militar es igual á la de los mejores marinos del gran siglo, que, en vista de su costumbre diaria de hacer maniobrar un buque, hacia bordear en el camino real el borrico en que iba montado, cuando tenia el viento de proa, es decir de cara.

Un día que su cavalgadura le puso furioso, se le oyó decir: «¡Villano! ¿no he de hacerte virar de bordo cuando hago virar una fragata ó un navio de tres puentes?.....» Y se puso á hacer volver el pobre rocin como si fuera un bote ó una chalupa.

Si añadís al lenguaje de los habitantes de Tolon, sus gestos tan variados, tan rápidos, tan *habladores*, creéis ver hombres que se apresuran á gastar su existencia por miedo que falte tiempo á su vida continuamente agitada.

Y despues marineros por todas las calles, juramentos en todos los lábios, borrachos en todos los sitios, pugilatos en todas las tabernas, cantos ásperos y faltos de armonía, oficiales caminando desalinadamente por la costumbre del balance y de la arfada, hablando de Chile, de la China ó de Bengala, como se habla en cualquiera otra parte, que no sea poblacion marítima, de una casa de campo inmediata.

Olvidaba aun el sonido lágubre de cadena de los presidiarios, que hace callar la risa y os sorprende en medio de una alegría. Este es el lado feo del cuadro. Os diré, sin embargo, que entre esos hombres inocentes ó criminales, pero que la sociedad ha infamado, se hallan á veces algunos, que libres por la ciudad, vestidos con el repugnante uniforme y ligeramente aprisionados, entran en pleno día en las casas, y se sientan al lado de una familia de ciudadanos, ya á la mesa ya al piano, y dan lecciones de frances ó de música á jóvenes, lejos de su imprudente madre, ó de su descuidado padre... Estas cosas las he visto en Tolon, y me he preguntado muchas veces, si la moral podia sacar algun provecho de tales pruebas.

Tolon es célebre por su magnífico arsenal debido á la munificencia de Luis XIV; su rada es ancha y segura. Está defendido por el fuerte *La Malque* y otras baterías colocadas en alturas y dirigidas contra la poblacion y el puerto. Las calles son rectas, limpias, regadas día y noche por rápidos arroyuelos, y estando en el muelle, os llama la atencion y os admira ver que el balcón del Hotel-de-Ville está sostenido por dos cariátides de Suget, maravillas que el trascurso del tiempo acaba de destruir.

Concluidos nuestros preparativos de marcha, se dió la orden de *aparejar*, y hémos aquí, despues de un triste adiós á nuestros amigos y á nuestra patria, saliendo por la entrada del puerto y saludando, como lo hacian los ingleses cuando sus insolentes escuadras venian á dirigir una mirada ávida hasta el extremo de la rada, la tumba del almirante *Latouche*, del que la Inglaterra, quizá mas que nosotros, recuerda los hermosos hechos de armas. Todos los paises respetan siempre la gloria, aun la de sus enemigos.

Ya estamos por fin en alta mar, en ese caballo de

plana barba de los navegantes, sirviéndome de las desdeñosas espresiones de los habitantes del Poniente, acostumbrados á grandes viajes.—¡Qué mar tan cenagoso! dicen aun, cuando quieren herir el orgullo de los de Levante.—*No se puede virar aquí de bordo, sin tener el baupres sobre tierra*.—No tienen razon los de Poniente: si las aguas del Mediterráneo se dibujan cortas y apedreadas en comparacion de las hondas y anchas olas del Atlántico y de otros océanos, son sin embargo mas turbulentas y *coléricas*: son de esas iras prontas que remueven todas las entrañas, es el salto rápido del chacal sobre una presa indefensa é inferior á él. Los Alpes y los Pirineos juntándose por líneas submarinas, desde Nicea hasta el cabo Creus, son indudablemente la principal causa de ese humor pendenciero que ha estrellado tantos buques y sepultado tantas riquezas.

Una prueba bien dura vino á poner de manifiesto el valor de nuestros marineros; la primera noche de nuestra partida fue señalada por una de esas tormentas del Mediterráneo, en que el trueno retumba sobre todo el horizonte, en que el viento corre en pocos minutos toda la brújula, y en que es necesaria toda la habilidad del piloto para salvar la embarcacion. Cada uno permaneció en su puesto y yo mejor que ninguno. El balance y la arfada me habian molestado tanto, que me dejé caer en el entrepuente, al lado de algunas maletas y cofres que aun no estaban colocados, yendo tan pronto de babor á estribor, al pie ahora de una carronada y en un abrir y cerrar de ojos alzado de adelante para atras. Mi criado, inquieto por mi suerte, me buscaba por todas partes pero en ninguna me hallaba, porque el sitio que se le indicaba, y adonde acababa de ser pisoteado, era justamente el que acababa de abandonar por un bote inesperado. Me halló por fin á la entrada de la *cueva de los Leones*.—«¡Qué! ¿sois vos? me dijo con un aire lastimoso, porque el pobre hombre sufría tambien mucho: ¿y qué haceis aquí? señor. ¡Vais á ser machacado por los cables!—Contesté con un profundo suspiro.—¡Arriba! ¡Arriba! continuó, un rayo acaba de caer á bordo, y se está pegando fuego al buque.—Mejor, repliqué, suf.... Un choque violento nos separó. Y la mañana siguiente, calmada ya la mar y el viento, me halló otra vez martirizado y roto entre dos barriles de aguardiente, adonde llegué despues de mil evoluciones y golpes, y á los que por milagro he sobrevivido. ¡Oh! ¡el mal de mar es sin contradiccion el mayor de los tormentos! Nadie os tiene lástima ni os consuela: ninguno trata de aliviaros, y cuando la fuerza de las convulsiones os quebranta y os mata, ois cerca de vos algunas risotadas de los alegres marineros, que os dirigen á su paso sus mas burlonas pullas, por el modo tan ridículo que teneis de *cambiar la peseta*.

En esos largos momentos de punzantes agonías, toda alegría es imposible y ningun otro dolor ni sentimiento puede hacer mella en vos sino el mal de mar: estais muerto para todo y agradeceríais en extremo al caritativo vecino que arrastrándoos por los pies os arroja á las olas... Algo puedo yo contar sobre esto, porque en cerca de cuatro años consecutivos de embarque, se puede decir que estuve *cambiando la peseta* ya tuviésemos viento de popa ó ya navegásemos de bolina.

Pero en la mañana de este día el tiempo es hermoso, la mar bonanza y sopla una ligera brisa de Este que es recibida por la popa. Ya ha sido doblado el cabo Creus que separa el Rosellon de la Cataluña. Estamos enfrente de Barcelona que está dominada por Montjuich que es la ciudadela protectora de la ciudad, pero que, está persuadido de ello, la reducirá á cenizas en uno de esos días de fuertes y encarnizadas rebeliones. Con nuestros anteojos, hubiéramos podido distinguir las bellas catalanas paseándose en la Rambla agarradas de los brazos de sus jóvenes é in-

dulgentes confesores. Pero pasamos de largo y las costas de España se debilitaron y desaparecieron echándonos los últimos rayos de las fraguas de Palafox, que brillaban como un volcan en oscura noche.

Las Baleares vinieron despues y se alzaron delante de nosotros con sus numerosas y negras cimas. Mallorca, Menorca, Ibiza, Formentera y Cabrera, son restos huesosos que han sido separados del continente por alguna revolucion submarina. Estas islas, célebres en tiempos remotos por sus diestros honderos, que retardaron con tanto valor las conquistas de los moros, no alimentan en el día sino hijos degenerados.

Es la España, pero la España del siglo xv, es decir la España de nuestros días, triste, decrepita, corrompida y envilecida (1). Así mueren los pueblos, así se borran las grandes páginas de las naciones que no conocen que las artes, las ciencias y la civilización no pueden marchar sino con la libertad.

Menorca tiene un puerto seguro y cómodo: el mariscal de Richelieu se apoderó de él despues de un brillante hecho de armas.

Cerca de Menorca hay una roca pelada, en donde, cuando las guerras del imperio dejaron los ingleses sin socorros y casi sin viveres á 12,000 franceses hechos prisioneros de guerra, cuando la capitulación del general Dupont. Los feos pontones de Portsmouth y de Talmouth, han hecho la vuelta al mundo sin respetar á Santa Helena, isla de los grandes recuerdos.

También en Cabrera se estableció un observatorio para medir uno de los grados del meridiano, cuando la primera invasion francesa en España. La ciencia, que habia establecido sus estaciones en Valencia, en Denia y en otros puntos, se vió combatida porque se creia que solo servia para hacer señales á las tropas enemigas. El hombre á quien el Instituto de Francia acababa de confiar tan sabias operaciones, fue arrestado como un espía, llevado de cárcel en cárcel, juzgado y sentenciado á muerte. Escapado de la cárcel de Palamos, se refugió en Africa, adonde como fugitivo, erró mucho tiempo conservando siempre con él los preciosos resultados de los trabajos que le fueron confiados. Por último, se dirigió otra vez á su patria, despues de haber pasado con una felicidad inaudita por medio de la vigilante escuadra inglesa que bloqueaba nuestros puertos y abrasaba nuestras costas. Ese hombre, joven entonces, se llamaba Francisco Arago.

Apenas nos dejamos atras las Baleares, que subimos todos sobre cubierta á presenciar un triste y doloroso espectáculo. La muerte nos arrebató uno de nuestros jóvenes y valientes guardias marinas. Mr. Brat-Bernon, quien emprendia este viaje con el corazon lleno de esperanza y de alegría. ¡Ay! ese valiente y estudioso fue la primer victima de esa serie de amargos disgustos y acerbos dolores que mas tarde y durante nuestra larga expedición debíamos también experimentar nosotros. No acostumbrados aun á las catástrofes, nuestros corazones se oprimieron y nuestros ojos se llenaron de lágrimas.

Hay un cadáver en la batería, estendido sobre un marco balotado por el balance y la arfada. Van á visitarlo dos hombres, le miden, y cortan con unas enormes tijeras un gran pedazo de vieja lona para velas, cuyo servicio es para los puentes de los buques. El uno coge bruscamente la cabeza, el otro los pies y el fardo cae con un ruido sordo sobre su ataúd; se acerca un tercero, arrastrando dos balas de cañon metidas en un saquito que ata fuertemente á los pies del que ya no existe; y despues mis obreros fuman su cigarro y mascan tabaco, mientras cosen la vela en-

vuelta al cuerpo. Ya está concluido el trabajo... ¡Iza ahora! y en dos golpes de mano y al ruido agudo del silbato, queda el cadáver sobre el puente, depositado un instante al lado del palo mayor.

¡Silencio!... La muda tripulación se pone en la delautera del buque; una tabla, la que sirve al cocinero para hacer las raciones de los marineros, está colocada sobre el filarete, casi toda fuera, y dominando la ola que pasa. Las cabezas se descubren: nuestro limosnero, el abate de Quelén, echa un poco de tierra sobre el cuerpo de nuestro amigo y á la palabra *¡tirad!* pronunciada con gravedad por Mr. Lamarche, teniente de la corbeta, la tabla hace el movimiento de una báscula, el cadáver resbala, un agujero se hace en el agua, una ola lo cierra, el buque desliza; ¡ya no hay mas que decir!

En el seno de nuestras ciudades, un hombre muere, sus amigos están á su lado y las lágrimas que derraman le dicen que es sentido; se depositarán sus restos en un lugar adonde irán todos sus parientes, amigos y familia á echarle flores.... Aquí un hombre muere: se abren y se cierran las olas: solo queda de él el recuerdo de sus vicios ó virtudes.

El cielo permanecia azul, y la brisa era viva y regular; pero una grande ola que venia de Levante, nos anunció que habia una violenta lucha entre el Mediterráneo rechazado y el Atlántico, que desagua en su débil rival sus regulares mareas. La corriente nos rechazó á despecho de todas nuestras velas presentadas al viento, y las terribles abordadas no nos permitian hacer sino tres ó cuatro millas en un día. En el mar sobre todo no es la distancia la que hace que un objeto esté lejano: estais cerca de mí y yo estoy lejos de vos. Una canoa que saliera de Gibraltar nos abordaria en poco tiempo, y nosotros llevamos ya diez dias luchando en vano para salvar cinco ó seis millas que son las que nos separan de nuestro primer descanso; mas como el espectáculo era hermoso, mis lapiceros se pusieron á trabajar. A nuestro frente el estrecho: á nuestra izquierda el monte de los Monos, gigante africano, negro como los que se agitan en su base: á la derecha el arido peñon de Gibraltar, cuyos flancos abiertos ocultan centeaures de bocas de fuego dispuestas á vomitar la muerte sobre todos los puntos del horizonte. Esas dos columnas de granito y de lava, que parecen separadas por la ira de las olas atlánticas, figuran admirablemente los esfinges ó leones de bronce colocados á los dos extremos de las anchas puertas de nuestros parques reales, para proteger su entrada. ¡Singular espectáculo! Aquí, en la punta meridional de España, hay una plaza fuerte, capaz de resistir á los ataques de todas las escuadras coaligadas del mundo, y en ella la luglaterra ve ondear su pabellon domiuador: un poco mas allá, á algunas leguas, está Ceuta, en la costa de Africa; Ceuta, que es codiciada por los ingleses hace tantos años, y que no han podido arrancar á los españoles, vencidos en Gibraltar, en el campo de Sau Roque y en Algeciras. Los hombres de todos los paises no siempre tienen valor ni patriotismo, tiénenlo solo en ciertas horas y en ciertas épocas.

Arreciando sin embargo la brisa, las corrientes fueron vencidas, avanzamos á todo trapo, y esperando que el viento se mantuviese fresco y regular, anclamos cerca de la ciudad que está construida al pie y sobre los flancos de la célebre montaña en donde Hércules puso sus insolentes columnas. Protegidos contra las tempestades marinas por una sólida mole perfectamente asegurada, hicimos nuestros preparativos para bajar á tierra, despues de haber saludado al gobernador con once cañonazos, que nos fueron cortemente contestados.

En Gibraltar tenemos un cónsul. Estaba orgulloso por ver ondear el pabellon de su país sobre un buque de guerra, y esto le recuerda, dice, el combate del

(1) El autor se refiere á la España de la época de sus viajes que ya no existe desde la última guerra civil. Sin embargo, no estaba tan decrepita y envilecida la nación que pudo sostener tan pronto siete años de guerra y que hizo brillar en ella almas heroicas, y acciones sublimes que admiraron á toda Europa.

almirante *Linois*, el que, con fuerzas inferiores á los ingleses, se apoderó, á poca distancia del punto en que estamos anclados, de dos navios de 74 despues de una batalla en donde se cubrió de gloria.

Milord Don era el gobernador de la plaza, y nos dirigimos á su palacio á cuyo rededor estacionaban unas tropas perfectamente equipadas. En el salon de recibimiento, en donde esperábamos á su excelencia, observé algunos grandes cuadros tapados con una ligera gasa: el primero representaba un perrillo de frente, el segundo otro de perfil, el tercero un dogo, el cuarto un lebre, y el quinto un perro de aguas. En la antesala, llamó mi atencion un hermoso retrato de mujer de cuerpo entero, pero en vez de estar cubierto con una gasa, lo estaba á medias con telarañas. Muy gustoso hubiera hecho mi salon de la antesala.

Milord Don nos recibió con una política fria, y le pesó sobremanera haber enviado su cocinero al campo, porque hubiera deseado nos quedáramos á comer con él al día siguiente, pero nos permitió, en compensacion de esta imposibilidad, visitásemos las baterías de la montaña, y esto en verdad era obrar con cortesía, porque pocos extranjeros obtienen este mismo favor.

¡Oh! Es una cosa verdaderamente imponente el aspecto de esas enormes masas de rocas, en cuyas entrañas la mina ha abierto un largo paso, y por donde se pasea uno hoy día entre mil y mil revueltas, hasta la cima del monte, constantemente protegido por una casamata natural, al abrigo de las balas de cañon y de fusil. Aquí, cada pieza, limpia y reluciente, está en su tronera sobre una sólida cureña: cada artillero permanece sentado en su puesto, sin cuidarse de los fuegos cruzados asestados contra el baluarte de lava y granito. Si el enemigo se apodera de la ciudad, y trata de conservarse en ella, pronto le metralan y desalojan las altas baterías. Aquí, ó es preciso tenerlo todo ó no contar con nada. En nada influiría tampoco para la toma de la plaza, la rendicion ó entrega de los subterráneos inferiores, porque la mina os abrasaría y os sepultaría bajo mil y mil trozos de roca, de bronce y de hierro. Lo que teneis que temer mas, no es lo que veis; el ángulo bajo, en el que os conceptuais al abrigo de todo, está lleno de pequeñas troneras ocultas en los anfractos de la Peña, en donde la fusilería desempeña el principal papel y la muerte os viene por la derecha, la izquierda y de frente sin que sepais de dónde os viene el plomo que os derriba. Los oficiales que nos acompañaban en nuestra visita estaban enorgullecidos por nuestra admiracion y parecian decirnos, que su nacion nunca seria despojada de ese formidable Boulevard del Mediterráneo, y sería dueña, cuando quisiera, de todo el comercio de Levante. Estos señores no se acordaban de Malta ni de la corta permanencia que allí hizo Bonaparte en la gloriosa época de nuestras conquistas republicanas. Les recordamos ese pasado sin muchos rodeos.

La roca ó el peñon de Gibraltar tiene 1,340 pies de elevacion y mas de 6,000 de longitud.

La ciudad que protege es pequeña, estrecha y escabrosa: pocas casas llaman la atencion por una limpia y coqueta esteridad. Algunas sin embargo hay de una apariencia muy regular, sobre todo hacia la punta de Africa, en donde el aire es mas libre y en donde han establecido su domicilio los ingleses ricos.

Doce mil almas tiene Gibraltar, si se pueden contar en ese número esos españoles degenerados que, por algunos reales, arrastran por la mañana enormes fardos, y se uncen á pesados carros, y descansan el resto del día para despachurrar la sabandija que los devora. Acercaos por la noche á esos desgraciados, proponedles medios de utilizar sus momentos de descanso, que duran casi todo el día, se reirán de vues-

tras ofertas, fumarán tranquilamente su cigarro, se acostarán sobre un monton de piedras, y se dormirán contando un día mas sin cuidarse del inmediato. Dichosos con su indolencia, se levantarán al otro día antes que el sol, mendigarán nuevas ocupaciones, y cuando hayan ganado para vivir, las promesas mas brillantes no les harian abandonar la piedra ó banco adonde muestran su nécia arrogancia y su envilecida pereza.

¿Pueden llamarse *habitantes de Gibraltar* esos judíos cosmopolitas que no se fijan en un país, sino el tiempo preciso para engañar algunos ó para hacer algunas infames especulaciones?

El número de estos es muy grande aquí: se me asegura que ellos solos componen las dos terceras partes de la poblacion; y que ellos solos están considerados y tratados con favor.... ¡Pobre Gibraltar!

En tiempo de guerra, las fuerzas de la guarnicion están siempre en proporcion con los temores que se tienen. En tiempo de paz, varian segun los caprichos del gobernador ó la situacion política de los ánimos. Cuando Cádiz sacude al sol su vieja capa de esclavo, cuando Málaga se despierta de su letargo, cuando Algeciras es pisado por algun atrevido guerrillero con su mortífero trabuco al hombro, Gibraltar á su vez, se empavesa orgullosamente con su leopardo, su encarnada guarnicion se cobija en las casamatas, algunos cañones anuncian que la lucha queda aceptada... y todo enmudece otra vez y queda en calma alrededor de la montaña británica.

Los habitantes de Gibraltar conservan el traje y las costumbres de su país. Algunos sin embargo se visten á la inglesa, y me ha parecido que tambien adoptaban las maneras y el tono de sus dominadores. Las mujeres en general, se ponen mantilla encarnada, bordada con terciopelo negro, adornada de una franja de encaje; y con ese traje poco favorable á la elegancia de su talle, hallan aun medio de embellecerse, componiéndose con la misma coquetería que puede hacerlo la mas hermosa y menos supersticiosa andaluz.

Los judíos no tienen traje fijo, pero adoptan diestramente el del individuo que quieren engañar, se embozan en una capa, si tratan con un español, un traje largo, puntiagudo y estrecho si están en relacion con un ingles, y se ponen un turbante si han escogido á un turco por víctima.

Se dice que el comercio es considerable en Gibraltar. No he podido convencerme de ello, cuando he visto el pequeño número de buques pudriéndose en la rada, menos segura pero mayor que la de Tolon. Ningun lujo existe, no hay ninguna sociedad, ninguna voluntad para obsequiar á los extranjeros; cada uno vive solo para si. Los ingleses, sin embargo, han establecido una biblioteca muy buena, en donde se reunen diariamente los aficionados á las letras. Fui allá muchas veces, pero nunca vi á nadie. Por último, hallé al bibliotecario que es frances, y á un coronel ingles ocupado gravemente en mirar unas caricaturas.

Se dice que el cónsul de Argel ha llegado á embellecer para él esa mansion de tristeza, y que en todo ostenta un lujo asiático. Un judío me ha asegurado que su palacio le costaba mas de 800,000 francos, y que si lo pretendiera, compraria él solo el puerto, la ciudad y todos los habitantes.

—¿Pero los judíos se venderian? le pregunté.

—¡Los judíos venden de todo! caballero.

Durante nuestra permanencia en Gibraltar supimos que el bey de Argel habia sido decapitado por sus leales y bien amados vasallos. Sin conmoverse nada, el cónsul berberisco, continuó tranquilamente las operaciones, acabó su correspondencia diplomática, y se contentó con el cuidado que tenia siempre, de no

poner el nombre de su soberano en el sobre de sus misivas.

¡Feliz el país en que la muerte de un príncipe es considerada como una calamidad general!

II.

TENERIFE.

Antigua Atlántida de Platon. — Guanchos. — Costumbres. — Un grano.

Sin embargo la brisa picó del Este, fuerte y casi apreciada. Viramos al cabrestante con las canciones y juramentos de costumbre, y una hora despues corrimos viento en popa por el estrecho dirigiendo nuestras últimas miradas á la imponente masa de granito, conceptuándonos felices por haberla podido estudiar.

La corbeta se deslizaba y retumbaba entre Europa y Africa, ¡esa desconocida Africa, que volveremos á encontrar en el cabo de Buena-Esperanza! ¡esa encantadora Europa, que muchos de nosotros están condenados á no volver á ver! Saludamos desde lejos con la mano, los reinos de Fetz y de Marruecos, en donde el suelo y las montañas peladas se dibujan negras bajo un cielo encarnado y abrasador. La ola engrandecía, y éramos columpiados con magestad: los movimientos de la corbeta habían tomado una andadura mas grave, menos sacudida: navegábamos, en fin, por el Atlántico.

Los primeros pasos de una navegacion sobre las costas, á una navegacion á lo largo, son sobre todo los que dejan en el alma profundos recuerdos. Aquí se hace una vida nueva; aquí se sienten nuevas emociones. El cielo y el agua, el silbido de los vientos y el bramido de las olas, es todo lo que se os ofrece para engañar la pesadez de las horas; y cuando despues de un hermoso día de camino, señalais sobre el mapa la pequeña línea que indica las cuarenta ó cincuenta leguas que habeis atravesado, dirigís una mirada sobre la inmensidad que se desarrolla á vuestra vista, sentís que os abandona el valor, y que el desaliento se mezcla al ardor del estudio, y echais de menos una tierra, una patria, amigos que no pueden volveros vuestros mas fervorosos votos. Pero estos primeros pesares no duran mucho, tambien tiene el mar sus alegrías y sus fiestas, los descansos, que son sus placeres y sus encantos: y muy luego ya no mira uno á sus espaldas, es al frente, allá á lo lejos, al horizonte, para ver si por cima de las olas asoma alguna roca, alguna isla, algun promontorio, algun continente, que ya teneis deseo de pisar y conocer. ¿No os lo he dicho? se presenta una tierra á nuestra vista, se ensancha y aumenta bajo mil bizarras formas; son las *Canarias*, es *Tenerife*. ¡Arria y carga! ¡Ancla! La áncora cae sobre un fondo de lavas y de guijarros. Estamos en Santa Cruz.

Ya veis que soy generoso y que no os tengo mucho tiempo en el mar. Al instante rodean á la corbeta algunas ligeras embarcaciones de donde salen roncás y sordas voces, que nos ofrecen pescado fresco, naranjas y plátanos. ¡Oh! ¡cuántos atractivos hay en los viajes! La felicidad siempre al lado de una catástrofe: la abundancia cerca de las privaciones, y el paso casi imprevisto de una atmósfera cruda y fria á un cielo azul y á una zona templada. Pero hemos tocado en Gibraltar y tenemos que hacer cuarentena; y es solo con ayuda de largas cañas como hacemos nuestras compras y cambios. Hé aquí aun otras vicisitudes del mar.

Con todo, la noche está calma y suave: ansiosos de los primeros rayos del día, nos acostamos todos sobre el puente esperando que se coloree el Oriente africano. Las cimas de los montes, en donde están contruidos como nidos de condor, bastiones almenados, se purpurean, se despiertan, y el grave é im-

ponente panorama que se presenta á nuestra vista puede ser estudiado con provecho. La costa, bajo cualquier aspecto que la examine vuestra mirada, es escabrosa, cortante, escamosa, cortada en pequeñas honduras, poco profundas, adonde se estrella la ola en pro'ongado eco. Las asperezas y pirámides de lava que se encuentran en todas partes, indican la violencia de una sacudida submarina, y, sobre los flancos de las montañas, capas horizontales, serpeantes de varios colores dicen al geólogo la marcha, y hasta casi la fecha de cada erupcion. Renunciad á presentar fielmente sobre el papel ó sobre el lienzo ese terrible paisaje, porque mejor lo conservais en vuestros recuerdos. A cada paso del sol la escena varia, las sombras de los campanarios naturales que se descubren en el aire, se achican, se alargan, se cruzan, se rompen, se encuentran y escasamente teneis el tiempo de admirar una escena de magnitud, cuando se sucede otra nueva que la borra.

¡Decidme, pues, qué hacen en París metidos en sus obradores tranquilos, tantos grandes artistas! ¡Maldigo mi debilidad y mi impotencia ante cuadros tan salvajes y tan gigantescos! Así es que Gudin y Roqueplan, deben por lo mismo ahogarse en su vieja Europa.

Despues de las emociones, la historia. Tambien tiene ella su interes y su drama.

El archipiélago de Canarias, conocido por los antiguos con el nombre de *Afortunadas*, está compuesto de un grupo de siete islas, siendo las mayores *Canarias*, *Fortaventura* y *Tenerife*. Esta última es la mas fértil y la mas poblada. Se recogen ocho mil barricas de vino todos los años, y sabeis que se beben en París solamente, en igual tiempo, mas de veinte mil, de las que todas, á buen seguro, no han atravesado el mar.

Los escritores del siglo xiv que han hablado de *Tenerife*, han asegurado, sobre la fé de los viajeros, que en esta isla, así como en las que están en sus inmediaciones, se hallaba un árbol de una altura prodigiosa, que recogia los vapores del atmósfera, de modo que sacudiéndolo, se obtenia siempre un agua clara y benéfica. En la verdad siempre hay algo de mentira; pero mas adelante os hablaré del *árbol del viajero*, cuyo nombre solo, recuerda un beneficio, y entonces no hallareis ridícula la relacion de los demasiado crédulos historiadores de esa época tan fecunda en grandes cosas.

Si lo creemos aun, la isla de Palma ha sido descubierta por dos amantes, que desterrados de Cádiz, su patria, compraron un barquichuelo, se abandonaron á los vientos y resolvieron no sobrevivir el uno al otro. Despues de haber errado mucho tiempo al capricho de las olas, vieron esta isla adonde abordaron con muchas dificultades, y que llamaron Palma, por los muchos palmeros que en ella vieron. Todo el mundo sabe la fé que merecen esos cuentos de amantes, y cuán corta seria la historia del mundo, si se suprimiesen los delirios de una imaginacion poco reflexiva, y ávida siempre de maravillas.

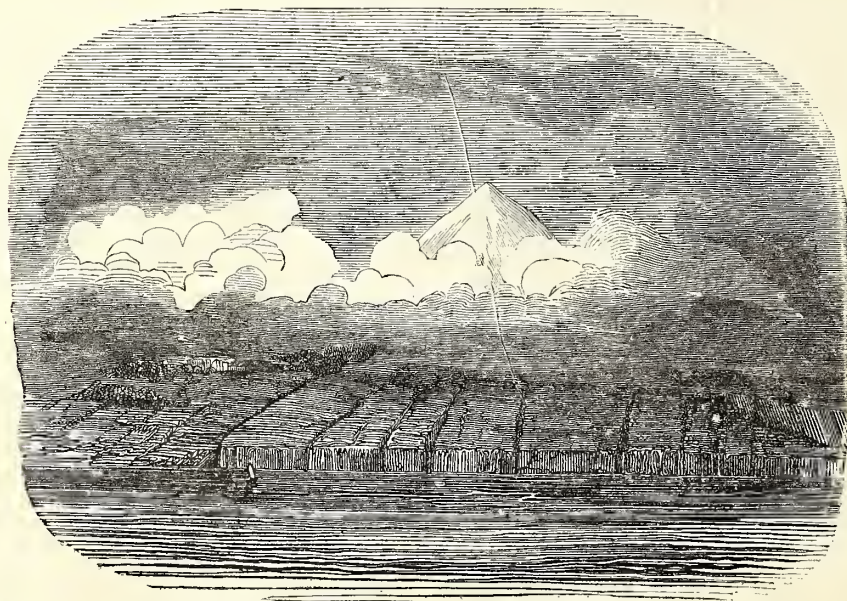
Estas islas son volcánicas, así como todas las de este Océano. Se la dan ciento cuarenta mil habitantes de los que sesenta mil pertenecen á *Tenerife*. Santa Cruz, en donde reside el gobernador, á pesar de estar establecida la audiencia en *Canarias*, es una pequeña ciudad, bastante sucia y que se estiende de Norte á Sud. Casi la mitad de sus calles están empedradas, y los españoles conservan las costumbres y trajes de su país, salvas las modificaciones que requiere el clima.

Las orillas de las casas están pintadas con dos franjas negras y anchas, que contribuyen á darle un lúgubre aspecto. De lejos cualquiera pudiera decir que es el paño blanco con la franja fúnebre de una doncella en el ataúd.

La rada abierta á todos los vientos, menos al de Oeste, tan raro en esas latitudes, es notable solo por su poca seguridad, porque el fondeo es escesivamente malo y los baraderos muy peligrosos. Hallamos dos ó tres briks mercantes, franceses y americanos, que hacían aguada, y media docena de pinques españoles, montados por hombres cuya existencia es prodigiosa. Figuráos un barco medio podrido, en el que están atadas dos vigas, en forma de mástiles, sosteniendo algunos fragmentos de vergas, á los que se han pegado dos harapos de tela de diferente color, que apenas reciben un pequeño soplo de viento porque juega con esos miserables restos: colocad en su cima un pedazo de camisa encarnada, ó una cola de tiburón á modo de pabellón; echad sobre un barco así aparejado, una cuarentena de seres velludos y bronceados, aglomerados unos sobre otros, saltando, jurando, haciendo, con cuanta velocidad pueden, el tránsito del cabo Blanco adonde van á pescar, hasta Tenerife adonde venden su pesca, alimentándose solo con algunas legumbres y una pasta hecha con maíz; y aun no tendréis sino una débil idea de las costumbres y vida de esos hombres, extrañas á las de todas las naciones y sometidas esclusivamente al código de leyes que se han creado.

Sus muestras de amistad, son gritos; sus disputas, voces; sus armas, navajas; su venganza, sangre. En cada barco de esos, hecho con los restos de veinte buques, dos ó tres mujeres pajizas, delgadas, sucias, andrajosas, así como lo son también todos los hombres, duermen en medio de ellos, rien, juran, se pasean sobre el puente y fuman gruesos cigarros: en

las tormentas, ellas son las primeras á hacer las maniobras mas difíciles, y muchas veces toda la tripulación ha debido su salvación á su denuedo y valor. También se ven en sus barcos, acostados sobre cuerdas nudosas y sebosas, niños aun insensibles á los peligros de una vida tan espantosa, que llaman *papá* á todos los marineros, y ruedan á cada balance hasta los barriles de pescado, de donde muchas veces se les saca desgarrada la piel y todos martirizados, sin que sus madres se muestren condolidas. Me hice llevar á uno de esos pinques de desgracia, en donde mi presencia haré época, y será recordada en muchos años. Conociendo que podía proporcionarles alguna comodidad, me proveí de algunas ropas, y no fue sin trabajo que pude escalar hasta donde estaban esos hombres de betún y de hierro. Saludándoles entonces en español, y haciendo cuanto podía para dar un tono de cariño á mi voz, pedí permiso á muchos de ellos para dibujarlos: todos se prestaron con la mejor voluntad, y nunca se vieron en nuestros talleres modelos animados mas impasivos. *Polonais* hubiese estado celoso de esto. Una de las mujeres, sobre todo, tomó un aire tan grave y tan imponente en ridículo, que me costó mucho trabajo poder conservar mi seriedad. Había acabado mi ocupación, y me hice dar, por uno de nuestros marineros, que no se atrevió á rozarse con desgraciados tan visiblemente acometidos por los piojos, el paquete que yo le entregara para venir á ver á esos miserables; y generoso y compasivo, eché sobre uno de los niños que me miraba y apenas hacia oír algunas palabras de oración, un pañuelo y una camisa. Regalé á las dos mujeres cuatro malos ma-



El pico de Tenerife.

drases reunidos, que podían servirles de jubón, di un par de tijeras y tres ó cuatro batidores; y distribuí á algunos otros, cuanto me quedaba de mi pequeña pacotilla. Todo fue recibido por ellos con una espresión de reconocimiento, con palabras de ternura y de adhesión que me enternecieron mucho. Pero lo que sobre todo les causó una grande y espontánea alegría, fue una imagen pintada que representaba la *virgen de los Dolores al pie de la cruz*, que desdoblé

religiosamente á sus ojos como si fuera una santa reliquia. ¡Oh! ¡nunca olvidaré ese arranque de religiosidad que se manifestó en toda la tripulación! ¡Era amor, delirio, fanatismo; en poco estuvo que no me adorasen como á la imagen que ofrecía. Inmediatamente fue llevada á todos los lábios, puesta al pie del mástil, arrodilláronse luego todos y con una voz ententórea entonaron un cántico latino. ¡Pero qué latin Dios mío! La caldera de Lucifer, nunca ha tenido vi-

braciones mas terribles; ninguna mujer ha tenido nunca tales convulsiones, ni se han contraído con un frenesí mas espantoso, y sin embargo esas pateaduras, eran de amor; ese delirio, satisfacción de devotos; esos trasportes, un culto; esa efervescencia, respeto; y el todo era religion! ¿Cómo deben, pues, maldecir tales hombres, puesto que sus oraciones tienen tanta energía y fuego? Si hubiese yo caído al mar, todos juntos se hubieran tirado para salvarme, aunque fuera entre tiburones y cocodrilos.

Cuando me retiré, ninguno se atrevió á tenderme su callosa mano, ni aun las mujeres, que solo entonces conocieron, por el respeto que las imponía, por qué había yo desdenado antes sus seductoras caricias. Para ellas era yo el rey del mundo, y debí muchas noches ser objeto de sus sueños. La tripulación arrodillada me despidió, me prometió orar todos los días á la vírgen de los Dolores por un hombre tan compasivo y tan generoso. Oron todos indudablemente con fervor, porque no obstante esa visita, no tuve ni sarna, ni lepra.

Como había una buena brisa que soplabá á lo largo, me decidí á bordear por el Norte y el Sur de Santa Cruz.

Me aproveché de ello para continuar mis observaciones y mis estudios. La noche empezaba á descender de la montaña; suaves emanaciones me llegaban de la costa indefensa, contra la que venían las olas á morir á una embocadura de la mole. Toqué en tierra y traté de penetrar incógnitamente en la villa cuya entrada nos estaba aun prohibida. Esto fue para mí un nuevo motivo de asombro y estupor. Aquí, entre la ola y la ancha base de un cráter apagado, hallé, esperándome con impaciencia, una treintena de jóvenes protegidas por sus ancianas madres, que me pedían con instancia el favor de una conversacion íntima. «Su morada no está lejos, allí seré recibido con la hospitalidad mas generosa, comeré dulces, naranjas, deliciosos plátanos y descansaré de mis fatigas.» Y me tomaban familiarmente por el brazo, y me tiraban del vestido, y no querían permitirme volver á bordo sino despues de haber accedido á sus deseos. Estas particulares instancias me eran hechas con gritos, con ruegos, con amenazas, y hasta casi con lágrimas. Y hubiera sido yo muy poco cortes, de no contestar á esas demostraciones con algun miramiento. Si hubiese querido, hubiera habido bofetones entre esas jóvenes, y os ruego no creais me alabo de ello, porque cualquiera otro hubiera sido tambien asaltado del mismo modo. El sentido de las palabras pudor y modestia, es desconocido aquí. ¡Desgraciadamente la mayor de ellas no tenía quince años! La miscría y no la travesura, la necesidad y no la concupiscencia, es quien da margen á esas ofertas, y quizá tambien contribuya mucho á ello la accion de un sol abrasador y que cae casi á plomo. Ved aquí el traje de esas niñas: una pequeña y ligera almilla abierta, que deja desnudos unos hombros redondos, y un pecho tostado por los ardores del día, una camisa llena de harapos ó de remiendos de telas de diversos colores; una basquiña sencilla, atada á la cintura y no llegando casi á las rodillas; casi todas con cabello negro, llevándolo unas suelto y otras recogido por una gran peina de cuerno ó de madera tosca y groseramente cincelada, y debajo de esta corona de azabache, pura y espaciosa frente, grandes ojos adornados con anchas y pobladas cejas, una nariz ligeramente aplastada, carrillos redondos y colorados, una boca admirable, con una dentadura blanca como el mejor marfil; y por último, debajo de esos andrajos, que cubren las formas sin ocultarlas, un seno del que David y Pradier hubiesen hecho el objeto de sus mas apasionados estudios, brazos jóvenes y regordetes, movimientos llenos de osadía, un modo de obrar independiente: es la vida que circula

en las arterias. Y á mas de todo esto, ruegos fervientes, ataques reiterados, una noche calma y apacible, las primeras fatigas de un viaje de circunnavegacion, y una ardiente necesidad de estudiar las costumbres de los pueblos que íbamos á visitar. Toda ciencia es difícil, pero con tal de aprender, nunca he retrocedido ante ciertos sacrificios.

Trabajo me costó reunir mis marineros; pero por fin alcanzamos la chalupa, y deslastrados de nuestros innecesarios vestidos, llegamos á bordo de la corbeta, sin atrevernos á decir mucho de nuestra excursion y fatigas.

Las jóvenes, en vista de lo que les dijimos, nos esperaron al dia siguiente, pero esta primera visita fue tambien la última porque las leyes sanitarias deben ser respetadas, y demasiado imprudentes y delincuentes habíamos sido con violarlas una vez, para hacerlo otra.

Dos dias hacia que estábamos en rada, y aun no habíamos visto el famoso pico, si no de lejos y en un horizonte dudoso. Ardía yo en deseos de subir á su cima; pero como dista ocho leguas de Santa Cruz, é ignoramos el camino que conduce á él, creí y esperé que el gobernador allanaria para nosotros todas las dificultades del viaje. El frances que desempeñaba las funciones de cónsul, nos aseguró, con maligna sonrisa, que el gobernador no contestaria á la carta oficial que le fue dirigida por nuestro comandante. Como se nos dijo en Gibraltar que era el general Palafox, no podia adivinar la causa de ese silencio; pero el cónsul al nombrar don Pedro de Laborias, nos dió otras razones. — El señor gobernador no sabe escribir. — ¿Y su secretario? — No sabe leer. — ¡Eso es ya otra cosa! ¿Que tales hombres representen una nacion!

¿Pero está por ventura mejor representada la nuestra en Tenerife? y el silencio injurioso que se ha guardado con nosotros ¿no es un insulto hecho á nuestro pabellon?

Fuimos al lazareto para ser reconocidos; este dista media legua de la ciudad. Una hilera de guijarros separaba los enfermos de los habitantes. Un soldado de la guarnicion con una arma al hombro que se parecia á un fusil, estaba allí para velar por la seguridad pública. Se paseaba y comía una bola de pasta que amasaba en la mano. ¿Qué comeis, caramada? — ¡Pan! — (Trato de ver, pero en balde, si soy engañado ó no.) — ¿Es bueno? — ¡Escelente, probadlo! (Mi lengua se pega al paladar.) — ¿Y dinero? — Jamas. — ¿Es que no lo teneis? — Por diez reales daria á pie la vuelta á la isla. — ¿Queréis aceptar esa media piastra para beber á mi salud? — La suma es muy grande y podrian creer que la he robado. — ¡Tomadla! — ¡A fé mia, señor, temia no volver á oír vuestra generosa oferta; ¡mil gracias!

Una mirada de uno de nuestros granaderos, hubiese hecho retroceder al piquete que vino á relevar al centinela: no son españoles.

Cuando veo dos ó tres fuertes irregulares, colocados de un modo fácil para ser bombardeados; cuando no veo mas que un pequeño muro almenado, sobre las cimas que dominan á la ciudad; cuando sé que casi en todos los puntos de la isla, se pueden efectuar sin dificultad desembarcos por medio de chalupas, me pregunto, cómo es posible que el almirante Nelson haya dejado aquí un brazo, todas sus embarcaciones, sus banderas y sus mejores soldados, sin poder apoderarse de Santa Cruz. Envíese á uno de nuestros almirantes, y no dejará ni sus navios, ni sus soldados, ni sus banderas, y la isla será nuestra.

Estábamos decididamente sentenciados á una cuarentena de ocho dias. Compadecedme, por verme precisado á permanecer en la inaccion y en el cansancio. Tengo á mi vista una naturaleza salvaje y áspera, y á lo lejos un pico nevado y volcanizado al que

quiero subir : en el interior de la isla, traje medio españoles y medio guanchos que dibujar, por decirlo así, para provecho de nuestra historia contemporánea, y nada me es permitido por el humor raro de un hombre á quien dábamos toda la seguridad que quisiera para la salud de los habitantes, sobre quienes reina como un verdadero magister de aldea. Es preciso, en vista de esa terquedad, tratar de consolarnos con útiles investigaciones, sobre los acontecimientos sucesivos que han sometido esas islas á la corona de España.

Juan de Bethencourt, feliz aventurero, conquistó en 1402, ayudado por algunos normandos y gascones, á Lanzarote, Fuerteventura y la Gomera. Sus tentativas no fueron felices con las islas vecinas, porque la gran Canaria y Tenerife, no se sometieron sino ochenta años despues, y costaron mucha sangre, por la defensa heroica de los guanchos, que son los primeros pobladores de todas las islas. El rey de Francia, asaz ocupado en sus guerras contra los ingleses, no pudo prestar ningun apoyo á su Chambellan, á quien olvidó porque le creia en el Infierno, nombre que entonces se daba á Tenerife, y que se derivaria indudablemente de sus volcanes. Enrique III, rey de Castilla, fue quien le proporcionó algunos auxilios, apresurándose tambien el Papa á mandarle un obispo, reconociéndole ademas como rey tributario de la Santa Sede, y vasallo del príncipe que le sostuvo y coronó.

Se puede observar de paso, que los grandes genios, en todos tiempos, nunca, ó casi nunca, han hallado apoyo en su país, y que muchos descubrimientos debidos á la audacia y á la constancia, han sido conquistas para los protectores extranjeros. La muerte es la única que devuelve á su patria los grandes hombres. Mr. Bory de San Vicente, en su obra magna, modestamente titulada : *Ensayos sobre las islas Afortunadas*, ha dado una historia completa del pico de Tenerife, considerado bajo todos los puntos de vista. Ha referido cuanto habia escrito hasta sus dias, y á esas relaciones comparadas y discutidas, ha añadido sus propias observaciones, con un extenso catálogo de las producciones zoológicas, botánicas y mineralógicas de Tenerife. Vuelve á encontrar en esa isla y archipiélagos vecinos, el verdadero monte Atlas de la antigüedad, las Hespérides y sus jardines adornados con manzanas de oro; las Gorgonas y la mansion de su reina Medusa, los Campos Eliseos, las islas Purpúreas : en fin, ha vuelto á hallar tambien el antiguo Atlántico de Platon, y la cuna de ese pueblo atlántide que civilizó la tierra despues de haberla conquistado, pero cuyos monumentos fueron destruidos y sepultados por erupciones volcánicas.

Es muy posible que Bory de San Vicente tenga algunos impugnadores, pero si se engaña, difícil es hacerlo con mas elocuencia.

Mr. de Humboldt (me atrevo á citar un nombre tan ilustre en estas débiles investigaciones, pero lo hago confiado en la indulgente amistad con que me honra) ha visitado el pico de Tenerife y su cráter, ¿no es decir esto que el cráter y el pico no tienen ya nada oculto?

Con todo, avergonzado ya sin duda el gobernador de su obstinacion, nos dispensó por fin de nuestra cuarentena, y fuimos autorizados para recorrer y estudiar la isla. Nosotros por nuestra parte agradecidos de una generosidad tan cortes é inesperada, levantamos áncoras y partimos sin decirle adios con una sola andanada. ¡Adios á las doncellas de la playa de los guijarros! ¡Adios tambien á los pinques españoles que nos dirigen estribillos ruidosos y alegres.

El pico despejó su blanca cabeza de las nubes que le ocultaban; se ostentó con toda su magestad, amenazador y dominador, y al otro dia á una distancia

de mas de cuarenta leguas, le veíamos aun por cima del horizonte.

Volvió á desaparecer la tierra, navegábamos en un mar tranquilo y hermoso. Aquí ya no hay esas terribles tormentas que desarbolan y abren los buques; nada de esos tiempos borrascosos que hacen tan penosas las carreras de los navegantes en las elevadas zonas; nada de balances que cansan, nada de arfadas que atormentan; escribo y dibujo á mi placer. La travesía hasta el Brasil será muy corta y pacífica; ¡no importa! preciso es conformarse.

Pero allá, allá abajo, á lo lejos, se ve un pequeño punto blanco, primero imperceptible y que pronto se aumenta y se estiende como una ancha sábana y parece llamar á él todas las nubes que le rodean. El cielo está oculto, algunas exhalaciones que despiden un olor de azufre, surcan el espacio; el mar en vez de estar sereno como ahora poco, se vuelve impaciente, turbulento y jugueton; se creeria que está en ebullicion. Nos abrasa un calor sofocante, nada de viento que hinche las velas de nuestros palos : y la corbeta privada de aire, no hace mas que virar y revirar. De repente el mar se agita... ¡Arria y carga! ¡deja ir!... y somos arrojados con la rapidez de una flecha. El trueno retumba horrorosamente, el rayo estalla y cae, la ola se estrella contra la ola, los palos rechinan y se inclinan; una manga que se remolinea á nuestras espaldas está pronta á hundirnos; la ola llega á las nubes y nos invade por todas partes, la lluvia y el granizo nos azotan fuertemente, y el intrépido marinero encaramado al extremo de las vergas, no sabe si son olas ó las aguas del cielo las que le inundan y quebrantan. Es de noche, noche oscura, sin horizonte, sin estrellas en el cenit; fria amenazadora aun en el solemne silencio que sucede á la lucha de los elementos; se vuelve á despejar el cielo, la corbeta toma otra vez su andadura de independencia; vemos ya en nuestro contorno, y el sol nada en una azul atmósfera.

¿Hemos sido acometidos por una tormenta ó por un huracan? y el marinero sonriéndose contesta que no es sino por un grano. ¡Sea en hora buena! me placen los puntos de comparacion, y el huracan será el bien venido.

III.

DE CANARIAS AL ECUADOR.

Pesca de un marrajo ó tiburon. — Ceremonia del paso de la línea.

En esas latitudes del Ecuador, en donde el sol, casi siempre encima, ejerce una influencia tan poderosa sobre la atmósfera, es muy raro que los temporales sean duraderos. Generalmente no se pasa la línea sino con ayuda de pequeños golpes de viento, de tormenta; y despues del grano, el cielo recobra su azul y su tersura. La tempestad fue corta, el elegante tablero revoloteaba alrededor de nuestros palos con una calma llena de confianza; es precursor de un dia sereno; los marsopas en sus brillantes emigraciones, no hacian ya surgir las espumosas olas con sus brinco llenos de locura : la gigantesca ballena se pavoneaba magestuosamente entre dos aguas, mostrándonos de vez en cuando su inmenso lomo, sobre el que el alabastro pelogiense, llegado la vispera de regiones heladas, se tiraba como una flecha remontándose en seguida para buscar un alimento mas cierto, interin que la corbeta, mecida sobre su quilla de cobre, balanceaba y alfaraba al capricho de la ola, contra la que el timon era impotente.

— ¡Tiburon! dijo de repente uno de nuestros marineros; ¡tiburon á popa! En efecto, un disforme tiburon, con su mirada en acecho, esperaba con su acostumbrada voracidad los restos de madera, de tela, de brea, que se quitaban del puente y de las bate-

rias. Hé aquí un episodio en medio de una calma chicha, que ya empezaba á ser maldecida por nuestros marineros con sus favorecidos juramentos.

Al instante se pone en un grueso anzuelo un pedazo de tocino salado que se tira á la rastra atándolo fuertemente con un doble cordel. El cebo no ha estado ni dos minutos en el agua, cuando el *piloto*, ese pescadillo proveedor del tiburón, con un ruido mas rápido, dice á su amo que hay una presa fácil. Inmediatamente el voraz animal se abalanza, se vuelve sobre el lomo para morder con mas seguridad, aprieta fuertemente el agudo hierro, cuya punta penetra en sus carnes y sale todo encarnado por la mandíbula superior. El monstruo se revuelca, se agita, se tuerce, se hunde y sale otra vez á la superficie, pero todo es en balde porque ya nos pertenece; y hé aquí, mal de su grado, que le arrancamos de sus estados y le arrojamos prisionero y vencido sobre el puente, cuyos bordes golpea con violencia. El piloto no le ha abandonado; fiel al soberano, que voluntariamente se ha escogido, se pega al vientre del tiburón y viene á morir generosamente con él.

En ese interin, muchos de nuestros marineros, contentos con esta presa, se han provisto de hachas muy afiladas, y empiezan á dividirle en trozos con gritos de niños, porque no esperaban comer pescado fresco en este día. Endostajos, Marchais ha separado el cuerpo de la cola por cima de la última nadadora, y un reino, puesto en seguida en la boca del cetáceo, queda machacado por el influjo de su triple hilera de fuertes, agudos y cortantes colmillos. Era peligroso acercarse demasiado al monstruo, porque una carroñada y el fuerte cordel amarrado y tirante apenas podían contener sus rápidas convulsiones.

Se le arrastró al castillo de proa, y allí fue suspendido y abierto. Marchais y Vial, como hombres acostumbrados á ese género de ejercicio, fueron los que hicieron la operacion; y, carniceros implacables, contestaban á sus retorcimientos con gestos de bufon y pallas que hacían reír á toda la tripulacion. Ya habían sido arrancados el corazón y los intestinos; solo quedaba intacto el esqueleto y cada escuadra escogía ya, con la vista, su parte mas aceitosa, y el vivaz animal seguía torciéndose por un movimiento galvánico. Dos horas despues de la operacion, el corazón latía aun violentamente en nuestras manos, y nos las hacía abrir con sacudidas inesperadas, mientras que sus restos mutilados, y sumergidos en el agua para conservarlos mas frescos, daban aun al día siguientes señales de vida.

Este tiburón tenía doce pies de longitud; pertenecía á la gran especie: y los dolores que le hicimos sufrir, debieron escitar mucho su cólera, y dar vigor y fuerza á sus movimientos que fueron en efecto violentos y tormentosos. Pero os suplico no deis asenso á todos los cuentos absurdos que se refieren de los bordes rotos, por golpes de cola de los tiburones extendidos y llenos de vida sobre el puente de un buque: estas son hipérboles de viajeros caseros que apelan á lo maravilloso para hacer creer en los peligros que se arrostran en los viajes largos, que no han hecho, sino en las cercanías de su hogar doméstico. Es cierto, un hombre será derribado y herido por los movimientos imprevistos de un marrajo cautivo á bordo, pero os aseguro que en esas luchas prolongadas, nada hay que temer para los filaretos ni la seguridad del buque.

Pocas horas despues, nuestras observaciones nos colocaron casi debajo de la línea, y los incidentes de la víspera fueron olvidados con los preparativos de una funcion solemne á la par que graciosa, consagrada por el uso de todos los pueblos de la tierra, y de la que ni la gravedad de nuestra expedicion eminentemente científica tenía el derecho de libertarnos. Nada hay tan déspota como una antigua costumbre.

El paso de la línea es una época memorable para todo navegante. Se varia de hemisferio, nuevas estrellas brillan en el cielo, la osa mayor se oculta bajo las olas, y la Cruz-del-Sud se cierne resplandeciente sobre el buque. Cuando las primeras conquistas de los navegantes del siglo xiv, el paso de la línea era siempre un día religioso, de terror y de gloria: mas tarde, degeneró en objeto de burla y desprecio. El arte náutico, engrandecido por la astronomía, ciencia exacta y fecunda, hizo justicia á las maravillas con que se habían coloreado los fenómenos soñados bajo zonas desconocidas hasta entonces. Tambien desde entonces el miedo desapareció, y los peligros fueron arrostrados con desden; desde que se les supuso menores, se atrevieron á suponerlos nulos, y el sarcasmo sucedió á las oraciones. Así marchan todas las cosas que se apoyan sobre la filosofía y el progreso. Quedaban sin embargo algunos obstáculos que vencer, y otras luchas se preparaban para mas adelante, los peligros vencidos daban audacia, y los gritos de alegría retumbaban cuando el *cabo de Buena Esperanza*, el *cabo Hornos* y el *estrecho de Magallanes* no habían aun enseñado á los Colones, Cabrales, Diaz de Solis, Vasco de Gama, que aun les quedaban por vencer los mares mas tempestuosos. Y este terror fue indudablemente el que instituyó la ceremonia del paso de la línea. Es preciso que os hable un poco de esto, por cuanto fue uno de los mas graves episodios de nuestra larga expedicion.

Reparad aquí conmigo, para vergüenza de la humanidad, que todas las religiones del mundo son hijas del miedo, y que en provecho ó mas bien en perjuicio de sus dogmas, los sacerdotes de cada creencia, dan una lengua á los tormentos para la enseñanza de su fé. En Méjico, la culebra tuvo sus altares, antes que el sol tuviera su culto. El jaguar fue el dios de los *paikivos*, de los mondrucus, de los bouticodos: en una gran parte de los archipiélagos del mar del Sur, así como en Madagascar y en el Ganges, el cocodrilo ha recibido la adoracion de los pueblos; los ídolos de los salvajes de Rawack y de Waiggon, con su boca abierta y sus largas uñas encurvadas, bastante nos hacen conocer que se les rinde un homenaje de respeto y de amor, por la sangre y el asesinato; otro tanto diré de las islas Sandwich, en donde aun hace poco se sacrificaban hombres, no obstante nuestras frecuentes visitas, á ídolos groseros é indecentes y de los que están siempre adornados los morai..... Por todas partes el miedo, en todas partes hierro y tormentos para apaciguar la ira del cielo.... ¡Ay! ¡cuántos sacerdotes piensan tambien entre nosotros, en la tierra de la civilizacion, que el incienso y las oraciones son menos agradables á Dios que las flagelaciones y los suplicios! Hé aquí, puesto que es deber mio decir algo sobre el paso de la línea, algunos pormenores de la ceremonia que entonces tiene lugar, y en donde cada uno de nosotros, quisiera ó no quisiera, tuvo precision de representar algun papel.

Desde la víspera un ruido fuera de costumbre, que se oía en la batería, nos anunciaba que los héroes de la fiesta sabían los usos y costumbres de los antiguos. Las carronadas resonaban con los precipitados martillazos, que labraban con planchas de hierro las cadenas de los diablos, la corona del monarca, su cetro, y su espada sin vaina. Los marineros poetas (y todos lo son mas ó menos) improvisaban estribillos alegres y atrevidos, de donde eran espulsadas con desprecio las ramerías, como si ellos tuviesen una delicadeza que aun no está conocida. La poesia de una tripulacion alegre, tiene otro delirio, una energía escencial, saltando por cima de todas las convenciones, despreciando las perífrases, llamando sin figura cada cosa por su nombre, y tratando al inferno y al cielo, y á Dios y á Lucifer con la misma bru-

tal irreverencia. Una coleccion esacta de las canciones de los marineros, seria, os lo juro, una publicacion bien curiosa é instructiva.

Ya ha llegado por fin la hora, desierta está la batería y toda la tripulacion se halla en el puente, los rostros son alegres y radiantes. Repentinamente silban los látigos, las trompetas suenan, y baja de la gran gavia un postillon con botas y espuelas y se adelanta con gravedad hácia el banco de guardia preguntando con tono imperioso por el gefe de la espedicion.

—¡Que se acerque inmediatamente! añade; tengo que hacer con él, ó mas bien tiene él que hacer conmigo.

Nuestro comandante humilde y sumiso se presentó luego, vestido de gran uniforme.

—¿Qué quereis? dice al correo.

—Hablarle.

—Escuchlo.

—¿Qué vienes á hacer en los dominios del rey de la línea?

—Observaciones astronómicas.

—¡Tontería!

—Y contar las oscilaciones del péndulo para determinar la planicie de la tierra en todas sus regiones.

—¡Que esto es plano!

—Estudiar tambien las costumbres de los pueblos.

—¡Se pega uno en el ojo, con estudiar costumbres! ¿y qué te puede reportar todo esto?

—Gloria.

—¿Y la gloria da vino, rom y aguardiente?

—No, no siempre.

—¡Entonces desprecio tu gloria, como si fuera un cigarro casi concluido! Por lo demas ese es asunto vuestro, de todos vosotros, chinos del estado mayor, que os acurrucaís en vuestros camarotes, cuando nosotros estamos mojados como patos. Pero ahora se trata de otra cosa. Maestre Jouque, rey de la línea, te escribe; soy su correo, hé aquí su carta. ¿Sabes leer?

—Un poco....

—Sobrino mio; toma, espero tu contestacion.

La carta estaba concebida en los siguientes términos:

«Capitan, deseo que tu cáscara de nuez siga adelante, si tú y tu despreciable estado mayor, consentís en someteros á las leyes de mi imperio. ¿Consentís en ello? Larga tus velas, iza tus barrederas y cala tus doce nudos. Y si no consientes en ello, revira de bordo y navega de bolina.

»Firmado: Jouque segundo patron de la tripulacion de la corbeta, y en la actualidad rey de la línea.»

—Conozco mi deber, contestó el capitan; y desde ahora soy vasallo del rey tu soberano.

—¡En buen hora! ¿Sabes andar con la cabeza hácia abajo y los pies hácia arriba?

—Aprenderé.

—Nada es mas fácil cuando no se traen basquiñas.

¿Has comido focas y aves de mar?

—Todavía no.

—Ya las comerás, te respondo de ello; afila tus dientes, y despues de esto, si el viento te es favorable, si ninguna roca te detiene en el camino, si tu buque no llega á zozobrar y si no revientas, volverás á ver tu patria, soy yo quien te lo digo.

—Os doy gracias por vuestras profecías.

—No es aun todo; hace mucho calor.

—¡Ah! es verdad, no me acordaba..... ¡Pronto una jarra de agua filtrada para el señor embajador!

—¿Te burlas de mí?

—Entonces vino.

—¡Gracias! pero por hoy, no quiero beber aquello que emborracha.

—Hé aquí una botella de rom.

—Eso es mejor; mas con una pierna sola, está uno cojo, y me hacen falta dos.

—Hélas aquí.

—Eso es hacer las cosas como un verdadero gaviero: Adios, hasta la vuelta.

Las cornetas vuelven á tocar, el correo, sube triunfante á la gran gavia adonde le espera el rey rodeado de los mejores marineros, é ínterin la tripulacion impaciente y alegre, se pasea sobre el puente, con la nariz al viento y los oídos en las escuchas, Maestre Jouque hace caer sobre ella un diluvio de agua salada, débil preludio de las oblaciones mas completas que tendrán lugar al día siguiente. Para nosotros, gentes privilegiadas, colocados en el castillo de popa, recibimos sobre las espaldas una violenta granizada de maiz y garbanzos, que sin herirnos nos obligó á emprender la retirada.

Llegó ya el gran día, y desde la batería adornada, sube por las escotillas la máscara mas grotesca, mas caprichosa, y mas fea que nunca pudieron presentar en el lienzo la imaginacion de Callot. Las pieles de dos carneros degollados la víspera sirven para vestir al soberano: su frente está adornada con una corona, y su cuello disecado está engalanado con una doble hilera de patatas cortadas en facetas. Su esposa, el mas feo de todos los marineros de la tripulacion, oculta sus atractivos con basquiñas hechas con cinco ó seis pañuelos de distintos colores. Dos melones desiguales que codician los ojos amorosos del rey esposo, embellecen su pecho velludo y arrugado. El sombrero de tres picos de Mr. de Quelen, nuestro indulgente limosnero, cubre la cabeza del escribano mayor (no sé por qué ha de haber notarios en todas partes). Dos asnos llevan al rey; su papel ha sido muy disputado y solo se ha obtenido despues de haber dado pruebas inequívocas y sobresalientes de altas capacidades y completa terquedad. Lucifer con su pico hendido, sus cuernos afilados y arrastrando largas cadenas es vigorosamente azotado con unas tenazas de tres pies de longitud y dos pulgadas de diámetro. Finge que quiere escaparse, pero, asustado por el agua Sagrada con la que le inunda el sacerdote, escogido de entre los marineros menos sóbrios, roe sus lieros, hace oír horribles rugidos y empuja con el pie la hija del monarca que se tira sobre el seno de la madre y le muerde con voracidad. Ocho soldados armados cierran la comitiva, que ocupa bancos, taburetes ó sillones, segun la dignidad de cada personaje.

—¿Teneis frio? decíamos á su magestad la Línea, que estaba tiritando.

—¡Ah! no, contestaba maestre Jouque, al contrario, me ahogo con este forro; pero la costumbre requiere que tiemble, y mis gentes tienen precision de imitarme en todo, sopena de quedar privados de su empleo. Esto es necio, convengo en ello, pero así lo han dispuesto nuestros antepasados que eran en apariencia mas frioleros que nosotros.

El trono está ya ocupado, los grandes dignatarios, toman gravemente su puesto alrededor de una enorme mitad de tonel de combate, sobre cuyo borde está puesta una tabla como si fuera una báscula, en la que debe sentarse el paciente. La lista de toda la tripulacion está en manos del notario que se levanta y lee en alta voz los nombres y apellidos de cada uno de nosotros. Nuestro comandante es el primer llamado.

—¿Vuestro buque ha tenido ya el honor de visitar nuestro reino? le dice el monarca.

—No.

—¡Entonces, granaderos á vuestras funciones!.... A estas palabras, cuatro soldados armados de hachas se dirigen al castillo de proa y figuran querer derribar una parte de la proa. Dos piezas de oro, echadas en una bandeja que está colocada sobre una mesa, detiene el ardor de los acometedores, que vuelven á sus

puntos con un aire satisfecho : este diablo de metal hace prodigios en todas partes. El estado mayor es llamado nominalmente, y cada uno, según su graduación, se coloca á horcajadas sobre la plancha ó báscula que domina el enorme medio tonel que está lleno de agua salada hasta la mitad. Aquí se debe contestar de un modo positivo y sin titubear á la fórmula siguiente y sacramental, leída en alta voz por el notario:

«En cualquiera circunstancia que os halleis, jurad ante su magestad la Línea, de nunca hacer la corte á la mujer legítima de un marino. El paciente debe responder : *¡lo juro!* so pena de ser sumergido y arrojar en la bandeja algunas monedas de plata reservadas, para en el primer descanso, tener una comida general en donde rangos y grados sean confundidos. La decencia (pues esta es necesaria aun en las cosas menos serias), no permitía que ninguno de nosotros recibiese la oblacion general; se contentaban con abrir una de las mangas de nuestros vestidos y echar por la abertura algunas gotas de agua, pronunciando las palabras de costumbre : *Yo te bautizo*. Pero cuando vino el turno de los marineros, ninguno

fue perdonado. Sumergidos en la media tina, no lo graban salir sino despues de los mayores esfuerzos, de las mas grotescas contorsiones; y los enérgicos juramentos herian el aire, y las fuertes risotadas se mezclaban con los juramentos, y los dichos de taberna se cruzaban, sin que uno siquiera de los mártires tratase de enfadarse. Era una alegría bulliciosa, tumultuosa, una alegría de marinero contento que olvida, que á sus pies y sobre su cabeza hay un mar y un cielo cuyos caprichos é iras pueden aplastarle y sepultarle hoy ó mañana. ¡Pero son tan cortas estas horas á bordo, que no vi sin gran sentimiento cargarse el horizonte de nubes, teniendo que concluirse la ceremonia por una borrasca ó una tormenta!

Las emociones de la jornada debian ser variadas por un incidente imprevisto. Un nombre repetido muchas veces no ha sido contestado; todo el mundo se pregunta, se amotina y se agita; se registra por todas partes, en las gavias y debajo de los cables: se baja á la batería, y se sabe por fin que un profano, orgulloso de su profesion de cocinero, está decidido á toda costa á emanciparse de la regla general.—¡Todo el mundo á la batería!...—esclama una fuerte voz. Y



Ceremonia del paso de la Línea.

la batería es inmediatamente invadida por las escotillas y portañoas.—¡Sobre el puente! ¡sobre el puente!... ¡á caballo sobre la báscula! ¡nada de perdón, nada de gracia! ¡que la mojada ó el baño sea completo, exclaman de todas partes, hasta que pierda la respiración!

Había en efecto en la batería un héroe, el cocinero del estado mayor, quien había jurado al embarcarse no recibir el bautizo, y que hubiera tenido por una gran deshonra que una sola gota de agua salada viniera á ultrajar la armonía de sus cabellos rizados con coquetería, en lo que tenía una gran vanidad. Su frente bañada en sudor está cubierta con el gorro blanco de costumbre, y en donde revolotean ligeras plumas, restos ensangrentados de las víctimas del día: sus ojos injectados en sangre, demuestran su cólera; su mandíbula contraída, sus labios morados, abiertos y convulsivos; su mandil levantado con gra-

cia sobre la espalda le viste á la griega; un gran cuchillo de cocina cuelga á un costado y parece una espada desenvainada: en la mano derecha tiene un largo asador con un rosario de pichones medio consumidos, y con la cabeza vuelta hácia sus acometedores parece amenazarlos con igual suerte; su pie, calzado con una pantufla verde, aprieta con fuerza una carronada; y bien dispuesto á defenderse, dirige primero la palabra al mas atrevido de sus enemigos.

—¿Qué me queréis? ¿y quién os trae á mi hogar?

—La orden de nuestro rey.

—Obedecedla vosotros, puesto que sois esclavos; yo no tengo rey, y mando solo aquí.

—Debes ser bautizado como nosotros.

—He recibido mi bautizo de fuego, y esto me basta: no quiero vuestro bautizo de agua.

—La ley es para todos.

—Mi código es el que yo me he hecho, y sois unos

renegados que abjurais vuestra primera religion por otra nueva. Aquí están mis estados, mi imperio: aquí están mis dioses y mi creencia; estas hornillas, estas cacerolas, estos asadores, estas palas y estas cazuelas son mis armas, las insignias de mi soberanía y de mi independencia. ¿Que relaciones existen entre vosotros y yo? ¿Soy yo el cocinero, sucio ranchero de vuestros monótonos y débiles platos? ¿Tengo yo costumbre de faltar á mis guisados? no. ¿De no componer mis salsas ó de quemar mis fritos? no. ¿Quién os ha dado el derecho de atacarme, perseguirme, encerrarme en mi casa como á una fiera, como á un marsopa? ¿qué tiburones sois! ¡oh! ¡no os temo! porque yo ¿ois? no hubiera saludado el sombrero de Gesler, no me hubiera inclinado ante el caballo de Calígula, y no seré bautizado. Despues de decir esto, pone en la hornilla su asador que tiembla, hasta que la rabia de Marte y el peso de los éticos pichones hayan cesado de animarle.

—¡Adelante las bombas! dice Marchais con su voz ronca y cavernosa, ¡adelante las bombas!

Y mil chorros de agua inundan completamente al intrépido cocinero, cuyas salsas se aumentan sin hacerse por eso peores. Este permanece clavado en su puesto de honor, igual á la roca batida por la tormenta; y sale, si no vencedor en esta encarnizada lucha, al menos invencible. Un grano violento que amenazaba á la corbeta, puso término á todo.

La borrasca duró algunas horas, la efervescencia de los marineros se calmó con los vientos, una noche silenciosa y dulce cobijó la corbeta muellemente balanceada, y nos vimos arrojados de nuevo á las zonas felices por vientos eliseos (1), que soplando igualmente en ambos hemisferios, debian viajar con nosotros hasta el Brasil.

IV.

EN LA MAR.

Petit.—Marchais.

PARA ser consecuente con el plan que me he trazado, y despues que una brisa regular y monótona nos lleva á pocas jornadas á nuestro destino; puesto que el mas tranquilo y hermoso mar no nos ofrece ninguno de esos incidentes llenos de interes que surgen, por decirlo así, á cada paso en las altas regiones, ó en los días de tormentas y peligros, permitidme hablaros del bordo de la corbeta, de nuestra tripulacion tan activa, tan valiente, tan decidida, y sobre todo de dos de nuestros marineros que reasumen en ellos solos todas las tristezas, todas las alternativas y todas las miserias de la vida de mar. No son estas dos escepciones, pero sí dos estremidades, y la filosofía y la moral pueden sacar preciosas lecciones en su hirviente carrera.

Marchais se llama el uno: él os dirá cómo están contruidos todos los calabozos y cárceles de nuestras ciudades marítimas. Posee mejor que nadie el arte de improvisar disputas con las personas mas pacíficas; con los ojos cerrados os llevará á todas las tabernas de los lugares que ha visitado, os dirá los nombres y apellidos de todos los fondistas y sobre todo de las criadas, por las que ha tenido con razon ó sin ella que sostener una porcion de riñas y mil heridas que cicatrizar. La cubierta, las tabernas y las cárceles es lo único que él conoce, ese es su mundo, sus altares. Nadie mejor que él aplica en un carrillo flaco ó abultado lo que él llama un alelí de cinco hojas, y ningún breton ni normando le dará lecciones sobre el arte tan noble y distinguido de palo ó de chinela. Poco le importa la estatua de su adversario, enano ó gigante todo le es igual, con tal que tenga un ojo que

acardenalar, una muela que romper, un hombro que hundir ó una nariz que aplastar. Sus pies son duros cascos, encallecidos, sus manos palas ásperas, su piel embreada está manchada por mil heridas y agujereada por mil grietas. Cuando su mano cerrada cae, empujada por su voluntad de infierno y la palanca de su brazo nervudo, hace una brecha y fractura el cuerpo sobre el que ha dado. La sangre es para él agua tibia; el dolor le es desconocido. Amarrado un día al filarete, recibió á bordo veinte y cinco golpes de garceta fuertemente cimbrada; os lo aseguro. Durante la operacion, observé los movimientos de su fisonomía, y no ví otros que los del desden mezclados á una poca vergüenza. Mascaba tranquilamente su pedazo de tabaco mirando correr la ola, como si nada sucediera á sus espaldas. Cinco minutos despues del castigo, bebía un vaso de vino, que le mandé, á la salud del contraestre que acababa de castigarle, Marchais ya no masca hoy sino con las encías. Cinco ó seis judíos de Gibraltar, le hicieron caer las muelas; otros dos dientes abandonaron su puesto en *Rio-Janeiro* á beneficio de un nudoso garrotazo que le partió el lábio superior, y las que le quedaban aun ahora siguieron el paso de las primeras en nuestros siguientes descansos, y cuando le dais alguna chanza sobre el hambre de su boca, se mofa de vos, y sacando una cajita de su bolsillo, os prueba que no teneis razon, enseñándoos los restos mutilados que ha salvado de sus combates y naufragios. Habeis prestado algun pequeño servicio á Marchais, vivid tranquilo; en el momento del peligro Marchais morirá antes que vos y por vos. Si hubiera yo caído al agua y un tiburón me llevara un muslo, Marchais se hubiese tirado al mar, armado de su navaja, para luchar con el cetáceo. Pero por poco que sea el rencor que os tenga, pensad en vuestra defensa; no porque quiera pillaros á traicion y heriros por detras; no, nada de eso, pero porque si sois igual á él, no faltará nunca una ocasion para buscaros contienda, y á la primera contestacion el martillo caerá sobre el yunque. Marchais es un *lobo marino*, un *marsopa*, una *foca*; desde que se leva el áncora, jurará contra el estado de marinero, jura en toda la travesía, jura en la calma y en la borrasca, y jura tambien cuando se ha arribado; apenas ha desembarcado dice con cólera, si se construyen buques, si los vientos tienen orden de trastornar las olas, y si el cielo ha echado tanta agua en la tierra, para que se estén pascando sobre el *tablero de las vacas*. Jamas os pedirá Marchais cosa alguna, pero aceptará todo cuanto querais ofrecerle, con tal que lo que ofrezcais le dé esperanza de una orgía báquica. No desprecia el vino de Burdeos, le gusta bastante el de Borgoña, es apasionado por el de Rosellon, por una botella de aguardiente se haria sablear, y por un frasco de rom, se haria hachear. La ciencia deberia analizar las arterias de este hombre, porque á buen seguro que no es sangre lo que corre por ellas.

Hé aquí ahora el segundo tipo que os he prometido: es *Petit*:

Petit es redondo, encorvado, encarnado de rostro, manos, cejas y cabellos. Marchais le puso por apodo la *zanahoria*. No tiene mas de cinco pies y una pulgada; se conserva derecho en el entrepuente sin temer coscorrones en la cabeza, á no ser que esté borracho, lo que casi le sucede dos veces al día; cuando camina figura una gabarra balanceándose, con sus anchos flancos y su tranquila estela; viéndole á alguna distancia, cualquiera le tomaria por un pedazo de madera que se pasea entre cuatro paréntesis; pues sus piernas están muy arqueadas, y sus brazos tienen tambien esa figura que él mismo les ha dado. Petit no conoce ni la dicha ni el placer; su naturaleza es una naturaleza distinta de las demas, echada en holocausto al dolor y al cansancio desde su mas tierna

(1) Veanse las notas al final de la obra.

edad. Toda su vida ha sido una pura lucha, y á todo trance, contra los hombres y los elementos. Así como su amigo Marchais, es tambien en el dia marinero de primera clase y nunca será mas. Marchais sabe leer, Petit no conoce siquiera una letra y se avergonzaria, dice él mismo, si le podian creer capaz de poner su firma. Ha estado seis años de grumete á bordo de muchos buques mercantes; ha pasado despues á marinero de tercera clase, despues de segunda, y hoy dia ha adquirido su baston de mariscal.

Petit nunca ha tenido zapatos sino desde que está en nuestra corbeta, y ademas un magnífico y gran traje de marinero, que le molestaba horriblemente; jamas quiso que una navaja de afeitar hiriese sus carrillos y su barba, y nadie ha podido hacerle comprender el uso de los guantes. Las abejas, mosquitos y otros insectos mas incómodos aun, sin veneno, no pueden hacer mella en la piel de Petit, la que está sembrada de pecas y parece un duro pergamino. La flujion que creéis observarle en uno ú otro carrillo no es sino un enorme pedazo de tabaco que siempre tiene en la boca, y cuya privacion seria un terrible golpe para su robusta salud, sin disminuir por eso en nada su alegría, tan triste y comunicativa á la vez. Petit era mas querido á bordo que Marchais, porque la amistad que se tenia á este era mezclada con algun temor; ademas Marchais era muy burlon y no queria se burlasen de él, y Petit, al contrario, era el primero á reirse de las pullas y gestos que le decian y hacian continuamente. Uno y otro en tiempo de calma se señalaban por su pereza á prueba de amenazas y golpes; pero cuando el tiempo era malo, cuando habia algun peligro en la maniobra, entonces era preciso ver nuestros dos hombres pegarse á la punta de los palos y de las vergas, espuestos á la ira de los elementos y luchar con toda la fuerza de sus dedos encrespados contra ellos, recibir con una impasibilidad estoica las olas saladas de mar y las violentas sacudidas del cielo, que consideraban siempre como agasajos de su oficio de réprobos. Marchais es la veleta de un palo, tenia el aire de un vampiro; se hubiera dicho al ver á Petit en un juanete, que era una de esas figuras grotescas y fantásticas con las que Callot ha llenado su admirable cuadro de la Tentacion de San Antonio.

Marchais ha tenido en su magnífico equipaje hasta seis camisas, dos pantalones, tres chalecos, dos pares de zapatos, una chaqueta y cinco pares de medias. Petit en su mayor ajuje, no ha tenido mas que camisa y media y un pantalon que apenas llega á las rodillas, un chaleco con tres botones en el pectoral, una chaqueta y una caja de tabaco, unos zarcillos de laton y una sortija de pelo: su ajuar de á bordo pertenecia al estado, y no se ha atrevido nunca á esperar en sueños de ambicion, que se lo regalasen despues de la campaña.

Hé aquí sobre poco mas ó menos el retrato de nuestros dos hombres. ¡ Dichosas las embarcaciones que posean un par de estos á su bordo! Compraria por cualquier precio la satisfaccion de tener hoy dia, cerca de mí y en el momento en que escribo esto, á esos dos estraños y valientes compañeros de mis correrías y peligros, á los que procuraba siempre asociar. Si en algun tiempo estas líneas, les son leidas estoy bien seguro que los ojos de Petit y de Marchais se llenarán de lágrimas al recuerdo de mi amistad por ellos, y que irán si pueden, á la mas cercana taberna á beber para que recobre la vista, aquel que con tanta frecuencia les ha hecho olvidar las tristes y dolorosas jornadas de nuestra larga expedicion.

Por la noche, cuando la brisa regular dejaba ociosos los brazos de los marineros, Marchais y Petit, sobre el castillo de proa, presidian el cuarto y alegraban la travesia. Petit referia mejor que Marchais, y la porque indudablemente habia padecido mas, y la

costumbre de narrar era tan bien aprendida por él, que quien le oyera de lejos, hubiera creído que estaba leyendo.

En las pesadas y tranquilas tardes tropicales, me gustaba, despues de mis trabajos del dia, estar un poco al lado de los marineros que cercaban á Petit, cuando contaba sus tribulaciones y miserias, y las angustias del hombre en los pestilentos pontones de Portsmouth: ¡ Oh! ¡ compasion daba oírle! Pero su relacion era tan alegremente pintada, que la acababa siempre en medio de las estrepitosas risotadas de su atento auditorio. La fealdad del historiador tenia tambien su carácter particular: ella era singular, pero no repugnante: se miraba á Petit con asombro, mas no con disgusto, y nadie estrañaria tampoco el saber que pudo concluir una conquista: ¡ son tan caprichosas las mujeres!

Un dia fue comparado con otro prisionero, y quedó determinado por unanimidad sobre el ponton, que la cara de Petit era de peor catadura que la de su competidor. Tambien tuvo entonces que sufrir todas las burlas, sarcasmos, y borrajas de los asalariados del ponton, tanto mas intolerantes, cuanto que les resultaba provecho de estos ataques de mala ley.

Petit, despues de una partida de juego, se halló privado de racion completa por toda una semana; tan débil era la racion ¡ ay! para los prisioneros, que la mayor parte de estos, tenian solo alguna fuerza para no morirse de hambre. De modo que un préstamo forzoso sobre los víveres era imposible. En una circunstancia tan crítica, Petit recurrió á mil astucias, á mil estratagemas que casi siempre eran sin éxito, así es que estaba débil como un *juanete*, segun su espresion favorita.

En tan apurado lance, nuestro héroe halló aun el medio de luchar victoriosamente contra su mala fortuna. Vendió el forro de su chaleco, su camisa, menos los puños y el cuello, la suela de sus zapatos, que substituyó con unos hilos cuadrados que aseguraban el empeine. Burló de ese modo la vigilancia de los inspectores que cada domingo revistaban el ponton, en donde era muy castigada la venta de los efectos. Petit, vivió pues, casi desnudo, los seis meses mas crudos del año, cuando se le creia vestido con bastante abrigo: pues no pudo rehacerse con sus cosas, porque no tuvo ninguna suerte favorable para ello; aprovechándose de su desgracia uno de sus camaradas que fue quien se quedó con todo. Petit nadaba como un marsopa; decia que se comprometia á no subir á bordo en quince dias, si querian darle su racion en el agua. El que hacia el octavo en una embarcacion que no habia podido embocar á la entrada de Tolon, se vió precisado con toda la tripulacion de hacer abordadas toda la noche. Virando de bordo, la canoa se fue á pique: hé aquí á todos los pobres marineros luchando con pies y manos contra las fuertes olas que los cubria: la brisa venia de tierra. Petit puso el cabo, esto es, se dirigió á las islas d'Hyerres, y se ponen en camino. La travesia era larga y difícil; pero el intrépido nadador se fiaba en sus fuerzas, y ya de espaldas y ya sobre el vientre, y despues de una lucha increíble de cinco horas, llegó á tierra y se arrastró dolorosamente sobre la playa hácia una batería, adonde se veia una luz.

¿ Quién vive? le gritó el centinela, Petit quiere contestar, pero le faltan las fuerzas, su voz espira en sus lábios. ¿ Quién vive? preguntan segunda vez y despues una tercera. Petit levanta la mano, hace un gesto de amigo y se adelanta débil y desgarrado. Un tiro se dispara, silba la bala y Petit cae con el muslo atravesado de un balazo. Pero lo que hay de mas piadoso en este asunto, decia Petit refiriendo su deplorable aventura, es que el asesino loco que tan bien me apuntó, era primo mio, y al que por mi proteccion, habia hecho entrar en los *guarda-costas*.

¡Bribon! le digo, guardas bien las costas, pero mejor rompes los muslos.

¡Pobre marinero, concédete Dios una tranquila vejez y que el cielo te resarza de tantos dolores y miserias!

Las relaciones de Marchais, eran siempre de *tinta encarnada*. Pugilatos, desafíos, batallas en regla, botellas quebradas sobre abiertos cráneos, cuestiones de taberna sangrientas, peleas tumultuosas en los calabozos: á esto se reducía todo; pero entonces tambien su estilo tenia calor y vehemencia; pudiendo decirse, y con razon, que el que hablaba era el héroe de la lucha y no el narrador del hecho. Lo que tambien habia de singular en el carácter de Marchais, es que nunca mentía; y que contaba sus derrotas con la misma franqueza que sus proezas y victorias. Por lo que respecta á Petit, sus relaciones participaban siempre de un color religioso; pero su religion era un culto caprichoso, una incompleta devocion mezclada de ignorancia, humildad y burla. Ya se conocia que sus principios eran puros, pero tambien se conocia el daño que le habia hecho este mundo, en donde se vió arrojado. Sus oraciones se dirigian tan pronto al cielo, tan pronto al infierno; hoy invocaba á San Francisco ó á San Lorenzo, y mañana á Belcebú ó Lucifer. La oracion era para él un hecho de costumbre; oracion sin reflexion, sin fé, sin piedad; oraba porque quizá se acordase que cerca de su cuna (¡Ay! ¿tuvo Petit por ventura cuna?) habia visto arrodillada á su madre, cruzadas las manos y con los ojos levantados al cielo.

Antes de dejarle; y puesto que tendré pocas ocasiones de hablarlos de mi honrado y desgraciado marinero, quiero decirlos una de las mil anécdotas que nos refirió. No he hecho mas que escribir, él me dictó.

«Era en la costa de Bretaña, en donde vivia con mi intrépido hombre, mi padre, que entonces tenia cincuenta y cuatro años, puesto que al año siguiente tuvo cincuenta y cinco, y cuya mujer tenia treinta y siete y algunos meses. Nuestra existencia estaba en calma chicha, como la de las ostras de la ribera, que vendíamos muy bien, pero que comíamos muy poco, porque no teníamos ninguna clase de líquido para regalarlos, lo que era muy fastidioso. Diariamente, padre y yo, desamarrábamos el bote, ó íbamos á lo largo, con el sedal y la fuina en la mano, á ocuparnos de la pesca. Una tarde que los anzuelos habian hecho buena presa, hé aquí que la brisa sopla mas fuerte que de costumbre y que nosotros estábamos bastante embebidos. Poco á poco fue aumentando hasta hacer plegar el pulgar y arrancar los cuernos á un buey; ¡zumba, amenaza, descansa sobre nosotros y vuestro servidor! Nos creímos perdidos, á fé de marinero de treinta y seis. Yo pensaba en mi pobre madre, á quien no creia volver á abrazar; el patron pensaba en el cielo que estaba lleno de nubes negras como el alma de Marchais.» (Marchais que tambien era auditorio, le asestó un violento puntapié en cierta parte.) Petit continuó: «De repente una enorme ola nos coge de estremo á estremo y nos levanta; nos deja, y volvemos á caer aun sobre la quilla ¡oh! á fé mia, era un milagro, y si alguna vez he creído en Jesus, es seguramente en esa noche. Padre se arrodilló: ¡Virgen Santa! dijo, sácanos de aquí, y te prometo para mañana un cirio gordo como el bauprés de un navío de 74.—Padre, padre, le dije, prometes mucho; un bauprés no es un alambre.—Cállate, ¡bestion! me replicó el fino de mi padre; cuando la Santa Virgen nos habrá salvado, la daré un cirio del grosor del dedo meñique. Y al dia siguiente comíamos tranquilamente una fritura de gobios, y al tercer dia mi padre pensó en su voto y el querido hombre ha muerto pensando aun en él.

»Moralidad

»Veis, perros de marineros, como siempre es bueno en momentos de peligro, hacer votos á la Santa »Virgen.»

V.

DEL ECUADOR AL BRASIL.

Postura del sol.—Rio-Janeiro.

ACABAMOS de surcar el Atlántico de Este á Oeste, y la monotonía de nuestra navegacion, no se ha interrumpido sino por algunos incidentes á los que no puede escaparse una embarcacion en una larga y señalada travesía. Granos, mangas, ráfagas, calmas y despues el violento paso de las ballenas viajeras que se pasean en su vasto imperio. El elegante tablero revoloteando siempre sobre la cabeza de la tripulacion, que está en expectativa, y el estúpido loco que venia á posarse sobre una verga dejándose abatir tontamente como si la vida le fuera pesada; y aun ademas el albatros, llamado por los poetas *el ave de las tormentas* y *Cordero del Cabo*: sobre vuestro cenit ahora, y perdiéndose muy luego en el horizonte con la velocidad de una flecha, y jugando con la espumosa ola golpeándola con su robusta ala, como para insultar su impotente rábia, y elevándose de un salto hasta las regiones del rayo, cuyo estrépito le lisonjea, el goeland, diestro pescador, permanece inmóvil en lo mas elevado de la atmósfera y cae despues como un plomo para cojer su alimento que nada entre dos aguas; y despues los millares de marsopas cazando delante de ellos las innumerables legiones de peces voladores, que vienen á posarse sobre los obeuques de la corbata; y las elegantes rabiñorcadadas siguiendo siempre el viento; y las fosfóricas *medusas* que iluminan el espacio; y las *molhuscas* tan variadas, tan curiosas, que se tomarian unas veces por insectos alados y otras por racimos de uvas, ó ramos de flores. Nada pierde el observador en esta feliz travesía, en donde los estudios se hacen sin peligros ni cansancio: ni una sola hora parece larga, para el que quiere ver y sabe manejar el pincel ó la pluma. Pero lo que sobre todo hace latir con violencia el corazon, lo que sobre todo hace vibrar el alma y revela la presencia del Dios del universo, son esas *admirables puestas de sol* despues de un dia abrasador.

Allá bajo, en lontananza, en un Océano de fuego y sobre un cielo de fuego, brillan con un resplandor capaz de herir la vista, los caprichosos contornos de nubes, dibujándose bajo las mas fantásticas formas: ahora son montañas con sus áridas cimas, sus volcanes abiertos y en actividad, surcados por torrentes de lavas, desapareciendo y volviendo á aparecer como un juego de óptica, que uno admira pero que no comprende. Ya son ejércitos enemigos, que se acometen y se derrotan, haciendo saltar á lo lejos mil millones de chispas en su terrible choque; ya son inmensas llanuras que se pierden de vista, campos de trigo que alimentan la llama sin hartarla; ya son grandes ciudades, con sus chapiteles, campanarios, torres morunas, castillos, ciudadelas, y todas edificadas sobre el fuego y con el fuego, y son por último áscuas colocadas en una elevacion: en todas partes el cielo y el infierno, y por todas partes una inmensa brasa en la que la embarcacion va á precipitarse pronto.

¡Oh! si, podeis creerlo, una hermosa *puesta de sol* en un cielo tropical es el mas imponente y magnífico espectáculo de que puede gozar el hombre. Tempestades, huracanes, calmas, naufragios, todo puede olvidarlo la memoria, pero nadie olvidará una bella puesta de sol en la zona tórrida: porque, si todas las tempestades ofrecen el mismo caos, si todas las calmas tienen la misma tranquilidad, ninguna

puesta de sol se asemeja á la de la víspera, y ninguna se parece á la del día siguiente. ¡Allí está Dios, grande, incommensurable, eterno!

Los primeros navegantes que han ido á buscar ese nuevo mundo, adivinado con tanto atrevimiento por Colon, han debido creer, mas de cien veces, que habian ya llegado al término de su carrera, al aspecto de esos poderosos fenómenos, ante cuya presencia se postra el alma para adorarlos. Así como ellos, hemos gritado muchas veces; ¡tierra! pero una hora despues que el sol se habia sumergido en las olas, no existia ninguna ilusion, el horizonte era una realidad, y nos hallábamos desencantados entre el cielo y el agua, esperando una brisa mas fuerte, que viniera á ofrecer nuevo encanto á nuestra curiosidad. Sin embargo si el punto es exacto, y si las corrientes no nos lo contrarian, debemos, esta mañana, ver delante de nosotros la tierra descubierta por el portugués Cabral...

¡Héla aquí en efecto: ¡tierra! grita el vigía que está á caballo sobre el bauprés, ¡tierra de proa! Todo el mundo sube sobre el puente: con un antejo de larga vista que interroga al horizonte; la corbeta hieniendo las olas, y el punto señalado engrandece, muestra su decidida forma, se dibuja en seguida y las horas de languidez y de fastidio se borran en este primer momento de alegría y de embriaguez. El cabo frío ha levantado la cabeza, como para indicarnos el camino de Rio: á sus espaldas, la tierra que largamos á beneficio de pocas velas, es unida, sin asperezas, cubierta de una vegetación virgen y gigantesca. Alrededor del buque, revolotean algunas aves terrestres, cuyas débiles y perezosas alas no se atreven alejarse de la ribera. Estos visitantes son siempre bien recibidos y bien festejados, porque son correos que traen buenas noticias; las de calma y descanso.

No obstante el presagio de un cielo protector hemos virado de bordo por la noche; y al levar el áncora, pusimos la proa á Rio-Janeiro, ciudad real, adonde por segunda vez la dejaremos caer.

Dibujo a costa; su riqueza por todas partes es asombrosa, y me afano con un celo casi religioso para reproducir sus contornos caprichosos y variados con toda la fidelidad posible. La entrada nos es señalada por dos pequeñas islas; una de ellas se llama isla *Redonda*, sin duda porque es cuadrada; entre estas dos islas todo buque puede atrevidamente tomar paso. Hé aquí el *pan de azúcar*, agudo, rápido sin verdor; es el pie de un gigante que debe servir de punto de vista á los navegantes. La cabeza está allá bajo al Oeste de la rada; cabeza bien dibujada, con su frente descubierta; su cabellera parece un bosque frondoso, su ojo una gruta húmeda, su nariz un pico huesoso, y su barba es deprimida: luego sigue el cuello que es figurado por un ancho valle, despues los pectorales dominando una roca tallada en forma de espalda y de brazos, luego el abdomen, el muslo, la rodilla, la pierna, y por último el pan de azúcar que dibuja el pie; es un verdadero gigante echado de espaldas, mas ó menos largo, segun la posición del buque, pero siempre tallado como si lo hubiera hecho un escultor. No sabré recomendar demasiado á los capitanes de embarcaciones la vista tan feliz y singular de esa cadena de montañas, para que no puedan equivocarse la entrada de la inmensa rada, que el pie del gigante indica de un modo mas exacto y preciso que pudiera hacerlo un faro.

La alegría está pintada en todos los semblantes, la avidez en todas las miradas; todo el mundo está en pie, curioso, atento, menos Petit y Marchais que están sentados al pie del palo mayor, encogiéndose de hombros de la lástima que les causa nuestra admiración y nuestra impaciencia. Nubes de mariposas de mil colores juegan entre las jarcias; rivalizan entre ellos por la variedad y coquetería, resisten á la brisa de

mar que los rechaza y penetran con nosotros en el golfo donde han nacido. Estos nuevos huéspedes son respetados como las hermosas aves de la víspera, y saludamos por último, bordo contra bordo, esa tierra del Brasil, en la que el Atlántico se ha franqueado un paso como para dar asilo á los buques que acaba de atormentar.

La entrada queda pronto salvada; penetramos en la rada: ¡qué espectáculo tan arrebatador! Ni la soberbia Génova, con sus palacios de mármol y sus jardines aéreos; ni la risueña Nápoles con sus limpias aguas, su Vesubio y sus villas tan lozanas; ni la rica Venecia con su arquitectura morisca y sus cúpulas cinceladas; ni aun el Bósforo con sus eminentes cúpulas, sus kioscos y sus minaretes hasta las nubes, no ofrecen á la vista asombrada un panorama mas magnífico. A la derecha, á la izquierda, á nuestro frente, á nuestras espaldas, una naturaleza poderosa ostenta sus coquetas riquezas de todo el año; árboles de una sorprendente altura, islas alegres, sembradas por decirlo así en toda la estension de ese charco de agua cristalina, sobre el que pasan y repasan millares de mariposas viajeras, grises, amarillas, encarnadas, abigarradas: un cielo mas elevado, poblado de papagayos chillones y de elegantes cotorras, de goëlands y de enjambres numerosos de tímidos *¡ájá-ros moscas* que se tomarian por abejas si no fuesen vendidos por el oro, las esmeraldas y los rubíes de su plumaje; y despues embocaduras dominadas por iglesias de caprichosa arquitectura; deliciosas habitaciones esparcidas acá y acullá, medio ocultas en cierto modo por los plantíos de palmeros y de anchos parasoles de plátanos, y ademas millares de piraguas que van de una *praya* á otra lanzadas por la corta *pagaya* del negro esclavo, que aulla su canto nacional para animar su valor y pujanza: tambien veis aquí un inmenso bosque de palos y pabellones de todas las naciones del mundo, una ciudad grande y hermosa, un soberbio acueducto que la domina y alimenta; en lontananza se ven, como si fuera una barrera poderosa puesta para contrarestar las invasiones del atlántico, se ven, decimos, las *montañas desorgues* con sus agujas tan puntiagudas y tan regulares que se podria decir que es obra de los hombres. ¡Oh! todo esto es magnífico, imponente, encantador, todo esto no puede describirse, bastante es poderlo admirar.

Apenas se llega á un pais nuevo, que todo se quiere ver, estudiar, conocer; los rios y sus ocultas riquezas, la tierra y sus tesoros, el hombre y sus costumbres. Se teme que falte semejanza, ó ánimo, ó paciencia: ¡tan rápidas pasan las horas cuando se estudia y se medita!

Hé aquí pues el Brasil, tierra feroz entre las mas feraces del globo: casi se podria decir que es una naturaleza distinta de todas las demas, una verdadera naturaleza privilegiada. Para enriquecerse, la codicia no tiene mas que escudriñar el suelo; para vivir, el hombre no tiene mas que respirar, porque la brisa de mar que sopla por la mañana os da fuerzas contra el calor del día; y el viento de tierra, que ha atravesado las altas montañas del interior os hace olvidar por la noche la temperatura de una zona sofocante.

Muchos peces nadan aquí en los rios; demasiadas aves pueblan la atmósfera; demasiado fruto pesa en los árboles; demasiados insectos se introducen en la yerba. Aquí las montañas ocultan piedras preciosas, los arroyos arrastran pajitas de oro y diamantes tan hermosos como los de Colconda. En el Brasil no hay de esas enfermedades epidémicas ó contagiosas que diezman las poblaciones y cuyo solo recuerdo es un azote.

Si os agrada una vida indolente y tranquila, si para vos el descanso es la felicidad; suspended vues-

tra hamaca á los troncos escamados de los palmeros ó buscad una suave habitacion cerca de la playa herida por la perezosa ola: mas, si temeis la monotonia de los placeres exentos de variedad, permaneced en vuestra casa, envejeced en ella; por que en el Brasil, cada mañana de la víspera es igual á la del día siguiente; y creeríais que la nube que pasa hoy sobre vuestra cabeza, es la nube que vino ayer á protegeros con su sombra ó á refrescaros con su rocío.

En el Brasil se diria que esa naturaleza fuerte y vigorosa que pesa sobre el suelo, es la misma de siglos pasados, sin que nunca se renueve. Ella es verde, abigarrada y risueña: es una riqueza continua; es un suave perfume; es un silencio misterioso que penetra el alma y la mueve al delirio; es una quietud que descansa sin enervar; es un medio soñar y un medio despertar; se siente penetrar dulcemente la vida por los poros, se aspira el aire, se deja uno ir muellemente al descanso del sueño, como si el día proviniese del cansancio, y uno se adormece á los gritos y á los silbos agudos de los insectos y de los colibris, como á un celeste concierto que no muere sino mucho tiempo despues de haberse ocultado el sol en el horizonte.

Creo os he hablado del acueducto que saliendo del pie virgen del Corcovado, baja y serpentea de colina en colina, conserva fresca y limpia el agua que ha recibido en su origen, y alimenta la ciudad entera. Mi primera visita será hoy para su acueducto y voy á seguirle en todas sus sinuosidades.

De lejos, se puede tomar por una obra de los romanos en tiempo de su esplendor; pero despojándose de toda prevencion, no se ve sino un trabajo de paciencia y de utilidad pública: la corriente de agua llega á una colina vecina, con ayuda de un doble acueducto en el que se cuentan ciento cuarenta arcaditas al último piso y que ofrece un aspecto bastante monumental. Desde el pie del convento de Santa Teresa hasta los flancos desembarazados del Corcovado, es una pared de bricas ó ladrillos y de gruesas piedras bien cimentadas, de una longitud de legua y media, sobre una altura de cuatro ó cinco pies, unida por una bóveda á otra pared paralela, sirviendo todo de regata á la corriente de agua. De vez en cuando, se practican pequeñas ventanas cuadradas sobre las paredes, y á cada cien pasos de distancia, un pequeño estanque lateral, adonde cae el agua por medio de un tubo de plomo, ha sido cavado para las necesidades de los peones y viajeros. Para quien se haya hecho una justa idea de las costumbres perezosas de los del Brasil, este acueducto es una obra graciosa, que por sí solo hace el elogio del príncipe en cuyo remado ha sido construido.

Despues de dos horas de camino por los sitios mas caprichosos y mas pintorescos, llegué á la estremidad de la fábrica y descansé algunos instantes debajo de un magnífico bertholletia que hacia sombra á la sábana de agua que, escapándose de la poderosa vegetacion en donde esta prisionera, resbala libremente sobre un toba duro y pulido, en donde los curiosos tienen la costumbre de detenerse antes de subir al Corcovado. El paisaje presenta aquí, aun mas que en ninguna otra parte, uno de esos panoramas fantásticos que Claudio Lorrain habia ideado, pero que Martin, ese pintor del espacio, ha poetizado tan admirablemente.

En el Brasil no se deben amar las artes si no se quiere ser á cada instante devorado por el pesar de su propia importancia. Gudin, Isabey, Roqueplan, Dupré y Cabat, romperian su paleta de vergüenza y desesperacion.

El día estaba ya muy adelantado y en vez de hundirme en esa masa informe y compacta de verdor que me dominaba, me decidí á dejar para el día siguiente el paseo instructivo que habia proyectado y bajando

de colina en colina, volví á tomar la direccion de la ciudad, atravesando campos y plantaciones de cafeteros, plátanos y naranjos. Ya os lo he dicho, el Brasil es un hermoso jardín.

Aun no habia caminado media hora, cuando me hallé como cerrado en una cerca, en cuyo medio estaba construida una casita pintada de verde y rodeada de un enrejado en donde serpenteaban unas flores ricas por sus colores deslumbradores. Tenia sed, me dirigí á la puerta principal, y llamé; nadie me contestó; suponía yo que el dueño de la casa seria bastante atento para perdonarme mi indiscrecion, puse la mano sobre el picaporte y abrí.

¡Qué grande fue mi asombro! Un magnífico retrato al óleo, enriquecido con un hermoso cuadro, llamó mi atencion. Era el de un general frances, cuyo uniforme estaba adornado de placas, de la cruz de honor y de muchas órdenes extranjeras: en la mano derecha tenia una carta cerrada; en una mesa cerca de él se veia el plan de la plaza de armas de un fuerte. El rostro del veterano se presentaba orgulloso y tranquilo, debajo de una gran cortina de seda verde. El ojo interrogaba, la frente meditaba y la lijera contraccion que hacia bajar las dos estremidades de la boca, anunciaban el desden mezclado con algo de cólera. En lontananza se descubria la cima vaporosa de algunos mástiles empavesados.

Iba aun á llamar, cuando un anciano, que venia de fuera apoyado sobre su palo me tocó en el hombro y me preguntó:

— ¿Qué quereis?

— ¡Pardiez! palabras francesas.

— ¡En buen hora! ¿Sois frances tambien?

— ¿Y vos?

— Cabeza, brazo y corazon, son de la Francia.

— ¿De quién es ese retrato?

— Es el de un general cobardemente calumniado; ha sido ayudante de campo del emperador y gobernador en los dos hemisferios... Fue el honrado defensor de una ciudad opulenta confiada á la guardia de su honor y de la fiel espada, que veis allí, enmohecida, inútil. Ese retrato, prenda de amistad de Napoleón, es el de un hombre que ha querido vivir para proteger la memoria del emperador; es el del general Hogendorp... ¡es el mio!

Apreté fuertemente la mano del veterano, me senté cerca de él, en un camapé de mimbre. ¡Dios mio! ¡cómo cambia á los hombres el destierro! Los ojos del valiente defensor de Hamburgo estaban ya medio apagados: profundas arrugas surcaban su frente y sus carrillos enflaquecidos; sus cabellos estaban ya ralos, su tinte macilento y tostado. Nada habia perdonado la desgracia, ni el alma ni el cuerpo: habia miseria en esa altiva viga que estaba envarada por tantas tormentas, pero una miseria noble y dignamente sufrida. Hogendorp era una de esas ruinas graves y solemnes ante las que no se para nadie, sino con la cabeza descubierta.

Guardamos silencio por algunos instantes; él, por saber quién yo era, y yo, por esperar alguna confidencia nueva. Con todo, y á fin de desterrar de su memoria las dolorosas ideas que parecian haberle acometido, le dije mi nombre, la mision que estaba á mi cargo, la feliz casualidad que me llevara á su casa, y le pedí un vaso de agua.

— Y de vino tambien, caballero, si quereis; soy ahora comerciante de vino de naranjas, y carbonero. Han dicho allende estos mares que habia robado un banco, y apenas me ha sido dable pagar mi trasporte hasta el Brasil; han dicho que poseía yo en este país plantíos inmensos y que tenia trescientos negros, y Zinga es mi único criado; y si os servís dar cincuenta pasos en contorno de esta casita construida por mí, habreis recorrido todos mis estados; si tengo una blusa casi nueva es porque la he comprado con el

producto del vino de naranjas que fabrico; si puedo ponerme zapatos, es porque llevo carbon á la ciudad, y que el comercio es el cambio de lo superfluo por lo necesario... Pedidme, pues, caballero, mas vino, naranjas, plátanos, pero no me pidais pan, el general frances, no lo tiene hoy.

El pobre desterrado leyó en mis ojos todo el interese que me inspiraba, y me lo agradeció como si fuera un favor, un beneficio.

—¿Os volveré á ver, caballero?

—Sí.

—¿Consentireis en pasar la vista sobre las memorias que he escrito?

—Con todo mi corazon.

—Os las confiaré, caballero; vuestro nombre es una garantía de probidad, y cuando regreseis á Francia, las publicareis, si lo creéis conveniente. Lo que quiero se sepa ante todo, es que soy pobre, desgraciado, desterrado, y cerca ya del sepulcro, pero que si mi país tuviese aun necesidad de mí, me rejuvenecería y me fortaleceria. Adios caballero.

—No general, hasta la vista.

—Hasta la vista pues, no olvideis vuestra promesa, os espero. El día baja, hé aquí mi negro, mi valiente Zinga, el único compañero de mi soledad. No puedo ofreceros una hamaca; seguid pronto ese sendero y apretad el paso, porque si algunos esclavos os hallasen lejos de la ciudad, podrian deteneros.

La noche me sorprendió en el camino, noche estrellada, refrigerante, armoniosa sobre todo por su silencio y sus perfumes, despertaba á cortos intervalos por los gemidos medio sofocados de algunas aves nocturnas, y el retumbo natural de la ola que venia á morir en la orilla.

Cuando llegué al desembarcadero era cerca de la una y no hallé ninguna piragua. Iba á dirigirme hácia la calle *do Ovidor* para buscar un asilo, cuando la voz chillona de un esclavo detuvo mis pasos. El infeliz llevaba en una cestita una veintena de bizcochos; solo y de pie cerca de la fuente que está enfrente del palacio real, gritaba en vano; su voz se perdía en el silencio. Me acerqué á él y le pregunté qué es lo que vendia.

—Tortas. ¡Oh! os agradecería en el alma que tuviéseis la bondad de comprarme cuatro.

—¿Y por qué cuatro?

—Por que si no vendo aun estas cuatro, recibiré en casa veinte y cinco azotes.

—Pero ya es muy tarde, y ahora nadie te comprará tortas.

—Pero vos que sois compasivo me tomareis algunas.

—¿Y si te comprase todo lo que tienes en esa cesta?

—Entonces tendria tres dias de perdon, y rogaria siempre á Dios porque os conservase la salud.

—Toma, ruega á Dios por tí; cómete esas tortas, y dí á tu señor que las has vendido.

El pobre esclavo iba á vivir tres dias enteros sin temor del látigo.

Antes de llamar á la puerta de l' Hotel de France, adonde pensaba pasar la noche, me volví y ví en la oscuridad un objeto, que igual á un fantasma, parecia seguir mis pasos. ¿Quién va allá? exclamé con una voz fuerte.

—Soy yo, buen amo, me contestaron, soy yo. Os he seguido comiéndome las tortas: os hubieran podido atacar los negros cimarrones; me hubieran muerto antes que á vos.

¡Y se cree que no hay egoismo en la beneficencia!

Invito á los viajeros que estén sin asilo una noche en Rio-Janeiro, que prefieran pasearse por lo largo de la playa ó en la calle Derecha antes de entrar en el Hotel de France. Se me ofreció por cama un camapé duro, estrecho y súcio, en una ancha sala no em-

papelada, sin cortinas y sin mosquitera, en donde habia otros camapés que esperaban nuevos huéspedes extraviados. Gracias á mi apariencia acomodada y á mi traje bastante decente, se me obsequió echando una sábana manchada de salsa, en mi especie de cama, y despues de un saludo muy respetuoso se me deseó buena noche. Tuve todo el tiempo necesario para pensar en el general Hogendorp.

Al día siguiente, cansado, martirizado de esta noche de hospedaje en una fonda del Brasil, me volví á bordo para presenciar una ridícula ceremonia. Algunos instantes despues de haber entrado en rada, uno de nuestros oficiales bajó á tierra para tratar del saludo. «Dispararé siete, nueve, once ó veinte y un cañonazos para saludaros, pero con la condicion que me devolvereis mi política ó mi saludo, tiro por tiro.» Es igual á si se dijera al entrar en un salon: caballero, me inclinaré desde tal distancia de la habitacion siempre que me prometais hacer otro tanto... La costumbre ha consagrado fórmulas bien frivolas.

Sea lo que sea, saludamos con veinte y un cañonazos á los fuertes y á la ciudad; pero uno de nuestros marineros, llamado Merlino, al pasar por las portañolas enfrente de una carronada, fue alcanzado por un cartucho y echado al agua todo mutilado y medio muerto. Al momento dos de sus camaradas, Astier y Petit, se lanzaron al mar; el primero, mas listo que su compañero, agarró á Merlino por los cabellos y le subió á bordo: el otro, desesperado de haber sido adelantado, se aplicaba grandes puñetazos á sí mismo y se motejaba con los epítetos mas enérgicos. En cuanto á Merlino, acostado en la batería, hacia oír los gemidos mas dolorosos. Algunas horas despues habia dejado de existir; Astier y Petit bebieron aquella tarde para el descanso de su alma. Las últimas palabras de Merlino fueron una invitacion al contador á fin de que diera una piastra á cada uno de los dos generosos marineros.

Al día siguiente fuí á casa de algunas personas para quienes traia cartas de recomendacion, y hablé del general Hogendorp. ¡Qué corazon tan noble! ¡Qué soldado tan valiente! ¡qué valor y qué resignacion en la desgracia! Decian todos los franceses.

—Es un loco y un necio, añadia un noble brasileño.

—¿Cómo es eso?

—¿Creereis, caballero; que se le ha ofrecido un buen destino en los ejércitos de nuestro gracioso soberano, y que lo ha rehusado, alegando el ridículo pretexto de que pudiendo estar un dia las dos naciones en guerra, ó se veria obligado á faltar al agradecimiento ó á desenvainar la espada contra su país?

—En efecto, repliqué alzando los hombros; es un necio y un loco que vos no comprendereis nunca.

De casa de Mr. Durand, adonde tuvo lugar esta conversacion, me fuí á la capilla real para admirar esa maravilla, de la que los brasileños no hablan sino con entusiasmo. Oro en la nave, oro en las cornisas, en las columnas, en la media naranja, en los capiteles y en los altares; oro y pedrería por todas partes, en todas partes topacios, rubies y diamantes; en todas partes inmensas riquezas, siendo el templo de un Dios de pobreza. En esa iglesia no hay sillas. Los hombres están constantemente de pie ó arrodillados, y las mujeres, aun las mas elegantes, están arrodilladas ó sentadas en el suelo; á cada lado del altar mayor de la capilla real, hay dos vastas tribunas, en las que el soberano, los príncipes y los grandes dignatarios, asisten á los oficios Divinos. En el día de hoy habia una gran funcion, y no fue sin un gran trabajo como pude llegar hasta el centro de la iglesia. La música tenia algo de grave á la par que solemne, y los cantos mas armoniosos recorrían todos los ecos de la nave... De repente doce voces femeniles se dejan oír, la música se ha vuelto en un momento coqueta y

mundana; todo el mundo atiende y escucha como si se estuviera en un concierto. Todas las cabezas se dirigen hácia el coro; hasta el príncipe real, que por su parte depone la dignidad, parece estar dispuesto á aplaudir; las princesas felicitan con la vista y las manos; poco falta para que se oigan bravos en el santo templo. La música de la misa era del mismo don Pedro, las mujeres que cantaban..... eran unos eunucos. Uno de ellos tenia en el ojal del frac la cruz de Cristo. Salí de la capilla real con la misma impresion que se sale de un baile.

España y Portugal son hermanas con respecto á las ceremonias religiosas; existe en las dos naciones una mezcla de devocion y fanatismo, y hasta el mismo culto es ferviente por boberías; la misma confianza hay con cualquiera que esté vestido con el traje clerical, de limosnero, fraile, capuchino, peregrino ó cartujo. Si la historia no existiese aquí para la instrucción de los pueblos, se creeria que en Madrid, Lisboa y sobre todo en Rio-Janeiro, la religion tiene sus mas dignos apóstoles, y la fé sus mas intrépidos defensores. Veo al pie del altar mayor de esa magnífica capilla real, una treintena de sacerdotes todos llenos de oro, de seda y de encajes; á una señal convenida se arroñan, besan la tierra alternativamente con sus purpúreos lábios y en la iglesia retumban los puñetazos con que se golpean el pecho..... ¡Vedlos ahora por las calles corriendo y volteando como si

estuviesen cansados del papel que acaban de desempeñar, como si quisiesen vengarse de la detencion que les ha sido impuesta!

En el Brasil, un fraile ó un sacerdote siempre tiene diez y ocho años.

VI.

RIO-JANEIRO.

El Corcovado, el negrero.

Hoy quiero emplear bien las horas en provecho de mi corazon y de mi curiosidad. El general Hogen-dorp me espera y le he prometido algunas provisiones. El cielo está sereno y embalsamado; una brisa fresca y rápida echa delante de ella las nubes redondas como copos de nieve. Un negro está allí para mi servicio; un negro de robustas espaldas, de una andadura intrépida, pero de condicion esclava, pues sabe me pertenece hasta media noche por haberme sido vendido ó alquilado por algunas monedas. No ignora que si se niega á obedecerme, su cuerpo mañana, á una queja mia, será azotado con cincuenta latigazos de correa nudosa. Su amo y yo hemos cerrado el trato, me ha cedido su mercancía y puedo disponer de ella.

¡Oh! el esclavo negro no será azotado mañana porque yo sé que un negro es un hombre.



Vista de Rio-Janeiro.

—¿Puedes llevar cómodamente este lio? le digo con bondad.

—¡Yo! diez como este.

—Entonces no te quejarás si pongo dos sobre tus espaldas.

—¡Yo quejarme nunca! Si yo quejarme una sola pequeña vez, yo recibir cincuenta golpes de rotten.

—Nunca he hecho dar garrotazos á un esclavo.

—Vos no decir verdad.

—Sí.

—¿Entonces vos no ser brasileño?

—No.

—Tanto mejor.

No pusimos en camino y largueamos el acueducto. Mi negro saltaba en vez de correr. Su ancho pecho jadeante, vibraba y fluía bajo las primeras impresiones del sol de Levante, y sus músculos fuertemente pronunciados, demostraban y vendían una

naturaleza enérgica y vigorosa. A medida que perdíamos de vista los últimos edificios de la ciudad, mi negro respiraba con mas libertad; su marcha tomaba un carácter de independencia que se hallaba en completa armonía con esa vegetación tropical que nos protegía con sus anchos parásoles, y se hubiera dicho que en el alma de ese hombre embrutecido por el látigo, germinaban generosos pensamientos de libertad.

—¿Por qué no cantas? le dije.

—Nuestro amo quiere reír.

—No, canta.

—Yo canto por lo bajo; no en voz alta: amo nos lo ha prohibido; él, querer que nunca pensemos nosotros en el país.

—Yo te lo permito, ¿de dónde eres?

—De Angola.

—¿Hace mucho que estás en el Brasil?

—Mucho, muy mucho.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte y dos años.

—¿Quisieras volverte á Angola?

—Estar muy lejos, yo no nadar hasta allí.

—¿Te has vendido voluntariamente?

—No, padre á mi.

—¿Por mucho dinero?

—Sí, por un barril de aguardiente todo lleno.

—¿Tienes hermano ó hermana?

—Sí, una hermana vendida conmigo por diez varas de tela azul.



El negro Zae.

—¿En dónde está tu hermana?

—Sobre las nubes.

—¿Pues y eso?

—La he ahogado con mis manos al arribar.

Y Zae, mi negro, se entrecortó de repente: sus ojos enrojecidos estaban inmóviles; sus dientes rechinaban y sus dedos se crispaban convulsivamente.

—Me has dicho que has ahogado tu hermana, ¿y por qué?

—La quería, nos íbamos á casar; porque hermano y hermana se casan en Angola. Cuando llegamos al Brasil, nos separaron, porque yo fui vendido á un rico... ella, á un fraile... Un día la encontré en la fuente y vi sobre su espalda señales de los latigazos que se le habían dado la víspera. Yo le apreté la mano y la pregunté si era feliz; ella me enseñó sus espaldas ensangrentadas y la dije:—Mañana no sufrirás mas.—Al otro día, esperé en la esquina de la calle de Alfandiga, al amo de mi hermana. Otros cuatro sacerdotes le acompañaban. Yo no ser bastante fuerte para matarlos; en seguida entré en la casa, y hermana mía no sufrió mas.

—Pero en eso has cometido un asesinato, y puedo denunciarlo.

—Me es igual, me iré á reunir con mi hermana.

Tranquilicé al esclavo y le hice jurar, en el acto, que no se escaparía hasta que hubiésemos llegado al Corcovado.

—Lo juro, me dijo haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo; pero quisiera irme con los cimarrones; el látigo de mi amo es demasiado duro.

—¿De modo que no te escaparás?

—No.

Hallé al general Hogendorp en cama; sufría mu-

cho: una fuerte calentura le devoraba y no tenía mas que á su fiel Zinga para atender á sus necesidades y velar por su vida.

—¿Eso es hermoso, me dijo, habeis pensado en el pobre desterrado, le habeis traído algunas provisiones y los consuelos de la amistad! ¿Que el cielo os lo premie!

—General, os prometo nuevas visitas; hoy no vengo á vuestra casa sino como un ave de paso. El Corcovado está allí sobre nuestra cabeza, voy á subir á él para conocer vuestros vírgenes bosques que se tienen por tan imponentes.

—Es un espectáculo magestuoso prosiguió el general; eso se ve, se estudia, se admira; pero no se describe.

—Lo ensayaré.

—A propósito, cuidado con los negros cimarrones: son numerosos en el Corcovado, y sobre todo atrevidos. Pero sin duda tendreis buenas pistolas, enseñádselas; tienen mucho miedo á las armas de fuego; la detonación les espanta mas que la muerte. Si yo tuviera algunas mas fuerzas, os acompañaría; fijaríamos nuestras miradas hacia ese horizonte oriental, detras del que se halla una patria ausente; y quizá alguna consoladora emanación del país natal, reanimaría mi energía pronta á apagarse. ¡Id pues solo, amigo mio, os espero á la vuelta.

Zae quiso acompañarme; se lo prohibí, temiendo que las soledades que iba yo á recorrer despertasen en él esa sed de independencia, que nunca abandona al hombre. Zae se mostró disgustado, pero obedeció: le recomendé á Zinga y supliqué al general les permitiera una pequeña merienda.

— Tranquilizaos que está ya meditada: los dos son de Angola: van á emborracharse á la memoria de sus chozas de junco y de su salvaje país.

¡Hé aquí por fin una de esas selvas vírgenes en las que no se puede, dicen, penetrar sino con ayuda de la hacha y del fuego! Armémonos pues de resolución, y avancemos sin volver la cabeza.

El manantial que provee el acueducto está aquí, estendido sobre una espaciosa y brillante roca: este es el punto de salida, de donde se ve serpentear un sendero bastante bien señalado, pero que desaparece poco á poco, á medida que se suben los flancos de la montaña. Consiste esto en que son muy frecuentes las tentativas, y que el peligro y el cansancio detienen pronto á los exploradores; pero yo deseaba ver y nada de este mundo era capaz de hacerme retroceder. De vez en cuando, con ayuda de una pequeña hacha, me franqueaba un camino mas directo en esa masa compacta y cerrada de diversos follages, anchos, cuadrados, agudos, dentellados, ásperos ó lisos, y de ramas que se cruzaban, se encontraban y se confundían sin que se pudiera adivinar de qué tronco provenían. La oscuridad se hacia sombría, y sin embargo el sol, ese sol duradero del Brasil, no llegaba aun á la tercera parte de su carrera. Sobre mi cabeza, á mis costados, copas frondosas de verdura, impedían la entrada á todo rayo, y en muchos siglos quizá el suelo que hollaba mis pies no habia reflejado el azul del cielo.

Avanzaba con una lentitud que me consumía; las inmensas capas de hojas secas y medio pulverizadas que cubrían el terreno, se hundían bajo de mis pies, sepultándose á veces hasta la cintura.

Cuando estaba cansado y mis fuerzas se hallaban agotadas, escuchaba inmóvil y recogido. Tan pronto oía el chillido agudo de la coqueta y verde cotorra que llegaba hasta mí desde las mas elevadas cimas como para saludar mi bienvenida; tan pronto era la voz lastimera del mono ouistiti, tan bonito, tan limpio, tan vivo, tan cariñoso... cuando nó os desgarran con sus uñas afiladas como agujas. Ahora es una corteza quemada, arrancada de un tronco secular, deteniéndose un instante sobre un espinoso de palmero, haciendo un agujero, deslizándose á lo largo de un tallo limpio, y deteniéndose despues de mil cascadas, sobre el terreno que ella alimenta y vivifica. Y mientras que con la mirada dirigida hácia el cielo, tratais de penetrar esa inmensa bóveda que os cubre, un rumor fugaz escapado de vuestros pies y que se prolonga á lo lejos, os dice que acabais de despertar una culebra asustada por la primera vez del nuevo enemigo que la persigue hasta en sus pacíficos estados.

Ademas, digo de paso, que los viajeros no deben dar crédito á las relaciones exageradas de ciertos escritores cuyas plumas, presentan al Brasil como surcado por una enorme cantidad de reptiles venenosos, que segun ellos hacen tan peligrosos el paseo y el descanso. Indudablemente hay en el Brasil un gran número de serpientes, y entre ellas muy temibles; pero nadie ha podido asegurarme haberlas visto cuya mordedura sea mortal, y que se atrevan á atacar al hombre. Por lo que á mí toca, por frecuentes que hayan sido mis escursiones en los mas solitarios sitios de esa region tan escabrosa, debo en verdad declarar aunque deba sufrir mi amor propio, que nunca tuve que combatir con ninguno de esos terribles reptiles, de los que estaba ya receloso por las relaciones de tantos narradores, y que hay ciertas provincias en Francia, en que las víboras son mas abundantes que las culebras en el Brasil. Añadiré sin embargo que hay aquí lagartos monstruosos que pueblan todas las ruinas y cabañas; que su número es inmenso, no obstante la guerra encarnizada que se les hace, por lo delicada que es su car-

ne; pero su vecindad muy poco peligrosa, no es me nos inquieta para el reposo y la tranquilidad porque son de una extrema familiaridad y no huyen sino del ruido y del movimiento.

Continuaba yo mi horadamiento con energía y perseverancia: cuanto mas dura y áspera era la pendiente, mas me empeñaba contra los obstáculos; y mientras mas me cercaba de caos, mas deseo tenia de introducirme en él, impaciente de la claridad que estaba seguro de alcanzar. Sin embargo, despues de una hora de luchas terribles contra las zarzas, los escabrosos troncos, las flechas de *pendanus* y los obstáculos de toda clase que surgían, por decirlo así, á cada paso, estaba ya dispuesto á renunciar mi empresa, cuando un incidente inesperado vino á reanimar mi valor y mis fuerzas. Creí oír algunas voces humanas cerca de mí; escuché con atencion y examiné mis pistolas. El ruido se debilitó poco á poco, me armé de resolución, y me dirigí hácia el sitio de donde me parecia que habian salido. Una gigantesca liana nacida al pie del tronco que me sirvió de respaldo, y que serpenteando en mil festones, iba á coronar la copa de los mas elevados árboles, favoreció completamente mi determinación. Me suspendí á ella y la seguí en todas sus vueltas y revueltas sin sentar el pie en tierra, hasta una claridad en donde muchos gigantes seculares caidos atestiguaban los recientes estragos del rayo. Tres señoras estaban allí en pie, inmóviles, detenidas por dos negros enteramente desnudos, y cuyos gestos y amenazas eran, al parecer, despreciados por ellas. Me vieron y me suplicaron fuera en su auxilio. A mi presencia, los dos negros retrocedieron y dieron á entender que esperaban el resultado de nuestra deliberación.

A dos mil leguas de su patria y en medio de una selva agreste, pronto se hace y consolida la amistad.

— ¿Solas aquí señoras?

— ¡Absolutamente solas!

— ¿De dónde venis?

— De Río.

— ¿Y antes?

— De París.

— ¿Y por qué casualidad os hallais en estas soledades?

— No es la casualidad, es el deseo de ver, la necesidad de conocer y de estudiar. Hemos recorrido toda la Europa; hemos venido á visitar América. Africa y Asia tendrán su turno. Viajar es vivir, y ¿vos, caballero? — Vengo tambien de París, y la sed de viajar me abraza como á vos, empiezo mi vuelta al mundo, que no sé si acabaré?

— La incertidumbre es la que hace la felicidad; cuando el desenlace esta previsto, el drama ya no tiene interes.

— ¡Es verdad! os comprendo, pero tambien os admiro.

— Porque somos mujeres ¿no es verdad?

— Sí.

— Siempre lo mismo, todos los hombres tienen las mismas prevenciones y el mismo orgullo.

— ¡Consiste en que generalmente las mujeres son tan débiles y pusilánimes!

— Tanto mejor si somos una escepcion; por lo demas, caballero, habeis llegado muy á propósito; hé allí los negros cimarrones que se reunen en una banda bastante numerosa ¿qué haremos si nos atacan?

— Prosigamos juntos nuestro camino sin ocupar nos de ellos; tengo buenas pistolas.

— Prestadme vuestra hacha.

— Yo tengo un puñal.

— En horabuena, adelante.

Tres horas despues nos hallábamos en la cúspide de la montaña; nos cerníamos sobre Río, sobre la

rada, sobre el Océano, y saludábamos con la mano los buques viajeros, que, desde la elevación en donde estábamos colocados, parecían aturdidas mariposas, perdidas en el espacio.

Mientras había sucedido todo esto, los negros nos acompañaron hasta nuestro último alto, y por cierto que nos amenazaban ya demasiado cerca para que no nos alarmáramos un poco. Cansado de sus importunidades, apunté á uno, el que solo al aspecto de mi pistola se arrodilló y pidió perdón interin los otros se refugiaban detras de los mas corpulentos árboles.

— Oye, le digo, ¿qué nos quieres?

— Tenemos hambre y frío.

— Toma, hé aquí lo que podemos dar para tí y tus camaradas, y vete en seguida.

Le di una gallina, un pedazo de jamon, otro grande de pan blanco, una camisa, un pantalon y un chaleco, con lo que, por precaucion, habia llenado mi mochila.

— ¡Oh! ¡sois un Dios! me dijo el esclavo, gracias, nada teneis que temer.

Se incorporó á sus camaradas y tres horribles gritos resonaron en los aires : eran gritos de alegría y reconocimiento.

Una hora despues emprendimos otra vez nuestro camino, siempre precedidos por los negros que trataban de servirnos de guias y abrimos fácil paso. Antes que el sol se ocultase detras de los Orgues habíamos apretado de nuevo la mano al general Hagedorp, al que un vaso de Burdeos habia reanimado un poco las fuerzas. Con respecto á Zac ya no se acordaba de su país, ni de su hermana ni de su venganza : Zinga y él se trataron como verdaderos compatriotas; el vino de naranja emborracha tanto como el de Rosellon.

— No os dejaré sin preguntaros vuestro nombre, díge á las tres intrepidas viajeras, al llegar á Rio.

— Dubuissou, me contestó la madre.

— A mas ver, caballero.

— ¿Adónde?

— En el Thibet quizá.

Una ciudad regular y bonita ; una ciudad casi europea, al pie de una montaña virgen y salvaje, es una cosa bastante curiosa para estudiarla. El pintor y el moralista aman los contrastes. En Rio todas las calles son rectas, menos la llamada *Calle recta*. ¿Estoy por ventura encargado de criticar todo lo ridiculo? En la *Calle do Ouvidor ó Gran juez*, se han establecido coquetamente los comerciantes de modas de Paris: guo es esto deciros que la fashion del Brasil ha hecho casi de esta calle un paseo? Hé aquí la ancha plaza de Rocio, en la que está edificado el teatro. En medio de la plaza se levanta una horca hermosa con cuatro brazos, superada con las armas del reino, y en donde solo los nobles tienen derecho de ser ahorcados.

¡El orgullo á la puerta de la nada! ¡El privilegio sobre el borde de la tumba!

¡Prefiero siempre cuadros mas risueños, y prosigo mis investigaciones. Un hombre me detiene en pleno dia por el cuello al revolver de una calle, y me pregunta si quiero hacerle el favor de acompañar un pequeño Jesus al cielo.

— ¿Qué se tiene que hacer para eso?

— Seguirme.

— Os sigo.

Entramos en una casa de buena apariencia y subimos á un primer piso. Un centenar de cirios encendidos en un cuarto cerrado, alumbraban un pequeño rostro pálido, que dos señoras adornaban con flores, cintas y piedras preciosas, mientras que una jóven le pintaba los carrillos con un color de rosa vivo, como hacen los actores en el teatro, y colocaba coquetamente lentejuelas en la descolorida frente. El amo de la casa vino á besarme la mano y me presentó un cirio encendido.

Me senté algunos instantes en medio de un grupo

ROMO II.

de mujeres ricamente adornadas y que hablaban en voz baja. Pronto se puso en camino el cortejo para la iglesia vecina. Despues de algunas oraciones, el ataud, siempre descubierto, fue depositado sobre el altar mayor, y la comitiva se dispersó. Venia de acompañar un niño al cielo : gran felicidad sin duda, porque todos los convidados á la fiesta tenian los ojos enjutos y sus trajes eran mundanos. Fui de seguro el mas devoto de todos los concurrentes. El dinero abre aquí las bóvedas de la iglesia á los cadáveres, de modo, que en las funciones religiosas, los vivos se pasean sobre los muertos.

Las señoras brasileñas se visten con lujo pero sin gracia, ni elegancia; y los rubies, perlas y diamantes, con los que recargan sus dedos, sus orejas y cabelllos, no contribuyen poco á realzar el brillo de su tinte aceitunoso. Por las calles siempre van solas, unas en pos de otras á dos pasos de distancia como una bandada de grullas, mientras que los esclavos, vestidos con limpieza pero descalzos, cierran la marcha y protegen la última hilera. El órden se rompe al menor obstáculo, y siempre es necesario algunos minutos de intervalo, entre el tiempo del descanso y del movimiento, porque la mas rígida etiqueta reina aquí, sobre este particular, en todas las familias.

Otras damas se pasean por la tarde y una parte de la noche por las calles y plazas públicas de Rio, pero esta vez van solas y encubiertas de pies á cabeza con un manto negro con el que se tapan, como lo hacen los árabes con los albornoces; ¿es esto coqueteria? No, es destreza y prevision; porque casi todas son de una fealdad repugnante y su lenguaje está perfectamente en armonia con sus costumbres. Ya veis que la Europa tiene su reflejo en el Brasil, y que los vicios son activos exploradores. En Rio, quizá mas que en ninguna otra parte, la nobleza es abandonada y perezosa, necia é ignorante. En un salon peroraba una persona de categoria (era una mujer) que llevaba una llave en su vestido : hablaba yo de Camoens, esa gloria portuguesa, rival de tantas otras glorias.

— ¡Eh! ¡eh! me contestó el Chambellan, vuestro Napoleon tiene tambien su precio, y no le cede en nada á nuestro Camoens.

Las cartas de recomendacion pueden abrirnos aquí las casas de algunos grandes personajes ; pero es raro que despues de una primera visita y de reciprocas finezas, seais recibido segunda vez. En Rio no se obsequia á los forasteros sino lo preciso, para no decirles claramente que su presencia es importuna. Pero, moderad vuestros sentimientos, porque nada hay tan triste y monótono como un soiré de etiqueta brasileña. Mas, debo añadir que en casa de Mr. Marcelino Gonzalves, uno de los gerentes del banco, y grande de primera clase, he hallado una reunion de hombres instruidos y amables, que el dueño de la casa, que en la actualidad está en Francia, habia anoldado á las costumbres y maneras de las grandes ciudades europeas. Una señora hacia los honores de su casa : era una francesa que queria, segun decia, regenerar el Brasil. ¡Jamás ha aspirado á ir tan lejos la vanidad femenil!

Cuando salí de la casa de Mr. Marcelino Gonzalves, fuí á casa de M. R....., sus dos hermosas y jóvenes hijas, medio recostadas sobre una rica estera ó alfombra china, se ensayaban con un látigo á pegar en una parte designada del cuerpo de un esclavo á quien ellas habian mandado conservarse una perfecta inmovilidad. Ese desgraciado tenia los carrillos y los riñones llenos de heridas, y no se atrevia á exhalar un solo grito de dolor. Iba á manifestar á las dos graciosas personas todo el desprecio, el horror que me inspiraba tal conducta, cuando entró el padre haciendo oír severas palabras; y suplicándome luego que olvidase lo que él llamaba ligereza de sus hijas.

No falta mucho para que se escape de mi pluma el nombre de estas señoritas: se llamaban Rovira...

En el Brasil, las mujeres, sobre todo, tratan á los negros con la mas espantosa crueldad, y se alejan de ellos como de un animal venenoso.

Hé aquí el Palacio Real enfrente del desembarcadero. No hay ninguna casa, en la calle de Richelieu, que no tenga mejor exterioridad.

Hé aquí los coches del rey, de los príncipes y de los ministros, tirados por mulas; nuestros simones tienen un movimiento mas elegante y una forma mas coqueta. Entre el Brasil y la Europa hay una diferencia de tres siglos, y sin embargo, si veis las carrozas y los arneses de las grandes ceremonias, quizá lleguéis á modificar vuestra opinion; las artes y el lujo de Francia é Inglaterra, han atravesado el Atlántico y han venido hasta aquí á proclamar su poder dominador.

La siesta española está muy en boga en el Brasil. En pleno día, solo recorren la ciudad adormecida, los extranjeros, los agentes y los negros.

Ayer entré por casualidad en un espacioso salon que está inmediato á una iglesia y á un hospital, y que es una especie de depósito adonde la policía hace trasportar cada mañana los cadáveres hallados por la noche en las calles ó en la playa. — «No hay *nadie*,» dijo al salir de esa sala un brasileño á una señora á quien acompañaba. — Y yo ví tres cadáveres de negros. El uno habia recibido un navajazo en el bajo vientre; el otro tenia cuatro puñaladas en el pecho; y el tercero tenia la frente rota por algun martillazo, ó garrotazo. ¡El brasileño dijo que no habia nadie! ¡los negros no componen nada aquí, y el asesino de un negro duerme tranquilo!

Al salir de aquí, pasé en frente de una casa sombría y aislada, á cuyo rededor habia muchos soldados de guardia. Fui llamado sien lo extranjero, y se me habló con el tratamiento de Alteza: y por entre una doble rejá de hierro una voz ronca me pidió una limosna. Vi al propio tiempo un cordel to que bajaba hasta el suelo con una bola de cuero. Fui á echar en ella algunas monedas, pero no sabia que era preciso tirar del cordel o para avisar á los desgraciados que la limosna estaba ya hecha ¿y qué sucedió? que un soldado de la guardia se acercó á la bolsa; la registró y sacó una parte de mi limosna, dando luego la señal convenida. La bolsa subió deslastrada. Indignado por esa accion, quise defender los derechos de la desgracia y reclamarlos. Pero el centinela me dijo. — ¡A un lado! nadie se acerca dos veces seguidas á la cárcel. Sin saberlo, habia yo hecho limosna á ladrones.

Cerca de aquí, habia muchos esclavos vigilados que esperaban su turno. Se azotaba atrocemente á los negros amarrados á un poste, unos despues de otros. La sangre se recogia en un foso hecho para este uso: cuando los verdugos se cansaban se sucedian como las victimas. No podia yo nada contra esos castigos mandados por amos bastante humanos para no aplicarlos ellos mismos. Así es que me separé luego con el alma transida de dolor.

Desde que la civilizacion penetra en alguna parte, está uno seguro de ver siempre correr á su alrededor sangre y lágrimas.

Pero ya hace bastante tiempo que os hablo de amos y esclavos, de victimas y verdugos, sin haberos dicho aun de dónde y cómo vienen á pueblos civilizados esos hombres de frente de ébano y de pelos crespos, criados sin duda para cavar la tierra y morir á fatigazos. Escuchad, atended.

Mucho os diré sobre este punto, porque acabo de visitar hasta en sus mas pequeños pormenores uno de esos horroroso y lúgubres sepulcros, donde han resonado tantos dolores y sucumbido tantos ánimos; ¡Oh! ¡es horrible ver esto! es cruel para un al-

ma sensible, porque precipita y hiela la sangre en el corazon!

Juzgad de los otros buques por este, que se me dijo era una embarcacion de lujo: juzgad tambien de los demás capitanes por el que he oído, capitan generoso y compasivo, segun el retrato lisonjero que de él se me habia hecho. Es una embarcacion de tres palos, de 350 toneladas, pesada, ancha, sucia y pestilenta; sus jarcias están mal arregladas, sus palos de varios colores; su puente fangoso, lleo de puntas de cigarro apagadas y de residuos de aparejos, de remos y vergas. En cada bordo hay cuatro carronadas y entre las carronadas se secan al sol unas esteras amarillas en donde se ven anchas manchas de sangre y sobre las que hay pegados ademas cabellos negros y crespos. Un pabellon real ondea en la popa diciendo á todas las naciones que el buque navega bajo la poderosa proteccion de un trono.

Se me hicieron los honores de bordo y se me invitó á bajar á la bodega. El entrepuente es bajo y sin ventilacion, escurridizo para los pies y amenazador para la cabeza, porque gruesas armellas y fuertes anillos de hierro están clavados á las curvas por sólidos tornillos que tropiezan en la frente con violencia. Aquí duermen envueltos en fétidas mantas de lana ó suspendidos en hamacas negras y rotas, quince ó veinte marineros, escoria de los vagabundos y de los criminales de todos los países del globo: En ese entrepuente de desgracia, la atmósfera pesa sobre el pecho, y ese es sin embargo el sitio destinado al descanso, la cámara de lujo, el torador de á bordo, el salon de gala, el misterioso asilo de las corrupciones, cuando las compras concluidas en la costa de Angola han dado al capitan alguna joven, en cambio de una tela, de un barril de aguardiente ó de muchos cemenares de cigarras.

En la sentina todo esta arreglado, hay simetría; es un órden meticoloso que hace el elogio del arquitecto y del que la ha adornado. Una enorme barra de hierro, bien y sólidamente fijada á los costados y filaretos del buque, ha recibido anillos perfectamente cómodos para tener cautivo el pie de un esclavo. Este tiene la facultad de levantarse, sentarse, acostarse sobre cajones y toues: puede sin mu hos esfuerzos, volverse á derecha é izquierda, hablar y prestar auxilio á su vecino sin que el amo se enfade. Es verdad que es un calabozo que no se ve absolutamente nada y que el aire que en él se respira es mortal. ¿Pero para qué sirve el aire y la luz á unos pulmones robustos, á ojos de lince que atraviesan las mas densas tinieblas? ¿y ademas, qué es el día, el aire, el cielo, el horizonte, las estrellas del firmamento y el sol que calienta? Es el lujo de la vida: ¿y todos los hombres se han creado para gozar de estos beneficios? Y por otra parte, ¿son por ventura hombres, esos desgraciados que habeis remachado á esos anillos de hierro y á esas fuertes barras? No, sin duda, son bestias salvajes, chacales arrancados á sus soledades para venir á poblar y enriquecer una tierra civilizada y bienhechora. ¡No es verdad que es muy justo y muy bueno encadenarlos, mutilarlos, machacarlos!...

Una ó dos veces por hora, el capitan ó el segundo de la embarcacion, el maestro ó contramaestre, armado de un látigo largo y nudoso baja al sumidero é inspecciona los hierros. Si nota que se ha hecho algun esfuerzo, ó almenos que se lo sospeche, el aire silba, y las piernas, los muslos y la espalda desnuda del culpable son pintadas con cintas rojas, producidas por la sangre que cae á borbotones sobre el vecino. Acabada la operacion y á una señal dada, se hacen oír cantos nacionales que por sus aullidos son iguales á un concierto de lobos hambrientos; ¡infeliz de aquel que entonces no hincha su pecho para demostrar su alegría y felicidad!

Así se forman las costumbres, así se constituye la dominación y se encorva la esclavitud.

Acaba de dar la hora de la comida y á pesar de ser negros, y esclavos, es sin embargo preciso que estos infelices coman y vivan. Díganme, que coman mucho, porque necesitan muchas fuerzas para resistir tantos tormentos. — También los amos lo han comprendido así, y los veis, llenos de una ternura generosa y compasiva, dar un puñado de harina de manioco y presentar á cada labio abrasado un enorme cubo que contiene una gran cantidad de excelente agua corrompida y salobre, sobre la que los infelices se arrojan con avidez. Esto es toda su comida; esta ceremonia tiene lugar dos veces al día. Ya veis, pues, que la humanidad no ha olvidado todos sus derechos.

Además, cada esclavo, conforme le corresponde por la lista, tiene permiso de subir al puente. Se pasea entre dos marineros y todo lo ve á su satisfacción; ese cielo puro y azul que favorece la travesía, esas fosfóricas y limpias aguas que le mecen, ese lejano horizonte por donde ha desaparecido su tierra natal, y ese otro horizonte mas cercano adonde va á continuar su vida de *descanso y felicidad*.

Os he dicho que la inspección detenida de esa sentina se hacia una vez por hora, y aun con mas frecuencia. Desde que un marinero dice al patron que la agonía y los tormentos se han apoderado de un *pasajero*, se le quitan los hierros, se le ata una cuerda por medio de los riñones, se le iza con ayuda de una polea, se le deja caer sobre el puente y se le estienda sobre una de esas esterillas de que ya os he hablado. Aplicados estos primeros cuidados, la arfada pasea acá y acullá el fantasma negro, que se retuerce de dolor, ó se deja insensible al balanceo de la embarcación. Entonces el marinero que lo encuentra bajo sus pies, le empuja con ellos, y le vuelve á su primer puesto. Un cuarto de hora despues toda la tripulación atenta, inclinada sobre el abismo, contempla, silbando, cómo agarra el tiburón su presa, y cuántos minutos necesita para mascar y tragar un hombre... También el mar, ya lo veis, tiene sus distracciones y sus días de festín.

Pero en las travesías largas otros incidentes mas dramáticos tienen lugar: á veces sucede que un buque de guerra, á caza de negreros, pone la proa y suelta todo el trapo contra uno de esos condenados, para los cuales el cielo no tiene bastantes rayos. ¿Qué sucede entonces? El capitán larga cuanto puede para escapar, pero si es vencido en la carrera, hace izar unos toneles sobre el puente, los llena de esclavos, los cierra y arroja á las olas. ¡Ese es un entretenimiento como otro cualquiera!

Despues, cuando llega al puerto, el capitán va á ver al armador.

— ¿Y bien?

— Me han dado caza y he tenido precision de deslastrarme.

— Entonces preparaos para zarpar al primer viento favorable; el artículo escasea en la plaza.

VII.

RIO-JANEIRO.

Biblioteca. — Esclavos. — Pormenores.

En Rio-Janeiro hay una biblioteca real, grande, hermosa y enriquecida con las mejores obras literarias, científicas y filosóficas de todas las naciones civilizadas. Me ha costado mucho trabajo hacerla indicar porque está completamente desierta y desconocida de los brasileños. La he visitado dos veces, y las dos me he encontrado solo con el director, joven fraile, de maneras finas, pero que no habla de Montesquieu, de Rousseau, de Montaigne,

de Diderot, de Voltaire, de Pascal y d'Alembert, sino con el mayor disgusto. Ese director creía mucho en la astrología y muy poco en la astronomía: trabajo me costó el creerlo.

En una pieza vecina al salón público, hay unos elegantes armarios privilegiados en donde duermen, sin que ni siquiera se hayan abierto, cerca de 2,500 volúmenes admirablemente encuadernados.

— Esta, me dijo el fraile, es la biblioteca particular de su Gracia el infante don Miguel, futuro soberano del Brasil.

— ¿Viene muchas veces?

— Nunca.

— ¿Qué sabrá pues ese joven príncipe?

— Que es hijo del rey.

— Eso es poco.

— Es mucho. ¡tantos otros lo han olvidado!

De la biblioteca fui al museo. El *director* (pues esta palabra está tan en moda aquí como en Portugal) me hizo los honores de los diversos salones de ese vasto local con una amenidad particular, y ostentó á mis ojos las riquezas confiadas á su cuidado con una complacencia que nacía de orgullo. Cuando le hice la oferta de algunos insectos y mariposas que faltaban en su colección europea, me ofreció generosamente en cambio un gran número de individuos muy raros, indígenas del Brasil, y si hubiera insistido en mi negativa, se habría ofendido. Mucho siento haber olvidado el nombre de ese modesto sabio, en quien los extranjeros hallan una benevolencia honrosa y una conversacion escepcional en ese país medio salvaje.

Un instituto fundado con las mismas bases que el de Francia, debía ser creado en el Brasil, bajo la protección especial del soberano: ya se había nombrado un cierto número de miembros, y entre ellos algunos sabios y artistas parisienses. El uno, Mr. Taunay, pintor del mayor mérito, fue á predicar allá, como San Juan en el desierto, el culto y amor de las bellas artes. Desanimado y casi avergonzado de la inutilidad de sus esfuerzos, se retiró en seguida á las montañas, al pie de la deliciosa cascada Tijuka, en donde sus pinceles activos y espirituales continuaron dotando á su país con un gran número de esos curiosos paisajes y de cuadros de un género muy estimado por los aficionados.

El otro, escultor de talento, artista de alma y de buril, terminó pronto en el disgusto una vida llena de cansancio y de progreso. Sus estatuas eran apreciadas en el Brasil solo por su magnitud; le he visto casi dispuesto á romper á martillazos un soberbio busto de Camoëns, porque, fiel á la historia, había hecho tuerto al poeta, y se le exigió que le hiciera con dos ojos.

El instituto de Rio no ha tenido aun una sesión, y todo está muerto en el Brasil para los hombres de talento que se habían lisonjeado erigir una nueva religión de letras, ciencias y bellas artes. ¿No conocerán nunca los brasileños que solo esta religión es la verdadera gloria de las naciones?

En Rio, no hallareis una colección de cuadros, ni en las casas de antiguos nobles, ni en casa de los ricos señores: solo se ven adornados unos que otros salones de fonda con algunos cuadros; ¡Y qué cuadros, Dios mío! Romeo, Pablo y Virginia, Cora, Amazili, Atala y Chactas..... Todo esto os hace desear vivamente abandonar la ciudad, y esconderos en las infinitas selvas que la rodean.

Es preciso, sin embargo, que concluya mi tarea y que estudie esta capital, que podría ser tan hermosa y floreciente. No escribo panegíricos, hago historia.

Pero si Rio-Janeiro no es una ciudad en donde las artes ocupan un puesto de preferencia, es al menos

una ciudad especulativa y comerciante, en donde todo hombre que llega con capitales es recibido en todas partes como si viniese á dotar el país con nuevas riquezas.

Héme aquí en la calle donde el genio del comercio ha plantado su caduceo dominador. Se llama *Vallongue*; es un bazar abierto á todo el mundo, el centro general de todas las fortunas, una feria perpetua y permanente; es una especie de plaza pública, un forum, un campo, como queráis llamarlo; es también un lugar de estudio y meditación.... Entrad. La misma mercancía pregona, ruega, canta y aulla para que la repareis, se rotula, se hace coqueta y hermosa, á pesar de ser sucia y fea: se cansa del almacén, vuestros desprecios la vuelven triste y grave, y si no obtiene vuestras preferencias, al menos no escapa á vuestra atención.

Allá en un salón bajo y hediondo están clavados en el suelo y en las paredes, bancos negros y grasientos. En estos bancos y sobre este piso húmedo, se sientan desnudos, absolutamente desnudos, hombres, mujeres, niños y alguna vez ancianos que esperan al comprador. Apenas se presenta este en la puerta, y á una señal del amo, todo el harem se levanta, gesticula, se agita, se contrae, muge canciones salvajes prueba que tiene pulmones y que ha comprendido perfectamente la esclavitud. ¡Infeliz del que no trata de distinguirse de sus compañeros! el látigo está preparado para surcar su cuerpo y hacer volar por el aire pedazos de carne negra.

Pero ya os lo he dicho, cada uno sabe su papel y lo desempeña perfectamente.

Ahora, silencio: el negocio va á tratarse, y cerrarse la venta.

— ¡Eh, pst, tú, aquí!...

— *Cualquiera cosa se levanta*: esa cualquier cosa es un ser que tiene dos ojos, una frente, sesos, un corazón como vos y como yo.... ¡Pero me engaño! ese pecho no encierra un corazón; pero por lo demás está completo.

— *Mirad esto*. (Es el amo quien habla.)

— *Eso no es malo*.

— *Camina*.

Y eso se pone á caminar.

— *Ahora corre*.

Y *Eso* corre como un andaluz—*Aíza la cabeza*, agita los miembros, patear, ríe, grita, enseña, los dientes.

— *Vamos bravo*. ¿Cuánto vale?

— *Seis cuádruplos*.

— *Doy cinco*. Pero ahora que me acuerdo ¿ha pasado ya la viruela?

— *Ya la ha tenido*; mirad bien.

En efecto, manchas amarillas y lucientes esparcidas sobre el cuerpo negro testifican el contacto de un pequeño hierro candente cuya cicatriz ha dejado una señal que engaña al inesperto comprador.

— *Está bien*; hé aquí vuestros cuádruplos.

Un nuevo comprador se presenta; es un fraile.

— ¡*Ho! levántate*, camina, salta, absolutamente como acabas de hacerlo.

— *Es bastante regular*, es joven, sus dientes son deslumbradores; pero...

— *S. E. puede estar tranquilo*, respondo yo....

— *¿Dices que tres onzas? tómalas*.

— *¿Y vuestra bendición?*

— *Tómala*.

— *Cantad ahora vosotros*.

La cascada cae mugiendo, los dos compradores, salen, empujando delante de ellos á puntapiés su adquisición. El amo mete su oro en una bolsa de cuero, y se coloca en la puerta para detener otros parroquianos al paso; hé aquí en miniatura un mercado de negros en el Brasil.

Al día siguiente entráis en la iglesia, halláis arrodillados ante el altar mayor dos negros vestidos con

una túnica de muselina blanca, ceñida al cuerpo por una cinta de color de rosa ó azul y con flores en la cabeza... Un sacerdote se adelanta, echa algunas gotas de agua sobre las dos frentes, se va después gruñendo: y acaban de cristianarse dos hombres... nada hay más fácil que esto.

El país de que os hablo es sin contradicción el lugar de la tierra en donde los esclavos son más dignos de compasión, en donde los trabajos son más duros, y en donde los castigos son más crueles; debería decir más atroces. Y con todo, Santo Domingo, la Martinica, Borbon y la Isla de Francia han tenido frecuentemente sus días de sublevación, de incendio y de asesinato. — Solo en el Brasil los esclavos se callan, inmóviles bajo el nudoso látigo. Aun no conocen que mientras mas estension y desierto tiene un terreno, mas propio es para una sublevación. Pero si llega una hora de venganza, si se escapa un solo grito de odio y de muerte de un pecho robusto, el Brasil como las demás colonias del mundo tendrá su *Sau Bartélémy* y sus vísperas sicilianas.

Mientras llega ese caso, ved á ese hombre que pasa con una argolla de hierro á la cual está sujeta verticalmente una espada del mismo metal, oprimiendo con bastante fuerza su cuello; es un esclavo que ha tratado de escaparse y que su amo señala por este medio como un vagabundo: ¡Magnífico!

Hé aquí otro, cuyo rostro está enteramente tapado con una máscara de hierro, en donde se han hecho dos agujeros para los ojos y que está cerrado detrás de la cabeza con un fuerte candado. El infeliz era demasiado desgraciado, y comía tierra y arena para huir del látigo; pero bajo los azotes de este mismo, espíará su criminal tentativa de suicidio.

Otro (yo le he visto y le he oído), amarrado á una escalera, acababa de recibir cincuenta golpes de roten, y el mas flojo de estos golpes le habia levantado la piel. Ni una señal de dolor hizo traición al suplicio, ni un grito acusó el brazo del verdugo. Cuando la sentencia fue ejecutada, el negro estendió los brazos, hostezó como si se le acabase de arrancar de un sueño profundo, y dijo sonriéndose: «*A fé mia no he podido dormir*.»

Hé aquí un cuarto que cuenta en alta voz el número de azotes que recibe y se divierte, al último, en repetir el número ya pronunciado, para probar que no cree en los tormentos.

¡Y estos hombres son esclavos!

Hay en Rio ciento treinta mil almas; los cinco sextos son esclavos vendidos; los que los compran son esclavos por vender.

Un día, un noble brasileño pasaba montado á caballo por un camino bastante estrecho, pero que á pesar de ello, podía contener dos carruajes de frente. Un esclavo, viéndole venir, se separa y se coloca respetuosamente al borde del camino.

— *Salta el foso*: le dice el brasileño.

— *S. E. tiene bastante trecho*.

— *Lo quiero todo*; salta.

— *Puedo romperme una pierna*.

— *Cómo ¿no quieres saltar?*

El graude, el noble, el hombre en fin se apea de su cabalgadura y cruza con su látigo el rostro del uno, del negro, del esclavo, de la bestia. Furioso este, aplica sobre el carrillo del agresor el mas fuerte bofetón con que la venganza ó el desprecio haya nunca infamado al cobarde ó al insolente. Después salta el foso y desaparece á lo lejos en un campo de cañas de azúcar. El brasileño vuelve á su casa ensangrentada la megilla; el negro regresa á la de su amo de quien es muy querido y al que refiere que habiendo querido separar á dos esclavos que reñían recibió esa cuchillada.

Un mes después de esto, frente al real palacio, esperaba un negro con la cubeta al hombro, que llegare

su turno para tomar agua. Dos señores se paseaban sin decirse casi una palabra, según la costumbre de los brasileños.

—Adios marques.

—Hasta la vista, vizconde.

Algunos instantes despues uno de los dos nobles llamó á la puerta de un carpintero.

—¿Eres el amo de esta casa?

—Sí, E. S.

—Un negro acaba de entrar en tu casa ¿te pertenece?

—¿Es el que traía agua?

—Sí. ¿Sabes que es hermoso y listo?

—No es eso solo señor: es un hombre fiel y valiente, le entrego mis hijos para que los cuide y estoy tranquilo.

—Por lo mismo quisiera comprártelo.

—No le vendería aunque me diérais cincuenta cuádruplos.

—¿Y si te diera ciento?

—No le vendería.

—¿Y si te diera ciento cincuenta?

—¿Y si te diera ciento cincuenta?

—¿Y por trescientos?

—Esta es una fortuna contra otra, señor, pero la que me ofreceis es mucho mayor... acepto.

—¿Está concluida nuestra venta?

—Concluida.

—¿Sobre el Evangelio?

—Sí.

—Ven á buscar el dinero y dame tu esclavo.

Baíbe es llamado.

—Ya no me perteneces, le dice el carpintero, este señor acaba de comprarte. Baíbe mira su nuevo amo, inclina la cabeza, cruza los brazos sobre su pecho, se pone en camino y dice en voz baja:

—Mañana ya no perteneceré á nadie.

Al día siguiente, el carpintero, al barrer el frente de su puerta, encontró delante de ella un cadáver. Baíbe era libre... el látigo del noble le había liberado. Este noble se llamaba Azebedo. Un día le dijo cara á cara, lo que yo pensaba sobre su conducta, y esa es la razón porque escribo estas líneas... Pero yo podía hacerlo porque yo no era su esclavo.

—¡Pues bien! todo lo que acabo de referiros, tanto de esos blancos como de esos negros, sucedía bajo un monarca el mejor, el mas humano, el mas justo que jamás empuñó cetro, Juan VI, padre de don Pedro y de don Miguel.

Oíd mas aun: porque esta es una buena historia que se debe referir á todos los príncipes, á todos los hombres.

En la calle Derecha, vivía un platero cuya fortuna aumentó con una maravillosa rapidez. Muchos negros esclavos, á quienes enseñó su oficio, le habían adquirido una reputación de habilidad é inteligencia que rivalizaba con la de nuestros mas hábiles diamantistas; así es que los parroquianos llegaban á porfía, y con ellos venían los cuádruplos. Cada año aumentaba el número de esclavos del platero, y todos, despues de un duro aprendizaje, en que el látigo era el principal preceptor, quedaban siempre en la casa.

Uno sólo, el infeliz Galoubah, jóven mozambique de diez y nueve años, de frente deprimida, de piernas arqueadas, de largas manos como paletas, nunca pudo comprender el uso de ningún instrumento y aun menos el precio de un adorno. El *chicotte* nada podía contra esa obtusa inteligencia que quería, pero no podía recibir un rayo de luz. Entonces el amo, cansado é irritado, le hacía comparecer todas las mañanas á su presencia, y le limaba los dedos, cruelmente comprimidos en una tenaza: los gritos que daba el infeliz arrancaban el alma. Con la mano envuelta en un trapo viejo, el desgraciado esclavo, sentado delante de la puerta, llamaba, por

órden de su amo, á los indecisos compradores: y diariamente los dedos así maltratados se acortaban y el dolor era mas horrible. Por espacio de un mes duró el suplicio, sin que Galoubah, opusiera nunca la mas mínima resistencia ni se atreviera á dirigir la menor súplica. ¡Sufrir, y siempre sufrir! Creía que su vida había sido hecha para eso y esperaba silencioso y resignado. La hora de la operación era ya llegada, y la tenaza abría ya sus dientes.

—¡Hola! aquí, dijo el amo.

Galoubah se adelanta y descubre la mano.

—Esta, no, ahora la otra.

—¡Ah! ¡Señor!

—La otra te digo.

—¡Piedad! ¡Piedad!

El esclavo había caído de rodillas y por la primera vez sus miembros temblaron, y sus ojos despedían centellas bajo sus lágrimas de sangre.

—Creo que llora, dijo el amo, pegándole un puntapie.

—No, no lloro, exclamó el esclavo levantándose y fuera de sí, sino que mato.

Dió un salto, se apoderó de la lima que le mutilaba tan cruelmente; su brazo se levanta, vuelve á caer, y el hierro se introduce por el ojo del bárbaro amo, y sale todo ensangrentado por detras de la cabeza.

Ni un negro se había meneado, y ni un movimiento hicieron para oponerse á la venganza.

Galoubah salió como un rayo y tomó el camino de San Cristóbal. Al llegar al gran patio del palacio real, se echa de rodillas y con la frente contra el suelo, exclama: —¡Perdon! ¡perdon! ¡perdon!

El rey que estaba sentado en un balcón le había oído, y mandó á uno de sus chambellanes hiciera acercar al negro: este sube algunas gradas, y se arastra mas bien que camina hacia el monarca.

—¿Qué quieres? le dice Juan VI.

—¡Perdon!

—¿Qué has hecho?

—Acabo de matar un hombre.

—¡Desgraciado! ¿Por qué?

—Mirad.

Y el negro descubre su mano mutilada.

Que se cure á este hombre, y se me vuelva á traer.

—¿Adónde vives?

—En la calle Derecha.

—¿En qué casa?

—En casa de Ro... platero.

—¿De qué te acusaba?

—De nada. Soy torpe, y hacia ya un mes que me limaba los dedos de la mano izquierda. Hoy quería empezar con la derecha... Y le he matado.

—Que se traigan testigos, dice el rey.

Un coche sale en seguida, y no tarda en volver á San Cristóbal con algunos esclavos del platero muerto. Todos están acordes, ni uno acusa al negro, y todos hablan con amargura de la ferocidad de su amo.

—Eso es bastante, dice el monarca. ¿Ese amo tiene mujer ó hijos?

—No.

—Tanto mejor. ¿Cómo te llamas?

—Galoubah.

—Galoubah, prosiguió Juan VI, estos negros y todos los del almacén son tuyos, yo te los doy: las riquezas del amo que has matado, te las doy tambien. Vete, sé justo, nunca crueles, y acuérdate del castigo que acabas de imponer.

En mis paseos por la calle Derecha, he visto muchas veces á Galoubah. Sus esclavos le rodean con amor, y reina sobre ellos sin el auxilio del látigo; duerme con ellos, en medio de ellos, y todos los años da libertad al oficial que se ha mostrado mas trabajador y mas fiel... Demasiado ha sufrido para no ser humano.

Otro día en la calle de los Plateros, el rey mandó

parar su "coche" ante un almacén de donde salían lúgubres gemidos.

—Haced venir al amo de la casa, dijo á dos negros que trabajaban.



CARNICERO

El castigo de la argolla.

—Sí señor.

El amo viene y se arrodilla.

—¿De dónde provienen esos clamores?

—De una de mis esclavas á quien hago azotar.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha robado azúcar.

—¿Cuántos golpes debe recibir?

—Ciento cincuenta.

—¿Cuántos ha recibido ya?

—Ochenta y dos.

—Te pido gracia por los demás.

—Obedeceré á V. M.

—Te lo agradezco.

Y el coche emprendió otra vez su camino. Al volver á otra calle, sospechando el rey de la buena fé del comerciante, mandó á uno de sus oficiales fuese á asegurarse si su petición habia sido atendida, los gritos retumbaban, Juan VI vuelve atrás, y hace comparecer ante él al amo y á la esclava.

—Estás libre, dice á la jóven martirizada y desgarrada, estás libre; bendice los golpes que acabas de recibir. Y tú, miserable, que has mentido como un villano cobarde, agradece que por todo castigo me contenté con privarte de tu esclava.

Hé aquí Juan VI noble y generoso; héle aquí verdadero rey, ó mas bien, hombre; pues bien, juzgadle ahora.

Un buque mercante, en camino para Bahía fue llevado á la costa por la tripulación que se habia sublevado. El capitán, el segundo, y el sobre-cargo fueron arrojados al mar, y la pacotilla se vendió fraudulenta por los marineros, todos negros, esclavos ó libres. El crimen fue denunciado, los delincuentes presos, conducidos á Rio-Janeiro, y sentenciados á la horca.

Llegado el día de la ejecución, se presentó la sentencia al rey para que la firmase; pero el monarca se

niega á ello, pretestando que si se supiese en Europa que habian sido ahorcados ocho hombres en un mismo día en Rio-Janeiro, se creeria que el Brasil solo estaba habitado por criminales.

—Sin embargo, como es necesario un escarmiento, añadió, borremos cuatro nombres, y que solo sean ejecutados los otros cuatro miserables.

Hecho esto, el rey tomó la pluma, y cuando iba á firmar, se detuvo y dijo:

—¿Y por qué cuatro? ¿no bastan dos?... Sí, sí, borremos aun dos nombres. ¿Pero quién me dice ni me asegura que los que quedan son los mas culpables? siguió diciendo, ¿no seria justo perdonarlos como á los demás? Vamos, vamos, perdonemos á todos, y que se envíen á presidio.

Un día, una sentencia de muerte fue tambien presentada á la firma del monarca.

—¡Señor! ¡perdon! ¡esclamaba arrodillado un hombre llamado Prieur de la Misericorde, por el alma de vuestro padre y de vuestra madre, ¡perdon!

Y el criminal habia sido hallado bebiendo la sangre de un sacerdote, su víctima, despues de haber sido indultado por el asesinato de una mujer embarazada.

—No, no, dijo el conde *dos Arcos*, no indultéis, señor... Este miserable ha cometido un crimen horrible.

—¡Uno! replicó el rey, ha cometido dos.

—No señor: uno solo: el segundo es V. M. porque no debió perdonar á tan gran criminal.

El negro fue ahorcado, y el conde *dos Arcos* permaneció en el favor.

¿Debo añadir ahora en obsequio de la verdad, que nuestros compatriotas en general rivalizan aquí en crueldad con los brasileños?

He visto en la calle *do Ovidor* hermosas y frescas tenderas de modas y novedades aplicar ellas mismas los castigos mas crueles á sus esclavos, y no compadecerse por ningun dolor ni por ninguna súplica. Os pido mil perdones, señoras, por denunciaros así ante la indignacion pública; pero bastante hago con no citar vuestros nombres.

Los ingleses son el pueblo que tratan sus esclavos con mas humanidad; no es raro que un rico propietario ó negociante de la Gran Bretaña, vea rehusar la libertad que ofrece á uno de sus negros, en recompensa de su celo y adhesion.

Mis paseos del día, me han conducido á la plaza do Rocio, en donde está situado el vasto teatro real. Leí el cartel: *Zaira*, una comedia tres entremeses, y *Psyque*, baile en tres actos y con todo aparato. — ¡En hora buena! allá iré por mi dinero... ¡Oh! Voltaire, perdona á tu sacrilego traductor!... Orosman lleva en la cabeza una toca adornada con veinte y cinco ó treinta plumas de mil colores, y cuelgan hasta medio muslo de dos enormes cadenas de reloj, monstruosos dijes, produciendo el mismo sonido que una ama de llaves. Atroces braceletes adornan sus nervudos brazos, hermosas y coquetas patillas, adornan sus sienes, que vienen á acariciar las estremidades de la boca. El pedazo de tela que cubre sus espaldas, ni es capa, ni casaca, ni sopalanda, ni carrik; pero participa de cuatro trages á la vez, que no puede describirse en ninguna lengua. Es capaz de asustar al pincel del mas osado caricaturista. Orosman habla y gesticula. ¡Imposible es ver cosa peor!

Aquí están Zaire, Nèrestan, Chatillon, Lusignan; todos han jurado insultar al grande hombre... Pero los palcos aplauden... no deseo otra cosa y voy á hacerlo tambien. ¡Bravo! ¡bravísimo! — ¿Por qué singularizarme? Despues de la tragedia, la comedia y las farsas... yo ya creia que la farsa estaba representada.

Mr. y madama Toussaint, bailarines de París, escapados de la puerta de San Martin, son los primeros bailarines; aquel goza de un favor merecido, y la bailarina sobre todo tiene derecho á grandes elogios.

Pero tambien hay aquí una jóven española, de frente serena, cabellos de ébano, miradas de fuego, de talle esbelto y flexible como una caña, y con la que, os lo juro, París estaria muy orgulloso. Se dice que tiene un talento á prueba contra todas las seducciones, sin que se llegue á deslumbrar por ninguna corona. La señora Dolores no viene de la ópera de París.

El segundo acto de Psyque se lo tragaron, y os aseguro que todo esto es muy curioso. No importa, prefiero nuestros titiriteros.

Los nombres d'Eschylle, de Sofocles, y de Eurípides están inscritos en el telon de boca; esto es lo único que hay en el teatro de Rio d'Eschille, Sofocles y Eurípides.

Todo bien considerado, no se cuentan en el Brasil sino dos clases de hombres, la que paga y azota y la que es azotada. La primera es la mas fuerte, porque tiene la fuerza moral, y porque ha llevado su prevision hasta el extremo de separar los esclavos por categorías: de modo que los de Angola, están mezclados con los de la Cafreria y de Mozambique, pueblos rivales y enemigos mortales unos de otros. A esta medida es á quien debe atribuirse la tranquilidad que hasta ahora ha gozado ese reino casi tan vasto como toda la Europa.

Pero si algun día llegan á apagarse esos odios de castas negras ¿quién puede decir lo que sucederá al Brasil y á sus habitantes enervados, una vez que la venganza y el amor de la libertad hayan paseado en las ciudades sus hachones y sus puñales? El negro sublevado no tiene que esperar perdon; si es cogido, es muerto al instante; lo sabe y sabe, pues, que es preciso que mate para no ser muerto.

¡Desgraciados tres veces los brasileños, si el toque de arrebato viene á tocar de campanario en campanario desde las aldeas mas salvajes hasta las grandes ciudades!

¡Oh! no me digais que el negro es creado para ser esclavo, y que solo la amenaza y el dolor son los que le tienen sumiso y fiel. No me digais que su corazon no abriga amistad, ni ternura, ni respeto, ni reconocimiento, porque engañareis á vuestra misma conciencia; porque sabeis tan bien como yo lo que se puede esperar de esos hombres de hierro y de ébano cuando el recuerdo de un favor y de un beneficio se graba en su memoria. Jamas he pegado á un negro, nunca he acompañado mi orden de una amenaza. Aquí como en la isla de Francia, como en Borbon, como en Tabla Bay, como en toda la India, he viajado muchas veces escoltado solamente por esos hombres que se me decia eran tan cobardes, traidores y peligrosos; ¡pues bien! ni una sola vez he ballado ocasion en mis largas caravanas de imponerles el mas mínimo castigo, porque ni una sola vez les he dado á entender que desconfiaba de ellos. La verdadera salvaguardia de los colonos estriba en la humanidad; pero pocos, muy pocos quieren conocerlo.

Los que accesibles á los remordimientos, tratan aun de motivar la crueldad de los castigos que imponen á sus esclavos, acusan menos el corazon de los negros que su inteligencia. Estraña excusa cuando los hechos de cada día hablan y son palpables para dar un soberano mentís á esa filosofía bastarda nacida del egoismo y del miedo.

El Brasil ha tenido un obispo natural y salido de Angola; obispo de un talento superior y de una virtud mil veces puesta á prueba, obispo canonizado y cuya estatua dorada se ve aun levantada en la capilla real de Rio.

Los negros aprendices, con muy pocas escepciones, son de una destreza maravillosa, y se hacen en poco tiempo excelentes obreros; aprenden sobre todo con una facilidad prodigiosa todas las lenguas; y no es raro ver un esclavo hablar correctamente cuatro ó

cinco idiomas, y he conocido un negro corresponsal del Instituto de Francia (creo que se llamaba Mr. Tillet) á quien debe la navegacion los mejores mapas marítimos que puedan haberse publicado de Borbon, Mauricio y Madagascar.

¿Son estos argumentos en favor de mi tesis? Pero cuando manda la brutalidad, cuando la crueldad castiga, la razon no tiene fuerza contra los verdugos. ¿Cuántos siglos de barbarie son necesarios para que la humanidad recobre sus derechos?

En el Brasil hay por lo menos duplicado número de sacerdotes que en España y Portugal. Casi todos tienen una coquetería en sus trajes que asombra á la vista; y los veis cobardes seductores introducirse en las familias y sembrar por todas partes el desórden y la corrupcion. ¿Creeréis que una jóven y hermosa mujer se ha presentado no hace mucho en pleno tribunal para reclamar la herencia de un fraile muerto, su amante, y que ha ganado el pleito? — Pues bien, tales ejemplos no son raros aquí.

¿Qué diré de las procesiones y funciones religiosas? La multitud que se aprieta, se empuja, se desborda sobre las plazas públicas, sin dignidad, sin fé, dando al aire gritos feroces, lo mismo que pudiera hacerlo en una corrida de toros.... Y despues frailes de hábitos grises, blancos y negros; capuchinos calzados y descalzos; imágenes ó estatuas doradas de santos y santas llevadas con gran trabajo sobre robustos hombros; hombres enmascarados parodiando á Jesus cuando caminaba hácia el Calvario, devotas vírgenes limpiando ó enjugando su rostro y enseñando al pueblo la impresion de la efígie del Salvador del mundo; San Lorenzo con sus parrillas, San Vicente de Paul con sus cruces; Santa Margarita con sus ruedas dentelladas; y por último todos los misterios de la religion católica y romana, burlescamente parodiados y entregados á la risa pública! — Todo esto afecta y hiere el corazon, y al ver el papel que representan los frailes y curas, se pregunta uno á sí mismo é involuntariamente, cómo es que no ha muerto su dominacion.

Citemos aun hechos, puesto que esa lógica es la mas poderosa.

Un sacerdote santamente reverenciado hasta entonces por sus ovejas, y que no le conocian sino dos ó tres intrigas amorosas, se halló en rivalidad con un tal Monier, maestro de esgrima, y que he encontrado mas tarde, no recuerdo en donde. Demasiado cobarde para atacarle de frente, el sacerdote quiso deshacerse de él por medio de un asesinato. Una tarde, pues, que Monier acababa de entrar en la tienda de un comerciante de la calle des Orfevres, el miserable llamó á un negro que pasaba silbando.

— ¿Quiéres ganar seis cruzados?

— Sí, señor.

— Hay en esa casa un hombre alto y hermoso, con un traje azul y un sombrero frances ¿oyes?

— Oigo.

— Cuando salga, le saltarás encima y le darás una puñalada en el corazon.

— No tengo puñal.

— Toma, hé aquí uno escelente.

— ¿Y los seis cruzados?

— Cuando hayas hecho lo que te digo los tendrás; te espero aquí.

Dicho esto, nuestro negro va á emboscarse. Un hombre de elevada estatura sale del almacén designado; inmediatamente es cogido por el cuello, herido en el corazon y muere en el acto. El criminal ó mas bien el malvado, corre hácia el sacerdote para recibir el precio convenido.

— Eres un pícaro, le dice este, te has engañado; el que has muerto no es el hombre cuyas señas te he dado: vete, no recibirás nada.

Furioso el negro se denunció á sí mismo á la gen-

te que se había reunido en aquel sitio, y denunció también al sacerdote que le propuso asesinar á un hombre. Ambos fueron presos y sentenciados. El primero fue enviado á las minas y el segundo condenado á quince días de arresto en una deliciosa y encantadora isla que está en medio de la rada....

Si en el Brasil se condenase á muerte á un sacerdote, estallaría una revolución en el reino. El fanatismo tiene mas poder que las leyes.

Aun no he acabado.

Un fraile, fogoso predicador y citado en todo el Brasil por sus buenas fortunas, salia una vez de una iglesia asaltada por mujeres y en donde su tremenda y estentórea voz acababa de resonar irritada contra la indiferencia en materia de religion. A su paso, cada uno se arrodillaba y solicitaba á porfía el honor de besarle la mano. Arrastrado por el gentío, me hallé pronto al alcance de poder disfrutar del mismo favor, que sin embargo estaba yo muy lejos de ambicionar. La mano en efecto me fue presentada, pero fuese por distracción ó fuese repugnancia, volví la cabeza á otro lado. En poco estuvo para que el populacho irritado no me liciera trozos, y no debí mi salvación mas que al marques de Sa, mi amigo, el que empujándome violentamente adentro de su casa, prometió al pueblo furioso, que se haria justicia de este hecho ante los tribunales al siguiente día.

La ignorancia y la superstición no harán nunca sino esclavos.

VIII.

RIO-JANEIRO.

Villegagnon.—El baston de diamantes.—Desafío entre un paulista y un coronel de lanceros polaco.

RIO-JANEIRO puede ser considerado como una plaza de armas, á pesar del mal estado de las fortificaciones que la protejen; porque estas, ademas de estar bien situadas, se hallan al abrigo de todo golpe de mano. En la entrada del puerto se notan los fuertes *Lage* y *Santa Cruz* erizados de cañones, los que por sus fuegos cruzados, hacen el paso sumamente peligroso. Cuando habeis salvado la entrada, os hallais frente al fuerte de Villegagnon, que debe este nombre á una acción heroica de un jóven vasco bastante atrevido, por haber tratado de vengar un gran acto de crueldad.

A consecuencia de algunos altercados con los brasileños, la tripulación de una embarcación de Bayona, llegada á Rio hacia pocos días, se vió de repente rodeada, hecha prisionera y llevada á la pequeña isla, en donde está hoy día construido el fuerte. Se instruyó proceso; y todos los marineros vascos fueron ahorcados, no como franceses, dice la sentencia, sino como hereges.

A la nueva de esta barbarie, Villegagnon, noble de Bayona, se dirigió al rey de Francia para pedir venganza de este hecho. Pero los reyes olvidan generalmente las injurias y ultrajes públicos. Cansado de solicitar sin alcanzar nada, Villegagnon reúne en su casa un cierto número de amigos á quienes hace partícipes de su indignación general.

—¿Quereis ser de los míos? les dice. La sangre de nuestros hermanos es la que nos llama al Brasil; ¿estais dispuestos á seguirme? armo un brick y parto luego.

—Nos vamos contigo, esclaman sus camaradas.

—Mañana mismo, amigos míos.

—Mañana.

Villegagnon atraviesa el Atlántico, arriba frente de Rio como un lobo hambriento que busca su presa, penetra en la rada y devuelve cortesmente y tiro por tiro el saludo de la plaza. Luego atento é impaciente

fondea en la ensenada de la isla adonde tuvo lugar el sacrificio de sus compatriotas. Llega la noche.

—¡A las armas! dice en voz baja á sus valientes y decididos compañeros; ¡á las armas! hé aquí un brick de guerra brasileño, su tripulación indudablemente es numerosa; mas no importa, tenemos valor. ¡Al agua los botes y al abordaje del brick!

—¡Al abordaje!

Y hélos aquí nadando á fuerza de remo hácia el buque brasileño.

—¡Adelante! les gritan.

—Aun no, contesta Villegagnon de pie en la popa de la primera embarcación.

—¡Adelante!

Y el grito de alarma llama sobre el puente á la tripulación del brick.

Pero Villegagnon y los suyos han obrado ya; se precipitan silenciosamente por los obenques y portanolas; las pistolas permanecen mudas; hieren, derriban, matan á sablazos, á golpes de pica y de hacha: es una verdadera carnicería y no un combate.

—¡Que no se maten todos! grita Villegagnon todo cubierto de sangre; amarrad los que queden y á tierra.

La órden es obedecida. Diez marineros brasileños son conducidos á la isla: son juzgados y ahorcados. Villegagnon hace clavar sobre las horcas esta corta inscripción: *Ahorcados no como hereges sino como asesinos.*

Se vuelve despues á bordo; una brisa de tierra le favorece, corta el cable, iza sus velas y toma rumbo. La calma le coge en medio del puerto, tira segunda ancla para no ser arrojado á la costa. Pero la alarma ha cundido ya en el puerto y en la ciudad. Las horcas levantadas descubren á todo el mundo el golpe de mano de Villegagnon; la rada se ve pronto surcada por miles de embarcaciones de guerra y el brick bayones es requerido para entregarse. Villegagnon contesta con fusilería y metralla: se traba un atroz combate pero el número sofoca al valor.

Todos los camaradas de Villegagnon perecieron con las armas en la mano; solo él, á quien se habia mandado salvar, acribillado de heridas y tendido sobre el puente fue devuelto á la vida. Se le encerró en un fétido calabozo cavado para él en la isla de las represalias, en donde murió en medio de los tormentos mas horribles.

El fuerte Villegagnon ha tomado su nombre del valiente noble bayones, que la corte de Francia ni pensó siquiera en vengar.

La isla de las ratas y de las culebras están igualmente dominadas por fuertes baterías que seria muy difícil de desmontar; y al fondo de la rada, en la isla del Gobernador, tan grande como Santa Elena, se levantan otras baterías para defender las magníficas playas que las rodean.

Dugay-Trouin, entrando como enemigo y á toda vela en la rada de Rio-Janeiro, ejecutó una acción sorprendente y de la que nuestros anales marítimos conservan preciosamente el glorioso recuerdo. La matanza de la tripulación del capitán Duclair fue vengada y el gran almirante trajo á Francia veinte y siete millones que habia impuesto á la ciudad. Oro contra sangre, así se hacen casi siempre los negocios de soberano á soberano.

La historia del Brasil desde su descubrimiento puede reasumirse en dos épocas; la de los primeros establecimientos de los especuladores, tributarios de los portugueses, y la de la llegada á Rio de Juan VI, huyendo de Lisboa ante los victoriosos ejércitos franceses. Hánse construido en esta tierra feraz algunas ciudades y aldeas y se ha erigido una corte. La nobleza portuguesa ha seguido allí á la familia de Braganza. Desde entonces se ha hecho sentir una mayor actividad en la pesquisa del oro y piedras pre-

ciosas que aquí arrastran los rios y arroyos. Empeño la agricultura, la industria, las artes y las ciencias han permanecido estacionarias, y nada anuncia a un que el Brasil quiera regenerarse con un bautismo de civilización, gloria y libertad.

Siendo en algun modo el carácter de los brasileños, no tenerlo; poco les importa vivir con comodidad con tal que vivan. Todos sus pensamientos e reducen á evitar el dolor. No quieren agitarse; el movimiento no les agrada; si les despertais se caen, y creo que un ciudadano sentenciado á hacer una jornada á pie de cuatro ó cinco leguas, seria castigado con mas rigor, que el que debiese sufrir una pena de ocho dias de cárcel. Unicamente salen de su especie de letargo cuando se les echa en cara. No desesperemos pues de los brasileños.

Ese jardín público, desierto enteramente ese hermoso paseo del acueducto totalmente abandonado, esos vastos bosques, magníficos, silenciosos, que ocultan tantos tesoros y que costaria poco trabajo á una mano activa darles un valor décuplo, esas aguas tan limpias, llenas de peces, que corren hoy tristes é inútiles por regiones medio salvajes; ese asombroso número de animales dañinos que sitian las poblaciones, y que seria tan fácil destruir ó alejar; esas poblaciones ambulantes y crueles que esparcen el espanto hasta las puertas de las principales ciudades; ¿no indica todo esto la culpable apatía de los brasileños? ¿Pues bien! indicadles el resultado de su muelle indolencia, y se reirán de vos. Su perezosa memoria se despertará para mostraros en un pasado poco lejano, lo que era el Brasil antes de su conquista; y su frente, descolorida por lo regular, se cubrirá de un cierto rubor de modestia, como si la gloria de los Diaz, Cabrales y Alburquerque, fuese su propia gloria; como si las conquistas de sus antepasados, fuesen el fruto de los trabajos y cansancios del dia.

— En todas las direcciones de esa vasta parte del Nuevo-Mundo, en las llanuras, en el centro de las montañas, en las orillas del mar, me decia un dia un brasileño, poseemos florecientes ciudades, anchos y seguros puertos de mar que nos atraen á todos los especuladores de la Europa. Creen llegar entre salvajes y no hallan por todas partes sino hombres civilizados; están asombrados, estupefactos de la riqueza del pais, del comercio de nuestras ciudades, y se marchan con el sentimiento de nuestra gloria y prosperidad.

El mismo lenguaje usan hoy todos los brasileños, y al oírlos se creeria que el Brasil no tiene otras riquezas que las que ellos han traído.

¡Amarga irrisión! Fingen ignorar que la mejor parte de esa vasta region es apenas conocida, y que si á grandes distancias, algunos establecimientos indican á los viajeros las débiles huellas de una civilización naciente, el inmenso espacio que los separa unos de otros está abandonado casi en su totalidad; estos hombres ciegos é ilusos olvidan que las comunicaciones entre dos provincias son siempre muy difíciles y algunas veces hasta imposible á causa de los torrentes que devastan sus campiñas y destruyen las frágiles barreras que se les había opuesto. Rehusan hacernos saber que de Bahía á Rio, las dos principales ciudades del Brasil, no se ha de viajar sino á pie ó cavalgando sobre un mulo, sin que casi se haya apenas principiado una carretera para carruajes. Tampoco nos dicen nada de la precisión en que está el viajero de llevar consigo los viveres necesarios para su viaje; ni de la necesidad que tiene de hacerse acompañar por esclavos, á veces poco fieles, para que les sirvan de guía en medio de los bosques y vastas soledades.

Ninguna fonda ó posada se encuentra en todo el camino, ninguna garantía hay contra los ataques de las poblaciones antropófagas, ningunos recursos sino

de valor, contra la ferocidad de las onzas y los jaguares; ni ninguna seguridad por parte de los guías, á quienes ni siempre halagan las recompensas, ni casi nunca someten las amenazas. Están demasiado cerca de la libertad para no humillarse de su esclavitud; y esos hombres tan tímidos, tan sumisos en las ciudades, parecen en medio de los bosques dispuestos á reconquistar la independencia que se les ha arrebatado.

Como el Brasil será segun toda probabilidad nuestro último descanso despues de tantas correrías aventureras, os diria algo de esa familia errante de los Braganzas, que seria injusto juzgar en medio de las revoluciones y catástrofes que la han perseguido en ambos hemisferios. Os hablaria del carácter tan singularmente bueno y débil de Juan VI que considera, segun me lo decia un dia, la colocacion de un pararrayos sobre un edificio, como un ataque al poder de Dios. Os diria algo de esa juventud ardiente de don Miguel y de esa fogosidad impetuosa y belicosa de don Pedro, su hermano, cuya partida enriqueció el Brasil con un poco mas de libertad y un despota de menos. Tambien os diria algo de la vida desolada y pobre de Leopoldina, hermana de María Luisa, mujer superior por su carácter y por su educacion, y que murió tan miserablemente olvidada y despreciada de su real esposo. Tambien os trazaria un cuadro fiel de las costumbres de esta corte degenerada, en donde el libertinaje llegaba á veces hasta el cinismo, y en que los amos daban el ejemplo del envilecimiento y de la depravacion.

Tengo prisa de acabar hoy con esta ciudad real, en donde los vicios de la Europa desbordan por todas partes; pero no quiero sin embargo ausentarme de Rio sin contaros una aventura muy dramática que ha dejado en mi memoria profundos recuerdos.

Mas tarde echaré una rápida ojeada sobre las poblaciones salvajes que pisan aun las vastas llanuras de este inmenso reino, y os llevaré como de un solo salto al cabo de Buena Esperanza, lugar señalado para nuestra próxima estacion.

L'Amelia, brick irlandés, acababa de entrar en la rada de Rio, despues de una de las navegaciones mas felices; estaba anclado entre el fuerte Villegañon y Bota Fogo, ensenada hermosa, en cuyo alrededor están construidas las elegantes habitaciones de la mayor parte de los cónsules europeos. En calma estaba la rada, sin brisa, casi sin movimiento, y la tripulacion de L'Amelia dormia en el entrepuente. Un solo marinero apoyado de codos sobre el borde, aprovechaba los últimos rayos de la luna en su ocaso, y recorria con ávido ojo los hermosos sitios de que estaba cercado.

De repente una piragua se desprende de la playa silenciosa y desliza á lo largo; el marinero la sigue con la vista y cree ver á unos negros que sujetan por fuerza á una mujer ó á una niña cuyos gritos de desesperacion le parece oír. John Beckler inquieto, redobla su atención. La piragua se había detenido, un ruido sordo se había oído, las olas se habían abierto y vuelto á cerrar, y el silbido de los remos se debilitó poco á poco á lo lejos.

John Beckler sospecha que se ha cometido un crimen, toma su resolución, resolución de abnegacion y de humanidad. Se arroja al agua, nada con un brazo vigoroso y bien pronto se halla en el sitio en que la piragua había hecho alto. Un rumor sordo le guía, se sumerge un poco, y sus manos tocan unos vestidos. Los agarra con los dientes, y ayudado de la ola que entonces subia, se dirige hacia la playa adonde espera llegar con el precioso bulto que no quisiera abandonar. La lucha fue larga y penosa, pero en fin, John halló fondo y al llegar á tierra cayó quebrantado por el cansancio.

Pocos instantes despues recobra el conocimiento y

solo fue entonces cuando vió que el objeto que habia salvado era un cadáver, cuyos carrillos, cuello y orejas, estaban desgarrados é inundados de sangre. Sin embargo, un ligero movimiento de la jóven reanimó el valor y las esperanzas del marinero; llamó en alta voz pidiendo socorro, trató de recalentar con su respiracion la niña que acababa de salvar; nadie le oia; ninguna voz contestaba á la suya. Era preciso por último tomar sobre sus espaldas, ya tan cansadas, la jóven aun moribunda cuando llegaron hasta él gritos tumultuosos.

Una docena de esclavos con antorchas y precedidos por una mujer en el colmo de la desesperacion se precipitan y le rodean. A la vista de esta jóven llena de sangre la mujer cae y se desmaya. Los negros furiosos agarran ya el valiente John por la garganta y se disponen á aplastarle contra los guijarros cuando se presenta un hombre de la policia.

— ¿Cómo os llamais?

— John Beckler, dijo en ingles adivinando la pregunta que se le hacia en portugues.

— Está bien, tambien hablo el ingles. ¿Cómo es que esta niña desgarrada y moribunda se halla con vos aquí?

John cuenta lo que ha sucedido, lo que ha visto y lo que ha hecho.

— ¿Hace tiempo que estais en el Brasil?

— Desde ayer.

— ¿En qué buque habeis llegado?

— En L' Amelia.

— Pero este buque está en cuarentena.

— Es verdad.

— Vais á seguirnos.

— La señora de S... habia sido llevada á su casa, y su hija devuelta tan milagrosamente á la vida, la referia las violencias de que habia sido objeto: la decia que muchos negros se habian arrojado sobre ella ahogando sus gritos, que habian entrado en una piragua y que despues de arrancarle sus brazaletes, pendientes y collar la echaron al mar.

— ¡Oh! ninguna duda queda entonces sobre la veracidad de la relacion del marinero nísobre su sacrificio.

La señora de S... se hace acompañar á la casa del majistrado que interrogaba á John. Abraza al marinero, le dirige las palabras mas afectuosas y tiernas: quiere pagar su humanidad con una fortuna y llevárselo á su casa.

— Imposible me es, señora, satisfacer á vuestros deseos; este hombre estaba en cuarentena, ha violado las leyes sanitarias y es preciso que sea juzgado.

— Iré á hablar al rey, exclamó la señora S... este marinero ha salvado á mi hija, merece premio y no una prision. Iré á hablar al rey.

Al otro dia la señora de S... estaba arrodillada ante Juan VI, diciéndole el horrible asesinato de que habia sido victima su hija, y el generoso sacrificio del marinero que se la devolvió. El rey contestó á la señora de S... del modo mas satisfactorio, la prometió su proteccion para el libertador de su hija, y la despidió con su acostumbrada bondad.

Algunos dias despues, una sentencia del tribunal supremo decia; que John Beckler, marinero irlandés, estaba condenado á muerte por haber infringido las leyes sanitarias.

Gracias á las apremiantes solicitudes de la rica familia de S... no se ejecutó la sentencia fatal; pero John, el valiente marinero vió conmutada su pena en un destierro de diez años á Minas-Geraes que están en el interior del reino.

John se sometió, y héle aquí poco tiempo despues siguiendo á pie por entre caminos difíciles y escabrosos el paso ligero de las mulas dirigidas hacia el Oeste del Brasil. Va agregado á seis negros asesinos juzgados y sentenciados por haber arrojado al mar una jó-

ven á quien habian desgarrado el cuello y las orejas para robarle las piedras preciosas con las que estaba adornada. ¡Solo la casualidad habia reunido y atado á la misma cadena el libertador y los asesinos! ¡pero qué casualidad!

El gefe de la escolta entregó al gobernador de Minas-Geraes, los hombres confiados á su custodia. Debo añadir, dijo, que os está mandado en nombre del rey guardar todas las consideraciones y cuidados que pudiérais tener con un amigo desgraciado, con el sentenciado John Beckler. Inspeccionará los trabajos bajo vuestras órdenes, administrará en vuestra ausencia y comerá á vuestra mesa.

Un escrito real dirigido al gobernador tenia los mismos preceptos. Sin embargo los meses se sucedian, John, á quien se habia prometido una próxima libertad, gemia y decaia en esos desiertos hollados por el asesino y el esclavo en provecho de la corona. Un dia se dijo: ¿de vuelta al Brasil y á mi país, qué me quedará de la accion honorífica que me ha conducido aquí? ¿Por qué no he de castigar en su crueldad á esos hombres que con tanta barbarie me han infamado? ¿Pero qué mal puede causarles los proyectos que yo medito? Una gota de agua quitada al Océano ¿le hace menos profundo y menos rico? Si, sí, Dios me inspira porque él sabe que he llegado al Brasil para poder auxiliar á mi familia que está en la miseria; sucederá pues lo que he resuelto; cumplamos la voluntad de Dios.

Todas las tardes y cuando el sol se ocultaba, John trepaba á una altura á cuyo pie estaba construida una cabaña, y decia á su gefe, de quien ya era amigo, que era para respirar un aire mas libre y ver llegar mas pronto el convoy con que contaba volverse.

¿Pero qué hacia John? Cada vez que vigilante infiel llegaba á descubrir una piedra preciosa, abria con un cuchillo una espina del palmero que le servia de observatorio, y allí ocultaba el robo, sin que nadie pudiera nunca sospecharlo. Hacia ya tres meses que esta misma operacion se repetia con frecuencia, y una fortuna, por decirlo así, se halló allí á su disposicion.

Llega por fin de la corte la orden de libertad; John puede regresar á Rio, y su viaje queda resuelto para el dia siguiente.

El marincro ingenioso y previsor solo se queja entonces que los *biches* (insectos microscópicos que se pegan á la piel, la agujerean y penetran profundamente) le han hecho una ancha llaga en el talon. Se le prodigan los cuidados mas generosos, le felicitan por la libertad que le ha sido devuelta, y nada se perdona para que su viaje hasta Rio se haga sin peligro de su quebrantada salud. Acepta un mulo que le es ofrecido, pero como en los mas difíciles pasos se está muchas veces precisado á ir á pie; John dice que se apoyará sobre una caña y pide permiso para cortar una espina de palmero, cuya flexibilidad le sostendrá sin violentas sacudidas; su peticion es concedida en el momento; sube por última vez á su árbol querido, corta la rama depositaria de sus diamantes, y héle feliz para el porvenir.

¿Con qué inquieto cuidado manejaba el marinero el precioso apoyo que se diera! ¡oh! ¡con qué felicidad cojeaba y cuánto agradecia á los incómodos y peligrosos insectos, de quienes los negros en su odio á la esclavitud son frecuentemente voluntarias victimas!

Llegó á Rio, é impaciente de regresar á Europa, ni aun quiso ir á ver los padres dela jóven que salvó, temiendo no tuviese que permanecer algunos dias para satisfacer sus deseos. Un buque danés estaba en rada é iba á darse á la vela el domingo siguiente. John Beckler ajustó en él su pasaje y se hospedó modestamente en un cuartito cerca de Nuestra Señora de Candelaria.

Enfrente de su habitación vivía un joven mulata muy agradable á la que John enviaba algunos furtivos besos desdeñados. El marinero, en efecto, tenía un traje que daba pobre idea de su generosa galantería; pero, picado por el desden, se fue desde la mañana siguiente á la plaza real en busca de algun extranjero á quien pudiera proponer ocultamente la venta de dos ó tres de sus diamantes. No buscó mucho tiempo, y concluida la venta Beckler compró un elegante traje y siguió sus persecuciones amorosas con la mulata. Esta, fiel en un todo al código de las hijas de su casta, se mostró menos rebelde y acabó por sucumbir.

El confiado marinero se dejó pronto engañar por las falsas apariencias de cariño de su conquista, y después de haber obtenido de ella la solemne promesa de que le acompañaría á Europa adonde se casarian, John la refirió su vida aventurera, la sentencia que le condenó y después la confió el secreto de su fortuna, enseñándola su precioso bastón.

Un día mas y se despidirán del Brasil.

Llaman á la puerta de John.

— ¡ En nombre del rey, abrid!

— No abrais, le dice en voz baja la mulata.

— ¡ En nombre del rey! repiten, y la puerta cae hecha pedazos. Los dos quedan presos y conducidos en aquel mismo instante delante de un juez.

— ¿ Vuestro nombre? pregunta este á la joven.

— Zae, mulata libre.

— Está bien: ¿ y el vuestro?

— John Beckler, irlandés, condenado una vez á presidio por haber salvado con peligro de mi vida una joven que unos negros acababan de arrojar al mar.

— Me acuerdo, entonces hicisteis una hermosa acción, prosiguió el juez; veamos si desde entonces toda vuestra conducta merece nuestros elogios. Dadme el bastón con que os apoyais.

El bastón es entregado, abierto, registrado con precaución y los diamantes caen sobre una alfombra.

— No hay remedio, dice Beckler á su compañera, hénos aquí desgraciados y para siempre separados.

— Vuestro crimen está patente, dijo el juez, la ley es terminante; vais á volver á presidio por toda vuestra vida, y la mitad del robo que habeis cometido pertenece á la persona que le ha denunciado.

— ¿ En donde está?

— Soy yo, dijo sonriéndose la mulata. Quería que darme en el Brasil; no me gusta la Europa.

Beckler alzó los ojos al cielo, fue llevado á la cárcel y conducido otra vez á Minas-Geraes, adonde murió de resultas de los garrotazos que le daban sus amos. Con respecto á la graciosa y noble mulata, tiene ahora en la calle des Orfèvres un magnífico almacén de novedades y curiosidades de la China: refiere alegremente á quien desea saberlo la historia de su amigo Beckler y la causa primitiva de su fortuna; hoy día muy brillante. Entre nosotros, país de civilización y de progreso, la señorita Zae, sentada en un mostrador, habría ya ganado carruaje, palacio y lacayo; el Brasil es aun medio salvaje.

En un viaje como el nuestro, el orden y la simetría serian una falta para el escritor y quizá una causa de fastidio para el lector. Y como conozco esta doble verdad, hé aquí por qué voy acá y allá, corriendo de la ciudad á los bosques; de la fértil playa á las peladas rocas y de la civilización esclava á la *salvajería* independiente.

Hoy aun tengo algun tiempo mio; oidme un hecho bastante curioso.

De todas las capitanías generales que componen, con desiertos aun desconocidos, el inmenso reino del Brasil, la mas notable sin disputa, la que sobre todas es mas digna del estudio de los viajeros, es la capitanía general de San Pablo, porque los paulistas no pertenecen, hablando con propiedad, á ningún país, ó mas bien, hacen la conquista de todos. Mas adelan-

te os diré, al hablaros de los gauchos, de dónde y cómo les ha venido esa ardiente sed de independencia que les hace despreciar los peligros, y los empuja indómitos al corazón de los mas impenetrables bosques y de las mas vastas llanuras, adonde se tienen como dominadores.

Que un paulista haga saber á un gaucho de la Plata, que tiene que tratar con él de un asunto grave y urgente; que le dé una cita en esas silenciosas y eternas selvas de que ya os he hablado, á trescientas ó cuatrocientas leguas de la costa, á seiscientos de Río ó Montevideo, que le señale un punto al pie de una gigantesca *bertholletia*, tal día, á tal hora... los dos hombres se darán la mano en el momento preciso... y con todo, esos hombres no habrán tenido otro guía que el ruido y el frescor de la brisa, ó el curso de los astros, y se habrán visto precisados á luchar en su camino contra culebras y yaguares, de los que hacen tan poco caso como del grito del papagayo ó de la risa del ouistiti.

El paulista no es sino un gaucho degenerado; es el tigre de América comparado con el de Bengala; es un fashionable de nuestras grandes ciudades al lado de un rudo contrabandista de los Pirineos.

El traje del paulista es poco mas ó menos igual al del gaucho, pero ya con algunas modificaciones, con adornos y dengues, si me atrevo á espresarme así, que rayan casi en coquetería. Su ancho sombrero sujeto debajo de la barba con una cinta de terciopelo, y de un fieltro bastante fino; su poncho, especie de capa de color de chocolate, azul ó blanca, cortado en redondo, y en cuyo medio hay un agujero para pasar la cabeza, es tambien de un paño que avergonzaria al del gaucho. En cuanto á su calzon de piel, á su cintura y á su calzado, están llenos de dibujos hechos con cordoncitos de diversos matices, muy curiosos y seductores á la vista. Pero el gaucho, ese hombre de hierro y abetunado, delgado, pequeño, salvaje, intrépido como el león, indómito como él, os lo representaré cuando lo haya estudiado bien en sus desiertos, en sus costumbres y en sus hábitos dominantes. ¡ Oh! os juro que es una cosa digna de verse.

No hay extranjero que al llegar al Brasil no se apresure para verse enfrente de un paulista á caballo, armado de su temible lazo. Los primeros conquistadores de América han referido cosas tan maravillosas de su audacia y destreza, que repugna en algun modo á la razón el admitirlas, y que la duda os persigue aun cuando el hecho esté palpante y á vuestra vista, para hacer desaparecer toda incredulidad. Atended, pues.

Un valiente coronel de lanceros de la vieja guardia imperial, no cesaba desde la llegada al Brasil, adonde le habian espatriado las vicisitudes de su país, de repetir en alta voz á cuantos hablaban de los paulistas, que él, montado á caballo y armado con su lanza, se lisonjeaba de desmontar, no tan solo uno, sino dos, tres de esos temibles *lanceadores de hombres*, como él los llamaba por irrisión.

— Cuidado, coronel, se le replicó muchas veces; vuestro vigor y vuestra destreza son grandes indudablemente; pero si un paulista os oyera, seria hombre para aceptar el desafío.

— ¿ Y creéis que yo lo propongo para que no se admita?

— Os apreciamos demasiado para publicarlo.

— ¡ Pues bien! tomo la iniciativa, y desde mañana se publicara mi cartel.

Las hojas sueltas de Río, publicaron en efecto el reto del coronel, y en el mismo día recibió una visita muy curiosa.

— ¿ Sois vos, coronel, que habeis hecho insertar ayer una nota en los diarios?

— Sí señor: ¿ por qué os interesais en ello?

— Soy paulista.
 — ¡Cómo! ¿aceptais mi proposición?
 — ¿Por qué no?
 — ¡Pero si apenas teneis cinco pies!
 — Vos tampoco teneis los seis.
 — ¿No es bastante?
 — No, coronel.
 — Ignoraba que el Garona corriese también por el Brasil.

— ¡Oh! no me habéis de vuestros ríos, coronel, los nuestros son más anchos que largos los vuestros.

— Esto hace el elogio de vuestros ríos, y nada más.

— No he venido á veros para alabarlos, pero sí para asegurarme en efecto, si quisiérais ensayar vuestra lanza contra mi lazo.

— No lo dudeis.

— ¿Para cuándo?

— Esta tarde.

— No, hasta pasado mañana, enfrente del palacio de San Cristóbal; eso divertirá á mucha gente.

— En buena hora.

— Me he apresurado á venir, á pesar de ser novicio, porque no quiero, coronel, os suceda ninguna desgracia.

— Eso es ser bien generoso.

— Si alguno de mis camaradas se presenta después que yo, no admitireis.

— Por supuesto que no.

— Así, pues, coronel, hasta pasado mañana, á las nueve.

— Hasta pasado mañana, señor.

— José Piñada.

La singularidad del reto, había atraído alrededor de San Cristóbal un inmenso gentío, una parte de la nobleza se citó allí, y de en medio de ese gentío que se oprimía, y agitaba inquieto sobre las gradas, no se oía sino un grito; ¡á favor del paulista! ¡Cien piastras por el paulista! ¡mil, dos mil, cinco mil patacos contra el lancero! Ninguno se atrevió á apostar en pró.

Suena por fin la hora y una música militar anuncia á los lidiadores. El coronel entró el primero en la liza, montado sobre un magnífico alazán que maneja con gracia y se precipita al galope lanza en ristre. Un grito general de admiración resuena: se aplaude, empero ningún partidario se atreve á sostenerlo. Pero hé aquí al paulista, bajo, flaco, recogido y cuyos pequeños ojos despiden vivas chispas debajo de los inmensos bordes de su fieltro, su caballo también es pequeño y sus piernas son de un fino contorno que diseñan una pronunciada musculatura. El paulista y él se detienen á la entrada del circo; José Piñada da la mano á una docena de sus compañeros, que se muerden los labios de impaciencia y casi de cólera; tan atrevido les había parecido el desafío del coronel. Piñada se apresura á dejar sus amigos, vuelve la brida, y se adelanta á paso lento hacia su adversario á quien saluda...

— ¡Es José! ¡es José! dice todo el mundo... hubiera preferido á Fernando, á Antonio ó á Pedro; pero no importa, ¡cinco mil patacos á favor de José!

— Coronel, héme aquí á vuestras órdenes.

— Temía, caballero, que no fuérais esacto.

— Un paulista, nunca se hace esperar: aun no han dado les nueve.

— ¿Pero no teneis silla?

— No es necesario, tengo mi lazo.

— Pues yo voy á poner un zapatilla en el hierro de mi lanza.

— ¿Y para qué?

— Es que podría mataros.

— Imposible; para matar á las gentes, es preciso tocarlas, y vos no me llegareis.

— ¿Bromeais siempre?

— Siempre, aun al frente del tigre.

Las trompetas dan la señal y el público espera ansioso é impaciente el éxito de la lucha. ¡Silencio! Mirad ahora al paulista, ved su corcel cómo se tuerce, se encabrita se enrosca como una culebra y hací jugar sus nerviosos jarretes. No solo obedece al freno y la espuela, sino también á la voz, al soplo de su amo. José se anima como él, haciéndose el enano gigante; desde este momento se adivina ya el vencedor: hasta el mismo coronel parece asombrado.

Los campeones van á atacarse, el coronel con la lanza en ristre, y el Paulista agitando por cima de su cabeza ellazo mortal, formando dos ó tres nudos corredizos... ¡Ah! ¡ah! esclama dos veces, para no faltar á su costumbre de guerra; ¡ah! ¡ah! y se precipitan de una y otra parte. El lancero ha errado al paulista, porque se ha escondido bajo el vientre de su caballo; y José no ha tratado de coger al lancero, como si quisiera perdonarle la primera vez. De nuevo se acometen, el lazo parte, el coronel es sacado de su silla y arrastrado por la arena sin poder desenredarse de los nudos que le oprimen. Se quiere aplaudir y el paulista hace seña de que eso no es generoso, se le ve levantar á su adversario.

— Perdon, coronel, no soy muy diestro, os he arrancado de la silla con demasiada violencia, otra vez será con mas suavidad.

— He sido sorprendido, contesta el coronel.

— Así tenía que ser, porque sorprendemos á todo el mundo.

— ¡Pues bien, vamos á ver!

— Veamos.

Otra vez se han separado hasta los extremos del circo; y parten al paso...

— ¡Ah! ¡ah! esclama el paulista, ¡ah! ¡ah! por el cuello ahora, y su caballo sale como un flecha. El coronel es por segunda vez tirado á tierra, y José está cerca de él para que no muera estrangulado por el lazo.

— Esto no va bien, dice el paulista, no va bien, coronel; aun no he almorzado y mi mano no está muy segura: ¿quereis una tercera prueba? Me obligo á cogerlos por el brazo derecho ó por la pierna izquierda; lo dejo á vuestra elección.

— No, ya me basta, dijo el coronel vencido, roto y cubierto de polvo, me basta; de aquí en adelante creeré todos los prodigios que se cuentan de vos.

— Coronel, nada habeis visto; hay una docena aquí de mis camaradas para quienes no soy sino un niño.

— Vendrán con vos á almorzar á mi casa.

— No los conoceis, son capaces de aceptar, pero yo os pido vuestra amistad.

— La teneis, á pesar de que vuestro lazo me ha tratado muy mal.

— Y sin embargo no he apretado mucho.

Desde este día el coronel ya no propuso mas desafíos á los paulistas, pero fue á vivir entre ellos, en medio de sus soledades y despreciando su lanza favorita, se hizo en poco tiempo un muy hábil *lanceador de hombres*.

IX.

BRASIL.

Petit y Marchais. — Riña. — Salvajes. — Muerte de Laborde. — Cabo de Buena-Esperanza.

UNA muy animada conversacion se habia suscitado á bordo del gran bote que iba á bajar á tierra. No creo sea necesario os nombre los interlocutores, pues de fijo debereis conocerlos, por poco que haya yo tomado los rasgos principales que les distinguen.

— Te digo que vendrás á beber conmigo.

— Te digo que no, á fé de gaviero.
— Vamos hombre, sé razonable y discreto, si puedes serlo, y ganarás en ello alguna cosa.
— Ganaré mucho mas si te acompaño, te conozco.

— Parece que no.
— ¡ Oh qué sí !
— Escúchame : necesito uno que me sirva de escolta, que navegue bajo las mismas *amuras*, si te *dejas alcanzar*, en llegando á tierra, y pueda yo *cerrar el viento* dirijo mi *abordada* sobre tus *flancos* y te *echo á pique*.

— Pero es muy duro ; no poder evitar el *abordage* con ese navío de 74 : yo pobre y mezquina corbeta de 48.

— Estoy satisfecho que *arries...* á no ser por eso... basta.

— ¡ Qué *rasqueta* voy á llevar !
Dos oficiales y yo bajamos á Bota-Fogo, acabamos de sentarnos en nuestras mantas azules bordadas de encarnado ; los remos, primero verticales y suspendidos cayeron á plomo sobre el agua y como una sola paleta sumergieron sus anchas estremidades, unos nervudos brazos los apretaron, la ola fue cortada... el poderoso vehículo se levantó tajante y horizontal, hizo saltar al aire millares de perlas fosforescentes, silbó acompasado como el balancin de un péndulo de Brequet, y en pocos instantes llegamos á la orilla. Cada uno de nosotros tenia distinta comision, nos separamos y nos citamos para la tarde, en el desembarcadero. Dos de nuestros marineros que acabaron de bogar tan rápidamente, me suplicaron intercediese en su favor, para que se les permitiera ir hasta la ciudad.

— ¿ Y para qué ?
— Nada mas que para ver.
— No es necesario, hariais alguna tontería.
— No tenemos un cuarto.
— Razon de mas.
— Razon de menos : cuando uno no tiene dinero, no entra en la taberna ; cuando no se entra en la taberna no se bebe ; y cuando no se bebe, es uno prudente. Los que os preciais de dibujar bien no sereis tan exactos en vuestros perfiles.

— ¿ Y tú, qué dices de la prosa de tu camarada ?
— Digo que sí, que está muy bien hablado, porque si le contradigese, me aplastaria.

— Vamos, sed prudentes, ya teneis permiso ; pero esta tarde al desembarcadero.

— Estaremos anclados á las cinco, ¡ qué gaviero es este hombre ! ¡ y no fuma ! ¡ ni masca tabaco ! ¡ qué desgracia !

Si no hubiéseis reconocido en esta conversacion á mis dos mas queridos marineros, Marchais y Petit, estoy seguro que diriais sus nombres despues de la lectura de las siguientes líneas.

Salidos conmigo de Tolon, esos dos seres escepcionales, debian volver á ver su pais despues de tantas fatigas y peligros ; preciso es perdonarme que hable algunas veces de ellos en mis serias narraciones ; á las que pueden unirse, sin perjuicio, la gravedad ni la importancia de los hechos. En casi todos los dramas, tienen una parte cómica, y la risa agrada despues de las emociones de la inquietud. Por lo que á mí toca, siempre he olvidado sus necedades en obsequio de esa amistad tan respetuosa, de esa adhesion sin límites, de que siempre me han dado pruebas sobresalientes é inequívocas. Ademas, no se trata aquí sino de una bagatela, de un pasatiempo. A Marchais le gustaba demasiado figurar en las escenas dramáticas para acordarse al otro día de lo que le sucedia la víspera.

Habia yo terminado mis diligencias y regresaba á bordo, cansado en extremo. Al lado del desembarcadero, ví á mi buen marinero Petit, triste, los

ojos llenos de lágrimas, la camisa rota y las manos y el rostro ensangrentados.

— ¡ Desgraciado ! le dije desde lejos ¿ qué te ha sucedido ?

— Porrazos, segun mi costumbre.

— Quién te los ha dado.

— Unos cuantos.

— ¿ Marchais estaria tambien contigo ?

— Esta vez, no, ¡ el valiente ha recibido aun mas que yo !

— ¿ En qué ocasion ?

— Y qué se yo ; entra uno en la taberna, bebe, como no hay un cuarto para pagar, se sale diciendo buenos días ó buenas tardes segun la hora, aporrean y machacan, y hé aquí todo.

— ¡ Pero bribones ! ¿ por qué no pagais el gasto que haceis ?

— ¿ Y con qué ? los brasileños son unos perros. avaros, piratas, no quieren la moneda de los puñetazos, y nosotros, como de ordinario, no teníamos otra que ofrecerles.

— Entonces ¿ os han zurrado ?

— Y bien.

— ¿ Eran muchos ?

— Una nube, mas de veinte ó treinta ; y solo Marchais ha derribado catorce ó quince.

— No lo creo ¿ adónde está ahora ?

— A la sombra, por no variar. Han venido unos soldados y se lo han llevado, sus piernas no le hubieran prestado igual servicio.

— ¿ Crees tú que esté herido ?

— ¿ El ? no, únicamente le han abierto la frente, desmontado un hombro y roto la quijada.

— Llévame á la cárcel donde está detenido.

— No, porque tambien me prenderian.

— ¡ Pues bien ! indicamela, poco mas ó menos.

— Tomad, devolvedle esta muela que me ha confiado, para que la guarde con las demas segun acostumbra hacer.

En vista de las señas que Petit me dió, me dirigí hácia un cuerpo de guardia colocado detras del palacio real, en donde se debia tener conocimiento de la riña, y pregunté al gefe del puesto, furioso aun del duro tratamiento que mis perros hicieron sufrir á una veintena de sus soldados. Llegué por fin á apaciguarle con sinceras muestras de pesar, y le rogué intercediera en favor del prisionero, lo que hizo con buena voluntad. Indemnizado el tabernero fui á buscar á Marchais, cuya libertad me concedieron, y le hallé profundamente dormido en el húmedo suelo.

— ¡ Siempre malo ! le dije con tono severo.

— Siempre.

— ¿ No te corregirás, pues, nunca ?

— Nunca, el hombre está hecho para beber vino, el vino para ser bebido, cada uno tiene su oficio. — Aquí como en todas partes, el vino se compra y no se roba.

— No he robado á nadie, ¡ Ca...nario ! queria pagar, hubiera pagado, pero no habia *nadie* en mi bolsillo.

— ¡ Pues bien he pagado por tí, bribon !

— ¡ Ah ! mi buen señor Arago, no os conozco sino un defecto.

— ¿ Cual ?

— No me atrevo á decirlo.

— ¡ Bah ! ¡ bah ! habla.

— Os incomodaríais.

— No.

— ¡ Pues bien !... es que... no os gusta ni el vino, ni el aguardiente. Eso ya veis, eso mancha á un hombre, eso le envilece, eso le degrada.

— Marchais, te pronostico que morirás en un oscuro calabozo.

— ¿ Qué me importa ? lo mismo es un calabozo que el vientre de un tiburón. Vámonos : esa larga figura de

brasileño que está allí con su sombrero de *máquina cuadrada* me carga demasiado.

—Si comprendiese el francés, quizá no salieras de la cárcel; ese oficial ha intercedido por tí.

—¡El! pues tiene el aire bien hipócrita.

El calavera y yo, nos encaminamos hacia el puerito adonde hallamos á Petit que aun esperaba la chalupa. A su vista, Marchais sintió renacer su cólera; se lanzó á él, pero al verle todo roto, se detuvo y le alargó la mano.

—En buena hora, le dijo, hé aquí cómo te quería: si tu camisa hubiera estado intacta, si no hubieses recibido tu parte de porrazos, yo te machacaría ahora á puñetazos. ¿Y mi diente?

—Ya no lo tengo.

—¿No lo tienes ya, miserable?

—Se lo he dado á Mr. Arago.

—Sí, hélo aquí.

—Que se junte con los otros, y no se hable mas. A fé de hombre honrado, si Vial hubiese estado conmi



CARNICERO

Marchais riñendo al salir de la taberna.

go, os juro, M. Arago, que hubiéramos arreglado á esa nube de sapos que ha venido á asaltarnos.

—Mientras esperamos, y para que no te dejes acuchillar en tierra, te vas á embarcar en el gran bote que se *acosta*; Petit te acompañará, y os recomendaré á quien corresponde.

—Basta, señor basta; el vino de esos perros ya no es tan bueno...¿no es verdad Petit?

—Déjate de eso, si aun tuviésemos una botella.

—¡Ah! no digo...

—Os la prometo para mañana si sois prudentes.

—Pues dicho.

No he hablado de esta riña, sino porque por espacio de muchos días quedó resuelto secretamente, en cierto elevado lugar, que se atacaría individualmente á los marincros de la *Uranie* que se encontrasen en tierra. Así es que á fin de estar prevenidos y rechazar toda provocación, Petit, Marchais, Vial, Levé y los demás, no se soltaban nunca del brazo en sus insolentes pascos. Los pequeños incidentes atraen siempre las grandes catástrofes, y la plebe pone siempre de mal humor á los poderosos.

Desde la ciudad Real á las soledades brasileñas, no hay sino un paso, salvémoslo.

Hasta ahora, los soberanos de Europa ocupados en

la conquista de un país salvaje, no han pensado en que el medio mas seguro de someterlo, era enviar allí mucha gente, las primeras empresas han sido hechas con recursos tan débiles, que no es de extrañar ni sorprendente hayan sido casi siempre infructuosas. Otro inconveniente resultaba aun de esta irreflexión. Los disgustos, las fatigas y los climas diezaban una parte de las tripulaciones: el resto de estas, abatido y desanimado, no peleaba muchas veces sino para escapar de la muerte. Los hombres eran pues sacrificados: la sangre corría por todas partes, y los tristes residuos de una expedición muy costosa, volvían á su patria después de haber conquistado algunos pedazos de oro y una gloria inútil y pasajera. Cuando se medita en las víctimas que ha devorado la América, se estremece uno de espanto, y se pregunta involuntariamente, si esa tierra tan rica estaba erizada de baluartes y defendida por pueblos indomables.

El Brasil, así como las demás partes de ese continente, ha tenido también sus persecuciones, sus crueldades, sus asesinatos. Poblaciones enteras han sido sacrificadas, naciones han desaparecido, otras han sido precisadas á retirarse á la cima de las montañas, ocultarse en el fondo de los bosques y

poner entre ellas y sus enemigos, inmensos desiertos, rios caudalosos y torrentes. Aquí, el peligro para los europeos era real. Hombres feroces poblaban esas regiones: sus canciones eran aullidos y gritos de guerra, sus festines escenas repugnantes de cadáveres devorados; sus copas eran los cráneos aun sangrientos de sus enemigos vencidos. Entre esas poblaciones tan terribles, la de los tupinambas se hacía distinguir por su valor y crueldad, y cuando Pedralvez abordó al Brasil, la halló dueña de casi toda la costa. El nombre de ese pueblo se derivaba de la palabra *toupan* que quiere decir trueno, lo que parecía indicar su fuerza y poder.

Los tupinambas, como casi todos los salvajes se pintaban el cuerpo de diferentes colores y se llenaban de incisiones. Por medio de estos dibujos se reconocían los gefes y segundos gefes de las tribus, no vivían sino de la caza y de la pesca, y se embriagaban con un licor llamado kakouin, hecho del modo mas repugnante, si hemos de creer á Mr. de la Condamine. Su religion consistía en poca cosa. Reconocían dos seres superiores, que invocaban para ellos mismos y contra sus enemigos. Al nacimiento de un hijo, el padre le daba lecciones de crueldad, y cantaba un himno en honor de los guerreros que mas se habían distinguido en los combates. En seguida decía: «Mira este arco, mira esta maza; con estas armas es con las que debes atacar tus adversarios; tu valor es el que nos hará comer sus desgarrados miembros cuando ya no podemos pelear. Sé comido si no puedes vencer, no quiero que mi hijo sea un cobarde.» Después de esa exhortación, que se hacía lección dia-

ria, se daba al niño el nombre de una arma, de un animal ó de una planta, y desde la mas tierna edad, seguía su padre al combate, y mejor recibía así las lecciones de crueldad.

Las ceremonias fúnebres se hacían con una pompa maravillosa, y las mujeres, tan crueles por lo general en esos pueblos antropófagos, daban entonces señales del mas vivo dolor; se arrancaban los cabellos, se martirizaban el seno, se mutilaban los miembros, y por todas partes resonaban aullidos frenéticos. «¡Ya murió, esclaman, el que nos hacía comer tantos enemigos, léale aquí muerto!» y el cadáver regado de lágrimas, y estrechado en sus brazos era depositado en un hoyo, adonde se traían ofrendas, frutas, pescado, caza, harina de manioco y las armas de algunos gefes vencidos.

Cuando una tribu había recibido una injuria, los ancianos convocaban á los guerreros, les escitaban á la venganza, y les recordaban en largas arengas los altos hechos de sus mayores. El primer encuentro era verdaderamente terrible: desde lejos empezaban á amenazarse por gestos y á blandir sus armas: trocaban las injurias mas sangrientas, y cuando la rabia había llegado á su colmo se precipitaban unos sobre otros, se aplicaban fuertes golpes de maza, y se pegaban con los dientes á los miembros de sus enemigos. Muchas veces un guerrero tendido, se arrastraba espirante sobre el cadáver de un adversario, le mordía con voracidad, y parecía morir con alegría, luego que su venganza quedaba satisfecha.

En todos los encuentros, se procuraba hacer un gran número de prisioneros, que eran conducidos al



Los tupinambas.

centro de las poblaciones, y que atestiguaban la gloria de los vencedores. Aquí, y para un refinamiento de crueldad que apenas se puede creer, eran alimentados con cuidado, tenían facultad de escoger una esposa, y acabar, á pesar de todo, por ser

asesinados á fin de que sus carnes sirviesen en horribles banquetes. Sus cráneos eran colgados en la morada del que los había hecho prisioneros, y estos eran los archivos sangrientos que manifestaban á los hijos las hazañas y glorias de sus padres.

Sus armas eran mazas y arcos de cinco ó seis pies de longitud, y sus instrumentos de música, unas especies de flautas, hechas con los huesos de las piernas ó de los brazos de sus enemigos. A mas de las pinturas con que se adornaban los gefes para hacerse reconocer, todos los tupinambas se agujereaban el labio inferior, é introducían en él un pedazo de madera trabajado con cuidado y esmero. Las mujeres no estaban sometidas á esa ridícula costumbre, y antes de su tocador, es decir antes de pintorrear el cuerpo con betunes de diferentes colores, tenían gracia suficiente para cautivar los extranjeros y justificar la ternura de sus maridos.

Los mundrucus, que dan su nombre á una provincia, son los mas temibles naturales del Brasil. Las otras tribus los llaman paikiceos, es decir *corta-cabezas*, porque esos indigenas tienen la bárbara costumbre de decapitar todos los enemigos que caen en su poder, y de embalsamar esas cabezas de un modo que las conserve muchos años como si hiciese pocos momentos que estaban separadas del tronco. Adornan sus cabañas con esos horribles trofeos, y el que llega á poseer hasta diez, puede ser elegido gefe de una tribu.

La crueldad de esos salvajes, que viven aun en los bosques, es tal, que no perdonan ni sexo ni edad. Han obligado á otra porción de poblaciones errantes, á ponerse bajo la protección de los establecimientos portugueses, que no les garantizan siempre contra los ataques de sus adversarios. El pintoreo de su rostro es admirable.

Los araras forman una tribu bastante numerosa, casi tan temible como los mundrucus, pero menos belicosa. Tienen un arma que se llama *esgararata-na*, que es una especie de cerbatana hecha con dos pedazos de madera huecos unidos con cera y fuertemente atados con un hilo sacado de la corteza del plátano. Algunas veces tienen hasta cinco pies de longitud, y su embocadura, que es perfectamente redonda, no tiene mas que diez ó doce líneas de diámetro. Se despiden con ese tubo flechas envenenadas, largas de muchas pulgadas y que tienen á una de las estremidades, á guisa de alas, una pequeña bola de algodón, que entra con algun esfuerzo. Cuando los indigenas quieren alcanzar un animal cualquiera, bañan la punta de la flecha en un licor espeso, compuesto de varias plantas venenosas. Se asegura que una muerte pronta se sigue á la picadura de la flecha, y que los araras son los únicos indigenas del Brasil que emponzoñan así sus armas.

Los jummas, los mauhis, los pammas, los paintintins, y otro gran número de tribus recorren aun las vastas regiones del Brasil, y libran entre sí combates mortíferos.

Empero de todas esas poblaciones salvajes, la mas curiosa de estudiar, indudablemente, es la de los buticucos, belicosa, audaz, independiente, antropófaga, y que viene sin allan oposicion hasta las puertas de la capital, adonde no entran por desprecio. Aires, peligros y anchuras, hé aquí lo que pide, lo que quiere y lo que halla el buticudo.

Los juegos buticucos son ejercicios de destreza. He visto en tiempo de calma á uno de esos hombres extraordinarios trazar en tierra una circunferencia de seis pies de diámetro, colocarse en el centro, tirar verticalmente y fuera del alcance de la vista una de sus flechas, y hacerla caer casi siempre en el círculo.

El buticudo está completamente desnudo. Su color es ocre rojo, sus cabellos son largos y aplastados. Así como el tupinamba hace bajar sobre sus hombros el cartilago de sus orejas, este coloca en su labio inferior, agujereado, un pedazo de madera dura, sobre el que corta sus manjares, y que baja muchas veces hasta la barba.

El buticudo es sin contradicción, el salvaje mas valiente, el mas inteligente y el mas diestro del mundo. Ni el malayo con su *crish* envenenado, ni el guebeo sobre sus *caraccos*, ni el zelandes con su *rompe-cabezas* de piedra, ni el carolino con su baston tan admirablemente cincelado, ni aun el ombeyo antropófago, en donde mi vida ha corrido tan grandes peligros, no pueden compararse con el buticudo armado de su arco, de sus flechas y de su saquito de piedras.

Allí hay profundos bosques, eternos desiertos, llanuras inmensas y montañas escarpadas. Esas montañas, esos bosques, esos desiertos, son la morada del buticudo, que halla en todos esos sitios abundantes viveres y en donde está al abrigo de todo peligro. Pasa por casualidad á cien pasos de él, uno de esos cuadrúpedos pequeños y voraces que se ocultan en las soledades brasileñas; el animal, sorprendido, es pronto víctima del buticudo, porque su arco de dos cuerdas ha sido tendido y la rápida piedra, ha dado derecha y fuerte al sitio apuntado. Un jaguar se lanza en terribles saltos sobre una fácil presa, es perdido sin remedio, si el buticudo ha oído su ronquido lúgubre, porque la flecha dentada va á silbar, y después de ella una segunda, y una tercera, y las tres penetrarán en sus flancos.

El arco del buticudo es alto de siete á ocho pies, y sus flechas muchas veces tienen hasta nueve. Estas son ligeras, no emplumadas, armadas de una punta de hueso ó de madera endurecido al fuego. El arco de dos cuerdas es de bambou como el primero. Casi á seis pulgadas del nudó que fija la cuerda á la madera, y de cada lado, hay otro pedazo de madera grueso como el dedo meñique que separa esas dos cuerdas. En el centro hay una redécilla de estrechas mallas, en donde la piedra está sujeta por el índice y el pulgar del tirador. Ahora conoceréis cuánta destreza necesita este para evitar el madero cuando la piedra esarrojada, porque la red y el bambou se hallan precisamente en el mismo plano.

En una de mis visitas á una caravana de buticucos en Praia Grande, rogué al gefe de esos hombres intrépidos que me diera una prueba de esa destreza maravillosa y de la que los viajeros refieren tantos prodigios; y á cien pasos de distancia, ni mas ni menos, de doce piedras arrojadas con la rapidez de una flecha, pegó diez veces á mi sombrero, que destrozó, y las otras dos estallaron en el camino. Un gato que estaba en acecho sobre las ruinas de un puente que conduce á nuestra señora del Buen-Viaje, fue matado por la décima tertia piedra, y el buticudo, á quien me apresuré á ofrecer mis felicitaciones, me volvió las espaldas encogiéndose de hombros sin querer aceptar nada de lo que le presentaba en prueba de mi agradecimiento.

La afección de los buticucos es una cosa verdaderamente maravillosa: vais á juzgar de ello: Mr. Lansdoff, encargado de negocios de la Rusia, deseando agregar á su rica é inmensa colección de curiosidades brasileñas, el cráneo de un individuo de esa nación, hizo pedir uno al gefe de quien ya os he hablado, ofreciéndole en cambio algunas armas. Este, mas galante y cortes de lo que se podía esperar de un salvaje, le envió su propio hijo diciéndole: «Alla va un cráneo, arregladlo como queráis.»

El niño recibió en casa de Mr. Landorff todos los cuidados que se deben á la desgracia. El pobre muchacho, de nueve años de edad, esperaba diariamente ser decapitado, y no comprendía por qué se le trataba con tanta humanidad.

Llevé á este jóven salvaje conmigo en muchos de mis paseos, y las pruebas que me dió de su valor destreza y agilidad no pueden describirse en ninguna lengua. Hay cosas que serian incomprensibles en

su relacion. Solo las gentes que han visto los milagros son los que pueden creer en ellos.

Tambien se halla en el Suroeste del Brasil una poblacion de albienses pobres, débiles, achacosos, que no ven bien sino en la noche ó despues que el sol ha entrado en su ocaso. Son blancos de piel, párpados cejas y cabellos; sus ojos y uñas son de color de rosa y se muestran inaccesibles á toda idea de civilizacion y progreso. El mismo terreno cria tambien caballos blancos que Francisco de Azara llama melados y que no tienen elegancia ni vigor. He visto en una de mis incursiones aventureras una mujer medio blanca y medio negra, pero de manchas irregulares. Era de humor alegre; le gustaba mucho hablar de la rareza de su organizacion, y, cosa estraña, tenia dos hijos de los cuales el uno era albino y el otro negro ébano. A nadie ocultaba su predileccion por este último, y como le preguntase yo la causa de ello, me contestó que era porque le tuvo de su primer marido. El culto de los pasados recuerdos no está muerto en Brasil, ni aun entre los pueblos salvajes de ese inmenso imperio. Mas olvidadizos é ingratos somos en Europa.

De los buticudos sa'ten albinos. ¡Filósofos, explicad estos contrastes! Una vez terminadas nuestras observaciones astronómicas, nos hicimos á la vela con una brisa que soplabá del Oeste y que nos echó bien pronto fuera de la entrada. Mas luego, los vastos bosques se tornaron en un lejano horizonte aviolado; el gigante acostado desapareció bajo las olas como un atrevido buzo, y nos hallamos de nuevo frente á frente con los vientos, el cielo y las aguas. La curiosidad se embota como los demas gustos, como las demas pasiones; es preciso usar de ella con sobriedad: con respecto á mí, no me pesa despedirme de la tierra fecunda de Alvarez Cabral tan muellemente aprovechada por los portugueses de hoy dia.

Las esteriles conquistas de los pueblos son una mancha mas bien que una gloria.

La brisa es fresca. Aun otra anecdota sobre el Brasil; última mirada sobre los hombres que lo habitan.

Una observacion muy curiosa y que ha chocado á todos los esploradores de este inmenso reino, cuya mitad no es aun conocida, es la diversidad de costumbres de los pueblos salvajes que lo recorren. Todos, menos los albinos, son crueles, feroces y antropófagos; casi todos viven como errantes sin leyes, sin religion ó creándose dioses á su capricho; todos obedecen á su apetito, siempre renaciente, de rapiña y destruccion, y con todo hay entre esas poblaciones matices muy notables que les distinguen, y que parecerian dejar entrever para el porvenir, para algunas al menos, la posibilidad de hacerles gozar de los beneficios de la civilizacion tan perezosa siempre en sus conquistas morales.

Por ejemplo, los buticudos se distinguen de todos sus enemigos (todos los pueblos aquí son enemigos) por la carencia total de esos sentimientos tan tiernos de amistad y de familia, tan poderosos, tan santos aun en las naciones mas salvajes de la tierra. Entre estos, los sentimientos de ternura fraternal, ni los del amor materno ni filial son conocidos. Se nace, se vive, se estiran las orejas al recién nacido, se agujerea su labio inferior para fijar en él un grueso pedazo de madera que le sirve de mesa en sus comidas; se le arma con un arco para flechas ó piedras, se le enseña el desierto ó los bosques y se le dice: «allí está tu alimento, vé, búscalo y liaz la guerra á todo ser viviente que quiera resistirte.» Si muere, nada de lágrimas ni nada de funerales: la poblacion tiene un súbdito de menos: hé aquí todo.

Entre los tupinambas, por el contrario, mas feroces si cabe que los buticudos y los paikiceos, se han ha-

llado sentimientos de amor tan violentos y tan enérgicamente expresados que pueden llamarse heroicos, aun cuando tengan por resultado las mas horrosas venganzas.

Una guerra sangrienta habia estallado entre los paikiceos y los tupinambas; ya en uno de esos combates en que las uñas y los dientes de esas fieras desempeñan un papel tan activo como las flechas y las mazas, habian ya perdido la vida muchos de los gefes mas intrépidos, sin que las dos hordas feroces se causasen. Al último encuentro que tuvo lugar, una mujer habia visto á su marido sacrificado por los enemigos vencedores, y los pedazos de su carne esparcidos acá y allá por la llanura. Inmediatamente medita una venganza estrepitosa y la comunica aquella misma noche á sus camaradas que á mas de aprobarla la animan á que la lleve á cabo.

—Agujereadme, les dice, las espaldas, los muslos, el pecho, arrancadme un ojo, cortadme dos dedos de la mano izquierda y dejadme obrar; mi marido será vengado. Se obedece á su voluntad y se mutila á la infeliz, que no da ni un grito ni exhala un suspiro.

—Adios, les dijo, cuando la operacion estuvo acabada; si dentro de quince soles y á tal hora podeis atacar, os respondo que tendreis menos enemigos que combatir.

Corre, se aleja, y se dirige cubierta de sangre hácia los paikiceos acampados á poca distancia esperando el combate del dia siguiente. Apenas percibe sus fuegos, se precipita á grandes voces, los pone en cuidado y cae á los pies del gefe dando gemidos de dolor.

Todo el mundo se apresura á rodearla y á interrogarla, y la astuta tupinamba les dice entonces con una voz entrecortada, que los gefes de su tribu han querido matarla porque ella hacia votos por el feliz éxito de las armas de los paikiceos; que despues de haber resistido valerosamente á sus amenazas, se ha visto atada á un poste en el que la han hecho sufrir los tormentos reservados á los prisioneros enemigos; que despues confiado en la alegría del dia siguiente, se han dormido, y que aprovechándose ella de su sueño, se ha escapado y ha venido á buscar un asilo entre aquellos en cuyo favor ha hecho los votos mas fervorosos.

A la presencia de las heridas de esta mujer, de las que algunas eran muy profundas, los paikiceos no dudan de la verdad de la relacion que les ha sido hecha y prodigan los cuidados mas esmerados á la que tanto ha sufrido por ellos. Pronto participa de los trabajos de todos. Ella es la que previsora, vijila alrededor del campo con mayor actividad. Ella está encargada de dar el primer grito de alarma. Un gefe la toma por esposa, y esta parece unirse á él con lazos de amor y de reconocimiento... Empero, una noche el campo se halla completamente revuelto, los principales gefes se despiertan atacados de los mas agudos dolores; se agitan, se revuelven, se fuercean, y padecen horribles convulsiones; una vez bien segura de la eficacia del veneno que ha distribuido, la joven tupinamba puede ya contar sus victimas, salta, se aleja, da un gran grito repetido por los ecos de la vecina selva, y los paikiceos sorprendidos en su agorria, son destruidos por los tupinambas que están preparados y saben el dia y la hora de la matanza.

Esperemos, en beneficio de la humanidad, que estas castas crueles se destruirán pronto las unas á las otras y que desaparecerán un dia de la tierra, como el tigre y la hiena.

En vez de poner directamente la proa sobre Table-Bay, punta meridional de Africa, fuimos á buscar á una latitud mas elevada los vientos variables y dejamos á nuestra izquierda la Roca Sagrada, la isla de Lava, y de grandes recuerdos, el valle silencioso adonde se ha apagado la mas hermosa estrella

que haya brillado en el firmamento. — ¡Salud á Santa Elena! ¡Salud á los tres sauces que lloran sobre el cadáver inmortal encerrado en su ataúd de hierro!

Nuestras ideas se hicieron tristes y sombrías; hacíamos retroceder nuestras miradas hacia ese pasado tan glorioso y tan profundamente grabado en un sinnúmero de gigantescos monumentos, cuando una escena bien dolorosa vino aun á herirnos en nuestras afecciones.

La relación de nuestras desgracias es su mas eficaz bálsamo; las lágrimas siempre tienen consuelos.

De todos los oficiales de la corbeta, Teodoro Laborde era sin disputa el mas querido y el mas feliz; creía abrazar bien pronto á su familia que le esperaba ansiosa en la isla Mauricio. Joven experimentado, intrépido, habia desempeñado un brillante papel en el glorioso combate de Ouessant y en el de la bahía de Tamatava, en donde la marina francesa sostuvo dignamente el honor de su pabellón.

Laborde que estaba de cuarto, mandó una maniobra, y la caña del timón se puso en juego, pero al bajar hacia el entrepuente se le rompió un vaso del pecho. Al día siguiente después de nuestro desayuno vomitó sangre con abundancia; se levantó y dijo con voz solemne: «Os convido, amigos míos á mis funerales para de aquí á ocho días.»

El desgraciado habia leído en los decretos de Dios.

— ¡Oh! esto es bien horrible, nos decía después de los primeros síntomas. ¡Oh! es bien horrible morir cuando se tiene delante una carrera de glorias y peligros. Y después añadió, tendiéndonos una mano temblorosa, tiene uno amigos que aprecia, una familia que quiere y la muerte viene á apoderarse de uno. ¿No es verdad que hablareis aun algun tiempo de mí? Prometédmele, buenos compañeros, la ternura es consoladora y yo necesito muchos consuelos. A mi pobre padre que me espera allí, muy cerca de aquí, decidle cuánto le queria... gracias, doctor, gracias... mañana... nada me despertará... Si me vuelvo, muero al momento... Pero sufro demasiado, quiero acabar de una vez... ¡Adios, adios, amigos míos!

Se volvió y vivió aun un cuarto de hora, en cuyo tiempo nos llamó á todos cerca de su lecho. — El sol de Levante hirió con un vivo rayo la portañola que se abría cerca de la cabeza de Laborde.

— Es el cañonazo, dijo cerrando sus cortinas.

Al día siguiente las vergas del buque estaban medio inclinadas, una plancha húmeda abandonaba el borde del filarete, y el silencio del sentimiento reinaba sobre el puente; el abate de Quelen dijo una corta oración sobre el pedazo de lona que envolvía un cadáver, y el buque se halló deslastrado de un hombre de bien y de corazón... Después de una navegación monótona de cuarenta días, sin calmas ni tormentas, la ola se hizo honda y lenta; enormes ballenas arrojaban al aire sus rápidos chorros de agua, y las observaciones astronómicas acordes, con las de los marineros que no estudian la ruta ó el rumbo de los buques sino en el mar, nos colocaron á la vista del cabo de Buena-Esperanza. ¡Allá abajo la América, aquí el Africa, y todo esto sin transición! así es como me placen los viajes.

Hé aquí la tierra hacia la que la ola nos ha echado durante la noche. ¡Qué contraste, gran Dios! En el Brasil aguas risueñas y llenas de peces; aquí olas aplomadas y tristes; en América bosques inmensos, eternos, siempre verdosos; en Africa enormes masas de rocas gastadas y desgarradas por una ola siempre turbulenta, y en estas rocas uada de verdor, ni nada de vegetación á lo lejos; es un inmenso caos de ruinas y de lavas que se representan á la vista como fantasmas amenazadoras; en el Brasil la vida por todas partes; en el cabo de Buena-Esperanza la muerte. No importa, así me gustan los viajes.

¡Oh! ¡Qué poéticamente ha colocado Camoëns su

terrible episodio d'Adamaster sobre uno de esos muchos peñascos á cuyos pies descansan tantos cadáveres de buques pulverizados! ¡cuántos gritos han ahogado, cuántas agonías han presenciado desde que Vasco de Gama ha bautizado este punto de Africa con el nombre de cabo de las Tormentas! Una hora después de levantarse el sol, la brisa sopló fresca y sostenida. Doblamos hacia Table-Bay y anclamos en medio de la rada sobre un fondo de rocas y de mariscos quebrados. Mis lapiceros y pinceles no habian permanecido ociosos y mis cartones y mis recuerdos se habian ya enriquecido con asuntos de severos y gigantescos paisajes.

A medida que avanzo en esas graves y peligrosas escursiones, experimento la necesidad de sujetarme, me pongo en guardia contra esta ardiente imaginación con que el cielo me ha dotado tan lueamente, y á cada momento la atormento para inclinarla ante el yugo de la sana razón. El poeta es inhábil en las escursiones científicas; en hecho de viajes nada es tan pobre como la riqueza, y el escritor debe desaparecer de los cuadros que tiene precisión de presentar al público. Si el retrato moral del viajero estuviera á la cabeza de la obra que publica, sería entonces fácil discernir la verdad de la mentira, y la historia de los países y de los pueblos sería mas precisa y mejor trazada. Yo pido perdón por mi estilo pero no lo solicito para la exactitud de los hechos. Escribo con mis ojos de entonces y no con mi imaginación de ahora. Quiero ser creído, no que se me alabe. Empero el entusiasmo está permitido algunas veces al observador; hay á veces una escena tan grave y tan dramática, que el corazón y la razón pueden ponerse de acuerdo para sentir y pintar; si la verdad parece salirse de la regla ordinaria, es porque el lector no la ve desde el punto en que está colocado el narrador.

Hémos aquí en el centro de la rada del Cabo, y os desafío á permanecer indiferente, en presencia del grave y salvaje panorama que se desarrolla ante la vista asombrada. Allá á la derecha, masas gigantescas de lavas negras, desnudas, y cortadas de una manera tan estraña, que se diría que la muerte naturaleza de esta parte de Africa, se ha esforzado para tomar las formas de la naturaleza viva que salta en sus desiertos. Es el Anca-del-León sobre la que ondula el pabellón dominador de la Gran Bretaña; después, el terreno, disminuyéndose poco á poco, se aumenta de repente y forma ese terreno ancho, compacto, regular, que con tanta razón se llama *la Tabla* y de cuya cima se precipitan coléricos los vientos hacia el Océano, que levantan y vuelven á sumergir arrebatando como copos de nieve, las imprudentes naves que le habian confiado su fortuna. «La sábana está estendida» dicen los marineros, luego que nubes redondas saliendo de la Cabeza del Diablo, opuesta al Anca-del-León, se encuentran, se rompen, se separan y vuelven á unirse sobre la cima aplastada. «¡La sábana está estendida! ¡pica cables y largo!...» ¡Esfuerzos inútiles! El huracán quiere víctimas, y cuando de diez buques anclados uno puede salvarse, es porque el cielo ha sido generoso, porque la tempestad ha querido que una voz llevase á lejanas tierras las noticias de la desgracia.

La Cabeza del Diablo está separada de la cima principal por una cordillera alta y estrecha, de donde se desprenden las mortíferas ráfagas, encontradas en las alturas mas cercanas, y que ellas mismas han roto en su carrera.

¡Juzgad de los fenómenos meteorológicos de que esta rada de desgracia es siempre teatro! He visto dos buques, uno que entraba y otro que salía, casi verga contra verga, correr los dos con viento en popa (1)! — ¡Qué choque! ¡qué desórden! ¡qué fracaso en el momento en que vienen á encontrarse, á pelear y á

(1) Véanse las notas al fin de la obra.

disputarse el espacio, esos dos vientos impetuosos! A la izquierda de la Cabeza del Diablo, el terreno se nivela, se interna en las soledades africanas, describe una vasta curva hasta el río de los Elefantes, y á nueve leguas de este punto, se aproxima otra vez á la costa y se alza de nuevo para defenderla contra las invasiones del Atlántico.

Casi á igual distancia del Anca-del-Leon y de la Cabeza del Diablo, al mismo pie de la montaña de la *Tabla* está construida la ciudad del Cabo, fresca, blanca, risueña como una ciudad que se concluye y que se quiere hacer coqueta. Hay azoteas delante de las casas, y árboles al pie de esas azoteas, cuyo punto ha sido escogido por las mugeres para su paseo diario: hay calles anchas tiradas á cordel, limpias, ventiladas; hay por todas partes un perfume de la Holanda, por quien fue construida esa colonia en otro tiempo tan floreciente, y que hoy ha cambiado de dueño por el derecho de la guerra.

A la izquierda de la ciudad, frente al desembarcadero y de un magnífico cuartel, hay un ancho y triste Campo de Marte, cuyos pinos inclinados hasta el suelo, atestiguan el frecuente paso del huracán. Dolor causa verlo.

Muchos fuertes, todos bien situados, defienden la ciudad, mejor protegida todavía por la dificultad de poder abordarla. En tiempo de paz, la guarnición se compone de cuatro mil hombres: en tiempo de guerra es proporcionada á los temores que se tengan. Pero no será de Europa de donde se disparará el cañonazo que arrancará la colonia á los ingleses; es del interior de las tierras, es del país belicoso de los cafres y de otras poblaciones intrépidas que ciñen como con una anchura la ciudad y las propiedades de los colonos, invadidas y saqueadas incesantemente. Un día de terror y de luto hay para la Inglaterra en el porvenir.

No soy de aquellos que llegando á un país curioso y digno de ser estudiado, se apresuran á preguntar por lo que hay de notable á ver y se dirigen allá con ardor. Lo que anhelo en esas lejanas incursiones es justamente lo que desprecian los entendimientos superficiales, y lo que el pequeño número escoge con preferencia para lugar de sus meditaciones: no vengo á buscar la Europa en el Sur de Africa.

Una montaña árida y salvaje está sobre mi cabeza; esa será mi primera visita. ¿Quién sabe si mañana el huracán que llegue á estallar no nos obligará á emprender una fuga precipitada? Subamos á la *Tabla* antes que la ráfaga estiende sobre ella su sábana.

Los caminos, que por una pendiente insensible conducen á través de los campos hasta la Peña, están cortados por pequeños ríos que traen agua limpia y abundante; pero aquí toda vegetación se destruye y muere; la montaña es rápida desde su base, y el estrecho sendero que conserva, casi imperceptible, la huella de los exploradores, se borra pronto en medio de un caos de rocas peladas que avisan de los peligros que hay que arrostrar. Comprendo toda indecisión antes de empezar una determinación, mas una vez en presencia del peligro nada me haría retroceder. Tenía una buena escopeta de dos cañones, un par de pistolas, un sable; además un zarron de caza, una cartera y mis lapiceros. Esto era bastante para mi defensa: ¿quién sabe si los tigres y los cafres no retrocederían ante los malos croquis de un artista de ocasión? pero, á todo evento me dirigiría primero á mi sable y demás armas: son estos, á lo que pienso, los mejores y mas seguros auxiliares.

En medio de estas reflexiones que yo hacia en alta voz, el camino se hacia mas árduo, y un sol abrasador agotaba mis fuerzas sin debilitar mi valor.

Seguia subiendo la terrible pendiente y hacia frecuentes paradas detras de algunas rocas, porque me importaba poco llegar tarde ó temprano á la cúspide con tal que pudiera llegar. El calor era sofocante,

el termómetro de Reaumur, al Norte, á la sombra y sin reflejo, señalaba treinta grados siete décimos, y en mi imprevisión, no traía mas que una calabaza llena de agua que ya habia agotado, sin que el susurro de un arroyo me diera la esperanza de llenarla de nuevo. Pero no era yo hombre que se detiene ante un solo obstáculo, y continuaba trepando jadeante y agobiado.

Casi á las dos terceras partes del camino en un momento de inacción y de descanso, el ruido de un objeto que caía se hizo oír cerca de mí. Escuché, inquieto, y otro segundo ruido siguió al primero y despues un tercero, siempre á la misma distancia. No corría aire, la naturaleza tenia la calma de la muerte, y debí conocer que, tigre ó negro cimarrón, habia cerca de mí un enemigo que combatir. Preparé mi escopeta, en la que puse dos balas, y me conservé prudentemente en el resguardo que me proporcioné; pero casi avergonzado de mi prudencia, di la vuelta silenciosamente á la Peña protectora, y levanté la cabeza para ver de dónde venia el peligro.

—¡A un lado! me gritó una voz que procuraban hacer sonora, ¡á un lado ó sois muerto!

Un hombre, en efecto, me apuntaba, pero uno de esos hombres que se conoce á la primera mirada que no son muy terribles, uno de esos enemigos que no quiere sino daros la mano.

—¡A un lado vos mismo! le repliqué presentándole una de mis pistolas: ¿qué me queréis?

—Nada.

—Lo habia sospechado.

Y dimos tranquilamente algunos pasos para acercarnos.

¡A fé mia que tenia un singular vestido de viaje! Un sombrero muy pequeño de fieltro fino y coquetamente cepillado, descansaba ligeramente sobre una de sus orejas; una corbata de seda anudada á la Collin, caía de su cuello. Un traje azul de Staub de Lafitte todo nuevo y estrecho segun la moda del tiempo; un chaleco de gamuza, guantes amarillos y limpios, un pantalon de piel de cabra, finos escarpines de Sa-Koski y medias de seda completaban su equipo. Se le podia tomar por un fashionable de Tortoni que regresaba de un paseo al bosque en su ligero tilburi, y me reía de su elegancia, al mismo tiempo que él se reía de la singularidad de mi vestido, arreglado de distinto modo que el suyo. Zapatos gordos, calcetines, un pantalon ancho de tela, una camisa azul, una chaqueta, sin tirantes, ni corbata ni guantes, un gran sombrero de paja y mis armas, hé aquí el hombre ante quien se presentaba mi rudo antagonista. Añadid á esto que su voz era débil y su semblante delicado y de un color sonrosado; yo tenia el aspecto bastante duro, y mi color era igual á mi presencia.

Despues de estas primeras investigaciones mudas, nuestra conversacion continuó, y tomé de nuevo la palabra.

—¿Sabeis que casi me habeis causado miedo?

—¿Sabeis vos que me lo habeis causado del todo?

—¿Estais tranquilo, ahora?

—Sí, ¿y vos?

—¿Yo? aun no; ¡estais horroroso!

Y me eché á reír á carcajadas.

—¿Adónde vais, tan bien vestido? le dije despues de haberme casi sentado á sus pies.

—Aquí, caballero, no se puede ir sino arriba ó abajo; y yo voy arriba.

—¡Y yo tambien! en camino.

Me agarré de su brazo, y nos ayudamos mutuamente en nuestra laboriosa escursión.

El brick que le condujo hasta Cabo, acababa de anclar en la rada aquella misma mañana. Era mandado por el capitán Huzard y dentro de pocos dias iba á tomar rumbo para Calcuta. Hasta aquí llegaron las confidencias de mi compañero de viaje que entrecor-

taba ó interrumpia su relacion por profundos suspiros y gritos de dolor que le eran arrancados por las agudas puntas de los peñascos.

—¡Y bien! caballero, no se emprende un camino por aquí con un calzado de baile, le decia yo á cada una de sus lamentaciones; debiais sospechar que la montaña de la Tabla ni tenia alfombras blandas ni pulidas losas ¿vais sin duda á Calcuta para que os tengan por un loco?

—Voy como naturalista, me contestó, y soy enviado allá por el rey.

Ibamos sin embargo adelantando siempre, y las dificultades se hacian cada vez mayores: mi compañero de viaje me pedia que le perdonase, suplicándole con una voz dolorosa que no le abandonase.

—¡Vamos, ánimo! le gritaba, cuando me habia ya adelantado un poco, ánimo, ánimo, ya llegamos.

—Dos horas hace que me decis otro tanto.

—¡Animo! ¡ya estoy arriba!

Algunos instantes despues estábamos los dos en la llanura ó mesa de la montaña: el primero reventado, sofocado pero derecho: el segundo tendido y medio muerto.

Nada hay tan imponente en el mundo como el cuadro que figuramos á la vista. Todo lo que la naturaleza tiene de grave, magestuoso, poético y terrible, está aquí, á vuestros pies, á vuestros costados, á vuestro rededor: la mar y sus buques, una ciudad con sus hermosos edificios, montañas ásperas y salvajes, é inmensos desiertos adonde la mirada se dirige en una lontananza sin límites. Nos pusimos de pie sobre la piedra mas elevada de la mesa, llamada Sepulcro Chino, y orgullosos de nuestra conquista, encontramos, al sentarnos, una alegría que nos hizo muchas veces falta en la lucha.

—No sé por qué, caballero, me dijo mi nuevo amigo, no me habeis aun dicho vuestro nombre.

—¿Y vos, por qué no me habeis dicho el vuestro?

—Esperaba vuestra confianza, y sin embargo no creo necesitarla.

—¿Y por qué?

—Me parece que os he visto, que os conozco.

—A fé mia, que en este momento y conforme os miraba, me hacia yo la misma reflexion.

—¿Venis de París?

—Y voy á dar la vuelta al mundo en la *Uranie*.

—¿No habeis comido alguna vez, pocos dias antes de este viaje, en casa de Mr. Cuvier?

—Sí.

—Casi estábais en mi casa, soy hijo de su esposa.

—¡Mr. Duvanchel!

—¡Mr. Arago!

—Y nos abrazamos como hermanos.

—Ahora que podemos tutearnos, vamos á tomar un bocado.

—Iba á proponéroslo.

—Me muero de hambre.

—¡Pues y yo!

—¿Y si un leon ó un tigre viene á estorbarnos?

—Los convidaremos.

—No aceptarán.

—Veamos, abrid vuestro zurrón, proseguí.

—Y vos el vuestro, ¿qué teneis?

—¡Ah! no me queda sino un bizcocho.

—Y á mí una manzana.

—Partamos.

Así se hizo.

—¿Teneis al menos un poco de vino?

—Ni una gota ¿y vos, teneis agua?

—Ni una lágrima.

—Pensaré muchas veces en vuestro convite, pero se come mejor en casa de vuestro padrasto, en el jardín des Plantes de París.

Despues de una íntima conversacion de mas de media hora volvimos á bajar la montaña, y para llegar

mas pronto nos dejamos resbalar sobre los guijarros, y recorrimos, algunas veces de un solo salto, distancias bastante grandes. Mis gordos zapatos, todos agujereados, me dejaron al pie de la montaña, mis vestidos llenos de girones, me precisaron que esperase la noche, para poder entrar en la ciudad. En cuanto á Duvanchel, ya no tenia ni zapatos, ni vestidos ni medias ni sombrero. El fashionable habia quedado con el traje de los cafres.

Pero habia subido á la montaña de la Tabla.

—¡Mas ay! ¡el ardiente naturalista ha muerto en Calcuta hace cerca de dos años!

Los viajes son devoradores.

X.

EL CABO.

Caza del leon.—Pormenores.

Vamos aun con hechos, puesto que su lógica es tan elocuente. Los hombres y las épocas no deberian tener otros historiadores. Los hechos solos pueden traducir exactamente la fisonomía de los pueblos, y de estos, cada uno puede al menos tomar datos con seguridad para ilustrar la conciencia y la razon; en estos, existe el único, el verdadero libro que nunca engaña.

Cuando los hombres vinieron aquí á poner las primeras bases de su naciente colonia, hallaron un suelo duro, áspero, habitado y defendido por hordas salvajes. Las armas de fuego hicieron bien pronto callar el poder de las flechas, de los arcos y de los rompe-cabezas: los indígenas se retiraron al interior de las tierras, y las viajeras embarcaciones, á fin de renovar sus aguas y víveres, hallaron aquí un punto de descanso que está á medio camino de Europa y de las Indias Orientales. Hasta entonces todo fue provechoso para el comercio y la civilizacion, pero tambien aquí se detuvo desgraciadamente el proyecto, vasto al principio, y bien pronto abandonado de la conquista moral del Sud de África. Los duros españoles y las guineas inglesas enriquecieron á los colonos que no quisieron llevar mas allá sus ideas de industria y progreso: y los siglos pasaron sobre Table-Bay, colonia europea, sin que las tierras que confinan, por decirlo así, con la ciudad, fuesen mas cultivadas, sin que las poblaciones que las recorren fuesen menos salvajes y menos feroces. Hubiera sido efectivamente una bella y noble conquista, la de un país en que no hubiera corrido mas sangre que la exigida y derramada por el imperio de las leyes y de la justicia. El comercio por lo regular es poco regenerador.

En un país abigarrado en cierto modo por la presencia de veinte poblaciones diferentes, preciso es se me perdone, si voy por valles y montes, si de la casa corro á la choza, y si abandono el morai por el templo de Lutero. Mi principal ocupacion es no olvidar nada, y el orden y la simetria estarian aquí muy poco en armonía con la variedad de los cuadros que se desarrollan á la vista.

La ciudad de Cabo por lo general, ofrece al observador un aspecto caprichoso, discordante, que hiere y que repugna. Por todas partes se respiran exhalaciones imposibles de definir; todas las castas de esclavos empleados á la agricultura y al servicio de las casas, tienen un carácter marcado. El hotentote, el mozambique, el mallache, enemigos implacables, se codean, se amenazan y se encuentran en todas las encrucijadas; y muchas veces entre dos cabezas negras, horribles, y que habean una saliva verdosa, pasa, blanco y elegante el perfil de una jóven inglesa, que parece echada allí como un ángel entre dos demonios; y despues cantos ó gruñidos salvajes, danzas frenéticas, de las que la vista se separa por sí sola, gritos aleonados, instrumentos de alegría y fiesta fabricados con restos de osamentas y enormes crustáceos; todo

esto reunido en un sitio corto; todo esto formando una colonia; todo esto súcio, embrutecido, depravado.

¡Pues bien! mirad ahora, pero apartaos antes, porque hay peligro en mirar demasiado cerca. Es un inmenso carro, tan largo como dos omnibus, pesado, estropeando el piso, que contiene, alcoba, cama y cocina, uncido á doce, catorce, diez y seis y muchas veces diez y ocho búfalos que van de dos en dos, que corren al gran galope por caminos difíciles y escabrosos; es una nube de polvo y de peñascos que oscurece el aire; delante del equipaje va un hotentote jadeante, que grita á un lado; en el pescante del carro va un cafre, atento é inclinado, y tiene en su poderosa mano las riendas, mientras que con la otra, armada de un látigo cuyo mango no tiene mas de dos pies de longitud y la correa menos de sesenta, estimula el ardor de los búfalos; y si un incómodo insecto se agarra ó pega al cuello ó al flanco de uno de esos animales, es raro que al primer latigazo no sea espachurrado en su misma sangre. Sostengo que un Automedon cafre, hubiera enseñado aun al de la Grecia, del que Homero nos cuenta cosas tan maravillosas.

Cafres, malgaches, mozambiques, no tienen que entenderse y avenirse sino una vez, y la ciudad del Cabo será un monton de cenizas, teniéndose que reconstruir y reformar una nueva colonia. Así es que la política europea pone todo su esmero y cuidado en conservar entre esas diferentes naciones un espíritu de odio y venganza que á nadie mas que á ellas es funesto.

En el Cabo, vivia yo en casa de un relojero llamado Rouviere. Este tenia un hermano cuya vida de peligros reasume en ella sola, la de los Boutins, des Mongo-Parcke, de Landers y de los mas intrépidos exploradores europeos. Aquí cuando Mr. Rouviere pasa por una calle todo el mundo le saluda y se detiene. Si entra en un salon, todo el mundo se levanta por respeto, y la mayor parte tambien por reconocimiento, porque á casi todos ha prestado grandes servicios. No se tiene ningun ejemplo en el Cabo de un buque encallado en la costa, sin que Mr. Rouviere no haya salvado algunos restos útiles ó algunos marineros; y todo eso siempre en medio de los rompientes y con peligro de su vida. Habia oido referir de él cosas tan maravillosas, que determiné asegurarme de su veracidad, y quedé pronto convencido que nada habia exagerado en la relacion de los hechos y hazañas que se le atribuian.

La casualidad me colocó un dia cerca de él en un salon, y traté de aprovecharme de esta buena circunstancia.

—Caballero, le digo, despues de algunas palabras de política usual, ¿creeis en la generosidad del leon?

—Sí, me contestó, el leon es generoso, pero solo con los europeos.

Su respuesta me hizo sonreir, lo notó, y continuó con gravedad.

—No es una chanza, sino un hecho positivo que sin embargo necesita explicacion. Los europeos están vestidos, los esclavos en general no lo están. Estos ofrecen al ojo del leon carne que comer, aquellos no le presentan nada desnudo. Lo que entiendo por generosidad, es, hablando con propiedad, desden, ausencia de apetito, y un leon que no tiene hambre no mata. El leon ha comido menos europeos que cafres ó malgaches; el recuerdo de su última comida le escita; hay á su frente, al alcance de sus uñas y dientes un pecho desnudo, y el pecho es destrizado.

—Comprendo.

Sin embargo creo que hay reconocimiento en la opinion del valiente Rouviere, y hé aquí la ocasion que dió lugar á este reconocimiento.

Salió una hermosa mañana de Table-Bay para False-Bay, siguiendo las sinuosidades de la costa, y solo,

segun su costumbre, armado de un buen fusil de municion, que cargaba siempre con dos balas de hierro. Ademas llevaba en la cintura un par de pistolas y un tridente de hierro puesto á un mango, colocado, como una bandolera, á la espalda. Armado de este modo, Rouviere hubiera dado sin dificultad la vuelta al mundo. Hacia ya algunas horas que caminaba, cuando un ruido sordo y prolongado llamó su atencion; en el momento del peligro las primeras palabras de Rouviere eran:

—¡Alerta, hijo mio, y que Dios sea neutral!...

El ruido se acercaba, era el leon; cuando este está en acecho y quiere engañar á su enemigo, hace con sus poderosas garras un hoyo en la tierra, mete en él su hocico y ruge. El ruido se esparce á lo lejos de eco en eco, y el viajero no sabe adónde está su enemigo. Despues de haber examinado sus cazoletas, Rouviere con los ojos y oidos atentos, continuó su camino, seguro de que pronto tendria que sostener una lucha.

En efecto, las rocas que él costeaba, retumbaron pronto sordamente bajo los saltos del terrible rey de esas regiones, y un leon monstruoso vino á ponerse delante de Rouviere y provocarle al combate, si así puede decirse.

—¡Diantre! ¡Diantre! se dijo por lo bajo nuestro hombre, está bien gordo... la tarea será pesada... y en presencia de tal campeon retrocedió.

El leon le sigue á pasos contados. Rouviere se detiene; el leon tambien se detiene... De repente la fiera ruge de nuevo, se azota los flancos, salta y desaparece en las sinuosidades de las rocas.

—Es mejor muchacho de lo que yo esperaba, murmuró Mr. Rouviere, pero tratemos de alcanzar el barco, esto es lo mas prudente...

Apenas dijo esto, encontró otra vez al leon cerrándole el camino.

—Jugamos al marro, prosiguió Rouviere; esto acabará mal... retrocedió aun, pero el impaciente animal se va acercando y parece provocar á su adversario á una lucha, como lo hace un perrillo que quiere jugar con su amo. Mr. Rouviere, picado del juego, está dispuesto á combatir, y el tahali de su tridente está ya abierto, pero no quiere ser el agresor. El leon ruge por la tercera vez, empieza de nuevo su carrera entre las asperezas vecinas, y se opone tambien por tercera al paso del colono.

—¡Ya estoy preparado, vamos á ver!

Rouviere se recuesta en una roca casi desplomada, pone una rodilla en tierra, una pistola á sus pies, y con el dedo sobre el gatillo parece desafiar á su terrible adversario.

Este eriza su crin, escarba la tierra, abre su boca jadeante, se agita, se echa, se levanta y parece decir al hombre, tira. El ojo tranquilo de Mr. Rouviere se clava, por decirlo así, en el ojo ardiente del leon: ambos están separados solo por una distancia de cinco ó seis pasos, y por un momento se pudiera creer que son dos amigos que están descansando.

—¡Oh! á tí te toca, refunfuñaba Mr. Rouviere, lo que es yo, no empezaré.

¿Quién dirá ahora el sentimiento ó el instinto de que estuvo animado el leon? despues de una lucha de paciencia, de incertidumbre y de valor, pero sin combate, el terrible cuadrúpedo, ruge con mas fuerza que nunca, se arroja como una flecha y desaparece en las profundidades del desierto.

—¿Debisteis creer que os era llegada vuestra última hora? dijo á Rouviere.

—Tan lejos estaba de mí ese pensamiento, me contestó, que me decia, en el momento en que la respiracion del leon llegaba hasta mí; mis amigos van á quedar bien asombrados cuando les refiera esta aventura.

Y la veracidad de Mr. Rouviere, no es puesta en

duda por nadie sopena de ser apedreado y despreciado.

—Cojea un poco, diga un día á un ciudadano del Cabo.

—Un pequeño tigre con quien tuvo una trabacuenta le mutiló el muslo.

—¿Y ese hombre desigual?

—Es una furiosa ola que le arrojó sobre la playa en el momento en que salvaba una joven.

—¿Y esa cicatriz del carrillo?

—Es la cornada de un búfalo que devastaba el gran mercado, y á quien pudo sujetar con peligro de su vida.

—¿Y la falta de esos dos dedos de la mano izquierda?

—Se los amputó él mismo, habiendo sido mordido por un perro rabioso del que muchas personas fueron víctimas..... Mirad, va á salir.

Mr. Rouviere se levantó y saludó; toda la concurrencia puesta en pie le dirigió las palabras mas afectuosas; cada uno le convidaba para los dias siguientes, y ni uno quiso dejarle salir sin haberle apretado la mano. El panadero Rouviere es el hombre mas valiente que he visto en mi vida.

Al otro dia de esta conversacion y de esta tertulia, encontré á Mr. Rouviere en casa del cónsul francés, adonde era recibido, á pesar de ser un panadero y no tener fortuna, con la mas alta distincion, y le pedí nuevos pormenores sobre su vida aventurera.

—Mas tarde, me contestó, solo os he referido alguna bagatela que para mi son distracciones. Mis luchas con los elementos han sido mas acalorada

que las que he tenido que sostener con las fieras de estos paises. Lo único que pido es descansar sobre lo pasado, á fin de que me dé fuerzas para el presente y consuelos para el porvenir. Os diré cosas muy curiosas, os lo prometo.

—¿Es verdad, interrumpí, que temeis mas en vuestras habitaciones interiores, la presencia de un tigre que la de un leon?

—¡Qué error! un leon es mas de temer que tres tigres. Aquí todo el mundo va sin grandes preparativos á la persecucion del tigre: la del leon es imponente y de distinto género, y ¡caramba! lo habeis de presenciar puesto que tanto deseais saber. En eso hay drama en accion, drama con sangre. Cuando uno viene de lejos, es preciso que tenga algo que contar á su regreso: asistid, pues, á una caza del rey de los animales.

Los preparativos no son cosas fútiles: y la eleccion del gefe de la expedicion debe dirigirse primero sobre esclavos intrépidos y de satisfaccion, despues toma unos búfalos robustos y un carro con trone-ras, desde donde á veces se tiene que hacer fuego; si en vez de hallarse solo con un enemigo á quien combatir se presentan muchos.

Mr. Rouviere tenia la mano feliz, se encargó tambien de las provisiones, y una mañana antes del dia, la caravana compuesta de catorce europeos y colonos, y de diez y siete cafres y hotentotes, se puso en camino por senderos casi borrados. Pero el cafre conductor tenia nombre entre los mas diestros de la Colonia, y por lo tanto estábamos tranquilos y alegres.

A medio dia llegamos sin accidente ninguno notable á la habitacion de Mr. Clarck, adonde fuimos recibidos.



Habitantes de la Cafrería.

dos perfectamente. Volvimos á seguir la marcha á las tres, y hénos aquí en medio de matorrales espesos, y en un pais de aspecto enteramente salvaje. El rio de los Elefantes estaba á nuestra izquierda y alguna que otra vez le costeábamos, para echar delante de nosotros los hipopótamos que lo habitan. Por la noche llegamos á un rico establecimiento que pertenecía á Mr. Andrew, quien obsequió á Rouviere como se

puede hacer con el mejor amigo, y nos dijo que ya hacia algunas semanas que no habia oido hablar ni de tigres, ni de rinocerontes, ni de leones.

—Iremos pues, mas lejos, dijo nuestro gefe, porque me hace falta una víctima, aunque no sea mas que un leon manso como un cordero.

Nuestro descanso fue corto, y los búfalos tomaron otra vez su andadura rápida y ruidosa. Pronto el ter-

reno cambió de aspecto y se hizo arenoso; el calor era insufrible y pasamos dos horas enteras tendidos en nuestros colchones.

—Dormid, dormid; nos decía Rouviere, yo os despertaré cuando sea preciso, y entonces ya no tendreis sueño.

En esta noche nos acampamos cerca de un ancho lago de agua estancada, esperando tranquilamente que amaneciera. Por la mañana tuvimos una especie de alerta que nos hizo estar sobre aviso; pero Monsieur Rouviere dirigió una mirada escrutadora á los búfalos que permanecían inmóviles, y nos tranquilizó.

Aquí, nos dijo, no hay tigres ni leones; los búfalos lo saben bien; el ruido que acabais de oír debe ser producido por algún hundimiento, alguna caída de árbol en el cercano bosque, ó por un meteoro que acaba de estallar; sigamos adelante.

Al tercer día estábamos á la mesa en casa de Monsieur Anderson, cuando un esclavo hotentote llegó corriendo á prevenirnos que había oído el rugido de un león.

—¡Que sea bien venido! dijo Rouviere sonriendo. ¡A las armas amigos! Uncid los búfalos, y que se ejecuten esactamente mis órdenes.

Otros esclavos asustados llegaron á confirmar lo



Mr. Rouviere en la caza del león.

que había dicho el primero, y á pesar de los ruegos de Mr. Anderson que rehusó acompañarnos, nos dirigimos hácia un bosque, donde segun creía Mr. Rouviere era probable que descansase la fiera. Muchos esclavos del colono se unieron voluntariamente á nuestra pequeña caravana, y como conocían el terreno, se les encargó que si podían echasen al enemigo á la llanura. Hicimos alto en un claro que por un lado estaba poblado de árboles y por el otro tenía grandes escabrosidades de modo que estábamos encerrados como en un circo.

Se ha convenido, amigos míos, que sea yo solo el que mande y por consiguiente el único que deba ser obedecido; de lo contrario quizá ninguno de vosotros vuelva á ver el Cabo, nos dijo Mr. Rouviere, pelizándose de vez en cuando los lábios y levantándose los cabellos. El enemigo no está lejos. Los búfalos y el carro ponédlos aquí; vosotros en una sola hilera; detras los hotentotes con fusiles de repuesto y municiones para cargar las armas. Yo, al frente, delante de todos; pero os prevengo que no vayais en mi auxilio aun cuando me veais en peligro; permaneced unidos codo con codo; de lo contrario sois muertos... ¡Silencio!... ¡he oído!... ¡observad ahora á nuestros pobres búfalos!

En efecto, al rugido lejano que acababa de resonar los animales conductores estaban, por decirlo así, acurrucados unos con otros, pero dirigiendo la ca-

beza al centro como para no ver el peligro que les amenazaba. ¡Hola! ¡Hola! dijo Rouviere frotándose las manos, el huésped se apresura, es preciso obsequiarle como buenos vecinos.

Un segundo rugido mas cercano se oyó á poco rato. — ¡Qué diantres! prosiguió nuestro intrépido gefe, pronto estará aquí puesto que anda ligero y es fuerte... ya os lo he dicho ¡Salud!

Mr. Rouviere tenía una sagacidad y energía admirables. El león acababa de desembocar del bosque y al vernos se detuvo; acercóse despues á paso lento, parecia que reflexionaba y se tendió por fin.

—Sabe su oficio, prosiguió el valiente panadero, ha combatido mas de una vez: vamos á él para obligarle á levantarse, pero seguidme y continuad unidos.

Entonces se levantó el león y dió tambien algunos pasos para salir á nuestro encuentro.

—Apuntad bien, camaradas, nos dijo Rouviere con una rodilla en tierra, apuntad bien, y á la voz tres, fuego... Atención... ¡una... dos... tres!...

Seguimos esactamente las órdenes de nuestro gefe. Hízose una descarga general y tomamos otras armas de manos de nuestros esclavos. El león había dado un salto terrible, casi en el mismo sitio, y mechones de pelos se veían por el aire.

—¡Cuán duro es de matar! nos dijo Rouviere, vedle aun, no caerá el picaro!

Pero la fiera daba rugidos breves y entrecortados por largos suspiros; su cola sacudía sus flancos con mucha violencia; su lengua roja pasaba y repasaba sobre las largas sedas de su faz arrugada, y dos ardientes pupilas rodaban en su órbita. Nadie hablaba una palabra, pero ninguno perdía de vista al terrible enemigo que tenía que combatir contra veinte y cinco.

— ¡No es cierto, decía Rouviere por lo bajo y volviendo rápidamente la cabeza hacia nosotros como para juzgar de nuestra emoción, no es cierto que el corazón late apresuradamente? ¡Valor! ¡Valor, y conseguiremos nuestro intento!

Empero la sangre del león corría en abundancia y enrojecía la tierra á su alrededor.

— ¡Vamos! ¡Vamos! continuó por lo bajo el intrépido Rouviere, una nueva descarga general; procurad que todos los tiros vayan dirigidos á la cabeza ó cerca de ella.

Ibamos á hacer fuego, cuando cayó al suelo el fusil de uno de los tiradores. Este se bajó para recogerlo y dejó ver á sus espaldas el desnudo pecho de un hotentote. A su vista, el terrible león se endereza como impulsado por un vértigo; sus narices se abren y cierran con rapidez; se estira y replega sobre sí mismo; vuelve su monstruosa cabeza á derecha é izquierda para ver la presa que desea, que le hace falta y que ha de obtener.

— Aquí hay un hombre perdido, murmuró Rouviere.

— ¡Yo muerto! dijo el hotentote.

En efecto, el león toma carrera, y envuelto en su espesa melena se arroja como un rayo, pasa por encima de Rouviere encogido, derriba á siete ú ocho cazadores, se apodera del desgraciado hotentote, lo levanta, se lo lleva á diez pasos de allí, lo tiene bajo su poderosa garra, y parece deliberar aun si le perdonará ó devorará.

Por nuestra parte habíamos vuelto á retaguardia.

— ¿Estais dispuestos? preguntó Rouviere que había vuelto á su puesto á vanguardia del peloton.

— Sí.

— ¡Fuego, amigos!

El león cayó y se levantó casi en el mismo instante. Pasaba una y otra vez sobre el hotentote, como el gato cuando juega con un raton. Entonces Rouviere se adelantó solo, y dijo á la desgraciada víctima, no te muevas. Y casi á boca de jarro, descargó sobre la cabeza del león sus dos pistolas á la vez. Este dió un rugido terrible, abrió su boca ensangrentada é hizo crujir bajo sus dientes el pecho del hotentote... Algunos minutos despues dos cadáveres yacian uno al lado del otro.

— Me parece que no estais muy tranquilizados, nos dijo Rouviere con tono desenvuelto, y lo comprendo muy bien. No es cosa tan fácil vencer á semejantes adversarios, y me conceptúo feliz porque al fin no tenemos que deplorar mas que la pérdida de un hombre.

Sucede con la lucha del león, lo que con la de las tormentas; estaria uno desesperado si no la hubiera presenciado una vez siquiera; pero antes de espone-se la segunda, reflexiona uno mucho.

Nuestro regreso al Cabo se efectuó sin ningun incidente particular, y Mr. Rouviere al dia siguiente antes de amanecer, estaba en el muelle preguntando adonde iria á colocarse. No había dormido aquella noche porque su barómetro le anunciaba tormenta. Sin embargo, no hubo ninguna desgracia que deplorar; la borrasca pasó pronto, y el noble Rouviere pudo descansar la noche siguiente.

Se encuentra uno en el mundo con hombres de tal modo privilegiados, que todo parece hecho y creado para servirles de descanso, de ocupacion ó de juguete. Nada les detiene, nada les asombra en su

vuelo de águila, y los mayores acontecimientos de su vida les parecen gajes sencillos y naturales que les pertenecen exclusivamente, de tal modo, que si no gozasen de ellos se hallarian resentidos. Lo que conmueve á las masas, ellos lo ven con calma é impasibilidad; dicen y creen que hay siempre alguna cosa mas allá de las catástrofes, y se conceptúan deshonrados cuando no desempeñan el primer papel en los trastornos. Esos hombres patearian al Vesuvio y al Etna en sus desoladoras erupciones; nuevos Xercés agotarían la mar, y por último se indignan del poder del huracan que les domina y de la cólera del Océano que los rechaza. La sangre hierve en sus venas, y sin orgullo como sin debilidad, se figuran que la tierra no tiembla sino para experimentarlos, que el relámpago no brilla y que el trueno no retumba sino para vencerlos. *¡Esto no acontece sino por mí!* Hé aquí su primera exclamacion á cada peligro que les amenaza: de modo que siempre se hallan dispuestos á resistir al choque y constantemente preparados para la defensa. Estudiad esas naturalezas de lava y acero cuando están subyugadas por el sueño. Aun es la vida quien las persigue, la vida que solo á ellas pertenece, esa vida diferente de la de las demas, vida que se desborda como una lava y que hierve como el betun de Cotopaxi; diríase que era un criminal agobiado por el remordimiento, si no se descubriera, observando con atencion, alguna cosa de grande, cierta calma en su ancha frente y algo grave y sobrehumano en el latido fuerte y regular de sus arterias: el crimen se presenta de diverso modo; otro es el sueño de la hiena.

Rouviere es uno de esos hombres escepcionales, de quienes acabo de bosquejar algunos rasgos físicos y morales. No le conocerá quien no se detenga al verle pasar, y sin embargo, ya os lo he dicho, es menos que un hombre regular en cuanto á su físico.

— Pero, le dije un dia casi irritado contra su superioridad tan poco blasonada, ¿no habeis tenido miedo en vuestra vida?

— Sí.

— ¡Sea en hora buena! ¿y os ha sucedido muchas veces?

— Algunas.

— ¿Cuándo, por ejemplo?

— Cuando no he tenido el tiempo suficiente para que la reflexion me ayude. En el mundo todos tenemos momentos de valor y cobardía.

— ¡Cómo! ¿habeis sido alguna vez cobarde?

— Lo mismo que los demas.

— ¡Oh! contadme eso, os lo ruego.

— No es largo: en cierta ocasion fuí, á una de las posesiones mas lejanas de la ciudad que pertenecía á uno de mis amigos, el cual, sea dicho de paso, es el hombre mas poltron que Dios ha criado. Si la temeridad es muchas veces una falta, la poltronería es siempre una desgracia. Mas con todo os aconsejo que no sigais mi ejemplo; sucumbiriais al cansancio; la vida os seria siempre pesada y penosa. Prosigo pues; el propietario siempre que me veia salir de su casa armado hasta los dientes, me decia: querido Rouviere, teneis pistolas que os pueden herir, sed prudente. Lo que mas le espantaba era precisamente lo que debia tranquilizarle mas. Pero el poltron es primo hermano del cobarde... ¡Ah! perdonad mi digresion, voy á concluir. Un dia que me alejé mas de lo acostumbrado, oí un ruido sordo y regular que salia de una especie de cueva por delante de la cual iba á pasar. Era la fétida respiracion de una leona, cansada sin duda de sus correrías del dia... ¡Oh! os lo confieso, si hubiera tenido tiempo para reflexionar, seguramente que no hubiera obrado de aquella manera. Aprovechándome del sueño de la fiera, la tiré á boca de jarro y la introduje tres balas en la cabeza. No se movió.

—¿Y llamais á eso cobardía?
 —¿Pues cómo quereis que llame á mi ataque?
 ¿qué nombre daré á quien se vale del sueño de su enemigo para matarle?

—¡Pero cuando este enemigo es una leona!...
 —Por mas que me digais lo que tantas veces me han repetido, no puedo absolverme. Así es que en poco estuvo no terminase allí una existencia fuerte aun, porque al ruido acudió un leon del bosque vecino y á no ser por el socorro inesperado que me llegó de la habitacion de mi amigo, no os contaria hoy estos pequeños pormenores de una vida casi siempre mejor empleada.

Si durante mi permanencia en el Cabo hubiera hablado de Rouviere á ese Marchais que os he hecho conocer, estoy seguro que hubiese habido entre esos dos hombres algun desafio terrible, alguna lucha en que ambos adversarios ó uno al menos hubiera sucumbido. Posteriormente, cuando hice el retrato del Colon á mi gaviero, me miró con indignacion como si yo tratara de humillar su orgullo, y levantándose bruscamente, me dijo con su aspereza de costumbre: *Espero que á nuestro regreso tocaremos en el Cabo, y entonces me veré con el.*

La roca submarina que abrió nuestra hermosa corbeta no nos permitió descansar segunda vez en Table-Bay. Marchais ha estado siempre allí á pesar suyo.

Dentro de algunos dias hemos de partir; utilicémoslos. En el Cabo hay una biblioteca, y si contiene pocos libros, cúlpese á las ratas que los devoran todos. El bibliotecario, me dijeron, es un hombre de gran peso; en efecto pesa al menos tres quintales.

El teatro del Cabo es una pequeña alhaja por su escesiva limpieza y su mal gusto. Por lo regular se representan en él las traducciones inglesas de nuestras piezas de los boulevards. Allí he visto representar *Jocrisse jefe de bandidos, y la Mano de hierro ó la esposa criminal*. El autor de moda, el Scribe de la colonia es un tal Ignacio Bonifacio, que solo sabe, cuando mas, lo que es un hemistiquio, y que de seguro nunca ha oído hablar del hiato, ó sea choque desagradable de las vocales.

Ni una iglesia católica hay en el Cabo, pero el templo luterano es inmenso y de una arquitectura buena y severa á la vez. He visitado á Constanza. Las bodegas en donde está conservado el precioso licor son verdaderos palacios, y las cubas que lo contienen son maravillas esculpidas por cinceles de artistas cafres y hotentotes. Toda esta parte de la colonia es curiosa y digna de ser vista y estudiada, y ademas no hay peligro alguno en recorrerla.

El jardin de la Compañía, tan ensalzado por mis predecesores, es enteramente indigno de la celebridad de que goza en Europa. Solo la casa de fieras es notable, consistiendo toda su riqueza en un hermoso tigre real, un leon gigantesco, un soberbio rinoceronte y algunos avestruces. Ví en las calles del jardin una cebra en libertad, en la cual montaban los muchachos con facilidad y que parecia en extremo dócil; por consiguiente puedo desmentir á los naturalistas que han dicho que la cebra era indomable.

De todas las poblaciones cercanas al Cabo, la de los cafres es la mas turbulenta y la que tiene continuamente en alarma al gobernador de la colonia. Su modo de combatir es terrible; colocados detras de sus manadas de búfalos que han domesticado y á quienes llevan agarrados por la cola, se precipitan con grandes gritos sobre sus adversarios, y ya concebireis el desórden que deben producir en los mas estrechados batallones.

Sus armas son flechas cortas, sin plumas, armadas con una punta de hierro y siempre envenenadas: cuando están cerca se sirven del rompe-cabezas de

madera dura ó de piedra, y cada uno de sus golpes mata un enemigo.

La caza del tigre y del leon la hacen de una manera menos dramática, pero quizá mas curiosa que la adoptada por Mr. Rouviere. Colocados al borde de un precipicio, ponen en el suelo restos de algun animal en estado de putrefaccion, y cuando el ronquido del tigre, el gáñido de la hiena ó el rugido del leon se llegan á oír, se agarran á la fragosidad de una roca que termine en pico y agitan desde allí con una cuerda ó con una caña bastante larga, una especie de maniquí del que no están separados mas que tres ó cuatro brazas. La fiera se arroja sobre el maniquí que parece le quiere disputar su presa, y cae al fondo del precipicio, donde otros cafres que se hallan apostados, concluyen de matarle un momento despues de su caída.

Mr. Rouviere cuando habla de esta caza lo hace con mucho desprecio.

He hablado aquí con algunas personas de la famosa Vénus hotentote que fue á Paris hace ya bastantes años. Era un fenómeno raro en estos paises; y los hotentotes se divierten con dicha relacion, del mismo modo que nosotros.

Nada os diré de la lengua de los cafres, porque nuestro idioma apenas puede traducir el *chasquido* de que hacen uso á cada palabra; es poco mas ó menos igual al ruido que hacemos cuando queremos arrear un burro. Ademas sus gestos forman tambien parte de su vocabulario, y es muy curioso ver á un grupo de cafres en una conversion animada. Empero lo que quizá hay de mas sorprendente en las costumbres de esos hombres tan feroces, es que son muy accesibles á los encantos de la música, y en particular el sonido de nuestra flauta los estasia de una manera difícil de describir.

Todos estos pormenores son pálidos rasgos de lo que es una caza de leon dirigida por Rouviere, pero debo cumplir mi tarea de historiador. La vida, así como el mar, tiene sus dias de calma y de tormenta.

Fuí el último que abandoné tierra segun mi costumbre, y pasé á estribor de un huque ruso que acababa de anclar. Mr. Kotzebue, lijó del célebre literato, era quien lo mandaba. Despues de tres años de una navegacion penosa, acababa de efectuar un viaje alrededor del mundo... Se vuelve, pues, de estos viajes, que hasta ahora se creian impracticables.

XI.

ISLA DE PRANCIA.

Incendio. — Ráfaga de viento. — Detalles. — Zambalah. — Cachucha. — Danzas. — Fiestas de negros. — Mesa ovalada.

MUCHAS veces se me dice: ¡Cuán feliz sois por haber dado la vuelta al mundo!

—¡Y bien, señores! sed tambien felices, hacedlo como yo.

—Sí, pero es preciso ponerse en camino.

—Ciertamente ¿quisierais acaso estar de vuelta antes de marchar? Eso es imposible; ademas, que no se necesita gran valor para hacer esas expediciones lejanas, pues desde que poneis el pie en el buque que se hace á la vela para los antipodas de Paris, de bueno ó mal grado debeis seguirle, y segun creo lo que mas necesitais, es paciencia. El hombre se acostumbra fácilmente á todo, á los peligros, á las privaciones, á la miseria. A la décima tormenta ya no se teme la undécima, y cuando habeis sido comido una vez, el diente del antropófago ya no os causa miedo. Por otra parte si se tomase uno el trabajo de racionar, conoceria que este inmenso viaje, del que se ha formado una idea tan espantosa, de todo tiene menos de peligroso. ¿Cuál es el parisense de una

mediana fortuna y que pueda disponer de tiempo que no haya ido al menos hasta el Havre? Del Havre á Tenerife hay cuando mas dos ó tres veces la longitud de un cinturón de mujer de estatura regular; esta travesía se hace sin pensarlo. De Tenerife al Brasil, ya lo habeis visto, es un paseo como el salón grande de los Campos Eliseos, con la diferencia que es un poco mas largo, convengo en ello. Del Brasil al Cabo los vientos variables y algunos generales os llevan como un poderoso remolcador. La isla de Francia está á dos pasos del Cabo, despues teneis la de Borbon que la da la mano como buena vecina; luego para una travesía de algunos miles de leguas hasta el Oeste de la Nueva Holanda, os cruzais de brazos; en seguida viene el Océano pacífico, llamado así, sin duda por burla; despues el Cabo de Hornos y los hielos flotantes del polo austral; y por último Rio de la Plata y estais en vuestra casa, donde vuestros amigos os esperan á la mesa, vuestros hermanos en el puerto, y vuestra anciana madre en su aldea. ¡Oh! con esto quedan compensadas muchas desgracias. ¡Pero Paris es tan hermoso! Morid en él, y no estudiéis la vida sino en los libros.

Cierto es que el Océano tiene sus momentos de mal humor, que el sol de Africa es abrasador, las islas Malayas peligrosas, el mar de China turbulento, el escorbuto y la disenteria de los visitantes muy incómodos, la tierra de los Papous demasiado ardiente y la del fuego muy fria. Cierto es tambien (1) que pueden asaltaros mangas de agua y haceros dar vueltas en el aire; que rocas submarinas chocan alguna vez con la quilla entreabierto del buque y entonces... Pero toda silla de posta que corre mucho no os preserva de un surco profundo ó de fosos que bordean el camino; muchas veces *lueven tejas y chimeneas en las grandes ciudades*; y en último resultado, si se compensa todo, el suelo de Paris y Londres es mas temible que las olas del Atlántico ó del Océano indio. ¡Vamos! ¡vamos! ¡al mar amigos míos! ¡Se ven tantos pueblos diferentes! ¡es uno tantas veces hombre! porque es preciso conocer que la muerte no corre sino para los poltrones.

Y el placer de referir ¿lo estimais tan poco que no quereis comprarlo con algun sacrificio? ¡ay! si algun consuelo llega al corazón del ciego, es al saber que se le escucha, prosigo pues.

Los vientos Nordeste que reinaban cuando abandonamos la bahía de la Tabla, nos acompañaron, y en pocas horas nos hallamos sobre el terrible banco de las Agujas, testigo de tantos naufragios. La ola es monstruosa, y así que se navega al Este, se percibe sin mucha esperiencia que se entra en un nuevo Océano por lo ancha y magestuosa que se hace. A ningún marino he oído decir que se haya doblado el Cabo á toda vela nunca, pero hémos aquí recibiendo á la altura del canal de Mozambique la cola de un huracán que nos obliga á correr á palo seco, y nos arroja hacia elevadas latitudes. La travesía fue sin embargo corta. Despues de unos veinte dias vimos asomar en el horizonte un cono rápido; y poco despues á su alrededor, como humildes tributarias, aparecieron otras cimas de aspecto variado y caprichoso. Era la isla de Francia.

Luego que la tierra se dibujó regular y cortada, dirijimos los anteojos hacia los puntos mas elevados para buscar en ellos el recuerdo tan dulce de nuestras primeras lecturas. Deseábamos recorrer los sitios poéticos engrandecidos por la elegante pluma de Bernardino de Saint-Pierre. ¡Ay! Todos quedamos bien pronto tristes y silenciosos sobre el puente. El nombre de la isla y el pabellón británico se hallan por decirlo así juntos, y tuvimos que humillarnos ante la dominación inglesa que pesa sobre todas partes

del globo. Los paisajes son mas variados, mas mágicos quizá, pero tambien menos grandiosos que en el Cabo de Buena-Esperanza. La isla entera ha sido vomitada por el Océano en un dia de cólera; pero se ha escapado de las aguas con un adorno jóven y fresco, que no se halla en ninguna parte del Africa, de la cual es un resto así como Borbon, las Sechelles y Madagascar.

Avanzábamos siempre ayudados por una brisa sostenida, y ya podíamos bosquejar los sitios felices tan dulcemente descritos por Bernardino: el Morne de los Signaux; las embalsamadas llanuras de Minissi y de Polvo de Oro; en un cielo vaporoso el Pitterboth, montaña tan curiosa que no puede comparársela con ninguna otra del mundo, sino es quizá con la Malahita, que es la mas elevada y difícil de trepar de todas las cimas nevadas de los Pirineos. Es una especie de cono regular y pelado, de una pendiente sumamente rápida, en cuya cúspide parece que una trompa de lava da vueltas sobre una base muy pequeña. Parece que á cada huracán esta trompa arrancada de su base de granito, va á caer en el abismo y á aplastar á su paso los bellos y risueños plantíos que domina.

Sin embargo, un atrevido marinero ha enarbolado la bandera tricolor en la cima del Pitterboth; pero para creerlo es preciso haber sido testigo de esos prodigios de audacia y perseverancia.

Aun no hace un año que dejamos á Tolon y no podré decir la grata impresion que esperiménté, cuando al pasar cerca del buque estacionario oímos llegar palabras francesas hasta nosotros; y es en efecto un espectáculo bastante extraño el de un país en que todo es frances, costumbres, trajes y sentimientos, al paso que la Gran Bretaña ostenta sobre todos los fuertes su leopardo dominador. Por el tratado de 1814 la isla de Francia pasó á poder de los ingleses y se llamó *Mauritius*; mientras que Borbon, su vecina, de la que los ingleses se habían apoderado hacia algun tiempo, nos fue devuelta. En todos los cambios el leopardo sabe sacar la parte del león.

Se desembarca entre el Agujero fanfarron y la torre de los Embusteros. Diríase que era una chianza de mal género; este último nombre se ha dado á un antiguo edificio elevado sobre una lengua de tierra que entra en el puerto, porque los jóvenes ociosos de la isla siempre que un buque iba á entrar se citaban allí, y se entregaban á locas conversaciones sobre las cualidades de la embarcación viajera. Ignoro la etimología de la fuente cerrada, llamada Agujero fanfarron que sirve hoy para las reparaciones y carenas.

Enfrente del desembarcadero está el palacio del gobernador, fábrica de madera negra con tres pisos, apretada, estrecha, privada de ventilación y sin elegancia. Es un verdadero gallinero.

Despues diré lo que es la ciudad llamada Puerto Luis; en el momento que desembarco, según mi costumbre, tomo mis lapiceros y me dispongo á recorrer en la campiña los sitios cuyos nombres están grabados en mi memoria. Nunca tomo guía alguno, porque el verdadero placer del explorador está en las incursiones sin objeto, á la casualidad, por medio de los barrancos, de los manantiales, de los torrentes, sin pedir socorro á nadie, siguiendo el curso de un arroyo, tirando á pedradas del árbol que adorna, los *jam-rosa* agrios, refrescantes; los plátanos tan suavemente suspendidos en racimos bajo los enormes parasoles que los abriga sin ahogarlos; la anana suave, la guayaba; y todos esos frutos deliciosos de las colonias que gustan poco al principio, pero sin los cuales no puede uno pasarse luego. Hé aquí la vida errante que me agrada y he adoptado desde mi salida, en provecho de mis placeres é instruccion.

Sin embargo, esta vez me vi precisado á renunciar á mis proyectos de escursion por lo siguiente: ape-

(1) Véanse las notas al fin de la obra.

nas habia saltado del bote y dado algunos pasos por el desembarcadero cuando un colono de muy buena presencia se acercó á mí con aire apresurado y me saludó.

—¿Formais parte sin duda del estado mayor de la corbeta anclada en la rada?

—Sí señor.

—¿Teneis correspondencia en este pais?

—No señor.

—¿Ni alojamiento en tierra?

—No señor. Segun veo teneis fonda y mesa redonda?

—Casi.

—No comprendo.

—Soy negociante, banquero de la isla: apenas llega un buque frances vengo al puerto y me concepción feliz cuando por solo mi convite franco y nada ceremonioso, se me hace el favor de aceptar una comida en mi casa. Hace algun tiempo sin duda que no os habeis sentado á una mesa; ¿quereis pues dispensarme el honor de venir á ocupar un puesto en la mia?

—Esa fina atencion me lisonjea, y corresponderia mal si no aceptara.

—En este caso, hé aquí un palanquin y negros á vuestras órdenes.

—Si me lo permitis prefiero ir á pie.

—Como gustéis, os ofrezco mi brazo.

—Y lo tomo con satisfaccion.

Emprendimos el camino; y noté al atravesar las calles y bazares, que comerciantes desde sus mostradores, caballeros é infantes, todos saludaban á mi nuevo amigo con una diligencia y respeto que me hicieron formar de él un gran concepto.

—Vuestra ciudad, caballero, me parece un poco triste.

—Llegais en mala ocasion; pero con todo no os apresureis á juzgarla Mr. Arago.

—¿Sabeis mi nombre?

—Un marinero lo ha pronunciado en la cala, y es nombre que ha llegado antes de ahora hasta nosotros.

—¿Y el vuestro? Os ruego me lo digais.

—Ha nacido en la isla y en ella morirá seguramente: me llamo Tomy Pitot.

Por fin llegamos á la casa de mi nuevo amigo.

—Bien venido seais, me dijo alargándome su mano un anciano de semblante bondadoso; íbamos á ponernos á la mesa, pero Tomy no deberia haberos traído solo.

—Estaba impaciente por presentaros mi conquista: es Mr. Arago.

En un salon ancho, elegante, fresco, adornado con hermosos cuadros al óleo, en medio de una amable reunion de pintores, literatos y poetas, se cambiaban las agudezas con una prodigalidad encantadora; allí habia tambien señoras y señoritas, de las cuales una tocaba el piano, otra el arpa y una tercera cantaba; pero todo sin afectacion, sin ambicion, con alegría y una especie de ingenuidad que hacia desaparecer toda superioridad personal. Por un momento olvidé mis escursiones aventureras; los bosques, las rocas, las cascadas y los precipicios. Me dejaba arrastrar con satisfaccion por los encantos de una velada deliciosa que se prolongó hasta bien entrada la noche.

—Ahora que el cansancio hará que el sueño se apodere de vos, me dijo Mr. Tomy, id á descansar. Mirad, aquí hay un pabellon aislado y tranquilo, en él teneis un gran armario con una muda de mañana y otra de noche, una cama blanda y una mosquitera sin la cual no podríais dormir. Cuando le ocupeis lo tendré por gran favor y cuando no, me resentiré. Almorzamos á las diez y comemos á las seis; por la noche tenemos té y concierto. Se os esperará todos los dias.

—¿Cuántas bondades!

TOMO II.

—No lo creais, es egoismo: ¡deseamos tanto hablar de la Francia! ¿Preferis para vuestro servicio hombres ó mujeres?

—Me es igual.

—Me parece que no; en fin voy á dar mis órdenes que ya es tarde ¡buenas noches! mañana os presentaré á mis mejores amigos y vereis que no hay, como se dice, tres mil quinientas leguas de Paris á la isla de Francia.

Mientras mas viajo mas marcadas me parecen las diferencias morales que distinguen á los hombres. Los matices físicos escapan á veces al observador; pero las costumbres y los hábitos no pueden dejar duda alguna sobre la influencia que el suelo y el clima ejercen sobre la especie humana.

Hay, si así puede decirse, grande simpatia entre la moral del criollo y la riqueza de esta vegetacion perfumada que le adormece. Es orgulloso hasta la insolencia; generoso hasta la profusion y valiente hasta la temeridad. Su pasion dominante es la independencia, en la que sueña á una edad en que no puede comprender sus beneficios y peligros. Cercado, por decirlo así, en los estrechos límites de su isla, parece ahogarse con la brisa que le refresca; y esa mar inmensa que le rodea por todas partes, parécete una insoportable barrera, contra la cual siempre está dispuesto á rebelarse. Sin embargo, no le hableis con desden de sus hermosos cafetales, de sus campos de cañas de azúcar, de esa ardiente vegetacion tropical, de la cual se cuida tan poco, porque entonces os dirá que su amor es su isla adorada, que su culto, sus dioses y alegrías son las chozas en las calles de palmeras, sus esclavos cuandolos ve trabajar, sus negros vigorosos que sudando le mecén con sus cantos monótonos en la sábana sedosa de su palanquin. Un momento despues, si le recordais los beneficios y trastornos de la Europa sabia y civilizada, suspira, desprecia lo que le rodea, habla de su pronta marcha, pero se apresura á añadir que el corazon no se mezcla en sus proyectos de emigracion, y que si se aleja por algun tiempo es únicamente para apreciar mejor la fecunda tierra que llama su patria.

¿Es el poder moral lo que influye sobre las cualidades físicas del criollo, ó por una prevision del cielo paralizan estas lo que su carácter tiene de escéntrico? Dejo á mejores observadores que yo, la resolucion de este problema. Pero por desgracia es mas bien la frivolidad que la ciencia la que emprende grandes viajes.

El criollo es en general alto y delgado; su físico participa de sufrimiento y tiene algo de enervado. Se diria que se abandonan estos hombres á una vida dulce para caer al primer choque. Los huracanes de su pais les hacen odiar las emociones fuertes; y aun en sus mas fogosas pasiones hay cierto colorido de infortunio y fatalidad que les ha valido muchos triunfos. Las mujeres se interesan tanto por la desgracia que muchas veces sacamos partido quejándonos con amargura.

El criollo es poco aficionado á caminar; la mas pequeña distancia le asusta, y sin el palanquin no saldria nunca de sus frescas habitaciones. Le gusta mucho la música y la prefiere á los demas placeres, pero ha de ser dulce, triste y sentimental. Cree que la armonía se ha inventado para aplacar el dolor, y se enfada cuando oye canciones alegres. Cuando manda cantar á los esclavos que le llevan, es porque se duerme dulcemente con la monotonía de los cantos malgaches ó mozambiques.

Los criollos de la isla de Francia y los de la de Borbon, son los tipos mas curiosos que hay que estudiar, no solo por los vivos colores que hacen de ellos unas naciones diferentes de los demas, sino tambien por ciertos matices imperceptibles á primera vista, que les distinguen. La Martinica, Guadalupe

y Santo Domingo están demasiado cerca de la metrópoli; la Francia y la Europa se reflejan, por decirlo así, en sus sábanas (1). Pero la isla de Francia se presenta á la vista del fisiólogo con su carácter primitivo; y yo, historiador ligero y frívolo, no hago sino indicar el camino que tendrían que seguir exploradores mas hábiles.

Una cosa me ha chocado siempre en las colonias; y es la impasibilidad del criollo cuando manda castigar á un negro porque segun cree ha cometido una falta. Le condena á recibir veinte y cinco ó treinta palos con la misma sangre fria que si le dijera *estoy contento de tí*. Cuando el negro atado á la reja grita por el dolor que sufre, el criollo no hace caso y fuma su cigarro con la mayor tranquilidad.

A esto me contestan que lo que llamo crueldad y barbarie es humanidad é indulgencia.

—En vuestro país, me decia un día Mr. Pitot, cuyo nombre escribo con tanto gusto, ¿qué haríais á un criado que rompiera una cerradura y os robase ropas ó dinero? Le enviaríais á la cárcel; probado el delito, un jurado le condenaría á seis años de prisión, y esto para semejante caso es segun creo el mínimum de vuestro código. Aquí un negro rompe un mueble y roba; atroces en venganzas, le recomendamos al guarda de nuestras propiedades que lo conduce al bazar público, por ejemplo, ó á un patio aislado cuando no es reincidente; se le aplican cuarenta ó cincuenta palos y no hay mas que hablar. El castigo ha durado cuando mas un cuarto de hora.

—Sin embargo, podeis hacerlo durar mas tiempo mandando dar seiscientos en vez de cincuenta.

—Nada de eso: castigamos pero no matamos.

—Es que he visto un país en donde se mata á los esclavos.

—El Atlántico es grande y nos separa del Brasil; y no os he dicho todo, repuso Mr. Pitot irriándose por grados al ver la opinion que tenemos formada de la brutalidad de los colonos. De esos hombres, de esos negros que escitan tantas simpatías ¿conoceis por ventura las costumbres, los hábitos, las leyes de su país, cuyo recuerdo les acompaña en la esclavitud? Sin duda que no, porque dejaríais de compadecerlos desde el momento que ponen el pie en nuestra isla. El negro que trabaja no es esclavo sino por cierto tiempo, porque si hace mas de la tarea que se le impone, se lo pagamos en dinero. Cuando reune lo suficiente para su rescate queda en libertad. A propósito, ayer mismo un esclavo de cincuenta años de edad, es decir un anciano, se llegó á mí y me dijo:

—Señor, tengo dinero y vengo á rescatar á un esclavo.

—¿Quién es?

—Mi hijo mayor.

—¿Por qué no te rescatas á tí mismo?

—Porque como soy viejo, no tendré que trabajar mucho tiempo, entonces tendreis obligacion de mantenerme, y si caigo enfermo vendrá mi hijo á cuidarme. Si despues gano mas dinero, rescataré á mi hijo menor, y puesto que se hallarán libres podré morir entre los dos.

Mr. Pitot comprendió la ternura paternal del anciano esclavo, y por el precio de uno, le devolvió sus dos hijos.

No hay colonia en el mundo en la cual sean tratados los esclavos con mas dulzura y humanidad. Saltando y briucando en las calles, cantan las canciones de su país sin que sus amos se incomoden; y el sábado de cada semana lo consagran á la alegría tanto en el campo, como en los talleres. Os diria, en cuanto me fuera posible recordar ciertas escenas, lo que se llama aquí la *chika*, la *cheja* ó el *yampsé*, bautizado en Francia con el nombre de *cachucha*; pero no

podria hacerlo sin echar antes un velo por el cuadro; porque si es cierto que para los actores de esas danzas frenéticas, en las que todas las pasiones del alma están representadas por el delirio y las convulsiones, no hay nada de inmoral, tambien lo es que para nosotros, espectadores impasibles que sabemos apreciar los beneficios de la civilizazion, hay en ellas mucha inmoralidad.

Fácil es comprender por lo que llevo dicho, que los negros cimarrones son muy pocos en esta isla, aun cuando pueden ponerse al abrigo de toda pesquisa en las muchas y elevadas cimas que hay en ella; pero la bondad é indulgencia de los amos, son indudablemente, la mejor garantía de la fidelidad de los esclavos, que conocen muy bien que los bosques y montañas no les proporcionarian una cama menos dura, agua mas limpia, ni maiz mas puro, que el que reciben diariamente en sus casas.

Segun un antiguo uso que habia adquirido fuerza de ley, cuando se cogia á un negro cimarron recibia veinte y cinco palos; en caso de reincidencia cincuenta, y á la tercera vez se le aplicaban ciento; pero ya no habia castigo mayor que este. Si un negro fugitivo era detenido por otro esclavo, este recibia cuatro pesos en recompensa. Mas ¿qué sucedia entonces? Dos pícaros se convenian y echaban suertes para saber cuál debia ser el desertor; una vez recibido el castigo, partian el dinero y por muchos dias los licores les hacian olvidar la servidumbre y las *stepas* africanas ó mozambiques.

A propósito de los castigos impuestos á los negros, voy á contaros una aventura bastante singular cuyo héroe es un gobernador de la isla.

Llegó aquí, con las santas y laudables ideas de igualdad y filantropia que todo europeo trae á las colonias; y que casi todos repudian poco tiempo despues. Apenas instalado en su palacio, mandó llamar á Mr. Pitot, de quien ya os he hablado, porque se le habia designado como el hombre mas recomendable del país; hé aquí la conversacion que tuvieron, y que mi amigo Pitot me refirió posteriormente.

—Muy pequeña es vuestra isla, caballero.

—Sin embargo, aun contiene mucho terreno que beneficiar.

—Ya lo veremos. Vuestras casas de madera me parecen muy peligrosas en caso de un incendio.

—Las de piedra no aplastarian en su caída cuando hubiera un huracan.

—Procuraremos evitarlo. Estoy muy asombrado al ver que no hay aquí muchas sublevaciones de esclavos.

—Es porque hacemos lo posible para que sean felices.

—Se me ha asegurado que todos los años mueren aquí gran número de negros de resultas de los azotes.

—Ni siquiera uno muere por esa causa; tengo mil doscientos en mis diversas posesiones, y todos bien, cantan, viven y olvidan su Africa tan salvaje.

—Sin embargo, sé que la mayor parte de los colonos hacen dar mil latigazos, y algunas veces mas á los esclavos que cometen una ligera falta; desde ahora no consentiré semejante cosa, y con respecto á esto voy á dar un severo decreto, no permitiendo dar mas de cuatrocientos.

—General, vais á ser causa de una sublevacion.

—Velaremos y nos prevendremos.

—Los negros nunca lo consentirán; todos van á salvarse en los bosques.

—Pues qué ¿preferien ser maltratados como antes?

—Naturalmente, general, puesto que el mayor castigo que se impone á un negro por la falta mas grave no pasa de cien palos.

—¿Cien palos?

—Sí, general.

(1) Se llama así un prado grande.

—Vamos, os chanceais.

—Os digo la verdad.

—¡Y gritan aun esos pícaros! ¡y se atreven á quejarse, á murmurar! ¡lufames, ya lo arreglaremos! Agradezco infinito los informes que me habeis dado, caballero; pero mañana despues de cierto experimento que medito, os haré saber el partido que tomaré, relativo al código penal de los esclavos.

En efecto, al dia siguiente, mandó llamar al señor gobernador á cuatro negros á su dormitorio y les dijo:

—¿Quién de vosotros ha sido encargado de azotar á un esclavo?

Todos contestaron á la vez: Yo.

—Tú eres, segun creo, el mas vigoroso, dijo al de la derecha; hé aqui lo que quiero, lo que mando so pena de azotarte hasta que mueras. Vas á atarme al pie de la cama con esta cuerda, pero de modo que no pueda soltarme, y despues me darás, como pudieras hacerlo con un negro delincuente, quince palos ¿entiendes?

—Pero, monseñor.....

—Si añades una palabra, mandaré que te zurren á las mil maravillas; y te advierto que cuando haya empezado el castigo, te guardes bien de oír mis súplicas y de pararte antes de los quince golpes, pues de lo contrario te meto en un calabozo por seis meses.

Forzoso les fue á los esclavos obedecer. Atado fuertemente al pie de su cama, empezó el general á recibir los golpes. Al primer palo dió un grito horroroso, al segundo trató de romper las cuerdas, al tercero amenazó con la muerte al esclavo vigoroso, que sin embargo no habia apretado mucho, pero que se acordaba de la amenaza que se le hizo. El pobre general gemia, juraba, daba alaridos, decia que haria decapitar á los cuatro esclavos, que pegaría luego á la ciudad; por último, recibió los quince palos y apenas fue desatado cayó á tierra.

—Sin embargo, no le pegado muy fuerte, le dijo el negro.

—¿Cómo, verdugo, te parece poco?

—Si mandais todavía, ya lo vereis, amo.

—¡No, pardiez! bastante tengo.

Dos dias despues, cuando le fue posible sentarse, escribió á Mr. Pitot una esquila concebida en estos términos:

«Teniais razon, caballero; cincuenta palos, son un castigo horroroso, puesto que solo quince me imposibilitarán montar á caballo por lo menos en una semana. Los parisienses os calumnian; valeis mas que ellos.»

Cuando llegamos á la isla de Francia, tres azotes acababau de arruinarla; un incendio, un huracan y un gobernador. En una sola noche, mil quinientas diez y siete casas del mejor y mas rico barrio, fueron presa de las llamas. Inmensos almacenes, magníficas colecciones de historia natural de todos los paises del mundo, la mejor biblioteca de la India, grandes palacios y muchos estudios de notarios, todo fue consumido en pocas horas. Mas, aunque ciertos periódicos ingleses quieran desmentir mis verídicas palabras, debo asegurar que en medio del desórden general se vieron soldados de la guarnicion bajo las órdenes de sus gefes, oponerse á la decision generosa de la poblacion, romper las bombas y amenazar con su venganza á los mas celosos ciudadanos. La codicia mas sórdida habia tomado estas odiosas medidas, porque todos los géneros que devoraban las llamas, eran de fabricacion francesa.

El desastre fue grande indudablemente, empero, como si el cielo no tuviese bastante, el huracan que hubo al poco tiempo, tuvo consecuecias todavía mas funestas.

¡Un huracan!.... Contad en Europa los terribles

efectos de un huracan en las Antillas, Santo Domingo, isla de Fraucia ó Borbon, y solo encontrareis incrédulos. No os atreveis por lo tanto, á decir sino una parte de la verdad, porque la otra, que os parece sobrenatural á pesar de haber sido testigo de la catástrofe, no produciria mas que burla cuando se refiriese ante quien no tiene idea de ello. Si no se tiene fé en esos desórdenes, en esos choques imprevistos de todos los elementos, sino cuando ha sido uno víctima de ellos, cuando la reproduccion del mismo fenómeno os ha herido en vuestros afectos destruidos, en vuestras riquezas sepultadas ¿cómo el habitante de zonas tan tranquilas y monótonas, ha de creer lo que le decís?

Un ruido sordo y tenebroso se deja oír primero, y sin embargo ningun movimiento se percibe aun en el espacio. La mar está tranquila y el cielo azulado. Pronto las aguas empiezan á encresparsé, como si un fuego sub-marino las pusiese en ebullicion, y al poco tiempo, sin que el menor vapor aparezca en el aire, el sol se muestra pálido, dilatado, incierto. Las copas de los árboles se agitan, los arroyos murmuran, los animales se desesperan en sus moradas ó se detienen en el camino, un olor fétido de azufre os oprime, no hace calor, y un sudor sofocante os inunda, es un malestar inesplicable, una angustia que solo una dolorosa experiencia os descubre la causa. No se ve á nadie por las calles sileucioses, sino alguna madre atemorizada que las atraviesa para buscar á su hijo en el momento que acaba de dejarlo. Nada se oye en las casas contristadas, todo se cierra, todo se obstruye; se amontonan los muebles para oponer un dique mas fuerte á ese impetuoso viento que no respeta barreras, que arranca, quiebra, mutila, hace girar los árboles, las casas, los buques, el Océano que lleva, trae y sepulta á su antojo.

Las cimas de las montañas se cubren de espesas nieblas que se levantan de la tierra ó bajan del cielo: relámpagos rojos que dan á la naturaleza el color de un tinte cobrizo, surcan en todos sentidos estas tinieblas. Un silencio de muerte reina en la aterrada isla, y las familias llorosas se agrupan alrededor de los sitios menos amenazados. Igual á mil truenos juntos estalla uno como para anunciar la guerra de los elementos. A esta señal los torrentes salen de sus cauces y van saltando por la llanura; los árboles mas vigorosos se tropiezan en el aire con los mástiles arrancados, con las casas destruidas. La atmósfera arde, la tierra tiembla, se levanta y vuelve á caer; los buques del puerto son arrojados sobre las rocas de la costa; el viento hace que en un abrir y cerrar de ojos se vuelva la brújula: ahora la ráfaga es del Norte, un minuto despues sopla del Sur, y el torbellino que corre de Este á Oeste cambia repentinamente de direccion, y concluye el destrozo que la opuesta ráfaga habia principiado.

¿Qué pueden las descripciones, siempre pálidas é imperfectas? Nada: les falta la elocuencia que solo es peculiar de los hechos.

En Minissi, casa de campo de Mad. Monneron, el techo de la habitacion ocupada por dos jóvenes doncellas fue arrebatado por un torbellino y arrojado á sus pies en el momento que se refugiaban al palacio. La precipitacion de una negra las salvó la vida.

En el barrio Moka, la familia de Mr. Suffield, director de postas, salia de su casa; en el mismo instante cae esta, y las ruinas aplastan á un niño á la vista de sus padres heridos tambien.

En los *Tres Islotes*, le parece á Mr. Launay que su morada va á ser arraucada por la ráfaga; se apresura á salir con su mujer y sus hijos y en el momento la casa es arrebatada en efecto; su hijo mayor y el negro que lo llevaba quedan sepultados y sus otros dos hijos gravemente heridos. El edificio cayó á cien pies de su base; el viento dispersó los restos; mue-

bles, efectos, todo desapareció; las ropas, vestidos y colchones, fueron hallados á mas de seiscientos toesas de distancia.

Un habitante que se atrevió á salir en medio de la tormenta, se vió cogido por el torbellino en el gran bazar ó mercado de la ciudad, y arrojado de columna en columna fue destrozado en mil pedazos.

En un patio del campo Malabar penetró el viento con impetuosidad, se apoderó una por una de un monton de tablas enormes, y cual si fuera un juego de cartas, las dispersó á lo lejos en los bosques y montañas.

El teatro, vasto edificio en forma de cruz, fue arrojado á cuatro pies de su base, y sin embargo permaneció derecho despues de la tormenta, como para atestiguar la violencia y el capricho.

Debo añadir, no obstante los muchos incrédulos que tendré, que en varias habitaciones algunas barras de hierro que servian para asegurar las puertas, fueron dobladas y se torcieron en forma de espiral. ¡Oh! esto es sin duda un fenómeno, parece increíble, pero la desgracia tiene memoria y la *Pointe-à-Pitre* y el *Cabo Frances* os dirán, como el país de que os hablo, si no han sido testigos de catástrofes mas horribles y de hechos aun mas inexplicables. No puede ponerse en duda ni rechazar la verdad de un hecho sino cuando reporta gloria y provecho al narrador.

El mercurio del barómetro descendió á veinte y siete pulgadas y ocho líneas. Jamas se habia visto tan bajo en la isla de Francia.

Cuando el viento ha pasado y la tormenta ha dejado de hacer estragos, es cuando puede contemplarse el campo destrozado. Todo el mundo sale entonces de su escondite; se aprieta la mano, se busca, se separa uno de una persona para ir en pos de nuevos afectos, y es raro que el luto no se introduzca en el seno de gran número de familias. ¡Nada queda de los hermosos plantíos! ¡de aquellas inmensas y gigantes casales de palmeras nada queda! ¡tampoco resta nada de aquellas cañas tan risueñas, tan fuertes y de tan larga vida! ¡Todo lo ha veneido, todo lo ha nivelado el viento á su paso! ¡Mil veces desgraciado el país por el cual pasee el huracan su poder!

He dicho, creo, que este país me pareció un verdadero país de novela; en él los paisajes son inspiradores; pero hé aquí otras citas todavía pues me gusta sobre manera escribir con ellas la historia del mundo. Muchos hechos importantes y algunos acontecimientos históricos y extraordinarios parece que apoyan mi opinion.

Varias personas han conocido en la isla de Francia á la nuera del Czar Pedro, que temiendo la comprendieran en el acta de acusacion de su marido, y recelando la misma suerte se escapó de Rusia y se retiró á Paris en donde vivió mucho tiempo en la oscuridad. Posteriormente se casó con un tal Moldac ó Maldac, sargento mayor de un regimiento enviado á la isla de Francia, y que poco despues de su llegada fue promovido por orden de la corte al grado de mayor de las tropas. El marido parecia saber el rango de su esposa, y no la hablaba nunca sino con respeto. Mr. de Labourdonnaie y todos los oficiales tenian lácia ella la misma consideracion y solo despues de la muerte de su segundo marido, fue cuando la esposa de Petrowitz confesó su nacimiento.

En el tiempo de nuestra permanencia aquí, ha muerto una tal señora Pujo, esposa de un coronel francés del mismo nombre. Esta es la célebre Anastasia, querida de Beniusqui, soldado aventurero que la habia arrebatado cuando huyó de los calabozos de Rusia. Le siguió al Kamschatka, á la China, aquí y á Madagascar, en cuyo punto fue muerto por un destacamento que el gobierno de la isla de Francia habia enviado para prenderle, cuando ya tenia formado un partido considerable.

Seria imposible hoy dia pronosticar lo que resultaria definitivamente de la total desaparicion del matiz que separa aun las dos clases de criollos y mulatos libres. Las señoras menos enojadas ya por los obsequios que se hacen á sus rivales ¡acabarán por tolerar una reconciliacion que aun las es odiosa, pero que los blancos de la colonia y sobre todo los europeos, consideran como inevitable de aquí á pocos años?

¿Se mezclará el gobierno en esta importante cuestion y permitirá los matrimonios entre mujeres libres y colonos blancos? Ya ha pasado por alto cuando han ocurrido uniones de este género; y en mi concepto juzgo que por la fuerza de las cosas, lo que hoy es considerado como un favor, acabará por triunfar de la repugnancia de los blancos y de la primera voluntad del legislador.

Muchas veces he hablado de mulatas en mis escritos; pero ¿qué es una mulata? y principalmente ¿qué una mulata libre? Por lo pronto es un ser encantador arrojado sobre la tierra para la felicidad del que sea amado por ella. No lo creais todo, sin embargo, porque en ese amor que os jura é inspira, hay otros mil sentimientos que se cruzan, se chocan y se rompen. De aquí los engaños, envidias, furores y venganzas; suponed, reunid en una misma cara, en un mismo cuerpo, en un órgano, en fin, todo lo que hay de mas seductor en el habla, de mas elegante en el andar, de mas peligroso en el talento, de mas abrasador en la mirada y tendreis una débil idea de esas poderosas reinas de los colonos, teniendo bajo su cetro de hierro á los imprudentes que osan una vez dedicarse á ellas. ¡Oh! ¡de cuántas ruinas tendrian que culparse si se vituperáran otra cosa que una conquista que se las escapara!

Nada hay tan fresco, brillante y perfumado, como los bailes y *soirees* que dan esas frívolas ninous á cuyo alrededor se agrupan tantos adoradores. Pero aquí el vencido, es el que canta en alta voz su triunfo. Libres en sus caprichos no tienen padre ni hermano que las detenga en sus conquistas, y esas coquetas altivas se consideran mas felices con ser las queridas de un blanco, que mujeres legítimas de un hombre de su casta.

La música y la danza son las artes que cultivan con mas gusto; pero valsan sobre todo, con una lijereza, abandono y desenvoltura que es un prodigio. Peligroso es para cualquiera, si se atreve á seguir con la vista á una mulata unida á un hábil pretendiente en el laberinto de un vals general. ¡Imprudente! os he advertido el peligro, haced como yo, evitadlo y pasad de largo.

Las mulatas se visten con gusto y elegancia; es muy raro que cualquiera de ellas no pueda ostentar sobre sus hermosas espaldas una cachemira de la India, para cada dia de la semana, y se ha visto muchas veces en un rico almacén la esposa de un banquero ó de un opulento propietario, retroceder ante el precio demasiado subido de un adorno, que una mulata compraba en el momento sin regatear.

Son en general muy morenas; aun cuando he visto algunas rubias, y es imposible distinguirlas de las señoras, cuyas acciones y lenguaje imitan perfectamente.

Preciso es que ahora destruya una de las mas dulces ilusiones de vuestra juventud, y que os diga que Bernardino ha escrito un romance, es deber mio hacerlo así porque escribo historia; ¡pues bien! hé aquí la quilla del *San Geran*; he logrado arrancar un pedazo de hierro. Hé aquí la tumba de Virginia en el jardín de Mr. Cambernon, en las Pamplemusas; se le ha colocado cerca del de Pablo; ¡empiezan ya las mentiras!.. Hé aquí toda la historia... toda la novela.

La señora de Latour, no obstante lo que diga el elocuente autor de *los Estudios de la naturaleza*, no

ha muerto de pesadumbre de perder á su hija Virginia en el naufragio del *San Geran*, puesto que despues de este funesto acontecimiento, que es histórico, y la muerte de su primer esposo en Madagascar, se volvió á casar por tercera vez (á menos que no fuese entonces por desesperacion): la primera con Mr. Mallet, cuya familia no está estinguida, la segunda con Mr. de Creston, y la tercera con Mr. de Coligny. Ella era abuela de una familia llamada Saint-Martin que existe aun en las llanuras de Wilhems.

El pastor que representa un papel tan bonito en la novela, era un caballero de Bernage, hijo de un regidor de Paris, que, siendo mosquetero, tuvo un desafio, en el que mató á su adversario y se retiró á la isla de Francia, en cuyo punto vivió cerca del rio Rampart á media legua del sitio en que encalló el *San Geran*. Era respetado por sus vecinos, les prestaba grandes servicios, y les servia de mediador en sus pequeñas disensiones.

En cuanto á Pablo, no hay idea alguna de su nacimiento, de modo que todo el edificio sobre el que está basada la novela, desaparece y se destruye por sí mismo.

Mr. Lienard, negociante recomendable y de una oficiosidad estrenada, me quiso obligar á hacer una peregrinacion al sepulcro de Virginia, y este mismo sugeto fue el que me dió los precedentes pormenores, sacados de los archivos de la isla. Su complacencia por poco nos cuesta cara, porque su embarcacion zozobró en la rada, y estuvimos espuestos á perecer en las olas. Berard, uno de nuestros aspirantes, se salvó sobre una boya: el cirujano Mr. Quoy, Mr. Lienard y sus esclavos se agarraron á la quilla; y yo debí mi salvacion al valor y actividad de un oficial ingles que con su buque llegó á sacarme de una muerte segura, porque, lo confieso para mi vergüenza, no sé nadar.

Al otro dia M. Lienard quiso desquitarse yendo á la bahia del Sepulcro. Fuimos en efecto, siguiendo las sinuosidades de la isla, cuyas ricas producciones pude estudiar. Pero el calor demasiado fuerte iba á obligarme á pedir auxilio, cuando mi compañero de viaje, que habia mirado con atencion no lejos de nosotros una roca pelada, me dijo:

— Venid, voy á enseñaros una cosa curiosa, un hombre que vive aquí solo; un desgraciado cuya existencia ha sido errante y muy atormentada. Venid.

— ¿Será posible que se haya quitado la vida? prosiguió Mr. Lienard, como dirigiéndose á sí mismo esta pregunta.

— ¿De quién hablais?

— De un negro bastante extraordinario, del amo de esta pequena y pobre vivienda... ¡Ah! ¡Miradle allí con las piernas en el agua, sin duda está pescando para preparar su comida.

— ¿Es un esclavo?

— Ya no lo es, pero su libertad le cuesta muy cara. Quizá no huya de nosotros porque me conoce.

Al vernos quiso el negro meterse en su casa; pero Mr. Lienard le hizo una seña amistosa, y sin vacilar se tiró al agua y llegó á saludarnos; satisfecho al poco tiempo de haber llenado un deber de gratitud hácia nuestro guia, que en época no lejana se habia mostrado generoso con él, nos abandonó y regresó á su roca solitaria.

El hombre de quien voy hablando parecia tener de cuarenta y cinco á cincuenta años; era delgado pero nervudo; su brazo izquierdo habia sido cortado por mas arriba del codo, sus cabellos eran negros pero no crespos; tenia la figura de un moro, pero no de un negro; en su mirada se leia independencia y desprecio, y se comprendia fácilmente que habia pasado por terribles pruebas. Me hallaba impaciente por saber su historia, pues hay seres privilegiados que á primera vista interesan y simpatizan con todo el mundo.

— Ya os escucho; dije á Mr. Lienard.

— La vida de ese hombre es fabulosa: Zambalah, fue hecho prisionero hace algunos años en el Senegal del modo siguiente. Un buque negrero portugues, al que daban caza los ingleses, se aprovechó de una noche oscura en que hacia temporal, para huir y retirarse á Sonegumbia. Subió el rio y ancló bastante lejos de la embocadura, poniéndose de este modo á salvo de toda persecucion, siendo Zambalah quien auxilió con su experiencia al gefe portugues porque conocia perfectamente la costa. Este Zambalah, era el intrépido gefe de una poblacion de negros, que vendia por sí mismo los prisioneros que hacia en sus salvajes escursiones. Su gente fue á buscarle al punto que habia designado, y el tráfico se verificó segun los usos y costumbres establecidas. Pero en el momento de desembarcar Zambalah y su hermano, el cual mandaba tambien á las órdenes del primero, se vieron rodeados, atados, y arrojados á la sentina con los demas prisioneros.

Despues de una peligrosa travesía de quince dias á lo largo de las costas de Africa, cuyos vientos impedian al negrero alejarse, el cobarde capitan fué á ver su mercancía. Zambalah le dirigió la palabra:

— Soy tu prisionero, te pertenezco: puedes si te acomoda clavarme á un palo de tu buque, arrojarme al mar metido en un tonel. ¡Pues bien! señor, mi hermano que aquí ves, está malo, dale un poco de agua fresca, déjale respirar sobre el puente algunas horas, y si le salvas la vida, juro servirte hasta la muerte, y no echarte en cara la perfidia de que has usado conmigo.

— ¿Qué garantía me das de tu palabra?

— Hé aquí una: esta navaja que un marinero dejó caer á mis pies: si no quieres compadecerte, mi hermano y yo vamos á morir ahora mismo; habla, habla pronto, porque si te mueves, si haces la mas pequena señal, tienes dos esclavos menos.

— Aun pongo una condicion á nuestro trato, dijo el capitan.

— La acepto desde luego.

— Es que tú tambien permanecerás sobre el puente y ayudarás en las maniobras, porque la mayor parte de mis marineros están enfermos.

— Te lo juro.

— ¿Y serás fiel á tu juramento?

— Salva á mi hermano.

— Dame tu navaja.

— Tómala.

— Voy á desatarte.

— A mi hermano primero.

— Ya estais libres; espera, voy á mandar que le suban al puente.

— Yo mismo le llevaré.

En efecto, suben al aire libre y preparan un cañizo. Zambalah deposita en él suavemente el cuerpo de su querido hermano... Pero era ya cadáver.

— No importa, dijo Zambalah con voz sombría; lo he prometido, lo he jurado; manda, soy tu esclavo.

El mal tiempo seguia, pero á un viento impetuoso y contrario sucedieron unas olas enormes que ponian algunas veces la embarcacion á punto de zozobrar. De repente se inclina el buque de un modo horroroso, y antes que pudiera enderezarse, una segunda ola se deshace sobre el puente y arrebató tres hombres. Zambalah, agarrado á la caña del timon, resistió el choque. Dirigió en seguida una mirada á su alrededor; el capitan y dos marineros habian desaparecido.

— Soy tu esclavo, exclamó Zambalah, mi deber es salvarte; y miraba atentamente los restos que la ola llevaba de una parte en otra.

El capitan luchaba con trabajo contra la ola; ¡tan violenta habia sido la sacudida! Zambalah le ve, y le hace una señal: coje una cuerda que ata á su brazo

y cuyo estremo opuesto sujeta al filarete; en seguida se arroja al agua. Poco tarda en llegar cerca de su amo, le da la cuerda, trata de animarle, vuelve á bordo, y ayudado por dos marineros, consigue colocar al capitán en su buque.

Zambalah, dijo el capitán apenas recuperó sus fuerzas; ahora eres libre.

—Capitán, vuestra palabra, una palabra como la mía.

—Te la doy.

—Está dicho, pero perdeis mucho, porque hace una hora si no hubiera sido vuestro esclavo, estaríais sepultado en las olas.

La palabra de un negrero es cosa santa y sagrada. Al otro día del acontecimiento que acabo de referir, Zambalah se halló al despertarse atado al mismo anillo desde donde había pedido que sacaran al puente á su hermano.

Constantes los vientos opuestos, obligaron al negrero á correr hácia el Este y doblando el cabo de Buena Esperanza, siguió el rumbo hácia la isla de Borbon, con objeto de desembarcar clandestinamente su mercancía en algun punto poco vigilado.

En medio de una noche oscura y sombría, se vieron efectivamente dos ó tres embarcaciones dirigiéndose á tierra á fuerza de remos, con unos cincuenta cuerpos negros, desnudos, y flacos. Desembarcaron estos cuerpos atados fuertemente, tuvo lugar un trato en la playa á la pálida luz de muchas antorchas entre un colono y el negrero, y poco despues se despidieron amigablemente. Pero oyóse una voz:

—Yo no soy esclavo, me llamo Zambalah y he rescatado mi libertad con peligro de mi vida. ¿No es verdad, capitán?

Y los ojos del negro brillaron como dos centellas.

—A propósito, dijo sonriéndose el portugues al comprador como para contestar á esta brusca interpelacion: se me olvidó deciros que este hombre tiene momentos de una locura bastante rara; sueña que es libre, que lo ha sido; yo le curo á latigazos.

—Emplearé el mismo medio que vos, repuso el colono.

Y Zambalah al querer repetir que era libre, en efecto, oyó silbar el aire, y la sangre que corrió de sus espaldas le hizo conocer que seguía siendo esclavo.

Al día siguiente ya no había nada en la playa, solo asomaban en el horizonte los tres palos de un buque mercante, y en una propiedad espuesta á los vientos de la isla de Borbon, se labraba la tierra con mas actividad, aumentando la fortuna del colono diez veces mas. El látigo había convencido desgraciadamente á Zambalah de que ya no debía hablar de libertad. De los negros que había en aquella posesion era el mas trabajador, sóbrio é intrépido. En una catástrofe ocasionada por un terremoto, tuvo la suerte de prestar un señalado servicio á su amo, esponiendo su vida, el cual agradecido le dispensó del penoso trabajo de las tierras empleándole en el servicio de su casa.

—Estoy contento de tí, le dijo el colono; continúa sirviéndome con el mismo celo, y pronto te encomendaré la inspeccion de mis negros.

—Gracias, señor. Espero mas.

—Ambicioso eres...

—¿Qué se necesita para volver á ser libre?

—Rescatarse, y tú vales mucho dinero.

—Tanto peor. Quisiera no valer nada y tener alguna cantidad á mi disposicion.

—¿No eres feliz aquí? ¿Lo serías en tu casa? ¿Por qué tienes tanto empeño en ser libre?

—Es porque quisiera recorrer todo el mundo para buscar al hombre que me vendió cuando era libre y matarle.

—¡Ya te da de nuevo la locura!

—Perdon, amo, no volveré á hablar de esto.

Hallábase una tarde el colono en San Pablo con

motivo de algunos negocios de comercio, se vió obligado á partir á San Dionisio y se decidió á hacer la travesía en una de esas rápidas piraguas del país que manejan los negros con una maravillosa destreza. Zambalah dirigía la embarcacion que impelida por el viento, surcaba con tanta velocidad las aguas, que antes de que sobreviniera la noche debía entrar en el desembarcadero de la isla. ¿Mas quién puede asegurar que entrará en el puerto de Borbon? Veíase la playa sembrada de guijarros amontonados y continuamente azotados por las embravecidas olas, cuando de repente se sintió en la piragua un extraordinario calor; el ruido del mar cesó y sus aguas quedaron tranquilas como una balsa de aceite; desprendióse el cielo de algunas nubes que le empañaban y se quedó de un color azul brillante, mientras que los verdes lataneros de la costa cesaron de ondular y se reflejaron en el tranquilo espejo del mar. Al mismo tiempo en el fuerte que domina á San Dionisio se elevó el pabellon negro en señal de próxima destruccion. Anuncióse una marejada, y la piragua del colono, todavía á gran distancia, debía pronto quedar hecha pedazos y reducida á polvo.

No esperaba mejor suerte á las embarcaciones ancladas, como lo indicaban ya sus señales de desesperacion al ver que no podían huir del abismo que las iba á devorar.

Nada mas lúgubre que la palabra marejada, no comprendida por los que creen que solo hay peligros y tempestades en el Océano, cuando brilla el rayo y retumba el trueno, amontonándose las aguas y silbando el huracan. Nada mas terrible ni de mas funestos resultados, repetimos, que la marejada. Este fenómeno tiene lugar en los canales, en los estrechos y terrenos volcánicos, cuando el fuego subterráneo no tiene suficiente fuerza para presentar en la superficie de las aguas una nueva isla. Todo quedó silencioso y tranquilo en la tierra y en el espacio; solo el Océano se hinchó, hirvió, se levantó y volvió á caer. ¿De qué sirven las áncoras? De nada, pues pronto se soltarán y se romperán los cables aunque estén formados de gruesas cadenas de hierro. Pedid entonces socorro y vereis caer sin fuerza á las pesadas velas que permanecerán pegadas á los mástiles: imposible es ejecutar maniobra alguna, todos los esfuerzos son inútiles é impotentes; en tan angustiosos momentos, en esos momentos que tantas victimas han ocasionado, no hay posible mas que cruzar los brazos, dirigir los ojos al cielo, despedirse de cuanto amamos en el mundo y esperar el instante supremo en que debe desaparecer todo.

En medio de la completa calma de la tierra, de los vientos y de las olas, Zambalah y su amo se miraron sin pronunciar una palabra, mientras los negros de la embarcacion empezaban su canto de muerte.

—¡Y bien! dijo al fin el colono con sorda voz á su piloto. ¿No hay medio alguno para salvarnos?

—Ninguno: dentro de algunas horas seré tan libre como vos.

—¿Es preciso, pues, morir?

—Vos y yo, y otros muchos tambien; solo quisiera vivir para un hombre.

—¿Y quién es ese hombre?

—Mi primer amo, el que me vendió á vos cuando yo no era su esclavo. ¡Ah! ¡si se hallara aquí!...

Y la piragua corria y giraba á voluntad de las caprichosas olas que arrastraban ya restos de buques destrozados. Rápida como el rayo, elevóse la piragua de Zambalah, se enderezó y zozobró al impulso de una enorme ola. Poco despues desapareció todo.

Zambalah no desesperó aun, porque no queria morir sin venganza: sus vigorosos brazos luchaban contra las furiosas olas, que por un momento le arrastraron al lado de su amo. Llevado de sus sentimientos generosos, le sujetó, y le presentó un made-

ro á que se habia asido en el momento de la catástrofe; despues una enorme ola le arrastró de nuevo, oyóse al mismo tiempo el ruido de la fuerza oculta que la levantaba, y grande como una montaña fué á estrellarse en la playa, llevando en su seno á Zambalah y su amo; mas una segunda ola siguió á la primera y quiso apoderarse de las dos víctimas que por fin se escaparon de una muerte segura, gracias á Zambalah que sujetó á su amo.

Rodeóle la multitud y le prodigó sus cuidados.

— ¡ Al otro ! ¡ Al otro ! decia él. Despues lanzando una mirada en el furioso Océano, pareció como que aun buscaba un objeto perdido.

— ¡ Desde ahora eres libre, Zambalah ! le dijo su amo no bien pudo hablar ; sí, ya eres libre.

— Aun no : dos camaradas están ahí ; voy á socorrerlos. Seré libre dentro de una hora.

Pero las olas no quisieron cumplir sus deseos, y por segunda vez fue arrojado Zambalah solo á la playa. Fiel á la palabra que habia dado le puso su amo en libertad.

Pocos meses despues, arribó á Borbon un buque procedente de Calcuta. Embarcóse en él Zambalah como marinero y partió para el Brasil, de cuyo punto regresó con un brazo menos. Encontró en Rio-Janeiro al capitan negrero que le hizo prisionero en la Senegambia; y cuando en la actualidad se le habla de él dice :

— No volveré á engañar á nadie el capitan portugués ; un brazo me ha costado, pero le he dejado arreglado.

El año pasado abandonó Zambalah á Borbon y se estableció aquí, en donde vive como un verdadero salvaje. Mientras se hallaba ocupado en la pesca, entramos en la casa, le dejamos algunos vestidos ; y satisfechos de nuestra expedicion nos dirigimos á la ciudad.

Era sábado, habia juegos y danzas en los admirables almacenes de MM. Rondeaux, Pistou y Monneron, y no quise faltar á la fiesta. ¡ Quién sabe si nos habremos marchado ya de aquí á ocho dias ! me dije, y por lo tanto me resolví á no perder nunca la ocasion de ver, al menos una vez, lo que no es preciso ver des veces, sin que por eso deje de ser curioso é interesante. Me decidí en vista de los consejos de mis guías por el comerciante en maderas Mr. Rondeaux, encuyos almacenes vi mas de trescientos negros que contentos con su salario de la semana y el descanso del dia siguiente, se entregaban alegres á sus distracciones del sábado. Reinaba entre ellos un gran tumulto y un inesplicable arboroto. Hombres, mujeres, niños y viejos, se hallaban allí amontonados y qrimidos en un estrecho recinto, del cual no salian, como si se les hubiese prohibido bajo la pena de ser azotados, y como si no tuvieran tierra y aire en otra parte. Pero ¿ no somos tambien un poco salvajes en nuestras hermosas capitales, donde parece que tenemos gusto de situarnos en calles llenas de polvo y angostas, cuando á pocos pasos tenemos hermosos y frescos céspedes y un aire mas puro y libre ?

Tal vez esa multitud de hombres soñarían en sus playas perdidas y en su esperanza de ser libres ; tal vez proyectaban matar á sus amos ; y acaso seria esta la plegaria que dirijian al Omnipotente, árbitro de todas las cosas. No lo sé, pero lo vi entonces muy contentos, vi sus ojos despidiendo fuego, muchos brazos que se estiraban convulsivos, pechos que se dilataban y una confusa gritería. Sin embargo, todo esto no fue mas que el preludio de la felicidad á que esperaban entregarse. Hé aquí esa felicidad.

Dada la señal, en un abrir y cerrar de ojos se formó un ancho círculo, en el cual se colocaron en primera fila los niños, á fin de perpetuar el recuerdo de la fiesta nacional, y en segunda los hombres y mujeres confundidos.

Al ruido general que tuvo lugar y que se puede comparar al que forma un agua cenagosa corriendo en una cloaca, sucedió un silencio profundo que nadie osó turbar. Poco á poco el aire comunicó un débil sonido, que aumentando por momentos formó una melodía áspera, particular, pero armoniosa, con su metro y su cadencia ; siguió aumentando aun, y ya el *crescendo* perdió algun tanto su carácter primitivo. Ya no fue solo la voz la que estuvo en ejercicio, lo estuvieron tambien el rostro que se les puso contraído y horrible ; los brazos que se movieron en todas direcciones ; las piernas que empezaron á temblar, y los pies que golpearon al suelo con igualdad y fuerza. Nadie lo creeria : la duracion de esta segunda escena está en proporcion con los grados de calor de la atmósfera : si el sol ha sido ardiente, si ha sido penoso el trabajo, la escena dura poco, porque todos experimentan á la vez todas las sensaciones.

Lanzóse despues en el círculo una bailarina, en un principio sola, dando vueltas, agitando los brazos, encorvándose, enderezándose y examinando á esa lejion de furias contra la cual parecia dirigir su frenético delirio, y de los que la componian eligió uno la reina de todos. Lanzóse este al punto en el círculo, se puso orgulloso enfrente de su pareja, y entonces el canto de los demas actores degeneró en gritos feroces ; apiñáronse mas y mas, se golpearon la cabeza, y rechinaron los dientes ; cualquiera los hubiera creído una bandada de lobos cayendo sobre un rebaño de indefensas ovejas. Pero sin embargo, hasta ahora no hubo mas que alegría, embriaguez ; la fiesta no habia, por decirlo así, empezado todavía. Otros dos negros se presentaron en la liza, á los anteriores les llegará de nuevo su turno. Lo que hasta ahora ví, fue un idilio, una pastoral de Bacau, aun no empezó el drama que llegó mas tarde, pues aseguro que este pueblo no es inhábil para prolongar su felicidad.

No es tan fácil como parece escribir para todos, y debo confesar que ahora me hallo en un compromiso tanto mas penoso cuanto que he prometido á mis lectores una relacion exacta y completa de la deliciosa cachucha que hará unos tres años llegó hasta nosotros. Cuando la ví anunciada por primera vez en los carteles de nuestros teatros que tanto blasonan de honestos, no pude menos de sonrojarme y me pregunté involuntariamente si seria tan atrevida la licencia que osase desafiar descaradamente á la claridad de mil luces, á una nacion que aunque tolera alguna vez el escándalo, lo hace sin embargo á puerta cerrada. Arrostré el peligro y fuí á verla. Pero no ; no era la cachucha, hija de la chika, esa graciosa pantomima de Elssler, bailada en medio de los aplausos del entusiasmo público. La cachucha que presencié es un baile, por decirlo así, bastardo, de pura creacion moderna, desfigurada anteriormente por los portugueses, que la aprendieron en sus conquistas, parodiada despues por los españoles, y últimamente bailada todos los domingos entre nosotros, y de la cual hemos hecho un baile distinto, pues los movimientos del cuerpo son pesados y la pasion solo existe en los ojos y en los lábios. Parécese esta cachucha á su madre como el perfil de la rana al de Apolo de Belvedere : hay un mundo entre las dos. Ya que se imita no se debia profanar el original. La verdadera cachucha de los negros, el baile nacional, la fiesta principal de los de Mozambique, de los naturales de Angola y de otros pueblos salvajes, héla aquí, pues que la he prometido. Pero no, faltó á mi palabra : la descripcion de este baile mancharia estas páginas, y sé hacer sacrificios en pro del pudor. Asistamos á fiestas menos repugnantes.

Despues de la chika tuvieron lugar otras danzas menos arriesgadas en casa del comerciante de maderas. Entonces me convencí de que tanto en estos pue-

blos salvajes como en las naciones civilizadas, la alegría tiene sus grados como el dolor, y de que no es la locura la que desempeña el primer papel entre las pasiones del hombre.

Aun cuando tenía cansada la cabeza, no pude resignarme á renunciar el convite que habia aceptado. En medio de aquella general efervescencia noté que algunos actores de idénticas facciones, se mostraban mas entusiastas que los demas. En efecto, estos ne-

gros eran de la casta de Mozambique, casi igual á la malgacha, y de la cual sin embargo son enemigos irreconciliables. En general habia notado que los negros de las indias orientales eran muy calmosos, poco á propósito para recibir sensaciones grandes, por cuya razon los escogen los colonos á estos con predileccion para el servicio de sus casas.

Como los negros de la isla en nada se parecen á los del Brasil y mucho menos á los del cabo de Bue-



Danza de los mozambiques.

na-Esperanza, es fácil comprender que aquí son difíciles las sublevaciones y asesinatos particulares. Así es que casi siempre se los ve (en las calles brincando, gesticulando y armados de un monstruoso instrumento de música construido con un bambú y dos cuerdas, entonando no solo las canciones del país, sino tambien las órdenes que se les da). Un amo dirá á su negro: *Devuelve este bote de pomada al perfumista y pídele uno de vainilla*. Pues bien: de esta frase compone el negro su cancion y hace un tema de notable originalidad.

Si infiel y embustero, un esclavo se embriaga y gasta el dinero que se le ha dado para un encargo, su primer cuidado es buscar una excusa; apenas la ha hallado, la pone en música y la canta durante su camino.

—¿Qué has hecho del licor que te he encargado? le dice su amo.

—*Cuando yo pasar delante almacén Buen-Gusto, mi licor saltar, mi pie resbalar...*

El negro dice que se ha caído, y que se ha derramado el licor; y sobre esta excusa que tan bien ha preparado, y que le parece admirable, crea un aire de los mas seductores, disponiéndose, sin embargo, á recibir veinte y cinco azotes.

No se crea que he citado casualmente estas dos frases; todos los habitantes de la isla de Francia ó de Borbon la saben desde su niñez y las repiten cien veces en su vida debajo de sus hermosas palmeras.

Seria extraño que despues de las danzas de que acabo de hablar no hubiese alguna lucha; y en efecto esta tiene lugar atacándose los dos contendientes á puñetazos y cabezadas. Los que presencian esta escena no se oponen al combate, antes por el contrario, le provocan y desean que sea lo mas sangriento posible. Inducidos por sus simpatías, animan con el gesto y la voz á aquel que quisieran ver triunfar, de

modo que regularmente no cesa la lucha hasta que uno de los contendientes queda en tierra. Cuando está por mucho tiempo incierta la victoria, los dos contrarios se detienen y se paran á algunos pasos de distancia, dan despues un gran grito, se golpean el pecho, se inclinan, cierran los ojos, y se arrojan uno sobre otro con extraordinaria rapidez. A veces queda abierto el cráneo de uno de ellos, y las mas los le ambos, en cuyo caso se llevan los espectadores á las víctimas. Por lo que se ve, la invencion del duelo no es solamente europea.

Si un negro llama á otro holgazán, esclavo, ó ladrón, es seguro que no reñirán; pero si le llama malgache, el pugilato tiene lugar irremisiblemente; pero si le llamase negro, el combate seria á muerte. ¿Y no lo son por ventura? ¿Creerán acaso que pueden pasar por rubios? Los amos castigan con severidad estos combates particulares, pero como el negro es un animal terrible no es el látigo el que pueda detenerle en su venganza.

Como lo que prefiero en mis escursiones son los contrastes, desde los almacenes de Mr. Rondeaux, me dirigí á la ciudad en donde todo me recordaba á mi querida patria.

No parece sino que la distancia que media entre París y Mauricio, es menor que la que hay desde París á Burdeos. Las modas, las invenciones útiles se propagan con prodigiosa rapidez; y todos se apresuran á disfrutarlas tanto mas cuanto mas espuesos han estado á carecer de ellas, pues el cabo de Buena-Esperanza está en el camino de París á Mauricio.

Consulté los esclavos de la isla. ¿Se creará que no hay ni un solo ejemplar de asesinato cometido por un criollo? Pero si no hay uno solo de esta naturaleza, aun se tiembla aquí al recordar un funesto acontecimiento que hizo quedasen abandonadas por mu-

cho tiempo las pacíficas habitaciones del interior de la isla.

« Muchos oficiales y soldados de un regimiento frances que se hallaba de guarnicion en Mauricio, penetraron una noche en la habitacion de la señora Lehelle, una de las mujeres mas hermosas de la colonia, y de quien estaba perdidamente enamorado el oficial... Habiendo concebido esta señora algunas sospechas hijas de las amenazas que le dirigió su apasionado adorador, habia suplicado á su marido que no se ausentara de la casa, situada en el gran bosque de Flag; pero teniendo este que ir precisamente á la ciudad con motivo de unos negocios, creyó poder dejar sola á su mujer durante algunas horas sin peligro alguno. Un soldado llamado Sans-Quartier, á quien se permitia vender por el campo varias mercancías, hizo que le abriesen la puerta de la casa, por cuyo medió penetraron los demas multiplicando sus crímenes con la violencia, el asesinato y el incendio. Un viejo inválido, portero de la casa, pereció víctima de su arrojo; los negros y negras fueron asesinados. En un principio se creyó que la señora Lehelle habia podido fugarse por cuanto se encontró uno de sus zapatos en el bosque á distancia de un cuarto de legua de su casa, pero allí cerca apareció despues asesinada.

» Los soldados autores de esta terrible catástrofe pagaron con la vida, su enorme atentado, pero el oficial... conservó la vida gracias á la consideracion que se tuvo á su familia. ¡ Como si debiera burlarse la accion de la justicia ocultándose bajo un nombre! En un principio pudo huir Sans-Quartier y llenó de terror á la isla, pero cogido despues se le condujo con mordaza al suplicio para que no pudiese nombrar á los promovedores del crimen, y fue descuartizado vivo.»

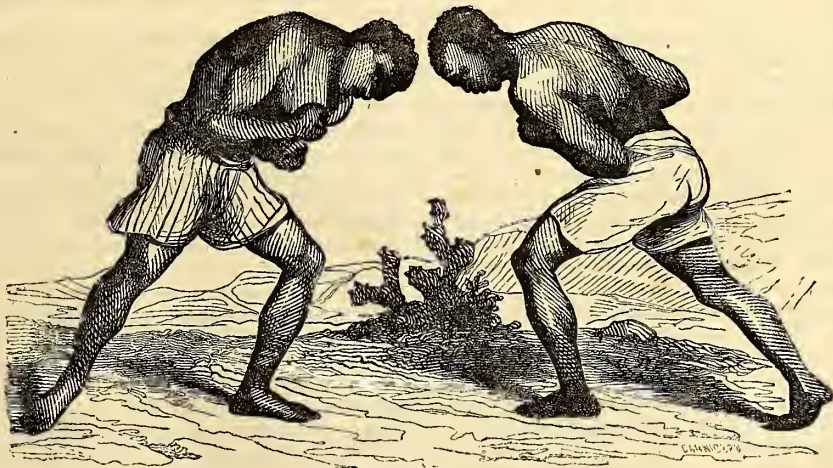
Ningun otro crimen de esta naturaleza se ha repetido desde entonces en Mauricio.

La ciudad está dividida en barrios ó cuarteles. Las

indianas que llegan á la isla de Francia y que deben permanecer en ella por algun tiempo, eligen por lo general para vivir el barrio Malabar. Llamen ciudad al espacio contenido entre los barrios, y en el cual solo se ven cabañas miserables, medio arruinadas, mal sanas y poco ventiladas. En ellas se alojan, á su llegada de Kanton y de Makao, los chinos llamados por los colonos para el cultivo del arroz y del té.

Los chinos, pueblo astuto, cobarde, malo y avaro, nacion superticiosa y cruel, devota sin creer en su religion, nacion que busca mártires que distraigan su vida monótona y perezosa, nacion dedicada generalmente al vil robo, hipócrita por cálculo y siempre dispuesta á jactarse de su independencian en medio de las guerras intestinas que devoran á las demas naciones del mundo; los chinos, decimos, están bastante adelantados en las artes para esponer á la vista de todos, maravillas de paciencia y destreza; pero estacionarios hace muchos siglos, no viven en la actualidad sino con la esperanza de acumular el oro. Los chinos fumando en su pipa acurrucados en la puerta de sus casas, me parecieron á los sapos cuando salen á tomar el sol. Mas adelante volveré á hacer mencion de ellos cuando hable de Diely, Kou-pang y otros puntos, y de nuevo afearé esa aficion que manifiestan al robo y que me los hace tan odiosos.

Los juegos á que principalmente se dedican los negros, son todos aquellos en que se necesita una gran agilidad, pues no parece sino que la sangre negra que circula por sus venas quiere brotar por sus poros. No pueden hablar sin hacer gestos, y continúan hablando aunque estén solos: puede decirse que no saben pensar si no hacen uso de la lengua. Los que empleados mas directamente en el servicio particular de los ricos colonos, debieran entregarse al descanso despues de haber estado trabajando gran parte del día bajo los rayos de un sol abrasador, parece por el contrario que quisieran aun aumentar sus fatigas. Y



Lucha de los mozambiques.

en efecto en las horas de descanso, saltan, brincan y corren como una ardilla en libertad. Sus cuerpos, nadando en sudor, no se muestran nunca fatigados, y cifran todo su honor en dejar á sus espaldas á los mas veloces corredores.

En los templos vi á algunos negros, inmóviles, de pie ó acurrucados, pues se les ha prohibido el moverse, y si se arrodillan es igualmente porque se les ha mandado. Se golpean el pecho cuando lo hace el sacerdote, y se persignan despues de haber metido la

mano en la pila del agua bendita. Cuando llegan á la isla se les echa un poco de agua en la cabeza con las acostumbradas ceremonias, y se les dice: Sois cristianos. Segun creo no es esto bastante, pues á mi modo de ver la voz poderosa de la sana moral del cristianismo será quizas un medió mas seguro para conservar nuestras colonias que el cepo y los azotes.

En una interesante excursion que hice á las admirables cascadas de la *Quimtra* y del *Reducto*, me detuve repetidas veces con notable impaciencia de los

negros que deseaban llegar á la ciudad para asistir á las danzas del sábado, y en una de estas paradas pregunté á uno de ellos, malgache muy inteligente, algunos secretos de la religion de su patria, porque tambien tienen su patria.

—¿Crees en Dios? le pregunté.

—Aquí en uno solo, en mi pais en dos.

—¿Pero no sabes que no puede haber mas que un Dios?

—Aquí no hay mas que uno; pero en mi pais hay dos.

—No es nada razonable esta opinion de tu pais, porque no puede haber mas que un solo amo.

—No es verdad, pues que en la isla de Francia hay mas de seiscientos

—¿Crees en un Dios? pregunté despues á un jóven y vigoroso mozambique que mandaba en los demas negros.

—Si el amo lo manda, sí.

—¿Y si no te lo manda?

—Entonces no.

—¿Y si te dejo en libertad para creer ó no creer?

—Esperaré.

—Pero yo sé que en tu pais se cree en un Dios.

—En mi pais se cree en un Dios cuando se ha ganado una batalla, y no se cree en él cuando se ha perdido.

—¿Luego cuando la perdeis el pueblo que la gana tiene un Dios y vosotros no?

—Así es.

—¿Y si no hay guerra?

—Entonces no hay Dios.

—¿Y tú, pregunté á un tercero, jóven alegre, muy limpio, travieso, y que parecia dejarse arrastrar con indiferencia por su suerte, ¿de dónde eres?

—No lo sé.

—¿Quién te ha traído á la isla de Francia?

—Un buque que venia de muy lejos y en el cual se repetia muchas veces la palabra Malacca.

—Comprendo. ¿No sabes cuál era la religion de tus padres?

—No.

—¿Y en la actualidad, crees en Dios?

—*Creo en Dios padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, etc.*

Y el negro me recitó con extraordinaria facilidad, sin equivocar una sílaba, las preguntas y respuestas del catecismo, el cual sin embargo no comprendia. No pude menos de echarme á reir, y mi erudito volvió á sentarse, contento con haberme probado, que sabia mas que sus ignorantes compañeros.

Faltábame tiempo y la necesaria elocuencia para proseguir mis investigaciones; mucho mas cuando las preguntas que dirigia á los negros, no tenian por objeto su instruccion sino la mia.

Noté sin embargo que entre ellos habia un viejo de unos cincuenta años que á cada pregunta que dirigia y á cada respuesta que se me daba, se encogia desdenosamente de hombros y se sonreia con aire de compasion. Le llamé para preguntarle tambien, se acercó bruscamente, se acurrucó y noté con sorpresa que los demas negros se agruparon al punto en torno nuestro. Creí por lo tanto que iba á tener que sostener una verdadera discusion, y empecé el ataque.

—¿De dónde eres?

—De Angola.

—¿Hace mucho tiempo que estás en la isla de Francia?

—Veinte años.

—¿Eres católico?

—Sí, desde que estoy aquí.

—¿Y antes, qué eras?

—Nada.

—¿Y te crees algo en la actualidad?

—Menos todavía.

—¿Entonces por qué has variado tu creencia?

—Quisiera veros bajo la influencia del látigo. El es el que me ha enseñado que no hay mas que un Dios, y si mi amo lo hubiese exigido con igual medio, hubiera creído en dos ó tres con arreglo á su voluntad.

—¿En tu pais hay uno ó muchos dioses?

—Sí, cuando vienen los portugueses y nos los queman, cortamos gruesos árboles y hacemos otros nuevos. Nuestros bosques son grandes, así es que en Angola nunca nos faltan dioses.

Hubiera querido examinar algunas de sus creencias, mas el anciano negro me hizo observar que el sol caminaba mucho y que era preciso ponerse al punto en marcha si queríamos llegar á nuestra morada antes de que sobreviniera la noche. Pusímonos en camino y dos horas despues me hallé cerca de una encantadora cascada cuyos delicados surtidores atravesaban revoloteando los magníficos pajacolas (pailles en queuc), ave de tanta elegancia como humildad. Como ya me habia sucedido en otras ocasiones desde mi partida, sentí amargamente que un hábil pincel no se hubiera asociado á la debilidad del mío, pues si causa un verdadero pesar la imposibilidad absoluta, le proporciona quizas mayor el perjudicar, por decirlo así, á una naturaleza tan rica y bella que estaba el corazon del que la contempla.

Encontrábame en mi desierto: la cascada resonaba en el fondo del valle y creí á los negros dispuestos para oír mis lecciones, por lo cual dejé mis pinceles y mis apuntes, y como un San Juan en el desierto (aunque me llamo Santiago) empecé á dirigirles la palabra. Mas apenas pronuncié la primera cuando el negro de Angola me dijo:

—Amo, el sol se pone, y nos va á ser imposible llegar hoy.

Me hice el desentendido; pero á las pocas frases, me interrumpió de nuevo la voz del negro que sin duda sabia de antemano que yo hablaria en el desierto, pues cuando pregunté á mis discípulos:

—¿Es verdad que tengo tiempo suficiente para hablar?

—No, contestaron todos á la vez, dejándome en la imposibilidad de lucir mi elocuencia y en la de conseguir mis evangélicas intenciones.

De regreso en mi morada, referí á Mr. Pitot los esfuerzos y tentativas que habia puesto en juego para con sus esclavos, me aseguró que los que por su parte habia empleado no habian podido conseguir resultado alguno satisfactorio. Ademas, añadió, en el estado actual de nuestras colonias, eso es tan impolítico como parece á primera vista el que dejemos á los negros en su ignorancia y embrutecimiento; en estos dos elementos consiste principalmente nuestro poder, pues necesitamos esclavos, y civilizarlos seria dar un paso hácia la manumision. Pensar, es ser libre; y llegaria un dia en que á nuestra opinion opusiesen la suya; pues es sabido, que hay orgullo en todo cuerpo donde reside una alma, y así es que si se dijera á un esclavo que sus cadenas son de flores, las llevaria sin quejarse, porque regularmente no nos hieren las cosas por lo que en realidad son en sí, sino por las palabras que las representan..... Vamos á comer.

Por una singular casualidad, se halló colocado á mi espalda el viejo negro, y el picaro me sirvió moviéndose y murmurando palabras que apenas oí; pero estoy seguro que se burlaba de mi Dios y de los suyos de Angola. Cuando fui á acostarme, le mandé que me siguiera; hizolo no de muy buena voluntad temiéndose sin duda una buena leccion de moral; pero soy un sacerdote tolerante y gracias á algunos vasos de licor que hice tomar á Roulibouli, olvidó durante la noche mi religion, la suya, sus veinte años de

esclavitud; yo que no queria olvidar nada me puse á escribir.

—¿Qué habeis hecho y dicho á mis negros? me preguntó Mr. Pitot al dia siguiente. Están tan alegres y burlones que no he podido menos de reirme al oírlos, y debo confesaros que á vos se dirigen sus multiplicadas burlas.

—He predicado, hé qui todo.

—No, no trataban de eso.

—¿De qué, pues, se burlaban?

—¿No les habeis distribuido algunas botellas de vino en el campo de Mr. Pistou, rogándoles las bebiesen á vuestra salud?

—Sí.

—¿Qué falta tan grave! Estad seguro de que solo han bebido á su salud ó mejor dicho á su degradacion. Creiais obrar con generosidad y os han engañado. Obsequiar á esos miserables es lo mismo que sembrar sobre granito, y peor aun, pues en adelante os exigirán un favor igual al que les habeis hoy otorgado, pero como vos no permanecereis aquí, no podreis conocer ni experimentar sus consecuencias; no sucederia así si uno de nosotros cometiese esa imprudencia: nuestras bodegas quedarian al poco tiempo secas y vacías. Unicamente nos atrevemos á perdonar á un negro que haya merecido veinte y cinco palos, pues si nos apartamos de esta conducta, firmábamos la ruina de la colonia.

—Sin embargo, cuando les dí las botellas no me parecieron muy felices, repliqué á Mr. Pitot.

—Sí lo eran pues que os habian robado.

—No me robaron; les di.

—Lo mismo es; no juzgan á los demas sino por si mismos, y ellos roban y nunca dan. —¿Sabeis quien es el autor de ese sainete de que sois bufon? Es ese viejo negro de Angola que emborrachásteis anoche en vuestro pabellon. Venid, venid á verlos: estoy seguro de que os divertireis.

—¿Para qué he de ir? con mi presencia terminaria su alegría y mas quiero que me engañen y se diviertan.

—Teneis razon, debemos respetar la felicidad de los demas, cualquiera que sea su forma. Tambien me convertís.

He presenciado, en un rico establecimiento de Mr. Pitot, la celebracion de algunos matrimonios entre negros. Aseguro que creí encontrar dignidad en esta ceremonia, sobre la cual, si me fuera posible, daria curiosos pormenores. A otro tal vez le parecieran ridiculas, pero ¿no encontramos ese mismo defecto en algunas de nuestras mas serias instituciones?

Acercábase el dia de nuestra partida: no pudimos olvidar á nuestra patria, pues todo nos la recordaba; cra sin embargo necesario prepararse para dar á este pais el último adios.

Aunque nada tengo que decir de los negros de la isla, cuyas principales cualidades físicas y morales he bosquejado, no sucede lo mismo respecto de los ciudadanos de Mauricio á quienes debo pagar mi deuda de reconocimiento.

¡Ah! es imposible experimentar una felicidad tan completa como la que proporcionan al alma los paseos del campo de Marte (en cuyo extremo se eleva magestuoso el sepulcro del general Malartie), cuando el sol con sus oblicuos rayos dora las pintorescas ruinas del Ponce, de las Tres-Mamellas y del Pitterboth. La señora criolla es viva, festiva y risueña. Si hay coqueteria seductora en su manera de hablar, si marcha con desenvoltura y gracia, es porque sabe que no basta la naturalidad para conmover el corazon de los indiferentes y flemáticos jóvenes de la isla de que ya he hecho mencion; pero cuando fija su atencion con un extranjero, que partirá pronto y de quien no quiere conservar mas que el recuerdo de un agradable pasatiempo, se reinonta á una naturaleza privile-

giada. — *Está lo suficiente bien formada para pasar por europea*: modo de hablar proverbial que por sí solo manifiesta que las mujeres criollas están persuadidas de su superioridad, ó por mejor decir de su perfeccion.

El que presencia los bailes dados por opulentos colonos, cree hallarse en los magníficos salones de la Chausseè-D'Antin; las hermosas adornadas de frescas guirnalda esparcen en torno suyo con sus ricos y magníficos adornos ráfagas de luz y resplandor..... Mauricio adivina y comprende á Paris. No se crea por esto que la isla de Francia ha conquistado la gloriosa denominacion de *Paris de las Grandes-Indias*, bajo cuyo nombre la conocen los viajeros, por estas frívolas fiestas y alegrías de que acabamos de hacer mencion; ese titulo glorioso es debido á su gusto á las letras, ciencias y artes, y principalmente por su ardiente entusiasmo por todo lo glorioso é ilustrado. Si en Mauricio no hay una biblioteca pública, se halla en cada casa una particular en donde se desarrollan y perfeccionan el corazon y el talento de los jóvenes.

Aun hay mas. He hallado aquí una sociedad compuesta de sujetos apreciables é instruidos sin pedanteria, los que se reuen todas las semanas en sesiones que llaman de la *Mesa-redonda*, para luchar por medio de su númen poético inagotable con los grandes genios de nuestro antiguo y moderno Parnaso, y para penetrar á veces en los profundos arcanos de las ciencias. Jamas falté á sus deliciosas sesiones, á las que me invitaron con la mayor linura. Repetidas veces he recitado despues los versos de los poetas de la isla, y el juicio de los demas unido al mio me ha convencido de que el cielo que inspiró á Pary y Bestin, no habia perdido aun su divina influencia.

En esta isla existen Bernardo y Mallac, rivales sin envidia; Arrigli, descendiente de una ilustre familia; Chomel, que viene á ser el jocosó Désaugies de la isla Coudray, director del colegio colonial, á quien están confiados muchos jóvenes de grandes esperanzas; Theanand, Esopo de la India, vencedor de las hermosas merced á sus elegantes madrigales, Depinay, aun mas notable en el foro que en las sesiones, donde es tan admirado; Maneal; Tosse, que tan perfectamente comenta y comprende á Newton y Descartes, el pintor Eduardo Pitot, Tadenille, Maingar, Epidarise Collin, que recibió lecciones de Parny y que tanto se aproximó á su maestro; y Tomy Pitot, el mas hábil de todos, poeta inspirado mas por el corazon que por el talento, á semejanza de Béranger, y que la muerte acaba de arrebatár á la colonia sumiéndola en la mas profunda tristeza. ¡Ah! no me he separado sin verter lágrimas amargas, de esos amigos de pocos dias, pero tan buenos y apreciables; quiera Dios que alguno de ellos pueda leer estas líneas, para que comprenda que tambien tengo en mi alma un altar consagrado á tan santos y desinteresados afectos.

XII.

ISLA DE FRANCIA.

Combate del Gran-Puerto.

Hoy tengo mis vestidos impregnados de un olor á pólvora que aspiro con placer; el puerto, la montaña del Ponce, las Tres-Mamellas, el Pitterboth, se me aparecen adornados con un aureola de gloria; creo ver á los elevados cocos agitando con señales de contento sus móviles coronas, y hasta diria que la sombra del plátano ofrece hoy mas frescura y un aire mas puro y suave.

La ciudad está en bullicioso movimiento, y hasta las torres que dominan á la capital están coronadas de una poblacion impaciente ¿Qué ha sucedido pues? ¿Será por ventura este dia memorable para la colonia?

Así es en efecto, pues el día de una batalla es por consecuencia un día de gloria.

Descúbranse en el horizonte hiriendo las aguas á toda vela en direccion á la isla los buques de la Gran Bretaña, ostentando en el pabellon su conquistador leopardo, mientras que los nuestros esperan en el Gran-Puerto con entusiasmo y alegría, la visita que les acaba de anunciar el inteligente vigia.

Preparóse Duperré para el combate con esa tranquilidad, con esa sangre fria, por medio de la cual se apreciaban las menores circunstancias favorables ó adversas; examinando con vista perspicaz las posiciones, y de antemano se conoció que si bien podia ser rudo el ataque, la defensa seria obstinada y vigorosa. Necesitábamos compensar las gloriosas pérdidas que habíamos experimentado en el Mediterráneo, y la India en esta ocasion nos la ofrecia, asegurada con el valor é inteligencia de Duperré. Pronto veremos si correspondió á las esperanzas que de antemano hizo concebir en aquel glorioso día.

En el mes de marzo del año 1810, mandaba en la India el capitán de navío Duperré una division compuesta de las fragatas *Belona* y *Minerva*, y de la corbeta *Victor*, que en el espacio de cinco meses de travesía experimentó los rudos ataques de las mangas marinas y otros menos peligrosos, de buques ingleses, cuyo número prescribió á nuestro capitán la mas constante prudencia. Madagascar y Mozambique, visitados repetidas veces por nuestra division, nos prestaban recursos y un asilo contra los enemigos coaligados que incesantemente nos perseguian. Tan repetidos enenentros, habian por decirlo así escitado el valor de nuestras tripulaciones que se veian ademas secundadas por dos magníficos buques de la compañía de Indias, provenientes de la China y de Bengala, los cuales habian sido apresados y tripulados y se hallaban en lugar seguro. Otros tres buques habian tomado nuestro pabellon; pero uno de ellos, despreciando las leyes de la guerra, se puso en salvo aprovechándose de la oscuridad de la noche para ocultar su vergonzosa traicion; los otros dos, llamados el *Ceilan* y el *Windham* quedaron en nuestro poder.

Aumentada en el mes de julio, la division Duperré, con estas dos adquisiciones, se hizo á la vela en direccion de la isla de Francia, que como sabia se hallaba continuamente bloqueada por los cruceros ingleses, que podian con la mayor facilidad hacer un desembarco feiz en cualquiera de los puntos accesibles de la isla, razones por las que se dirigió á toda vela á la colonia donde sobre ser francesas las costumbres, los trajes y el idioma, estaba seguro de hallar corazones y sentimientos mas franceses todavia.

El 20 de agosto á medio día, las fragatas y los buques apresados, saludaron á la isla y divisaron el Puerto Imperial y la *Passe*, en el primero de los cuales se encontraba un navío; dirigióse Duperré á él sin vacilar, pues es de esos hombres que no retroceden ante el enemigo que se presenta á su vista, pero al punto conoció que era una fragata francesa, por lo cual hizo señal á su division para que formando una linea entrasen en el puerto. No tardó en divisar los elevados gallardetes que le indicaron la presencia de la escuadra inglesa; y como no ignoraba que si esta hubiera fondeado bajo los fuertes de la colonia ó en alguna de sus radas, no tardaria mucho en salir á su encuentro, continuó su camino. El *Victor*, mandado por el capitán Mauricio, iba á la cabeza! seguiales la *Minerva* á las órdenes del valiente Bonnet; despues de esta iba el *Ceilan* mandado por el abanderado Montuc y terminaba la escuadra con el *Windham* y la *Belona* que llevaba á bordo á Duperré.

Cuando el *Victor* se halló en la embocadura del puerto, la fragata inglesa izó su pabellon encarnado, rompió el fuego é hizo caer de repente sobre el

navío una granizada de balas y metralla. ¡Sea en hora buena! La traicion recibirá el condigno castigo, pues si se combate con valor contra un enemigo honroso, la necesidad de vencer es mayor sin duda cuando ese enemigo es un traidor.

Con una sola mirada calculó Duperré el peligro á que se esponia y la gloria que le esperaba, con esa mirada decimos, con esa inteligencia exquisita que nunca le abandonó. Han tomado el Gran-Puerto, dijo al punto, ya pertenece quizas la colonia á los ingleses... pero no importa: ¡mi pabellon y mi tripulacion sabrán reconquistarla!

Pero los buques no pudieron reunirse ya á causa de que faltó el viento. El *Ceilan* y la *Minerva* habian aceptado el combate, y una vez aceptado era preciso sostenerle; la *Belona* hizo la señal para forzar el paso del puerto. Preciso es decirlo, pues que así fue y porque entre nosotros el ejemplo de una vergonzosa fuga nunca ha sido contagioso; á los primeros disparos el *Windham* empezó á disminuir su velocidad y poco despues emprendió la fuga. El abanderado D. devolvió á los ingleses la presa que condujo al Rio-Negro. Se agradeció por parte de estos su accion, pero en cuanto á los franceses sintieron que la generosa indulgencia del gefe de la expedicion le salvase del castigo que mereció cuando fue hecho prisionero.

Entre tanto llegó la *Belona* que ostentando su hermosa arboladura, altiva con su valiente tripulacion, orgullosa con su invencible capitán, recibió con calma, y hasta sin contestar en un principio, las descargas repetidas del fuerte y de la fragata inglesa, á cuya popa se colocó, acribillándola con una triple andanada de hierro y bronce. Concluida esta atrevida maniobra, fondeó y esperó tranquila la hora en que se empuñase una lucha mas sangrienta.

Imposible es espresar la alegría que experimentó Duperré cuando vió ondear en toda la isla la bandera tricolor. Seguro ya de que los enemigos solo se habian apoderado del Gran-Puerto, participó al punto al general Decaen, gobernador de la isla, su llegada y el combate que iba á tener lugar. No fue menor la alegría á que se entregaron los habitantes de Puerto-Napoleon, llamado en la actualidad Puerto-Luis, alegría que por sí sola es el mejor elogio de Duperré. Coaccionados todos su posicion y temieron que hubiese sucumbido bajo el número de los que le perseguian con tanto encarnizamiento. Pero no bien llegó la noticia de su entrada en el Gran-Puerto, se armaron repentinamente compañías de voluntarios ofreciéndose generosamente al capitán del buque, que no esperaba otra cosa de su valor y patriotismo.

El general Decaen, digno por infinitos títulos del aprecio de la colonia, tomó tambien sus medidas. Ordenó á la division Hamelin, que habia fondeado en Puerto-Napoleon y que constaba de las fragatas *Vénus*, *Mouche* y *Astrea*, y de la corbeta *Emprendedora*, que se aparejasen y volase al socorro de Duperré que tal vez dentro de poco se veria rodeado por la escuadra inglesa. La actividad del gobernador, fue extraordinaria, actividad secundada por el valor de los habitantes y de las tripulaciones, que compitieron en arrojo y abnegacion. Con una sola palabra organizó una compañía de marinos bajo las órdenes de los profesores y aspirantes, y les indicó la direccion que debian seguir. Al mismo tiempo salieron de sus lábios esas palabras enérgicas y entusiastas que tantas veces han decidido las batallas. El resultado de la que se preparaba, no dudó que mereceria una página célebre de nuestra historia marítima. Entretanto Duperré esperaba con impaciencia los primeros rayos del sol.

Una vez dispuesto todo, y exaltado en el alma de los que le rodeaban el amor á la patria, marchó á su vez á saber si Duperré necesita sus servicios. Tenaz era la resistencia que tanto por mar como por tierra se preparaba á los ingleses; pero sigamos paso á paso

á los acontecimientos que por todas partes sobrevinieron.

El capitán Duperré, tan valiente soldado como hábil para encontrar recursos, se puso en orden de batalla, apoyado en el recodo de un arrecife al extremo de la playa. La corbeta *Victor* estaba á la cabeza presentando su costado de estribor al enemigo; hallábase despues la *Belona* y á su espalda la *Minerva*; cerraba la línea el *Ceilan*, y de este modo era imposible cercar á la division por cuanto tenia asegurada la comunicacion con la playa.

El día 22, una segunda fragata inglesa fondeó al lado de la primera, y desde entonces ya no pudo quedar duda de que el combate seria sangriento; el enemigo manifestó querer atacar. La division francesa esperó tranquila en su posicion; pero habiendo encallado una fragata que se puso en movimiento, no se pudieron romper las hostilidades hasta el día siguiente 23, en el cual se descubrieron en alta mar dos nuevas fragatas que se dirigieron á la isla de la Passe. Grande fue la alegría de Duperré, pues creyó que era la division del general Hamelin que venia á incorporársele; pero las señales que se cambiaran los enemigos, le hicieron conocer su peligrosa posicion. Los habitantes de la isla coronaban las alturas del Gran Puerto, de modo que el capitán iba á pelear en presencia de una colonia que únicamente cifraba en él sus esperanzas de salvacion. La tripulacion ávida de gloria participaba tambien de la impaciencia de Duperré, que anhelaba el momento del combate. No se hizo esperar mucho. A las cinco, la division inglesa emprendió sus movimientos de ataque con los buques *Sirio*, en el cual ondeaba el pabellon de mando del capitán Rym; la *Nereida*, mandada por el capitán Willoughby; la *Ifigenia*, á las órdenes del capitán Lambert, y la *Mágica*, á las del capitán Cartin: todas ellas fuertes y amenazadoras se dirigieron la primera contra la *Minerva*, la segunda sobre el *Ceilan*, y las dos últimas contra la *Belona* y el *Victor*.

Aunque, como se ve, la division enemiga tenia doble fuerza que la francesa, en esta ocasion se reconoció de nuevo que los franceses jamas han retrocedido ante el número, y que nuestros marineros poseian esa resolucion heroica que los enemigos no tienen en cuenta, y que sin embargo hace desaparecer las mayores y al parecer invencibles dificultades.

Antes de comenzar el combate, arengó Duperré á su tripulacion, con una alocucion breve pero llena de energia, á la cual contestaron los marineros con un espontáneo y entusiasta ¡Viva el emperador! que repitieron todos aquellos corazones amenazados en todas partes por la muerte. A las cinco y media se rompió el fuego en toda la línea, y el estruendo de la artillería anunció á los habitantes de la isla que la suerte de la colonia iba á decidirse. Pero estaba reservada una última prueba á nuestros marineros, cuya fortuna parecia les era adversa hacia algunos días: los palos de la *Minerva* y del *Ceilan* cayeron hechos pedazos, y arrastrados estos dos buques por la corriente y la brisa, encallaron al lado de la *Belona* que les cubrió y escondió las baterías, quedando por consiguiente condenados á permanecer como testigos mudos del combate que la *Belona* y el *Victor* continuaron sosteniendo con extraordinario valor. El enemigo se aprovechó de tan imprevisto y desgraciado acontecimiento, y redobló su furor contra la *Belona*; una fragata inglesa encalló tambien y no pudo hacer jugar las piezas de proa: pero las otras tres presentaban sus costados á nuestra única fragata, y cruzaron sobre ella los repetidos disparos de su artillería.

Sola contra todas, en medio de una lluvia de hierro y fuego, la heroica *Belona* desplegó una energia aumentada por el odio que inspiraba á nuestros marineros el encarnizamiento de un adversario tan terrible. Abriéronse los costados de la *Belona* y sus de-

fensores y artillería volaron hechos pedazos. ¡Viva el emperador! gritó la tripulacion luchando sola contra tantos adversarios; ¡Viva el emperador! ¡y que tan solo el mar ahogue nuestras voces! La tripulacion de la *Minerva* reemplazó momentáneamente á la que habia destruido la metralla y cada marino fue un héroe. Nuestro fuego sin embargo dominó al de los ingleses; parecia una sucesion no interrumpida de truenos y rayos, parecia que la muerte caminaba con alas de fuego; apercibieron nuestros marineros esta ventaja, pues acaso contaban el número de disparos, y gritan de nuevo: ¡Viva el emperador! Duperré se encuentra en todas partes, pues por todas estiende el hierro y el fuego sus estragos, y mientras que da el ejemplo á su tripulacion, pone en conocimiento del gobernador de la colonia las vicisitudes de la batalla. A las diez, en esta ocasion los momentos lo eran de gloria, cayó herido en la cabeza por un disparo de metralla. En un principio le rodearon sus marineros vertiendo lágrimas de dolor; despues, henchidos sus corazones de rabia, oprimieron afectuosamente su mano y juraron vengarle.

No bien llegó á saber Bouvet tan deplorable desgracia, intrépido y arrojado pasó á bordo de la *Belona*, ocupó el lugar de Duperré, y la tripulacion encontró en él, otro digno capitán; el honor sucedió al honor.

A las once cesó el fuego del enemigo; la *Belona* hizo cesar tambien el suyo no por cortesia sino para proporcionar un momento de descanso á los fatigados marineros. Media hora despues le renovamos para ver si se nos contestaba, pero nuestros disparos resonaron sin eco, por lo cual nos resolvimos á guardar silencio. ¡Hasta mañana pues!

A las dos se presentó un ayudante de campo del gobernador, participando al comandante de la *Belona* que un prisionero que se habia podido fugar de la fragata *Nereida* llegó á nado á la ribera y habia declarado que esta fragata, reducida al estado mas lastimoso, se habia inutilizado durante la noche. Bouvet respondió al general: «Mandadme un áncora y un cable para desencallar á la *Minerva* y os aseguro que serán vuestras las demas fragatas: ¡Viva el emperador!» La noticia reanimó el valor de nuestros marineros, que esperaron con ansia el momento en que apareciese el sol para comenzar de nuevo el combate.

Amaneció por fin: la division francesa ocupaba la misma posicion, mientras los ingleses presentan un cuadro lastimoso; en torno de la *Nereida* flotaban sus mástiles, costillas y pabellon; el *Sirio* continuaba encallado; la *Ifigenia* cubierta por la *Nereida*, y la *Mágica*, como último recurso, era la única que presentaba su costado á la *Belona*. Esta rompió de nuevo el fuego con mas fuerza que nunca; arrancó el pabellon á la *Nereida*, mas los fuegos cruzados de los otros buques impidieron tomarla al abordaje. Fue preciso metrallar á la *Mágica* y al punto el inteligente Bouvet ordenó que se rompiera el fuego contra ella.

A las dos, el capitán de navío Roussin, en la actualidad vice-almirante, pasó á bordo de la *Nereida* que encontró abierta por todas partes, y cuya tripulacion se habia puesto en salvo antes durante la noche. Mas de cien cadáveres mutilados yacian esparcidos en las baterías y en el puente. El *Sirio* hacia vanos esfuerzos para desencallar, y la *Ifigenia* ya no podia combatir. Al ponerse el sol nubes densas de humo se elevaron de la *Mágica*, llamas devoradoras salieron por las escotillas de su bateria, y á eso de las once se levanta una horrorosa llamarada, acompañada de espantoso ruido, y anunció á todos que la *Mágica* se habia volado...

En la mañana del 25, rompieron de nuevo el fuego la *Belona* y el *Victor*, y sus disparos dirigidos contra el *Sirio*, siembran la muerte y la destruccion en esta

fragata que, encallada, no pudo responder á este vigoroso ataque mas que con las baterías de proa. La *Ifigenia* fue por consiguiente la única que quedó de esas cuatro fragatas tan hermosas y atrevidas; aun hubiera podido combatir y disputar una victoria llena de gloria, mas dejó apresuradamente un campo de batalla tan funesto para el pabellon ingles, y se refugió cerca de la isla de la Passe.

El dia 26 fue indudable el triunfo de la division francesa; tratóse de apresar á la *Ifigenia*. El 27, la division del comandante Hamelin, proveniente de Puerto-Napoleon, se presentó y se puso en marcha en direccion á la isla de la Passe, y el 28 al amanecer, pasó á bordo de la *Ifigenia* un oficial portador de la intimacion de rendicion del buque y de la isla de la Passe, en nombre de su excelencia el gobernador general, con ventajosas condiciones para los vencedores, á la par que generosas para los vencidos. A las once, el pabellon frances, enarbolado en el puente y á bordo de la fragata inglesa, anunció á los marineros de la division y á los habitantes de la isla de Francia el último resultado de la victoria.

Este fue el término del combate del Gran-Puerto, que ocupará siempre una de las mas hermosas páginas de nuestra historia marítima. Los Duperré y Bouvet, sentaron en esta ocasion los cimientos de esa gloriosa reputacion de valientes y entendidos que ha colocado á ambos capitanes á la cabeza de nuestros mejores almirantes.

XIII.

BORBON.

San Dionisio.—Ballena y Espada.—San Pablo.—Volcanes.—Naké y Tabeha.

DESDE la isla de Francia á Borbon hay treinta leguas; y ciento cincuenta por lo menos desde Borbon á la isla de Francia, pues los vientos alisios que reinan constantemente desde la primera de estas islas á la segunda, son contrarios para el regreso, y repetidas veces obligan á los buques á hacer arribadas casi á la vista de Madagascar. Tal es la voluntad de los vientos y de las olas.

En realidad, podemos decir que desde ahora empezarán nuestras curiosas expediciones, pues desde que se saluda el pabellon que ondea en el palacio del gobernador, tal vez se pasarán años enteros sin oír hablar, no tan solo de la Francia, sino tambien del resto de la Europa. Nada agrada tanto al valiente, como el pensar en los peligros que le esperan y en los que ya lleva vencidos, pues el corazon tambien representa un papel importante en las vicisitudes de la vida aventurera, y no enmudece al recordar un pasado que ha satisfecho sus inclinaciones. Aunque no niego que el corazon es ciudadano del universo, reconozco tambien que su patria predilecta es aquella en que residen sus felices recuerdos, á los que se une tanto mas, cuanto mas próximo está el dia en que debe perderlos.

Llegamos, pues, á la rada; ligeras piraguas rodearon al buque, que no tuvo que sufrir la cuarentena: pasé á tierra.

Nada mas particular que San Dionisio: ciudad grande, inmensa por su estension, pero muy pequeña si se cuentan sus casas. Tan solo hay un barrio suficientemente agrupado para poder formar verdaderas calles, mientras en las demas se puede ir cazando á visitar al vecino. Por lo demas, aquel eterno verdor, tan hermoso y variado, entre el que sobresalen las casas, forma un pintoresco contraste con las áridas montañas que rodean parte de la ciudad, y con los conos de ennegrecida lava que se distinguen en el horizonte.

A pesar de que la distancia entre la isla de Francia y de Borbon no es considerable, se nota una extraor-

dinaria diferencia en el carácter de los habitantes, que no puede pasar desapercibida al observador. Los colonos son como los de la isla de Francia, francos, finos y amables con los extranjeros; pero todos estos sentimientos les espresan con menos formas y mas rudeza. El clima es parecido: la temperatura es casi la misma en la llanura y en los valles; pero en Borbon atraviesan á las nubes los gigantescos montes y conservan en sus cimas nieves perpétuas; un volcan arroja sin interrupcion á gran distancia inmensas lavas por veinte bocas de fuego, y se podia decir que el carácter de los colonos se ha revestido, en cierto modo, de estos salvajes colores. El mas fino y elegante de San Dionisio es como un rústico de Mauricio; pero un rústico orgulloso y desvergonzado.

Pocas cosas notables se encuentran en la ciudad. La iglesia es mezquina, pobre, sin mas cuadros que un San Dionisio con la cabeza en las manos, por cuya circunstancia conmovirá extraordinariamente á los negros; un Cristo en el altar mayor, de buen colorido y colocado en un marco nada bueno; y por último, una escultura que parece un mono, y que representa á Mr. de Labourdonnaie, bajo la cual se lee esta inscripcion:

A SU ADHESION DEBEMOS
LA SALVACION DE LAS DOS COLONIAS.

Aun á despecho del mártirologio, diré que me parece que los santos templos deben abrirse tambien para todos los bienhechores de la humanidad.

No tardé mucho en fastidiarme en la ciudad, bien porque no encontré cosa alguna que pudiese llamarme la atencion, bien porque en nada se parece á una poblacion de Europa. Pasé á bordo de la corbeta anclada en el peligroso desembarcadero para distraerme, y como tenia á mi disposicion piraguas, recorri la costa dibujando aquellas rudas asperezas formadas de grandes masas de lava de diversos colores, y entre las cuales aparecen brillantes capas de verde yerba que no pueden extinguir las ardorosas corrientes. El viento me separó, en fin, de estas imponentes masas y pasé á bordo.

La noche era pura, noche de los trópicos, perfumada por las emanaciones de la tierra, con un cielo puro y despejado, en el que brillaban millares de estrellas, cuyo resplendor debilitaban los pálidos rayos de la luna llena: parecia un vasto cielo rodeado de un ligero vapor.

Acabábamos de entregarnos á una de esas dulces conversaciones propias de los que están embarcados, y cuyo principal encanto consiste en la frivolidad; bajábamos ya á nuestro camarote respectivo, cuando sentimos un sacudimiento tan fuerte, que nos hizo consultar rápidamente al horizonte, de donde creíamos que soplabá alguna naciente brisa; pero reinaba el mas completo silencio. De improviso se elevó en el aire un brillante surtidor de agua; apareció el lomo gigantesco de una ballena en la superficie de las aguas, y desapareció con la rapidez de una flecha. Al mismo tiempo, un pescado de regular magnitud saltó y cayó con presteza: este último era el pez espada, enemigo mortal del gigante de los mares. Cuando se encuentran estos dos animales frente á frente, ya no se separan: emprenden un terrible combate, combate á muerte que siempre tiene lugar, pues es preciso que sucumba uno de los dos adversarios, si bien las mas veces despues de la lucha los cuerpos de ambos son el pasto de los tiburones y de las focas. La ballena es mas fuerte, pero el pez espada es mas valiente porque está seguro de que morirá bien sea vencedor ó vencido, al paso que la ballena nunca muere cuando triunfa. ¡Ah! hubiéramos necesitado toda la claridad del sol para disfrutar del espectáculo que iba á tener lugar; pero sin embargo, la luna era tan hermosa que perdimos muy pocos episodios de él.

La oscilacion del buque, cerca del cual se habia empeñado el combate, nos indicaba el sitio que ocupaban ambos adversarios: figúrese el lector qué espacio ocuparia la ballena considerando que en quince dias podia dar la vuelta al mundo. Para evitar el choque terrible de su monstruosa cabeza, el pez espada daba grandes saltos y volvia á caer con furia, pero sin resultado, con el dardo agudo y largo de que le ha dotado la naturaleza en direccion á la tierra. Ya hacia media hora que habia empezado la lucha sin que se hubiera decidido la victoria, pero enemigos de esta clase no conocen tregua ni reposo. Cuando la ballena se precipita sobre el pez espada, si consigue alcanzarle, le aplasta sin remedio; mas si el pez espada, despues de un salto rápido, logra clavar su cuchilla dentada en el lomo de la ballena, esta tiene pocos momentos de vida, pues es muy profunda la herida, y sale su sangre á torrentes. Los encarnizados enemigos que en un principio peleaban cerca del buque, fueron á terminar su combate á gran distancia, y al dia siguiente se veia en el horizonte desde la gavia mayor, un vivo color de sangre que ocupaba un gran espacio. La ballena y el pez espada habian sin duda alguna terminado su combate.

Teniendo que tomar la corbeta las provisiones necesarias para uno de nuestros mas largos viajes, arribamos á San Pablo. Aprovechéme de esta circunstancia para visitar el interior de la isla, y recorrer las hermosas rampas que Mr. de Labourdonnaie hizo construir á traves de barrancos y torrentes, y en los flancos de las mas ásperas montañas. Es una obra digna de los romanos, y que en la actualidad se ha completado con la construccion de un magnifico puente sobre el rio de los Gujarros, que en dias tempestuosos, se convierte en un torrente devastador.

Aseguro que no hay espectáculo mas curioso que el pasar al lado de una ciudad sin que se la vea. Esto sucede en San Pablo: sus casas, irregularmente construidas en medio de hermosos llanos cubiertos de verde yerba, están escondidas por las cercas que las rodean. San Pablo es una ciudad muy moderna, construida en un terreno arenoso, al pie del Pais-Quemado. Está orgullosa con su posicion topográfica, y parece que dice á los viajeros: «Tan solo aquí os podéis poner al abrigo de las tempestades.» Varios han sido sus nombres: primeramente se la llamó Mascareinhas, apellido del capitán portuguez que la descubrió; llamóse despues La Reunion, y por último se la puso el que tiene en la actualidad.

Un volcan muy considerable, separado del resto de la isla por una vasta sucesion de rocas, está siempre en actividad, tiene tres cráteres y su elevacion es de mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Mr. Berry, de San Vicente, puso al que encontró encendido el nombre del célebre Dolomieu, y sus compañeros de viaje pusieron el suyo al que está separado del cráter Dolomieu por la cima del centro, y que es una verdadera chimenea, por la cual se halla establecida la comunicacion entre los fuegos subterráneos y los del cielo. Este fue el honor que mereció el explorador que tanta actividad desplegó en sus investigaciones, que penetró en una isla viniendo alturas hasta entonces inaccesibles, salvando mil precipicios, formó un excelente mapa del pais, sufriendo la sed, el hambre, y todas las desigualdades de un cielo alternativamente abrasador y helado, y que descubrió despues de Commerson y Du Petit-Thouars, mil nuevas producciones que habian pasado desapercibidas á estos eminentes naturalistas.

La isla Borbon, situada entre los trópicos, produce los mismos tesoros vegetales que la India, pero tiene tambien puntos elevados de un estraordinario frio. Ademas del volcan, en cuya cima desciende frecuentemente el mercurio del termómetro á un grado de estremada congelacion, existen otros parajes muy

elevados de un rigoroso frio, entre los cuales sobresale el Piton de las Nieves, uno de los Salazes, de mas de mil uuevecientos metros de altura.

El aspecto volcánico de estas imponentes masas, prueba evidentemente que han salido de las entrañas del globo, arrancadas por las grandes erupciones. En el Piton de las Nieves, solitario, sin vegetacion alguna, triste y dominando un horizonte sin limites, se perciben huellas humanas, testimonios irrecusables del valor de los esclavos entusiastas que buscan la libertad hasta en los últimos limites de la atmósfera. Encuéntrese tambien los huesos calcinados de algunos desgraciados que prefiriendo la independencia del desierto á la esclavitud de la inhumana sociedad, ponen fin á sus desgracias en aquellas soledades.

La isla está cubierta de una rica vegetacion que ofrece á la vista del observador el cuadro mas pintoresco y variado. En la costa se admira la planta del café, la del algodón, la uez moscada, el clavel, y otros muchos vegetales preciosos del Ectator, ofreciendo al hombre lo necesario y lo supérfluo. A medida que uno se va alejando de la costa y se marcha hacia el interior de la isla, se van encontrando otros vegetales que ponen á cubierto al viajero de los rayos del sol: con la palmera se halla confundido el cocotero, el árbol del algodón con el vacio; el ébano y otros muchos árboles cuyas maderas sirven para la construccion, rivalizan en altura con los mas elevados, y se hallan en la espesura de los bosques. Cuando el cazador ha caminado unos setecientos metros, encuentra una multitud de bambúes á la vez elegantes y magestuosos, que elevándose á cincuenta ó setenta pies, parecen flechas de un hermoso verdor. En el tronco de estos bambúes de estraordinaria flexibilidad, hay unas cañas delgadas que agitadas siempre por el viento, producen á veces agudos sibidos. La, por decirlo así, zona de los bambúes tiene de estension uuevecientos metros, de modo que su espesura es de doscientos; es como el limite de estos grandes bosques. El único árbol importante que se encuentra despues, es el inmeuso heterófilo, que despreciando la igualdad de las formas, tiene confundidas hojas parecidas á las del sauce con otras semejantes á las regulares de la acacia.

El aspecto del pais cambia despues completamente: las zarzas son el único adorno de aquellas ásperas rocas; la grama, el verdoso musgo, y algunos humildes brezos, crecen al pie de estas rocas.

En medio de esos bosques que presentan tan prodigioso conjunto de producciones, se encuentran grandes trozos de antigua lava, azules, grises y rojizos, manifestando al hombre que descansa sobre abismos y que la rica vegetacion que admira es la corona de abrasadoras regiones que acaso serán un dia la tumba de tantas riquezas.

El dominio del hombre no se estiende á aquellas rocas inaccesibles, que solo son visitadas por la cabra montes, proveniente de las que dejaron en la isla los portugueses que la descubrieron. Debo hacer notar de paso que tanto estos como los españoles, siempre que han pasado por una tierra desconocida han sembrado en ella algunas riquezas de su pais. ¡Lástima es que sacerdotes fanáticos de la religion mas tolerante, hayan borrado del corazon de los desgraciados salvajes el reconocimiento que debieran haber producido los muchos beneficios que estos pueblos les prodigaron!

El volcan de Borbon, de una constante erupcion, esparce sus destructores efectos en un espacio llamado Pais-Quemado. Es considerable la masa de lava que arroja; en torno suyo hay otros muchos cráteres mas pequeños, semejantes á unos cerros, pero que sin embargo son tan considerables como el Vesubio que hace temblar á Nápoles.

La isla Borbon es de una forma circular, cuyo diámetro mayor tendrá de quince á diez y siete leguas de Nordeste á Sudeste, y unas nueve en el mas pequeño que atraviesa á la isla en aquella misma direccion. Los fondeaderos menos malos son San Pablo y las Cascadas, pues en esta isla han sido vanos los esfuerzos del hombre para sujetar los elementos y asegurarse un asilo contra el borrascoso Océano. En el fondeadero de que hablamos se han visto destruidos mas de una vez los sólidos cimientos que se han levantado, y únicamente las enormes rocas que el mismo ha vomitado han podido hasta ahora resistir al furor de las olas embravecidas.

Antes de concluir la descripción de esta colonia francesa, creo deber completar con las noticias que pueda adquirir, los ligeros detalles que he dado sobre las diversas castas de esclavos y negros de la isla de Francia y Borbon.

El criollo negro es generalmente menos alto que el blanco, bien formado, ligero, diestro y vigoroso; tiene agradables las facciones, la vista perspicaz é inteligente y un carácter muy dulce; ama con pasión á las mujeres, no se entrega á la bebida tanto como los otros negros, y es mas cuidadoso desu aseo; tiene mucha disposición para las artes mecánicas, y por sus cualidades morales es preferible á los esclavos de las demas naciones.

Los negros y negras de Guinea llamados yoloofs, son altos y esbeltos; sus ojos negros y dulces, de presencia agradable, francos, de cutis fino y de un negro de ébano; tienen una dentadura muy hermosa, la boca grande, las piernas un poco delgadas y el pie abultado. Se presentan y andan con mas nobleza que los demas negros, esceptuando á algunos malgaches; bailan con mas gracia y espresion que los otros esclavos de la colonia, y las mujeres son apasionadas por el que llaman la chega.

Los malgaches no son tan altos como los yoloofs, pero son mejor formados; su piel es de un negro menos pronunciado, de agradables facciones y de ojos dulces é inteligentes; son muy ágiles y diestros. Dividense en muchas castas que se distinguen por su diferente color, estatura, cabello y carácter.

Tanto se cree actualmente en los enanos de Madagascar como en los gigantes de la costa de los Patagones, muchos viajeros han hablado de ellos sin tomarse la molestia de examinar la verdad. Los dos individuos conducidos hace algunos meses á la isla de Francia como pertenecientes á esta especie, no son mas que el resultado de esos juegos de la naturaleza de que tantos ejemplos se encuentran en todas las partes del mundo.

Las oras son entre los esclavos, las mas hermosas y dulces y las que mas aman á sus amos. En la isla de Borbon se cuenta aun una aventura reciente que ha producido una viva sensacion.

Dos jóvenes de esta casta, casi de la misma edad y muy lindas, concibieron al mismo tiempo una violenta pasión por su amo, que por su parte no pensó en participar de ella. Sin desconfiar una de otra, sin conocer los celos en un principio, competian ambas en amor y adhesion para con su amo, cuyos menores deseos adivinaban; pero cuando por ejemplo notaba Naké que Tabeha habia alcanzado alguna preferencia del objeto que ambas adoraban, lágrimas abrasadoras corrían por sus mejillas, y se retiraba á su cuarto presa de la mayor desesperacion.

Una tarde en que dudaba Naké de los tiernos sentimientos de su amiga, la llamó y la dijo:

- ¿Amas á nuestro amo?
- Sí. ¿Y tú, le amas?
- Sí.
- ¿Con verdadero amor?
- Con amor verdadero.
- No le amarás tanto como yo.

—¡Ah! tal vez mucho mas que tú.

—Te desafio.

—Acepto.

—Si te ama antes que á mí, le enveneno.

—Si te ama antes que á mí, os mato á los dos.

—Pues bien, Naké, dejemos de amarle ambas.

—Al contrario, amémosle las dos, pero muramos por él.

—¿Y cómo hemos de hacerlo?

—Subiremos al volcan y nos precipitaremos en él.

—Moriríamos en un momento y debèmos sufrir mas; dejémonos morir de hambre.

—Corriente: y la que coma aunque no sea mas que un grano de maiz, le amaré menos que la otra.

—¡No seré yo!

—¡Ni yo tampoco!

Y las dos desgraciadas jóvenes cumplieron su juramento: cayeron desfallecidas en presencia una de otra, y un día se las encontró juntas, flacas y espirando. Su amo fué á verlas, y dijo á Naké:

—¿Qué sientes? ¿Qué tienes? Responde.

—Te amaba, y muero.

—¿Y tú, Tabeha?

—Te amaba tambien.

Una negra anciana, estúpida, depositaria del juramento de las dos jóvenes, contó posteriormente á su amo la fatal resolucion que habian tomado, y yo prudente historiador, no he titubeado en referirla en estas páginas, convencido de que el contagioso amor de las dos oras no llegará nunca hasta nosotros, ó que en todo caso no será peligroso para nuestras europeas.

XIV.

BORBON.

Petit.—Hugues.—Esclavos.

No soy grave; serio tal vez. No razonan con tanta sensatez muchos filósofos que se tienen por lógicos y profundos, y que no son mas que necios pedantes. ¡Cuántos doctores hay que quisieran poseer la sensatez de los dos interlocutores que voy á presentar, y de los que, sin razon acaso, os reireis! Hay libros para todas las inteligencias, así como hay una moral para todos los pueblos. Así tambien la Europa toca al Asia, y sin embargo hay un mundo entre los dos puntos mas próximos de estas dos fracciones de nuestro planeta. ¡Cuántas veces he tenido á mi derecha uno de esos poderosos mortales que han dado nombre á una época, que me han marcado el curso de los astros, que me han anunciado fijamente el momento de su aparicion, y que me han leido en el libro de la naturaleza como nosotros leemos el Telémaco; y á mi izquierda uno de esos cerebros obtusos que nada comprenden, á quienes nada llama la atencion, que lo mismo aceptan lo falso que lo verdadero, y que acaso no se sorprenderian si viesen salir el sol por el poniente, atribuyéndolo á que sin duda se equivocaron la vispera! ¿Quién está entre ellos dos? Yo, un átomo, nada. ¿No sucede lo mismo en el mundo? Sí: aquí vemos un hombre de gran talento; allí un necio; en otra parte al hombre que dota á su siglo de una idea, de un pensamiento elevado; en esta otra al que parece que con su estupidez desmiente la grandeza divina de su Creador. El hombre que observa, en todas partes encuentra contrastes, á cada paso ve un rudo combate entre el bien y el mal, entre la debilidad y la fuerza; ve que lo que es un bien bajo sus plantas es un mal á seis varas de distancia, y que lo que hoy le parece colosal, mañana le parecerá raquítico y enano.

Cierto, sí: la vida es una fatiga, iba á decir una carga pesada; es una burla para aquel que reflexiona sobre las penas y amarguras de que está acompa-

ñada y para aquel que puede explicársela y comprenderla.

Tuve la idea, antes de atravesar las hermosas rampas construidas por Mr. de Labourdonnaie, de pasear hacia el manantial del torrente que en los días tempestuosos arrastra sus terrosas y agitadas aguas al pie de San Dionisio. Un marinero llevaba mi cámara oscura, llamábase Petit, mi valiente y desgraciado amigo siempre dispuesto á todo trabajo útil, y del que ya he hablado en otra ocasión. Caminaba á mi derecha, y era un hombre de talento en su clase; á mi izquierda iba un tal Hugues, que mas adelante apreciaremos en lo que vale. Caminábamos con inseguros pasos por los muchos guijarros de que estaba sembrado el camino, y el sol nos heria con sus inclinados rayos lo suficiente para fatigar nuestra constancia. Hugues era un necio, pero doblemente necio, por cuanto queria aparecer como un hombre eminente; por lo demas era fiel y honrado.

— ¡Maldito país! murmuraba Petit mascando un enorme trozo de tabaco.

— ¿Por qué? replicó Hugues con aire de un señor que mira con compasion á su criado.

— ¿No veis cuántos guijarros? cada vez que hay tempestad el torrente los arrastra hacia el mar, hace millones de años que se conocen las tempestades y por consiguiente no debiera ya haber quedado uno solo, y ved, sin embargo, que los hay en demasiada abundancia.

— Pero, gran tonto, la tierra cria los guijarros, como cria las setas. ¿No es así, Mr. Arago?

— Lo ignoro; pero sí sé que los malditos me van á hacer pedazos las botas.

— No romperán las mías, dijo Petit que iba descalzo.

— Decidme, pues, gran sabio, prosiguió el marinero ¿por qué ese sol que nos derrite las espaldas y nos pone mas encarnados que unos cangrejos cocidos, no abrasa los cuerpos desnudos de esos pobres negros, que ni aun tienen un vaso de vino por semana para refrescarse?

— Porque han sido creados así. Se les ha dicho: Sois negros y por lo tanto debéis ser esclavos, cavar la tierra, desmontarla y sufrir.

— Así debe ser sin duda; adopto la razon que me habeis dado. ¿Pero cómo me hareis comprender que en este momento estamos cabeza abajo, como he oido decir esta mañana en el castillo de proa? Esto es durillo de tragar, pues si así fuese la media botella de vino que llevo en mi bolsillo, y de la que me permitirá Mr. Arago beber un trago, se vaciaria completamente.

— Pues así es: el cielo ha querido que la tierra sea redonda, con el objeto de que se pueda dar la vuelta al mundo; y si fuera plana, esto seria de todo punto imposible.

— Divinamente: me habeis convencido. ¡Cuán provechoso es viajar con sábios de este calibre!

No es del todo exacto el que la pereza sea la causa de que haya hombres ignorantes; mejor dicho estaria que ella es la que los hace continuar en la ignorancia. Todos los hombres, bien por una apreciable vanidad, bien por una mal entendida curiosidad, quieren saber. No hay secretos por ocultos que estén, que el hombre no pueda penetrar, al paso que no hay uno solo de grandes proporciones que no pretendamos descubrir por nosotros mismos, proporcionándonos mil veces mas trabajo el sumirnos en el error ó en la mentira, que el que nos hubiera ocasionado si hubiéramos buscado en otras fuentes la verdad. Como el olvidar lo que se sabe es muy difícil, vale mas ignorar todo que saber mucho, si lo que se sabe es falso. El que no sabe nada dejará obrar al alma sin la inteligencia, pero el que ha admitido todo no tiene mas que una razon extraviada. Un palo hecho pedazos difícilmente podrá recobrar su primitiva fortaleza.

Si hubiera dejado proseguir al moralista Hugues, que pocos días despues admiti en calidad de criado, habria trasformado el carácter natural de Petit, convirtiendo su sencillez en necedad; pues Hugues, extraordinariamente orgulloso, le inculcó las mas ridiculas heregias, y creo que hasta le explicó los secretos de la digestion. Hugues era á la vez moralista, filósofo, astrónomo y médico: creia ser todo porque no era nada. Si callaba yo, levantaba mas y mas su voz impertinente, si esuchaba no ponía límites á su charlataneria. En nuestra primera entrevista creia lucirse y no hacia mas que disparatar. Su dócil discípulo por otra parte, se decia: puesto que Mr. Arago no le contradice, Mr. Hugues dirá la verdad. Antes de que llegásemos al término de nuestro paseo, el profesor se habia apoderado de tal suerte de su discípulo que este le llamaba ya con un señor como el puño: merecia cien azotes el pedagogo.

El ancho y desigual valle que atraviesa el torrente se iba estrechando poco á poco á medida que nos acercábamos al manantial, y las montañas que descubrimos á nuestra derecha se revestian de un aspecto magestuoso. Los espacios que mediaban entre unas y otras manifestaban á las claras que no eran indiferentes á la poderosa influencia de los volcanes: y en efecto, encontrábanse aquí y allá lejos del sitio que ahora ocupaban, trozos inmensos de rocas desprendidas de sus cimas por las violentas sacudidas de los fuegos subterráneos; y Hugues, á quien apenas llamaba la atencion este terrible trastorno, decia al pobre marinero embozado que las erupciones de los volcanes de la luna, nos envian los rápidos y peligrosos areólitos; y lo creia así sin duda. No sucedia lo mismo á Petit, hasta que Hugues con aire de triunfador le explicó la causa primordial de las comociones volcánicas, penetró en el fondo de las aguas, las arrancó el secreto siempre oculto de las marejadas que tantos buques han destruido, y probó victoriosamente que las estrellas del hemisferio austral son mas brillantes que las del boreal. Lo que aun ignora la ciencia, los fenómenos meteorológicos que admira el hombre sin poderlos comprender á pesar de los grandes adelantos hechos en la geologia y en la astronomia, todos quedaron explicados y conocidos gracias á nuestro sabio Hugues; de suerte que el pobre Petit, vencido con razones tan claras y evidentes, estaba ya dispuesto á cambiar de naturaleza y á convertirse en un Hugues como el que tenia á mi izquierda. Petit guardó por algun tiempo el silencio de la reflexion, procedente de la irresolucion de la razon, hasta que por fin le rompió con la idea de probarme que habia comprendido.

— ¿Sabeis, Mr. Arago, me dijo, que es una gran cosa la ciencia?

Antes de responder al crédulo Petit me paré bajo una hermosa bóveda de palmeras; al lado de un campo de cañas de azúcar, y en cuya estremidad se descubrian las chozas bajas y fétidas de los negros del ingenio. Petit permaneció en un principio de pie por respeto menos á mi persona que á la de su maestro Hugues, que sin embargo era igual á él. Le invité á que se sentara á mi lado y le dije:

— Vamos, basta ya de ciencia; ahora toma un bocado.

— Es particular, casi no tengo apetito; tengo trastornada la cabeza.

— ¿Pues cómo?

— ¡Como Mr. Hugues me ha enseñado unas cosas tan científicas!

— ¿Qué te ha enseñado?

— En primer lugar que la tierra es redonda, porque si no lo fuese, nadie podria dar la vuelta al mundo. En seguida lo he comprendido, es tan claro como la luz del día, y sin Mr. Hugues nunca hubiera caido en ello. (Petit se quitó el sombrero.)

Hugues estaba reventando de orgullo.

—¿Y si te digo, que ese, á quien tanto admiras y que te ha privado de tu diario apetito, no ha dicho mas que necedades?

—Si me lo probais, Mr. Arago, os juro á fé de Petit que ese bribon no volverá á dar lecciones á nadie.

—No pretendo que lleves tan allá tu resentimiento, pero por ahora, procura olvidar cuanto has oido, continúa como hasta aquí, un excelente marino, y no te quieras salir del círculo que el destino te ha trazado, no fomentes esas ideas ambiciosas tan poco en armonía con tus fatigas de marino, y bebe este vaso de vino á la salud de tu amigo Marchais.

—A su salud, enhorabuena... pero estoy seguro que mejor que á él me sienta á mí.

—A vos Hugues, os aconsejo no queráis propagar vuestras simplezas á hombres dedicados al trabajo, porque pueden producir fatales consecuencias, y si sabéis leer, lo que yo dudo, leed sobre cubierta los libros que os prestaré para que no os fastidiéis en las horas de guardia.

—Pero, señor, lo que he dicho á Petit, lo he leido en muchas obras.

—Si hubiéseis hecho mejor eleccion de ellas, ahora tendríais mas hueca la cabeza y por consiguiente menos pesada. En moral nada pesa tanto como el vacío; creedme, por lo tanto, cambiad de vocacion ó mas bien de naturaleza, volved á sumiros en la ignorancia aunque os cueste algun trabajo.

Hugues calló; Petit mordió con placer una hermosa pechuga de pavo que oprimia con sus dedos llenos de brea, y de cuando en cuando me decia con una voz no tan baja que no la pudiese oír el pobre Hugues.

—¿Qué bestia he sido creyéndome que los guijaros nacen como las setas! Lo que es ahora prefiero comer esta pechuga y beberme este vaso de vino, á oír necedades como las que hace poco me ha encajado... Mataria á ese hombre.

Hugues por su parte comía y callaba, pues las manos callosas del marino le habian entorpecido la lengua y concluyeron con sus pretensiones al profesorado. Despues de esta ligera comida sazónada con un apetito de caminante cansado, me despedí de mis compañeros de viaje, y me dirigí á las chozas de los negros que, como he dicho, apercibimos desde el sitio de nuestra parada. A poca distancia, en la cumbre de un cerro de suave pendiente, se ostentaba graciosa una encantadora casa con grandes y espaciosos balcones por los cuales debia correr un aire puro y sano, con una fresca azotea, y con las puertas y ventanas pintadas de un verde hermoso. En torno suyo habia fondosos plantíos de plátanos y palmeras. Como la hospitalidad de aquí es, como en la isla de Francia, una dulce práctica de todos los dias, resolví experimentar la y pasé á visitar á los señores antes que á los esclavos. No soy orgulloso, pero lisonjeóme la amistosa acogida que recibí y que me recordó á Mauricio, pues casi no quisieron oír mi nombre. No obstante, pasados los primeros cumplidos de costumbre, dije quién era, y la feliz casualidad que me habia traído tan lejos en mi paseo de explorador. Pedí permiso para visitar el campo en que reposaban los negros, y el colono me dió el brazo con una franca cortesania. Dos esclavos estaban atados á un poste, con el pie derecho y la mano izquierda sujetas á un mismo anillo; pedí por ellos, y al punto se me otorgó su perdon por lo que quedé mas agradecido que los negros amnistiados lo quedaron de mí.

—¿Por qué, dije al colono, son estas chozas tan bajas, fétidas y poco ventiladas? ¿No teméis que esa atmósfera malsana haga enfermar del pecho á vuestros negros?

—Cuando se las damos son grandes y ventiladas; pero como estas gentes quisieran huir en cuanto sea posible del mundo, prefieren á una habitacion cómo-

da un nido, un agujero: cuanto mas estrechos están, mas libres se creen. El mal olor que habeis notado proviene de sus cuerpos, le concentran en esas especies de jaulas, se acurrucan en ellas lo mismo que en las chozas de su pais, y acaso pasen la noche soñando en sus desiertos y en su libertad.

—¿No se lo habeis preguntado nunca?

—No: tan solo les hablamos de la harina de maiz de que se alimentan; las demas palabras que les dirigimos son con el látigo, pues no trabajan mas que por temor al castigo. Así pues, lo que mas conveniria á todos los colonos seria que no tuviesen idea alguna que los distrajese. Mirad, aquí teneis al que pasa á nuestro lado saludándonos con un orgullo que no tienen sus compañeros, y que sin duda es el negro mas peligroso de mi ingenio: improvisa canciones de independencia, se ha escapado ya cuatro veces, y es seguro que en la actualidad proyecta una próxima fuga.

—¿Habeis intentado someterle por medios suaves?

—¿Dios me libre! siempre le hablo con el látigo en la mano para que no me conteste con el cuchillo. Si me mostrara compasivo, nadie podria con él.

—Entonces mejor es darle libertad.

—Ya lo hubiese hecho si me hubiera sido posible enviarle á Angola su patria. Observad cómo los demas negros le cercan solicita y respetuosamente; es porque va á cantar.

—¿Una cancion de Angola?

—Ya os lo dije antes, una improvisacion.

—¿Se llamará si nos aproximamos?

—Hará como que no nos ve.

—Probemos.

El negro refirió un cuento á su atento auditorio que no respiraba siquiera, y con voz gutural y una música que solo se componia de tres notas, principió á cantar las siguientes estrofas rimadas medianamente.

Es Angola mi pais

¡Hi! Hi!

Tengo á mis padres allá

¡Ah! ¡Ah!

Algun dia mataré

¡Eh! ¡Eh!

Y pronto estaré allí yo

¡Oh! ¡Oh!

Cansado estoy de cultivar la tierra,
Cansado estoy de azotes recibir,
No debo pues ni quiero aguantar mas,
Y si al valor que tengo llegan mis hermanos...

Pero no acabaré ya mi cancion
Porque está allí escuchando mi señor.
Cuando se haya marchado el extranjero

Que va con nuestro amo que nos pega,
Diré lo que es preciso, compañeros,
Para que en libertad lleguéis á veros.

—¿Habeis oido á ese miserable? Dijo el colono separándose de allí; si los demas tuvieran la misma energía, pronto saqueaban mi propiedad.

—Luego ese hombre tiene alma.

—La consecuencia no es justa.

—Si sufre mas que los otros, es preciso que trabaje mas.

—Nada comprendéis de la educación que se debe dar á los negros.

—Pero comprendo al menos que cuando las cadenas son muy pesadas, al fin se rompen. No olvideis, señor, que el hierro del esclavo tiene dos extremos, y por consiguiente que pesa tambien á la mauo que le conduce. O la emancipacion ó un código protector de los negros: el Brasil me ha hecho aborrecer para siempre semejante comercio.

—Vamos, vamos, volveremos á Europa, iremos á respirar su dulce perfume de libertad... ¡Ah! ¡no hay duda que estais muy libres!

Mi boca permaneció cerrada á las últimas palabras del colono y mis ojos no pudieron resistir su mirada.

Hé aquí gente que ha llegado, prosiguió rápidamente como para mudar de conversacion, me habeis hecho un gran favor.

En efecto, hallé sentados debajo de la larga varenaga á los señores Aquiles Bedier y Todos-Santos Boudin, para quienes Mr. Pitot me dió cartas de recomendacion; los cuales me dijeron, que de mala gana me perdonaban mi discrecion europea. Al poco tiempo entraron con grave y triste paso tres hermosas señoras; Mad. D... y sus hijas, á cuyo nombre va unido el recuerdo de la mas espantosa catástrofe que haya asolado una ciudad. El fuego principió en casa del marido de Mad. D... abogado de probidad y talento, consumiendo en pocas horas los mejores barrios de Puerto-Luis, y sumiendo en la miseria á millares de ricos comerciantes. Victima tambien del terrible azote que destruyó una colonia, Mr. D... se estableció en Borbon, donde se le considera como ciudadano y hombre de mérito.

Ya se inclinaba el sol al horizonte y pensé retirarme no obstante las vivas instancias que me hicieron el colono, obligándome á aceptar por último un palanquin. Ya me despedia de estos huéspedes tan hospitalarios, cuando vimos que llegaban corriendo muchos negros, para decirnos que cerca de allí se batián dos blancos á puñetazos. Aceleramos el paso y hallamos tendido en tierra y bastante maltratado al profesor Hugues.

— ¡Cómo! dije con tono severo á Petit, ¿os habeis batido?

— No señor, le he pegado.

— ¿Por qué?

— Porque me ha dicho que érais un necio, y me ha sostenido, á pesar de lo que decís, que los guijarros crecen como setas; entonces...

— Pero miserable, no era necesario pegarle para eso...

— No le he tocado mas que con un dedo, pero si no tiene la mas pequeña energía... ¡qué perro tan flojo!

— ¿Y cómo nos vamos de aquí?

— Del modo mas sencillo; dejémosle reposar y mañana por la mañana que ya estará curado enteramente vendré á buscarle.

— ¡Oh! no, que no se quede aquí, dijo el colono, voy á daros otro palanquin y negros.

Hugues fue tratado como un príncipe oriental; pero Petit, furioso de ir á pie mientras su docto enemigo, iba con tanta comodidad, murmuraba por lo bajo: no importa, no importa, prometo recomendarte á Marchais, y te aseguro que si tratas de hacerle creer que las piedras nacen como las setas, te demostrará con un solo gesto cómo se aplasta un tiburón debajo de una carenada antes de echarle en la sarten.

Decididamente, á pesar de mi tierna amistad por Petit, conozco que en lo sucesivo será preciso privarse de su conversacion por ser demasiado enérgica. Pero ¡ah! ¡tendré valor para ello? ¡unen tanto los beneficios á las personas, que no es fácil olvidarlos!

XV.

NUOVA HOLANDA.

Salvajes antropófagos. — Partida.

DESDE el momento que se despide uno del gigante de Borbon y del Pico de las Nieves para dirigirse al Este, se apodera de nosotros una triste idea, y se pregunta uno á sí mismo involuntariamente dónde se volverá á encontrar nuestra querida patria. En las mares que vamos á surcar, cada pueblo que posee una marina tiene puntos de descanso que le pertenecen, y su pabellón izado y flotante en la cima de las montañas le dice que hallará, en los antipodas de

su país, amigos, hermanos, proteccion y una nueva patria... Nosotros, por el contrario, tan orgullosos de nuestras contiendas continentales, tan justamente altivos por la gloria pasada y presente de nuestra marina, no hallamos, sin embargo, en estos peligrosos viajes de circunnavegacion un pedazo de tierra en que podamos decir que descansamos en nuestro territorio. En efecto ¿qué poseemos en el vasto Océano indio, en las islas de la Sonda y en las Molucas? Nada; ¿qué en las Marianas, en el Oeste de la Nueva Holanda, en las Carolinas y en los mares de la China ó del Japon? nada; ¿qué en Sandwich, en las Filipinas, en las islas de los Amigos, en las de la Sociedad, en la Nueva Gales del Sud, en la Nueva Zelanda, en la tierra de Van-Diemen, en Chile, en el Perú, en la costa de Patagonia, en la del Brasil ó en el Rio de la Plata? nada, absolutamente nada. Y esas islas Maluinas, que deben su nombre á un habitante de Saint-Malo y no al descubrimiento ilegítimo de Falkland, por mas que digan los ingleses, esas Maluinas en las que algun día hemos de dejar abiertos nuestros buques y que acaban de sernos robadas por la Gran Bretaña ¿por qué no hemos de recuperarlas y vindicar altamente nuestro derecho de soberania, cuando los ingleses han declarado con tanta altanería hace poco que se establecian en ellas como verdaderos dueños? Pero nuestra voz no será escuchada; el leopardo sobrenada hoy sin duda cerca de la roca en que se detuvo nuestra *Uranie*; y los marineros franceses ocupados en la pesca de la ballena y en la caza de las focas tendrán en adelante que pagar un derecho de entrada en esa rada llamada francesa, en cuyo fondo existen aun respetadas las humildes obras hidráulicas que construyó el capitán Bougainville cuando verificó su viaje alrededor del mundo.

La deportacion es una ley de nuestro código penal. Pues bien; en vez de ese oro gastado inútilmente en viajes estériles para la ciencia y la civilizacion, decid á uno de vuestros pueblos rivales, á España por ejemplo: poseeis en el Océano un hermoso y rico archipiélago del que no sacais utilidad alguna; conservad Tinian y Guham; pero tomad cien mil escudos y dadnos Saypan, Aguigan, Rota, Anataxan y Agrigan. Sí, cien mil escudos trasladados á las arcas de Isabel os darian posesion, bajo un cielo benéfico y hermoso, en medio de una rica y feraz vegetación, en el seno de las aguas mas pacíficas del mundo, de un punto de descanso para nuestras viajeras naves, que algun día podria competir con ese puerto Jackson, con el cual por tantos títulos está orgullosa Inglaterra. Pero las verdades útiles no siempre tienen una voz fuerte para ser oídas, y aun seremos por mucho tiempo en los viajes de ultramar, humildes tributarios de los españoles, holandeses, portugueses é ingleses, cuyos especuladores comerciantes forman, por decirlo así, un pavimento de buques en los Océanos.

Triste es por cierto poner de manifiesto la pobreza de un país que quisiera verse rico, grande y poderoso entre los demás; pero ya lo he dicho, no sé mentir en presencia de los hechos, y creo no obstante, que no tenemos mas que querer para obtener todavia. Qué importa en realidad que los nombres de Laplace, Berthollet, Monge, Cuvier y Arago, descubran sobre la superficie del globo ensenadas, angras, arrecifes y promontorios, si estos nombres gloriosos están unidos como en la Península Peron, que debe ser nuestro primer descanso, á una tierra decrepita, á un suelo sin verdor, á un mar sin abrigo?

Los vientos variables que deseábamos para nuestra larga travesía no faltaron; soplaron con mucha fuerza y regularidad, y gracias á su constancia no tuvimos que deplorar mas desgracias, pues á pesar de todo perdimos muchos de nuestros mas alegres é intrépidos marineros en los tormentos de la disenteria.

Después de una navegacion de cincuenta días, ya

dábamos vista casi á la tierra de Edels, cuando se observó que faltaba el agua dulce. Por un inconcebible error que no habia podido preverse, y del cual no tenia culpa ningun oficial, una de nuestras pipas se encontró llena de agua salada, cuando faltaban quizá muchos dias para llegar á un punto en donde poder anclar. En vista de esto se encendió nuestro gran aparato destilatorio, y dos horas despues habia un incendio á bordo.

Al grito siniestro de ¡fuego! que acababa de resonar, eran dignos de verse á los bravos marineros, intrépidos, silenciosos, recibir órdenes y ejecutarlas con una precision prodigiosa. Marchais, Barthe, Vial y Petit particularmente, suspendidos en el abismo, trabajaban con ese ardor que nada teme, y que hace olvidar la seguridad personal por la general. La alarma fue corta, y cuando ya se hubo apagado el fuego volvimos á emprender sobre el puente nuestros paseos acostumbrados, no sin reflexionar por algun tiempo la inminencia del peligro de que acabábamos de escapar. Un buque incendiado en medio del Océano es el drama mas terrible que puede imaginarse; por fortuna no llegamos á la catástrofe, y francamente,

me alegro de no tener que referiros este nuevo episodio.

Nuestras ávidas miradas no dejaban de interrogar al horizonte. De repente oyese la voz del vijía que grita ¡tierra! y una hora despues se descubrieron sobre las aguas las montañas brillantes de Edels y Endracht, semejantes á dos hermanas contristadas, abandonadas en medio del Océano. Despues de haberlas costeadó algun tiempo, pusimos la proa hácia la bahía de los Perros Marinos, en cuyo punto anclamos por la noche en un fondo de mariscos. Pesó el buque el principio en sus cables sujetos, agitóse un momento y reposó por último con la tripulacion, de una travesía sin descanso de mas de dos mil leguas.

¡Qué panorama tan espantoso, gran Dios! En la rada, agitada incesantemente por el movimiento rápido y acompasado de los perros marinos, surjía á veces, semejante á una gran vela negra, la cola gigantesca de una enorme ballena que arrancaba con la ayuda de sus fibrosas y cortadoras barbas de debajo de los mariscos del fondo, los millares de pececillos que sirven para su alimento. Hermosas eran las aguas y reflejaban sin perder nada de su color, el



Salvajes antropófagos.

brillante azul del cielo. Pero allá en la costa ¡qué silencio tan sombrío! ¡qué aspecto tan lúgubre! ¡qué luto! ¡qué desolacion! Preséntase desde luego un espacio de cuarenta á sesenta pies de longitud, al que no pueden llegar las altas mareas; despues una costa escarpada, unas veces tan blanca como la mejor greda, otras cortada horizontalmente por bandas tan rojas como la sanguinaria mas viva, y en la cúspide de esas montañas de quince á veinte toesas de altura se ven troncos encorvados, quemados por el sol; arbustos sin hojas, sin verdor; zarzas, raíces parásitas ó mortíferas, y todo producido en arena y mariscos pulverizados. No se oye el canto de un pájaro, el grito de una fiera ó el de un cuadrúpedo inofensivo, ni aun el murmullo del mas pequeño manantial. Por todas partes el desierto con su fria soledad que hiela el corazón, con su inmenso horizonte sin eco. El alma

se oprime al contemplar el triste y silencioso espectáculo de una naturaleza sin vida, que ha salido sin duda alguna hace pocos siglos de lo profundo del Océano.

Nos acostamos inquietos pensando en el porvenir, que tan sombrío nos le hacia concebir el presente. Al otro dia se establecieron en tierra nuestros alambiques, porque, como ya he dicho, carecíamos de agua dulce. Por mi parte, activo como siempre, me embarqué en un bote mandado por el valiente Lamarche, que tenia la comision de buscar un sitio cómodo para nuestras tiendas y observatorio. No nos fue posible llegar á la costa porque estaban muy bajas las aguas y me ví precisado á andar metido en el agua por espacio de un cuarto de hora antes de llegar á la playa, mientras que Mr. Lamarche buscaba un cómodo desembarcadero.

Mi traje era de los mas raros : un gran sombrero de paja, puntiagudo y con anchas alas resguardaba mi cabeza ; á mis espaldas llevaba una regular fiambarrera de hoja de lata, que como prudente explorador habia llenado de algunas provisiones de boca ; una calabaza llena de agua pendia de uno de mis costados y en el otro llevaba un sable de caballería ; y para completar mi tren guerrero colgaban de mi cintura un par de pistolas pequeñas , llevando al hombro un excelente fusil con su bayoneta. Añadid á esto una voluminosa coleccion de apuntes que nunca separaba de mí, y una regular provision de collares, espejos, cuchillos y otros objetos de cambio , con los cuales pensaba enriquecer á los felices habitantes de esta tierra seductora. A pesar de los mariscos y la tierra que retardaba mi marcha, ya habia andado bastante trecho por la playa y aun pensaba llegar temprano adonde estaban mis amigos , pues veia el brillante fuego que habia en la corbeta.

Cuando salió el sol todo cambió de aspecto ; poco antes ni un insecto zumbaba en el aire , en aquel momento numerosos enjambres de mosquitos invadieron la atmósfera y se introdujeron debajo de la ropa. Sus ataques son perpétuos, es un suplicio continuo ; si os defendeis con la mano, esta es la desgarrada ; con nada podeis protegeros , y la rapidez de vuestros movimientos escita á vuestros enemigos en vez de desanimarlos. Yo sufría horriblemente ; pero como observase que las partes de mi cuerpo espues-

tas al viento eran las mas atacadas por estos voraces insectos alados, me volví de espaldas y marchaba hacia atras, con cuya determinacion de vez en cuando tenia un poco de descanso.

El cansancio me debilitaba al fin y resolví sentarme y alijerar mi fiambarrera de algunas provisiones , con esposicion de dar pasto á las moscas hambrientas que me rodeaban y tener que disputarlas mi frugal alimento. Ya habia escogido el sitio mas cómodo de la playa cuando observé en la arena muchas huellas de pies desnudos. En el momento me vino á la memoria Robinson Crusoe, y os juro, fuera de chanza , que esperaba un ataque de salvajes. Púseme, pues, en camino sin desayunarme, con el mayor valor posible, y para libertarme en algun tanto de las moscas , levanté por encima de mi cabeza con ayuda del sable, un pedazo de tocino que las entretenia. Callot hubiera visto en mí una figura digna de sus pinceles.

Avergonzado , sin embargo, del terror que tan repentinamente me habia sobrecoigido , resolví subir á la montaña para asegurarme desde esta especie de observatorio , si podria distinguir á lo lejos alguna choza ó al menos humo. Pero no pude llevarlo á cabo porque la arena se hundia debajo de mis pies, y cuando trataba de agarrarme á los troncos espinosos que alfombraban el terreno, el apoyo frágil y punzante se desprendia conmigo y rodábamos juntos hasta la arena de la orilla.

Aun tenia que doblar una lengua de tierra que dis-



Habitante de las montañas de Edels y Endracht.

taba doscientas toesas de donde estaba para hallarme enfrente del campo, cuando ví venir á mi encuentro á mi amigo Pellion, discípulo de marina , que por sus multiplicados gestos parecia decirme que apresurase el paso. Pero ¡ ah ! mis fuerzas se habian agotado y me dejé caer en el suelo. Llegó por fin con dos marineros y me dijo que unos quince salvajes cercaban las tiendas y por sus gritos y amenazas parecian obligarles á que se alejasen. Esta noticia inesperada me hizo

recorrar ánimo y llegué al campo con las mismas emociones de que todos se hallaban poseidos.

¡ Hé aquí, pues, lo que se llaman salvajes ! ¡ hé aquí esos hombres extraordinarios que viven sin leyes, sin inteligencia, sin Dios ! Hallan un terreno que puede mantenerlos, en él habitan ; encuentran bajo sus plantas una naturaleza inculta ; allí mueren privados hasta de ese instinto de conservacion , de que se hallan dotadas las fieras, á las cuales igualan en cruel-

dad, sin tener su fuerza y poder. Vedlos encima de los peñascos que llaman su patria, gritando, gesticulando y respondiendo a nuestros testimonios de confianza con gritos feroces y amenazas de muerte. ¡Oh! si pudieran destruirnos de un solo golpe! ¡devorarnos en una sola comida! Pero por fortuna no tienen valor; nada les dice que poseemos armas cien veces mas mortíferas que sus frágiles rompe-cabezas y sus débiles azagayas.

Pellion, Fournier, Adan y algunos otros de nuestros amigos, habian propuesto ya varios cambios á estos desgraciados, que divididos en tres grupos parecían querer cerrarnos el paso. Subí al monte desde donde gritaban los mas audaces, y á pesar de ser ocho contra mí, retrocedieron algunos pasos agitando sus azagayas y rompe-cabezas por el aire, y señalándome la corbeta, hicieron resonar en el aire gritos espantosos, terminando todos sus períodos con la palabra ¡*Ahyerkadé!* que indudablemente queria decir: ¡idos marchaos. No era yo hombre de mostrarme dócil á su invitacion poco cortes, y á pesar de su voluntad tan claramente espresada, permanecí en el mismo sitio haciéndoles señales de amistad y pronunciando en alta voz la palabra *tayo* que en muchas poblaciones de la Nueva-Holanda, quiere decir *amigo*. El *amigo* que les presentaba no fue comprendido, y los gritos resonaron con mayor furia que anteriormente. Tanta era la compasion que me inspiraban estos infelices, que aun cuando llevaba pistolas en mi cinto, no quise asegurarme si conocian el valor de estas armas. Mas con todo, era preciso á cualquier costa que esta primera entrevista no quedara sin resultado, para libertarnos de sus importunas visitas durante nuestra permanencia en aquel punto.

Nuevo Orfeo, me armé de una flauta en vez de una pistola ó un sable, y toqué un poco, por ver si eran sensibles á los encantos de la música. No quedé satisfecho, preciso es decirlo, aun cuando dos se pusieron á saltar de la manera mas rara, y dudo mucho, dejando á un lado el amor propio, que el Orfeo de la Tracia hubiese obtenido un triunfo mas completo.

Orgullosa y contento, sin embargo, por haberles hecho olvidar por un momento su instinto de ferocidad, saqué de mi bolsillo unas castañuelas, armonioso instrumento que toco un poco mejor que la flauta, y hé aquí á mis salvajes que al chasquido cadencioso del ébano, se ponen á saltar y á dar vueltas como jóvenes que desean dar agilidad á sus músculos entumecidos. Tambien yo estaba contento, porque separado de ellos unos diez pasos cuando mas, pude estudiar su cuerpo y los rasgos de su fisonomía.

Su estatura es un poco mas que mediana; sus cabellos no son crespos ni lisos, pero sí anudados en mechones semejantes á los papelillos que se ponen para rizar el pelo. El cráneo y la frente están deprimidos; tienen los ojos pequeños y centelleantes; la nariz aplastada y tan ancha como la boca, la que les llega casi á las orejas, las cuales son de una longitud espantosa. Sus espaldas son estrechas, su pecho velludo y hundido, su vientre prodigioso, sus brazos y piernas casi invisibles, y sus pies y manos de una dimension enorme. Añadid á esto una piel negra, aceitosa y fétida, sobre la cual trazan para adornarse rayas encarnadas ó blancas, y tendreis una idea exacta del contorno, gracia, cuerpo y coquetería de esos hermosos señores á quienes no falta sino un poco de destreza é inteligencia para estar al nivel de los macacos ú otra clase de monos. Todo esto es horrible para estudiarlo; todo triste y repugnante para la vista y la imaginacion. Dos de estos infortunados tenian una barba tan larga como los cabellos, y sobre la altura superior ví una mujer enteramente desnuda como los hombres, y tan bella y seductora como ellos, que llevaba sobre sus caderas un niño, sosteniéndole unas veces con la mano y otras con una corregüe-

la de piel cubierta de pelos. Cerca de ella estaba un anciano con un cinto que pasaba por un marisco y le tapaba el ombligo.

El mas listo é intrépido de los naturales, cansado al fin de sus evoluciones al son de mis castañuelas, se detuvo de repente, y haciéndome comprender que deseaba poseerlas me ofreció en cambio una pequeña vejiga medio llena de almazarron. No acepté el cambio, y en vez de castañuelas le enseñé un espejito de poco precio que dejé en tierra separándome algunas pasas é invitándole á que dejara su vejiga en el mismo sitio; pero el muy tuno tomó el espejo y nada medió en cambio, lo que pareció divertir mucho á sus honrados camaradas. La picardía se halla aun donde no hay civilizarion.

Pellion y Adan habian venido á incorporarse; y para no separarnos mucho de los alambiques volvimos á bajar á la orilla, hasta donde nos siguieron sin titubear unos cuantos salvajes. Allí se estableció nuestro principal mercado; allí ostentó el comercio sus riquezas, y no fue culpa nuestra si no pudimos convencer á nuestros compradores que éramos sinceros y generosos. Por un mal rompe-cabezas, Fournier, nuestro timonel, dió unos calzones blancos en muy buen estado, que los salvajes admiraron por algunos instantes, rasgándolos en seguida y repartiéndose los pedazos. Pero lo que escitó sobre todo su admiracion fue un pedazo de hoja de lata muy limpio que dieron graciosamente y como un presente á la mujer, quien demostró apreciar mucho semejante prueba de galanteria. Ya veis que ahora no pueden compararse con los monos como antes lo hemos hecho.

Uno de nosotros dejó en el cerro adonde íbamos á traficar, una botella llena de agua dulce. Cogida por los salvajes pasó de mano en mano; miráronla con una curiosidad llena de espanto, la olieron, y ni uno tuvo la idea de probar el agua potable que contenia. El que la habia aceptado en cambio de una zagaya, la colocó debajo de su brazo y luego fue á ponerla en seguridad.

Sin embargo, como el aspecto del país nos daba casi una certidumbre de que no habia agua dulce, imaginé una pequeña prueba que no fue comprendida por los naturales, ó mas bien que debió probarnos ser nuestras conjeturas una triste realidad.

Pedí á uno de nuestros marineros una botella igual á la que se habia dado al joven salvaje. Me acerqué á él hasta la distancia de siete ú ocho pasos, le enseñé el agua que contenia el vaso y bebí de ella, invitándole á que hiciera otro tanto. Pregunté á sus camaradas, y el resultado de la deliberacion fue que no comprendian por qué les proponia esa bebida. Mis amigos se reian de la imposibilidad en que estaba de hacerme comprender, y yo me reia mucho mas de la estupidez de los seres á quienes me dirigia. Pero en fin, como los gestos hablaban á su entendimiento mejor que la palabra, les invité con ellos á que no me perdieran de vista y siguieran todos mis movimientos, lo que hicieron á fé mia como personas sensatas. Me acerqué entonces á la orilla, tomé agua del mar en mis dos manos, hice como si bebiera algunos tragos y les interrogaba con la vista. No quedaron sorprendidos de mi accion que les parecia muy natural, y extrañaron mucho que les hubiera ocupado para una cosa tan sencilla.

Así pues la resolucion del gran problema propuesto por Pedro el Grande, que no retrocedia ante ninguna crueldad útil, cual era el de saber si el hombre puede vivir con agua del mar, me parece hallada al considerar esa poblacion viviendo en un terreno tan inhospitalario como la península de Peron; por que, lo repito, no hay ni puede haber un solo manantial en ese inmenso desierto, y nada dice que esos seres infortunados que en él han establecido su domi-

cilio hayan podido procurarse los medios de conservar las aguas llovedizas que son absorbidas en seguida por una tierra movable y esponjosa.

La noche puso término á estas escenas de las cuales no podíamos cansarnos. Los salvajes se reunieron entonces en el cerro mas elevado, dieron un gran grito y desaparecieron haciéndonos comprender que volverian á visitarnos al amanecer.

En efecto, al otro dia me dirigí á una ensenada que se hallaba cerca de la nuestra, pero separada de todas por una lengua de tierra bastante elevada. Asocié á mi expedicion al intrépido marinero Marchais, y sin calcular las consecuencias probables de nuestra excursion costeamos la orilla. Ocho ó diez salvajes de la vispera, que nos acechaban sin duda, se precipitaron sobre nosotros con gritos y amenazas de muerte. Fue preciso en aquel caso toda nuestra sangre fria.

—No desenvaineis, dije á Marchais, cuya mano callosa empuñaba ya su sable, no desenvaineis y avancemos siempre, una embarcacion hace vela hácia la costa, es un socorro que nos llega; aprovechémonos de él con prudencia, seria demasiado peligroso tratar de regresar al campo, daríamos á entender que huíamos.

Marchais siguió mis instrucciones, y adelantamos con paso firme, unidos y casi andando hácia atras para velar mejor por nuestra defensa. El lenguaje de los salvajes era alto, precipitado, violento, y cada una de sus frases unidas á gestos de furor terminaban con su terrible ¡*Ahyerkadé!* A todos estos ataques no respondíamos absolutamente nada: pero examinábamos con frecuencia el cebo de nuestras pistolas y fusiles, porque habíamos emprendido nuestro camino armados hasta los dientes.

Los salvajes continuaron agitando sus rompecabezas, y atreviéndose quizá por nuestra inacción nos hostigaban tan de cerca que á veces les podíamos alcanzar con las bayonetas. Uno de ellos llegó hasta oler la espalda de Marchais, que iba á darle un tremendo sablazo y le hubiera dividido indudablemente, á no contenerle yo. Un momento despues nos vimos tan estrechados que conocimos era ya preciso darles á entender lo que podian las balas y la pólvora. Apunté á uno, y mi movimiento le asombró pero no le asustó.

—Doblad el dedo, me dijo Marchais, y caigamos sobre ellos como la miseria sobre el marinero.

—Aun no, contesté, ahorremos sangre.

—Pues, y dentro de poco beberán la nuestra. Cuidado con el que se me acerque al alcance de mi mano.

—Te suplico no empeñemos el combate.

—Puede que sea preciso.

Sin embargo, presa mi mente de serias inquietudes, no queria en caso de regreso que mi imprudencia perjudicase á mi deber y mis recuerdos. Cuando los salvajes nos dejaban respirar un poco, y parecian meditar un ataque general, tomaba mis lapiceros y dibujaba como me era posible aquellos que permanecian inmóviles.

—Lo que haceis ahora es muy del caso, me decia Marchais, ¿y á qué pintar esos marsopas? ¡Qué sapos! Mirad, observad uno que va á morder sus orejas grasientas... mas... ¿quién le habrá hecho esta hendidura debajo de la nariz? no seria manco sin duda; no es un horno su boca, sino una porta, si cayese dentro, me tragaría crudo la vieja foca.

Mi compañero les enviaba algunos de esos gestos de la gente de mar que hacen á escondidas al oficial de quien están quejosos, y les dirigia del modo mas original preguntas amistosas, como si pudiera hacerse comprender.

—¡Eh! oye gaviero, aborda, quiero abrazarte.

Luego decia á la mujer.

TOMO II.

—Ven que te acaricie las serviolas. Tira al agua tu tití y haz de él un tiburón; indudablemente será el mas feo del gran charco.

En seguida volviéndose á mí, y examinando mis croquis, el marinero burlon, acostumbrado á mofarse de todo, aun en presencia de la muerte, me decia:

—¿Ya no sabeis dibujar, señor? Teneis cataratas sin duda, ó los adulais; no tienen piernas ni brazos y no obstante se los poneis. En cuanto á los pies y las manos ¿dónde los colocareis? Vuestro papel no será suficiente. Jamas la bandera de primer orden tuvo paletas por ese estilo. ¡Oh! ¡ese es superior! y sin embargo eso vive, se mueve y habla. Mucho debió reirse Dios el dia que creara esos seres tan poco semejantes á él. ¿Creeis, señor Arago, que Petit sea tan feo como el mas hermoso de estos? ¡Caramba! ¡qué contento estaria con hallarse aquí, con su chalequito, su cadena, sus pendientes de hoja de lata y la sortija de pelo de su dulcinea!

No pude despues contenerme y empecé á proferir mil juramentos y amenazas capaces por sí solas de producir una catástrofe, pues nuestra situacion no podia ser mas dramática. Entre tanto continuaba aproximándose cada vez mas la embarcacion y esforzándonos podíamos en media hora reunirnos á nuestros amigos. Bien lo conocieron los salvajes, pues desde entonces sus amenazas fueron mas terribles, sus palabras mas rápidas, y sus movimientos mas precipitados: ya nos adelantaban y querian obligarnos á deshacer lo andando, ya dos ó tres isleños intentaban herirnos por la espalda ocultándose para conseguirlo.

Ponte á poca distancia, dije á Marchais: voy á hacer como que disparo sobre tí, tú caerás, y luego obraremos segun nos dicten las circunstancias.

—Pero apuntad á un lado, replicó él.

—Estad tranquilo.

Marchais se detuvo: ¡*Ahyerkadé!* exclamé mostrándole la corbeta. No bien lo oyeron, los salvajes quedaron sorprendidos, se pararon y se hablaron en voz baja repitiendo con aire satisfecho: ¡*Ahyerkadé!* ¡*Ahyerkadé!* Apunté con mi pistola á Marchais, y salió el tiro. Cayó el marinero sin perder de vista á los isleños, que, asustados al oír la terrible detonacion, se alejaron como de un salto á la distancia de cien pasos, temblando y casi sin poder respirar.

Contento con mi estratagema, dije á Marchais que se arrastrase de rodillas á lo largo de la playa, y lo hizo reventando de risa y diciendo en voz baja:

—¡Que estúpidos! ¡Qué necios! ¡Qué gansos! Me dan ganas de comerme una docena para almorzar, y juraria que deben ser mas salados que el cerdo....

Cuando nos hallamos á poca distancia de la embarcacion, miramos á nuestras espaldas y vimos á los isleños que algo mas tranquilos, avanzaban con precaucion hácia el sitio donde pensaban encontrar un cadáver tal vez para devorarlo, pero se llevaron chasco pues no encontraron mas que una caja de tabaco y un pedazo mascado de este mismo que regaló á nuestros enemigos el valiente Marchais.

Si hubiera contado este episodio con todos sus detalles, con sus períodos de cólera, tranquilidad, animacion y efervescencia, si hubiera pintado la sed de sangre que manifestaban sus anhelantes pechos, las asquerosas balas verdosas que colgaban de sus enormes lábios, y nuestra imperturbable serenidad en tan criticos momentos, no se me hubiera creído aun cuando no hubiese traspasado los límites de la verdad. Como hay situaciones que no necesitan elocuencia para conmover, tan solo siento no poder describir la hermosa fisonomía de Marchais cuando me aseguraba, que con solo una vuelta de molinete se atrevia á derribar media docena de nuestros asquerosos adversarios.

Desde entonces se mostraron mas prudentes los aivajes: no volvieron á danzar, no volvimos á oír sus amenazas, nos dejaron comer tranquilamente algunas ostras de la playa, y llegamos por fin al bote que acababa de abordar. Al día siguiente aparecieron de nuevo los isleños, pero sin atreverse á llegar hasta la playa; pero como no teníamos intencion de contentarnos con simples congeturas sobre sus usos y costumbres, Mr. Requin y yo salimos á su encuentro, sin armas, casi desnudos y provistos de una multitud de juguetes para escitar su ambicion, pero no correspondieron á nuestra confianza y á nuestras pruebas de amistad, mas que con gritos y amenazas. Irritados ya nos decidimos á arrojarlos sobre uno de ellos y á guardarle en rehenes.

— Vos á la derecha dije á Requin, yo á la izquierda. A ellos.

Precipitámonos; pero como si se hubiese abierto la tierra de repente, desaparecieron los salvajes corriendo en cuatro pies á través de las zarzas, y no volvimos á verlos.

Todos nuestros compañeros experimentaron un vivo dolor, motivado por la desgracia que experimentaron dos de ellos, llamados Gaimar y Gabert, que mas curiosos que los demas penetraron demasiado en la isla y se perdieron entre los montes de arena y los salados pantanos. Trascurrieron dos días sin que supiésemos de ellos, vertimos amargas lágrimas y nos preparamos para una lejana expedicion. Pusímonos en camino, con el rostro y las manos cubiertas con una espesa gasa, para libertarnos de las terribles picaduras de los mosquitos, y despues de haber caminado todo el día atravesando secos estanques, hicimos alto cuando llegó la noche al pie de una loma gredosa y á la orilla de una laguna cuyas aguas nos pareció que se elevaban lentamente. Encendimos una gran hoguera y descansamos en medio del desierto tal vez á pocos pasos de los salvajes. No bien apareció el sol, mi amigo Ferrand y yo marchamos de nuevo á la descubierta, despues de haber introducido en una botella nuestros nombres y un pergamino en el que indicábamos el camino que conducía á la playa. ¡Pero cuál sería nuestro asombro al encontrar medio sepultados en la arena un pantalon que conocimos pertenecía á Gaimard! Pero nos tranquilizamos y continuamos nuestras pesquisas luego que examinamos la tierra y no encontramos rastro alguno de sangre.

A la orilla de una laguna vimos un agujero de doce pies de profundidad, en cuyo fondo había un banco circular de unos dos de altura. ¿Quién habría hecho aquel agujero? ¿Con qué objeto le habría hecho? Imposible nos fue adivinarlo, y Peroú no dice la verdad, porque nadie puede saberla, cuando nos dice que estos agujeros los hacen los salvajes para ponerse al abrigo de las inclemencias del cielo.

Por fin hallándonos cansados y debilitados por un insoportable calor, nos volvimos á poner en camino en direccion del sitio donde habíamos pasado la noche, llegamos al oscurecer, y supimos felizmente que Gaimard y Gabert nos habian precedido hacia pocas horas, en el mas deplorable estado y sin haberse encontrado un solo salvaje.

Despues de un descanso pesado é infructuoso de diez y siete días, levamos áncoras, y nos hicimos á la vela en direccion de las Molucas. Cuando abandonamos este miserable país dejamos en la playa, para los naturales, algunas docenas de navajas, cuatro sierras, tres hachas y algunos pedazos de lona. Cuando volviesen, orgullosos con estos trofeos, harían llover mil maldiciones sobre nuestras cabezas. La tradicion perpetuará la época desastrosa de nuestra insolente agresion, y los Tácitos y Thucídides de la colonia transmitirán á las naciones indignadas los diversos episodios de esta sangrienta epopeya, en

que tan triste papel representamos. Sus anales dirán que un día desembarcó en sus dominios una horda de antropófagos; que despues de haber intentado dominar á un inofensivo pueblo, se establecieron en la playa para consumir en ella espantosos sacrificios humanos, y que, vencidos al fin por el clima y la cólera de los dioses, se volvieron á embarcar dejando olvidadas en la costa las armas é instrumentos de los suplicios.

Del mismo modo, de generacion en generacion, han llegado hasta nosotros las historias de todos los pueblos del globo.

XVI.

TIMOR.

Caza del cocodrilo. — Malayos. — Chinos.

El estudio mas curioso de nuestro viaje hubiera sido sin duda el de esos hombres extraordinarios de que acabo de hablar, habitando una tierra infructífera, bajo un cielo helado y de fuego, sin armas, sin agua y hasta sin víveres pues ningun alimento tienen seguro, ninguna sabrosa raiz, ninguna fruta, y ningun cuadrúpedo de fácil aprehension. Y sin embargo, tan solo tenemos conjeturas ó si se quiere una casi certeza de los hechos principales, pero sin noción alguna detallada de su vida, cosa necesaria para conocimiento moral del hombre. ¿Serán felices esos seres, puesto que tanto espanto les causó nuestra presencia en su país? ¿En qué puede consistir esa felicidad que solo ellos pueden sentir y apreciar? Nada vive en esa lengua de tierra llamada península de Peron, y hasta nuestra presencia fue considerada como un presagio de destruccion. ¿Será pues posible que sea sin embargo una patria?

Levamos áncoras y nos hicimos á la vela en direccion á Timor, una de las mayores islas del Océano. Se me había olvidado decir que durante nuestro descanso, euviámos un bote á la tierra de Endracht con el objeto de que se trajesen de este suelo inculto una placa de plomo donde estaban grabados el nombre del navegante que por este medio quiso consagrar su conquista y la fecha del descubrimiento. Encontróse la placa colocada en un poste y la trajeron á bordo: profanacion que se debe perdonar considerando que el célebre nombre de Endracht permanecerá siempre unido á estas islas que él mismo trazó antes que ningun otro en las cartas de navegacion.

La primer noche de nuestro viaje lo fue de trabajos y emociones, porque despues de haber andado costeando, nos vimos repentinamente detenidos y obligados á anclar para hacernos de nuevo á la mar. Al amanecer emprendimos de nuevo nuestro viaje, y mientras divisamos la costa, la vimos destacarse en el horizonte con sus estrechas zonas listadas de blanca greda y cinabrio, triste, silenciosa y amenazadora. Mr. Duperrey, uno de los oficiales mas instruidos de nuestra marina, había sacado ya en una peligrosa expedicion y á través de mil dificultades, documentos preciosos y trazado una excelente carta, las radas y ensenadas donde pueden fondear seguros los buques en este hospitalario suelo.

Anduvimos de nuevo la tierra de Edels que tan solo saludamos á nuestra llegada, y cuyo triste aspecto deja helado al corazón. Costeamos la isla de Irek-Iatighs hasta el cabo de Lovillain, y dejamos á nuestra derecha las islas de Dorre y de Bernier, en donde se encuentran reunidos en gran número los kanguroos, lindos, graciosos y lijeros.

Ni en las zonas tropicales tuvimos mejor navegacion: caminamos ligeramente impelidos por una brisa fresca y continuada, y, durante los diez y siete días que duró nuestra travesía hasta Timor, los marineros descansados y alegres no tuvieron que mudar una sola vela de direccion. Petit y Marchais, cuya

vida he contado ya, sembraron el contento en todos los corazones de sus compañeros.

Por fin distinguimos la tierra en el horizonte siempre puro: era la isla Rottie, que presentaba las cimas de sus montañas coronadas de una hermosa vegetación: descubrimos después á la risueña Simao, verdadero jardín en que ha sembrado la naturaleza sus mas ricos tesoros, con sus paseos naturales y tan regulares, que se diría los había trazado la mano del hombre; después encontraremos á Kera, tierra de delicias, morada predilecta de los ricos habitantes de Timor, que en las secas estaciones del año vienen á disfrutar entre los graciosos y gallardos kioscos del reposo y la brisa del mar.

Apareció por último Timor, la salvaje y tórrida Timor, con sus imponentes montañas de dos mil metros de altura, y donde ondean dos pabellones europeos en dos ciudades rivales, pobladas de seres feroces, que obedecen porque no quieren mandar, pero que siempre están dispuestos á la revolución á fin de que se los halague con caricias.

Al poco tiempo pudimos distinguir á Koupang con templo chinésco, situado en una altura á la izquierda de la ciudad, y el fuerte Concordia á la derecha, como para anunciar que si Dios no tuviese bastante poder para proteger á la colonia, está allí el cañon para ir en su ayuda.

Anclamos á media legua de Koupang en un escelente fondeadero, por un lado resguardados por Sima y por el otro por las cumbres de las montañas de Timor, que aunque rodeadas de nubes, presentan á la vista los hermosos colores de la vegetación. La rada es segura y ancha, las olas no muy violentas, pero una multitud de cocodrilos han establecido en ella su imperio, y todas las mañanas sacan sus duras escamas con el ardiente sol de la playa, devorando á los imprudentes que olvidan á tan peligrosos vecinos.

Como he dicho, el fuerte Concordia está construido en una altura formada por una roca casi inaccesible. Thilmann, secretario del gobernador, nos había dicho que muchas veces durante la noche, los cocodrilos reposaban de sus glotonas correrías en esta roca, y podían ser muertos de un balazo bien dirigido. Armado de un buen fusil, y seguido de mi amigo Berard y de un marinero, me dirigí al punto indicado esperando matar uno de estos anfibios; pero tan solo asomé uno dos veces su terrible cabeza retirándola al punto como si adivinase el peligro que le amenazaba. Cansado al fin, pregunté á Mr. Thilmann si podía indicarme un sitio desde donde me fuese fácil ver de cerca á estas terribles fieras. —Podeis ir á Boni, me dijo, puesto que tanta curiosidad teneis, y de seguro quedareis satisfecho. —Preparamos la expedición para el día siguiente que nos hicimos á la vela para Boni en el bote mayor de nuestro buque. Ibamos nueve hombres bien armados, y llevamos de guía á un italiano que se comprometió á no dejarnos volver á bordo sin haber cumplido antes nuestros deseos.

Boni está situada á tres leguas de Koupang: es una playa arenosa, de cuatrocientos pasos de ancho, y cubierta de hermosos plantíos de cocoteros y tamarindos. El viento nos condujo dulcemente y llegamos á ella sin que la importuna presencia del cocodrilo nos obligase á hacer uso de las hachas de que prudentemente nos habíamos armado. Tan solo nos faltaba recorrer un espacio de mas de treinta toesas, cuando se levantó el malayo y nos mostró un cuerpo negro tendido en la arena.

—Kaillon-mera, kaillon-mera, nos dijo.

Como sabíamos el significado de esta palabra, retrocedimos para que el ruido de los remos no despertase al anfibio. Desembarcamos al punto, y armados de buenos fusiles que cargamos con dos balas, marchamos reunidos hácia la monstruosa fiera, ocultos

por un cerrillo de arena. Cuando estuvimos á unos quince pasos de ella, nos detuvimos. Berard, como tirador mas diestro, debía tirarle á la cabeza, otro al cuello, un tercero mas abajo, y los cuatro últimos en medio del cuerpo. Nos pareció imposible que se escapase el monstruo, y por poco contamos nuestro triunfo antes de atacarle. Latian nuestros corazones mas de placer que de temor; todos nos disponíamos á decir como en *Cendrillon*: «Yo soy el que le ha matado,» y hasta deliberábamos interiormente sobre el mejor medio de conducir á bordo su pesado cuerpo. ¡Diez y ocho balazos sobre un enemigo dormido! La victoria no podía ser dudosa. Todos nos levantamos al mismo tiempo, Berard dijo en voz baja: ¡á una, á dos, á tres! Salieron los tiros y el eco repitió á lo lejos la detonación.

Despertóse el cocodrilo, volvió tranquilo la cabeza á derecha é izquierda, sin duda para ver al importuno que acababa de turbar su sueño, y se fué poco á poco al mar como si no hubiese oído mas que un estornudo. No necesito decir el triste cuadro que presentamos: apenas osamos mirarnos, y sin embargo nos alabamos sin pudor de haber apuntado perfectamente. El solo culpable fue aquel cuyo tiro no salió: él hubiera muerto al monstruo.

El terreno señalado por el cocodrilo en la arena ocupaba una estension de veinte y dos pies; el insolente no quiso que le midiéramos con mas precision. No desmayamos por este primer contratiempo, é indicándonos el malayo con el dedo una pequeña hondonada donde debíamos encontrar nuevos enemigos, con esta esperanza seguimos nuestro camino.

Como era estremado el calor, y para llegar al sitio designado teníamos que dar una gran vuelta, resolvimos, para abreviar la travesía, aventurarnos á atravesar una laguna de un medio cuarto de legua de ancho, formando una cadena con nuestros fusiles que llevábamos con la bayoneta puesta: era sin duda una temeridad, pero todo lo merecía el placer de fraternizar lo mas pronto posible con los cocodrilos, y el evitar los rayos verticales de un ardiente sol. Mi criado Hugues marchaba á la cabeza temblando, y los demás le seguíamos atrevidos sin que bastase á tranquilizarle nuestro valor; hacia un heroico esfuerzo que sin embargo no comprendía y del que sin duda no se jactó en la vida, pues el infeliz era el tipo mas completo del idiotismo, adornado de una gran dosis de ridículo orgullo. Pero permitásemme una lijera digresión.

Segun creo, Hugues y su hermano se hallaban en las cercanías de Tolon, cuando abandonaron su hermoso pais para establecerse como profesores en la India, la isla de Francia, Borbon ó Calcuta. Pobres, desamparados y estrechamente unidos, se embarcaron en una fragata en calidad de filósofos cosmopolitas, propagadores ardientes de las letras, aunque no sabian casi deletrear. Como los gastos de la travesía podían concluir con los recursos que contaban, idearon una estratagema que debía, no bien desembarcasen, indemnizarles en parte de sus indispensables gastos. Profesores y agiotistas á la vez, reunieron una pequeña pacotilla, para si no encontraban un colegio donde propagar sus luces, recorrer el mundo como buhoneros y publicar después la historia verdadera de su larga y penosa peregrinación. Pero hé aquí el comercio lucrativo que eligieron estos dos hombres previsores. Los Hugues, como he dicho, se dirigían á uno de los paises mas cálidos de la tierra, á las Indias Orientales, situadas bajo el trópico. Pues bien, los Hugues hubieran imaginado un comercio como el suyo; solo ellos hubieran reunido una pacotilla semejante: héla aquí. Llevaban pañuelos de seda de la India á Calcuta, ocho bustos pequeños de Carlota Corday y cuatro docenas de patines á Borbon. ¡Patines! ¡Patines á una tierra de fuego!... ¡Oh mis muy

queridos Hugues ! decididos servidores míos, cuánto habreis sufrido en esta tierra de maldición; pero creedme, creed en el Evangelio; ¡tendreis las puertas del cielo completamente abiertas !

Volvamos al cocodrilo. No bien se halló Hugues el menor en medio de la laguna, dió un espantoso grito y dijo : — ¡ Cocodrilos !... ¡ Soy perdido !... y empezó á revolcarse en el fango. ¿Qué hubierais hecho en lugar nuestro? Decidlo francamente. Hubierais hecho lo que hicimos nosotros : sorprendidos y llenos de espanto abandonamos al pobre Hugues para que se entendiese solo con la fiera, y poniendo en movimiento las manos y pies con no acostumbrada lijereza, nos plantamos en un abrir de ojos en nuestra primera posicion. Entre tanto, sorprendido mi criado de permanecer intacto tanto tiempo, introdujo los brazos en el agua, y arrancó del fondo una raíz parásita, en forma de horquilla que le habia cojido el pie y que aun le tenia aprisionado. Pálido, pero contento, volvió adonde nos encontrábamos, y sin mirarme, juraría que me llamó cobarde, pero en voz suficientemente baja para no ser oída. Esta fue sin duda la primera y única vez que estuvo lógico.

Cuando todos han sido cobardes, todos son valientes. Así pues, nuestro ejército de valientes volvió á continuar su interrumpida série de conquistas y atacó inútilmente á otro cocodrilo mucho mas pequeño que el primero; pero en esta ocasion se alegó la admisible excusa de la gran distancia que nos separaba de él.

Al día siguiente del en que tuvo lugar nuestra lijera expedición á Boni, debo confesar que manifesté un nuevo valor, confesando á Mr. Thilmann nuestro miedo y poca destreza. — Os equivocais, me respondió, habeis sido demasiado valientes atravesando esa laguna donde juegan mil cocodrilos; y en cuanto á lo que llamais poca destreza, será lo regular que no haya consistido en ella, sino en que las balas habrán caído oblicuas sobre el cuerpo del monstruo, habrán chocado en las escamas, y se habrán resbalado como en una plancha de hierro. Si los malayos no pudiesen atacar al cocodrilo mas que con fusiles, seguirian mirándolos como dioses omnipotentes de estas comarcas, ó como los fieles custodios de las almas de sus primeros rajáhs; pero la supersticion que les hace respetar á tan peligrosos huéspedes, solo conserva ya su fuerza en ciertas partes de la costa, habitada por hombres feroces, estraños á toda civilización. Cuando en Koupanng sube un cocodrilo el río y entra en las casas á buscar alimento, tiene lugar una encarnizada lucha entre él y los malayos, y pocas veces consigue ganar de nuevo el temible anfibio su predilecto dominio. Sucede tambien muchas veces que cuando ancla en nuestra rada un buque y desea llevarse un cocodrilo, dispongo una expedición á Boni, y jamas se vuelve á Koupanng sin el cadáver de un enemigo.

— Si no temiese abusar, dije á Mr. Thilmann, os suplicaria me diérais algunas noticias sobre esta manera de combatir al cocodrilo, pues debe ser un espectáculo á la vez curioso y terrible.

— No tengo inconveniente, me respondió, pero vamos á tomar el té y os daré los detalles que deseais en presencia de mi esposa, que me lo hace repetir dos veces á la semana con el objeto de ejercitar su valor para poder presenciar, antes de nuestra partida de la colonia, uno de esos combates en que peligran las vidas de muchos hombres. — Ya habreis notado, continuó Mr. Thilmann, que cuando un pueblo se ha hallado bajo la influencia de una idea supersticiosa, siempre le quedan restos de ella, aunque la razon haya demostrado su ridiculez. Durante mucho tiempo han adorado los malayos á los cocodrilos, y aun en nuestros días circula por sus almas ese temor religioso cuando preparan una expedición contra estos

temibles anfibios, por lo cual no le atacan hasta que se encuentran en presencia de su enemigo y les obliga á ello su interes personal; pero entonces dan pruebas ciertas de su fuerza, audacia y destreza.

Elijen para la lucha un sitio seco, llano y despejado, en el cual colocan de trecho en trecho algunos troncos de árboles y despues se esconden lejos de la playa permaneciendo en el silencio mas profundo. No bien sale del mar el anfibio se le van acercando poco á poco los malayos para atacarle en la ocasion oportuna con sus dardos y flechas envenenadas. Uno de ellos permanece en el centro del campo de batalla, y empieza á chillar y á imitar los dolorosos gemidos de un niño. En un principio se pone á escuchar con atencion el cocodrilo, y al poco tiempo despues marcha hacia la que cree una presa fácil. El malayo, casi oculto por el tronco que ha escogido, se arrastra á gatas hasta una segunda estacion mientras sus compañeros se le aproximan y estrechan cada vez mas el círculo, continúa sus quejidos y por medio de este ardid se va alejando el cocodrilo cada vez mas de la playa, hasta que llegando el malayo al último tronco agita un monton de ojas secas para impedir que oiga el monstruo los pasos de los que ya le rodean por detras, y en el momento en que la bestia feroz se prepara para lanzarse sobre su presa, un malayo se precipita y se monta en la fiera, que abre al punto su boca en la que penetra el ginete una enorme barra de hierro como mordaza y mientras este y su cabalgadura luchan con encarnizamiento, los otros malayos acuden, hieren al anfibio con sus venenosas armas y no le dejan tiempo suficiente para que pueda volver á ganar la costa.

Escuché no con mucha confianza la relacion de Mr. Thilmann, y cuando concluyó le dije con aire de duda que no pude disimular.

— ¿Habeis asistido vos á alguna de estas luchas?

— Tres veces la he presenciado.

— ¿Y habeis visto lo que me habeis contado?

— Si permanecéis aquí algun tiempo mas, cuando vuelvan nuestros mejores soldados y mas diestros malayos del interior de la isla, podeis disfrutar de un placer que tanto deseais.

— Ojalá sea pronto.

Pero la guerra se prolongó y por consiguiente no puedo ofrecer en garantía de la relacion hecha por Mr. Thilmann mas que su honradez y la sinceridad de otras noticias que debí á su amabilidad.

Por lo demas el aspecto de un malayo sorprende, impone, y se lee en su fisonomia sombría y feroz, antes de conocer sus costumbres, la crueldad de su alma estraña á toda pasión generosa. El malayo de Timor es amarillo, bajo, musculoso y fuerte : su cabellera es magnífica, está estendida en sus anchas espaldas con mucho gusto. Sus ojos, un poco rasgados como los de los chinos, tienen una espresion infernal aun cuando están en su estado normal; tienen la frente ancha, las cejas muy pobladas, y la nariz ligeramente aplastada, si bien algunos la tienen aguilena. La boca es grande y los labios delgados; pero con la maldita costumbre que tienen de introducir entre el labio superior y la encía un enorme pedazo de tabaco sazonado con betel y nuez de arce mezclada con cal viva, se la desfiguran de un modo asqueroso, pues como se les abrasa la boca, están siempre escupiendo una saliva roja como la sangre, lo que sobre hacer mala vista hace vomitar al menos delicado.

Su traje es admirable : algunas veces se cubre la cabeza con un sombrero ya largo ó puntiagudo, ya cuadrado ó triangular, pero siempre de una forma elegante, y artísticamente tejido con la flexible hoja del vacío ó de otra especie de palmera. En el cuello llevan collares de hojas, de frutas secas ó de piedras, y en las muñecas brazaletes. Cubre sus hombros uncapa con la que se emboza con tal gracia, que no pa-

rece sino que se han estudiado los pliegues. Otro pedazo de tela, fabricada tambien en el país, cuelga de su cintura y cae con negligencia sobre el muslo, un poco mas arriba de la rodilla. Añádase á este traje un aire marcial, posturas siempre graves y amenazadoras, un enorme fusil al hombro, y un caprichoso pero temible sable, de cuya empuñadura triangular cuelgan unos mechones de crin, ó cabellos de las víctimas que ha degollado, y se creará cuanto se diga sobre el carácter de esos hombres de hierro, medio civilizados, y medio salvajes y cuya única pasión es la venganza.

Ayer, un muchacho de unos catorce años, esclavo de un jefe de segundo orden, estaba acechando en la playa para aprovecharse de una ocasion oportuna en que poder robar. Le vió un malayo, corrió hacia él, le alcanzó, y como en la lucha que se trabó iba á escaparse el esclavo, sacó aquel el sable, le hirió profundamente y dejó el arma introducida en la herida; el muchacho sin siquiera suspirar, se lo arrancó y le clavó todo en el pecho de su contrario que cayó muerto. Lejos de huir, el asesino contempló con aire tranquilo y satisfecho la agonía de su víctima, y se dejó conducir ante Mr. Thilmann, á quien relirió con total indiferencia los pormenores de este sangriento suceso.

—¿Qué se hará con este muchacho? pregunté al gobernador.

—Si no muere, me contestó, le enviaré á Java donde será ahorcado; pues aquí no nos atrevemos á ejecutar una sola sentencia de muerte.

Un dia que salía yo de la casa de Mr. Thilmann me encontré á este sujeto á quien debo tantas atenciones y me dijo: —Venid, quiero enseñaros un hombre muy notable, un saltarín como de seguro no habreis visto ninguno en Europa: es un jóven desertor de un navío holandés procedente de Calcuta que hizo escala en Timor hará un año. Iba á Europa con el objeto de mostrar su destreza en las principales capitales, pero el amor á su cielo tropical se apoderó de él y le impidió continuar su camino.

Dubaut y yo, fuimos á visitar este fenómeno. Le hallamos sentado en una silla de bambú teniendo delante un tablero sólido de doce á quince pies cuadrados en el cual estaban fijados unos cuantos clavos con la punta hacia arriba y de unas diez pulgadas de longitud. Distaban estos clavos entre sí como cosa de pie y medio.

A nuestra llegada, Indou se levantó haciendo algunos gestos bastante grotescos y preguntó á Mr. Thilmann, si deseábamos asistir á sus ejercicios. El gobernador le contestó ofreciéndole con mucha finura un kohen-slimuthi, y el jóven le dió gracias hincando una rodilla en tierra.

Hecho esto, el saltarín se acercó á mí, me suplicó le vendara los ojos con un pañuelo y en seguida taloneando primero y deslizándose entre las puntas de hierro, se disponía á empezar sus peligrosos saltos. Sondeado el terreno, se puso á saltar armando una especie de gruñido que decia ser una cancion, cayendo siempre á compas entre los agudos clavos, que al menor paso falso, ó al mas leve descuido, le hubieran mutilado de un modo terrible.

Yo estaba lleno de admiracion y de estupor; temia que aquel desgraciado fuese víctima de su increíble audacia, y sin embargo, no me atrevia á decir una palabra, temiendo turbarle en sus evoluciones. Despues de saltar cinco minutos, atras, adelante y de costado, Indou dió un gran grito y saltó del tablado cansado y sudando á mares.

Quedéme descolorido; maravillado y entusiasmado al ver un juego tan sangriento á la par que tan frívolo; propuse al jóven Indou conducirle á Europa donde pronto hubiera hecho su fortuna, y aunque pareció aceptar mi oferta, al dia siguiente me dijo Mr. Thil-

mann que se habia retirado al interior de la isla temiendo que me le llevara por fuerza.

La ciudad está dividida en dos partes casi iguales por una especie de calle bastante ancha llena de tamarindos. Los malayos están en unas casas cubiertas con hojas de cocos, y cuyas paredes muy unidas están construidas con espigas de palmitos fuertemente unidas entre sí. Casi ningún mueble hay en estas casas, y sus camas son una especie de esterillas.

El barrio de los chinos es el mas opulento; uno de nuestros ricos almacenes de segundo orden vale mas que todas las pretendidas riquezas amontonadas en las factorías. No podeis formaros una idea de la falacia de esos miserables cambistas autorizados, bastante diestros para hacerse amos en donde quiera que encuentran tontos que robar. Cobardes y bribones, reciben los castigos que se les imponen con una especie de sumision que hace el elogio de su mansedumbre; pero no os dejéis alucinar por su fingida humildad, porque el perdon que ahora imploran de rodillas, es una nueva astucia para sorprender en seguida vuestra buena fé. Su destreza para robar es inconcebible y nuestros rateros de primer orden son niños de escuela comparados con ellos. Ciucó ó seis chinos os rodean y enseñan algunas de esas bagatelas que hacen con tanta paciencia y delicadeza, les presentais á vuestra vez los objetos que quereis cambiar por ellas, y mientras aquel á quien hablais los examina con atencion, llega otro y os toca en el hombro propoiéndoo un nuevo trato. Si volveis la cabeza un solo instante hacia él, podeis considerar como perdida vuestra mercancía. Apenas ha caído al suelo una sortija, alfiler, boton ó dedal, cuando ya está cojido por los dedos del pie del que está á vuestro lado, pasando sin que lo advirtais á un pie mas lejauo, hasta que por fin va lejos de vos á ocultarse debajo de una piedra ó de una espesa capa de césped. Dadle despues una bofetada ó un palo ¿qué importa eso al chino? no guarda rencor alguno por semejantes familiaridades. Por mi parte, me han engañado cobardemente muchas veces, sin duda porque les manifestaba una confianza sin límites, pero estamos pagados, porque varias veces les he enseñado prácticamente lo que pesa una mano europea cuando se levanta por necesidad para corregir una falta.

Antes de nuestra llegada á Koupang, iban las mujeres á bañarse con frecuencia hacia la parte alta de la ciudad, sobre las tersas rocas que forman el cauce del rio; pero los necios celos de esos micos amarillos se despertaron al vernos en aquel sitio, y nos vimos precisados á emplear ardid de guerra, para poder dibujar con comodidad los rostros y trajes de la mayor parte de ellas. Teníamos la ventaja de que por su parte se prestaban gustosas á ello con una complacencia estremada, así es que puedo deciros hoy las cualidades físicas que las distinguen de las mujeres de otras naciones.

En general, son mas altas que los hombres, pero lijeras, esbeltas; llevan suelto el cuerpo, aunque van envueltas en sus largas túnicas que les arrastran. Tienen unas manos finas y delicadas, y pies invisibles, gracias al detestable uso que conservan de doblar los dedos desde su infancia por medio de cajas de madera ó de metal. Me han parecido de un amarillo menos oscuro que el de los hombres. Sus cabellos son admirables; los llevan recogidos en la coronilla con un peine de sándalo ó de marfil muy largo y de una forma sumamente original, y aun muchas veces con un anillo de plata ó de oro, segun la costumbre de los malayos.

Son calladas, observadoras, temerosas y desconfiadas; os miran siempre de reojo y sonrien entreabriendo lijaramente los labios. Encerradas continuamente en el fondo de sus habitaciones se aprovechan de la ausencia de sus celosos vigilantes de un modo

que casi lisonjea á los extranjeros, para satisfacer la curiosidad que las atormenta; y he visto con frecuencia en Koupang á la jóven y hermosa mujer de un platero, hacer furtivas escursiones que no hubieran podido impedir la vijilancia de media docena de dueñas andaluzas. Me apresuro á añadir que tienen

mucho talento, y que el suplicio horroroso que se aplica á la adúltera, no sirve quizá para nada en la severa regularidad de sus costumbres. No creais que me chancoo al hacer estas reflexiones.

Así como en todos los países donde se han establecido esos ricos mendicantes, los chinos de Koupang



Malayo de Timor.

han impuesto leyes á sus señores, y han nombrado un jefe de su nacion para que cuide de que se les respete.

El comercio de Timor consiste en madera de sándalo y en cera. Dos buques pequeños de trescientas toneladas bastan para la esportacion de estos dos artículos, y se asegura que de algun tiempo á esta parte prefieren los armadores ir hasta las islas de Sandwich, porque allí es de una calidad superior la madera y se vende mas barata.

Los animales salvajes de la isla, son ciervos, búfalos, jabalíes y monos; los domésticos son los caballos, cabras, perros, cerdos y sobre todo gallos y gallinas. Por algunos alfileres se puede comprar una buena gallina; un búfalo cuesta cuatro duros, y por un mal cuchillo, obtiene uno un cerdo pequeño. Es raro, en general, que no se acepte un cambio, cuando se ofrece un objeto curioso que provenga de Europa. En todos los campos os dan cocos, magueis, pamplemusas y otra infinidad de frutos deliciosos de aquel país, si les presentais clavillos, botones ó agujas. Estas bagatelas son la moneda de los viajeros.

En Timor hay trescientos chinos; entre ellos solo hay uno que pueda llamarse hombre honrado, y eso, segun dicen, por exageracion de los viajeros. En esta ciudad conservan su traje nacional y viven con la misma frugalidad que en Makao ó Kanton, es decir, que una taza de té, un puñado de arroz, y algunas pipas pequeñas con un tabaco muy suave, bastan para su consumo diario. Con dos varillas de marfil que agitan con estremada velocidad, cogen de sus platos

las migajas mas pequeñas. Se diría que eran juglares al verlos junto á su mesa de escamoteo.

No hay pueblo sobre la tierra que tenga un carácter mas particular, mas uniforme. Viendo á un chino se ven todos; un chino de Kanton es esactamente igual á un chino de Pekin.

Tienen el rostro dulce, redondo, los ojos pequeños é inclinados hácia el lagrimal, la nariz aplastada, los lábios gruesos, pero no muy grande la boca; se afeitan la cabeza y solo conservan un mechón que desde el occipital baja á manera de cola sobre la espalda; sus uñas tienen á veces una pulgada de longitud y el tenerlas siempre limpias y bien cortadas es entre ellos una prueba de lujo y coquetería. Son tan delicados que casi nunca caminan, y un europeo de mediana fuerza puede luchar sin temor con cinco ó seis de sus mas vigorosos atletas. Su fisonomía está en consonancia con su carácter. La degradacion es completa entre ellos.

Hacen dos comidas diarias, pero jamas con sus mujeres. Cobardes por naturaleza y por cálculo, permanecen neutrales en todas las guerras que emprenden los malayos.

Los derechos que pagan por la esportacion de ciertos géneros, son mucho menores que los impuestos á Inglaterra y Portugal. ¿No es esto una vergüenza para gobiernos libres y fuertes?

¿Deberé referir la estúpida anécdota que el chino mas entendido de Koupang me contó una noche que le hallé lleno de devoción, al salir de su templo? En el altar mayor de esta especie de capilla hay la figurilla de una jóven ricamente adornada con unos ves-

tidos entreverados de dragones y peces alados. Sin duda sería la divinidad del lugar, puesto que los fieles (no me atrevo á decir creyentes) depositaban á su alrededor platillos de porcelana en los cuales yacían muertos y atravesados con pajuelas terminadas por una banderita, pichones, gallinas, gallos y lechones, devotas ofrendas dedicadas á aquella á quien estaba dedicado el templo.

—Pues qué, le pregunté á un chino ¿no adorais el fuego?

—Adoramos el fuego, me contestó; pero tambien veneramos esta sagrada imágen.

—¿Qué imágen es esa á cuyos pies llamais á vuestros compatriotas, por medio de ese magnífico tantan suspendido á la entrada del templo?

—Es nuestra protectora.

—¿Podríais contarme su historia?

—Es bien corta, oídla.

—Había una vez un anciano padre de familia, que tenía una hija y dos hijos, para alimentar á los cuales iba con frecuencia á cazar y pescar. Un día que se hallaba en una barca con sus dos hijos y que traía gran cantidad de pescado, estalló una terrible tormenta, y la frágil embarcación zozobró y se fué á pique. Los tres perecieron en medio de las olas, y la hija que preparaba la comida, mientras su madre estaba ausente, se desmayó al saber tan fatal ocurrencia, y no recobró sus sentidos sino á fuerza de los golpes que su madre la daba.

—¿Por qué dormías, la dijo por último, por qué desatendías de ese modo los cuidados de la casa?

—No dormía, exclamó la hija, y en aquel momento se levantó teniendo á sus dos hermanos en los brazos, y á su padre entre los dientes.

He traducido palabra por palabra, pero dudo mucho de la buena fé del mono teólogo, aunque la figura del altar mayor con todos sus accesorios, parezca apoyar su estúpido y burlesco relato.

A escondidas y oculto en la sombra, pude ser testigo, por la parte exterior del templo, de una ceremonia religiosa á media noche, que solo se verifica entre los chinos cuando está la luna llena. A las once vibró el tan-tan tocado por un niño, y á la media hora ya estaba la capilla llena de gente; colocándose los que llegaban nuevamente á lo largo de los muros, con las manos cerradas á la altura de la cabeza y estendido el índice. Uno de ellos, anciano y de poca barba, después de un momento de descanso, se acurrucó sobre un estrado al pie de la *hija de los peces*, y principió á dar voces, agitando su cabeza á derecha é izquierda con bastante rapidez, como si fuese puesta en movimiento por una violenta calentura. El sermón duró veinte minutos, durante los cuales ninguno de los fieles dió muestras de vida; pero al fin se oyó una monótona salmodia: todas las cabezas se movieron, todas las lenguas articularon duros sonidos sobre una misma nota; se pateó sin cadencia, giraron sobre sus talones, pero todo sin reirse, sin la menor emoción, del mismo modo que se recita una lección, concluyéndose la ceremonia á las doce y media. Decididamente prefiero la llegada de la isla de Francia. Un violento golpe de tan-tan impuso silencio á la asamblea, y el soberano señor de todas las cosas, acababa de recibir el homenaje de respeto y reconocimiento que le rinden todos los pueblos.

¿No es cierto que se obra con prudencia, no meditando sobre las diversas religiones del globo, y respetándolas aun en la parte que tienen de chocante y ridiculas?

Aun he de hallar otra vez á los chinos en Diely, pues se les puede aplicar este dicho de Enrique IV sobre los gascones «semebrados en vuestras tierras incultas, en todas partes arraigan.» Enrique IV hizo un epigrama; pero estas palabras se aplicarían con mas justicia á los chinos, que en cualquier lado se

erigen en dominadores. En las costas y en el interior de su insolente metrópoli, nuestros buques y exploradores hallan límites que no pueden traspasar: nuestro pabellón es desgraciado; asesinados en tierra nuestros marineros; atormentados nuestros piadosos misioneros, y sin embargo la China no deja de ser por eso el mas vasto, el mas pacífico imperio del mundo, y la mas respetada de las naciones.

XVII.

TIMOR.

Chinos.—Rajás.—El emperador Pedro.—Costumbres.

CREIA haber concluido con este pueblo de monos, tan avanzado, á la par que tan estacionario; tan filósofo, y tan devotamente adicto á puerilidades religiosas y morales; tan altanero para las demas naciones, y tan á propósito para arrastrarse á los pies de cualquiera que se proponga sujetarlo; pero es preciso que me ocupe aun de él, para no merecer la calificación de parcial, tan frecuente y justamente hecha á los viajeros.

Si en sus mezquinas casas, donde por otra parte todo es original y está bien ordenado, nada denota lujo, puesto que los tabiques que separan las habitaciones son troncos de bambú unidos fuertemente, no sucede lo mismo con las fastuosas moradas que se preparan para después de su muerte. En ellas todo es grave, solemne; nada indica avaricia ó mezquindad; parece ser una brillante reparación hecha á una vida de fatigas y privaciones. Han querido que los cadáveres reposen tranquilamente en su eterno lecho, y todos los accesorios de estos monumentos que indican haber durado el dolor mas de un día, os manifiestan tambien el respeto del hijo para su padre, ó la ternura de este para con su hijo.

Es imposible hacer una descripción exacta de un sepulcro chino; su grandiosidad y elegancia solo pueden reproducirse por medio del dibujo. Es una piedra sepulcral de tres pies de altura, y algunas veces de cuatro, por un pie de espesor, labrada con gracia en forma de ogiva, guarnecida de molduras, y en cuyo medio hay un escudo de mármol ó de granito, donde están grabados, unas veces en alto y otras en bajo relieve, el nombre y probablemente las cualidades morales de aquel á quien está dedicado el monumento. Estos caracteres son negros, encarnados y por lo regular de oro. A cada lado de esta piedra sepulcral, en cuyo pie se elevan dos gradas de mármol ó de estuco, existen, á diez pasos de distancia entre sí, otras dos gradas de cuatro pies de altura lo menos, que descienden simétricamente y van á reunirse, formando escalones á manera de elipse, á unos treinta pasos de la piedra principal, y al nivel del suelo. El espacio comprendido en esta vasta curva tiene un pavimento de losas ó de mosaico, y en este recinto reservado es donde los chinos, de rodillas, rinden diariamente homenaje al que ya no existe. Detrás de la piedra sepulcral hay un espacio cerrado por un muro de estuco ó de fábrica, ligeramente abovedado, en el cual reposa el cadáver, y á cuyo alrededor nacen flores y plantas odoríferas. Esparcidos por uno y otro lado, hay árboles cuidados y podados con esmero, en cuyas ramas se ven vestidos, porcelanas y cestillas de hojas de palmera, que contienen las ofrendas dedicadas al alma del difunto. Debo añadir, que tienen que renovar estas ofrendas con alguna frecuencia, á causa sin duda de algun diestro profanador de estos lugares de reposo, consagrados al luto y á la oración.

¿Puede compensar este respeto que manifiestan los chinos á los muertos, las iniquidades de su vida infame y perezosa?

Los sepulcros de los chinos no tienen igual mages-

tad, grandeza ni riqueza, pero hasta los mas mezquinos tienen de notable las generosas y diarias ofrendas con que están adornados. Reparar con inquieta y piadosa solicitud los deterioros ocasionados por las inclemencias del tiempo, de suerte que se puede decir que en este pueblo tan extraño en sus gustos y costumbres, se piensa tanto mas en los amigos y parientes, cuanto mas tiempo hace que se los ha perdido.

Comunmente van los chinos al salir el sol á orar en los cementerios. ¿Será porque el calor, si asíno fuera, ardiente del sol, ahogaría la piedad de sus almas? ¿O será que encuentren en esta prueba de respeto y adoración algun descanso para su no muy limpia conciencia? No lo sé, pero hablando con franqueza debo confesar, como narrador fiel, que me cuesta algun trabajo juzgar favorablemente á unos hombres, cuya vida parásita he estudiado con demasiada deteccion, para no conservarlos algun rencor, é interpretar bien esa piedad de que hablo, y que á mi modo de ver envuelve un contrasentido.

¡Amarillos y fieles súbditos de Taokón-ang! ¡me temo mucho no encontrar entre vosotros un solo sentimiento noble y generoso, digno de alabanza! ¡Sois mas que medianamente malos y crueles con los vivos para que tengan los muertos poder suficiente para cambiar vuestra alma!

Un día seguí á dos chinos que se dirigian al cementerio, hablando con extraordinaria velocidad, y haciendo, contra su costumbre, gestos rápidos y multiplicados. Apenas llegaron al campo del duelo y luto, callaron, acortaron el paso, y se volvieron la espalda como para reunir sus pensamientos, evitando la distracción; despues se adelantaron juntos y con paso grave, en direccion de un sepulcro de mediana grandeza, y se arrodillaron delante de él en actitud de orar. Permanecieron en esta posicion un cuarto de hora, y despues de haberse mirado, se levantaron y uno tras otro besaron con respeto la piedra sepulcral. Hecho esto, miráronse de nuevo, golpearon el suelo á compás con el pie, agitaron convulsivamente su calva cabeza á derecha é izquierda, y de arriba á abajo, y volvieron á marchar en direccion de la ciudad. Los saludé cuando pasaron á mi lado, me devolvieron mi saludo con frialdad, y manifestaron temer que hubiese asistido á su cotidiana oración. Por lo demas este cementerio chino, curioso y bien conservado, está situado en una colina al Sud de Kou-pang, y debo confesar que sus sepulcros son los únicos monumentos notables de la isla.

Los malayos no tienen cementerio: depositan los cadáveres, ya en un campo sembrado de tabaco, ya en la cumbre de algun cerro, y las mas veces en las márgenes de los caminos. Señalan el sitio de la sepultura con un monton de guijarros pequeños, que al poco tiempo esparcen por el suelo los transeúntes. Tratan por consiguiente á los muertos, con ese amor y cariño que á los vivos, pues estoy seguro que ni uno solo de los que diariamente me rodeaban y pasaban á mi lado, ha alimentado en su corazon los tiernos sentimientos de la amistad ó del reconocimiento.

Los holandeses han dado bastantes leyes en Kou-pang, pero los malayos son suficientemente poderosos para hollarlas y escarnecerlas. Castígase la violación de una holandesa con la pena de muerte, y se envia al culpable á Java, donde queda vengado el agravio. Si la violada es una esclava, la pena es la de azotes, bastando regularmente cincuenta para dejar satisfechas á las personas interesadas en el castigo; pero si el culpable es rico, puede librarse de esta pena mediante algunas docenas de pesos fuertes, ó de muchas varas de tela; pero se ha notado que casi siempre intercede la víctima en su favor, en cuyo caso queda absuelto, y entra las mas veces una mujer mas en el haren del seductor.

Cuando un amo castiga injustamente á un esclavo, si este se queja y prueba á sus jueces la iniquidad de la corrección, queda confiscado en beneficio del gobierno. Fácil es por lo tanto conocer, que no faltarán servidores á los holandeses.

Si se prueba á un malayo libre ante su rajá, su culpable conducta, queda vendido en beneficio del soberano; y como los rajás son tributarios del gobernador, están obligados á entregar á este la cuarta ó quinta parte del precio en que ha sido vendido.

La religion de los malayos es la idolatría: guardan á sus rajás un respeto que raya en adoración, y hasta algunos los creen hijos de los dioses.

El alimento de los malayos consiste en arroz, pescados salados, búfalos, gallinas y algunas frutas; no tienen hora fija para sus comidas, que nunca hacen con sus mujeres, á las que tratan como verdaderas esclavas.

El traje de estas está compuesto de dos piezas de tela llamadas *cáhen-slimont* y *cáhen-sahori* ó *cabaya*. Llevan la primera á manera de falda, sujeta á la cintura y cayendo en graciosos pliegues hasta la rodilla; la otra la llevan caprichosamente puesta sobre las espaldas, y sujeta con un cordón ó un nudo. Lo mas particular del traje de las malayas, es que atan el *cabaya*, no por encima del pecho ni por debajo, sino por medio de él, quedando por consiguiente dividida la garganta en dos partes, lo cual no hace muy buena vista. ¿Quién seria capaz de explicar los caprichos de la moda?

Las malayas son sumamente altas; su paso es noble, magestuoso, y de una arrebatadora desenvoltura; en sus ojos se lee un orgullo natural que se nota desde luego. Su cabellera es lo mas magnifico y hermoso, y es imposible que ninguna otra mujer dedique como estas, mas minuciosos cuidados en su peinado. Por la mañana temprano se arrojan al agua á pocos pasos de la ciudad, cubren su rostro aquellos finisimos cabellos, y los dejan flotar sobre las aguas: despues, con un limon abierto, cual si fuera pomada ó esencia, les dan un brillo resplandeciente, y por medio de un gran peine de madera, con solo tres ó cuatro dientes, de forma encorvada y particular, concluyen la operación que empezaron el limon y el agua. Las antiguas estatuas de Roma ó Atenas no están tan primorosamente peinadas como la mujer menos diestra de Timor. Escitarian la envidia de David y Pradier.

Pues bien: analicemos ahora detalladamente á esas jóvenes tan bien adornadas. Esa asquerosa costumbre que ya hemos visto en los hombres, y que consiste en colocar entre la encía y el labio superior un trozo enorme de tabaco mezclado con cal, es mucho mas comun en las mujeres, de suerte que á los diez y seis ó diez y ocho años, ya no tienen dientes y si los conservan están mas negros que el carbon. Dicen que así son mas hermosas; será así; pero en Europa tenemos otros gustos: el marfil es mas apreciado que el ébano. Esta costumbre es mucho mas sensible, cuando se nota que las que no emplean el tabaco tienen los dientes de una extraordinaria blancura. De todo esto podemos deducir sin malicia de ningún género, que la coquetería ejerce su imperio tanto en este hemisferio como en el nuestro; que las mujeres de Timor, como las nuestras, sacrifican todo á la moda, y que tan solo han mentido un poco los viajeros, diciendo que en este archipiélago es un atractivo mas, con que el bello sexo afirma su poder, el color negro de los dientes. Yo por mi parte aconsejo á las mujeres de Timor que pongan en juego talismanes mas poderosos, pues los feroces malayos necesitan ser seducidos por otros medios. Se me olvidaba decir, que cuando ha producido su efecto la cal viva, es decir, cuando han quedado sin un diente las encías, se les reemplaza con otros de oro que los *desirábodes* del pais colocan con maravillosa destreza. ¿Para qué,

pues, reparar una pérdida cuya causa se conoce?

Las enfermedades mas comunes, son la sarna, la lepra, y en general todas las de la piel. Hará treinta años que se despobló la colonia atacada por las viruelas, y sin embargo, no se ha podido hacer aceptar á los malayos los beneficios de la vacuna. Los europeos poco, acostumbrados á los calores tropicales, son casi siempre víctimas en este pais de una disenteria, que muchas veces se hace contagiosa, y que segun se ha notado no ataca nunca á los malayos. Se dice que es un remedio eficaz para esta enfermedad, la corteza de la granada puesta en infusion con agua de rio.

En el año 1793, tuvo lugar en Timor un espantoso temblor de tierra que conmovió á la isla hasta en sus cimientos: la lava salió á la vez en cien cráteres, se secaron los rios, arruináronse las casas y edificios, el templo chino fue arrojado en la playa, y el mar puesto en extraordinario movimiento. No fueron estrañas á esta terrible conmocion las islas vecinas; una espantosa catástrofe amenazó á todo el archipiélago, y los atemorizados habitantes creyeron llegada su última hora. Desde entonces se sienten de cuando en cuando los efectos del fuego subterráneo, pero hasta ahora los temblores de tierra, aunque frecuentes, no han ocasionado ningun notable desastre. Parece que el furor de los elementos se ha trasladado al alma de los naturales.

Despues del cocodrilo, el reptil mas peligroso de la isla es una serpiente negruzca que llaman los malayos *hissao* y que regularmente es de unos tres pies de longitud por una pulgada de diámetro. Me aseguraron algunos habitantes que la herida que produce es mortal; pero Mr. Thilmann me dijo todo lo contrario, si bien añadió que produce durante algunos dias dolores insufribles.

Despues de haber hablado de los malayos, debo ocuparme de sus soberanos, sin que por esto crea haber faltado al respeto que siempre me han merecido los monarcas.

Los reyes de estos paises se llaman insolentemente descendientes de los dioses y gobiernan como verdaderos déspotas á sus súbditos, sobre los cuales tienen derecho de vida y muerte; de modo que en un momento de mal humor ó por un capricho pueden hacer cortar la cabeza á quien se les antoje, ó la cortan ellos mismos sin otra forma de proceso, y sin que nadie se atreva á preguntar la causa. Sin embargo, este despotismo puede producir un dia importantes consecuencias, y máxime si el viento civilizador de Europa llega á penetrar en estos climas.

Es notable, sin embargo, que entre estos príncipes feroces, crueles y sanguinarios, se encuentren algunos que por el contrario dan ejemplo de desinterés y dignidad, poco comunes hasta entre nosotros. Bao rey de Rottia es uno de ellos: en su juventud dió muestras de un carácter violento y colérico, por lo cual abdicó voluntariamente la soberanía en favor de su hermano, temiendo que semejantes pasiones le indujesen á cometer grandes injusticias. Pero véase hasta qué punto puede arrastrar el fanatismo y la estupidez á los soberanos: un dia que en un acceso de violenta cólera, hizo decapitar Bao á uno de sus súbditos, furioso y desesperado despues de la ejecucion, cortó de repente la cabeza á dos de sus principales y mas queridos oficiales, «en espacion, segun dijo, del crimen atroz que acababa de cometer.» No habiendo sido muy feliz Bao en la eleccion de su sucesor, que hizo temblar á sus súbditos bajo su cetro de hierro, le destronó el gobernador de Timor, y restableció á Bao, que desde entonces ha conseguido dominar las primeras inclinaciones de su palma.

Habiéndosele mandado que se presentase en Kou-pang para que con sus soldados ayudase á los holan-

deses en la guerra que sostenian contra el monarca sublevado Luis, se vió obligado á confiar el mando de sus tropas á sus principales oficiales por hallarse enfermo, y tuvo con gran sentimiento que esperar inactivo el resultado de la lucha. Tantos fueron los elogios que se nos hicieron de él que resolvimos visitarle, esperando al mismo tiempo que nos suministraría muchas noticias sobre las costumbres é instituciones de los pueblos sometidos á sus hermanos rajás, como se los llama aquí, ó á los reyes sus primos, como se dice en Europa.

En este pais se visita á los príncipes sin ceremonias, sin introductor, porteros, criados, ni gentiles hombres: se entra en su casa como en la de un vecino cualquiera, se le habla, se le puede dar la mano sentarse á su lado y despedirse en la forma ordinaria. Yo llevé una chaqueta blanca y camisa de marino. Hallábase con Bao, rey de Rottia, Evalé-Tetti; el primero tenia un junco con puño de oro por cetro, representaba unos cincuenta años, era alto, bien formado, y al parecer disfrutaba una completa salud. Sus facciones respiraban bondad, sus ojos dulzura y de su boca muy pequeña nunca desaparecia una amable sonrisa. Su traje consistia en una especie de capa de indiana con grandes flores. En su cintura llevaba ajustado un *cahen slimout* igual al de sus súbditos: tenia tambien las piernas y los pies desnudos. El rey Evalé-Tetti tenia sesenta años; estaba escoltado por algunos guerreros y uno de sus principales oficiales, que segun se nos dijo era su primer ministro. Ambos parecian dos micos y estaban miserablemente vestidos.

Los adivinos y agoreros son los sacerdotes de los malayos. Tanto en Rottia como en Timor y en las demas ciudades, solo hay cuatro á cuya cabeza está el mas anciano. Leen el porvenir en las entrañas de las victimas, que comunmente son las gallinas, que sobre costar menos que los cerdos, búfalos y patos, que tambien consultan algunas veces, tienen la circunstancia de facilitar la investigacion á los sacerdotes acostumbrados ya á leer en esta especie de vocabularios y que por consiguiente adivinan con mas precision y esactitud. Se consulta á los adivinos en todos los negocios importantes, tales como declaracion de guerra, dia en que debe darse una batalla y resultado de la misma: tienen tambien que designar el número de los enemigos que morirán y el de los prisioneros; pero para acertar siempre, á imitacion de los agoreros griegos y romanos, dan sus respuestas en frases de doble sentido y por consiguiente de facil aplicacion á los resultados. Los adivinos pueden casarse y son hereditarias sus funciones: por lo tanto cuando tienen un hijo puede asegurarse de antemano y sin temor de equivocarse, que un dia será tan hipócrita y embustero como su padre.

Cuando monta á caballo el gran sacerdote, los que le acompañan no pueden gastar silla. La prohibicion de usarlas no se estiende mas que á este caso, á pesar de que algunos vinjeros han asegurado lo contrario; su religion tampoco les prescribe cosa alguna sobre este particular. Sin embargo raras veces hacen uso de ella los malayos, pues generalmente montan en pelo y sin estribos, guiando al caballo con sus gritos ó por medio de un freno muy pequeño.

En todas las ciudades hay una casa sagrada llamada *Rouma-Pamali*, permitiéndose entonces al pueblo la entrada en esta casa, donde se cometen mil indignidades. Cuando muere el rajá, se le lleva á Rouma-Pamali donde se le espone durante algunos dias á la vista del pueblo.

Segun creo, no existe ninguna ceremonia religiosa para la consagracion del matrimonio. El pretendiente hace al presunto suegro regalos proporcionados á su fortuna y al aprecio que tiene á la que desea tomar por esposa. No bien nacen los hijos los llevan al Rou-

ma-Pamali, y raras veces se les pone el nombre de sus padres. Por último, reunida la familia canta cuando muere un malayo pariente interin está espuesto su cuerpo sobre unas esteras: un esclavo con un abanico de plumas, aleja los insectos del rostro del difunto. El cadáver es conducido por los amigos, y depositado en un foso donde se entierran también las cosas que el difunto amaba mas; todo desaparece con él... hasta su memoria. Yo he asistido á una de estas ceremonias y he oido los gritos de dolor de cinco ó seis personas, y al otro día las he encontrado tranquilas y como si no hubiesen perdido á nadie.

El poder de los rajás es hereditario: el hermano mayor es el sucesor en el mando. Si todos los hermanos del difunto han muerto, ó este no los tenía, su hijo primogénito, y si no le hay, el primogénito de su hermano mayor, es el heredero de la corona. Las mujeres no tienen ningún derecho á sucesión. No comprendo cómo habrán permitido ellas esta ley en un país donde dominan á los soberanos, que sin duda son los únicos entre todos las demas, que tienen mucha consideración con sus favoritas.

Los rajás tienen á sus órdenes unos oficiales llamados tonmonkouns y son los únicos dignatarios que separan al soberano de su pueblo. El número de estos oficiales está en proporción con el poder del rajá. El de la isla de Dao tenía siete; Bao, rey de Rottia, diez y ocho.

Entre los pueblos que defendían á los holandeses en la guerra que entonces sostenían, son notables los guerreros de Saon y de Solor, la mayor parte voluntarios. Los de Solor principalmente presentan en los combates las escenas mas crueles y repugnantes: no bien derriban á un enemigo, se arrojan sobre él y le acaban á mordiscos. En general son sus combates tan sangrientos, que basta una batalla para decidir toda una campaña.

La isla era entonces un vasto teatro de robos, muertes y crueldades. El gobernador holandés Hazaart, antiguo oficial de marina, estaba acampado con diez mil hombres en el interior para oponerse á que reuniese soldados el rajá Luis, de quien se contaban mil maravillas.

Luis era cristiano, hijo de Tobany, rey de Amanoebang, país situado á cinco jornadas de Koupang, y en el centro de las posesiones holandesas. Fue educado en la religión cristiana, y cansado al fin de pagar los onerosos tributos que le imponían los holandeses, resolvió declararse independiente, y para sostener su pretensión hacia ya diez años que recorría la isla de Timor á la cabeza de su temible ejército, sujetando á los reyes vecinos, que se presentaban al gobernador implorando su protección.

Gefe de un puñado de valientes decididos por su causa, Luis de Amanoebang parecía no temer los esfuerzos de tantos enemigos coaligados. En una ocasión les obligó á que le propusiesen una gloriosa paz, durante la cual atraía á sus estados un número considerable de personas distinguidas y de hábiles artífices que promovieron el amor á las artes, é hicieron renacer por todas partes el comercio y la industria. Sus ejércitos victoriosos han llegado también hace siete años á las puertas de Koupang y llenado á la ciudad de terror, después de haber quemado algunos edificios y la casa del gobernador. Hoy que se le ha querido imponer de nuevo un vergonzoso yugo, se ha declarado de nuevo independiente, y á la cabeza de un ejército de seis mil hombres, de los cuales las dos terceras partes están armados de fusiles y montados en buenos caballos, se atreve á intentar derribar el poder despótico de esta colonia, y á destronar catorce soberanos. Las armas de sus soldados son los fusiles, mazas, sables, azagayas, puñales, su admirable audacia, y el asombroso genio de su gefe.

Luis es tan valiente como político: ha logrado al

fin sembrar la desunión en el ejército enemigo. Carece al mismo tiempo de preocupaciones: combatiría á la sombra, si las flechas de sus adversarios oscureciesen el sol. Su valor está fundado en sus primeros triunfos; ya ha obligado á los holandeses á construir un fuerte en Dao, saqueado por él en otro tiempo. Su prudencia es también admirable, pues ha hecho construir en sus estados fortificaciones que son el asombro de los holandeses y de sus aliados. Luis, en una palabra, pelea por la independencia, mientras catorce rajás por la esclavitud; los soldados de Luis morirán al lado de su gefe, mientras nada tendrá de particular que los isleños, agrupados en torno del pabellón europeo, le abandonen antes de combatir ó en la ocasión mas oportuna; los guerreros de Luis están ligados á él por los vínculos del reconocimiento, los isleños pelean bajo las banderas holandesas tan solo por el temor. ¡Cuántos motivos para suponer que al fin este intrépido gefe saldrá vencedor en esta guerra comenzada por el orgullo ofendido y aceptada por el patriotismo y la convicción de la legitimidad de una causa! Los reyes llamados por los holandeses para sostener esta guerra, están obligados á ponerse á la cabeza de sus soldados, ó por lo menos á acompañar al cuerpo del ejército hasta el cuartel general. El rey de Denka se ha presentado con mil hombres, pero habiéndole imposibilitado una enfermedad para guiarlos al combate, ha obtenido permiso para regresar á Koupang, después de haber jurado que sus súbditos serían fieles á la causa que habían abrazado. Pero como los malayos tienen la antigua preocupación de que provienen las enfermedades de orden de los dioses, creen que cuando su gefe se ve atacado por una, deben abstenerse de pelear, y esta preocupación, tan útil para los intereses de Luis, ha producido una gran deserción entre los soldados procedentes de Denka. Si se repite un suceso parecido á este, Luis no experimentará mas disgusto, que el de haber tenido que someter muy pocos enemigos.

Dos expediciones han mandado los ingleses contra el rey Luis, la primera en 1815, y la segunda en 1816, y tampoco han podido vencerle. Es alto, vivo, impetuoso, valiente pero con prudencia, de atrevidos pero no imposibles proyectos; recompensa dignamente al mérito, y castiga con crueldad la desobediencia. Tan solo falta á este hombre extraordinario la gloria de que publique un historiador sus grandes hazañas.

Su temible rival, querido y reverenciado por los habitantes de Timor, el emperador Pedro, muerto en la actualidad para toda idea ambiciosa, ha permanecido indiferente al oír el ruido de las armas que resuena en torno de sus dominios; y en un lecho de dolor, esperaba tranquilo su última hora. Quisimos visitar también á este nuevo monarca, y dispuestos en poco tiempo; nos pusimos alegres en camino. Componíase nuestra pequeña caravana, de Berard, Gauichand, Gaymard, Duperrey, Taunay y yo; todos deseando aprender, todos amigos íntimos, y casi siempre compañeros inseparables en las escursiones mas peligrosas.

Una vez fuera de Koupang, se nos presentó á la vista el camino, que es una deliciosa senda resguardada de los rayos del sol por una rica vegetación, y limitada por un lado por el cauce de un torrente que regularmente hay que vadear. Después de una hora de camino, descubrimos poco á poco una pequeña colina, en cuya cumbre está la tumba de Taybeno, antiguo rajá de esta parte de la isla. Sobre ella había un árbol seco, y de dos de sus ramas pendían dos cráneos de malayo, todavía cubiertos de su hermosa cabellera. Pedimos permiso á dos naturales que nos acompañaban hacia algunos instantes, para descolgarlos del árbol, pero nos respondieron *Pamali* con

tal aire de espanto, que continuamos nuestro camino despues de haber dibujado la tumba, que nada ofrece de notable.

No tardamos mucho en llegar al territorio del emperador. Los ganados de búfalos que encontramos, y la hermosa vegetacion de las tierras labradas, nos hizo formar desde luego una idea ventajosa del soberano, que se fue aumentando, á medida que nos aproximamos á su morada. Al fin fuimos introducidos. El palacio era una casa construida con el vacoi, el fuco, y troncos de palmera, todo fuertemente enlazado y cubierto con muchas capas de hojas de latanero. Se componia de una sola pieza, oscura y profunda, la cual no recibia mas luz que la que entraba por la puerta, que tambien es baja y muy estrecha. No habia mas mueble que un cofre chinesco adornado de ricos embutidos, en el cual estaban probablemente encerrados los tesoros del monarca, y un gran sillón de ébano, bien trabajado, y que supongo habia sido hecho en el Japon. Finalmente, vimos esparcidas por el suelo esteras tejidas en Filipinas, y varias vasijas groseramente labradas para beber y comer. Las tapias estaban adornadas con una docena de fusiles, veinte puñales, y un gran número de picas y azagayas.

El emperador estaba sentado en su sillón de brazos. Cuando nos vió medio se levantó, nos tendió la mano y nos señaló varias esteras en las que nos sentamos. A su lado estaban dos de sus principales oficiales, de pie, con aire feroz; mirada amenazadora, el fusil en una mano y el puñal en la otra, adornados con un pintoresco cahen-slimout, y prontos sin duda á cortarnos la cabeza á la menor indicacion de su jefe, que era demasiado cortes y amable para tratarnos con tanta familiaridad. Apoyábase en el emperador un niño desnudo y de unos siete á ocho años: era su hijo, á quien me apresuré á ofrecer un estuche con agujas, alfileres, tijeras y un espejo. Recibió mi regalo con mucha alegría y me permitió abrazarle; despues le supliqué permaneciese inmóvil é hice su retrato así como tambien el de su padre á quien di unas copias que uno de los malayos guardó con cuidado en el cofre chinesco. Recibí en cambio dos azagayas y un magnífico puñal, adornado con mechones de pelo de enemigos.

Leíanse en el rostro descarnado de Pedro todas las señales de la decrepitud: cualquiera hubiera creído que tenia ya cien años, y sin embargo no tenia mas que sesenta; pero en este país es tan activa y tan poderosa la naturaleza, que arrastra á paso veloz al hombre hacia la tumba. Tenia Pedro en la mano una caña con puño de oro: en la cabeza un gorro de algodón blanco; su traje consistia en una bata con grandes ramos, y pendia de sus huesosas caderas un cahen-slimout mas fino y hermoso que los que tanto habia admirado en Koupang.

Nuestra visita fue corta: ápretamos afectuosamente la mano al emperador de la isla, y volvimos á ver al pasar á sus soldados de actitud guerrera é imponente, y llegamos á Koupang acompañados de una violenta tempestad que en las soledades que recorríamos presentaba un cuadro lúgubre y magestuoso. El trueno en el desierto es á la vez terrible y solemne: no parece sino que solo para el viajero brilla el relámpago y retumba el amenazador sonido que le sigue.

Ahora que he dado una rápida ojeada sobre la colonia de Koupang, no puedo menos de preguntarme, qué horas dedican al placer los malayos que la pueblan: no las tienen. ¿Cuáles son sus dias de fiesta? No lo es ninguno. Tampoco tienen regocijos públicos, y aun disfrutan de un sueño pacífico y tranquilo. No bien despierta el malayo, se arma de su larga pica, de su pesado fusil y de su temible puñal envenenado; el malayo de Timor no es feliz mas que cuando siente á su lado ó en sus manos, sus instrumentos de

muerte ó de venganza; su pecho no siente afecto alguno por el amigo, por la mujer ó por el padre. No parece sino que se le ha dicho: «Aquí tienes el acero, defiéndete, ataca y mata; si no tienes espada y te encuentras delante de un adversario, despedázale con los dientes, la piedad no es mas que una debilidad, una falta: el hombre vencido y perdonado podrá someterse, pero nunca perdonar. Así, tener compasion del enemigo vencido es casi confesar que se le teme: el verdadero vencedor es aquel que deja sepultado á su enemigo.»

Estiéndose por la isla Timor en general y por Koupang en particular un velo fúnebre, indicio claro de las sangrientas catástrofes que han tenido lugar: el viajero no respira con libertad hasta que se ha alejado de aquí. En el momento de la partida no encontráis señal alguna de sentimiento en el rostro de las personas que os acompañan hasta la playa, á pesar de haberlas tratado con intimidad y de haberlas visto diariamente: no os dicen ni un solo adiós, no os tienden la mano, y no bien acabais de partir, vuelven la cabeza con desden y desprecio. No me gustan los pueblos que jamas dan una muestra de alegría; si bien es cierto tambien que los chinos siempre se están riendo á todas horas y con todos.

El aspecto general de la isla Timor, dominando como soberana á un grupo numeroso de islotes que la rodean como humildes tributarios, es triste é imponente. Véanse en la playa vastas redes de lataneros, vacois y cocoteros con flexibles y elegantes coronas; mas allá se ve el rima ó árbol del pan, despues el pandanus que dejando caer sus ramas hasta el suelo, agarran en la tierra echando nuevas raíces, de modo que por sí solo forma el pandanus un bosque, junto con el sombrío ébano, y el aromático sándalo, con el que hacen mil chucherías las tigras de los chinos. Todos estos vegetales gigantescos de los trópicos se elevan magestuosos sobre este feraz suelo, sin que los volcanes interiores puedan despojarle de su sávia y su vigor: y en el seno de tantas riquezas aparecen como amenazas de muerte, inmensos trozos de lava de diferentes colores segun la diversa naturaleza de las erupciones volcánicas, representando la destruccion al lado de la fuerza, la juventud al de la vejez, la vida al de la nada, ambas cosas en perpétua lucha, sin vencerse la una á la otra, ó mas bien alternativamente vencedoras y vencidas. Timor es sin contradiccion el terreno que mas riquezas presenta de botánica, mineralogia y zoología.

Los holandeses conquistaron á Koupang de los portugueses que se habian establecido aquí en 1688. En 1797 la ocuparon los ingleses por capitulacion. Despues se coaligaron los rajás, y los obligaron á retirarse, devorando á los que no pudieron embarcarse. Los ingleses se apoderaron de nuevo de ella con una sola fragata en 1810; pero recordando sus primeras victorias, los obligaron de nuevo los naturales á retirarse, y pusieron á su cabeza al primer gobernador de Koupang, que desde entonces se llamó residente. Despues de la toma de Java en 1811, los ingleses se apoderaron por tercera vez de esta ciudad, que rindieron á los holandeses en 1816, por consecuencia de la paz general de 1814. Esto es lo que hacen los reyes: toman ó abandonan, protejen ó desamparan las ciudades, las provincias, los estados; y con estos perpétuos cambios, sufren los pueblos y no se los oye, como si no estuviesen interesados en este vergonzoso comercio en que pagan los daños y no sacan beneficio alguno. Por lo demas la historia de Timor, cuyos principales sucesos hemos recorrido, se resume en pocas palabras: los detalles seria preciso escribirlos con sangre.

XVIII.

LA MAR.

¡Oh! También leeréis estas páginas; fijareis en ellas la vista como sobre un retrato fiel, porque están escritas bajo la impresión del momento.

¡La mar!

No quiero hablaros hoy de sus iras; nada quiero deciros de su inacción. Las primeras tienen su magestad imponente; la otra su triste solemnidad. El silencio de esta os adormece, os hiela; la turbulencia de aquellas os produce una admiración febril que os anonada; olvidemos esto por algunos instantes.

La mar sin caprichos va á ser objeto de estas breves líneas; esa mar normal que los entendimientos superficiales se obstinan en creer tan fría y tan monótona, que á hacer caso de su cobardía, estaría untado por no pasarla jamás. Esa mar que veis, cuando muge con frenesí, es para el hombre observador y estudioso una mina inagotable de nobles goces y de hermosas distracciones. Que sus olas marchen sin espuma, que se rizen por una ligera brisa ó se muevan por un viento apacible, y encontrareis en ella grandes cuadros que admirar, risueños y curiosos detalles que describir; hay comedia y drama á la vez, emociones variadas para el entendimiento y el corazón; pasado consolador, risueño presente, porvenir de enagenación y felicidad.

Seguidme, si, porque no os llevo á un mundo ilusorio y fantástico, sino real y variado, donde el reposo es imposible, porque todo camina y corre con vos, el elemento que os lleva, el viento que os impele, la zona que desaparece, la que vais á visitar, el buque que se estremece, las estrellas que parecen deslizarse en el horizonte porque otras nuevas las reemplazan. Todo esto sin fatiga, muchas veces sin vaiven, casi sin movimiento. Si los rios son caminos quemarchan, ¿qué podremos decir de la mar?

Cuando os levantais, y la voz del marinero que canta la *bolina*, os dice que la estela será lenta y penosa, colocaos sobre un obenque por medio de un cinturón; tomad una red, pero de esas redes de mariposas, que esté sujeta á un mango flexible; seguid con la vista cada ola que pase, esperad ocasión, y coged uno de esos moluscos tan curiosos y variados, en los cuales circula la vida sin que sepais dónde está la cabeza ó el corazón; sin que halleis su sangre, pulmones y arterias; sin estar seguro, aun después de una observación detenida, si es pescado, flor, arbusto ó raíz lo que acabais de conquistar. Ponedle en un vaso; como ha abandonado su elemento y necesitaba un mar para satisfacer su ambición de viajar, varia, muda de color, envejece, cesa de moverse, muere. Esto tenía un alma; era sensible al dolor. ¡Ah! siendo así ¿podría suceder otra cosa?

Volved á vuestro sitio apenas amanezca. El sol se eleva, y ya está encima de las aguas aun cuando no le veis todavía; consiste en que sus rayos perezosos no recorren mas que ochenta mil leguas por segundo..... ¡Oh inmensidad!

¡Qué cuadro tan mágico! Pero, ¡oh prodigio! estais convencido de haber navegado por un mar sin rocas, sin arrecifes, sin tierra alguna; y sin embargo allá abajo, en el mismo sitio que acabais de abandonar, se levantan altas y sólidas murallas con sus bastiones, almenas y torres; allá también, montañas gigantescas, bosques inmensos, ejércitos que van á batirse; estais aguardando ver el terrible choque de los escudos, de las espadas y corazas; pero..... dad un paso mas, y todo se borra, todo desaparece; las ciudades se sepultan; los bosques sumergen sus cabezas en las olas; los innumerables ejércitos se destruyen como por la mano poderosa de Dios..... el efecto de la refracción ha desaparecido (1).

(1) Véanse las notas al fin de la obra.

No pinto el fenómeno, le bosquejo solamente; después vendrá el cuadro aislado, completo; ¡son tantos los que tengo que presentar á vuestra vista!

El viento es ya mas favorable, ahora sopla muy bien; el marinero silba, fuma y se pasea mas alegre. Sigue las fases del tiempo; su humor depende del día; apacible si está en calma, enfadado si hay borrasca. ¡Pobre marinero que nada le pertenece, ni aun sus pesares y alegrías! Id, id á visitar el castillo de proa; creaos un afecto privilegiado en cada buque; haceos amigo de un Petit ó un Marchais, y derramad algun consuelo en su alma. Pasan tan pronto las horas cuando os manifiestan agradecimiento!

Ya llega el *cuarto de guardia*; luego se distribuye la *pitanza*. Visitad el puente, la batería; cuanto mas falta hay de manjares, mas pullas se dicen y mas alegría se observa; cuantos mas insectos tiene la galleta, se come con menos repugnancia. El primero, segundo y tercer plato consiste en un pedazo de tocino salado, cortado en pedazos iguales poco mas ó menos por el mas antiguo de la escuadra. Después se da una gota de vino para sazonar esta opípara comida, y luego una copita de aguardiente que apenas humedece esos paladares de piedra. Pero á pesar de todo, el marinero canta, jura, sube á lo mas alto de los mástiles, se cuelga en el extremo de las vergas, recibe sobre sus espaldas las olas saladas del mar, y los chubascos del cielo; se acuesta sobre sus mojados vestidos, y se levanta al otro día para volver á principiar la dichosa existencia que voy describiendo, hasta una vez de miseria y abandono. ¡Oh! si alguna vez hallais en vuestro camino un marinero, tendedle la mano porque es hombre que ha sufrido mucho y valerosamente.

En la parte opuesta del palo mayor, esto es, sobre el castillo del popa, se pasea el estado mayor. Aquí todo es cuestión de inteligencia; pero no creais que les ocupan tanto sus cuidados que no les den lugar para tener algunos ratos de distracción. En la mar, el trabajo mental es casi el descanso; las observaciones náuticas ó astronómicas tienen en sus períodos una monotonía tal, que se hacen sin esfuerzo, maquinalmente. Se monta un círculo repetidor con un reloj marino en la mano, se toma la altura.

—Capitán, hé aquí mi *punto*, la *driva* es de tauto. La *guindola* lo ha dado, y aun hay agua delante de nosotros; dentro de quince días con la misma brisa veremos tierra; dejadlo correr.....

Pero es preciso hablar de lo pasado en tanto que se procura arreglar el porvenir.

—¡Oh! ¡si estuviereis ahora en Europa! ¡en mis hermosos pirineos!

—¡Y yo, en mis ricas llanuras de la Beauce!

—¡Y yo en París, centro de las bellas artes!

—¡Y yo en mi aldea al lado de mi anciana madre! ¿qué hará en este momento? El diámetro de la tierra me separa de ella. Si por acaso el viento mueve sus ventanas mal cerradas, se despertará y rogará por su hijo que va á sepultar la tempestad. El cariño verdadero siempre teme; ¡juzga cuál será la ternura de una madre!

—¿Has visto á Talma?

—¿Has oído á la Mars?

—¿Habeis admirado la colosal estatua que ha hecho últimamente David?

—¡Y Gudin! ¡y Isabey! ¡oh! ¡si estuviera aquí con nosotros!

Poco á poco, señores, si esos se hallaran aquí yo no estaria. Un sitio siquiera para este amigo que se encuentra tan contento á vuestro lado.

—¿Sabeis que París se hallará muy hermozeado á nuestro regreso?

—¿Quién sabe? quizá un terremoto le conmueva en este momento.

— ¡Lo conoceríamos en ese caso; estamos tan cerca!

— Ciertamente, naveguemos unas diez ó doce mil leguas y veremos su hermosa cúpula de los Inválidos, su panteon, columna, Louvre y sus alegres boulevards.

— ¡Y sus calles súcias y tortuosas, sus encrucijadas infestadas por el vicio, su espantosa plaza de Grève, su miseria y su fangoso Sena donde se pudren sus mugrientos pontones!...

— A fè mia ¡viva la mar! gocemos en ella, y cuando estemos en Paris, ¡que viva Paris!

La campana anuncia que es hora de desayunarse. El fiel criado, que no irá ahora á contar los secretos caseros á casa del vecino, se presenta con el sombrero en la mano y os dice:

— Señor, la comida está dispuesta.

— Está bien, ¿qué hay?

— Nada.

— ¡Nada! ¡Pícaro!

— ¡Ah! me he equivocado, teneis galleta y queso.

— ¡Lo ves, imbécil!

Bajamos y cada cual ocupa su sitio y come su racion; el queso está hueco, inohoso; la galleta picada; el vino de mala calidad; el agua escasa y un poco fétida; pero unos se rien del gesto de los otros, y las pullas del castillo de proa hallan eco entre nosotros, siguen las chanzas, se continúan las conversaciones interrumpidas por el sonido de la campana, y al cabo de un cuarto de hora se sube al puente otra vez: el apetito está satisfecho y el corazon alegre...

Vosotros no podeis comprender esto, ¡glotones insaciables de nuestras lujuriosas ciudades!

El bauprés de la corbeta se levanta orgullosamente en la direccion del primer punto de descanso. Paciencia; la alegría completa teudrá tambien su vez.

— ¿Quién quiere apostar? dice un marinero; apuesto á ir hasta la madera de respeto por este bordage (1).

— Yo apuesto á que no.

— Voy la mitad por tí.

— Y yo por tí.

— Corriente.

El que apostó aguarda á que el buque esté lo mas sereno posible y parte, no como la liebre huyendo del cazador que la espía, sino como la tortuga que quiere llegar con seguridad. Dos pasos mas y consigue su objeto... pero una ola derriba al volatinero, y los vencedores toman té ó café gratis; pues cada cual hace su pequeña provision para las necesidades de las largas travesías.

Cuando tienen lugar estos juegos y chanzas de corazon sin hiel y sin dolo, cuando han ocupado algunos momentos estas comidas sin víveres, se entrega uno á veces á graves meditaciones; se hace uno historiador, geógrafo ó filósofo de circunstancias; se comparan los climas de una region con los de otra; los hombres de este pueblo con los de aquél; se introduce uno en la moral, y comenta las obras maravillosas de un Dios infinito; se encierra piadosamente en su camarote y corre la pluma, henchido el pecho, agitadas las arterias, é inclinándose por último ante la magestad del mundo, creyendo en el gran principio de todas las cosas, en presencia del cual nos hallamos continuamente.

La noche os sorprende en medio de vuestros delirios, sistemas y utopías; confiais vuestros embotados miembros al catre ondulante ó á la blanca hamaca, y los párpados se cierran cuando os hallais poseidos de gratas ideas de amor y reconocimiento.

El día siguiente amanece brillante y dorado. Tranquilizaos, no hallareis semejanza alguna entre los

placeres de esta mañana y los de la víspera. Las riquezas de la navegacion son inagotables, y las minas del Potosí no tienen tan ricos filones como los que nos quedan que explotar.

Buen viento tienen las velas; viene de popa; con las barrederas altas y bajas y babor y estribor el buque cabecea, y se navega con saltos veinte veces peores y mas cansados que los pesados y monótonos balanceos.

— ¡Ven acá Barthe! ¡aquí hay doradas! Mira cuán bulliciosas son, ¡qué felices! Seamos mas dichosos que ellas. ¡Una fuina! ¡mira cómo muerde esos lomos elásticos de escamas tan hermosas!

— ¡Ven aquí, Astier! ¡Ven Vial, el de brazo vigoroso, el de la fuerza de un toro! ¡Detened primero á Marchais que quiere cogerlas tirándose al agua! ¡Contened á Petit que provoca á Marchais para seguirle al abismo!

Las alegres doradas se mezclan con los bonitos y nos escolta un ejército numeroso; preciso es que las cojamos, pues la tripulacion tiene hambre y está aquí el pescado fresco; ¡es tan delicado! ¡lo sazona tan bien el marinero! ¡Cómo bullen las coquetas! ¡cómo se pavonean! ¡qué hermosas son! ¡Esperad, esperad!

Vial, Astier y Barthe con el pie apoyado firmemente en el obenque, pero inclinado el cuerpo hácia las olas, tienen el brazo alzado y el arpon en la mano. ¡Quesalga á la superficie del agua alguna imprudente dorada! ¡hela allí, y en aquel momento parte el arpon, silba, bulle con su presa; la jarcia se desenvuelve libremente y pronto recobra su rigidez; se arrojan las cuerdas en el obenque, el pez cautivo es arrojado sobre el puente; abre su boca jadeando y la cierra con sacudidas precipitadas; vuelve á abrirla para recuperar su perdido elemento; sus movimientos son frenéticos, sus colores se marchitan, sus ojos se vitrifican; ya está inmóvil, muerto. Y contenta la tripulacion esclama: ¡vamos, ánimo! hoy habrá orgía en la batería y en el puente.

Con artilleros como los que acabo de nombrar, pronto es diezmado un banco de doradas ó de bonitos, y si algo hay de particular en esta guerra sin peligros para el vencedor, es que el vencido jamas abandona el campo; como que no conoce siquiera el peligro que le amenaza.

¿Creéis, á pesar de esto, que todo es alegría en los precitados triunfos sin gloria? Pues bien, sabed lo contrario, y cuando un buque posee á bordo un marinero del temple de Petit, puede variar de aspecto la escena y oscurecerse el cuadro. Acababa Astier de coger una dorada, cuando mi marinero favorito corrió hácia ella que estaba arrojada en el puente, se agachó á su lado, y en medio de su agonía la dirigió compasivamente la palabra:

«Pobre novicia, la decia, eras joven, saltarina, bonita; ¡pues bien! te sucede lo que á los demas, acabas de tragar tu botador y has pagado la patente; eras dorada como un luis, y ahora estás gris como si hubieras bebido treinta y seis cubetas de aguardiente; eras bulliciosa, y en este instante te hallas sin movimiento; te contraes, sufres, resuellas con fuerza, vas á ser recoñada muy luego en una hamaca de hierro sobre un buen brasero, donde tomarás el color del azafran en compañía de tus *bestias* hermanas; y yo que te hablo, que te auxilio en la última hora no seré quizá tan dichoso; me arrojarán al agua en un pedazo de lona con una bala á los pies, y por gran favor si dejo buenos recuerdos, me pondrán dos. Me quedaré aquí solo, lejos de mis ancianos padres, sin mi valiente Marchais, sin el bueno de Mr. Arago, y un tiburon me tragará como yo te comeré esta tarde... Pues bien ¡no, voto va! he tomado mi resolucion, cuando mis ancianos padres pregunten dónde estoy, se les podrá decir: tragado por un tiburon; pero ¡por

(1) Bordages son unos tablones que cubren las costillas ó miembros del navio por la parte de fuera

el alma de Marchais, no se dirá que he comido á una dorada que me ha mirado llorando!!! Preferiria comerme mi lengua; mejor quisiera cien veces ser mas feo de lo que soy, ¡si esto es posible!»

¡Qué corazon tan noble el de mi esclente marinero!

Apenas llegó la noche fui á la mesa de Petit.

—¿No comes, muchacho?

—No.

—¿Por qué?

—He concluido.

—¿Estás enfermo?

—De una indigestion.

—¡Ah! ¡ah!

—Estas doradas son deliciosas, quiero decir que estaban deliciosas.

—De modo que no habrás rehusado tu racion.

—Ni las espinas.

—Sin embargo, te habia oido prometer otra cosa.

—¿Qué quereis? la piedad sienta bien al corazon, pero el hambre es demasiado triste. Espero que Dios me perdonará.

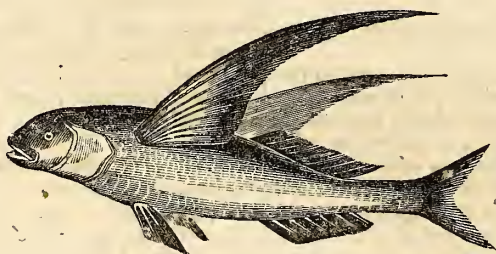
—El crimen no es tan grande que no te se pueda absolver.

—Sí, pero la espina está siempre en la garganta y no pasa.

—Aun tengo en mi caja media botella de Rosellon que puedes venir á buscar.

—Estaba seguro que me comprenderiais. ¡Voto á sanes! ¡Qué cabeza teneis!

Me olvidaba de otra cosa. ¡Y esos millares de pecados voladores que se deslizan entre dos aguas, se sumergen por medio de rápidas evoluciones para escapar al diente mortífero de los enemigos que les ro-



Pez volador.

dean; que suben por encima del agua, se remontan en el aire, recorren un espacio de mas de trescientos pasos y vuelven á mojar en la ola espumosa sus secas nadaderas, tomando nuevo vuelo, despues de haber hecho perder la pista al cazador que los perseguia!

¡Y la nube que asoma en el horizonte, se cierra, se eleva, varia sus formas fantásticas, sube mas aun, se cierne sobre el buque, baja, corre, se borra y desaparece en el horizonte opuesto!

¡Y el elegante tablero, que con otros pájaros viene á visitarnos, y sorprendido dá un chirrido de alegría huyendo despues espantado sin duda de la estrañeza que le causan nuestras maniobras!

¡Y el estúpido planga que se posa en una verga y deja que le derriben como si la vida le fuera pesada!

¡Y el gaviota suspendido en las regiones aéreas, atravesando las aguas con su mirada de fuego, precipitándose como un plomo sobre el pescado que bulle en la superficie y remontándose victorioso con su presa en el pico!

¡Y sobre todo el gigantesco albatros, rey de la inmensidad, cuya ala infatigable y robusta desafia al huracan que va á buscar hasta los hielos polares!

¿No tiene lo que acabo de describir alguna cosa que os asombre, que os despierte y os haga buscar en lejanos climas una vida aventurera?

¡Ciertamente que es una venganza!

Pero el viento ha calmado, las barrederas son arriadas; los botalones de ala introducidos. ¡Carga la mayor! y el buque casi sin estela parece descansar de su rápida carrera. El calor es sofocante; el sol de los trópicos nos envia sus rayos verticales y las tiendas colocadas en el puente, son impotentes para resguardarnos. ¡Al agua una vela! en un momento está hecha la operacion; y en esta especie de estanque se baña uno sin temor en medio de un Océano cuyas inmensas profundidades amedrentan la imaginacion. Las cuatro puntas de la vela se levantan por un costado del buque, y formando una cuna, parece suficiente resguardo contra las picaduras bastante peligrosas de ciertos habitantes acuáticos, y sobre todo contra el tiburón que nunca ó casi nunca sale de su

elemento. Ademas los espectadores apoyados de codos en el filarete, observan cuidadosamente las aguas próximas, dispuestos á avisar el peligro. De repente se oye: ¡tiburón, tiburón á popa! Ya no mas juegos elegantes, no mas cortes ni gracias de ninguna clases. Por un lado está la escala, por otro una cuerda; el que llega primero es el que usa mas impolitica para rechazar al compañero; le elevan á uno; se asalta la corbeta, y el último nadador azorado dirige una mirada alrededor, excepto á la amarra que le presentan; espera en el estupor de la inaccion al enemigo que le ha de devorar, como si en realidad fuere precisa al menos una víctima al monstruo. Sin embargo, sorprendido de estar aun intacto, despues de un terror invencible se decide á salvarse, pálido, casi sin fuerza, y cuando todos le acusan de pusilanimidad, él por el contrario, presentándola por la parte que le convenia dice: que solo los cobardes emprenden la fuga á la vista del enemigo, y que siempre hay mas valor en quedar sobre el campo de batalla que no en seguir un *sálvese quien pueda* general. Al pocorato Marchais tocó *ligeramente* en el hombro á Petit, el cual se agobió bajo el peso del dedo huesoso del gaviero, y le dijo por lo bajo pero de modo que todos lo pudieran oír: «Ese que se hace el valiente, es un cobarde.» Petit le respondió con gravedad «¡Marchais acabas de decir una gran cosa!»

Sin embargo, el tiburón nos acechaba efectivamente; su vanguardia, el piloto, cuyo sacrificio generoso os recuerdo, buscaba una presa que darle. El monstruo marino llega como una liebre á la puerta de la desierta choza; dirige una mirada ávida y voraz hácia la tienda abandonada; se detiene, y este temible mendigo va á esperar en las aguas de la corbeta, casi debajo del timon, los restos embreados que arrojaron á su insaciable glotoneria. Ya sabeis, puesto que os lo he dicho, que si se le deja impunemente en calma y reposo, es porque despues de una espera de algunos minutos se le coge prisionero y es víctima de los mismos que antes aterrorizó.

Decidme, ¿no es curioso todo esto y digno de ser estudiado?

La brisa se reanima; las velas se sueltan de nuevo y se hinchan con mucha gracia; so cargan los juanetes y sobrejuanetes; la marcha de la corbeta es rápida y sin sacudimientos; surca las ondas de un modo que muchas veces creierais que estaba inmóvil en el astillero.

En la mar fatiga mas el descanso que el movimiento.

Al silbido de la ruidosa ráfaga se despiertan millares de sopladores y salen á la superficie de las aguas. Ved esas innumerables legiones echando al aire olas de espuma; llegan en un instante al estremo del horizonte, y la embarcacion se encuentra aprisionada en sus mil evoluciones. El cazador que quiera combatirles tiene que colocarse en la proa; tambien ahora va á lanzar Vial sobre su lomo, unas veces negro, otras gris ó ya jaspeado de blanco y negro, el formidable hierro dentado. Pero ¿qué arma será bastante sólida para resistir á los saltos y violentas sacudidas de un soplador que huye? ¡Juzgad de la velocidad de este pescado! El buque hace cuatro ó cinco leguas por hora; pues bien, el soplador juega y hace constantemente y por espacio de muchos dias el mismo camino que la corbeta impelida por una brisa regular. ¡Esto es admirable, prodigioso!

¡Arrecife! ¡arrecife! esclama el vijia, y los anteojos se dirigen hácia el punto designado, consultándose en seguida la carta marina; nada indica esta y sin embargo la ola se rompe siempre en aquel sitio.

El arrecife era una ballena que estaba durmiendo; la alarma no duró mucho tiempo, pero hay que añadir este nuevo episodio á los que dejamos apuntados. En la mar no existe uno que deje de tener su interes particular, y tampoco hay episodio que deba despreciarse y pasar desapercibido.

No quiero hablaros hoy de esos *granos blancos* que caen sobre el buque, rápidos como el rayo, terribles como él, desprendiéndose de una imperceptible nube que se halla en vuestro cénit, que hacen crujir los palos y los rompen; y tanto mas temibles en su furor cuanto que nunca hay tiempo suficiente para prepararse á la defensa.

Tampoco quiero deciros nada de esas mangas arremolinadas, embudos devoradores, cuya parte superior está en el cielo, y la inferior en los profundos abismos;



Tromba ó manga de agua.

de esas mangas formidables, mortíferas, que introducen en sus bocas y hacen girar por fuerza á los mas monstruosos pescados; de esas mangas en que á veces desempeña el granizo un papel tan raro, y en que

el rayo y los relámpagos luchan entre sí, compitiendo en brillo y rapidez.

Tampoco os hablaré en esta ocasion de esas tempestades horribles, de esos huracanes tenebrosos en que todo se confunde; se choca, se rompe; en que la mas espantosa noche cubre el espacio, retumbando el aire como el Etna desenfrenado; en que las olas se elevan hasta las nubes, y estas pesan sobre las olas; en que os veis arrojado en un caos sin salida, y aguardais impasible vuestra última hora, y en que la corbeta, sin embargo, unas veces derecha, otras inclinada, abierta por todas partes, corriendo mas bien debajo del agua que sobre las olas, resiste á todo con el auxilio de su vigoroso timon.

No, no, os envolveriais cobardemente en la pereza de vuestras ciudades, y renunciariais para siempre á esos viajes de ultramar, por los cuales predico aunque desgraciadamente en el desierto.

¡Pues bien! ¿qué os detiene? ¿no es lo mismo ver que tener? ¡Los océanos os convidan á sus fiestas, regocijos é iras! ¡Yo he asistido á todo esto por espacio de muchos años, aun cuando no sé nadar! Y sin embargo, al dirijiros estas consideraciones no puedo menos de añadir que durante mis largas travesias no ha habido un dia que haya dejado de experimentar ese terrible mareo que á tantos ha anonadado. Pero es porque he querido conocerlo todo por mí mismo, y ante una resolucion fuerte y enérgica calla el dolor y se amortigua.

XIX.

OMBAY.

Antropófagos.—Prestidijador.—Drama.

¿EXISTEN aun antropófagos? hé aquí una pregunta que se hace continuamente en Europa, y que se resuelve con diversidad. Unos dicen que la civilizacion al penetrar en los lejanos archipiélagos, en que la antropofagia formaba parte de las costumbres, destruyó ese uso bárbaro; al paso que otros, yendo mas lejos, se adelantan á asegurar que jamas ha habido verdaderos antropófagos, es decir, hombres que comen á sus semejantes sin ser apremiados por el hambre ó por la sed de la venganza.

Sentia concluir mi largo viaje sin adquirir noticias exactas sobre este particular, pero ahora, gracias á mi buena estrella, puedo responder con seguridad:

¡Sí, todavía hay! ¡antropófagos!

La antropofagia despues del ardor de una batalla, cuando el hombre está violentamente agitado por la sed de la venganza, existe siempre en una parte de las islas del Océano indio ó del mar Pacífico. Se manifiesta con frecuencia produciendo terribles catástrofes, en Timor, Waiggion, Sandwich en la Nueva-Holanda, y en particular en Nueva-Zelanda, tan visitada por los buques, á dos pasos de Puerto Jakson, ciudad floreciente y enteramente europea. Pero la antropofagia sin iras, sin furores frenéticos, sin odios; la antropofagia en las costumbres y aun quizá en la religion, aseguro que existe cuando menos en Ombay, y me conceptúo feliz de que no lo asegure otro en mi lugar, citándome en el número de las víctimas inmoladas por ella. ¿Qué fue lo que nos salvó á algunos de nuestros amigos y á mí de los mayores peligros? Nuestra aparente calma y alegría. Un solo gesto amenazador de nuestra parte, un grito, un movimiento de impaciencia, una sola mirada de inquietud y somos asesinados, devorados.

Ombay es una isla grande y montañosa, volcánica, desnuda, escabrosa, donde solo se ve un poco de vida en los torrentes en que las aguas caen de grande altura. Las costas de Timor que recorrimos antes de llegar al estrecho que las separa, se presentan á la vista bajo las formas mas caprichosas y salvajes. A lo

lejos y á traves de una red de nubes fantásticas, se descubren las cimas agudas de Lifao. Koussy y Goulabatou desaparecieron, y bordeamos por fin arrastrados por la corriente enfrente de Batouguédé, terreno tan caprichosamente constituido que parece un conjunto inmenso de negros y gigantes pilones de azúcar colocados formando escalones hasta una altura de mas de mil doscientos metros. Todos estos conos regulares y rápidos han provenido seguramente de antiguos cráteres de volcanes; las lavas profundas han invadido la playa.

Un sol vertical nos abrasaba con sus ardientes rayos; estenuados nuestros marineros caian heridos de muerte por los ataques de una horrible disenteria; ademas de esto faltaba el agua dulce, pues hacia veinte y cuatro dias que habíamos salido de Koupang; y este era, segun nuestros cálculos, el término mas largo que necesitábamos para nuestra travesía hasta Waiggiou. Por la mañana una ligera brisa nos impedía insensiblemente; la calma de la noche nos dejaba en un reposo completo; y al otro dia, gracias á las corrientes, volvimos á hallarnos enfrente de las cúspides silenciosas que habíamos creído abandonar para siempre.

¡Oh! la vida de los marineros es bien triste: su valor y perseverancia se estrellan ante los poderosos obstáculos que obstinadamente le oponen los vientos y la calma; y mil veces despues de nuestra partida habíamos pedido con las mas fervientes súplicas los dias tumultuosos de tormenta y huracanes.

La tripulacion tenia sed; pero á la derecha estaba Timor con sus lavas y guijarros; á la izquierda Omabay y sus naturales antropófagos; lo sabíamos, y sin embargo era preciso intentar un desembarque, pues la necesidad general exigía que algunos valientes se espusieran.

El capitan dispuso una expedicion; el bote grande se echó al mar y diez marineros le tripularon á las órdenes de Berard. Gaudichau, Gaimard y yo pedimos y obtuvimos permiso para acompañar á nuestro amigo. Tomadas todas las precauciones para avisar en caso de un peligro inminente por medio de señales acostumbradas, principiósse á remar y pusimos la proa hácia una aldea que se elevaba en los costados de una moutaña llena de profundos arroyos.

Nos aproximábamos á la orilla y nuestro corazon latia por distintas emociones. Conocíamos el peligro que íbamos á arrostrar por la impasibilidad poco lionjera de los naturales agrupados al pie de un gigantesco multiplicante; y con todo sin desanimarnos buscamos un fondeadero y desembarcadero cómodos aconsejándonos mutuamente mucha prudencia.

Los marineros nadaban con menos vigor porque miraban á los insulares, y nos hacian observar que cada uno estaba cargado, por decirlo así, con muchas armas.

—La lucha será empeñada, decia Petit mascando su pedazo de tabaco; vereis cómo vamos á ser cocidos todos, y cuando escribamos á nuestros padres ya no estaremos crudos.

Me habia olvidado decir que entre los defectos del marinero Petit, se contaba la manía de hablar con equívocos.

—Cállate, cobarde y permanece á bordo del bote puesto que tienes miedo.

—Eso es, para que la salsa no falte al pescado. Mirad, allí hay uno de esos bribones que se distingue de sus camaradas; apuesto á que es el mas gloton de la cuadrilla y me va á tomar por un verdadero salmónete. ¡Voto vól! si viniera á bordo qué danza se armaría!

—¡Vamos, vamos, paz! y vigilemos. Dos hombres quedaron en el bote, preparados para en un caso hacer cualquiera señal á la corbeta; los demas llevaron las pipas á tierra, y nosotros procuramos llamar la

atencion de los antropófagos. Parece como que deliberan, no les demas tiempo á concluir y vamos decididamente á ellos.

—Sí, pero sin arrogancia, nos dijo Anderson, que habia navegado mucho tiempo en el Archipiélago de las Molucas: dejémosles la creencia de su poder y esto podrá decidirlos á ser geuerosos. Conozco á los malayos; si quereis persuadirlos que no los temeis, os asesinan solo para probaros que habeis pensado mal.

—Luego entonces no seria malo manifestarles que se tiene un poco de miedo.

—Puede ser.

—Pero yo, replicó el chistoso Petit, mejor quisiera enseñarles..... otra cosa..... los talones.

—¡A lo largo y ancho! exclamó Berard cuando estuvimos á algunas brazas. Echada el áncora á fondo bajamos en sitio que nos llegaba el agua á la ciutura, y llegamos á tierra.

Como en presencia de los salvajes de la península Perou, quise tambien ensayar aquí el poder de mi flauta. Pero ¡ah! tambien como allí me faltaron mis semicorcheas, y en poco estuvo que no fuera silbado por el primer ombayo que acudió cerca de nosotros y por otros dos de sus camaradas que le habiau alcanzado. Los tres nos invitaron á que subiéramos el bote á la playa, pero língimos no comprenderlos, y nos adelantamos armados hasta los dientes, hácia el grupo numeroso compuesto lo menos de sesenta insulares que se habian quedado inmóviles cerca del árbol.

Por el camino iba ensayando mis castañuelas; los tres ombayos se me acercaron apresuradamente, examinaron el instrumento con curiosidad, y me lo pidieron como para pagar mi entrada. Como el acceder hubiera sido empezar muy prouto nuestras generosidades, rehusé complacerles no obstante las reiteradas súplicas que me dirigian y que parecian mas bien amenazas. Mis tres descontentos empezaron á dar gruñidos sordos, agitaron sus brazos con violencia, hicieron zumbiar el aire con un agudo silbido y dirigieron una leroz mirada sobre las numerosas flechas que llevaban en una especie de cinto. A este silbido correspondió otro semejante que salió del grupo principal, y Petit nos dijo mofándose:

—Es la música del baile que se prepara; la contradanza será corta. No importa, uo demos flojo y paguemos fuerte.

Apenas habia acabado su frase, cuando uno de los tres ombayos se me acercó articulando algunas palabras rápidas, y como para empeñar el combate me dió en la parte posterior de la cabeza un violento puñetazo que derribó mi sombrero. Iba á saltar la tapa de los sesos al insolente agresor, y ya ecliaba mano á mis pistolas, cuando Anderson, que observaba la escena, me dijo desde lejos:

—¡Si disparais somos perdidos!

Comprendí efectivamente la inminencia del peligro; y sin escuchar las vivas instancias de Petit que me incitaba á que contestase, resolví mostrarme prudente hasta el extremo de fingir que no habia comprendido la brutalidad del ataque que se me habia dirigido. Acerquéme al sombrero que aun estaba en el suelo, le volví con el pie, le tiré al aire y le hice que cayese sobre mi cabeza, lo cual ejecuto, entre paréntesis y sin vanidad, con una destreza igual por lo menos que la del mas hábil clown. A este movimiento mi adversario, que iba á renovar su agresion, se paró repentinamente, habló á sus camaradas, y los tres me suplicaron lo hiciera otra vez.

—No os hagais rogar, me gritó Anderson, empezad pronto y tratad de divertirlos; entretengamos aquí á los insulares mientras nuestros marineros hacen agua.

—En hora buena, mejor quiero hacer el titiritero que combatir.

Coloqué otra vez el sombrero en el césped, lo levanté como anteriormente y volví á caer sobre mi cabeza. Obtuve aplausos de los ombayos, que me tomaron por el brazo y me condujeron hasta la sombra del árbol multiplicante con las muestras mas sinceras de alegría y admiracion.

—Nos hemos salvado, prosiguió Anderson, si el rajáh se divierte con esto; de lo contrario no volveremos á la corbeta. Ya sabeis que entiendo algo el malayo; nuestra perdicion está decretada; ese anciano acaba de dar sobre este particular órdenes terminantes á los guerreros que le rodean.

—¡Pues bien! divertámosles, ó al menos intentémoslo, en todo caso mas vale morir riendo que desesperados. Pronto, mi mesita, bolas, anillos, cuchillos y cajas, y convirtámonos en prestidigitador (en mis escursiones peligrosas, nunca me abandonaban estos instrumentos de salvacion). ¡Ahora, sitio!

Petit, payaso improvisado, trazó un gran círculo, é hizo comprender á los salvajes que yo era Dios ó demonio segun mi voluntad; los llamó gansos y aves-truces, se arrodilló cerca de mí para ayudarme en caso de necesidad, y exclamó con su ronca voz:

—¡Señores y señoras, ocupad vuestros asientos! para los primeros es gratis, pero para las segundas... no cuesta nada.

Es muy raro ponerse á hacer juegos de manos en presencia de una muerte atroz y sin misericordia; pero no obstante, solo esto podia salvarnos; era nuestra única defensa. ¿Qué podíamos hacer seis hombres, contra sesenta salvajes feroces y crueles sin contar los que indudablemente estarian ocultos detras de los setos y rocas cercanas?

Todas las miradas se dirigian á mí con una curiosidad estúpida, todos seguian los movimientos de mis manos y el paso rápido de las bolas y anillos, hallándose todos con el pescuezo estirado, la boca abierta, prorumpiendo en exclamaciones de sorpresa que, bien considerado, debian asustarme porque era muy fácil, que demasiado maravillados de mi destreza, quisieran retenerme por fuerza cuando llegase la hora de que marchasen mis amigos. Pero no me dejaba abatir por esos temores pasajeros, y continuaba impertérrito mis curiosos ejercicios, de los cuales mas de una vez ha estado celoso el célebre Comte. Los pobres insulares se reian extraordinariamente, y el payaso Petit procuraba imitarlos de la manera mas graciosa y grotesca. Durante estos juegos, Gaudichaud buscaba plantas por los alrededores, Gaimard enriquecia su vocabulario, Berard daba órdenes á los marineros, y las pipas se conducian al bote.

Hasta aquí todo iba bien, pero no estábamos satisfechos completamente. Una vez dado el primer paso, quisimos llevar á cabo nuestras imprudentes y curiosas investigaciones, y preguntamos cuál era el camino de la aldea que habíamos visto desde la corbeta. A esta pregunta se nos contestó:

—Pamali (es sagrada).

—¿Rajáh?

—Pamali.

—¿Porampum? (¿hay mujeres?)

—Pamali.

—Parece que en este pais de lobos todo se llama *pamali*, dijo Petit riendo á carcajadas; es como el *goddan* de los ingleses; no saben decir otra cosa. Verdaderamente que deberian conservarse en un botecito, como objetos *pamalis*...

Habiendo reparado que los mas solícitos homenajes de los insulares se dirigian siempre al anciano de que ya he hablado, pregunté por segunda vez si era aquel el rajáh, y entonces me respondieron afirmativamente.

Inmediatamente y bien convencido que no seria inaccesible á la tentacion, le enseñé muchas bagatelas

y curiosidades europeas, las que en efecto me pidió. Fingí primero tenerlas en mucho aprecio, pero le hice comprender luego que nada podria negar á la alta proteccion que me dispensaba. Me acerqué pues á su lado, coloqué en sus orejas dos pendientes de cobre, puse en su cuello un gran collar de guijarritos del Rhin, adorné sus puños con dos brazaletes bastante bien trabajados, y hecho todo esto, le pedí permiso para abrazarle como á un hermano, á lo cual accedió despues de hacerse rogar un poco. Colocados cara á cara, apoyó fuertemente sus dos pesadas manos sobre mis hombros, y por mi parte hice otro tanto; de allí á poco con una seriedad casi siempre espuesta á venderme, á pesar de lo peligroso de nuestra posicion, acerqué con bastante violencia mi nariz á la suya. Respiramos con fuerza á un mismo tiempo y nos hallamos unidos con una amistad tan íntima, que faltó poco para que dispusiese en seguida mi suplicio, segun pude colegir de sus rápidas palabras é irritadas miradas.

Pero no pararon aquí los efectos de mi generosidad forzada. El saquito que contenia mis tesoros, valuados en ocho ó diez francos, era objeto de codicia para los denias insulares, que alargaban la mano y aspiraban tambien al honor de refregarse contra mi nariz. Sus importunidades llegaron á ser tan amenazadoras que no tuve medio de negar lo que me pedian.

Al mas alto, porque en esta isla era uno considerado en razon de la estatura, le dí un par de tijeras; á otro unos pañuelos, á este un espejo y clavos, á aquel anzuelos. Por fin se vació el saquillo, y todavia insistian los pedigüenos. Los gestos iban siendo cada vez mas violentos, mis vestidos hechos pedazos principiaban á pertenecerlos, y á fé mia que ya iba á hacer uso de mis armas, cuando se aproximó el rajáh, trazó con uno de los extremos de su arco un gran círculo y pronunció con voz fuerte la palabra sacramental:

—¡Pamali!

En aquel instante, saltaron los naturales como heridos por una conmocion eléctrica, y me encontré solo en el lugar sagrado. Ya era tiempo, pues apenas respiraba, y ademas mis camaradas se preparaban como yo para un ataque general.

Despues de una corta reprension del rajáh, los ombayos parecieron calmarse; y á pesar de su voluntad, determinamos ir á visitar la aldea llamada Bitoka. Aquí estuvo la imprudencia, puesto que las pipas llenas de un agua escelente, estaban ya colocadas en el bote y las señales de la corbeta nos invitaban que fuéramos á bordo.

Pero en estas peligrosas escursiones, se escita tan vivamente la curiosidad por lo que se ve, que cuando tratan de ocultarle á uno alguna cosa, mas desea conocerla y verla. Aun no se habia presentado á nuestra vista mujer alguna, y cuando pedimos el honor de frotar suavemente nuestra nariz con la de la reina, se nos contestó con un tono amenazador y terrible:

—¡Pamali!

—Serán tan sagradas como querais, nos dijimos, pero hemos de ver mujeres ó al menos visitaremos vuestra aldea. Anderson nos invitaba á que nos retirásemos, pero sus palabras no consiguieron mas que las amenazas de los ombayos, y empezamos á subir la montaña por un sendero difícil y escabroso, á pesar de que los naturales, sin duda para estraviarnos, indicaban otro mas largo y regular. Caminando unos al lado de otros y siempre alerta, vimos al poco tiempo las casas de Bitoka, edificadas sobre estacas elevadas tres ó cuatro pies del suelo, bien construidas, separadas entre sí, y siendo entre todas unas cuarenta. Pero mujeres, nada; no vimos ni una; siendo por consiguiente el único lugar de la tierra en el cual no pudimos estudiar sus costumbres.

Muchos insulares nos habian seguido y precedido

á la aldea; en ella llegaron á ser sus exigencias importantes y apremiantes; las amenazas se manifestaron mas abiertamente, á pesar de mis juegos de manos que siempre les asombraban pero que ya no les calmaban; y no obstante el desinterés que manifestábamos poniendo á su disposición todos nuestros pequeños tesoros, dábannos á veces en cambio arcos y flechas.

Gaimard, que tenia la costumbre de introducirse en los mas pequeños escondrijos, llegó á decirnos que habia visto suspendidas en los muros de una casa próxima, sin duda el Rouma-Pamali de Bitoka, unas quince mandíbulas ensangrentadas. En efecto, fui hácia el sitio designado como para dirigirme á la costa, y solo pude hacer una parada muy corta ante esos repugnantes trofeos, sobre los cuales no nos atrevimos á hablar á nadie.

En medio de la agitacion que nos produjo semejante descubrimiento, un cohete lanzado desde la corbeta para llamarnos, estalló en el aire. A esta señal que consideraron como un preludio de guerra, se dividieron los ombayos en varios grupos, se preguntaron y respondieron por medio de silbidos agudos y penetrantes, colocáronse en el camino por el cual teníamos que pasar, se armaron de sus arcos, rodearon sus anchos pechos con muchas flechas acerradas que la mayor parte mojaban en una especie de tubo de bambú lleno de un agua pajiza y glutinosa, y parecia que aguardaban una señal de su rajá para asesinarlos. Aquí principió el drama.

—Ya estamos perdidos, dijo Petit, que queria des-envainar; ¿hay que cortar cabezas ó flautas?

—Es preciso que te calles y nos sigas, le dije.

—Lo mismo me da, me abonaré desde luego á dos flechazos en las nalgas.

—Y yo tambien.

—Y yo.

Mas no era probable que librásemos á tan buen precio, y pensábamos involuntariamente en las mandíbulas suspendidas en Rouma-Pamali.

A pesar de todo, conservábamos bastante serenidad, y yo me ocupaba en enseñar á los insulares que me rodeaban, los secretos de una parte de mis juegos, con el objeto de distraerles de su ferocidad. Ya les habia dado, así como mis camaradas, una chaqueta, una camisa de marinero, una corbata, un pañuelo, un chaleco y sobre poco mas ó menos me hallaba vestido como ellos; pero aunque conocíamos que el robo era la primera necesidad de estos pueblos feroces, creímos que cuando no tuviesen nada que pedirnos se mostrarían menos crueles. Mas no tenían suficiente todavía, querían promesas; y en efecto les lize comprender que al dia siguiente al amanecer volveríamos á llevarlos nuevos y mas preciosos regalos... Aun nos estarán esperando.

Sin embargo, como temíamos nos exigiesen rehenes, hasta que cumpliéramos nuestra palabra, dije á Berard que tal vez convendría asustarlos por medio de nuestras armas de fuego.

—Nada se pierde por probar, me respondió, quizá ignoren el poder de la pólvora y los fusiles.

Un papagayo chillaba posado en una ancha hoja de un rima.

—Buru (pájaro), dije á un Malayo que parecia estar mas irritado que los otros, señalándole con el dedo; *buru mati* (muerto).

Berard, cuya puntería era casi infalible, disparó y mató al papagayo. Miramos con una especie de triunfo á los insulares que estaban atentos; ni uno se habia movido del sitio en que estaba; ninguno pareció asombrado; pero aquel á quien habia dirigido la palabra agarrándose bruscamente por el brazo y señalándome una cotorra que acababa de posarse en las flexibles ramas de un coco...

—Buru, me dijo á su vez, *burumati*.

Colocó la flecha sobre la cuerda de su arco, dió un grito que asustó al ave, la cual tomó el vuelo otra vez, silbó la flecha, y la cotorra cayó de rama en rama hasta el suelo. En seguida, y sin darnos tiempo para reflexionar nos lizo comprender que interin cargábamos nuestros fusiles, podía él herir treinta víctimas. Este mismo insular nos enseñó un arbusto cuyo tronco no era mas grueso que el brazo, y á mas de cincuenta pasos de distancia y casi sin apuntar:

—*Miri, miri* (mirad) nos dijo, y arrojó la flecha que penetró tan profundamente en el árbol que no pudimos arrancarla sin dejar dentro el hueso dentado con que estaba armada.

—No hay remedio, dijo por lo bajo Anderson, somos perdidos.

—Aun no, le repliqué, voy á darles mis cajas de cubiletes, entretengamos su furor como lo hemos hecho para apoderarnos de las moscadas. Y vosotros amigos míos, dadles todos vuestros vestidos. Así se hizo.

Ibamos aproximándonos á la costa, y aunque la noche empezaba á tender su manto, me detuve para dibujar un trofeo de armas admirables que estaba suspendido de las ramas de una pequeña pandana. Mas complaciente de lo que pudiera esperar, un ombayo se adornó con ellos, y se colocó enfrente de mí en postura académica.

Aquí fue preciso un nuevo frote de narices como prueba de haber agradecido la cortesía; pero encantado de verse reproducido en el papel, quiso presentarme un espectáculo mas curioso y dramático. Se dirigió á uno de los suyos, que tomó sus armas, y hé aquí que se amenazan los dos con la vista y las palabras, inclinándose, volviéndose á levantar, saltando como hambrientas panteras, ocultándose detras de un tronco de árbol, mostrándose en seguida mas terribles y encarnizados; haciendo luego uso de sus armas y cubriéndose con sus escudos de búfal, se atacaron de cerca, dando frenéticos gritos, vomitando espuma, prorrumpiendo en las mas extraordinarias imprecaciones, sin detenerse hasta que uno de los dos estuvo tendido en tierra. Esta terrible escena duró mas de un cuarto de hora, durante el cual apenas respirábamos.

¡Oh! ¡jamás episodio tan espantoso detuvo á ningún viajero en sus imprudentes escursiones! No era un juego, un espectáculo frívolo que se ofrecia á nuestra curiosidad: era un drama completo con sus dolores, angustias y delirio; era un combate á muerte entre dos adversarios á quienes importa poco vivir con tal que maten. Un sudor copioso corria por los cuerpos de ambos atletas, sus lábios temblaban, sus narices se dilataban y sus feroces pupilas despedían centellas. En el calor del combate recibió uno en el muslo una herida bastante grande por la cual salia sangre en abundancia, pero el intrépido ombayo parecia no sentirlo. Tales hombres no deben conocer el dolor.

He descrito sobre poco mas ó menos la escena; pero aquellos gritos desenfrenados en medio de la lucha, aquella alegría de tigre en el momento del triunfo que cada uno de los combatientes espresaba alternativamente; aquellos ojos feroces, aquellos movimientos rápidos con el dardo acerado que parecen dividir una cabeza, y aquella codicia del vencedor por beber la sangre en el cráneo, por mascar los miembros del vencido, espresada por una pantomima infernal ¿qué pluma podrá jamás describirlos? ¿qué pincel podrá trasladar tan repugnante cuadro? Puedo asegurar que este es uno de aquellos episodios lúgubres sobre los cuales pasan los años, sin debilitar en lo mas mínimo cualquiera de sus detalles, y hasta ahora solo nosotros hemos podido dar noticias exactas de este pueblo ombayo contra el que la civilizacion debia armar algunos buques para que no

quedase vestigio de su barbarie. Jamás se ve bien, cuando se hace materialmente, y tantas cosas pasan desapercibidas para el que sin emoción contempla cuadros sombríos ó risueños que pasan en su presencia! Para ver bien es preciso sentir.

Petit, colocado á mi lado, ya no se reía ni mascaba tabaco; pero seguía dirigiendo sus puñales y me decía por lo bajo:

—¡Qué gavieros tan intrépidos! Vial, Leveque y Barthe cejarían ante ellos. ¿Dónde diablos habrán



Lucha entre dos ombayos.

aprendido á pegarse y á hacer el molinete? Estos deben ser los matones de aquí. Apuesto á que de un sablazo dividirían á un hombre en cuatro partes..... Habeis tenido buena inspiración tratando de distraerlos con vuestros juegos de manos, porque si no estoy seguro que nos hubieran frito como á gubios.

Los isleños por su parte estaban orgullosos al notar nuestra sorpresa, ó por mejor decir nuestro temor, y hasta creo que deseaban acometernos; pero al fin lo dejaron para el día siguiente. El sitio en que tuvo lugar este terrible combate estaba rodeado de fosos bastante profundos y de muchos cerros cubiertos de guijarros simétricamente colocados y ocultos por una capa de hojas de palmera. Formaban estos cerros el cementerio de Bitoka, y noté que los naturales andaban con cuidado para no remover con los pies la morada de los muertos, por lo cual seguimos su ejemplo y se mostraron agradecidos por esta prueba de piadosa veneración. ¡Cuántos contrastes hay en el corazón humano!

Imposible es que haya habido hombres mas á propósito para la guerra, aun en esos pueblos feroces que viven matando y robando: tienen la agilidad de la pantera, la flexibilidad del reptil, la astucia de la hiena y un valor que desafía los mas crueles tormentos. Aunque los ombayos son de la raza de los malayos, se puede decir que en realidad es una raza *sui generis*, una naturaleza primitiva, una familia de hombres fuertes y poderosos que acaso deben su notable superioridad al carácter del suelo quebrado en que han fijado su dominio.

Tienen la frente desarrollada, los ojos vivos y penetrantes, la nariz un poco aplastada, si bien muchos la tienen aguilena, el color de almagra, los labios gruesos, la boca grande, y he notado que algunos no tenían la detestable costumbre del betel y la cal, tan arraigada en sus vecinos. Su abdomen es proporcionado, sin ser tan pronunciado como el de casi todos los isleños de estas comarcas, y se manifiesta el vigor de sus brazos en sus músculos extraordinariamente señalados.

Todos los naturales de Ombay, hasta los niños de cinco y seis años, estaban armados de arcs y flechas; pero el arma que mas generalmente llevaban era el terrible puñal, cuyo puño y vaina estaban adornados de mechones de pelo. Los arcs son de bambú, y la cuerda de tripa de cuadrúpedo. Nos costó mucho trabajo tenderlos un poco mientras que los niños de ocho años se servían de él con increíble facilidad. No eran estos los menos hostiles, pues por el contrario parecia que hacían alarde de su desvergüenza en sus preguntas y eran los que mas se irritaban con nuestras negativas. Es por lo tanto casi imposible esperar que mejore la raza de los ombayos.

Las flechas que usan son de una caña del grueso del dedo índice, sin plumas, y armadas de una punta dentada de hueso ó de hierro: es imposible seguir las con la vista por la mucha velocidad con que las despiden, y un cuero de dos pulgadas de espesor no es un reparo suficiente para evitar sus efectos. El escudo de que se sirve el ombayo para librarse en lo posible de los golpes del enemigo, es de una figura que puede competir en gracia con los de los griegos y romanos, y se sujeta al brazo izquierdo en la misma forma que los de estos; los adornan comunmente con mechones de pelo, conchas, brillantes llamados *porcelana*, hojas secas de palmera, y por último, con pequeños cascabeles cuyo retintín servirá tal vez para animar á los combatientes. La coraza es un peto de piel de búfalo, que les cubre desde la parte superior del pecho hasta el estómago: se la sujetan con una ancha correa que por la espalda sostiene tambien otra coraza casi igual á la anterior, y que les resguarda toda esta parte y la posterior de la cabeza. Se puede comparar á la casulla de nuestros sacerdotes, con la diferencia de que es menos larga. Las conchas y demas adornos están colocados con gusto formando dibujos llenos de elegancia y originalidad. Nada en verdad es tan admirable como un ombayo, con la coraza puesta, armado de su arco, con el pecho cubierto con sus terribles flechas colocadas en forma de abanico, y dispuesto á atacar. Sus cabellos flotan

esparcidos por la espalda, y algunos tienen tanto que les hace la cabeza de una monstruosa magnitud; pero la mayor parte se los levantan por medio de un palo de seis líneas de diámetro, alrededor del cual los trenzan, los sujetan con una correita de piel, y colocan en la parte superior algunas plumas de gallo á manera de penacho. Son fanáticos por los adornos; así es que en las orejas llevan pendientes de hueso, piedra ó mariscos, y en los brazos y piernas una multitud de anillos, algunos de oro, y braceletes de hueso y de hojas de vacoí.

Una vez hechas estas observaciones y surtidos á bordo de agua, nos dirigimos con mucha precipitación á la playa; mas en este punto era donde mas dificultades encontramos para podernos marchar. Los isleños procuraban retenernos aun, asegurándonos su proteccion durante la noche, pero mas diestros que ellos, les digimos que al dia siguiente volveríamos con una multitud de cosas á cuál mas curiosas, y que en premio de la generosa hospitalidad, con que nos habian recibido, les traeríamos hachas, sierras y lujosos trajes. Confiando en nuestras promesas, pero no sin haberlo discutido antes entre ellos, nos permitieron pasar á bordo. En sus pérfidas miradas leímos muchas amenazas, en su despedida el sentimiento que les causaba el gran favor con que nos habian honrado, pues estoy seguro de que ninguno de nosotros se habria visto de nuevo en el buque, si no les hubiéramos alucinado con la esperanza de que al otro dia gozarian de un banquete esquisito y de un rico botín.

La noche estaba oscura, pero tranquila: caminamos guiados por el resplandor que de tiempo en tiempo producía en el agua la corbeta, y llegamos á nuestra morada á la una de la mañana, contentos por haber escapado de tan eminente peligro, y por haber visitado el pueblo mas curioso de la tierra; y sin embargo todavía no sabíamos el gran peligro de que milagrosamente acabábamos de escapar. Al dia siguiente supimos por un ballenero, detexido como nosotros en el estrecho, que quince hombres que iban á bordo de una chalupa inglesa, desembarcaron en Ombay á buscar leña, y fueron horriblemente asesinados y devorados pocos dias antes de nuestro desembarco en Bitoka; que á una legua de distancia de la poblacion de este nombre, se veían todavía esparcidos en la playa los restos de tan horrible banquete; que hasta nosotros, no habian podido evitar los europeos que han desembarcado en Ombay, la ferocidad de los habitantes; que se hacen la guerra los pueblos contra los pueblos, beben la sangre en el cráneo de sus enemigos, y que era un milagro que nos hubiesen dejado regresar. ¡Y luego se dirá que es una ciencia estéril la de los Conus, Comte, Balp y Bosco! Sin mis cubiletes, de seguro que no hubiera hablado de Ombay ni de sus antropófagos habitantes.

XX.

TIMOR.

Diely. — Lijera esplicacion. — Mr. Pinto. — Detalles. — Costumbres. — Boa.

CUANDO no queráis hallar incrédulos en este mundo, no refirais, ó mas bien no digais á los hombres mas que lo que ya sepan, no les enseñeis nada nuevo: no les hableis mas que de los objetos que los rodean, los únicos que hieren sus sentidos y con los que, por decirlo así, viven en familia. Si os salís de estos límites encontrareis por todas partes la duda, esa duda burlona y ofensiva que os obligaria á mentir si no estuviérais provistos de suficiente valor para encontrar en esa misma persecucion un motivo mas de resolucion y perseverancia.

Pues qué, señores míos, ¿creeis que se da la vuel-

ta al mundo únicamente para ver calles tiradas á cordel, cafés, mesas redondas, vendedores de fósforos y milicianos nacionales con uniforme de gala? No, el que viaja y quiere aprender no se detiene ante cuadros que solo sirven para recordarle el pais que ha dejado. Lo que el estudioso busca, lo que pide á las olas, á la tierra y al cielo, son los contrastes, lo imprevisto, lo dramático; y aunque el alma del viajero sea poco ardiente, aunque su imaginacion no salga de unos estrechos límites, basta que tenga corazon, para que en presencia del peligro y de una muerte inevitable, vea lo que otros no han sabido ver, describa lo que otros no han sabido describir. Despues, si sois incrédulos, tanto peor para vosotros; el viajero ha cumplido con su deber; luego, si os acomoda, podeis leer las *Mil y una Noches*, y dejar á un lado las páginas verdaderas que haya escrito en primer lugar para sí porque es muy egoísta, y en segundo para los que deseen saber é instruirse.

Si os dijese que he hallado en el interior del Africa, en medio de todos los archipiélagos, en el centro de la Nueva-Holanda, prefectos leales, como conoceis muchos, ministros íntegros, como no conoceis ninguno, alcaldes que no saben leer, agiotistas sin probidad, hijos de familia que empiezan por ser engañados y acaban por engañar, mujeres que se venden y hombres que se alaban: si os hubiese presentado las ridiculeces y vicios de nuestras capitales honradas por los antípodas, nada os llamaria la atencion, y todo esto os parecería natural y lógico; y sin embargo esto hubiera sido lo verdaderamente raro, increíble, absurdo y falso. ¡Pero conozco sugetos (tal vez algunos de los que me lean) que se admiran hasta de que el sol sea mas abrasador en los trópicos, que no conciben que las ballenas recorran los mares, y que se indignan al oír que los pokos están cubiertos de enormes montañas de hielo!

No, no: los hombres y las cosas, las costumbres y los climas, no son ni pueden ser iguales: he visto lo que digo que he visto; cito nombres propios en testimonio de lo mismo: mis compañeros de viaje están en París. Obro con justicia alabando el valor de mis amigos, y á veces refiero tambien la insignificante parte que he tomado en nuestras peligrosas expediciones: por lo tanto no miento, escribo una historia. Pero si aun no me creéis, partid, señores míos, partid, y visitad á Timor, Rawack, Nueva-Zelandia, la tierra de Endracht, Fitgi, Campbell y el cabo de Hornos, y entonces sabreis lo que es el mundo, y se lo direis á vuestros amigos; pero no vayais á Ombay, pues no regresaríais.

Ahora que he respondido francamente á vuestras dudas voy á continuar.

No bien nos hallamos á bordo se levantó un viento fresco y sostenido que nos impidió cumplir nuestra palabra á los buenos y caritativos naturales de Bitoka, los cuales escusarian sin duda nuestra impolítica; pero lo mas seguro será que los ombayos, que tal vez nos vieron huir del maldito estrecho, llorarian amargamente su hasta entonces desconocida ternura y su buena fé burlada. ¡Ay de los navegantes que despues de nosotros pongan el pie en ese suelo que debiera barrer la metralla europea!

Posteriormente supimos en Diely por el mismo gobernador de la colonia, que cuantas tentativas se han hecho para sujetar á los ombayos, han fracasado ante las invencibles dificultades que hay para poder fondear y desembarcar; que los canibales, reunidos en masa contra el enemigo comun, se retiran al interior en la cumbre de las mas ásperas montañas: y que descendiendo por la noche con precaucion como hienas hambrientas, acechaban á los soldados de las avanzadas, que con sus flechas envenenadas hacían numerosas víctimas y que no bien se apoderaban de un hombre se encontraban al dia siguiente en la pla-

ya sus restos sangrientos y destrozados. —Ademas, añadió el señor Pinto, apenas se abandona de nuevo su infernal país, esos feroces malayos espulsados de Timor por sus crueldades, construyen en pocos dias sus segundas habitaciones, se separan dando frenéticos gritos, se hacen de nuevo implacables enemigos, y emprenden de pueblo á pueblo una guerra á muerte. No digais á nadie de aquí que habeis desembarcado en Ombay, pues no se os creeria sabiendo que vuestros auxiliares han sido únicamente los fusiles, pistolas, sables y cubiletes. Podeis estar seguro que de todos vuestros juegos de manos, añadió el gobernador que me dirigia la palabra, el mas sorprendente es el haberles escamoteado vuestra cabeza y la de vuestros amigos; pero os aconsejo que no lo intenteis segunda vez, pues perderiais el juego.

Si la guerra intestina que sostenia el gobernador de Koupang contra el emperador Luis habia despojado al fuerte Concordia de todas sus municiones, se veia por el contrario que Diely estaba en paz con sus vecinos, pues resonaba incesantemente el estampido del cañon que Mr. José Pinto Alcofórado de Acebedo é Souza, hacia resooar no bien se aproximaba una de nuestras embarcaciones á la tierra. Nada hay comparable con el entusiasmo: por un efecto de este quiso que nuestra llegada fuese una época memorable en los anales de la colonia. Alhajó su palacio, llamó á todos sus oficiales, y quiso que los rajás tributarios suyos, se presentasen tambien para ensanchar el círculo de sus cortesanos. Nos manifestó una alegría expansiva, una ardiente amistad, aunque solo hacia un dia que nos conociamos; representábamos, segun él, á la Europa visitando el país que protege con sus armas y sabiduría, y era preciso festejar en nuestra persona á la Europa entera, puesto que ondeaba en la rada uno de sus mas gloriosos pabellones. Nos felicitábamos por los vientos contrarios que reinaron, pues entramos en Diely por agua y ahora ya sentiamos apartarnos del gobernador Mr. Pinto, que tan bien sabe recibir á los extranjeros que le visitan.

Diely es mas una colonia china que portuguesa: todos los años tienen lugar numerosas emigraciones de Makao y de Kanton; pero desgraciadamente el suelo de Timor es muy mal sano, y crueles enfermedades llaman incesantemente nuevos pobladores. Desde que era gobernador el señor Pinto, se habia tenido que renovar por tres veces el estado mayor europeo; tan solo él y un oficial habian podido resistir á una disenteria cuyos primeros síntomas preceden á la muerte que tiene lugar á los pocos dias. Mr. José Pinto se hallaba en Diely desterrado, y esta injusta desgracia le habia hecho gefe omnipotente de un país tan lejano del suyo; pero lejos de guardar un bajo rencor á sus jueces y abandonar á la casualidad las riendas de su nueva patria, usaba por el contrario de su poder con tino y dulzura. Cuidaba sinceramente de que se cultivasen las tierras, trataba á los rajás con bondad, se hacia árbitro de sus contiendas, era su mediador, y pocas veces no consiguió los resultados que se proponia. Las guerras de los rajás tienen por motivo regularmente la cosa mas fútil y que no seria bastante para enemistar á dos colonos. El robo de un búfalo hace correr arroyos de sangre, y medio pueblo desaparece en venganza de un caballo robado. Se nos aseguró que los malayos de esta parte de Timor son mas crueles y terribles que los que obedecen á los holandeses: sus batallas no cesan hasta que muere el último enemigo, y segun la costumbre de estos indomables pueblos los prisioneros han de despreciar la muerte dando gritos, bailando y haciendo heridos mortalmente, mil gestos y ridiculas contorsiones.

No bien sabe el gobernador la guerra de los rajás, envia un oficial á los gefes de ambos bandos, que suspenden al punto las hostilidades. Los dos ejércitos envian sus diputados, pésanse con imparcialidad

las razones de cada uno, y se condena sin apelacion al agresor, al pago de una multa mas ó menos considerable y consistente en bestias ó esclavos, de la cual se aparta la décima parte para el gobernador. Si el rajá condenado rehusa someterse al fallo pronunciado contra él, es obligado por la fuerza, y á la primera señal de Mr. Pinto toman las armas los demas gefes y marchan contra el rebelde.

En Koupang no vimos á los guerreros armados de arcos porque tan solo habian quedado en la ciudad los menos intrépidos y diestros; pero en Diely vimos los terribles arcos en las manos de casi todos los naturales. Son enteramente iguales á los de Ombay, aunque labrados con melos gusto y elegancia; pero en cambio los arqueros de Diely le manejan con extraordinaria destreza, y en los juegos que mandó ejecutar Mr. Pinto para satisfacer nuestra curiosidad, vimos á un tirador de mas de sesenta años, atravesar por dos veces una naranja suspendida de un árbol. La azagaya endurecida al fuego hace grandes estragos en los miembros desnudos: es curiosísimo ver la facilidad con que el agresor pasa el dardo de la mano derecha á la izquierda, dando dos ó tres pasos hacia adelante como para tomar carrera, y lanzarle despues con la rapidez de una piedra arrojada con la honda. Pero lo maravilloso y prodigioso es la destreza del adversario para evitar el dardo por medio de un rápido movimiento á derecha ó á izquierda, y cojerle con la mano al pasar rozándole el pechó. Diely es un reflejo de Ombay, y por mas que diga Mr. Pinto, no creo en esa buena armonia que me aseguró reinaba entre los pueblos guerreros que gobernaba. Cuando reina la paz no se manejan tan bien tan terribles almas.

La verdad es que la fisonomia de los timorianos de esta parte de la isla, aunque tan hermosa y marcial como las de los naturales de Koupang, no es tan salvaje ni feroz, y que lejos de huir de nosotros los soldados de la guarnicion de Diely nos buscaban y se divertian con nuestro lenguaje, nuestras maneras y nuestro traje tan pesado y poco á propósito para la libertad de los movimientos.

Pregunté á Mr. Pinto si creia que los naturales del interior fuesen antropófagos.

—Debeis creerlo, me respondió: en Timor todos los guerreros son mas ó menos canibales, pero únicamente en el calor del combate ó en la sed de venganza.

—¿Habeis intentado quitarles tan horrorosa costumbre?

—He prometido cinco rupias (moneda de la India) por cada prisionero vivo, y ni un solo guerrero ha querido esta recompensa.

—¿Y por medio de amenazas?

—Para ellas tienen sus selvas impenetrables.

—¿Y por medio de castigos?

—Seria preciso ir á imponérselos á sus inaccesibles montañas.

—¿Pero por qué no se ensayan los terribles castigos?

—En este país el castigo no corrige á nadie: seria preciso imponerlo á los niños, hacerlos vivir bajo un cielo diferente, hacerlos vivir en otra tierra, infiltrar en sus venas una sangre mas pura; algunos años de civilizacion y los débiles recursos de que dispongo, no pueden modificar las costumbres de un pueblo eminentemente turbulento y feroz. Los ofrezco gratis terrenos para que los cultiven; les propongo trabajadores para que los ayuden á construir casas sanas y cómodas, y sin embargo ninguno acepta, ninguno quiere á tal precio mi proteccion: mas se acomodan los desiertos á su carácter dominante é independiente. Buscan rocas áridas y tristes, bosques silenciosos, el sol abrasador, los amenazadores volcanes, el silbido de los vientos y el espantoso trueno. Un verdadero

malayo se ahogaría en nuestras ciudades de Europa, pues solo va adonde se le prohíbe ir.

—¿Imponéis la pena de muerte á algun criminal?

—Algunas veces sí; pero sé que no se atreven á imponerla en Koufang.

—¿Y son públicas estas ejecuciones?

—Regularmente lo son, y desgraciadamente nunca faltan verdugos, pues todos los testigos de esta triste escena se disputan el horrible placer de cortar una cabeza.

—¿Después de tan crueles inclinaciones, no teméis que os asesinen?

—No, aquí todos me aman y me adoran: soy el objeto de un culto particular, y en verdad no sé por qué; pues los naturales no aceptan mas que á medias los beneficios que les ofrezco. Les hago todo el bien que puedo; pero como en Diely no se tienen mas que ideas imperfectas del bien y del mal que tanto comprende la Europa, concibireis fácilmente cómo á veces se escita su odio con un beneficio, y su amistad con una proscripción. Nada es por lo tanto mas difícil que mandar á estos hombres de hierro que me rodean: he venido á Diely en virtud de una inicua sentencia, y fundo mi venganza en mantener la paz en una colonia en que nada han podido conseguir mis predecesores. Respecto á mi sucesor, aunque ya le he despejado el camino, el porvenir nos dirá qué partido sacará de Diely después de mi partida ó de mi muerte.

La ciudad está situada en una pequeña pero risueña llanura situada al pie de elevadas montañas cubiertas de frondosos y copudos árboles, morada continua de las tempestades. Su rada no es tan vasta ni segura como la de Koufang, pero la isla Cambi por una parte y el cabo Lif por la otra, la resguardan suficientemente de los vientos mas frecuentes. Una lengua de tierra y de un cuarto de legua de ancha, se adelanta casi á nivel del agua, y, según creo, con poco gasto se podría construir en ella un muelle donde se pudiesen amarrar los buques. Por lo demás el mar

no está muy elevado, el fondo es bueno, y por consiguiente se puede anclar con seguridad.

En vano se buscaría en Diely mas edificios notables que el palacio del gobernador y una iglesia dedicada á San Antonio. Todas las casas, bajas y construidas con troncos de latoheros, por los muchos temblores de tierra que se experimentan, están cercadas, de modo que no se las ve hasta que se llega á la puerta de la cerca. En este punto es muy inferior Diely á Koufang, donde siquiera el barrio chino ofrece el aspecto de un pueblo medio civilizado.

La ciudad está defendida por dos pequeños fuertes bastante regulares, rodeados de una empalizada de la altura de un hombre, en la que están colocados de distancia en distancia cuerpos de guardia, y unas capillas muy bien adornadas. Pero la fuerza principal de la colonia consiste en el amor que los súbditos profesan al gobernador.

No bien se sale de la ciudad se encuentran diversas sendas que no se pueden recorrer sin esponerse á ser asesinados por los naturales que, aunque en nada se conoce, consideran estas sendas como *pamali* (sagradas). Un día que, en mis paseos matutinos iba á recorrer uno de estos reverenciados caminos donde se siente bajar una fresca sombra á través de los frondosos árboles, echóse á mis pies el guía que llevaba y me suplicó llorando que no anduviese mas si no quería perder la cabeza. Al principio no pude menos de reirme de sus pronósticos y amenazas, ya me disponía á proseguir mi camino, pero de nuevo me interrumpió el malayo echándose á mis pies y pidiéndome con sus lágrimas que variase de dirección. En vista de esto tomé otro camino, por lo cual el pobre guía me manifestó su agradecimiento con mil gestos y contorsiones á cual mas ridículas y que me divirtieron en sumo grado. En este país la alegría es tan semejante al dolor que parecen hijos de una misma madre.

Una vez de regreso en la ciudad, me informé sobre el incidente de los caminos *pamali*, y me aseguró el



Jóven china.

gobernador que él mismo los respetaba, y que si hubiese seguido paseando por ellos hubiera perecido el natural que me acompañaba á manos de los que le hubiesen visto. Por lo demás, según él, yo no hubiera corrido riesgo alguno, y si me había dicho lo con-

trario el timoriano, había sido para salvar su vida. Como el motivo era bastante poderoso, me felicité por haber cedido á sus servientes súplicas.

En una de mis frecuentes escursiones por las cercanías de Diely, llevé tan lejos mis investigaciones,

que me ví obligado á pedir hospitalidad en una casa situada en un cerro l'ndante con un bosque que se extendia en unas vastas soledades y ocupando una llanura próxima al mar. Pertenecía la casa á un chino desertor de Koupang, ó mas bien arrojado de esta ciudad por sus maldades, como despues supe por Mr. Pinto. No sabía mas idioma que el suyo nativo, y del cual, por mi parte, no entendia una sílaba: fácil es, por consiguiente, comprender si seria embarazosa mi posicion. En seguida que le observé, conocí que tenia miedo y que sospechaba fuese un emisario secreto de Mr. Hazaart, enviado para prenderle y conducirlo á Koupang; pero pronto le tranquilicé, é intenté hacerle comprender que necesitaba una cama por aquella noche. Me pareció que no le agradó mucho mi proposicion, y me dió á entender que vivia solo y que por lo tanto no tenia cama que poner á mi disposicion, pues solo disponia de la suya. No habia acabado aun sus gestos poco persuasivos, cuando oí toser con violencia en la pieza inmediata á la en que nos encontráramos. Manifesté en seguida al chino con un movimiento de cabeza que espresó completamente el desprecio, el que me habia inspirado su mentira, y olvidando que no me comprendia, dije en voz clara:

—¡Necesito una estera y luz!

Acababa de pronunciar estas palabras breves pero claras, cuando oí á mi lado un ruido semejante al que producen las hojas movidas por el viento: abrióse una parte del muro de bambú, y en la ventana que se formó, apareció una jóven pálida, con el cabello suelto y esparcido, medio cubierta por una túnica blanca, con la mano derecha hácia adelante, como para resguardarse de un peligro imprevisto. Sus pequeños pero vivos ojos me miraban con una atencion mezclada de espanto, su boca entreabierta me mostraba la dentadura mas hermosa del mundo, y procuraba sonreirse como para calmar mi cólera.

Permanecí por un momento estasiado creyéndome ante una de esas ligeras apariciones fantásticas de que se carece cuando se duerme tranquilos con la felicidad del día y con la esperanza de la que teadremos al siguiente. Hizo el chino un rápido movimiento é iba á cerrar la ventana; pero me lancé sobre él y le detuve, pues deseaba saber cómo era y estaba amueblado el dormitorio de una jóven china: si los deberes de la hospitalidad, á los que sin duda faltaba ya, me imponian la obligacion de no penetrar en él, la preciosa ventana á que dirigia mis miradas me permitia por lo menos examinar este reducido y misterioso aposento. ¿No hubiera hecho lo mismo cualquiera?

El lecho en que descansaba la jóven era bajo, sin colchones, cubierto de una fina estera de Manila que colgaba por ambos lados; en los ángulos de la cama habia unos dragones de cuatro á cinco pulgadas de alto, pintados de negro, y con unas grandes alas abiertas y jaspeadas de verde, amarillo y rojo; un aro de bambú de dos piezas salia de la cabecera y caia al suelo por la parte opuesta formando una curva de dos pies y medio á tres, en este aro habia otra estera mas fina todavia, colocada á manera de mosquitera, y en este momento estaba arrollada y levantada. Al lado del lecho vi un mueble de porcelana blanca y azul, con dos asas, colocado en una especie de velador de suma elegancia y adornado con dibujos eróticos y grotescos. En el suelo habia varios zapatos sumamente pequeños, y á poca distancia una especie de taburete bien trabajado, peines de forma original, bolos, un largo baston de marfil terminado por una mano medio cerrada de la misma materia, para rasparse en aquellas partes donde no alcanzan los dedos, y unas treinta varillas de madera de sándalo, algunas de ellas medio consumidas; dos mesas, un escritorio, seis sillas, un abanico y seis cuadros sobre asuntos

no muy morales, pero de graciosa figura y buen gusto, obras de arte y paciencia, componian el resto de los muebles.

Una vez satisfecha mi curiosidad, no me di por satisfecho y manifesté el deseo y voluntad de penetrar en la habitacion: pero el chino que hasta entonces permaneció inmóvil sentado en el suelo, me dió á entender que la jóven estaba enferma, y que la emocion que experimentaria podia perjudicar á su salud. No obstante esta súplica que comprendí perfectamente, quise pasar y despreciar la advertencia; pero el chino que procuraba convencerme, me presentó un arco pequeño formado con una varilla y una cuerda de guitarra y me invitó á que por mí mismo me asegurase de la verdad. Sorprendiome al pronto aquel instrumento, y así se lo indiqué á mi huésped, pero el chino dirigió dos ó tres palabras á la jóven que estaba apoyada en sus manos, y le tendió el brazo: entonces el chino aplicó una de las estremidades de la cuerda en la arteria del brazo de la enferma, colocó el índice en la opuesta y me pareció que contaba las pulsaciones: quise ensayar tambien el instrumento y no sentí vibracion alguna, bien por la insensibilidad de mi dedo, bien porque mi distraccion me impidiese apreciarlas. No cabe duda que los celos de los chinos han sido los inventores de este instrumento por cuyo medio han libertado á sus mujeres que las tocan la mano, indiferente por lo general, de nuestros médicos, que con tanta circunspeccion usan de ella. Pero lo cierto es que el arco de que acabo de hablar determina entre los chinos con toda precision, los grados de la calentura y que tan solo han salido fallidos una vez entre treinta, los experimentos que sobre este punto presencié despues en Diely.



Nakê-Tett, rajá de Das.

La noche era muy oscura; no habia senda ni camino practicable que me condujese directamente á Koupang, de modo que aunque habia concluido mis observaciones morales, resolví quedarme en la casa del chino, á quien hice comprender que pagaria mi *malvenida*. Hizo bien en conformarse pues estaba resuelto, en caso de resistencia ó negativa, á quedarme

grátis y si era preciso plantarle en la calle como suele decirse. Un conquistador jamás guarda ceremonias ni etiquetas; el doble interés de mi conservación y de mi curiosidad me dictó esta conducta. La superioridad estaba de mi parte, y mi conciencia de viajero me puso al abrigo de todo remordimiento. Tomada esta resolución me senté en una silla, frente por frente de la puerta de entrada, dispuesto á emprender la fuga en caso de traición ó ataque imprevisto, y dispuesto á defenderme si las fuerzas eran iguales. La jóven no apartaba la vista de mí, el chino cesó de prohibirme hacer mas investigaciones, puesto que no habia podido evitar las primeras, y pasaban las horas acompañadas por el ruido lejano de las aves que se colocaban en los árboles vecinos. Esta triple situación entre personas que no se podian hablar, que se miraban silenciosas y mutuamente se temian, tenia para mí un no sé qué de original é inesperado que cuadraba maravillosamente con mi genio aventurero. En efecto, era un cuadro curioso y digno de ser estudiado. El chino tenia unos cuarenta años, yo muchos menos, y la linda jóven cuando mas quince ó diez y seis. Nuestros gestos, las mas veces no comprendidos, producian singulares *quidproquos* que nos hacian reir alternativamente. Nuestra extraña posición nos infundia miedo por la cosa mas insignificante: ella por no sé qué, él por mis amenazas, yo por el temor de una cobarde traición. ¡Sin embargo creí notar en las miradas de la jóven un no sé qué, que me agradaba traducir ventajosamente! ¡Somos tan orgullosos los europeos!

Para engañar el sueño que temia venciese á mi voluntad, empecé á cantar á media voz, algunos versos de Beranger: no sé cómo explicar el encanto que produce el repetir, en el país antípoda del nuestro, los cantos nacionales que se vienen á la memoria como un amigo consolador; pero como no queria hacer solo el gasto en esta especie de entreacto, supliqué al ehino que me ayudase tambien; pero apresuróse la jóven á complacerme, y de tal manera me conmovió con sus canciones, que poco faltó para que me pareciese la mujer mas fea del mundo, la que tan hermosa me pareció en el silencio. ¡Meyerbeer y Rosini! ¡Aun no sois ciudadanos del universo! Concluida la música, ocupó su vacío el dibujo y la aguarela: me aproximé á la jóven y la pedí permiso para trazar su perfil, á lo que accedió alegre como un niño. No bien concluí mi trabajo me pidió una copia, que le entregué con galantería y que recibió con agradecimiento.

En el día que siguió á la noche de esta aventura, fuí á visitar al gobernador, á quien se lo conté con todos sus detalles; se divirtió mucho con el miedo del chino, el respeto con que traté á la jóven, y me dijo que el patron á quien debia tan generosa hospitalidad habia sido azotado tres veces de orden suya; que traficaba vergonzosamente con la desgraciada que sin duda habia caído en sus manos robada, y que llamaba hija con el mayor descaro. Cuanto mas voy avanzando en mi viaje, mas lógicas me parecen mis primeras observaciones sobre las costumbres de los chinos y mas aprendo para despreciarlos.

Es fácil conocer que cuando se hace una corta estancia en un país nuevo para el estudio, es imposible reunir todas las noticias de que tanto se aprovecharian la ciencia y la filosofía, y que por consiguiente tenemos que contentarnos, no sin temor de no ser exactos, con lo que oficiosamente se nos da. El deber del viajero consiste sobre todo en beber en las fuentes mas puras y saber distinguir lo verdadero de lo falso. Así, por ejemplo, como mi permanencia en Diely tuvo que ser corta, y á los pocos días nos hicimos á la vela, no me contenté con lo que respondieron Mr. Pinto y sus oficiales á las repetidas preguntas que les hice, sino que procuré, en cuanto me

fue posible, investigar aquí y allá para dar alimento á mi ardiente curiosidad. Una mañana que salí con mi viejo marinero Petit, me dirigí á un bosque inmenso y distante de la ciudad una media legua. Caminaba distraído con mis pensamientos cuando me alejó de ellos un ruido sordo parecido al de un escuadron marchando á galope.

— Ese ruido proviene de un temblor de tierra, dije á Petit que escuchaba.

— La tierra podrá temblar; me espondió, pero no ahora, pues el ruido no es interior, sino de la superficie.

— ¿Qué crees que será?

— Según mi costumbre, no ereo nada, espero.

— ¿Pero al menos qué te parece que debemos hacer?

— El ruido aumenta por momentos, es una ola perdida: pongamos al paio el buque; y dejémosla llegar. Como estamos á sotavento pronto sabremos qué sucede.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, un espantoso ruido procedente del bosque, interrumpió nuestra respiración, y en el mismo momento vimos unos veinte búfalos, jadeando de cansancio y desalentados se abrieron paso hasta los últimos árboles, y se dirigieron hácia nosotros obligándonos á escalar el árbol mas próximo. Pero como si tan solo hubiesen obedecido á un movimiento febril ó á un terror pánico los temibles animales se detuvieron de repente y empezaron á pastar con tranquilidad.

Su veloz aparición, sus violentos mugidos, su pelada cola con que saeudian sus robustos hijares, y su súbita tranquilidad me hicieron sospechar que habian obrado en virtud de una causa extraordinaria que en vano queria adivinar.

— ¿Qué me dices, Petit, del capricho de esos animales?

— No es capricho: venian de alta mar á toda vela y acaban de anclar.

— ¿Continuamos nuestro paseo?

— Sí; pero viremos de popa.

— ¿Por consiguiente tienes miedo?

— ¡Miedo yo!... Viremos de proa, levemos el ancla del fondo, y pongamos en derrota al navio.

— No, yo soy el que no está tranquilo; pero es tan extraordinaria esa manobra, que voy á preguntar su esplicacion al gobernador ó á uno de sus oficiales.

— Acaso será algun leon que habrá enarbolado el gallardete en el palo de mesana.

— No los hay aquí.

— ¡Dejaos de eso!... En estos perros países hay todo lo malo menos vino y aguardiente.

— Toma: echa un trago y volvamos á Diely.

No bien llegué á casa del gobernador le pedí la esplicacion de tan extraño fenómeno.

— Nada mas natural, me contestó. Habrá despertado un boa, se habrá lanzado sobre ese rebaño de búfalos y habrá hecho una victima. El instinto dice á los demas que ya no tienen que temer nada desde que el reptil coje su presa y la oprime contra el tronco nudoso de un árbol para devorarla con mas facilidad. Por eso se detuvieron de repente y olvidaron el peligro que habian corrido. A nosotros ya no nos llaman la atención esas carreras rápidas y ruidosas, pues las hemos presenciado con mucha frecuencia.

— ¿Creeis por lo tanto que ahora estará almorzando el boa?

— Estoy seguro de ello.

— Quisiera convencerme por mí mismo.

— Os podria costar cara vuestra curiosidad.

— Señor gobernador, quereis asustarme.

— No lo he dicho con tal intencion.

— Pues entonces voy á arriesgarme, pero seré prudente.

—Haced lo que gusteis. ¿Quereis un caballo?
 —Acepto aunque no soy muy buen jinete.
 —Mandaré que ensillen otro para vuestro marinero. Dios os dé buena fortuna.

Al dirigirme estas últimas palabras se sonrió Mr. Pinto, y no pude comprender hasta mas tarde el significado de esa risa burlona pero llena al mismo tiempo de amabilidad. No bien acabó de pronunciarlas le llamaron para que recibiese al rajá de Dao, Naké-Fetti, que si estaba descontento de los holandeses no lo estaba menos de sus soldados, y que venia á pedir la ayuda y proteccion de Mr. Pinto, que le recibió con amistad y le prometió mediar entre él y Mr. Hazart, sujeto un poco brusco con sus tributarios. No es pues la Europa la única parte del mundo donde los grandes se apoyan en los pequeños destruyéndolos al mismo tiempo.

XXI.

TIMOR.

Boa (continuacion). — Dos rajás. — Pormenores. — Enfermedad. — Partida.

ENTRE tanto se hacian esperar los caballos y la impaciencia de Mr. Pinto crecia por momentos: yo por mi parte sentia ya haber sido tan curioso, y Petit, indifferente á todo, se consolaba del disgusto que le causaba esta nueva expedicion pensando que cuando regresáramos dirigiria la palabra á una botella que le indicase.

Al fin nos trajeron los caballos. Petit, menos diestro aun que yo, montó no con tanta facilidad como lo hacia en los mastileros de juanete. Mr. Pinto me estrechó la mano, me indicó el camino mas próximo y mejor, recomendándonos de nuevo la prudencia, me exigió palabra de que le acompañaria á cenar.

—¿Segun eso, dais por cierto que regresaré?
 —¿Creeis que si así no fuera os dejaria partir?
 —¿De modo que el boa no acostumbra á almorzar dos veces seguidas?

—Vamos, os chanceais porque estais lejos del enemigo. Hasta la vista.

—¿Qué bestia será el boa! dijo entre dientes Petit: yo estaria comiendo y bebiendo siempre.

Caminábamos á un paso corto, como los que han deseado ver y luego se arrepienten de su temeridad. Petit tomó el primero la palabra.

—Creo, señor, que hacemos una necedad.
 —Es muy posible.
 —Una necedad muy grande.
 —Puede ser.
 —¿Pues para qué lo hacemos entonces?
 —Porque si ya no siguiéramos adelante, entonces seria una cobardía.

—¿Y sois valiente yendo temblando?
 —¿Quién te ha dicho que tiemblo?
 —¿Toma!... Fácil es conerlo.
 —¿Tiembas tú?
 —No, pero en vuestro lugar no daria un paso mas.
 —¿Y por qué en mi lugar?

—Porque os espera una cena *Sterling*, y sin embargo vais á ver cómo una vil serpiente se traga á un búfalo con cuernos, y sin beber un trago de Schmik.

—No es fácil verlo todos los dias.
 —Cierto: pero tampoco se presencia dos veces.
 —Bien: quiere decir que me contentaré con la primera.

Cobarde ó valiente, gigante ó enano, débil ó fuerte, un compañero de viaje hace disminuir siempre el peligro, y conozco á muchos que solo muestran valor cuando están acompañados. Aplicad esta observacion á Petit ó á mí: me importa poco.

Acomodándose á las asperezas del camino, nuestros caballos apresuraban ó acortaban el paso, y en

TOMO II.

vez de guiarlos, los dejamos caminar á su capricho, como hombres para quienes es indifferente conseguir ó no su objeto, ó como cobardes que temen llegar al peligro. Siempre he tenido una invencible antipatía á los reptiles: el aspecto de un lagarto me disgusta; mas quisiera oir en un desierto á un león ó á un tigre que el silbido de una serpiente ó el estremecimiento áspero de su marcha á traves de las plantas y malezas.

El calor era insufrible, y, para libertar sus desnudas espaldas de los rayos del sol, Petit que llevaba la cabeza cubierta con un sombrero de paja de ala muy corta, arrancó una ancha hoja de banano, la hizo un agujero por el cual pasó la cabeza, fabricándose de este modo una especie de quitasol muy cómodo y pintoresco, pero que le daba el aspecto mas ridículo del mundo. Nadie sabe cuánto hubieran dado Callot y Decamps por tener un modelo como este.

—Si me viese así Marchais, me dijo, no salia de sus maros á no ser á pedazos.

—¿Por qué?

—¿Lo sé yo por ventura? Si gruñe, pega; si está contento pega tambien. Por lo demas, quisiera mas encontrarle aquí que no á bordo.

—¿Por qué razon?

—Porque me pondria tan blando que no tendria fuerzas para seguiros.

—¿Luego tienes miedo todavía?

—Casi tanto como vos.

—Yo no tengo miedo.

—Lo mismo que si me dijerais que no soy feo: eso se conoce á la legua.

—Pero ya ves que no me impide seguir adelante.

—Sí, como la tortuga. Mirad, francamente, navegamos á la bolina.

—No importa, ya llegaremos: me haré la ilusion de que tienes en la actualidad unos ímpetus guerreros.

—Decidme, señor, ¿es cierto que en otro tiempo, cuando habia romanos, en el reinado de... el otro... del Napoleon de aquella época, se hacia la caza del boa con veinte piezas de á treinta y seis?

—No, porque aun no se conocia la pólvora.

—Y puede que tampoco se hubiesen inventado los boas, ¿no es verdad?

—¿Quién te ha contado semejante fábula?

—Hugues, vuestro criado, me ha dicho que lo habia leído. ¡Yo le compendré en cuanto estemos á bordo!

—Te lo prohibo.

—¿Pero por qué me encaja tantos embustes? á propósito, ¿creeis que sea tan bruto como se dice?

—No, es mucho mas.

—Bueno es saberlo.

Embebidos en nuestra conversacion, llegamos por fin á la llanura larga y estrecha donde se habian detenido los búfalos que aun seguian pastando. Dimos una gran vuelta para no encontrarnos con ellos, y siguiendo las instrucciones del gobernador, seguimos caminando por el bosque siempre costearlo al mar. Pero no habríamos andado cincuenta pasos, cuando una multitud de malayos armados con arcos, dardos y puñales se presentaron á nosotros y nos mandaron imperiosamente deshacer lo andado.

—Contra hombres no hay inconveniente, me dijo Petit. Si quereis me arrojaré al punto sobre ellos.

—Guárdate de tal cosa: son muchos, déjame, les diré que tengo un permiso del gobernador.

—¡Muy hábil sereis, si les haceis comprender una sílaba! Esta mañana me encontré dos en el puerto y los marrantes no comprendieron las palabras rom y aguardiente, ¡como si hubiese alguien que no las supiese! Apuesto á que esos topes no son de ningún pais.

—Cállate y déjame obrar.

— No dejareis de conseguir mucho.

Me acerqué á un malayo, le mostré el caballo del gobernador que era natural que conociese, y pronuncié en alta voz el nombre de Mr. Pinto y la palabra *rajáh*. Pero no pude obtener mas respuesta que esta :

— Pamali.

— ¡Qué fastidiosos están con su *pamali*! No tienen otra cosa que echarle á uno en las barbas. Cuando dicen ; *pamali*! se quedan tan satisfechos como si hubiesen cargado las velas del trinquete.

Por mi parte grité, juré, dije mil pestes, pero nada pude conseguir de los soldados que me impedían el paso con el puñal en la mano y la flecha en la cuerda del arco.

Petit no pudo ya ocultar su alegría y mascaba su tabaco con doble fuerza.

— ¿Por qué os incomodais?

— Me desahogo así.

— Si, pero no os comprenden : cuantos insultos les dirijís son inútiles, pueses como si les hablárais en latin. Ahora mismo, cuando habeis llamado á ese galafate *buitre*, me ha parecido que ha creído le llamábais *buen mozo ó hermoso*, pues empezó á reir hasta mas no poder.

— ¡ Buen viaje hemos hecho ! ¡ Quedarse sin ver un solo boa !

— Vamos á bordo : allí los hay mas largos que cuantos se pueden pasear por este bosque.

— ¿Pues hay boas á bordo?

— ¡ Los cables !... Y á propósito de cables, el mas grueso no tiene mas que un cabo.

— ¿Pues cómo?

— El otro era muy malo, y se le hemos cortado ayer por la mañana.

Estas simplezas, como todas las de Petit, me divertían mucho. Nunca me fue posible convencerle de que habia dicho una necedad, y aun continuábamos nuestra disension lógica y gramatical cuando llamáron á Diely. Recomendé mi excelente compañero á un criado del palacio y fui á ver á su amo.

— ¡ Hola ! me dijo no bien me vió á lo lejos, ¿ se ha visto algun boa ? ¿ A que habeis visto por lo menos dos ?

— A quien he visto es á vuestros malditos timorianos, que me han amenazado con sus flechas.

— Debíais haberles dicho que teníais permiso.

— ¿ Y cómo se lo habia de hacer comprender ?

— ¿ De modo que os ha disgustado el resultado de vuestra expedición ?

— Sin duda.

— Pues yo por el contrario estoy satisfecho, pues por orden mia os ha pasado todo eso. Estaba persuadido de que no teníais nada que temer del boa, porque ya se habria tragado la mitad de su presa ; pero no podia asegurar que no le acompañase algun individuo de su familia, pues generalmente viajan en pareja, y hasta suelen dormir enroscados unos sobre otros : ahora os será fácil comprender por qué mis soldados os impidieron adelantar un paso mas en el bosque. ¿ Por otra parte qué podíais haber aprendido en esta temeraria expedición ? Lo que ya os he dicho, y todo ha sido verdad. En este pais suelen pagarse caras las imprudencias : no queráis aprenderlo por vos mismo.

No bien hubo concluido Mr. Pinto sus amistosos consejos, que aplaudió Petit con toda la fuerza de sus gigantescas manos, llegaron ante el gobernador media docena de timorianos, llenos de fatiga, sudando, hablando todos á la vez, y haciendo gestos espantosos. Mr. Pinto mandó llamar á su intérprete, se sentó, y pareció oír con dolor la relacion que se le hacia. Despues con severa voz dió órdenes á los malayos, que se inclinaron con respeto y se alejaron con marcial paso.

— ¡ Qué pueblos ! ¡ Qué hombres ! me dijo el noble portugués no bien nos hallamos solos : voy creyendo que al fin no podré civilizarlos. Dos *rajáhs* estaban enemistados por el robo de un búfalo ; á la enemistad siguieron las amenazas y á estas las hostilidades. Interpuse mi autoridad para avenirlos : hice restituir el búfalo robado, mandé que se confiscaran otros tres en beneficio del ofendido. ¡ Pues bien ! ¿ Cuál direis que ha sido la conducta de estos miserables ? Ninguno de ellos ha querido someterse á mi justicia : han cesado sus combates generales cuyo ruido hubiera llegado hasta mí, pero han convenido en desafíos particulares en los cuales tiene que quedar muerto precisamente uno de ellos. El lugar donde tenían lugar estas crueles esenas es un barranco : ¡ todos los dias se encuentran allí dos soldados enemigos, y solo uno vuelve á su casa ! Ya hace cerca de un mes que tienen lugar estos sangrientos duelos y hasta ahora no he recibido la noticia. Pero os juro que haré un ejemplar. Por lo demas, prosiguió, os hago esta dolorosa confianza, y os suplico que por ahora la guardéis vos solo ; no quiero turbar las horas de placer que esperamos pasar en vuestra compañía. Sin embargo la tertulia del gobernador no estuvo tan animada como otras veces, y me pareció que los oficiales portugueses sabian ya la triste noticia que habia oscurecido el semblante de Mr. Pinto.

Sin embargo, como no debian sucederme en Diely mas que aventuras á medias, lo que aborrezco tanto como la calma ó la inaccion, salí por la mañana temprano y me dirigí á una especie de calabozo oscuro, del que salian lúgubres gemidos. Hallábanse á la puerta dos malayos armados con puñales ; pero no bien me acerqué se levantaron y me dieron á entender que á pesar de que tenían orden de alejar los curiosos, no se estendia á mí la consigna que se les habia dado. Usé por lo tanto del permiso, y, despues de haber andado algo entre espesas tinieblas, encontré á dos desgraciados, sujetos al muro con un enorme collar de hierro, y atado al pie derecho un peso de unas cincuenta libras : eran los dos *rajáhs*. El mas jóven arrojaba furiosas imprecaciones, acompañadas de gestos frenéticos y amenazadores : tendria veinte y cinco años ; sus brazos eran nerviosos, su estatura imponente sus ojos chispeaban de cólera, y hacia inútilmente los mayores esfuerzos para romper las cadenas que le sujetaban. El otro, de unos cincuenta años, tambien encadenado, parecia una estatua ; sentado en el húmedo suelo, completamente desnudo como su compañero de desgracia, estaba taciturno y sombrío, pero no abatido. Cuando entré apenas movió la cabeza para mirarme, volviéndola al punto como para evitar miradas importunas. El mas jóven, por el contrario, viendo que no me seguia nadie, se inclinó á mí y me dirigió la palabra en voz baja, sin duda para participarme algun secreto. Yo por mi parte le di á entender que sentia su desgracia, que quisiera aliviarle, pero que no podia prestarle servicio alguno pues no entendia siquiera su lengua. Comenzó entonces á gritar con mas fuerza todavia, y con sus uñas largas y cortantes se desgarraba las carnes ; golpeaba la pared con su puño cerrado, mientras que su anciano vecino encojia las espaldas y se sonreia de disgusto y compasion.

Mi visita fue corta. Cuando salí se levantaron de nuevo los centinelas y á gran distancia oia aun los gritos del jóven *rajáh* encadenado. Pocas horas despues me fue imposible no hablar al gobernador del triste descubrimiento que habia hecho. Le pregunté la causa de la severidad con que trataba á estos dos príncipes del pais, y me contestó con aire de admiracion :

— ¡ Ah ! ¿ Los habeis visto á esos dos miserables ?

— ¿ Pero cuál es su crimen ?

— Mas de uno tendrian si tuviesen conciencia.

— ¿Han robado, devastado, asesinado?...
— Son dos malvados que merecen el castigo que sufren.

— ¿Y qué vais á hacer con ellos?

— No lo sé.

— ¿Los juzgará un tribunal?

— ¡No faltaba mas! Reunir un tribunal para esos infames sería hacerles mucho honor.

Al día siguiente curioso é inquieto pasé cerca de la prisiou donde había visto á los dos rajáhs prisioneros y ya no había centinelas en la puerta, los collares no sujetaban ya á ninguno; reinaba un silencio como el de la tumba.

Cuando se sale de Diely caminando á lo largo de la costa llena de angras y barrancos nacidos de violentas conmociones terrestres se llega despues de tres horas de penoso camino por lós muchos guijarros de que está sembrado, al pie de un monte negro y gigantesco en cuyos flancos hierve incesantemente una lava amenazadora. Probé á ir por varios caminos para llegar al cráter, pero siempre tuve que detenerme á los cuatro quintos de la altura por inmensas capas de cenizas finas en las que me hundia á veces hasta las rodillas haciéndome sentir un calor insoportable. ¿Son acaso los hornos interiores que suben á la superficie de tierra, ó es el fuego de un sol tropical, que cae sobre estas cenizas, haciéndolas conservar una temperatura tan elevada? Decidan los geólogos la cuestión, y vayan á estudiar este magnífico volcan, mucho mas curioso que el Vesubio y el Etna.

Al pie de esta masa imponente de lavas sin vegetacion, surgen vivos y abundantes una docena de manantiales sulfurosos muy apreciados en el país, que se reúnen á unos cien pasos en un mismo canal abierto por la mano del hombre. En las orillas vi algunos leprosos, viejos medio corroidos, que introducian sus piernas en la corriente. Posteriormente se me aseguró en Diely, que en cierta época del año, y en particular despues de las violentas sacudidas producidas por terremotos, se veian cerca de estos arroyos que cambian de curso segun los caprichos del volcan, poblaciones enteras que iban á buscar en estas benéficas aguas, algun alivio á las crueles enfermedades hereditarias de que se ven combatidos tantos naturales. Ni uno de aquellos infelices pacientes que esperaban envueltos en sus cahen-slimuts el término de una vida que se les iba concluyendo por momentos, volvió la cabeza para verme pasar; lo cual atribuyo mas bien al dolor que experimentaban que al desprecio que pudieran hacer de mí. Si, como pretenden los habitantes, la eficacia de estas aguas es incontestable; si realmente son para ellos un remedio universal contra la gota, la disenteria, las enfermedades cutáneas, los insomnios, y en fin, contra todos los males que les atormentan, ¿por qué, pues, en mis escursiones exploradoras, encuentro á cada paso desgraciados cubiertos de lepra ó sarna? Si algunos se curan efectivamente ¿es el remedio ó la fé lo que les salva?

A mi regreso de este paseo que había agotado mis fuerzas, me detuve para beber leche de coco en una casa aislada, en la cual solo vi á dos jovencitas de presencia viva y ojo temerario, que no parecieron asombrarse de mi inesperada visita. Las di á entender que queria beber, ó mas bien pronuncié la palabra *Klapas* (coco) enseñándolas un espejito para cambiar por lo que pedía. Una de ellas me hizo seña para que esperase, porque iba á ser complacido. En seguida se despojó del traje que la estorbaba, y subió á un coco que había allí cerca, con la lijereza de un gato ó de una ardilla.

Despues de haber descansado un rato, me despedí de mis dos malayas, que quedaron sorprendidas de que no las pidiera otras pruebas que me demostrasen

TOMO II.

su deseo de obsequiarme. Remuneré la atencion de estas hermosas jóvenes que no mascaban tabaco ni betel y que tenían una dentadura deslumbradora, con un nuevo regalo que les dió una idea elevada de mi opulencia y generosidad. Apenas llegó el valor de todo á dos reales.

Ahora que os he hecho pasear conmigo por esta ciudad salvaje por su aspecto y costumbres; ahora que os he hablado detalladamente de estos pueblos crueles que fertilizan á Timor con sangre ¿qué os diré de las reuniones tan divertidas que han tenido lugar en casa del gobernador durante nuestra corta permanencia? La Europa en medio de bosques virgenes, de alegres banquetes, mesas servidas con lujo y profusion, vinos esquisitos, hermosas porcelanas, ricos jarrones, caza de toda especie, costumbres francesas en fin, al lado de las feroces de los habitantes de Timor, tienen un encanto, seguramente, que no puede ser comprendido sino por aquellos que se hayan hallado en posiciones análogas. Cree uno hallarse en un salon de París soñando en la India; ó mas bien la felicidad es completa, cuando vuelve uno á hallar una patria de la que está separado por el diámetro de la tierra.

En nuestra reunion de despedida en casa del gobernador, tan noble, tan generoso y benévolo, me hallaba sentado al lado de la señora de uno de los primeros oficiales de Mr. Pinto y la pregunté si deseaba volver á su país.

— ¡Oh! no, soy feliz aquí, me contestó.

— ¿Y no temeis las enfermedades contagiosas de este clima?

— Estoy ya connaturalizada.

— Pero con este sol tan ardiente, apenas se atreve uno á dar un paseo.

— ¡Oh! de día nunca salgo.

— Comprando que el aire puro y fresco de la mañana debe agradaros mas.

— No señor, por la mañana estoy en mis habitaciones.

— ¿Entonces, las noches serán las reservadas para los paseos?

— Las pasamos en nuestras casas, echadas en hamacas ó en esterillas.

— ¿Os reuniréis, segun veo, y hareis que pasen dulcemente las horas conversando ó leyendo?

— No tenemos libro alguno, y á veces nos pasamos un mes ó dos sin vernos.

— Sin embargo, hace poco me dijisteis que os divertiais mucho aquí.

— Sí, mucho.

Bajo la influencia de semejantes costumbres, y un gusto tan decidido por una vida de marmota ó de *hol-gazanería* es muy natural que se acepte cualquiera país con resignacion y aun con placer. Hay personas que aseguran que dormir es vivir; buen provecho les haga.

Era imposible que los funestos efectos de los climas mortíferos bajo cuya influencia nos hallábamos, dejasen de hacerse sentir en una tripulacion siempre activa y diligente, pero cuyas fuerzas físicas se agotaban por un sol abrasador. La mas cruel y dolorosa de las enfermedades agobiaba á nuestros marineros; el devorador escorbuto siguió á la disenteria, y la muerte estuvo á nuestro lado sin que por eso nos desanimáramos.

¡Triste y desgarrador es por cierto, ver una batería silenciosa en que están suspendidos en hamacas, al capricho de los balances y cabezadas, unos esqueletos que los cuidados mas constantes y atenciones no interrumpidas, son insuficientes para aliviarlos del dolor que los devora! Nuestro primer cirujano, Mr. Quoi, á pesar de atender y prestar á los enfermos el auxilio de su ciencia, como tambien los consuelos de su palabra, llena de afecto y humanidad,

nada puede conseguir, y ve desaparecer los hombres sin que esté en su mano detener los progresos del mal. Gaimard y Gaudichaud le secundan con ese celo incansable que han mostrado durante el curso de este largo viaje; pero ambos sucumben á la fatiga, y pronto tienen que arreglarse los catres para ellos. Era un luto general que despedazaba el alma y que hacia creer imposible nuestro regreso.

No estará de mas, quizá, decir con este motivo, que los hombres mas robustos de la tripulacion, esos hombres de hierro experimentados por los reveses de una vida de fatigas y privaciones, eran los que con menos vigor resistian á los ataques del escorbuto y la disenteria. Por el contrario, me ha parecido que las personas sóbrias y delicadas, lograban con mas facilidad preservarse de ellos. Por mi parte, puedo decir que no habiendo bebido jamas una gota de aguar-diente, y no habiendo fumado en mi vida un solo cigarro, he estado siempre al abrigo de los golpes de esos terribles azotes tan funestos para los navegantes; y sin embargo, he formado parte de todas las lejanas escursiones que exigia el interes del viaje; he solicitado exploraciones particulares, durante los largos descansos de la corbeta; siempre á pie, algunas veces solo, muchas en medio de los salvajes ó con los *tamors* (reyes) de las Carolinas; he visitado muchas islas, entre otras Tinian, de que hablaré mas adelante, tan célebre por la permanencia que hizo en ella el almirante Anson, Rotta, Aguigan, y de donde he sacado documentos que, segun creo, no carecen de interes para la ciencia.

Abandonamos por fin á Timor y Diely, con todas esas emociones opuestas que experimenta el alma despues de un sueño en el que se hallan mezclados cuadros sombríos y risueñas imágenes. La isla ofrece en pequeño, el aspecto del mundo que habitamos: guerras crueles entre las diversas poblaciones que la habitan, príncipes usurpadores, pueblos usurpados, al débil sacrificado por el fuerte, hermanos que se asesinan, tormentas terrestres mezcladas con las de las pasiones; y en medio de todo, ánimos nobles y valerosos, sacrificios sublimes, una riqueza en el terreno inagotable, gobernadores rivales á dos pasos de distancia, separados por un barranco, amenazándose, observándose sin descanso, y dispuestos á batirse al primer insulto y destruir la colonia. Depende únicamente del explorador creer que se halla en Europa, en el seno de los pueblos mas civilizados del globo.

El cañonazo de leva se oyó por fin. Apretamos cordial y afectuosamente la mano á Mr. Pinto y á sus oficiales y emprendimos con tristeza el camino del puerto.

Por mas que se diga lo contrario, el corazon desempeña un gran papel en la vida aventurera del viajero.

XXII.

LAS MOLUGAS.

Ataque nocturno. — El rey de Güebé

El vandalismo de la ciencia ha sido mil veces mas funesto para los monumentos antiguos, que la mano destructora de los siglos y la espada de los conquistadores. Estos, rápidos como el fuego, mutilan, destruyen, dispersan; pero los restos informes quedan al menos sobre el suelo, y dicen á los peregrinos y á los sábios, que aquí se elevó Tebas con sus cien puertas; allí Cartago, que hizo temblar á Roma; allá Sparta y Menfis, de las cuales nos dicen tantas maravillas las tradiciones y la historia. A la vista de las piedras amontonadas que pisa el viajero en sus lejanas exploraciones, es fácil figurarse una ciudad naciente parecida en un todo á la que ya no existe; y se comprende perfectamente lo que deseamos en es-

tas investigaciones numismáticas. La historia de los monumentos es la de los estados.

Pero la ciencia es ambiciosa; registra los sepulcros, escudriña las entrañas de la tierra; sondea las pirámides, no respeta, en fin, la menor ruina. Las mudas piedras, las inscripciones, los cadáveres, las raíces de los arbustos, todo lo toma, todo se lo apropia; y cuando cree enriquecer su pais con sus espoliaciones y sacrilegios, no hace mas; insensato! que arruinar completamente los lugares que acaba de visitar.

Me entregaba á estos rápidos pensamientos, reflexionando en la conducta que habíamos observado desde nuestra llegada á Rawack, en cuyo punto tambien fueron hollados algunos sepulcros por nuestras manos, quedando privados de los tesoros que la piedad ó el reconocimiento les habia confiado. Pero no nos anticipemos á los acontecimientos.

Navegábamos por medio de un grupo de islas admirables por su vegetacion. Su historia es bastante curiosa por la parte dramática que hay en ella.

Vencido el cabo de las Tormentas y descubiertas las Indias Orientales lo mismo que una gran parte de los archipiélagos del Océano Pacifico, visitada por todos los buques esplotadores, llegó tambien su vez á las Molucas. La Europa entera se desbordó sobre las riquezas inmensas que se suponian sepultadas en los montes salvajes que batian las olas con su furia impotente: los anchurosos bosques en los que se ocultaban los feroces malayos se escudriñaron tambien. Allí cada árbol tenia su valor; cada arbusto era un tesoro: la canela, el añil, la nuez moscada se hallaban en aquel terreno; este era apreciado, no por toses sino por pies, y cada surco era origen de una querrela ó de un combate.

Cuando conocieron los malayos que no era á ellos á quien la Europa declaraba la guerra, salieron de sus profundas guaridas y se unieron á las tripulaciones. Pero su ferocidad no pudo vencerse á pesar de las nuevas maravillas que debian sorprenderles.

La sangre de los portugueses y holandeses fue derramada por asesinos. Todas las noches habia muertes violentas, y entonces se conoció la necesidad de una primera defensa. Se construyeron fuertes; el cañon desempeñó el principal papel en estas conquistas, pero la metralla obtuvo algunas treguas.

Las enfermedades del clima se hicieron sentir tambien en los buques anclados; cada tripulacion fue diezmada; los cadáveres flotaban sobre las olas, y la disenteria y el escorbuto ayudaron al puñal de los malayos. Fueron tan horriblos los desastres, que se vieron muchos buques arrojados á las costas por falta de brazos para las maniobras, y en este estado se deliberó en Europa si se habian de continuar unas exploraciones compradas por tantos sacrificios.

La primera medida que desde luego debió dictar la razon, fue precisamente la última que se adoptó.

Los portugueses y holandeses se repartieron las tierras. «Esto para vos; para mí esto, y seamos amigos para destruir.»

Amboina se presentó á nuestra vista, dibujándose por encima de ella un bosque de mástiles.

Los portugueses por su parte, coronaron las alturas de bastiones y ciudades; un pacto sacrilego se hizo y firmó por los vencedores. Habia demasiadas riquezas en las Molucas, y era preciso destruirlas. Las llamas devoraron buques enteros, y las poblaciones espantadas que no comprendian la causa de estos horribles incendios, contestaron á ellos con gritos de rabia y desesperacion. La fuerza, sin embargo, los sometió sin domarlos, y al peso de su desgracia se hicieron esclavos y asesinos. Desde los primeros dias de la conquista, se ha conservado la costumbre inmoral de empobrecer la tierra; todos los años se nombran inspectores para ir á destruir una parte de los

plantíos, y es preciso confesar que desempeñan su siniestra comision con un celo y actividad que supera á todo elogio. ¡Ah! la historia de los descubrimientos europeos en todas las Indias, justifica bastante la sangrienta reaccion de que son teatro.

Pasamos por delante de Amboina, impelidos por una imperceptible brisa, pero pedíamos con fervientes súplicas que se cambiara por vientos y tormentas, porque tambien nosotros esperábamos los crueles ataques de ese clima devorador. El monzon nos era contrario, las corrientes nos entorpecian, y perdíamos por la noche el poco camino que habíamos adelantado por el dia. El sol abrasaba nuestra tripulacion, las enfermedades enervaban las fuerzas de los marineros, y nos fue preciso toda nuestra constancia, todo nuestro valor para no dejarnos arrastrar por la desesperacion.

Navegamos de este modo unos quince dias en medio de un archipiélago rico y fértil. La costa estaba cubierta por todas partes de verdor, pero al mismo tiempo por todos lados reinaba la soledad y el silencio. Por fin se levantó con el sol un viento favorable de popa, y al poco tiempo nos hallamos en una especie de estrecho encantador en medio del cual se balanceaba la corbeta con magestad. Estábamos ocupados en admirar este mágico espectáculo, cuando un número considerable de piraguas destacadas de todas partes del archipiélago, dirigieron la proa hacia nuestra corbeta. Lejos de temer que se acercasen lo deseábamos; bien sabíamos lo que teníamos que esperar de los malayos si éramos vencidos; no ignorábamos que sus triunfos consisten en la muerte y tormento de sus enemigos; pero la monotonía de nuestra navegacion nos cansaba ya; queríamos episodios aunque para ello tuviéramos que arrostrar peligros.

En aquel momento observamos en el horizonte un punto negro; luego se aumentó, se alargó y tomó formas caprichosas; estendió sus brazos é invadió el espacio. De sus abiertos flancos se escaparon terribles ráfagas, seguidas de gruesas gotas de agua que caian con mucha velocidad. La corbeta fue arrastrada un momento, y las prudentes piraguas, cuando vieron que se aproximaba el chubasco, se abrigaron en sus caletas estrechas y profundas. A esta tormenta sucedió, como de costumbre, la calma, cosa de todos los días, y por la noche nos hallábamos sobre poco mas ó menos en las mismas aguas.

Ya he hablado de un marinero ingles llamado Anderson, que habia matriculado el comandante en uno de nuestros descansos anteriores. Era ágil, fuerte, robusto, sufrido y diestro. De resultados de esta preferencia merecida, que le dispensaba el estado mayor en los momentos críticos, Anderson era con frecuencia el blanco de las burlas y chanzas pesadas de los mas diestros gavieros, y Marchais particularmente, cuyo carácter irascible ya he indicado, no dejaba de dirigir al ingles algunas palabras enérgicas. La misma noche de la pequeña alarma que nos produjeron los malayos, Anderson, aunque concluyó su cuarto de guardia, permaneció sobre el puente y se colocó en la estremidad del bauprés.

— ¡Hola! ¡eh! ¡English! le gritó Marchais, ¿qué haces ahí acurrucado como un sapo?

— Mirar.

— ¿Qué miras, los marsopas tus primos?

— Miro mas que eso; pues has de saber, Marchais, que esta noche ha de haber borrasca, y tú serás el primero que me dé las gracias por haberlo avisado.

— Cualquiera diria que determina el punto, que sabe dónde estamos y que es dueño de hacer venir la brisa.

— La ráfaga no vendrá del cielo, pero sí de la tierra.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Nadie, pero lo sé.

Anderson habia sido grumete en uno de los buques ingleses en corso que se hallaba frente á Tolon durante las guerras del imperio. Desde entonces siguió navegando y en particular habia hecho frecuentes expediciones á las Molucas. La vista de este hombre era tan prodigiosa, que distinguia los palos de una embarcacion, mas allá del horizonte, mucho mejor que nosotros con nuestros anteojos. Conocia las costumbres de los malayos, cuyo idioma hablaba regularmente, y estaba asombrado al ver que no nos habian atacado, á pesar de hacer algun tiempo que estábamos en aquellas regiones. La demostracion de por la mañana, cuya ejecucion habia contrariado indudablemente el chubasco, le pareció un acto hostil que le hacia estar sobre aviso por la noche; así es que no quiso acostarse. Anderson era valiente, y sus temores no nacia sino de la esacta opinion que tenia formada del carácter malayo.

La noche estaba en calma; el sol se habia puesto dejando en el horizonte nubes que por su reflejo estaban tan encarnadas como la sangre, y la corbeta se balanceaba silenciosamente sobre su quilla. Marchais, Petit, y demas marineros seguian haciendo burla de Anderson y este se contentaba con responderles:

— Ya me lo direis dentro de un rato.

De repente el ingles, que seguia observando con atencion, se incorpora casi sobre el bauprés, su mirada investiga en las tinieblas, y esclama con voz fuerte y serena al mismo tiempo;

— ¡Piraguas á proa!

El oficial de guardia se apresura á trasladarse al sitio de donde salia la voz, mira detenidamente pero no ve ni oye nada; mas Anderson observa de nuevo, y dice con una voz mas firme.

— ¡Piraguas a proa! ¡Piraguas á babor, á estribor y á popa!

— ¿Cuántas? preguntó el valiente Lamarche.

— Un número considerable...

Marchais y Petit ya no reian, ni se chanceaban, pero se mordian los labios de despecho é impaciencia.

Gracias á los avisos del marinero ingles se dan órdenes prontas, y cada uno ocupa su puesto. Se cargan los cañones, las pistolas cuelgan de los cintos, y los sables se colocan al costado. El comandante está en todo y se prepara valerosamente al ataque; el zafarrancho de combate se ordena, y hénos ya aguardando al enemigo sin verle todavía.

Ya llega por fin, nos rodea y viene hacia nosotros lenta y silenciosamente; sus cortos remos apenas mueven las tranquilas olas; cree sin duda que nuestras portas de batería son pintadas; que semejante á la de los buques mercantes, nuestra artillería es de madera, y los codiciosos malayos se prometen un fácil triunfo. Las mechas se hallan encendidas, los sables desenvainados, todo está dispuesto.

— ¡Abrid las portañolas!

La luz de la corbeta se reflejó á lo lejos, é iluminó las canoas de los piratas, que al ver las anchas bocas de nuestros cañones, se detuvieron con prudencia al aspecto de la funcion que les preparábamos.

Reflexionaron un momento y permanecieron al pairo, pero al poco tiempo viraron de bordo y se alejaron como ladrones descubiertos.

Al dia siguiente por la mañana, Marchais y Petit se hicieron íntimos amigos de Anderson, que no obstante recibió por la tarde del primero una gratificacion de puñetazos, capaces de romper un mástil.

Las corrientes continuaban desempeñando uno de los principales papeles en esta navegacion, en medio de un grupo considerable de islas y arrecifes peligrosos, particularmente en ciertas estaciones del año. El rumbo era segun su capricho, y dos dias despues del encuentro de los malayos, evitado tan felizmente, nos hallamos situados como por encanto, entre unas rocas que la noche nos habia ocultado, y contra las

cuales estábamos espuestos á ser despedazados á cada instante. Anclamos en un fondo de tres brazas; el sol salió radiante, y se ofreció á nuestra vista un espectáculo que no sabré describir. Casi por todas partes se veían rocas tapizadas, unas de verdor, otras peladas y cortadas, saliendo de las aguas como campanarios, y apareciendo coloreadas caprichosamente por los rayos mas ó menos oblicuos del astro del día que se elevaba sobre el horizonte. La corriente se deslizaba entre ellas, tan pronto tranquila como rápida; los gritos agudos de las aves marinas, que iban á buscar un abrigo apacible, se oían á pesar del ruido de las rompientes. En mi albedrillo he llamado á esta rada, la Bahía de los Campanarios, aunque, segun creo, es conocida con el nombre de Boula-Boula.

Era preciso, sin embargo, salir de aquel laberinto; echóse al agua un bote para sondear la ruta, cuyo mando se confió á Mr. Ferrand, uno de nuestros jóvenes aspirantes, el cual desempeñó tan difícil comision, con todo el éxito que esperaba el comandante, de su celo y esperiencia.

Nos estaba reservada una compensacion que hiciera olvidar todos nuestros trabajos y fatigas. Los vientos nos arrojaron hasta dar vista á Pissang, cúspide de algunos centenares de toesas de elevacion, y á la cual consagraré algunas líneas.

¿Sabeis lo que es esta isla? una masa cerrada y compacta de verdor, impenetrable á los rayos del sol. Anchas hojas como parasoles se entrelazan á unas hojitas imperceptibles, recortadas, y de infinidad de colores; troncos nudosos disputan el espacio á otros lisos, y se elevan hasta el cielo, sepultando del mismo modo sus raíces en el fondo de las aguas; ramas delgadas y espinosas, derechas ó encorvadas se cruzan y se mezclan sin que pueda conocerse á qué tronco pertenecen; un silencio profundo reina en este conjunto de verdor y de follaje. La isla entera no es mas que un árbol gigantesco, eterno, que disputa su puerto á las olas, y desciende con ellas hasta los profundos abismos.

La corbeta estaba anclada á lo largo; la calma predominaba de nuevo, y con la esperanza de hacer algunos descubrimientos botánicos ó zoológicos, mandó el comandante armar un bote á las órdenes de Berard, para que fuese á visitar la isla de Pissang. Los señores Quoy, Gaudichau y yo acompañamos á nuestro amigo, y tuvimos que regresar á bordo sin haber podido dar tres pasos en esta isla impenetrable. Solo hallamos al pie de un rima algunos restos de mariscos, y señales de fuego recientemente apagado; sin duda habia pasado por allí el rey de Güebé, de quien voy á hacer una pintura esacta.



El rey de Güebé.

Sin duda que habreis observado esas viejas caras de zorras disecadas que colocan los manguiteros derechos en los escaparates de sus tiendas ¿no es cierto? Pues bien! el rey de Güebé cuando se halla inmóvil se parece esactamente á una zorra de las que hablo.

Era pequeño, vivo, saltarin; queria verlo y saberlo todo; apretaba la mano de uno; golpeaba la espalda de otro; trataba con aspereza al marinero; acariciaba al oficial: de un solo salto se lanzaba al cas-

tillo de proa, y volvía haciendo contorsiones al de popa; despues reía, cantaba, hablaba muy fuerte con una volubilidad capaz de aturdir á cualquiera, y parecia sorprenderse de no vernos sonreír á sus palabras de amigo y de protector.

Entró en la cámara del comandante, pidió pluma, tinta y papel, garabateando en árabe un cumplimiento para este oficial, para su señora y para la tripulacion. Nos rogó despues, ó mas bien nos mandó, que fuéramos á anclar á su isla; nos juró que seria-

mos muy bien recibidos y que no nos faltarian víveres. Mostróse disgustado por nuestra negativa, pero se consoló, sin embargo, al asegurarnos que nos acompañaria hasta Rawack.

Este monarca tan original se hacia llamar capitán Güebé; era tan delgado que parecia tísico; tenia muy abultados los juanetes de sus carrillos, la frente despejada, los ojos vivos, pequeños y sin pestañas; su nariz era puntiaguda y corta; la boca le llegaba á las orejas, y los cuatro ó cinco dientes que le quedaban, tenian un color pajizo que tiraba algo á verde; algunos pelos grises se veian en su barba hundida; sus brazos eran delgados como sus piernas; sus manos y pies huesosos é irregulares; sus espaldas angulosas y el pecho muy estrecho; en fin, haciéndole mucho favor, podía pasar por un mono bien formado.

Su cabeza calva, estaba rodeada con un turbante, que sin duda no se habia lavado en muchos años. Un ancho pantalon que le llegaba á la pantorrilla, tapaba sus muslos descarnados; una bata á grandes ramos, que sin duda habia comprado en Amboina, le daba una perfecta semejanza con los monos sábios que los saboyanos pasean en Europa por las ciudades. (Los monos me agradecerán la comparacion.)

La flotilla del rey de Güebé se componia de tres piraguas, tripuladas por un número considerable de guerreros que parecian obedecerle como esclavos; y de la primera que se nos acercó salió una humilde voz implorando como un favor especial que se permitiera entrar á bordo de nuestro buque á dos de los principales oficiales del rey de Güebé. Eramos sobrado atentos para no acoger con amabilidad una peticion



Embarcaciones de Güebé.

hecha tan sumisamente, asi es que los dos tenientes del monarca se encontraron á nuestro lado al poco tiempo. El buen marinero Petit no cabia en sí de alegría, y se conceptuaba feliz por tener á su lado hombres mas feos que él; se cantoneaba gravemente señalando con el dedo á los dos *güebeos* y poco faltó para que se creyera un Apolo, ó cuando menos un Antinoo.

Cuando llegó cerca de nosotros la piragua en que venia el rey, el monarca indio se amarró á la corbeta, subió sin pedir permiso á nadie, y prohibió imperiosamente á sus oficiales que le siguieran. Entonces tuvieron lugar los cambios entre ambas tripulaciones; dábamos pañuelos de seda, cuchillos, tijeras, navajas de afeitar y agujas, y nos entregaban arcos, escudos, flechas muy bien trabajadas, sombreros de paja de una forma original, y perlas bastante buenas que los *güebeos* tenian guardadas en unos pequeños estuches de bambú.

La corbeta seguia navegando sin embargo, y las piraguas que iban á remolque, parecian querer continuar con nosotros. El comandante no creyó prudente seguir con tales vecinos, y dió las buenas tardes al rey de Güebé, que comprendió perfectamente esta *descortesía*. Saludónos á su vez y prometió reunirse con nosotros en la tierra de los Papous adonde íbamos á fondear. Petit estaba en la escalera cuando bajó el rey de Güebé; le miró cara á cara y le dijo como si pudiera ser comprendido:

—Marsopa, eres un buen gaviero y te aprecio porque acabas de destronarme.

Creyendo el monarca que se le dirigia un cumplimiento, articuló algunas palabras ininteligibles en árabe ó en malayo sin duda, y Petit renegando de la contestacion, le replicó:

—¡Voto á tal! ¡qué feo eres!...

Después se saludaron á la musulmana; el capitán saltó á una de las embarcaciones de que voy á hablar detenidamente, y nuestro valiente marinero subió otra vez á bordo comiendo aquel día con un apetito fuera de lo que acostumbraba. Lo que habia pasado le enorgullecíó completamente.

Tiempo era ya que una brisa sostenida nos llevase á nuestro primer descanso, pues hacia mas de dos meses que nuestra pobre tripulacion agobiada, apenas podia arrastrarse sobre el puente y en la batería por los estragos que causaban la disenteria y el escorbuto. Rawack, adonde íbamos á fondear, asomaba en el horizonte con sus cúpulas de verdor dibujadas en un cielo azul, y con este motivo reinó la alegría en nuestras conversaciones de la tarde.

Las piraguas de Güebé se alejaron mucho de nosotros; eran seguramente los piratas mas descarados y temerarios de aquellos mares medio desconocidos, si se ha de juzgar por el atrevimiento é insolencia de su visita.

Nada puede compararse á la destreza con que manejan los *güebeos* sus curiosas embarcaciones que tienen cuarenta ó sesenta pies de longitud. Son estrechas; su popa y proa se elevan á una altura prodigiosa; sus estremidades concluyen en forma redondeada ó de media luna, y se destinan para recibir el pabellon; los bancos en que se sienta la tripulacion están resguardados del sol por un cobertizo de madera encima del cual ponen hojas de vacoi, coco y plátano. Dudo mucho que esos insulares empleen la vela en sus navegaciones; pero en su defecto llevan á babor y estribor de sus barcos unas curvas ijeras, fuertemente amarradas y formando escalones sobre las olas, en cuyas curvas hay un número considera-

ble de remeros que hacen contrapeso y mantienen la embarcacion en un perfecto equilibrio. Las armas y provisiones de la tripulacion se guardan en unos almacenes ó armarios cerrados, y no podré decir el inmenso número de flechas que nos ofrecieron en nuestra primera entrevista verificada en Pissang. Por último toda descripcion escrita de tan hermosas piraguas no dará sino una idea muy imperfecta de ellas; pero debo añadir, que solo despues de haberlas visto he podido concebir las galeras de doble y triple orden de remos de que hablan los antiguos.

Rawack acababa de presentar á nuestra vista sus riquezas tropicales; todos veíamos con placer una rada en la cual íbamos á descansar muy pronto de tantas fatigas. Los enfermos en sus hamacas aspiraban dulcemente un aire terrestre por el que tanto habian suspirado; pero la noche nos sorprendió en medio de nuestra alegría, y tuvimos que estar bordeando delante de la isla hasta la mañana siguiente. El discípulo Guerin fue el encargado de ir á sondear la rada, y la mision quedó cumplida con la inteligencia que distinguia al jóven oficial, cuyo valor, desde esta época, ha tenido lugar de ponerse á prueba en muchas ocasiones.

XXIII.

RAWACK.

Los salvajes.—Culebras.—Lagartos.—Otra vez Petit.—Escaramuza.

EL paisaje que se presentaba á nuestra vista era encantador. Colocados en medio de la estensa rada, como en el centro de un magnífico panorama, podíamos con una simple ojeada admirar toda su armonía. A la derecha se eleva un cabo sobre el que se ostentan de la manera mas variada todas las riquezas botánicas de las zonastórridas; este cabo, disminuyendo por una pendiente insensible y una curva regular, descansa á una legua de allí sobre la playa. Las casas están muy agrupadas y construidas sobre estacas; hojas de palmera y plátano sirven de cubierta á estas habitaciones que se elevan del terreno arenoso unos siete ú ocho pies, y en los alrededores se ven esparcidos algunos sepulcros protegidos por ídolos repugnantes, cráneos blancos ya, y piadosas ofrendas de amigos y parientes. Un vacío vaporoso á través de las guías lanzadas de un admirable ramo de cocos, deja ver á lo lejos una ancha cinta verde, canal tranquilo que separa dos tierras vecinas. A la izquierda, vuelve á tomar el terreno su curvatura y se eleva poco á poco, como para rivalizar en gracia y elegancia con el paisaje del lado opuesto. En la base de esta pequeña elevacion se rompen las olas con violencia y reflejan á lo lejos una infinidad de arcos iris. Por último, en lontananza y sobre un fondo azul oscuro, se agrupan las altas y solitarias montañas de Waigion, que dominan la tierra silenciosa de los Papous; y para reanimar el cuadro, sombras, ó mas bien negros fantasmas agitados por el miedo y la curiosidad, andan saltando en el extremo de la rada como pudiera hacerlo una reunion de monos. Y en fin, olas juguetonas corren unas en pos de otras y completan el paisaje reflejando un cielo azul y un sol benéfico al par que abrasador.

En la marea baja, podia muy bien un buque de mediano porte tocar en una roca ó en un banco de arena; pero Mr. Guerin no era hombre de cumplir la comision que se le habia encargado, sin señalar la posicion de este peligroso arrecife.

Aldia siguiente de nuestra llegada, quedó Rawack desierto; nuestra presencia habia ahuyentado á los naturales. Una consecuencia podria deducirse de ese temor general é instantáneo que experimentan todos los salvajes al aspecto de un buque europeo, y es,

que la civilizacion no se ha abierto paso á través de los bosques, desiertos y océanos, sino con ayuda de la metralla. Cuando desembarcamos, aun estaban impresas en la orilla las huellas de los salvajes; vasijas medio llenas de agua ó de alimentos frescos, se hallaban en las casas abandonadas, y las ofrendas hechas á los muertos parecian ser el último adios de los naturales á su isla natal.

Nuestras tiendas trasladadas á tierra, resguardaban del sol nuestros instrumentos astronómicos; las embarcaciones buscaban fondeaderos seguros y cómodos; los cazadores recorrían los bosques; los botánicos registraban por todas partes, y los pobres enfermos apoyados en los brazos de sus amigos trataban de recuperar una vida cuyo fin veian ya casi próximo.

Los indígenas aun no se dejaban ver; sus ágiles piraguas se deslizaban durante la noche por el canal que separa á Rawack de Waigion y como no diéramos á entender que éramos sabedores de esas misteriosas y nocturnas rondas, pasaban tranquilos los dias, sin incidentes, monótonos y sofocantes. Poco á poco las piraguas se fueron acercando mas; aquellos de los que las tripulaban que sin duda eran mas atrevidos, bajaron á la playa, y todos recelosos primero, y audaces despues hasta la impertinencia, se establecieron cerca de nosotros, se sentaron familiarmente á nuestro lado, probaron nuestras comidas, quisieron conocer la comodidad de algunos de nuestros trajes, y concluyeron por cometer unos cuantos robos que tuvimos la prudencia de no castigar, temiendo que por culpa nuestra no pudiésemos estudiar sus costumbres, su lenguaje y carácter, lo cual hubiera sido una gran pérdida para nuestra curiosidad.

Cansados por último de sus expediciones nocturnas de las que no sacaban provecho alguno, y tranquilizados al mismo tiempo por nuestra actitud pacífica, los insulares escapados de Boni y de Waigion, se decidieron á desembarcar en medio del día enfrente de nosotros, sin armas, con una especie de resolucion que mas bien podia llamarse fanfarronada que verdadero valor; y no fue nuestra la culpa si no quedamos para con ellos como verdaderos amigos. Debo dar aquí un útil consejo á los exploradores que la casualidad ó los deberes de su mision lleven á esas poblaciones mas feroces del globo; y es, que á no verse precisados por circunstancias gravísimas, en ninguna ocasion deben mostrarse agresores. El medio mas seguro de dulcificar el carácter cruel de dichos indígenas es inspirarles una confianza completa. Si os mostrais fuertes, os prueban asesinandoos, que no sois sino muy débiles. Semejantes hombres solo tienen razones en las puntas de sus azagayas ó desus flechas envenenadas. Los restos sangrientos del intrépido Cook, no se hubieran confiado en la rada de Karakakooa á un ataud de plomo, si el desconfiado capitán hubiera creído lealmente en la palabra del rey de Owhyé, que le prometió reparacion del robo de que se quejaba el ilustre viajero ingles. ¡Cuántas catástrofes se hubieran evitado, si en vez de asestar desde luego la artillería sobre las playas, hubieran tratado los viajeros de darse á conocer á los indígenas solamente por medio de beneficios!

Los salvajes son ciertamente como los niños, que quieren se les divierta y se les regale, pero que se sublevaron contra las amenazas. Si volviera la luz á mis ojos y emprendiese un nuevo viaje alrededor del mundo, llevaria conmigo volatineros, jugadores de manos y juglares, persuadido que con semejante séquito me seria mas fácil introducirme en esos pueblos primitivos, estudiar sus costumbres, visitar el interior de sus desiertos y de sus bosques, que valiéndome de fusiles y balas, cuyo poder les somete muchas veces, pero jamas les desarma.

Por mi parte, puedo asegurar que nunca he corrido verdaderos peligros, sino cuando he querido com-

batir á los salvajes con nuestras armas europeas; y que jamas he viajado con mas seguridad, que cuando al desembarcar he confiado á los naturales que habian acudido á la playa por curiosidad ó por instinto de rapina, mis cajas, pistolas, objetos de cambio y hasta mi fusil. Mas adelante referiré lo que me acaeció en Wahoo, una de las mas ricas y hermosas islas del archipiélago de Sandwich.

Insisto pues en decir, que si los europeos tienen que deplorar tantas catástrofes en sus escursiones lejanas, es preciso acusar á su carácter pendenciero, y á las injuriosas precauciones que toman sin cesar para preservarse contra todo ataque de los pueblos en cuyo seno se encuentran. La desconfianza es un ultraje; y todo pueblo civilizado ó salvaje, generoso ó embrutecido, quiere hacer creer que tiene al menos el sentimiento de su dignidad.

El comercio es el principal vínculo de los pueblos. El interes material se coloca siempre en primera linea; en seguida viene la moral que protege y consolida. Entre los salvajes particularmente, se destaca esta doble máxima en toda su verdad, y el viajero no hará mal utilizándola en provecho suyo.

La opulencia es en todas partes un excelente pasaporte, y en esos archipiélagos indios es uno rico con tan poca cosa, que la generosidad no cuesta sacrificio alguno, aun cuando sea uno víctima de su confianza. No tardamos en conocer que en Rawack nos aruinaríamos completamente por las exigencias de los naturales, á quienes sin embargo, no queríamos alejar; de modo que en todo caso, preferíamos perder algunas bagatelas á dejar concebir una opinion desfavorable de nuestra grandeza; así es que continuamos nuestras prodigalidades, pensando satisfacernos mas tarde con lo que hallásemos en los sepulcros que habia en la playa.

Nuestro ejemplo se hizo contagioso; los naturales se picaron tambien y todas las mañanas llegaban muchas piraguas alrededor de la corbeta, y nos llevaban varios mariscos, insectos muy bonitos, preciosas mariposas y en particular enormes lagartos vivos, atados por el lomo á un grueso palo. Estos monstruosos lagartos son muy numerosos, segun parece, en Boni y en Waigion, en cuyos puntos, sin embargo, se les hace una guerra á muerte. Los indígenas para cogerlos, emplean un medio bastante peligroso, aunque su mordedura no sea muy venenosa. A Berard, uno de nuestros guardias marinos, le mordió un reptil de estos, y experimentó, á pesar de que se le cauterizó pronto, una calentura que le duró cerca de ocho dias. El medio que emplean los salvajes es el siguiente: se ponen de rodillas muy despacio sobre la tierra blanda en que el lagarto ha establecido su morada; llevan en la mano una plancha cortante en forma de palca y tienen sujetos á la entrada del agujero una porcion de insectos cuyo zumbido hace que salga el reptil. Apenas ha sacado este la cabeza al aire, cuando el cazador introduce con lijercza su paleta en la tierra blanda y moveiliza, y rara es la vez que el lagarto no queda detenido por medio del cuerpo. Sin embargo, si esto acontece, se obstruye al instante la primer guarida del reptil, y los insulares apostados cerca de allí castigan al torpe cazador con una multa que consiste en pescados ó en cocos.

La presencia de tan monstruosos lagartos en todo este archipiélago, da motivo para creer que tambien habrán establecido su vivienda en él grandes culebras; pero, aunque efectivamente son muy comunes, no hemos visto una siquiera que pasase de cuatro ó cinco pies de longitud. Lo mismo aquí que en todos los paises del globo, temen mucho el ruido y huyen la presencia del hombre. Debo prevenir sin embargo á los capitanes, que en las orillas de la aguada situada á unos veinte pasos de lo interior de la rada de Rawack se halla con frecuencia un número considerable

de estos reptiles. Parece que esperan, enroscados en forma de espiral entre una porcion de arbustos, una agresion que les obligue á defenderse. La mejor arma contra tales enemigos es una baqueta de fusil, con la cual se les pega en medio del cuerpo, y si se consigue romper uno de sus anillos, quedan paralizados todos sus movimientos. Con todo, para esta caza se requiere mucho tino y sangre fria.

Rawack es una isla cuyas dos estremidades son anchas, altas y escabrosas; el centro es estrecho, y está unido; en su menor anchura apenas tiene media legua, y se la atraviesa siguiendo un hermoso sendero en el que siempre proyectan sombra los mas hermosos y variados árboles. Este era mi paseo favorito todas las mañanas cuando al salir el sol despertaban multitud de pájaros que inundaban, por decirlo así, las espesas copas de los árboles. Un dia que madrugué mas de lo acostumbrado y que tomé mis útiles para ir á dibujar los costados magestuosos de Waigion, vi venir hácia mí á Petit, con la cara arañada, jurando y pateando como si hubiese recibido algun ultraje impunemente.

—¿De dónde vienes?

—¡Oh! ¡los malditos!

—¿Qué te han hecho!

—¡Oh! ¡los focas!

—Veamos, ¿qué te ha sucedido?

—¡Y esos sucios esturiones se creen hombres como vos y yo!

—¿Hablará, pesado?

—Si encuentro en algun tiempo á cinco ó seis que estén separados de los demas, caigo encima de ellos como la lluvia sobre los marineros.

—Explicame, pues, la causa de esa cólera.

—No es difícil ¡ira de Dios! y vais á juzgar, vos, señor, que sois tan justo, si he hecho bien ó mal en pegar.

—¿Has pegado á alguno?

—A alguno no; á muchos sí.

—Vamos, aun tienes gana de necedades.

—Pero no, Marchais en mi lugar los hubiera machacado; ¡por vida de!... ¡si tuviera su fuerza!

—¡Buenas cosas harías entonces! Pero basta de quejas y exclamaciones y dime qué te ha sucedido.

—Primero, un vasito.

—Toma.

—Ahora, otro.

—Toma.

—No sois un rawackano, ni un waigionano, por consiguiente sabéis cómo se guisa el pescado; ¡pero esos tiburones! vamos, da lástima. Decid, pues, si he tenido razon para aplastar á esos entes como pudiera hacerlo con un sapo. Ya sabéis que no he dormido á bordo, y que he velado cerca de la tienda en donde están ocupados tan tontamente en contar los movimientos de la péndola.

—Del péndulo.

—Decid del péndulo si quereis; yo siempre diré de la péndola porque creo saber hablar frances.

—¡Ah! sí; lo que es tú hablas muy bien el frances.

—Mejor que aquellos que están sentados sobre hojas de plátano lo mismo que monos.

—¡Ah! ¿están allí los papous?

—Si señor; pero no vayais; eso causa horror, dá asco; mejor quisiera hallarme en una reunion de niñas bonitas. Seré breve, voy á contaros todo. Estaba descansando esta mañana en aquel sitio, pensando en mis pobres padres, que estarán en este instante cabeza abajo, y en cuyo país será de noche cuando aquí sea de dia; buscaba algunos mariscos para regalármelos, en cambio de un vaso de aguardiente que aun me dareis, cuando vi salir de Waigion media docena de piraguas. Eso me place, me dije á mí mismo, les pediré grátis algunas bagatelas, se las daré á Mr. Arago y obtendré media botella de rom ¿quién

sabe? quizá una entera, eso depende de la disposicion en que se halle.

—¿Y despues?

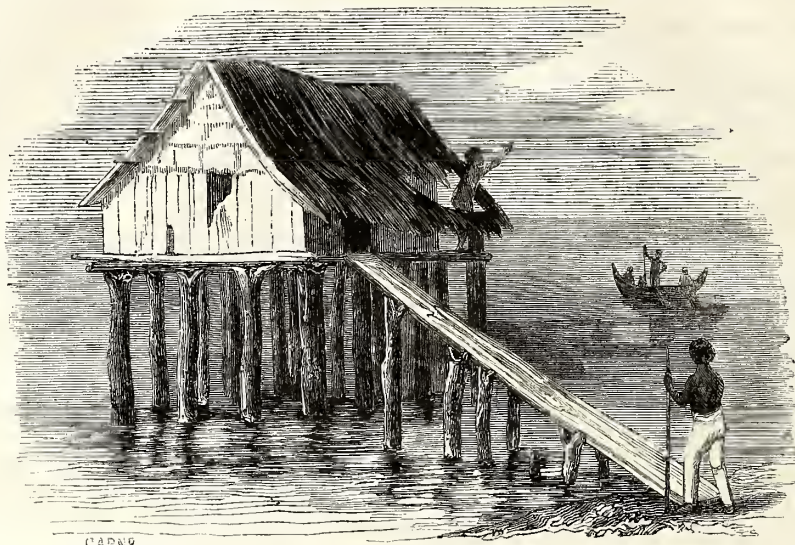
—Despues de una botella, otra.

—Concluye tu relacion.

—Llegaron por fin y nos saludamos como buenos gavieros, resollando fuerte ellos, y yo con la mano en el sombrero. Me dijeron «Sala, sala;» y les respondí: buenos días ciudadanos; en esto que empiezan á reirse como imbéciles. Quizá no sepan siquiera lo que es un ciudadano.

—Todo puede ser.

—Son tan..... *Hugues*; ya sabeis de quién hablo, de vuestro criado. Seré breve, descuidad; sentáronse en el suelo, prepararon su almuerzo, sin vino por supuesto, sobre unas estaquillas verdes clavadas en tierra y colocadas como si quisieran construir una casa en *miniatura*; pusieron otros pedacillos de madera verde tambien, apretados unos contra otros, y estendieron encima el pescado..... buen pescado por cierto, encarnado, azul, verde y muy fresco. Metieron debajo ramas y hojas secas, y encendiendo



CARNO

Casa de Rawack.

fuego del mismo modo que entre nosotros se hace chocolate, lo prendieron todo, y les hermosos peces se convirtieron en pequeños San Lorenzos. Estaban tan tostados, que daba envidia el verlos comer; cuando ya estaban bien asados, aquellos brutos los cogieron con sus pringosos dedos y empezaron á comérselos sin decirme siquiera: «Siéntate en el suelo y traga con nosotros.» ¿No es cierto que eso es una injuria?

—Pero tal vez sea su costumbre.

—Nunca es buena costumbre ser descortes, y comer solo cuando hay delante un extraño que tiene hambre.

—Bien dicho.

—De modo que tambien yo, sin cumplimientos, agarré un pececillo de la parrilla y les dije: muchas gracias. Pero en el momento de llevarme el pez á la boca, el mas regordete de la cuadrilla empezó á hablarme dando fuertes voces.....

—Quizá te diria algunas palabras atentas.

—Y el imbécil ¿por qué no se esplicó si era eso? pero como yo creí otra cosa, no me incomodé; le tiré el pez á la cara, y le hice un gesto de los que hacemos nosotros los marineros, que quiere decir: me burlo de tí.

—¿Y qué contestaron?

—Nada: siguieron comiendo, los tragones, y yo continuaba mirándoles. Estábamos en esto, cuando para humillarme sin duda, sacaron los intestinos de los peces y se pusieron á comerlos; y como me habéis dicho mas de una vez que navegábamos para instruir á los pueblos, quise enseñar á los rawackanos el modo de comer los peces con aseo, como se hace en nuestro país. Con esta idea, tomé con mucha delicadeza entre el pulgar y el índice el mayor de sus gubios; le abrí, saqué las tripas, y las tiré al suelo,

comiéndome en seguida la carne sin mas ceremonia. Pero esos tunos, ladrones endiablados, no aguardan á razones, y creyendo que el haber principiado á comer por la cabeza era para burlarme de ellos, se levantaron, recogieron con mucho cuidado las tripas que habia arrojado, y con gritos y amenazas me rodean, principian á gesticular y á bailar, y sin duda para llevar el compas, me pegan en las espaldas como pudieran hacerlo sobre un tronco de un árbol.

—¡Hola! ¡Hola! eso ya es otra cosa.

—Entonces, pronuncié por lo bajo el nombre de Marchais para que me diera fuerza y valor; agarro uno de sus remos que ellos llaman bárbaramente *pagayas*, y principio á hacer un molinete que rompió algunas costillas..... Creo que en mi situacion hubierais hecho otro tanto.

—En tu lugar no hubiera tomado el pescado.

—Corrieute, ¿pero en todo caso hubiérais arrojado las tripas?

—Sí.

—¡Pues bien! eso es precisamente lo que ha ofendido á esos brutos. Ya concluyo, no os impacientéis: cinco ó seis minutos duró el baile, pegándome ellos y yo pegando tambien. Os aseguro que no sé al fin lo que hubiera sucedido, si el bote grande tripulado por Mr. Baillard, no asemara por la embocadura del canal. Aquí teneis todo lo que ha pasado; decidme ahora ¿he tenido razon ó no?

—Buen perillau estás.

—Ya lo sé; pero tambien son unos tunos ellos; ¡comerse las tripas de los pescados y quizá las espinas!

—Eso no te importaba.

—Sí tal, á todo el mundo importa hacer bien á los demas. Pero aun no estais bien enterado de lo que pasa. Cuando el tiempo está malo y la mar se embra-

vece, no pueden ir naturalmente á pescar en muchos dias, y para compensar esto, han imaginado una cosa que no es muy tonta para unos monos. En una de sus vasijas de barro hacen hervir agua del mar, la echan luego en un gran canuto de bambú verde, y meten en él al pescado, tapando luego el canuto perfectamente, de tal modo que se conserva muy bien.

—Lo he visto, y me parece muy ingenioso.

—¿Y estará bueno el pescado haciendo eso?

—Delicioso; ayer comí uno.

—¿Con tripas?

—No.

—Enhorabuena.

—Díme ¿crees que los naturales de Waigion se encuentren todavía donde tú los hallaste?

—Sí.

—Voy allá.

—No os lo aconsejo; quizá hagan lo mismo con vos que conmigo, y os aseguro que pegan bien fuerte.

—No importa; deseo verlos.

—En ese caso, os acompañaré; no saben que valeis mas que yo porque ¡conocen tan poco la sociedad y las buenas costumbres del gran mundo!.... Ahora un vasito.....

—No; te emborracharias y cometerias nuevas necedades,

—Me calumnias, señor; ya sabeis que me hace poco efecto la bebida.

—Toma.

—¡Voto á sanes! ¡comerse las tripas de los peces!

Emprendí pues, el camino con mi bueno y grotesco marinero, y pronto llegamos cerca de los insulares, que aun estaban agitados, ocupándose la mayor parte en prodigar auxilios á uno de sus compañeros, con el cual se habia portado Petit con bastante caballería.

—Creo que cojea, me dijo.

—¡Le habrás herido, pícaro!

—Toma, ¿creeis acaso que él pegaba con mano de manteca? Era el mas insolente y el que mas chillaba; y podeis creerlo, no me gustan los chillones y desprecio los insolentes.

—¡Tienes unas maneras tan brutales!

—Pues las de esos atrevidos no son muy finas, y si nouviéseis un buen par de pistolas en vuestro cinto, os juro que no podria permitir que pasáseis adelante.

—¿Tú me lo impedirias?

—¡Sí, sí!

—¿Y con qué derecho?

—Con el que uno se toma cuando ama y quiere á las personas..... Vamos, otro vasito Mr. Arago.

—Calla, que nos han visto.

—Nada importa eso para que me deis el vasito. Al contrario debe servir para doblar la medida.

—Silencio.

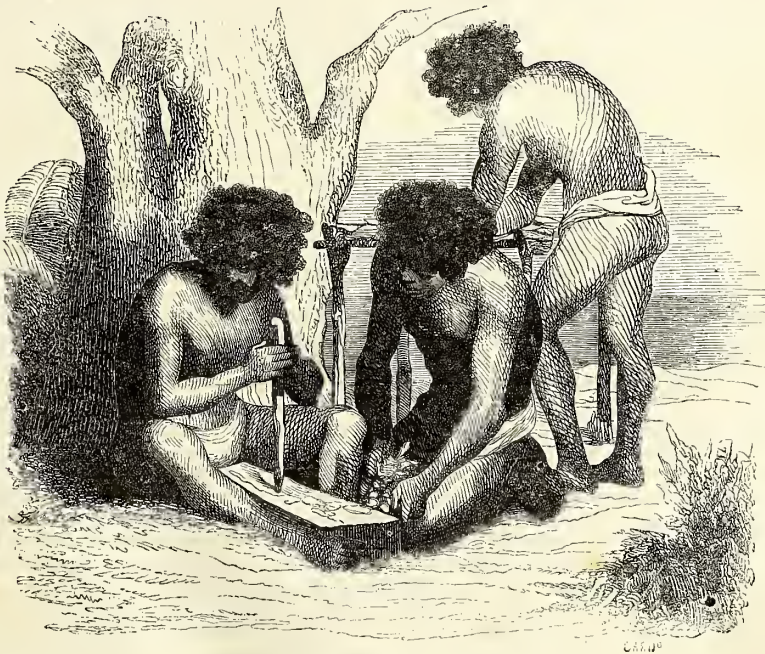
Apenas estuvimos cerca, nos rodearon todos los naturales amenazándonos del modo mas significativo; pero nuestro buen continente, en union de algunos regalillos, les apaciguó muy pronto, y al poco tiempo reinó la mejor armonía entre nosotros.

—¡Hacer regalos á hombres que comen tripas de pescado! me decia Petit mas sosegado; ¡pero eso es no conocer su mundo!.... ¡Comer tripas de pescado!.... No importa, tengo gana de probar á ver si es posible que pasen. Voy á pedirles.....

—Si te mueves de mi lado, te despido.

—Pues bueno; ya no hablaré una palabra.

El almuerzo de los rawackanos (como decia Petit) continuaba tranquilamente. Su pescado preparado segun la esplicacion que me habia hecho el marinero, tenia muy buena cara; cada uno de los indigenas tomaba su ración de la ennegrecida parrilla, la coloca-



Modo de producir fuego los rawackanos.

ba en un pedazo de hoja de plátano ó en la mano izquierda, y la dividia en pedazos con bastante destreza. Sentados del mismo modo que nuestros sastres, comian sin hablar una palabra, pasando por turno una calabaza en la cual tenian agua muy clara que

habian llevado de Waigion, y de cuando en cuando se volvian hácia el sol, pronunciando algunas palabras que serian indudablemente sus oraciones.

—Creo que rezan, murmuraba Petit; palabra de honor, eso tiene trazas de..... ¿pues no da compa-

sion? ¡atreverse á rezar y comer tripas de pescado!

Lo cierto es, que el modo de comer de estos indígenas no es muy agradable; y algunos parisíes conozco, que apartarian la vista de semejantes cuadros.

El alimento de los naturales de Rawack y Waigion, consiste en peces, aves, mariscos y frutas. Su única bebida es agua pura ó leche de coco; sus utensilios de servicio consisten en unas toscas vasijas, y por única sazón en la comida tienen el apetito que saben crearse por medio de continuos ejercicios.

En general, los viajeros que publican el resultado de sus observaciones hechas en países lejanos, creen llenar su misión presentando simplemente un hecho. Dicen, por ejemplo, y es cierto, que los salvajes encienden lumbre; frotando un pedazo de madera seca con otro verde; y nada mas. ¡Pues bien! esto no me enseñaba casi nada, y antes de mis viajes no sabía exactamente cómo producian fuego los salvajes. Hé aquí su proceder: solo trasladando los detalles puede traducirse con fidelidad.

Se agachan teniendo en las manos dos pedazos de madera; el uno de doce á quince pulgadas de longitud, tan grueso como un palillo de tambor y terminado en forma de cono poco agudo; el otro es un paralelepípedo de cinco ó seis pulgadas de altura y tres ó cuatro de ancho; en una de las caras hay, hacia el medio, un agujerito de seis líneas de profundidad; de este agujero parte una especie de canalita de tres ó cuatro líneas de anchura y va á parar hasta el extremo de la pieza de madera. Esta que acabo de describir es verde; la que se parece á un palillo de tambor es seca. Acurrucado el hombre, sujeta con la planta de sus pies la pieza gruesa; introduce algunas yerbas y hojarasca en la canalita, hasta el agujero, y hace girar el palillo entre sus manos del mismo modo que se bate entre nosotros el chocolate. Por este rápido frotamiento que dura siempre medio minuto lo menos, se desarrolla el calor y prende fuego á las yerbas secas, que se aumenta en seguida por medio del soplo. Esto es muy sencillo, convengo, pero sin embargo debía haberse dicho. Y ahora, por si me se olvida mas adelante, haré constar aquí tres observaciones bien frívolas indudablemente, pero que me han parecido bastante singulares. La ciencia las explicaria quizá por estudios fisiológicos ó psicológicos, pero yo no me meto á profundizar, y solo considero lo superficial.

He observado, pues, que desde el Cabo de Buena-Esperanza hasta el Cabo de Hornos, es decir, en un espacio casi igual á los cinco sestos de la circunferencia de la tierra, ningún pueblo salvaje come alimentos sazonados. Nada de salsas ni especias; todo se cuece sobre una brasa ó en hornos que se apagan cuando en algunas ocasiones se introduce viva la víctima. Está visto que el arte culinario no es investigador.

Para decir *no*, todos los pueblos de la tierra hacen con la cabeza el movimiento usado entre nosotros; algunos suelen añadir una palabra, otros mueven la mano, pero siempre existe el signo de la cabeza. ¡Pues bien! para decir *sí*, en todos los pueblos de la tierra comprendidos en el vasto espacio de que acabo de hablar, *levantan* la cabeza haciendo una especie de resoplido, en vez de bajarla como nosotros. Esta observacion es muy fútil, convengo, pero ¡he penetrado secretos tan pequeños! ¡he querido ver tan detenidamente las cosas!

La tercera de mis observaciones, es, segun creo, la mas particular; y es, que en dichos pueblos se duerme casi siempre sobre el vientre. La medicina nos explicará la causa de esto. ¿Se me disimulará que indique estas ligeras diferencias de las costumbres generales? Solo por una reunion de minuciosos detalles se llegan á deducir consecuencias generales.

Un violento chubasco nos obligó á Petit y á mí, á retirarnos; dejamos á los salvajes, que se abrigaron debajo de sus piraguas volcadas, y mas instruidos que la víspera, volvimos á tomar nuestro camino, no sin cargarnos hácia adelante por las aguas violentas de un chaparron tropical.

—¡Esto es bien tonto! murmuraba Petit entre dientes.

—¿Qué es lo que llamas tonto?

—A vos y á la cosa. A vos por venir en un tiempo tan perro á rozaros con semejantes animales; y á la cosa bien tonta por cierto, de ver hombres tan sucios que os complacéis en dibujar todavía en vuestros libros.

—Es para mi instruccion.

—Pues yo bien los veo, y sin embargo no me instruyen por eso.

—Te engañas, porque hoy sabes mucho mas que ayer.

—¡Cá! no puede ser.

—Ciertamente, y si no recuerda lo que has observado.

—¡Es verdad! ¡voto va! ¡es verdad! ahora sé que los rawackanos y waigionanos comen las tripas de los pescados.

XXIV.

RAWACK.

Pesca.—El rey de Güebé y Petit.—Una jóven.—Partida.—Muerte de Laviche.—Varios archipiélagos.—Las Carolinas.

Si los pesados y rechonchos indígenas de estas regiones tienen muchas veces embotada la inteligencia, para que puedan vencer ciertas dificultades preciso es tambien convenir en que el cielo les ha dotado de una especie de instinto verdaderamente maravilloso, por medio del cual encuentran recursos para dominar el capricho de los elementos y la voluntad hostil y porfiada del suelo en que les ha arrojado el destino. La necesidad, ese primero y mas formidable enemigo del hombre, les ha enseñado cómo debían construir sus habitaciones para librarse de la ira de las olas ó de las ráfagas de los huracanes; les ha enseñado á trepar como gatos monteses á los mas elevados árboles ó á las cimas de los troncos mas pelados; tambien les ha indicado, sin duda, remedios eficaces contra las picaduras continuas y dolorosas de los insectos que oscurecen la atmósfera, y contra la peligrosa mordedura de las culebras que se arrastran á su alrededor y participan algunas veces de la misma cama.

En varias ocasiones nos ha sucedido, á pesar de estar tan orgullosos de nuestra superioridad sobre los salvajes, penetrar en un bosque y buscar inútilmente, por espacio de algunas horas, en las mas altas ramas, un fruto refrescante; al paso que si hemos hecho comprender á un indígena que le daríamos alguna bagatela en cambio de un jamrosa ágrio, un banano ó una sandía, le veíamos volver al poco tiempo trayendo en las manos ó encima de la cabeza los objetos que deseábamos. Uno de nuestros mejores pilotos guarda-costas, acostumbrado á las señales atmosféricas que indican de un modo bastante preciso las variaciones de la temperatura ó la aproximacion de una ráfaga de viento, no podría competir con los naturales de Rawack en el arte de pronosticar la víspera el tiempo que ha de hacer al dia siguiente, y cuando los veais resguardando sus piraguas lejos de la costa, estad seguro que pronto habrá tempestad en la tierra ó borrasca en la mar.

Este pueblo es perezoso, apático y silencioso; nace, vive, se multiplica, y su existencia no sale de los límites que se ha trazado sino cuando alguna embarcacion europea descansa en aquellas regiones, lo

cual no sucederá probablemente mas que una vez cada cuatro ó cinco años.

Mirad á esos hombres sentados sobre la arena, espuestos á los rayos de un sol abrasador, insensibles á sus agudas flechas.

Todos, ó casi todos son de corta estatura, rechonchos, y de un negro muy sucio; su frente es hundida, sus ojos pequeños, sin fuego y sin animacion; en su enorme cabeza nace una cantidad tan prodigiosa de cabellos largos y encrespados que se podria comparar á una reunion de monstruosas pelucas, siendo un refugio tranquilo de millares de insectos que me parece innecesario nombrar. Los carrillos de los naturales de Rawack son anchos y caidos; algun vello esparcido y desigual les *adorna* de una manera poco graciosa, y su labio superior, semejante al de los negros de Angola y Mozambique, está sombreado por un bigote, pero solo por un lado que no les cubre mas que la mitad de la boca, porque el uso del pais ó quizá un fanatismo religioso, prohíbe llevarlo en ambos lados. Añadid á todos estos encantos seductores, un pecho ancho y velludo, hombros carnosos y redondos, brazos cortos parecidos á dos morcillas, sin formas pronunciadas, sin músculos, muslos como troncos de árboles, manos y pies enormes, un modo de andar penoso y pesado, dientes sucios y un olor de boca que se percibe á bastante distancia, y tendréis una idea aproximada de esta poblacion rara, triste, curiosa é insolente, que no teme venir á rozarse con nosotros todas las mañanas, y que aun se atreve algunas veces á mirarnos con cierto desprecio fácil de distinguir.

No os hablo de las escepciones que se hacen notar en medio de esos seres despertados por nuestra presencia y el incentivo de una rapiña tanto mas fácil, cuanto que casi no esponemos á sus mirados sino lo que queremos perder. Se ve fácilmente que estos son juegos de la naturaleza, que trata algunas veces en un nuevo esfuerzo, de vengarse de su propio capricho. Y con todo, esos hombres tan degenerados de su especie, tienen tal habilidad para ciertos ejercicios, que cuesta trabajo creer lo que hacen, aun cuando uno lo haya presenciado mil veces.

Voy á decir algo de su pesca verdaderamente maravillosa, y tan divertida, que no podíamos menos de asistir por mañana y tarde á verlos pescar. Colocado de pie en la proa de la piragua, se halla un hombre, (verdadera parodia de Neptuno ó mas bien Sileno en ridiculo teniendo en la mano una larga caña armada de dos puntas de hierro á manera de tenedor), que se inclina sobre el agua y busca con la vista al pez que huye y nada á poca profundidad; apenas le ve, hace una seña á sus camaradas y les indica con la mano izquierda el sitio hácia donde deben dirigir la embarcacion: estos obedecen y reman suavemente para no asustar al pescado. Páranse por fin; y el pescador, que ha medido la distancia y calculado la curva que va á describir el dardo, levanta el brazo y arroja la caña; estando en ciertas ocasiones algo agitada la mar, apenas se pierden dos; y un dia vi á Petit que abrazaba con una alegría y entusiasmo que rayaba en delirio, á uno de estos diestros pescadores.

Es una cosa verdaderamente digna de notarse y de la que debería avergonzarse la civilizacion, el respeto que tienen todos los pueblos de la tierra, aun los mas estúpidos y feroces, por las cenizas de los difuntos. Aquí como en Koupan, Diely, Ombay y otros puntos, es fácil observar que los hombres, no obstante su religion caprichosa, ridicula ó cruel, creen en otra vida, porque sin esa fé, el culto que profesan á los que han desaparecido para siempre de este mundo, no seria sino un absurdo y contrasentido.

Observad todos los sepulcros de que está sembrada la isla de Rawack. Ninguna yerba parásita crece en las cercanías del terreno que rodea esas mansiones

sagradas; el piso está llano y hermozeado con arena fina y blanca; las paredes de tales monumentos se cuidan perfectamente y no dejan entrada alguna al viento, á la lluvia, ni á los insectos.

Las casas son bajas, cuadradas, con cielos rasos de madera, construidas con troncos de bambú y con hojas de palmera; en la fachada hay una puerta estrecha; un hombre encojido puede pasar fácilmente y visitar el interior, en donde están colocados y renovados *ex-votos*, testigos piadosos de una ternura que sobrevive á la tumba. En el principal de estos edificios hallamos unas bandas de lana y seda de diferentes colores que estaban colocadas en unos palos derechos; un enorme marisco de la forma de una pila de agua bendita, muchas armas rotas, un tosco escabel y un plato de porcelana china; en el pórtico de la fachada principal estaban colocados por magnitudes, cinco cráneos muy limpios y bien conservados, y el conjunto se hallaba abrigado, por decirlo así, debajo de una piragua volcada, como símbolo quizá de la vida que acababa de extinguirse. Algunas figuras toscamente esculpidas, que probablemente serian las divinidades de aquel punto, se veian cerca de los sepulcros y dentro de ellos; pero estas figurillas, de las cuales unas estaban de pie y á caballo sobre un pedazo de madera, y otras echadas en el césped ó en tierra, parecian haber sido mutiladas casi todas. Los hombres en su ciega cólera se vengan aún de sus mismos dioses.

Conservo aun en mis colecciones uno de esos ridiculos ídolos que tal vez habrá presenciado mil sacrificios humanos: es una cabeza casi sin cuerpo, con piernas dentadas, pies hendidos, brazos cortos y gruesos, una boca rasgada hasta las orejas, de las que penden anillos de hueso y piedra, la nariz aplastada, los ojos imperceptibles, y con un capuchon de forma cónica en la cabeza mas largo que todo el cuerpo. Uno de nuestros marineros encontró este dios de Rawack ó de Nueva-Guinea, medio oculto en el lodo de la aguada del fondeadero. Se lo mostré á un natural y me pareció que no experimentó sentimiento alguno dejándole en mi poder. ¿Quién es capaz de explicar estas anomalías?

Los rescates ó cambios se sucedian cada vez con mas actividad: nuestras bagatelas adquirian por momentos mas estimacion; pero aun no teníamos bastantes lagartos, dardos y arcos, y pedíamos con instancias mariposas, insectos y aves. No tardamos en quedar satisfechos: llegaron un considerable número de piraguas, y enriquecimos nuestras colecciones con muchas familias y especies sumamente curiosas. Llegó su turno á las aves del paraíso, y los isleños nos trajeron una multitud rodeadas de hojas de banana y rellenas de paja con tanta perfeccion, que por mucho tiempo se creyó en Europa que no tenían patas y que se sostenian en las ramas por medio del pico y de las alas. Por dos pañuelos, un cuchillo de cocina, una manta vieja de cama y algunos anzuelos, me dieron cinco magnificas aves del paraíso, y entre ellas un *six-ilets* negro, de estraña hermosura y que reflejaba mil colores diferentes.

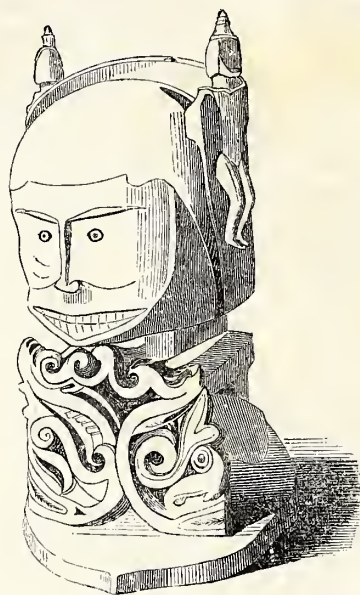
Quedó tan contento el dueño de una piragua con quien hice mi cambio, que me dijo que á su regreso de Waigion me traeria muchas mas aves, y que queria aprovecharse de un viento favorable para hacerse á la vela y volver á verme lo mas pronto posible. Como las embarcaciones no llevaban velas y si solo unos remos muy largos, no pude comprender al pronto cómo aprovecharia el viento favorable, lo que intenté darle á conocer mostrándole las velas de la corbeta que estaban desplegadas: manifestó comprenderme é indicándome que esperase, se subió en un momento á un cocotero de la costa, cortó una rama con todas sus hojas, y se lanzó alegre en su piragua colocando en el banco de en medio el elegante despojo del árbol.

Al punto le inclinó el viento con gracia, y el filósofo, orgulloso al notar mi sorpresa, desapareció de mi vista con aire de triunfo. ¡Industria! ¡Cuántos milagros has sembrado en todo el globo!

En tierra todo iba bien; no sucedía otro tanto á bordo donde las enfermedades eran cada vez mas ntensas y mortíferas. Los naturales no temían ya pa-

sar la noche sin armas en torno de nuestras tiendas, y nos felicitábamos de un descanso que nos permitió hacer sin peligro nuestras observaciones sobre el péndulo; pero de improvviso encontramos á nuestro buque solo en la rada, y á nosotros solos tambien en la playa. ¿Qué habia sucedido?

Inquietáronse Marchais, Vial, Levéque y Barthe:



Estatuas halladas cerca de los sepulcros de Rawack.

Petit mascaba su tabaco con mas precipitacion, mientras que nosotros espíabamos con inquietud por medio de anteojos de larga vista los movimientos de las embarcaciones que se hallaban en las costas vecinas. No podíamos explicarnos la causa de tan repentina desaparicion, pero como sin duda ocultaba una mala intencion contra la cual se debia estar prevenido, Petit pidió permiso para permanecer en tierra, porque, como dijo, queria bailar la primera contradanza.

—¿Qué haremos si vienen? me repetía á cada momento.

—Esperaremos que nos ataquen.

—¿Y despues?

—Nos defenderemos y veremos por quién queda el campo.

—¿Creeis que esos *come tripas* de pescado serán tan niños que se atrevan á tantearnos?

—Creo que no.

—Entonces ¿por qué han tomado las de Villadiego?

—Prontito lo sabremos.

—Vial, Barthe, Marchais y yo, nos quedamos en tierra: somos bastantes para todos. Ayer ensayé mis fuerzas con el mas robusto de los que han desembarcado en la parte opuesta de la isla y le he hecho medir el suelo en dos tiempos, quedando como un lagarto de la mejor casta.

—Algunas otras tonterías habrás hecho.

—¡Si pudiera hablar!... Preguntad á Vial que llegó poco despues y que de un solo bofetón echó tres al agua.

—¿Cómo! ¿Los habeis atacado?

—Nada de eso; preguntad á Marchais que ha roto las costillas á los dos mas valientes de esa casta.

—¿Luego la pelea ha sido general?

—De ningún modo; pero preguntad á Barthe que

con un pedazo de remo ha puesto en completa derrota á los demas. Nos hemos portado como unos corderitos, como inocentes merinos.

—¡Pues ya no me cabe duda alguna! Esa ha sido la causa de su fuga.

—¡Por tan poca cosa!.. Vamos... es cierto que comen tripas de pescado, pero no creo que serán tan bestias como decís.

En efecto, habia tenido lugar un combate entre nuestros cuatro vigorosos marineros y unos veinte naturales, y como era natural, atribuí á esto su súbita desaparicion. Pero una causa mas poderosa era la que los habia alejado: acababan de descubrirse los mástiles empavesados del rey de Güebé, y semejantes á las palomas cuando divisan al milano, todos los isleños se habian refugiado en sus impenetrables bosques y en el seno de sus montañas.

—¡Toma! dijo Petit mirando hacia donde se hallaban las embarcaciones; ¡ya tenemos aquí á mi monarca titi con bata! ¡Qué gusto! ¡podré ver de cerca á ese hermoso gaviero! ¡Bien venido sea!

—¡Aunque se le llevarán mil diablos, nada se perdía!

—El diablo no querria, señor, pues es seguro que se asustaria al verle. ¿Sabeis lo que debeis hacer?

—¿Qué debia hacer?

—Apoderaros de esa joya al tiempo de hacernos á la vela, cogerle á bordo durante nuestro viaje hasta que regresemos á Tolon, y dármele despues en recompensa de mis buenos servicios y miseria.

—¿Y qué ibas á hacer con él, imbécil?

—Le metiera en una jaula muy linda que mandaria hacer con mis economías y los veinte y cinco francos de propina que me dareis cuando desembarquemos: le pondria totalmente desnudo y le enseñaria á mis compatriotas, prometiendo un premio al que adivi-

nase si es hombre ó bestia, cristiano ó moro. ¡Dios mío! ¡Qué cigarros me fumaria si tuviese ese tesoro! Mirad, mirad, ved cómo ancla á estribor de la corbeta. Es un completo gaviero: tiene talento, sabe maniobrar.

En efecto, acababa de echar el áncora, y un cuarto de hora despues, la mayor parte de los güebeanos nos daban la mano en la playa.

Debo decir algo del pueblo güebeano y de su rey, de su intrépido gefe de valientes piratas, á cuya aproximacion todos huyen, tiemblan, se dispersan y ocultan: la mar queda sin piraguas, la costa sin habitantes, los isleños sin reposo; de ese gefe semejante á un lobo dando vueltas en torno de un rebaño, pero á un lobo astuto, hambriento, cuya hambre devoradora nada puede mitigar, y á quien ayudan sus atrevidos lobeznos.

Ahora traia consigo dos ministros y muchos oficiales á quienes fué á buscar á su capital. Al ponerse el sol mandó que le sirviesen la comida en el suelo sobre una especie de tapiz indio donde colocaron algunos platos de china y muchos vasos llenos de un licor amarillento y sumamente ágrio. Sus dos ministros, un oficial y él, se sentaron en el suelo y comieron arroz, algunas legumbres, plátanos ó bananos y una sandía. Antes de empezar á comer se arrodillaron y pronunciaron á manera de salmodia, muchas palabras interrumpidas por frecuentes sorbetones de mocós; concluida la ceremonia comieron con muy buen apetito. Noté que los oficiales subalternos que se hallaban no muy lejos, no pronunciaron ninguna oracion antes de comer; manifesté mi sorpresa al rey, que me dió á entender que estos hombres no podian aun tener un Dios, y que acaso con el tiempo gozarian de este privilegio reservado tan solo á los valientes de primer orden. ¿Es por ventura completamente ridículo el orgullo del rey güebeano? ¿Es acaso el único que ha creado en el mundo una religion?

La comida duró lo mas una media hora: cogian los manjares con los dedos y bebian en el mismo vaso, por lo cual Petit los juzgó ventajosamente diciendole que estaban bastante bien educados puesto que no comian tripas de pescado.

Concluida la frugal comida, se levantó el primero el monarca güebeano, y al dirigirse á mí, que acababa de dibujar la escena, reconoció á mi valiente marino, á quien presentó cordialmente la mano. Este por su parte se la apretó como en un tornillo, y orgulloso con la prueba de amistad que le habia dado: —Para servirlos, le dijo; ¿y vos? Juro que os encuentro menos feo que el otro día.

El rey respondió algunas palabras ininteligibles y Petit, fingiendo que le habia comprendido añadió:

—Con mucho gusto; aunque no sea mas que por saber si me puede emborrachar, lo probaré.

Y sin mas etiquetas ni cumplidos, el alegre marino se apoderó del vaso que aun se hallaba sobre el tapiz, le acercó á los labios y se bebió la mayor parte del licor que contenia, sin importarle un bledo las muestras de disgusto de los oficiales.

—No vale dos cuartos, amigo mío, dijo Petit dejando el vaso: es mas amargo que el acibar, y si no alegra un poco no doy por él un ochavo. Me parece que yano falta á estos mas que comer, como los otros, tripas de pescado.

La noche por fin nos obligó á separarnos: volvimos á las hamacas suspendidas de estacas, y regresaron los güebeanos á sus embarcaciones.

Al día siguiente estaba de nuevo sola la corbeta en el fondeadero y el rey de Güebé habia desaparecido. Presentóse de nuevo dos dias despues con un rico botín hecho en Waigion; trajo tambien una hermosa coleccion de aves del paraíso que regaló á nuestro comandante, pidiéndole en cambio algunos pedazos

de tela, pólvora y un fusil. Los regalos de este hombre se parecian mucho á un empréstito.

No habíamos visto ninguna mujer en Rawack, y en verdad no lo sentimos mucho, pues la encantadora presencia de los hombres, nos hacia formar un pobre juicio de sus castas y salvajes mitades; pero el buitre güebeano nos proporcionó esta pequeña distraccion presentándonos una jóven de catorce á quince años, que habia robado no sé dónde, y con la mayor desvergüenza nos dijo que era esposa de uno de sus oficiales, proponiéndonos al mismo tiempo su venta. Mintió el miserable, pero aun me pareció mas despreciable el oficial que aceptó el papel de marido, y que sin embargo encontraba muy alzado el precio en que la tasó el monarca. Primeramente nos pidió por ella cuatro duros, despues dos, luego uno, y últimamente nos la dió grátis. La jóven debia haber sufrido mucho: toméla bajo mi proteccion y la ofrecí algunos alimentos, sobre los cuales se arrojó con voracidad. En vano intenté saber las circunstancias que la habian entregado á los güebeanos; me fue imposible conseguir que me entendiese, y lo único que comprendí por sus gestos, sus miradas, y suspiros, fue que la golpeaban mucho, y que se consideraria muy feliz siguiéndonos á nuestra corbeta.

El viento era fuerte: la desgraciada como estaba desnuda sollozaba y temblaba á la vez. La llevé á una tienda para dibujarla y la regalé una camisa que aceptó no con mucha alegría, pues previa que la cogerian de nuevo y se la llevarian á bordo de las piraguas. ¡Pobre niña! su rostro estaba lleno de dulzura, sus ojos eran muy espresivos, su boca pequeña y graciosa, su cuerpo muy perfecto, sus cabellos largos, lisos y de un negro de ébano, sus manos y pies pequeños, pero los brazos y piernas un poco estropeados.

Apenas acabé mi croquis, una ráfaga de viento voló la tienda y nos sepultó bajo sus mil pliegues. No pude menos de recordar la fábula de Marte cogido en las redes de hierro de Vulcano, pero estoy seguro que mi ignorante compañera no hizo las mismas reflexiones.

Concluidos nuestros trabajos, levamos áncoras, y nos despedimos de esta fecunda tierra, de la cual pudieran sacarse mil beneficios. El rey de Güebé nos vió desplegar las velas con algun sentimiento, porque la vispera manifestó querer sorprendernos por la noche y atacarnos mientras dormíamos. Pero nuestros preparativos de defensa le hicieron ser prudente, á pesar de que los guerreros que habian desembarcado, al parecer sin armas, traian esas buenas intenciones. La jóven nos tendió los brazos implorando nuestra piedad, apercibiéndose de ello uno de los oficiales del rey; se acercó á ella, levantó su maza... y la infeliz acabó de sufrir.

No bien nos hallamos en alta mar, espermentó nuestro corazon uu amargo dolor: Mr. Laviche, uno de nuestros tenientes, murió de una horrible disenteria. Oficial de gran mérito, bueno, indulgente, era adorado por los marineros y querido por sus amigos.....

—¡Ah! nos dijo pocos momentos antes de espirar, ¡no me engañaban mis presentimientos cuando partí! Mi padre murió en un viaje alrededor del mundo, en otro igual murió mi tío, y por último yo tambien voy á acompañarles en el fondo del mar... ¡Adios, amigos míos, adios! Acordaos de mí, y decid á mi pobre madre cuando regreséis á Francia, que mis últimas palabras se dirigieron á ella y á mi Dios.

Las antenas inclinadas antes por el viento se pusieron paralelas: hincháronse las velas y continuamos nuestro camino.

Al poco tiempo descubrimos en el horizonte las Anacoretas rodeadas de peligrosos arrecifes; vimos despues las mil islas descubiertas por Bougainville,

luego descubrimos las Carolinas, las bienaventuradas Carolinas, risueñas, tranquilas, como una creacion, como un pensamiento divino, colocado en medio de ese vasto Océano poblado de feroces naturales. Al poco tiempo las proas volantes hendieron el aire, nos siguieron, alcanzaron y rodearon.

— ¡Lulu! ¡Lulu! oímos gritar por todas partes, y poco despues subian los isleños á bordo, inquietos, impacientes por verlo y tocarlo todo. Estos pueblos dedicados esclusivamente á la navegacion y de los que hablaré pronto, pues viajé con ellos, viven en medio de una hermosa vejétation, sin contiendas en el interior, sin guerra en el exterior: valientes, humanos, generosos, tan hermosos de cuerpo como de alma, sonrien cuando se los acaricia, cuando se los manifiesta cariño: saltan como los niños cuando se les da un juguete, aceptan una bagatela con el mas vivo reconocimiento, y la cuelgan del prolongado cartílago de sus orejas, que les sirven de bolsillos; pero ofrecen en cambio elegantes pañuelos, anzuelos de hueso, conchas magníficas, y siempre temiendo ser menos generosos, no por orgullo sino por bondad. ¡Hé aquí por fin hombres dignos de tal nombre! ¡Hé aquí corazones nobles y generosos! Déjese obrar á la civilizacion y se verá en qué se convierten esas afortunadas islas, contra las cuales se han estrellado hasta ahora nuestros vicios. Hubiéramos deseado fondear por algunos dias en este perfumado archipiélago, pues apenas nos quedaba agua dulce; pero ninguna de estas islas tiene puerto, á cuya feliz circunstancia deben sin duda el haber permanecido puras y libres en medio de la corrupcion y crueldad.

Habia oído decir muchas veces que las proas volantes de las Carolinas, eran unas embarcaciones de tal modo construidas, que por medio de una vela triangular de paño, dos balancines y un piloto que dirigia con el pie, cortaban, por decir así, el viento. Lo que entonces me pareció una ridícula exageracion de los viajeros, se convirtió en una completa realidad, en uno de los fenómenos náuticos mas curiosos: en efecto, los atrevidos isleños, de pie ó sentados en su proa volante de extraordinaria elegancia, juegan con los vientos, triunfan de los violentos monzones (1), y pasan como rápidas golondrinas á través de los mas peligrosos arrecifes y de las poderosas corrientes. ¿Qué les importa que zozobre una embarcacion? allí están todos para socorrerla, como sucedería entre nosotros en un estanque tranquilo. No se teme por la vida de esos hombres tan intrépidos como inteligentes: el mar es su elemento; el furor de la tempestad su mas deseada distraccion, y apenas se puede comprender su destreza y agilidad en medio de infinitos é imprevistos obstáculos. El carolino es á la vez hombre, pescado y ave.

Los isleños que subieron á bordo tenian graciosa figura y movimientos llenos de libertad. Andaban con nobleza, sus gestos eran expresivos y tenian naturalidad en su risa de niño. Era por consiguiente fácil de comprender por la presteza con que nos rodearon que un recuerdo doloroso les prescribia su gran desconfianza. ¡Acaso algun capitán sin fé ni piedad engañó y persiguió á estos valientes turbando su felicidad! Dos de los isleños que subieron á bordo, y á los cuales mostraban bastante respeto los demas, tenian pintadas las piernas con mucha perfeccion: eran unos semi-gefes ó semi-reyes, y aunque no hubiesen tenido ese adorno tan comun en otros pueblos, se hubiera reconocido su superioridad en sus nobles maneras, en su alta estatura y fuerza muscular. Llevaban todos puesto por los riñones un tapa-rabos, pero el resto del cuerpo estaba descubierto. Algunos llevaban tambien collares hechos con hojas pequeñas de

cocotero, y unos brazaletes tejidos con delicadeza. Cinco ó seis naturales se pusieron á bailar sin duda por la buena acogida que recibieron de nosotros: seria imposible manifestar cuán divertida y curiosa era esta fiesta improvisada.

Entre tanto seguíamos navegando ayudados de un ligero viento; pero el horizonte cargado de nubes nos anunció una próxima lluvia. Como ya he dicho, carecíamos de agua, y con el objeto de aprovechar la del aguacero, estendimos las tiendas y colocamos encima balas de cañon para que quedasen en forma de embudo y poder recogerla con mas facilidad. Cuando vieron estos proyectiles se asustaron los carolinos y empezaron á dar gritos siniestros acusándonos de traicion. Les prodigamos de nuevo muchas caricias, pero saltaron el filarete, se arrojaron al agua y ganaron á nado sus embarcaciones.

Poco despues desapareció en el horizonte el archipiélago de las Carolinas, y le perdí de vista con un sentimiento que me acompañó durante la travesía, á pesar de que aun no sabia cuán reconocido debia estar poco despues á uno de los mas poderosos reyes de estas islas, en las que vive feliz el pueblo mas apreciable, mas dulce y generoso de la tierra.

XXV.

OJEADA RETROSPECTIVA.

CUANDO el presente es triste y el porvenir pierde su brillo no se encuentra consuelo mas que en lo que ha pasado, en lo que ya no existe.

En el mar principalmente la transicion de la alegría á la tristeza, del entusiasmo á la desesperacion, es rápida y violenta. Lo que en tierra es nobleza, valor, grandeza de alma, es en el mar una cosa trivial, comun y diaria: el hombre no ha cambiado pero sí el elemento en que vive.

¿Qué teneis que temer en vuestras casas, en vuestras bandas camas, en vuestros enarenados paseos? Un ruido incómodo de carruajes llevando al orgullo y la pereza, la visita de una persona fastidiosa, la incomodidad de una joven celosa é irritada que acaba al fin por desenojarse, un empujón de un torpe mozaleté que saluda, guiña ó sonríe á una vieja llena de atavíos, una torcedura de pie causada por una piedra mal colocada, y por último, las salpicaduras de un caballo que pasa á galope...

Pero en el mar, amigos míos, las contrariedades presentan un carácter mas temible, y se acumulan activas y amenazadoras. Aquí una borrasca que os hace perder el equilibrio y rodar como una pelota; en esta otra parte cesan los vientos y quedais sumidos en una insufrible tranquilidad; ya choca el buque contra una roca y perturba el golpe vuestro necesario sueño; ya os levantaís despavoridos al oír el espantoso ruido de la tempestad; ora os veis espuestos á ser arrastrados por un violento remolino, ora finalmente no veis en torno vuestro mas que un tenebroso caos... ¡Cuánto campo para la reflexion! ¡Cuántos motivos de descanso; temores y placeres!

Probad la vida de marino, probadla aunque no sea mas que por algunos meses, en el seno de los mares que os diré, y luego veremos si se me debe escusar el que haya tratado de matar las horas, como suele decirse, y os convencereis de que no es cierto que el sol las haga marchar en todas partes con igual velocidad.

Tambien el cielo tiene sus caprichos: no siempre presenta ese azul tan hermoso porque esté despejado, ni se oscurece por las nubes que le ocultan, sino que le veis brillante ó encapotado segun la naturaleza de vuestro carácter y pasiones.

Me dejaré arrastrar por los pensamientos que me dominan en este momento: cuerdo ó loco, tengo que escribir, el buque sigue tranquilo su marcha, mis

(1) Brisa larga y periódica que reina en los mares de la India. N. del T.

píncelos se caen de mis manos ante ese inmenso y silencioso horizonte que me rodea; tengo que hacer uso de la pluma, para que al menos no me parezca tan pesado el camino que tengo que recorrer recordando el que tengo recorrido. Dirijamos la vista á lo pasado.

No cabe duda que se experimenta una gran satisfaccion cuando se está tranquilo, recordando las impresiones que se han experimentado, analizándolas y comparándolas con las que las han precedido: de este recuerdo se pueden sacar provechosas consecuencias y crearse para el porvenir una regla inviolable de conducta. Unicamente en ese recuerdo puede encontrarse la verdadera moral del viaje, y solo por medio de él pueden apreciarse las consecuencias y resultados que ha producido. Una rápida ojeada sobre los diversos sucesos de esta expedicion larga y penosa nos hará, repito, apreciar y juzgar debidamente los hechos trascurridos. La aridez no existe mas que en lo inútil.

Gibraltar, situado en la parte mas meridional de Europa, me hizo comprender que toda luz vivificadora parte de un centro, y que cuanto mas divergen sus rayos, menos alumbran y calientan. Gibraltar situado frente por frente del Monte de los Monos da á conocer que el Africa no está lejos y refleja imperfectamente la civilizacion y el progreso. Reina el agiotaje en todos sus mercados, y la miseria, la desvergüenza, el libertinaje y la pereza se pasean y duermen allí despreciando al día que acaba de pasar, é impacientes por el que viene: el gran pabellon ingles tan solo flota en este punto sobre el embrutecimiento.

A dos pasos hacia el Norte se encuentran ciudades mercantiles; á dos pasos hacia el Sur cuevas de ladrones, piratas y asesinos. Salí con el corazon entristecido de Gibraltar, al ver destruida una dulce ilusion en que me hallaba, á saber, que la fuerza no se hallaria apoyada en esta plaza mas que en la industria y en el bienestar del mayor número.

Un espectáculo mas triste todavía me ofreció Tenerife. En esta isla ví el retrato de la España, de esa España sin porvenir, luchando sin energía contra los males presentes que la agobian. Tenerife morirá vencida por un bergantin de guerra ó aniquilada por la cólera de su volcan (1).

Se huye de Santa Cruz como del cuerpo corrompido de un cuadrúpedo, á pesar de ser una capital

Encuétrase despues el Brasil con sus riquezas mineralógicas, siempre dispuestas á destruir las que únicamente forman la gloria de los imperios: es la antigua Europa en hostilidad permanente con la jóven América. La primera es fuerte aunque anciana; la segunda levanta su cabeza como el niño incorregible rebelado contra su maestro.

El Brasil es un contraste perpétuo; la ciudad hermosa, floreciente y populosa está contigua al suelo salvaje sembrado de pueblos que no quieren someterse á la sociedad civilizada. Por lo demas, no hemos podido juzgar al Brasil mas que por su capital, donde al lado de la mas espantosa miseria se ve el lujo mas extraordinario. En Rio, como ya creo que lo he indicado, es la fortuna la principal y mas segura recomendacion, y solo se juzga del mérito de una persona por la suntuosidad mal entendida de sus trajes y trenes, y por el tamaño de sus rubíes y diamantes.

Mas si la capital de este vasto imperio ofrece al observador esta doble miseria de que acabo de hablar, fácil es adivinar lo que serán las capitales de segundo

orden, las ciudades del interior, donde resuenan incesantemente gritos de independencia y libertad que no oye el despotismo hasta que retumba en las bóvedas de un palacio y hace temblar su tronco.

El Brasil me ha asustado principalmente por sus curas y monjas, tanto mas temibles cuanto que se los permite toda clase de predicacion porque dirigen á un pueblo ignorante y arrodillado y cuyo único deseo es permanecer en esta humilde postura. El germen de esclavitud ha echado profundas raices en la tierra descubierta por Cabral, para que pueda estenderse en ella las ideas de libertad, gloria é independencia.

Me despedí del Brasil sin saber á punto fijo si debía inspirarme lástima ó admiracion.

Poco despues descubrió su cabeza el cabo de Buena-Esperanza. Los ingleses no habian luchado aquí solamente contra antropófagos, los holandeses fueron los primeros que ocuparon este suelo salvaje acomodándole en cierto modo á su industria. La ciudad del cabo estaba adelantada, y tan solo con un comercio como el suyo, aunque sin los tesoros que el Brasil y la Golconda ocultan en las entrañas de la tierra y en el lecho de los torrentes, se podia sostener el leopardo en la grupa del leon y conservarse las baterías que dominan á la ciudad.

¿Qué objeto se han propuesto los ingleses al establecerse en el cabo de Buena-Esperanza? Establecer una factoria productiva y nada mas. Los buques les pagan un tributo cuando van ó vuelven de las Indias Orientales. Es hasta donde puede llegar el genio especulador ingles.

Ya he hablado de la gran influencia que ejerce la colonia europea sobre las poblaciones salvajes que la rodean; he presentado el cuadro que forma la civilizacion ambiciosa y corruptora luchando abiertamente con las costumbres feroces en vez de procurar vencerlas por medios suaves. Pronto se verán los fatales resultados de la apatía británica para las conquistas regeneradoras, apatía que ya han criticado los escritores de todos tiempos al pueblo mas poderoso del mundo.

Table-Bay no es mas que un lugar de depósito ó escala. Las miras de los holandeses sobre este punto no eran tan egoístas, pues quisieron engrandecerle por medio de la moral, mucho mas poderosa que la tiranía.

Cuando se ve al lado de Borbon á la isla de Francia, no puede uno menos de sonrojarse y de sentir la cólera en el pecho que se irrita al recordar la *amistosa* venta impuesta á la Francia por el tratado de 1814. Hay que apartar la vista del triste pabellon que ondea en el edificio que, segun creo, llaman en San Dionisio, la *Casa del gobernador*.

Al partir del cabo de Buena-Esperanza conocí que la nacion inglesa era un gran pueblo. Cuando dejé la isla de Francia, de que he hablado con tanto entusiasmo, no pude menos de decirme: el pueblo ingles es un usurpador que no quiere ocupar una posicion secundaria en la historia de las naciones.

Cuando saludé á Endracht, Edels, Ireck-Hatigs y la península Peron, creí ver una tumba: no se concibe la vida en esas llanuras de arena, piedra y mariscos pulverizados. Es seguro que la Gran-Bretaña no intentará conquista alguna en este territorio, si otro no se establece en él.

Encontré despues á Timor con las fértiles tierras que la rodean: á la salvaje Timor ante la cual se inclinan como humídes súbditas una porcion de islas encantadoras. La fuerza de Timor, hoy colonia europea, consiste únicamente en la orgullosa rivalidad de los rajás, que en un principio se han sometido implorando proteccion, y que aun no han pensado en sacudir el yugo que les impuso la necesidad. ¡Tan arraigada está la pereza en este ardiente clima! Me

(1) Afortunadamente los sucesos del día parecen desvanecer los pronósticos del autor. La España ha dado, y dará, si es preciso, mayores pruebas de energía, contra los que tratan de usurparnos nuestras posesiones de ultramar; iguales las daría si los usurpadores se dirigieran á nuestras islas Canarias.

alejé de Timor como el que huye de un volcan amenazador, dispuesto á arrojar sus lavas y á destruir la tierra que le rodea.

A algunas toesas de Timor, visité una isla de duelo y mansion de la crueldad. Se aspira en Ombay un olor á sangre que hiela el corazon de espanto. Se necesitan alas para huir del puñal y la flecha envenenada del feroz ombayo.

¿Qué diré de Amboina, situada en medio de un número considerable de islas de hecho independientes, pero que pagan á la Holanda y al Portugal un tributo, y contentas en la actualidad con las infinitas riquezas que ambos reinos han encontrado en su suelo siempre jóven y fértil?

Amboina no será siempre lo que ahora es; se para delante del pabellon de la playa, como al lado del lecho de un enfermo rendido por el sufrimiento.

En Rawack, Waigion, Boni y la tierra de los Papous, no se presenta la Europa mas que de pasó: y hace mal, os aseguro, despreciando estas fértiles costas, y soberbias montañas. En ellas se encuentra al hombre primitivo, al negro en su ahumada choza, al bruto en su guarida: si alguna vez brilla una luz en el seno de estos pueblos, es el instinto el que la ha encendido, pues el espíritu de conservacion hace milagros.

No quiero llevar mas allá estas reflexiones que me dictó mi conciencia á pesar de la rapidez de mis observaciones. Todo ha pasado tan pronto para mí, y con transiciones tan bruscas, que ahora me parece que han transcurrido muchos años desde que abandoné estos lugares.

Los dias pasan con lentitud para quien no cambia de posicion, para quien se deja aletargar por la pereza y el disgusto; pero los meses corren voloz y hasta bruscamente para el que los emplea con ansia, para quien camina con el tiempo teniendo siempre que se le escape.

Me parece que fue ayer cuando salí de Francia, y por una triste compensacion, creo que han transcurrido muchos años sin apretar la mano de mis amigos. ¡Ah! El corazon no puede hacerse ninguna ilusion: el amor, en sentido inverso de la óptica, se hace mayor con la distancia.

¿Se me perdonará ahora esta breve ojeada retrospectiva, á que me ha convidado mi monótona navegacion? ¿Necesitaré implorar perdon por unas páginas que han mitigado mi cansancio y me han hecho esperar con paciencia el viento mas fresco que ya oigo silbar á traves de las velas y de las jarcias?

XXVI.

EN EL MAR.

Pesca de la ballena.

Por la quinta ó sesta vez desde mi partida, he visto pasar á nuestro lado, infatigables y ardientes, atrevidos y robustos pescadores de ballenas. Su vida es la mas activa y peligrosa que se conoce: es una cadena no interrumpida de fatigas y trabajos; para esos hombres pueden ser las horas del dia otros tantos desenlaces de terribles dramas, pues el buque que los lleva va escoltado siempre por la cólera del cielo y de las olas; porque pasan su vida en los mares mas tempestuosos del globo; porque los enemigos que buscan, atacan y sujetan son los mas fuertes, los mas terribles de los seres vivientes, y porque los atacan en su vasto imperio. Para semejante vida son precisos pechos y brazos de hierro, son precisos hombres que miren la muerte con vista serena, y que se hallen dispuestos á arriesgarlo todo por el pronto resultado de su expedicion, á la cual dan mas importancia que si se tratase de la conquista de una ciudad ó de una provincia.

Si se los ve tristes, desanimados, sin energía, sentados en el silencioso puente, es porque el enemigo está lejos y se oculta, es porque pasará el dia sin combate y el viento sin violencia.

Pero que descubran de repente al temible enemigo, y los vereis levantarse al distinguir la señal del vigía colocado en el extremo del palo mayor, lijeros, impetuosos, arrojando sus mas enérgicos votos, y precipitándose como lobos hambrientos, ó como soldados aguerridos en una débil barquilla que puede hacer mil pedazos el menor movimiento de su poderoso enemigo. Encuéntranse, en efecto, en el mundo existencias tan atormentadas, tan violenta y frecuentemente acosadas por el furor de los elementos y de los hombres, que hacen dudar de la razon humana. Nunca he podido pasar al lado de Rouvière, de ese colono generoso del cabo de Buena-Esperanza, sin llevar devotamente la mano á mi sombrero: los pescadores de ballenas han ejercido siempre la misma influencia sobre mí, y siempre que los he visto lejos ó cerca, los he saludado con un respeto que raya en admiracion. Me he inclinado ante su rostro tostado por el sol ó señalado por los hielos, pero siempre grave y reflexivo.

¿Y cuál es la recompensa que recibe el marinero pescador ó el harponero, despues de haber vencido tan eminentes peligros? ¿Podrá regresar al seno de su familia con suficientes tesoros para concluir tranquilamente el resto de sus dias? ¡Ah! no: lo único que le acompaña á su regreso son algunos duros en su bolsa de cuero, para pasar una semana en alegres orgías con los amigos del pueblo; y despues la recompensa que recibe son las enfermedades y la mas horrible miseria... Si puede, vuelve á partir al poco tiempo, vuelve al seno del mar á reunir de nuevo los duros gastados en tan poco tiempo... y su anciano padre ve llegar su última hora sin recibir el adios de su querido hijo, tal vez sepultado lejos de él en los hielos polares.

Si se ha permitido á otros navegantes alguna digresion, ninguna como la que ahora me ocupa merece mas vuestro perdon: no salgo del elemento que quiero dar á conocer, no abandono el campo de batalla en que ya hace dos años que me paseo. ¡Tengo que andar tanto todavía!

Daré algunos pormenores. La fuerza de la ballena está, por decir así, en proporcion con su monstruoso tamaño, y es posible, según todas las probabilidades, comprender y analizar todas sus pasiones. Su rapidez es tal que los mares parecen demasiado estrechos para sus evoluciones, exigentes y caprichosas, y la imaginacion mas loca se detiene al examinar los exactos cálculos obtenidos por medio de documentos irrefragables. Sin embargo, sucede con este monstruoso cetáceo lo que con todas las gigantescas creaciones de Dios: solo despues de profundos estudios, solo despues de muchos años y hasta siglos de trabajos y experimentos, se ha llegado á conocerlos y clasificarlos. La historia y la filosofia no aceptan lo maravilloso mas que cuando conocen que no encierra el absurdo, y el hombre tiene formada la justa y debida idea de la divina sabiduria para respetar y creer en los fenómenos que el miedo, la ignorancia ó la necesidad han hecho por mucho tiempo el objeto de un irreflexivo culto. Todos los tesoros de la creacion ofrecen vasto campo á la meditacion del hombre, sin que por eso debamos creer en fantasmas y quimeras que en vez de engrandecerla, darian una mezquina idea de la omnipotencia divina.

En la actualidad ya se sabe cómo se deben oír esos cuentos de nuestros primeros exploradores glaciales que nos decian que el monstruo *Kraken* tenia mil brazos, y dimensiones gigantescas; que cojia legiones numerosas de pescados necesarios para su subsistencia, llenaba con su volumen los mas profundas

mares, é igualaba su altura á las montañas de segundo orden que sirven como de escalones para llegar á las cimas nevadas mas elevadas del mundo.

Esos fabulosos cetáceos han desaparecido, y la ballena ocupa el lugar que Dios la señaló, y que hasta ahora es el primero, pues ni el elefante, el hipopótamo, el rinoceronte, ni otros muchos animales de gran tamaño, pueden ser comparados con ella. Sin embargo, no se debe rechazar todo porque los estudios recientes lo nieguen y contradigan, pues es sabido que se han confundido nuestras especies, se han encontrado en las entrañas de la tierra animales desconocidos en todos los climas, se los ha estudiado, se han hallado huellas de su existencia en tiempos muy remotos, y bien podria haber sucedido que la ballena hubiese cedido á esa ley de retroceso que tantas maravillas ha producido.

Los naturalistas menos dispuestos á la exageracion no rechazan la idea de la existencia de ballenas de una dimension de mas de cien varas, apoyándose en descubrimientos que por mi parte no puedo asegurar si serán ó no auténticos. De cualquier modo, las ballenas que nuestros intrépidos pescadores atacan en su imperio, no tienen esas gigantescas proporciones, y la longitud de las mas colosales nunca pasa de cuarenta y cinco á cincuenta varas.

Ya os lo he dicho y creo lo sabeis, soy cortés. Al ofrecer el brazo para conducirlos á traves de todas las regiones hasta la pequeña isla de Campbell, la tierra mas inmediata á los antípodas de Paris, casi me comprometí á haceros conocer algunas de las legiones de habitantes de aquellos vastisimos mares, tan terribles en su cólera y particularmente en su calma. Tampoco haré nada de mas en contaros la vida y muerte del poderoso monarca que reina sobre tantos súbditos: acallemos nuestro orgullo plebeyo y hablemos de un rey. Ahí nos espera el drama con su sangre y sus terrores.

Una historia episódica de la caza de ballenas precisando su fecha y describiendo los instrumentos necesarios en tan peligrosa guerra, seria uno de los libros mas útiles á los exploradores de todos los mares polares, y para escitar el celo de algun escritor paciente y concienzudo me apresuro á añadir que seria tambien una especulacion muy lucrativa. ¡Tanta gente hay interesada en este estudio! ¡Tan lentas y monótonas pasan las horas á bordo!

Casi me he impuesto yo esta tarea enojosa, pero antes de referir el drama en que el pescador desempeña un papel tan espuesto, os diré que el hombre y el pez espada no son los únicos enemigos temibles que ha dado el cielo á las ballenas. En medio de los climas mas frios, encuentran estas, ya cuando son viejas, ya cuando las heridas disminuyen sus fuerzas, un adversario que se atreve á perseguirlas hasta en su elemento; adversario audaz y terrible, cual es el oso blanco, tristemente sentado en las playas cubiertas de nieve y viajero aventurero por las montañas de hielo adonde trepa como á un observatorio. A la vista de la ballena que sucumbe y de la que, jóven aun, no ha ensayado sus fuerzas en ningun combate, el oso marino se arroja al agua, ardiente, impetuoso, voraz y frecuentemente hambriento, llega nadando al monstruoso cetáceo, y le ataca por los flancos que desgarran y despedaza hasta que, obligada la ballena por el dolor á una legítima defensa, empieza la terrible lucha entre los dos campeones. Entonces es un desafío á muerte, porque la rabia anima á los combatientes. El cuadrúpedo sube á la superficie, se parapeta detras de una roca de hielo, aparece de nuevo y se arroja al monstruo gigantesco hasta tanto que dándole este con la cabeza ó un coletazo, le deja para servir de pasto á las aves de rapiña y á los voraces pescados de aquellos mares tempestuosos.

Si se pregunta en qué se ha conocido que las balle-

nas boreales son indudablemente mas brutales y mas pependencieras que las australes, y por qué estas dos especies lo son á su vez mucho mas que las que se persiguen en los climas templados, tal vez no será difícil hallar una razon lógica en las relaciones de los climas con las diversas naturalezas que pueblan los mares y las tierras.

¿No es sabido que los leones y tigres de la Nabia, del Atlas, del Cáucaso y del gran desierto de Saarah son sin disputa mas feroces que los de América, en que el calor tropical neutralizado por los vientos frios y algunas veces glaciales de las nevosas cordilleras, da á todo lo que respira la tranquilidad y la armonia tan necesarias á los caracteres templados?

Allí en efecto los arenales, la inmensidad muda, terrible por su silencio y mas terrible aun por el siroco abrasador que la barre; aquí el canto de los pájaros, valles deliciosos, un cielo perfumado, una tierra fecunda; en una parte rocas peladas sin agua y sin frescura, en la otra la imponente magestad de los anchos rios que atraviesan un pais en que la vegetacion mas vigorosa parece disputarles la conquista del terreno. En Africa todos los esfuerzos son casi impotentes para sostener una vida de sufrimiento y de carnicería: en América todo lo que respira tiene un aliento abundante. La guerra enseña la crueldad, la desgracia escita las pasiones del alma; el sosiego es la dicha, y la dicha es la humanidad.

Los buques balleneros tienen por lo comun de treinta y cinco á cuarenta varas de longitud y están forrados de planchas de madera bastante fuertes para resistir el choque de los hielos: llevan de treinta á cuarenta y cinco hombres de tripulacion, comprendidos en este número el capitán, el cirujano y los patronos de las piraguas que se consideran como oficiales. Cada buque ballenero tiene de seis á nueve chalupas de ocho varas de largo, dos de ancho y uno de profundidad, á cada una de las cuales van destinados uno ó dos harponeros, escogidos entre la tripulacion como mas fuertes, entendidos y esperimentados para dirigir la embarcacion segun la marcha de la ballena, aun cuando esta nada entre dos aguas, y bastante hábiles para herirla en el momento en que sale á la superficie para respirar el aire.

Los instrumentos indispensables para esta pesca son el harpon y la lanza. Es el primero un dardo triangular denado en el extremo y cuya punta de hierro tiene tres pies de longitud ó de cinco pies cuando mas. Encima hay un lazo de cáñamo trenzado al que está unida una cuerda llamada sedal, cuyo espesor ordinario es de pulgada y media poco mas ó menos y su longitud de cuarenta á cincuenta brazas.

La lanza se diferencia del harpon en que la punta no tiene ganchos, para poderla retirar fácilmente porque no se dispara como el harpon ni sale nunca de la mano del marinero agresor. Su longitud es de catorce pies contando con el palo que tiene ocho.

Leemos en Alberto que los pescadores contemporáneos suyos en vez de tirar el harpon lo arrojan por medio de una balista.

Schneider pretende que los ingleses trataron de reemplazar la balista con un arma de fuego á fin de alcanzar al cetáceo á mayor distancia.

Y en la *Historia de las pesquerías de los holandeses*, traducida por Mr. Dereste, vemos que este pueblo ha obtenido mejor resultado que los ingleses, que usaban la artillería, valiéndose para el mismo objeto del mosquete, lo cual les esponia menos á los peligros y les daba mas fuerza y facilidad.

Cerca de las costas de la Florida, los salvajes, diestros y determinados nadadores, cogen las ballenas atacándolas de frente y metiéndolas en los agujeros respiratorios un cono de madera; despues se agarran á esta arma dejándose arrastrar bajo el agua; vuelven á subir con el animal y, ya en la superficie, le introdu-

cen otro cono en el segundo agujero. No pudiendo respirar la ballena se ve precisada á echarse sobre la costa y sobre un bayo con el objeto de no tragar un líquido que no puede arrojar y que la asfixiaría. Entonces los salvajes la combaten y triunfan de ella fácilmente.

Estos son hechos verdaderamente extraordinarios consignados en graves anales y que el mismo Lacepede, entre otros escritores, no rehúsa admitir porque le fueron referidos por testigos oculares y dignos de toda fé.

Las notas preliminares que pongo aquí serán leídas con interes porque son en cierto modo un prefacio de la gran página que voy á escribir.

Los vascos son, segun algunos viajeros, los primeros pueblos que explotaron la pesca de la ballena en provecho de la industria. Antiguos manuscritos relatan hechos muy curiosos referentes á esta pesca, que se ha conocido desde tiempo inmemorial en las costas de Etiopía y de Abyssinia, y yo mismo he leído que en tiempo del emperador Claudio, me parece, habiéndose presentado una ballena en la rada de Ostia, se pusieron cables desde un muelle al otro para apoderarse de ella, y el mismo emperador fue á bordo con una escuadrilla de buques pequeños, á atacar el monstruo, á quien se venció con el auxilio de los arqueros y de la guardia petroriana.

Sin embargo cada pueblo á su vez reivindica el honor de un gran descubrimiento ó de una empresa arriesgada, y si fuese preciso apoyarse en la lógica de los hechos, convendríamos quizas en que los castellanos, de quienes han sido tributarios los vascos desde Enrique de Trastámara, tendrían mas razon que las demas naciones del globo para apropiarse la honra de haber osado los primeros atacar en sus dominios al mas gigantesco de los seres vivientes.

Los asturianos siguieron de cerca á los castellanos, y os desafío á que espliqueis con ventaja para otro pueblo la aceptacion general de todas las palabras españolas dadas á los diversos instrumentos de los pescadores. Así es que en una lista inglesa de 1589, conservada en la coleccion de Marchuit, los mangos de los harpones se llaman *estacas*, los cuchillos *machetes* y los sedales lanza y harpon *va y-ven* y *harponeras*.

No tardaron mucho los ingleses en imitar á los españoles, á los cuales acaban de unirse los valientes catalanes, y sus primeras expediciones fueron brillantes y lucrativas. Mas tarde, aunque no pasó mucho tiempo, los holandeses disputaron á los ingleses los mares polares; pero como temian el fuego que amenazaba sin cesar á sus buques fundaron un establecimiento cerca del polo ártico para fabricar el aceite inmediatamente despues de la pesquería de las ballenas. De manera que en menos de cuatro años este establecimiento, á cuyo lado se levantaron otros nuevos, fue tan rico y animado como el mismo de Amsterdam. Búscase en vano hoy el sitio ocupado por estos establecimientos europeos, porque la civilizacion y el comercio no se contentan solo con edificar, sino que tienen sus dias de incendio y destrucción.

No seguiré en todas sus fases de éxito y fomento el resultado de las pesquerías de la ballena en los mares mas difíciles del mundo: mis observaciones sobre este punto me llevarian demasiado lejos. No obstante, un resumen de algunas líneas dirá á las personas para quienes los beneficios de la industria no son una cosa fútil, las épocas precisas de las conquistas intentadas por los intrépidos marinos, cuyos peligros eran tanto mayores cuanto que les faltaba el poderoso auxiliar de la experiencia. La cronología es una ciencia.

En los siglos xii y xiii habia gran número de ballenas cerca de las costas francesas, pero frecuentes pesquerías las arrojaron hácia las latitudes septentrionales.

En 1672 la Inglaterra ofreció una prima para alen-

tar á los pescadores; en 1695 se formó una compañía con igual objeto, ascendiendo las sumas entregadas por los socios á cerca de 100,000 libras esterlinas (500,000 duros). Así triunfaron de los esfuerzos que los vascos y los holandeses tentaban vanamente para prohibirles esta pesca en las costas de Spitzberg y de la Groelandia y en el estrecho de Davis.

Desde 1765 Anstricot y Rhode Island armaron gran número de buques pescadores, y dos años despues 164 barcos batavos persiguieron á las ballenas en la Groelandia y en el estrecho de Davis. En 1768 el gran Federico equipó varios buques balleneros y obtuvo inmensos resultados, pues él no era hombre de contentarse con una sola gloria. En 1774 una compañía sueca fue la que especuló con los productos de esta pesca, y en 1775 el rey de Dinamarca dió varios buques del Estado que rivalizaron ventajosamente con los mercantes. En 1779 el parlamento ingles concedió dinero y gracias á los pescadores de ballenas que iban á enriquecer la metrópoli, para fomentar este género de industria.

La Francia armó á su costa en 1784 seis buques destinados á esta pesca é hizo venir á Dunkerque algunas familias de la isla de Nantuchett, diestros harponeros de ballenas experimentados en mil combates. En 1789, 32 buques hamburgueses atravesaron el estrecho de Davis y las costas de Groelandia, contribuyendo en estas productivas correrías con los demas pueblos á arrojar mas allá hácia el polo los monstruos que antes se paseaban mas cerca de nosotros sin fatigas ni peligro. Así pues todas las naciones de Europa parecian animadas del mismo deseo, particularmente aquellas cuyas costas baña el mar, que se hicieron una concurrencia á todo trance hasta que las numerosas desgracias pusieron por sí mismas un freno al ardor insaciable de una pesca, de que la industria sacaba tan preciosas ventajas.

La ballena franca se alimenta de crabs y moluscos, animales muy pequeños, cuyo gran número compensa la poca sustancia que suministran. Los mares frecuentados por las ballenas están infestados de ellos de tal manera que no tiene mas que abrir la boca para cogerlos á millares. La flacura de las ballenas en las aguas donde son escasos estos moluscos prueba que efectivamente son el pasto de estos monstruosos cetáceos. A cualquiera distancia que vaya la ballena en busca de alimento, atraviesa con tanta rapidez el espacio que la separa que deja detras de sí un ancho y profundo surco, y su lijereza es mayor que la de los vientos alisios. Suponiendo que le basten 12 horas de sosiego diarias, necesitaria 47 dias no mas para dar la vuelta al mundo siguiendo el Ecuador, y solos 24 siguiendo el meridiano. Puesto que una bala de 48 recorre el espacio con una rapidez estremada y que su volumen es por lo menos 6,000 mas pequeño que el de la ballena, la fuerza de la bala no es mas que la sexagésima parte de la fuerza del gigante de los mares; luego el choque producido por el cetáceo es sesenta veces mas terrible, y eso que la lijereza no se ha calculado con arreglo á la mayor rapidez de la ballena. Solo el relámpago puede compararse á su marcha cuando una vibracion de su enorme cola y los movimientos simultáneos de sus aletas le hacen desaparecer á la vista. Esta rapidez y esta fuerza esplican cómo, cuando el animal herido se sumerge y vuela perpendicularmente á la superficie, puede levantar y volcar un buque.

La ballena es muy atormentada por un pequeño crustáceo vulgarmente llamado *piojo de ballena*, que se adhiere á su piel de un modo tal que no se le puede arrancar sin desgarrarla. Escoge con preferencia las partes delicadas del monstruo. Una cantidad considerable de otros insectos pululan en su lomo, atrayendo un número prodigioso de aves acuáticas que se alimentan con ellos. Si estos insectos logran adhe-

rirse á la lengua de la ballena, su muerte es segura, porque se multiplican con tanta prontitud que esta familia hambrienta concluye por roerla. Además de estos enemigos, el rey de los mares tiene que temer al pez espada, y ya hemos dado los detalles del drama en que tiene lugar esta lucha: vienen luego los *delfines gladiadores*, que reuñidos en tropel, cercan á la ballena, la acometen por todas partes para obligarla á abrir la boca, conseguido lo cual el mas inmediato ó el mas atrevido se precipita sobre su lengua y la hace pedazos.

Las ballenas procrean en pie y escogen para este objeto una bahía ó una rada tranquilas; dan á luz un ballenato (rara vez dos) que al nacer no tiene mas que doce ó quince pies de largo. Desde entonces sus correrías por el mar son menos bulliciosas y menos caprichosas. Gústale las aguas donde empezara á ejercer la ternura, y quizás teme cansar á su hijuelo, que no tarda sin embargo á poner en práctica la fuerza prodigiosa de que le ha dotado el cielo, y parecido á un potro salta y brinca, dando así la señal al vigilante que está constantemente alerta. Dicese que el preñado de la ballena es de ocho á nueve meses, pero algunos naturalistas llegan hasta diez y once. Estos son hechos fáciles de probar.

El carácter de estos cetáceos es dulce y harto tímido, y no se les ha visto nunca, á menos de ser atacados, sitiados á los buques, y si se nota menos ímpetu en los que se encuentran como perdidos en las regiones próximas al Ecuador que en los que frecuentan las latitudes polares, es porque la guerra permanente que los últimos sostienen, los enseña á emplear su fuerza y su poder.

He aquí un rápido resumen de las costas y mares en que los navegantes han encontrado ballenas:

En Spitzberg, hacia los 80 grados de latitud, en la antigua y nueva Groelandia, en Islandia, en el estrecho de Davis, en el Canadá, en Terranova, en la Carolina, en la parte del Océano atlántico austral hacia los 40 grados de latitud y los 36 de longitud occidental, cortando desde el meridiano de París, en la isla Mocha á los 40 grados de latitud, cercana á las costas de Chile, en el gran Océano meridional, en Guatemala, golfo de Panamá, en las islas de los Galápagos, en las costas occidentales de Méjico, en la zona Tórrida, en el Japon, en Corea, en Filipinas, en el Cabo de Galles, en la punta de la isla de Ceylan, en las inmediaciones del golfo Pérsico, en la isla de Socotera, cerca de la Arabia Feliz; en la costa occidental de Africa, en Madagascar, en la bahía de Santa Elena, en Guinea, en Córcega, en el Mediterráneo, en el golfo de Gascuña, en el mar Báltico y en Noruega.

¿Debemos deducir de estas noticias, suministradas y garantidas por los navegantes, que la ballena frecuenta habitualmente los mares arriba indicados? No; porque seria comprometer la verdad del hecho estableciendo una regla general por algunas escepciones, puesto que si se han presentado ballenas cerca de la isla de Córcega y en el golfo de Gascuña, es porque fueron arrastradas allí por alguna revolucion marina. Duchomel en su *Tratado de las pesquerías*, nos dice que en la Corea se han encontrado por largo tiempo ballenas harponadas en Spitzberg y en Groelandia por los europeos. Este hecho solo nos prueba la instabilidad del gigantesco cetáceo, pero no nos demuestra que todos los mares del mundo son á propósito para su pesca. Ya conocéis al monstruo, no ciertamente en todas las circunstancias de su larga vida, puesto que se le concede una existencia de nueve á diez siglos por lo menos, pero sabéis lo que hay en él de gigantesco y terrible. Pues bien, el hombre va á combatirle en su imperio, á perseguirle y á vencerle.

Digamos cómo se efectúa esta contienda, á la que

se entregan con la mayor alegría ciertos seres ansiosos de peligros, para quienes las penas son una costumbre y la muerte un asilo.

Me limito á contar sencillamente.

Desde que el marinero vigilante ve desde lo alto del palo el lomo de una ballena, se echan al mar los botes con direccion al sitio indicado por el vigía: rémase con cuidado hacia el animal, y frecuentemente las embarcaciones describen un círculo para llegarse al costado de la ballena, con el objeto de que el harponero, en pie sobre la proa de la chalupa, aproveche el momento favorable para lanzar el hierro mortífero bajo la aleta del monstruo. La destreza del harponero consiste en herir en esta parte del cuerpo al gigantesco cetáceo, porque no solo penetra por ella sin dificultad el dardo, sino que le atraviesa los pulmones y la muerte es casi instantánea. Se conoce la exactitud del tiro cuando la ballena, volviendo á la superficie despues de herida, arroja por los agujeros respiratorios mucha sangre, marcando un surco encarnado sobre las olas. Desde que se siente herida, la ballena azota el agua con su inmensa cola, y desgraciada la chalupa que toca, porque en un segundo queda hecha pedazos. El dolor arranca al animal un gemido sordo, y se sumerge en seguida con tal rapidez, que á no mojarse la cuerda que va unida al harpon se incendiaría con el roce. Se tiene particular cuidado de que no detenga ningun obstáculo al cordel, para que la velocidad del monstruo no lleve detras de sí la lancha y la haga naufragar.

Obsérvanse atentamente desde el buque las diversas maniobras del primer bote, á fin de auxiliarle en caso necesario, y mientras que la ballena hace descender la mayor parte de la cuerda, la segunda chalupa ata otra á la que arrastra el cetáceo. Al cabo de cierto tiempo, que varia segun que la herida es mas ó menos profunda, aparece el monstruo en la superficie y la segunda chalupa ejecuta los mismos movimientos que la primera. Sucede con frecuencia que es necesario un auxilio de á bordo, y los marineros tocan entonces las trompas ó cuernos de peligro, cortando la cuerda prolongada por la de reserva en el caso de ser corta. Pronto se aleja el monstruo de las chalupas, pero una banderola llamada *gallardete* les señala desde lo alto del palo el camino que ha seguido el cetáceo, al que alcanzan á fuerza de remo, generalmente para terminar su agonía á lanzazos ó para atarle con gruesos cables y remolcarlo hasta babor del buque.

Entonces comienza el trabajo del despiece. Los cortadores suben sobre el lomo de la ballena sujeta todo lo largo de la borda por dos cábricas, cuyos extremos de cuerda están atados á la cola y cabeza del monstruo. Para andar con seguridad sobre el lomo de la víctima, los trabajadores van calzados con botas guarnecidas de puntas: algunos ayudantes colocados en las chalupas dan á los cortadores los instrumentos necesarios, cuyos principales son los triunchantes, los cuchillos y los garfios de hierro.

La primera operacion consiste en quitar la *pieza de rebirada*, ancha de cerca de dos pies y larga de todo el cuerpo de la ballena. Córtese en seguida otras lonjas de carne y grasa del cetáceo, que se va volviendo por medio de una cábria; despues se pasa á la diseccion de la cabeza. La lengua se corta lo mas profundamente posible, y con tanto mas cuidado, cuanto que por lo comun se estraen de ella seis pipas de aceite. Este líquido de la lengua que algunos pescadores desprecian cuando la pesca ha sido abundante, es corrosivo á tal punto que echa á perder las calderas, y varios marineros aseguran que si en la operacion les saltase este aceite sobre alguno de sus miembros quedarian baldados para siempre.

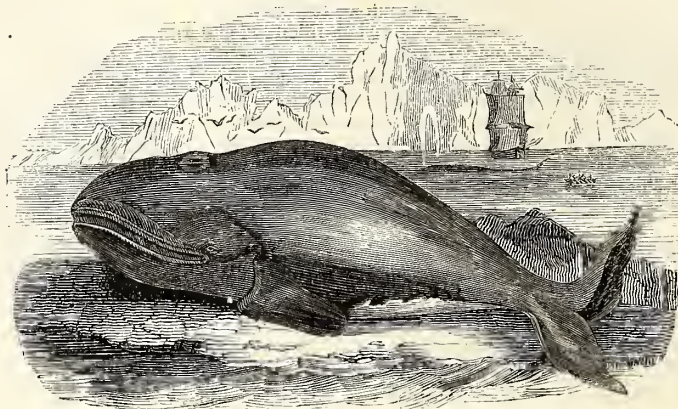
Arrancadas las barbas y cuando no queda ya mas que el esqueleto, se le deja abandonado á una banda-

da de aves acuáticas que durante el trabajo apenas pueden espantar los ayudantes.

Las barbas y el aceite no es lo único que se saca de las ballenas: los groelandeses y algunos habitantes del Norte, comen la piel y las aletas; el corazón de los ballenatos les parece un manjar esquisito. Los intestinos del monstruo adobados reemplazan los cristales de las ventanas, hacen redes con los tendones y con los pelos de las barbas excelentes sedales. También el comercio tiene sangrientos archivos. En algunas comarcas los huesos grandes y las quijadas sirven para la construcción de cabañas.

Algunos ejemplos, por desgracia harto probados, formarán el complemento de estas páginas que me obstino en no creer inútiles en la relación de mis viajes, demostrando los peligros de una guerra que ha costado tantas víctimas. También el comercio tiene, pues, anales sangrientos.

Después de una pesquería completa y asombrosa ejecutada en tres meses sin salir de las costas de Chile á unas cien leguas al Oeste, el capitán Williams, de Dublin, iba á harponar un ballenato, cuando la madre cuidadosa que ve el peligro que amenaza á su hijuelo, salta por cima de él y recibe cerca de la aleta



La ballena

el hierro que se le dirigía. Veíanse desde las embarcaciones los inútiles esfuerzos de la cariñosa madre, herida de muerte para alejar á fuerza de cabezadas y coletazos el ballenato por quien acababa de recibir el golpe fatal; y á tiempo que se le arrojaba el segundo harpon, la madre se precipitó de nuevo volviendo á recibir el hierro en el lomo. Hállase en la relación de un viaje muy penoso hecho por el capitán Macker, de Hamburgo, á los mares de la India, los tristes detalles de un suceso que parece probar la gran inteligencia de la ballena, especialmente cuando se ocupa de su defensa.

El vigía señala á la vez dos enemigos que combatir bastante distante uno de otro. En el momento se arman las chalupas, se colocan en su puesto los harponeros y empieza la caza. Al repetido ruido de los remos las ballenas respiran con mas fuerza, ven el peligro que les amenaza y se reúnen ambas, conviniéndose quizas en los medios mas eficaces de defensa. Evitan los botes, y cada uno de los monstruos á dos cables de distancia, el primero á estribor y el segundo á babor, permanecen tranquilos hasta que repentinamente se lanzan sobre el buque, que queda casi destruido y apenas puede maniobrar hasta las Sechelles, donde no llegó ninguno de los botes.

El capitán Clarke, de Liverpool, dice también que en el banco de Terranova donde hizo una buena pesca en 1816, tuvo el sentimiento de ver la víspera de su vuelta destruidos á la vez dos botes de un coletazo del temible cetáceo, sin que le fuese posible socorrer á las tripulaciones que lo montaban por lo espantoso que era el furor del monstruo, y por lo dispuesto que parecia á empezar otra nueva lucha. La ballena cuando es atacada, ó cuando el dolor no le obliga á combatir, es de una mansedumbre admirable, y se las ha visto frecuentemente escoltar los buques como afectuosos amigos y abandonarlos únicamente porque su impaciencia y la rapidez de sus movimientos, no se avenían á la marcha lenta y regular de las embar-

caciones. Pero lo que con particularidad ha llamado la atención, y á veces escitado la ternura de los exploradores, es el amor que profesan á los ballenatos, amor tan puro y de tanta abnegación como el del diablo ó del kangaroo; afecto de todos los momentos que les arroja á recibir el golpe fatal, bajo el cual va á perecer su imprudente hijuelo. Mil ejemplos probados y auténticos podría aducir si fuera dado dudar de las relaciones de los pecadores espertos: dos ó tres de ellos bastarán á la justificación del gigante de los mares.

El capitán Robert, de Amsterdam, se preparaba á su novena victoria contra las ballenas harponadas en el ancho banco situado cerca de la costa de Chile, cuando un nuevo enemigo arrojó al aire sus inmensos surtidores como para anunciar que aceptaba el combate. Hubo algunos instantes de calma y de reposo. De repente el monstruoso cetáceo, terrible en su cólera, se precipita sobre el bote que acaba de echarse al mar y le hizo pedazos contra el buque, con cuatro hombres que le montaban. Bajóse otro bote del costado opuesto al en que habia sucedido la desgracia, y por medio de una maniobra, parecida á la que con tanta fortuna ejecutara antes, la temible ballena, experimentada de los peligros que corría por diversos combates que sin duda habria sostenido, destruyó ó mas bien aplastó contra el ravier, la segunda embarcación sin que volviese á bordo ninguno de los marineros que la tripulaban. Después de estos dos triunfos, satisfecho el monstruo, acompañó como un amigo al buque hasta las Maurinas, desde cuyo punto se vió precisado este á dar la vela con la mitad de su gente hacia Montevideo, para tomar nuevos refuerzos.

El año de 1830 en las inmediaciones de Tristan de Acuña un pescador persiguió á un gigantesco cetáceo que le fue indicado á corta distancia; púsose al paso y dirigió sus botes hacia el monstruo junto al cual se notaba un imperceptible remolino. Al acercarse distinguió á su lado una masa negra, cubierta casi por

el vasto lomo del gigante de los mares : era un ballenato muy joven é incapaz todavía de discernir y evitar el hierro de sus enemigos. Puesto á tiro de la embarcacion se lanza contra él el harpon por un brazo vigoroso; el hierro penetra, muerde y desgarrá las carnes del ballenato, que quiere huir, pero que se encuentra ya prisionero, vencido y cerca ya de su última hora. Desesperada la ballena trata por de pronto de libertar á su hijo, que arroja á su lado torrentes de sangre y pierde sus fuerzas con la vida : la madre entonces hace nuevos esfuerzos y recibe de la segunda embarcacion en la cabeza un dardo agudo que rompe ó mas bien desprende con un sacudimiento espantoso; pero viendo la inutilidad de sus proyectos se aleja á meditar su venganza. Escapáronse de sus respiraderos inmensos surtidores de agua que caen ruidosos como una catarata, formando un caos horrible en medio del cual giran los botes de los pescadores sin esperanzas de salvarse... Estos nada tienen ya que temer... ahí estais; pero tambien está allá á lo lejos el pesado buque que los vomitó por sus costados, que es adonde se dirige la ballena como á un enemigo robusto y fuerte que es preciso combatir y aniquilar. Marcha y se lanza con toda la velocidad de su fuerza y de su voluntad : un choque semejante al de una roca contra la que tropieza una quilla impelida por la fuerte brisa, conmueve aquella pesada masa y la arroja lejos, sintiéndose en seguida por el costado opuesto una nueva sacudida que levanta al buque, le destruye y le abre. Entra el mar precipitadamente por babor y estribor á la vez; corren los marineros á las bombas, otros cogen las armas; empuñan el hierro para el combate y se largan las velas para herir.... ¡ vanos intentos ! La ballena ha jurado vuestra muerte porque ha perdido á su hijo y este será vengado, aunque todos seais sumergidos. Como un ágil corredor que toma vuelo para llegar mas pronto al término de la carrera, se lanza tercera vez la ballena batiendo el aire y las olas con su ardiente cola y su gigantesca cabeza, destroza la borda del buque que ha jurado destruir, le hace pedazos por todas partes, le hunde poco á poco, y aunque lastimada cruelmente en la lucha, no continúa con menos rabia su guerra de exterminio. De pronto dibújase un remolino en la superficie, abre el abismo su ancha boca, el ballenero se sumerge, desaparece el puente, los palos van achicándose hasta que tambien desapareceu, y el cetáceo, en su último ímpetu de furor, se precipita de nuevo contra un enemigo que ya no existe.

Victoriosa, pero no satisfecha, busca la ballena en seguida las demas embarcaciones, que habian huido y llegado felizmente á la playa. Véase el mónstruo, lánzase aun, hace hervir el agua y de su ciego ardor de venganza se dirige á tierra, donde los marineros consiguen matarla.

Dos buques balleneros, irlandes el uno y de Liverpool el otro se hallaron en concurrencia, en 1830, sobre uno de los dos anchos bancos al SO. del cabo de Hornos, donde las ballenas australes se dan frecuentes citas. De repente se distinguen dos de estas y los marineros corren á su puesto.

— Vosotros á la de babor y nosotros á la de estribor, se dicen los intrépidos cazadores, y que Dios nos ayude.

Viróse pues dirigiendo la proa hácia los mónstruos que juegan en la superficie á fuerza de remos y sin introducirlos mucho en el agua : llegan; cada cual está atento, porque los brinco y saltos de los cetáceos les prescriben una gran prudencia. Diríase que los cuatro adversarios habian hecho voto de correr igual fortuna y que ninguno queria obtener ninguna ventaja sobre los otros. Los dos reyes del mar, sin pensar mucho en el enemigo que les acecha, se separan por último nadando entre dos aguas pacíficamente. Los agudos y tajantes harpones empiezan el

combate, desgárranse las carnes, las heridas son profundas; pero la carrera compromete al bote irlandes que tiene que cortar el cordel para verse libre del potente animal que le remolca. El mónstruo permanece allí como testigo de la lucha entre el bote de Liverpool y la amiga de quien acaba de separarse; nota sus esfuerzos infructuosos, conoce que va á ser vencida y se decide á defenderla ó á vengarla, lanzándose contra los vencedores, azotando el frágil barquichuelo con la cola y sumergiéndole con los hombres que lo montan. Pero no le basta este primer triunfo, pues tiene una afrenta que lavar, el hierro dentado que se introduce en su costado. Aguijoneada tanto por el dolor como por la cólera, se aproxima prudentemente á la piragua en cuya proa está á pie firme el diestro é intrépido harponero que ha cojido sus armas de reserva. Un surtidor inmenso de agua sale y cae como una sábana aniquiladora; la tripulacion bajó la cabeza y cuidó de su seguridad; pero mientras que no piensa mas que en sí, la ballena que satisfecha de su primer triunfo se habia alejado un poco, vuelve como una avalancha haciendo pedazos el segundo bote cuyos restos flotaron en el momento sobre las olas. Privados los dos barcos balleneros de sus mejores marineros tuvieron que dirigirse á toda prisa á Valparaíso para renovar sus tripulaciones.

Y cuando todos estos trabajos se acaban y aun antes de concluirse, el marinero vigilante, colocado en el extremo del palo mayor como un milano que mira una bandada de vencejos, observa el espacio para decir á la tripulacion conmovida todavía:

— ¡ Alerta, alerta ! ¡ Ballena á estribor ! ¡ Corriente al Este ! ¡ A los harpones !

Y vuelta á empezar; nuevos combates, nuevos peligros, y el día siguiente será igual á la vispera.

Para el pescador de ballena no hay reposo asegurado ni noche pacífica. A la primera señal es preciso que se levante con la lanza ó el harpon en la mano, y esta vida de miseria es tanto mas espantosa, cuanto en el momento en que las olas están mas irritadas debe armar su bote porque entonces es cuando el coloso á quien va á combatir se muestra mas alegre en la superficie de los mares. Así se dice que el puerto del marinero pescador de ballenas es su buque en un largo. Todo esto atemoriza el pensamiento mismo.

Mejor quisiera (á largos intervalos se entiende) la caza del leon ó del tigre con Mr. Rouvière del cabo de Buena-Esperanza. Comprendo y admiro á los gauchos de que un día os hablaré, atacando á los tigres con el único auxilio de un saco, de dos bolas á las estremidades de una cuerda, y de dos puñales, de que no hacen uso al principio, metidos en una vaina colocada entre sus botines. Aceptaría con el mayor placer una expedicion contra el elefante terrible y colérico por sus recientes heridas; y aun haria votos por que se me permitiese asistir como actor á una de esas cazas de cocodrilo que os he referido antes de salir de Timor, y haciendo un gran esfuerzo sobre mi pusilanimidad, me colocaria en emboscada para luchar con una de las terribles boas que ahogan á los espantados búfalos... Allí, allí y allí colocais vuestro pie en terreno firme que no os falta nunca; teneis con frecuencia un sitio en que refugiaros, un amigo que os auxilie y á veces una retirada segura en caso de derrota; no combatis mas que á un ser, á uno solo, y no teneis que ocuparos de la cólera de los elementos, neutrales en la contienda.

Pero una guerra contra la ballena, una guerra de todos los momentos contra el gigante de los mares, que puede dar en quince ó veinte días la vuelta al globo : hé aquí á mi modo de ver la lucha mas terrible, mas peligrosa y mas incomprensible que el hombre ha intentado. Un pescador de ballenas es mas que un hombre : saludadle cuando pase cerca de vosotros.

XXVII.

LOS ESPLORADORES.

Esta es mi opinion : vosotros podeis creer lo que mejor os parezca.

—Yo desearia á mi lado, si fuese gefe de una expedicion científica alrededor del mundo, una tripulacion jóven, naturalistas jóvenes, astrónomos jóvenes, dibujantes jóvenes y escritores jóvenes, porque yo querria tambien escritores.

Despues de las memorias auténticas, seguramente son las relaciones de viajes las obras mas curiosas é instructivas, sobre todo cuando el explorador se ha despojado del pedantismo de la ciencia y cuenta con calor y esactitud. Ver bien y referir bien, os juro que son dos cualidades muy raras, y yo conozco hombres que por espíritu de contradiccion y porque han sido precedidos en la carrera, quieren mejor luchar contra la evidencia de los hechos y de las cosas que poner en duda su certeza.

Hay verdades de un dia como hay verdades eternas y sucede frecuentemente que no será el viajero con quien os encontráis mas en oposicion el que habrá sido menos verídico y esacto. Los usos y costumbres experimentan modificaciones tan estrañas y tan rápidas que puede decirse generalmente que el pueblo de la víspera no es el pueblo del dia siguiente y que con frecuencia hay lógica en desmentirse formalmente á sí mismo. Creo que he leído todos los grandes viajes publicados desde Humboldt hasta el pobre Caille que no obstante veria tal vez á Tombouctou, y lo que antes de nada he tratado de averiguar ha sido la esactitud de las descripciones físicas de las cosas y los hombres. Si he hallado la fuente que me habeis indicado, si he luchado contra el torrente que ha estado para tragarme, si he subido el cono rápido que ha agotado vuestras fuerzas, atravesado el espeso bosque ó el desierto estéril que me habeis señalado; si he vuelto á encontrar el basalto, el schisto ó el granito sobre que habeis descansado para escribir vuestras observaciones, digo que habeis sido verídicos en lo demas, cualquiera que sea la diferencia que noto entre vuestro modo de ver y el mio, porque habeis visto lo que mis ojos vieron y nada me importa el resto. Estamos de acuerdo en un punto, que es lo principal, y ahora juzgad los hombres y las instituciones con vuestra lógica, con vuestro corazon y con vuestros sentimientos. ¡Qué me importa! vuestros sentimientos no son siempre los míos ni vuestra lógica es siempre la mia, sacais de un hecho una consecuencia que no admito y nos conformamos; pero cada uno de nosotros ha dicho la verdad porque cada cual ha hablado segun su íntimo conocimiento. Además; entre los pueblos en que las leyes no son mas que la espresion de la voluntad del gefe, el crimen de ayer es una virtud mañana. Habeis llegado un dia despues que yo, y este retraso ha sido suficiente para que con razon hayais desmentido la veracidad de mis relatos.

La muerte de un hombre es á veces una regeneracion ó un decadencia, ved si no á Tamahamah en las islas de Sanwích.

La China es la única que no entra en mi raciocinio, porque la China es una escepcion de todas las cosas, un pueblo fuera de las condiciones de los demas pueblos, estacionario, irremutable. El pasado de un chino es su presente y probablemente su porvenir, porque han pasado cuatro mil años sobre su imperio sin aumentarlo, sin disminuirlo y sin modificarlo.

Es mas difícil de lo que se piensa escribir concienzudamente una relacion de viajes, pues á mas de la veracidad que es el primer deber del narrador, se necesita la sumision del espíritu y de la imaginacion. Hay un cuadro que llevar y no puede irse mas allá de él. El paisaje se halla ante sus ojos y es preciso

traducirlo tal cual existe, ó al menos tal cual se cree verlo, y no debeis nunca, aun en el interes de vuestro cuadro, hacer que serpenteé á la derecha un arroyo que en el sitio que se describe toma una direccion opuesta. Nadie tiene el derecho de crear á vista de la creacion, y precisamente los contrastes son los que forman la grandeza y la majestad contra los cuales os sublevais inútilmente. La mano del hombre coje mas bien que embellece.

Por el contrario, en las obras de imaginacion el desórden engendra con frecuencia la armonía: describis sentimientos, emociones, las pasiones del alma, los vicios, el ridículo y las estravagancias humanas. ¡Oh! entonces ensanchais vuestro cuadro, se os presenta un vasto horizonte, y si os determinais á ser pequeño es porque sois raquítico, porque podeis recorrer los caminos trillados, buscar otros nuevos, profundizar en el fondo de las cosas y combatir principios; en una palabra, se os ofrecen un caos que desenredar, un nuevo mundo que reconstruir.

Si es rigurosamente cierto que el estilo es el hombre, en nada se conoce mejor que cuando se trata de viajes. Traducir lo que ven los ojos, lo que el talento comprende, lo que la razon acepta, es traducirse á sí propio. El lenguaje que hablais es por tanto la mas pura espresion de vuestra alma, porque del alma sola emana todo sentimiento, al paso que en un libro de creacion no sois el único que figura en el drama, en la comedia ó en la sátira, sino varios personajes, ante los cuales estais obligado á ocultaros para dar á cada cual el genio y el carácter quelessen peculiares. Ved como de esta manera se ensancha vuestro horizonte.

Con todo ¿es posible dramatizar una obra en cierto modo didáctica? Hé aqui una nueva cuestion que tal vez debia haber resuelto antes de emprender el penoso trabajo que me he impuesto.

¿Pero qué quereis? el orgullo humano es tal que no castiga hasta despues que se ha tenido un largo placer en afrontarlo. Decimos sin avergonzarnos: no hagamos lo que los demas porque de fijo lo haremos mejor, porque toda pasion absorbe, tiraniza y estravía, y hay, si es que se me permite espresarme así, mas ciegos de espíritu que ciegos de los ojos. Respecto á mí, mas bien aturdido que vanidoso, me he metido en un nuevo camino, pues quiero que el lector me encuentre en mi obra tal cual me ha visto siempre, tal como soy en la vida privada. *Es él*: estas dos palabras han resonado frecuentemente á mi oido cuando por casualidad un ocioso ó un indiscreto contaba en alta voz algun hecho de mi repertorio, y nunca me he resentido de esta aplicacion rápida: *es él*, porque no he tratado de ocultarme como otros muchos, y porque despues de la ingratitud ningun vicio me parece mas odioso en el hombre que la hipocresia.

Héme aquí delante de vosotros sin colorete, como debiera presentarse cualquiera que habla ó escribe para el público, pero el carnaval dura en los pueblos civilizados mas de lo que permiten nuestras locas instituciones. Bajo este aspecto Venecia es la que mas se aproxima á la verdad. *Si supiera que nadie me habia de leer*, ha dicho un gran genio del siglo xiv, *no escribiria en mi vida una sola línea*. ¡Oh filosofía! Pues bien, yo escribiré aun cuando una voz severa, llegando hasta mi oido, me hiciera oir estas amargas palabras: *nadie te leerá*. Escribir segun su razon es multiplicarse, vivir dos veces, es, por decirlo así, comprender y sentir su vida. Además todo emborronador de papel puede tranquilizarse, porque no hay libro que no ocupe su lugar en el mundo y no recoja por una ú otra parte algunas consoladoras simpatías: léase al tonto y al malo; y aunque el envidioso y el cansado formen una escepcion de la regla, es preciso

leerlos tambien para asegurar que son lo que son en efecto.

Recapitalemos sin órden. La *Historia de los viajes* de la Harpe, es una recopilacion entretenida pero inverdica menos en ciertos episodios. Desconfiad siempre de esos hombres que recorren el globo sin salir de su gabinete, en prueba de ello estudad la historia natural en el Buffon, que se obstinan en poner en manos de la juventud, y notareis lo que es necesario rectificar á medida que vayais avanzando en la carrera de la vida.

Antes de mi viaje me habia impregnado de la *Historia filosófica de las dos Indias* por Raynal..... ¡Dios mio! ¡qué heregias! Una mirada, una sola, sobre los paises de que habla me ha enseñado mucho mas que él en sus elocuentes páginas, manchadas todas por la mentira.

De todos los viajeros que me han precedido en estas peligrosas escursiones, en el que mas fé he tenido despues de mil comprobantes ha sido Cook. Su libro es él: marinero intrépido, temerario, brutal á veces, ve sin embargo, y ve bien, con esactitud, menos los detalles que los conjuntos, pues parece como que no ha tenido tiempo de mirar á su alrededor deseoso de descubrir nuevos horizontes. Cook es un gran hombre y el primer navegante ingles.

Vancouver posee mas erudicion, mas delicadeza mas tacto; penetra en la tierra que visita y la ciencia le auxilió poderosamente.

¡Qué esacto, qué metódico y qué verídico es Dampier! Sus escritos son un espejo fiel de los objetos que reflejan. Dampier está muy cerca de Cook.

Bougainville se entretiene con todo y juega con los sucesos como con la verdad: es un capitán de caballería á bordo.

El almirante Auson es uno de esos navegantes intrépidos y llenos de experiencia que no retroceden ante ningun obstáculo, y antes por el contrario se arrojan á todos los peligros que se le indican, ocupándose mucho menos de su propia fama que de la gloria del pais, cuya bandera dominadora pasean por todos los mares.

Los escritos de Auson tienen un carácter de franqueza y entusiasmo que se armoniza perfectamente con el que dan los biógrafos á este navegante, que tan dignamente ganó los primeros empleos de la marina real.

Wallis se halla al lado de Auson por el valor y tal vez le es superior por la elegancia y esactitud de sus descripciones, que se resienten no obstante de monotonía.

Desgraciado de aquel que en la relacion de sus lejanas escursiones ahoga el interes bajo el peso de la ciencia. Pocos siguen al que no se dirige mas que al entendimiento, pues el corazon debe tener la mitad en todos los goces.

Drake ha merecido como Wallis la bella reputacion de que disfruta, uniendo su nombre á grandes descubrimientos.

Carterets es de la escuela de Dampier que es la buena, la que recoge y produce, la que debe servir de modelo al que quiere aprender y enseñar.

¡Lapeyrouse! ¡Los hermanos Laborde! ¡Qué horribles catástrofes en un solo viaje!

Las palabras salidas del Océano han tenido un eco tan débil y tenebroso, que acaso hay en ellas todavia un magnífico problema que resolver.

Marchand es sin disputa uno de los viajeros mas concienzudos, y la relacion de sus correrias y peligros está hecha con una especie de sencillez y abandono que escluye toda suposicion de mentira y de farfanteo: es un libro útil á cualquier explorador.

El elocuente Peron era demasiado ávido de ciencia, y por eso su obra aunque instructiva es poco entrete-

nida, presentándose el monosílabo yo con demasiada frecuencia á la vista del lector.

Citemos ademas, pero sin órden, otros nombres que se ofrecen á mi memoria como rayos brillantes de una gloria inmortal. Magallanes fugitivo ante una borrasca, se refugia en un brazo de mar donde espera encontrar un puerto, penetrando despues de mil peligros y de algunos dias de navegacion lenta y en medio de corrientes contrarias, y resuelve un gran problema, cuya solucion se habia buscado en vano hasta entonces: el vasto Océano pacífico será visitado por el Oeste. La relacion de Magallanes es mas esacta que sus cartas, y sin embargo no fue ciencia lo que faltó á este hábil navegante sino paciencia, especie de valor mas raro cuasi que el que se llama valentía.

Davis solo desea peligros y tempestades; y su vida de predileccion es la que pasa cerca de las costas en medio de los arrecifes: descubre el célebre estrecho que lleva su nombre y se coloca á la altura de los primeros exploradores.

Despues de la matanza en que fue muerto Cook en Onhyée, tomó King el mando del buque inglés que debia volver á Inglaterra sin el gran capitán que hasta allí lo habia dirigido. King pasa desapercibido al lado de su maestro.

¿Pronunciaré los gloriosos nombres de los Alburquerque; de los Diaz de Solis, de los Vasco de Gama, y de los Cabral, con que se muestra tan orgulloso Portugal, y de que tienen envidia las demas naciones? Hay en las relaciones de estos valientes exploradores un perfume de fanfarronada completamente en armonía con los nobles soldados que se pasearon de victoria en victoria por todas las Indias, y sometieron tantos pueblos.

¿Qué os diré del bravo y desgraciado Jacquemont, cuyas tiernas cartas ofrecen tal encanto, interes y elocuencia que parece se leen las brillantes páginas de Walter Scott y de Chateaubriand? En estas atrevidas escursiones casi son siempre los mas intrépidos los que sucumben, y los mas dignos los que pierden la vida en medio de las fatigas de su gloria. El estilo de Jacquemont está impregnado de un colorido poético que os eleva, dándole la candidez de la mayor parte de sus relatos un atractivo tan poderoso que es imposible dejar de tomar una parte en las penalidades, en los peligros y en los placeres que refiere. Hé aquí los hombres sobre quienes debian echar la vista los gobiernos.

¿Qué puedo deciros ademas, de esos corazones de bronce, de esos hombres de hierro que no toman del mar mas que la cólera, del cielo mas que la tormenta, de la naturaleza entera mas que los trastornos?

Vedlos hacer alegremente los preparativos de su marcha cuando hay locura en creer la posibilidad de la vuelta: vedlos jugando con sus buques como con la tumba; locos intrépidos que no van á buscar las zonas tranquilas, los mares sosegados, los parajes sin arrecifes, sino que piden y arrostran con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazon, las montañas de hierro que caen sobre ellos y los aprisionan entre sus gigantescas murallas, las rápidas corrientes que hierven al costado del buque y le arrastran, un cielo glacial, caminos no pisados y desconocidos, cataratas en que están dispuestos á lanzar sus fuertes embarcaciones, en fin, un problema náutico que resolver despues que veinte imprudentes tentativas y veinte catástrofes recientes han trazado delante de ellos la terrible palabra: imposible, que pretenden borrar del diccionario de los navegantes. ¿No he nombrado ya á los capitanes Parry, Rosse y Sabine, verdaderos lobos marinos, cuyas terribles relaciones os oprimen como una prensa y os lielan la sangre en las venas?

Recordemos aquí un dolor amortiguado y dejemos correr de nuevo nuestras lágrimas sobre un profundo recuerdo de sentimiento y de duelo. Cuando el

mar devora, lo hace en silencio, sin ruido, absorbe, ahoga, traga; una ola destruye la ola que acaba de pasar, y los buques viajeros se deslizan sin emoción sobre sus mudos sepulcros.

«Un ballenero le vió, dicen, naufragar en medio del mar enclavado en los hielos del polo. En un momento se abrieron las aguas, volvieron á reunirse y todo quedó silencioso en la superficie. Quizas así pereció Lapeyrouse.»

¡Valiente é infortunado Blosseville! joven entusiasta, intrépido marino, sabio explorador. ¡Oh! Mi corazón palpitó de alegría, cuando una voz amiga, la de mi hermano, dijo desde la tribuna nacional á la Francia entristecida, y á la Europa que le escuchaba con recogimiento: «Sí, que se ofrezca por el Estado una gran recompensa, una recompensa ilimitada á cualquier marino, á cualquiera persona que venga á darnos noticias, no ya de este valeroso oficial sino de un solo marinero de su entusiasta tripulación, y á decir á la ciencia pesadosa: Blosseville vive ó Blosseville ha muerto.»

Si Cristóbal Colon, á quien el antiguo mundo dió un mundo rival, pagó con la prision y la pobreza su sabio descubrimiento, figuraos qué placer, qué embriaguez debió sentir su alma ardiente, cuando delante de si vió una tierra virgen y una vegetación embalsamada surgieron del mar para admirarla y consolarse de sus fatigas; figuraos aun, qué orgullo debió hacer levantar á su tripulación sumisa y prosternada, después que la víspera habia decidido darle muerte.

Hállase en las relaciones de diversos viajes del genoves cierta tintura de maravilloso que los escritores de aquella época, arrojan á manos llenas sobre sus verídicas noticias. Cuando el antiguo mundo se conmovía en presencia de los mágicos cuadros que se desarrollaban á su vista, ¿cómo era posible que los que iban á estudiarlos permaneciesen frios y sosegados frente á una naturaleza joven y magestuosa, de hombres de color diferente, de mares fosforescentes, á cuyo centro llegaban como dominadores? El *Eldorado* lejos de ser una quimera, fue una realidad; España y Portugal emigraron á él, y la Europa entera hubiera querido seguir las á aquella tierra regeneradora.

XXVIII.

CONTINUACION DE LOS ESPLORADORES.

Si analizamos ahora el carácter de estos atrevidos exploradores que, sin haber dado la vuelta al mundo, no han dejado de arrostrar por eso los peligros mas inminentes, le encontramos en perfecta consonancia con el colorido de sus libros, donde sin embargo se percibe siempre esta idea principal é inconveniente: *Nadie ha de venir ha desmentirme.*

Mongo Park es osado, sabe que abre una nueva senda á sus sucesores, y no necesita recurrir ni á las mentiras ni á lo maravilloso, porque contará el primero lo que ha visto antes que nadie.

Belsoni, Boutin y Clapperton, penetraron en las soledades africanas, muriendo mártires de la ciencia bajo el puñal de los moros ó los árabes, ó bajo el peso de horribles privaciones.

Después encontrareis al pobre Caillé, joven aventurero, sin instrucción, sin talento, sin memoria y sin inteligencia; que anda, anda de caravana en caravana, sigue el curso de los rios, sin provisiones, sin vestidos ni guía, faltándole á veces agua para apagar la sed, y otras, armas para defenderse; adelanta continuamente y de reves en reves, de caída en caída, llega al centro del Africa salvaje, entra quizás en Tombouctou, que asegura es una ciudad redonda, sin acordarse que sus dibujos la presentan cuadrada; se escapa de esta ciudad misteriosa sin que nadie se ha-

ya dignado castigar su atrevimiento, atraviesa en su mayor estension el vasto desierto, y arriba por último á Tunes ó á Trípoli, donde el mismo cónsul frances no se determina á averiguar la verdad de su relato.

¿Y no habria injusticia é ingratitud por mi parte, no colocando al lado de los hombres que acabo de citar el nombre de Bompland, el paciente é intrépido compañero de viaje de Humboldt; Bompland, oculto largo tiempo á la sabia y entristecida Europa por los impenetrables desiertos de América; Bompland, que ha dedicado tantos años de su dolorosa esclavitud al descubrimiento de las riquezas botánicas y mineralógicas de las cordilleras y de las inmensas llanuras del Paraguay?

Después viajareis con los hermanos Landers, infatigables marineros, amigos constantes y afectuosos, que escriben sus curiosas relaciones como pudiera hacerlo un paisano del Danubio, y que fuerzan vuestra credulidad, tal es el aire de sinceridad que se nota en cada una de sus palabras.

Colnett, introduciéndose en medio de los hielos polares y no deteniéndose mas que allí, donde las fuerzas humanas sucumben bajo la fuerza de un cielo sin sol y de una tierra sin vegetación, es muy superior aun á la alta reputación que goza.

España, que pasó casi desapercibida entre todas estas ilustraciones, nos ofrece por fin á Quirós, intrépido pirata y audaz piloto, que se lanza á todas partes, braman las olas y enriquece las cartas marítimas con un gran número de bajíos desconocidos hasta entonces. Quirós ha merecido bien del mundo entero que debe colocar su nombre muy próximo al de Cook.

No debe olvidarse el ingles Sebastian Cabot en esta nomenclatura, porque tambien se ha distinguido por útiles y peligrosos descubrimientos y por cartas de una exactitud superior á todo elogio.

Trista da Acuña ha dado Madagascar al universo.

Jacobo Cartier fue el primero que vió el Canadá.

Cortés y Pizarro, conquistando el uno la California y el otro el Perú, descubiertos por Perez de la Rúa, han colocado sus nombres imperecederos entre los grandes hombres de aquella época tan fecunda en maravillas.

¿Y no habrá sitio tambien en esta honrosa lista al intrépido y sabio ingeniero Oxley, que me recibió con tanto cariño en Sidney y con quien hice, mas allá del torrente de Kinkhan, una correría tan penosa, larga y espuesta; Oxley, joven é infatigable, al que es deudora la Inglaterra de los documentos mas curiosos acerca del interior de la Nueva-Holanda mas allá de las montañas Azules inaccesibles hasta entonces; Oxley, que ha trazado con tanta precisión la dirección de las corrientes de agua y rios interiores de aquel vasto continente, cuyos manantiales y desembocaduras no se conocen todavía; Oxley, que en interés de la ciencia únicamente ha arrostrado tantos peligros y estudiado tantos pueblos salvajes?

Pero de todos estos exploradores á quienes la ciencia geográfica debe tan preciosos datos, ninguno mas digno de que fuesen recogidas sus palabras sacramentales, que el irlandés Mac-Irton, cuya milagrosa vida ha corrido tantos peligros y sufrido tantas miserias.

El cónsul ingles del cabo me manifestó las averiguaciones que habia hecho para apoderarse del fugitivo, así como los temores de que sus esfuerzos tuviesen buen resultado.

Por Mac-Irton se ha tenido la primera idea de la desconocida Tombouctou, sobre la cual pasarán seguramente muchos siglos sin que nos lleguen de ella nuevas y exactas noticias, porque los habitantes del interior del Africa son mucho mas temibles que sus desiertos, y las pasiones humanas mas peligrosas que la furia de los tigres y leones.

El marinero Mac-Irton montaba un buque irlandés

anclado entonces en el cabo de Buena Esperanza. Habiéndole maltratado violentamente su teniente al hacer una maniobra, el marinero furioso le contestó con un bofetón, por lo cual fue preso, juzgado y condenado á muerte. La sentencia debió ejecutarse en el puente del buque dentro de veinte y cuatro horas, y Mac-Irton, atados los pies con una cadena, aguardaba en la proa el momento fatal. Ya el pito del contramaestre había llamado á toda la tripulación y el ministro protestante leído el oficio *consolador* cuando un profundo bramido, dirigió todas las miradas hacia la costa que había tomado un color pálido que fatigaba la vista. El mar estaba agitado sin ráfagas de viento, espesos torbellinos de polvo ocultaban á la ciudad como en un sepulcro, pasando por la cima de la Table terribles y amenazadores nubarrones de color de cobre, que rodaban, subían y bajaban, surcados incesantemente por relámpagos y brillantes centellas. Alzaba su voz el huracán, la playa esperaba las víctimas, el Océano abría sus abismos y la tripulación de los buques anclados en la rada, dirigían súplicas al cielo. De repente se desencadenan todos los elementos y reinan solos el caos y la noche. Mac-Irton no quiere morir sin tratar al menos de prestar algún auxilio á sus compañeros que le aman, y el teniente es el primero que manda quitarle la cadena. Echanse todas las anclas, tiéndense todos los cables y cadenas, pero el buque se sumerge y se levanta, cae y resbala en medio de las olas que llegan á las nubes, y por un milagro del cielo es el único que se salva de la destrucción general.

Aunque mortal para muchos barcos, la tormenta fue corta, y no bien apaciguada recordó Mac-Irton su posición de la víspera que había olvidado entre los torbellinos y el estrépito de la naturaleza. De lo alto de la berga en que estaba izado arrojóse á las espumosas olas, entregándose á ellas seguido ávidamente con la vista por todos sus compañeros que hacen por él votos fervientes, menos el teniente que deseaba un ejemplar para atemorizar á la tripulación. La noche y la oscuridad de los nubarrones ocultaron bien pronto al pobre marinero, y al día siguiente mandó á tierra el teniente un bote, para que se hiciesen las mayores diligencias con objeto de apoderarse del fujitivo. ¡Inútiles tentativas! Súpose que un marinero de un buque irlandés habíase arrojado sobre los arrecifes de la costa, salvándose de la tempestad, pero se ignoraba qué había sido de él.

Previendo lo que le esperaba en la ciudad, Mac-Irton sin vestidos, sin viveres, y casi sin fuerzas, entró en los desiertos que hay á las inmediaciones de Table-Bay, y quiso mejor esconderse á las garras de los animales feroces, que volver á bordo á pedir un perdón que de fijo se le hubiera negado.

Aquí comienzan las dudas, ó cuando menos le maravilloso. Solo Mac-Irton es garante de la veracidad de sus relatos, y desgraciadamente su razón, turbada por la fatiga, las privaciones y los peligros, creaba acaso un mundo que no había visto. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el irlandés se presentó un día en Argel, desde donde el cónsul inglés, que recibió sus confidencias, le envió á Londres con la solicitud de indulto. Se le hicieron preguntas, recogéronse escrupulosamente sus más dudosas palabras, y se publicó la relación de sus correrías de cuatro años por el interior de Africa.

Mac-Irton se acogió primero entre los hotentotes, que en guerra entonces con los cafres, le dieron el mando de su expedición... Hecho prisionero, fue respetado y conducido á expediciones mas lejanas, de manera que ya vencedor, ya vencido, se iba alejando mas de día en día de la colonia. Por último, después de indicar con exactitud algunas poblaciones africanas, sobre cuya existencia no cabe la menor duda, habla de la gran Tombouctou, desde donde salió há-

cía el Norte con una caravana en compañía de la cual llegó á Argel. Mac-Irton murió á los pocos días de llegar á Londres, pero aunque imperfectos, sus datos han contribuido bastante á indicar al mundo esa capital salvaje y oculta, cuya existencia no es ya un problema.

Y si en seguida de estos nombres, algunos de los cuales son una gloria, nos atrevemos á citar el mas ilustre de todos, os enseñaré al que lo lleva colocado en los mas elevados picos de las cordilleras, estudiando el Cotopaxi y los volcanes de aire de Turbaco, escavando las capas de la tierra para hallar tesoros ignorados hasta entonces, discurriendo sobre las dos Américas, analizando con su mirada de águila las riquezas botánicas, mineralógicas y ornitológicas con que ha engrandecido el dominio de la ciencia; siguiendo el curso de los ríos, lanzándose al abismo con las cataratas, entrando en las grandes ciudades para describir su progreso, su decadencia y sus costumbres, como filósofo, historiador, físico y astrónomo, y gastando en estos trabajos sumas considerables, ante las cuales retrocederian muchos gobiernos, y hallaréis á ese Alejandro de Humboldt, instituto vivo, cuya amistad me es tan cara y cuya vida entera es un estudio continuado de todos los días, de todos los instantes. Desgraciadamente pocas personas leen sus folios en que se conservan tantos descubrimientos, porque toda ciencia elevada es enfadosa para el que se avergüenza de no comprender: hay rayos demasiado brillantes para que puedan mirarlos... los ojos vulgares.

Fácilmente comprenderá cualquiera por qué entre hombres tan célebres no pongo los modernos, pero no menos gloriosos, de algunos atrevidos y sabios exploradores, que han hecho hacer tantos progresos á la navegación y enriquecido á su país con recientes conquistas físicas y morales. Ahí están sus obras que andan en todas las manos y en todas las bibliotecas sin necesitar el apoyo de mi débil voz para excitar la curiosidad pública. Seguir sus huellas hubiera sido en mí una falta que me he guardado bien de cometer, y tan grande era el espacio que ellos habían ocupado, que solo me quedó la estrecha senda por que camino.

Era demasiado peligroso encontrarme á su lado en el ancho camino que explotaron con buen éxito, pero los campos mejor segados dejan algunas espigas que recoge el que se arma de valor y de constancia.

Lo que á mí me gusta, sobre todo en la lectura de los viajes, son las anécdotas. Los sistemas pueden chocar, combatirse destruirse sucesivamente (y esto es lo que debe suceder siempre), pero los hechos tienen una lógica mas poderosa y son los que prueban las costumbres de un pueblo, el espíritu de una época. La buena acogida hecha á mi libro no me deja ningún remordimiento por haber sembrado en mi camino un gran número de anécdotas de que cada cual puede sacar las consecuencias de su filosofía particular. En segundo lugar soy poco aficionado á aislarme en mis correrías, y lo que mas me agrada es un buen compañero de viaje que entre por mitad en mis alegrías y en mis dolores. Ser feliz solo, es no serlo; así que el egoísta no conoce la dicha mas que á medias. Cuántas veces en medio de los grandes é inmensos panoramas que se desarrollaban á mis ojos, he exclamado: «¡Ah! ¡si estuviesen aquí mis amigos para participar de mis conmociones!»

¡Se me perdonará el que haya tomado frecuentemente por compañeros á estos dos valientes marineros, Petit y Marchais, cuyas candidas observaciones han alentado tantas veces mi valor y sostenido mis abatidas fuerzas? Así lo espero. Estas dos toscas inteligencias, estos dos corazones tan nobles y generosos, estos dos caracteres de hierro que jamas se doblegaron ni á las miserias ni á los dolores, estas dos abnegaciones á prueba de las mas espantosas catástrofes, me

han protegido y consolado demasiado tiempo para que mis lectores no las encuentren con placer á mi lado. ¿Qué ha sido de ellos? ¿qué cabaña abriga su pobreza? ¿Qué voz amiga les recompensa sus peligrosas travesías? ¿Qué olas han recibido su último suspiro? ¿Cuánto se lo agradecería al que quisiera darme noticias de Petit y de Marchais! ¿Cuánto desearía que se les hubiese tendido una mano generosa en su camino!

Los talentos superiores que conjuren la aparente lijereza de mis relaciones, o pongan á su descontento la naturaleza de mis principios y de mi carácter, indiferente siempre en las mas graves circunstancias. ¿Debía yo acaso, vencido por la horrible desgracia que pesa sobre mí, arrojar á manos llenas la tristeza y la amargura en mis relatos? No, porque entonces toda mi obra seria una mentira. Nunca es uno verídico mas que cuando escribe bajo la impresion del momento. Hé aquí mis notas, mis bosquejos; no los traduzco, los copio; lo que digo hoy es lo que decia cuando rugia la tempestad á nuestro alrededor, cuando los antropófagos nos amenazaban con sus críes y sus rompe-cabezas, cuando atravesaba las vastas soledades, cuando mis lábios secos pedían un poco de agua al desierto estéril y silencioso: lo que os cuento ahora es la expresion mas exacta é íntima de mis sentimientos de entonces. No he prometido otra cosa.

Tal vez no es inútil, despues de este rápido resumen, las fechas de los principales descubrimientos hechos por los navegantes de todos los paises del mundo, y por ellas se verá que Portugal, tan humilde y pequeño actualmente, ha desempeñado el primer papel en estos viajes peligrosos, en que sus capitanes necesitaban mas valor que conocimientos. ¡Así pasan las glorias, duermen y desaparecen los mas nobles recuerdos de los pueblos!

EPOCAS DE LOS PRINCIPALES DESCUBRIMIENTOS.

	Años de J. C.
<i>Las Canarias</i> , por navegantes genoveses y catalanes.	1345
— Juan de Bethencourt las conquistó desde.	1401 á 1405
<i>Porto Santo</i> , Tristan Vaz y Zorco, portugueses.	1418
<i>Madera</i> , por los mismos.	1419
<i>El cabo Blanco</i> , Nuño Tristan, portugueses.	1440
<i>Las Azores</i> , Gonzalo Vello, portugueses.	1448
<i>Islas de Cabo Verde</i> , Antonio Noli, genoveses.	1449
<i>La costa de Guinea</i> , Juan de Santaren y Pedro Escobar, portugueses.	1471
<i>El Congo</i> , Diego Cam, portugueses.	1481
<i>Cabo de Buena-Esperanza</i> , Diaz, portugueses.	1486
<i>América</i> (isla de San Salvador, en la noche del 11 al 12 de octubre), Cristóbal Colon.	1492
<i>Las Antillas</i> , Cristóbal Colon.	1493
<i>La Trinidad</i> , (continente de América) Cristóbal Colon.	1498
<i>Las Indias</i> (costas orientales de Africa, costa del Malabar), Vasco de Gama.	1498
<i>América</i> (costas orientales), Ojeda acompañado de Américo Vespucio.	1499
<i>Río de las Amazonas</i> , Vicente Pinzon.	1500
<i>Terra-nova</i> , Arteral, portugueses.	1500
<i>El Brasil</i> , Alvarez Cabral, portugueses.	1500
<i>Isla de Santa Elena</i> , Juan de Nova, portugueses.	1502
<i>Isla de Ceylan</i> , Lorenzo Almeyda.	1506

<i>Madagascar</i> , Tristan de la Acuña.	1506
<i>Almatra</i> , Sequeira, portugueses.	1508
<i>Malaca</i> , el mismo.	1508
<i>Islas de la Sonda</i> , Abreu, portugueses.	1511
<i>Molucas</i> , Abreu, Cerrano.	1511
<i>La Florida</i> , Ponce de Leon, español.	1512
<i>El mar del Sur</i> , Nuñez Balboa.	1513
<i>El Perú</i> , Perez de la Rúa.	1515
<i>Río Janeiro</i> , Diaz de Solís.	1516
<i>Río de la Plata</i> , el mismo.	1516
<i>La China</i> , Fernando de Andrade, portugueses.	1517
<i>Méjico</i> , Fernando de Córdoba.	1518
— Hernan Cortés lo conquistó.	1519
<i>Tierra de Fuego</i> , Magallanes.	1520
<i>Islas de los Ladrones</i> , el mismo.	1521
<i>Islas Filipinas</i> , el mismo.	1521
<i>América Septentrional</i> , Juan Verazani.	1523 y 1524
<i>Conquista del Perú</i> , Pizarro.	1524
<i>Las Bermudas</i> , Juan Bermudez, español.	1527
<i>La Nueva Guenca</i> , Andrés Vidantcal, español.	1528
<i>Costas inmediatas á Acapulco</i> , de orden de Cortés.	1534
<i>El Canadá</i> , Jacobo Cartier, frances.	1534 y 1535
<i>La California</i> , Cortés.	1535
<i>Chile</i> , Diego de Almagro.	1536 y 1537
<i>Acadia</i> , Roberval, frances, se estableció en la Isla Real.	1541
<i>Camboje</i> , Antonio Faria y Sousa, Fernando Mendez de Pinto.	1541
<i>Islas Likeio</i> , los mismos.	1541
<i>Heinam</i> , los mismos.	1541
<i>Japon</i> , al Este, Diego Samoto y Cristóbal Borello; al Este Bungo, Fernando Mendez de Pinto.	1542
<i>Cabo Mendocino</i> , en California, Ruiz Cabril.	1542
<i>El Mississippi</i> , Moscoso Alvarado.	1543
<i>El Estrecho de Waigats</i> , Heven Borrhongh.	1556
<i>Islas Salomon</i> , Mendoza.	1567
<i>Estrecho de Frobisner</i> , sir Martin Frobisner.	1576
<i>Viaje de Drake</i>	1579 á 1590
<i>Estrecho de Davis</i> , Juan Davis.	1587
<i>Costas de Chile</i> (en el mar del Sur), Pedro Sarmiento.	1589
<i>Islas Maluinas ó Falkland</i> , Hawkins.	1594
<i>Viaje de Barente á Nueva Zembla</i> desde.	1594 á 1596
<i>Marquesas de Mendoza</i> , Mendoza.	1593
<i>Santa-Cruz</i> , el mismo.	1593
<i>Tierras del Espíritu Santo</i> , Quiros; <i>Cicladés</i> , Bougainville; <i>Nuevas Hebridas</i> , Cook.	1606
<i>Bahía de Chesapeake</i> , Juan Smith.	1607
<i>Quebec</i> , fundado por Samuel Champlain.	1608
<i>Estrecho de Hudson</i> , Enrique Hudson.	1610
<i>Bahía de Baffin</i>	1616
<i>Cabo de Hornos</i> , Jacobo Lemaire.	1616
<i>Tierra de Diemen</i> , Abel Tasman.	1642
<i>Nueva Zelandia</i> , el mismo.	1642
<i>Islas de los Amigos</i> , el mismo.	1643
<i>Islas de los Estados</i> (el Norte del Japon), Uries.	1643
<i>Nueva Bretaña</i> , Dampier.	1700
<i>Estrecho de Bering</i>	1728
<i>Taiti</i> , Wallis.	1767
<i>Archipiélago de los navegantes</i> , Bougainville.	1768
<i>Archipiélago de la Luisiana</i> , el mismo.	1768
<i>Tierra de Kerguelen ó de la Desolacion</i>	1772

Nueva Caledonia Cook.
Islas Sandwich, el mismo.

1774
1778

Hé aquí seguramente nombres ilustres, hombres de valor probado, países largo tiempo ignorados, dados á la Europa insaciable... Decidme ahora si vencedores y vencidos, señores y esclavos, dominadores y súbditos, tienen mucho que agradecer al cielo por tantas conquistas. A estos el odio y las envidiosas persecuciones de los príncipes para quienes era el derecho de soberanía en las nuevas tierras; á los otros guerras interminables y crueles en que corría la sangre, y abona el suelo testigo de tantas matanzas.

En ninguna parte, ó casi en ninguna, victorias morales.

En ninguna parte, ó casi en ninguna, la clemencia sentada junto á la fuerza.

Por el contrario, en todas partes el cañon y la espada para asegurar la posesion.

En todas partes muertes, asesinatos y sangrientas represalias.

Tal es la historia abreviada de las Dos Indias; la historia del Nuevo Mundo.

¿Y no lo es tambien del Antiguo?

¿Hay olvidado por el resto del universo algun islote para quien no haya tenido Dios mas que miradas de amor?

¿Hay en el seno de algun vasto Océano, una tierra casi imperceptible en que la amistad eleve sus altares, y en que la libertad profese su culto?

¿Quién lo sabe!

Ya no tenemos continentes que descubrir, pero los mares no han sido surcados tan completamente que deba perderse toda esperanza.

¿Que pase el navegante con rapidez entonces; ó que calle á su vuelta!

Es preciso dejar la paz y la dicha en el retiro que el cielo les ha destinado. Las Carolinas, por pobres que sean, no tardarán en sufrir la suerte de los archipiélagos que les rodean. Hasta ahora la luz de la civilizacion no ha sido mas que una tea incendiaria.

XXIX.

ISLAS MARIANAS.

Guham. — Humata. — La lepra.

HAY para el moralista estudios mas curiosos que los de los pueblos primitivos, y hénos aquí en uno de esos países escepcionales donde se encuentran á cada paso la duda y la incertidumbre, cuando los hechos aparecen mas de bulto.

Las islas Marianas no son ni salvajes ni civilizadas, viéndose allí codo con codo las costumbres antiguas y los usos modernos, la supersticion y la idolatria de las primeras edades medio ahogadas bajo el fanatismo de los conquistadores españoles, que han legado el archipiélago entero á sus sucesores. Luchan sin cesar los vicios europeos, vencidos unas veces y vencedores otras, contra la libertad de conducta de los indígenas que habitan el sitio llamado, con tanta esactitud, de los Ladrones, puesto que hacen gala de serlo, y que pudiera haberse llamado tambien de los libertinos, si hubieran comprendido la significacion de las palabras virtud y correccion de la manera que nuestra moral las esplica. Os juro que es un espectáculo extraño é instructivo á la par. Los contrastes están tan inmediatos, que el historiador aparece en contradiccion consigo mismo, precisamente cuando es mas fácil y sencillo. El pueblo de la mañana no se asemeja al pueblo de la tarde; es católico romano de tal á tal hora y luego idólatra, unas veces devoto y otras independiente de toda clase de culto. Los hombres roban y van alegremente en casa del cura á con-

fesar el robo; cumplen santamente la penitencia impuesta, lo que no les impide meditar al propio tiempo otra fechoria parecida sin que por eso se alarme su conciencia, dado caso que haya tropezado con ella. La jóven que veis ahí delante de su puerta, os recibirá con cariño y trocará, en presencia de su madre indiferente; sus favores por un rosario. Allí todo el mundo concurre á la iglesia, todo el mundo reza con fervor, los hombres á un lado, las mujeres al otro; todos se dan fuertes golpes de pecho y besan frecuentemente la tierra con la mayor humildad. Acabada la misa se olvida la religion. Vénse hombres, mujeres, rios, bosques, llanuras; no se conocen trabas en la vida y cada cual se traza un camino sin espinas, gozando de las aguas, de la brisa, del día y del sol, respirando en libertad y aproximándose así al sepulcro, donde se baja exento de reñordimien-
tos porque nunca se supo qué debía entenderse por bien ó por mal, por virtud ó por vicio. Pero no generalicemos todavia, y volvamos un poco atras.

Sin la feliz visita de los buenos carolinos, nuestra travesía hubiera sido la mas penosa de aquella larga campaña, pues varios de los mejores marineros siguieron á nuestro amigo Laviche al Océano, y otros muchos acostados en sus catres aguardaban en medio de horribles convulsiones que les llegase su turno. Así es que Marchais apenas juraba, Vial no daba lecciones de esgrima en la batería silenciosa, y Petit, casi siempre á la cabecera del moribundo, trataba de reanimarle con sus cuentos tristemente cándidos.

Por fin gritó una voz: «Tierra.» Son las Marianas, las islas de los Ladrones, ¡qué importa! Allí al menos encontraremos, si hemos de creer á los navegantes, frescos y hermosos bosques al traves de los cuales pasa el aire vivificador y puro; allí hay aguas cristalinas y tranquilas, esperanzas, la dicha casi. Ved cómo se desarrugan las frentes á bordo, cómo sonríen los lábios, cómo salen de la boca palabras menos graves: en la batería abierta al viento de tierra buscan los enfermos en el horizonte las montañas con sus débiles ojos, y la corbeta, impelida por una fuerte brisa, se dirige majestuosamente hácia la principal isla del archipiélago.

La exageracion de ciertos navegantes es patente, ó el país ha perdido su fertilidad y riqueza, porque las imponentes cimas que se dibujan en medio de las nubes están desnudas, ásperas y coronadas de enormes rocas negruzcas y volcánicas. Sin embargo, en su base se detiene nuestra vista á medida que nos acercamos en algunos cuadros de verdura bastante bellos, pero á proporcion que el terreno sube se des-
plega con él, como para empavesar la playa, una ancha y admirable cortina de palmeras, de cocoteros, de rimas y de plátanos tan hermosos, tan brillantes con sus nuevos colores, que mis recuerdos son impotentes para describir su riqueza.

Decididamente los viajeros son menos embusteros que lo que se dice, y advierto que hablo únicamente para mis colegas, pues no me ocupo de los incrédulos por religion.

Después de seguir la costa de Guham durante doce horas y tocado casi con la mano la isla de los Cocos, que cierra por un lado la rada de Humata, echamos el ancla á dos cables próximamente de la orilla y no lejos de un buque español llegado la víspera de Manila.

La rada, cuyo fondo es delicioso, está defendido por tres fuertes llamados la *Virgen de los Dolores*, el *Santo Angel* y el *San Vicente*, en lo cual conocereis que nos hallamos en un archipiélago español.

La ridícula ceremonia del saludo causó una desgracia bien grande á dos soldados de la guarnicion, poco acostumbrados sin duda al servicio de la artillería: un cartucho les quemó todo su cuerpo, pero gracias á su constitucion robusta y á los provistos

remedios de nuestros médicos, resistieron á los horriblos dolores que sufrieron.

El gobernador de la colonia, que habia ido á Humata con objeto de recibir las noticias de que era portadora la fragata *Paz*, nos recibió con una cordialidad tan franca, dió un sitio tan limpio y tan bien aireado á nuestros infelices lisiados, nos prodigó tales atenciones, que no creimos deber disgustarle con una etiqueta que podria tomar quizas por una reserva ofensiva; de modo que de allí á una hora nos paseábamos en la sala de su palacio.

Compónese la aldea de Humata de una veintena de chozas construidas con vigas de cocoteros, muy bien unidas y colocadas sobre estacas. El palacio del gobernador es largo, ancho, *imponente*, de un solo piso, adornado con un balcon de madera, con cocina y alcoba, y se parece á las casas flotantes que hay en el Sena para el uso de las lavanderas. Paciencia; mas tarde veremos cosas mejores, pues Guham nos reserva otras maravillas.

Es horroroso ver los espantos vivos que pueblan estas cabañas. Vénse mujeres vestidas con un pedazo de tela sucia y que ademas corrompe, atada á la cintura y que les llega hasta la rodilla. El resto del cuerpo está literalmente desnudo; el cabello enmarañado y grasiento, los ojos tiernos y vidriados, los dientes amarillos como su cutis, los hombros y el cuello llenos de lepra, que traza unas veces anchos surcos, otras penetra en la carne y con mucha mas frecuencia formando escamas parecidas á las de los pescados ó telas de moirées, que repugna y da lástima al mismo tiempo.

Los hombres son mas hediondos todavía y casi le da á uno gana de soflear con un buen palo sobre sus anchas y robustas armazones que el dolor y las enfermedades afectan sin destruir, y que mueren por que la muerte todo lo devora. A su alrededor sin embargo, hay hermosos é inmensos bosques y bajo sus plantas una tierra fértil; el aire que respiran está impregnado de perfumes, el agua que beben es clara y pura, las frutas y los pescados con que se alimentan, deliciosos y abundantes; pero la pereza se acuesta con ellos en sus hamacas, la pereza vergonzosa que les deja consumirse entre harapos, que los inunda de los insectos mas sucios, que los embrutece y los disea. Digo con verdad que Humata provoca náuseas.

El Sr. Medinilla, gobernador omnipotente de aquel archipiélago aislado, el Sr. Medinilla de quien os hablaré en adelante y hacia el cual tengo una grave falta de que acusarme, me contestó cuando le hablé de estos seres miserables que descubrian á los rayos del sol sus lividas llagas:

— Es una poblacion condenada.

— ¿Y por qué?

— Porque está plagada de lepra: mi capital ofrece un aspecto bien diferente.

— Pero los habitantes de vuestra capital llegan hasta aquí, y he visto algunos criados vuestros apretar la mano de estos infelices. ¿No es contagiosa la lepra?

— Lo es; pero si uno de mis criados tiene lepra le echo y le relego á Humata.

— ¿Y no sería mejor impedir este peligroso contacto para evitar desgracias? ¿Por qué no se habia de obligar á estos hombres á que trabajasen para que adquiriesen fuerza y elasticidad en los músculos? Lo que les mata es la pereza.

— No, es la porquería, y yo no tengo poder contra este terrible azote que pesa sobre todas las familias que viven fuera de mi capital.

— Habláis con mucho interes de vuestra capital. ¿Se parece afectivamente á un pueblo?

— Sí, pero á un pueblo especial y único en su género: es una poblacion ó un bosque, lo que queráis.

— ¿Hay en él un palacio tan magnífico como el de Humata?

— Espero que me hareis el honor de venir á él y decidireis luego si merece vuestros epigramas.

— Humata me horroriza.

No obstante nuestros enfermos se restablecian sensiblemente, renaciendo sus fuerzas como por encanto, y estuvimos pronto en disposicion de ir cerca del anclaje de Agaña, capital de la isla de Guham. La costa, bajo cualquier aspecto que se la considere es rica y variada, pero está defendida naturalmente por numerosos arrecifes en los cuales braman y se revuelven las olas, y el mismo fondeadero donde anclamos es tan difícil y peligroso que no se puede permanecer en él mas que durante las estaciones bonancibles.

Los violentos vendabales del Norte apenas se sienten en la bahía de San Luis protegida por la isla de las Cabras y el islote de Orote sobre el cual hay una batería innecesaria. Por lo demas aconsejo á los capitanes que fondeen mas bien en Humata que en ella, porque los bajos son numerosos y quedan en seco en las mareas bajas. Sobre una de estas rocas madreporicas, una ciudadela construida con grandes gastos presenta alguna apariencia de seguridad contra un ataque exterior; ¿pero qué buque se habia de meter allí para intentar un ataque contra Guham?

Cuando nos vimos condenados á no salir en algun tiempo de aquella rada tan bella para un paisista y tan temible para el marino, recordamos que el gobernador nos habia hablado en Guham de una de las islas célebre por la permanencia que hizo en ella el Almirante Auson despues de su largo viaje, y donde segun el Sr. Medinilla, debiamos hallar curiosos monumentos antiguos. Hablamos en consecuencia al comandante que nos autorizó á MM. Gaudichaud, Berard y á mi para emprender esta peligrosa travesía en lanchas. Temeridad, se dirá; en buen hora, pero *ver es tener*, segun el poeta, y nosotros queríamos poseer. ¡Ademas muere uno tan bien cuando va acompañado!

El canal entre Guham y la isla de las Cabras no tiene mas que seis millas en su mayor anchura y tres en la menor. La isla está cubierta de arbustos, cuya mayor parte son inútiles, aunque entre ellos se encuentra el sicas llamado en el país federico, que es el principal alimento de los habitantes de aquel archipiélago; pero no tiene agua dulce, escepto la que se recoge en una especie de algibe de mas de cuatrocientos pies de diámetro que llenan las lluvias, y cuya construccion data sin duda alguna de los primeros conquistadores de las Marianas. En revancha la costa de Guham ofrece por todos lados la perspectiva mas risueña y variada. Los arrecifes se estienden hasta Agaña, dejando apenas tres entradas muy difíciles aun para las embarcaciones pequeñas. La primera se halla enfrente de Tupungan, aldea de quince á veinte casas, que Marchais nos propuso tomar por asalto él solo, armado con una de las piernas de Petit. Al oír esta chuscada Petit, cuya cabeza habia arrebatado probablemente el sol, contestó con una broma mas inocente todavía, pero Marchais hizo un movimiento con el codo, y tratando de pararle Petit, perdió el equilibrio y cayó al agua.

Olvidando que su adversario nadaba como un marsopla, Marchais, cuyo corazon estaba siempre dispuesto á hacer un servicio, se echó detrás de él para auxiliarle, que era precisamente lo que buscaba el taimado Petit, el cual mas fuerte en aquel elemento, encontraba por fin una ocasion oportuna de vengarse de los mil y un vigorosos puntapiés que Marchais le habia regalado. Jamas se ha visto combate mas divertido ni lleno de episodios. Marchais estaba furioso y tragaba agua salada y fangosa al paso que arrojaba espuma de rabia, escapándose Petit con sus rápidas

evoluciones á todas las maniobras de su antagonista.

Por fin tuvimos que dar tregua al encarnizamiento de ambos combatientes que detenía nuestra marcha, pero Petit no consintió en subir á bordo hasta que obtuvimos de Marchais palabra de honor de que no le guardaría rencor por esta pelea amistosa en que por primera vez habia quedado vencido.

La segunda entrada está situada á la altura de Anigua aldea tan miserable como Tupungam y en la cual la lepra no es menos peligrosa ni menos abundante.

El camino nos pareció hermoso por tierra y mis dos compañeros y yo nos propusimos recorrerle á pie hasta Agaña distante todavía seis millas. Hallamos en todas partes un terreno fértil y los árboles mas elegantes y magestuosos á la par, pero ningún cultivo, ninguna obra útil para dirigir las aguas de los torrentes que descendían de las montañas. ¿De qué sirve á España aquel admirable archipiélago, que debia quitársele en justicia en beneficio de los buques de todas las naciones?

Por último encontramos un hospital de leprosos, en el que entré, por exigirlo así mi deber, y dibujé algunos infelices que andaban de un lado para otro como fantasmas arrimados á las paredes decrepitas: veinte veces intenté marcharme de aquella morada de maldición y de miseria.

Todas las partes salientes del cuerpo de aquellos desgraciados habian sido atacados con vehemencia, ninguno tenía nariz y la mayor parte perdía la lengua que se les caía á pedazos.

Una joven llamada Dolores se llegó á mí y me suplicó que la sacase de tan infecto sepulcro, y no viendo en su cuerpo ninguna llaga iba ya á llevarla conmigo de mi propia autoridad, á tiempo que cayó á mis pies retorciéndose en horribles convulsiones.

La historia de esta joven es triste y rápida. Nacida en Tupungan y comprendiendo desde niña que solo la fuga podía libertarla de la enfermedad atroz de que estaba infestada su aldea, huyó á los bosques donde vivió dos años y medio durmiendo á la intemperie sobre el césped y alimentándose de frutas. Aniquilada, no obstante, por aquella vida errante y desgraciada, se presentó un día en Agaña pidiendo hospitalidad á una buena mujer cuya casa estaba situada á la entrada del pueblo y que la recibió con cariño. Pero como en el país no es posible la mendicidad, la rareza de la súplica debió llamar la atención de su protectora que la preguntó de dónde venía.

—Del bosque, respondió.

—¿Cómo del bosque?

—Porque temía el mal de San Lázaro. (Así se llama la lepra en Guham.)

—¿Y por qué temes aun ese mal?

—Porque hace padecer mucho.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi padre que ha muerto de él.

—¿Tu padre!

—Sí, y despues una hermana, y un hermano que se estaban muriendo.

—¿De dónde eres, desventurada?

—De Tupungan.

—Sal, sal de aquí al momento ó te mato.

—Matadme en buen hora, pero no me echéis por que no quiero volver á Tupungan.

—Aguarda, aguarda.

—¿Qué vais á hacer?

—A denunciarte al señor gobernador.

Aquella tarde misma, la joven hermosa y pura fue conducida al hospital en que la hallé para ser curada, por medio de una pasta de cucara has, de una enfermedad que no tenía y que ningún sintoma anunciaba. Allí sin defensa ni proteccion, rodeada de enfermos y moribundos, esperaba resignada la lepra, que por un milagro del cielo la respetó siempre. El miedo la volvió loca é idiota y pasaba los días mas-

TOMO II.

cando sus cabellos que eran magníficos, y cuando veía una cara desconocida, se lanzaba á ella gritando y caía al suelo donde se arrastraba en medio de terribles convulsiones.

El Sr. Medinilla, que me contó esta historia, ofreció á mis fervientes súplicas sacar á aquella infeliz del espantoso sepulcro en que estaba enterrada su vida, si estaba sana todavía. El gobernador me cumplió la palabra, y antes de mi salida de Guham, tuve el placer de ver á la hermosa Dolores, curada de su locura y su idiotismo, que habitaba en una de las casas mas bonitas de Agaña, regalada generosamente por el Sr. Medinilla.

XXX.

ISLAS MARIANAS.

Excursiones por el interior. — Dolorida.

TENGO que dar dos pasos atras: ya volveré á Agaña dentro de unos cuantos dias.

¿Qué se ha de hacer en una aldea, en una ciudad despues de haberlo visto y estudiado todo?

La vista es el sentido que se cansa mas pronto. ¡Ojalá que pudiera hacer la prueba!

En ciertas cosas bellas y curiosas sucede como en las relaciones interesantes, que una vez sabidas, os encuentran tibios y frios á su segunda lectura; y no sé en verdad si nos hastía mas pronto la presencia frecuente de un espectáculo horroroso ó una reunion completa de bellezas de todas clases.

La lepra es allí el huésped fatal de cada vivienda, crece con el recién nacido, se escolia con timidez en su adolescencia, se estiende y se fortifica con él, se aniquila en la edad avanzada, hasta encerrarle en la tumba. ¡Y nosotros, sanos y vigorosos, corazones nobles y compasivos, vamos á estudiar sus estragos y á visitar al infeliz que sucumbe, como si fuese un espectáculo agradable al alma, un cuadro consolador, una imagen de paz y felicidad!

¡Cuántos contrastes hay en nosotros! ¿Qué de miserias nos creamos voluntariamente! ¿No tenemos por degracia bastantes con las que la suerte nos arroja á manos llenas en nuestro tránsito?

¡Centinela siempre alerta, la lepra es permanente en Humata, segun os he manifestado ya, y sin embargo existen varias personas que no han sido atacadas. ¡Paciencia! la plaga tiene los brazos largos y las uñas afiladas, y si deja pasar cerca de ella un cuerpo sin tocarla ni surcarlo, es porque Dios, cuya fuerza es mayor, ha estendido su mano y dicho ¡basta!

Solo Dios puede vencer la lepra. Escuchad.

Cierto dia, que mas matinal que de costumbre, nos dirigíamos desde la especie de hospital que habitábamos á casa del gobernador que estaba ya despierto, reiteré mis preguntas sobre el culpable abandono con que permitía á los sanos entrar á cada instante en casa de los leprosos, comer con ellos á veces y aun dormir.

—¿Y qué he de hacer? me contestó.

—Decidirse á un acto riguroso y cortar el mal en su principio.

—¿Detendríais la catarata del Niágara?

—La catarata es un mundo que se precipita, pero yo no veo aquí un mundo que sucumba.

—Es que no veis todo lo que hay.

—¿Pues qué, Humata no es el infierno de este archipiélago?

—Humata no es mas que el purgatorio, donde á veces se alza la esperanza; si el cielo no fuese tan puro en las Marianas seria preciso huir de ellas como de una ciudad infestada por el vómito negro.

—A la peste se la ataca eficazmente.

—Os repito que la lepra no puede atacarse.

— Por mas que digais, los hombres pueden librarse de ella huyendo del sitio en que hace estragos.

— ¿Creeis que no lo he intentado yo con frecuencia? Y cuando quise aterrorizarlos con ejemplares severos ¿sabéis lo que decian en mi capital? Que era un impio, un framacson, un ateo, un antecristo.

— ¿Por qué?

— Porque el pueblo cree en las Marianas que todo lo que pasa en la tierra es por orden espresa de Dios; que el hombre que se ve atacado por la lepra, debía morir mas pronto ó mas tarde, y que podríais muy bien vos ó cualquier otro acostaros con un leproso sin temor alguno, pues que estaba escrito alla arriba si debíais enfermar ó no.

— ¿Y es general esta creencia?

— Con muy pocas escepciones.

— Entonces hay dos lepras en Agaña.

— Hay mas de dos.

— Os compadezco así como al pueblo que os está encorreado.

— Es preciso pasar la vida.

— ¿Os dará un millon anual vuestro rey?

— Un empleo como el mio no se paga; por eso sin duda el capitan general de Manila que me ha nombrado no me da mas que ciento treinta duros mensuales, de los que distribuyo una buena parte entre los desgraciados.

— Ya no os compadezco. ¿No me habeis dicho que habia un infierno en Guham?

— Os lo he dicho.

— ¿Dónde está?

— Cerca de aquí, en María-Dolores, en Angeles y en Santa María del Pilar, tres aldeas ó mas bien tres lazaretos.

— ¿Puedo ir allá?

— ¿Para qué? ¡Es un espectáculo tan horrible! La enfermedad es allí tan cruel, tan poderosa, que vereis fragmentos humanos pasarse bajo los mejores árboles del mundo, apagar la sed en las fuentes mas cristalinas y caer hechos pedazos en el camino. Nunca se va á esos puntos á no estar condenado.

— El estudio exige ciertos sacrificios. ¿Quién cuida de esas pobres gentes?

— Nadie.

— Ya veis que el miedo al mal existe.

— No tal: si hubiera un lazareto á las puertas de Agaña, que no los tiene, estaria poblado como una capital; la distancia es lo que lo hace desierto, y yo envio allá á los enfermos.

— Pues deseo ver á Santa María del Pilar.

— Id entonces: el dia está hermoso, os voy á dar un guía, y si hallais dos personas sanas es un milagro.

— ¿Cómo dos personas?

— Porque no hay mas que una á quien proteje Dios hace cinco años, una santa, un ángel... ¡Oh! es una historia ejemplar.

— ¿Y verídica?

— Irrecusable como la lepra.

— Os escucho.

— Hacia quince dias (han pasado ya cinco años de esto) que los habitantes de las Marianas no habian visto el sol: nubarrones de color cobrizo, amontonados unos sobre otros, pasaban sobre nosotros, y aun que de cuando en cuando soplaban el viento con bastante violencia, su enorme masa permanecia inmóvil como rocas suspendidas en el aire.

El calor era insufrible, el mar estaba picado, agitábanse las copas de los árboles, los arroyos se habian secado, y los animales se espantaban en los caminos; aguardábase una catástrofe horrible, creíase en el fin del mundo y la iglesia se llenaba de gente. Una noche, sin embargo, vese un punto luminoso en el espacio por la parte de Tinian (que deseo que veais y estudiéis) punto que sube y se ensancha como si fuese

á abarcar todo el horizonte: miranse los habitantes con espanto, se santiguan y andan por las calles de redillas. De repente corren las nubes con pasmosa velocidad, el cielo se aclara, los animales levantan la cabeza, reaninanse los arroyos, pero agítase la tierra con terribles y repetidos sacudimientos, únese el volcan de Agrigan al de Guham para conmover el suelo, destruyen las casas, mi palacio queda medio convertido en ruinas, y en medio del desastre general solo la iglesia subsiste intacta.

El cura estaba en el púlpito, hombre valiente, que no quiso abandonar su puesto, y cuando la tormenta suspendió sus estragos y la naturaleza recobró sus hermosos colores, todos los asistentes exclamaron: ¡Milagro! ¡milagro! y todos los corazones repitieron ¡Hosanna! ¡Hosanna!

El buen sacerdote murió á los pocos dias, pero antes de espirar pidió auxilios para los leprosos é hizo prometer á los que rodeaban su lecho mortuario, que emprenderian peregrinaciones á las aldeas en que la peste ejercia su formidable imperio, obteniendo que todos los años se consagrara un hombre al alivio de los infelices en los tristes lugares de que os he hablado. Esta santa costumbre no ha prescrito, y hallareis en Ntra. Sra. del Pilar una persona incólume aun del azote.

— ¿Un jóven?

— Una jóven, que tenia nueve años cuando fue á constituirse enfermera y hace cinco que está sin querer dejar el puesto, hasta que muera allí la desgraciada.

— Aunque no fuera mas que por besar la mano de la noble mártir iria á Sta. María del Pilar.

— Hé aquí un guía honrado que conoce los caminos, y os conducirá á la aldea en inenos de dos horas: llevad un rosario á Dolorida y rogará por vos.

— Le llevaré seis y algunas camisas.

— Hasta la noche.

— Hasta la noche.

Pusimonos en marcha el guía, Petity yo, el primero con miedo, el segundo porque le habia dicho: ven y yo con profunda tristeza. Petit que habia reunido en una mochila mi corto bagaje, me decia de cuando en cuando:

— ¿Para qué vais allá? Si quereis yo solo les llevaré la ropa.

— No, quiero verlos.

— No es ningún bello espectáculo el de unos hombres cubiertos de sarna de pies á cabeza.

— No es sarna sino lepra.

— La lepra es la sarna número primero; y se pega tontamente segun dicen.

— Tú no comprendes la curiosidad.

— Si, pero hay curiosidades de curiosidades, y la que os impele á meteros entre tantas llagas hediondas es tontería, con permiso de la amistad que os profeso.

— Tú te tomas ciertas libertades....

— Es verdad, pero os acompaño, y váyase lo uno por lo otro.

— ¿Luego no vas á Sta. María del Pilar mas que por mí?

— ¿Y habia de ir por otros? ¡Vaya! ya veo que no me conoceis. Mirad, estoy triste y rendido, y con todo no os he pedido una gota de aguardiente siquiera, porque no quiero beber: cuando va uno á visitar la desgracia es preciso no ser dichoso.

— Eres un buen muchacho.

— Ya lo sabia antes y tan bien como vos, que parece lo notais hoy por la vez primera.

— Si no lo supiera hace mucho tiempo, no te hubiera dicho que me acompañases.

— Corriente, ahora os quiero mas.

Habíamos dejado la senda trillada á cuya grilla murmuraba un arroyuelo que se pierde en medio de

unos magníficos céspedes donde sin duda nacia, y entramos en un bosque ó mas bien en un jardín encantador con calles naturales, formadas de plátanos, cuyas copas estaban adornadas con sus deliciosos racimos, protegidos contra el ardor del sol por los anchos quitasoles con que el cielo los ha engalanado. Veíanse tambien federicos de ramas gigantescas con anchas y aterciopeladas hojas, cargados de la benéfica fruta que ha dado á este gigante de los bosques el nombre de árbol del pan; y toda la familia de los palmitistas reunidos como hermanos, el vacoi, el cocotero y la palmera, separados en la raíz pero mezclando su ondulante cabellera como antiguos amigos que se encuentran y se abrazan, y flores odoríferas ademas bajo los pies, césped esmaltado é igual donde no se oculta ningun reptil, y en el aire tiernos pajarillos que parecían admirados de ver seres que andaban y mudaban de sitio.

—Es precioso, es cuco, decia Petit entusiasmado.
—¿Ya no sientes que hayamos venido?
—El término es lo malo; ¿qué habrá?
—Vamos á saberlo: hé aquí las casas.
—Sí, lo mismo se parecen á casas que la bicoca del gobernador á un palacio. ¡Vaya un farsante!
¡Pues no llama palacio á cuatro paredes, una sala sin muebles y un desván! ¿Cree por ventura que venimos de los antipodas?

—Sí, y tiene razon.
—¿Nos toma por salvajes, por lugos?
—¿A qué viene ese enfado?
—¿Pues qué no es justo? ¡Mi palacio, mi palacio! no se le cae de la boca. ¡Un palacio sin bodega! esto da vergüenza, á fé de marinero de treinta y seis. ¿Y no han llamado soldados á una especie de palos de escoba adornados con una especie de uniformes y charreteras? Quisé echar la zancadilla á uno de esos conquistadores, y el movimiento solo le hizo medir el suelo con sus espaldas; por la noche volví á ver á mi granadero desplumando un pollo tan flaco como él en la cocina, adonde voy con frecuencia. A un ejército de esta clase, Marchais, Vial, Chaumont, Barthe y yo, armados de grateles, le haríamos abatir en un instante.

—Calla que ya hemos llegado.
—Cierro mis lábios.

Seis chozas derruidas, bajas y edificadas sobre estacas, comprendían la primera aldea. Todo estaba silencioso á las inmediaciones de aquellos sepulcros; no se veía un alma en las puertas ni bajo los árboles ni en la yerba. El corazón se helaba. Entré temblando en la primera casuca habitada por un hombre solo, acostado en una hamaca coigada á un pie del suelo, que nos miró con ojos espantados, preguntándonos luego quién nos enviaba. Yo le contesté que íbamos á ver la aldea y á llevar algun socorro á los desgraciados.

—Entonces dadme algo.
—¿Qué os duele?

—Nada, pero mirad cómo estoy.

Sus piernas eran dos huesos carcomidos por la lepra. Petit sin consultarme le tiró una camisa y salimos horrorizados. En otra choza hallamos una madre jóven, cuya mitad del cuerpo era una pura llaga, que daba de mamar á un niño de tres ó cuatro meses. Aquí el placer... la dicha... quizás el amor... Petit taciturno entonces hubiera dado todo el contenido de la mochila si se lo hubiera permitido. En la tercera vimos una cosa que se asemejaba á un hombre, y á sus pies de rodillas una jóven cerca de una gran calabaza llena de agua en que mojaba un trapo de tela ordinaria con que humedecía los miembros agangrenados del moribundo.

—Ave María, dije con voz desfallecida.

—*Gratia plena*, me contestó ella sin volver siquiera la cabeza.

Así que concluyó su triste tarea, se levantó para salir y nos vió.

—¿Quién sois?

—Unos extranjeros franceses que hemos llegado hace unos cuantos dias á Gulham.

—Una limosna, si gustais, para socorrer á los que padecen.

—¿Qué quereis para ellos?

—Primero oraciones, despues ropa blanca.

—Ahí va primero la ropa, las oraciones vendrán luego.

—Que el cielo os lo recompense.

Y la jóven desapareció.

—¿Dónde va? pregunté al guia, que no habia pronunciado veinte palabras desde nuestra salida.

—Va á socorrer á otros desgraciados; tiene distribuidas sus horas.

—Sucumbirá á la fatiga.

—¡Oh! no señor; el cielo la dará fuerzas, porque es una santa: es Dolorida.

En todas las casas de la aldea habia figuras de hombres y mujeres acostadas en esteras ó en hamacas, bastando una niña para socorrer tantas miserias. Cuando la muerte se apoderaba de su presa, Dolorida corria á Humata donde la daban dos hombres robustos para auxiliarla y que se volvian despues solos.

A cien pasos de este grupo de cabañas habia otros hasta el número de seis, todas casi desiertas, y un poco mas lejos, al pie de una fuente muy abundante se alzaban tres casitas mas limpias que las que hasta entonces habia visitado.

—Aquí vive Dolorida, me dijo el guia, pero no vuelve hasta por la noche despues que ha concluido su faena.

—¿Podemos pasar aquí la noche?

—Lo podeis seguramente, pero yo tengo que volverme; ya lo habeis visto todo.

—Silencio; hé aquí Dolorida.

Entró la jóven mártir, púsose de rodillas, recitó un pater y un ave á media voz y me alargó la mano.

—Usia ha hecho mucho bien aquí, me dijo; Dios lo tendrá presente.

—Quiero hacer aun mas. Dolorida; tengo aquí servilletas, pañuelos, peines, varias camisas y escapularios benditos.

—¡Escapularios! ¡escapularios benditos!

—Por el padre santo.

—Dádmelos, dádmelos para curar á mis enfermos, pasándoselos por encima del cuerpo y andarán.

—Quizas quiera Dios que padezcan todavía.

—Teneis razon, pero al menos, señor, morirán todos beatificados.

Dolorida era una jóven fresca, morena casi cobriza; estaba desnuda de medio cuerpo arriba, bajándole hasta las rodillas una saya limpia atada á la cintura, que dejaba ver unas piernas vigorosas: sus pies y sus manos eran estremadamente delicados, su cabello negro y ondulado, sus ojos admirablemente rasgados, con una fuerza en la mirada imposible de describir. Sus dientes muy blancos y sus redondeadas y tersas mejillas manifestaban una salud robusta, que las vijilias no habian podido debilitar. Dolorida veía el cielo despues de la tierra, y se sostenia únicamente por la fé en el horrible sacrificio que se habia impuesto. Pero en medio de aquella piedad elevada ¡qué creencias tan estúpidas, y qué cuentos tan absurdos y repugnantes! Las brujas y Dios siempre en contacto, en lucha, en riña, tan pronto vencidas como vencedoras; los demonios saliendo en cuerpo y alma de sus calderas; los ángeles sorprendidos por legiones de demonios, obligados á sumergirse en profundas pilas de agua bendita y á pronunciar incesantemente el nombre de Jesucristo para no ser arrastrados á los infernos: todo esto hace daño, y sin embargo nada quita-

ba á su carácter de caridad y humildad de que estaba tan santamente dotada la jóven tchamorra.

La ofrecí nuevos socorros para antes de que saliese de Guham, y me despedí de ella al notar que no estaba con nosotros Petit; pero este entró un momento despues conmovido, desolado, con los ojos llorosos y sin mas vestido que su ancho pantalon de marino.

—¿De dónde vienes? le dije.
—De ahí abajo, de una casa en que un viejo me ha agujereado el alma.
—Explicate.
—No tardaré mucho.
—Apuesto á que te has pegado...
—¡Qué infamia! Figuraos que ese pobre hombre roído por la enfermedad se parece á mi anciano pa-



Dolorida.

dre como yo me parezco, á una langosta, y al aproximarme á él he sentido aquí cierta cosa... Entonces me quité la chaqueta, que le di, luego el chaleco, que le presté, despues la camisa que no quiero que me devuelva, y por último los zapatos con que se quedará porque aun le restan los pies, y los míos pueden pasar sin las suelas del zapatero. ¡Es cosa muy cuca el hacer bien!

—Petit, te estimo.

—¡Si viérais cómo se parece á mi padre! En quince dias prometo no emborracharme.

Llegué á Humata con un olor de cadáver que me quemaba.

—¿Qué tal? me preguntó el Sr. Medinilla al verme: ¿no es curioso?

—No, es horrible, desespera, mata.

—¿Volveréis allá?

—Tal vez.

No volví, pero dos meses despues ví en la iglesia de Agaña á la hermosa Dolorida siempre fresca y devota.

—¿Te has rendido á la fatiga? le dije acercándome á ella con interes.

—No señor, me contestó con voz compasiva; ya no tenia nada que hacer en Nuestra Señora del Pilar.

—¿Por qué?

—Porque no hay ya enfermos.

—¿Se han curado?

—Se han muerto.

Dos dias antes de nuestra salida de Guham, todo era silencio en las casas de Agaña y solo en la iglesia resonaban cánticos fúnebres, de donde salió luego una larga comitiva compuesta de hombres y mujeres,

tchamorros y españoles, que caminaban lentamente con la cabeza baja y el rosario al cuello. Detras venia el sacerdote y un ataúd cubierto con un blanco sudario. Habíase abierto una fosa á diez pasos del santo templo, á la cual se aproximaron los asistentes con la mayor devoción, de rodillas y llorando para cubrirle de tierra. La lepra no perdona á nadie.

La jóven mártir Dolorida acababa de subir al cielo.

XXXI.

ISLAS MARIANAS.

Guham. — Agaña. — Fiestas. — Detalles.

ASUSTADO por el aspecto de los leprosos hui de allí para reunirme á mis compañeros que me aguardaban en Assan.

Esta es verdaderamente una aldea; pero limpia y bien construida, conociéndose bien que se aproxima á la capital de la que no le separa en realidad mas que un cuarto de legua sembrado de árboles olorosos que nacen de aquellos alrededores un magnífico jardin en que se descansa con complacencia. Allí noté una cosa singular. En todos los puntos en que habíamos visto cocoteros era el árbol recto, elegante, magestuoso; pero allí cambia de naturaleza conservando su nueva forma hasta Agaña, su altura de veinte á veinte y cinco pies y recorre en seguida casi horizontalmente una larga distancia sin perder su fuerza ni su abundancia de hojas, enderezándose por último como un soberbio penacho á dos brazas poco menos de su elegante copa. Estos árboles caprichosos son muy curiosos de observar y de lejos parecen un gran bosque medio vencido por los huracanes.

No os hablaré de la hermosura, de la variedad ni de la riqueza de los paisajes que se ofrecen á la vista desde Assan hasta Agaña, pues en la imposibilidad de que ningun pincel ni pluma dé idea de ellos, es preciso callarse y admitirlos.

La última es una ciudad, una ciudad verdadera con calles anchas y rectas, plazuelas, plaza pública, una iglesia y un palacio; ciudad que no os aproxima aun á Europa, pues nada hay que se parezca á lo que habeis visto, pero que os indica, sin embargo, que la reciente conquista de una civilizacion bastarda no es mas que un reflejo, y por decirlo así, una parodia de nuestras costumbres, de nuestras leyes, de nuestros usos y hasta de nuestros vicios y ridiculeces; pero es al fin un progreso en bien y en mal, un primer paso, una esperanza. Que vaya á gobernar ahora ese archipiélago un hombre que comprenda la moral, un reformador filantrópico, un talento severo, una voluntad decidida, y tendreis en las Marianas ciudadanos como vos y yo, un código protector de todos los intereses, una religion que sirva de guía á todas las conciencias.

Con naturalezas tan maleables como las que allí existen todo se puede esperar de un pensamiento generoso. El habitante de las Marianas permanece en el error porque no se le ha dicho todavía dónde está la virtud y cuál es la verdad; pero tan pronto como se le señale el camino que debe seguir, no saldrá de él seguramente, pues si las costumbres primitivas triunfan á veces de las instituciones modernas, es porque hay en estas tantos absurdos, y locuras, que el buen juicio, propiedad de todo el que respira, hace de ellas pronta y cumplida justicia. Es preciso que en ninguna circunstancia se exija todo á la vez: Dios, mas poderoso que el hombre, empleó seis dias para crear el mundo, y me parece que no le hubiera venido mal una semana mas de trabajo.

Agaña tiene quinientas setenta casas de las cuales solo cincuenta son de mampostería, y las otras de bambúes, vigas de palmera y hojas artísticamente unidas y enlazadas. Todas están construidas sobre estacas á cuatro ó cinco pies del suelo con un jardin cerrado por delante y por detras plantado de tabaco y algunas flores. Todo esto es muy agradable y alegre: las casas se hallan separadas unas de otras, subiéndose á ellas por una escalera exterior que se quita de noche aunque bien podia dejarse con entera seguridad; ninguna tiene mas que dos piezas, en la una duermen los amos y en la otra, que da frente á la puerta, los niños, las gallinas, los cerdos, huéspedes diarios, y los extranjeros, que son siempre cordialmente recibidos. Consisten sus muebles en escabeles, hamacas, pizarras para revolver el tabaco en hoja y almireces para moler las sicas, á lo cual se agregan tres ó cuatro estampas de Jesucristo y de sus santos, vasos de coco, tenedores de madera de sándalo, rosarios, y galletas que hacen secar al aire. Tal es el conjunto de estas habitaciones hospitalarias donde se desliza la vida sin emanaciones y casi sin penas hasta una vejez precoz, porque en un pais tan cálido y tan fecundo es uno hombre ya cuando entre nosotros comienza á comprenderse la existencia.

El palacio del gobernador que adorna la única plaza de la capital, es un vasto edificio de un piso construido su mitad de ladrillos con muchas ventanas y un balcón que cae hacia el mar y domina magestuosamente las casas inmediatas.

Delante de la fachada principal hay ocho piezas de artillería de bronce montadas y servidas por soldados á cuyo aspecto no podríais menos de reiros á carcajadas, tales son sus harapos de uniforme que les cubren y poco arreglados á sus estaturas. Las paredes, recientemente pintadas, atestiguan la galantería del señor don José Medinilla, que no quiere que le acusemos de falta de cortesía. Subiendo os hallareis en una

sala inmensa, decorada con el verdadero retrato de Fernando VII y de una virgen de los Dolores que parece afligida, sobre todo de la manera brutal con que el pintor le ha tratado. Despues se ven por uno y otro lado estampas iluminadas que representan la entrada de los franceses en Madrid, Valencia y Barcelona, en las cuales nuestros soldados están pintados con los brazos desnudos, armados de puñales y comiendo frailes, y niños vivos. Al verme reir y alzar los hombros delante de aquellas necedades, me preguntó el gobernador con toda formalidad si no era verdad todo aquello.

— Hay algo de verdad en estas horribles escenas, le respondí con gravedad, pero los papeles están cambiados, puesto que los españoles eran los únicos que se servían de puñales y cuchillos.

El dia mismo de nuestra llegada desaparecieron los cuadros, prueba clara de que el gobernador adivinaba una delicadeza.

Habiasenos preparado un alojamiento al lado del palacio, y al ir á él nos encontramos cara á cara con un piquete de veinte y cuatro hombres mandados por un mayor, un capitán y cinco ó seis tenientes y subtenientes. ¡Charlet, Raffet, Bellange! ¡venid en mi ayuda: dibujar uno es dibujarlos todos, que parece que han salido del mismo golpe; son mas que hermanos, son socios.



Soldado de la guarnicion de Agaña.

Este ente es largo, delgado, consumido; su sombrero le cubre enteramente como la mayor, segun la espresion de Petit, y las alas inclinadas bajo el peso de enormes borlas, bajan hasta los hombros acariciando una sombra de charreteras echadas hacia atras como si fuesen á visitar los omoplatos. Calva la cabeza por la parte de adelante, tiene bastante pelo por atras formando una coleta, atada con una cinta negra ó blanca y con un cordón amarillo ó encarnado: lleva bigote ó no lo lleva segun su capricho; está tieso como uno de los cocoteros de Assan de que acabo de hablaros, y nada en su traje con mas desahogo que cualquiera en una ancha capa de muselina. Este lleva sujeto el cuello con dos corchetes por debajo de

la barba y su uniforme se escapa en punta hasta mas abajo de las pantorrillas, encerradas en botines donde cabrian tambien cómodamente los muslos y el tronco del cuerpo. Un cinturón negro ó azul sujeta la espada á la cintura; espada á lo Carlomagno, larga y ancha con la vaina rota, y todo esto descansando sobre zapatos finos muy puntiagudos. Hé aquí, poco mas ó menos, la facha grotesca de estos cínifes de América disfrazados. Lo que mas admira y entretiene es el aire marcial é importante que quieren darse. Verdaderamente debe hacerse el viaje á las Marianas solo por ver de gala al estado mayor del gobernador general de este archipiélago perteneciente al rey de todas las Españas.

Después de esta inspeccion á paso de carga nos dirigimos mis dos amigos y yo al alojamiento para prepararnos á nuestro gran viaje á Tinian, la isla de las antigüedades. Había al lado de la nuestra una puerta en que fumaba un centinela, que era la de la cárcel, en cuya parte exterior se veían algunas argollas de hierro; oímos unos gritos desgarradores, y yo entré en la casa sin que el soldado me detuviese. Estaban dando de palos á un isleño de Sandwich, atado á una de las argollas, y sus hombros y sus espaldas demostraban el vigor del verdugo. Este me saludó con la mano izquierda mientras que con la derecha daba fin á la ejecucion de la sentencia. ¿Pero quién la había dictado? el mismo criado. ¿De qué era culpable la víctima? De haber contestado con descoco al criado. Nadie sabia en la isla lo que acontecia en la cárcel entonces mas que el verdugo, el paciente y yo. Concluida la operacion el que le había pegado le tiró violentamente el nudoso palo á las piernas.

Escapándose de mis labios una observacion severa el miserable se alzó de hombros, se puso á silbar y me dejó solo. Así son todas las cosas: cuando el primero es bueno y generoso, el segundo es malo y cruel; al leon puede el tigre, al águila el buitre, al amo un criado.

La primera comida que nos dió el gobernador fue precedida de unos postres esquisitos en que se presentaron las mejores frutas de la colonia con una profusion vanidosa, pero en que seguian ocupando el primer puesto el obsequio y la galantería. La grandeza castellana manifestaba allí su insolencia y su orgullo. El señor Medinilla deseaba convencernos de que corría por sus venas noble sangre española complaciéndose en hablarnos de Europa para probarnos que conocia sus costumbres. Esta coquetería nos subyugó: en la comida reinó la mayor alegría y á fin de añadir á ella un placer mas, nos pidió permiso el gobernador para hacer subir al salón unos veinte chicos y chicas que se colocaron en dos filas como soldados lilliputienses, entonando cantos tchamorros con una armonía que rivalizaba con un concierto de gatos. Variando después de rima y música nos hicieron escuchar unos villancicos mas originales todavía, cerrando la sesión con canciones sonoras y guerreras en honor de su noble país, de su noble soberano, de su noble ejército, de sus nobles ciudadanos y de sus nobles nobles. Hé aquí el resumen de una de sus poesías patrióticas:

«Viva Fernando que es el mayor de los reyes. Viva Jorge III que es el mayor de los reyes. Muera Napoleón malvado y cuneco. A este pícaro infame le daremos un corbatín de cáñamo. Que venga aquí y concluiremos con él.»

Conociendo el señor Medinilla que estas canciones no eran de nuestro gusto, despidió á los muchachos, nos pidió permiso para ir á dormir la siesta y nos invitó para el día siguiente á nuevos placeres.

Salimos del palacio y recorrimos la ciudad, dormida ya en aquella hora en el mas profundo sueño. Allí vive el pueblo acostado ó en cucullas, y por mas que seple la fresca y placentera brisa, hombres y

mujeres permanecen encerrados en sus casas y tendidos en esteras de Manila ó en hamacas; pudiéndose decir con verdad que en las Marianas los días no tienen mas que dos ó tres horas y que las restantes son noche. Mirad en todas partes esos músculos tan bien dibujados, esas amazonas fuertes y vigorosas que andan junto á uno con paso firme y seguro, mirad esas jóvenes de mirada ardiente, de cabeza erguida, de talle esbelto, que os saludan á la vez con la mano y con la sonrisa, convidándoos de la manera mas afectuosa á una colacion de plátanos, sandías y cocos: todo esto es la vida poderosa de la vegetacion que pesa sobre Guham y cubre su suelo sin trabajo y sin cultivo.

Hay lógica en ello y es fácil comprender su causa.

De todos los pueblos de la tierra el español es el mas vano, sin disputa en su primitivo carácter; no tolera mas defectos que los que él posee, no tiene mas cualidades que las que le son personales, y hace gala de no tomar nada de los demás ni vicios ni virtudes. Pues bien, España se refleja fielmente en las Marianas. Hay ciertas ocasiones, excepcionales sin embargo, y desgraciadamente muy raras, en que los habitantes de Guham consienten en salir de su letargo, y es cuando ancla algun buque en su archipiélago. Entonces se despierta la ciudad, se mueve, habla, prepara sus objetos de comercio, y es casi feliz, ¡qué digo casi! completamente feliz porque la llevarán de seguro santos, cruces benditas, escapularios contra la lepra, rosarios consagrados por el pontífice y estampas iluminadas de los misterios de nuestra religion. Estas cosas son en las Marianas una manía que no pierde nada de su intensidad, y si los pesos dejasen de correr en cambio de reliquias, las jóvenes mas lindas se os entregarían si las dábais un Santiago ó un San Bernabé. El español y el tchamorro están en lucha todavía. Aquel año había sido dichoso para los habitantes de las Marianas, pues poco antes que nosotros habian arribado dos buques rusos, el *Kamtshchatka* y el *Kuturoff*, siguiéndoles de cerca el *Rurich* mandado por Mr. Kotzebue, á quien hallamos anclado en el cabo de Buena-Esperanza, que acababa su gloriosa campaña cuando nosotros empezábamos la nuestra.

¿No os he dicho que había un cura en Agaña? Este cura es el único sacerdote de la colonia, á cuyo cargo corren las conciencias de Humata, Assan, Tupuugan, dos ó tres aldeas mas, la isla de Tinian y la de Rotta, y á pesar de la importancia y multiplicidad de sus funciones, halla medio de robar algunos instantes á sus ovejas. Por ejemplo, todos los días después de misa reúne en su casa un gran número de habitantes ricos que con baraja ó dados en mano y en una mesa sin tapete, se arruinan bajo su proteccion inmediata: él es el que lleva la banca, y el que arregla las partidas, y si la suerte no le es propicia durante el día, pone á contribucion inmediatamente su habilidad para neutralizar la mala fortuna, concluyendo siempre por salir victorioso. Y no se limita á esto la tarea cotidiana del padre Ciriaco, aunque no me atrevo á decir aquí el vergonzoso comercio á que se dedica para satisfacer el capricho de los extranjeros. Yo asistí á un sermón de Fr. Ciriaco, en que trató del infierno, poblado segun él de mujeres libertinas, de asesinos, de padres holgazanes y de borrachos... Ni un sacerdote, ni un gobernador, ni siquiera un alcalde en medio de ellos, sin duda porque no le había parecido regular presentarlos en tan mala compañía. El pobre pueblo de Guham, de rodillas ó en cucullas besaba devotamente la tierra al oír los espantosos anatemas del santo apóstol de Dios, se daba golpes de pecho, y al salir de la iglesia volvía á empezar su vida indiferente. Así que en las Marianas la religion es una ocupacion de algunos instantes, una especie de práctica á la que se dedican de tal á tal hora con una puntualidad ad-

mirable, pero á la que el resto de su existencia desmiente enérgicamente: van á la iglesia como á comer, como se bañan en el río, como se acuestan. Una joven escuchaba galanterías, las alienta, y os concede prendas irrecusables de su cariño, pero en cuanto suena el *Angelus*, la penitente se pone de rodillas, olvida que estais á su lado, hace su oración y despues de concluirse os devuelve todos los derechos que el tañido de las campanas os habian quitado.

Fray Ciriaco no comprende la religión de otro modo. ¿Cómo quereis que el pueblo sepa mas que él? ¿Qué fácil seria no obstante dirigirlo hacia una moral mas pural; porque es tan bueno, tan crédulo y tan dispuesto á aceptar cualquiera superstición y tan deseoso de instruirse, que en realidad no necesita mas que un sacerdote honrado y juicioso para regenerarse. Pero las Marianas son un punto de destierro, donde Manila y la metrópoli no envían mas que las gentes perdidas.

Me olvidaba decir, que por un rasgo de política particular, la llave del sagrario, atada á una cinta color de rosa, fue entregada por el cura á nuestro capitán, que la llevó con devoción colgada al cuello por espacio de cuarenta y ocho horas, y no la entregó á Fray Ciriaco hasta el domingo de Pascua. Todo esto es en extremo edificante.

Ni en España, ni en Portugal, ni en Brasil, ni en ninguna parte he visto tantas procesiones como allí: cada día hay un nuevo santo que glorificar, y mañana y tarde recorre la población Fray Ciriaco á la cabeza de una docena de chiquillos vestidos de encarnado y blanco que cantan versículos y entran en las casas á recoger las obligatorias cuestaciones para el cura. Como el dinero es muy escaso en las colonias, los demandantes se contentan con fruta, legumbres, jamones salados y aves: la mesa y el corral del cura no acusan la isla de miseria. ¿Cuando os digo que España está en las Marianas!

Nos habíamos hecho la ilusión de que pasada la Semana Santa cesarian tambien las procesiones; nada de eso: como el cura no habia recolectado todo lo que necesitaba en su casa, continuaron los cantos por las calles. No os enumeraré las arlequinadas inventadas para despertar el fervor adormecido de los naturales, y puestas en acción el día de Pascua. Es cosa triste á la vista y al estudio y que lastima la razón y el corazón al mismo tiempo. ¿Da el cielo á las Marianas en aquella época saludables avisos hasta ahora esteriles? A las siete de la tarde sentimos dos sacudidas de temblor de tierra, precedidas de un ruido semejante al de muchos carruajes corriendo sobre el empedrado. Ningun habitante permaneció en su casa, todos fueron á arrodillarse á las calles y á la plaza del palacio haciendo la señal de la cruz y besando humildemente la tierra. No es, pues, absurdo asegurar que el miedo es una religión.

Quando os he manifestado que las costumbres españolas se reflejan en Guham como en un límpido espejo, ha sido lo mas exacto que puede imaginarse. No hay en Castilla marido mas celoso de su mujer que cualquier mariano; pero fuera de esto ya podeis cortejar, sin que nada le importe, sus amigas, sus hermanas, sus primas, él no responde mas que del tesoro que ha tomado á todo riesgo, y os aseguro en verdad que velan sobre él con ojos que ven perfectamente. Por lo demas creo que estas costumbres están mas en el lenguaje que en los habitantes, y hay en ellos fanfarronadas de moral, porque Guham se distingue por una gran profusión de homicidios y adulterios. Estas son cosas *felizmente muy raras*, que el historiador concienzudo debe consignar aunque solo sea para la mayor edificación de la Europa.

La policía de la isla corre á cargo, en primer lugar del alcalde de la aldea que condena sin apelación, viniendo despues el *gobernadorcillo*, que administra la

corrección por sí mismo. ¡Desgraciado el paciente que no acepta con resignación la pena impuesta! Si debe recibir veinte y cinco palos y se atreve á quejarse del rigor del castigo, en aquel momento se dobla la dosis y se ahoga la queja. Esta lógica no necesita comentarios.

Por lo general el homicidio no se considera ni llama tal sino cuando tiene un objeto político, cuando la víctima es un empleado del gobierno: fuera de este caso dice que ha sido una venganza. En el primero, el acusado va á la cárcel y se le empieza el sumario; si se le reconoce culpable se le envía á Manila, donde seguramente se asombrarán de la justicia expeditiva de Guham. Las personas ricas no tienen necesidad de acudir al tribunal supremo presidido por el gobernador para obtener satisfacción de un ultraje ó de un robo, sino que se dirijen francamente á una banda de asesinos conocida, les manifiestan la injuria recibida, indican la víctima, y mediante el precio estipulado de antemano, se hace la reparación sin escribirlo y sin verdugo. Entonces llaman corriendo á fray Ciriaco, que llega á la casa, pronuncia en voz baja y tan rápidamente como puede las oraciones de los muertos, y echa un poco de agua bendita sobre un cadáver: ábrese una fosa, y se vuelve á cerrar frente la iglesia y todo está concluido. La justicia ha seguido su curso.

El jefe de esa banda de malhechores que aterrorizan al país, es un tal Eustaquio, primer ayuda de cámara del señor gobernador, que era tal vez el único en la colonia que ignoraba sus iniquidades.

No os sorprenda que os diga que existe en Guham un colegio real y algunas escuelas secundarias, pues son solo nombres sonoros para imponer al país y á los extranjeros. En el primero de estos dos establecimientos, grande todo lo mas como el cuarto de una fonda, se enseña á leer y cantar, y en los otros se procura enseñar á cantar y leer. Antes que nada el canto, despues lo demas, porque fray Ciriaco no obliga á nadie á llevar un libro á la Iglesia, sino á entonar versículos. El maestro de primeras letras tiene al año veinte y cinco duros, y ocho gallos enseñados para las riñas, y el de música, cien duros y veinte y cinco gallos victoriosos en varias luchas públicas.

Ya nos vamos alejando de España. He visto en Guham dos fábricas de hilados, una con máquinas francesas y otra de construcción china, que por su sencillez y producto es mucho mejor que su rival.

El respeto de los hijos á los padres es allí una virtud general. Cuando despierta el padre, de quien nunca se habla sin darle el título de alteza, ó cuando menos de señoría, le rodean todos sus hijos que se ponen á acariciarle con el mayor afecto, disputándose por presentarle su vestido, su cigarro y su almuerzo, y no pronunciando ni una vez su nombre sin acompañarlo con una inclinación de cabeza ó una reverencia. Durante el día la familia se ocupa en evitar al padre el menor trabajo, y por la noche, despues del rosario, que él únicamente tiene el derecho de guiar en voz alta, nadie se acuesta antes de que él lo haya hecho en su estera ó en su hamaca.

Los hombres pueden casarse á catorce años y las mujeres á los doce, y ya he visto una madre de trece años, dando de mamar á dos gemelos. Con todo estos ejemplos son raros. El término medio de hijos en cada familia es de cuatro ó cinco, si bien he conocido en Agaña un anciano que tenia veinte y siete vivos, y el señor Medinilla nos habló de una mujer de Asson que contaba treinta y siete retoños, sin que ninguno de ellos hubiese sido atacado de lepra. Citar estos hechos no es mas que consignar las escepciones. El idioma primitivo de los naturales de las Marianas es gutural, conciso, muy difícil, y es imposible traducir algunas de sus articulaciones con el auxilio de nuestros caracteres, que se parecen á un estertor doloroso á veces y se

escapan otras de la nariz solamente. Sin embargo, si hay exactitud en la máxima de que el estilo es el hombre, preciso es convenir en que los primeros habitantes de este hermoso archipiélago habian adivinado la poesia y que los siglos y las conquistas le han empobrecido substituyendo las vivas imágenes de su lengua con la magestuosa gravedad de la lengua castellana.

El tchamorro dice, hablando de la lijereza de los pros carolinós: *es el pájaro de las tempestades que corta el viento, es el mismo viento*. Hablando del mar tranquilo, le llama: *espejo del cielo*. Si le preguntais quien es Dios, contesta: *es él*. Dice que un hermoso día es *la sonrisa del Ser Supremo*, y que los palmeros son *los penachos de la tierra*: llama á la escritura, *el lenguaje de los ojos*, á las pasiones *las enfermedades del alma*, á las nubes *los navíos del aire*, y á los huracanes y tormentas, *cóleras*. Este pueblo en que va desapareciendo el idioma tiene pocas palabras y muchas imágenes, su espíritu es la perifrasis, nunca se va al objeto sino rodeando, y puede decirse que el tchamorro dibuja con colores. Al que estudia con detencion el progreso y la decadencia de los pueblos, no le es difícil adivinar que los primeros habitantes de esto archipiélago han sucumbido con la conquista y que muy pronto no quedará nada de estos hombres estrordinarios, que dotaron al pais antiguamente de monumentos curiosos y gigantescos de que os hablaré luego y que tienen relacion en algunas de las ruinas descubiertas en América.

Hay odio inveterado entre la familia de pura sangre tchamorra y las mestizas españolas. Las primeras desprecian á las segundas, y estas aborrecen á aquellas, produciendo esto sangrientas escenas en los campos, donde los cadáveres mutilados atestiguan la ferocidad ó mas bien el delirio del vencedor. Me ha sucedido á veces en mis paseos tomar sin reflexion dos guías de religion opuesta, que constantemente se negaron á acompañarme por brillantes que fuesen mis ofertas y recompensas: el mestizo español rechazaba con desprecio diciendo: *es un salvaje*, y el tchamorro con brutalidad llamando al mestizo *hombre degenerado*. Si un gobernador severo no pone término por medio de castigos ejemplares á estos futuros hereditarios, la colonia tendrá un día de luto.

Cansado de mis correías, entraba de nuevo en casa del gobernador cuando llamó mi atencion una multitud de gente reunida bajo la magnífica cúpula de unos cocoteros, y me hallé á Petit subido á un tronco de árbol vendiendo estampas iluminadas de dos cuartos, ó mejor dicho cambiándolas por vasos de licor fuerte que se estrae del coco. El pícaro habia desbautizado las estampas que yo le habia regalado. A la madre de Coriolano arrodillada delante de su hijo la llamaba *la Virgen implorando al niño Jesus*; á Armida y Reynaldo en el jardin creado por el Tasso, *Adán y Eva en el Paraíso Terrenal*; al incendio de Salina, *Sodoma reducida á cenizas*; un banquete de vaudevillistas, *la cena de los apóstoles*; Faetonte herido por los rayos de Júpiter, *la caída del demonio*; una lancha de lavanderas en el Sena, *el arca de Noé*; el rapto de Ganimedes, *el Espíritu Santo llevando un ángel al cielo*, y Ulises vencedor de Polifemo, *David venciendo al gigante Goliath*.

Y sobre esto el buen Petit, con esa elocuencia de marinero que ya le conoceis, y en chapurrado español hacia las relaciones mas divertidas y mas grotescas del mundo. Apenas me vió, se inflamó en él su imaginacion, sus ademanes fueron mas enérgicos, sus períodos mas rimbombantes, su mirada mas atrevida, y poco faltó para que me convirtiese á mi lo mismo que á la admirada muchedumbre que le tenia preso en un cuádruple circulo.

Por la noche antes de entregarse al sueño sus devotos habitantes, puesto de rodillas ante estas es-

tampas, las invocaban en sus oraciones dándose golpes de pecho. Antes que yo, se ha dicho: la fé salva.

XXXII.

ISLAS MARIANAS.

Guham. — Costumbres. — Detalles. — Mariquita y yo.

Uno de esos hombres metódicos y positivos que tiene uno á veces la desgracia de encontrar en este mudo de contrariedades, me preguntaba dias pasados qué distancia habia de Paris á las Marianas.

— Diez mil leguas, le contesté.

— ¿Contando con las que haya de aquí al Havre?

— Sí señor, repliqué lleno de coraje, pero empujando en la catedral...

De fijo este hombre gasta babuchas de orillo y gorro de algodón con cintas amarillas, y sin disputa fue él quien me envió una carta anónima con el sello de Paris echada en el buzón del correo, calle de Juan Jacobo Rousseau, y con el siguiente sobre: «A Mr. Jacobo Arago, literato y viajero, que vive en la calle de Rivoli, núm. 10 duplicado, en Paris, departamento del Sena, Francia.»

Mas quiero el ruido de la péndola de un reloj de pared que dos horas de conversacion con estas organizaciones estrañas que no tienen por verdadero y exacto mas que lo que está medido con compas y trazado con regla, y que dudan decir de la muerte de Mr. de La Palissa porque no le han conocido. La completa exactitud no existe mas que en los números, pues todos los ojos no ven del mismo modo, y lo que mi vecino cree bello y grandioso á mí me parece feo y raquítico. Y sin embargo, ninguno de nosotros miente; sentimientos de diferente manera y esta es la causa de la diferencia. Algunos de mis compañeros de viaje han visto en las Marianas un pais encantador, y otros un pais repugnante y triste: yo he participado de ambas opiniones, porque he pasado horas fastidiosas y dias de verdadera alegría. Prosigamos nuestras observaciones.

El traje de los marineros está en consonancia con el clima abrasador que pesa sobre todo el archipiélago. Compónese el de las mujeres de una almilla flotante que cubre á medias el pecho y deja desnudos el cuello y los hombros; crúzase por medio de dos ó tres corchetes sobre el pecho y cae sobre las caderas ó mas bien cerca á ellas sin llegar á la saya que se ata á la cintura con una cinta ancha y baja hasta el tobillo. Esta saya por lo comun está hecha de ciuco ó seis pañuelos llamados *madras*; los pies y las manos estan desnudos así como la cabeza, en la cual flota una inmensa y hermosa cabellera atada muy abajo: en el cuello y en los brazos usan rosarios y escapularios benditos. Al ir á misa es muy raro que, en vez de la graciosa mantilla española, no se cubran con un pañuelo de colorines que sujetan debajo de la barba con la mano, y la mayor parte de ellas, cuando pueden, gastan sombreros de hombre, lo cual aumenta el carácter de gravedad, de fuerza, de independencia y de dominacion que se nota en aquellas naturalezas privilegiadas en que circula una vida tan precoz y poderosa.

Las jóvenes de Guham no andan sino saltan: mas elegantes que las andaluzas, son mas majestosas y no menos coquetas. No creais que bajará los ojos bajo el fuego ó la impertinencia de vuestras miradas, pues sereis vencidos en este desafio que jamas relusan. Por mas que os mostreis orgullosos y con aire protector, ellas son mas orgullosas y desprecian vuestro protectorado. Las jóvenes de las Marianas fuman y mascan tabaco: los cigarros son muy voluminosos y tienen coquetería en presentarse con un cigarro en la boca de seis pulgadas de largo y de ocho líneas por lo menos de diámetro.

Los hombres gastan una camisa blanca que los cubre hasta la mitad del muslo y anchos pantalones que no pasan de allí, atados á la cintura; las piernas, los pies y la cabeza descubiertos. Por lo demas su modo de andar, como el de las mujeres, revela un carácter de libertad, un aire de matamoros que sienta admirablemente á su figura regular aunque pequeña, viéndose al menor esfuerzo que hacen dibujar esos músculos de su cuerpo, de sus piernas y de sus brazos, tan robustos como los del Hércules Farnesio. Pero todo esto, ya os he dicho que es la vida en los dias de escepcion ó en las horas obligatorias, porque cotidianamente gastan tan hermosa existencia en el reposo ó en el sueño.

El color de los marianos es amarillo oscuro; sus dientes son de estrema blancura cuando me los quemaron con el uso ridiculo y cruel del betel y del tabaco pulverizados con cal viva. Sus ojos son grandes y brillantes, y sus pies, particularmente los de las mujeres, muy pequeños y delicados, lo cual es notable en un pais donde hay pocas personas que gasten zapatos.

Es cierto que las jóvenes tchamorras cuando se casaban no tomaban el nombre del marido, porque todavia ahora, á despecho de la larga dominacion europea, triunfa de la voluntad del legislador esta costumbre antigua. ¿No podríamos deducir de esta circunstancia, como otros viajeros, que las mujeres desempeñaron el papel principal en aquel archipiélago? Estudios difíciles de hacer son estos en un pais donde la historia y la tradicion llegan hasta nosotros llenos de dudas despues de tantas conquistas y matanzas. Las victorias morales de los españoles en ambas indias se han alcanzado con la espada: el fanatismo no procede de otra manera.

No hay parte alguna en el mundo donde la supersticion se halle mas estendida que allí, y no ocurre suceso en la vida, por pequeño que sea, que no se le atribuya una causa sobrenatural. Si un hombre se disloca un pie por la tarde es porque no habia rezado por la mañana; si una joven quema sus galletas de sicas es que habrá pasado por delante de la capilla de la Virgen sin hacer una reverencia. Al verlos pensar y obrar así, diríase que el Omnipotente, árbitro de todas las cosas, se ha ocupado esclusivamente de ellos, que preside los menores detalles de su existencia, y que solo por un milagro del cielo se anda y se respira.

Destruía un incendio la casa inmediata á la de don Luis de Torres, primer dignatario de la colonia y amigo íntimo del gobernador. Acudimos nosotros al ruido del rebato, y como se habia prendido fuego la casa próxima, amenazaba propagarse á las demas. Nadie trataba en cortarlo á pesar de esto porque habian oido decir á este propósito cosas muy graves, como vais á ver.

Tres de nuestros atrevidos marineros se arrojaron en medio de las llamas, procurando escitar con su ejemplo el celo de los habitantes.

—¿Para qué intentar un imposible? me dijo don Luis con tono lamentable, preciso es que siga su curso el incendio, ya que ningun poder humano puede contenerlo.

—¿Por qué?

—Porque el dueño de la casa salió de la iglesia el domingo último sin tomar agua bendita.

Sin embargo, la siniestra prediccion del alto personaje recibió un mentís por nuestros valientes mariueros que cortaron el fuego, salvando las demas casas de una destruccion segura.

—¡Quéta! dije al oficial supersticioso; ya veis que con valor y trabajo domina uno los acontecimientos.

—No es el valor el que ha triunfado.

—¿Ha sido entonces el trabajo?

—Ni lo uno, ni lo otro.

—¿Pues quién?

—Dios. Ayer ví en la iglesia á estos tres intrépidos marineros que me señalais, delante de la sagrada imagen de Santiago, cuyas reliquias besaban devotamente.

Marchais era uno de los tres, y aseguro que don Luis no le habia visto besar devotamente las reliquias de Santiago de Compostela.

El tchamorro se parece al chino en sus procedimientos tortuosos, en su carácter hipócrita, en su fisonomía, pero sobre todo en su ardiente deseo de rapiña. Apenas entra en una habitacion, su escrutadora mirada descubre todos los objetos que puede apropiarse, y todo cuanto se encuentra á su alcance lo toma con una desvergüenza y un cinismo repugnantes. Si le pegais por el robo que acaba de cometer bien podeis doblar la dosis, porque durante la operacion habrá cometido otro.

El tchamorro no roba por necesidad, sino por instinto, tal vez por costumbre y acaso tambien por religion: con frecuencia roba una patata, un rosario, una galleta ó un vaso, y algunos momentos despues tira estos objetos. No le incita lo que no pertenece á nadie, pero lo que es propio escitará su deseo y animará su vista. Por la noche, despues de acabada la faena y ganado su jornal, en vez de avergonzarse del daño causado, se lamenta como el cocodrilo de la fábula, de que no haya sido la presa mejor y mas abundante, preparándose para las nuevas investigaciones del dia siguiente. Todos los tchamorros han nacido prestidigitadores, y seguramente han merecido bien el epíteto de ladrones con que los navegantes los designan.

En medio de estos tristes residuos de las costumbres primitivas, que una legislacion severa y con frecuencia cruel no ha podido destruir en aquel archipiélago, permítase á mi pensamiento descansar en uno de esos raros episodios en que el alma del viajero lastimada por la barbarie y el libertinaje, se baña en dulces y poderosas emociones. Mariquita, lo mismo que Rouvière, lo mismo que Petit y Marchais, lo mismo que el tamor carolino, no saldrá nunca de mi memoria, y mi memoria es mi corazón.

Habia ido á Humata con el gobernador un hombre regordete pero ágil y vivaracho, que se nos ofreció como mandadero, y para timonearnos en nuestras correrías. El mismo dia de nuestra llegada le tomé por guía y no volvimos á la aldea hasta por la tarde despues de ponerse el sol. En esta excursion supe que era de Agaña y que se habia casado con una linda muchacha, que tenia una hermana mas liuda aun llamada Mariquita.

—Toma, dije á mi guía, ahí tienes un duro para tí, un pañuelo para tu mujer y esta cruz bendita para tu cuñada. ¿Estas contento?

—Mas lo estará ella.

—¿Quién?

—Mariquita.

—¿Por qué?

—¡Me ha encargado tanto que la llevase una reliquia!

—¿Luego es muy devota?

—Ella es la que reza mejor de todos nosotros.

—¿Qué edad tiene?

—Catorce años.

—¿Y tiene marido?

—Ha desechado diez, veinte, y frecuentemente llora sin que sepamos por qué.

—¿No se ha preguntado nunca el motivo de su llanto?

—Sí, pero nos contesta que no lo comprenderíamos, que ella no es de este pais, que padece interiormente, que sueña todas las noches con demonios y ángeles, y añade que bien pronto se matará: tal vez estará loca.

— Tal vez.

— Sin embargo ayer la vimos reir al ir á la Iglesia, y era la primera vez que llevaba un pañuelo á la cabeza, porque no somos ricos.

— Toma, da este pañuelo también á Mariquita la loca para que se adorne con él la primera vez que vaya á la Iglesia.

— Venid entonces á Agaña, señor, porque si no mi hermana vendría hasta aquí para daros gracias, y nosotros no queremos á causa de la lepra.

— Anunciadle mi visita.

— ¿Cuál es vuestro nombre?

— Arago.

— Señor Arago, mi hermana Mariquita os esperará á la puerta con vuestro pañuelo á la cabeza. Ya vereis qué guapa es. Su casa es la cuarta de la derecha antes de llegar á la plaza real.

— No lo olvidaré. Adios.

— Adios, señor.

La tarde que llegué á Agaña vi efectivamente en el sitio indicado á una jóven que estaba á la puerta de la casa, mientras que nos rodeaba la multitud para mirarnos mas de cerca y oírnos hablar. Miré á Mariquita con el rabillo del ojo para no llamar su atención, y por la noche me aproximé á la casa bajo cualquier pretexto. Estaban rezando el rosario: Mariquita guiaba, y los demas respondían en fá bordon. Ya iban á levantarse cuando oí estas palabras:

— Un padre nuestro por el señor Arago.

Y pronuncióse devota y dulcemente la oración. Subí entonces los cuatro ó cinco peldaños de la escalera exterior y llamé á la puerta medio entornada. Mariquita se levantó como una gacela sorprendida y exclamó:

— ¡Es Arago!

— No.

— Sí.

— ¿Quién te lo ha dicho, Mariquita?

— Tú eres, tú eres Arago.

Y la pobre jóven besaba religiosamente el pequeño crucifijo que su hermano le habia dado de mi parte, y me miraba con sus hermosos ojos húmedos que me decían: «Todo esto es por tí.» Ofreciéronme un banquillo, Mariquita se acostó sobre una estera ordinaria con la cabeza entre mis rodillas, y el resto de la familia se colocó en la misma pieza.

— ¿Quieres tabaco? me preguntó la jóven, ¿quieres galleta de sicas? ¿quieres cocos, una estera, una hamaca, un beso?

— Todo eso quiero.

— Todo lo tendrás, pero únicamente de mí, porque quiero servirte yo sola.

Os juro que era una sensación nueva é inesperada. Desde mi salida, exceptuando los chinos de Diely, no habia oído hasta entonces mas que amenazas, palabras furiosas y gritos de rabia, y aquí una voz dulce, espresiones de bondad y agradecimiento, y además dos negras pupilas cariñosas que no se separaban de mí, dos manecitas que se me entregaban con inocencia, la alegría en todos los semblantes, la sonrisa en todos los labios. Me creí trasportado á un mundo nuevo, y en realidad lo estaba. El hermano llegó una hora despues que yo.

— ¡Mirale aquí! exclamó Mariquita echándole los brazos al cuello: ¡mirale! gracias hermano mío.

— Bien seguro estaba yo de que habia de venir.

— Pues yo no.

— ¿Vais á permanecer mucho tiempo aquí?

— Creo que dos ó tres meses.

— ¿Y luego, dijo Mariquita con voz temblorosa, os marchareis?

— Sí.

— Vuestra reliquia no es bendita, exclamó levantándose; hé ahí vuestro pañuelo y vuestro Jesucristo, ya no los quiero.

Abrió la puerta, saltó la escalera sin tocarla y desapareció entre las sombras que cubrían ya la tierra.

Yo pasé la noche en una hamaca de la casa hospitalaria, inquieto por aquella fuga imprevista que habia alarmado también á la familia. Rendido no obstante por el sueño, me dormí, y al despertarme ví á Mariquita sentada en un taburete, meciéndome muellemente con el auxilio de una cuerda que se hace del cocotero.

— ¡Por fin has venido: nos has dado un mal rato!

— Yo he tenido muchos también.

— ¿Y ahora no los tienes?

— ¡Ah! las penas no se van tan pronto; vienen repentinamente, pero despues se quedan.

— ¿Dónde has pasado la noche?

— Allá abajo, cerca de la Iglesia. He pedido á Dios una cosa.

— ¿Y qué le has pedido?

— Salud para tí durante dos ó tres meses y despues una grave enfermedad.

— Te doy gracias por el deseo.

— Si el cielo es bueno me lo concederá. Cuando uno está enfermo no se embarca, ni va á recorrer el mundo sino que descansa en donde se encuentra. ¡Si supieras cuán feliz es uno en Guham y sobre todo en Agaña! Se mandan construir dos casas una junto á otra, se pueden tener dos hamacas muy próximas, se ama mucho y se reza unidos ambos. Ya ves que he pedido al cielo una cosa muy justa.

— ¿Tú me amas, Mariquita, á mí que nada he hecho para ello?

— Yo no sé si te amo, pero esta noche la luna ha estado hermosa, hoy será el sol magnífico y así sucederá mientras permanezcas en nuestra isla.

— Sin embargo, ahí hay una nube bien grande y oscura que se dirige hácia el sol para ocultarlo.

— Es porque tú marcharás.

Y los ojos de Mariquita se arrasaron de lágrimas, y su mano habia cesado de meceme y parecia como que aguardaba de mi boca una palabra consoladora que me era imposible darla. Traté con todo, de hacerla comprender que yo tenia deberes que cumplir y que la amistad que me manifestaba no era sin duda mas que un impulso de agradecimiento. Al oír esta última palabra se levantó bruscamente, y dirigiéndose á una pizarra sobre la cual ardian algunas ramas resinosas, arrojó en ellas el pañuelo que le habia regalado. Su hermano no pudo sacar del fuego mas que un pedazo, que Mariquita le arrancó de las manos y echó al fuego con una especie de cólera en que la cólera sin embargo, no tenia parte alguna.

— Niña, le dije, tengo en mis maletas pañuelos mucho mas lindos que ese, y te los daré todos, te lo prometo.

— Los quemaré todos.

— En mi país, Mariquita, no se dan esas cosas mas que á la persona á quien se ama.

— ¿Entonces me amas?

— Sí.

— Mas quiero esto que tus regalos, y puesto que me amas no te marcharás.

La linda tchamorra se levantó llena de alegría, se ocupó con los demas de la familia de los cuidados de la casa, rezó en alta voz las oraciones de la mañana, y me trajo un coco-muda, abierto con mucha habilidad, despues de lo cual vinieron los ricos plátanos y la sandía tan fresca y tan deliciosa.

Yo no sabia qué pensar del amor tan cándido y tan ardiente á la vez de Mariquita, pues habia creído hasta entonces que las dulces pasiones del alma, el amor, la amistad y el agradecimiento, eran el resultado de la civilización, no contribuyendo poco mis escursiones á fortificar esta convicción de día en día. Los beneficios de un amo á su esclavo podian muy bien ahogar en este el deseo de vengarse y de eman-

cipacion, pero lo que mi razón no podia admitir era el amor, la simpatia entre dos naturalezas tan distintas y por decirlo así tan opuestas.

Mariquita era una escepcion en un pais escepcional y no conservaba de las costumbres en medio de las cuales se deslizaba su vida dulcemente mas que lo que las leyes y la fuerza de las cosas le imponian. Por otra parte, si yo no hubiera sido impulsado hacia aquella jóven encantadora por uno de esos sentimientos intinos que arrastran con frecuencia á despecho de la razon vencida en la lucha, me habria sido fácil hacer un estudio moral á su lado en provecho de mis descubrimientos de viajero. Pero desde el momento en que la cabeza y el corazon están en lucha es imprudente edificar sobre hechos que no puede juzgar uno mismo. El candor de Mariquita ponía en relieve sus calidades españolas y sus principios tchamorros, ofreciendo á mi curiosidad un medio de ejercitarse sin temor de equivocarme groseramente. Así es que noté con frecuencia que su cariño hacia mí era mas ardiente cuando su padre ó su madre escuchaban su sencilla espresion.



Mariquita.

Si Mariquita estaba alegre, le decian : ¿con que le has visto? Si sus ojos se cubrian de tristeza, le decian sonriendo : *va á venir*.

Mariquita me acompañaba á la caza y su vista ejercitada me indicaba de-de lejos el pájaro que queria matar : cuando el sueño y la fatiga me rendian, la niña, á quien el calor no quitaba la energía, ponía toda su atencion en preservarme de la picadura de los insectos y alacranes de que están plagados los bosques. En su loca esperanza de verme habitar en Guham me traía las frutas mas ricas, enseñándome el mar agitado como para asustarme, y sin decirme una palabra me preguntaba con la vista para sorprender los secretos que tratase de ocultarla.

¡Pobre niña !... Pronto debia llegar el dia de la separacion.

Una noche que detenido en su casa por una tormenta espantosa, precedida de una violenta sacu-

dida de temblor de tierra, le hablaba del profundo sentimiento que tenia de dejarla.

— Me dejarás mas pronto de lo que te figuras, me dijo con voz triste.

— ¿Y cómo?

— Porque vas á morir dentro de algunos dias.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— ¿No vas á Tinian?

— Sí.

— Pues bien, los *pros-volantes* en que haces la travesía naufragan con frecuencia ; una tormenta como la que ahora ruge puede cogeros y tú no sabes nadar.

— Estas tormentas son raras aquí.

— Las hay sin embargo, y se perece.

— Tú rezarás por mí.

— Sí, pero primero por mí.

Habiendo llegado el momento de marchar á la isla, de las antigüedades, la jóven me acompañó hasta la playa sin pronunciar una sola palabra, y únicamente me señaló con la mano y la vista las rápidas nubes que el viento impelia con violencia hacia Tinian. Próximo ya á embarcarme,

— Hasta la vista, le dije, con voz que me esforcé por hacer cariñosa ; dentro de ocho dias estaré á tu lado.

— O yo al tuyo.

— Me harás desgraciado, Mariquita.

— En ese caso te devolveré lo que me das.

— ¿Me amarás durante esta larga ausencia?

— ¿Pues no te amo ahora?

Esta consecuencia me hubiera sido lógica en Europa, y confieso que me sentia pequeño comparado con mi cándida conquista.

Mi viaje á Tinian duró una semana, ea cuyo espacio no faltaron votos en la iglesia. Mi crucecita y mis escapularios, fueron colgados al pie de un Cristo que estaba en el altar mayor, y el elegante pañuelo con que Mariquita se cubria con tanta gracia, salió del mueble ordinario donde se le habia guardado.

— Las oraciones, me dijo la jóven tchamorra, no valen tanto como los sacrificios : si no hubiera dado mis tesoros á Dios, si me hubiera separado del pañuelo, ó hubiera comido sandías ó plátanos, hubieras muerto de seguro.

— Esto quiere decir que te debo la vida.

— Sí.

— Entonces tanto mejor, porque la vida con un cariño como el tuyo es la dicha.

— Y sin embargo, pronto concluirán los dos ó tres meses de estancia en la isla.

— Cree, ángel mio, que siempre pensaré en tí.

— ¡Pobre amigo mio ! pensar es morir.

Lejos de debilitarse los sentimientos de Mariquita, adquirieron cada dia mas intensidad, y no podia hacer una excursion por el pais sin que la jóven tchamorra me acompañara. No os explicaré todas las pruebas de afecto que recibí, todos los trabajos que la pobre niña se imponía, todos los sacrificios que aceptaba por evitarme, no ya una pena, sino una incomodidad ligera. Cuando volví al hospital de leprosos cerca de Assan para terminar algunos estudios comenzados, Mariquita quiso seguirme y entró en él á viva fuerza. Cuando me bañaba en el rio, que corre al pie de Agaña paralelo á la playa, mi ángel protector, que nadaba como una dorada, me precedia continuamente indicándome los sitios menos peligrosos para mí.

— Y todo esto, decia con el mayor candor, no lo hago para que te quedes, puesto que debes marcharte, sino para que lo sientas mas adelante.

Mariquita tenia dos almas en un pais donde es mucho exponer conceder una á cada individuo.

Llegó el dia de la separacion. La corbeta, que permanecia anclada en San Luis, llamó á la tripula-

cion y al estado mayor, anunció el cañon la hora fatal y Mariquita no me dijo mas que estas dos palabras: te acompaño.

Su padre, su madre y su hermano tambien quisieron acompañarme, y llegamos al fondeadero en un bote perteneciente á la familia, desembarcando para almorzar y despedirnos.

— Dame tu sombrero, dijo Mariquita; y tu corbata; mañana robaré en la iglesia mi escapulario y mi Cristo; tendré muchas cosas tuyas... y tú... ¡Dios mio! ¡Dios mio!...

Mariquita se metió en un bosque y desapareció: su hermano y yo fuimos en su busca, y despues de una hora de fatiga la hallamos junto á un plátano que tenia abrazado convulsivamente.

— Gracias, dijo, viendo pintado en mi rostro el dolor que no podía dominar; gracias, porque me amas, ¿no es cierto? Quería dejarme morir, pero ahora viviré; marcha.

— ¿Desearias venir con nosotros?

— Marcha; cuando tú estés lejos, alguno hablará de tí.

— ¿Quien? Mariquita.

— El ó ella, ya lo sabes.

Llegué á bordo y estaban ya virando. Saludé con la mano, con los ojos y con el corazon á mi graciosa tchamorra, cuyo perfil desapareció al traves de las ramas de los árboles; pero á poco de llegar al buque, cambió el viento, y á menos de un nuevo capricho de la atmósfera, no debíamos dar la vela hasta el día siguiente para la salida del sol.

— ¡Mejor! ¡mejor! exclamé, así la volveré á ver.

XXXIII.

ISLAS MARIANAS.

Gulam.—Continuacion de Mariquita.—Angela y Domingo.

BAJÉ á tierra á las seis, y en mi vivo sentimiento de abandonar á una jóven que me manifestaba un amor tan verdadero como sencillo, supliqué á mi amigo Lamarche, teniente de la corbeta que hiciera desembarcar mi equipaje en el caso de que aprovechando un viento favorable, se hiciese el buque á la vela antes de mi regreso. En los asuntos de amor no son mis propias penas las que me atormentan, sino las del otro yo, que son para mí mas punzantes.

Aunque estaba poniéndose el sol, esperaba, que avivando el paso podia llegar á Agaña antes de media noche, y para acortar la distancia, me decidí á salir del camino trillado y tortuoso que sigue la direccion de la playa, y tomé la línea recta al traves de los bosques. En ellos no hay que tener miedo á los animales feroces, desconocidos en aquellas soledades ni á las venenosas culebras que no se arrastran por aquella yerba ni á las tribus salvajes que en otras partes van paseando sus furores y amenazan al viajero extraviado. Unicamente algunos búfalos bajan de las montañas á la llanura y huyen á la vista del hombre, y algunos ciervos salvajes que se despiertan al ruido y saltan á la espesura donde encuentran un lecho sosegado. Hay tranquilidad en el aire, tranquilidad en el suelo, y entra uno con cierta solemnidad en estos inmensos y seculares bosques, donde se piensa con entusiasmo en la independecia y en la libertad.

En mi escursion, esclusivamente amorosa, sucedióme lo que acontecer suele al que cree que la línea recta es el camino mas cierto para ir de un punto á otro: me perdí y no reparé en ello hasta que la vuelta era imposible. ¿Qué habia de hacer? Avanzar á riesgo de no poder saber dónde estaba. Figurábame por una parte á la corbeta levando el ancla, y por otra me alegraba en el fondo de mi alma por el ines-

perado placer que iba á tener Mariquita, pobre niña, á quien dejaba tan triste y que sin saber cómo ni por qué se habia hecho la ilusion de tenerme siempre á su lado. ¿En todas las luchas con la razon sale por ventura la razon victoriosa?

Entre tanto se adelantaba la noche á pasos precipitados. Ya habia atravesado el cauce pedregoso de un riachuelo seco, cuya desembocadura suponía en frente de Tupungan, indicio que sirvió para orientarme y me obligó á redoblar mi ardor. Hallábame siempre en un terreno llano, perfumado, cubierto de fresco y vigoroso césped, gigantes colosales como el cocotero, la familia palmista, el vacoi y sus impudicos retoños, el árbol del pau tan hermoso, tan imponente y tan útil, y olvidaba la corbeta y casi tambien la Europa en mi admiracion progresiva. Un segundo torrente, en que habia reparado cerca de Assan me guió nuevamente hasta que de allí á poco distinguí las primeras casas de Agaña.

¡Pobre Mariquita! decia para mí apresurando el paso; mañana otra dolorosa separacion; pero oiré al menos de nuevo tus dulces palabras y volveré á enjugar tus lágrimas.

Llegado que hube á la puerta, al pie de la escalera, escuché con el corazon, y creí oir algunos suspiros mezclados de sollozos. Entré... Todo reposaba en silencio, todo estaba tranquilo como si no hubiera pasado por allí niuguna pasion. Mariquita dormia mas profundamente aun que su hermano.

Aunque estaba rendido de fatiga, deseaba volverme al momento, pero el despecho y el pesar me arastraron: senteme en un taburete, testigo mudo de tantas confidencias, y aguardé á que apuntase el día que no tardó en aparecer, despues de haber colocado cerca de la cabeza de la jóven olvidadiza un precioso pañuelo que me quité del cuello. Abrió los ojos Mariquita y reparó en mi regalo.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó, Arago ha muerto, un ángel me ha traído este pañuelo que no me habia atrevido á pedirle.

Levantóse entonces, me vió y lanzó un grito.

— Ya no marchas, ¿no es verdad?

— Si, pero he querido volver á verte: ahora voy mas tranquilo, porque te he visto dormir, y el pesar no duermes.

— No, pero mata.

— ¿Piensas morir por mi marcha?

— Si.

Mariquita no murió.

En el último viaje que ha hecho mi amigo Mr. Bernard ha visto á la jóven tchamorra y tambieu le ha dado rosarios, escapularios, pañuelos y collares.

Gulam sin embargo está á mas de diez mil leguas de mi patria.

Acabais de oir á la jóven y bella tchamorra de pura sangre nacional, carácter primitivo, virgen de toda mancha española, fuera de esa mezquina supersticion que le habian impuesto al nacer y en la que se habian sumido incesantemente sus gustos, la costumbre y la iudolencia. Y eso que no os lo he dicho todo, porque hay secretos íntimos que no puede revelar la pluma por mas que lo sienta el amor propio.

Ahora vereis un contraste, una pasion salvaje, una existeucia escepcional, un alma de hierro que no retrocede ante ningún obstáculo ni se espanta de ningún crimen con tal de conseguir su objeto.

La casa de Mariquita y la de Domingo estaban próximas. Domingo Vales era un español de Manila, que habia ido á las Marianas huyendo de una sentencia capital por ciertas *calaveradas* contra las cuales se armó rigurosamente la justicia del pais. Condenado á muerte en rebeldía, habia vivido mucho tiempo en las altas montañas de Manila para sustraerse al suplicio, hasta que cansado de esta vida errante, bajó cierto día á la llauura, entró audazmente en la ciu-

dad, se deslizó al puerto, cogió una barca amarrada en la caseta, metió en ella algunas provisiones, salió al mar y se entregó á merced de los vientos y las olas. Fuéronle estos favorables y en poco tiempo llegó á Sandwich, donde su llegada admiró sobremanera á los naturales de Owhyee, á quienes contó una historia lamentable compuesta *ad hoc* á fin de interesarles en su suerte. Fue muy bien recibido y obsequiado, le dieron una caseta, esteras y un gran cuadro de taro (*tacca pinnatifida*), y Domingo vivió así dos años en Karakaoa, dichoso y apreciado por los salvajes que habitan aquel archipiélago.

Todo esto está en el orden natural de las cosas, y por eso no nos asombra.

¿Pero qué hacer en Sandwich á menos de ser elegido rey? ¿Y cómo llegar al sόlio en un pais donde el gran Tamashama habia establecido su imperio? El fugado de Manila, obligado á vivir como hombre honrado, se cansó de esta existencia inútil y monótona, y aprovechando la salida de un buque americano para las Marianas, en el que le dieron gratuitamente pasaje, llegó á Guham como un viajero independiente presentándose bajo su verdadero nombre sin cuidarse de las consecuencias probables de su imprudencia, ó mejor dicho, de su temeridad.

Llegad á este pais con impudencia y audacia, presentaos altivo á vuestros gefes legítimos, probad que teneis algunos hábitos de los pueblos civilizados, llamad salvajes á todas las personas que os rodean, probad que sabeis leer y escribir, y no os hace falta mas para ser un personaje de importancia. A veces nada se asemeja tanto á la grandeza como la bajeza, al hombre de genio como el ignorante.

El señor don José Medinilla y sus oficiales se engañaron al principio, y el primero dió grátis un buen terreno al recién venido que ofreció regenerar la isla, siendo admitido á su mesa y á su consejo. Domingo casi destruyó el poder de Eustaquio, el ayuda de cámara del gobernador, que no era hombre que se dejaba destronar fácilmente.

Nuestro hábil reformador necesitaba un compañero, pues la vida es muy pesada para el que la pasa meditando, cuando sus recuerdos no tienen nada de consolador ni honroso. Ninguna de las jóvenes que pasaban ante su vista hubiera osado esperar el alto honor con que don Domingo queria favorecerlas, y sin embargo, la que eligió rehusó terminantemente la proposicion que le hizo el tráfuga de Filipinas, cuyo orgullo, cruelmente herido, apenas podia creer la rareza de lo que él llamaba una injuria, y se propuso no contentarse con una simple tentativa. La altivez humillada no se deja abatir impunemente; pero Domingo tenia que habérselas con una española joven, de pasiones ardientes, que comprendia el ardor tan bien como Mariquita, aunque con todas sus tormentas y tempestades. A pesar de que hasta entonces su corazon habia sido insensible y mudo á toda clase de seduccion, Angela era la única pareja para Domingo, caractéres vehementes y extraordinarios que no podian encontrarse sin comprenderse.

Angela no tenia todavía catorce años, mas en Europa hubiera pasado por de veinte, pues sus facciones acentuadas se dibujaban con varonil vigor y sus miembros elásticos reunian la fuerza á la lijereza. Se ocupaba habitualmente en la caza, asistia al oficio divino con una especie de independencia que le valia algunas reprimendas de sus amigos, y ¡caso extraño y único en la isla! cuando á las sacudidas del temblor de tierra oscilaban las casas, no se santiguaba ni se ponía de rodillas á implorar la clemencia del cielo. En Guham era conocida con el nombre de Demonia, y no obstante todos la querian, pues hasta entonces no podian echársele en cara ni aun esas maldades femeniles que germinan y crecen en el corazon de las mujeres de todos los paises.

Angela habia perdido uno tras otro á su padre, á su madre y á un hermano, cuya muerte le causó un sentimiento profundo, pues para ciertas almas no existen emociones moderadas. La joven pensaba en suicidarse para seguir á su familia al sepulcro, cuando se encontró cara á cara con Domingo, ambos se miraron al mismo tiempo como personas que ya se han visto, y aunque no se dijeron una palabra se entendieron perfectamente. Ya sabeis que hay ciertos tipos que halla uno casualmente y que cree haber conocido antes ó haber vivido siempre á su lado.

Al dia siguiente de este encuentro Domingo esperó á Angela á la puerta de la iglesia y le dijo en el momento en que salia de ella pensativa.

—Jóven, ¿quieres casarte conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no te amo.

—Esperaré entonces.

Ocho dias despues al final de un sermón de Fr. Ciriaco, Domingo se dirigió de nuevo á Angela.



Angela.

—Jóven, ¿quieres casarte conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no te amo.

—¿A mas á otro?

—No.

—Pues entonces esperaré.

Angela tenia por vecino á un buen mozo listo y apasionado, que poseia una bonita casa, un jardín muy mono y cincuenta cocoteros en un delicioso valle del interior de la isla. La noche misma de este segundo encuentro entre Angela y Domingo, el vigo-roso español se presentó en casa de aquel cargado con un cadáver.

—Tomad, dijo á la familia asustada; ese infeliz se ha caído de lo alto de un cocotero, y á pesar de mis esfuerzos no he logrado volverle á la vida.

Siniestros rumores acusaron á Domingo de un crí-

men, pero nadie se atrevió á decirlo en voz alta por el miedo que le tenia toda la poblacion.

Angela acompañó al sepulcro los mutilados restos de su vecino, que ninguno ignoraba que la habia perdido en casamiento; pero sus ojos no se humedecieron, y despues de la ceremonia fúnebre, á que tambien habia asistido Domingo, las facciones de este tomaron tal aspecto de dolor y amargura, que parecia un criminal perseguido por los remordimientos.

Habia transcurrido un mes desde este suceso y todo el mundo habia recobrado la tranquilidad. Hallábase sentada Angela dando vista al mar, violentamente agitado, bajo la magnifica cortina de cocoteros que se eleva en su orilla al Norte de Agaña, á tiempo que Domingo, en pie detras de ella dejó caer con voz ronca y solemne las palabras que por dos veces le habia dirigido.

—¿Quieres ser mi mujer, Angela?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no te amo.

—Hoy necesito otra razon.

—Pues bien, porque tú no me amas.

—Sí, yo te amo.

—Dámeme una prueba.

—Háblala.

—Búscala tú mismo.

—La buscaré.

—Corriente.

—¿Y entonces?

—Veremos.

—No, entonces te casarás conmigo ó con nadie.

¿No es así? Adios, Angela, hasta mañana.

—Hasta mañana, Domingo.

Con efecto á la noche del siguiente dia, cuando acababa de rezar sus oraciones Angela sobre el sitio en que habia muerto S. Victores á los golpes de Matapango (historia bien triste que os referiré luego), Domingo que se hallaba apostado á la entrada del bosque junto al camino, hizo oír su formidable voz persiguiendo á la jóven con sus apremiantes demandas.

—El instante ha llegado, y ya es imposible cualquiera retardo é inútil cualquiera irresolucion ¿Quieres ser mi mujer? añadió montando la escopeta que llevaba en su robusta mano.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me amas.

—Te amo, Angela.

—Ya te he dicho que no lo creia hasta tener una prueba.

—Voy á dártela si insistes en pedírmela.

Y apuntó á la jóven.

—La espero.

—Ahí va.

Sale el tiro, silba la bala y lleva una oreja y parte de la sien á la jóven. Angela echó la mano á ella y retirándola llena de sangre:

—Toma, Domingo, le dice sin la menor emocion; toma esta mano que te habia negado, soy tu mujer ahora que he visto que me amas.

A nuestra llegada á Agaña hacia seis meses que Angela era esposa de Domingo y ambos vivian felices sin que nada anunciase que debia concluir su dicha.

La dulce y buena Mariquita y la orgullosa y salvaje Angela tenian la misma edad, habian vivido en medio de los mismos sucesos y respirado el mismo ambiente. ¡Qué contraste sin embargo!

Que se noten semejantes oposiciones entre nosotros, en esta vieja Europa en que todo varia segun los caprichos, la moda, las épocas y las instituciones, se comprende sin esfuerzo; pero que en un pais que no se conmueve mas que por los terremotos, bajo un brillante sol que no se oculta sino por casualidad, y

en medio de una naturaleza perfumada y generosa hierva la sangre en las venas con la semejanza que acabais de ver: hé aqui un misterio que costará trabajo explicar á la fisiología de los pueblos.

¿Os he referido ya que este archipiélago gime bajo el yugo de la supersticion, hija mayor del miedo y de la ignorancia? Sí. Pero oid una cosa maravillosa, que la primera mirada revela y un solc instante de reflexion y estudio destruyen. Ademas, os he prometido una anécdota piadosa y cumplo mi palabra, sacándola de los archivos de la isla devotamente guardados en una caja bendecida.

Todavía no estaba conquistado Guham, y la mayor parte de sus habitantes, espantada por los estragos de la metralla, vivia en lo interior de la isla, sustrayéndose en profundos retiros á la dominacion y á la destruccion generales. Pero como no es solo únicamente en tierras incultas y ricas donde quieren reinar los conquistadores, y como al que trata de someter y regenerar le hacen falta esclavos, los españoles victoriosos proyectaron escursiones al centro de Guham, siendo la cruz el auxiliar de la espada y convirtiéndose en soldado el sacerdote. Solo S. Victores, piadoso misionero de Sevilla que habia ido á derramar los beneficios de una religion de paz, se atrevió á recorrer las risueñas campiñas que rodeaban el terreno donde se alza hoy Guham. Sorprendidos los tchamorros de semejante audacia, no quisieron por de pronto inmolarle á su venganza, y S. Victores vivió entre ellos procurando penetrar los misterios de una religion que anhelaba destruir é iniciándoles poco á poco en los de la creencia que intentaba establecer. El misionero era afable, humilde y caritativo; predicaba la paz cuando los españoles deseaban la guerra, tranquilizaba en vez de atemorizar y pedia perdón á sus nuevos discípulos del rigor de sus hermanos que ofrecia apaciguar. Un dia, no obstante, que de rodillas sobre una colina que dominaba el mar como S. Juan á orillas del Jordan, acaba su rezo de la tarde, un tchamorro jóven llamado Matapango, atravesado furioso la multitud, se precipita sobre el santo apóstol, le coge por el cuello, le abre la cabeza con su nudoso garrote, y concluido este acto de venganza arenga á los suyos, les habla de las crueldades de los españoles, despierta su adormecida energía y arrastra el cadáver de S. Victores hasta el mar, cuyas olas le tragan para siempre.

Esta es la historia verdadera en su conjunto y detalles, pero los españoles triunfantes añadieron á ella despues sus fanáticas relaciones: hé aqui lo que se lee á este propósito en el libro sacramental de la colonia.

»El sitio en que cayó el cuerpo de San Victores despues de este sacrilego asesinato está siempre seco y sin yerba: el césped no puede crecer en él y la ensenada en que fue arrojado el santo mártir se vuelve roja como la sangre á ciertas horas del dia.»

—En cuanto á estos dos milagros, me dijo el gobernador un dia, seria absurdo negarlos.

—¿Habeis sido testigo de ellos? ¿Habeis comprobado los hechos?

—Mas de veinte veces, y si quereis os asegurareis por vuestros propios ojos de la verdad de mi aserto.

—¿Y si voy con mi incredulidad?

—Vuestra incredulidad cederá ante la evidencia.

—Vamos pues. ¿Está lejos la ensenada de San Victores?

—Dos horas de camino. ¿Quereis un caballo?

—No, no; los peregrinos viajan á pie, porque á Dios no le gustan las cabalgatas religiosas.

—Id, id, á la vuelta me lo direis.

—Yo no voy á la colina solo, porque desconfío de mi impiedad.

—Mejor, cuantos mas testigos haya mayor será el número de los convertidos.

—Hasta mañana entonces.

Habia contado esta conversacion á algunos de mis amigos que se prestaron á acompañarme á Tibun. No, he olvidado que Mariquita se empeñó en acompañarme con el objeto de pedir, segun decia, al protector de la colonia que me mandase una larga y peligrosa enfermedad. Ya veis que me amenazaban por todas partes.

El camino que conduce al sitio de los milagros es delicioso: el terreno es vegetal pero firme, y hay magnificas alamedas de vacois bajo los cuales se anda como bajo anchos quitasoles que abren sus alas al astro del día: oyense el agudo chillido de las aves que se posan en la enramada, y el murmullo de la fresca brisa que os trae balsámicas emanaciones, y la imponente tranquilidad de aquellas soledades inmensas se apodera de vuestra alma predisponiéndoo á la fé de una manera maravillosa. Nada faltaba al lazo y mucho menos para mí que para mis indiferentes compañeros, que tenia al lado á la devota tchamorra, que tanto confiaba en el poder divino. Cuando nos enseñó desde lejos á Tibun y su ensenada tranquila, no pude menos de sentir una de esas ligeras emociones que experimenta el hombre siempre que su razon lucha con lo maravilloso. Ademas, yo he nacido en un país en que se cree en milagros de todo género, y os podría citar ahora mismo algunos, mas ó menos ciertos, mas ó menos comprobados, pero que han admirado á mi lugar de Estagel enclavado en los Pirineos. Bien me guardaria de ponerlos en duda delante de mi escelente y anciana madre, devota de todos los santos casi como del mismo Dios, y que tiene en su alma angélica una fé tan ardiente que inclina su razon mas aun ante lo que no ha visto, que ante lo que diariamente se ofrece á su vista. ¡Quién no tendrá preocupaciones habiendo sido dulcemente arrullado con los cantares de un centenar de elegidos del Rosellon que no figuran en ninguno de los martirologios!

Hémos aquí en la colinita coronada de un césped brillante é igual: hé aquí el sitio donde cayó San Vítores, árido y pelado, y cuya desnudez dibuja perfectamente el perfil de un cuerpo humano.

—¿Qué tal? me dijo alegremente Mariquita, ¿no es verdad?

—¿Qué?

—¿Que este sitio está maldecido?

—Que está desprovisto de yerba; hé ahí lo que es.

—¿Y por qué lo está cuando todo es verde á su alrededor?

—Todavía no lo sé, pero voy á averiguarlo y te daré razon de ello.

—Entoncés darás razon al cielo.

Cerca de allí habia una cabaña pequenita, construida sobre estacas como las casas de Agaña, hácia la cual me dirigí para adquirir nuevas noticias.

Habitábala un hombre de cincuenta años que se levantó al verme y se persignó devotamente.

—¿Es esta vuestra casa?

—Sí, señor.

—¿Vivís solo en ella?

—Absolutamente solo.

—¿Por devocion?

—Por órden del gobernador que todos los dias me manda viveres.

—¿En qué pasais el tiempo?

—No puedo deciroslo.

—El gobernador me lo ha dicho ya.

—El puede hacerlo, pero yo no.

—¿Habeis cumplido con vuestro deber esta mañana?

—Jamás falto á él.

—Sin embargo, he notado que hácia la parte de la cabeza ha quedado un poco de yerba.

—Es imposible.

—Vuestra vista se va debilitando, buen hombre, y será preciso daros un suplente ó reemplazaros.

—No se lo digais, por Dios, al señor gobernador.

—Os lo prometo.

Mariquita vino á reuñirse conmigo mientras mis compañeros almorzaban sobre la verde alfombra.

—¿Estais bien convencidos? les dije aproximándome. ¿Podreis atestiguar el milagro?

—La incredulidad es imposible.

—Soy de vuestra opinion, ¿pero habeis visto el agua roja?

—Todavía no.

—Esto sucederá quizas, porque este milagro no es permanente como el del césped.

—Pues bien, esperemos para que volvamos todos contritos.

Empezaba á bajar la marea y en medio de la conversacion nos quedamos un poco dormidos. Al despertar miramos con avidez la ensenada y vimos el agua roja, verdaderamente roja como sangre. ¡Diablo! exclamamos todos casi al mismo tiempo; á esto no llega el poder del ermitaño: estudiemos el fenómeno.

Botamos al agua un barquichuelo en que el buen hombre pescaba, y fuimos al sitio en que el agua reflejaba aquel color extraño, lo sondeamos con la vista y no tenia mas de cinco pies de profundidad. Metimos el remo un poco horizontalmente y subió á la superficie la arena, que era encarnada, muy encarnada. Nos esplicamos la coloracion del agua sin recurrir al prodigio.

—¿Y qué diremos al Sr. Medinilla, amigos míos?

—La verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que hemos observado el doble milagro que nos rogó viniésemos á comprobar.

—¿Le enseñaremos la arena encarnada?

—La sangre de fray San Vítores la ha enrojecido.

—Pero el milagro debía sobrenadar.

—¿Y no sucede así?

—Mirad cómo sube la marea, el color desaparece y el fenómeno quedó destruido. No importa, mañana cuando baje empezará de nuevo en la ensenada, y el del césped se perpetuará por la inspeccion diaria del pobre hombre de la cabaña. El Sr. Medinilla habrá triunfado de la incredulidad.

La cándida Mariquita, algo avergonzada de nuestras exploraciones y de nuestras consecuencias, cogió mi brazo y me acompañó en silencio hasta Agaña donde fuimos todos á cenar al palacio del gobernador.

—¿Estais convencido Sr. Arago? me dijo el señor Medinilla con aire triunfante.

—Sí señor; fray San Vítores era un santo Apóstol para quien se abrió el cielo, y Matapango un malvado que se cocerá eternamente en las calderas de Lucifer.

—Bien seguro estaba de vuestra conversion. Vamos á la mesa.

XXXIV.

ISLAS MARIANAS.

Viaje á Tinian. — Los carolinos. — Me salva la vida un tamor.

He aquí una de esas escursiones palpitantes de intereses, divertidas é instructivas á la vez, sobre las que pasan los años sin que el menor episodio venga á descolorarlas ó debilitarlas. Jamás navegante habrá hecho acaso una correría mas curiosa y llena de incidentes, y si ha palpitado mi corazon á la salida de Timor, mas violentamente ha palpitado durante el viaje á la idea sola de no haber aprovechado una ocasion tan hermosa y rara.

Tinian está al Norte de Guham, y dicen que hay

allí ruinas gigantescas que examinar. Vamos, pues, á estudiar las ruinas de Tinian.

Berard y Gaudichaud hacen la travesía conmigo, tanto mejor, porque son dos hombres de valor probado; entusiasta botánico el uno, hábil oficial el otro. No hubiera escogido yo mejor que la suerte. La travesía es corta, pero no sin inminentes peligros en barcos tan frágiles; mejor: el mérito consiste en vencer las dificultades, y mi alma rebosa de impaciencia.

El gobernador, el comandante, las autoridades de Agaña y algunos amigos nos acompañan hasta la playa, donde nos dan la mano afectuosamente diciéndonos: «á la gracia de Dios.» Yo miro dolorosamente á una jóven que reza, y entro con Berard en el *pros volante* (que se me señala) mientras que Gaudichaud salta en otra embarcación mas pequeña todavía sentándonos cada cual en su sitio ávido de los portentos que se nos prometen.

Luego os hablaré de cómo están construidas estas piraguas, dándoos á conocer en su vida interna los atrevidos pilotos á quienes hoy confiamos nuestros destinos.

Hélos aquí á todos alegres y bulliciosos que llegan y se arrojan al mar. ¿Nadan? No; abandonan un elemento que les cansa por otro que les divierte y que se aviene mejor á su naturaleza; en el mar están como en su casa. Su organización es anfibia, pero el primer grito que se escapa del pecho á su vista, es un grito de admiración y respeto.

Los *pros* están anclados mas adentro por diez ó doce brazas.

—¿Podemos marchar?

—Sí, leva y larga.

Aquí no hay cabestante para virar ni esfuerzos aunados y cortos en la tripulación: un hombre se sumerge al fondo del agua, sigue en las rocas madreporicas las mil vueltas del cabo que retiene al *pros*, le desata con la misma destreza que hubiera empleado para anclar y vuelve á subir á la superficie como si no hubiera liecho nada, que vos y yo no fuésemos capaces de hacer. No vayamos á decir ya que esto es un prodigio, pues aun no hemos dado la vela y lo que os he referido no pasa de ser la primera mirada sobre estos hombres extraordinarios.

Componiase nuestra flotilla de ocho *pros*, de los cuales los mas elegantes llevaban de pilotos á los tadores de las Carolinas, que habian llegado pocos dias antes á Agaña. Este es uno de los viajes mas atrevidos que se puede intentar en todos los mares. ¿Qué pilotos! ¿Qué valor! ¿Qué inteligencia!

Salen de las Carolinas en sus frágiles barcos, sin brújula y sin otro auxilio que el de las estrellas, cuyas posiciones han estudiado, pero que tan frecuentemente pueden negarles su apoyo, y se despiden tranquilamente de sus amigos que les devuelven el saludo con la misma tranquilidad, preguntándoles la hora precisa de su vuelta. Se hacen á la mar y hélos ahí entre el cielo y el Océano en una travesía de seis ó setecientas leguas consultando la dirección de las corrientes, que su larga experiencia los enseña á conocer y dirigiendo la proa hácia un islote lejano, al que arriban con mas seguridad que lo haría el mejor capitán de nuestra marina de guerra.

Soplaba con bastante fuerza la brisa y corrimos cortando el viento, pero los vaivenes del *pros* me fatigaban tanto mas cuánto que iba fuera de la embarcación. En las dos bordas van amarrados fuertemente de un costado un *flotante* de que os hablaré detalladamente despues, y del otro una especie de cajon de mimbres separado cinco ó seis pies de la tablazon del buque y colgado de un sólido enrejado que solo puedo comparar á las cajas en que se encierran las aves para venderlas en el mercado; de manera que puede decirse con verdad que con los carolinos se navega en globo.

Yo estaba allí padeciendo horriblemente sin una voz amiga que reanimase mis fuerzas, sin mi valiente Petit que arrancase una sonrisa de mis labios. Con todo, de cuando en cuando sacaba la cabeza y dibujaba, en medio de los mas crueles dolores, la costa admirablemente cubierta de la isla, donde aparecían algunas miserables cabañas en el fondo de las silenciosas ensenadas que surcan el terreno.

La vela iba tendida y la escota en manos del primer piloto, mientras que uno de sus camaradas desde la popa ayudaba á la maniobra con el auxilio de un timoncillo que hacía girar por intervalos con el pie metido en el agua. Mis angustias callaban para dejar paso á mi admiración en presencia de habilidad tan prodigiosa.

La mar estaba borrascosa y alta, y no comprendiendo la alegría de mis compañeros de viaje cuando el *pros* volvía, por decirlo así, segun el capricho de la ola, me aventuré á preguntarles entre dos suspiros si corríamos algun peligro.

—Nada temáis, me contestó el tamor con voz dulce pero en mal español; nada temáis, nuestras barcas no zozobran nunca.

Apenas me habia tranquilizado cuando echando una ojeada curiosa hácia atras, porque nosotros abríamos la marcha, vi un *pros* volcado con la quilla hácia arriba, por una fuerte racha de viento. Hice seña al piloto y le indiqué con el dedo la piragua sumergida, pero lejos de lamentar el accidente se sonrió como de lástima con sus indiferentes compañeros, dándome á entender que los hombres sabian nadar y que nadie se ahogaria, y añadiendo que el *pros* se pondría á flota sin auxilio extraño, como sucedió en efecto despues de una hora de detención.

Ya os he dicho que de cada costado de la embarcación y á unos cuantos pies de distancia habia un *flotante* que servia para mantener el equilibrio comprometido por el peso de los barrates que sostenian la caja opuesta. Cuando la embarcación zozobra, la tripulación separa el *flotante* y su peso hace volver al *pros* y ponerlo derecho. ¿Qué queréis que os diga? Estos son fenómenos de habilidad en que es preciso creer á despecho de la razon, porque así sucede y se repite diariamente entre estos navegantes maravillosos; porque el hecho está garantizado por la relacion de cien viajeros, y porque así es... Destruid esta verdad matemática: dos y dos son cuatro. Despues de esta esplicación tanto peor para vosotros si no creéis.

Sin embargo, como el viento arreciaba pusimos la proa hácia tierra en dirección á una ensenada deliciosa, ejemplo que siguieron los demas. Asustados algunos se arrojaron voluntariamente á la playa y otros anclaron en un fondo de cinco ó seis brazas por medio de un cabo que uno de los pilotos fue á atar debajo del agua á unos bancos de coral, mientras que nosotros entramos en dos cabañas soterradas al pie de un bosque, donde recibimos la hospitalidad.

—La navegación es algo dura, nos dijo Berard con el tono festivo de siempre. ¿No es cierto que queda uno molido?

—Sí, molido, respondió Gaudichaud con voz doliente.

—¿Qué dices tú, Arago? ¿No eres de nuestro modo de pensar?

Yo no era del modo de pensar de nadie: tendido sobre el césped rodaba y me retorcia que daba lástima. ¿Pero quién tiene lástima del que se marea? Si me hubieran arrojado al agua creo que me hallaría con fuerzas para decir: «Gracias, Dios os la depare en igual ocasión.»

En este primer dia de navegación doblamos varios cabos de aspecto pintoresco, que habia dibujado con mucha irregularidad sin duda, y que llevaban nombres de santos y de vírgenes beatificadas, pues sabi-

do es que los españoles bautizan sus conquistas como bautizan sus hijos en las ciudades. No obstante, el cabo mas al Norte de la isla se llamaba *cabo de los Dos amantes*, con cuyo motivo me contaron una historia bien poco piadosa que contrasta de un modo extraño con el color de devoción que cubre al país entero.

La aldea donde hicimos alto lleva el nombre de Rotiñan: condujéronme á ella con trabajo, me dieron una estera por lecho y se apoderó de mí la modorra mas bien que el sueño. Cuando desperté me encontré acostado junto á un tamor carolino, piloto del *pros* que yo montaba, y que sin ceremonia habia aprovechado el pedazo de estera que me sobraba.

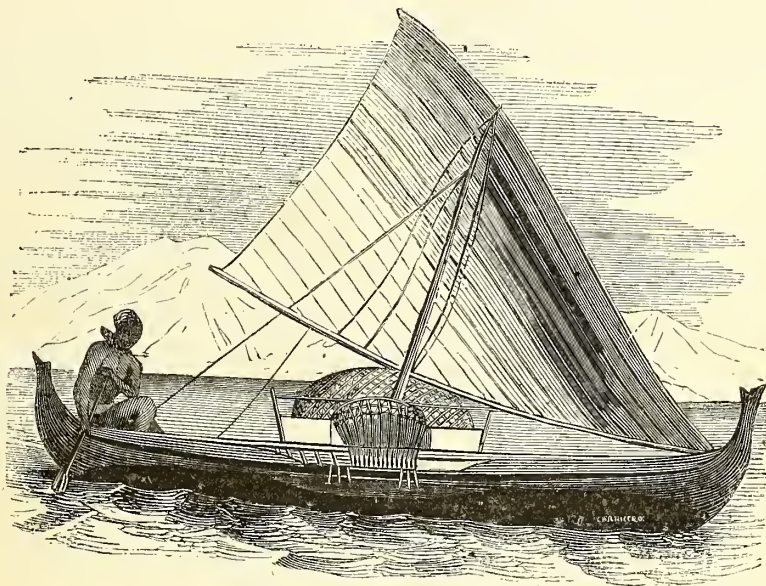
Levantóse el sol radiante dorando las cimas de los

copudos *rimas*. Oyóse un grito del piloto y al momento se puso en pie todo el mundo, pues los cuidados del tocador ocupan muy poco á mis compañeros de viaje por la sencilla razon de que andan completamente desnudos.

Era preciso pensar en la travesía, en las dificultades que podían surgir y en la necesidad en que nos encontrabamos, de pasar algunos días en el mar; así que nuestros hombres, ágiles como gatos monteses, subieron á los cocos mas elevados y tiraron una prodigiosa cantidad de fruta.

Aquí volvió mi admiración á convertirse en éxtasis porque jamas pude suponer en un hombre tanta destreza y lijereza, tanta gracia y tanta fuerza.

Oid.



Pros-volante de los carelinos.

Unidos los cocos en racimos de ocho ó diez estaban tirados en la playa, y cada uno de los pilotos encargado de uno de estos pesados ramilletes, le iba dando con el pie y nadando al mismo tiempo hacia la barca; pero un racimo se deshizo y la fruta fue dispersada por las caprichosas olas. El piloto nadador se detuvo un momento como para reflexionar, paseó una mirada inquieta é irritada por la fruta que se le habia escapado, me vió en pie á la orilla dispuesto á reirme de sus inútiles esfuerzos, y pareció aceptar el desafío á que le provocaba. Le enseñé un pañuelo haciéndole comprender que seria suyo si conseguia llevar al *pros* todos los cocos flotantes. La proposición fue tomada por lo serio, y héteahí á mi intrépido marsopla tan pronto estirado como encorvado, lanzándose á derecha y á izquierda, adelante y atras, reuniendo los fugitivos; como un pastor, sus cabras vagamundas, empujando á esta con la cabeza, á aquella con el pecho, precipitándose de un salto hácia una tercera que coge entre las rodillas, aproximándolas, luchando contra todos, chocando, separándose de nuevo, subiendo y bajando con las olas; adelantando siempre y llegando por último á bordo despues de media hora de lucha y mas resentido todavia por mis dudas y por mi asombro que orgulloso de su triunfo.

¡Qué hombres!

Abordamos el *pros* donde pagué con el mayor placer la apuesta perdida, pero como soplaba la brisa con mucha violencia, cinco *pros* que nos escoltaban é

iban montados por habitantes de Rota se negaron á dar la vela con nosotros. Nuestros atrevidos pilotos se licieron al mar despues de una corta oración pronunciada en voz baja: Berard, se quedó medio dormido y yo volví á las náuseas y á las angustias. De pronto despertado Berard por una violenta sacudida se levantó y me llamó: salí entonces de mi caja y decidido á luchar contra el mareo, me senté al lado del primer tamor, cuya perspicaz mirada escudriñaba al horizonte bastante encapotado, pero cuya frente serena me tranquilizaba completamente. Varios pájaros vinieron á revolotear sobre nuestras cabezas, que fueron muertos por Berard, y á pesar de la elevación de las olas y de la presencia de dos tiburones que nos convoyaban, uno de los carolinos se echó al mar, los cogió y los trajo á bordo.

Eran pájaros bobos entre los que se hallaba un cuervo que nuestros buenos y superticiosos argonautas arrojaron lejos dándonos á entender que solo les inspiraba asco y repugnancia porque comia carne humana.

Ya os he dicho que las acciones mas insignificantes de estos hombres os descubren la escelencia de su corazón.

A medida que se iba hundiendo Guham detras de nosotros se alzaba al Norte Rota mas bella y engalanada que su orgullosa vecina. Soplabá una fuerte brisa pero por ráfagas, corrían con gran velocidad las nubes sobre nosotros y los *pros* bailaban como

cáscaras de nuez impelidas por las olas, adivinando por la actividad de nuestros pilotos que había peligro para todos (1).

Lo que mas llamaba nuestra atencion en aquellos momentos críticos eran la destreza, el vigor y la audacia del carolino que iba al timon que dirigia con el pie. A veces venia una ola á romperse contra él, y se contentaba con volver la cabeza; cubriale el agua enteramente, y apenas pasaba aquella inmersión, sacudia ligeramente la cabeza y los hombros inundados, conservando la heroica impasibilidad contra la que se estrellaba inútilmente el furor de los elementos. ¿Es la piedad religiosa miedo? ¿Es la oracion la pusilanimidad? La conducta de los valientes carolinos resuelve la cuestion. Tranquilos, graves é intrépidos en medio de la tormenta, los veis en cuclillas á la aproximacion del chubasco, vueltos del lado de la nube amenazadora, dirigir su serena vista hácia ella, dar con una mano abierta, en la otra cerrada, hacer señas al genio maléfico de los hombres para que pase sin lanzar sobre ellos su cólera, y decirle con la mayor voluntad la siguiente oracion.

« Lega chedega, lega chıldiligas, chedegas lega, chedegas legas, cheıldilega chedega, lega chedegas mottou. »

« Ogueren quenni cheré peré pei, ogueren quenni, cheré peré pet. »

Durante esta borrascosa travesía se mostraron las nubes tan poco complacientes con los piadosos ruegos que nos pasó un chubasco sin enviarnos su rápida lluvia y sus ruidosas rachas.

La constancia y la destreza triunfaron de los caprichos de las olas y á eso de las ocho nos encontramos en frente del cabo oeste de Rota; pero como los vientos y las corrientes se opusieron de nuevo á nuestra marcha, no llegamos al fondeadero hasta las once y media ó las doce de la noche.

Echamos el calabrote en fondo de coral á media legua de tierra, y un poco mas aliviado de mis dolencias, que habian sido horribles, respiré á mi placer la embalsamada brisa de la ribera.

El mar se habia vuelto tranquilo aunque á un cuarto de legua delante de nosotros se rompía violentamente contra los altos arrecifes que formaban la barra del puerto y que no ofrecian mas que un paso estrecho á los barcos. Enviábanos la luna llena sus pálidos rayos, y ya sea para alumbrarnos, ya por otras necesidades de la noche, se habian encendido brillantes fogatas en las colinas que dominan el pueblo, amurallado en parte por una inmensa cortina de cocos, cuyas ondulosas cimas se dibujaban en el horizonte sombrías y elegantes bajo un cielo azulado.

No tardó en llegar al fondeadero el *pros* montado por Gaudichaud, anclando cerca de nosotros; nuestro camarada alzó la voz para saber noticias nuestras, y yo le contesté suplicándole que preparase su escopeta de dos cañones y sus pistolas con objeto de que la descarga general de nuestras armas advirtiese á las autoridades locales que habia mas que carolinos y tchamorros en los *pros volantes*. A una señal convenida hicimos fuego y nuestros doce tiros repetidos por el eco debieron atemorizar á los habitantes de la isla.

Olvidárame de consignar que apenas llegamos, los carolinos puestos de cuclillas en corro habian dado gracias á Dios con fervientes oraciones por nuestra feliz travesía, pues entre ellos el agradecimiento es punto sacramental de su religion de amor.

Sucedió lo que yo habia previsto. El alcalde del pueblo, asombrado del ruido que le despertó en medio de sus fantásticos sueños, nos despachó en un barquichuelo pequeño como la cáscara de una nuez, un intérprete que vino á preguntarnos quiénes éra-

mos y de dónde veníamos. Contesté pomposamente que éramos unos enviados del rey de Francia para el descubrimiento de nuevas tierras, que teníamos para el alcalde cartas de recomendacion del gobernador de Gubam y de todas las Marianas, que nuestros pilotos no se atrevian á entrar antes de ser de dia y que *mandábamos* que se nos enviase una barca grande para bajar á tierra en el momento.

A la insolencia de mi lenguaje el tchamorro bajó el diapason de su voz gangosa, replicándome sin embargo que sin duda no seme podria enviar otro barco, pues ningún piloto se atrevia á esponerse por la noche entre los escollos.

—Con todo, tú has venido.

—Sí, porque mi oficio es ahogarme.

—¿Podrás llevarme á tierra?

—Mi bote es muy pequeño y apenas cabremos los dos.

—Acércate á bordo.

—Obedezco, pero os aconsejo que espereis.

—Acércate.

En vano me aconsejó Berard que me quedase á bordo del *pros* probándome la temeridad de mi resolucion; bajé al bote del tchamorro y me puse en cuclillas frente á él. En todo caso supliqué á mi amigo que me siguiese con la vista mientras le fuese posible, y me alejé del *pros*.

Comprendia perfectamente el peligro de mi determinacion, pero el recuerdo de fatigas de que no me habia aliviado aun, triunfó de mi prudencia y de los prudentes consejos de un marino que comprendia mucho mejor que yo la locura de aquel paso por entre las afiladas rocas que rodeaba el mar con fúnebre estrépito.

A medio cable estaríamos de la estrecha entrada cuando me dijo mi piloto con voz temblorosa y dejando de jugar:

—No os movais.

—¿Pero si estoy inmóvil!

—Aquí está el peligro.

—¿Grande?

—Muy grande; el menor movimiento puede hacernos zozobrar.

—¿Diablo! ¡viremos de bordo.

—Imposible, señor; es preciso seguir la corriente que nos arrastra.

—Pues adelante.

—¿Sabeis nadar?

—No.

—¿Ni siquiera un poco?

—Nada absolutamente.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando el bote zozobró volviendo la quilla hácia el cielo. ¡Adios mundo! De pronto fue este mi único pensamiento, pero el sentimiento de mi conservacion me dió energía y movimiento instintivamente en los pies y las manos; encontré un obstáculo que agarré con fuerza, y no era otro que la pierna del pícaro piloto.

—Ya te cogí, infame, le dije tragando agua, ya te cogí y no moriré solo.

Y aunque sufrí violentas sacudidas, me agarré al miembro dolorido del tchamorro, alargando una mano como mejor pude al bote que era impelido hácia los arrecifes.

Desde que oí resonar las olas en las rocas madreporicas contra las cuales iba á aplastarse mi cuerpo de allí á poco, lancé un fuerte grito esperando que lo oirían los valientes carolinos. Berard solo estaba despierto, y adivinando mas que viendo mi posicion desesperada, da en el hombro al tchamorro, le señala con el dedo la entrada y le dice: *Arago mati* (muerto). El generoso carolino echa una mirada de águila al espacio, divisa un panto negro que se dibuja sobre las espumosas olas, coge un remo, le rompe en dos pedazos, se arroja al mar, se desliza por las aguas,

(1) Véanse las notas al fin de la obra.

desaparece, sube de nuevo á la superficie y grita con la mayor fuerza. Ya iba á morir; mi último pensamiento era por mi madre... escucho, creo oír... recobro ánimo, y mis dedos aprietan con mayor violencia la pierna del tchamorro que seguía guardando un profundo silencio. Miro á mi alrededor, veo que se acerca un cuerpo desnudo y sospecho la generosidad del tamor: era él en efecto; llega á mis oídos su tranquilizadora palabra, me busca, me halla, me presenta el pedazo de remo que llevaba en la mano izquierda; yo dudo; tiemblo y sin embargo le comprendo, hasta que me entrego á su valor y energía, apoderándome del trozo de madera. El tamor vuelve á emprender el camino que acaba de recorrer, rompe las olas, lucha y triunfa contra la rápida corriente, me saca de los escollos, me remolca, y después de esfuerzos inauditos, llega á bordo donde me izan con trabajo y caigo sin sentido.

Ignoro el tiempo que estuve en este doloroso desmayo durante el cual arrojé á cantaros el agua salada que me desgarraba las entrañas; pero mi primer movimiento fue buscar con la mano y con la vista al noble tamor á quien tan milagrosamente debía la vida, que estaba de rodillas y se reía á carcajadas con sus camaradas y Berard de mis horribles convulsiones. Apreté la mano como á un hermano á quien encontramos vivo después de haberle llorado por muerto, púseme en pie, cogí de mi morral un hacha, dos navajas de afeitar, una camisa, tres pañuelos, seis cuchillos y una docena de anzuelos, y se lo ofrecí todo á mi salvador pidiéndole que no lo rechazase. Dando él entonces á su rostro un carácter de gravedad mezclado de amargura, me preguntó si le daba aquellas riquezas en cambio del servicio que acababa de hacerme. Respondíle que sí, y él cogió el presente y lo tiró con desden á mis pies: le detuve afectuosamente, puse mis manos en sus hombros, acerqué mi nariz á la suya, le dí á entender que era por amistad mas bien que por agradecimiento por lo que le regalaba aquellas cosas útiles, y mi valiente piloto me devolvió las caricias con la alegría de un niño, aceptó la expresión, los ató cuidadosamente á la cubierta de la caja de mimbrres, me dirigió una mirada de amigo y se durmió sobre un banco.

Decidme ahora con qué razon llamamos en Europa salvajes á los bondadosos naturales de las Carolinas, y si encontraríamos entre nosotros frecuentemente una delicadeza tan noble y un afecto tan desinteresado.

No me separaré de mis buenos carolinios sin haberos mostrado su sencillez natural y sin haberos enseñado á quererlos. El recuerdo de esta gente es sin disputa el que mas me halaga.

XXXV.

ISLAS MARIANAS.

Rota. — Ruinas. — Tinian. — Casa de los antiguos.

PARECE que el tunante del rotes que me había hecho zambullir arribó pronto á la playa y que alarmó á toda la colonia, porque supimos al día siguiente por la mañana, que atemorizados los habitantes con nuestra descarga general, se habían ido á los bosques y á las montañas del interior precipitadamente. Pero el alcalde, que era hombre de otro temple muy distinto del de los demas, sobre los cuales reinaba como un monarca oriental, nos envió en el momento una piragua mas grande que la primera diciéndonos que si teníamos alguna orden que darle.

— Sí, contesté yo, aliviado apenas de mis sufrimientos: el castigo del pícaro que me ha hecho zozobrar.

— Será ahorcado él y toda su familia.

— No, pero que venga á justificar su conducta en mi presencia.

— Me encargo de traérosle con los pies y las manos atados.

— ¿Puedo bajar ahora á tierra?

— Mi piragua está al servicio de V. E.

— ¿Hay peligro?

— No señor, la marea está alta y pasaremos sin dificultad.

— ¿Puede venir conmigo uno de mis amigos?

— Sin duda que sí.

— Acércate entonces.

Bajé. Berard, que estaba medio durmiendo, se negó á acompañarme, pero fuí á buscar á Gaudichaud que se sentó á mi lado y dirijimos la proa hácia la capital de la isla.

La llegada de unos cuantos franceses delante de Rota difundió la alarma en la colonia, despoblándose la ciudad al saludo de nuestras armas de caza; pero el gobernador, hombre de cabeza firme y de corazón denodado, hizo frente á la tempestad, y esperando una honrosa capitulación, aguardó en su palacio de cañas la llegada de los implacables vencedores.

Hízose nuestra entrada triunfal sin descargas de mosquetería, pero no por eso dejó de tocar los límites del ridículo. Figúraos un Tamerlan cubierto con un ancho sombrero de paja, vestido de marinero, calzado con unos zapatos, armado de un marmotreto, de una caja de colores, de un caballete y de un paraguas; amarillo aun de los padecimientos de una traversía terminada por el suceso que os he referido. A mi lado se ocultaba pomposamente bajo una chaqueta de mahon un hombre pequeño tan pálido como yo, con una caja de hierro al hombro que servía de sepulcro á un ejército vencido de mariposas é insectos, llevando en la mano el temible lazo con que cogía diariamente á sus víctimas y vestido casi tan ricamente como yo lo estaba. Los grandes hombres no necesitan para imponer y brillar ni de vestidos lujosos ni de bordados: al vencedor le sienta bien la sencillez.

Cuando supo el alcalde la llegada del bote se puso el único pantalón blanco que poseía, agrupándose intranquilo y desasosgado, entre su mujer, jóven y linda tchamorra, y un capitán llamado Martínez, desterrado allí por el gobierno en castigo de no sé qué pecadillos.

Al entrar en la sala advertimos una ligera sonrisa en los labios de las tres potencias locales, que me irritaron lo bastante para manifestar mi mal humor con esta breve alocucion.

— Venimos aquí, dije, á hacer descubrimientos científicos. El señor Medinilla nos ha dado plenos poderes para ello, y aun cuando nos los hubiese negado, los cañones de nuestra corbeta de guerra hubieran sabido tomarlos. Os preguntamos, pues, si estamos entre amigos ó enemigos.

El alcalde nos aseguró humildemente que teníamos entera libertad y nos ofreció un refrigerio que aceptamos con el mayor placer.

Al día siguiente por la mañana saltó en tierra Berard con las cartas del gobernador de Guham, y nos instalamos como dueños de la isla de Rota, donde nos vimos obligados á permanecer dos dias para componer una vela rota durante la travesía.

Por la mañana nos vengamos poniéndonos nuestros trajes mas elegantes, y la mujer del alcalde no fue la última á elogiar nuestro aspecto enteramente europeo. Por mucho que se diga la multitud necesita en todas partes ver baratijas.

Después de un almuerzo compuesto de frutas secas y deliciosas, Gaudichaud y Berard empezaron sus escursiones por el campo, mientras que yo fuí á dibujar la iglesia, idéntica á la de Humata, para dedicarme luego, segun mi costumbre en todas las paradas,

al estudio de las costumbres que solo se hace en las poblaciones.

Tranquilizados los habitantes de Rota con las noticias que les llegaban de varias partes, volvieron á sus casas y se dieron por muy contentos de fraternizar con vencedores tan poco irritados.

Hay tres siglos de distancia entre Guham y Rota: aquí las palabras prudencia, pudor, virtud y moral no tienen ningun sentido. Se nace, se crece, se multiplica y se muere, y hé aquí todo: no hay hermano para su hermana sino hombres y mujeres. Triste es ciertamente.

Y sin embargo, ¡qué vegetacion tan vigorosa cubre el suelo! ¡Cuántas fortunas podian hacerse con ella! Recorred la campiña y hallareis una cantidad inmensa de enormes ratas, cuyo voraz diente no basta para concluir con la riqueza natural superior á toda catástrofe.

No dareis un paso sin tener que alejar estos animales roedores, entre los cuales seria peligroso dormirse. Si no se trata de acabar con ellos es probable que la colonia llegará á ser victima de este azote.

Despues de una correría de algunas horas fui á la playa á ver á mis buenos carolinos, que vinieron á frotar su nariz con la mia, poniéndose luego en cucullas y en corro para entonar su himno cotidiano al Eterno; canto dulce, tranquilo, suave, con movimientos graciosos y balanceamiento de cuerpo que denotaba flexibilidad estremada. Sus aires tenian solas tres notas y cada verso duraba un minuto próximamente, siendo una mitad mas largo el silencio, en cuyo intervalo cada carolino colocaba la cabeza entre las manos y parecia ensimismado. Finalmente, en su rezo de la tarde repitieron la oracion que copié mas arriba, haciendo señas á las nubes para que se alejasen.

Viéndome sonreír de su credulidad, el temor de mi embarcacion me preguntó si en mi pais no se hacia lo mismo en los momentos de peligro; y contestándole que no, el pobre hombre se mostró sorprendido y pesaroso. Pero apresurándome yo á ofrecerle que cuando volviese predicaria entre mis hermanos esta ceremonia religiosa de respeto y agradecimiento, cuyos beneficios me enumeraba, el noble piloto me apretó la mano con tanta alegría que por poco no me la rompe entre las suyas. ¡Oh pueblo hospitalario! ¡Ojalá que la civilizacion corruptora te respete aun largo tiempo en medio del inmenso océano en que te ha arrojado el cielo, olvidado de los ardientes y fanáticos apóstoles de una religion sacrosanta, pero manchada por tantos sacrilegios y asesinatos!

La poblacion cuenta ochenta y dos casas, y cuatrocientos cincuenta habitantes toda la isla, que es mucho mas pequeña que Guham. ¡Qué hermosos establecimientos pudieran hacerse en una tierra tan fértil y balsámica bajo un cielo tan puro y bienhechor!

Las calles están, por decirlo así, empedradas de cruces, que atestiguan milagros antiguos y modernos. Una crucecita por el niño que acaba de nacer, otra mas grande por un adolescente que llega de Guham, una tercera por un anciano que muere, otra por una dislocacion curada, otra, en fin, por un amor correspondido. Hay veinte ó veinte y cinco cruces de madera en cada calle, y como hombres y mujeres hincan la rodilla ante este signo reverenciado de nuestra religion, puede decirse con verdad que los habitantes de Rota andan cojeando.

No existe un pueblo tan estúpidamente devoto como el rotes, ni tal vez otro tan santamente libertino. No encontrareis allí ninguna jóven que no rece sus oraciones al mismo tiempo que os concede sus favores, y ninguna se negará á vuestros deseos si los acompañais de estas palabras cristianas: *hacedlo por el amor de Dios*.

Tambien se conoce allí á la España; pero la España

fangosa, la España de los frailes, bajo cuyo poder gimen todavía en Europa tantas ciudades y provincias. Por lo demas los roteses no son responsables de la ignorancia en que viven.

—Hace veinte años, me decia el señor Martinez, no ha venido un sacerdote á esta colonia para enseñar la palabra divina, y hace veinte años que ningun gobernador ha pedido á Manila un predicador para el archipiélago de las Marianas; porque, añadió, si habeis visto ú oído al padre Ciriaco comprendereis la influencia que puede ejercer sobre la moral semejante personaje.

—Acabais de hacer un magnífico viaje, continuó el capitán deportado, y habeis comprendido lo que vale ese pueblo carolino, á quien por un milagro de la Providencia, han desdeñado seducir ó corromper los exploradores europeos. Pues bien, cuando se anuncian *pros-volantes* temo que lleven de aquí el germen funesto de nuestras ridiculeces, de nuestros vicios y de nuestro embrutecimiento. Rezo y trabajo: tal es la religion en las Carolinas. Dejad á los europeos y vereis en qué convierten ese pacífico y dichoso archipiélago.

Las casas de Rota están como las de Guham construidas sobre estacas; pero mucho mas derruidas. Los hombres no usan verdaderamente ninguna clase de vestido, pues solo se ponen unos calzoncillos los domingos.

Las mujeres van aun mas desnudas porque no se cubren mas que con un pañuelo atado á la cintura. Son mas hermosas, mas ágiles, y mas ardientes que las de Guham; su andar tiene mas soltura y su cabello es por lo comun mas ondulado, mas flexible y mas negro: sus pies y manos, de una delicadeza admirable.

Hemos hallado repetidas veces en las montañas y bosques algunas de estas jóvenes y desgraciadas criaturas, que huian aterrorizadas de nuestra presencia, porque nos miraban como seres superiores, ante los que no se atrevian á levantar la vista por admiracion y respeto. ¡Pobres niñas que tanto trabajo nos costaba tranquilizar!

Como en la isla no hay cura, estas jóvenes nunca se casan, ya adivinareis las consecuencias de este estado de cosas.

No existe una sola fuente ni una sola corriente de agua en las cercanías del pueblo, de manera que los habitantes se ven precisados á beber el agua de un pozo de algunos pies de profundidad, abierto á unos cien pasos al Norte del fondeadero. Para conservar el agua de las lluvias se valen de un medio muy ingenioso que únicamente la necesidad podia haber inspirado.

Los roteses atan á la cima del tronco de un coco una de las hojas verticalmente colocada de manera que quede hacia arriba la parte mas consistente, luego atan otra á la primera en igual sentido y así sucesivamente hasta dos ó tres pies del suelo, cuidando de unir las hojas pequeñas á sus tallos. El agua de las lluvias corre por esta cadena natural como por un canal y entra en una jarra puesta debajo de la última hoja. Casi en todos los cocos se ven aparatos de esta especie.

Los salvajes no perfeccionan nada, ¡pero de qué grande instinto les ha dotado la naturaleza!

Habiéndome indicado el capitán Martinez que habia en el interior de la isla ruinas muy curiosas, á cuya existencia no daba yo entero crédito, seguí el camino que me habia indicado y despues de una marcha de dos horas sin cansancio bajo la mas frondosa vegetacion del mundo, me hallé con una columnata circular, cuyos restos esparcidos aquí y allá atestiguaban la cólera de alguna erupcion volcánica. ¿Qué pueblo levanta del suelo esas imponentes masas de mas de treinta pies de altura, bien cortadas, regu-

lares, sin esculturas, sin ninguna señal que indique, que haga sospechar siquiera la época probable de su misteriosa fundación? ¿Qué ha sido de esos arquitectos? ¿A qué Dios, á qué espíritu ó á qué génio fue consagrado el templo? Porque era un templo aquel vasto monumento de mas de mil pasos de circunferencia. Hoy al lado de estas ruinas se ven algunas construcciones sin elegancia ni solidez, al paso que en épocas lejanas descansaban en el suelo imponentes masas ante las cuales se inclinaba la cabeza con profunda y religiosa reflexión.

De vuelta de esta expedición tan interesante, con la cual se ha enriquecido mi álbum y á la que me acompañaron Berard y Gaudichaud, nos encaminamos hácia un torrente, indicado en el mapa topográfico pegado en las ahumadas paredes del palacio del alcalde, que arrastraba entre dos montañas sus bellas y turbulentas aguas. Las colinas entre que corre están llenas de conchas rotas, corales y madreporas, y la vegetación lozana al pie, buena en sus laderas, pierde su fuerza y esplendor á medida que se eleva. ¿Está lejana la época en que cubría el mar aquellos montículos elevados y silenciosos?

Estaba muy adelantado el día, caluroso en extremo á aquellas horas, aun cuando le templa frecuentemente el viento del mar (1), pero todavía teníamos tiempo, antes de cerrar la noche, para recorrer la población, donde podían habérsenos olvidado curiosos detalles. Fuimos primero á la iglesia. En una capilla consagrada á la Virgen arden continuamente cinco cirios que guarda una mujer, á quien reemplaza despues otra como un centinela. La que deja apagar este fuego sagrado es castigada severamente, prohibiéndosele vivir en el pueblo durante tres meses; uso que se halla en vigor desde un espantoso terremoto que estuvo á punto de sumergir á Rota y que respetó, sin embargo, le iglesia. La mujer del alcalde, cuya ignorancia olvida uno al verla hablar, nos contó que durante este temblor de tierra, que todavía recuerdan con terror los habitantes, una jóven, cuya virtud avergonzaba á todas sus compañeras, las reunió en la plaza pública y despues de echarles en rostro enérgicamente sus vicios, las prohibió embarcarse para Guham donde esperaban hallar un refugio contra la cólera celeste, imponiéndoles como penitencia el uso del fuego sagrado cuyo culto no ha decaído. Al lado de la imagen de la Virgen se enseña coronado de estrellas el retrato verdadero de la jóven en una postura belicosa. La entusiasta apóstol se reservó para sí la mitad de las oraciones y del incienso dirigidos á la patrona de Rota.

La relación de la linda esposa del alcalde se interrumpe á cada paso con señales de cruz devotamente echadas cada vez que salía de su boca el nombre de la Virgen ó el de la jóven; pero debo apresurarme á decir, aunque se me acuse de murmuración, que la religión exterior era para ella un asunto de costumbre, y que la señora Rialda Dolores tenia tal afecto á los rosarios y escapularios benditos, que no hubiera habido sacrificio que su pudor no hubiera arrostrado por uno de aquellos objetos, con que tanto le gustaba á su honrado marido verla adornada.

Preciso es pintar las costumbres como se han estudiado.

Felizmente para Dolores la devota y para nosotros pecadores endurecidos, nuestras provisiones estaban muy lejos de concluirse y nunca aminoramos nuestra generosidad probada.

Despues de la iglesia completamente derruida visitamos el convento que está contiguo, y vimos en un vasto salón un violín lleno de moho, una guitarra rota y los restos de un arpa, instrumento favorito del último clérigo de la colonia. Juzgad de su fecha. Las ratas nos echaron del edificio.

(1) Véanse las notas al final de la obra.

¿He concluido? creo que sí: ¿pues á qué recordarnos la profunda impresión de tristeza que se siente al contemplar tanta riqueza perdida que el pie pisa con sentimiento, y aquellas llanuras de algodones de que tantas utilidades podia reportar la industria? ¿A qué hablaros nuevamente con entusiasmo de aquella belleza viril y llena de sávia de las mujeres de Rota, tanto mas de lamentar en su aislamiento, cuanto que un sol tropical y una brisa de mar siempre fresca aumentan su fuerza y lozanía? ¿Qué colonia tan magnífica podria hacerse del archipiélago de las Marianas!

¿Debo añadir, como contraste del cuadro, que encontré y dibujé en una miserable cabaña lejos de la población, á un infeliz acostado sobre una estera completamente cubierto de lupias, una de las cuales partiendo de la cintura le bajaba, como un enorme saco, hasta el suelo medio llena de líquido? Daba horror el verle y horripilaba el tocarle. Este hombre se llamaba Doria, apenas podía moverse arrastrándose, vivia aislado alimentándose de las frutas de un jardinito plantado al pie de su cabaña y era un objeto de terror continuo para la colonia.

La desgracia es mas contagiosa que la lepra: todos nos alejamos de allí con horror y asco.

Doria lloró de cariño y agradecimiento al verme marchar, notando (y dió gracias al cielo con una mirada) que habia olvidado de propósito dos pañuelos, un cuchillo y una camisa al borde de su cama.

Los carolinos vinieron á despertarnos al tercer día de nuestro arribo á Rota, y nos dirigimos al instante á la rada, acompañados por el capitán Martínez, que me entregó una solicitud que le ofrecí recomendar al gobernador, por el alcalde y su mujer coquetamente adornada con nuestras reliquias. Os aseguro que no hay despedida sin lágrimas, sobre todo cuando la despedida es eterna.

Soplaba fuertemente la brisa pero sin ráfagas, de manera que nuestros atrevidos pilotos no retrocedieron ante el peligro de una borrascosa travesía, combatida ademas por las rápidas corrientes que nos empujaban al Oeste (1).

Pasó á nuestra vista Aguigan la desierta é inhabitable, cortada á pico, con una esmaltada verdura por corona, pero á cuyo pie bramaban sin cesar las olas.

Desapareció Aguigan á su vez y divisamos á Tinian, la isla de las antigüedades, ilustrada por una página de Rousseau y por la permanencia del Anson, cuya tripulación enferma de escorbuto y disenteria, halló en sus frescas enramadas la vida y el contento.

A mi primera mirada todo cambió de color y de aspecto: busco las masas imponentes de rimas y palmeras tan suaves y agradables al corazón y á los ojos, y no veo á mi alrededor mas que arbustos raquíticos: trato de recorrer los eternos y silenciosos bosques que debían recordarme las hermosas espesuras de Timor y de Simao, y me paseo sobre restos semi-pulverizados que crujen dolorosamente bajo mis lentos pasos. En todas partes hallo una naturaleza débil, la antigüedad, la miseria, el dolor: Tinian es un cadáver.

¿Han mentido Anson y los demas navegantes? No: Anson y los navegantes han dicho la verdad. A mi vez oíre yo acaso un mentís que me dirijan los que vayan despues que yo á visitar aquella interesante y poética isla.

Voy a explicarme.

A algunos pasos de allí están Seypan y Anatajan, conos rápidos, fraguas turbulentas donde arde el azufre y donde fermentan el alquitran y la lava, y en una de sus cóleras estos terribles volcanes habrán conmovido la tierra, rechazado las olas oceánicas y destruido la magnífica vegetación, sobre la que apun-

(1) Véanse las notas al final de la obra.

ta hace unos cuantos años la vegetación nueva. Dejádla florecer y el retrato de hoy no será exacto, sino una ficción, una creación del viajero.

¿Cómo puede explicarse de otro modo mas que por una de esas conmoviones terrestres que tan frecuentemente agitan ese archipiélago, la presencia en Tinian de la piedra pomez y de las escorias de que están cubiertas la playa y el interior de la isla, cuando en ella no hay rastro siquiera de un volcan en actividad?

Tinian resucita, y no tardará el almirante Anson en tener razon contra mí.

Hoy los rimas, heridos en su raíz, han perdido su magestad; las sandías, los melones y las batatas, tan ponderadas antes, no tienen ya el sabor que las hacen exquisitas en Guam y en Rota, y los cocos privados de la sávia dejan flotar al aire su marchita cabellera, como si se quejesen de los dolores de la naturaleza y quisieran morir con ella.

Nuestra llegada al desembarcadero hizo gran ruido y causó tal espanto en las cuatro ó cinco casas delante de las cuales bajamos á tierra, que poco faltó para que no hubiese quien nos recibiera. No obstante, el alcalde se decidió, bien que temblando, á llegarse á nosotros preguntándonos el motivo de la hora que dispensábamos á su establecimiento, y cuando le dijimos nuestro carácter, el pobre hombre se inclinó hasta el suelo pidiéndonos perdon por habernos tomado al principio por salvajes ó insurgentes de la capital del archipiélago. Sus tres hijas, vestidas con limpieza, vinieron á ofrecernos frutas que aceptamos en cambio de algunas bagatelas europeas, reinando desde entonces hasta la vuelta la mayor armonía entre nosotros. ¡A poca costa obtuvimos esta conquista! Recorremos la isla.

Preciso es que haya sido cuna de un gran pueblo que ha desaparecido del globo en una de esas revoluciones morales que destruyen los imperios y borran las generaciones: en todas partes ruínas, á cada paso restos de columnas y pilastras. ¿Quién habitó en este inmenso edificio cuya mitad está oculta en la yerba? ¿Dónde se halla el pueblo que lo derribó? ¿qué fue de los vencidos? ¿De dónde vinieron los vencedores?

Nada hay allí capaz de servir de base á una suposición razonable, ni ninguna mirada puede penetrar las espesas tinieblas que nos rodean.

Las ruinas mejor conservadas son las que se ven como á unos cien pasos del fondeadero, á la izquierda de la casa del alcalde, la cual con tres ó cuatro tinglados bajo los que se encierran los cerdos salvajes cazados en el bosque, compone toda la aldea. La población entera de la isla no pasa de quince personas comprendiendo en ellas la mujer del alcalde, que no es una Venus, sus tres hijas, que no son las tres Gracias, y el padre que no es ningún Apolo. Sin embargo, á esto se llama en las Marianas una ciudad, con gobernador y una colonia.

Las ruinas indicadas forman una galería de sesenta pasos de longitud: los pilares son cuadrados, sólidos, sin adornos, sin zócalo, de cuatro pies y medio de espesor por veinte y cinco de altura, y coronados de una mitad de esfera colocada sobre su curva. Lo que hay de notable es que en la caída de la mayor parte de estas pilastras, arrancadas de su base por los terremotos, la media esfera colosal no se ha separado de la columna, donde sin embargo habia sido puesta.

Cuatro de estas pilastras estaban tiradas entre unos matorralas, y las diez y seis que se conservan en pie parecen desafiar al tiempo y aguardar nuevos sacudimientos volcánicos para luchar con ellos.

Estas ruinas, comparables con corta diferencia á ciertas ruinas astécas, descubiertas recientemente en América, se llaman como las de Rota, *Casa de los antiguos*.

Después de las que acabo de indicar y cerca de la playa hay un pozo muy curioso de doce pies de diámetro, al que se baja por una buena escalera de mampostería, y denominado tambien *Pozo de los antiguos*, del que hablé únicamente como señalamiento para los navegantes que hallarán en él agua potable aunque un poco salobre.

Penetrad en el interior de la isla y no tropczareis mas que con ruinas, trozos de columnas y pilares que levantan su blanquecina cabeza por cima de los inmensos matorrales de plantas ecuatoriales: aquí, edificios circulares; allí, galerías rectas cortadas por otras tortuosas, que se alargan ó interrumpen segun el capricho del arquitecto. Es un caos inmenso de construcciones destruidas por los siglos, un caos digno de verse, pero por desgracia un caos sin enseñanza para la historia de los hombres que han pasado sobre aquella tierra, que pocos momentos antes habríais dicho que acababa de salir virgen de la profundidad del Océano.

Es preciso marchar.

Cierto que la continua presencia de las tres hijas del alcalde cerca de nosotros, ya cuando salíamos á meditar ó estudiar en los bosques, ya cuando descansábamos en nuestras hamacas, tenia algun valor y halagaba nuestra vanidad, pero no convenia á nuestro carácter vagabundo un desierto en su compañía.

XXXVI.

ISLAS MARIANAS.

Vuelta á Agaña.—Navegacion de los carolinos.—Fiestas dispuestas por el gobernador.

PEDIAMOS al cielo que volviesen pronto los carolinos que habian ido á Seypan en busca de provision de cocos, pues la nuestra estaba agotada casi enteramente. Mi cartera poseia un gran número de croquis muy curiosos, entre los cuales ocupaba Tinian el lugar que daba á la misteriosa isla mi imaginacion fantástica, pero buscaba á Agaña en el horizonte.

Los quince individuos que pueblan á Tinian son malhechores desterrados por el señor Medinilla con la obligacion de suministrar á la capital cierta cantidad de carne salada.

La caza de cerdos salvajes y jabalíes se hace allí con picas y escopetas: la de los toros y búfalos, que andan sueltos por los bosques es muy peligrosa; pero como con el envio de determinado número de reses consigue su perdon el deportado, los quince individuos pasan la mayor parte del día en persecucion de los animales feroces.

Encuétrase entre los guijarros de la playa una piedra elíptica, color de rosa, y pulimentada, llamada tambien *Piedra de los antiguos*, que servia, segun dicen, para armar las hondas de los guerreros distinguidos. ¿Con qué pueblo estuvo esté nunca en guerra? Todo es misterioso en la historia de este magnífico archipiélago.

Hé aquí los *pros-volantes* que se divisan en el pequeño estrecho de poco mas de una legua que separa las dos islas: apresuramos nuestros preparativos para la vuelta, apretamos cordialmente la mano al alcalde y á su familia, no olvidamos en nuestras muestras de cariño á un tamor de las Carolinas establecido allí hace algunos años con su linda mujer, á la que ha conservado Mariquita por mucho tiempo un justo rencor, y después de regalar al gefe de la isla varias estampas de santos y una virgen artísticamente iluminada, nos metimos otra vez en nuestra caja de mimbres y azotados por la lluvia (1), dirijimos el rumbo á Guam, donde deseábamos llevar el resultado de nuestras curiosas observaciones y donde llega-

(1) Véanse las notas al final de la obra.

mos fatigados y molidos despues de doce dias de ausencia.

Tinian es sin disputa la mas triste y desolada de todas las islas del archipiélago de las Marianas, pero en cambio es un sitio de estudio y de meditaciones. ¿Quién sabe si con el auxilio de nuevos descubrimientos en las islas inmediatas, Aguijan, Agrigan, Seypan y Anatajan se encontrará la moral y el origen del único documento histórico con que los literatos del pais esplican la elevacion y ruina de los restos colosales de templos, circos y palacios.

Hé aquí la tradicion.

«Tumulu-Taga era el principal gefe de la isla y reinaba pacíficamente sin que nadie pretendiese disputarle la autoridad. De repente, uno de sus parientes llamado Tjocnanai, alzó la bandera de la rebelion, y el primer acto de desobediencia que comete es construir una casa semejante á la de su enemigo. Fórmanse dos partidos que vienen á las manos; la casa del insurrecto es sacueada, naciendo deesta querrela, que llegó á ser general, una guerra aniquiladora, que destruyó así sus primitivos y gigantescos edificios.»

Ya sabeis cómo comprendian la filosofía de la historia los escritores españoles de aquella época.

Nuestra vuelta á Guham fue un día de júbilo para todos nuestros amigos que nos creian ya perdidos, puesto que nuestra ausencia no debía pasar de ocho dias; pero lo que nos conmovió mas profundamente fue la alegría infantil que manifestaren entre si los carolinos que acababan de pilotarnos con tanta destreza y audacia y los que, menos hábiles que ellos, se habian quedado en Agaña. Todo esto hacia bien al alma, porque eran tan francas las caricias, tan juveniles los saltos y tan atronadores los gritos, que el corazón debía desempeñar el principal papel en estas estrepitosas demostraciones.

Un cañonazo, á que sucedieron inmediatamente otro y otro, interrumpió de repente este movimiento de alegría. Los carolinos tristes é inmóviles como si os hubiera herido el rayo, cambiaron la franqueza

pintada en su fisonomía por el mas profundo dolor dirigiendo á los *pac* (fusiles y cañones) que retumbaban todavia, las oraciones y súplicas que diária, mente hacian á las nubes amenazadoras.

Yo agarré á mi tabor por el brazo, le tranquilicé con mi vista y mi sonrisa, y obligándole á seguirme le conduje casi á la fuerza á la plaza pública donde se hacia el saludo de ordenanza, acompañándonos todos sus camaradas llenos de desconfianza, aunque no tardaron en cobrar ánimo á la vista de nuestra sangre fria y de nuestros testimonios de afecto.

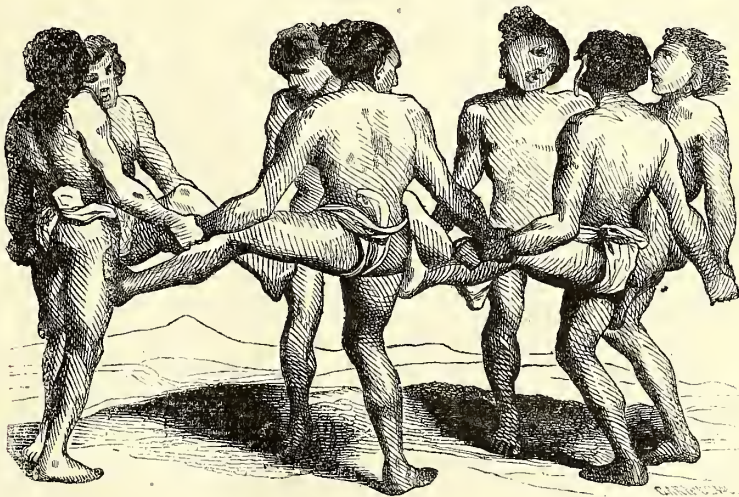
Era el sauto de Fernando VII rey de las dos Españas; las campanas anunciaban con estrépito esta festividad, mientras que un clarinete, un tambor y un triángulo, seguidos de cuatro soldados y de dos oficiales, recorrian la ciudad disponiendo que los habitantes adornasen las delanteras de sus casas, y la muchedumbre con la boca obierta pasaba y repasaba por delante del palacio del gobernador, en cuyo balcón, rodeado de verdura, de elegantes palmas y de cocós, se habia colocado el glorioso retrato del poderoso protector de aquella colonia sin porvenir.

Y no habia ironía sino gravedad en las genuflexiones de los habitantes en presencia del retrato de su rey. ¡Desgraciado del que no hubiese mostrado el mayor fervor en aquellos testimonios de estima y adoracion!

Con objeto de celebrar lo mas dignamente posible el sauto de su soberano, don Jose Medinilla quiso que concluyese la tarde con algunas danzas nacionales y extranjeras. Ya habreis adivinado á quiénes se destinaba este lujo de placeres.

Ocupábamos, en efecto, el sitio de honor y nos preparamos á divertirnos. ¿No es una alegría la esperanza?

Los primeros que se presentaron fueron los tchamorros, que colocados en rueda hombres y mujeres, bailaron una farándula monótona y poco graciosa; despues entró en el círculo que describian un campeón armado de un palo á guisa de lanza, retando á singular combate á todo adversario que deseara



Juegos de los carolinos.

probarle que la esposa que habia elegido no era la mas hermosa de la isla. Nadie se atrevió á sostenerle lo contrario, y acabóse este intermedio por falta de combatientes, lo que desagradó en estremo á la jóven de que se habia declarado protector el valiente tchamorro.

Vinieron en seguida los carolinos y la alegría con ellos: es una turba de niños despues de alguna diablura de colegio. ¡Qué sonrisa de bondad hay en sus labios! ¡Qué benevolencia en sus ojos! ¡Ah! ¡no podeis menos de participar de su infantil alegría!

Ya están colocados: se codean y se dan á la redon-

da unos á otros un puntapie en las piernas, luego en los muslos y por último en otra parte. La mano derecha del que se halla mas próximo se apoya en el hombro inmediato; el brazo izquierdo va colgando, comenzando así un canto tímido, regular, cortado por tres sílabas rápidas de las cuales la final es aun mas breve y acentuada.

Agítanse las cabezas como los cuerpos, redoblan los movimientos, aumentan los gritos; las orejas, cuyos cartílagos son largos como cintas, serpentean desde la nuca á la mequilla, andan á compas los unos arrimados á los otros, y dándose rodilla contra rodilla, dan vueltas, graves y pausadas primero, luego rápidas y por último estremadamente veloces; todos apoyan el pie derecho en el muslo del que tienen cogido por el hombro, continuando esta evolucion acompañada de un agradable murmullo que parece el de una fuente corriendo entre guijarros.

A cada figura y á cada descanso, salía del corro un carolino bañado en sudor á preguntarnos si estábamos contentos, y al oír mi respuesta satisfactoria, que comprendía perfectamente, los alegres bailarines se reían y nos decían en ademanes bastante inteligentes:

«Esperad, que aun no habeis visto nada.»
Y tenían razon.

¿Pero cómo dar ahora una idea de la variedad, de la rareza y de la extraordinaria destreza de los juegos que presenciábamos? ¿Cómo traducirlos ni aun imperfectamente? Procuremos hacerlo sin embargo.

Colócanse diez y seis carolinos en dos filas unos enfrente de otros y á tres pies de distancia; ya no se rien ni se mueven, sino que parecen reflexionar y prepararse á una cosa difícil: deliberan si deben empezar y por fin se deciden. Sigámosles.

El que hace cabeza y su pareja dan tres gritos: ¡Ouah! ¡ouah! ¡ouah! á los cuales contestan con tres palos uno al otro en la cabeza, con una rapidez igual á las tres sílabas lanzadas al aire. Despues de esto descansan, mientras que el segundo bailarín con su pareja repite la misma figura, luego el tercero y así sucesivamente hasta el último.

Dura el descanso como cosa de un minuto durante el cual cada carolino aparenta decir un secreto á su compañero; pero de repente el que está á la cabeza y el segundo de enfrente lanzan juntos los tres ¡ouah! ¡ouah! ¡ouah! y dan tres garrotazos el uno al otro, así como el segundo de la primera fila y el primero de la segunda, de tal manera que los cuatro palos se cruzan sin tocase, pues si no se interrumpe la armonía. El resto de la columna sigue el ejemplo dado, resultando un ruido tan particular y tan regularmente adicionado con los ¡ouah! ¡ouah! ¡ouah! que se asemeja á una máquina de Maelzel.

Pero esto no es mas que un preludio. En seguida el primero de cada fila pega con su palo al palo del tercero, y como las armas se cruzan y entrecruzan, es preciso para evitar el desórden y conservar la armonía, que el actor se encorve, se enderece y se corra hasta el sitio mas á propósito para este juego coreográfico tan difícil y que tanto escita la curiosidad. El segundo imita inmediatamente los pasos del primero, y luego el tercero y los demas, de modo que de estos pasos y contrapasos, de estos golpes dados metódicamente, de estos ¡ouah! ¡ouah! ¡ouah! modulados con solo tres notas, y de la loca alegría que preside al baile, pues baile se le llama, resulta un caos armónico, por decirlo así, de cabezas, brazos y hombros que se mueven entre un laberinto de palos que giran y chocan con violencia; admirable cuadro que me avergüenza de haberos presentado con tanta imperfección y tibieza.

Media hora duraron estos inocentes combates y esta música deliciosa: los bailarines estaban fatiga-

dos pero descansaron llenos de alegría viendo nuestro asombro.

Y con todo, no os he referido el episodio mas curioso de esta fiesta de amigos, de familia. Verdaderamente falta un historiador á este pueblo escepcional en medio de tantas hordas salvajes y ante el cual todas las naciones civilizadas deben inclinar la cabeza.

Entre los bailarines habia varios reyes, uno de ellos el que me salvó la vida en Rota y que ocupaba el primer puesto en la danza, de lo cual era digno por su flexibilidad y lijereza. Pero un tamor su igual, cojo hacia un año de una caída de lo alto de un coco, quiso tambien desempeñar su papel en la funcion, y se enfadó mucho cuando se opusieron á ello. A pesar de su cólera y de sus furoros de príncipe, sus súbditos amotinados le separaron riéndose de la lira abierta y de la que seguramente habria desterrado la armonía. El tamor repudiado se vió en la precision de renunciar á tomar parte en el baile de sus vasallos, bastándole algunos instantes para hacerle olvidar la revuelta que le obligó á someterse.

Nuestros monarcas de Europa no se avendrian á semejantes privaciones; ¡pero ya se ve! ¡las colonias están tan lejos de nosotros!

Antes de describiros las danzas de los de Sandwich, que añadió el señor Medinilla á las de los tchamorros y carolinos, os diré cómo se hallaban allí aquellos infelices, criados de todos, maltratados, llevados de un punto á otro, y cubiertos de profundas heridas. Su primer infortunio no les protejió contra la brutalidad del criado Eustaquio, á quien quiera el cielo en su clemencia conceder nada mas que la milésima parte de los tormentos que ha hecho sufrir en aquel pais.

Un buque de Boston, la *Maria*, procedente de Santa Atoai, una de las islas Sandwich, fue arrojado por los vientos contra Agrigan donde se perdió. La tripulacion, compuesta de americanos y habitantes de Sandwich, logró llegar á tierra, pero como en estas costas trofes se nivelan todas las categorías, se desconoció bien pronto la autoridad del capitán, hubo una revuelta, y los americanos se lanzaron valerosamente al mar en una chalupa que habian armado.

Parece que las olas no les fueron favorables porque no se ha sabido de ellos. ¡Cuántos secretos guarda el mar!

Los otros, auxiliados por el clima y la fertilidad del terreno, vivieron durante algun tiempo en la isla, constantemente agitada por sacudimientos volcánicos y tal vez hubieran concluido por establecer una colonia con las diez ó doce mujeres que les habian seguido en la navegacion, cuando acertó á pasar por allí, y bastante cerca para ver á los naufragos, un bergantin español, que iba de Manila á Agaña, el cual los tomó á bordo y los condujo á Guham. ¡Mas les hubiera valido á estos desventurados el que no los vieran!

Hélos ahí pues: es preciso que nos diviertan y que se diviertan, porque la órden es formal y no admite réplica: si no bailan serán azotados.

Las mujeres no están de pie, sino en cuclillas para la danza, y puede decirse que en las islas Sandwich se baila con los brazos, la cabeza y el cuerpo solamente, porque las piernas son un objeto de lujo sin el que puede uno pasarse.

Unos enfrente de otros ó en una hilera se miran con ojos amenazadores, con las ventanillas de la nariz abiertas y los labios temblorosos y agitados. Sale de su pecho un grito horrible y comienza el combate, una tralla de perros hambrientos no se lanza de otro modo á la presa que se le ha ofrecido. Sus convulsiones espantosas se asemejan á una esperiencia en la pila de Volta; inclínanse los torsos adelante ó hacia atras, chocándose violentamente á derecha y á izquierda; sus robustas manos van á dar en pechos rojos y sanguinolentos; desátanse sus cabellos cayendo en desórden sobre sus hombros, el rostro y el pecho:

es un furor en todo su frenesí, la rabia en todo su delirio.

Ningun espectador respira á sus anchas, pues se figura que asiste á un combate á todo trance, á una matanza general. ¡Y á esto se llama baile, juego, fiesta, alegría! ¡Y los que representan son mujeres, doncellas, madres!... ¡Oh carolinos! bien habeis hecho en marcharos, pues semejante cuadro debia partir el corazon. Mucho me pesa no haber imitado vuestro ejemplo.

En las varias escenas ejecutadas por los hombres de Sandwich reinó poco mas ó menos el mismo desorden, la misma efervescencia, los mismos ademanes salvajes: bramaban en vez de cantar, se golpeaban brutalmente en vez de gesticular, y daban patadas en el suelo con una especie de rabia imposible de describir.

El carácter físico de estos individuos se hallaba en perfecta armonía con los sentimientos espresados en sus horribles danzas. Sus ojos son torvos y ardientes y siempre miran oblicuamente; sus cejas espesas arquean y sombrea una órbita hundida; sus cabellos negros y espesos se adelantan sobre su frente comprimida; su boca es grande y muy marcada, su nariz aplastada, sus hombros anchos y robustos y sus pies y manos de un tamaño prodigioso.

Pues bien, todos estos seres formados para las pasiones violentas son de una inalterable dulzura en la vida ordinaria; adivinan y tratan de satisfacer vuestros menores deseos, y sin proferir una queja, aceptan los mas duros trabajos, emprenden las corrieras mas penosas y dan gracias como de un beneficio por la módica gratificación con que pagais su celo alectuoso.

Sin embargo, el robo es entre ellos un defecto que no consiguen corregirlos mayores castigos, el látigo, los calabozos, las privaciones y los tormentos, y cuando uno de ellos no roba es porque no tiene á mano ningun objeto capaz de satisfacer su sed ardiente de apropiacion.

Voy á referir un hecho, sencillo en la apariencia, que tiende á probar que con beneficios prudentemente distribuidos, seria factible cambiar ó modificar al menos el sentimiento instintivo de estas gentes que no comprendieron nunca el derecho de propiedad.

El gobernador, complaciente siempre, me habia dado un criado de Sandwich, jóven, listo y vigoroso, cuya fidelidad tuve motivos fundados de poner en duda diversas veces. El era el que me lavaba la ropa blanca, que tenia cuidado de contar antes en su presencia, y cuando faltaba un pañuelo, una corbata ó cualquier otro objeto, acusaba de hurto á uno de sus camaradas ó á su mala estrella. Cierta dia que noté la desaparicion de un pañuelo muy lindo, fingí quedar satisfecho de su fidelidad y le di gracias, regalándole un pañuelo parecido al que acababa de robarme. Al ver el ofrecimiento, el ladron me miró como asombrado y dudó en aceptar mi presente.

—¿Me desairas, Ahoé?

—No, mi amo.

—¿No te gusta el pañuelo?

—Sí, mi amo, mucho, demasiado mucho.

—Entonces tómalo.

Ahoé alargó una mano temblorosa y salió muy despacio y de espaldas. Por la noche estando preparando mi hamaca, me dijo:

—¿Ha contado el amo esta mañana su ropa?

—Sí.

—Yo creo que no.

—Estoy seguro que sí.

—Es que soy fiel y nada ha faltado esta vez.

—Está bien.

—Volvedla á contar.

—Vamos allá.

El hipócrita impertinente se puso de rodillas y me

enseñó una por una todas las piezas de ropa, de cuya existencia me habia asegurado yo por la mañana; pero al llegar al pañuelo robado que su conciencia le habia mandado restituirme, se detuvo con complacencia, haciéndome notar que no habia desaparecido.

En Esparta el ladron hubiera sido azotado: yo me contenté con sonreirme de lástima, deduciendo de la conducta de ambos esta verdad moral de todas épocas y paises, á saber: que la generosidad es la seducción mas segura.

Las mujeres son tan altas como los hombres, y vistas por detras á cuatro pasos de distancia, no se distinguen de ellos. Robustas é infatigables, desdeñan los cuidados de la casa y los trabajos sencillos, dedicándose con infatigable ardor al desmonte de terrenos bajo el peso de un solinsoportable.

Preciso es verlas, cuando el mar está agitado y se precipita sobre la playa, esperar la ola que se rompe, arrojarse alborozadas en su seno y salir mas adentro luchando con otra ola que no puede vencerlas. Privar á una mujer de Sandwich que se bañe por lo menos dos veces al dia, es imponerle una pena que tratará de eludir á costa del sacrificio mas costoso.

¿No es por ventura para ver y admirar tan diversas naturalezas para lo que he emprendido este largo y trabajoso viaje?

Las mujeres de Sandwich que residen en Guham, tienen los dientes admirablemente blancos lo mismo que los hombres, los que se arrancan voluntariamente los dos incisivos superiores desde la muerte de su gran monarca Tamahamali. A su llegada, las mujeres llevaban el pelo muy corto porque la pérdida de su amado soberano las habia privado tambien de tan bello adorno, que hoy poseen ya en todo su esplendor y lozanía. Las jóvenes coquetas de Timor las mirarian con ojos envidiosos.

Su ardor por el libertinaje es tal que por satisfacerle arrostrarían los mayores suplicios, y no es allí ciertamente donde se les enseñan los principios de la moral, que hace del amor una religion del alma mucho mas aun que de los sentidos.

Las mujeres tchamorras no pueden ver á las de Sandwich, de quienes hablan siempre con cólera y desprecio; las tratan de mala manera y las obligan á las faenas mas duras y humillantes. ¿Qué extraño es que las pobres víctimas traten de vengarse de esta crueldad segun sus gustos é inclinaciones dominantes?

Poco tiempo despues de la llegada de estos infelices á Guham, un drama horrible aterró á los habitantes, y aun hoy se cuenta enseñando con el dedo á los extranjeros el malvado que en él figura de una manera sangrienta.

Entre las mujeres de Sandwich naufragadas en Aguigan y trasportadas á Agaña, habia una jóven notable por la dulzura de sus modales, por su gracia y por su belleza. En ausencia del gobernador que habia ido á visitar la isla, su infame criado Eustaquio, de quien ya os he hablado, echó una ávida mirada sobre la pobre esclava y se apoderó de ella, sin que ninguno de los empleados superiores de la colonia le dijese nada, por la influencia que gozaba con su amo.

A su vuelta oyó el señor Medinilla elogiar la hermosura de la jóven, y deseoso de que se la presentasen, encargó á Eustaquio que la condujese á su palacio, donde recibió una acogida benévola y aguardó la vuelta del criado, á quien el gobernador enviara á Humata para comunicar no sé qué órdenes. Durante la ausencia, que se prolongó hasta bien avanzada la noche, la bella jóven no salió del lado del gobernador que la regaló un traje que ocultase los hechizos que debían estar al abrigo de miradas indiscretas y de los ultrajes del aire.

Al dia siguiente de la recepcion, que hubiera halagado la vanidad de la esclava si hubiera sabido lo que

era vanidad, Eustaquio volvió á apoderarse de su presa, que fue recomendada á sus cuidados, y se retiró á su habitacion, donde la cándida salvaje, creyendo sin duda darle un placer, le refirió en sus menores detalles todas las circunstancias del pasatiempo que habia tenido. Eustaquio era tan vanidoso como celoso y malo, y tal vez estaba apasionado (tambien lo están los tigres); así es que despues de las confidencias que escuchaba con la mayor irritacion, su primer movimiento fue apoderarse de un machete para matarla. Pero la sangre mancha, y el crimen es á veces prudente y reflexivo. Por la mañana se le vió sentado á la puerta de su casa dar grasa á una cuerda de coco, atarla y desatarla, probar su suavidad y su elasticidad, envolverla prolijamente y llevarla consigo á sus quehaceres del día. Estaba tranquilo, frio, hablaba sonriéndose y andaba como un hombre honrado; comió perfectamente los restos de la mesa soberana y cenó á las mil maravillas; pero al otro día temprano se colocó á la puerta de su casa y á cada transeunte le decia como en broma: «¿No sabeis la que acaba de jugarme la chica de Sandwich? Mientras dormia, la imbécil ató una cuerda, cuya existencia ignoraba yo, á una viga de mi cuarto y se ha ahorcado la ingrata sin despedirse de misiquiera.»

El gobernador supo el triste suceso, llamó á fray Ciriaco, dispuso el entierro, costeó una caja para el cadáver y quiso que se le enterrase en lugar sagrado enfrente de la iglesia de Agaña.

A Eustaquio se le mandó ir á Rota, de donde fue llamado un mes despues para entrar de nuevo en el desempeño de su cargo.

La vista de este Eustaquio me daba calentura, y cuando veia al gobernador dirigirle la palabra bondadosamente, me decia á mí mismo que el señor Medinilla ignoraba seguramente lo que se hablaba en voz baja de aquel infame español, porque el señor Medinilla era de un carácter noble, hombre de corazon y lealtad á despecho de algunas debilidades y ridiculeces.

Si os he hablado hoy largamente de este infame demonio, escapado del infierno un día que el diablo estaba colérico, es porque le he tenido ante mis ojos mientras duraron las danzas, dispuestas por el gobernador en nuestro obsequio para amenizar las funciones; es porque constantemente he oido su voz dando órdenes para hacer mas divertidos los juegos y las ceremonias con que el señor Medinilla trataba de que olvidásemos á Europa.

Pronto hallaremos á los naturales de Sandwich en su pais, en sus chozas, en el seno de sus familias. Ahora volvamos á la fiesta, tan bien dirigida por el señor Medinilla, que está muy lejos de terminar aunque pasa de media noche, porque se me habia olvidado advertiros que todos estos placeres estaban alumbrados por la claridad resinosa de una multitud de hachones que proyectaban millares de sombras fantásticas.

Ignoro dónde buscó el señor Medinilla los diversos trajes de los personajes que figuraron en los últimos cuadros; acaso serian históricos; acaso algunos caricaturistas de Manila ó Lima se habrian querido divertir á espensas del teniente de infanteria, omnipotente gefe de las Marianas; ó acaso él mismo trataria de poner nuestra credulidad á prueba.

Sea de esto lo que quiera, ello es que los actores de los nuevos juegos, llamados *danzas de Motezuma*, estaban vestidos de una manera tan extravagante y tan profusamente cubiertos de cintajos y de plumas, que el principal personaje, que hacia de Motezuma, me recordó con bastante exactitud á cierto orosmano grotesco de Rio-Janeiro, de que os he hablado en su lugar correspondiente. Las extravagancias son de todos los paises.

Pero que estos trajes fuesen ó no llevados del Perú, que daten de la conquista de este imperio ó que se

hayan confeccionado despues en otra parte, lo cierto es que son de la mayor magnificencia. La seda es de un tejido admirable, y los colores de bastante buen gusto se conservan perfectamente; los galones de oro que adornan las túnicas y las capas, dan testimonio de la pureza del metal y de la habilidad del artesano que las hizo.

Asegúranos que estas danzas se bailaban en el Perú y en las provincias del Este de América en las ceremonias religiosas y en los eclipses de sol.

Describámoslas pasando en silencio algunos actos insignificantes de esta especie de drama que tuvo quince ó veinte.

Al principio los danzantes, en número de diez y seis, y colocados en dos filas paralelas á cinco ó seis pasos de distancia, entonaron un cántico pausado y monótono, acercándose en seguida unos á otros con gravedad imponente, moviendo con la mano derecha delante de la cara de sus parejas un abanico de plumas de diferentes pájaros y haciendo sonar con la izquierda unas piedras pequeñas metidas en un coco vacío.

Llegados á la misma línea se pararon los bailarines, cantaron unas cuantas palabras con mayor rapidez y dando una vuelta mudaron de sitio.

Iban á comenzar la figura al son de una música armoniosa compuesta de un flautin, de un tamboril y unos platillos, cuando el héroe que representaba á Motezuma se adelantó á su vez, agitó su enorme y magnifico abanico y su cetro de puño de oro sobre la cabeza de sus vasallos, y todos se separaron para prepararse á nuevos juegos.



Papel del emperador Motezuma en las danzas de ese nombre. (Las Carolinas.)

El segundo acto fue mas entretenido, y nuestros coreógrafos, hábiles y todo como son, no encontrarían ni con el auxilio de sus arcos la mitad de las mil figuras creadas por los bailarines marianos, que sin embargo, con una modestia que nosotros no comprendemos, se llamaban serviles imitadores.

Sentado el monarca en un trono figurado, cuyas

veces hacia un sillón roto, se levantó de nuevo, pasó en medio de otra figura realmente pintoresca, volvió á ocupar su s6lio y separó á los justadores.

El tercer acto fue un combate á muerte: arma6os los guerreros de punta en blanco, en una mano la lanza y el escudo en otra, se dirijian tajos y mandobles que hubieran sido peligrosos á no pararse con una destreza admirable. Despues de una lucha de cerca de media hora, en que hubo combates particulares y pelea general, alz6 Motezuma su voz formidable, presentó el cetro, y cayeron las armas de las manos de los guerreros que se abrazaron afectuosamente. Tal es la moral de la pieza.

Se me olvidaba decir que durante estos juegos graves y solemnes, dos chiquillos, vestidos de harapos y cubierto el rostro con una careta horrible, saltaban alrededor de los principales personajes, daban brinco y perradas y lanzaban al aire gritos y silbidos atronadores. Estos eran los graciosos de la compa6ia. Finalizada la danza de Motezuma, y apenas habian besado los guerreros la mano del monarca que acababa de restablecer entre ellos la paz y la concordia, fuimos invitados á la diversion mas c6mica y entretenida que se puede imaginar, denominada la *danza del palo vestido*.

Es un palo liso de veinte y cinco pies de elevacion, de cuya punta superior penden y caen al suelo anchas cintas de diversos colores. Primero dan vuelta los actores alrededor del palo hasta que cada uno coge la cinta que le está designada: el primero de la fila corre rápidamente, siguele el segundo, luego el tercero y el cuarto: retrocede el primero y se cruza con los otros, mientras que el quinto y el sexto salen á su vez, entrelazando todos el palo con las cintas y formando caprichosas figuras de diferentes colores. Es una especie de kaleidoscopio que los teatros de Paris debieron imitar así como el baile de los palos de los carolinianos tan animado y pintoresco, y los juegos de los aros de la danza de Motezuma, cuya idea algo esacta solo puede dar la lámina.

XXXVII.

ISLAS MARIANAS.

Historieta. — Enfermedades. — Detalles. — Costumbres.

FUERA de la indolencia y el robo, que es su consecuencia lógica, no tienen los marianos grandes defectos por que avergonzarse, porque no tienen por tal al libertinaje, y porque los mas ilustrados, que debian reprimirlo y castigarlo, son los primeros á aprovecharse de él en pró de sus placeres y de su inmoralidad. Ademas, como las visitas de los europeos son muy raras en aquel archipiélago, las ocasiones de pecar se presentan de tarde en tarde á las jóvenes, tanto mas cuanto los tchamorros entre sí no son demasiado galantes.

Lo que gusta á los marianos de parte de los extranjeros es benevolencia, franqueza y amabilidad. Entrad en una casa diciendo: *Ave María*, tendad la mano al dueño, haced una fiesta á los chiquillos, abrazad al ama una vez (una vez tan solo), cubrid de besos á las hijas, á las primas y á las muchachas que estén de visita, tutead á todo el mundo, y podeis estar seguro de ser tratado como un hermano, como un amigo, como un vencedor. Usad de lo que allí haya, ¿veis galletas de sicas? pues comedlas; ¿veis una mullida hamaca? pues descansad en ella, que la mano de una joven os mecera con una regularidad que llamará el sueño: si preferis estar despierto, fumad un magnífico cigarro que os ofrecerán con franqueza, y escuchad los versiculos latinos ó con mas frecuencia el canto mon6tono de algun antiguo romance, salmodiado con voz gangosa pero que divier-

te por su estraneza. Hecho esto, vuestro deber os impone la siguiente obligacion.

Regla general: cuando recibais un regalo, estais obligado á la reciproca si no quereis que os llamen salvaje y miserable, en cuyo caso contad con que os echarán en cara vuestra taca6eria al principio por medio de rodeos y circunloquios tan comunes entre los tchamorros; despues con refranes improvisados que os ruegan escucheis, y por último, si os haceis el sordo, atacándoos cara á cara y enseñándoos lo que parece ignorais, á saber: que el que recibe algo de un pobre debe corresponderle; que ya que sois extranjero y viajero sois rico por consecuencia, y que si sois rico no debeis serlo para vos solo; y que puesto que habeis fumado un cigarro, bien podeis dejar olvidado un pa6uelo en la casa en atencion á que las jóvenes necesitan pa6uelos para ir á misa.

Os hago esta advertencia para que os aprovecheis de ella lo que, leyendo mis relaciones, deseais marchar á correr mundo. Por una galleta ó un coco, dad un pa6uelo; por un racimo de plátanos, un pa6uelo y un rosario; por una sandía ó un melon, una camisa; es decir diez ó veinte veces mas que el valor del objeto aceptado, pues tal es la regla. Allí solo se dan *grátis*, y sin ruborizarse, las muchachas.

Los marianos no se parecen á los europeos.

Hay sin embargo un medio de libertarse de esta contribucion impuesta en todas las casas de Aga6ia, y voy á indicarle para que esteis á la defensiva cuando llegueis allá. Al entrar en una habitacion tutead al padre y á la madre, regalad un beso á la hija, hablad, cantad, poned á caballo en vuestros muslos á los chicos, pero no acepteis nada, porque esto equivale á declarar que no quereis dar nada; al momento está entendida vuestra determinacion, y os separais como buenos amigos, sin rencor por parte de los indígenas. Pero si antes de aceptar ninguna oferta distribuís galantemente escapularios, la familia hará lo posible para probaros cuánto le agradan la nobleza de vuestro proceder, y sereis el huésped querido y mimado de la casa, un miembro de la familia, un hermano, mas que un hermano si se os antoja.

¡Oh Mariquita! ¡siempre recordaré tu tierno agradecimiento!

Sucedíome un dia un caso bastante curioso que prueba que el uso de no aceptar nada *grátis* parece un dogma de la antigua religion de los tchamorros.

Cansado de una larga caza llegué por la noche bastante tarde á Aga6ia deteniéndome en una casita en que habia visto la víspera una joven de trece ó catorce años, limpia, viva é incitativa por la pequeñez de sus pies, la delicadeza de sus manos, la gracia de su andar y sobre todo por la vivacidad de sus miradas que llegaba ya á los límites de la provocacion.

— *Ave María*, dije al entrar.

— *Gratia plena*, señor.

— ¿Estás sola?

— Mi padre ha ido á pescar.

— ¿Me permites sentarme?

— Os permito que os acosteis en mi hamaca, y si gustais, os mecere.

— Tienes unas manos demasiado bonitas para ello, y temeré cansarlas.

— ¿Os gustarian mas si fuesen mas grandes y mas feas?

— No, pero quiero estar á tu lado en este taburete. ¿Quieres que hablemos?

— Poco tengo que deciros, porque nada sé. Algo sé sin embargo, y es que conoceis á Mariquita que vive ahí abajo cerca del palacio.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Yo lo sé.

— ¿Eso te disgusta?

— ¿Por qué?

— ¿Cómo es tan guapa!

— ¡Y tan buena!

— Es verdad todos la aman en Agaña.

— Ella sí que es dichosa, porque tiene bonitos pañuelos, una almilla preciosa, magníficas sayas y un rosario bendecido por nuestro santo padre el papa.

— ¿Y serías tú feliz teniendo todo esto?

— Ya lo creo. Yo no tengo mas que una saya que está muy usada y carezco de almilla; mi cuerpo está desnudo y no poseo un rosario bendito siquiera para abrigarme durante la noche.

— Pero puedes procurarte todas estas buenas y lindas cosas.

— ¿Cómo?

— ¿Qué harías para tenerlas?

— Todo, menos lo malo.

— ¿Qué entiendes por lo malo?

— No tomar agua bendita en la iglesia, no rezar al acostarme y al levantarme y no amar á mi padre y á mi madre.

— ¿Es eso todo?

— Todo.

— ¿Y si te pidiera yo un beso?

— O: daría cien.

— Niña, voy á darte lo que deseas pero sin condiciones. Toma, añadiendo el morral, lié aquí cuatro pañuelos grandes y unidos con que podrás hacerte una saya nueva, una camisa que puedes cortar en forma de almilla, una estampa de la virgen de los Dolores, un rosario y un escapulario bendito. Todo te lo doy con el mayor placer. ¿Estás contenta?

— Ya lo veis, lloro de alegría y de agradecimiento. Dormí aquí.

— Podría reñirte tu padre cuando vuelva.

— No volverá hasta mañana, y además estad seguros de que no me reñirá.

Algunos días después de esta escena, bastante agradable para un europeo, vi venir á mí en la plaza de palacio á la jóven tchamorra, con los ojos hinchados, el pecho agitado y llevando en un pañuelo envueltos los objetos que la había regalado.

— Tomad, señor, os devuelvo vuestros presentes, pues nada tengo que ofreceros en cambio.

— Ya me has pagado bastante, hija mía, con el beso y la noche que pasé en tu hamaca. Guarda esas bagatelas que te pertenecen, yo no quiero torturarlas.

Y la linda muchacha se pavoneó el siguiente domingo en la iglesia y en las calles, felicitada por sus compañeras y mirada con pena por Mariquita. ¡El corazón adivina tantas cosas!

El uso del cambio, muy ventajoso para los naturales, es allí general en todas las clases de la *sociedad*, y excepto el gobernador, que siempre se mostró noble y generoso, y don Luis de Torres, todos los marianos, incluso el estado mayor del señor Medinilla, se sometieron á él devotamente. Ya veis que es una plaga, aunque la menos peligrosa de la colonia, y de la cual es posible libertarse.

En Agaña no se ha visto un caso de viruelas y es desconocida completamente la vacuna. Nuestros médicos intentaron prevenir los crueles efectos de esta terrible enfermedad, pero su vacuna era añeja. No obstante, el señor Medinilla, que asistía á varias operaciones, prometió que la haría venir de Manila y poner en práctica nuestros consejos, aleccionado también por la triste experiencia que había adquirido en las islas Filipinas. La especie de hospital, en que Mr. Quoy y Gaimard habían establecido su habitación, estaba diariamente llena de gente que iba, no á buscar un medicamento, sino á ponerse buena, como si la ciencia europea pudiera realizar este deseo.

Hemos visto á algunos buenos tchamorros presentarse en el hospital á suplicar á los médicos que reemplazasen una pierna ausente con otra de carne y hueso; otros á curarse de un amor desgraciado, una mujer embarazada pidiendo un medio eficaz para

dar á luz un niño y no una niña, y una vecina suya, estéril, demandando un remedio seguro para dejar de serlo. No cesaban un instante las visitas: aquello era un caos de instancias absurdas, de súplicas ridículas, y al mismo tiempo no hubo un leproso que se presentase á obtener un consuelo ó una esperanza, sin duda porque la desgracia la ahogaba en el fondo de alma.

Cierta mañana que para castigar á su mula testaruda (pues los de Agaña conservan las mismas cualidades que los de Europa) un paisano acababa de matar una de mucho valor á garrotazos dados en la cabeza, el pobre tchamorro fué á pedir á Mr. Quoy que le diese un remedio para curar á su cabalgadura.

— ¿Qué es lo que tiene? preguntó el médico.

— Yo no sé.

— ¿Qué le duele?

— No le duele nada.

— ¿Qué quieres entonces?

— Que la cureis, porque ha muerto.

— Pero si ha muerto no hay remedio posible.

— Tratad de hallarlo, con todo.

— Marcha, marcha y déjame en paz.

— Dios os castigará, señor.

— Yo cumplo con mi obligación.

— Y yo me vengaré.

— Eso es otra cosa, y como quiero vivir en paz con todo el mundo, sabed que mi oficio no es el de curar bestias.

— ¿Y á quién diablos curais entonces en Francia? replicó el tchamorro con un tono de despecho al marcharse.

Esta candidez, que pudimos tomar por un epigrama, nos divirtió mucho durante algunas horas.

Respecto al horrible mal que los soldados de Colon llevaron de América, según dicen, y que tantas víctimas hace en Europa, donde la cieguza lo ha combatido vanamente por tanto tiempo, es desconocido en las Marianas, y aunque ha diezmado hace algunos años las Filipinas, Timor, las islas de la Sonda y casi todas las Molucas, no se ha notado el menor síntoma de él ni en Gubam ni en Rota, donde se le designa con el nombre de *mal frances*.

Lo curioso y notable era que la mayor parte de la gente que acudía á nuestro hospital, no estaba enferma física sino moralmente, así que venían á pedirnos un remedio contra la cólera, un calmante contra el amor, una bebida contra la sed de riquezas: este quería que le indicásemos el medio de descubrir al ladrón que le había robado; aquel, el arte de impedir el sueño á una jóven; un tercero, unos polvos para que su mujer fuese mas hourada; en una palabra, se quería convertir en hechiceros á nuestros doctores y no en médicos, atribuyéndoles el poder de Dios. ¡Pobres marianos! ¡Qué de tinieblas cubren aun vuestro rico archipiélago! Y no es solo la medicina la que se desconoce entre ellos, sino también las artes, las ciencias y el lujo. Ciertamente el pueblo es vivo é inteligente, pero su talento natural está mal dirigido y su inteligencia no pasa de lo necesario para buscar el bienestar de la vida. Si en Gubam hay ignorancia pende de que á nadie se ha dicho que es preciso aprender. Las nuevas casas construidas al lado de las antiguas no tienen ni mas ni menos elegancia que estas; los muebles no difieren en nada de los que hallaron los españoles en tiempo de la conquista; los instrumentos de labranza tampoco han variado; y si el interior de la isla se halla inculto, es porque cada cual encuentra lo necesario á la puerta de su casa y porque ningún mariano es comerciante, industrial ni traficante sino en las raras ocasiones en que fondea delante de la isla un buque europeo. Cuando he dicho que los habitantes de las Marianas no tienen pasiones, me he equivocado, pues hay una que le

domina, que les subyuga, que forma parte de su existencia y que es sin embargo, por decirlo así, un contraste de esa misma existencia indolente que les caracteriza: hablo de la música.

El mariano es músico mas bien por naturaleza que por instinto; can'ta cuando se levanta, canta cuando trabaja, canta bañándose y canta hasta dormido. Su lenguaje es casi música, en que pueden notarse sus inflexiones, y no obstante, esta melodía que ha adquirido en el admirable concierto de las aguas, los bosques, las montañas y el cielo de su país, es una melodía débil, monótona, adormecedora, bajo la cual se enerva uno como con el canto de un ama de cuna cuidadosa. Ois á veces un bolero español ó unas seguidillas castellanas, pero esta escepcion de la regla general, es la sangre que hierve á despecho del *far niente* tan atractivo, oyéndose únicamente estos cantares en boca de los niños que no han tenido tiempo todavía para ser aniquilados por el sol tropical.

En Guham no hay bailes mas que en las grandes ceremonias dispuestas por el gobernador, pero nunca toman parte en ellos los hombres y las mujeres de edad madura, sino los muchachos, que se vengau con la vivacidad de sus movimientos y contorsiones, de la fria severidad impuesta á los veteranos.

Todas las tardes despues del trabajo veis á estos chicos y chicas desnudos de medio cuerpo arriba, delante de sus puertas, dignos y graves al principio como marqueses de la antigua alcurnia, y despues llenos de impaciencia esperando la presencia de algun personaje de distincion para comeuzar los ejercicios en que cansan sus fuerzas.

Colocan un sombrero en el suelo en medio de un corro de cuatro ó cinco pasos de diámetro, rodeándole de otro círculo mayor, que indica el espacio que debe recorrerse con prohibición de palo. Las muchachas empiezan el ataque con señas y muecas que vienen á decir que su corazón palpita mas aprisa que de costumbre; los muchachos, que las siguen con la vista, contestan de la misma manera que su emoción es correspondida. En seguida, los primeros saltan de contento en su sitio, mientras que los novios se balancean á derecha é izquierda antes de emprender la rápida carrera que han de entregarles sus conquistas. Lánzanse por fin haciendo ademanes de amor y movimientos de caderas y de cuerpo lascivos; las muchachas evitan los avances de los amantes, les atormentan, les riñen, les sonrien, luego se dejan cojer la mano, y cuando se aproxima su derrota, de un brinco, se aleja, suplica, amenaza, regaña y perdona á la vez, hasta que completamente vencida, se pone de rodillas temblando, se menea, se levanta, se inclina, alarga el brazo, permite que la besen en el hombro, despues en sus sonrosadas mejillas, despues en sus brillantes ojos... y finaliza el drama. ¡Qué analogía con la *chika* de la isla de Francia! ¡Y qué diferencia sin embargo entre ambas! ¡Ahi una orgía, aquí una fiesta, allí fango y aullidos, aquí flores, suspiros y una suave armonía! No importa, ambas *chikas* son hermanas indudablemente.

Despues de tantas alegres danzas á que con tanto placer asistíamos diariamente, y en las que alentábamos á los actores con algunas bagatelitas propias para reanimar su ardor, la diversion favorita de la colo-



Riña de gallos ingleses. (Las Carolinas.

nia es la riña de gallos, que se celebra particularmente los domingos en frente del palacio del gobernador, no siendo este uno de los menos entusiastas.

Para este ejercicio se enseña al valeroso volátil de un modo original, que consiste en atarlo á un palo por la pata derecha y mostrarle á lo lejos el alimento que necesita, dándole una fuerza extraordinaria los esfuerzos que continuamente hace para alcanzar á la comida. Así es que cuando un gallo ha salido vencedor en muchos combates, no se acepta la riña con él sino á condicion de que no lleve cuchillo mas que en la pata izquierda. La muerte de uno de los combatientes, y con frecuencia la de ambos, es el resultado verdadero de la contienda que se empieza teniendo cogidos á los adversarios y obligándoles á

darse tres ó cuatro picotazos en la cabeza. A estas riñas se les llama *jurgo real*. ¿Qué quiere decir esto? ¿Es porque corre sangre? ¡Cómo se os calumnia, nobles testas coronadas!

Guham tiene cuarenta leguas de circunferencia: la parte norte casi desierta, está formada de caliza madreporica y las playas escarpadas que dibujan el mar, son muy escarpadas. En medio de ellas y en un sitio llamado Santa Rosa, ha aparecido hace dos años un cono volcánico, cuyos estragos se han hecho sentir ya en las cercanías. Rodean protuberancias madreporicas á la isla, defendida por su inutilidad mas bien que por la naturaleza y sus fortificaciones construidas por los españoles á gran coste.

La parte sur ofrece un aspecto singular: se ven

conos elevados con cráteres abiertos que exhalan á veces un olor sulfuroso y llamaradas azules y rojas; véanse tambien en la falda de estos conos rápidos saltos y capas raras de lava vomitada por las frecuentes erupciones, tan regularmente sobrepuestas, que es fácil contar por ellas las cóleras del fuego subterráneo.

Pero á medida que se acerca uno á la playa, disminuye la aspereza del terreno, disminuyendo en ondulaciones decrecientes hasta las olas en que se concluyen de una manera casi imperceptible. Mi buen Petit, que lo aplica todo á la marina, y cuyo lenguaje pintoresco halla tan instintivamente la *palabra de la cosa*, segun su espresion favorita cuando se la hechó de sábio, me dijo:

—Sabeis Mr. Arago, que por aquí ha pasado el flujo y reflujo.

—¿Y por qué lo sabes?

—Fácilmente: la tierra bulle y es que hay agua debajo.

—Lo que llamas agua es fuego.

—¿Qué importa, si el efecto es el mismo! Os juro que hay bajo nuestras plantas alguna cosa que hierve, y despues que haya hervido saltará la cobertera y nosotros saltaremos tambien como unos hombres.

—Puede ser.

—Ahondad un poco la tierra con el sable y hallareis una fuente de fuego.

Tratamos de hacerlo, pero la corteza estaba muy dura y nos cansamos en vano. Estas llamas subterráneas, estas sacudidas violentas y repetidas y estas fatigas continuas de una tierra en elaboracion, no han podido aun destruir la fuerza de la vegetacion que adorna la isla de un inmenso ramillete de verdor, recordando algunas partes del interior, sin desventaja suya, el caos impenetrable de los bosques brasileños.

Solo que aquí no hay reptiles que se arrastren y silben bajo los arbustos y hojas, ni lagartos monstruosos que os aturden con sus chillidos, ni los ronquidos lúgubres del jaguar: to lo está tranquilo en la superficie de Guham, cuando todo es ruido en sus entrañas. Diríase que los furores contrarios se han propuesto no turbar el sosiego de los seres vivientes que respiran allí un aire puro. ¡Quizas no está lejano el día de la destruccion, haciéndose auxiliares terribles de la lepra! ¡Para mí el suelo, para tí los hombres!

Los bosques y las montañas de Guham presentan al naturalista objetos dignos de su curiosidad y reflexiones en una gran cantidad de pájaros de mil colores, que revolotean de rama en rama y que rara vez tratan de evitar el tiro de sus cazadores. El mas hermoso sin disputa es la *tórtola de copete purpurino*, cuyos colores son de una belleza asombrosa y la forma lindísima en extremo. Siguenles los *mártires pescadores* que son magníficos; pero los pájaros de aquella parte del globo, de plumaje tan brillante, tienen un canto monótono ó un chillido muy desagradable.

El mar es aun mas rico que la tierra y se hallan en él pescados de toda clase y de todos colores. La coleccion de nuestros doctores era preciosa y habieran traído á Europa especies desconocidas si el naufragio que hicimos en las Malvinas no las hubiera arrojado al agua. A los habitantes del mar se les ha declarado allí una guerra tenaz con el auxilio de un pescado cuyo nombre no recuerdo y que se conserva en un estanque donde se cuida con el mayor esmero. Desde que se le cree bastante instruido en el oficio que se le enseña, se le suelta, y el pescador da grandes porrazos en su bote con lo cual le hace volver acompañado de los demas pescados, á quienes su discípulo tiene la habilidad de atraer á sus redes.

Hay en la isla treinta y cinco rios, algunos de los cuales llevan arenas de hierro y cobre: los principa-

les son *Tarofoto*, *Llig*, y *Pago*, que se precipitan en el mar: el primero es navegable á bastante distancia para buques pequeños. Aunque el pais es muy montañoso, los rios corren lentamente y el de Agaña, por ejemplo, no anda mas que una milla por hora. Hay en ellos alguna pesca.

El coco, á quien no temo llamar el soberano de los árboles cuando considero la riqueza de su follage, y á quien llamo el mas rico cuando pienso en su utilidad, se lanza desde el suelo en un tronco de dos pies de diámetro, se eleva magestuosamente á cien pies de altura, esparciendo por los aires su verde cabellera: sus hojas formadas de una arista ancha y flexible que adornan otras hojas mas pequeñas, obedecen al mas ligero viento, y moviéndose con gracia imitan las dulces ondulaciones de un sembrado de trigo agitado por la brisa. Chocan unos contra otros con un suave murmullo, se entrelazan muellemente, se despliegan con magestad y caen de nuevo sin aplomarse. Cuanto mas jóven es el árbol mas anchas y fuertes son las hojas, y cuando envejece tiene pocas y débiles, como si constituyese su vigor cual el cabello de Sansón la fuerza. Despojado de este adorno, sus parduscas ramas parecen desgajarse con el enorme peso de la fruta que está reunida en racimos. Esta fruta no es mas que una parte de su riqueza: tan grandes como nuestros melones, encierran los cocos en sus dos cubiertas un agua mas cristalina que la que cae de las bellas cascadas de los Pirineos, y es dulce y agradable, aunque es nociva abusando de ella, así como la rica arena que se halla pegada á la primera corteza.

Para llegar á la cima del árbol, los negros, los salvajes y los habitantes de las Marianas se valen poco mas ó menos de los mismos medios, que consisten en hacer algunas hendiduras en el tronco; y mas comunmente con las aristas de las hojas que trenzan perpendicularmente al suelo, forman una especie de escala capaz de resistir el mas exorbitante peso. Pero solo los niños emplean estos medios, porque tan pronto como se adquiere la fuerza de la juventud, los naturales escalan los árboles con una agilidad asombrosa; y yo he visto á muchos burlarse de las dificultades y crearlas *ex-profeso* para demostrarnos su destreza.

Sin contar el gustoso y natural alimento que se saca de esta fruta, echad una ojeada sobre el siguiente resumen y juzgad si no es un beneficio para todos los isleños del mar del Sur y particularmente para los habitantes del archipiélago que nos ocupa.

Del fruto ó del licor que sueltan las ramas tronchadas á propósito se hacen:

Dulces excelentes.

Aguardiente delicioso.

Vinagre.

Miel.

Aceite.

De la corteza:

Vasos.

Muebles pequeños.

Del tallo y de las hojas:

Cuerdas muy fuertes.

Vestidos.

Hilo.

Techos.

Agregad á este cuadro incompleto una multitud de objetos preciosos como cestos, esteras, cercas sólidas, tabiques impenetrables, y calculad qué valor se debe dar allí á la posesion del coco, que constituye la principal riqueza del pais.

Si me hubiera ocupado formalmente de botánica, os hablaria del árbol del viajero (*urania speciosa*), cuyo nombre indica un beneficio, del rima ó árbol del pan (*artocarpus incisa*), casi tan necesario como el coco y mucho mas estendido; de la palmera pequeña que tanto se parece á un vaso elegante de que salen

como rayos hojas de un verde magnífico; del *arequero* (*areca oleracea*); del *vacoi* (pandanus), y del enorme *multiplicante* (*ficus religiosa*), que forma él solo un bosque. Pero mi obra se reduce á un itinerario, y como el camino es largo todavía, no quiero detener á mis lectores á cada instante. ¿No conocéis que es una derrota mas bien que un pretexto?

XXXVIII.

ISLAS MARIANAS.

Historia general.—Resúmen.

No hay extravagancias ni tonterías que no escribiesen los historiadores españoles, que fueron los primeros en dar á conocer á la Europa las Marianas y sus habitantes, suponiendo que estos andaban hacia atras y que la mayor parte se encorbaba como los cuadrúpedos aunque los brazos no llegaban al suelo, añadiendo que no se habia conocido el fuego en aquel archipiélago durante muchos siglos.

La naturaleza y la estructura del hombre dan un mentís á los primeros asertos, y respecto á la última, las tempestades que se desencadenan en ciertas estaciones sobre los climas ecuatoriales, y mas que nada los volcanes que coronan casi todas las islas Marianas, demuestran cuán absurda es y fabulosa. Pero lo que parece cierto y probado victoriosamente, aun cuando los historiadores de la conquista lo hayan dicho antes que nosotros, es que entonces las mujeres tenían siempre la preeminencia sobre los hombres, presidian á todas las deliberaciones públicas y habian formado exclusivamente las leyes para todos.

A pesar de que la dominacion española gravitó con todo el peso de su despotismo sobre este archipiélago tan rico y variado, no fue bastante á destruir este uso racional (á mi juicio), encontrado, por decirlo así, en las costumbres primitivas.

Aun hoy la mujer no toma el apellido del marido, se la sirve la primera en la mesa, no por galantería, sino por deber, por deferencia y por respeto; se la ofrece antes que á nadie, al levantarse, el primer cigarro que se fuma en la casa, y come la primer galleta que sale de la pizarra en que se cuecen. ¡Oh señores de París! pronto, pronto, adoptad el código mariano, que estamos dispuestos á ratificar sometiéndonos á vuestro yugo.

En Guham y en Rota las disputas de los hombres son siempre decididas por una mujer, pero las de estas no lo son nunca por un hombre.

Cuando muere un hombre el duelo dura dos meses y cuando muere una mujer seis; de modo que la pérdida es tres veces mayor. Las damas tienen tambien su galantería: somos vencidos por las señales exteriores, pero el corazon nos absuelve ó mas bien nos ciega.

Cuando una mujer se casa con un hombre, cuya fortuna es menor que la suya, este está obligado á trabajar por la mujer y á desempeñar los mas penosos cargos.

Cuando el dote de ambos esposos es igual ó cuando la mujer no lleva nada, divídese el trabajo y la última cscoge la parte que quiere sin que pueda el primero quejarse.

Si el hermano ó el padre de una joven salva de un peligro inminente á una persona, cuya fortuna sea considerable, este se halla comprometido á casarse con la hermana ó hija de su salvador, si no le disgusta. Verdad es que ateniéndose á las leyes españolas, vigentes desde este tributo forzoso, pero tal es el amor de los naturales á sus antiguas costumbres, que no hay ejemplo en Guham de una oposicion formal por parte del que recibió el beneficio.

En el caso de este matrimonio obligatorio el marido no tiene derecho para exigir dote á su mujer.

Los parientes y amigos se dan cita á la cabecera de un muerto, y despues de algunas cortas oraciones procuran olvidar la desgracia con copiosas libaciones de un licor embriagador llamado *touba*, que no tarda en asimilar los vivos al difunto. ¡Una orgía puede calmar el dolor!

Los detalles se agolpan á mi memoria, y si no los refiero todos es porque otros archipiélagos me esperan. Sin embargo, antes de despedirme de las Marianas, no será inútil recorrer en pocas palabras la historia de su descubrimiento y de su conquista.

Una de las épocas mas fecundas en valor heroico fue sin disputa la que siguió de cerca á las felices empresas de Colon, en cuya escuela se formaron muchos nobles aventureros, insaciables de peligros y de gloria, y ávidos de maravillas, que se lanzaban de todas partes de Europa á recorrer y estudiar el mundo ensanchado, siendo Portugal el que escribió nombres mas ilustres en las hermosas páginas de la historia de las naciones. Arrojado, por decirlo así, de Lisboa su patria, donde no se quisieron aceptar sus servicios, fue Magallanes, imitando á Colon, á ofrecer su experiencia á España que le entregó un magnifico buque para hacer descubrimientos hacia el Oeste, puesto que se habia doblado ya el cabo de Buena-Esperanza, y que diariamente llegaban buques exploradores á Europa, despues de haber enriquecido la ciencia náutica con algun islote, con alguna roca ó con algun continente.

Magallanes atravesó el Atlántico, siguió la costa oriental del Brasil, el Paraguay y la tierra de los Patagones, y hubiera doblado el cabo de Hornos sin una tempestad horrible que le arrojó al estrecho que lleva su nombre. Ya he manifestado cuál fue su alegría á la vista del vasto Océano Pacífico, que desplegaba ante él su imponente magestad y la aterradora masa de sus olas que iban á romperse contra las costas occidentales del Nuevo-Mundo. Atrevido como todos los capitanes de aquellos tiempos maravillosos, pero mas prudente que la mayor parte de ellos, el portugués se lanzó audazmente hacia el Oeste, descubrió las Marianas, que llamó islas de los *Ladrones* y tocó en las Filipinas, donde pereció víctima de su denuedo.

Es de notar que en todas partes, donde se estableció el tribunal de la Inquisicion, se paró el espíritu de los descubrimientos y por consiguiente el progreso de las artes y las ciencias, y que en todas las partes en que los españoles ó los portugueses han asentado su poder, hicieron esclavos pero no aliados. Las conquistas de Portugal y España se intentaron primero con el Cristo, de que fue auxiliar la espada, pero en cuanto á la persuasion, es arma que ninguna de las dos naciones quiso usar, y así se comprende por qué ha sido trabajoso el progreso, pues las sublimidades de nuestra religion mal explicada no hallaban mas que incrédulos, y los brazos y las inteligencias se ponian de acuerdo para cualquiera rebelion.

Las Carolinas y las Marianas descubiertas, estaban pobladas de hombres bastante industriosos cuyo carácter habia parecido bueno y confiado, y Manila comenzaba á ser una colonia floreciente, de donde salieron los buques para la conquista de aquel archipiélago. José Quiroga, que fue el primer español que intentó someterlo, era vivo, ardiente, impetuoso, pero no conocia ninguno de los sentimientos de generosidad, que mucho mejor que las armas se apoderan de los ánimos y subyugan los corazones.

Tan duro consigo mismo como con sus soldados, se esponia á iguales peligros, arrostraba iguales dificultades, castigaba con su disfavor una accion tímida y reprimia el menor murmullo con crueles penas. Algunas veces tuvo que apaciguar revueltas, valiéndole siempre ventajosos resultados su presencia de ánimo y su valor impetuoso. La resistencia de los naturales era un ultraje para su alma orgullosa; las

matanzas que hizo en ellos le abrió todos los caminos, pues no pudiendo soportar el yugo que trataba de imponérsele, el pueblo vencido, pero no sometido, se retiró á una roca desierta, á Aguiñan, donde creyó sustraerse á la persecucion y á la tiranía; pero bien pronto se le siguió hasta aquel último asilo, volviendo á Guham y siendo tratados como esclavos los que escaparon al filo de la espada.

En medio de estas escenas de estragos y desolacion, es agradable fijar las miradas en un espectáculo que disminuye su horror. La religion armada con el hierro ha hecho con frecuencia prosélitos, pero destruida la fuerza, ya nadie se cuidaba de un culto impuesto por la violencia irritada y aceptado por la debilidad indefensa. El nombre del padre San Vítores debe ser tan grato á los habitantes de este archipiélago como el de Las Casas entre las hordas salvajes de América, porque él solo se atrevió á poner coto á las crueldades de Quiroga, y tal era el espíritu de los conquistadores del siglo xv, que lo que hubieran mirado como una temeridad imperdonable en un soldado, temian reprimirlo en un ministro de nuestra religion.

En el mismo momento en que la tea de la discordia brillaba con funesta claridad en todo el ámbito de Guham, el padre San Vítores, intrépido como todos los mártires de la fé, recorría los campos bajo la sola salvaguardia del estandarte de Cristo, triunfando de los corazones de los habitantes y disminuyendo su rencor hacia el nombre español por medio de palabras de paz y mansedumbre. Del centro de su retiro no violado, lanzaba órdenes severas respetadas por el fogoso Quiroga, pero el celo del pío misionero no podia sobreponerse por mucho tiempo á la ignorancia de los naturales y á la barbarie de los vencedores.

Uno de esos hombres extraordinarios que cada pais produce para dirigir á los demas, intrépido por instinto, feroz por cálculo y tan indiferente á las desgracias pasadas como á las futuras; en una palabra uno de esos hombres cuya existencia no va mas allá del presente, habia opuesto alguna resistencia en las Marianas á las armas españolas, y confinado al interior de la isla con un número considerable de partidarios, murmuraba contra los elogios que hacian los fugitivos de San Vítores, viendo una perfidia mas en la conducta y piadosas predicaciones del héroe católico. Este hombre peligroso se llamaba Matapango, del que os he hablado ya con motivo de un supuesto milagro, cuya autenticidad ayudé á certificar. Habia entregado dos hijos á su esposa, la cual convencida de las virtudes y moderacion de San Vítores, se los habia encomendado para hacerlos cristianos. No fue menester mas á Matapango para realizar el atroz proyecto que habia puesto meditaba, pues en los hombres que no son dueños de sus primeros movimientos, el interes personal triunfa siempre del bien general. Reunió Matapango á sus camaradas, hablóles con el fuego de una indignacion vehemente, despertó en su alma el sentimiento de la venganza y les hizo comprender hábilmente que solo de la muerte del padre San Vítores dependia la salvacion del pais, y la fuga de los españoles. Su discurso reanimó el valor mas tímido, y cada cual resolvió tender un lazo al celoso misionero, dándole muerte en una de las escursiones cristianas, que repetia quizas con demasiada imprudencia.

No faltó ocasion. Matapango supo atraerle al retiro que habia escogido, le dió gracias al principio por los cuidados prodigados á sus hijos, y le suplicó que los conservase en su compañía; pero con objeto de poner su caridad á prueba le pidió que bautizase á una cabra que queria mucho. Puede juzgarse cuál seria la respuesta de Dios y de la obstinacion con que rehusaria semejante exigencia: Matapango entonces, auxiliado de dos partidarios suyos, se arrojó á él, le tiró al suelo con una especie de hacha de madera que

con la honda componian todo el armamento de los primeros habitantes de las Marianas.

Ignórase si Quiroga sintió este crimen, aunque es lo cierto que su venganza sirvió de pretexto sino de motivo para las atrocidades cometidas por los soldados. La imaginacion se subleva al recuerdo de tantas escenas sangrientas, y basta para dar una idea de ellas decir que á la llegada de los españoles, las Marianas contaban cuarenta mil habitantes y á los dos años no habia mas que cinco mil.

De esta época data el primer establecimiento. Se sometió á los naturales á leyes durísimas, á cuyo yugo no pudieron escapar, y se inclinaron ante el despotismo de sus opresores, quedando vivo este odio, nacido del sentimiento de la debilidad contra la tiranía, á despecho de los años y de nuevas leyes menos duras y crueles.

Ya os he dicho que Magallanes dió á las islas Marianas el nombre de islas de los *Ladrones*, porque fue en ellas víctima de su buena fé, y seguramente que sin injusticia se les podria conservar hoy este nombre por la mucha aficion que tienen los naturales á apropiarse los bienes ajenos.

Tan pronto como el poder de los españoles se estableció sobre bases, aunque no muy sólidas, el primer pensamiento del vencedor debió ser conservar su carácter y hacer sentir su superioridad. Quiroga habia vuelto á Manila, el padre San Vítores habia muerto víctima de su valor apostólico, y el que habia reemplazado al jefe de la expedicion no se ocupaba mas que en buscar objetos que diesen á la Metrópoli una idea aventajada del pais que gobernaba, y en hacer rápidamente su fortuna. Habia espedido varios pedidos al gobernador general de las Filipinas, temiendo que Quiroga hubiera dado á la vela para España; pero la casualidad le favoreció mas pronto de lo que esperaba. Llamaban las Carolinas la atencion de la corte de Madrid á tiempo que se ocupaba de la conquista de las Marianas. Nueve buques pequeños, salidos de Luzon, llevaron allá varios misioneros, á quienes el celo por la religion alejaba de aquella mansion de tranquilidad y sosiego; pero habiéndoles sido contrarios los vientos y alejados de su ruta una espantosa tormenta, ocho de los buques fueron á perecer sobre la costa de Guham, mientras que el noveno, bastante feliz para entrar en una ensenada, se pasó al abrigo del furor de las olas y los vientos. El único fraile que se salvó permaneció algunos años en las Marianas, donde predicó con el fervor y el buen éxito de San Vítores pero con mas fortuna. Lo particular es que de allí á poco los antiguos habitantes mas influyentes defendieron con tenacidad la religion de sus opresores, pretendiendo prohibir al pueblo bajo el derecho, que deseaban monopolizar, de gozar de los bienes futuros que les prometia.

Los detalles de los antiguos usos de los marianos están consignados en una obra publicada en Manila el año de 1790 por el padre Juan de la Concepcion, recoleto descalzo, obra que he leído y me ha convencido de que se escribió por la ignorancia y la credulidad. Solo la relacion de los milagros ocurridos en las Marianas ocupa cinco ó seis tomos, y seria absurdo dar crédito á una multitud de historietas ridiculas de hechiceros y santos que anduvieron en la conquista del archipiélago.

He aquí una de estas páginas.

«Tan pronto como llegó Quiroga á las Marianas y anunció á los habitantes la nueva religion que les llevaba, se retiró el mar como para anunciarle que no debia volver á su pais sino despues de terminar felizmente su empresa. Al dia siguiente de su desembarco, conmovióse la tierra con un ruido horroroso, en cuyo suceso vió Quiroga un presagio de las fatigas y los trabajos que le daria la conquista de Guham. El tercer dia brilló el sol mas puro, y los españoles adi-

vinaron su triunfo. El cuarto con viento impetuoso les previno de la resistencia de Matapango, y el quinto, habiendo arrancado los árboles un huracán, no dejó duda alguna de la muerte de San Vítores y de las horribles matanzas de que iba á ser teatro la colonia. Todo sucedió como lo había previsto la naturaleza: San Vítores fue víctima del furor de Matapango; Quiroga, en su justa venganza, esterminó una gran parte de los naturales, y el estandarte de la cruz no brilló mas que para un corto número de justos.»

Y va uno.

«Apenas cayó el padre San Vítores herido por el golpe mortal de Matapango, atravesando las distancias su alma, y llevado en alas de los vientos llegó á su patria y anunció su desgracia. Cubrióse de negro todas las iglesias de España; tocaron las campanas por sí solas; la corte vistió luto; en una palabra, fue una calamidad general. Ocho ó diez meses después sintiéronse en Guham dos ó tres temblores de tierra, cuya causa no fue desconocida. El crimen de Matapango debía espíarse.»

Y van dos.

«En una de sus escursiones á Tinian había logrado por fin el padre San Vítores colocar bajo el giron de la fé al natural mas terco é incrédulo que había tratado de convertir muchas veces. Cuando reflexionando este al dirigirle á su casa de campo sobre la accion que acababa de cometer, vió venir hacia él seis mujeres muy bien puestas que comían fuego; una sola estaba vestida de negro, los trajes de las otras eran de mil colores. El las saludó en español, pero las mujeres aéreas le contestaron en indio amenazándole con grandes desgracias si se negaba á someterse á las nuevas leyes que se le imponían. El incrédulo convertido prometió obedecer, y publicándolo la vision que había tenido, secundó con éxito el celo de San Vítores.»

Y van tres.

No concluiría en mucho tiempo si refiriese aquí, aunque no fuera mas que la décima parte de los cuentos ridículos de que está compuesta esta historia: lo que me ha sorprendido es que en medio del farrago de los catorce tomos hay algunas páginas dedicadas á las Carolinas, que son muy curiosas y mas razonadas, y están mejor escritas, tanto que no parecen trazadas por la misma pluma ni dictadas por el mismo talento. No hay en ellas ni un milagro, todo es sencillo y ordenado, y el autor no recurre á los prodigios para hacer interesante su libro.

He estudiado las Marianas en los mas pequeños detalles y visto la civilizazion bastarda en lucha permanente con las costumbres primitivas del archipiélago. ¿Quién vencerá? Dios lo sabe y no los hombres, porque estos no quieren leer en el porvenir, aunque á veces se traduce por el presente. Aquí el presente carece de esperanza, y puede asegurarse sin temeridad que este grupo de islas tan risueñas y tan metódicamente escalonadas de Norte á Sur, volverá á ser lo que era antes de la conquista.

Sin embargo, mas de tres siglos han pasado desde que España clavó en ellas su bandera.

Hay frutas que caen antes de haber madurado.

XXXIX.

MADAMA FREYCINET.

CIERTO día apareció estampado en todos los periódicos de la capital el siguiente párrafo:

«La corbeta *Urania*, al mando de Mr. Freycinet, ha abandonado la rada de Tolon, dándose á la vela para un gran viaje científico que va á emprender alrededor del mundo. Tanto la oficialidad y el estado mayor como todo el resto de la tripulacion se hallan poseídos del mejor espíritu, y la Francia espera un

»feliz resultado de una expedicion que por lo menos »durará tres ó cuatro años.»

Luego añadían:

«Un incidente bastante singular ha señalado el primer día de esta navegacion. Mientras una fuerte borrasca amenazaba sumir en los abismos del mar á la corbeta á lo largo del cabo Sepet, veíase sobre el puente á una persona, endeble y temblorosa, sentada en el banco de guardia, que ocultaba su rostro con ambas manos, esperando que la reconocieran, y la pusiesen al abrigo de la lluvia que caía á torpentes, y de las ráfagas de viento que soplaban con indecible furor. Aquella persona tan jóven y tan linda, era madama Freycinet, la cual, disfrazada de marinero, se había introducido furtivamente á bordo, de suerte que de grado ó por fuerza se vió obligado el comandante de la expedicion á acoger y alojar á la intrépida viajera, cuya ternura le impedía dejar á su marido correr solo los peligros de una penosa navegacion.»

La vispera del día del viaje se leía tambien lo siguiente:

«La corbeta *Urania*, que estaba para emprender un viaje de circunnavegacion, ha sido incendiada en el arsenal de Tolon, pero felizmente nadie ha perecido en tan lamentable desgracia.»

Tambien apareció este otro parralito:

«El teniente de navío, Leblanc, nombrado para formar parte del estado mayor de la *Urania*, se ha visto obligado á desistir de formar parte de la tripulacion por causa de enfermedad.»

¡Así se redactan los periódicos! ¡De este modo se llenan sus columnas!

Y sin embargo nada de eso era verdad, ó por lo menos iban intimamente aunadas la verdad y la mentira.

La *Urania* se había dado á la vela; saludóla á su salida de la rada de Tolon un viento borrascoso; madama Freycinet, bien resguardada bajo la toldilla, se hallaba á bordo, con consentimiento de su marido, lo cual casi todos lo sabian; una hermosa fragata incendiada, segun se dijo, por la malevolencia, había sido taladrada en su fondo y echada á pique en uno de los fondeaderos del arsenal; y tampoco fue una enfermedad el motivo que impidió al teniente de navío Leblanc, uno de los oficiales mas valientes, mas hábiles y mas instruidos de la marina francesa, el emprender la expedicion con nosotros que ya habíamos adquirido el dulce hábito de verle y de amarlo.

Luego que se hubo apaciguado el primer chubasco que descargó sobre la corbeta, el comandante llamó al estado mayor á su cámara, en donde nos presentó á nuestra compañera de viaje.

Una mujer; una mujer única y linda en medio de tantos hombres de sentimientos á veces muy escéntricos; una constitucion endeble y débil entre aquellos caracteres feroces que tantas luchas habían de sostener contra los desencadenados elementos; la misma singularidad de estos contrastes, un órgano dulce y tímido, vibrando como una cuerda de arpa, ahogado bajo aquellas voces roncás y estrepitosas que preciso es oír á despecho de la ola que se estrella y de los cordajes y jarcias que silban; una silueta suave y ondulosa, acomodándose á todas las maniobras para combatir los movimientos bastante regulares del vaiven, y las mas fuertes sacudidas de las arfadas; todo esto reunido daba penoso pábulo á la imaginacion del que fijaba su pensamiento en una situacion tan poco ordinaria; y luego aquellos ojos inquietos que miraban suplicantes á la negra nube que surcaba el horizonte, en oposicion con aquellas pupilas amenazadoras que manifestan á la tempestad que bien puede descargar sus furores; y luego la posibilidad de un naufragio en una tierra salvaje y desierta; la muerte del capitán, quien se halla aquí

tan espuesto, ó quizás mas que los marineros; una revuelta, un combate, corsarios, piratas, antropófagos, y qué se yo cuántas cosas mas. Puesto que allí podían presentarse todos los incidentes, que son el cortejo inseparable de las navegaciones al traves de todos los países del globo ¿y no había aquí por ventura cien y cien motivos de admiración para la joven mujer á quien solo su ternura le impelia á aceptar tan horribles probabilidades? Y sin embargo nada mas verdadero que cuanto vamos refiriendo.

Algo tímida y fria fue nuestra primera visita al gobernador de Gibraltar; puesto que nuestro comandante presentó su esposa á milor Don, y como madama Freycinet llevaba aun su traje masculino, picóse al parecer su escelencia de aquella especie de mogiganga tan poco en uso en los navios ingleses, y este fue el pretexto, si no el motivo, por que fue tan frio el acogimiento que nos hicieron, segun nos dijo uno de los oficiales de la guarnicion.

Pero sea como fuere, al salir de dicho punto, madama Freycinet se vistió de nuevo de mujer, ganando mucho en la mudanza su natural y decorosa coquetería. Rarísimos eran sus paseos sobre el puente, pero si alguna vez salia á pasearse, el estado mayor le dejaba espedita la cubierta con mil miramientos para que pudiera entregarse al solaz y al recreo; mientras que al otro lado del mástil mayor, las canciones poco católicas se detenian en la garganta, y los enérgicos juramentos de quince á diez y ocho silabas, que tanto divierten á los pobres diablos en su eterna marmita, espiraban en los lábios de los mas intrépidos gavieros. Sonreíase entonces madama Freycinet elegantemente adornada con un hermoso tocado, de aquella circunspeccion y comedimiento de rigor impuestos á tantas lenguas de fuego, y á menudo ocurría que diversamente interpretada por

los del castillo de proa aquella misma sonrisa que queria decir gracias, daba pábulo á una nueva irritacion jocosa; de suerte que la palabra sacramental y demonial vibraba en el aire y llegaba sonora y corrosiva á la toldilla; y en esta apretábanse uno contra otro los lábios de una boca graciosamente mohina, dos ojos distraidos y turbados miraban deslizarse la ola que no veían, ó estudiaban el paso ó tránsito de los moluscos ausentes; y el oído al cual perfectamente llegaron aquellas palabras, afectaba escuchar el sordo murmullo de las olas que se precipitaban sobre el surco que dejaba tras sí la velera corbeta. Fácilmente puede comprenderse cuál seria la perplejidad de todos; y en verdad semejante escena no podia menos de ser dramática y cómica á la vez. El capitán no tenia motivos para enfadarse; nosotros que pertenecíamos al estado mayor, estábamos harto seriamente ocupados con nuestros trabajos diarios, para observar nada de cuanto pasaba á nuestro alrededor; los mas truhanes y picarescos marineros hablaban en voz baja lo suficiente para que se oyese sus pullas de uno á otro extremo del buque; en vano los maestros procuraban con sus gestos, menos eficaces que sus silbidos, á imponer silencio á los parlanchines oradores; y madama Freycinet se retiraba á su camarote sin haber comprendido nada de las maniobras de bordo, y haciéndose votos á sí misma de subir lo menos posible á disfrutar como nosotros del bello espectáculo del Océano, del cual nunca debe cansarse una alma noble y grande.

Pero todavia no es eso todo. En una tripulacion de mas de cien marineros, todos los caracteres se delinean con sus vivos colores, con sus ásperas escabrosidades. Allí no hay hipocresia; tanto los defectos y los vicios como las buenas cualidades se escapan por los poros, y es el hombre sobre un navío lo que en



Río y la señora Freycinet.

ningun otro punto. ¿Decidme un medio para que el hombre se enmascare ó se disface en presencia de aquellos á quienes jamas abandona?... Pesada y dificultosa es por cierto la tarea; é indudablemente es ventajoso librarse de ella, al paso que solo encontraría vergüenza y bajeza el que intentare dar satisfactoria respuesta á tal pregunta.

Entre los marineros que viven tan pobremente, y

á costa de tantos dolores, á buen seguro que se cuentan un gran número de ellos que no aceptarían de vosotros un servicio sino con obligacion de que era digno de correspondencia, ó solo á título de préstamo. La mayor parte de ellos rehusarian, verdad es que con rudeza pero sin altivez, y algunos sin vergüenza ni humildad, dispuestos á daros su vida á la primera ocasion que se presente; se dirijirán á vosotros con

la frente erguida y con palabras claras y cortas, os dirán: «Tengo sed, un vaso de vino si V. gusta.» Vosotros lectores conocéis ya á Petit, personaje idéntico al retrato que de él he bosquejado; pues bien, á pesar de esto aquel bravo muchacho, bajo este concepto, no era, sin embargo, mas que el número dos de la *Urania*; pues el número uno le ocupaba Rio. Este Rio, de quien tengo tantas cosas que decir, y cuyas cenizas no quiero remover, miraba como un día de fiesta la presencia de madama Freycinet sobre el puente, y luego que el elegante sombrerillo ó capota de satén blanco se delineaba sobre el hermoso verde de las paredes de la toldilla, ya se presentaba Rio, y tirando un mechón de sus escasos cabellos con el índice y el pulgar, le decía:

— ¡Cuán bella sois, señora! sois hermosa como una dorada que se mueve; pero esto no basta, cuando se es tan linda es preciso ser buena, y ya veis, esto depende de vos. Hoy es mi cumpleaños (y es de entender que para Rio todos los días eran su cumpleaños) y tengo sed, sí, muchísima sed; el aire es pesado y vengo de la barra ó caña del sobrejuanete, en donde he estado por castigo, y héme aquí ahora ya, tengo sed y humedecedme la garganta, Dios os lo pagará cuando se presente ocasión, y Rio os dirá gracias.

— Pero, hijo mío, esto te haría daño, y además te embriagarías.

— ¡Vea V. qué tal! señora comandanta, yo jamás me he embriagado.

— ¿Jamás, dices?

— ¡Jamás! Lo que es saciarme hasta mas no poder, siempre que he podido; pero lo que es... vaya, eso sí que no. Esto queda á lo mas para los galopines. Pero suponiendo que por casualidad llegase este caso, yo le aseguro que si una ola inundase la cubierta y la arrebatará á V. bruscamente, no dejaría por eso de arrojarle al agua y de salvarla, cogiéndola por sus hermosos cabellos, con el debido miramiento.

— Vamos pues, concedido; eres demasiado elocuente, y pronto te arrebatará; voy á darte una botella, pero confío que guardarás la mitad para mañana.

— Si se lo llegara á prometer, vana sería mi promesa; toda me la beberé, y en verdad que no será mucho.

Madama Freycinet hacía su regalo, saltaba el marinero, y en el buque había un alma alegre y contenta.

Pero ¡pobre Rio! bien caro pagó su amor al vino. Mientras estaba cantando cierto día, mas ébrio que de costumbre, sus picarescos estribillos, cayó por la escotilla mayor y se mató; y estaba aun agonizando cuando Petit, que le tenía cogida la mano, creyendo todavía que su noble camarada se hallaba poseído de uno de sus báquicos delirios.

— Mira, indigno, los resultados de la embriaguez, le dije á mi antiguo amigo.

— ¡Vaya! señor. ¿Acaso no es esta la mejor muerte del mundo? A fé, no me sucederá á mi otro tanto, si V. no trata de aplicar pronto remedio.

Siempre que algun pobre marinero luchaba en la batería con los tormentos de la disenteria ó del escorbuto, jamás dejaba madama Freycinet de informarse de la situación del enfermo, y con el permiso del doctor sus potes y tarros de confitura viajaban de una á otra parte del buque.

¡Cuántas veces por la noche, sentados en la toldilla conversando sobre puntos que nos aproximaban á nuestro país, suspendíamos nuestras chismis para saborear los dulces acentos, y las tiernas armonías de madama Freycinet, la cual se acompañaba con la guitarra, y rogaba á su marido, quien cantaba con alguna menor gracia y gusto que Rubini y Duprez, le permitiese los honores y los riesgos del solo! Pero justo

doloroso nos es añadir que acerca de este punto muy raras veces eran atendidas nuestras súplicas.

Si el tiempo, amenazando tempestad, advertía al oficial de cuarto que debían cargarse las velas, su terrible orden de ¡*Amain y armen!* resonaba clara y concisa, y si el marinero de guardia vigilaba por todas partes, la linda pasajera, con la vista clavada en los cristales de su pequeña ventana, seguía la estensa y negra nube que pasaba, é interrogaba al horizonte para asegurarse de que ya no había peligro. Esto era miedo, sí, si os parece; pero miedo de mujer, miedo sin cobardía, temor de buen tono, si me es dable espresarme de este modo; á veces se veía deslizarse una lágrima en una de sus cariñosas miradas por su pálida megilla, pero bien podía manifestar aquella lágrima sin vergüenza y descubrir su emoción sin dar que sospechar que lloraba su partida. Yo os lo juro, todo esto conmovía vivamente el corazón.

En los puntos de escala recibía madama Freycinet los respetos y obsequios de las autoridades como señora de sociedad que sabe á su vez corresponder á una política, y sacrificarse voluntariamente en provecho de todos. La modestia es á menudo en la mujer un verdadero heroísmo.

Día verdaderamente doloroso para ella fue aquel en que, habiendo partido de la lle-de-France y pasado no lejos de un buque que venia del Havre, algunas horas despues, supimos en Bourbon, que la fragata mercante que nos había hecho el saludo correspondiente conducía á Port-Luis á su hermana, quien iba allí en calidad de profesora de un colegio, y á la cual ni siquiera tuvo la satisfacción de estrecharla la mano.

No necesitamos decir que en las escalas difíciles, y en aquellos países salvajes en los cuales se horrorizaba la vista al contemplar ciertos cuadros odiosos, madama Freycinet se hallaba relegada á bordo; y fácilmente podrá conocerse tambien cuán penosa hubiera sido tambien esta vida monástica para aquella que, desde el día de su partida, no hubiese aceptado todos los sacrificios, cuya magnitud había ya calculado de antemano.

¿Y cuál fue la recompensa, cuál la gloria de tantos tedios y fatigas, de tantos peligros y miserias?

¡Ay! ¡Qué le importa á aquella mujer animosa arrancada tan joven á sus amigos y admiradores, que se haya dado su nombre á un islote que á lo mas cuenta una legua de diámetro, á una roca perpendicular rodeada de arrecifes, que descubrimos en medio del Océano Pacífico!

Y sin embargo, esto fue todo... un escollo peligroso dado á conocer á los navegantes. ¿No se ve allí quizás tambien la moral del viaje de madama Freycinet? ¿No será esto un triste y útil ejemplo para cualquiera otra atrevida viajera que intentase seguir sus huellas?

Una roca coronada de algun verdor lleva el nombre de la patrona de nuestra angelical compañera de peligros; esta roca aparece en las recientes y mas completas cartas náuticas, con el nombre de *Isla-Rosa*; al pasar la bautizó cada uno de nosotros; ¡navegantes, saludadla vosotros tambien con respeto!

Llegó por fin el día fatal á la corbeta, el día en que, en medio de una rápida carrera, se paró repentinamente, incrustada en una roca sub-marina que abrió su quilla de cobre, y la hizo caer doce horas despues sobre uno de sus costados, para ya no volverse á levantar jamás. Ya os hablaré de aquel triste y sombrío día, cuando os habré hecho visitar conmigo el archipiélago de Sandwich, Ouhýe, Wahoo, Mowhée, el Port-Jakson, la parte Este de la Nueva-Holanda, las montañas Azules y el torrente de Kin-kham; ya os contaré aquel desastroso episodio de nuestro naufragio despues que habreis atravesado, de

Oeste á Este, de un tiron y sin ningun descanso, el vasto Océano Pacífico; despues que os haya manifestado aquellas imponentes masas de hielo que las tempestades australes destacan de las eternas montañas del polo; luego que os haya mostrado el terrible cabo de Hornos con sus rocas amenazadoras y talladas á manera de gigantes; despues que hayais oido los horribles rugidos de la tempestad que nos arrancó de la bahía del Buen-Suceso para arrojarnos sobre las Malinas, que fueron el frio atahud de nuestro destrozado buque.

Pero sin embargo, permitidme que os diga ya desde ahora, que aquel dia tan funesto fue un dia de prueba para todos, y madama Freycinet recobró nuevos bríos con el peligro. Triste y paciente, pero tranquila y resignada, esperó la muerte que por todas partes nos cercaba, sin dar el menor grito de debilidad. El agua ganaba terreno por mas que trabajaban las bombas, de suerte que podíamos contar las horas que nos quedaban de vida. Entré en el salon menor y vi á una jóven que oraba y lloraba.

—¿Qué hay? me preguntó ¿hay todavía alguna esperanza?

—La esperanza, señora, es el único bien que no perdemos hasta el último suspiro.

—¿Cuán poco les importa á estos atrevidos muchachos!... ¡y cuán horribles son las canciones que entonan en el momento en que va á tragarnos el irri-tado mar!

—Dejadles que hagan, señora, dejadles que digan lo que quieran, pues estas canciones les dan nuevas fuerzas: no creais que dependa de su impiedad, es una baladronada al mar, es una amenaza contra otra amenaza, es un insulto al destino. ¡Pero tranquilizaos, si aconteciese alguna desgracia, si os viéseis condenada á sobrevivir á vuestro marido, estos bravos muchachos os respetarian, señora, como se respeta á una mujer virtuosa, y se echarian á vuestras rodillas como á las de una imájen de Nuestra Señora! Animo, pues, les voy á llevar refuerzos, es decir, aguardiente.

Y madama Freycinet veia llegar á su cámara algunos despojos que se escapaban del Océano, y para todos guardaba religiosamente los bizcochos semi-empapados de agua que se sacaban de los pañones invadidos, y veia pasar sin temblar los barriles de pólvora abiertos, cerca de los cuales ardian faroles y linternas, y por fin se olvidaba de su desgracia particular en aquella catástrofe general. Madama Freycinet era una mujer verdaderamente animosa.

Pero ¡ay! ¡lo que no hicieron las tempestades ni las mas peligrosas enfermedades de los climas pestilenciales, se encargó de hacerlo el cólera en París, y la pobre viajera, la mujer enérgica, la esposa llena de abnegacion, la señora amable y benéfica, abandonó esta tierra que habia recorrido de uno á otro estremó!

¡Qué en paz descanse!

XL.

ISLAS CAROLINAS.

He observado que, sobre todo en punto á viajes, la casualidad acude siempre al auxilio del que quiere ver ó introducirse, y esta casualidad es por lo comun una buena fortuna. Si hubiese corrido tras la lepra, de seguro que no hubiera encontrado á mi tránsito á aquella jóven Dolorida tan blanda y apacible, y muerta en medio de las bendiciones de todo un pueblo. Y otro tanto sucede con las demas investigaciones. ¿Llamaremos á esto mas bien conocer el mundo que recorrerle? No por cierto. El cajero de un millonario puede ser pobre; y únicamente es rico el que posee, y así es que pasearse con los ojos cerrados ó mirando

siempre los pies, equivale á quedarse estacionario, á no moverse de la poltrona.

Por mi parte, si tantas cosas tengo que contar, depende de que al emprender el viaje me dije á mi mismo que era preciso mirar como cosa probable mi vuelta; y así es que por eso he visitado muchísimas islas en las cuales ni siquiera fondeó nuestro buque. Apenas llegábamos á un puerto, averiguaba cuánto tiempo se tardaria en hacer las operaciones astronómicas; cojía algunas provisiones, tomaba un guia ó me iba al azar, contando con mi buena estrella, y me internaba por los vacíos dirijiéndome hácia los salvajes á quienes me atraia con mis presentes, con mis truhanerías, y sobre todo con mi confianza y mi alegría, visitando los archipiélagos vecinos en medio de los innumerables peligros que tantas vidas han costado á los exploradores. Cumplida ya mi tarea y satisfecha mi curiosidad, me volvía al fondeadero, en donde aun continuaba hurgando por uno y otro lado á fin de completar mi incesante obra de investigación.

Aquí, por ejemplo, harto ávido y deseoso estaba de todo cuanto pudiese tener relacion con los buenos carolinos, para que los perdiese ni un solo dia de vista. Sabia el sitio en donde solian comer, y á menudo iba á traerles víveres y algunas fruslerías; la casa en que se guarecian despues de haber librado sus embarcaciones del furor de las olas ó dejándolas seguras en la playa, era aquella adonde asistia yo por la noche á sus oraciones, tan piadosamente salmodiadas, y harto bien los habia yo juzgado al pasar por su archipiélago para que no tratase de convencerme de que con efecto no era demasiado honroso el juicio que de su carácter habia formado. Tales fueron siempre su franqueza y su lealdad, que ocurría bastante á menudo echar á bordo los objetos que nos proponian en cambio de nuestros cuchillitos y de nuestros clavos; de suerte que, sin temor de vernos partir dejándoles sin nuestras bagatelas, tiraban sobre el puente los taparrabos, los mariscos y los anzuelos de hueso que nos enseñaban de lejos y que creian deseábamos poseerlo. Una vez aceptado el cambio, jamas vimos uno solo que se quejara del contrato, y si fingiendo dejarnos engañar les presentábamos un objeto mas hermoso ó de mayor estima que el que apetecian, siempre se apresuraban á añadir alguna cosa mas á su parte, porque creian que nos equivocábamos, ó temerosos de que les echásemos en cara su poca delicadeza ó su picardía.

Y en verdad, conmuevese agradablemente el alma al aspecto de aquellas gentes valientes, puras, honestas y humanas, en medio de tanta corrupcion, de tanta bajeza y de tanta crueldad.

He dicho que la casualidad debia protegerme en mis investigaciones, y en estas circunstancias como en otras mil, vi cumplidos mis deseos con entera satisfaccion. Los curiosos y auténticos pormenores á que me refiero son los siguientes:

Uno de los mas experimentados pilotos de las Carolinas, y uno de los mas ardientes y fieles amigos del generoso tamor que me habia salvado la vida delante de Rota, hacia dos años que se habia establecido en Agaña, con el único objeto de proteger á aquellos compatriotas suyos que, en cada monzon, van á Guham atraídos por el comercio. Hablaba regularmente el español y nos dió cuantos detalles deseamos acerca de su archipiélago y de las costumbres de sus compatriotas. Él hablaba, y yo lo iba traduciendo y apuntando.

—¿Por qué venis con tanta frecuencia á las Marianas?

—Para comerciar.

—¿Qué es lo que traeis para cambiarlo con lo que necesitais?

—Tapa-rabos, cuerdas hechas con los filamentos

del banano, hermosos mariscos que vendemos aquí á los habitantes del otro mundo (los europeos) y vasos de madera. Y en cambio tomamos cuchillos, anzuelos, clavos y hachas.

—¿No temeis jamas adquirir los vicios del pais?

—¿Y para qué los queremos?

A vuestra meditacion deo caros lectores esta admirable respuesta.

—¿Es pobre, pues, vuestro pais?

—Trabajo cuesta vivir en él; pero sin embargo jamas nos falta pescado.

—¿Teneis gallos, gallinas y cerdos?

—Casi nunca.

—¿Y por qué no intentais criar algunos de estos animales?

—No sé; sin embargo ya lo hemos probado, pero no nos ha producido buenos resultados.

—¿Depende de la casualidad el que os encontréis en las Marianas?

—Entre nosotros se dice que fue una apuesta de dos pilotos. Una mujer debia pertenecer al que fuese mas lejos con su barquita; ambos llegaron á Rota y allí se detuvieron.

—Y á su vuelta, ¿á quién tocó la mujer?

—A los dos.

—¿Pero á cuál de los dos primero?

—Nuestra historia no lo dice.

—Y por lo menos ¿dice si ambos navegantes encontraron felizmente su pais?

—Sí, perfectamente, lo mismo que le hallamos nosotros hoy dia.

—¿Perdeis muchas embarcaciones en estos viajes que repetis con tal frecuencia?

—Sí, una ó dos cada cinco ó seis años.

—¿Pues segun os expresais, gozais de incautas dichas!

—Ya sabe V. cómo navegamos, cómo nadamos y cómo volvemos á levantar nuestras embarcaciones si llegan á zozobrar. Y ademas tambien tenemos nuestras oraciones para las nubes, que nos salvan.

—¡Oh! ¡es justo! ya me habia olvidado de ello.

¡Siempre la religion en su vida!...

—¿Y cómo podeis guiaros por mar?

—Con el auxilio de las estrellas.

—¿Vos, por lo tanto, las conocereis?

—Sí; ¿qué duda tiene! conocemos las principales, que son aquellas que pueden ayudarnos.

—¿Y no teneis alguna especial á la cual mas confianza dispensais?

—Sí, y se llama *onéleouel*, alrededor de la cual giran todas las demas.

Nosotros estábamos estupefactos.

—¿Quién os la ha enseñado?

—La esperiencia.

Y allí mismo, por medio de granos de maiz que mandamos traer, el entendido tamor situó la polar (*ouéleouel*), hizo girar las demas estrellas de la Osa mayor á su alrededor y sobre una mesa figuró, con una esactitud que hubiera hecho saltar de alegría y sorpresa á cierto astrónomo frances cuyo nombre no desconozco, é hizo maniobrar á aquel giratorio ejército con admirable precision. Todos á porfia nos esmeramos en darle los mayores testimonios de amistad, y en prodigarle las mejores muestras de nuestro afecto.

Y la prueba de que aquellos atrevidos pilotos no obran por rutina, y de que el cálculo es el único que les guia, es que despues de habernos señalado un astro con un grano de maiz mayor que los demas, dándonos á entender con repetidos ft, ft, ft, que era tambien el mas brillante, se puso sobre sí, y nos hizo observar que se habia olvidado de Sirio, á quien llamó hermana de Canapo, indudablemente con el objeto de decirnos que rivalizaban en resplandor y claridad.

—Pero bien, replicamos nosotros con inquieta curiosidad, cuando las nubes os ocultan las estrellas ¿cómo encontráis el camino?

—Por medio de las corrientes.

—Con todo, las corrientes cambian.

—Sí, segun los vientos mas constantes, y entonces estudiamos la frescura de estos, la cual nos indica el punto de donde vienen.

—No comprendemos muy bien lo que decís.

—Si estuviésemos en el mar ya os lo haria comprender.

—¿Teneis una aguja imantada ó una brújula?

—En todo el archipiélago no tenemos mas que una ó dos, pero tampoco nos servimos de ellas.

—Es sin embargo un guia infalible.

—Tan infalibles como este instrumento somos nosotros. El mar es nuestro elemento; nosotros vivimos sobre el mar y por el mar; nuestras mas hermosas casas son nuestras embarcaciones; las impelimos contra las mas altas olas, y las hacemos pasar los mas altos y peligrosos arrecifes; y solo en tierra encontramos penosa la vida.

Adelantada estaba ya la noche; y el bueno y amable carolino nos pidió permiso para ir á ver á su mujer, pero no se marchó sin haber recibido de nosotros los testimonios del mas merecido aprecio.

Al dia siguiente de esta sesion náutica y astronómica licimos invitar de nuevo al tan inteligente tamor para que acudiese á una reunion en casa del gobernador, porque aun no habian terminado nuestras investigaciones. Acudió esacto á la cita; y como buen campesino, se sentó familiarmente junto á nosotros, presentándose algun tanto lisonjeado por nuestra solicitud en recibirle.

Cosa rara es, por cierto, ver entrar en un salon á un hombre, á un rey desnudo, completamente desnudo, cuando todas las demas personas están cubiertas con trajes europeos. ¡Vedle alegre, saltando, y sin traba alguna en su andar! Nos aprieta la mano, nos da palmadas en las espaldas, y nos acaricia; no se halla en vuestra casa, por el contrario cualquiera diria que vosotros sois quienes estais en su casa, y si él llegase á percibir un solo movimiento que espresase un sentimiento de piedad ó de conmiseracion, su orgullo de hombre libre se rebelaria lo suficiente para daros á entender que tiene derecho para considerarse insultado por vuestra vanidad.

Despues que hubo aceptado dos rajas de sandia, que al parecer le gustaba muchísimo, le rogamos nos indicase con maiz, segun lo habia hecho el dia anterior con las estrellas, la situacion de las diversas islas de su archipiélago. Comprendíenos perfectamente, y formó el grupo de las Carolinas, designó cada isla por su nombre, nos manifestó aquellas cuyos terromonteros eran fáciles y aquellas que se hallan protegidas y defendidas por peligrosos arrecifes. En una palabra, se espresó con admirable esactitud, y si por casualidad habia cometido algun error lo rectificaba despues de haber reflexionado y echado sus cálculos. Pero no se limitaron aquí sus conocimientos náuticos; el entendido tamor nos habló del vasto Océano Pacífico como persona que lo hubiese sacado de seguras fuentes; pero debo añadir, temeroso de que algun navegante no se deje engañar, que los carolinos extienden su archipiélago hasta las Filipinas, al paso que en Guham llaman *Carolinas del Norte* á las islas de Sandwich. En medio de tan rápidas descripciones, de las cuales no perdíamos ni una palabra ni un gesto, se paró el tamor sin decir nada mas, y bajó la cabeza señalándonos Manila. Y habiéndole preguntado el motivo de aquella brusca interrupcion, nos contestó con una tristeza mezclada con terror, que cerca de Manila habia un islote llamado Yapa, y poblado por hombres malos, por antropófagos; y que una de sus embarcaciones habia ido á parar por allí cerca hacia

ya bastante tiempo, y que con sus *pac* (fusiles) habían muerto muchísimas personas, y que también se habían apoderado de mujeres y de niños, á los cuales indudablemente se comieron. Como apenas podíamos dar crédito á la verdad de su narración, le preguntamos si acaso se confundiría, y si estaba bien seguro de que de Yapa habían salido aquellos hombres malos.

—Sí, sí, respondió cerrando las manos y apretando los puños como en señal de amenaza.

—¿No os han atacado jamas los papous?

—Sí, sí, papous malos.

—¿Y por malayos?

—Sí, sí, malayos perversos; pero jamas han venido hasta nuestro país.

—Cuando os atacan, ¿cómo os defendeis?

—Con piedras y bastones; y luego nos metemos en nuestras piraguas, nos damos á la vela y rogamos á los vientos y á las nubes que maten á nuestros enemigos.

—¿Creeis que os escuchan los vientos y las nubes?

—De seguro, jamas hemos visto dos veces á los mismos hombres.

—¿Y por qué vienen ya que no sois ricos?

—Porque los vientos los arrastran.

—¿Ved pues como no siempre os son favorables los vientos!

—Porque no hemos obrado bien, pero luego que ha caído el castigo sobre nuestras faltas, vuelven los malos, y entonces cesa la cólera de Dios.

—Segun eso creéis que se castiga á los buenos por medio de los malos.

—Cierto, es imposible que los buenos quieran castigar á nadie.

—¿Ni tampoco á los malos?

Reflexionó el tamor por algunos instantes, pero no respondió.

—¿Teneis escuelas públicas para niños y niñas?

—Por lo menos una en cada pueblo.

—¿Qué aprenden en ellas?

—A rezar, á hacer tapa-rabos, á conocer las estrellas y á navegar.

—¿Quién es el profesor que enseña todo esto?

—Casi siempre el mas anciano del pueblo, que sepa mas que todos los otros.

—¿No se enseña también en ellas á leer y escribir?

—No, no lo consideramos útil.

—Nosotros creemos lo contrario, pues sin la escritura nos seria imposible referir fielmente á nuestros amigos todo cuanto en este momento nos estais contando.

—Quizas haceis mal en decirlo, porque si les agrada nuestro país, y quieren venir á vivir en él, no habrá suficientes viveres para ellos y para nosotros.

—¡Oh! tocante á este punto tranquilizaos, porque ninguno vendrá.

—¿Pues qué, son tan dichosos por allá abajo?

—Pues bien! tanto mejor.

Fácilmente puede comprenderse que si no insistimos mas en demostrar al tamor las ventajas de la escritura, fue especialmente para que no echara de menos tan preciosa habilidad. Sin embargo de lo que hemos dicho véase la siguiente muestra de su estilo y del modo de transmitir á lo lejos y á la posteridad sus pensamientos:



Vese pues que los geroglíficos, han estado en uso en todos los países, que ellos fueron los únicos que quizas inspiraron á los fenicios, y que la escritura, lo mismo que la palabra, es una necesidad que agijonea á todos los pueblos.

Los caracteres de aquella letra singular están trazados en color rojo. La figura de la parte superior de la página seria para mandar felicitaciones; los signos colocados en la columna de la izquierda indican los géneros de mariscos que el carolino enviaba al señor Martínez; y en la columna de la derecha estaban pintados los objetos que en cambio queria, á saber: tres grandes anzuelos y cuatro pequeñitos, dos pedazos de hierro cortados á manera de hacha y otros dos un poco largos. El señor Martínez lo comprendió perfectamente, sostuvo su palabra, y aquel mismo año

recibió en testimonio de reconocimiento, un gran número de hermosos mariscos los cuales me regaló.

Luego que hubimos terminado nuestra conversacion de la lógica náutica, se levantó y se dirigió precipitadamente hácia la puerta para ir á recibir á su esposa é hija que hacia poco acababan de llegar de Sathonal, á las cuales nos presentó con cierto aire de júbilo enteramente cómico. Iban *vestidas* como el tamor, y sin embargo de nada se resentía al parecer su pudor. Quizas por su parte nos compadecian de vernos tan grotesca y torpemente envueltos en nuestros pantalones, camisas y redingotes, bajo un sol tan abrasador.

La reina tenia en su fisonomía cierto carácter de dulzura y de sufrimiento que le sentaban perfectamente; era tan amarilla como una china, y tan solo lleva-

ba pintados los brazos y las piernas; sus ojos, muy bien rasgados, miraban con tristeza; y su boca adornada con blanquísimos dientes, dejaba salir pocas palabras llenas de armonía.

Sin embargo fuese animando poco á poco haciéndose cada vez mas parlanchina; y me parece que hasta llegó á pedir permiso á su marido para bailar, si bien se lo negó diciéndola que ya habíamos presenciado sus fiestas nacionales.

Viendo en la pared la imagen de la Virgen, nos rogó la buena mujer que le dijéramos quién era aquella señora tan hermosa; le respondimos que era madre de nuestro Dios, y solicitó el favor de darle un beso, lo cual hizo sin esperar siquiera nuestra contestación; pero bajó de la silla, á la cual se habia subido, de muy mal humor contra la mujer que tan insensible se habia manifestado á sus caricias.

La hija por su parte, viendo el verdadero retrato del rey de España, colocado en un cuadro con bastante propiedad, nos preguntó tambien por qué le habian cortado la cabeza á aquel hombre, y por qué la habian colocado en una caja.

Sin embargo, como la madre no cesaba de mirar con interes la virgen de los Dolores, le dí á entender que yo hacia á mi voluntad mujeres iguales á aquella, y que si queria, yo le regalaria, antes de mi partida, dos ó tres hechas por mi mano. ¡Oh! poco faltó entonces para que no llegasen á ser ya demasiado pesadas las caricias de la reina; me cogia la cabeza, espacia sus hermosos cabellos sobre mi cara, frotaba su nariz con la mia, se sentaba sobre mis rodillas, y me gratificaba con palmaditas en las mejillas sin que su marido manifestase el menor enfado de tantos y tan vivos testimonios de afecto y de reconocimiento. ¡Oh maridos europeos, cuán magnificas lecciones os dan en aquel nuevo mundo!

Pero hoy la religion de aquellos pueblos es igual á todas las religiones del globo, hasta á la de los feroces ombayanos, quienes, despues de haber desgarrado la carne de los vivos, profesan sumo respeto á las cenizas de los muertos. Presenta singulares anomalías contra las cuales no se toman la pena de protestar ni la razon ni el buen sentido. Pero solo este pueblo puede haber ideado el principio que sigue, y al cual con tan ardiente fé se abandona.

Si el hombre ha sido bueno en la tierra, es decir, si no ha pegado á su mujer que es el ser débil á quien debe proteger; y si no ha robado hierro, objeto el mas útil para las necesidades de todos los hombres, se trasforma despues de su muerte en nube, disfrutando del poder de venir de cuando en cuando á visitar á sus hermanos y á sus amigos, para derramarles su rocío, ó vomitar sus cóleras, segun esté ó no contento de su vida. ¿Acaso podrá negarse que no es esto una hermosa ficción?

Si el carolino ha sido malo, es decir, si ha robado hierro y ha maltratado ó pegado á su mujer, se convierte despues de su muerte en un pescado que llaman *tibouriou* (tiburon), el cual está sin cesar en lucha con los demas. De suerte que para ellos, la guerra es el castigo de los malos.

Jamas echo una mirada sobre estos seres que me rodean sin que me sorprenda de amarles cada día mas. ¿No lo comprendí yo, ó les pertenece este pensamiento, ó han adoptado ya las creencias de los españoles con los cuales tan frecuente contacto tienen? Admiten tres dioses, que son: el padre el hijo y el nieto. Estos tres dioses, á manera de un tribunal, juzgan las acciones de los hombres decidiendo siempre la mayoría; puesto que segun ellos, uno puede únicamente equivocarse. Ademas de que en sus leves disputas, se escogen tambien tres árbitros; y en verdad posible seria que este punto de su religion no fuese mas que un reflejo de sus usos. Nada de extraño tiene cuanto hemos dicho, porque supuesto que no

podemos elevarnos hasta Dios, preciso es, en nuestro incommensurable orgullo, que le hagamos descender hasta nosotros.

Creo que ya os he dicho que tenia tan gran habilidad para los juegos de manos que mas de una vez se me manifestó celoso de ello mi compañero Comte. Con estos juegos bien inocentes, con estas puerilidades, si quereis, ganaba á menudo lo que mis camaradas no podian obtener con sus ricos presentes, y casi siempre, tanto en mis correrías, como en mi casa, me rodeaba una numerosa muchedumbre rogándome la divirtiese.

Cierto dia, que llenos de entusiasmo me miraban mis espectadores como un ser superior á los demas hombres, les dije que, merced á mi maravilloso talento, que yo siempre ensalzaba, porque la modestia algo añade al mérito, me habia salvado de los dientes de ciertos antropófagos, los cuales, sin tan inesperado socorro, me hubieran devorado junto con ocho ó diez compañeros de correría.

A la energia de mis palabras añadia tambien la de mis gestos y de mi fisonomía, de suerte que imposible me es explicar el sentimiento de horror y de interres que veia pintados en la cara, y de que se hallaban penetrados los corazones de aquellas intrépidas gentes. Levantábanse y á porfía me estrechaban la mano, me abrazaban, frotaban sus narices con las mías y poco faltó como no me adorasen por uno de sus dioses. Pero tan viva y tan profunda en su ánimo fue la impresion de mi relato, que pasada una semana, vino un tamor comisionado por sus súbditos y amigos á buscarme en el salon del gobernador para preguntarme, todo trémulo, si estaba lejos de su archipiélago el pais en el cual habia pasado la escena de mi presunta catástrofe. Yo les consolé lo mejor que pude; y les dije que los ombayanos carecian de marina, y que jamas salian de su isla, no teniendo nada que tener, por consiguiente, de su ferocidad los buenos carolinos.

Encantado de mi familiaridad, rogóme el tamor que aceptase un baston primorosa y admirablemente trabajado, y en seguida se fue con la mayor precipitación á transmitir mis palabras consoladoras y confortantes á sus alarmados compatriotas.

Por la noche me rodearon de nuevo y pronunciaron muchas veces con terror la palabra *papou*, lo cual me dió á entender que se habian ya aterrorizado del brutal humor de aquel pueblo, y que quizas tambien impelidos por los vientos, habia abordado á las Carolinas alguna piragua de aquella nacion. Pero de todo esto es lo cierto que aun existen antropófagos en ciertos puntos de la costa de Nueva-Guinea.

Los carolinos tienen un gusto especial por los adornos; de suerte que se atavian con collares y con joyas de coco entrelazadas con muchísimo artificio; tambien fabrican lindísimos brazaletes; y la capa de los tamores se halla igualmente adornada de cintillas ó listoncitos que mueven un perfecto ruido cuya monotonia es bastante regular. Cúbrenlos los riñones, pero no á las mujeres, las cuales viven absolutamente desnudas, un cinto hecho de papiro ó de corteza machacada de palmito ó de banano. Yo regalé á la hermosa reina que vi en Tinian un precioso pañuelito; del cual se utilizó en provecho de su pudor, y con un afecto enteramente lleno de confianza, me dió mil gracias por mi generosidad.

Sin embargo, digno de compasion es aquel pueblo por la detestable costumbre de atravesarse las orejas con espigas de peces, y luego suspender de ellas un objeto cuyo peso aumenta diariamente, y de hacer descender el cartilago hasta los hombros. En todos los paises vive la estravagancia.

Cierto dia presencié un hecho hastante curioso, y que prueba cuánto respeto inspiran á los carolinos en ciertas ocasiones, los tamores que se han elegido. Despues de haber concluido una comida de frutas y

de pescados, dos jóvenes subieron á un coco, y bajaron algunas frutas. Cuando estuvieron en el suelo mediaron algunas disputas para saber quién había de abrirlos; de palabras pasaron á amenazas, y de estas iban ya á llegar á hechos; porque la cólera es una pasión dominante en todos los hombres. Cuanto mas intentaban apaciguarlos los carolinos á los dos adversarios, tanto mas se encendía el encono de estos, los cuales se habían armado con dos guijarros que blandían con furor. Pero de repente se presenta el tamor Sathonal que me había llevado á Tinian; y ve desde lejos pronto á empeñarse el combate, lanza un grito, tira al aire un baston semejante al que me había dado algunos días antes, y desde luego se calma la efervescencia de los dos carolinos; detienen como heridos por el rayo, cáense las piedras de las manos, miranse con ojos de perdon; y por último, se abrazan con ternura fraterna!



Un tamor.

También observé que durante la comida, que continuó sin que se volviese á hablar de la escena tan maravillosamente apaciguada, se servían mutuamente los dos campeones, y bebían alternativamente en el mismo vaso, á pesar de que tenían otros muchos á su disposición.

Otra vez, habiéndose embriagado un joven carolino con aquel licor tan espirituoso que estraen del coco los marianos, cogióle del brazo uno de sus camaradas, le condujo á un lugar solitario, debajo de un bosquecillo de bananos, le acostó suavemente sobre el césped, cubrióle del todo con anchas hojas, se sentó á su lado, y no abandonó á su amigo hasta tanto que hubo recobrado sus sentidos y su razon. Dirijéronse luego los dos juntos á la mar, que estaba bastante gruesa, precipitáronse en ella, y despues de media hora de ejercicio, volvieron á ganar la playa, en donde pronunciaron, en cuclillas y con los gestos de costumbre, los rezos que habitualmente dirijen á las nubes. Bien podríamos apostar cualquiera cosa

que aquella súplica se elevó al cielo con objeto de abolir la vergonzosa pasión que acababa de embrutecer á un hombre. Por lo demas, terminadas todas aquellas ceremonias, cuyo sentido mrcal no debe pasar por alto ningun atento observador, vinieron, como tienen de costumbre en todas circunstancias, los gritos, las febriles patadas, los cantos monótonos, y los ardientes frotamientos de nariz. Casi podria decir que es una perpétua caricia la vida de aquellos honrados isleños.

Entre los carolinos que habían ido á Guham estaban dos criaturas que á lo mas tendrían seis años, verdaderamente es cosa que llega al alma ver el afecto que todos profesan á aquellos pequeños seres que todavía carecen de fuerzas, y á quienes se trata de dar una precoz inteligencia.

Ví á un joven muy listo subir á un coco con la rapidez de la ardilla, llevando en la espalda á uno de aquellos chicos, y luego que hubo llegado á la cima, le dejó allí atado á una flexible rama para habituarle al peligro obligándole á mirar á sus pies. Pero donde debe estudiarse la paciencia y la habilidad de aquellos curiosos é interesantes insulares es sobre todo en las lecciones de natacion. Arrojan el niño al agua y le dejan beber uno ó dos sorbos, le levantan, le impelen, le colocan sobre sus espaldas, le sumergen para enseñarle á sostenerse por sí solo, le vuelven á cojer, y obligan á hacer cabriolas; y á buen seguro que es bien raro que á las pocas lecciones no se convierta en hábil y audaz maestro el antes tímido alumno. Los dos *muchachuelos* de que he hablado, jamas eran los últimos en desafiar las mugidoras olas, y en sus náuticas evoluciones, eran siempre los que mas se internaban sin que por eso les perdiesen de vista sus padres ó sus mas experimentados amigos.

El pueblo carolino no es de aquellos á quienes el viajero se apresura á abandonar cuanto antes; porque jamas se satisface con él completamente la curiosidad; y no solo encuentra en él hermosas y nobles lecciones que viven imperecederas la curiosidad de la ciencia, sino también la del corazón. A cualquiera de mis lectores desafío á estudiar por un solo día á un carolino sin que le ame y sin que le deje de llamar amigo suyo. Y téngase bien entendido que no hablo de sus mujeres, porque no las comprenderíamos si estuviesen entre nosotros. Es imposible abandonarlas sin lágrimas, como también es imposible volverlas á encontrar sin que aparezca en los lábios la sonrisa; pero lágrimas que tanto corren en vos como en ella, sonrisa que así brota en vos como en ella. Pero larga es mi excursion, y preciso es por consiguiente que me apresure algun tanto. Los individuos que tuvimos á la vista en nuestra escala á Guham no presentaban en cuanto á la parte física ningun carácter de semejanza entre sí. Por lo general son altos, bien formados, listos, y llenos de vivacidad; saltan al andar, gesticulan al hablar, y siempre se sonrien, aun mientras regañan; y sobre todo cuando rezan. Como solo piden á su dios lo que les parece justo, por eso esperan, y ya se sabe que la esperanza es una alegría.

La mas perfecta igualdad reina en la vida privada. Allí no se ven los cuerpos pintados, es decir las muestras del poder, y allí el tamor no es tamor sino para proteger y defender contra las pasiones y los elementos.

Tales son los matices que presentan los carolinos en su color que casi está cualquiera por decir que no son hijos del mismo clima; unos son únicamente morenos como los españoles, y otros casi amarillos como los chinos; estos rojos como los bouticudos del Brasil, y aquellos terrosos; pero la mayor parte son cobrizo-amarillentos ó cobrizo-rojizos. Ninguno presenta las facciones del negro ó de papou, ninguno tiene la menor relacion con el sandwiguiano ó con el malayo. Su frente es ancha y despejada, están dota-

dos de hermosa cabellera, sus ojos de extraordinaria vivacidad, son algun tanto rasgados como los de los chinos; casi todos tienen nariz aguileña; su boca bien formada, blanquísima sus dientes, y sus piernas y sus brazos de bellas proporciones y en perfecta armonía con el andar flexible y lijero que les distingue.

Tal era la semejanza de las dos reinas que encontré

en las Marianas, una en Guham y otra en Tinian, que bien hubiera podido tomarlas por dos hermanas. Con todo no me engañaba á pesar de que los perfiles de la de Tinian eran infinitamente mas regulares, y su fisonomía espresaba un sentimiento de dulzura y de benevolencia que llegaba al alma.

Proplamente hablando, la música de los carolinos no es tal, puesto que apenas consta de dos ó á lo mas



Mujer de las Carolinas.

de tres notas; no viene á ser en cierto modo mas que una especie de cambio de monosílabos ó de palabras muy cortas, unas veces brusco y rápido, y otras tambien lento y monótono; se parece á preguntas y respuestas preparadas de antemano, á golpes dados y repetidos. Reúnense diez ó doce cantores formando círculo y entonan á menudo una de sus canciones; el primero responde al segundo, este al tercero; luego el cuarto pregunta al primero, el cual recibe del quinto la contestacion, y así sucesivamente; de suerte que con muchísima esactitud podríamos decir que su canto es la imagen de su baile de bastones, ó por mejor decir, que no es mas que un baile hablado.

En vano fue que preguntara al tamor astrónomo el sentido de las palabras que pronunciaban; porque ó no quiso responderme, ó no pudo hacerlo satisfactoriamente. Tan solo me dijo que eran antiguas dichas canciones, que sus padres se las habian legado, que habian llegado tradicionalmente hasta ellos, y que sus hijos tampoco las olvidarian á su vez. ¿Acaso no tenemos nosotros tambien en gran parte de nuestras provincias, refranes, romances y canciones que son hoy día un arcano? Don Luis de Torres ha traducido un canto de los carolinos, y me aseguró que ensalzaba las dulzuras de la maternidad; y ningún inconveniente en creerlo pues francamente mucho me hubiera sorprendido si hubiesen sido cantos de guerra.

El mayor don Luis de Torres, quien era, despues del gobernador, el principal personaje de la colonia,

y que nos servia de intérprete en las diversas sesiones con los carolinos, cuando nuestra inteligencia se veía atollada, acabó de darnos, en sencillísimas palabras, todas las noticias que apetecíamos acerca del estado actual del archipiélago de las Carolinas, acerca de las costumbres de sus habitantes, y acerca de ciertas ceremonias de las cuales habia sido testigo ocular. Creo que encontrará allí el lector un poderoso interes siempre creciente; y yo mismo no hago casi mas que escribir que lo que me dicta don Luis.

El buque *Maria de Boston*, al mando del capitán Samuel Williams, despachado de Manila, de órden del gobernador general, para reconocer el estado de las Carolinas, fondeó delante de Guham, en donde tomó á bordo algunos individuos capaces de recojer las mas útiles noticias para el progreso del archipiélago, que se trataba de regenerar. Don Luis de Torres formó parte de esta expedicion, y visitó muchas islas, ricas en vejetacion, mas pobres por la direccion que daban los naturales á sus usos marítimos. Apenas encontré en parte alguna cabras, cerdos, gallinas ni bueyes; pues los insulares no se alimentaban mas que del incierto producto de su pesca, del fruto del coco, y de algunas raices poco nutritivas. Maravillosa era su actividad; levantábanse apenas amanecía y preciso era que estuviere muy furioso el mar, para que no se internasen en él con sus ligeras embarcaciones; y el resto del día le empleaban en reparar y construir nuevas piraguas. Sus mujeres son por lo

general mucho mas bonitas que las de las Marianas, y no mascan ni tabaco ni betel, ni jamas fuman, viviendo solo de pescados, de cocos y de bananos; de lo cual sin embargo se abstienen la víspera del día en que sus maridos van á emprender un largo viaje.

Fabrican sus cabañas sobre estacas, son muy bajas, y se componen de cuatro ó cinco cuartos muy espaciosos. En cuanto han destetado á las criaturas, no duermen ya estas en el cuarto de sus padres, y siempre tienen separados los chiquillos de ambos sexos.

Don Luis crece que el hermano puede casarse con su hermana, y yo he entrevisto en las respuestas que dieron á las preguntas que se les hicieron acerca de este punto que dichos matrimonios se prefieren siempre á los demas. Sin embargo, no aseguro la exactitud de su aserto. Durante su permanencia en las Carolinas no fue testigo de ningún combate ni de ninguna disputa; y las únicas lágrimas que vió derramar fueron de amor y de sentimiento.

Cierta noche le previnieron que se iban á celebrar los funerales del hijo de Melisso, que hacia dos dias habia muerto, y que la ceremonia fúnebre principiaria á la salida del sol. Acudió al punto designado y vió que el cortejo se componia de todos los habitantes de la isla, los cuales con el mayor silencio en un principio se encaminaron á la triste morada de su anciano jefe. Confundidos estaban hombres y mujeres, pero sin que estuviesen separadas las familias. Permitieron á don Luis que entrase en el cuarto donde estaba encerrado el hijo de Melisso, envuelto en sábanas atadas con cuerdas de coco. En cada nudo flotaban largos manojitos ó mechas de cabellos que eran sacrificio voluntario de los parientes y amigos del difunto. El viejo rey se hallaba sentado sobre una piedra, en la cual reposaba tambien la cabeza de su hijo. Encendidos y rojos estaban sus ojos, y

cubierto de cenizas su cuerpo. Levantóse apenas vió un extranjero, adelantóse hacia él, le cogió la mano y le dijo con el acento del mas vivo dolor:

«¡Estos restos adorados son los de mi hijo, de mi hijo, mas hábil que todos nosotros á maniobrar una piragua en medio de los mas peligrosos arrecifes. Este hijo adorado de Melisso jamas levantó mano im-pia sobre su mujer; jamas hubiera robado hierro, y él quizás desde mañana mismo vendrá bajo la forma de hermosa nube á flotar sobre nuestras cabezas para decirnos que está contento de las lágrimas de amor que sobre él hemos derramado. El hijo de Melisso era el mas fuerte y el mas diestro de toda la isla. ¿Acaso no quiere decir esto que era tambien el mas valiente y esforzado? Si hubiese vivido cuando los malvados de Yapa vinieron para matar á nuestros hermanos y arrebatar á nuestras mujeres, de seguro que no se hubieran marchado con sus conquistas, porque el hijo de Melisso, armado con el baston y la honda les hubiera obligado á reembarcarse.

» Pero ahora ya no existe mi hijo tan adorado! ¡Lloremos todos, cubrámonos de cenizas y quememos estos preciosos restos para que no sirvan de pasto á los animales de la tierra! ¡Permita el cielo que junto con la llama que purifica, suba allá arriba, allá arriba! ¡Y que jamas pueda venir á visitarnos para lanzar sobre nuestras hermosas islas sus cóleras y sus tempestades!»

Y luego acercándose al cadáver que iban á quemar.

«¡Adios! añadió: ¡Adios, hijo mio! ¡No te contristes por haberme abandonado, porque yo por mi dolor conozco que no tardaré en unirte á tí y en prodigarte tambien allá arriba los tiernos abrazos, y las dulces caricias que con tanto amor aquí te prodigaba!

» ¡Adios, hijo de Melisso! ¡adios, toda mi alegría! ¡adios, mi vida!»



Don Luis y Melisso.

Luego que el cuerpo, conducido por seis gefes, salió fuera del cuarto, el pueblo levantó sus gritos de desesperacion hasta el cielo; arrancábanse unos los cabellos, otros se golpeaban con fuerza el pecho;

y todos derramaban abundantes lágrimas. Depositaron el cadáver en una piragua en la cual permaneció todo el día. Un anciano fue á ofrecer un fruto de coco abierto al rey, y este, aceptándole, se condenó á

vivir para la felicidad de sus súbditos. Puesto el sol quemaron el resto mortal y las cenizas llevadas en piraguas las pusieron en el techo de la casa del difunto. Al día siguiente, al parecer no se acordaba el pueblo de la escena de la víspera. Esplicadme ahora estos contrastes.

Muerto el rey la autoridad pasa siempre á manos del hijo, con tal que el anciano de mas edad, que casi nunca le abandona, le juzgue digno de la soberanía. Jamas han heredado esta la esposa ni las hermanas del rey.

Todas las islas Carolinas son bajas y arenosas, pero muy fértiles; y solo por alguna supersticion puede explicarse el que los hábitantes no quieran criar cerdos ni aves caseras. Sin embargo, en un viaje que hice con ellos, observé que su voracidad se inclinaba á dichos animales. Algun dia quizas, no muy lejano llegará en que, pesen sobre ellos los inconvenientes de un uso que hubiera debido hacerles despreciar la pobreza de su pais, pero el cual conservan solo por la santidad de alguna solemne promesa.

La experiencia que es una segunda naturaleza para todos los hombres, les ha enseñado á desconfiar de las audaces empresas de algunos vecinos enemigos del reposo de los pueblos; pero las hondas son las únicas armas de que se sirven para oponerse á sus tentativas. El arte con que las treazan prueba desgraciadamente el gran número de veces que se han visto obligados á acudir á semejante recurso; pero sus batallas casi siempre son muy poco mortíferas, pues solo cuestan leves contusiones ó la pérdida de mechales de cabellos á los vencidos.

¡Paciencia! la civilizacion progresa, los pueblos primitivos desaparecen, y el hierro y el bronce pronto reemplazarán en los carolinos al baston y á la honda. Las armas son eco fiel de las pasiones de los hombres.

Ya he hablado de las Marianas y de las Carolinas hermanas hospitalarias, y parientes bajo tantos conceptos; ahora os vienen otras tierras y otros archipiélagos, pero el valor no me faltará para nuevos estudios.

XLI.

EN EL MAR.

Un capellan.—Mr. de Quélen.

YA os he hablado de á bordo; os he dicho casi todos los nombres de los oficiales de la corbeta; he pagado á los jóvenes é inteligentes alumnos de marina, encargados con frecuencia de las mas difíciles operaciones en nuestra larga campaña, el justo tributo de elogios que merecian; y tambien os he presentado nuestros tan intrépidos y experimentados maestros, como tambien la fogosa tripulacion de la *Urania*, impenetrable á toda tempestad, indomables por ninguna catástrofe.

Para que me sirviesen de escolta, y á menudo de apoyo, en mis aventureras escursiones, escogí dos marineros enteramente consagrados á mi servicio, á quienes amais ya algun tanto por lo mucho que han sufrido y vivamente combatido contra la adversidad.

Mas á pesar de esto aun no os lo he dicho todo; faltame todavia una lámina que llenar. No porque quiera tener razon sin que nadie me contradiga, sino porque hay en el mundo ciertas diferencias y ciertas oposiciones que parecen contrasentidos, y que hieren aun antes de investigar su razon.

Bien sabeis lo que es un marinero, y fácilmente comprendéis que en él es su vida una lucha permanente contra todos los elementos. Algunas pulgadas de madera que puede destrozar y abrir una roca submarina, ó un edificio que puede hacer zozobrar una ola del Océano encolerizado, le separan de la nada, y lo que segun nosotros le conviene en tan difícil si-

tuacion es no pensar en el peligro que le amaga. Boremos el peligro, y cualquiera de vosotros irá á la China ó á la Nueva Holanda. No es en verdad la longitud del trayecto lo que detiene á los mas tímidos, son sí los riesgos de las travesías, la tumba que se pasea, el tiburón que sigue el surco que deja tras sí el buque, los clubascos, las calmas, los huracanes, las enfermedades de los climas, y las hordas salvajes. Establézcase un camino de hierro de Francia al Japon y en dos años Paris se habrá paseado por las calles de Yedo; buscad un medio para asegurar una pacífica navegacion á los buques de cabotaje, y pronto se convertirá la Polinesia en un lugar encantador.

Mas preciso es la mano de Dios para producir tan hermosos prodigios, y Dios es harto inmutable en sus pensamientos para consentir que así se cambie ó destruya lo que una vez ha coordinado. Los hombres son los únicos que buscan el cambio y que corren tras él.

Por lo tanto aconsejo á cualquiera que se embarque para un largo viaje, que debe esforzarse en no pensar ya mas en la pregunta que se hizo al tiempo de partir. La pregunta es la siguiente:

¿Se corren grandes peligros por los océanos?

Fácil es la respuesta:

Por mar á cada paso se encuentran peligros; bastante es que se piense en ellos al poner el pie á bordo; tambien suele pensarse despues algunas veces en ellos; pero si se carece en sí mismo de la fuerza de vencer un primer instante de terror, casi hay lo suficiente para que uno se vuelva loco. Si se permitiesen las fiestas y las galas en un buque, desearia que todos los dias las hubiese; pero á ello se oponen los vientos, y todos aprueban la economía. Mas por lo menos no arrojéis imprudentemente en medio de aquellos hombres, que solo sueñan la gloria y el retorno, nada de cuanto pueda menguar su celo y destruir sus dulces esperanzas.

No pidais el anatema cuantos no me hayais aun entendido; y no os apresureis á llamarme impío los que me juzgais sin comprenderme. Escuchadme hasta al fin, porque tal es vuestro deber, y el mio escribir mi pensamiento. ¿Acaso no os he dicho ya que nada sabia disfrazar?

Casi puedo sentar como principio que á bordo no deberia haber capellan.

Voy á defender mi proposicion.

Vos sois religiosos y devotos de la moral cristiana, está bien; pero yo lo soy tanto y quizas mas que vosotros. Partid con una conciencia pura, y si por el camino sucumbis, haced lo que hace en el desierto el peregrino, levantad los ojos al cielo clamando misericordia, y vuestro grito subirá allá arriba sin que acuda un sacerdote á deciros: « ¡Rezad, que vais á morir! »

Rezar en la hora de vuestra muerte, no habiéndolo hecho en toda la vida, casi es una blasfemia; en aquel momento el miedo es cobardía é hipocresía. Dejad que viva el moribundo y vereis cómo reniega de su súplica.

La oracion del marinero es el trabajo. Tal marinero hay que reza, haciendo vibrar en los aires un terrible juramento; y no cansa, no, sus rodillas sobre las baldosas de una iglesia, pero sí desgarras sus manos y sus miembros con las rudas cuerdas, con el bronce, los timones y los palos de virar. Si vos caéis en el agua, él se precipitará tras vos, y os salva con peligro de su vida. ¡Sacerdotes! ¿equivale esto á un rezo?

Verdad es que hay jóvenes sacerdotes, vivos, desahilados, aunque curas; alegres, aunque vestidos de luto, los cuales, metidos en un buque, podrian convertirse en marineros, y en caso de necesidad, enseñar que el trabajo es una virtud cristiana. Pero bien, en hora buena convengo en que se pongan en un buque hombres de etal matiz; mas ¡un anciano sa-

cerdote, un hombre estenuado por los años y el reposo del claustro ! no, mil veces no ! jamas se le debe poner en contacto con el marinero, porque es imposible que entre ellos reine armonía.

En el momento de una borrasca, cuando azotado el buque por las olas cruje y rechina bajo los impetuosos vientos que le oprimen; cuando al caos de la tempestad se agrega el caos de la noche, y cuando cada uno sobre el puente invadido trabaja con los pies, con las manos y con la inteligencia para dominar la bravura de los elementos, el anciano sacerdote en su cámara, y con el breviario delante de los ojos, reza y espera que el cielo se despeje para subir á cubierta é informarse de que toda la tripulacion ha cumplido con su deber.

El en verdad ha cumplido tambien el suyo; pero este deber piadoso tambien le hubiera cumplido en tierra, arrodillado en su reclinatorio vertical, enteramente absorto en sus oraciones, y el buque quizás hubiera contado con dos brazos mas para el trabajo.

El camarote que el anciano capellan ocupa es un robo que se hace á un hombre que necesita descanso, y que, ¡ pobre ! solo encuentra calma bien agitada en el estrecho sitio que le conceden como por gracia las exigencias de bordo.

Y sin embargo esto es lo que sucede.

El gefe de nuestra expedicion habia querido un capellan, y al momento se lo concedieron; si hubiese pedido dos ó tres se le hubiera contentado; tomadlos, no queremos que os hagan falta; ni que vayais escasos, porque nosotros los tenemos de sobra; un solo capellan, en verdad, sois harto discreto con pedirnos tan

poca cosa. Tomad vuestro capellan. Aquella era la estacion de los capellanes.

El que nos dieron era el abate de Quélen, canónigo honorario de San Dionisio, y primo del arzobispo de Paris, lo cual me parece que son dos títulos que valen mas que otros mil.

El abate de Quélen era grueso, pesado, casi sin dientes y de edad bastante avanzada; los movimientos del buque le encerraban muy á menudo en un camarote, situado en un principio en el falso puente, en donde el buen cura se fundia bajo los treinta y dos ó treinta y tres grados de Reaumur, mientras nosotros navegábamos entre los trópicos. En los hermosos tiempos de bonanza, no faltaba jamas alguna agudeza para reir; y á veces hasta se permitia alguna alegre anécdota, porque Dios no las prohibe; narraba encantadoras historietas, cantaba juveniles canciones, y tambien escuchaba otras de las mas chuscas, aparentando que no las entendia, á pesar de que se guardaban fielmente en su mundana memoria. ¡ Oh ! por ejemplo, hablaba marino como un abate, y aun en eso es preciso hacerle justicia. El arte náutico era para él siriaco, persa ó algonquino. Nada escribia, ni de nada se ocupaba; entreteniéndose tan solo en ver cómo se deslizaban las olas. En la mesa no mas le espantaba el vaso de ron que la botella de Burdeos; y así es que llevaba la apariencia tan bien como Vial ó el mismo Marchais. Malamente se habia elegido para nuestra expedicion el abate de Quélen, hombre instruido y tolerante, eclesiástico sin pequeñeces ni preocupaciones, en un todo bastante buen vivientes aunque viviendo muy mal con nosotros (y entre para



El abate Quélen celebrando el oficio divino en las Maluinas.

réntesis un poco de maladicencia): pronto lo conoció puesto que ya quiso abandonarnos en el Brasil, y no volvió á bordo sin haber obtenido un camarote menos ahogado que el que le habia servido de alojamiento al tiempo de partir, y en el cual habia perdido ya nuestro pobre amigo los dos tercios de sus carnes.

Casi siempre se celebraba la misa en la batería, y con ejemplar devocion la ayudaba un criado del comandante, el cual, de cuando en cuando y recogido como un santo apóstol, se acercaba á la sagrada mesa y comulgaba en compañía de su devota esposa.

Pero ¡ ay ! en el alma siento el decirlo, tan nobles

modales apenas encontraron eco ni imitadores, de suerte que muy pocas eran las ovejas que el abate de Quélen tenía en el redil, tantos eran por el contrario los lobos que atentamente vigilaban.

Mas adelante os hablaré del bautismo del primer ministro de *Ouriouriou* delante de Koïai. Fue una ceremonia algun tanto grotesca, una especie de mogiganga; pero al fin dimos un alma al cielo, y por lo menos bastante consolador es tal pensamiento.

No fue sin embargo tal la primera misa que se celebró en las Maluin, en aquella tierra de miseria y de luto, en donde dejamos á nuestra hermosa corbeta incrustada en las rocas de la costa. Os aseguro que fue imponente el espectáculo, y que cada uno de nosotros le conservará por largo tiempo en la memoria.

Acabábamos de escapar milagrosamente de una muerte casi segura; los restos del buque barado flotaban por todas partes en la rada; y nuestras destrozadas muletas, algunas velas, y muchos centenares de bizcochos yacian en la playa. Una lluvia fina, fria y un terreno sin verdor; el temor del presente que se nos aparecía con todas sus miserias; y el porvenir que se abría con todas sus privaciones, lejos de toda tierra hospitalaria, bajo un rígido cielo y distante cuatro mil leguas de su patria, ¡oh! todo esto tenía tal aire de tristeza que hubiera desgarrado unas almas menos esforzadas que las nuestras. Pero todo era á la vez lúgubre y solemne.

Erigióse el altar al pie de un montecillo de arena; y á Dios gracias se habian salvado del naufragio la imagen de la Virgen, los hábitos del capellan y los ornamentos sagrados. El abate Quélen, pálido, debilitado, y pudiendo apenas tenerse en pie, salió de una tienda que se habia levantado con la mayor precipitacion, y ofició.

Toda la tripulacion en pie y con la cabeza descubierta, se arrodilló luego y recibió la bendicion del ministro de Dios. Cantóse el *Te Deum* despues de la ceremonia, no soñando en los medios de levantar la corbeta sino despues de haber dado las gracias al Altísimo.

Pasados algunos instantes, cada cual anduvo errante al traves de los matorrales y la desesperacion fue el resultado de esta primera ojeada.

Sentéme junto á un alto peñasco de blanca arena que las olas batian entonces con flojedad; y en el otro lado estaban agrupados muchos marineros entre los cuales distinguia la chillona voz de Petit, el timbre sonoro de Vial y roncó órgano de Marchais; teniendo trabada la siguiente conversacion.

—Todo esto es muy hermoso y muy bueno, mas me parece que mejor hubiera sido levantar tiendas y no un altar.

—Sin embargo, primeramente debíamos dar gracias á Dios.

—¿Y le daríamos las gracias si nouviésemos con qué desayunarnos?

—Yo no tengo hambre.

—Sí, pero la tendrás dentro de una hora, y si no tenemos ni siquiera una miajita de comida con que entretenir los dientes ¿qué haremos?

—Nos comeremos al abate, que está bien gordo.

—No mucho, porque ha enflaquecido endiabladamente desde el día de nuestra partida.

—Pues no habrá sido por lo mucho que haya trabajado.

—¡Por Cristo! hubiéramos debido naufragar mas pronto.

—¡Quiá! lo mismo da, ya hará un buen guisado.

—Ya ves tú, pues, que de algo sirve un capellan en un buque.

—Pero ¡tonto! ya no estamos en él, sino en tierra.

—¡Pobre corbeta! ¡vedla allá en aquel sitio!

—¡Si por lo menos hubiese por aquí viñas!

—¡Di mas bien si hubiese vino!

TOMO II.

—¡Pero nada! ¡nada!

—¿Tú hubieras preferido naufragar cerca de Cognac, no es cierto, borrachon?

—O en la Jamáica.

—O en las costas de Burdeos.

—Pero no, en un maldito país todo ha perecido.

—Y en donde indudablemente moriremos todos.

—Guapo muchacho es el abate.

—Cállate, si ni siquiera sabe despues de tres años de navegacion lo que es una cuerda, ni una gavia, ni nada.

—Tampoco debe saberlo.

—Deben saberlo todos los que se embarcan. Y ademas, yo quiero que lo sepa.

—¿Y por qué?

—Debía hacer como nosotros, no beber, y ha bebido vino al decir la misa.

—Es la regla.

—¡Con cien mil diablos! ¡por qué no habia de ser cura yo esta mañana!

—Era tan poco.

—Pero siempre era algo.

—¡Vaya! decídme, pues, estamos ahora hechos unos buenos muchachos, si llega á ser preciso el maniobrar.

—¿Cómo se entiende?

—Esto no tiene explicacion. En tierra, cada cual cuida de sí mismo, y por consiguiente es libre.

—Sin embargo, siempre somos marineros.

—Ya no hay marineros, cuando tampoco hay buque.

—Te equivocas, el marinero en tierra que conserva su comandante y sus oficiales no tiene derecho para menearse; tal es la ordenanza.

—Tu ordenanza carece de sentido, y allá veremos si tratan de fastidiarnos.

—Ya entiendo, habrá pendencias y camorra.

—¡Y bien! ¡muchachos! gritó la voz ronca, ¡pendencia! pero ahora no debe haberla; dia llegará en que todos seremos quizas iguales aquí, y entonces, pero solo entonces, habrá pendencia.

—Sí, pero despues de comido el abate ¿quién le seguirá?

No oí nada mas, porque continuaron los marineros su conversacion en voz baja.

Ahora cada cual saque de este diálogo la moral que contiene.

Uno de nuestros buques de guerra, azotado por las olas, desarbolado, desamparado en la agonia, hacia agua por todas partes. Aproximábase el momento fatal; cada minuto se le veia sumergirse en el abismo, y en todos los rostros se pintaba la desesperacion. Un capellan pasajero se encontraba por casualidad á bordo, un cura que sabia mucho mas su oficio que el de marino, oficio inutilísimo indudablemente en una navegacion. Oyese un horrible crugido, y toda la tripulacion se miró con aquella última mirada que quiere decir: ¡Todo concluyó!

—¡De rodillas! ¡de rodillas, exclamó el cura, hombre de Dios! ¡y rogad á Santa Bárbara que nos socorra!

—No, ¡en pie! ¡en pie, marineros, exclamó el capitan, hombres de mar! ¡y rogad á la santa bomba, en vez de Santa Bárbara!

Jugaron con efecto las bombas, fueron vencidas las olas, y el buque entró en el puerto. El capellan cantó un *Te Deum* en vez de un *De Profundis*.

Sin embargo si quereis absolutamente en vuestro buque un cura para que recuerde una santa religion á hombres que acosados por los deberes de su estado pronto se olvidan de todo lo demas, pues bien, seguid mi consejo, y haced lo que yo haria: acepto un capellan, le doy un sitio en la bateria, su racion de bizcocho y de carne salada, su vasito de aguardiente, pero tambien le doy, ni mas ni menos, su parte esca-

ta de mis fatigas y de mis tribulaciones, estará de cuarto conmigo, antes ó después de mí, recibirá en sus espaldas, lo mismo que todos, las olas del mar y los chaparrones del cielo, y subirá como todos á la flecha de los mástiles ó á la estremidad de las vergas, y en una palabra será marinero y capellan. ¡Eh! ¡eh! me parece que no es un derrazonable pensamiento, un capellan marinero, ó un marinero capellan que rogaria y trabajaria al mismo tiempo, aun cuando apenas puedan hacerse dos ó tres cosas á la vez. ¡Un sacerdote que daria á la bomba durante horas enteras, segun las necesidades de bordo, y que después de las fatigas, cuando todo lo hubiese devorado el mar, hombres y buque, saldria aun su mano fuera del abismo para bendecir por última vez á sus camaradas, amigos y hermanos tragados como él! Reflexione en ello seriamente el legislador. Os aseguro que muy curioso y utilísimo fuera ver un cura como Vial, Petit, Chaumont, Barthe ó Marchais. ¿Qué se pierde en ensayarlo?

XLII.

EN EL MAR.

Calma chicha.

APENAS hace dos dias que las olas en torbellino se rompian turbulentamente contra la corbeta, le lanzaban como una flecha alada hacia el horizonte, le elevaban hasta los cielos, y le dejaban caer con todo su peso en el abismo entreabierto. Grande y hermoso era aquello, terrible y solemne era en verdad, y en el desorden consistia su magia, pero aun no habia visto lo suficiente, ni admirado bastante para explicarnos en qué consistia una tempestad, lo que es un huracan; sin embargo no tardará el dia en que pueda decirlo.

Turbulento, fatigado y espumoso estaba ayer el mar, mas bien se conocia que no era un furor naciente; por el contrario, fácil era conocer, sin necesidad de largos estudios, que su cólera era una cólera estenuada, y que sus mugidos eran el estertor de una brutalidad amortiguada; por allí habian pasado ya el viento y el rayo; resonaba siempre el eco de la tempestad, pero sin embargo no era mas que un eco, es decir, una ira sin amenazas, una fiebre de moribundo, ó por mejor decir, palabras de perdon.

Hoy dia llegó ya la calma, profunda como el desierto, y silenciosa como la tumba; ya no se entumescen las olas, ni la brisa raya los aires, ni las nubes encapotan el cielo; tan solo allá abajo, en el horizonte, masas negras y fantásticas que una mano invisible y poderosa mantiene suspendidas, prontas á pesar de nuevo sobre el aletargado Océano.

¡Contemplad ahora, contemplad!

Un radiante sol, desplegando toda su magestad de rey del universo, inunda el espacio con sus millones de cruzados fuegos y domina en la inmensidad.

Con el huracan, que habia despertado á toda la naturaleza, habianse mostrado en el aire las monstruosas ballenas como para ensayar su fuerza y su poder; los inmensos bancos de rápidos y alborotadores sopladores como la tempestad se deslizaban por las olas, y en cortos instantes se marchaban de uno á otro extremo del horizonte; y los brillantes bonitos, y las doradas, aun mas hermosas, habian abandonado las profundidades del Océano y pasaban inquietas por el dorso de las turbulentas olas. Los gigantes albatros, sombríos precursores de aquellos dias de luto, habian invadido los aires, á los cuales azotaba con vigorosa ala. Y ahora, nada, nada absolutamente se mueve, ni nada se manifiesta sobre el soñoliento Océano. Por todas partes reina la inmovilidad y el silencio; la superficie de las aguas es tan lisa como el mas terso espejo; el carnero del Cabo ganó las regio-

nes tempestuosas de los polos, y los turbulentos mar-soplas han emigrado á parajes menos silenciosos; el Océano, el aire y el cielo, han pedido al parecer una tregua para descansar de sus fatigas; y la corbeta, en el centro del vasto círculo que la aprisiona, se halla clavada y fija en su quilla de cobre como en una roca sólida y submarina; y si algun postrer suspiro de agonía del Océano, pasado el cual todo muere, uno de estos suspiros que mas bien se adivinan que sienten, dibuja una ligera cúpula en la superficie de las aguas, el navio, dócil esclavo entonces del impulso, se ladea de estribor y luego de babor, á la manera de una cuna en la última oscilacion que le comunica una nodriza atenta y solícita; pero luego carga de nuevo por completo la inmovilidad sobre el puente, y hiela toda esperanza en el corazon. Diez veces ha pasado ya el sol por nuestras cabezas, y nada nos anuncia, que quiere despertarse la naturaleza; por todas partes rige la triste armonia de la muerte, y la grave magestad del silencio; no parece sino que Dios medita una nueva creacion para corregir su imperfecta obra. Estenúase la constancia del marinero; enervanse sus nervios en tan fatigante inaccion, á la cual no ve límites; en vano cuenta su impaciente pie en medidas iguales y regulares los tablones ó bordajes del contristado puente; y en vano humedece con su lengua semi-seca el dorso de la mano para adivinar de qué punto soplará la primera brisa, nada le dice que sus votos van á ser oídos, nada le indica que algun dia lo serán. En su rabiosa impaciencia, coje á un grumete, y armado con un rudo traquel de rizos, azota al pobre diablo sufrido paciente de bordo, cuyo agudo grito, segun su inhumana creencia, ha de llamar la olvidada brisa.

Resuenan mas rudos y mas enérgicos los terribles juramentos que antes acompañaban la voz de la tormenta; eran entonces estallidos de cólera contra un poder con el cual por lo menos podia intentarse luchar; pero hoy dia son gritos de furor del leon aprisionado en redes de hierro. Bajo vuestros pies, sobre vuestra cabeza teneis el enemigo; no os toca ni os ofende; existe y por todas partes vive terrible y poderoso, y sin embargo en ninguna parte se le ve.

¿Cómo herir lo invisible? ¿Cómo vencer lo que á la vez es y no es?

Si quiera para entregarse á una postrera esperanza, se abandonara á sí misma la mas alta vela del buque á fin de convencerse de que en mas elevada zona, no reina igual silencio, cae exánime la pesada vela, gravita sobre la verga, y vanamente atormentada, parece una mortaja, ó sábanas mortuoria arrojada sobre un cadáver.

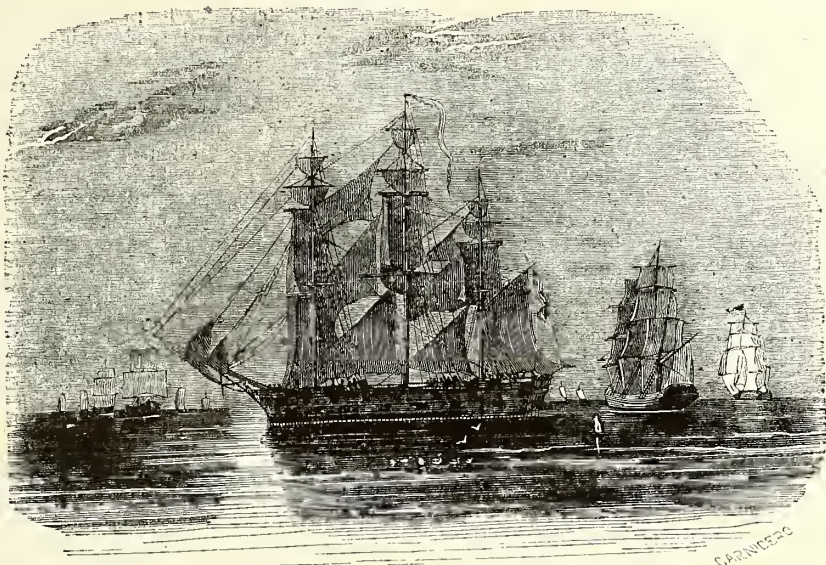
Habéis visto ya la calma del dia; pero mas imponente y mas solemne es aun la de la noche, porque aquí un continuo contraste os recuerda que sois los únicos que estais en la inaccion. Canopo y Sirio, los dos mas brillantes soles del hemisferio austral, cuyos blancos rayos nos llegan tan vivos y tan claros, se levantan llenos de fuerza; alrededor de aquellos magníficos globos se manifiestan sucesivamente, andan y se borran como humildes tributarios, tantas numerosas legiones de estrellas que pueblan la inmensidad de los cielos, y cuando allá arriba todo se mueve, aquí abajo todo queda inmóvil; cuando todo se levanta y sube, declina y pone, vos solo, estacionario en el mundo, careceis de vida, sois el único ser muerto en el centro de un mundo vivo.

Sin embargo, fatigada la tripulacion por el cansancio de la inaccion, se sienta en la madera de respeto y en los palos que sostienen los obenques, con las miradas vueltas hacia el punto del espacio donde sopló la última brisa. Triste y recogida, espera con la resignacion de un condenado que llegue la hora del libramiento. Levántase de repente como herida por una conmocion eléctrica; con el cuello alargado, con los

ojos abiertos en un principio sin ver nada, escucha el silencio, y ve marchar la inmovilidad; pero ha sentido en su rostro un leve é imperceptible estremecimiento que le dice que van á ocuparse sus brazos y á vivificarse sus horas.... No se engañó, rómpese y le riza la superficie del agua; ya no es aquella inmensa sábana de aceite cuya pureza por nada se alteraba, es una ola que se mueve y camina; ensánchase la leve

corriente en su marcha, y ya cruje y se mueve la embarcacion; las velas, derrolladas se rozan con dulce murmullo; los mástiles, juguetones y tendidos, se eucorvan con gracia; escápase de todas las manobras un leve y agudo silbido; levántase con majestad el baupres de la corbeta; y á todos radiante y consolador se presenta el porvenir.

De todos los grandes fenómenos que ofrece el mar



Calma chicha en el Océano

á la admiracion de los hombres intrépidos que se atreven á recorrer los océanos, la calma chicha es sin contradiccion el mas amenazador y terrible, el mas peligroso y devorador; marcha la vida con la tempestad que muje, y se apaga con la calma que calla. La energía de vuestro enemigo tambien os comunica energía, y solo os erguis delante del que intenta abatirlos. ¡Nada es mas mortal como la espera y el reposo!

¿Teneis ya ahora una idea de lo que es una calma chicha en medio del Océano?

XLIII.

ISLAS SANDWICH.

El coronel Brack y yo.—Un hombre en el mar.—Muerte de Cook.

FALTA quizas aun una esplicacion indispensable, á pesar de que hasta ahora no la haya creído necesaria. Me han dicho que algunos lectores, irritados sin duda por mi franqueza en la narracion de tantos hechos en los cuales he figurado como héroe ó como espectador, se han preguntado maliciosamente si era muy probable que hubiese retenido tan fielmente hasta hoy día las minuciosas circunstancias que no obstante deberian corroborar á sus ojos la verdad de mis relatos. De la duda á la incredulidad no hay mas que un paso y yo no quiero que este se dé, y supuesto que se piden nombres propios voy á citarlos. Por lo demas, curioso de por sí es el asunto, y no será esta anécdota la menos singular de mi libro.

¡Oh, Dios mio! si os refiriere los mil y mil incidentes fantásticos que han atravesado mi vida, si hubiéseis podido seguirme desde mi salida del colegio hasta el momento en que escribo estas líneas, bien convencidos estaríais, vosotros cuyos dias se suceden

tranquilos y regulares, de que pocas existencias han sido mas rigurosamente azotadas que la mia, y que lo que otros llaman un accidente ó una desgracia, yo le llamo para mí un hábito y casi una necesidad.

Escuchad:

En una de mis aventureras escursiones lejos de Rio-Janeiro, habia tomado por guias dos negros bastante inteligentes, mas por desgracia muy holgazanes, los cuales me habia *alquilado*, mediante cuatro patacas diarias, un ebanista de la calle *Derecha*. Mientras estuvimos en los alrededores de la ciudad real, los dos pícaros se manifestaron dóciles á mis órdenes y muy dispuestos á recibir las correcciones que tenia derecho de infligirles por su pereza y mala voluntad, la cual ya principiaba á asomar; pero, ya lo he dicho, no sé maltratar á un esclavo, por eso solo, aun cuando cada cual se tome esta libertad y por mas que lo autoricen las leyes. En buen hora que se ponga un obstáculo á la resistencia; pero un acto de omnipotencia contra el que se inclina, es cobarde y degradante á la vez.

Llevábamos ya tres dias de viaje, en camino trillado unas veces, y otras á traves de los bosques, de escasas plantaciones, de riachuelos y de sábanas; mas poseidos de su rebeldía mis dos guias, ya no me hacian el servicio de tales, y en verdad los prestaba un gran servicio acortando camino, porque todo lo temian aquellos perillanes menos el descomplacerme. Sin embargo, estaba resuelto á seguir mis investigaciones y como nunca se adelanta mas que cuando se ignora el término de la empresa, di á conocer severamente mi pensamiento, y bajo este concepto prescribí tan concisas órdenes, que bien coligieron ambos tuos que no habia mas remedio que obedecer.

Por de pronto, poco faltó para que no me arrepintiera de tanta temeridad, puesto que tuve que pasar la noche del cuarto dia de partida á campo ra-

so, acostado en una mala hamaca suspendida de unos árboles y distante del suelo como unos dos ó tres pies. Durmiéronse junto á mí sin murmurar mis dos guías, confiados sin duda en que esta lección dada á mi perseverancia me obligaría á emprender la retirada al día siguiente. Harto me habia internado ya para que retrocediera, prescindiendo además de que mi empresa habia satisfecho hasta entonces muy poco mi curiosidad. Una audaz empresa sin resultado es el colmo de la ridiculez.

Aproximábase la noche, y á pesar de una larga marcha bajo un caluroso sol, apresuraba el paso para llegar á una especie de llanura despejada donde creia dar con algun casuchon en el cual me proporcionasen una mala cama. Con efecto, llegamos allí, y mis negros me mostraron dos especies de chozas desiertas en donde podríamos guarecernos con bastante comodidad. Despues de una cena muy frugal, puesto que se hallaban ya casi agotadas nuestras provisiones, me iba á dormir cuando un ruido bastante intenso despertó mi atencion y sobre todo la de mis tímidos compañeros de correría. Aplicaron fuertemente el oído en el suelo, y me señalaron que no me meneara; pero de pronto se levantaron y con temblorosa voz me dijeron: «¡Buticudos! ¡buticudos!»

Tuve miedo; arméme con mi pistola, salí de la choza con los negros que me pisaban los talones, y por todas partes lancé miradas escudriñadoras. El ruido se acercaba por intervalos. Hízome estremecer la palabra ¡buticudos! que de nuevo repitieron los esclavos. Corrí al azar, caí, me levanté, volví á emprender mi carrera, y me pareció que me perseguian, me acosaban, envolvian y hasta que me cogian; perdí la cabeza, la razon y toda mi energia, siéndome imposible referiros cuánto camino anduve en pocas horas. Creedme, el miedo es la enfermedad mas contagiosa. ¿Cuál era la causa de aquel ruido tan terrible y tan espantoso? Lo ignoro; provenia quizás de una cascada, tal vez de una tempestad que rugia allá á lo lejos, y mas probablemente aun de un cerebro en delirio. En una palabra, salvéme cual si me hubiesen atacado dos jaguares, y el resultado de mi cobardía fue la pérdida de mis mas ricos albumes, de mis cajas de mariposas y de insectos, y de cuatro ó cinco pliegos de notas para mí de gran estima.

Llegué á Rio, y luego á Francia, pero no consolado, y si jamas he creído en imposibilidad alguna, es en la de encontrar mis queridos croquis y mis preciosos documentos.

¡Pues bien! no hace mucho tiempo que el bravo coronel Brack, hoy dia general, emprendió un viaje al Brasil; penetró en el interior de aquel vasto imperio, internóse en las soledades, y encontró en una choza de salvajes, notas y albumes que reconoció los habia yo delineado y escrito, habiéndomelos entregado cierto dia, tan gozoso como yo mismo de recuperar aquellas riquezas, á las cuales besaba como á amigos á quienes se creía muertos. He nombrado ya al general Brack, y además podria citar hechos para cuya confirmación me seria muy fácil encontrar un apoyo.

Esta es sin embargo una de aquellas semi-aventuras que tan familiares me son, y de la cual me habia olvidado de daros cuenta hasta ahora. Pero volvamos al curso de nuestro asunto.

Ya he dicho con cuánto sentimiento abandoné á Guham. Fórmase uno dulces hábitos y se contraen santas obligaciones que deseara uno cumplir; pero resuena un cañonazo, y el deber levanta la voz para destruirlo y trastornarlo todo.

Llevamos áncora aprovechando un tiempo favorable, y enfrente de Agaña nos abandonó el generoso gobernador de las Marianas, el cual habia querido acompañarnos por algunas horas.

Sopló con fuerza la brisa, desapareció poco á poco

la ciudad, y pronto nos vimos solo frente por frente de nuestros recuerdos.

Todos nuestros enfermos habian recobrado las fuerzas y la salud, los viveres eran frescos, y aunque hubiese de ser larga la travesía, se habian tranquilizado los corazones, porque la lepra no habia contaminado á nadie, lo cual indudablemente tuvieron á milagro los habitantes de aquel punto.

Deslizaron por nuestra vista Rota, Agrigan, Tinian, Seypan, Aguigan y Anataxan; todas con sus anchos cráteres abiertos; y tres dias despues, distantes de todas las costas, navegábamos en el seno del vasto Océano. De repente se oyeron los gritos de «¡Un hombre al mar!... ¡un hombre al mar!...»

Entre el gran número de episodios á menudo tan dramáticos que forman la vida del marinero, me he olvidado de poner este tambien, porque á mi entender es bastante notable y lleno de animacion como tambien harlo palpitante de interes.

Cuando se estrella un navio contra unos escollos que vomita y mutila el cadáver del buque y los cadáveres de hombres; cuando un naufragio todo lo devora, tripulacion y cargamento; y cuando zozobrando en alta mar, todo desaparece de la superficie de las aguas... oficiales, marineros y pasajeros, se encuentran quizás un objeto de consuelo en el siguiente pensamiento: *Todos morimos*, y en vano recurriréis al egoismo, porque aun no habeis tenido tiempo de reflexionar.

Yo he meditado mucho tiempo en medio de toda clase de peligros que buscaba, y me he convencido de que un mundo derrumbado nos impresionaria menos que una catástrofe particular, individual y aislada. ¿Es acaso una contradiccion moral? ¡Oh, buen Dios! ¡Cuántas se encuentran en el corazon humano!

Si en un buque muere un hombre, esclama en sus últimos momentos: ¡El mar va á tragarme; en todas partes y en ninguna de ellas estará mi tumba; ninguna huella dejan las olas de lo que se arroja á su voracidad, y algunos instantes despues de haberme arrojado á ellas, en vano seria buscar los restos de aquel que para siempre acaba de fenecer!

Ellos, sin embargo, estos frios amigos que pasan aun por junto á mí lanzándome quizás miradas sin interes, van á continuar su aventurero viaje, van á visitar nuevos climas, á pasearse bajo nuevos cielos, y luego volverán á ver á su patria, y á su familia, disfrutarán de su gloria, serán dichosos con sus pasadas penas, y dirán á mi anciana madre que fenecí en una travesía... Y la anciana madre rogará por su hijo, á quien millares de peces habrán mordido y devorado en su ataud de lienzo.

Pero en una desgracia se engrandece el alma, y fortalecese el corazon; estallan sobre vuestra cabeza los vientos, las olas y el rayo; cobrais nuevos brios con su furor y con sus amenazas, cuanto mas ardiente es la lucha, con mas fuerzas os encontrais para triunfar de ella, y si al fin vencido, sucumbis bajo el poder de los elementos coaligados, todavia decís: Nada mas que un recuerdo quedará de nosotros aquí bajo. No se busca á un hombre solo que muere, y que se sabe está bien muerto en medio de tantos otros hombres vivos, mientras que un mundo entero volará á la indagacion de un infortunio dudoso.

La desesperacion mas punzante para el que dice adios á la vida no ha de ser el morir aborrecido, sino el morir olvidado. A mi entender, el olvido es una segunda tumba cien veces mas muda que la que se nos abre en el suelo. El olvido siempre es un castigo, el aborrecimiento puede ser á veces un consuelo.

¡Un hombre al mar!

Si la noche es sombría, si silban los vientos, y si muje la tempestad, cada marinero repite en voz baja: ¡Un hombre al mar! Es asunto de cortos ins-

tantes, sigue su rumbo el buque, y se anotará en el correspondiente libro, en frases bastante poco correctas, que cayó un hombre al mar, y que por estar la mar muy gruesa no fue posible prestarle ninguna clase de auxilio. Todo está dicho, todo está hecho.

Si es fresca la brisa, hay en verdad alguna emoción en las olas y en el buque, porque el resultado no se sabe hasta al fin de los esfuerzos.

¡Un hombre al mar!... ¡Pronto, se coge el hacha, se corta la jarcia!... Cae la boya de salvamento, y flota en la superficie de las aguas; el hombre nada, y nada, y animale el pensamiento de que no le abandonan sus amigos, ve el punto de apoyo que le ofrecen, va hacia él, le toca, pero se lo arranca una ola infernal; y uada todavía, y por fin le coge, se agarra á él, se sienta en él como en silla movable, se pone en él en pie, y balanceándose con él, lanza una mirada de terror hacia el navío que se escapa, porque una vez cogido el impulso, es tal la velocidad del buque que nada puede detenerle infaliblemente y sin lentitud; el juego de las velas, tan sabiamente combinado, se hace mediante leyes conocidas y regulares; no puede quitarse tal cuerda antes que tal otra (y no hablo en lenguaje marino para que todos puedan comprenderme); no debe plegarse tal vela antes que tal otra, ó de lo contrario todo, tanto equipaje como buque, se halla comprometido. Una corbeta en el mar es una casa bastante pesada que se ha de hacer mover, por vele- ra que parezca, porque tambien es preciso que tenga flancos robustos, brazos robustos, y una quilla robusta de zinc ó de cobre.

El hombre en el mar nota que se va borrando el surco que tras sí deja el buque, que por todas partes se halla cubierto, y que se ha virado de bordo; échase al mar una embarcacion, y tripúlana atrevidos gaviros con el fervor de la amistad y de la humanidad. Corren tambien ellos grandes peligros, tambien les arrebatla la espumosa ola; pero allá lejos hay un camarada pronto á sucumbir, que les espera, que cuenta con su valor y con su abnegacion.

Sopla con mas furor el viento, el buque se halla comprometido y preséntase la noche sombría y amenazadora. No importa, no por eso cambia de camino el patron de la lancha; mezcla su voz con la voz de la tempestad, llama y busca, y busca siempre; su vista atraviesa las tinieblas y ve á su amigo en pie en la flecha de la boya. «Allí, allí, valientes muchachos, ya nos ha oído. ¡Nada! ¡nada! ¡rompe los remos, ya llegamos á él... Ahora remad hacia atras ó le sumergimos en el mar... ¡Lugar! ¡una amarra! ¡tened bien fuerte! ¡subid! ¡subid ahora! ¡Ya le hemos salvado!...»

¿Pero dónde está ahora el navío? El horizonte se ha estrechado, y el ronco son del trueno alaga el estampido del cañon que resuena. Las ráfagas soplan de todos los puntos del horizonte y la lancha incesantemente gira á despecho del timonero, que siempre lucha con igual calma, porque es su oficio, y porque jamas debe ceder sino cuando las fuerzas no responden al valor.

Pásase la noche entera en tan terrible escena, noche terrible para todos, horrorosa en la frágil lancha, cruel en el buque, en el cual, subidos en el filarete marinos y capitan, pasean sus ávidas miradas en cada ola que llega y se quiebra... Momentos hay que todos callan para mejor oír, pero solo á sus oídos llegan los rugidos de la tempestad.

¡Vedla! dice una voz consoladora.

Melancólico silencio sucede á este grito repetido por tantas bocas; silencio religioso y terrible, durante el cual tiembla el corazon, y las almas se hallan absorbidas en un único y doloroso pensamiento... ¡No era ella!

¡Dentro de dos dias, mañana, hoy mismo quizas, abandonada de los hombres y de Dios, será la em-

TOMO II.

barcacion teatro de una escena de matanza; aquellos amigos tan fervientes, tan vehementes y desinteresados, se atacarán con furor, se desgarrarán con las uñas y los dientes, beberán la sangre los unos de los otros, y cuando habrán satisfecho ya su hambre y su sed, una nueva víctima esperará en medio de horribles angustias que le llegue su vez para servir de pasto á un apetito sin cesar renaciente!

¡Ved ahora á aquellos hombres antes tan enérgicos! ¡Inmóviles los remos fluctúan á lo largo de los costados de la embarcacion; descansan cruzados sus brazos en sus jadeantes pechos, porque son ya un horrible tormento las amenazas del hambre, y sin embargo ninguno achaca su desgracia al que acabau de salvar; por el contrario, será la última víctima! Tambien la desesperacion tiene su generosidad.

Sube y baja la lancha con la ola; aquellos troncos marinos se balancean con la embarcacion sin tratar de guardar aquel instintivo equilibrio que les indica de antemano el momento en que la ola hará inclinar el buque á babor ó á estribor; son cuerpos sin voluntad, sin apoyo, sin vida... De repente sale ardiente como de una frágua, una voz indignada.

— ¡Y bien! ¡Canalla! ¡nos abandonó todo el valor, se han aniquilado ya todas nuestras fuerzas? ¡Qué! ¡no hay una esperanza! ¡ni siquiera haremos un último esfuerzo para conducir al buque al amigo que hemos venido á salvar! ¡A los remos! ¡Gaviros, á los remos! ¡Y si la corbeta se ha escapado, si ha arriado sus cables, mañana, todos juntos, haremos zozobrar esta concha, y beberemos en la gran taza estrechándonos las manos! ¡Mas vale beber agua salada que no sangre! ¡A los remos, gaviros!

Es la sacudida galvánica que acaba de hacer revivir á un cadáver, dóblanse y pónense tirantes á compas los brazos, silban las olas, recobran su brillo los amortiguados ojos, sus lenguas dan paso á uno de aquellos cantos de los marinos que abrasarian las páginas de mi libro si me atreviera á copiarlos, crúzanse aun miradas amistosas, apretamientos de manos que animan; aun hay nobles marinos prontos á dar nuevo principio, si el cielo aplacado no se digna socorrerlos, á aquella vida de sacrificios y de abnegacion que han emprendido y aceptado.

Pero despunta ya el dia por el horizonte, fatigase la vista á traves del espacio, no rechina ya el viento con igual violencia. De repente se oye una voz que dice: ¡el buque! ¡el buque! y la alegría derrama su bálsamo consolador sobre todas las almas, pero una de esas alegrías que hacen perder el juicio, incomprendible para el resto de los hombres, una de esas alegrías cuya violencia casi es igual á una tortura.

¡El buque! y allá á lo lejos tambien han visto sobre las olas la aventurera lancha que fuerza los remos para llegar á ellos cuanto antes. Y pronto, pronto se reunen dos amigos que corren uno hácia otro.

— ¡En facha ahora! ¡amarras á estribor! ¡Ya los tenemos aquí, ya atracan! ¡Han salvado á Astier, quien á tantos otros ha salvado?.. Sí... no... sí... ¡allí está! Está en el timon; pues Léveque le ha cedido el puesto porque se halla fatigado y estenuado.

— ¡Están mojados! esclama Petit furioso porque no le escogieron para aquella empresa, ó fiesta por mejor decir. ¡Cuán animales han sido! Pero, en fin, lo mismo da, son valientes muchachos, y verdaderos gaviros. ¡Cuánta dicha es embriagarse con camaradas de este calibre! ¿No es verdad, señor Arago?

— ¡Cállate, parlanchin!

— Tomad, la alegría, es un campaneo, tiene diez lenguas, mueve mas ruido... Ya hemos recobrado á Astier.

— ¡Vedlos todos á bordo! ¡Todos! y las miradas no se fijan mas que en uno solo.

— ¡Vamos, vamos, eso no va mal! dice el doctor.

por lo tanto dadle pronto un vaso de aguardiente para que recupere sus fuerzas.

— ¡Vean al bribón! exclama Petit; ¡si me quieren dar otro tanto me tiro al agua! ¡Cuán dichoso es ese Astier!

Y aquellos marineros salvadores, aquellos intrépidos hombres que acaban de luchar con heroico valor, con tan admirable desinterés contra una muerte casi segura, vuelven á emprender tranquilos y satisfechos el curso de vida, de costumbre, y la corbeta bira de bordo, y en el libro se escriben estas palabras, elocuentes por su sencillez. *Hoy... estando la mar gruesa, cayó un hombre al mar: era el gaviero Artier. Se han embarcado doce hombres en la pequeña lancha, y después de ocho horas de penoso trabajo, han logrado traer á bordo á su camarada, quien les esperaba agarrado en la boya de salvamento.*

— ¡Y bien! valiente muchacho, le dije á Astier la noche misma de aquel acontecimiento; ¿en qué pensabas cuando veías que el buque arribaba?

— Primero que caminaba con endiablada velocidad.

— ¿Y luego?

— Que maniobraban con mucha flojedad.

— ¿Y además?

— Pensaba que todos estaríais muy tristes por mi desgracia.

— ¡Es cierto! ¿Sabes tú que es eso muy hermoso?

— Yo no sé si es hermoso; pero es verdad.

— ¿Crees tú que pudiésemos salvarte?

— No mucho: pero uno siempre espera cuando tiene amigos como Barthe, Levêque, Chaumont, Trombat, Marchais y Petit.

— ¡Yo no estaba entre ellos, con mil demonios! dijo este último que nos escuchaba, pero si no me hubieses nombrado iba á hacerte trizas. ¿Señor Arago, nos permite que bebamos á la salud de V.?

— No te lo impido.

— ¿Dónde tiene V. su aguardiente?

— ¡Tuno! yo no te he dicho...

— ¡Esto no se dice! ¿cómo podemos brindar sin eso?... ¿Dónde le tiene V.?

— Toma, al lado de mi catre.

— ¡Oh! basta, lo sé de memoria, hay una decantadura en la esquina, á izquierda... Gracias, señor.

Por la noche, Petit estaba solo como un zorzal, y Astier que llevaba mejor la vela, resistió el choque, y al día siguiente ya no se hablaba mas á bordo del acontecimiento de la víspera.

Entre las distracciones del marino, me había olvidado de esta; y á buen seguro de que convendréis conmigo en que bien vale el que nos ocupe algun tanto. Dudo de que se encontrare para un drama un asunto mas terrible y devorador.

Sin embargo el punto nos colocaba á corta distancia de la principal de las Sandwich, y si las corrientes no nos hubiesen arrastrado, debíamos ver bien pronto en el horizonte aquella punta manchada de sangre en donde Cook habló por vez postrera á su intrépida marinería. Con la vista fija en el horizonte buscaba cada uno de nosotros la nueva escala al traves de las nubes, pero nada aun se descubría.

— ¡Tierra! grita en fin el vijia ¡tierra delante de nosotros!

Hé aquí hombres nuevos, nuevas costumbres, nueva naturaleza; para aquel que apetece los contrastes tienen un indecible atractivo los viajes por mar, pues un solo paso le manifiesta los extremos.

Con magestad avanzaba la corbeta, y en pocas horas los vientos obligados á amainar algunas velas; pero la costa que veíamos desde una inmensa altura, se delineó humilde y miserable, por todas partes fatigosa, huesosa, caprichosa y surcada por profundos barrancos y torrentes, y desgarrada por anchos an-

cones, en los cuales se precipitaban con violencia las olas. Mas disipáronse por fin las nubes, y mas allá de ellas, mas allá aun de las nieves eternas, en las regiones equinocciales, se levantaron tres cabezas gigantescas, de las cuales no podíamos apartar nuestras ávidas miradas. ¡Oh! aquello era imponente y sublime, aquello nos unía al pasado, porque revisaba todos nuestros recuerdos al cuadro que tan bien describió Cook... Escuchad aquel pasaje.

Un día, á la salida del sol, con un hermosísimo tiempo, estaban dos buques anclados á poca distancia uno de otro en la linda rada de Karakakooah; forman la isla de Owhyée tres inmensos conos de lava la forma achatada de sus anchos pies, y la altura de sus violadas cabezas que se elevan mas allá de las mas erguidas nubes, reflejaban los oblicuos rayos que doraban sus laderas alhuacados por el betun. El Mowna-Lae se ensanchaba como para no perder nada de la lúgubre escena que iba á pasar en medio de la silenciosa bahía; el Mowna-Roah alargaba sus angulosas espaldas encima de su hermano, y el Mowna-Kak, el mayor de los tres, dominaba sobre los anteriores toda su calva cabeza, cuya sombra gigantesca se proyectaba hasta el horizonte. En la playa había una tierra trabajada, escarvada y en desorden; y fácilmente se hubiera adivinado que se había dado allí la víspera un sangriento combate, porque se veían desparramados por todas partes restos de vestidos europeos, dardos rotos, macanas partidas, girones de capas de plumas y de cascos semi-hundidos en la arena. Los cocos de la playa estaban risueños y se pavoneaban en su poderosa magestad; los bananos esponían á la vista sus suaves y jugosos frutos; y los elegantes palmacristi, plantados en aproximadas filas, veían, bajo dentadas hojas, pasar y volver á pasar hombres, mujeres y criaturas, estrecharse la mano, decirse algunas palabras al oído y patear, y danzar, y lanzar ávidas miradas hácia el mar en donde todo estaba inmóvil.

Hubiérase dicho que en tierra había una fiesta con todos sus regocijos; y en las olas un luto que arrancaba el alma.

Y era la verdad; no se engañaba en sus conjeturas el viajero. Mas ¿por qué estas cosas y no otras? — ¿Por qué decís? Porque había allí, en una punta de una roca que se adelanta en la rada, una gran mancha de sangre. Porque el mas atrevido navegante del mundo, el mas bravo, el mas verdadero, y el mas emprendedor, había caído allí atravesado por un puñal de madera endurecida al fuego, en el momento en que decía á sus oficiales y marineros que no hiciesen fuego sobre los isleños. Porque Cook había muerto allí después de haber dado veinte nuevos mundos al mundo conocido, y porque sus mutilados despojos que se habían escapado de los dientes de los saudwiquianos, iban á ser entregados á su sucesor King, y porque la rada de Karakakooah se callaba para oír mejor el último adios que iba á dirigirle el compañero del gran hombre.

Un ataúd de hierro se ve en el puente del buque en el cual ondea el orgulloso leopardo del pabellón británico. La tripulación en pie, con el corazón compungido y oprimido, los ojos arrasados en lágrimas, la cabeza desnuda é inclinada, espera la triste señal. Demantélanse las vergas, y por todas partes se ve el desorden, pero este desorden que indica el luto y el desaliento. De repente truena el bronce á babor y á estribor, los cañonazos truenan en acompasados intervalos: conmuevese la isla de Owhyée, sálvanse los naturales internándose en la isla como si hubiese llegado para ellos la hora de la venganza. Silencio ahora. Escuchad, escuchad: oyese un ruido, se abre y se cierra el mar, el cual ha recibido en su seno, y para la eternidad al inmortal piloto que por tantos años le había sometido, á aquel que tan bien le había

Estudiado y comprendido que ya nada podía ocultarle del secreto de sus calmas y de sus furioses.

Allá en el fondo de la rada de Karakakooah reposan los sangrientos restos de Cook, pero su gloria se halla por todas partes, y su venerando nombre es repetido de eco en eco por todas las partes del mundo.

XLIV.

ISLAS SANDWICH.

Kookini. — Bahía de Kayakakooah. — Kairooah. — Visita á la punta en donde mataron á Cook.

La historia de los viajes y con ella todas las historias dicen que Cook descubrió las islas Sandwich, bautizándolas con el nombre de un gran ministro.

Pues bien, todas las historias han mentido, ó por lo menos cometen todas un error, puesto que se halla de todo punto averiguado que el español Gaetano, fue quien primero descubrió aquel magnífico archipiélago agitado por tantas conmociones terrestres.

Los piratas infestaban las costas del Oeste de América; y solo felices combates ó una larga y peligrosa navegación por el cabo de Hornos, podían proporcionarles los medios de revivir sus buques empobrecidos por penosos cruceros.

Cazóles hasta el último término Gaetano, y en una de sus fogosas correrías al Oeste, vió un punto negro en el horizonte, á quien tomó por un enemigo, hacia el cual dirigió bravamente la proa de su buque. Era Owhyée. De retorno á Lima escribió á Carlos V, dándole parte de su feliz descubrimiento, y pidió permiso para disminuir en unos diez grados su posición en su carta, á fin de no dárle á conocer á los corsarios, en lo cual consintió el monarca por razones políticas, cuya sabiduría puede muy bien comprenderse... Así es que Gaetano colocó la isla principal de las Sandwich entre 9° y 11°, en vez de colocarla en los 19° y 21°, confiando de ese modo poner en armonía su gloria y los comprometidos intereses de España.

Por lo demás, tanto peor para él que tiene el triste valor de resolverse á ocultar un buen descubrimiento; porque mas adelante se presenta otro que se lo apropia publicándolo, y aunque los círculos de hierro que el gran capitán Cook encontró en Owhyée, y el temor que aparentaban los insulares al solo aspecto de las armas de fuego, defienden la causa de Gaetano; bien obra la historia de los viajes con designar á Cook como el hallador de aquel grupo de islas de lava, destinadas á ser algun día de gran importancia en las relaciones comerciales de Europa con las Indias Orientales. En cuanto á nosotros, luego que el viento nos hubo impelido hasta legua y media de la costa, amainamos velas y nos dirigimos poco á poco á la rada de Karakakooah, en donde deseábamos anclar.

Durante todo el día costamos la gigantesca base del Mowaa Laé sin que cambiase sensiblemente de forma la montaña, pues tal es la regularidad del cono que forma. Desnudo en su cúspide, desnudo en sus flancos, apenas presenta en su base á la vista algunos grupos de palmitos, bajo los cuales van á espirar las olas. Por la mañana del segundo día, nos encontramos frente por frente de un pueblecillo compuesto de unas veinte chozas, del cual salió una piragua tripulada por dos hombres, los cuales remaron hacia nosotros. Apenas llegaron á distancia desde la cual se oía la voz se detuvieron para dirigirnos algunas palabras á que contestamos por medio de un vocabulario inglés, pero no logramos que entendieran que buscábamos la rada de Karakakooah. Pronto vimos otro lugarejo llamado Kaiáah, situado en el fondo de un torrente, y también salieron de él dos piraguas tripuladas por una docena de naturales, de rostro feroz y de voz fuerte, los cuales, á pesar de nuestras señales de amistad, no quisieron subir á bordo.

—¿Si tendrán miedo estos animales de que nos los comamos? decía Petit á sus camaradas. Estoy seguro de que son tan duros como los bueyes marinos. Ved, aquí viene uno á nado. ¡El maldito! ¡Cómo rompe el agua! ¡no es un hombre, es imposible! ¡arria seis nudos, el gran pícaro! Esto me reconcilia con él.

Con efecto habíase tirado al agua un sandwiquiano y mas animoso que los demás, vino indudablemente para pedirnos si queríamos ir hasta el ancladero, pero como por medio de anteojos se descubrían á lo lejos, algunas casuchas y una ensenada bien resguardada, dejamos allí al audaz nadador, que se volvió á su piragua, y dirigimos nuestro rumbo hacia Kayakakooah sin quedarnos la menor duda de que habíamos dejado ya á Karakakooah detras de nosotros.

Sorprendiéndonos la calma por el camino, y pasamos la noche delante de un pueblo llamado Krayes, fundado sobre un peñasco perpendicular y poco elevado, contra el cual iban á estrellarse las olas del mar. Varios fuegos que se divisaban en diferentes puntos de la costa nos indicaban que por allí había también seres vivos; pero bien llena de penuria y bien miserable debia arrastrarse en ella su existencia, porque la lava no dejaba ver ninguna capa de verdor, y porque todo estaba muerto en la pendiente del cono, en los flancos de cuyo pico sale el betun en combustión.

A la salida del sol rodearon los naturales la corbeta con considerable número de piraguas de un solo balancin; y de cada una de ellas, pedían, gritando, permiso para subir á bordo mujeres de todas edades y de todas corpulencias, no siendo muy difícil de adivinar lo que deseaban ofrecer en cambio de nuestras bagatelas.

¡Oh! En aquel pueblo carecen de sentido las palabras civilización y pudor, y nuestras repulsas poco meritorias les daban indudablemente una triste idea de nuestras costumbres y de nuestros hábitos. Por lo demás, justo es añadir que todas aquellas mujeres desnudas yuntuosas eran verdaderamente de asquerosa fealdad.

A las seis, una gran piragua de doble balancin condujo á bordo al jefe de un pueblo mucho mayor que los demás; entró en la cámara del comandante, dejando á su esposa en el puente á merced de nuestros mas temerarios marineros, pero ninguno quiso aprovecharse de la ocasión, y por lo faltó, al agregarse á nosotros, como no la sacudió su marido, por el poco efecto que habían producido sus encantos. Dos hombres que la habían escoltado, danzaron, ó por mejor decir, patearon con una especie de movimientos convulsivos, á los cuales acompañaban con un canto gutural sumamente desagradable; pero como la brisa principiaba á soplar, pronto desocuparon el puente todos aquellos importunos visitantes. Algunas horas despues, echamos áncora en la rada de Kayakakooah, y cada uno de nosotros, según sus trabajos, se dispuso para nuevas escursiones.

Teníamos delante, á unas cuantas toesas de la corbeta, una especie de lugarucho construido en forma de anfiteatro, que á duras penas podía recibir el nombre de ciudad, y en cuanto los despiertos habitantes supieron nuestra llegada, salieron de la costa un prodigioso número de bonitas y espaciosas piraguas de uno ó de dos balancines, tripuladas unas por hombres, y la mayor parte por jóvenes cubiertas con taparrabos, las cuales con mil gestos y con mil ruegos nos pedían permiso para subir á bordo. Aquel pueblo es no obstante una capital nombrada Kayerooah, y es indudablemente el punto de donde parten las costumbres de los pueblos por delante de los cuales habíamos pasado hacia dos días. ¿Será acaso cierto que cualquiera aglomeración es corruptora?

Sentado en el porta-obesque de la corbeta, con mi cartera en las rodillas, y el lápiz en la mano, si lle-

gaba á lanzar una mirada lasciva á alguna linda visitante y la rogaba que permaneciese inmóvil para dibujarla, me daba á entender que junto á mí, sería fácil de ejecutar, y que entonces haría grátiis lo que desde la piragua no quería hacerlo sino mediante una recompensa. Creíamos que mas adelantada estaba la civilizaci6n entre los sandwiquianos, y en nuestro derecho estábamos pensando que los ingleses, que po-

seen allí muchas factorías, hubieran debido corregir en aquel pueblo tan bueno y tan confiado, aquella desvergüenza de libertinaje que siempre tiene algo de escandaloso y de irritante á la vez.

En medio de aquellas piraguas tan elegantes y maniobradas con tan buena gracia, manifestábanse á veces mujeres acostadas, ó por mejor decir sentadas en una lisa tabla llamada *paba*, cortada en forma de



Mugeres de Landwich tendidas y sentadas en la paba.

marrajo. Cuando quieren nadar, se tienden boca abajo, sirviéndoles de remos las manos, de suerte que la mitad de su cuerpo se halla fuera del agua. Si quieren detenerse, se levantan, y se balancean suavemente á voluntad de las olas. Os aseguro que muy curioso y digno de estudiarse es todo eso.

Para probar su lijereza en el nado, y para apreciar bien cuanto nos habiau dicho acerca de la admirable habilidad de las sandwiquianas en el fondo de las aguas, les enseñábamos á menudo una medalla ó algunos sueldos atados por medio de una liga ó en el extremo de una cinta, prometiéndolo todo á la que se apoderase de él; lo arrojábamos con fuerza, y en seguida se precipitaban una docena de cuerpos, desaparecian y volvian á presentarse luego, teniéndola la mas hábil ó la mas diestra buza, la cual nos euseñaba nuestro regalo con aire de triunfo. Nunca nos cansábamos de un espectáculo tan interesante y tan nuevo para nosotros.

A las nueve, una gran piragua mas elegante que las demas y montada por doce remeros, condujo á bordo al gefe de la ciudad. Tenia seis pies y tres pulgadas francesas de talla, su rostro hermoso y apacible, de ancho pecho, llevaba elegante casquete, y su sonrisa era aniñada. Semi-cubríale una capa que nos permitia formar justo juicio de las proporciones de todas las partes de su cuerpo, siendo muy raro encontrar hombres mejor constituidos que aquel gefe sandwiquiano. Por lo demas, la deceucia con que se presentó; su lenguaje (y hablaba con mucha pureza el ingles); sus escogidas espresiones; un niño, que, con un gracioso abanico, alejaba de su persona los insectos; aquel oficial bastante bien vestido que le servia de escolta; el señalado esmero que pusieron las piraguas que nos rodeaban en abrirle paso; y la elegancia, limpieza y magnitud de su embarcacion; todo eso nos convenció bien pronto de que aquel era un personaje de importancia. Con efecto, algunos instantes despues supimos que era el cuñao del rey,

que se llamaba Kookini, que los ingleses le habian dado el nombre de John Adams, que era gobernador de Kayerooah, y de toda aquella parte de la costa y el único gefe superior que no acompañó á Ouriurion á Tora...

Temerosos de que no se nos proporcionara otra ocasion, quisimos probar su fuerza en el dinamómetro; prestóse á ello de buena gana, y la aguja llegó hasta 13 1/2, punto adonde nadie habia llegado aun desde nuestra partida; pero su vigor venal no estuvo en proporcion con el de las manos.

Kookini prometió al comandante un sitio á propósito para establecer su observatorio; y le aseguró que el punto en donde haria sus observaciones seria *tabou* (sagrado) para todos los habitantes; pero previno que antes de darnos los viveres que necesitábamos, era indispensable que lo avisase al rey, para lo cual se requerian tres ó cuatro días. Sin embargo nos aseguró que podríamos procurarnos en tierra algunas provisiones, mediante objetos de cambio ó de piastras; y que en cuanto al agua era bastante difícil, puesto que no la habia dulce por aquellos alrededores porque los naturales la bebían salobre. Y ademas, añadió, que si queríamos mudar de ancladero, emplearia todo su influjo para que obtuviésemos cuanto nos fuese necesario.

Satisfechos de sus oficiosos ofrecimientos, dispusimos trasportar los instrumentos á tierra.

—¡Vaya el maldito! me dijo Petit, viendo bajar á Kookini, el buque se deslustra; en hora buena, marineros de este calibre, cojerian desde el mismo puente un rizo de la vela mayor; ¡buena compañía de cazadores formarian doscientos ó trescientos de estos truhanes así conformados!

—No te has atrevido á reírtele en la cara, como con el monarca guebeano.

—A lo mas, me hubiera podido reír á sus rodillas.

—Es decir que te ha causado miedo.

—¡Miedo, él! ¡Pues bien! os juro que me pagará lo que ahora acabais de decirme.
—Es una burla mía; te conozco y sé que no temes á nadie.
—Y mucho menos á él, como tampoco á cincuenta

como él. Dígame, señor Arago; ¿es cierto que es el gobernador de la ciudad?
—Es verdad, y nos ha prometido viveres.
—¿Sí? Es un guapo chico. ¿Ha prometido también aguardiente?



Kookini.

—Sí, también.
—Es un César. ¿Es aguardiente de Coñac?
—De ningún modo, aquí le llaman *ava*.
—¡Ah Bah!
—Ava.
—Ya he comprendido. ¿Embriaga?
—Mucho más que el Coñac.
—En este caso, ¡viva el ava y el noble gobernador

Coquini!

Grande y segura es la rada de Kayakakooah; defiéndenla altas montañas de los vientos más constantes; y la punta Kowrowa, en donde pereció Cook, situada en el Norte, y la de Karaah en el Sur, impiden que sea en ella jamás gruesa la mar. Hermosa es la playa; presentando un abrigo seguro á las embarcaciones algunos edificios y dos calzadas que avanzan bastante.

Considerable estension cuenta la ciudad Kayerooah, pero las casas, ó por mejor decir las chozas, están tan distantes unas de otras, en especial en la pendiente de la colina, que apenas se puede creer que formen parte del grupo que se ve en la llanura, en donde hay á lo menos pequeñas sendas que figuran convenientemente calles y pasadizos. Hay muchos edificios contruidos con piedras y argamasa; y los demás con tablas, con esteras, ó con hojas de palmitos muy bien atadas entre sí é impenetrables por el viento y la lluvia. Casi todos los techos están recubiertos de fuco, lo cual les da una maravillosa solidez; y algunas vigas bien ajustadas y sujetas por ligaduras de cuerdas de banano les aseguran muchísima duracion, y desde que frecuentamos países semi-sal-

vajes, me parece que las cabañas de Owhyee son las mejores. Casi todas tienen un solo cuarto, adornado con esteras, calabazas y algunas telas del país; y allí duermen mezclados padre, madre, hijas, hijos, y á veces también los perros y los cerdos.

Hay dos ó tres edificios que vistos desde la rada tienen bastante buen aspecto, y casi desearía uno encontrarlos, por decirlo, así aislados en medio de ruinas. El mayor es un almacén que se distingue de las demás casuchas por su blancura; pertenece al rey quien le hace servir para trastera ó almacén de sus muebles, si bien no se atreve á depositar allí sus tesoros que los guarda bien enterrados en un subterráneo. El otro edificio es un *morai* en la estremidad de una calzada que se adelanta hácia la rada; y el tercero es una casa que pertenece á uno de los principales gefes de Riouriou, el cual, antes de abandonar la ciudad le había mandado *tabouer* para alejar de él á los curiosos y á los ladrones. Me dieron á entender que el que intentara entrar en ella sería condenado á muerte, y que el dueño de dicha casa era un hombre muy cruel y muy poderoso. El cuartel del Norte de la ciudad tendrá como un centenar de casas, la mayor parte de las cuales no tienen más allá de tres ó cuatro pies de altura y seis de longitud. Son tan bajas las puertas que apenas se puede entrar por ellas, sino arrastrando el vientre, respirándose en aquellas infectas chozas un aire capaz de trastornar á los que no están habituados á respirarlo.

Ya sabeis lo que suelo hacer en cada escala; y que lo que me agrada ver lo primero es lo que temo ver no más que una vez, y sobre todo lo que desdeña a

muchedumbre. Cook cayó entre Kayakakooah y Karakakooah. Iré á arrodillarme en el sitio fatal, no mañana, sino hoy mismo, una hora despues de haber puesto pie en tierra. Algunas cortas noticias nos bastaron, y tomamos pocas provisiones, porque en aquel país nadie se muere de hambre. Tomé mi cartera, me despedí de mis amigos, y héme ya en camino. Apenas habia anclado algunos pasos, sentí que me daban algunas palmadas en la espalda.

—Perdóneme V. la libertad, me dijo Petit, soy yo.

—¿Qué quieres?

—Acompañarle á V.; porque he sabido que iba V. allá abajo á saludar algo, y yo me pudro á bordo.

—¡Pues bien! quédate en tierra si te han dado permiso para ello, y déjame tranquilo. Voy á hacer una peregrinación, que es un piadoso deber para cualquiera que tiene ocasión de cumplirlo, y allí no se va ni para reír ni para emborracharse.

—Le juro á V. que no me emborracharé ni me reiré; ved, estaré triste como si hubiese perdido á Marchais, como si se hubiese V. *desmastelado* de un brazo. ¿Acaso no estubo contento de mí en aquel pueblo de sarnosos, en las Marianas?

—Sí, pero es necesario...

—Está dicho, le acompaño á V.

—Nada te he prometido, y para...

—Basta, ya sabia yo que V. consentiría; no es V. tan bestia, que deje V. aquí solo á Petit; porque estoy seguro que haria alguna barbaridad. ¿Cómo se llama pues aquel á quien vamos á llorar?

—Cook.

Segun parece era el *Coco* de los marinos de su tiempo. Y estos ladrones lo mataron... ¡Y V. prohíbe que se le sacuda! Esto carece de sentido comun; V. se deteriora, señor Arago. El primero que tan solo nos mire de reojo, de un solo movimiento de mi mano derecha le hago virar de bordo de una á otra banda.

—Cuidado; nunca serás mas que un pendenciero.

—Dicese que esto no se cambia así así, y moriré con ello.

Y así conversando, nos adelantamos á lo largo de la playa sin guijarros. Pronto vimos un pueblecillo llamado Kokooah; y en él entramos Petit y yo, y la primera palabra que pronunció mi marinero á un insular sorprendido y casi aterrorizado por nuestra presencia fue *ava*.

—*Aroué*, respondió el sandwiguiano, *aroué* (no, no tengo de lo que pedis).

Petit respondió una de las suyas.

—Cállate y ven; eres un borracho.

—¡Borracho! ¡medios de serlo cuando nada tiene uno para beber!

Poco á poco, llamados por un grito del isleño á quien acabábamos de hablar, salieron otros veinte de las chozas y nos rodearon con una curiosidad, ó por mejor decir, con una importunidad sumamente incómoda. Las jóvenes sobre todo estabau tau cargantes que no pu limos librarnos de ellas sino á fuerza de granos de vidrio, de dijes de laton, y de espejitos. Con solo un pañuelo hubiéramos conquistado toda la poblacion.

Estas mujeres eran tan atrevidas y bien formadas las de Kayakakooah, y presentabau mucho mas que en la capital un carácter de virilidad que daba gusto el verlo. Cuanto mas nos adelantamos, tanto mas áspero y pedregoso era el terreno: en ningún punto se veía camino trillado; por acá y por acullá algunos grupos de papyrus daban un poco de sombra al viajero; pero por los demas presentaba el terreno una aspereza tanto mas rígida cuanto que ningún riachuelo que descendiere de las montañas deramaba la vida en las raices del mas pequeño arbusto.

Pronto se nos presentó un nuevo pueblecillo, mas

alegre que el primero, al derredor de un inmenso montonde lava vomitada por Mowna-Laé. Petit pronunció al entrar su palabra favorita *ava*; y una joven bastante agradable por medio de señas le dijo que se esperara, y le trajo algunos sorbos en un vaso de coco.

—Petit, le dije con tono severo, si bebes, te dejo aquí, te lo juro.

—Pero no es posible, mi garganta está ardiendo, y necesito refrescarme.

—Nadie se refresca con fuego. Tira este licor.

—Lo mas que le puedo conceder á V. es no beberlo. Pero tirarlo, equivaldria á que V. me mandase apalear á mi padre ó darle á V. un puntapié.

Petit devolvió refunfuñando el vaso á la joven, y yo hice aceptar á la complaciente sandwiguiana, sin pedirle nada en pago, una liga roja que mucho apreció.

Ibamos á dejar ya las últimas casas del pueblo, escoltados y casi amonazados por las mujeres, indignadas de nuestra castidad, cuando llamaron nuestra atencion unos gritos salvajes que salian de una choza.

—Por allí descuartizan á alguno, me dijo Petit llevando la mano al puño de su machete; porque estos pillos no saben hacer otra cosa. ¿Quiere V. que vayamos á escudriñarlo?

—Espera, quizas cesará el ruido.

—No, vea V. como redobla. Aquí rien como nosotros lloramos. Será posible que estos aullidos sean canciones del país.

—Sígueme; pero sobre todo mucha prudencia; aquí no estamos seguros, y ya sabes que para la venganza, no son blandos los sandwiguianos.

—En todo caso, si osan atacarnos, les probaremos que nosotros no somos cocos tan fáciles de comer como aquel de que V. me habló al partir.

Nos encaminamos á la cabaña en donde con mas fuerza que nunca resonaban los gritos frenéticos, y en ella vimos, temblando tendida en una hermosa estera, con la cabeza apoyada en un almohada china muy dura y cubierta con una tela encerada perfecta y lindamente entrevesada, á una mujer en los dolores del parto. Alrededor de ella habia una docena de mujeres de todas clases, en cucullas, le tenian cogidos pies, manos y cabeza y voceaban tanto que bien hubieran podido despertar á los muertos y matar á los vivos. De cuando en cuando, una sola, jadeante y recitando en voz baja ciertos palabras muy rápidas, se arrojaba por decirlo así, sobre la pobre paciente, le hacia oler granadas, le mojaba la cara con un lienzo empapado en agua amarillenta, y le golpeaba los miembros doloridos de la infortunada con tal violencia que bien debia debilitarse cualquier dolor al lado de aquel que causaban sus nerviosos dedos. A nuestra vista hubo un momento de silencio, pronto interrumpido por nuevos gritos brindándonos á que con ellos, juntáramos los nuestros; levantáronse luego todas las mujeres, menos cuatro que tenian cautivos los pies, las manos y la cabeza, y la espumosa horda, se puso á bailar en circulo como si asistiese á una orgía. No hubo medio de eludirnos, viéndonos obligados, Petit y yo, á hacer otro tanto, y mi maldito marinero se puso á hacerlo de tan buena gana que movia él mas jarana que cuatro de las mas robustas guarda-enfermas.

Un cuarto de hora despues de nuestra entrada en la cabaña, Owhyé cantaba un nuevo *ciudadano*.

Llevaron la criatura á orillas del mar y despues que hubimos distribuido algunas fruslerías de vidrio á aquellas bacantes en sudor, continuamos nuestro camino hácia la sagrada punta.

Ningun notable incidente vino á distraernos de la triste monotonía del paisaje, y aunque franqueamos barrancos bastante profundos, jamas vimos el

mas leve rastro de una corriente de agua dulce. Triste y lúgubre era aquello.

Llegamos por fin á Kowlowa, el cual nos señalara con el dedo dos naturales sentados en una piragua, como si hubieren comprendido el motivo de nuestra caminata. Desplegóse ante nosotros la rada de Karakakooah, y me coloqué con la cabeza descubierta sobre la lisa roca en donde supuse que había sido mortalmente herido el noble capitán, y me acordaba con funesto dolor de aquel funesto día en el cual había sucumbido el mayor marino de que puede enorgullecerse luglaterra.

—Tome V., me dijo Petit, en quien no soñaba, plante V. aquí este joven banano que acabo de arrancar de allí bajo; estos satánicos *vestidos rojos* no le han puesto ni siquiera una piedra ni una cruz con su nombre. Seamos mas justos que ellos, y sirvale eso de alegría.

Así lo hicimos. Dibujé el sitio fatal y el fondo de la rada de Karakakooah, en donde se descubre una vegetacion bastante rica y una ancha alfombra de cocos bajo los cuales hay un gran número de chozas, y nos volvimos silenciosos por el mismo camino que habíamos pasado.

Mas veloz que nosotros caminaba la noche; y tuvimos que pernoctar en un pueblo donde ya nos conocían y nos esperaban; distribuimos á las importunas mujeres todas las bagatelas de que prudentemente nos habíamos provisto, y merced sin duda á nuestra generosidad, no nos vimos inquietados por aquella especie de mendigos, que quieren que se les de, pero que, en compensacion tambien dan algo. El egoismo no es en manera alguna dominante en los sadwiquianos.

XLV.

ISLAS SANWICH.

John Adams. — Morai. — Costumbres. — Suplicio.

AGUARDÁBAME sir Adams en su habitacion porque habiendo visto á bordo que yo dibujaba, me rogó le hiciera su retrato, en lo cual habia consentido. Su casa, mucho mas ventilada que las que hasta entonces habia visitado, estaba mueblada con gusto. Veíase en ella una elegante cama, pero sin colchones, dos sillas de mimbre muy limpias, una mesa de caoba, un gran número de hermosas esteras, y muchas almohadas indias entreveradas de un modo muy original. Veíanse algunos trofeos militares en las paredes, que yo codiciaba con mis miradas, y en un mal marco, el retrato del gran Tamaha, pintado por no sé cuál vidriero viajante.

Al verme entrar Kookini, se levantó y me tendió la mano; luego me senté en una estera de Manila, y apenas me habia instalado en ella, se me presentaron dos mujeres de unos veinte años, me acostaron, apoyaron suavemente mi cabeza sobre una de las mas ricas almohadas, y principiaron á golpearme á gritos y con tal fuerza que me estaban magullando. Rogueles que cesaran tan esquisita y delicada cortesania, y dí mil gracias á mi dos vigorosas antagonistas haciendo les aceptar un espejito y dos tijeras, cortos regalos que aceptaron con vivas demostraciones de agradecimiento, puesto que me propusieron volver á principiar inmediatamente la operacion que les habia rogado interrumpieran.

Por lo que hace á Kookini, luego que le hube hecho el croquis, al cual dió un gran beso, me dió á probar un esceleute vino de Madera, en vasos de cristal, y me convidó á comer para el día siguiente. Luego, regalándome una almohada, una estera y una de aquellas hermosas almohadas colgadas en las paredes de su palacio, me preguntó si estaba contento de él, y si le honraria con nuevas visitas. Respondíle que

no pasaria ningun dia en Kairooah sin ir á verle, y nos separamos hechos los mejores amigos del mundo.

Al salir vi, acostadas sobre esteras y envueltas en una inmensa cantidad de lienzos de papyrus, á las dos esposas de Kookini. Figuras dos seres monstruosos, locas ó hipopótamos. Aquellas enormes masas constituyen en aquel pais la verdadera belleza, para la cual no se atiende realmente sino en razon del volúmen, y cualquiera esbelta vivaracha parisien se seria allí tratada con desprecio. Por lo demas, aquellos informes colosos tenian un carácter de fisonomía lleno de dulzura y de bondad, sus pies y sus manos eran maravillosamente delicadas; y los dibujos que adornaban sus mejillas, sus espaldas y sus piernas de elefante, estaban hechos con infinito arte, y una de ellas tenia hasta la lengua pintada. Pero paciencia; aquellas dos Vénus de Kookini no son mas que pequeñas miniaturas; y otras hechiceras y arrobadoras maravillas me aguardaban en Kolaí.

No hay choza alguna en Kairooah en la cual, al presentaros, no os propongan golpearos como primera ceremonia de recepcion. Hecho esto, vergüenza y peligro hay en permanecer cerca de las mujeres que las habitan, perpetuamente tendidas en esteras de trama mas ó menos delicada, y nada indica que la moral y la civilizacion vayan á regenerar á aquel pueblo, el cual, por otra parte, quizas no desearia progreso.

Hermoso era el dia; y yo le aproveché en recorrer la ciudad y en en rar en un gran número de casas. Por todas partes acostados la pereza y el vicio bajo enormes piezas de taparrabos; por todas partes una vida entregada al sueño; y el disgusto se mezcla con la indignacion para lisonjear á gefes, á gobernadores y á un rey, los cuales dejan en las mismas puertas de la ciudad tantos terrenos incultos, cuando la privacion y la miseria devoran tan gran número de familias. En una de aquellas chozas, en lo alto de la colina, encontré á cuatro jóvenes, con la cabeza semi-oculta en los cuatro ángulos de la habitacion, que lloraban, gritaban y pateaban á la vez; luego, á una señal que dió otra mujer de mayor edad, sentada en medio, volvieron la cabeza, se miraron un instante riendo, volvieron á tomar, un minuto despues, su primer ejercicio con verdaderas lágrimas, rieron de nuevo, y por fin se reunieron, pacíficas y satisfechas, alrededor de la mujer que al parecer presidia aquella singular escena. Quise averiguar la causa; pero me fue imposible darme á entender; de suerte que aun ignoro si era aquello una diversion, una alegría, ó una escena de luto.

Por lo demas ofrecieron con muchísimas instancias la ceremonia del golpeo, pero yo recliné las fervientes súplicas que me dirigian al efecto, pero no sin haber enriquecido á aquellas truhanescas cómicas con un anzuelo, algunos alfileres, una cinta de color de rosa, y esprejito de dos sueldos. No habia visto tan lindas muchachas en Kairooah, ni en parte alguna las habia encontrado que tuviesen mas gracia ni mas encantadora sonrisa.

En una casa vecina á esta, en la cual entré porque estaba la puerta cerrada, á nadie encontré; pero en el fondo, en una tabla de madera sostenida por cuatro pies artísticamente cortados, habia un bustito de Napoleon en yeso bronceado, rodeado de lindos peces secos mezclados con hojuelas de banano finamente dentadas.

Mientras estaba ocupado en delinear aquel grotesco monumento, entró el dueño de la habitacion, y me dijo con tono grave y solenne estas tres palabras pronunciadas con gran dificultad: ¡Kook! ¡Tamahanah! ¡Napoleon!

Debía ser el Tácito de la ciudad, el historiador en honor del archipiélago. Saludéle afectuosamente, y me tendió la mano de un modo tan grotesto y tan

fantástico á la vez que poco le faltó no me eché á reír en sus barbas.

Poco se tiene que andar para ir de la ciudad á la alta colina que preserva á la rada de los vientos del Nor-Oeste, y yo me entretenía en mirar desde allí solo aquel hermoso, imponente y pintoresco paisaje. De aquella colina sacan los habitantes toda su subsistencia, y arde en cólera el corazón á la vista de dos desiertas y abandonadas llanuras que circunscriben á ricos terrenos.

Con efecto, allí, los cocos, las rimas, los bananos, los tamarindos y los palma-cristi tienen una sávia admirablemente vigorosa, mientras que en el pie ninguna plantación, ningún ramillete ni grupo de árboles, se presentan para proteger á los naturales de aquella acusación de pereza de la cual les han lisonjeado todos los viajeros.

En verdad, si se asiste á las comidas de los sandwiquianos, que apenas comen sino cuando tienen hambre, quizás se preguntará de qué les servirían las tierras labradas y las ricas plantaciones de útiles arbustos. Y nos habíamos admirado en las Marianas de la sobriedad de los habitantes de Guham, y allí un mariano sería un tragon ó un ogro que se debería espulsar de la isla, y un europeo moriría allí de desfallecimiento si hubiere de contentarse con la ración del mas voraz sandwiquiano.

Tamahama, durante su reinado tan agitado y tan glorioso, había concedido terrenos á aquellos súbditos suyos que consintieron en cultivarlos, reservándose castigar á los demandadores que no hubieren cumplido su obligacion con actividad; pero su hijo Riouriou ha dejado obrar al pueblo segun sus caprichos, y las tierras han permanecido estériles.

Por lo demas, aquella triste apatía de los sandwiquianos para el cultivo, se da á conocer en todos los actos de su vida, y tal es el resultado necesario de la inercia de su rey. Levantaba Tamahama la voz para anunciar una batalla que se habia de dar á los enemigos que su padre le habia legado, al momento estaban prontas todas las poblaciones; hombres, mujeres, niños y ancianos se ponian impacientes á las órdenes de intrépidos gefes; cada cual en medio de la confusion, cumplia con su deber de guerrero fiel y desinteresado, y se consolidaba la paz. Hoy dia se dice que el rey de Asoai ha levantado el estandarte de la independencia, que es permanente una lucha entre ambos monarcas, y ninguna poblacion se agita, ni ningun soldado sueña en guerrear, durmiéndose Riouriou en medio de sus mujeres.

El gobernador Kookini tiene dos casas en Kai-rooah; la primera, en donde me recibió, es su casa de recreo; y la segunda es su ciudadela, defendida por dos obuses en los cuales se lee: *República francesa*. No lejos de allí, y junto al gran morai, hay una especie de muralla de tierra y canto, en donde están asestadas como unas veinte piezas de pequeño calibre, protegidas por casamatas ó tinglados cubiertas por hojas de coco. Hay allí cinco ó seis guerreros desnudos, con un fusil en el hombro, y paseándose rápidamente de uno á otro extremo de la fortificación.

El centinela, por el contrario, se pasea muy poco á poco á lo largo de la muralla que mira al mar; y al sonido de una campanilla que agita otro centinela, el primero se vuelve para continuar sus evoluciones. Cada faccion dura un cuarto de hora, y es por cierto bastante para estenuar la constancia y la fuerza de aquellos guerreros. Junto á aquel grotesco baluarte, que en menos de un cuarto de hora le tomaria una compañía de nuestros cazadores armados con látigos, se debe pasar para ir á visitar la tumba de Tamahama, hacia la cual nos dirigimos tranquilamente Berard y yo, á pesar de algunos siniestros avisos.

Dos sandwiquianos que habíamos tomado por guia

nos acompañaron hasta la ciudadela, rehusando pasar mas adelante y pronunciando con terror la palabra *labou* (sagrado); pero viendo bien fija nuestra resolucion, nos rogaron que torciéramos algun tanto el camino para ir á tributar un homenaje de respeto á las cenizas de uno de sus mas queridos y gloriosos gefes. Una piedra labrada, de tres pies de largo y dos de ancho, mostraba el lugar sagrado, al cual devotamente se aproximaron los dos sandwiquianos pronunciando algunas palabras en voz baja, entre las que creí oír la voz Tamahama; luego escarvaron con sus pies el terreno inmediato á la piedra, la dieron algunos golpes con el talon, y patearon de un modo muy grotesco.

Después de esta ceremonia, nos rogaron que hiciéramos lo mismo, á lo cual nos prestamos de muy buena gana. Berard sobre todo brincaba como un cabrito, y me miraba sin reír; y yo tomé muy á pecho la alegría, de suerte que si los dos sandwiquianos no hubiesen quedado satisfechos de nuestros testimonios de afecto y de respeto á su héroe, hubieran sido en verdad muy ridículos y muy injustos; pero no sucedió así, sino que por el contrario poco faltó para que en su satisfaccion no nos adorasen como á uno de sus dioses de boca abierta.

Antes de entrar en el morai, que los sandwiquianos miran como un lugar sagrado y reverenciado, presenté al viajero un edificio sólidamente construido con fuce bien reforzado, formando salida en los ángulos, y recubierto por una cuádruple capa de hojas de banano entrelazadas con admirable artificio. Tiene cuarenta pies de altura, y es impenetrable á la simple vista. La puerta de la entrada es baja, de madera rojiza, con algunas cinceladuras y cerrada por sólidas vigas en cruz y un enorme candado. Es el sitio en donde se conservan piadosamente los restos del gran rey, cuyo nombre no se pronunció allí sino con respetuosa veneracion. En vano procuramos Berard y yo, llevar nuestra indiscreta vista hasta el fondo del monumento; por todas partes una doble pared muy unida y compacta castigó nuestra curiosidad, y cuando creyéndonos al abrigo de cualquiera investigacion, intentamos abrimos paso hasta mas allá de la primera cubierta del sepulcro, hirió nuestros oídos un grito terrible que lanzaron tres sandwiquianos ocultos en una pequeña choza, y encargados de la custodia del sagrado lugar, y la palabra sacramental *tabou* nos detuvo instantáneamente, porque ignorábamos que fuese gran temeridad en despreciarla.

Sin embargo, aparentando curarnos poco de las amenazas de los naturales que nos miraban desde la playa, del campo atrincherado y del límite del terreno sagrado que ninguno se atrevia á franquear, entramos en el morai, cerrado por un seto de dos pies de altura. Apenas hubimos pasado el umbral de la puerta, echáronse de rodillas los isleños mas inmediatos, luego con el vientre en el suelo, y poco después se levantaron pareciendo admirados de que aun no nos hubiese consumido el fuego del cielo. Así pues, aprovechándonos del permiso que nos concedia la clemencia de sus dioses, visitamos y estudiamos en sus mas pequeños detalles aquel campo del eterno reposo.

Viene á ser un espacio casi cuadrado de trescientos cincuenta pasos por lo menos, en el cual están erigidas en desórden, unas en pie, y otras sentadas en estadas de color rojo, las estatuas de los buenos reyes y príncipes que han gobernado la isla. Colosales son aquellas estatuas groseramente esculpidas, la mayor de aquel morai tiene catorce ó quince pies de altura, no bajando de seis la mas pequeña. Todas tienen los brazos estirados, las manos cerradas, las uñas largas y gancludas, los ojos negros, y la boca abierta. Aquella boca es un enorme horno en donde de dia deja el sacerdote las ofrendas que le confían

los fieles, las cuales va á recojer de noche, anunciando al crédulo pueblo que ya están satisfechos los dioses. En la boca de una de aquellas imágenes habia aun, semi-cerrompidos, grandes pescados, fruta de banano y dos ó tres piezas de lienzo de papyrus, mientras que otros muchos llevaban en sus espaldas restos de aves de plumas encarnadas, pegados por medio de un mastic negro y viscoso.

Ya he dicho que las estatuas sentadas ó en pie recordaban los reyes venerados; pero ademas habia otros ídolos echados en el suelo y semi-cubiertos por guijarros figurando los príncipes ó gefes entregados al desprecio y execración de los hombres. Doce estatuas en pie, y tan solo tres derribadas. ¡Felices isleños! ¡Mucho os ha protegido la bondad de vuestros dioses! En medio del morai hay una especie de fábrica de albañilería mucho mayor aun que el sepulcro de Tamahamahi, y construida con igual solidez, en el cual se conservan con bastante indiferencia muebles europeos de gran valor que son los regalos que hace pocos años hizo el rey de Inglaterra al poderoso monarca de las islas de Sandwich. Jorge IV recibió en cambio de aquellos magníficos muebles cuyo uso apenas saben allí, capas de plumas, cascos de mimbre y muchos abanicos de junco muy Lien trenzados, que hoy día adornan una de las salas del hermoso paseo de Londres. Siempre ha de haber atenciones entre primos.

A la vuelta del morai, nos vimos rodeados, Berard y yo, por los naturales con una curiosidad tan solícita y tan medrosa, que bien conocimos se hallaban pasmados de vernos sanos y salvos de tan peligrosa expedición.

Al otro lado de la ciudad hay tambien un morai infinitamente mas cuidado que el primero, y adornado á lo menos por unas treinta estatuas, todas en pie, dotadas casi todas con ricas telas y deliciosos frutos. Pero de todos aquellos cementerios el que sin contradicción es mas hermoso se halla dominando á Kairooah, á la izquierda de un camino que conduce a Kowlowah; aquel es verdaderamente magnífico, teniendo esculpidas con el mayor esmero las imágenes de los reyes. El vallado que le cerca, formado por estacas de coco, tiene cuatro pies de altura, y por todas partes, sobre pulimentadas piedras, se ven en haces trofeos de armas, lieuzos doblados con el mayor cuidado, frutos que se renuevan diariamente, y á menudo tambien hermosas cabelleras, las cuales solo los dioses las aceptan en ofrenda, puesto que lo demas pasa á ser pasto del hipócrita sacerdote de aquellos lugares de reposo.

Sin embargo, en honor á la verdad, debo añadir que la mayor parte de aquellas estatuas tienen posiciones muy licenciosas, y que los mas ricos y numerosos presentes se ven sobre todo en sus pies.

En medio de aquel vasto cementerio hay un inmenso maderaje, de mas de cincuenta pies de altura, construido con bastante solidez, en donde flotaban en el aire voluminosas telas del país, racimos marchitos de banano, cocos reunidos en monton, y en el centro, sobre un tablado ó andamio, el blanqueado esqueleto de un becerro.

Tocar aquellos restos, y aquellas ofrendas de un amigo á otro amigo, seria esponerse á grandes peligros por parte de los naturales, que quieues jamas entran sino temblando en ciertos momentos en aquellos días en que los sacerdotes no han *tabou* á los hombres y á los cementerios.

Pero no tan solo se consagra el campo del reposo, no solo se ven rodeados los ídolos por tanto respeto merced á la astucia y á la hipocresía, otro tanto sucede en los alrededores de los morais, en los árboles inmediatos desde los cuales podría descubrirse el fraude, en las colinas poco lejanas que dominan el secinto; los sacerdotes sanduquianos saben admira-

blemente su oficio, y el pueblo cierra los ojos cuando le dicen ellos que no debe abrirlos.

— Ya me olvidaba de añadir que en aquel lugar de luto en el cual se juegan tantas truhanerías, y en el cual tantos robos y sacrilegios se cometen, se hallan en pie casi todos los ídolos (uno sobre todo domina sobre los demas en toda la altura de una cogulla roja, apuntada y de seis pies de largo); que dos príncipes semi-buenos se hallan tambien semi-echados, y que uno solo está vergonzosamente tendido sobre guijarros y oculto bajo arbustos parásitos.

Por lo demas, ignoro si aquellas ovaciones ó aquellas adulaciones, se hacen antes ó despues de la muerte de los reyes, gefes ó gobernadores, siendo eso precisamente necesario para apreciar la justicia de los juicios.

Dos sandwignianos y dos mujeres jóvenes llegaron á aquel morai algunos momentos despues de mí, y se aproximaron á un ídolo levantado en uno de los ángulos del recinto. El visitante de mayor edad se paró primero, y luego, murmuraudo entre dientes algunas palabras, se adelantó lentamente hasta el pie de la imagen sacándole tres veces con su cabeza: dió la vuelta alrededor de ella agitando los brazos y las espaldas como un hombre que se halla irritado por comezones. Imitóle á su vez el segundo sandwigniano, y, á ejemplo suyo, pasearon las dos jóvenes alrededor del dios de madera; pero como no podian sacarle los pies con sus cabezas, los hombres las levantaron, completando así una ceremonia regular. Hecho esto, principiaron de nuevo á las mil maravillas los rezos, pronto brotaron las palabras mas fuertes y mas rápidas, y por último estallarou como un violento huracan.

Media hora duró la oracion, y cuando todo se lo hubieron dicho y hecho, marcháronse los cuatro piadosos individuos, pero caminando hacia atras y á saltos. Ademas noté que las jóvenes á quienes se habia enseñado aquellos gestos y pataleos tan febriles, lo hacian con toda su alma, porque todo su cuerpo se hallaba bañado en sudor, y en sus inflamados ojos brillaba un ardor verdaderamente belicoso. Dependerá eso quizás de que la fé se hallaba ya algun tanto debilitada en el corazon de los de mas edad.

Crédula es la infancia, lo mismo que la vejez; pero algo mas reacia para las creencias es ya la edad madura.

Para juzgar bien á los viros, preciso es seguirlos á menudo cuando van á visitar á los muertos. Apenas osa nadie mentir ni disfrazarse ante aquellos á quienes se cree con poder de Dios para salir de las tumbas y leer en el fondo de las almas. Solo el miedo y el interés inspiran la mentira.

Sin embargo, tambien en los vivos se encuentran útiles lecciones, y, todo comparado, hácese en medio de ellos los mas curiosos é instructivos estudios. Salime pues del triste morai y recorri la ciudad. ¡Ay Dios! Como de costumbre se hallaba aletargada Kaiwoah, y tan solo algunas jóvenes ansiosas de ralea y ávidas de las bagatelas europeas repartidas profusamente por nuestros marineros, caracoleaban por la playa. Me dirigí al embarcadero y me encontré en presencia de un inmenso cobertizo en donde estaban amontonadas y protegidas por sólidas casamatas, un prodigioso número de sencillas y dobles piraguas de belleza verdaderamente maravillosa.

Los muebles de nuestros mas hábiles ebanistas no aventajan á aquellas embarcaciones por la finura del trabajo y la delicadeza de los detalles. La piragua mayor tenia setenta y dos pies franceses de longitud por tres en su mayor anchura, y las diversas partes de madera que sostienen el balancin, se hallan nudadas al casco por medio de cuerdas hechas de banano. Imposible de explicar es la habilidad y solidez con que están hechas aquellas ligaduras. Una doble piragua,

menor que la primera tenia setenta pies de longitud, y la quilla estaba pintada de negro, al cual se da un magnifico barniz con el jugo de una flor amarilla muy comun en toda la isla.

Fácil es de explicarse el prodigioso número de piraguas que poseia. Tamahannah por el humor belicoso de aquel príncipe, quien, un año antes de su muerte, habia proyectado la conquista de todos los archipiélagos del mar del Sud. Dicese que tenia mas de diez mil piraguas, cuyo número se aumentaba diariamente puesto que habia muchísimos trabajadores que no se ocupaban mas que en construirlas.

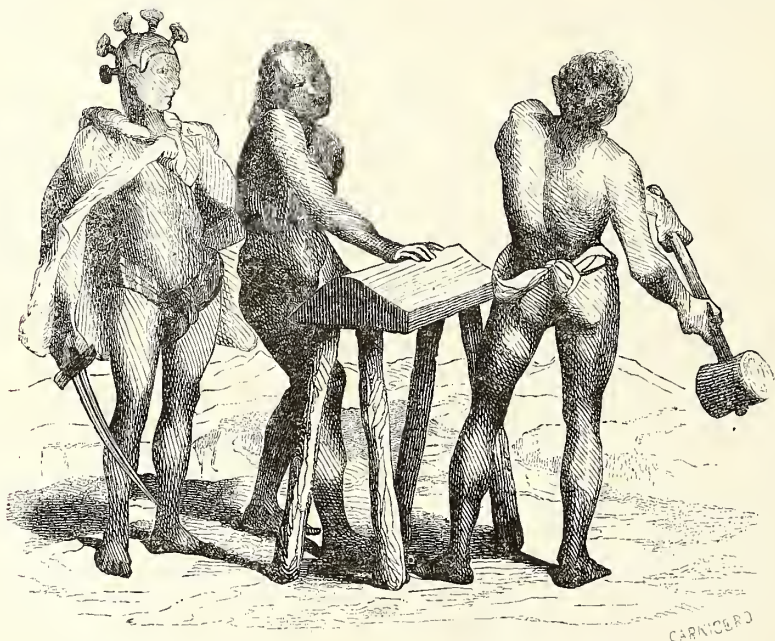
Pero su hijo Riouriou, sarnoso y bastardeado, todo lo dejó perder; difundese la pereza hasta á los mas útiles establecimientos; cuando todo les amenaza en el exterior, duermen como él sus oficiales y sus soldados; y en aquel inmenso cobertizo, en donde se hallaban estrujadas mas de ochenta piraguas, no habia mas que un trabajador, dormitando, apático, dolorido de su inacción, y encorbado bajo el peso del pequeño y ligero instrumento llamado *toé*, parecido á nuestras azuelas, que se pouden en movimiento con una sola mano, y por medio del cual se alhucan y pulimentan aquellas admirables piraguas. Riouriou es un gran príncipe que comprende maravillosamente que el trabajo y la industria son la primera y mas sólida fortuna de los pueblos.

Abandoné el cobertizo, y, sin sospechar el espec-

táculo que me aguardaba, seguí á un centenar de personas que con paso apresurado hacía la sagrada piedra que por la mañana, Berard y yo habíamos dado tan locos y piadosos brincos. Habían levantado allí un caballete agudo sobre dos piezas de madera, y alrededor, gravemente sentados, dos guerreros. Con sus cascos de mimbre con unas prolongaciones en forma de hongo, esperaban á un hombre que pocos momentos despues les condujeron. Uno de aquellos soldados iba armado con una maza y el otro con una cuchilla. Luego que llegó el paciente, resonó un golpe; oyóse un terrible grito, corrió la sangre, y el culpable, herido, habia perdido los dedos de la mano derecha bajo el corte del caballete. Si el paciente hubiese retirado la mano en el momento de la ejecucion, si la maza del hombre que hacia veces de verdugo no hubiese tocado al condenado, allí estaba la cuchilla para cercenarle la cabeza.

Despues de aquella horrible mutilacion que en todo duró dos ó tres minutos, se retiró la muchedumbre sin chistar; los dos guerreros rompieron la maza y el sable sobre la sagrada piedra, estrecháronse la mano y se fueron á ver á Kookini, á donde yo les seguí, mientras que el infeliz fue conducido al morais, en donde quizás le guardaba nueva espacion.

¿Cuál era su crimen? De haber intentado dar, segun se decia, un bofetón á la esposa de uno de los principales gefes de Kairooah. Kookini habia ordenado,



Castigo de un criminal en Sandwich.

el suplicio, porque la mujer ultrajada, era parienta cercana del gobernador, y el juicio en última apelacion habia sido pronunciado sin haberse tomado la molestia de oír al culpable. ¿Para qué la detencion en los procesos? Allí no hay abogado para defender, ni jueces para condenar ó absolver segun dicte la conciencia, y no por eso deja de ir la justicia... mejor.

Ignoro si á sir Adams le gustaron mis francas y europeas observaciones, y el lenguaje de mis ojos; pero si sé perfectamente que no me invitó mas á que le visitara, y que me marché de Koiá sin volverle á ver.

Hay ciertas privanzas que cierran todas las puertas; pero cuando fermenta la indignacion en un alma geuerosa, débil y cobarde es á la vez el que no la deja estallar.

XLVI.

ISLAS DE SANDWICH.

Contrastes.—Rarezas.—Costumbres.

Quizas no habrá en el mundo pais alguno mas digno de ser observado, ni que mas satisfaga la curiosidad, ni que en igual grado presente mas relaciones con el natural de los hombres que le habitan: os aseguro que es un estudio muy serio, y que entre tantos seres como pasan ante vosotros, no encontrareis dos escepciones que desmientan la regla general.

Un sol penetrante proyecta sus verticales rayos sobre todo un archipiélago; la mas lozana vegetacion lucha sin cesar contra las irritaciones de un suelo bi-

luminoso que todo quiere invadirlo, que de todo tiende á apoderarse; allí no hay ríos que le atraviesen ni lagos que le refresquen; mas si por todas partes amenazadora, terribles cráteres, y en algunos puntos tal esterilidad, que la península Perou sería comparativamente un lugar de delicias.

Contemplad, contemplad aquel inmenso Mowna-Laé, el cual es evidentemente el tercer hijo de una erupcion volcánica, y cuya base en el borde del mar, si es tan ancha débela á su ineficaz fuerza para hacer retroceder á sus terribles é innóbles vecinos el Mowza-Kayel y el Mowna-Roa.

¿Cuántos siglos han pasado desde que salieron de los profundos abismos del Océano aquellas imponentes masas? ¿Se han agrandado poco á poco, á la manera de aquellos gigantesco vejetales africanos que necesitan quinientos ó seiscientos años para crecer medio pie, ó quizás repentinamente, en una de aquellas horrosas sacudidas que transmiten su temible movimiento á lejanos continentes colocó el Mowna-Roa sus flancos al nivel de las mas altas nubes, y tan distante de su cabeza su pie? Graves cuestiones geológicas son estas que ningun observador puede resolver, y que hasta hubieran hecho cejar el alto pensamiento de Cuvier.

¿En dónde está la base de aquellos tres conos, el menos formidable de los cuales aplastaria aun bajo su inmensa mole al Pico de Tenerife? Echase la sonda á mas de una legua de anchura, y á las dos mil brazas no se encontrará fondo; aquello aterroriza á la razon. Suponeos por un momento que por la celeste voluntad se seca el Océano; y que os hallais colocados con el pensamiento al pie de aquellos montes, de por sí ya tan pavorosos, y decidme qué serian el Ilhmani y el Imat'aya, que majestuosos reinan en América y en el Tibet.

Pero hoy dia ya han desempeñado sus oficios los fuegos submarinos. Abogados bajo las masas que vomitaron, dos de aquellos conos hierven indudablemente aun en las profundidades de los abismos; pero nada surge de sus furiosos en la superficie, porque media una inmensidad desde la cabeza al pie de aquellos gigantes del mundo (1).

¡Y bien! estudiad al pueblo que vive alrededor de aquellos dominantes cráteres, y en él encontraréis un reflejo de aquella áspera y salvaje naturaleza que os hace temblar en vuestra admiracion. El sandwiguiano vive embrutecido, y es á la vez pesado y turbulento; su carácter es bueno por instinto, y sus maneras, lo mismo que sus inclinaciones tienen ciertos tintes de rudeza y que inspiran aversion. Fermentan en su pecho todas sus pasiones, y para que se exhalen es preciso una catástrofe; pero en este caso son terribles matan, aplastan y devoran. Cook murió en una de aquellas convulsiones; y así morirá cualquiera que intente luchar con ellas con armas iguales. Cuando aquel gran capitán se llevaba cautivo á bordo al rey á quien creia debía quejarse del hurto de que acusaba á sus súbditos, vióse á los isleños en medio de la metralla como avanzaban atrevidamente hácia la playa, y hasta en las olas, cargados con los heridos y los cadáveres de sus amigos. Tranquilos estaban por la vispera; y al dia siguiente recobraron su primitiva naturaleza; pero habia tenido lugar una erupcion moral, y la Inglaterra se vistió de luto.

Que baile, se divierta, regañe, acaricie ó amenace el sandwiguiano solo se nota en el momento de la explosion. Primero hay el reposo, al cual no hacen traidoras palabras ni miradas; verificase la sacudida galvánica; manifiéstase el delirio, y todo vuelve á caer, pasados algunos instantes, como el cadáver abandonado por la pila de Volta.

Raras veces está en pie el sandwiguiano; lo mas re-

gular es que viva sentado ó acostado, de suerie que podria creer que era para él la vida una pesada carga, y que á manera de sus volcanes, necesita que se le despierte. Acostado está cuando come, acostado cuando navega en sus piraguas; y entrad en sus cabañas y en sus chozas y le encontrareis acostado bajo un enorme volúmen de leves telas que le cubren sin fatigarle. No es el sueño su reposo, pero tampoco lo es el estar despierto; no le fastidia ni causa tedio aquella vida de estática quietud, puesto que se la da sin que se la impongan, y no comprende el movimiento sino como una necesidad. Llevad de comer á un sandwiguiano tendido en su estera, haced que llegue la ola hasta su morada para que pueda arrojarle á ella, procurad que se despierten aquellos aletargados miembros y al dia siguiente le encontrareis dispuesto á comenzar de nuevo la monótona existencia de los dias pasados, y no se cansará, mas que la marmota, de su subterránea habitacion.

Observad á aquel hombre tan escepcional entre otros tantos hombres diseminados por la superficie del globo. Tranquilo está el Océano, suave espira la ola sobre la muda playa, y ni la menor brisa agita las hojuelas de los pocos cocos; el hombre de quien os hablo, y á quien trato daros á conocer, semicierra los ojos, agítase con gran pesadez, y muévase dolorido y dormido. Pero cuando muje la tempestad, cuando resuena el trueno, cuando estalla el rayo, cuando rechinan los cocos heridos por la ráfaga veloz, y cuando la espumosa ola obra su voraz garganta y va á invadir la playa, ¡oh! entonces aquel hombre se halla en pie y dispuesto á combatir; pónese á orillas del mar, lánzase á él y lucha contra el terrible elemento que no le puede vencer; ya es otra naturaleza, ó por mejor decir, es una naturaleza que despertó de su sopor: preciso ha sido una cólera para encender la suya; admirable es, pues, la relacion que existe entre el hombre de Sandwich y el suelo que le mantiene.

Nada os digo de la infancia ó de la juventud; por do quiera semejantes é iguales en todos los climas menos en los lapones y en los grandanlezes, en quienes al nacer todo es ya viejo: vedla, en Sandwich, caprichosa, turbulenta, llena de sávia, gozosa y saltadora, los llama y los saborea; y gira un dia, cuando ya es vieja, y cuando ya han llegado los diez y seis años en que se siente fatigada, se detiene, se acuesta y se duerme; y entonces el leon pasó ya á ser marmota.

Habia allí demasiada fuerza y demasiado verdor, y todo esceso es mortal.

¿Sucede otro tanto en las islas cercanas á Owlyée? ¿Muévase solo el archipiélago por las mismas pasiones y por las mismas influencias? ¿Difieren los hombres de allí de los de aquí, y en proporciones iguales á la disimilitud de los terrenos? Ya lo sabré, porque Mowhée y Walho recibirán bien pronto nuestras primeras visitas. En Kayakakooah nos aseguraron que Atoai estaba en completa insurreccion contra Owlyée. Tambien Mowhée y Wahoo quieren sacudir al parecer el yugo que Tamahamah impuso á todo aquel grupo de islas. ¿Acaso no será aquello una revolucion política mas bien que una regeneracion social?

El gran rey que tantos prodigios habia obrado, y que se estaba preparando para la conquista de todos los archipiélagos del grande Océano Pacífico, legó á su hijo un cropo incapaz de ocupar. Corroído por la sarna, pronto será vencido por dos enfermedades mas crueles y mas devoradoras, cuales son la pereza y el embrutecimiento (1).

Tamahamah, gefe de un pueblo tan fuerte y tan

(1) ¡Ah! ¡demasiado lo adiviné! Ya dije en algunas cartas que entonces cual seria la suerte futura y no muy lejana del archipiélago de Sandwich: Ricourou y su mujer han ido á morir á Londres implorando un auxilio que ni siquiera se pensaba en

(1) Véanse las notas que van al fin de la obra.

aniquilado á la vez, habia de morir en medio de sus proyectos de gloria y de invasion.

No era dudoso el porvenir de Riouriou, quien no habia comprendido á su padre. No solo se observan en las naciones civilizadas reyes débiles que rigen á hombres fuertes. Entre otros privilegios poseemos el de la tontería de la cual casi tenemos el orgullo de engreirnos.

No concibo, por ejemplo, como pasa tan rápida la vida en un país en el cual todo cuanto nace es tan fuerte y tan robusto. En Sandwich es ya madre una niña de once años, á los diez y seis años lleva impresos ya en sus acentuadas facciones los caracteres de la madurez; á los veinte y cinco se aproxima á la vejez; y á los cuarenta y cinco ó cincuenta, llega ya casi á la decrepitud. En cuanto á los hombres, es menos limitada su carrera, lo cual provendrá de que luchan mas con la influencia del clima, ó de que les da mayor energía y vigor el género de trabajo que les imponen las necesidades de toda especie, en las cuales es preciso que piensen seriamente para sí y para sus familias. Pero tambien es no menos cierto que su vida es muy limitada siendo rarísimos en todo el archipiélago los ancianos de sesenta ó mas años. Si el huracán que se agita en el mar vomita su rabia sobre los peñascos de lava contra cuyas asperezas va á espirar, acuéstase el sandwiquiano, abrigase bajo su cabaña de coco y de fuco, y ronca al ruido de la tempestad; si la cólera de sus montañas amenaza á las poblaciones y estiende á lo lejos sus estragos, agáchase tambien el sandwiquiano bajo su cabaña la cual tiembla y espera la calma de la naturaleza. Está ya acostumbrado á aquellas sacudidas á aquellos desajustos que ni le admiran ni pueden espantarle. Por poco que inclínase su cabeza ante aquellas cóleras, á menudo tan funestas, habria contraste y mentira entre él y la tierra que le ha visto nacer; habria divorcio entre su naturaleza, y la que la muerte ha puesto bajo sus pies para que viva y se multiplique en ella.

Raras veces se irrita y se defiende el sandwiquiano del furor de las olas ó del de los volcanes; lo mas comun suele hacerlo de los ataques de los hombres. Lo primero es una necesidad que debe experimentar; y lo segundo es un insulto que debe vengar. En el primer caso inútil es la lucha; en el segundo, tacharía-sele de cobarde, siendo así que el sandwiquiano es valiente por naturaleza, porque es imposible que nazca cobardía en un país de continuo atormentado y agitado.

Por lo demas, estudiad el terrible Mowna-Kak que se cierne sobre la isla para algun dia devorarla; ved sus ardientes lavas como hierven en la superficie y sus fuegos en torbellino que presentan á la vista el singular y espantoso espectáculo de hornos subterráneos. Seguid aquellos abrasadores rios que llevan á los valles la muerte y la destruccion, aquellos profundos mugidos y aquellas horribles detonaciones de las baterías del crater que por todas partes se encuentran, y fácilmente comprenderás cuanta energía y audacia debe tener el hombre que consiente en habitarlos.

Si algun contraste ó alguna antítesis moral encontráis en mi rápido análisis sobre el sandwiquiano, proviene de que efectivamente existen; y de que en todo es el terreno de Nwhyé una mentira.

Con efecto, aquí una playa de guijarros, allí otra de arena; por un punto peñascos desplomados y agrietados al infinito, y por otro llanuras inmensas como si las hubiese gastado el frote de los siglos. Por acá una vegetacion vivaz; por allá una naturaleza rígida que procura á desterrarla ó destruirla; y luego la lava de cuyo traves salen agudas puntas de gra-

concederles, que el ministro *Kraimoukouh* (Pitt), á quien hicimos cristiano durante nuestra estancia en Toiai, bien sabia los resultados que algun dia habia de producirle la truhanería á que se sometió con tal voluntad.

nito; una mar furiosa ignorándose los motivos que tiene para estarlo; y por la mañana una onda trasparente y apacible que reflejado á un hermoso cielo azul. *Owhyéé* de hoy no se parece á *Owhyéé* de la vispera, y menos aun se parecerá á *Owhyéé* de mañana.

Lo repito, aquella isla principal de las Sandwich es una perpétua mentira.

Otro tanto sucede con los hombres. Ved aquellas organizaciones tan bien formadas para resistir los ímpetus y la saña de los elementos; contemplad aquellas fuertes y robustas masas, talladas á manera de *Hércules*; pues bien, todo aquello reposa sin fatiga; aquello se entorpece sin sueño. ¿Y luego podrá decirse que no son una imitación de la naturaleza imperfecta, extravagante y caprichosa del terreno aquellos usos tan estraños de un mustacho sobre un labio mientras se halla desprovisto de vello el otro? ¿aquellos cabellos largos por una parte y cortos por otra? ¿No es acaso un arranque ó humorada ó un capricho de la variedad sin armonía de aquellos dibujos de los cuales se halla entrevesado todo su cuerpo? Aquí, un nombre venerado cual el de *Tamahamah*; á su lado un tablero que nada dice del pasado, nada del presente, y que será mudo en el porvenir; por una parte, un abanico; y por otra una rueda, cuchillas ó aces. Aquí ahora filas ó grupos de cabras, y por una ridícula voluntad del dibujante, la fila de cabras cortada por una corneta de monte sin terminar. Siempre desacuerdos y contrastes, pero no es eso solo.

Probablemente han sabido los sandwiquianos que otros pueblos acostumbraban á mancharse ó pintarse el cuerpo; en los cuales la cara es la que sufre la accion del color hallándose limpio del resto; que en otros el tronco recibe la impresion de las pinceladas, mientras que algunos otros adornan solo sus brazos ó sus piernas. Pues bien, los sandwiquianos han querido diferenciarse, y por un privilegio de inconcebible estravagancia, las mas coquetas sandwiquianas se hacen pintar la lengua.

Pase si aun estos dibujos fuesen el resultado de un trabajo regular, ejecutado con el mismo instrumento. Pero nada de eso: unas veces consisten en rasguños bastante profundos y otras en picaduras ó pinchazos imperceptibles; á veces tambien en heridas que rasgan y deslucen la piel, quemaduras que le dan un tinte cárdeno, de suerte que parece que padezcan aquellos individuos enfermedades cutáneas. Hé aquí cuantos esmeros para echar á perder una hermosa obra; hé aquí cuantas investigaciones hechas en provecho de la fealdad; y hé aquí como una imaginacion muy ardiente está trabajando para destruir una armonía.

¡Cuántos estudios hay que hacer sobre el pueblo de aquel archipiélago! ¿Debo acaso añadir que el lenguaje me suministra un nuevo argumento? No se encontrará allí ya una música suave como la de *Tchamora*, ni la gravedad española, ni la dulce melodía de los carolinos; tampoco se verá la estallante articulacion de los malayos, ni el lúgubre ahullido de los papus; pero está formado de un poco de aquellos diversos dialectos, por lo mismo que de todos ellos difiere. A la vez gutural y vibrante es el habla sandwiquianas, notándose que sale por sacudidas ó á intervalos. Tal silaba hay que antes de salir tiene que tomar el aire aliento y ha de consultar, mientras que otras, impelidas con rapidez, parten y estallan como una detonacion ó por mejor decir como una serie de fatigazos. Por lo demas, no encuentro para él mas comparacion que la de los gruñidos y ladridos de una jauría de perros que roen huesos que se les quiere quitar.

Pero no es eso todo, aquel lenguaje tan estravagante, tan lento y tan rápido á la vez, presenta tambien singularidades mucho mas estrañas. A voluntad

de los habitantes la mayor parte de los sonidos pueden modificarse y cambiar sin que por eso sea dable echar la culpa al defecto de organizacion fisica de los hombres. Así, pues, segun el capricho se pronuncia *Riourio*, ó *Furiouriau*, ó *Liouliou*, ó tambien *Liolio*; por consiguiente la *r* se transforma en *l*, y el *ou* en simple *o*. Tambien se dice *Cayakakooa*, ó *Tayata-tooah*, y *Koiaí*, ó *Toiaí*. La *t* y la *k* se sustituyen mutuamente segun la voluntad ó la fantasía. En *Koyakakoa* ó *Tayata-tooah* nos hablaban los habitantes de *Tamohamah* ó de *Kamahamah* ó mas amenudo aun de *Tamáméah*; pero lo mas raro que presenta, y que mas estrañeza causa en la salvaje estravagancia del habla sandwiguiana, es que, despues de cada frase ó de cada palabra que termina por un ruido agudo, necesitan hacer sentir la *h* mediante una fuerte aspiracion; y así es que no pronuncian sencillamente *Pa* ó *Mowa Ka*, sino que dicen *Pa-h* y *Mow-na-h-ka-h* como si despues de haber hecho salir la *h* de la palabra, tratasen de apoderarse de ella suprimiéndola.



Hombre de Sandwich.

Debo daros á conocer todas mis observaciones, porque á el'o me comprometí desde un principio.

Y aquella estraña ceremonia de los sollozos y de las lágrimas que hacen cuando dos amigas se encuentran, despues de algunos dias de separacion, ceremonia tan brusca y grotescamente terminada por la risa, no es acaso tambien otra vez la fiel reproduccion de las cóleras de los volcanes que se calman bajo el mas hermoso cielo de los trópicos?

Si es general en los hombres el gusto de los dibujos con que se entreverán el cuerpo, en las mujeres de todas edades son aquellos adornos, una pasion, una rábia, un frenesí. Véese en todas las habitaciones, en todas las plazas públicas, en la playa, y bajo los bananos, como pasan allí dias enteros con semejante operacion, de la cual no se cansan ni el artista ni el personaje paciente. Para pintarse el cuerpo se adapta verticalmente á una vara que tendrá unas ocho ó diez pulgadas de largo, un hueso muy pequeño que tiene tres puntas, ó las agudas uñas de un

ave que se aproximan mediante un hilo de banano. Aquella pata de ave ó aquel hueso está fuertemente atado á la estremidad de la vara; apóyaseles en la parte que se ha de pintar; la cual está ya dibujada con colores rojo ó negro, y así se siguen todos los contornos dando con otra vara leves y rápidos golpes sobre la primera, de suerte que al entrar en la piel las puntas causan una lijera irritacion y una hinchazon que desaparecen á las pocas horas. Hecho esto, se frota por bastante tiempo la parte dibujada con una hoja ancha, amarga y jugosa, y el cuerpo, que en un principio estaba tan solo débilmente colorado de rojo, se vuelve azul oscuro ó muy subido, que casa perfectamente con el color cobrizo de los sandwiguianos.

Ya lo he dicho, la estravagancia de aquellos dibujos es una especie de reflejo del carácter inconstante, irresuelto y fantástico de los naturales; pero las mujeres se distinguen de los hombres por una voluntad mas decidida; y así es que en ellas las filas de cabras son permanentes. Una jóven sin cabras en el cuerpo seria quizás deshonorada. Despues de aquellos animales, gozan de gran crédito los daderos, los abanicos y las aves con los cuales se adornan las mejillas, la parte superior de la cabeza, las espaldas y el seno. Les gustan tambien mucho las cornetas de Marte ó cuernos de caza por lo cual se los hacen dibujar en el trasero, y bastante como es ver algunas que se hacen pintar el sincipucio ó coronilla de la cabeza, las manos, la lengua y la planta de los pies.

Y no se me diga que aquellos dibujos son geroglíficos por medio de los cuales se conserva la historia particular de los individuos, y la general de las familias; puesto que tocante á este punto puedo dar un solemne mentís á los viajeros que soñaron tan ingeniosa fábula, porque tanto en *Kayakakooah* como en *Koiaí* estaba continuamente ocupado en hacer dibujos sobre las piernas, los muslos, las espaldas, la cabeza y el seno de las mujeres del pueblo, de las esposas del gobernador y hasta de las princesas, y os aseguro que todas mis inspiraciones eran hijas del capricho, ó de mis estudios de colegio. Ganimedes y Mercurio se pavonean hoy dia, se pavonean sobre mas de mil costados sandwiguiesos, el gladiador adorna á mas de cuarenta jóvenes muchachas de *Owhyéc*, y á mi vuelta se encontró en Paris muchos navegantes que me han asegurado que mis *Venus*, mi *Apolo* y mis caricaturas habian adquirido gran boga creando por aquellos paises un gran número de hábiles artistas indígenas, y han añadido, en pró de mi amor propio, que despues de nuestro viaje mucho han perdido de su antiguo favor los daderos, las cabras y las ruedas. Las artes son usurpadoras.

Pero la coquetería sandwiguiana no solo emplea los dibujos; tambien van los tesoros de la naturaleza á dar nuevo vigor á aquellos robustos atractivos. En parte alguna del mundo están generalmente mas difundidos los collares. Se hacen collares de granos rojos ó verdes, de césped, de hojuelas de palmera brasileña admirablemente recorridas, de flores y de frutos; ví algunos de yanrosa, de huerenios, y de cabellos enebreados en un enorme pedazo de marfil en forma de anzuelo. Aquellos collares mas bien que un adorno son una necesidad.

Siguen luego las coronas, y como escasean mucho las flores en *Owhyéc*, las sandwiguianas han ideado salpicar con cal viva, desde su mas tierna edad, los cabellos mas próximos á la frente, de suerte que á los doce ó catorce años, dichos blanqueados cabellos simulan, á algunos pasos de distancia, una corona de lirios de un efecto muy extraordinario.

Pero debemos dar á conocer algunos privilegios. solo las mujeres de los gefes tienen derecho para ponerse coronas, y ¡Ay de la jóven plebeya se atreviera

á adornar su cabeza con un simple manojito ó ramo de césped que imitara á una corona !

¡Decidme pues en que lugares se comprenda y ponga en práctica la perfecta igualdad ! Sin embargo existen estos lugares, cuales son los cementerios y

los morais de todos los paises del mundo. Cierito es que en el exterior hay gloria, grandeza y fausto, pero en el interior solo se ve polvo ignorándose si es de esclavo ó de señor ; de cretino ó de hombre, de genio en fin, perfecta igualdad.



Muger de Sandwich.

Por consiguiente, todo es armonia en el desacuerdo físico y moral de las islas de Sandwich ; cualquiera creará que el terreno creó á los hombres ó que estos formaron el terreno segun sus fantásticos humores ; por unas partes cuerpos pintados por un solo costado y que figuran, si el observador no se engaña, una obra principiada, ó un loco semi-manchado de tinta ; por otras, un solo bigote ; por algunas, rapada una porcion ó un lado de la cabeza, y generalmente una jóven con un solo zarcillo, y otras mil singularidades que no me atrevo ó que no quiero deciros, para que vayais amontonando argumentos á los míos, ya en tan crecido número, y para que traduzcais mejor que yo los contrastes que se desenvuelve á cada paso ante las miradas de los observadores.

Yo digo las cosas que son ; esplíquelas ahora quien sea mas hábil.

XLVII.

ISLAS SANDWICH.

Jack.—Kotai.—Tamahamah.—Mr. Rives de Burdeos.

La doble piragua que Kookini habia espedido al rey para darle noticia de nuestra llegada estuvo de vuelta en Kairooah á los pocos dias obligándonos á abandonar el ancladero de Kayakakooah. Conducia, ademas de veinte y cuatro vigorosos piragueros ó rameros, de aire feroz y marcial, un americano que hacia largo tiempo se hallaba establecido en Wahoo y un piloto real, llamado Jack, cercano pariente del soberano. Aquel hombre, de mayor altura que Kookini, era todavía mas imponente por la gravedad de sus maneras que por su colosal estatura, y aunque sus facciones, por escepcion, tuviesen cierta analogía con las del negro, se notaba desde luego en su tranquila presencia, en sus gestos y en su marcha,

un hábito de mando y de dominacion que le sentaba perfectamente. Solo sus riñones estaban cubiertos con tela, y al desembarcar se quitó una hermosa capa del pais que al parecer dificultaba algun tanto la osadía de sus movimientos.

Kookini estaba un poco enfermo ; y en su lugar salió á recibir á Jack un segundo gobernador hasta la playa. Luego que se vieron, corrieron uno hácia otro, se estrecharon afectuosamente la mano, guardaron durante un minuto el mas absoluto silencio, y en seguida lanzaron al aire agudos gritos derramando abundantísimas lágrimas. Alrededor de ellos repitieron con atronadores gritos la singular ceremonia un gran número de hombres y de mujeres, mientras que otros no se apercibieron al parecer de ella. Hecho esto, enjugóse cada cual los ojos, se pusieron á conversar muy pacíficamente, y se olvidaron del motivo de una tristeza tan ruidosa y tan breve. Jack me percibió cerca de él, ocupado en dibujar aquella rara y extravagante escena ; acercóseme, me tendió la mano, lanzó una mirada inquieta y curiosa á mi album, y me enseñó en un cuadrito el retrato de Tamahamah, muy bien concluido por un dibujante de la expedicion rusa mandada por Mr. de Kotzebué.

—¿Por qué aquellas lágrimas ? ¿Es alguna desesperacion ? pregunté al americano despues de nuestros cumplimientos.

—¡ Oh ! no ha visto V. nada ; esto no es mas que una escena entre dos personajes.

—¿ Pero y por qué ?

—En memoria del gran Tamahamah.

—¿ Y esta alegría despues de los lloros ?

—El uso.

—Pero el uso no puede mandar que corran lágrimas, pues eran verdaderas las que Jack derrama.

—¡ Oh ! sí, verdaderas y ardientes.

—En este caso no entiendo.

—Hace muchos años que me he establecido en la Sandwich, y no comprendo mejor que V. á este pueblo tan extraordinario.

—¿Y todos los demas individuos lloraban solo por imitacion?

—No, por el amor que profesan á Tamahamah.

—¿Y por qué no hicieron lo mismo todos los demas?

—Los pequeños personajes y el bajo pueblo no se atreven; es un homenaje que solo puede permitirse los altos dignatarios; la gente humilde llora en su casa y en la soledad.

—Le confieso á V. que es un uso singular.

—Nota V. tambien que la talla es tambien un título en este país; y que los pequeños carecen de consideracion; y así es que solo lloraban los de elevada estatura.

—¿Así pues, el dolor se mide por pies, pulgadas y líneas?

—Esto mismo.

Faltaria atrevimiento para escribir semejantes cosas, si no lo confirmaran todos los viajeros.

Jamas se encuentran dos amigos, continuó el americano, sin que derramen abundantes lágrimas sobre la muerte del gran rey de este archipiélago, y Riouriou, á quien mas adelante tendreis la satisfaccion de juzgar, no ha cesado de habitar Kayakakooah solo porque la vista de la tumba de su padre la causa mas agudo dolor.

—¿Echarán tambien de menos á Riouriou los sandwiquianos?

—Ya veo que sabe V. lo contrario.

—¿Por qué le llora tan ardientemente, ya que no quiere imitarle?

—El uso.

—Hé aquí otra respuesta que no entiendo.

—Todo consiste en que hay uso y en que los habitantes se someten á ellos. Dígame V. ¿no nos incomodan la mayor parte de nuestros vestidos? y sin embargo los adoptamos.

—Pero esto no me explica las lágrimas de los sandwiquianos, y el olvido de toda especie de dolor algunos instantes despues.

—Pues en eso está la explicacion.

—Sí, pero me parece que es menos patético que ridículo.

—Nada ha visto V. aun.

—Esperaré pues para apreciarlo mejor.

Jack venia de parte del rey á felicitar á nuestro comandante por su feliz viaje, y á invitarle á que se dirigiese á Koiaí si deseaba procurarse viveres y agua dulce, asegurándole, por lo demas, que en sus estados se le dispensaria la mayor proteccion.

Ni uno solo de los piragueros que condujeron á Jack á Kayakakooah, tenia menos de cinco pies y nueve pulgadas; dos tenian seis pies; y Jack tenia seis pies y cuatro pulgadas francesas. En Kairooah, que apenas contaba tres mil habitantes, habiamos visto una docena de individuos de cinco pies diez pulgadas de altura; y mas de cincuenta que no bajaban de cinco pies seis pulgadas. De este examen hecho con minuciosa esactitud debiamos pues, deducir que la poblacion de Owhyée tiene una talla muy superior á la regular ó mediana, y sin embargo King, que fue el sucesor de Cook, dice que los sandwiquianos son en general de mediana talla. ¿Dependerá esto de que en tan poco tiempo haya mejorado la raza? No es probable. A mi entender, King se engañó, ó quiso deprimir en lo físico á los hombres que habian muerto á su ilustre capitán.

Kayakakooah es la principal ciudad de Owhyée, y se distingue sobre todo por la seguridad de su rada. En cuanto á dicha capital, no pudimos juzgarla cual debiamos, porque no residia en ella la corte de Riouriou, y fuera de Kookini, de un segundo gobernador

y de dos ó tres funcionarios de alguna gran dignidad, todos los altos personajes habian seguido al rey á Koiaí adonde tuvimos que ir á buscar viveres que tan necesarios nos eran, y agua dulce que ya principiaba á escasear. Ademas de Jack y del americano tambien habiamos de encontrar en Koiaí á un frances que se habia establecido en las Sandwich hacia ya muchos años, y como aquel digno compatriota gozaba de alguna reputacion en aquel archipiélago, debimos pensar que se zanjarian merced á su solicitud y á su influencia cuantas dificultades se presentasen para la compra de nuestras provisiones. El cañon de bordo llamó á la tripulacion; levamos ancla, y guiados por el coloso Jack, nos dirigimos á Koiaí.

Si es difícil y peligrosa una navegacion á lo largo de las costas, no obstante algo gana en ello el observador, y veloces pasan entouces las horas cuando ante la vista se desenvuelven tantos paisajes risueños ó salvajes.

Por todas partes un terreno inculto, triste y pelado; la lava invade la playa; en las anfractuosidades de las rocas apenas despuntan algunos tintes de verdor para anunciar que aun hay un poco de vida en aquellos tristes desiertos, sobre los cuales levanta su mugiente cabeza el terrible Mowna-Kaah. Aparecieron á gran distancia unas de otras muchas cabañas, de desterrados indudablemente, y en vano nos quisimos hacer cargo de los recursos que se proporcionaban los hombres en aquellas lágubres playas, para no morir en ellas.

Pero aquí es sobre todo donde se desenvuelve el paisaje imponente con sus salvajes colores. Desde la playa hasta el lejano y azulado horizonte, no hay mas que un inmenso desorden de lavas superpuestas, profundas quiebras, sonoras cuando se las pisa, y agrietadas y sismosas en todos sentidos; luego deteniéndose de repente y tomando su vuelo se elevan, suben y llegan á las espaldas del terrible Mowna-Kaah, que se pierde en las mas altas regiones de la atmósfera. Mirad allá bajo aquel enorme gigante en el cual la vista aterrorizada ve la silueta ó sombra de un guerrero dispuesto á combatir; cerca de él hay imponentes mosas de betun perforado, como si la metralla se hubiese echado en ellas; á su lado una cúpula semejante á la de las pagodas ó templos del Indostan; delante de vosotros minaretes levantados como mezquitas orientales; allí hay fantasma-goria, turbulencia, inmovilidad, caos... Solo la mano poderosa de Dios puede crear semejantes prodigios.

¿Y qué hay para revivir aquel cuadro? Nada, nada, ni un árbol, ni un arbusto, ni la mas leve huella de verdor, ni un ave que se cierna sobre aquellas ardientes escorias, ni un cuadrúpedo que se atreva á desafiarlas, ni un insecto que en ellas se alimenta.

Intentar la vida en medio de santos restos vomitados por los subterráneos hornos, sería querer luchar contra la celeste voluntad que con solemne voz dijo: «Todo será aquí muerto.»

Pues bien, al pie de aquel terrible monton de lavas se ven algunas chozas, reunidas en grupos mas ó menos próximos, que forman un pueblo llamado Koiaí, en el cual crecen muchos miserables y mezquinos cocos, y apenas logra abrirse paso la vegetacion, siendo la morada de Riouriou, de su corte y de sus mujeres. ¿Se parece á Tamahamah, el gran rey del archipiélago? Pronto lo sabremos. Digamos primero lo que hizo el padre, luego sabremos lo que vale el hijo.

El 8 de mayo de 1819 fue para Owhyée un dia de luto y de desesperacion. Tamahamah acababa de morir y con él se borraban los proyectos de engrandecimiento que sus súbditos habian por largo tiempo alimentado. Tamahamah acababa de morir, y sus principales oficiales arrojaban ya una mirada de desprecio y de disgusto sobre su degenerado hijo. El

gran rey de aquel archipiélago que había adivinado la civilización de la cual quería que disfrutaran todas las islas oceánicas, pronto vió que no se acabaría su obra de conquista. Raras veces una gloria sucede á otra gloria.

Apenas hubo serios temores sobre tan preciosa vida fueron convocados en Kayakakooah para luchar contra la muerte que se adelantaba á grandes pasos, los charlatanes, los adivinos y los sacerdotes de todo el archipiélago.

Inútiles truhanerías, pues ya había dado la última hora de Tamahama. Así pues, viendo que eran superfluas todas las súplicas que al cielo subían, se apresuró á llamar junto á sí á sus principales oficiales, á fin de comprometerles ó poner en práctica y aprovecharse de los consejos de su vieja y consumada experiencia.

— ¿Qué hace el pueblo? preguntó á su primer ministro.

— Llora.

— Y sin embargo de que tanto le atormenté con mis proyectos de conquista.

— Os amaba como á su padre.

— También le amaba con ternura, y en este momento mas que nunca. ¡Oh amigos míos! prosiguió tendiendo la mano á los guerreros que le rodeaban, procurad revivir á este pueblo apático; pues de lo contrario va á dormir tanto para no despertarse ya mas, y seguirme al fin hasta el sepulcro. No mas sacrificios humanos á nuestros dioses; creedme no los gustan. Preciso es, amigos míos, que me jureis abolir tan sangrientas carnicerías. Ya veis que el cielo no castigó mis esfuerzos por terminar la obra de la regeneración que había principiado. Jurádmelo.

Los gefes estaban ya buscando algunas victimas para desarmar la cólera de los dioses, y ninguna boca osó abrirse para prometer y jurar.

— Ya adivino, prosiguió Tamahama con voz apagada y con dolorosa mirada; por el amor que me teneis resistís mis órdenes; pero tal es mi última voluntad; ¿rehusais seguirla? Tal es mi última súplica; ¿os negaréis á escucharla?

No se hicieron los sacrificios que ya iban á principiar alrededor de los morais; y los fanáticos sacerdotes vieron con dolor cómo les arrebataban sus victimas, la mayor parte de las cuales eran voluntarias; y Tamahama, cuya voz se debilitaba por instantes, continuó hasta su último suspiro las lecciones de sabiduría que el borrascoso reino de su padre y los poderosos enemigos que le rodeaban le habían impedido realizar.

Sin embargo, el dolor atormentaba á Tamahama, y su grande alma temía manifestar que á él sucumbía.

— Cobarde es, decía de cuando en cuando atrevérselas con quien sucumbe bajo el peso de las fatigas y de la vejez; mas por horribles que sean estos sufrimientos no me impedirán que dirija aun palabras de amor á mi hijo. Riouriou, añadió con profundos suspiros, te dejo un sólido poder si eres digno del nombre que llevas; pero no sueñes en lo mas mínimo en llevar á cabo el plan que había proyectado, porque todavía no eres bastante valiente. Consulta á menudo á los guerreros que me rodean, escucha sus consejos, y sítate de guía su experiencia; jamas te apresures á castigar á un súbdito tuyo, y ten cuenta con no herir demasiado al que no amas, y si hay extranjeros que te ofendan recuérdales tan solo su lealtad. Intentar castigarles equivaldría á firmar tu pérdida. Adios, hijo mio, adios; y vosotros, hijos míos, estrechad mi mano, estrechad esta mano que tan fuerte habeis encontrado en medio de las batallas. También me han vencido á mi vez... allí está la muerte; adios, todos; consolad á mis mujeres, y acordaos de mí.

Tamahama solo era guerrero y de ningún modo

legislador; y había comprendido que los hombres á los cuales estaba llamado á gobernar solo obedecerían la fuerza, y que jamas se pondrían á la altura de una moral que patrocinaba los progresos. Por eso sus esfuerzos reformadores apenas fueron mas que tanteos imperfectos, mientras que sus batallas siempre eran decisivas.

El código militar de aquel gran príncipe era poco complicado, conciso, claro é inteligible para todos, de suerte que cada cual le sabia de memoria.

«El se había reservado el honor de descargar el primer golpe sobre el enemigo.

«Nadie tenia derecho para abandonar su puesto á fin de ir á arrancarle de en medio de la pelea.

«Cualquier soldado que fuese el primero en huir se le mataba en el instante.

«Un guerrero podía, durante una campaña, un alto ó una marcha forzada, coger un taro, un melon ó un coco; pero le castigaban si cogía dos. En el primer caso, el perjuicio era de corto valor, y desaparecía el mal; pero en el segundo ya estaba satisfecha la necesidad, y el soldado se convertía en ladrón.

«Después de la victoria, no solo se permitía sino que se ordenaba el pillaje.

«Terminada la guerra, se recompensaba á los soldados que mas despojos llevaban.

«Debíase matar á cualquier enemigo cogido con las armas en la mano.

«Todos los heridos en el pecho tenían opción á una recompensa.

«El hijo de cualquier guerrero muerto combatiendo, recibía un presente compuesto de esteras, de armas ó de lienzos.»

El señor Marini, que hacia años estaba establecido en Wahoo, y de quien he recogido los anteriores detalles, en extremo exactos, puesto que me los han confirmado muchos gefes de Owheyé, me dijo además que Tamahama era mucho mas valiente que todos sus soldados, y que era tal su habilidad que al pasar las flechas enemigas las detenía siempre que lo hacian cerca de su pecho.

En su interior, bueno hasta la debilidad, se manifestaba rígido y hasta cruel en cuanto entraba en campaña. Mas de una vez se le vió, descontento de uno de sus gefes, en el acto de la acción, dirigirse hacia él, derribarle de un golpe de maza, y ocupar su puesto para reconquistar en sus filas la indecisa victoria. Arrogante estaba de sus numerosas heridas, y siempre que llegaba un extranjero á Owheyé, se apresuraba á enseñarle las honrosas cicatrices que acribillaban su cuerpo.

Hablaba muy poco, pero le gustaba que se hablase mucho á su alrededor, porque tomaba el silencio por hipocresía, al paso que la habladería era para él una muestra de confianza y de habilidad.

Pedia noticias y consejos muchas veces á sus principales oficiales, pero no se resolvía sino mediante su propio saber.

Jamás fue vencido Tamahama, ni nunca perdonó á un insurrecto.

Estaba orgulloso por saber escribir su nombre, y hablaba regularmente el ingles; inclinábale con respecto cada vez que se pronunciaban en su presencia los nombres de Cook y de Bonaparte; y á él mismo le llamaban el Napoleon del mar del Sur, y ostentaba con un sentimiento de noble arrogancia el retrato de nuestro gran emperador en todas las paredes de sus palacios de bambú y de bálago.

Nosotros llegamos algunos meses demasiado tarde á las Sandwich.

Apenas se supo, por medio de correos que se espidieron en todas direcciones, la nueva de que estaban en peligro los dias de Tamahama, ya no se encerraron los isleños en sus cabañas para tomar descanso durante la noche; acostábanse en la playa,

iban, venian, se estrechaban las manos sin pronunciar palabra, y cada cual habia *taboue* los objetos que mas cariño le daban; para que los dioses se les volvieresen favorables. Pero, en cuanto se supo la muerte del gran príncipe ¡oh! entonces resonaron por los aires horribles aullidos, y quemaron la mayor parte de las esteras y de los tapa-rabos; mataron todos los cerdos, todas las cabras y todas las gallinas, y derribaron ó incendiaron la gran mayoría de las cabañas. Todas las mujeres se cortaron la cabellera; los hombres se hicieron arrancar los dos dientes incisivos superiores; acibillaron sus cuerpos de rasguños y de cicatrices; corrían por las calles y plazas públicas para mostrar á la vista sus mutilaciones; y tal era el amor que aquel pueblo profesaba á su monarca, que los individuos que menos se habian desfigurado hacian enrojecer un hierro, y se cubrian todas las partes del cuerpo con nuevas heridas y nuevas quemaduras. ¡Ay del que no hubiere pronunciado el venerado nombre de Tamahamah derramando abundantes lágrimas! ¡Infeliz del que se hubiese atrevido á acostarse sobre esteras y á buscar durante el día la sombra de un rima, ó la frescura de las olas del mar! Inmoláronse víctimas á los dioses irritados, haciendo las veces de tales, isleños en quienes era al parecer menos profundo el dolor. Mataron á muchos sacerdotes y adivinos porque no tuvieron el suficiente poder para apaciguar á los dioses, y tam-

bien se vió un gran número de fanáticos que se dirigieron desesperados hácia el Mowna-Kaah y que se precipitaron desde su cima á las ardientes lavas.

Pero en Kayakakooah fue en donde con mas sangriento frenesí se manifestó la desolacion. Por espacio de seis días no abandonaron en desprecio de los usos y de las leyes la plaza, el pueblo y los grandes mezclados y confundidos; muchos dignatarios se hicieron cortar los dedos de una mano, y otros llevaron hasta tal punto su abnegacion que se arrancaron un ojo, siendo segura y terrible la muerte del que hubiese conservado intactas su cabellera y su dentadura.

Las mujeres aventajaron á los hombres en crueldades; pues todo el cuerpo de la mayor parte de ellas no era mas que una quemadura; y el seno, las mejillas y el cuello, tambien conservan aun impresas huellas de su dolor, siendo digno de comprender y de explicarse tan viva ternura, tan aguda desesperacion por un hombre cuyas facciones no conocian la mayor parte de los indígenas, y cuya voz jamas habia oido el mayor número de ellos.

Hoy día que ya debiera haber menguado considerablemente el enérgico dolor, no se encuentran dos amigos, despues de una ausencia de algunos dias, sin que derramen lágrimas en memoria de Tamahamah, y el primer brándis de las comidas siempre es en honor del rey que tan vivos recuerdos inspira.

¿Pero qué es lo que hizo aquel príncipe para la fe-



Mr. Rives.

licidad de sus súbditos? ¿Cuáles eran los tesoros con que habia enriquecido á todas aquellas islas? ¿Era acaso mas dichoso el pueblo durante su reinado que mientras dominó el monarca anterior? ¿Por ventura no le agobiaba él mismo bajo el peso de su insaciable ambicion? ¿No iba á lanzarle pronto en medio de las olas para intentar la conquista de todas las islas del grande Océano? Ciertó es todo, conocidos eran los proyectos de Tamahamah, prontos y dispuestos estaban los ejércitos, las piraguas amontonadas bajo los tinglados y en los astilleros, y sin embargo todos estremadamente le amaban; porque Tamahamah era el mas valiente de todos, porque en los combates que hubo de sostener contra los gefes insurreccionados era el primero en esponerse á los mayores peligros; y en fin, porque habia dado un terrible golpe á la auto-

ridad de los sacerdotes aboliendo los sacrificios humanos, y no entregando á los dioses mas que culpables y condenados que eran guardados en calabozos para aquellas sangrientas solemnidades.

En el reinado de su padre, cuando se queria captar la voluntad de los dioses ó cuando se deseaba obtener la cesacion de un eclipse, ó atraer á la rada la mayor cantidad de peces, ó apaciguar la cólera del Mowna-Kaah, los sacerdotes, apostados cerca de los morais, se arrojaban furiosos, auxiliados por algunos soldados armados, sobre los primeros que encontraban al paso, los arrastraban al lugar sagrado y los inmolaban con barbarie. Harto débil Tamahamah para combatir de frente las antiguas leyes eternas de sus pueblos, las modificó por lo menos y satisfizo así á los usos y á la religion.

Al día siguiente de nuestra llegada á Koiaï, y en el momento de sentarnos á la mesa, oímos que se dirigía hacia nosotros una doble piragua que llevaba cierta cosa que tenía al parecer gran analogía con un hombre. Era uno, ó por lo menos así lo parecía. Mr. Rives, el francés de quien nos habían hablado en Kayakakooah, se apresuraba á visitarnos, y cuando estuvo ya cerca la piragua, el héroe gascon (porque Burdeos era su patria) nos vió á todos sobre el puente, dispuestos á festejar á una persona extraviada.

Vedle. Nos saluda en los siguientes términos: Caballeros y señoras (con aquel acento que ya conocéis), tengo el honor de ofrecer mis muy humildes y muy respetuosos respetos.

Su talla era á lo mas de cuatro pies y dos pulgadas; tenía un ojo vivo y brillante, no tanto el otro; nariz puntiaguda, de su boca brotaba la risa, los pómulos salientes, y la barba angulosa, y sobre sus sienes dos cabras vergonzosamente pintadas estaban ocultas por largos y ensortijados cabellos. Los dedos de Mr. Rives estaban graciosamente pinchados á la moda sandwiguiana, y aunque no viésemos su arrugado cuerpo, supusimos con razon que le habían sometido á la prueba de pintarse.

El bordelés llevaba un vestido demasiado largo para un hombre de cinco pies y diez pulgadas, y el bravo gascon lo levantaba un poco con sus dos manos; un pantalon recojido por arriba, y por abajo flotaba sobre botas que aun hubieran sido muy anchas para los enormes jarretes de Vial, y del matizado chaleco que cubría su pectoral, hubiera podido hacer un carrik ó redingote bastante horro. Necesario nos fue toda nuestra entereza para no reirnos á las barbas de aquel grotesco personaje; pero los marineros, menos escrupulosos, rieron á mas no poder, y muchos rehusaron reconocerle por compatriota. Sin embargo, él se adelantó con paso rápido y semi saltando hacia el castillo de popa, estrechó la mano del comandante nos presentó las suyas, nos dijo que era el favorito de Riouriou; nos ofreció cerdos, gallinas, bananos y cocos con profusion, y nos suplicó que los aceptásemos, asegurándonos que de ellos tenía inmenso número. Cada uno de nosotros respondió caballerosamente á tan estremadas y tan francas cortesías, y como deseábamos recordarle el modo de guisar á la francesa, le convidamos á comer, esperando que nos contaría su aventurera vida. Viendo el apetito con que devoró, principiamos á dudar del valor de sus ofrecimientos, y las gallinas y los cerdos desaparecieron para nosotros tras una lontananza tan nebulosa, que ni las nieblas del Garona son mas densas. ¡Ay de nosotros! por desgracia habíamos augurado demasiado bien sobre la fortuna de nuestro ilustre visitante.

Después de la comida, Mr. Rives recorrió el navío, haciendo desinteresadas cortesías á todas, y se nos llevó, para no devolvérnoslos mas, varios pañuelos, servilletas, camisas y algunas otras ropas que no le negamos por ser demasiado atentos. Poco despues abandonó el buque, muy satisfecho de nosotros, y asegurándonos que en tierra iba muy dispuesto para acogernos bien,

En el momento en que bajaba el generoso gascon á su doble piragua, Marchais, que afinaba la ocasion de soltar sus dichos, harto tiempo comprimidos, fingió resbalar, y rodó hasta los pies de Rives.

— ¡Ah! dispense V., caballero; no le habia á V. visto.

— No hay de que.

— ¿Es V. músico?

— ¿Y por qué me pregunta V. esto?

— Es que tiene V. dos flautas en su estuche.

— ¿En dónde?

— Esto que le sirve á V. de piernas.

— Sepa V. que no está bien burlarse de un compatriota.

— Yo no soy enteramente compatriota de V., caballero; soy frances.

— Y yo gascon.

— Ya ve V. Dígame V. tambien: ¿Hay sastres en Owhyée?

— No. ¿Por qué?

— Es que desearia pedirle á V. un faldon de su casaca para hacerme un paletot. ¡Véase el maldito! No ha escatimado la ropa como nosotros; no se le conoce á V. ahí dentro. Tampoco le da maldita la gracia.

— ¡Eh! amiguito mio, tampoco está muy bonito que digamos con su camisa encarnada.

— Sin embargo, está hecha para mí y no necesito recojerla como un vestido de princesa.

— Y ademas, ¿qué le importa á V. que mi vestido sea largo ó corto?

— ¡Caracoles! porque los bordeleses que hay en la corbeta no os reconocen por compatriota. Pero vea V. la doble piragua le tiende á V. los brazos; cuidado con hacerla zozobrar; levántese V. su sopalanda que le arrastra. Buenos días, bordeles. Toma ¿dónde está? Se me ha escapado de las manos.

— ¡Insolente!

— Ha dicho insolente... Le aplastaré.

Petit acudió.

— ¿Creo que te ha llamado insolente?

— ¡Palabra de honor!

— Déjamele, me pertenece, y de él me apodero. Divertida será la escala.

El oficial de guardia, luego que supo este pequeño altercado, acudió para dirigir algunas palabras de satisfaccion á Mr. Rives, que salia ya de bordo, y condenó á Marchais á estar dos horas de faccion en uno de los palos del buque. Petit murmuró entonces entre dientes:

— Basta, su negocio es asunto concluido.

— ¡Me pagará esta faccion, amigo Petit! decia Marchais trepando; te lo recomiendo.

— Marchais, desazonate allá arriba, hijo mio; cuando bajas nos divertiremos.

Mr. Rives se habia encargado de anunciar al rey nuestro próximo retorno, y al día siguiente, antes que desembarcase el estado mayor, me fui á Koiaï con la embarcacion que iba á hacer aguada.

— Este caballero, me dijo Petit hablándome de Rives, es un farsante que ha querido burlarse de nosotros; apuesto cualquier cosa que es así frances él como aquellas figuras embreadas con quienes come.

— Sí, sí, es de Burdeos.

— Pues es un fanfarron, y á pesar de que nos ha prometido manadas de cerdos, estoy seguro de que ni siquiera tiene un miserable marranillo.

— ¿Y por qué lo crees así?

— Yo ya me entiendo; el diablo que se atreve á presentarse en un buque donde hay gente como V. y yo, con un traje que sentaria perfectamente á un hombre de seis pies, es un tonto ó un bribon.

— Vamos, ya veo que le requieres.

— ¡Oh! si le requiero, ayer al salir del buque me miró, y luego ví que se reia como si le hubiese servido yo de espejo. A fé hombre de bien, es mas feo que el monarca de Güebé.

— Si se reia al mirarte, es porque tampoco eres hermoso, muchacho.

— ¡Y él! ¡y él! el títí de Güebé no le daria dos puntos.

— No importa, es persona que puede darnos útiles noticias, y no quiero que le insultes, y que le busques camorra.

— Basta, os obedeceré; pero le aplastaré, aunque casi no sea posible, porque su altura no es mayor que la de un barril de aguardiente.

— Cuidado, mirale en la playa, sé prudente.

— ¿Aquellos es él? ¿Aquel mojon? ¿Aquel bobo?

—Es él.
 —¡Está semi-desnudo, tiene dibujos sobre su especie de cuerpo, y aquel bribon dice que es de Burdeos, el país de Barthe! ¡Apuesto que ni siquiera es de la Teste!
 —¡Silencio!
 —Yo allá me las avengo; voy á bordear lejos, porque si le abordo le echo á pique. ¡Vean el maldito! ¡Vean el mamarracho!
 Mr. Rives, fiel á su palabra como todos sus espirituales compatriotas, nos esperaba en la playa, y al parecer no estaba muy confuso de manifestarnos semi-vestido á lo salvaje.
 —Buenos días, caballero, le digo alargándole la mano, le doy á V. mil gracias por su esactitud.
 —Me gusta tanto verme entre europeos! ¿Mas por qué se aleja su marinero?
 —¿Quiere V. que se lo diga? No tiene V. el don de agradecerle.
 —Yo lo he conocido; al salir de la corbeta, he oído salir de su boca algunas palabras poco amables para mí; pues se trataba nada menos que de aplastarme contra una caronada.
 —Sin embargo es el mejor hombre del mundo.
 —Sí, el mejor de los que aplastan.
 —¿Quiere V. juzgarle mejor? Ofrezcale V. un vaso de ava, y, por poco que le guste, ya sabrá V. quien es nuestro marinero Petit.
 Mr. Rives dijo algunas palabras á un sandwiguiano que se marchó corriendo, y volvió pocos instantes despues. Llamé á Petit, quien se aproximó con aquel paso de gabarra en vaiven que ya conoceis, y, por costumbre y por la regla de bordo, se quitó la gorra al llegar.
 —¿Me necesita el señor Arago?
 —Es Rives que quiere hablarte.
 —¡Ah! ¿el señor habla?
 —¿Quería preguntarle á V. si aceptaria un vaso de ava que no deja de parecerse bastante al aguardiente de Cognac?
 —¡Pero caracoles! el señor habla muy bien. Veamos esta ava... esto cosquillea, esto pica como un diablo; esto debia emborrachar... Este ciudadano tiene de lo bueno, me dijo Petit bajito al oído.
 —¿Quiere V. volver á principiar?
 —Yo siempre principio.
 —A propósito, ¿y por qué me quería V. aplastar ayer en la corbeta?
 —Cuando no se conoce á una persona, siempre se desea aplastarle, y ademas tampoco tiene V. muy buena facha; V. gana en dejarse conocer; su cara es bonita, y, si V. quiere, será V. un bello sugeto.
 —¿Y qué se necesitaría para esto?
 —Darme un tercer vaso de este cognac, que no deja de tener bastante mérito.
 —Esto puede emborracharle á V. y hacerle daño.
 —Pero si me emborracha, no me hará del todo mal; vamos, eche V., y tiene V. seis pies.
 Un cuarto de hora despues, mi buen marino no sabia ya si existia; pues el embriagante licor le habia convertido en un tronco de árbol.

XLVIII.

ISLAS SANDWICH.

Koérani. — Suplicios. — Las esposas de Mr. Rives. — Visita al rey. — Petit y Rives. — Vancouver. — Ceremonia del bautismo de Kraimoukou, primer ministro de Riouriou.

Ya se ha librado V. de él, dije á Rives.
 — Tanto mejor, porque me daba miedo, solo ahora respiro.
 Despues de haber empujado al pobre Petit en una cabaña, me preguntó Mr. Rives que es lo que queria ver primero.

—Lo mas curioso que haya.
 —Para estudiarlo todo lo es aquí.
 —Entonces guíeme V.
 —Corriente. Voy á enseñarle á V., á algunos pasos de aquí, un hombre á quien hace quince días han arrancado los ojos.
 —¿Y es esto lo mas alegre que puede V. presentarme?
 —Vamos á otra parte.
 —No, conduzcame V. á dicho hombre. ¿Por qué ha sufrido tan horrible suplicio?
 —Porque intentó seducir la mujer de un jefe.
 —¿Cómo y quien ejecuta la sentencia?
 —Con un pedazo de madera agudo ó bien con el índice, y por cualquiera que el rey ó un sacerdote designen. La operacion se practica en un morai. ¿Ve usted aquel individuo cubierto con un lienzo azul? es él, y se llama Koérani. Regalé á aquel infortunado una camisa y un pantalon, y cuando le pregunté cual era el crimen que habia cometido, y que tan horrible y cruel castigo merecia, el sandwiguiano me lo contó sonriéndose. Por lo demas, no se veia cicatriz alguna en los párpados, y Koérani seguia perfectamente. Habia manifestado durante el suplicio gran valor, y decia, que esperaba vengarse del celoso marido por sus votos y por lo de la mujer sorprendida de quien se creia muy amado.
 —Si la esposa de un jefe, pregunté á Rives, cediere á las instancias amorosas de un hombre del pueblo, ¿qué le harian?
 —La castigarían como han castigado á Koérani.
 —Pero nosotros, extranjeros, corremos y hacemos correr iguales riesgos?
 —¡Oh! Vds. nada tienen que temer, estan Vds. absueltos de antemano por los gefes y sus mujeres. Sin embargo no se dirija V. á princesas, á no ser que ellas le animen á V. Ademas de que me parece que no pueden gustarle á V. semejantes masas.
 —¿Está V. casado, señor Rives?
 —Sí.
 —Espero que me presentará V. á su esposa.
 —Me he casado con dos lindas jovencitas sandwiguianas.
 —¡Nada mas que dos! casi no es V. monopolista.
 —Mucho desearia enseñárselas á V., ahora viven en Kairoah.
 —Señor Rives, V. miente.
 —Casi.
 —Una semi-mentira de gascon tiene ya cierto valor.
 —Es cierto.
 —En este caso veo que no es V. del todo sandwiguiano, y que procura V. guardar para sí solo la propiedad que ha adquirido.
 —¿Qué quiere V. por espíritu de reforma. No nace uno impunemente en Burdeos.
 ¡Ay! el pobre Rives, celoso como un europeo, jactancioso, delicado y susceptible como un gascon, apreciaba tanto el buen trato que le hacíamos á bordo, que vino tan á menudo, que sus dos lindas esposas, que le amaban cual no se ama, le suplicaron nos abandonase raras veces, pues tan felices se contaban, á su vuelta, con escuchar los detalles lleuos de interes que se entretenia en referirles acerca de nuestra vida interior. Por nuestra parte, como tan graves eran los estudios que habíamos de hacer así en la corbeta como en tierra, no nos embarcábamos todas las noches, pues siendo la hospitalidad una virtud sandwiguiana fácilmente se comprende por qué jamas dormimos á cielo raso. Por lo demas, las esteras del sibarita Rives tenian una blandura igual á la de la cama del mismo Riouriou.
 Despues de esta primera visita tan alegre y tan divertida á Koérani, me condujo Mr. de Rives por estrecho sendero tortuoso á un doble morai.

según él, era digno de ser visitado; y yo, enteramente preocupado con el triste espectáculo á que acababa de asistir, le pregunté porqué, en Kayakakooah, á un hombre de *baja estraccion* (porque la aristocracia pertenece á todos los países), culpable del mismo crimen que Koérani, le habían cortado tan solo los dedos; mientras que á este último le habían sacado los ojos.

—Aquí, caballero, me contestó Rives, un crimen es mas ó menos grande según el sitio en que se comete; si el rey se hubiese encontrado en Kirooah, á aquel le hubieran privado de la visita, y á Koérani le hubieran cortado los dedos. Créese que la presencia de los dioses ó del monarca ha de inspirar mas respeto, y por eso, un gran crimen de hoy será mañana una falta muy perdonable.

Esplicóse perfectamente la moral de este artículo del código de Tamahamah, y Riouriou, á pesar de su estupidez, no es hombre para dar un mentís á las voluntades de su padre.

Sin embargo habíamos llegado al pie de la colina, y el enano bordeles me enseñó dos manutiales que brotaban á dos pies de distancia uno de otro. Del primero salía de un modo regular un volúmen considerable de agua fria y ligeramente salada, y del segundo á borbotones un agua muy caliente y sulfurosa que se hacia bastante potable esponiéndola por algun tiempo á la accion del aire. Dí mil gracias á mi gracioso cicerone, y haciéndole estar quieto delante de mí, le regalé su retrato, del que me pareció satisfecho á medias, á pesar de que le embellecí de una manera casi vergonzosa. De todos modos, quería Rives ser un guapo muchacho.

Por lo demás habiase desarrollado la inteligencia del buen hombre en medio del nuevo pueblo cuya admiracion habia conquistado. Por ejemplo, jamas se olvidaba de decirme con aire risueño al pasar por delante de una cabaña: «Esta es una cabaña; al pasar por cerca de un morai, este lo mostraba con el dedo y decia: «Morai.» Si dos sandwiquianos se paseaban á algunos pasos de nosotros, medaba un golpecito en el hombro diciéndome. «Dos sandwiquianos que se pasean,» y hasta creo que estando á las orillas del mar, me sacudió con fuerza; y extendiendo sus estéticos brazos me dijo tambien con tono solemne: «Este es el Océano.»

Ningun cicerone de Nápoles ó de Roma se ha manifestado nunca mas exacto, mas atento, mas escrupuloso ni mas ridículo que Rives el bordeles. Le recomendaria con eficacia á todos los paseantes que, en su ociosidad, llegaran hasta Sandwich, si aquel héroe gascon no hubiese abandonado hace ya algun tiempo á su patria adoptiva. Mas adelante os diré de qué modo se ha procurado en Burdeos una brillante existencia.

Sin embargo cubrióse el tiempo, sopló el viento de tierra con gran violencia, los tres gigantes de la isla ocultaron sus amenazadoras cabezas, de suerte que era imposible ó peligrosa la vuelta á la corbeta, y mucho mas difícil aun el que ninguna canoa se acercase á la playa.

—Ya lo ve V., me dijo Mr. Rives, el cielo se opone á su partida. ¿Quiere V. utilizar agradablemente el resto de la jornada?

—No pido nada mas, condúzcame V. á casa de sus mujeres.

—No, al palacio del rey.

—¿Cree V. que me recibirá?

—Déjeme V.; yo me encargo de todo.

—Caballero se impone V. muy pesada tarea.

—¡Oh! conozco los usos del país.

—Vaya V. pues á anunciar mi visita al rey, le espero á V. en esta cabaña.

—No, no, en otra; aquí no estaria V. bien.

—Sin embargo, parece bastante limpia.

—Lo mismo da; establézcase V. en esta casa mas sencilla y mejor cerrada. Dentro de poco vuelvo.

Luego que Rives me dejó, quise saber el motivo de su oficiosa prohibicion. Razon tenia el pícaro, pues la habitación que me vedaba era la suya, y sus dos lindas mujeres, á quienes dije *buenos días*, me recibieron con extremo agasajo.

Luego que mi vivaracho correo hubo terminado la mision que voluntariamente se habia impuesto, se dirigió hácia su casa, presumiendo bien el desvergonzado, que me encontraria instalado en ella solo por habérmelo prohibido. Allí tambien le esperaba yo.

—Me proponia, me dijo al verme respetuosamente sentado sobre una estera lejos de sus *tercios*, no presentarme á V. hasta esta noche, porque queria que mis mujeres se dejasen ver con alguna decencia.

—La modestia es un vestido, Mr. Rives, y sus señoras tienen un pudor que aleja de ellas todos los peligros.

—¿Por qué me dice V. esto sonriéndose? me preguntó Rives poniendo un necio malgosto.

—Por orgullo nacional, le respondí con gravedad; casi son francesas, y mi sonrisa es una alegría.

Rives hizo un nuevo gesto mas feo que el primero, y cortando esta conversacion familiar, proseguí con toro menos frívolo:

—¿Se halla dispuesto el rey á recibirme?

—El rey está en el tocador; la reina favorita se engalana con sus mas ricos adornos; y dentro de un cuarto de hora nos podremos en camino; pero le suplico que allí no se sonreirá V. como aquí; Riouriou es endiabladamente susceptible; y siempre cree que se burlan de él.

—Bien por la modestia.

—No, sabe lo que vale.

—Si no sabe mas que esto, parece que ha de ser un gran ignorante.

—Vamos, emprendamos el camino.

Una cabaña de cuarenta pies de largo por treinta de ancho, construida de bambu, con un techo semi-destruido de fúco, rodeada por una empaizada de dos pies de altura de aristas de coco; seis piezas de artillería sobre sus cureñas bastante correspondientes, unos cuarenta soldados acampados en aquel recinto, un hombre con un elegante y original casco de mimbre, y un fusil al hombro, que se paseaba lentamente y se detenía para dar una vuelta de frente á cada campanillazo que daba otro centinela en cucullas, un terreno desocupado y limpio enfrente de una puerta estrecha y baja, un banano detras de aquella habitación, y dos especies de parapetos de tierra de cuatro pies de altura; tales son los palacios, el jardín, las ciudadelas, los ejércitos y el Campo de Marte del poderoso gefe del archipiélago de las Sandwich. Sin embargo es una cabaña desde la cual espedia Tamahamah terribles órdenes que hacian temblar á las islas vecinas, y ponian en pie de guerra á belicosos ejércitos.

Riouriou iba vestido con un rico uniforme de coronel de húsares franceses, y cubria su cabeza un sombrero de mariscal; á su lado tenia á su mujer favorita, muy transijada, flaca y macilenta, pintada de la manera mas ridícula, y liada dentro de un vestido de muselina floreado que le estrechaba el talle; las caderas y las piernas estaban absolutamente desnudas, de suerte que se parecia muchísimo á un feo chiquillo de pañales. Agregad á todo esto una corona de flores amarillas, un enorme collar de jamrosas, ensartados en un junco, braceletes de hojas, la falta de cabellera y un aire de dignidad capaz de hacer estallar la risa en el anglómano mas inaccesible á las ideas jocosas, y tendreis el retrato de S. M. la reina de Owhyée. En cuanto á su moletudo marido, era alto, grueso, pesado, rollizo, cubierto de heridas, sarnoso, estúpido en su postura, y estúpido en su mirada, recostábase

en un sillón de ébano sobre el cual se había desplegado una pieza de seda con rayas amarillas y negras, figurando el todo un rey, un trono y una potencia.

Estaba estasiado, y Rives gozaba en mi sorpresa. Dos guerreros de seis pies de altura por lo menos, estaban en pie con el sable desnudo cerca del monarca, mientras que unos seis soldados y monstruosas mujeres tendidas sobre esteras, mascaban no sé qué, y escupían una saliva verdosa en grandes calabazas semi-llenas de flores verdes y de flores amarillas y encarnadas. Por todas partes se veían también armas de madera, bastones dibujados, fusiles, eslabones, tapa-rabos, flechas, y en la pared, el retrato de Tamahamah mirando el de Napoleon de David al pasar San Bernardo. ¡Así estaban juntos lo grotesco y lo bello, lo trivial y lo sublime!

A mi llegada, Riouriou me hizo señas para que me sentara despues de haberme tendido la mano, y me dió á entender que no se moveria como tampoco su deslumbrante mitad; comprendí lo que de mí querian, y puse en seguida manos á la obra. Bien que mal, terminé en tres cuartos de hora mi bosquejo, y rogué á Mr. Rives que dijera al rey que al día siguiente le daría una copia fina y hecha con mayor cuidado, y Riouriou me ofreció en cambio un baston admirablemente cincelado, un casco de mimbre, y un elegantísimo abanico de juncos que tenía una forma muy graciosa.

Hecho esto, pronunció Rives algunas palabras cuyo sentido se explicaba con la mayor facilidad, viéndome obligado por las instancias de la reina á dar una funcion de juego de manos. Imposible mees daros cuenta del entusiasmo que escité; me golpeaban, me trituraban, me volvían y revolvían tan á menudo y con tal fuerza, que me vi obligado á declararme *tabou* para no sucumbir á tantos testimonios de satisfaccion y de admiracion. En aquellos accesos desgarró la reina su hermoso vestido, levantáronse las princesas hipopótamas de su eterna cama, y hasta vi asomarse una amable sonrisa de los lábios de los dos feroces soldados que vigilaban por los sagrados dias de Riouriou. Pero cuando prometí al rey enseñarle algunos juegos, cuando presenté á sus ávidas miradas una cámara oscura que había colocado por órden mia un marinero en la puerta del palacio, y cuando se dibujaron en el papel las figuras que se reflejaban en el espejo ¡oh! fueron entonces frenéticos los gritos de alegría, y aquello eran espasmos y delirio; me hice sacerdote y hasta llegué á ser Dios; poco faltó como no me adoraron, y si hubiese tenido hendida la boca hasta las orejas, creo que me hubieran venerado como á uno de sus mas bellos ídolos de los morais.

Salí de la habitacion real encorvado bajo el peso de mi mérito; y orgulloso con mis conquistas de aquel día, me dirigí á la playa para irme á bordo. Alta y agitada estaba la mar, y la lancha estaba bastante lejos; de suerte que para llegar á ella nos vimos obligados á entrar en una piragua que se echó á merced de las olas, y Rives siempre galante, quiso ser el último en darme la mano. Quizás fue tambien con objeto de convencerse de que con efecto pasaría yo la noche en la corbeta. Ya os he dicho, que el frances todavia no era mas que medio sandwiquiano. Petit ocupaba su puesto: y luego que vió que Rives se sentaba en la piragua, vi que mascaba mas aprisa el tabaco, y que un instante despues ocultaba su grotesca cara detras de la espalda de Barthé. Sospeché que sus movimientos nada bueno indicaban; pero esperé anticipármele; mas el pícaro era demasiado listo, demasiado desvergonzado y demasiado vengativo, para dar lugar á mi prudencia, y Marchais le hubiera aplastado si Rives no hubiese recibido por lo menos un pequeño bofetón.

Haria como media hora que se le había desvanecido el embriagante vapor del ava, y el borracho ya no

se acordaba del beneficio. Luego que la piragua estuvo al costado de la lancha, Petit se levantó, me tendió la mano y me hizo sentar sobre el tapete verde de la parte posterior ó sea de la popa; y luego, presentando galantemente sus brazos á Rives le dijo.

—Ciudadano, á su vez; el comandante desea verle á V. esta misma noche?

—¿Y por qué esta noche.

—¡Oh! es un servicio que reclama.

—Le sigo á V.

Apoyóse Rives en los brazos del marinero; pero este, fingiendo resbalar, y luego pasando al otro costado, hizo sumergir al pobre bordeles cogido desprevénido.

—¡Cuán torpe es! exclamó el satánico gaviero abriendo desmesuradamente sus ojos; estaba ebrio, lléverme el diablo! ¡Cómo chapuza! ¡Bebe! ¡bebe, saca agua! ¡Cuán imbécil! ¡Pues no sabe nadar! ¡Esperad, esperad, voy á salvarle yo!

Arrojóse al agua el truhan, y so pretexto de sostenerle, hizo tragar al desdichado Rives sorbo á sorbo agua del mar.

—¡Animo! le decia de cuando en cuando, ayúdense V. un poco, pues de lo contrario un tiburón se lo engullirá á V. como á un gobio; agárrase V. á mí, ya llegaremos, tranquilícese V.... Y Rives continuaba bebiendo. Por fin subieronle á su piragua, y yo le aconsejé que se volviera á tierra, prometiéndole el castigo del pícaro y malvado marinero. Dejémos pues Rives, y llegamos á la corbeta, en donde Marchais, sobre el puente, esperaba á pie firme á su camarada.

—¿Y bien?

—¡Y bien! amigo mio; debe estar hinchado como un globo. Ha bebido de lo lindo. Mr. Arago ha dicho que me hará castigar; pero le conozco, y sé que no será nada; comprende la cosa, y Rives es un truhan.

—Te has conducido como franco gaviero, mi pequeño Petit; y te quiero y te amo cada día mas y mas. Cuenta que algun día te lo pagaré.

—No me da prisa.

Retrogrademos ahora algunos pasos, y hagamos notar la gravedad de los hechos ocurridos, para explicar la ridícula ceremonia que tuvo lugar á bordo pocos dias despues de haber llegado á Koaiaí. No siempre el presente es un reflejo de lo pasado.

En una asamblea de los principales gefes de Owhyee, presidida á la vez por Tamahamah y por Vancouver, que era quien la había obligado á convocar, se decidió, á despecho de la voluntad del rey, que se pondría el archipiélago de las Sandwich bajo la inmediata proteccion de Inglaterra, la cual se obligaba á defenderle de cualquiera revolucion interior y de cualquier ataque exterior. Aquello equivalia en cierto modo á declarar á Tamahamah inhábil para apaciguar las revueltas y para castigar los motines, equivalia á dar derecho de rebeldia á la Gran-Bretaña y á no poseer ya las islas sino como gobernador. Devoró Tamahamah la ofensa que no podía castigar, pero se propuso sin embargo eludir por lo menos la ejecucion de aquella especie de tratado que le destronaba. Pero se había logrado el objeto. Los descontentos, bien seguros de la proteccion inglesa, levantaron una voz rebelde y se declararon ligados al extranjero por sus juramentos. Cierta es que el ascendiente de Tamahamah sobre las poblaciones sometidas paralizó por algun tiempo los desastrosos efectos de la traicion; pero ¿cómo luchar á la vez contra tantos enemigos la mayor parte de las cuales jamas abandonaban su palacio de Kayakakooa? Royó su freno, y Mr. Young, quien siguió con el mas vivo interes las fases de aquella revolucion política, nos aseguró que tan solo ella había abreviado los dias del gran monarca.

El golpe que entonces se dió, aun hoy día resuena. Sin heredar Riouriou las virtudes y el valor de su padre ha debido experimentar la influencia de sus ene-

migos, y cobarde en su indolencia, encorvará la cabeza y dejará marchar los sucesos hasta que llegue una sacudida que le derribe.

En aquella época escribí lo que por desgracia se han encargado de confirmar.

Un hombre astuto, ladino, mañoso y agasajador, á quien Tamalamah habia enviado en calidad de gobernador á Wahoo, se escapó un día de aquella isla, dejando en su puesto un hermano borrachon, de continuo embrutecido por el ava sandwiguiana y el aguardiente europeo, y llegó á Owlyée so pretexto de apoyar la desierta causa, pero con el oculto fin de venderse á la política de la Gran-Bretaña. Tamalamah, cogido en el lazo, le nombró su primer ministro, y los ingleses, de quienes era el principal agente, le llamaron pomposamente Pitt. Glorioso era sin duda aquello; pero aun no estaba satisfecho Kraimoukou. Habia otras potencias que podian ir á disputar la conquista del archipiélago á la Inglaterra; y por lo tanto era preciso ponerse en armonia con ellas. Tambien Francia tenia buques de guerra, y excelentes capitanes, tambien Francia tenia sagrados derechos al afecto de Kraimoukou-Pitt, cuyo ascendiente abismaba ya á Riouriou. Apenas llegamos á Koaiaí, nos anunció que queria hacerse cristiano, y que su felicidad consistia en recibir el bautismo de nuestro capellan, rogándonos que no le rehusáramos semejante favor, y asegurándonos ademas que los buques de nuestra nacion encontrarian siempre en él á un ardiente y desinteresado protector. Fácil de conceder era lo que pedia, y así es que la ceremonia del bautismo tuvo lugar á bordo de nuestra corbeta. Bastante picante y curiosa fue ella para que deje de referirla en sus mas mínimos pormenores. Habia yo bajado á tierra con el alumno Janneret, encargado de conducir al rey, porque queria pintar la partida de la familia. El esqueleto del comandante debia recibir al monarca y á una de sus mujeres; la reina madre fue laboriosamente conducida en carro con Kraimoukou por media docena de laboriosos soldados, mientras que muchas elegantes dobles piraguas, tripulada cada una de ellas por los principales oficiales, servian de brillante escolta á la embarcacion francesa. Coloquéme yo en la mas hermosa de todas las dobles piraguas con Gaimard y la reina Kao-Onoéh, y estuvimos esperando por mas de media hora, bajo un ardiente sol, á Riouriou, que se estaba lentamente aderezando, y el cual indudablemente ignoraba que *la esactitud es la cortesania de los reyes*.

Llegó por fin llevando en la cabeza un sombrero de paja negro, y vestido con un uniforme de húsar y un pantalón verde muy ricamente bordado, pero con los pies desnudos, sin corbata y sin chaleco. La mas hermosa mujer de Kraimoukou se sentó al lado de Kao-Onoéh en nuestra piragua y tuvimos el placer de estudiar á aquellas dos excelentes criaturas que recomiendo á la especial atencion de los viajeros extranjeros. Riouriou antes de embarcarse, se hizo *detabouer* por el sumo sacerdote, á fin de poder librarse del sol bajo de una tienda ó de un paraguas, y noté con profundo sentimiento de tristeza que al llegar junto á la reina madre, le estrechó afectuosamente la mano, y ambos derramaron lágrimas pronunciando el nombre de Tamalamah.

Emprendió la marcha la flotilla, estando á la cabeza el bote del comandante; inmediatamente seguimos nosotros, y detras otras seis piraguas conducian oficiales superiores, algunas mujeres y un gran número de curiosos. Los mas robustos nadadores de la *Urania* tripulaban el bote del comandante, el cual se deslizaba rápido por la superficie de las aguas; pero cuando queriamos probar la velocidad de la embarcacion en la cual iba yo, no tenia que pedir sino que impelieran diez ó doce veces con fuerza los remos á los sandwiguianos, para que adelantáramos al ins-

tante á la lancha principal. Pronto llegamos á la corbeta engalanada con todos sus pabellones. Riouriou subió primero, siendo recibido con una salva de doce cañonazos, y bajó á la batería para disparar. Trabajo infinito costó subir sobre el puente á la reina madre; pero en fin llegó, en medio de las semi-abogadas risas de la tripulacion la cual temia, segun dijo, ver zozobrar la corbeta. Despues de aquellos dos personajes entró Kraimoukou, menos listo que Kao-Onoéh, á quien ofreci la mano, y despues de ellos á la tan linda y tan compasiva mujer del primer ministro, á quien dejé subir sola, por una causa que mas adelante sabreis.

—¡Caracoles! me dijo Petit al verla, no le ha tocado á V. la peor parte.

—Cállate, socarron, y piensa en que todo esto es muy sério.

—Y tanto, que ya nos reimos de ello como locos.

—Si te permites la menor impertinencia....

—Vamos pues, señor Arago, V. quiere que me calle, y está allí el titi del gascon.

—¿En dónde?

—En tierra, bien lejos; Marchais le ha hecho de intento, sin quererlo, una zancadilla, y le ha tendido como un galapago.

—Vosotros sois dos grandes tunos.

El altar, con la imagen de la Virgen, estaba tocando por detras con la toldilla; ofreciéronse sillas y sillones á las princesas, las cuales sin embargo, prefirieron sentarse en el suelo; los ministros, los altos dignatarios, los oficiales y el pueblo, mezclados y confundidos, discurrían por acá y por allá, importándoles muy poco la ceremonia que iba á tener lugar. El rey pidió una pipa y fumó; Kao-Onoéh y la esposa del futuro cristiano, se sentaron en el suelo, alegres como chiquillos, cerca del banco de cuarto, al cual me llamaban, y á duras penas podíamos darles á entender la utilidad y la castidad de la augusta ceremonia que á todos nos reunia. Aun no habia iluminado sus almas la luz celeste.

Apareció por fin el abate Quélen revestido con sus mas bonitos ornamentos; y fingió, ayudándole el camarero del comandante, paniaguado mas á propósito para las necesidades de una iglesia que para las exigencias de un buque. Nuestro capitán era el padrino, y Mr. Gobert, su secretario, la madrina, en sustitucion de madama Freycinet, la cual se quedó en la cámara por exigirle así su salud, y la misa se celebró al compás de los ronquidos del rey y de algunos principales personajes que respiraban á manera de órgano destemplado. De todas las mujeres Kao-Onoéh era la mas curiosa; sobre todo me hacia preguntas, y Rives le traducía mis respuestas, que al parecer le divertían mucho. La esposa favorita de Kraimoukou preguntó con aire muy poco inquieto cuántas falanges cortarían á su marido, y cuantos dientes le arrancarían; yo le aseguré que se lo devolverían muy intacto, y las dos princesas no comprendían cómo se concedía tan hermosa recompensa, á quien nada hacia para merecerla. Acabada la misa, recibió Kraimoukou el agua sagrada del bautismo, y abrióse el cielo á un elegido.

Terminado que hubo todo para Luis Kraimoukou, no faltó mucho para que Mr. de Quélen se viese obligado por fuerza á principiar la santa ablucion en provecho de cada uno de los asistentes. Kao-Onoéh se manifestó la mas serviente de los neófitos; y se arrojó semi-desnuda, hacia nuestro escandalizado abate; besó sus vestidos, sus dorapos, y se apoderó de la imagen de la Virgen, que presentó á sus amigas para que la adorasen, las cuales eran casi tan devotas como ella; luego, consoladas con la negativa del cura, visitaron la batería, los entrepuentes, los camarotes de los oficiales, el sitio de los alumnos, y no dependió de la esposa amaña de Kraimoukou que su

marido no recibiese aquel día en su cabeza mas que la sagrada señal de su salvacion.

Pocos momentos despues bajaron á tierra el rey, los príncipes y las príncesas, y el nuevo cristiano

Luis Kraimoukou-Pitt se fue á descansar á su cabaña, en medio de sus seis mujeres, sin haber aumentado en nada la estimacion que le profesáramos, sin haber disminuido en nada la amistad que le concedia Riou-



Riouriou.

riou, ni la autoridad que ejercia sobre el pueblo, á cuya antigua religion acababa de dar un afrentoso mentís.

Acompañé á los sandwiquianos á Kouiaï, porque si algo puede adquirirse, y si alguna cosa útil puede sacarse del recogimiento del pensamiento, es indudable que la ocasion que se presenta es despues de tales ceremonias. Mastocante á este punto no hay que pensar en los sandwiquianos; porque allí desconocen toda especie de moral, menos sin embargo la del interés personal, la cual pertenece á todos los pueblos, y se halla dominando en casi todos los hombres.

Bajo este punto de vista Kraimoukou era un tipo cuyo estudio presentaba muchísimo interés.

XLIX.

ISLAS SANDWICH.

Las viudas de Tamahamah. — Las mujeres de Rives. — Comida de ministros. — Young. — Asamblea general. — Religion.

Quince años habia que Mr. Rives se hallaba establecido en las Sandwich cuando á ellas llegamos; y por eso el terreno, las aguas, el cielo y el clima de aquella vivificante zona daban á su desdichado ser un aire de virilidad y de fuerza que contrastaba muy grotescamente la exigüidad de su angulosa osamenta. Si su talla hubiese sido no ya mediana, sino un poco mayor que la de los enanos que se enseñan en las ferias, no cabe la menor duda de que Tamahamah se hubiera valido de él para algo de importancia, y que la alta fortuna del gascon le hubiera puesto en poco tiempo en el caso de ser muy útil á los buques exploradores de todas las naciones del mundo civilizado. Pero en un país en que el mérito se cuenta por los metros que mide, Rives, revestido con el poder, hubiera causado una revolucion en las ideas de los sandwiquianos, habituados á no mirar sus gefes sino levantando al cielo la cabeza. Por eso, á despecho de una maravillosa curacion, de que mas adelante os habla-

ré, constantemente permaneció sumido en la oscuridad sin embargo de que siempre le recibian muy bien las reinas y los dignatarios de la corte, á quienes divertia mucho por su modo de andar á saltitos y por las ridiculas contorsiones que hacia con las mandíbulas para pronunciar convenientemente ciertas silabas del idioma sandwiquiano.

Su orgullo gascon se vió obligado por largo tiempo á sufrir la injusticia de la suerte, y sin embargo, naturalmente vanidoso, no desperdiciaba ocasion alguna para manifestarnos que jamas era importuna su presencia en la morada de las reinas ó en la de las viudas de Tamahamah. Bajo sus auspicios licimos la visita á Riouriou, á pesar de que en ella representó él un papel muy oscuro. Recibíónos el rey adornado con su uniforme de coronel, y Rives se encargó de traducirnos las hermosas cosas que el carnosio monarca se complacia en decirnos con increíble volubilidad. ¡Pobre rey!

Otro día, despues de una correría bien poco curiosa á las orillas del mar, preguntéle á quien pertenecía una cabaña bastante bonita cerca de la cual se paseaban algunos soldados armados.

— ¡Caracoles! me contestó, es el palacio de las viudas de Tamahamah.

— Tiene V. en él entrada libre.

— Me recibe como un amigo, como un hermano.

— ¿Puede V. presentarme?

— No comprendo cómo no lo he hecho hasta ahora.

— ¿En qué se ocupan aquellas princesas?

— Dejan que los días trascurran unos tras otros y hé aquí toda su ocupacion. Por lo demas ahora mismo lo verá V. todo; vuelva V. mas tarde, por segunda vez, y las encontrará V. en el mismo sitio, y si la casualidad os conduce aquí dentro de dos ó tres años, nada habrá cambiado en esa régia morada á no ser que una de las viudas haya ido á unirse en el otro mundo con Tamahamah.

Aquel palacio solo se distingue de los demas por el mayor espacio que ocupa. Entrase en él por una

puerta anchísima, pero tan baja, que el mismo Rives, cuya frente no subía mas allá de mi cintura, se veía obligado á bajar la cabeza para entrar. Al llegar, apenas se movieron dos ó tres cabezas se agitaron para vernos andar; pero Rives habló, saltó, hizo algunas monerías, tocó una mejilla con el dorso de su mano, á la manera que entre nosotros se acaricia á las criaturas, y al parecer reanimó por algunos instantes las enormes masas que yacían allí como restos de hipopótamos semi-cubiertos por doscientas varas á lo menos de finos lienzos del país, de diversos colores. En medio de aquellos monstruosos montones de carne humana, moría un cuerpo de rostro que tenía pintado el dolor, de abatidas miradas, de fisonomía llena de du'zura y de una sonrisa que indicaba una exquisita bondad. Era la reina madre, favorita de Tamahamah, á la cual hice gustoso su retrato; tenía su lenguaje un encauto y una dulzura indefinibles; y los dibujos que adornaban su voluminoso pecho estaban trazados con perfecto gusto. Tenía también la lengua pintada; leíase en sus brazos el nombre de Tamahamah y la fecha de su muerte; y la planta de sus pequeños pies y la palma de sus manos llevaban figuras que sospeché hubiesen sido dibujadas por el dibujante de la expedición al mando de Kotzebue.

Terminado que hube mi trabajo, rogóme que lo adornara con otros varios dibujos, y Rives me manifestó que le gustaría mucho un cuerno de caza ó corneta de monte en el trasero y un retrato de Tamahamah en el hombro, á lo cual condescendí muy gustoso. Luego que concluí mi trabajo, uno de los oficiales que vigilaba alrededor de las princesas puso

manos á la obra y pinchó mis dibujos con suma velocidad, y al día siguiente tuve la satisfacción de contemplar mi obra sin que nada desde entonces en adelante pudiese ya destruirla.

Profundo era el amor que Tamahamah profesaba á su favorita, y esta aun conserva en sus miembros las huellas del vivo dolor que le causara la muerte de su marido. Juró no coronarse ya mas con flores, ni adornarse con ningún brazalete, ni dejarse crecer jamás los cabellos, cortóse una falange del meñique de cada mano, y se arrancó cuatro el mismo día de los funerales del grande príncipe.

De admirable belleza debió ser allá en sus juveniles años, y fácilmente se explica el amor que Tamahamah le había profesado.

Cerca de ellas había un jovencito muy divertido por su vivacidad, quien agitaba un gran abanico de plumas de diversas aves, mientras que una jóven absolutamente desnuda y muy lindita, le presentaba de cuando en cuando, lo mismo que á las demás princesas, una gran calabaza semi-llena de flores, en la cual escupían una tras otra.

Luego que se terminaba esta ceremonia, cerraban la calabaza, cuya abertura tendria á lo mas cinco ó seis pulgadas de diámetro, por medio de una especie de tegido anudado que le tocaban con gran precaución. La reina favorita, atenta siempre á lo que yo hacia, notando que miraba mucho mas á la jóven sandwiguiana que presentaba la calabaza, me hizo preguntar por Rives si queria llevarme á su esclava, y le di por su fineza mil gracias con el tono mas francamente hipócrita del mundo, lo cual amenizó mu-



Reina madre, favorita de Tamahamah.

cho la reunión, comprendiendo en ella á la rapazuela, cuya buena voluntad recompensé con un par de tigras que aceptó con hechicero gozo.

Terminaba ya nuestra visita á las viudas de Tamahamah, cuando entró muy vivaracha la mujer de Riouriou, la bella Kao-Onoéh, encantada, segun nos dijo, de encontrarnos allí. Tendría una talla de cinco pies y seis pulgadas, y como se había quitado los vestidos europeos con los cuales tan ridícula me

había parecido una vez, confieso que la encontré bonita. Por lo demas, nada iguala al desparpajo de aquella princesa, á no ser quizás el tono y las maneras de ciertas mujeres de París, á quienes ninguna proposición envilece, ni ninguna asquerosa conversacion ahuyenta. Apresurémonos, sin embargo, á decir también que para Kao-Onoéh carecen de sentido las palabras vicio y virtud, tal cual las entendemos en Europa.

Era hija de Tamahamali y de Hika-Oh. Aquel príncipe se desposó con ella luego que hubo cumplido catorce años; y muerto Tamahamali, su hijo Riouriou contrajo á su vez matrimonio con la mujer de su padre, y por consiguiente con su propia hermana.

Para convencerme mas de que todo esto era verdad, hice que me lo contaran no solo Mr. Rives, sino tambien Mr. Young y las mismas princesas, las cuales juzgaban muy natural dicha cuádruple union. ¡No os he dicho que el sandwiguiano es un pueblo que merece llamar vuestra curiosidad, y que es digno de vuestro estudio!

Iguoro, á la verdad, cuál falta habia cometido para con mi querido semi-compatriota, pues durante mi permanencia en Koiá me jugó dos ó tres tretas de las suyas, por las cuales le he guardado por largo tiempo rencor. ¡Ay de mí! quizas preveía ya entonces que habia de publicar, á mi vuelta á Europa, la fiel narracion de su triste y ridícula odisea.

Acabamos de salir de la morada de las reinas, encantado él de sus boberías, acogidas con bastante bondad, y espantado yo todavía del asqueroso aspecto de aquellas informes masas de carne llamadas cuerpos humanos, y que figuraban admirablemente aquellos gigantes perros marinos que van tan penosamente á morir á la playa estenuados de tener que sostenerlos.

—Venga V. á bordo, dije á Rives, comerá V. con nosotros.

—Gracias; vuestros dos queridos marineros me causan un terror que no puedo dominar. Haga V. lo contrario, coma V. conmigo.

—¿En casa de V.? Acepto.

—No, en casa del primer ministro Kraimoukon, su correligionario, con quien ha contraído V. ya tan amplia amistad.

—¿Es necesario que me anuncie V.?

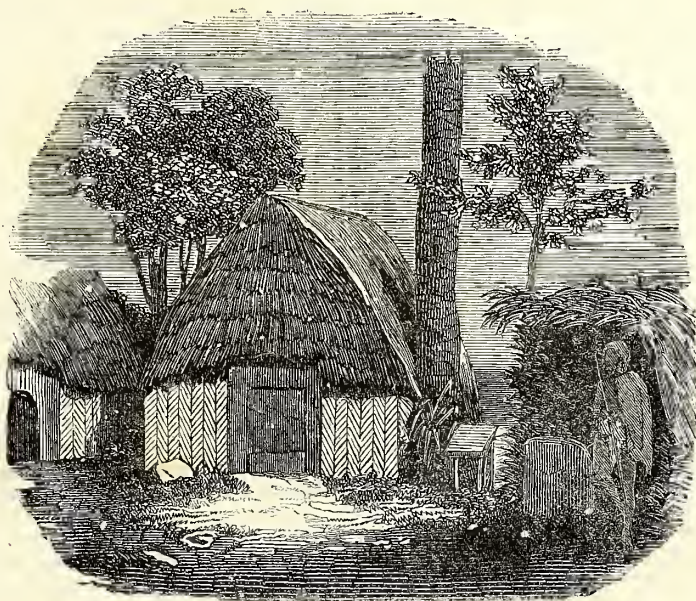
—Se lo repito á V., caballero, por todas partes entran aquí los extranjeros como V., se sientan en las mas finas esteras, se acuestan, descansan, duermen ó comen sin que de ello nadie se ofenda; pues muy al contrario, es un honor del que cada cual se muestra bien orgulloso.

—Menos V.; pues cualquiera conocería á la legua que mas me teme V. á mí que á mis dos marineros.

—Pero tenga V. entendido que estos dos miedos difieren esencialmente.

—Es V. un mandria. Si habitase yo, como V., hace quince años las Sandwich, ya hubiera tomado sus hábitos y sus costumbres. ¡Eh! ¡voto á sanes! antes de que nos demos á la vela, se habrá V. ya convertido en un sandwiguiano hecho y derecho.

—¡Duro es por cierto tener que temer la presencia de un buque que te trae noticias de un país tan



Morada del primer ministro.

amado! Pero en fin, paciencia, suceda lo que plazca al destino y á V. Pero entre tanto ¿quiere V. ir á casa Kraimoukou?

—Con mucho gusto; pero le prevengo á V. que me va V. á dar una cama, si despues de la comida pasó ya la hora de volver á bordo.

—Señor Arago, es V. muy cruel.

—Vamos á casa de su excelencia monseñor Kraimoukou.

La morada del ministro estaba cercana á la de Riouriou, pero era mucho menos espaciosa que esta, y la puerta principal, por el contrario, diferente de la de las demas cabañas, tenia una altura bastante ordinaria y regular. Apenas llegamos, levantóse Kraimoukou con suma galanteria, apresurándose á ofrecernos esteras de notable elasticidad, mientras que

su favorita, cuya talla era por lo menos dos pulgadas mayor que la mia, nos sonreía con graciosa expresion, era la persona mas bella y mas linda que hasta entonces habia visto en Owhyee; sus modales eran elegantes y locos á la vez, mas que atrevidas sus miradas, su nariz aguileña, en su boca parecia siempre que estaba impreso el disgusto; por lo tanto habia tenido por oportuno mandarse arrancar cuatro dientes á fin de honrar mejor la memoria de Tamahamali. Su cabellera principiaba á apuntar negra y sedosa, y la cal habia blanqueado una porcion de sus cabellos de la frente y de las sienes lo cual de lejos daba la apariencia de una corona; los pies y las manos tenian tal delicadeza que bien hubieran forzado á ocultarse á los de las andaluzas; sus brazos regordillos, ni muy gruesos ni muy delgados, tenian

flexibles y ágiles movimientos que anunciaban gracia y fuerza, y los dibujos que adornaban su hermoso seno, sus muslos y sus piernas, presentaban una originalidad que en nada destruía aquel raro conjunto tan digno de ver y de estudiar. La lengua, la planta de los pies y la palma de la mano derecha llevaban igualmente la huella de algunos finos pinchazos, y hasta creí leer en uno de sus hombros la palabra Rurick; irritáronse á tal aspecto muchos contra el dibujante de la expedición de Mr. de Kotzebue y propúsele á Konoali dos bonitos dibujos, y la vi saltar de alegría como un niño á quien se regala un juguete. A petición suya, tracé un cuerno de caza en el punto donde quise; y luego, á voluntad mía, escribí mi nombre en gruesos caracteres desde el cuello hasta los riñones y luego delineé dos hombres riñendo á puñada en los costados de la jóven mujer, la cual mandó incontinenti llamar al que había de pincharlos. Por lo demás, Konoali se prestaba á todos aquellos juegos con un abandono muy capaz, por cierto, de sobresaltar á Kraimoukou si hubiese sido tan celoso como Rives; pero hacia ya treinta y seis ó cuarenta años que el sol de las Sandwichs hería la frente del ministro, y por consiguiente consideraba como muebles de ningún valor á sus mujeres, y hasta á su favorita.

Como sea, Konoali se embelleció para recibirnos; adornóse con enormes collares, con coronas de flores y de hojas, con brazaletes de jarrón y con juguetes europeos de cristal. Pero ¡ah! gastos bien inútiles hacia la pobrecita; pues mil veces mas seductora estaba sin vestidos y sin coronas.

Sin embargo, debo decirlo todo; ¿y acaso no desilusionaré algún tanto la activa imaginación de mis lectores? He prometido la verdad.

Konoali era sarnosa.

Nos sentamos á la mesa el ministro, Rives y yo; pero Rives en pie para no verse en la necesidad de levantar las manos para servirse; Kraimoukou y yo en hermosas sillas recubiertas según creo de blandas estereras de Manila. Konoali jamás comía con su marido, iba á decir con su amo. ¡Oh mujeres! solo entre nosotros reináis como soberanas. ¡Oh mujeres de Europa! ¡jamás vayáis á las Sandwichs!

Sirvieron una hortería ó tazon lleno de *poé*, de aquella pasta-mastré de la cual ya os he hablado, y en la cual Kraimoukou y Rives introducían vorazmente sus dedos uno tras de otro. Yo me mordía los dedos de despecho, y al propio tiempo que dirigía palabras de cólera al condenado gascon con una sonrisa que pudiese alucinar ó engañar al ministro, aplastaba con mi talón los dedos del pie del enano, el cual lanzó un gruñido ahogado por el temor de venderme. Después del *poé* vino un trozo de cerdo salado sobre el cual me arrojé con rabia, y, con esto, acabó la comida. Antes y después de la comida bebimos en vasos de cristal á la salud de Tamahamah un vino bastante potable.

Kraimoukou nos despidió acostándose sobre una estera; y su mujer nos acompañó hasta la playa, y yo juré al maestro Rives vengarme tarde ó temprano de su perfidia.

Ya sabe él si cumplí mi palabra.

—Yo no le prometí á V. una mesa magnífica, me dijo dándome la mano para entrar en la lancha de la corbeta que acababa de llegar.

—Pero, bribón, por lo menos se da de comer á las personas. Mejor hubiera sido que me hubiese V. dicho que me convidaba á morir de hambre.

—¡Cómo! ¿no se satisfizo V.?

—Después de tal comida no me bastaría un cerdo de la talla de V.

—Entonces despueble V. la isla.

Sin embargo dejé al gascon con mas alegría que mal humor.

El horrible aspecto del paisaje que desde bordo se delineaba á la vista, me obligaba todos los días á marcharme á tierra, en donde encontraba mas cerca de las masas; alguna verdad en los detalles. Además de que nuestro amigo Rives siempre tenía una anecdota que contarnos ó alguna nueva caminata que emprender con nosotros. ¡Es tan suave bálsamo para el alma el eco de las palabras del suelo natal, cuando el diámetro de la tierra os separa de una patria deseada!

Volvamos cerca de Mr. Young, de aquel bravo anciano que se muere, dije al bordeles al día siguiente de nuestra suntuosa comida en el palacio de Kraimoukou. Me duermo al lado de aquellas tiernas é interesantes muchachas que le cuidan con tan viva ternura. Pobres niñas, que dentro de pocos dias no tendrán ya padre, y se encontrarán sin socorro, sin guía, sin apoyo en este mundo cuyos peligros ni siquiera comprenden. Mr. Young había sido el consejo de Tamahamah, pero Riouriou, su voz aspirante, y el pobre moribundo llorando reconocimiento por los beneficios del padre, llamaba también sobre el hijo las bendiciones del cielo.

Escalamos los tortuosos senderos que conducen á la mas hermosa ó por mejor decir á la única verdadera casa de Koiá, y pronto nos sentamos á la cabecera de la cama de aquel insigne varón tan próximo á la tumba.

Bien os sienta, me dijo, no olvidar á los que se van. Ved, si vuestro comandante pudiese llevarse á Europa á esas dos candidas criaturas que veis allí con los ojos arrasados en lágrimas, yo bendeciría mi suerte. Pero ¡oh Dios mío! ¿cuál será su suerte en este país aun salvaje, en el cual tan sangrientas catástrofes se preparan? ¡Pobres criaturas! ¿qué vida! ¿qué porvenir!... Y llenábanse de lágrimas los ojos semi-cerrados de Young, y profundos sollozos ahogaban su voz.

—Riouriou, le dije, cuidará de vuestras hijas. ¿Por qué queréis que olvide lo que os debía vuestro padre?

—Riouriou no será por mucho tiempo rey.

—Vuestra amistad os alarma.

—No. Conozco al pueblo sandwiguiano; murmura, amenaza, y no tardará en descargar sus golpes. Kraimoukou muda de religión; ¿no equivale esto á mudar de dueño? Mis queridas hijas se verán arrastradas por el torrente que hierve á sus pies, y hé aquí lo que me lleva á la tumba con tales sentimientos.

Allí estaban las dos niñas de tiernos corazones, piadosas como la súplica, fervientes como la amistad, almas puras como un hermoso cielo, flores aisladas en aquella tierra de dolor y de destierro, candidas palomas que adivinando por instinto el pudor y la virtud, se cubren en un país en que es costumbre la desnudez, y ruegan sin cesar á un Dios de bondad pidiéndole una vida á la cual la suya se una.

Una de ellas contaba trece años, catorce tenía la otra. ¡Oh! ¡cuánto placer experimentaba al estrechar entre mis manos las de aquellas dos criaturas europeas cuyo porvenir tan sombrío y tan desastroso se levantaba! Vedlas... El padre se apaga como una llama sin alimento. ¿A quién perteuecerán algún día? ¿De cuáles gefes serán esposas para verse mas adelante abandonadas á la brutalidad de cinco ó seis desvergonzadas riviles que con amenazas les impondrán los usos tan favorables á la pereza, al desorden y á la lujuria?

Llamábalas junto á mí, que ya me conocían un poco y amaban mucho porque las divertía de cuando en cuando con juegos de manos, y las regalaba estampitas que inmediatamente las pegaban en la pared; saltaba y sonreía con ellas; dejábame echar al suelo por sus tiernas manitas, y las adornaba con un collar, con un pañuelo ó con una cinta, hacía las aceptar agu-

jas, tijeras, espejitos, y su padre me tendía su temblorosa mano diciéndome: ¡*Cuán bueno es V.!*

Aquel día le ayudo á levantarse, y, ofreciéndole mi brazo, le conduje poquito á poco hasta el terraplen en el cual estaba edificada su casa.

—Este es un hermoso cielo, me dijo; bonita rada, ancha y llena de peces.

—Sí, es cierto; ¡pero y el terreno! ¡y los hombres! ¡y sus costumbres!

—Cállese V.; aparte V. á lo lejos su pensamiento, no mire V. á sus pies.

Imponente era el paisaje para que pueda olvidarle.

A veinte y cinco pasos de nosotros, había un fuerte, construido con bastante regularidad y erizado de cañones dominaba la bahía, bajo el fuerte un magnífico morai, adornado con mas de cuarenta asquerosos ídolos, rojos, la mesa de direccion y un templo *tabou* para todo el mundo, menos para el fanático sacerdote (1); bajo el morai penascos de endurecida lava, que atraviesan con esfuerzo el terreno; á la derecha el terrible Mowna-Kaah y sus ardientes hornos; á sus pies el diluvio de escorias vomitadas por aquellos anchurosos cráteres; allá á lo lejos, en la playa, algunas cabañas parecidas á nidos de anruca caídos de los arbustos; á su lado, un grupo de vergonzosos cocos desmedrados y delgados; sobre nuestra cabeza, los primeros y difíciles escalones por medio de los cuales se intenta á veces escalar el Mowna Kaah, y allá abajo, á la izquierda, parecido á un gigante adormecido sobre los fuegos que le han semi-calciado, el Mowna Laé, delineándose sulfuroso y amarillo, sobre vaporoso horizonte y dominando sobre un mar en el cual raras veces despuntan los mástiles de los buques exploradores.

—También tiene V. razon, me dijo Mr. Young viendo la admiracion que me causaba aquel magnífico panorama; tiene V. razon; magestuoso es el paisaje sobre el cual pasea V. sus ávidas miradas. ¿No es verdad que es bien mezquina la Europa, junto á esta turbulencia y á este caos?

El comandante y algunos oficiales vinieron á distraernos de nuestras meditaciones. Levantóse sin grandes esfuerzos Mr. Young; pues el aire de la montaña había reanimado sus entorpecidos miembros, y abrazó á sus dos hijas con un crecimiento de ternura que quería decir: ¡Aun no es abandonaré! ¡Ay! la decrepitud es la infancia: ¿acaso no es la ilusion la dicha de ambas edades? ¿y acaso no es también una esperanza el último suspiro del anciano?

Horrorizado por un número de peligros que cercaban á Riouriou como en una triple red de hierro, rogó Mr. Young á nuestro capitán que intentase por medio de su ascendiente invitar á los gefes á una sumision impuesta por su deber, y amenazar á los rebeldes con la venganza de las potencias europeas.

—Es tanto lo que debo á Tamahamah, añadió Mr. Young, que antes de espirar quisiera ver á su hijo libre de todo peligro. Caballero ¿escuchará V. mi súplica?

El comandante prometió ceder á los votos del infortunado moribundo; y con efecto, al día siguiente el mismo Riouriou fuerte con el apoyo que al parecer le prestaba el gefe de nuestra expedicion reunió una asamblea general de los gefes de Owwhyé.

Verificóse en un vasto tirglado, en medio de heramientas, de ruinas y de piraguas. El rey ocupaba un sillón destrozado, y nuestro comandante una silla coja; y Mr. Rives, ocioso intérprete, se colocó en una especie de pedestal de una estatua informe, y nosotros, de pie en las embarcaciones, figurábamos admirablemente el numeroso público de nuestros

teatros de los bulevares, en los hermosos días de las representaciones gratuitas. Seis ú ocho gefes acudieron á la convocacion con negligente paso; y aun dos de ellos se entretuvieron en jugar á las damas en agujeritos con piedras blancas y negras; otros dos se tendieron en el suelo sobre esteras que les habían traído sus criados; al paso que Oorohi, el mas aito, el mas intrépido y el mas peligroso de todos, se puso á silbar como para darnos á entender que no teníamos la satisfacion de agradarle. Cuatro princesas no se desdenaron de hacernos compañía, y el capitán de corbeta principió su arenga.

Dijo en sustancia que la Europa, fija en lo que por allí pasaba, veía con pesar las divisiones que estallaban en Owwhyé, que la amistad que profesábamos al gran Riouriou (acordaos de que tenía seis pies) nos imponía el derecho de pronunciar severas palabras, y que si la revolucion continuaba las escuadras unidas de Inglaterra y de Francia no tardarian en ir á infligir á los culpables el castigo que hubiesen merecido.

Terminado que hubo, Rives el intérprete, tomó á su vez la palabra para traducir la vigorosa arenga; pero cuatro gefes se habían dormido ya profundamente, y Oorohi se había retirado murmurando, por lo cual quedó levantada la sesion.

El rey dió las gracias al comandante, el comandante á Mr. Rives, Mr. Rives á nosotros y nosotros al monarca, con lo cual todo quedó concluido. Grave, serio y útil hubiera podido ser esto; pero ridiculizólo el mal querer de los gefes, y convirtiólo en vergonzoso la debilidad de Riouriou.

Pasemos ahora á lo que de ordinario suele formar la fuerza de los pueblos.

La religion de los sandwiquianos es una estúpida y y bastarda mezcla de mahometismo y de idolatria.

Las mujeres, despues de su muerte, no deben gozar mas que la mitad de los bienes prometidos á los hombres; como si en la eternidad se quisiera castigarlas por los tristes sacrificios que se les imponen ya con tanto rigor en esta tierra.

Adóranse allí imágenes, consúltanse las entrañas de las victimas inmoladas á los dioses irritados y el oráculo pronuncia su palabra solemne y sagrada.

Allí hay semi-sacerdotes, sacerdotes enteros y un sumo sacerdote. El pueblo respeta el poder de aquellas tres clases de charlatanes, hasta el punto de que las órdenes emanadas de la autoridad superior, infligen al que intenta eludir las doble, triple ó cuadruple castigo del que hubiera tenido que sufrir el culpable si tan solo hubiese sido rebelde á la orden de una autoridad inferior. Como se ve todo esto no puede ser mas lógico.

¿Creen efectivamente los sacerdotes de las Sandwich, tan fervientes como los de nuestra Europa, en la santidad de su religion? Casi estoy por suponerlo, porque sobre todo el sumo sacerdote se inflige en ciertas circunstancias, tan rudas correcciones que fácilmente se comprende trata de hacerlo valer como un mérito cerca de sus dioses. ¿O acaso no sería también mejor creer que era un lazo tendido á la credulidad de la multitud, fácil siempre de subyugar por el ejemplo?

En Koiaï vi al sumo sacerdote de Owwhyé sentado sobre una roca de lavas con la cabeza y las espaldas desnudas, recibiendo durante horas enteras y sin mudar de postura, los tostadores rayos de un sol de plomo, cuya sola reverberacion reventaba la piel.

Dirijíme á él un día en la playa; paseábase con gravedad y le ofrecí un paraguas.

—¡*Tabou!* ¡*tabou!* ¡*tabou!* me contestó con voz aterradora.

A veces también, cuando todos los habitantes despues de un ardiente mezclado, se arrojan mezclados á las aguas para recobrar en ellas las fuerzas semi-estenua-

(1) Creo útil dar aquí, en oposicion con los cementerios de las Sandwich, el croquis de un cementerio chino de Koupong, cuya descripcion pudo quizás dejar cierta vaguedad.

das por un sol sin nubes, aquel sacerdote, en el momento de echarse en ellas, se detiene en la playa, pone la mano sobre su cabeza, pronuncia la palabra sacramental *tabou*, y voluntariamente se abstiene del placer de la natacion.

Pero estos castigos á que voluntariamente se someten, caen por su causa con bastante frecuencia sobre el pueblo con una crueldad sin ejemplo, y ¡ay

del que se atreviese á desafiar tal prohibicion! Tres veces por mes está *tabou* la mar, es decir que el gran sacerdote manda condenar á muerte á cualquiera que se bañe en sus olas. Igual poder tiene sobre los rios y la severidad de sus augurios se extiende tambien sobre ciertos animales domésticos, los cuales entienden lo que se exige de su docilidad. Así cuando en un dia tambien *tabou* un gallo tiene la insolencia



Mr. Young.

cia de cantar, cógense por órden de un semi-sacerdote, y hasta al dia siguiente se le encierra en un profundo subterráneo sin alimento alguno.

¡Oh religion!

Azotan con un látigo á cualquiera mujer que se caliente en un fuego que los hombres hayan encendido.

Igual castigo se impone á cualquiera mujer que fume con una pipa de hombre.

Prohíbeseles el uso de los baños de mar dos veces cada diez dias, y en tiempo alguno, ninguna de ellas puede comer bananos.

Prescindiré de otras mil privaciones impuestas á aquel pobre sexo, y de otros mil estúpidos rigores que los sacerdotes imponen. El disgusto y la piedad detienen nuestra pluma.

Tamahamah habia querido abolir aquellos crueles usos; el sumo sacerdote hizo hablar á los vengadores dioses, y la potente voz del monarca reformador se perdió en medio de los anatemas, con los cuales se vió amenazado.

Cántase el nacimiento de una criatura, y cántase á la muerte de un hombre; primero son los cantos de luto y despues los de alegría. Los sandwiquianos comprenden la vida y la aprecian en su justo valor.

Todos los cadáveres pueden ser conducidos á los morais, y los grandes personajes disfrutan del peso de la asquerosa estatua roja y entreverada que gravita sobre su tumba. ¿Esta gloria concedida á los potentes, seria quizas por casualidad un favor que se niega al bajo pueblo?

Sencilla es la ceremonia de los funerales; los padres y los amigos cortan juncos en los campos vecinos; llevan césped, fucos y yerbas marinas, y con ellas forman una blanda litera, en la cual ponen el cuerpo le arrojan, le apretan, le atan fuertemente con cuerdas de banano, y le llevan en silencio á la fosa abierta de cinco ó seis pies de profundidad. A la vuelta hay vigorosos frotamientos de nariz unos contra otros;

reina en la casa largo silencio; y luego resuena un grito, hieden los aires cantos salvajes y gruñidos... Catlan por algunos instantes, sonríense, se dicen adios y queda ya borrado todo el dolor.

La muerte de un alto personaje prolonga la afliccion y renuevan con mas frecuencia los frotamientos de nariz. Viene á ser una especie de cortesania que se hace á la dignidad del difunto; es absolutamente lo mismo que entre nosotros la oracion fúnebre obligada; con la única diferencia de que en Europa se manifiesta el dolor en los vestidos; y en las Sandwich reside en los gruñidos, en las lágrimas, en las sonrisas y en los aprestamientos de manos. ¡Eh! ¡eh! pareceme que esto aproxima algun tanto á ambos paises.

La mujer de un sandwiquiano, á no ser que sea una princesa ó una reina, no merece que por su muerte medien frotos de nariz. ¡Pobres mujeres! Tambien os privan de este otro alto honor.

Los semi-sacerdotes y los sacerdotes se mezclan á veces en aquellas tristes ceremonias; pero á ellas jamas asiste el patriarca porque mas prefiere escudriñar las entrañas de los cadáveres. De seguro es esto mas divertido.

Rives me aseguró que la antropofagia era consentida en la antigua religion de los sandwiquianos, y todavia en el interior de Owhyée habia comedores ó devoradores de hombres.

No vi culto exterior en Owhyée, ni en Mowhée, ni en Waoho.

¿Adónde van las almas de aquellos isleños muertos de enfermedad, ó por la cuchilla enemiga, ó por el cuchillo del sacerdote? Nadie se cuida de esto allí; á cargo del que desaparece queda el hacerlo.

¿Qué es, pues, un sandwiquiano que acaba de exhalar el último suspiro? A un sumidero van á parar entre nosotros los cadáveres de los perros.

Pero me ha parecido vislumbrar que los ombayanos, aquel pueblo tan feroz, respetaba las cenizas de

los muertos. Mas para los naturales de las Sandwich, por lo general buenos y compasivos, todo concluye con la vida.

Rives debió inducirme á error, y confieso que no pensé en cerciorarme de la exactitud de esta última idea, ilustrándome con la opinion de Mr. Yonng.

Por mas que he registrado mis apuntes y mis recuerdos, nada he encontrado que me hable del culto de aquel archipiélago. Kraimoukou se ha hecho cristiano; si un buque otomano va á anclar allí algunos dias despues de nosotros, Luis Kraimoukou Petit adorará á Mahoma; y por poco que haga escala en Owlyée, una nueva expedicion francesa se verificará un nuevo bautismo católico.

Personas hay que toman á juego todas las religiones, y otras que lo consideran como una carga.

En Owlyée se llama templo una casa cuadrada con salidas en sus ángulos, en los males se depositan las ofrendas de los fieles, las víctimas ofrecidas á los dioses en expiacion de alguna culpa, y las blancas osamentas de algunos esqueletos sagrados. Solo el sumo sacerdote tiene el derecho de penetrar en aquellas venerandas moradas, y así es que la vida perdería al instante el atrevido sandwiguiano que se atreviera á introducir en ella un ojo escudriñador.

Una noche entré en la cabaña del sumo sacerdote que habia seguido á Riouriou, á Koiai; encontréle adormecido cerca de sus tres mujeres, muy lindas por cierto, una de las cuales estaba pintada de la manera mas ridícula. Encima de los párpados habia la figura de una cabra y una guirnalda de estos animales que partia del costado derecho del cuello, bajaba al hombro, corria á lo largo del brazo, serpenteaba por la mano, para volver luego en línea recta bajo la axila ó sobaco; bajaba en seguida á lo largo de las costillas, de las nalgas, de los muslos, de las piernas y del pie, y luego subia de nuevo y formaba un juego perfectamente en armonía con el lado opuesto. Leíase en su pecho el nombre de Tamahamah, y veíase en la palma de cada mano una N coronada, dibujada sin duda por algun admirador de nuestra gloria imperial, y un enjambre de avicillas revoloteaban por las demas partes del cuerpo.

Era la favorita del sumo sacerdote de las islas Sandwich. Sucede á veces que si uno de los poderes del sitio en que se encuentra el monarca está ausente este se *toubaa* á sí mismo; pero como puede *destabouarse* á su voluntad, fácilmente comprendereis que su sacrificio no es mas que una truhaneria ó quizas tambien un placer que se da prohibiéndose una cosa penosa. La estupidéz de semejantes penitencias complacen al humor de Riouriou, porque ningun valor se necesita para aceptarlas.

L.

ISLAS SANDWICH.

Tamahamah.—Rives de Burdeos.

YA he hablado de algunos de los actos del poderoso monarca de aquel archipiélago, el cual acaba de terminar su gloriosa carrera; pero aun necesito hablar de aquel gran hombre, porque tal debemos considerar al inteligente y temible gefe, que adelantándose á su época, trata de poner á su pueblo repentinamente al nivel de las naciones mas civilizadas del mundo por medio de felices y atrevidas innovaciones. Tamahamah I ocupará un preferente lugar en la historia de los príncipes que han gobernado las islas de todos los océanos. Ninguno como él intentó conquistas morales, ni nadie trató con mas ardor á librarse de las densas tinieblas de los siglos de barbarie; y Luis Damanonébang, aquel rey insurreccionado de Timor, que por tanto tiempo y con tanta felicidad luchó contra los esfuerzos de la Holanda impotente para

someterle, mereció menos que Tamahamah de su pais y de la humanidad.

De corazones nobles es auxiliar cuando hay fuerza á los esclavos que sucumben bajo los látigos del despotismo. Difícil es el primer paso en la peligrosa carrera de la emancipacion; pero levantar al débil, dar energia á cuerpos reservados, infiltrar, por decirlo así, sus generosos pensamientos en el adormecido cerebro de personas para quienes era un misterio la inteligencia, probarles que el reposo en las tinieblas es la muerte, que solo la nobleza de los sentimientos constituye la vida, esto es sin contradiccion, la mision mas grande, mas hermosa y mas generosa que el hombre puede emprender; esto es lo que quiso Tamahamah I, y esto es lo que dignamente intentó en favor de los pueblos, sobre los cuales estaba llamado á gobernar. Una lucha contra los hombres es atrevida tarea que puede intentar cualquiera alma fuerte; pero una lucha contra las pasiones no puede ser mas que la obra de la superioridad y del genio; y es innegable que Tamahamah era este hombre de genio.

Si al subir al trono hubiese consentido en respetar las eternas costumbres y los antiguos usos de los sandwiguianos no se hubiera visto su vida de príncipe tan cruelmente amenazada por los millares de peligros que la saltaron; pero quiso que los rayos que le calentaban fuesen tambien ardiente foco para sus súbditos, y prosiguió la direccion de sus planes como hombre que mide todas sus consecuencias.

Cuando se ha meditado, cuando hay firme voluntad y un proyecto bien fijo, y cuando cuerpo y alma se sacrifican á su ejecucion, el mal éxito mata; dar vueltas al obstáculo no es vencerlo, y nada mas mortal que el desaliento. El hombre desanimado es como el esclavo embrutecido por los acontecimientos y por los demas hombres, sucumbe á la mas leve fatiga, dóblase bajo la mas lijera carga. El hombre desalentado es un átomo que sin remordimientos podemos pisotear; y en fin el hombre desalentado solo necesita una mortaja y una tumba.

Dispuesto Tamahamah siempre á entrar en campaña, pero de continuo ocupado en sostener la paz, procuraba sin cesar ilustrarse con las lecciones de la vieja Europa, y jamas capitán alguno fondeaba en uno de sus puertos sin que el rey reformador acudiera á tomar consejo de él para que le sirviese de guia en sus proyectos. Seguro Tamahamah de vencer á los enemigos que le cercaban, buscaba sobre todo el remedio de nuevas revueltas por parte de sus gobernadores, fatigando su constancia en mantenerles en el deber y en el respeto. Poseia un inmenso arsenal, fuertes contruidos con bastante habilidad, y formidable artilleria; pero en Mowhée y en Wahoo me aseguraron que en las últimas batallas que libró á los revoltosos, siempre rehusó valerse de sus cañones. Segun algunos viajeros, solo mostraba sus baterias delante de la playa para probar sus amistosas relaciones con los pueblos europeos, y decia á los soldados que le acompañaban en sus expediciones militares, que siempre debian combatir con armas iguales. Grandeza será esto sin duda, pero grandeza que quizas manifestará muchísimo orgullo. Por lo demas, ignoro por qué singular circunstancia en casi todos los cañones se lee República francesa. ¿Dependerá acaso de que aquellos gloriosos bronceos hayan servido para asegurar la libertad de un gran pueblo, y las potencias rivales habrán querido mandarlos tan lejos para desterrar tan elocuentes testimonios de la época de nuestra historia mas fecunda en grandes hechos de valor? Lo cierto es que aquellos cañones están muy maltratados y estropeados, con lo cual se da á entender que no han permanecido ociosos en los arsenales.

Luego que Tamahamah se habia decidido á em-

prender una campaña, mandaba correos á todas las islas, á todas las ciudades y á los mas lejanos pueblecillos. Llegados que habian á todas las plazas públicas, convocaba aquellos enviados extraordinarios á todos los vecinos del pueblo, y el gefe de esta les dirigia las tres preguntas siguientes:

—¿De dónde vienes? ¿Por cuál motivo? ¿Quién te envía?

—Vengo de Owhyée, respondia el correo. Vengo á buscar soldados que defiendan á Tamahamah.

Luego que acababa de pronunciar el nombre, prosternábase el pueblo, levantaba al cielo terribles gritos, y á los pocos días, habia ya en pie un poderoso ejército dispuesto á combatir y á morir.

Pero no solo se alistaban los hombres á los pendones del grande príncipe, sino que tambien las mujeres querian adquirir la gloria de arrostrar los peligros, y mas de una vez decidieron el éxito de la batalla. Viéronse algunas, implacables en su furor, que agarraron á los cadáveres enemigos, y que los mutilaron y desgarraron con sus uñas y sus dientes. Tambien habia algunas que para vengar la muerte de un hermano ó de un esposo, se arrojaban en medio de la mas ardiente pelea, y morian dichosas despues que habian logrado inmolar una víctima á los manes de aquel á quien habian amado.

Tamahamah pagaba á sus soldados, pero la paga mejor y mas segura era el botín, y cuanto mayor era el número de despojos que cojia el soldado, tanto mejor visto era este en el campamento. Así preudiciaba Tamahamah la grande reforma que consumió su vida; y así siempre le encontraremos hasta sus últimos momentos.

Sin embargo el orgullo de aquel grande príncipe, igual á su ambicion y á su valor, tuvo que sufrir una afrenta que debió devorar en un principio temblando de cólera, pero de la que, tarde ó temprano, hubie-ra tomado á la segura estrepitosa venganza. No siempre correria la fortuna á los conquistadores, y hartas horas hay de penas y de luto que van á correr un fúnebre velo sobre los triunfos.

Los atovianos son sin disputa alguna los naturales del archipiélago, mas hermosos, mas orgullosos y mas intrépidos. Jamas en su país recibió buque alguno europeo el menor insulto, ni tampoco ningun motivo de rencor les ha impelido á actos de crueldad. Infatigables en las correrías en medio de sus vastos buques, sóbrios y pacientes, poseen, en mucho mayor grado que los indígenas de Owhyée, una constancia á toda preba para la ejecucion de los proyectos que una vez han meditado. Si fuese á su país un gefe ó un gobernador con ideas de esclavizamiento, no le condenarian á muerte, ni le asesinarían cobardemente, sino que desde luego lo enviarían al rey con amenazas de desprenderse de él si volvía á presentarse.

Atoái es isla rica por sus producciones, por sus minas, por su clima y por sus hermosos rios; y Atoái es rica por su independencia comprada ya por mas de un ejemplo de bravura y de desinterés, y á su alrededor y en sus montañas se respira un perfume de libertad que predice á sus habitantes un glorioso y pujante porvenir. Atoái, una de las mas florecientes islas de las Sandwich, tenia por gobernador, á las órdenes de Tamahamah, un gefe intrépido, inteligente y humano, un jóven ardoroso, magnánimo, pero astuto, quien só pretexto de formar excelentes soldados en servicio del rey de todo el archipiélago, no pensaba realmente mas que en su seguridad personal, y en el rompimiento del yugo que estaba condenado á sufrir. Aquel hombre valiente se llamaba Tanna-ah. Luego que hubo aguer-rido á sus tropas compartiendo con ellas las fatigas de difíciles escursiones; luego que tuvo todos los establecimientos y lugares de su isla montañosa y bien

poblada de arboles protegidos por fuertes y ciudades sólidamente fabricadas de tierra y cante, y luego que vió sus almacenes abundantemente surtidos de municiones de guerra, reunió á sus soldados, y les dijo:

«Si quereis ser libres, ocasion ahora se os presenta. Al presente no os pertenecen vuestros frutos, vuestros animales domésticos ni vuestras habitaciones. Todo cuanto ten ais pertenece á Tamahamah, á Tamahamah á quien ninguno de vosotros conoce, y quien pronto os enviará mas allá de los mares para intentar lejanas conquistas. ¡Valientes amigos! ¿vais á aceptar estos peligros que ningun beneficio os producirán? ó ¿mas grandes y mas libres no retrocedereis ante cualquiera humillante sumision? Hablad, yo soy vuestro gefe, vuestro hermano. Si alguno de vosotros tiene que quejarse de alguna injusticia de Tanna-ah, que salga de las filas, y echándome á sus rodillas, le pediré de ella perdon... Os callais amigos míos, porque sabéis que os amo como á mi propia familia. Mowhee y Wahoo se han insurreccionado; hagamos lo mismo que nuestras dos vecinas, no porque lo hayan hecho, sino porque deber nuestro es el hacerlo; y porque libres debemos ser. Seámoslo, pues. Soldados, á mis pies arrojo estas armas gloriosas, vedme en vuestra presencia, pronto á obedeceros si me ordenais que vaya á implorar la piedad de Tamahamah para que perdone lo que calificará de insurreccion; atad mis pies y mis manos, no se abrirán mis lábios para que salga de mi boca ni una queja siquiera... ¡Y qué! Todavía os callais, lo veo guerreros, quereis perteneceros á vosotros mismos, digno es esto de vuestros corazones; pero sin embargo consideradlo bien, si me aceptais como á gefe vuestro, preciso es que me obedezcáis hasta al fin, y que no depongamos las armas hasta tanto que tengamos vencidos á nuestros enemigos; decid: ¿me quereis por gefe?»

Poblaron los aires frenéticos gritos, y Atoái se declaró independiente de Tamahamah.

En pocos dias quedaron sometidas Mowhee y Wahoo. Tanna-ah puso en conocimiento de Tamahamah, que la isla de la cual le habia nombrado gobernador no queria obedecer mas al gefe supremo de Owhyée, en los términos siguientes:

«Rey, acabas de vencer y de castigar á los insurrectos gobernadores de dos hermosas islas; apresúrate á hacer otro tanto con la que mando, y te juro que te arrepentirás de haberlo intentado. Sé que el valiente que te dirá estas palabras morirá despues de haberlas pronunciado, pero, á pesar de esta seguridad, todos mis soldados se hallan dispuestos á desempeñar su comision; y tambien digo que si no hubiese sido por el temor de que les faltase gefe de mi solo las hubieras oído; ahora ven, tenemos sables contra sables, saetas contra saetas, cañones contra cañones, corazones de hombres contra corazones de esclavos... ¿Vendrás tú?»

No se hizo esperar mucho Tamahamah, temblando de cólera recibió al enviado, pero no permitió que se le tocara ni un solo cabello.

«Vé á decir á Tanna-ah, respondió Tamahamah, que acepto la guerra que me propone; sangrienta será, lo juro, y pronto veremos, si la victoria ha de pertenecer al legítimo gefe ó al insurrecto soldado.»

Presentóse Tamahamah delante de Atoái con sus mejores tropas y sus mas hermosas dobles piraguas. Aquel mismo dia se libró una batalla campal, y perdió la Tanna-ah; pero pronto rehizo sus fugitivas tropas, y despues de haber encerrado algunas en una fortaleza que Tamahamah no se atrevió á atacar, emboscóse él mismo en persona en las montañas y en las selvas, y sostuvo por mas de un año la guerra, vencido unas veces, y vencedor otras, y causó por último la constancia de Tamahamah, furioso por tener

que remitir para mas lejana época sus proyectos de conquista contra todos los demas archipiélagos oceánicos. Propuso una tregua en los términos siguientes:

«Deseo que cese la guerra. ¿Quiere venir Tanna-ah á mi campo á tratar conmigo?»

Por toda respuesta se presentó Tanna-ah al poderoso monarca; cuyos dos guerreros luego que se vieron, acercáronse lentamente uno hácia otro, tendiéronse la mano y por algunos momentos guardaron silencio.

— ¡Eres un valiente! le dijo Tamahamah.
— Bien lo sabias cuando me enviastes á Atoa.
— Yo te envié á esta isla para que la gobernaras en mi nombre.
— Yo prefiero gobernarla en el mio.
— Por consiguiente, me has hecho traicion.
— Si es así, intenta imponerme por ella un castigo.

— Prefiero perdonarme.
— Bajo qué condiciones.
— Me pagarás un tributo.
— Si es muy crecido, me niego.
— Me darás anualmente cincuenta dobles piraguas.
— Eres razonable, y acepto.

En aquella larga y terrible lucha, tuvo de su parte Tanna-ah los mas fuertes apoyos, porque Tamahamah no se descuidó de echar mano de todos los medios imaginables para sembrar la division y la discordia en Atoa; pero vanos ó inútiles fueron todos sus esfuerzos.

Desde entonces gozó la isla de su libertad. Muerto Tamahamah, subió al trono su abastardado hijo; pero Tanna-ah le negó el tributo é hizo decir á Riou-riou.

«Nada te debo, y pronto sabremos cuál de los dos pagará tributo al otro.»

Al día siguiente el adivino Koiaï escudriñaba sobre la sagrada tabla de un morai las entrañas de Tanna-ah para descubrir en ellas la voluntad de los dioses!

(Todos estos pormenores sobre Atoa los he sacado de algunas apuntes que tomó en Wahoo el español Marini.)

Todas las piraguas de Owhyée pertenecian de derecho á Tamahamah, quien podía á voluntad suya prohibir ó mandar que las lanzaran al mar; pero complácese allí en hacerle la justicia de que nunca usó de semejante privilegio que consideraba como un acto tiránico. Por lo demas, inmensas eran bajo este punto de vista sus riquezas, y aun hoy día hay mas embarcacion en un solo pueblo de Owhyée que en todo el archipiélago de las Marianas.

De seguro formaba la antropofagia parte de las costumbres sandwiguianas, aun en el reinado del padre de Tamahamah, atestiguando la ferocidad de aquellos pueblos, cuando se hallaban escitados por un sentimiento de venganza, los restos de Cook devueltos al capitán King.

Pues bien, el príncipe de quien nos ocupamos dió á entender á sus súbditos que era cobardía y que se ultrajaba á los dioses comiendo carne humana. Imbu-yóles tambien la idea de no prestar fé á todas las palabras de los sacerdotes y á desconfiar de los ídolos que estos fabricaban con sus propias manos. Los sacrificios de mujeres, de criaturas y de ancianos, que se hacian en los morais, para lograr que les fuesen propicias las divinidades, dieron á Tamahamah, quien intentó abolirlos, un poder tanto mayor, cuanto que paralizó y destruia en cierto modo el dogma siempre tan respetado de los adivinos y de los charlatanes religiosos. En sus filantrópicas tentativas corrió muchísimas veces inminente peligro su vida; pero mantúvose firme ante seducciones y amenazas, y castigó severamente á cualquiera que, en adelante, se atre-

viese á alzar sacrilega voz contra sus sagradas órdenes.

Tamahamah era, en su juventud, de carácter arrebatado y violento, y si en una lucha en campo cerrado ó en la maniobra de una piragua, le vencía un adversario á quien su padre no protegiese, tarde ó temprano se vengaba de su derrota. Por eso los cortesanos y sus aduladores, que son parte en todos los países, pronto se dejaron vencer á su vez y trataron de persuadirle de que era el mas valiente y el mas hábil de los isleños; pero Tamahamah pronto comprendió que las cualidades de que le dotaba la adulacion eran aquellas de las cuales precisamente carecia, y que debía adquirir para hacerse respetar, y no tardó mucho el príncipe en probar á sus súbditos que algun día se manifestaria digno de reinar sobre ellos, porque pronto nadie le sobrepujó en los juegos y en los ejercicios corporales.

Luego que se puso en marcha contra los gobernadores de Mowhée y de Wahoo, que habian levantado el estandarte de la revolucion, declarándose reyes independientes, les hizo saber sus proyectos de venganza en los términos siguientes:

«Sois culpables de un gran crimen, les dijo por medio de sus enviados; mereceis la muerte, y vuestra sumision no os salvará del suplicio que os reservo; combatid, pues, con valor, pues quizas os perdonaré. Es todo cuanto puedo prometeros.»

Diéronse dos sangrientas batallas cerca de Lahénah y de Palii; ambos rebeldes fueron vencidos, hechos prisioneros, y habiéndoseles formado causa se les declaró culpables de traicion y de cobardía por un tribunal compuesto de gefes. Calificados de inhábiles por Tamahamah solo, fueron fusilados, entrando en su deber las dos islas.

El número de sus tropas era proporcional á sus necesidades, y él solo era juez en esta materia. Por lo demas, reinando semejante príncipe todos se alistaban con valor, prescindiendo de que jurando Tamahamah respetar la debilidad ó el miedo, autorizaba el día antes de la partida, para que salieran de las filas y se retiraran á sus cabanas, á todos aquellos que no quisiesen jurar, morir antes que retroceder ni un solo paso.

A todos los capitanes extranjeros que fondeaban en una de sus radas preguntaba si sus dobles piraguas servian para emprender viajes de mil doscientas á mil quinientas leguas por el Océano Pacífico, puesto que queria, segun se explicaba, someter cuanto antes las islas de la Sociedad, las de los Amigos y el archipiélago Fitgi, en el cual le habian asegurado existian aun antropófagos. Vancouver, que se complacia en conversar con él, asegura, que estuvo á pique de escaparle el caso mas de veinte veces en los primeros años de su reinado. Casi nula era la distancia que mediaba entre él y los principales gefes; y en un consejo general solo las voces de dos ciertos gobernadores paralizaban la suya.

Sublevóse Tamahamah contra aquella especie de tutela bajo la cual habian vivido sus antecesores, habló alto y fuerte, dió órdenes que quiso que cada cual respetase, y castigó la insolente temeridad de aquellos que se atrevieron á oponer una voluntad á su voluntad de hierro. Formáronse diversos partidos en Owhyée, llegaron á las manos, y la victoria, siempre fiel á Tamahamah, dió por fin todo el poder á este príncipe, ante quien se doblaron todas las ambiciones. Varios combates tuvo que dar para libertar á los infortunados Young y Daois que se escaparon de la catástrofe de Cook, y despues tuvo que darles una escolta de hombres armados para protegerle contra los odios de ciertos gefes semi-subyugados por el ascendiente de su soberano.

Su talla era mediana, ancha su frente, pequenísimos sus ojos, pero vivos y brillantes, sus músculos

muy pronunciados, su fuerza extraordinaria, y maravillosa su habilidad. A los seis años ya no había oficial alguno que se atreviese á luchar con él en ningún ejercicio.

Ultimamente, iba vestido con el uniforme de capitán de navío de la marina inglesa, y en los combates llevaba un magnífico casco de plumas encarnadas y amarillas, un sable, un fusil y una flecha, de la cual se deshacía para principiar el ataque. Su capa era igual á las que cubrían las espaldas de los demás gefes. A ejemplo suyo, todos los soldados marchaban con los pies desnudos y se lanzaban al enemigo despidiendo terribles gritos, y la única contraseña que tenían para rehacerse en caso de derrota era el nombre Tamahamah.

Cuéntase que habiendo emprendido la huida uno de sus gefes en medio de lo mas recio de la refriega, lanzóse hácia él Tamahamah como un rayo, detuvo al cobarde, ordenóle que guardase ante él la mas absoluta inmovilidad, y le cortó de un sablazo ambas piernas diciéndole: Toma ¡insigne! tus piernas te llevaban lejos del combate, solo ellas son ahora culpables, que queden pues aquí.

Otra vez habiéndole dado un consejo que le parecia funesto un oficial á quien solia consultar en las difíciles ocasiones, irritado el monarca por sospechar una traicion, mandó cortarle la lengua, y ordenó que inmediatamente se verificase á su vista y en su palacio aquella horrible mutilacion.

Ya lo veis tambien; hasta en aquel omnipotente soberano del archipiélago habia contrastes de todos los instantes, y contrasentidos que hieren la razon; mas digo, en él sobre todo se abrian paso en medio de las mas sencillas y naturales circunstancias de la vida las buenas y malas pasiones. Allí se mostraban la grandeza y la debilidad, lo sublime y lo ridiculo, la malignidad y la tirania. Tamahamah I conservó de su pais todas aquellas cualidades que le constituian en un pais á parte, y trajo á él, ó por mejor decir trasplantó todo cuanto noble y generoso su grande alma alimentaba; habia, entre aquellos dos extremos una guerra permanente, en la cual hubiera en definitiva acabado de triunfar sin duda alguna el genio del bien, pero la muerte hirió demasiado pronto al monarca, y las islas Sandwich serán aun por largo tiempo salvajes.

¿Sirvió Tamahamah de espejo á su pueblo, ó se reflejó el sandwiguiano en su rey? Por su gravedad pertenece esta pregunta á aquellas cuestiones que no admiten conveniente resolucion hasta tanto que han trascurrido largos años y á veces largos siglos sobre una época.

Ya que conoceis ahora á Tamahamah, á su hijo y á sus viudas, permitidme que os diga algunas palabras acerca del imperceptible personaje que no os he hecho mas que bosquejar, y quien, á la manera de la mosca de la fábula, quiere mover tanto ruido y ocupar tanto espacio. ¡Oh! ¿Acaso no le lisonjee, pues tan accesible soy á los testimonios de afecto?

Paréceme que ya os he dicho en otro punto que Mr. Rives tenia cuatro pies y dos ó tres pulgadas; ¡pues bien! yo le he hecho mas alto de lo que era, le he *apolonizado*; su talla consta ni mas ni menos de tres pies, once pulgadas y cinco líneas; tal es la exacta verdad que constituye el principal mérito de los viajeros.

Vió nacer Burdeos, en un cuartito de aquel admirable *homicidio* de los Chartrons pavoneándose en la ribera del Garona, apenas contaria nueve años cuando le vino al espíritu (quiero decir á la cabeza) la pasion de los viajes, que es pasion imperiosa, dominadora, y que todo lo arrastra borrando todos los temores, y el triste presagio de las mas terribles catástrofes. Sucumbió á ella Rives, lo mismo que he sucumbido yo, miserable y ambicioso, y como á ella sucumbie-

ron tambien otros varones de diversa constitucion que la mia, cuales fueron Cook, Laperouse, Wallis, Carterets y Alburquerque, dignos todos de ilustre memoria.

Erguíase en el aprisionado rio un buque americano con su puente terso como un espejo, lanzaba al aire sus elegantes y flexibles mástiles, y sus tan graciosas y tan variadas jarcias. No perdía Rives de vista la flotante taza cuya atrevida marcha atestiguaban cuatro ó cinco felices viajes: jugando por la mañana y por la tarde á los bolos con media docena de asquerosos tunos de su edad y de su ralea, y acostado de noche en su delgada cama de correas, pensaba, cual nuevo Colon, en los lejanos paises que hubiera querido descubrir ó por lo menos visitar. Alterábase la salud aquella ardiente sed de los viajes que le abrazaba, y alarmados sus padres preguntáronle por fin la causa de la tristeza que le corría.

—¿Qué tienes, querido mio? le dijo su madre con temblorosa voz.

—¡Ay! mamá, me pudro en Burdeos; desearia recorrer mundo.

—¿Y adónde quieres ir?

—Lejos, lejos, lejos, mas lejos aun; quisiera encontrarme en los antipodas para andar con la cabeza hácia bajo.

—Pero hijo mio, te caerás.

—No, mamá, á todo me agarrare.

—Bien sabes que no tengo ni un cuarto, y que nada puedo darte.

—¿Y su bendicion?

—¡Oh! tocante á esto te daré media docena si es preciso. Vamos, cuéntamelo todo, angelito mio.

—¿No ve V. madre, aquella hermosa fragata americana en cuyo bordo todos los marineros llevan un lindo sombrero de paja y camisas encarnadas? Pues bien, deseo embarcarme en ella y viajar.

—Yo te amo, hijo mio, yo te adoro; vete, vete bien lejos, supuesto que te place; en nada quisiera contrariarte en esta tierra. ¿Pero te recibirán en aquel buque siendo tú tan pequeño?

—Soy jóven y creceré; no todos los grumetes tienen seis pies; yo apuesto cualquiera cosa que no me rechazarán.

—Vamos á verlo.

La noche misma de esta conversacion se instaló Rives á bordo de *la Bella Carolina*; y al dia siguiente, surcaba delante de Blaye, llegó en frente de Pannillac; y á los dos dias, bogaba en alta mar, con la proa hácia las Azores, libre é independiente, es decir, independiente de las disciplinas de su tierna madre, y libre de su maestro de escuela, de quien hasta el recuerdo maldecia, pero ocupado, el pobrecito, durante todo el dia, en trenzar cuerdas, ó trepar hasta la punta de los mástiles, y ayudar al cocinero en la confeccion de la execrable pitanza que cotidiana-mente se ofrecia á la voracidad de quince hombres de tripulacion de *la Bella Carolina*.

Doblaron el cabo de Hornos, é hicieron escala en Chile y luego en Lima. Cansado y estenuado se hallaba Rives; pidió permiso para saltar en tierra con objeto de intentar la conquista de alguna noble peruviana; regalóle el maestro un energético puntapié; rabió sin quererlo el bordeles, y, encendido de cólera, se subió á la mas alta gavia para mejor estudiar la magnífica ciudad, teatro en otro tiempo de las carnicerías y mortandades que aseguraron el dominio español.

Corta fue, sin embargo, la escala; pronto levó ancla *la Bella Carolina*, y segun las órdenes de los armadores debían ir á Manila, luego á China, tocar en Calcuta, fondear en Mauricio, y efectuar su vuelta por el cabo de Buena-Esperanza. Pero no lo quisieron así los destinos, un viento contrario impelió á la hermosa fragata lejos del camino trazado, y

bien dichosa fue por cierto con encontrar en Kaya-kakooah en el seno de una espantosa borrasca, una segura rada en donde revituallar y reparar algunas averías. Notad bien que os digo esto con los mas minuciosos pormenores, como un diario de bordo, porque se trata de Rives, de Rives el bordeles; y antes que todo la exactitud. Saltó Rives en tierra, en la cual la exigüidad de su liliputiana talla le valió la risa de los naturales. El guapo chico acogió como muestra de afecto las burlonas risas de que era objeto, y héle aquí soñando ya atrevidos y dilatados proyectos, muy dispuesto á despedirse de sus primeros compañeros de viaje y á instalarse en una isla, esperando lograr algun día hacerse elegir rey de ella. ¡Es tanta la ambicion que fermenta en las jóvenes cabezas, y sobre todo en las bordelesas cabezas! ¡Y qué sucedió? Que el día de la partida, el truan faltó á la lista; que mandaron cuatro ó cinco marineros para que le buscaran; que no le encontraron, porque sin duda se habia ocultado en la boca de algun ídolo ó bajo de una hoja de col caribe, y que el buque continuó su ruta, lastrado del ciudadano de la Gironda, orgullósísimo de su feliz travesura. Diez años tenia entonces Rives; y en esta edad de ilusiones todo es hechizo y placer, todo es alegría y delicia. ¡A los diez años jamas entré en casa sin tener algun chichon en la cabeza, chorreando de sangre las narices ó con la mandíbula descalabrada; á los diez años, con fuerzas bastantes me hubiera considerado para subir solo al Monte-Blanco, para detener con la mano un alud, ó para rechazar las olas del mar irritado; á los diez años, me hubiera sentido con harta audacia para atacar á un toro furioso, para luchar contra un tigre, para vencer á una leona... y sin embargo no soy natural de Burdeos! Rives, que habia nacido en los Charrous, se sintió con suficientes fuerzas para no morir en las Sandwich, y con efecto, instalóse el tuno en casa de un gefe que le cuidó como se cuida á un titi ó á un papagayo; y mi gascon, olvidándose de lo pasado; contrajo bien pronto nuevos hábitos preparando en la meditacion su futuro bienestar. A los diez años, y cuando la necesidad aprieta, pronto se aprende una lengua. Rives habló luego el sandwiquiano, mejor que vosotros y yo; comia *poé*, masa casi tan deliciosa como el nulte acedado; jugaba al huso (1), prosternábase con gracia en una *morai*, bailaba sentado, dormia parte del día y no se quejaba de su suerte, tal era ya el punto de sandwiquianismo á que habia llegado. Pero no estaba en el norte de la ambicion de Rives vivir tan solo para el presente, pensó en el porvenir; y así es que á los dos años de permanencia en Owhyé se dió á la medicina. ¡Maravillaos, pues, de ver tan despobladas á aquellas islas! Rives visitó enfermos; hizo ciertos gestos, propuso el juego de ciertas raices, y hasta practicó con la punta de un cortaplumas algunos rasguños en la piel; en una palabra, trató á los sandwiquianos como verdaderos compatriotas. Y como en medio de aquellas tentativas hubo algunas de feliz resultado (¡es tan extravagante, dió la casualidad!) adquirió cierta reputacion y recibió en recompensa una casa bastante bien construida, una docena de cocos, un centenar de pies de terreno, muchas varas de lienzo, que fueron útiles apéndices para sus pantalones de musgo, que estaban hechos girones hacia largo tiempo.

Cuando estaba la corte de Tamahamah en Kairoak Rives rondaba de continuo como un perro de aguas alrededor de las regias mansiones; pero los principes no siempre miraban tan bajo, y el pobre Rives moviase desapercibido en medio de las gallinas, de los cerdos y animales domésticos de la isla. Cruelmente

padecia con esto su amor propio de médico, y juró que tarde ó temprano habia de tomar merecida venganza. ¡Ay! Tamahamah murió.

Sin embargo, la esposa favorita del gran rey, atacada por violentos cólicos, llamó un día á su alrededor á los charlatanes de la ciudad y del contorno, quienes no habian acertado con un buen remedio, fueron despedidos con amenazas y con castigos. Un postrer recurso quedaba al príncipe; habia oido hablar del imperceptible europeo, y en su desesperacion mandó por él. Presentóse Rives con el corazon hinchado de vanidad; arrodillóse junto á la reina, le tomó el pulso, hizo algunas muecas, pronunció en voz baja dos ó tres frases misteriosas, y se marchó diciendo que pronto iba á volver. Entró en su casa con extrema agitacion y echó al aire las mas gigantescas ideas de fortuna y de grandeza. «Hé aquí llegado el momento de hacer mi fortuna, se dijo rápidamente; bella es la ocasion y la probabilidad grande, no las dejemos escapar; juego el todo por el todo; pero mi buena estrella me guiará, y ademas puesto que los demas médicos no han acertado, sufriré como ellos algunos puntapies, que ya sé lo que son.» Dicho esto, arrancó Rives algunos puñados del césped que se hallaba alrededor de su choza, lo machacó, esprimió su jugo, lo desleyó en un vaso de agua, lo echó todo en una calabacita, y se encaminó palpitando á la morada de la reina, cuyos gemidos resonaban mas dolorosos y mas fuertes. Entró Rives, dió otra vez principio á las monerías que solia hacer, presentó el vaso á la reina, la obligó á tragarse la bebida y se retiró, pálido y mudo, como si acabase de cometer un asesinato. Al cabo de una hora precipítanse hácia su cabana dos guardias, penetran en ella, cogen á Rives por los hombros y le conducen ó mejor le arrastran hasta palacio. El pobrecito creyó llegada su última hora y recitaba ya su *In manus*, cuando la misma reina le tendió la mano con dulce sonrisa, le permitió que la abrazara, autorizándole para que se sentara en una de sus esteras; ya no sufría ningun dolor. Regalóle Tamahamah una capa de plumas, signo de dignidad; dos fusiles, un casco, cinco ó seis abanicos, mas de cien piezas de ricas telas de palma-cristi, y la reina le presentó, encerradas en una cajita, dos magníficas perlas pescadas en Pah, que es uno de los mas hermosos fondeaderos de Wahoo. Fácilmente os haréis cargo de la dicha del gascon, y tambien sabeis si se necesita mas para formar un grande hombre. Desde aquella época, un remedio infalible contra los cólicos es el jugo de verde césped disuelto en agua; probadlo. Rico con sus telas y con sus curiosidades, y mas rico aun con sus dos admirables perlas, no quiso detenerse Rives en tan hermoso camino, y resolvió aprovecharse de su buena fortuna. Con el permiso del príncipe y bajo formal promesa de volver cuanto antes, semarchó á los dos meses á Kanton, con objeto de vender sus perlas y de comprar medicamentos. Provisto con aquellos nuevos tesoros, volvió otra vez á Owhyé á ejercer su profesion, y siempre obediente y servil, cortesano diestro y astuto, embustero y bribon, seguia á la corte en todas sus evoluciones menos cuando iba á combatir, porque Rives necesitaba mucho reposo.

El anciano Young, de quien mas adelante os hablaré, me habia contado esta historia; Rives á quien pedí la confirmara, apenas encontró alguna pequeñez que retocar; pero me rogó que no la publicara á mi vuelta á Europa, lo cual le prometí yo con una buena fé que él mejor que nadie podia apreciar. Débole tan curiosos pormenores sobre el archipiélago de las Sandwich, que no tuve el suficiente valor para aflijirle con una indiscrecion poco delicada. Ademas, hace tambien poco tiempo que Rives acompañó á Europa, en calidad de intérprete, á Riouriou y á su mujer cuando fueron á Inglaterra á implorar la proteccion del

(1) Juego favorito de los sandwiquianos, del que mas adelante me ocuparé.

rey, quien se la rehusó. No hace muchos años murió Riouriou en Londres, siguiéndole muy de cerca su esposa Kao-Ouvé. Rives se marchó á Burdeos, y á los dos años se dió á la vela en calidad de encomendero de un buque mercante, el cual despues de haber tocado en las Sandwich, debía ir á cargar de pieles en la costa Noro-este de América. Feliz y muy lucrativo fue su viaje, y el pintado gascon, rico hoy, pero ingrato hácia sus dos castos tercios de Owyée, y lleno de hermosos recuerdos de sus aventuras expediciones, pasea su ociosidad en las anchas calles y en los cuadros de árboles de los jardines de la mas hermosa ciudad de Francia. Leerá estas páginas (si ha aprendido á leer desde que le dejé) y me lisonjeo de que bien querrá acordarse del pobre ciego cuya amistad adquirió tan lejos de su patria.

Os habia contado algunos hechos y rasgos de la vida presente de Rives. ¿Como esacto historiador no debia referiros tambien los principales accidentes de su vida pasada? Si me vituperais por esto acordaos de que el reconocimiento tiene sus límites, de que el bordeles nos habia hecho un gran número de promesas, las cuales, con gran sentimiento suyo indudablemente, no pudo cumplir ni una siquiera, y de que en compensacion debo ser fiel á todas las que he hecho á mis lectores desde el dia de mi partida.

Por pequeño que sea merecia Rives el puesto que ocupa en la historia de mis viajes.

LI.

Correría con Petit al Océano de Lavas. — Taonroé. — Morokini — Mowhée. — Lahena. — Paraiso terrestre.

La misma víspera de nuestra partida que tanto deseábamos todos nosotros, quise hacer tambien una correría al centro de las rocas de lava vomitada por el Mowna-Kaah, á fin de cerciorarme de si con efecto, segun me lo habia dicho Mr. Young, en vano buscaría allí la vista el mas leve rastro de verdor. En los flancos del Vesubio germinan aun algunos arbustos bastante vigorosos; el Etna ve casi en su cima raíces llenas de sávia, que lanzan al aire risueñas hojas, hasta tanto que una cólera del suelo que las sostiene las quema ó las ahoga. Hablan los viajeros de las riquezas botánicas que ciñen la rápida pendiente del Heda; y no menos mortíferos son los abrasados conos de las Américas para la feraz vegetacion que medra en su pie, y así á veces sube á coronar su cabeza por encima de las nubes. Y sin embargo salen de allí erupciones en otro tiempo mas serias que las que han sepultado á Periculano y á Pompeya; pero tambien se alejan de allí los prudentes indios, quienes han construido sus ciudades en montes y en valles que solo Dios puede estremecer. ¿Acaso no encontré yo mismo á dos pasos de Tinian, el monte Aguigan, adornado como en un dia de fiesta, con ricas producciones vegetales de los paises de los trópicos? Seypan y Anataxan se enorgullecen igualmente de su eterno verdor; y yo me pregunto si, siendo quizas entre aquellos amenazadores enemigos del reposo de los hombres, lo invadia y petrificaba todo el Mowna-Kaah á su paso.

Caluroso era el dia, apacible estaba el mar, sin que la mas leve brisa agitara su superficie, y yo casi me congratulaba, pues tanto era mi placer al encontrarme en presencia de todos mis enemigos á la vez. Mil veces mas prefiero un terrible choque que mil pequeñas sacudidas, y mas temor me causa el cansancio que el peligro.

Viéndome partir mi fiel Petit en una piragua saltó dentro sin que me apercibiera de ello; y sentándose junto á mí, tendióme su mano de hierro, y dijo á los naturales encargados de conducirme: *¡Mar adentro!* como si le pudieran comprender; pero Petit se habia ido sin permiso, y habiéndole visto el marinero

de cuarto, le llamó con amenazadora voz ordenándole que se volviera á bordo.

— Mr. Arago me ha llamado, dijo el descarado marinero, pidaselo á él; ¿no es verdad señor Arago, que no puede V. bordear solo por entre los arrecifes de estas montañas?

— No por cierto, pero...

— ¡Ah! ya V. ve, señor Berard, que no le decia ningun embuste, y que no quisiera que le resultara á V. ningun perjuicio.

Nada pudo replicar Berard, la alegría del buque, á la elocuencia de Petit; comprendió la benévola mirada que á escondidas le eché, y sonrió amigablemente al desinteresado marinero, cuyas generosas intenciones habia comprendido.

Desatracamos.

— Veamos, ¿cuál son tus proyectos al acompañarme en tierra? dije á mi tuno.

— Si no lo adivina V., es inútil que se lo diga.

— Acaso querrás emborracharte otra vez con el ava.

— Confieso á V. que si alcanzara tal dicha, millares de gracias daria á Santiago que es el patron de V.; pero esta no es mas que una razon secundaria; la principal estriba en que es V. un verdadero conscripto, un verdadero parisiense, en que no sabe V. nadar; y en que por consiguiente no ha de navegar V. solo con estos escuerzos que le dejarían ahogar á V. como á una bala del calibre de treinta y seis. Yo nado por dos cuando un amigo cae en el agua.

— ¿Dices verdad, querido mio?

— ¡Cómo! Si me hace V. la afrenta de dudar de ello, tomo este palo que tan bestialmente llaman aquí grande remo, me subo á este banco, hago un molinete y abro el cráneo á todos los hombres cobrizos, hasta que V. tambien les haya pintado montones de atletas y de cuernos de caza en todas las mejillas.

— Vamos, te creo; apacíguate, bestia.

— Un bestia que se zambulle para salvar á un amigo vale mil veces mas que un tierno lechugino que ni siquiera se mojaría la punta de su bota, para ahorrarle á V. veinte sorbos de agua de mar, que maldito lo que se parece al ron.

— Va, ya te conozco, y sé tambien cuánto vales.

— Lo sabe V. tan poco que, en castigo de no haberlo dicho oportunamente, le condeno á V. por unanimidad á mojarme la garganta, al llegar á tierra, con dos dedos de aquel vino que tiene V. la habilidad de ocultar detras de su album.

— Concedido, dos dedos de vino, acepto.

— Y yo tambien, dos dedos uno sobre otro, y no mezcquinos, sino bien alta con mil legiones de diablos. Convenido; no se va V. á desdeñr, y si no pagará V. cuatro... Pronunciado de nuevo por unanimidad. ¡Vaya el maldito! ¡Si estuviere allá Marchais! Tambien le ama á V. mucho; y ayer tarde, como tiene de costumbre hablarme con su escarpin de hierro, me dió tan violenta sacudida que me caí en el suelo por haber querido apostar que yo le amaba á V. mas que él.

— ¿Conveniste pues en lo contrario?

— No se puede hacer otra cosa cuando el amigo Marchais no va descalzo.

— Si no tuviérais los dos buen corazon os habrian de colgar.

— Esto quiere decir que si no fuéramos tan buenos marineros, seríamos pilluelos. No cuesta mucho conocerlo. V. se enmohece, señor Arago, y si continúa V. en conservar á su servicio un sábio como Hugues, temo que va á llegar V. á Francia enteramente de su calitre.

— ¡Caracoles! Nos vamos acercando á la costa.

— ¡Cómo maniobran estos gavieros! Vea V., vea

V. cómo gira la piragua; cójela la ola de lleno; vamos, ya estamos ahora en la playa.

Los sandwiquianos, á quienes habíamos prometido una recompensa, nos acompañaron en aquella fatigosa escursión, en medio del terrible caos que por todas partes nos rodeaba. Bastaba aquello para estenuar el valor de los mas intrépidos, y para fatigar la constancia de los mas pacientes y de los mas estudiosos. De seguro creierais que pisais un mar petrificado, cuyos suspiros creierais oír bajo vuestros pies; y cuando de un solo salto os lisonjearis de llegar á la negra y pulimentada superficie que allá arriba veis á algunos metros de distancia, un profundo y vertical barranco se opone á vuestro paso, y os obliga á un inmenso rodeo que se ríe de vuestro celo y de vuestros esfuerzos; y allá á lo lejos se levanta á manera de muralla un inmenso mar que os dice: «No irás mas lejos.»

Con efecto, iba ya á retroceder, cuando uno de los sandwiquianos que nos acompañaban me señaló con el dedo un sitio mas salvaje aun que todo cuanto habíamos visto, y me dió á entender que me felicitaria de haberlo visitado.

—Vamos, ánimo, dije á Petit, que echaba resoplidos como un búfalo acosado; ya llegamos: ¡ánimo!

—Voy descalzo, señor Arago, y estas malditas rocas me abrasan.

—No pensé en ello; muchacho; perdóname por haberte dejado venir.

—¿Acaso me quejo? ¿Por ventura doy saltos? Si va V. allá arriba, iré, y nada deje V. de hacer por mí; no me enfado por ir á pasearme por allá arriba: esto es tan divertido y mas famoso que los guijarros que se ven en Borbon. ¡Oh, satánico Hugues! La mitad de mi tabaco diera por que se encontrase aquí, pues algun tanto nos distraería esto.

Sin embargo, habíamos llegado al sitio que nos indicó el sandwiquiano, y con efecto, mostrónos un espectáculo muy curioso. Hay una inmensa gruta, de mas de cien pasos de longitud, con la bóveda atravesada, casi á distancias iguales por rendijas que bien pudiera creerse ser obra de mano de los hombres. Dos cráneos y cuatro tibias habia en la entrada de aquel subterráneo, y cuando quisimos cogerlos, para estudiarlos mejor, espantado el sandwiquiano nos gritó *tabou*, y de un salto se echó diez pasos atras.

—¡Cuán bobos son con su *tabou*! dijo Petit sonriéndose desdeñosamente. Si habíamos de creerlos *tabou* serian sus mujeres, lo mismo que su ara.

Así es que sin curarse lo mas mínimo Petit del terror de nuestro guía, cogió un cráneo, y le dió un soberbio beso.

—Fuiste quizás un valiente hombre, le dijo al cabo de un rato; quédate aquí, amigo mio, y perdóname por el beso que te he dado.

El sandwiquiano habia huido.

—¿Iremos mas lejos? dije á mis compañeros.

—Locura seria; entremos en este subterráneo, añadió, sepamos adónde conduce, y cuando ya no nos veamos, volveremos atras.

Entramos con efecto en él; y vimos que tendria unos siete ú ocho pies de altura, cuatro ó cinco de anchura, y el suelo se hallaba perfectamente plano. Luego que llegamos á la otra estremidad, vimos el Mowna-Kaah, cuya cabeza nos habia ocultado una alta roca, cuya montaña se erguia ante nosotros como un amenazador espectro; su cresta estaba bifurcada; una inmensa mancha blanca indicaba la region de las nieves perpétuas, y de allí hasta su base, que se sumerge en las aguas de la rada, no se ve planta alguna, ningun insecto se mueve ni ningun reptil se arrastra, por todas partes la muerte y la nada.

—Ya me basta, me dijo Petit suspirando, y tan rojo como sus cabellos; tentemos el campo; hasta

ahora no me he vanagloriado de ello, pero V. sería el primero en regañarme si le ocultara por mas tiempo; vea V., tengo todos mis pies destrozados; á lo mas podré llegar á la playa.

—Ya te llevaré un poco, amigo mio.

Petit se detuvo, gruesas lágrimas corrian por sus mejillas.

—Señor Arago, acuérdesse V. de las palabras que acaba V. de pronunciar; vea V., me han conmovido para mas de cien años, y si ahora rehusara V. aun mis servicios sería capaz de aplastarle á V. Allá arriba me entenderé con Marchais.

¡Dios mio! ¿Quién vendrá á darme noticias de mi bravo marinero?

Estenuados por una abrasadora correría, llegamos á la playa antes de la puesta del sol; pero como no debíamos darnos á la vela hasta al dia siguiente, nos quedamos aquella noche en tierra.

—No te incomodes, dije á Petit, bebe, porque necesitas refrescarte.

—¿Y qué he de beber?

—Mis dos botellas de vino.

—Tiempo ha que están vacías.

—¿Las has distribuido á los sandwiquianos?

—Señor Arago, ya veo que V. siempre se burla.

Por fin abandonamos el triste fondeadero, con gran sentimiento de Mr. Rives, que siempre nos prometió hacernos entregar en Mowhée las gallinas y los cerdos que nos habia dado en cambio de nuestros vestidos y de nuestra tela, los cuales rehusó devolvérnoslos con la mayor gracia del mundo con las promesas de la *libranza* que en un principio discretamente nos negábamos á admitir.

Por lo demas, razon habia tenido Petit, en llamar á Rives hombre de muy poca buena fé. El gascon nos habia dado ciertos papeles y ciertos signos mediante los cuales deberían entregarnos muchos cerdos y dos ó tres docenas de gallinas; pero ningun personaje de la isla le conocia al ciudadano de Burdeos; solo el gobernador de Lahena le habia entrevistado bajo sus piernas en Kayakakooah; no entendia el sentido de sus cartas, y añadia que aquel extranjero no tenia en Mowhée ni la menor avecula, ni el mas diminuto cuadrúpedo del mundo. Mi buen marinero á quien conté con vergonzosa voz nuestra malaventura, pegóse con su mano un fuerte bofetón en la mejilla, se arrancó un puñado de cabellos, rechinó los dientes como un hombre á quien le imponen una condena injusta y afrentosa.

—¿Qué tienes? ¿á qué viene esta rabia?

—¡Oh! ¡mil legiones de diablos! Soy capaz de dar por segunda vez la vuelta al mundo para acariar el oseó omoplato de aquel tino.

—Pero ya ves que no es gran desdicha la nuestra.

—¿Dice V. que no es gran desdicha! ¡Y no ve V. cómo en esto se burla de nosotros el titi! Aquí está el quid, aquí está el mal y aquí está la llaga.

—¿Y á quién lo contará?

—A sí mismo, el sollo, y todavía basta cien mil veces. ¿Cómo se dejó V. alucinar!

—¿Qué quieres! por bondad de corazón.

—Por bestialidad... ¡Ah! caracoles, ya he soltado la palabra, por pura bestialidad. Y V. le prodigaba sus camisas, sus pañuelos y sus pantalones: ¡cuán imbécil es V.! Yo no le hubiera prestado ni un boton siquiera de mis polainas. En fin; ya está hecho: pero esto no le hará feliz. Ahora desprecio su ava, que, en resumidas cuentas no vale el vaso de vino que V. me va á dar.

—Bajo condicion de que le beberás á la salud de Rives.

Dejéme plantado Petit allí, y no le ví mas en todo el dia.

Pero aunque fuese muy viva la alegría que esperimentábamos al abandonar el suelo amenazador del

Mowna-Kaah, cuya cima se perdía entonces en un dudoso cielo, nos acordamos con ternura de que cerca de sus matizadas laderas, en una casa aislada habíamos dejado algunos de nuestros mas dulces afectos, cuales eran dos jóvenes vírgenes, y un anciano semi-tendido en la tumba.

Estrechónos Mr. Young la mano con una mirada que quería decir: ¡Adios para siempre! sus interesantes hijas lloraron al vernos; Riouriou se desnudó de su uniforme de coronel para adoptar el menos incómodo traje de sus súbditos; Luis Kraimoukou Pitt nos saludó como si se burlara de nosotros; y los guerreros, el pueblo y las princesas en la playa, en pie unos, y la mayor parte acostados sobre inmensos taparrabos, vieron todos con bastante indiferencia llevar ancla, oyeron sin ninguna emoción los mesurados cantos de nuestros mariueros, y la corbeta, lanzando sus velas al viento, volvió á emprender su aventurero viaje dejando tras sí un largo surco y dirigiendo la proa hácia nuevos países.

Imposible es que cerca de un suelo tan atormentado como el de Owwhyé, no se escape de cuando en cuando de las profundidades del mar, alguna aguda roca, ó algun oscuro peñasco de betan que atestigüe en los abismos el fuego de los volcanes, y que desempeñe igualmente un papel destructor y creador á la vez. También resuenan las grandes cóleras, y Nápoles no se halla demasiado distante del Vesubio para que sus habitantes se paseen sin terror en Herculano y Pompeya, tragadas y resucitadas.

La geología tiene sus leyes eternas; y harto habíamos estudiado el aspecto de la isla principal de aquel archipiélago para que no tratáramos de buscar por aquí y por allí, cerca ó lejos de nosotros algunos restos aislados del Mowna-Kaah. Levantóse ante la corbeta Taouroé, rojiza en sus laderas, negra en su base, y cobriza en su cima; Taouroé, isla peñascosa, alménada, dentada, altísima, de agudas puntas, y parecida á una decrepita muralla de lava cincelada por los siglos.

—¿Quién ha pisado, pues, aquel suelo sin verdor? ¿Quién ha sido el mortal que ha intentado escalar aquellos formidables muros contra los cuales rujen y se estrellan con violencia las olas? Nadie. Y sin embargo peligrosos y prolongados arrecifes rodean á Taouroé, como si aquella temiera aun que el hombre la conquistara, como si la defendieran contra la avidez de las riquezas que oculta quizas en su seno. Eternamente desierta será Taouroé, porque imposible es en ella la vida.

La brisa sopla siempre favorable con igual constancia, y despues de Taouroé se presentó, mas agudo, pero menos rápido, el cono de tinte verde llamado Morokini, desde cuya cúspide se lanzaba al aire una columna ondulosa de negruzco humo. Debíamos creer que existía allí un volcan en actividad; pero los pilotos sandwiquianos que habíamos tomado nos dieron á entender que aquella isla era habitada, que la parte Este presentaba un aspecto bastante risueño, y que en él crecían hermosísimos grupos de cocos y de palma-cristi, á cuyos pies había lindísimas cabanas; y que era una colonia de pescadores.

Pronto dejamos tras nosotros á Morokini y Mowhée, la imponente Mowhée se levantó del seno de las aguas, y mostró á nuestras miradas su cabeza de lava, y sus desgarradas cabezas. En las asperezas de algunas rocas, colgantes al parecer, despuntaban algunas leves muestras de verdor; y mientras que sus pies de lavas estaban áridos y taciturnos, sobre su cabeza bastante regular una cresta muy rica de arbustos de cierto vigor reciben al parecer su sávia de las visitadoras nubes que desgarran y retiene á su paso.

Por todas partes hay escollos que rodean la isla, por todas partes arrecifes á flor de agua que requieren la mayor prudencia en la maniobra de los buques,

y no cabe la menor duda de que frecuentes catástrofes señalarían aquellos peligros á la marina, si el cielo de aquellos climas no se manifestase sin cesar risueño y suave, como un contraste con la borrascosa tierra á la cual sin embargo no puede vivificar.

Sin embargo, adelantando hácia el Oeste se deprime la lava, mediante una leve pendiente, asoma la cabeza la vegetación, delinéase con mas alegres colores el paisaje, y la playa se reviste con esplendente adorno, los cocos pasean por el aire sus elegantes palmas, los rimas ostentan sus anchas hojas, el morai y otros muchos árboles de los trópicos uniendo sus entrelazados brazos, proyectan por todas partes una bienhechora y protectora sombra. Gozosa se siente el alma al aspecto de aquel paisaje embellecido tambien por las salvajes mesetas que le rodean y le dominan. Pero solo cuando habeis dejado caer el ancla á alguna distancia de tierra, sobre un fondo de rocas y en presencia del pueblo de Lahena, se despliega á la vista la magestad del suelo, como para resarcirnos de la horrible esterilidad que acababa de espantar á vuestras miradas. De suerte que Mowhée se halla dividida en dos partes bien distintas y bien destacadas; por un lado la muerte, y por el otro la vida; aquí la roca y el betan, allí una enérgica tierra vegetal y un eterno verdor; al Sur y al Este, el luto y el silencio; al Oeste y al Norte, el movimiento y la alegría. La naturaleza, estravagante y caprichosa, ha arrojado una montaña inculta y rígida sobre las aguas; y por un noble sentimiento de pesar y de arrepentimiento, dejóse arrastrar por mas generosa idea para consolar con una sonrisa al hombre que tantas miserias debía sufrir.

Una casa de piedra bastante bien construida, por el estilo de la de Mr. Young en Owwhyé, se levanta á la derecha del lugar y está preservada de los rayos del sol por un monton de vigorosos árboles, de variado follaje, por encima de los cuales descuella la cabellosa cabeza de los esbeltos cocos; una sólida muralla de canto protege aquella régia morada de las tempestades de la bahía, mientras que á dos pasos de allí una playa tersa y risueña deja ancho campo á la espumosa ola para que se dilate y se desenvuelva con magestad. Bajamos á la casa de piedra nuestros instrumentos astronómicos, y mientras que los oficiales y los alumnos contaban silenciosamente las oscilaciones del péndulo, y mientras que hora por hora comparaban la altura exacta de muchos termómetros, y enriquecían los registros de bordo con observaciones náuticas con las cuales no quiero empobrecer vuestra memoria, yo, dispuesto á estudiar el terreno y los hombres, me lancé en medio de la isla, y corría tras emociones mas fútiles sin duda, pero tambien mas íntimas y mas variadas.

Para mí nada mas mortal que la monotonía. Lahena es un jardín; Lahena es, para el perezoso que solo desea pasar dulcemente la vida, aquel paraíso terrestre del cual tan deliciosas descripciones nos dan los libros santos. Pero aquí, mejor que allá bajo, no teneis árboles ni frutos que os prohiban tocar, no hay cabaña que os niegue su sombra y sus blandas esteras, ni seductora voz que mas adelante os castigue por haberos abandonado á su melodía, ni cólera de temer por una audacia, ni mas fatiga que la que ocasiona un pacífico sueño, ni peligrosos insectos en las moradas, ni reptiles en las abiertas campiñas, y por todas partes sobre vuestra cabeza un ancho y gracioso quitasol de verdor que murmura al vagabundo aliento de una brisa impregnada de balsámicas emanaciones. Lahena es la mejor morada del mundo.

Las casas están separadas unas de otras por pequeños senderos lisos como un espejo, con filas de papiros, de jamrosas, de palma-cristi y de otros muchos vegetales de recortadas hojuelas, de troncos lisos ó toscos, tortuosos ó verticales, formando á cada paso

un admirable contraste. Al lado de cada casa hay un profundo cuadrado de dos, tres y á veces cuatro pies, sin cesar fresco y limpio, en el cual cruzan las plantas útiles para la nutrición del hombre. Estas plantas son: las batatas, las patatas dulces, las coles caribes, llamadas allí *taso*, las cuales estienden á lo lejos sus anchas hojas sin ningun cuidado ni cultura alguna. Aquellos cuadrados, protegidos en sus bordes por una pequeña valla de estacas de palmitos, ó tan solo por un monton de tierra arcillosa, constituyen una impeccedera fortuna para los felices habitantes de Lahena.

Entrad en una cabaña, encontrareis allí jóvenes encantadas por vuestra visita, sin que comprendan nada absolutamente de las costumbres de los países civilizados. A un lado, las madres, tambien muy ignorantes golpean con una pala ciencelada sobre una tersa plancha, la maleable corteza del *moral* (*murier papier*) del cual forman finas telas en medio de las que descansan muy poco resguardadas mientras que en el umbral absorben los padres con la vista las riquezas escalando el cercado que ha construido, y removiendo á veces la tierra y las aguas por medio de un largo baston de madera encarnada ó de sándalo.

No creais que vaya á deciros todas las cosas curiosas y mágicas que encierra Lahena para el extranjero que va á visitarle; tampoco les referiré el encanto que se experimenta en aquellos paseos de mañana y tarde cuando millares de avecillas juegetean al traves de las ramas de los árboles, y vienen felices y seguras á abanicaros con su rápida ala; ni os pintaré el agasajo y fineza de aquella poblacion de muchachas, áspere con la dicha que las mece sin fatigarlas y que os invitan del modo mas inocente á que no abandonéis un país con el cual otro alguno no puede admitir comparacion. ¡No, no termino el cuadro que he principiado, para dejar despierto el recuerdo en vuestra alma, puesto que necesitareis violento esfuerzo para arrancaros de vuestros hábitos tan mortales, y de vuestro país tan pobre y tan descolorido!

¡Oh! ¡si hubiéseis visto á Lahena! Si la hubiéseis visto, no os diria lo que es, porque á buen seguro no la hubiérais ovidado, y temiera haceros de ella un bosquejo muy imperfecto.

Los habitantes de aquel rincon de la tierra solo han llegado á comprender una cosa desde que tienen allí una colonia y es que la fatiga no deja echar á perder la vida de que gozan. Para ellos la fatiga consiste en el trabajo, y casi en el mismo movimiento. A mano tienen cuanto pueden desear; ¿para qué ir á buscar lo superfluo? Entre nosotros lo que llamamos superfluo es muchas veces una pobreza; pedimos, buscamos y queremos lo superfluo de lo superfluo, y aun no quedamos satisfechos. En Lahena seria un mal la opulencia. Decia yo á uno de los hombres mas opulentos del país que en Europa habia individuos muy ricos.

—¿Comen dos veces? me contestó, ¿tienen hambre mas á menudo que los demas?

¿De qué les serviria lo superfluo á los habitantes de Lahena? De nada, absolutamente de nada; de diez en diez años quizas suele fondear ante su isla un buque, y las frioleras y bagatelas que les dan, solo interesan su curiosidad. Reios vosotros de lo que ellos llaman su fortuna; y ellos miran con piedad lo que vos llamais riquezas ó lujo. Irritanse contra la esclavitud y estupidez, segun dicen ellos, de los vestidos que os aprisionan. No tienen mas que una sola estacion, única, uniforme y eterna; las tempestades que pasan por encima de sus cabañas son cóleras que no pueden herirles ni convencerles; y si tienen piraguas y remos, consiste en que á veces van á pasearse por las aguas para que el movimiento de las olas del Océano, despierte un poco la calma y tibia sangre que se adormece en sus venas.

No vi morais en Lahena. Sin embargo tambien morirá por allí la gente. ¿Ocultarán quizas con cuidado las huellas de los que desaparecieron, á fin de que la vida entera sea un pensamiento alegre, atravesado únicamente por un dolor tan rápido como el rayo? ¿O bien trasportarán á Wahoo ó á Owhyé la vejez y el sufrimiento para mejor sentir aquí la fuerza y la felicidad?

Vi sin embargo correr una vez las lágrimas, pero no seria indudablemente mas que efecto del uso; detenianse á voluntad, y cualquiera hubiera dicho que la tristeza habia de presentarse de tal minuto á otro, sin que fuera permitido salvar los trazados límites.

Volvia de una correria bastante fatigosa en compaña de mi amigo Garin y del doctor Quoi, y al llegar cerca de la primera casa del pueblo oimos lamentables gritos que poblaban los aires. Dirijímonos hácia aquel punto y encontramos sobre un terreno ó un prado de césped una dodena de mujeres en cuclillas alrededor de otra mujer que tenia apoyada la cabeza en las rodillas de una de ellas, las cuales hablaban, gritaban y amenazaban con muchísima energia á la pobre enferma. Cesó el tumulto en cuanto nos vieron, enjugáronse las lágrimas, restablecióse la mas completa calma, y luego que pedimos los motivos de aquellos estrépitosos lamentos y tan rudas presiones, nos dieron á entender que tenian por objeto espeler la enfermedad del cuerpo de la paciente. Aproximóse el doctor, tomó el pulso de la enferma, la sangró y seguro fue ya el restablecimiento. Pero á nuestra partida principiaron de nuevo los gritos, y no me sorprenderia en manera alguna de que el machacado césped de Mr. Rives fuera pronto á Lahena á dar un golpe mortal á aquella poblacion tan viva y tan vigorosa.

La noche, cuando la tranquilidad de la tierra se une á la de las aguas, cuando la brisa duerme en el follaje y cuando bajo las muchas cabañas se adormecen los felices habitantes de Lahena, el atento oido escucha el lejano ruido de una catarata, que cayendo de una alta roca, hace que borboteen sus claras aguas, primer manantial de las riquezas de aquel lugar de delicias.

Cierta magnífica noche, me diriji á aquella cascada de agua; guiábame el solo ruido al traves de las tierras incultas que, como ya os he dicho, circundan los hermosos jardines, y las deliciosas calles de árboles del pueblo. Por todas partes se ve allí la mas terrible esterilidad, y la luna, que me inundaba con sus pálidos rayos, no delineaba ningun juego de fantásticas sombras alrededor mio, y tan solo, al volver la vista hácia la cima del gigantesco monte que dominaba el fondeadero, veíase reflejarse en las olas su negruzca masa, parecida á la de un adormecido monstruo marino.

Despues de una hora de lenta y pensativa marcha, encontréme en el pie del circo en el cual borbotan las aguas para estenderse luego, tranquilas y puras, en todas direcciones, resumiéndose al fin en una sola rama á algunos millares de pasos de Lahena para perderse en las amargas olas del Océano.

¡Tambien su cansancio tiene la dicha! Por ocho dias tan solo recorrimos aquella isla, tan tranquila, que tantos contrastes ofrece y sin hallarse agitada por funestas pasiones, y á pesar de eso no sin alegría oímos cómo el cañon nos anunciaba la partida. ¡Cuánta locura en el humano corazon!

Araca la grande canoa; dirije la proa hácia la corbeta, confíasele nuestros instrumentos; cada uno de aquellos señores ocupa su lugar; salvan la barra que protege á Lahena contra las olas impedidas por la ráfaga de mar; miran tras sí... ni un solo habitante habia para despedirles; como tampoco hubo ninguno para vernos llegar. Nuestra presencia en Mowhee no causó ni alegría ni dolor, fue únicamente una dis-

traccion. Se hablará allí por algun tiempo de nosotros, y luego solo se borrará en la quietud de cada hora. Por cierto es singular espectáculo el que presenta al observador aquel grupo de cien casas á lo mas, que tienen por abrigo un eterno verdor, y para habitantes seres eternamente tranquilos y dichosos.

Sin embargo tambien hubo allí un intrépido gobernador que quiso sacudir el yugo del gran rey Tamahamah; ¡derramóse sangre en aquella tan fértil llanura; hubo suplicios, gritos de rabia, estertores de moribundos, venganzas, mutilaciones y cadáveres!

Fue una erupcion de volcan, una tempestad que en un solo día apaciguaron el genio y el brazo de Tamahamah. ¡Cuál es la tierra que no tiene sus sacudidas! ¡Cuál el cielo que no cuenta sus huracanes!

Amigo de toda la isla, habíame sin embargo unido mas íntimamente en el país con una joven y aislada familia, cuya cabaña formaba el límite del pueblo, y se encontraba pegada al volcánico monte que protege y domina á Lahena. Habíame despedido de ella por la mañana, y las dos graciosas jóvenes salvajes, de las cuales tantos testimonios de amistad habia recibido, me siguieron hasta la casa blanca en la cual se hallaba establecido nuestro observatorio. Sentado allí entre las dos sobre el escollo contra el cual iban las olas á exhalar su último suspiro, les cogí las manos, y les dí á entender que dentro de pocos instantes estaria lejos de ellas. Sus ojos me miraron con tristeza, su boca me sonrió sin alegría, y las ví tales cuales las habia conocido siempre desde el día de mi llegada.

Mis primeras atenciones y agasajos al llegar á su lado, se habian dirigido á la mayor, que contaria unos catorce años; y al día siguiente le cupo el turno á la otra que tenia un año menos que su hermana.

Pues bien, jamas hubo entre ellas la mejor rivalidad, ni jamas tuvieron la mas leve disension con motivo de los regalos que hacia aceptar á una y á otra. Los celos constituyen un sentimiento desconocido en Lahena; todas las pasiones tienen allí su encanto sin participar de su delirio, y el alma jamas se halla atormentada allí por ningun remordimiento. Si casualmente me sentaba al lado de Bahi, Béharah me hacia señas diciéndome que estaba muy bien en el lugar que habia escogido, y la misma linda joven arreglaba la limpia estera que me preservaba de la humedad. Lo mismo hacia su hermana cuando mi caprichoso humor me llamaba junto á Béharah, la cual no conservaba mas que la mitad de las bagatelas que eran el premio de sus solícitos cuidados.

En Europa no comprenderian á Lahena.

Sin embargo tenia que terminar un croquis; y daba mil gracias por última vez á sus dos tiernas compañeras por su diaria complacencia, y les dije que queria estar solo. Levantáronse, sonriéronse tambien y se fueron con tranquilo paso por el camino de su aislada cabaña para olvidar al día siguiente el recuerdo de mi existencia en su silenciosa morada.

Oia los cantos de los marineros que trabajaban en el cabestante; y recostado en el tronco filamentos de un coco de la playa, dibujaba las últimas casas de la dulce Lahena, cuando al volverme por un leve ruido que oí, ví á mi fiel Petit que se me acercaba á paso de lobo.

— ¡Cómo! ¿todavía aquí?

— Todavía y siempre. Me quedo y voy á casarme.

— Estas loco.

— Posible es; pero me viene bastante bien esta locura; estoy loco por el reposo y por la dicha; Lahena me gusta, cargo las velas, dejo caer el ancla y fondeo.

— ¿Sabes tú que esto seria desertar?

— Sí, lo sé.

— ¿Sabes tú que esto será una accion muy villana?

— Esto si que no lo sé.

— Yo te lo digo, yo, ¿lo oyes? y si me replicas mas, te cojo por el cuello, te llevo á una piragua y te recomiendo á Mr. Lamarcha.

— Me haria V. reir si tuviese ganas. Su puño no es bastante robusto, y no es una constitucion como la mia tan fácil de hacer navegar de tal suerte. Este, como V. ve, es un navío de tres puentes, es la *Santísima-Trinidad* española (1); es preciso un huracan para desarbolarla, y V. no es mas que una leve brisa... Si no fuese V. Mr. Arago, le iba á derribar y á demoler como á un mal pinque ó londro, y haria con V. lo mismo que habitualmente suele hacer Marchais conmigo; pero le amo á V., le respeto, y se volverá V. intacto á bordo.

— Contigo.

— No, solo, sin escolta.

— Veremos.

— Ya está todo visto, me quedo.

— ¿Cómo, aquí, en un país salvaje?

— Un país de pipiripao, señor; un país abundante, regalado, y cual otro alguno en el mundo; con ava á manos llenas, embriagándose en él uno grátis; con las patatas grátis siempre; y con otras muchas cosas tambien, de las cuales no quiero hablarle palabra.

— ¿Qué es, pues?

— Soberbias princesas que le aman á V., que le adoran y que le acarician en hamacas que figuran el balance y vaiven del buque.

— ¡Ah! ¿has visto princesas?

— Tan solo una, señor Arago, pero famosa: ¡qué servirlas!

— ¡Eres amoroso, Petit!

— Amoroso y con el corazon tan grande, que Jesprecio la corbata, que la pisoteo y la escupo, y me despidió de ella para siempre. Es la vez primera que desde la edad de nueve años he oído una voz de mujer que me dijese que me amaba. Es la vez primera que me han acariciado; me quedo pues en Lahena. Ya está levada el ancla; buenas tardes, señor Arago; permítame V., señor Arago, que le dé mi bendicion, permítame que le estreche la mano, que le frote, segun se acostumbra en el país, mi fea nariz con la suya, y buen viaje. Cuente V. menos á menudo sus camisas y piense V. en el buen Petit que le ama á V. tanto, y que quiere por fin descansar su cabeza de zanahoria sobre un sólido terreno.

— No tengo fuerza, mi buen muchacho, para dirigirte nuevas súplicas, pero, en verdad cometes una grandísima barbaridad. Por lo demas no solo te compadezco á tí, sino que tambien á Marchais, á tu inseparable y tan desinteresado amigo.

— ¡Ah! ¡bah! ya encontrará otro trasero para sus zapatos; y como principiaba á dar un poco fuerte, ya comenzaba á desagradarme; lo mismo da, hágame V. el obsequio de decirle que pensaré en él durante toda mi vida, y que le recomiendo á Hugues, que reúne todas las circunstancias para ser mi mejor sustituto.

— ¿Decididamente no quieres venir?

— Decididamente.

— Adios pues, Petit; toma, aquí tienes un sombrero y una corbata; guárdalos en memoria de la amistad que te profesé. Adios, oigo los silbidos del maestre y ya es tiempo de que parta. Por última vez, adios, y te prometo que al llegar á Francia, daré noticias tuyas á tu anciano padre.

— ¿A mi anciano padre dice V.? ¿á mi anciano padre á quien ya no veria mas! ¡Ah! señor Arago, ha puesto V. el dedo en la llaga; se acabó, ya no deserto. Adios ava, adios batatas, adios princesas; vuelvo con V., con Hugues y con Marchais; somos de nuevo el collar de dolor; mi anciano padre me espera quizas allá lejos; falta mia no será si aun no le

(1) El mayor buque de guerra que jamas se ha construido.

abrazo. Eogue la galera; ice el foque y entablé la mesana. Marchemos.

Juzgad si será Lahena un sitio de delicias, cuando llegó á tentar á mi marinero Petit, y que fue preciso nada menos que el nombre de su padre para hacerle abandonar aquel paraíso terrestre, cuya memoria nos persigue con tanto amor.

LII.

ISLAS SANDWICH.

Wahoo.—Marini.—El bandido de la tropa de Pujol.—Suplicio.—Mas sobre Tamahamah.

Si con efecto es muy útil para el observador estudianto, el que en una larga navegacion sean muy frecuentes las escalas, por el contrario las cortas travesías, como las que hacíamos desde bastante tiempo, fatigan á los marineros y casi menguan su constancia. Mas por fortuna las islas Sandwich ofrecen tambien á la tripulacion fáciles placeres, variadas diversiones y recreos, y terromonteros poco peligrosos, ademas que en último resultado son las correrías en aquellas latitudes poco elevadas, mucho menos fatigosas que las que se ve uno forzado á emprender á menudo bajo turbulentas y heladas zonas.

Aquí con efecto, por todas partes ó casi por todas partes deliciosas sombras, queluchan ventajosamente con los rayos de un ardoroso sol; y por la tarde y por la mañana sopla una brisa que vuelve á los doloridos miembros su sávia y su enerjia naturales.

Ved por una parte se alza Wahoo, mientras que por otra apenas acaba de sumergirse Mo whyé en las olas. ¿Resucitará Lahena en su vecina, ó ya no encontraremos en parte alguna aquella suave bienandanza que se aspira por todos los poros en aquel delicioso rincón de la tierra que acabamos de abandonar? ¿Acaso agotó el cielo sus dones sobre una isla, empobreciendo todo cuanto la rodea? Pronto lo sabremos, porque asoman ya á nuestra derecha varias cabañas, un establecimiento, una ciudad y una capital.

La costa de Wahoo se delineá por todas partes con las extravagancias que hemos ya notado en Owhyé, si bien mas mezquinamente. Fácilmente se comprende á primera vista que los volcanes que han vomitado al aire aquella antigua isla, han sacudido las olas con mayor dificultad que lo hizo el terrible Mowna-Kach, que es el padre amenazador y dominante de todo el archipiélago.

Hay en Wahoo profundos ancones, extravagantes conos, peñascos altos y perpendiculares y otras rocas desnudas ó cubiertas de verdor que se alargan como tigres que se lanzan sobre su presa; tambien se ven masas de lava, contra las cuales va á amortiguar su ercono la espumosa ola; como tambien elevadas mesetas, fértiles sierras, paredes de betun desgarradas; pero al llegar á Owhyé, sobre todo despues de haberse paseado por el océano de lavas que va á Koiaí, todo cuanto se ve aquí es pequeño, mezquino y miserable, y la sonrisa os brota en los lábios, pero sonrisa de desden y de placer á la vez. Sin embargo bien ocupa cada cual su lugar; y por consiguiente Anourouron se despliega con toda su magestad. Anelamos en frente de la ciudad; cruza los brazos el marinero, siéntase en el banco de respeto ó apoya el codo en los filaretos, lanza una mirada indiferente á la costa y se admira de que se emprendan tan largos viajes para estudiar países en los cuales apenas se conocen el vino y los embriagadores licores.

Nosotros mas susceptibles, estudiosos antes de estudiar, comprendemos antes de explicar y no nos dejamos seducir por una primera impresion. Preciso es ver mil veces una cosa para asegurar que se ha visto bien.

Si quereis formaros una esacta idea de Anourou-

ron, figuraos una poblacion con cuatrocientas cincuenta y cinco cabañas, dos hermosos edificios de cal y canto que sirven de factoria á los americanos establecidos en Wahoo, un palacio de bálage, morada del gobernador, hijo segundo de Kraimoukou; una plaza pública muy espaciosa, algunas tiendas trazadas con bastante regularidad que forman calles, y una linda casa de fábrica, de dos pisos uno superior y otro al nivel del terreno, blanca esteriormente, limpia en el interior, cubierta por tejas y con un elegante palomar, alrededor del cual revolotean sin cesar unas cuarenta tiernas palomas.

La casa que allí brilla, como Sirio en el cielo, es propiedad de un industrioso español, llamado Marini, que hace tres años se halla establecido en las Sandwich, poseedor de magnificas plantaciones que nadie le envidia, y el cual procura dotar á aquel archipiélago de riquezas europeas desconocidas hasta entonces. Marini no se halla poseído del orgullo castellano, y fácilmente se conoce que su vida ha pasado por duras pruebas; y su lenguaje si bien no puede compararse con el de estos hombres de sociedad, es siempre correcto y no sin elegancia. Cuenta apenas treinta años, sus facciones están muy marcadas, declíneanse en su frente sin profundizarla algunas arrugas y sus ojos participan de una singular mezcla de sufrimiento y de fiera que en vano se trataría de definir. ¿Débese al destierro su permanencia en Wahoo? ¿Hále conducido allí algun crimen? ¿Fué la tristeza ó la curiosidad, la desesperacion, ó la deshonra la causa de tan resuelta determinacion? Esto fue lo que en un principio no traté de averiguar pero que luego supe; pero de seguro que se ha aceptado un inmenso sacrificio, y que bajo este punto de vista merecia Francisco Marini todas nuestras atenciones y todo nuestro afecto.

Todas las mañanas, luego que saltaba en tierra, en primer lugar visitaba á Marini; era él catalán, y yo rosellones; hablábamos la misma lengua, y éramos por decirlo así, compatriotas. Habia domesticado varios pichones, y eran tan dóciles á los silbidos que les habia acostumbrado á descifrar su valor que, apenas daba la órden, aquellas encantadoras aves viajeras se precipitaban sobre él aleteando, se posaban sobre su cabeza, sus espaldas, y sus brazos, y le envolvian con móvil é impenetrable red. Satisfecha ya la alegría de la linda familia y recompensada su obediencia con algunos puñados de grano, un segundo silbido daba campo á los dóciles alumnos, y la casa volvía á quedar tranquila y silenciosa.

—Hermoso está el tiempo, me dijo una tarde Marini, ¿quiere V. cogerse de mi brazo y acompañarme á mis plantaciones?

—De muy buena gana, caballero; es para mí un placer del cual le doy de antemano mil gracias.

—¡Oh! no espere V. ver maravillas, porque aquí el trabajo va á paso lento, pues faltan los recursos y la buena voluntad, pero es tan fértil el terreno que aun me ahorra muchísima tarea.

—¿De qué le servirán á V. estos productos si ya me ha dicho V. que ha determinado morir en Wahoo.

—¿De qué? No sé. ¿A quién? ¡Ay! para estas buenas gentes que veis agar errantes por si llegan á comprender al fin el porvenir que les labro.

—Es muy honrosa filantropia.

—Qué quiere V., preciso es hacer bien á los hombres por mal que nos hagan ó nos hayan hecho.

—¡Pobre desterrado! Es V. infeliz.

—Ya ve V. que no, puesto que V. me ama yo me sonrío.

Deslizóse una gruesa lágrima por las flacas mejillas del español, y yo fingí no verlo, por no afligirme mas. Conoció mi discrecion, y continuó con voz débil:

—Es V. generoso; me compadece V. en el momen-

to en que le aseguro que nada me falta para mi felicidad presente.

—Tiemblo por vuestros dias que ya fueron.

—Quizas le contaré algun dia mi historia.

—No se la pido á V., caballero.

—Mejor motivo para que se la refiera; pero será dentro de algunos dias, la víspera de su partida, porque si pronunciará una palabra, una sola palabra, y si llegara á articular un solo nombre, huiria V. de mí como de un reptil.

—¡Oh! en este caso, señor Marini, insisto siquiera para probarle á V. que la amistad que le profeso es eterna. Del cielo nos viene el arrepentimiento, y los remordimientos son una espion.

—No se adelante V. tanto, para no tener que retroceder demasiado. Pues bien, prosiguió con un estremo sentimiento de violencia, ¿hace mucho tiempo que no ha visitado V. su país, no la Francia, sino el Rosellon?

—Pocos años hace.

—Tiene V. algunas nociones de las últimas guerras que el Imperio ha acarreado á España, desde el Porthus hasta Barcelona.

—Sí sus principales y mas dramáticos episodios.

—¿Ha oido V. hablar de Pujol?

—Sí por cierto, y tambien sé cómo aquel gefe fue cobardemente entregado por los franceses enemigos suyos, y cobardemente asesinado por los españoles que se llamaban sus amigos.

—Basta; sabrá V. mi historia.

—¿Conoce V. tambien á Pujol?

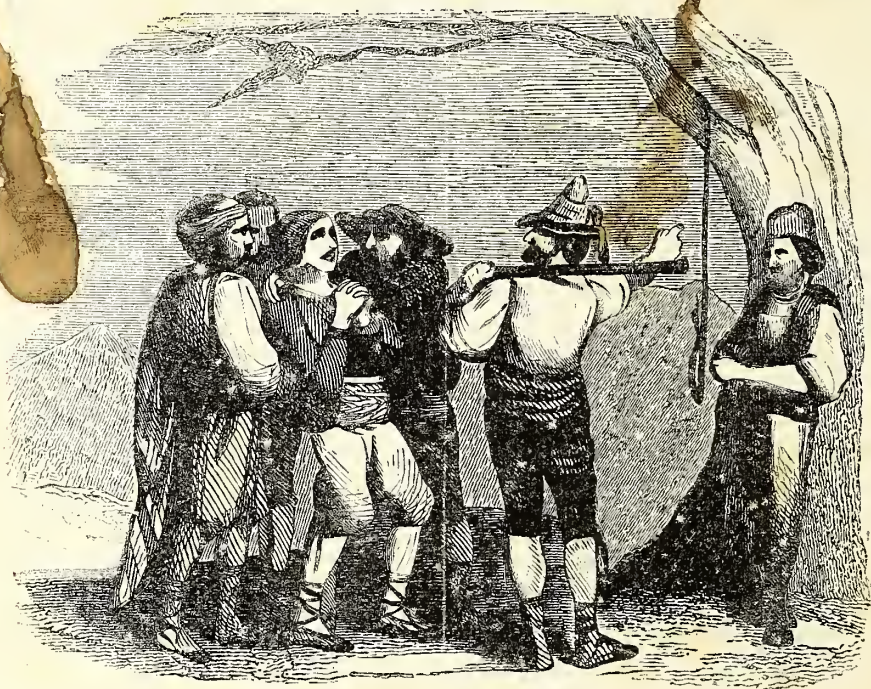
—Mucho.

—¿En dónde le vió V.?

—En todas partes; en Francia, en España, en la llanura, en la cima de los Pirineos, durante la paz, durante la guerra, y en medio de las batallas, de la carnicería y de la devastacion. Pujol era un gran pílo, pero no por eso debian entregarle.

—Soy de su parecer.

—En este caso V. me entenderá.



Marini en manos del guerrillero Pujol.

El señor Marini tan tranquilo y tan frio hasta entonces, habia tomado en su corto diálogo tan atrevidas posturas, brotaron sus palabras con tal rapidez, y acentuadas con tal energía, que desde luego me convencí de que habia desempeñado algun papel en aquella larga serie de escaramuzas, de batallas, de ataques de convoyes, de marchas y contramarchas de que habia sido teatro la orgullosa y guerrera Cataluña. Creció mi impaciencia con aquella tan íntima semiconfianza; pero esperé á que buenamente lo dijera todo el español, á quien producía, sin podérmelo explicar, tan poderoso interes. El interes es un vivo aguijón que os atrae, lejos de ahuyentarlos.

Aquellas conversaciones familiares nos condujeron bien pronto hasta la orilla de un riachuelo que sigue todas las sinuosidades del pie de la verde colina que forma el fondo de la media luna, en cuyo centro se levanta Anourouron.

—Aquí principian mis propiedades, me dijo don Francisco; ya entra V. en mis dominios.

—Vea V. allí sin duda el castillo, le contesté señalándole una casa baja, situada á la otra orilla de la fresca y rápida corriente de agua.

—V. lo adivinó; pero no se turbe V. demasiado; jamas debe juzgarse sino comparativamente, y en este caso se verá V. obligado á convenir conmigo en que su marques de Carabas no era mas opulento que yo.

Tapizaban las laderas del ribazo unos mil doscientos ó mil quinientos pies de viña; algunas higueras escúlidias y macilentas se levantaban esparcidas por todas partes, y muchos vigorosos granados asomaban al traves de los setos que servian de cercado á la viña que Marini habia encontrado ya allí, plantada igualmente por un español, natural de Málaga, que hacia poco se habia ido de nuevo á su patria, y que él habia salvado casi milagrosamente de la apatía de los naturales. Comí uvas cogidas de la misma vid; eran escelentes, y con un sentimiento de reconocimiento imposible de expresar, llevé el primer grano á mis

lábios, ¡creíame de vuelta á mi país natal! Había á mi lado un español, un hombre que hablaba mi idioma, un hombre de mi color, y vestido como yo; á mis pies una viña, á mi lado los protectores arbustos de nuestras rosellonesas plantaciones; y en medio una cabaña para completar la ilusión. Yo gritaba, saltaba, latía con violencia mi corazón, doblábanse mis rodillas, y apenas respiraba: volví la cabeza para saborear mejor la brisa que del mar soplaba, y todo se borró; Anourouron ahuyentó de la vista á mi patria; y no fuera posible daros á entender cuán triste y lleno de amargura fue para mí el desenlace de aquel dulce sueño.

—Esto me acontece con frecuencia, me dijo Marini estrechándome afectuosamente la mano; esto va derecho al alma, y la profundiza hondamente; estas ideas la matan, hé aquí por qué yo no quiero vivir por mucho mas tiempo.

—¡Ah! dispénsame V. por haberle afligido, disímule V. y continuemos recorriendo sus dominios y posesiones.

—Hace V. bien, caballero, con querer caminar; porque se piensa demasiado en la inacción y en el silencio; nada mas mortal como el recogimiento; pronto se deteriora el que mucho piensa.

Mostróme don Francisco, errando sobre una fértil pradera abundantemente regada, una manada de veinte y tres bueyes, los cuales no constituyan aun toda su fortuna. No ignoraba que los america-

nos establecidos en Wahoo le envidiaban su industria y descaban sus lecciones de economía rural, cuyo valor principiaba á dar á entender á los isleños; ni tampoco desconocía que por solo capricho ó por simple sospecha, podía privarle Riouriou, tan estúpido como grande y noble era Tamahamah, de sus riquezas y hasta de su libertad; pero continuaba con perseverancia su obra de regeneración, y siempre decía:

—¿Quién sabe si con el tiempo hablarán de mí con amor y con reconocimiento?

A los pocos dias, al saltar en la playa, vi que don Francisco corria hácia mí, y cogiéndome del brazo de un modo convulsivo, me dijo con reuelto tono:

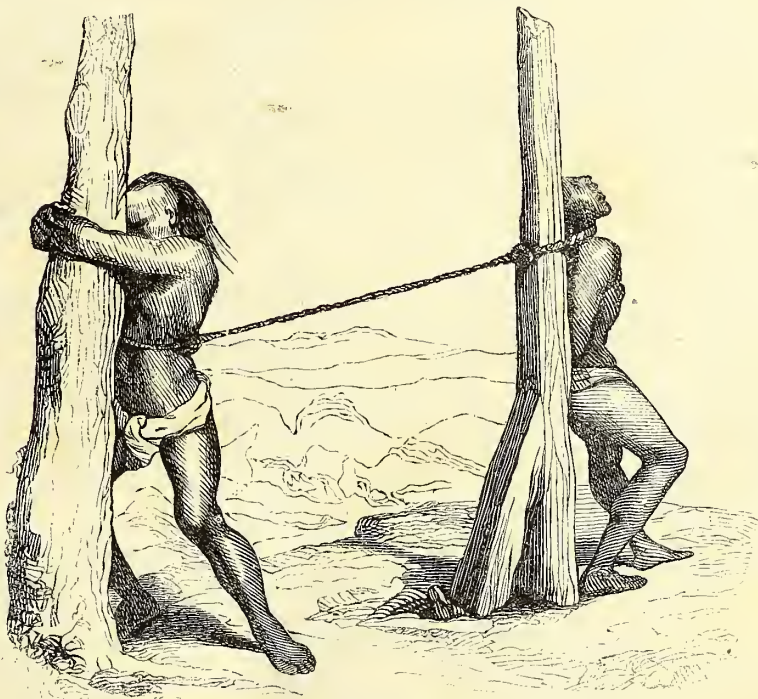
—Venga V., caballero, odio toda usurpación, pero sobre todo la que es hija de la hipocresía.

—¡Dios mío! ¿qué ha hecho V. y qué teme V?

—¿Qué he hecho? el cielo y yo lo sabemos; ¿qué he de temer? el desprecio de V.

—La desgracia litiga en favor de V., y ticne V. ya pasada la causa.

—¡Ay! Lo que consolarme debiera me atormenta. Bien quisiera borrar de mi memoria el recuerdo de mis juveniles años, pero cuantos mayores son mis esfuerzos para lograrlo, tanto mas profundamente se graba en él. Aquí, lejos de mi patria, lejos de toda civilización, ocupado en hacer bien á todo cuanto me rodea, esperaba encontrar algún remedio á mi mal; pero inútiles precauciones, y superfluos votos; apenas un buque asoma en el horizonte y se dirige



Modo de estrangular en Sandwich.

hácia la isla, cuando en vez de acudir á saludar y á tender la mano á hombres de mi país (porque á ocho mil leguas del suelo natal, cualquier europeo es un conciudadano, me oculto, me desvío, y solo cuando vienen á buscarme me presento con la tristeza en la frente y el luto en el alma. Cuando le oí á V. con este acento entrecortado, ronco y algun tanto impertinente; figuréme que debía ser V. del

mediodía de Francia. Lo es V. aun mas; nuestras dos provincias se dan la mano y son casi iguales; y supuesto que una curiosa casualidad nos une, vengase V. á mi morada, almorzaremos y escúcheme V. Algun dia tendrá V. ocasion de hablar del español establecido en Wahoo; y desde ahora le autorizo á V. para que lo haga; pero no quiero que otro le cuente, lo que debe saber V. por mí únicamente.

— Usted procura atemorizarme, y apuesto cualquiera cosa que su alarmada conciencia es su mas severo juez.

— Es posible, escúcheme V. pues. Nací en Mataró, y mi padre era el ejecutor de las sentencias criminales.

Bajó la vista don Francisco y guardó silencio por algun momento.

— Entraron las armas francesas en Girona, en Figueras y en Barcelona; bien sabe V. cómo se apoderaron de Monjuich; el furor de los españoles se encendió cual suelen encenderse las pasiones de los hombres cuando la vergüenza de las derrotas humilla su vanidad nacional, y V. tambien sabe lo mismo que yo si la vanidad española está tambien grabada en el alma de los catalanes. Continuaba mi padre sus terribles funciones, y debia yo sucederle con el tiempo, aunque bajo este concepto sea esta ley menos severa entre nosotros que en Francia. Bien resuelto á librarme de aquella horrible tarea, escapéme un dia de Mataró, de pueblo en pueblo, de venta en venta, y de roca en roca, salvé la frontera y me refugié en Banyuls-del-Mar.

— ¡ En mi provincia ! ¡ A pocas leguas de mi pueblo !

— Sí señor. Bien pronto supe allí que habian fusilado á mi padre, que se cometian mil atrocidades diariamente en las ciudades y en los caminos; supe que se organizaban atrevidas guerrillas para combatir la dominacion francesa, que ninguno de nosotros aceptaba sin grandísima repugnancia. Mendigaba mi pan en Banyuls, y todas las noches dormia en una especie de hórreo que pertenecia á un bondadoso propietario llamado Donzans.

— Le conozco, le conozco.

— Cierta mañana, cansado de tan miserable vida, me salvé con seis monedas de dos liards en el bolsillo de unos semi-calzones, un gran pedazo de pan en mis alforjas, un puñado de rabanitos y un grueso baston nudoso. Hospitalarios son los roselloneses; en los pueblos no le suelen dar á V. pan, pero se lo tiran; son bruscos, brutales y humanos á la vez. Viví ¡ ay ! Dios sabe cómo.

Pronto se despojó España á mis pics, entré en ella de un salto, y decidíme á presentarme á la primera guerrilla cuyos fusilazos oíera. Iba al traves de bosques y montañas, bebiendo agua, comiendo raras veces y esperando la noche para robar una manzana, un ligo ó una cebolla, cuando se presentaba la ocasion. Dormíme una vez recostado á un árbol, y al despertarme vine en presencia de una docena de hombres armados hasta los dientes, con una flotante manta de lana y por calzado unas alpargatas. Almorzaban alegremente, y no tuve el menor inconveniente en pedirles parte del banquete que sobre la yerba estaba.

— Lo ves, me dijo el gefe de la tropa sin responder á mi pregunta; no he querido despertarte, para que pudieses gozar mejor del regalo que te preparo.....

Temblaba, señor Arago, al oír aquella voz que vibraba cual el fúnebre tañido de una campana.

— ¿ Qué quiere V. de mí ? dije balbuceando.

— Que te quites del cuello ese pedazo de cuero que te sienta muy mal y que puede herirte, y que sin vacilar te pongas esta corbata de lino suspendida de esta rama de árbol. Vamos, en pie, y dí un Pater, si quieres.

— ¿ Qué he hecho, señor ?

— Vamos.

— Si soy un pobre mendigo.

— Eres un espía.

— ¡ Misericordia !

— ¿ Qué venias á hacer en estas montañas ?

— Vengo de Banyuls-del-Mar; soy español, de

Mataró, y buscaba una guerrilla para alistarme en sus filas.

— ¿ Tienes pues valor ?

— No mucho; pero dicen que se adquiere.

— Vamos pues á probarte; pronto, á ver como te sirves de esta cuerda y yo me encargo de lanzarte.

Rodeábanme ya, á pesar de mis súplicas y de mis lágrimas, cuando se oyó un ruido. Preséntase un hombre de cinco pies y diez pulgadas por lo menos.

— ¡ Alerta ! Camaradas, dice, el convoy pasará á las ocho de la mañana; trescientos hombres de escolta, doce carros, treinta y seis mulos y doscientos mil francos.

— Buena será la presa, respondió el hombre pequeño á quien mas particularmente se dirigian aquellas palabras; acabemos nuestra obra, y andando.

Estaba yo arrodillado y me cogieron, el recien venido se vuelve, baja la vista, me ve, y tendiéndome la mano me dice.

— ¿ Tú aquí, Francisco ? No te esperaba; bien venido seas, y abrázame.

— ¿ Cómo ! ¿ Conoces á este perillan, Massol ?

— Cierito que sí. Figuraos, compañeros, que me condenaron á ahorcarme en Mataró; ya sabeis todos por qué, y tambien ciertos monjes; negro y fétido era el calabozo; este tuno que veis aquí fué á limpiarlo, y, por humanidad sin duda, dejó caer á mis pies una lima y una sierra muy cuca; apoderéme de las herramientas y al dia siguiente ya estaba libre.

— ¡ A la salud del nuevo recluta !

— Pero no es esto todo: ¿ Sabeis de quién me ha salvado el niño ? De las manos de su padre, de su propio padre.

— ¡ Un nuevo trago á su salud !

— Bien comprenderá V. fácilmente, señor Arago, que la fatal corbata no recibió á la inocente victima, y que seguí á mis camaradas en sus terribles y sangrientas expediciones.

— Y qué ; no creian defender la independendencia de su patria ?

— Sí ; pero con qué medios, con qué hombres y con qué armas ! un verduguillo ó estoque en vez de sable, asesinos en vez de soldados.

— ¿ Su gefe ?

— Pujol.

Este formidable nombre lleva consigo su anatema.

— Le siguió V. cuando los ejércitos franceses se sirvieron de él en su provecho ?

— Siempre.

— Segun eso fue V. soldado de su pequeño ejército.

— No, ban-lido de su banda; y sin embargo, señor, Dios lo sabe, jamas herí á un enemigo desarmado, y he procurado librar de la muerte á muchos que podian defenderse.

— Le creo á V., Marini.

— Gracias, gracias; pero permítame V. que acabe. Pujol fue cogido y entregado, sus mas fieles amigos quisieron seguirlo y casi todos perecieron en la horca; escapéme sin embargo yo, á pesar de que Pujol, arastrado, mutilado y desgarrado por las calles me reconoció y de que me sonrió en medio de sus tormentos. Dirijíme á las montañas; recorri los Pirineos hasta Bayona, y, llegando á Burdeos, embarquéme en aquel puerto en un buque holandes que se daba á la vela para la pesca de la ballena. Tocó dicho buque en Owlyée; pedí mi desembarque y concediéronmelo; cobróme afecto Tamahamah; vino aquí para someter á un rebelde; yo le servi de mucho en aquella útil empresa, y me cedió los recursos que necesitaba para la construccion de esta casa en la cual tengo la dicha de manifestarle á V. mi alma. Ahora ¿ volverá V. todavía ?

— Todos los dias.

— ¿ No he perdido pues su estimacion ?

— Solo había un hombre honrado en el ejército de Pujol, y aquel hombre era V.

Alargóse aun nuestra permanencia en Wahoo, porque llegaban los viveres con mucha dificultad segun las lógicas provisiones de Petit. Rives no nos procuró ni un cerdo, ni una gallina, ni el mas escualido polluelo. El hijo segundo de Kraimoukou, de continuo bajo la influencia de los licores, nos servia concargante indolencia, y en vano se valia el español Marini de todo su influjo para que nos concediesen sin demora cuanto pediamos. Inútiles esfuerzos, todavía hubimos de esperar algunos dias.

— ¿Sabe V. bien, me dijo don Francisco estrechándome cordialmente la mano, la tarde de su penosa y dolorosa confidencia; sabe V. bien, señor Arago, que su presencia aquí me incomoda ahora? Parece que al entrar en mi casa, deberá V. registrar con la vista mis vestidos para cerciorarse de que no hay bajo ellos ningun puñal oculto.

— Le juro á V., Marini, que si continúa V. habiéndome de este pasado tan terrible para sus recuerdos, tan lleno de amarguras, tan bien borrado por tantos sacrificios, no vendré á verle á V. mas.

— Vamos, me enaltezo á mi propia vista, al ver que siempre me aprecia V.; ocupémonos pues de lo que pasa en Wahoo, y díganme V. si puedo serle útil en algo.

— Acompañeme á casa de Kraimotekan.

— ¿A casa de aquel ébrio?

— ¡Silencio! un gobernador; tal indiscrecion podría serle á V. funesta.

— ¡Oh! hablemos sin recelo, es un miserable; mucho tiempo haria que Tamahamah hubiera mandado arrojarle al mar; pero Riouriou perdona fácilmente en los demas las bajezas y los vicios con los cuales no se avergüenza de manchar su fama.

— ¿Y Tamahamah bebia con profusion ese ava que dicen es tan espirituosa?

— ¡Oh! era la persona mas sobria de su archipiélago, y si los pueblos sobre que reinaba no hubiesen probado antes de su reinado aquel licor tan peligroso que embrutece y abrasa, yo le aseguro á V. que mal lo hubiera pasado el atrevido que lo diera á conocer á los sandwiquianos. Para que se convenza V. de ello voy á citarle un ejemplo entre mil:

Presentóse un dia Riouriou ébrio en la puerta del palacio de su padre; opúsose este á que le dejaran entrar; pero habiendo caido Riouriou al agacharse para salvar el umbral de la puerta, Tamahamah llevó á puntapiés al ébrio hasta la playa, dejándole espuesto por algunas horas á los abrasadores rayos del sol, y pronunció con voz terrible la palabra *tabou*, como para amenazar con su venganza á cualquiera que se atreviese á cubrir el cuerpo de su hijo.

— Admirable es sin duda esto; pero francamente, señor Marini ¿no está V. algun tanto prevenido en favor de Tamahamah? ¿Su ardiente amistad le adorna con demasiadas virtudes, ó en realidad merece todo el bien que de él me han dicho en Owhyée?

— Ignoro lo que habrán podido decirle acerca de aquel generoso príncipe, pero le juro, señor, que el rey que acaba de morir era verdaderamente un gran rey.

Enseñé entonces á Marini las noticias que me habian dado Rives y Mr. Young, y el español me aseguró que Tamahamah era muy superior á los elogios que se le tributaban.

— Lo que á mi vista mas le distinguia, prosiguió el español, no era su bravura en las batallas (pues en Cataluña vi un hombre comparable á él), sino sus dulces y nobles miramientos para con sus mujeres, y sobre todo la ardiente pasion que profesaba á su favorita, á la cual habrá V. visto en Koiá. Aquel amor, señor, llegaba hasta la idolatria. Cualquiera que hubiese dejado de complacer á la reina, en inmi-

nente peligro hubiera puesto su vida, pues echaba mano Tamahamah de los mas horribles suplicios para vengar su lacerada ternura.

Habiéndose atrevido cierto dia un sandwiquiano de Wahoo á escupir en la calabaza de la princesa, sometiéronle á dos sacudidas de estrangulacion, y si á ellas ha sobrevivido débese á que la misma reina imploró ocultamente su perdon al ejecutor.

— ¿Cómo ejecutan este castigo?

— Clavan en el suelo dos postes ó maderas de la altura de un hombre, el paciente en pie y con la espalda apoyada en una de las vigas, tiene alrededor del cuello una cuerda con nudo ó lazo corridizo, y otro hombre, escogido entre los mas vigorosos de los que asisten al suplicio, agarrando el otro extremo de la cuerda, y abrazándose á la otra viga, la cual le sirve de punto de apoyo, da dos, tres y á veces hasta cuatro sacudidas, que raras veces dejan la vida al culpable.

— Parece que no es esto muy lógico. ¿Cortan aquí tambien la cabeza á los condenados á muerte?

— No, pero se la aplastan. Cuando algun infeliz está destinado á sufrir aquel horroroso castigo, le cogen dos ó tres gefes, le atan boca arriba á un madero que colocan en el suelo, cuyo madero solo llega hasta la nuca y deja libre la cabeza, la cual en el momento de la ejecucion se apoya sobre una piedra *tabou*, y mientras que un guerrero coge con fuerza entre sus manos los pies del paciente, un fuerte golpe de maza ó de clava en la frente termina el suplicio.

— Es una salvaje atrocidad que me espanta. ¿Se repiten con frecuencia tales ejecuciones?

— Habrá con corta diferencia dos anuales en todo el archipiélago.

— Pase.

— Por lo demas, continuó Marini, encantado de verme recoger sus esactísimos documentos y noticias, aunque á decir verdad carece este pueblo de religion, puesto que en él no existe ningun culto público, casi siempre se ejecutan aquellos abominables sacrificios por orden del sumo sacerdote quien raras veces perdona. Cualquier ultraje que se haga al rey, á la reina, ó al gefe de los morais, es castigado con la muerte. Ademas de esta, hay mutilaciones de dedos y se arrancan los ojos, cuando son menos graves las faltas que se cometen.

— Sí, he visto á Koérani, y fácilmente comprenderá V. que comparta el entusiasmo que á V. le inspira Tamahamah.

— ¡Oh! tenga V. entendido que entonces principiaba apenas Tamahamah á reinar pacíficamente. Con solo que hubiera abolido los sacrificios humanos, en despecho de los usos establecidos, hubiera merecido bien de la humanidad entera. Muchas veces me consultaba aquel monarca, pero mas especialmente sobre el código penal que queria poner en vigor en sus estados; era el punto en que procuraba ilustrarse con mi experiencia europea. Si hubiese vivido dos años mas, no hubieran contado las islas Sandwich rivales en Océano alguno, y su pueblo hubiera sabido lo que son el comercio, las artes y la industria.

— Ya sé cómo sepultan los muertos, pero me falta saber cómo se contraen los matrimonios.

— Parece que será lógico tomar las cosas de mas lejos. Su criatura nace sin comadre, ó por mejor decir hay doce ó quince alrededor de la parturienta. Nacida ya la criatura le bañan en agua de mar, pero sin que nadie lo mande, solo el uso es quien lo exige. A los doce años ya pueden ser madres las muchachas; y aquí cada hombre se casa con tantas mujeres cuantas puede mantener. Entran los hombres en una cabaña, regalan algunas brazas de lienzo al padre ó á la madre, y cátese V. el negocio concluido y el trato cerrado.

— Si me fijo en Riouriou el hermano puede ca-

sarse con su hermana; ¿ó será quizás algun privilegio el cual solo él disfruta?

—No por cierto; en las Sandwich nadie es hermano ni hermana, solo hay hombres ó mujeres.

—¡Jesus! ¡Cuántas cosas útiles tenia Tamahamali que llevar á cabo!

—¡Oh! tocante á este punto le venceria á V. mi doctrina: hasta ahora nadie ha probado que sean irracionales los matrimonios entre hermanos y hermanas.

—Señor Marini, se vuelve V. sandwquiano.

—¿Acaso, no se lo he dicho ya á V.?

LIII.

ISLAS SANDWICH.

Wahoo.—Visita al gobernador.—Incursión al volcan de Anourouron.—Juegos y diversiones.

Caeo haber dicho ya que el palacio de fuco de la primera dignidad de Anourouron se halla situado en frente de la rada y del puerto. Es una cabaña mayor y mucho mejor construida que las demas; el techo en forma de dorso de caballo se halla formado por maderas intimamente atados entre sí por medio de cuerdas de banano, y admirablemente recubierto por cinco ó seis capas de hojas de palmito las cuales forman dibujos muy originales. Los ángulos de aquella morada tienen una forma bastante análoga á la de los templos de Kayakokooa y á la del sepulcro del gran monarca; la puerta principal es tan baja, que no se puede entrar sino arrodillándose. ¿Quería decir acaso aquello que cuantos ponen el pie en una morada régia deben encorvarse hasta el suelo para que les admitan en ella? ¿Quién sabe? ¡Son á veces tan mezquinos los pensamientos de los grandes!

El señor Marini y yo nos presentamos sin ceremonia. Al vernos, se levantaron un poco las princesas monstruos, y las jóvenes y lindas esclavas, que á su alrededor movian sus elegantes abanicos de plumas. vinieron á agitarlos espontáneamente sobre nuestras cabezas, diciendo: *Macana, macana* (regálenos V. alguna cosa) y ofreciéndonos cuanto poseian. Las virarachas vírgenes estaban completamente desnudas.

En cuanto al hijo segundo de Kraimoukou, nos miró con embrutecido aire, soltó penosamente algunas palabras junto con su espumosa baba y nos indicó que nos acostáramos á su lado.

—No lo haga V., me dijo Marini, porque sus náuseas llegan al corazón.

—¡Bah! ¡bah! me arriesgo á medias; no quiero descontentarle. Curioso es el estudio de esa asquerosa naturaleza.

—Sí, de lejos.

—Estaré á la defensiva.

Sentéme pues sobre un inmenso monton de elásticas esteras; pero tuve la precaucion de colocar entre la cabeza del gobernador y la mia una de aquellas calabazas en las cuales príncipes y princesas, reyes y reinas, escupian con frecuencia sobre capas de restos de flores. Apenas acababa Kraimoukou de beber una gran cantidad de vino, y sentia ya la necesidad de principiar de nuevo sus copiosas libaciones que se repetian de hora en hora. Tiempo era ya de que echase mi escudrinadora mirada alrededor de mí. Las paredes del palacio eran un verdadero arsenal; fusiles, pistolas, sables, flechas, crics, arcos, macanas y hachas, se veian allí colgadas en confusion, unas casi en el techo del edificio, cerca del suelo las demas. En parte alguna habia notado tan estremado lujo de esteras; habia en el suelo mas de quince unas sobre otras ocupando toda la estension de la sala; y tambien se veian inmensos rollos entreverados de mil colores. Las cuatro esposas de Kraimoukou, ocultas en qui-

nientas brazas á lo menos de lijeros taparabos, platocaban en voz baja para que Marini no las entendiera, puesto que hablaba perfectamente su idioma; dos oficiales en pie con su pintoresco casco, trataban de ponerme de manifiesto su talla de seis pies, y se ponian perpendicularmente ante mí, mientras que las encantadoras machachas que se reian relegadas en un rincon, á veces hasta á puntapiés, se sonreian con mucha socarroneria conociendo que mi intencion era copiar los dibujos que adornaban sus juveniles cuerpos.

—¿Sabe V. que no tenemos la satisfaccion de agradecer á estas señoras? me dijo Marini que escuchaba la conversacion que en voz baja sostenian las princesas.

—Pues le juro á V. que maldite lo que á mí me gustan ellas.

—Acaban de decir muy bajito que le encuentran á V. feo.

—Sin ninguna vanidad, si su figura es aquí un tipo de belleza, en verdad debo parecerles horrible. Pues bien, apuesto cualquiera cosa que me hago amar de ellas dentro de media hora.

—¿Cómo se arreglará V.?

—Voy á hacer juegos de manos.

—¡Oh! en este caso van á admirarle á V.

—Dígame V. que estén atentas, y déme V. uno de estos jágamos que tiene V. á su lado, haré que desaparezca, de lo cual se admirará V. aunque sea europeo.

Marini rogó á aquellas nobles y hechiceras criaturas que abrieran bien los ojos, me echó la manzanilla que le habia pedido, la cual cogi con la mano derecha y la hice desaparecer con gran admiracion de todos, quienes al parecer salieron de su eterno estupor.

—Mas, mas, le dije al español, luego una tercera, y en seguida una cuarta.

Hecho esto, los hice volar unas veces en elipse, otras en círculo, á manera de surtidor, á derecha, á izquierda, por encima de la cabeza, por delante, por detras, poco á poco, con rapidez, y á mi voluntad, de suerte que al pararme veia á todos á hombres y á mujeres, con el cuello alargado, la boca abierta y llenos de admiracion por un talento tan útil y tan maravilloso.

Despues de aquel primer ejercicio que me valió el precioso permiso de escupir en una calabaza y ademas el inapreciable favor de un vigoroso frotamiento de nariz con la untosa favorita de Kraimoukou, saqué de mi bolsillo dos ó tres cajas de doble fondo, cortaba y ajustaba á ellas una cinta sin que lo vieran, atravesaba sin dolor mi mejilla y mis manos con un alambre, y en fin desplegaba toda mi habilidad, y en cambio obtuve una hermosa macana, dos magnificas esteras, mas de cincuenta brazas de taparabos de palmacristi, y las jóvenes recibieron orden de llevarlo adonde yo quisiera. Deferencia de delicadeza, segun acostumbra hacerlo los habitantes de las Sandwich.

—Tenia V. razon, me dijo Marini, casi tan admirado como los buenos anourourianos, pero menos brutalmente que aquellos; están ébrios.

—El gefe sobre todo, lo está completamente segun me parece.

—Hablando con formalidad, le comparan á V. con Dios.

—¿Con cuál? ¿con aquellos con que afean sus morais?

—No, en verdad, le encuentran á V. adorable. Pida V. lo que quiera, y de seguro nada le rehusarán ya.

—En este caso voy á pedirles permiso para retirarme, porque este abofetado gobernador me carga soberanamente con sus continuas libaciones. ¿Le pone en este estado la alegría?

—Este estado, señor, es el único en que puede

vivir, y en el que preferimos verle, porque si no estuviera siempre ebrio, sería malo.

Abandonamos el palacio, si bien tuve que prometer á los monstruos anfibios que repetiría mi visita. Encaminéme á la casa de Marini, en la cual me habian concedido una cama tan tranquila, escoltado por dos interesantes muchachas que llevaban los presentes contándose las maravillas que les habia hecho ver y gozar. Diles mil gracias mostrándoles la cinta cortada y ajustada; lo aprendieron y lo ejecutaron muy bien en pocos instantes, y me dejaron saltando como corzas que se escapan de la red del cazador. ¡Pobres criaturas, cuán poco basta para derramar la alegría en vuestros corazones!

Hermoso estaba el día, pues no era demasiado caloroso á causa de que soplaban del mar con violencia la brisa. Para aprovechar el tiempo que me restaba, encaminéme al apagado volcan que, á la derecha de Anourouron se delinea á la manera del azúcar de pilon con muchisima regularidad; por el camino encontré á mi amigo Gaudichaud que seguía la misma direccion, y cogidos del brazo, nos animamos en nuestra empresa, porque para abreviar la longitud del trayecto, convenimos en trepar por el lado mas escarpado y corto.

Era tal la reputacion de hombre maravilloso que me habia adquirido en Anourouron que desde la plaza mayor de la capital en la que se agitaba la alegre plebe, un gran número de jóvenes de ambos sexos nos siguieron y quisieron acompañarnos hasta el mismo cráter.

Enormes peñascos de lava no cubiertos de cenizas defienden el pie del monte; pero á la altura de pocas varas, se hace de difícil acceso la pendiente, porque las cenizas que forman inmensas capas, resbalan bajo los pies y os arrastran. Sin embargo á medida que se sube, es mas firme el terreno que se pisa, pero no se ve ningun arbusto que os ceda su sombra, ó su tronco para que os apoyeis, ó si cogéis alguno que levante su espinosa cabeza, no estais seguros de que no ceda al peso, y deis una caida sumamente peligrosa, porque no os detendriais hasta á la barrera de volcánicas rocas que forma un círculo alrededor del monte.

Gaudichaud y yo trepábamos siempre bastante distantes uno de otro y nos hablábamos á menudo para animarnos. Estenuábanos la fatiga, íbamos con irri- tante lentitud, unas veces agachados, y con mas frecuencia casi tocando con el vientre en el suelo, y enfadados ya por haber comenzado la peligrosa empresa. Por mi parte, lo estaba tanto que maldecia mi temeridad, y estoy convencido de que mi camarada, cuyo sudado y descolorido rostro miraba de cuando en cuando, no maldecia menos que yo nuestra fatal resolucion. Hicimos alto por un momento, durante el cual la voz de Gaudichaud, llegando desincedrada á mis oídos, pronunció algunas sílabas mezcladas con suspiros, que á mi vez repetía yo como eco fiel.

—¿Qué tal, no es verdad que esto es muy cansado?

—No sé si es cansado, pero es muy escabroso.

—Y tanto que no me atrevo á mirar hácia atras.

—Ni yo tampoco.

—¡Oh! si pudiese retroceder.

—¡Pero vea V. con cuánta facilidad suben estos perillanes!

—Son ardillas.

—Lagartos, mas bien; todos á competencia se burlan de nosotros.

—Tela cortada tienen pues, pero serian excelentes personas si quisieran ayudarnos.

—Aquí no se puede dar la mano como en un paseo, no importa, voy á ver si querrán prestarnos este servicio.

Comprendiéronnos perfectamente los sandwiquia-

TOMO II.

nos, y sorprendidos se quedaron al ver que echábamos mano de su agilidad y lijereza. Pusieronse detras de nosotros, y nos impelieron con sus manos, con su cabeza, con sus hombros, y por fin llegamos á la cumbre. Gaudichaud, que llegó antes que yo, se habia sentado semi-estenuado, y llegó arriba en momento oportuno, porque cayó perdido el conocimiento. Despues de media hora de inquietud, recobró mi amigo sus fuerzas, y nos convenimos en que para bajar buscaríamos una pendiente menos rápida. Los sandwiquianos que teníamos alrededor se echaban miradas burlonas, y estoy seguro de que mucho hubiéramos perdido en su estima si no hubiese determinado recobrar el lugar que me pertenecía, entreteniéndoles con algunos juegos de mano.

Seguro es que jamas Comte, Bosco ó Conus trabajaron ante un público mas curioso ni mas embozado, como tampoco en un teatro tan elevado y tan sólido.

El paisaje que ante nuestra vista se desplegaba era triste y severo. En el pie del monte habia un riachuelo parecido á una cinta azul serpenteando sobre un fondo verde; un poco mas distante, las chozas de Anourouron y la casa blanca de Marini situada sobre un montecillo; á derecha é izquierda llanuras y mesetas regulares; en el horizonte, un pico nevoso (1), y para revivir todo aquello habia grupos de cocos, palmitas y desiertas filas de palmacristi, y todo lo demas desnudo y abandonado á la esterilidad, merced á la dejadez de los habitantes de Anourouron. En cuanto al volcan que se ve cerca de la capital, parece que tenga su nacimiento á media legua de ella, que los fuegos subterráneos, por no haber tenido suficiente fuerza para atravesar la dura cubierta que cautivos los tiene, han obrado horizontalmente en linea recta, y que encontrando por último una salida en el punto sobre el cual pesa el rápido cono, se han escapado cesando desde entonces sus misteriosos y profundos estragos.

Sin perdernos ni un momento de vista, nos acompañaron los sandwiquianos á la vuelta del mismo modo que lo hicieran á la ida, y mezclados llegamos á la plaza pública, en donde empleaban el tiempo con ardor increíble en juegos sobre los cuales algo he de decirlos, puesto que ocupan las tres cuartas partes de la vida tan activa de aquellas buenas gentes.

En cada ejercicio habia apuestas de cocos, de frutos de bananos, de sandías y de brazas de lienzo, siendo preciso convenir en que reinaba la mas severa justicia en la distribucion de las prendas al vencedor.

En unos puntos habia varios hombres colocados en círculo alrededor de una gran esfera de piedra lisa y untuosa, sobre la cual se subía á su vez cada jugador procurando sostenerse en ella en equilibrio, primero con ambos pies por espacio de un minuto poco mas ó menos, medido por un hombre que daba regularmente golpecitos con un bastoncillo sobre una lámina hueca para marcar el tiempo. Al que daba los golpes le estaba severamente prohibido el hacer ninguna apuesta, á fin de que no se pudiera entrar en sospechas sobre su buena fé imprimiendo mas ó menos velocidad á su bastoncillo. Los dos primeros vencedores en este juego, que tan grotescas caídas ocasionaba á todos los apostadores, debían luchar entre sí, pero con un solo pie, en el caso de que no se convitiesen en repartirse las apuestas ganadas; y el que, despues de tres pruebas consecutivas, se mantenía en pie por mas tiempo ó golpes de baston, cojía el todo, é iba á ofrecer algo al del bastoncillo que pegaba en la lámina hueca, el cual aceptaba pero despues de un rudo frotamiento de nariz.

Las mujeres no podian tomar parte en aquel ejer-

(1) las notas que hay al fin de la obra.

cicio que os aseguro es muy divertido; y cuando pedí que me dejasen entrar en liza, hubo tantas risas y tantos gritos de alegría, que por poco no me retiré antes de la prueba. Sin embargo subí en la esfera contando con mi no desmentida habilidad, y no tengo inconveniente en confesar que fui el jugador me-

nos diestro y que mas pesadamente midió el césped. Manifestáronse tan gozosas aquellas buenas gentes por haberme vencido, y las puso tan alegres su orgullo, que bien conocí que hubiera sido una crueldad el vencerlos. Una derrota vale á veces mas que una victoria. Costóme mi vencimiento una docena de



Equilibrio sobre una bola.

anzuelos que distribí, y dos cuchillos que regalé á un feliz isleño que se habia torcido un pié resbalando sobre la piedra. Allí, dar equivale á adquirir; en Wahoo no se comprende la ingratitud, y así es que un beneficio merece mil de recompensa.

Hay tambien otro juego muy interesante, y en el cual despliegan los habitantes de Anourourá una prodigiosa destreza, que consisten hacer correr por un sendero liso, bajo de aros de alambre puestos á dos pies uno de otro, un gran espacio á un huso, cuya punta se pone hácia delante y se halla rodeada de hierro. Colócanse en el trayecto varios jueces que indican el aro, en el cual dejó de correr el huso en la direccion que se queria, y vence aquel que hace pasar el instrumento mayor número de estrechas puercecitas, lo cual no puede logarse sino encorvándose hasta el suelo. Algunos de aquellos husos de madera de sándalo, son corvos y en este caso la línea que han de recorrer es tambien curva á cierta distancia, y vi á un jóven luchador de trece ó catorce años que lanzaba con tal habilidad aquellos proyectiles que recorrió bajo los aros por lo menos un cuadrante de círculo sin la mas leve desviacion, y sin necesitar para nada la irregularidad del terreno. Tambien quise entrar en lucha en este juego, y mi derrota, que la interpretaron los jugadores por modestia y delicadeza como voluntaria, les salió dos ó tres estuches y un hermoso par de tijeras que jugaron al mismo ejercicio habiéndolas ganado el perillan de trece á catorce años.

Hay un tercer juego digno de ser visto y cuya eje-

cucion requiere ser muy buen equilibrista, veamos si me daré á entender á mis lectores. Dos hombres ó dos mujeres, y por lo comun un hombre y una mujer de igual talla, se ponen en pie uno delante de otro, primero pie contra pie y las dos manos puestas sobre la frente, con la palma hácia fuera. Los jugadores cambian ó se dan en esta postura dos ó tres golpes con la cabeza ó mejor decir con las manos, puesto que estas cubren la frente, luego se apartan á algunas palmadas, pronuncian muy bajo algunas palabras, y al articular una sílaba mas alto, se dejan caer uno hácia otro sin que se muevan los pies y frente sobre frente, de suerte que los dos individuos forman ya una A muy poco abierta. Por medio de un movimiento bastante pronunciado de riñones, se levantan y continúan hablando en voz baja sin que aparten jamas las manos de la frente. Aléjanse mas, déjense caer de nuevo, hace mas abierta la A, y así continúan hasta que medie una gran distancia, dejándose caer hácia delante á la manera de los carneros cuando riñen. Mas, para que resbalando los pies no perjudiquen la habilidad de los jugadores, ponen detras de los talones dos grandes piedras como punto de resistencia.

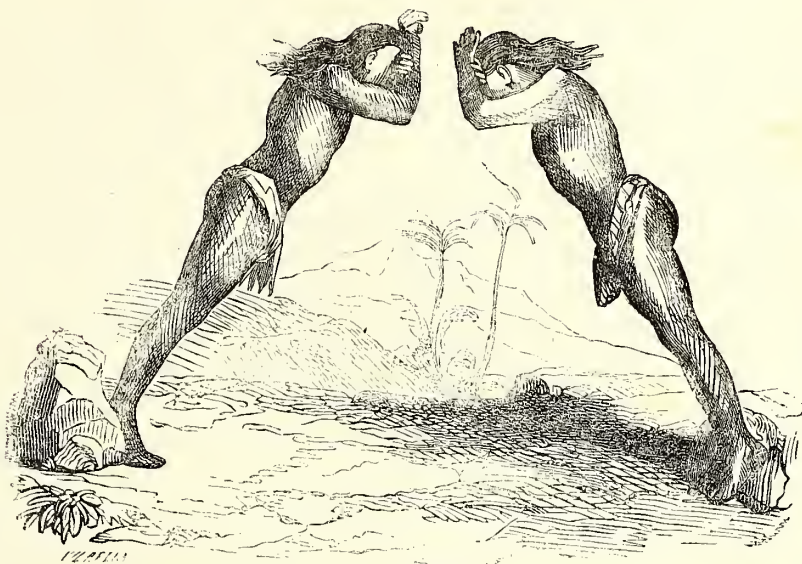
Vi á dos jóvenes de Anourourá que formaban de este modo entre sí, frente contra frente, un ángulo escesivamente obtuso, y los cuales sin embargo se levantaban por medio de un movimiento de riñones articulado con el mayor vigor que le aplicaba la fuerza de los diestros y robustos luchadores. Por lo demas, la viñeta podrá hacer formar una idea mas

esacta de aquella especie de diversion muy original, y que me causaba sano placer.

Os desafio á que os quedeis frio y sin el mas vivo interes delante de aquel hombre de formas atléticas, colocado en pie sobre una grande piedra, una parte de la cual en declive ó en taluz le sirve de punto de apoyo, que va á dejarse caer con todo su peso agarrándose con ambas manos á una cuerda tirante, sin que sus riñones se doblen, sin que se ladee su cabeza, sin que se encorven sus jarretes, y sin que cambien de sitio sus pies. Es uno de los juegos mas curiosos que tienen los sanwiquianos, y que mas fuerza y elasticidad comunican á los miembros. Admiraos despues de esto de encontrar en aquel archipiélago poderosas naturalezas capaces de luchar contra la

lava de los volcanes siempre prontos á devorarlos, y contra la turbulencia de las olas dispuestas á tragirlos. Pigmeos somos nosotros en comparacion de aquel pueblo gigante.

Pero si curioso es ver aquellos descansos y aquellas distracciones de un pueblo que tan bien comprende el placer, hay tambien otros cuya observacion os maravilla, y cuya admiracion os penetra hasta el alma; quiero hablaros de las serias luchas del Océano contra aquellas caprichosas naturalezas, que jamas conoceréis perfectamente por mas años que os dedicáis á su estudio. Allí en cuanto sopla el viento con violencia y por ráfagas, luego que la espumosa ola se estrella con estrépito contra la cordillera de rocas que defienden el puerto, preciso es seguir á aquel



Otro Juego de equilibrio.

enjambre de muchachas de orgulloso andar, con la cabeza erguida, y con las miradas llenas de admiracion al encaminarse con paso firme y seguro hácia la sólida barrera que la naturaleza ha puesto á la cólera de las olas. Aquellas jóvenes tan engalanadas para otros juegos, vedlas allí sobre las invadidas rocas, mirándose con la sonrisa en los labios, llevando unas en sus espaldas el madero que se llama *paba* y del cual ya os he hablado; y las demas, con solo su valor, pateando de impaciencia, como para quejarse de la tibieza del huracan ó de la blandura de las olas. Elévase esta cuanto puede, y llegando de lejos, sube, salta y abre su boca pronto á devorarlo todo, y la jóven de Anouronron lejos de atemorizarse por la imponente cólera del Océano, se levanta á su vez bajo la bóveda marica, incapaz de hacerla retroceder, y pronto se manifiesta victoriosa lejos del lugar que abandonó luchando, con su acostumbrada elegancia y su gracia, contra el favor de los desencadenados elementos. Las que son menos audaces y menos hábiles y que por lo tanto han buscado un apoyo en la *paba*, se vuelven, en alta mar, mas intrépidas, y se adelantan á veces hasta mas á dentro del mar, sentadas en su plana y de tan bien tallada superficie, con la estremidad ligeramente vuelta hácia arriba para que no se fatigue la vista buscándola.

Es espectáculo que aturde, y os aseguro que es un maravilloso cuadro ver aquella mar rizada y rui-

dosa sobre la cual juegan, como en un prado, graciosas mujeres, llenas de salud y de vida, cansadas al parecer de su dicha y tratando de fatigar la constancia del cielo que las protege.

En cuanto llega la noche ó luego que estén satisfechas del placer que encuentran en las olas, reúnen las ardientes náyades en una sola fila, y felices por haber vencido, se abandonan á la pasajera ola que acaba de arrojarlas sobre la playa.

¿Y para qué os de hablar mas de las emociones del europeo testigo estupefacto de tantos prodigios? ¿Cobraréis mas aficion á los viajes? ¿Amareis menos vuestros fátuos é insulsos paseos, y los cargantes placeres de vuestras alumadas ciudades? ¿Comprenderéis las exploraciones, ó tan solo os contentareis con leerlas? Creedme, oh amigos míos perezosos, creedme, la vida consiste en el movimiento, apresuraos, ¡es tan túbio y descolorido el modo con que os cuento todas estas cosas! Id á visitar á Lahena y Anouronron, puesto que el cielo no os ha privado de la vista, y volved, si valor teneis para ello, á decir al pobre ciego que todo lo vió bien en otro tiempo; que son fieles, sus recuerdos, y que la civilizacion, al penetrar en los países que en otro tiempo recorrió, no les ha desheredado aun de su hermoso cielo, de sus tan frescas cúpulas de verdor, de sus hospitalarias moradas, de la bondad de sus primitivas costumbres. Siempre amo lo que tanto amé algun día.

LIV.

ISLAS SANDWICH.

Wahoo.—Petit y yo.—Incursión á la pesquería de perlas de Pah-ah.

¿Como será posible explicar los dos contrastes que acaban de herir mis miradas cuando apenas es dable comprenderles? Habeis visto á los naturales de Owwhyé, semejantes en todo á los volcanes que mujen á sus pies y á sus cabezas, prontos siempre á combatir á la menor amenaza de la catástrofe.

A dos pasos de ella Mowhée, tranquila y casi dormida, hombres, mujeres y niños que dejan, se desliza dulcemente la vida, sin pensar en el día que acaba de morir, sin ocuparse del que va á nacer, indolentemente tendidos bajo sus eternos quitasoles de verdor, y respirando á su placer la brisa del mar que jamas les niega sus favores. Y ahora tambien á dos pasos de Mowhée, una isla llamada Wahoo, poblada por sandwiguianos de diferente naturaleza, de diverso humor, ó por mejor decir por una raza de hombres que dan un perpétuo mentís, por sus movimientos, á los seres que les rodean. En Mowhée la dicha está en el reposo, y en Wahoo consiste en la actividad; allí se sonrien cuando cierran el párpado, y aquí cuando le abren del sueño; por una parte cualquiera marcha la consideran como un pesado y penoso trabajo, y por otras las carreras son diversiones. El estallido de cañon desfallecería á los habitantes de Labona, y los de Anourouron le escucharian con delicia; en el primer pueblo desconocen el canto y el baile, y en el segundo la palabra es una música y el baile es una carrera. Dos mil leguas hay entre ambas islas; pero mayor es la distancia que media entre Mowhée y Owwhyé; ¿cuál es el origen de estas diferencias? ¿Desde cuándo existen, pues, aquellos lógicos contrastes, que destruyen las hipótesis que imponen silencio á todas las teorías? En verdad se podría creer que si por escepcion la isla principal de las Sandwich ha alimentado en su seno algunos hombres de alegre carácter, de humor pacífico, y algunas mujeres opuestas á los placeres del ejercicio ó al reposo del cuerpo y del alma, todos se lanzaron en un hermoso día en medio de las olas, unos para habitar en la benigna, dulce y solitaria Lahena; y otros para poblar la viva y juguetona Anourouron, tan feliz como su vecina, pero con mas marcado color.

Por lo demas, si el aspecto de Owwhyé os admira primero y os hiela de espanto luego, si la vista de Mowhée os aflige á primera vista y os alegra mas adelante enfrente de Lahena, y la risueña situacion de Anourouron, cercada por hermosas colinas de mediodre altura, y que manifiesta á la vista pequeños intervalos abiertos en vaporosa lontananza, os obliga á compartir los placeres de aquella afortunada isla, en la cual hubo en otro tiempo lo mismo que en Mowhée, una sangrienta batalla ganada por el gran Tamahamah.

Anourouron es algo mas que un pueblo ó que una ciudad; es una capital; hay chozas, cabañas, cobertizos, templos, tres ó cuatro casas europeas, dos factorías americanas, una gran llanura esmaltada, dos anchos y profundos rios, situados uno al Norte y otro al Sur; un volcan apagado, amarillo y de rápida pendiente como una muela de molino, un cielo azulado, una rada ancha, segura y espaciosa, y una barra con hermosa entrada, por la cual pueden los buques amenazados ponerse á cubierto de las borrascas y tempestades, en un abrigado y tranquilo puerto. El ancladero de Wahoo se llama Pah; y el buque descansa de un viaje á corta distancia de la ciudad, y mucho mas cerca aun de la fila de rocas de que ya os he hablado.

Muy poco resguardan las puntas en forma de me-

dia luna de Lahi y de Lailoa, á la bahía de los vientos mas frecuentes en aquellas regiones intertropicales; pero como es fácil la salida lo mismo que la entrada del puerto, por eso el fondeadero de Wahoo conservará siempre la primacia entre todos los del archipiélago.

Como consecuencia de la apatía que constituye el fondo del carácter sandwiguiano era de esperar que encontraríamos en Wahoo inculto la mayor parte del resto, siendo muy cortos los rendimientos que produciria la porcion cultivada. Con efecto sucede así. Poco cultivo, descuidadas plantaciones, campos abandonados á la única generosidad de la tierra, carencia de limites que deslinden las propiedades, falta de leyes protectoras para garantía del poseedor, y esto mismo aun en las puertas mismas de la ciudad, tocando, por decirlo así, á las cabañas; porque es tal la indolencia de los habitantes que no quieren ir á buscar lejos lo que pueden encontrar cerca. Las marchas y el trabajo robarian demasiadas horas al placer y sabido es que este constituye su vida. En las plazas públicas de la alegre ciudad de Anourouron, encontrareis durante todo el día una muchedumbre bastante compacta de personas caminando á derecha y á izquierda solo por el placer de caminar; hombres robustos y listos que se entretienen en juegos que requieren destreza; muchachas que corren hácia vosotros para convidaros á ciertas distracciones del país; guerreros con sus originales cascos, adornados como en las festividades; y todo aquello lleno de fuerza y de energía, con la sonrisa en los labios, el ardor en los ojos y la agilidad en los miembros. Toda la poblacion de Anourouron se halla sin cesar en la víspera de un imprevisto acontecimiento; creeriase que sale a penas de una reciente catástrofe, y si no se la estudiara con atencion, pudiérase pensar que sufre las ansias de algun siniestro desastre.

Sin embargo, muy lejos de esto; aquella turbulencia que la tiene de continuo en movimiento residen en las costumbres, en los usos y en la sangre de aquel pueblo escepcional. Es bueno, generoso, atento, hospitalario, pero hablador, disputador é indiscreto. Os acogen en todas las cabañas con mucha solicitud que llega hasta la violencia; pero llegado este punto, debeis sufrir un flujo de palabras, del cual no podreis formaros una idea exacta sino comparándole con el redoble de tambor. Todo quiere aprenderlo y saberlo el natural de Wahoo; y mas digo todo lo sabe, pero pregunta á todos la confirmacion de lo que ya sabe. Esle de absoluta necesidad el hablar; y que su lengua se halla de continuo en actividad, ora esté con vosotros, ora se pasee solo, no parece sino que sea múltiple. Os preguntan qué nombre tiene un boston, cómo se fabrica y para qué sirve; os ven el sombrero puesto y comprenden en verdad su objeto pero en Anourouron os preguntarán su nombre; y despues que habrá concluido una larga serie de preguntas volverá á principiarlas como si se hubiese olvidado ya de vuestras respuestas. La vida de los naturales de Wahoo es una fiebre perpétua.

Pero lo mas raro y curioso que todo esto presenta consiste en que los gefes, los cuales en ciertas ocasiones saben establecer tanta diferencia entre ellos y el pueblo, se mezclan aquí con la muchedumbre, rien, cantan, saltan con todos y proponen apuestas de anzuelos, de clavos, de cocos y de brazas de liendos, en los interesantes juegos de que ya os he hablado. Sobre todo el gobernador de Anourouron, hermano de Kraimoukou, ébrio por la mañana con avamano de Kraimoukou, ébrio por la tarde y por la noche con el mismo avamano, por paréntesis, quiso tambien que le bautizara nuestro abate, era el mas ardiente jugador y apostador, y en las perpétuas curvas que describia en la playa y en el prado, caia cien veces, y solo á duras penas lograba sostenerse en pie algu-

nos instantes con el auxilio de cinco ó seis esclavos, uno de los cuales iba con un gran quitasol chino, y otro con un abanico de plumas, libraban al embrutecido coloso de los insectos y de los rayos de un sol muy caloroso.

Mil veces, á despecho de mi voluntad, me vi obligado á aceptar una apuesta de aquel asqueroso silencio, con el cual se ganaba perdiendo, para no irritarle demasiado, empobreciéndole, contra sus dóciles súbditos, sobre los cuales descargaba á menudo los efectos de su cólera siempre peligrosa y muchas veces fatal.

El gobernador de Anourouon es el único verdadero azote de la isla. En la actualidad es cristiano, y quizás comprenderá al fin que la continencia es una semi-virtud. Yo soy de aquellos que se cansan de la uniformidad de los placeres, y si me agradan los contrastes en la naturaleza, mas me gustan aun en los sentimientos ó en las pasiones. Son tantos los goces que se disfrutan en Anourouon que al fin me fastidiaron, y resolví echar un velo sobre ellos siquiera fuese por algunas horas.

Una mañana que empañaban el cielo leves nubes, me levanté antes que el sol, salté en tierra, con gran cantidad de fruslerías, y me dirigí al azar al interior de la isla, en busca de aventuras. ¿Necesito decirlos que Petit conducía mi equipaje?

Luego que despiertos los habitantes de Anourouon vieron que nos alejábamos de la ciudad, mas bien con el bondadoso objeto de complacernos que guiados por un deseo de interes y de curiosidad, se nos agregaron, y nos sirvieron al propio tiempo de escolta y de guías. Sabia que se pescaban perlas á tres ó cuatro leguas de la capital, en la embocadura de un anchísimo rio; y por consiguiente me dirigí á aquel punto. De cuando en cuando divertía á mis compañeros de excursion con mis diabluras, y Petit, que estaba de muy buen humor con tales camaradas, les decia sin curarse de que le entendieran:

—¡Oh! si el señor quisiera nos tragaria á todos como sardinas.

Y como los sandwiquianos se reian muchísimo de las inútiles palabras del marinero:

—Ya lo ve V., señor Arago, continuaba, me entienden perfectamente; serian excelentes gavieros.

Con todo pronuncié al mas alto sandwiquiano de nuestra escolta la palabra ¡Pah-ah! manifestóme que sabia muy bien lo que queria decirle, y se puso orgulosamente al frente para guiarnos. La alegría de aquellas buenas gentes era tan franca y tan estrepitosa, que resolví probarles mi confianza dándoles todos los objetos de que me proveí, y que ya gravitaba bastante en las espaldas de Petit. Tambien les di mi fusil, dos pistolas, mi sable, los víveres, é imposible me fuera referiros cuán lisonjeado quedó el gozoso acompañamiento con mi político procedimiento. ¡Oh viajeros! haced que raras veces os precedan las amenazas y la artillería. Por lo regular la mejor salvaguardia de los exploradores es la confianza y la buena fé. Os podrán indudablemente engañar y robar; pero será quizas el único peligro á que os espondeis.

—Lo mismo da, me dijo Petit refunfuñando, no puedo menos de decirle á V., señor Arago, que acaba V. de hacer una grandísima bestialidad.

—¿Y por qué?

—Se encargan á cualquiera las municiones de guerra, pero jamas debe uno desprenderse de las de boca. Son muy tentadores el vino y el aguardiente; y pronto se comete una debilidad.

—Déjalo, ya verás como mi confianza dará sus resultados.

—Sí, pero no crea V. que consistan en encontrar dos botellas en vez de una.

Continuábamos adelantando al traves de algunos grupos de sándalos y de incultas llanuras fáciles

de embellecer, y de cuando en cuando nos rogaban los naturales que nos desviáramos de nuestro camino, para ir á pisar algunos lijeros montecillos cubiertos de guijarros, que eran la última morada de un amigo ó de un hermano. Muchísimo trabajo me costaba obtener de mi picaresco marinero aquellos singulares testimonios de sentimiento, pero difícil es formarse una idea esacta de la socarronería del tuno al ejecutar los pataleos que se le pedian con mil instancias.

Los habitantes de Anourouon, entregados del todo á la vida animada y turbulenta que les galvaniza, ni siquiera consienten junto á ellos un solo objeto de aquellos que pudiesen atenuar en lo mas mínimo aquella diaria locura que tanto me costaba comprender.

Después de una marcha bastante monótona de dos horas, llegamos á un grupo de cabañas levantadas en una especie de círculo rodeado de rocas volcánicas, entre las cuales crecen elegantes y vigorosos algunos cocos que dominan á otros grandes vegetales llenos de savia. Nos detuvimos, y mientras que los naturales sentados bajo los árboles, procuraban repetir los juegos de manos que me habian visto hacer, entré yo en una desierta cabaña y me senté junto á Petit; pero temeroso de que me venciera el sueño y de que no pudiese llevar á cabo mi incursión en un solo día, pronto me levanté, y me dirigí hácia mis felices compañeros de correría. El marinero, el cual casi nunca perdía de vista el saco de las provisiones, se aproximó á él con mucha sorna, y después de haber visitado las botellas:

—Son farsantes, me dijo con aquel tono de cólera que le daba cuando por casualidad se hallaba á mi lado mi pobre criado Hugues.

—¿Por qué?

—¡Estos canallas, estos miserables, son ladrones!

—¿Qué han hecho?

—Han vaciado casi la mitad de una botella, y para engañarnos, han acabado de llenarla de agua. ¡Qué le decia yo á V.!

—Quizas te engañas.

—¡Engañarme yo! vamos, lo entiendo, y no estoy deslumbrado; el vino es pálido como la muerte; y sabe V. que el agua comunica este color á todo el mundo.

—Dígame que te equivocas.

—Si no quiere V. dar crédito á mis ojos, que lo diga mi garganta, la cual no puede engañarse.

Bebióse Petit un sorbo de vino bautizado y le tiró con desagrado. Al ver esto me convencí.

—Pues bien, me replicó, me creará V. ahora.

—No me cabe la menor duda.

—¡Oh! si conociera al borracho!

—¡Te prohibo que chistes!

—Esto es, debe uno dejarse estrangular sin decir esta boca es mía; preciso es dejarse que se le beban á uno la sangre, y dar aun las gracias. ¡No se han comido, no, la pólvora, los malvados; no se han comido, no, la hoja del sable, sino tan solo el vino! ¡Oh! Despréciolos ahora tanto, como antes les amaba. Se acabó todo, al llegar á bordo, se lo cuento á Marchais; bajaremos á su Anouronronronrou, ¡y Dios los proteja!

Con todo el gefe de la muchedumbre, es decir, el mas alto de todos, testigo de la ruidosa disputa que con Petit sostenia, se levantó de entre sus compañeros y me preguntó su causa. Yo bien ordené á Petit que se callara, y que guardara un generoso silencio, pero el tunante hizo tantos gestos, y tantas amenazas que al fin esplicó muy claramente la causa de su mal humor, ó por mejor decir de su rabia.

Al saberlo el gefe sandwiquiano irritado, dió un agudo grito, al cual respondieron todos los sandwiquianos levantándose, y fuimos allí testigos de una

escena bastante placentera en un principio, si bien terminó luego de un modo bastante dramático.

Púsose el gefe que se llamaba Kronkins en el centro de un círculo de catorce hombres, á los cuales mandó guardar silencio, le arengó con mucha serenidad, dándose de cuando en cuando algunos golpes con una violencia en la cabeza y en el pecho. Hecho esto, se aproximó á cada uno de ellos, hizo que todos respiraran en su boca, y en cuanto parecía convencido de la inocencia del que examinaba, le estrechaba afectuosamente la mano, y dos narices se frotaban vigorosamente una contra otra. En el noveno se detuvo de repente despues de la aspiracion ordinaria, hizo volver á aspirar al sandwiguiano, articuló en voz alta y con brevedad algunos sonidos agudos, llamó junto á sí á cada individuo de la turba para fijarse en su juicio, y luego que se hubieron puesto de acuerdo acerca de la culpabilidad, salió de las filas el individuo designado, entró en el círculo, bajó la cabeza y cruzó los brazos, mientras que las demas, pateando y murmurando una cancion de tres notas, sin armonía ni medida, principiaron á dar vueltas, primero con lentitud, y al fin con suma velocidad, unas veces de izquierda á derecha, y otras de derecha á izquierda.

Confundiendo en que seria aquel el único castigo que se impondria al culpable, entré en la cabaña con Petit, quien decia que á aquel precio bien podia beberse cualquiera cinco ó seis botellas de vino. Mas apenas hacia un cuarto de hora que habia entrado en ella, cuando llegaron ó mis oidos violentos gritos. Levantéme bruscamente, salí, y ví al desdichado sandwiguiano, con la espalda encorvada que recibia los enérgicos y multiplicados golpes de sus camaradas armados con palos de coco, y girando siempre alrededor de la pobre víctima magullada y desgarrada. Corrí apresuradamente en seguida, y traspasando el estrecho círculo, me puse al lado del culpable, y colocando mi mano derecha sobre su cabeza, grité: ¡Tabou! ¡tabou!

Instantáneamente y como por encanto se detuvieron todos, cayeron los palos, restablecióse la tranquilidad, y el infeliz, echándose de rodillas, levantó mi pie derecho, lo colocó sobre su cabeza, queriéndome indicar con aquello que desde entonces era mi esclavo.

—Son buenos muchachos, me dijo Petit, quizas un poco demasiado.

—¿Y qué deduces de todo esto? le pregunté.

—Que tienen unos brazos bien vigorosos.

—¿Y es eso todo?

—No veo otra cosa.

—Y que castigan con mucha severidad el hurto.

—¡Ah! sí, el robo de vino.

—Todos los robos.

—¿Si así se pudiese cargar sobre aquel tunante de Rives con igual rudeza!

—Si escucharan creeria cualquiera que eres malo.

—Ya sabe V. que soy un cordero; pero aquel pillo nos cargó demasiado indignamente. Por lo demas, señor Arago, es V. en ambos negocios el que mas culpa tiene.

—¿Cómo me lo probarás!

—No es difícil. ¿No quiso V. hacer mil monadas con las dos tiernas esposas cobrizas del farsante de Burdeos? Y como el farsante conocia muy bien el resultado de sus *amabilidades*, tomó el asunto bajo su verdadero punto de vista, y con él las camisas, los pantalones, y los pañuelos que V. le presentaba *por apuestas á la prefectura*, como dice Hugues en latin. En segundo lugar, si V. hubiese entregado á aquel pobre sandwiguiano dos barrilitos de agua filtrada en vez de dos botellas de vino, no hubiera faltado ni una gota siquiera. Cualquiera tutea al licor rojo, pero respeta el líquido de pato. Vea V., yo que me con-

sidero, á Dios gracias, hombre lleno de probidad y de toda especie de virtudes no responderia de devolverle á V. intacto un frasco de schnick, aun cuando me ordenara V. que me pusiese á la distancia de dos bicheros ó botadores.

—¡Oh! tú eres un borracho muy franco, pero no será tan necio que te esponga á la tentacion.

—Haria V. muy mal, no me haria V. justicia, porque á fé de hombre... sucumbiria á ella.

Nos habíamos puesto ya otra vez en marcha; y noté que el ladrón de mi vino se habia puesto humildemente en la cola de la caravana sin que nadie le dirijiese la palabra.

—Vé, le dije á Petit, vé á hacerle compañía y consuélale.

—Sí, voy á enseñarle la moral y á decirle, que cuando se principia una botella, es necesario darla fin, y que si le han castigado tan rudamente es porque se tomó la libertad de bautizar el néctar.

—Petit, morirás en la final impenitencia.

—Señor Arago, estoy admirado de que en semejante punto estemos perfectamente acordes.

Llegamos, por fin, á la embocadura del rio en el cual se pescaban ostras con bastante indolencia; pero tuvimos que atravesar el río Pah-ah por estar sentadas las cabañas del establecimiento en la orilla opuesta. Ya os he dicho que no sé nadar, y por desgracia no habia allí cerca ninguna piragua.

—Aquí se ve V. chasqueado, señor, me dijo mi marinero, esto le enseñará á V. á no aprender lo que se debe.

Manifesté al gefe de mis alegres camaradas el compromiso en que me hallaba; pero, subiendo á un árbol, rasgó una rama, la bajó, cogiéndola por un extremo, y por el otro uno de sus mas altos y robustos amigos, y me dijo que me agarrara en el centro, manifestándome que no temiese.

—Animo, pues, me decia Petit; V. verá que con un poco de buena voluntad llegará algun dia en que sepa V. algo; arriéguese V. ¿acaso no estoy yo aquí?

Animado por la confianza de mi truhan, me desnudé y cogí casi temblando la sólida rama, dando el bultito que hice con mis vestidos á un sandwiguiano, el cual, colocándose en la cabeza se echó al río. Todavía deliberaba, cuando Petit, que estaba tras de mí, me dió un violento empujon, me hizo zambullir, y riéndose me dijo:

—¡Sumergido! el primer paso es el que cuesta; mence V. ahora los brazos, el agua es endiabladaamente salada... lo mismo da; dé V. con el pie! ¡Oh! ¡cuán flojo es V.! se nada lo mismo que se anda, esto lo aprende uno por sí solo. Si pudiese V. mirar, veria V. cuán hermoso es esto; parecemos una bandada de marsoplas perseguidas por tiburones. Señor Arago; ¡píntenos V. porque será un magnífico cuadro!

Apenas oia las bufonadas de Petit, tanto era lo que temia que faltaran las tuerzas á mis atrevidos é inteligentes nadadores; mas para mas admirables prodigios están organizados tales hombres, y así es que antes de llegar á la orilla opuesta recobré algun valor, y me ayudó un poco para aliviarlos.

—¡Bravo! exclamó el buen marinero, que no me perdía de vista, progresa V. hasta el punto de parecerse á una rana, adquiere V. gusto, tanto mejor; ¡es tan bestial no saber nadar! equivale á no amar ni el vino ni el aguardiente; espero que esto le corregirá á V. de sus tres malditos defectos.

Llegamos á tierra, y confieso que me admiré, porque es horriblemente fatigoso el navegar de un modo tan incómodo. Ni la mas pequeña gota de agua tocó á mis efectos, ni mi mamotreto, y casi puede decirse que admiran los sandwiguianos, lo mismo que los carolinos, por su admirable habilidad en jugar con el furor de las olas del mar.

El pueblo de Pah-ah se compone de ocho cabañas en las cuales descansan de noche, de las cotidianas fatigas, doce hábiles buzos los cuales estienden sus immersiones casi á un cuarto de legua de anchura; sumérgense en una circunscripción que á lo mas tendrá una legua, unas treinta veces cada día á la profundidad de doce, quince ó veinte brazas, escudriñan las rocas madreporicas, suben con algunas ostras que no pueden abrir, y las envían en seguida al gobernador de Wahoo, quien las mira y manda las perlas á Ohwyée.

No es por lo regular muy superior la calidad de las perlas de Pah-ah; suelen estar ligeramente teñidas de azul; pero se encuentran algunas sumamente transparentes siendo seguro que el producto de aquella pesca podria ser muy considerable, si se trabajara con mas actividad y comodidad. Toda la colonia se reduce á algunos hermosos cocos, dos plantaciones bastante estensas de coles caribes, una gran hía de palmacristi y un campo de batatas.

Después de una frugal comida, en la cual se dió fin por mis camaradas, Petit y yo, á los restos ya muy menguados de nuestras provisiones; y después de haber pagado, con muchas larguezas, muy poco costosas, las atenciones de los buenos pescadores, ordené la vuelta. Pero aun no se habian estenuado las fuerzas de los sandwiguianos, se pusieron á bailar como si se hallase cubierto para ellos el sol, y como si acabasen de despertarse de un sueño tranquilo, siéndome imposible decirlos el placer que experimentaba al verles divertirse con juegos que me recordaban los de mi niñez. Tomé parte en ellos, pero ya me guardaba de imitar en un todo á mis camaradas, porque puestos en fila verticalmente al río, et que saltaba, después del último salto caía al río, y volvía con rapidez á ganar la orilla.

—Vea V. como ahora echá V. de menos este placer, me decía Petit; si algun día nos sucede una *catástrofe*, no estoy seguro de tener suficientes fuerzas para que nos salvemos los dos.

—¿Sabes tú bien, Petit, que lo que me dices es una gran muestra de amistad?

—Señor Arago, si llegara V. á dudar lo mas mínimo de la mia, le aplastaría como un bacalao.

—Dame tu mano.

—¡Oh! ¡mi mano! ¡mi cabeza! ¡mi corazón! todo es de V.; si V. me llegara á mandar en un momento de cólera el que me bebiera una botella de Burdeos ó un vaso de coñac, casi, casi, le juro á V. que me arriesgaría.

—Te conozco y no dudo de tu sinceridad.

—Es así como lo digo.

La piragua del establecimiento nos llevó á la otra orilla del río; y volvimos á Anourouon por un camino mas largo, pero tambien mas variado. Caminamos á lo largo de la playa, en la cual se ven dispersas muchas cabañas que sirven de morada, á imitación de los habitantes de Lahena, á algunas dichosas familias, y por la noche llegamos á las primeras casas de la capital.

Llamé junto á mí á todos mis compañeros, tan alegres y bondadosos; puse en el suelo tantos lotes ó porciones cuantos eran los individuos, y principiando por el jefe de la turba, le dije que escogiera. Quedó se con el montoncito que contenia los anzuelos, una pequeña sierra y una lima; el segundo escogió dos cuchillos y una navaja; el tercero una camisa rayada de marinero; y los demas tomaron el resto, segun su capricho, y cuando llegó la vez al sandwiguiano ladrón, cogió tímidamente su parte y la presentó al jefe, el cual la admitió sin vacilar. Yo les hice observar que aquello me sabia mal, pero sus camaradas me contestaron que sobre aquel punto era severo, y que no se podía obrar de otro modo. Sometime, pero con gran sentimiento; pero al dia siguiente encontré

en la playa al hombre apaleado, que me tendió la mano y me dió las gracias por mis generosidades. Le regalé un pañuelo, y saltó con una alegría análoga á la que manifestaron la víspera los buenos sandwiguianos que se habian ofrecido con tanto desinterés á acompañarme á la pesca de Pah-ah.

Sin embargo, para no perder nada de cuanto pudiese presentar algunos curiosos ó interesantes detalles, no quise ir á ver á Marini, quien me aguardaba, y me fui á la plaza pública, que sin cesar visitaban los felices naturales de aquel lugar de delicias. Aquellos gritos de gozo alegraban el alma; por todas partes se veían saltos, brincos y bailes sin convulsiones como los de Atoai, pero con sonrisas y caricias. En unas partes jugaban al arco, en otras á los bolos, en algunas al equilibrio; mientras que las mujeres, cuyo sueño acababa de disiparse, merced á la brisa que aumentaba las dimensiones de la ola, se dirigian alegres á los arrecifes del puerto.

Y sin embargo, vislumbrábase tambien en todas las fisonomías cierta espresion que hasta entonces no habia observado.

Mi picaresco marinero, al cual encontré junto á una cabaña, se encargó de descifrarme el enigma.

—¿Qué haces aquí con tan compungido rostro?

—Tomo descanso.

—¿Vienes de alguna incursión?

—No, acabo de batirme, ó por mejor decir acabo de ser batido....

—¿Y por qué?

—¿Lo sé yo acaso? Primero eran quince ó veinte que me rodeaban, y me estrechaban, pero sin hacerme ningun daño; yo di un bofetón al mas atrevido y al mas velero; y entonces el tunante, que por lo menos tendria unos seis pies, me ha zamarreado de un modo tan chusco, que en menos de cinco ó seis minutos he besado quince veces el suelo, y mi camisa, ya no es ahora camisa, ni pantalon, mi pantalon. Solo mi nariz ha ganado un poco, porque parece que tengo ahora cuatro; y me ha hecho el efecto de una batata de primera calidad. No se debería permitir que abofetearan de tal modo: verdaderamente es muy duro y causa dolor; pero, vaya, el martillo no debería caer sino sobre el yunque.

—Ven, muchacho, voy á que me cuenten el motivo de esta riña, y apuesto de antemano que has obrado mal.

—Yo jamas he obrado mal; ellos fueron los que me cercaron, y yo he asocado, y venga lo que viniere. Los que se hallaban mas inmediatos decian: bastante.

—Ya sabia yo que habias hecho de las tuyas; no importa, sígueme.

—Difícil es lo que V. me pide; porque no puedo menearme, y estoy molido y aplastado; y si no lloro es porque... es porque no tengo lágrimas, sino cuando me conmueven el corazón.

—Vamos, ya me siento á tu lado; pero cuéntame la pendencia con franqueza, y como verdadero marinero.

—Corto es. ¿Se acuerda V., señor Arago, de cierto sermon que prediqué en Guhan, á los imbéciles habitantes de Agagna, á quienes logré meterles algunas farsas de santos, de mártires, de vírgenes y demas apóstoles?

—Sí, ¿Y qué?

—¿No es cierto que estaba yo magnífico, y por lo menos veinte veces mas hermoso que el abate de Quélen, quien, digámoslo públicamente, es muy feo?

—Ya recuerdo.

—Yo tambien, porque aquello me valia algun líquido para embriagarme por dos ó mas meses. Pues bien, orgulloso con mi éxito, y con la gracia de mi palabra, he querido ensayar oportunamente aquí la

misma ceremonia; me he subido á una cabaña destruida, he predicado, he manifestado á este cobrizo pueblo las hermosas imágenes de la Madre de Dios, cuyo corazon se hallaba atravesado por siete ú ocho bicheros, como tambien rosarios benditos por su alteza imperial, monseñor el papa; como tambien un pliego de aleluyas que no figuraban demasiado mal á los doce apóstoles embriagándose en la mesa. Pues creerá V. que estos marsoplas no me han entendido, y que en vez de darme en cambio esteras y ava, me han derribado, he besado el suelo, y.... cátese usted todo lo que pasó.

—Ya estaba yo seguro de que foiste tú quien buscaste camorra á estas buenas gentes.

—Esto es, porque he querido convertirlas.

—Pero, muchacho, no entienden tu idioma.

—Son unos ruines, porque yo les hablaba en muy buen frances.

—Mejor hubiera sido que les hubieres hablado en mal sandwiguiano.

—Dígame V. cómo habia de hacerlo; porque es cosa de descoyuntarse las mandíbulas con solo intentar la pronunciacion, la sílaba mas corta: si Marchais hubiere navegado en *mis aguas*, les hubiéramos roto las suyas.... ¿Lo entiende V., señor Arago?

—Sí, sí, siempre serás un tunante y un pendenciero; pero ven, voy á reconciliarte con ellos.

—¿Quiere V. que arrie yo la bandera ante estas gabarras!

—Obedece y calla, y si no te conduzco á bordo...

Duro trabajo le costó al dolorido Petit el levantarse; atravesamos la plaza pública, y al vernos se apresuraron los naturales á rodearnos. Todos hablaban á la vez con multiplicados gestos; é indudablemente querian explicarme que les habia provocado, y á porfía me daban testimonios de afecto. El mas al'o, sobre todo, el *martillo* de Petit, se deshacia por sus muestras de celo y de agasajos.

—Véale V., me dijo mi marinero, vea V., señor, si es posible tener un puño con tanta fuerza, derribaría un mástil.

—Pero su fisonomía tiene una espresion muy dulce.

—Pues yo le aseguro á V. que sus manos no lo son.

—Vamos, dije á Petit, te da un nobie ejemplo; me pide permiso para frotar su nariz con la tuya; acepta, y te prometo media botella de vino al llegar á bordo.

—Señor Arago, esto por lo ménos vale dos botellas.



Reconciliacion de Petit con los de Sandwich.

—Te las daré.

—En este caso, que frote.

Verificóse la reconciliacion; y los excelentes sandwiguianos nos acompañaron bailando, de suerte que no me fue muy difícil convencerme de que la generosidad y el olvido de las injurias eran las virtudes que con mayor amor practican.

LV.

ISLAS SANDWICH.

Wahoo. — Marchais y Petit. — Comercio. — Pesca de Lahi. — Buena fé de los naturales. — Ojeada general. — Mas sobre Marini.

Muchos dias habia que Marchais se hallaba relegado á bordo, por no sé qué falta, pero hoy dia apostaría cualquier cosa que habia sido por haber aplastado á

uno ó dos de sus mejores camaradas. En una palabra, el atrevido marintero no habia salido del buque, y como en este iba muy escaso el líquido, como teníamos que hacer aun inmensas travesías antes de procurárnoslos, y como la pobreza, que le hace á uno egoísta lo mismo que la opulencia, obligaba á cada quisque á guardar su corta ración de vino y de aguardiente, seguía de todo esto que el intrépido Marchais no habia podido aun desde nuestra llegada, olvidar una sola vez en la orgía sus largas fatigas y sus penosos y diarios trabajos. Petit era el único marintero de la tripulación que cedía á veces su parte al que tanto amaba, y si Marchais lo aceptaba era porque sabia perfectamente que tarde ó temprano se hallaría en el caso de repartir á su generoso amigo algunos puñetazos, en pago de lo que este le adelantaba en bebida.

Pero ¡ah! eran tan mezquinas las raciones, y la lengua tapizada de lava de los dos bribones era tan poco sensible al sabor de aquellas gotas de vino, que mejor hubiera sido á veces no recordarles, con semejante aliciente, la amargura de su posición, y la miseria siempre creciente de vida marítima.

Aquello no podía durar por mucho tiempo si deseábamos conservar á nuestros dos tunantes. Marchais se ajaba visiblemente como flor sin roeño (es la vez primera que se le compara á una flor), y su hermano de infortunio inclinaba tambien la cabeza por simpatía.

¿Qué debía hacerse? ¡oh buen Dios! ¿en tan crítica situación? Lo que se habia hecho ya mas de cincuenta veces desde nuestra partida de Franeia; dirigirse al que jamas habia oido uno de sus suspiros sin responder á ellos con un apretamiento de manos, y otra cosa. De estos dos beneficios que á menudo solia hacer á mis excelentes *canallas*, el primero era sin duda el de mas precio, pero yo os aseguro que á pesar de esto tenia el segundo un valor inmenso.

Entreteníame cierta mañana en dibujar á Anaurou-ron desde la toldilla, y vi á Petit, el cual apoyado en el palo mayor, me hacia señas para que fuera adonde él estaba; y yo, cuyos re-ursos se agotaban, fingia no entenderle. Uno de nosotros habia de cansarse al fin de aquella escena, y como conoí que no sería él, determiné concluir con aquellos signos telegráficos y me acerqué al tunante.

—Veámos ¿qué quieres?

—Semejantes acciones son infames para V.; ahora ya no ve V. nada; por mas que nos muramos á bordo de hambre y de sed, á V. le parece que todos estamos llenos hasta los sesobenes.

—Pero, tunante ¿no te encontre ayer borracho en tierra?

—Yo, sí, es cierto, ¡pero él! ¡él!.... ¿Acaso debe uno emborracharse solito?

—Parece que no siempre esperas á tu camarada para entregarte á este placer.

—Tambien es cierto, y esto me eneoleriza contra



Petit y Marchais.

mí mismo. Tengo remordimientos, porque tengo conciencia; quiero castigarme y corregirme.

—¿No te emborracharás mas?

—¡Qué barbaridad! ¡ya no me emborracharé yo solo.

—¿Y solo para esta confianza me has hecho suspender mi trabajo?

—Sí, desde ahora puede V. tenerlo ya presente; le he advertido á V.; y esto debe bastarle.

—¡Perfectamente!

—Pero otra vez, eumpla V. mejor su deber, porque no todo pasará así.

—Ya me acordaré, bribon.

Ya le dejaba allí; pero me clavó en mi puesto un fuerte tornillo que me estrechó mi puño.

—Yo tengo que decirle á V. buenamente tambien algunas palabras.

—¿Esto era pues una conjuración, una conspiración?

—Es posible, porque ya que se dejó V. cojer, me oirá V. á mí.

—Habla.

—Allá voy. ¿Se acuerda V., señor Arago, de aquel día en que, amarrado en el castillo de proa, me administró Lévêque en las espaldas veinte y cinco cordelazos?

—Sí, porque habías aporreado á un amigo tuyo.

—No es cierto; porque eran dos.

—Después.

—¿Después? Saeudí á un tercero.

—Continúa.

—Oí aquel día que V. se aproximó á Lévêque y le dijo en voz baja: Pega con suavidad, y te daré una botella de ron.

—Es cierto.

—Pues bien, Lévêque que entendia la grandeza de la cosa, hizo lo que V. quiso, á despecho de Mr. Lamarche que se hallaba presente, y quien no es al fin

tan malo como so vanagloria, y al cual V. se llevó al otro extremo del buque para enseñarle un tiburón que no había.

—Pero esto hace tiempo que ya pasó...

—Todo esto jamas pasará, señor, y Petit y yo nos acordaremos de ello durante toda nuestra vida.

—Y mas allá de toda la vida, añadió Petit.

—Está bien, y os doy por ello mil gracias; ¿pero á qué viene esa hermosa historia?

—¿A qué? ahora va V. á verlo. Quien es una vez bueno, lo debe ser por largo tiempo, ha de serlo siempre; sin lo cual podría creerse que la bondad no era mas que una calentura.

—Me parece, tunantes, que á los dos os he probado ya.....

—Aguarde V. En las horas fatales importa probar lo que uno vale; y hace ya muchos cuartos de hora que dió la hora fatal. Mi cuerpo está seco, y arde mi pecho; la lámpara necesita aceite, la mecha quiere líquido....

—Esto me es imposible, absolutamente imposible, mi cofre está vacío.....

—Lo sé, dijo Petit suspirando.

—Y solo la vispera de mi partida recibiré algunas provisiones.

—Ya me habré arrojado entonces al agua.

—¿Y qué puedo hacer para impedir tan gran desgracia?

—Pedir á Mr. Lamarche que en resumidas cuentas le será mejor que me levante mi castigo y que me deje saltar en tierra con mi buen amigo Petit.

—¿Y qué hareis allí?

—El comercio.

—¿Y qué comercio?

—De todo.

—Pero si no teneis nada.

—Mayor razon. La miseria es madre de la industria; encontraremos.....

—Buscando pependencias y riñendo.

—A lé de gavieros, seremos prudentes.

—Vamos, lo arreglaré todo.

—Señor Arago, reciba V. nuestra bendicion.

Mi amigo Lamarche condescendió; en obsequio mio mitigó su habitual severidad; y cogidos del brazo saltaron en tierra Petit y Marchais en una piragua, prometiéndome de nuevo que no buscarian quimera con nadie.

A las dos horas bajé tambien á tierra para hacer una visita que habia prometido á Marinai, y el primer objeto que vi tendido en la playa, á la izquierda, fue á Marchais, junto al cual, se hallaba Petit, pacíficamente sentado, mascando su porcion de tabaco. Era el compañero fiel de Marco-Sexto llorando á su hija en su lecho mortuorio.

Me dirigí á él.

—¿Qué hay?

—¿Qué hay! nadie; aquí le tiene V. col, zanahoria, madera de repeso, tronco de árbol, y todo lo que V. quiera.

—¿Cómo se emborrachó?

—Hemos comerciado.

—Explícate.

—Es fácil. Nada teníamos, segun V. sabe; pero V. nos habia dicho que estas buenas gentes tenían excelente corazon y delicioso ava; yo conocia la mitad de estas dos cosas. ¿Y qué ideé? Dije dos palabras á Marchais, quien me entendió perfectamente; le até ambas manos á la espalda por medio de su cinto, y á golpes (que sin duda me devolverá mas adelante) le conduje aquí donde V. ve. El estendió convulsivamente las piernas, y derramó algunas lágrimas, y los pobres isleños se acercaron; nos rodearon con piedad, nos preguntaron si les necesitábamos; les dí á enten ter que Marchais tenia sed, que hacia ocho dias no le daban de beber á bordo, y que si eran genero-

sos, no le dejarían morir de esta suerte. Con esto lo-gramos ava..... y aquí tiene V. á Marchais.

—No lo ideaste mal. ¿Y tú?

—Yo, soy un héroe señor; mas ha podido la amistad que el vino. Si hubiese hecho lo mismo que mi amigo Dios sabe lo que hubiera pasado: y por eso he preferido ponerme en facha, y vigilarle.

—Vamos, siempre eres buen muchacho.

—Ya lo sé; pero tendré mi desquite, el cual no será tardío. Entre tanto, como el camarada está bastante cargado, si le pudiera llevar á la corbeta.....

—Tienes razon, acompañaale.

—¡Oh! no; tambien he de comerciar yo ahora en la plaza pública.

Hice meter á Marchais en una piragua, y lo confié á cuatro sandwiquianos á quien yo conocia. Petit se confundió con la multitud de jugadores que ocupaban la plaza, y yo me fui á casa de Marinai para apuntar las noticias que habia de recoger, y que con tanta benevolencia me habia prometido.

Si aun no os he hablado del comercio de las islas Sandwich proviene de que nada ó casi nada hacen aquellos habitantes para aprovecharse de las inmensas riquezas que podrian obtenerse de una tierra tan variada y tan fecunda. Bajo este punto de vista ofrece apenas recursos ni alimentos á los especuladores; pero Atoiaí, Mowhée y Wahoo podrian convertirse en pocos años, en hermosas y florecientes colonias. No lo ignoran los americanos, dichosos rivales de los ingleses en una gran parte del mundo, pues saben establecerse tan ventajosamente en todos aquellos puntos que presentan seguros beneficios. Solo la Francia casi nunca ha sabido aprovecharse de sus posesiones de ultramar, mirando sus colonias como una verdadera playa.

Cuatro americanos de Boston y de Filadelfia se de-tuvieron en una de sus esploraciones comerciales al seno del Océano en Wahoo, é hicieron algunas incursiones al interior de la isla.

Vieron en ella ricos bosques de madera de construcccion, de tinte, y sobre todo de sándalo, con la cual sabian que los japoneses y chinos fabricaban lindas baratijas, costándoles luego muy caros. Quedó luego resuelto definitivamente su plan, y á los diez años creció ya considerablemente su fortuna, á pesar del sinnúmero de dificultades que siempre presentan las primeras bases de un establecimiento que data de poco tiempo.

Tamamahah dejó quietos á los americanos, confundiéndolos encontrar mas adelante en ellos un apoyo contra la ambicion inglesa, que ya ambicionaba todo el archipiélago, y por su parte la Gran-Bretaña se calló, bien convencida de que de dueño cambiaron las factorías, en el momento oportuno, y de que las guineas reemplazarían á los dollars.

Observad que en aquellas ardientes luchas hemos desempeñado siempre el papel de observador, y que hemos fingido despreciar lo que conociamos seria difícil de impedir. Y no me digais que calumnio á mi país, porque os presentaré el mapa para hacer callar á vuestra incredulidad. Sin embargo no se ha hecho en Wahoo lo que se podia hacer. Aquellas tres pequeñas factorías americanas, que podrian ocuparse en el comercio, propiamente hablando no se ocupan mas que en el contrabando. No quiero decir por eso que sean menores los productos, solo si digo que son menos honrosos pero esto poco importa á los banqueros de Wahoo. Toda su industria consiste en lo siguiente: tienen, en uno de los puertos de la costa Oeste de América, uno ó dos correspondientes, quienes en la estación propicia, despachan buques, cargados de pieles compradas á poco precio; sus barcos dirigen su rumbo hácia el Japon, la China y Bengala; y hacen escala en Wahoo, antes de marcharse al Norte, dejando en las Sandwich, víveres,

vino, licores y algunas telas; y luego completando su cargamento con madera de sándalo, tocan en Yedo, en Canton, en Macao y en Calcuta; venden las ricas pieles, y, cargados de oro se marchan los buques á Mauricio, doblan el cabo de Buena-Esperanza, y vuelven á su país para principiar el mismo viaje por el cabo de Hornos.

¿Y qué les cuesta á los americanos la madera de sándalo? nada, es decir muy poca cosa. Uno de sus buques se halla de continuo en la rada de Pah. Completado el cargamento se descansa en las factorías; efectuada la esportacion van á visitar los americanos al gobernador, le ofrecen algunas docenas de botellas de vino y de aguardiente, le tiran en el suelo para cogerle cuando se despierte, y para procurarle de nuevo iguales recreos. Entre tanto, mandan á las montañas á los sandwiquianos quienes ignorando por qué tanto valor se da á cierta madera que de nada les sirve á ellos, desmontan los bosques; las mujeres robustas cargan en sus espaldas las devastaciones trimestrales, ó bien forman balsas que bajan á lo largo del rio; pero como Tamahamali habia impuesto un derecho sobre aquellos géneros, derecho que Riouriou conserva, y que es muy pesado de pagar, por lo cual tratan de librarse de él de grado ó por fuerza, y así es que en la noche que debe aproximarse el buque á la costa, dan un gran banquete á los segundos y terceros gefes de Anourouron, los embriagan, como lo hacen con el hijo segundo de Kraimoukou; les dan para las apuestas del día siguiente algunas brazas de mala tela azul, y el brick en estacion sumerge, un poco mas su quilla en las aguas para deslustrarse cuando los antiguos amigos irán á fondear á contrabordo. ¿No es verdad que es mezquino todo esto? Pues bien, estas miserias, estas pequeñeces y estas mezquindades proporcionan riquezas. Esto constituye lo que en nuestra estúpida Europa se llama opulencia y fidelidad.

Bien quisiera poderlos decir que los americanos de Wahoo comprenden el comercio como nuestros Lafitte, porque nos recibian con mucha distincion; pero el reconocimiento á las atenciones que se reciben tienen sus límites; y yo debo ademas decir siempre la verdad desnuda á mis lectores, puesto que así se lo he prometido; porque es un pacto de conciencia entre ellos y yo, y porque solo bajo esta condicion he convenido en viajar juntos. La buena fé es la mejor salvaguardia de todos.

He hablado ya de las perlas que se pescan en Pah-ah; pero ademas hay otra pesquería en la punta Liahí, menos importante que la arriba citada. Esta segunda pesquería podria dar, sin embargo, cuantiosos productos, si se la explotase con otros recursos y con mayor actividad. Los hombres que el gobierno de Tamahamali empleaba allí, eran culpables cuya condena consistia en mandarlos á dichos establecimientos por un número variable de dias, meses ó años; segun la gravedad de la falta, así tambien se les condena á sumergirse diez, doce, quince, veinte, treinta ó cuarenta veces cada dia, á la profundidad de determinadas brazas; obligándoles en cada excursion submarina á subir si no con una ó muchas ostras por lo menos con un guijarro, una yerba ó un fucos, testigos irrecusables de su visita al fondo de las aguas. Sin embargo, tambien se imponia el mas severo castigo al buzo que despues de tres pruebas consecutivas, no llegase á la superficie con una ostra por lo menos. Riouriou no piensa ya en Pah-ah, ni en Liehi.

Vosotros direis que en vista de la vida que llevan los extranjeros en medio de aquella poblacion siempre en pie y casi siempre jadeante, cada acto de placer ó de gozo será para ellos un asunto de comercio, supuesto que es tal el ardor para cojer al vuelo la ocasion favorable. Pero no creais por lo menos que esta aspe-

reza que aquí consigno produzca tales consecuencias que pueda ponerse en duda la buena fé de los comerciantes; no por cierto. Así en las recreaciones como en los negocios, se juega con las manos limpias; y el ladrón tendria por castigo la reprobacion general, de suerte que es allí sumamente exacto decir que cualquier beneficio es mas bien una recompensa que una felicidad. Parece que las Carolinas se reflejan en las Sandwich.

Enseñad un juego de manos á un habitante de Anourouron, y algunos momentos despues os ofrecerá algun objeto en cambio de vuestra complacencia; y si por generosidad rehusais admitirlo, dadle á entender que no lo haceis por desden, ni porque sea demasiado mezquino el regalo, porque os echaria en cara mil injurias y su cólera. Despues de nuestra penosa ascension al volcan, Gaudichaud y yo ofrecimos algunas fruslerías á aquellos naturales que nos habian subido, por decirlo así, en sus hombros. Todos rehusaron con dignidad, diciéndonos que el servicio no valia una recompensa, y que mas adelante serian quizas mas dignos de recibir algun dije. Habiéndonos tendido su mano uno de ellos, le dimos un cuchillito y dos anzuelos; pero habiéndolo visto sus camaradas obligaron al solicitante á que nos lo devolviera en seguida, negándole ademas el permiso de acompañarnos hasta el puerto. Por medio de estos pormenores se logra conocer bien la fisonomía moral de los hombres.

A los castigos públicos que las leyes ordenan no asiste concurrencia en Anourouron, y Marini me aseguró que á pesar de que tuviese lugar en el medio dia y en el centro de la plaza pública, el culpable sufría á veces su castigo sin un solo espectador para afrontarle ó animarle con su presencia.

Los bosques de madera de construccion que se encuentran en el interior de todo el archipiélago, son de superior calidad, y magníficos para la arboladura. Bien lo saben los americanos de Wahoo, lo mismo que los ingleses de Owhyee y de Atoiaí, puesto que subido precio cuesta á los buques reponerse en aquellos puntos de sus averías.

Hállase sumamente descuidado el comercio de la madera de tinte, pues los naturales no la emplean para los extravagantes dibujos de sus telas, y las camaras con que pretenden embellecer á sus innobles ídolos.

Ignoro si habrán emigrado á otros climas las avecillas cuyas rojas plumas servian de adorno á los gefes de Tamahamali, ó si la guerra que se les ha hecho habrá menguado su número ó aumentado sus instintos salvajes; pero el resultado es que no se ven vestigios tan magníficos como aquellos en todo el archipiélago, y que hoy, si los quieren los extranjeros, tienen que pagarlos á crecido precio. En otro tiempo las capas, las macanas, los abanicos, los cascos y las telas de palmacrísti eran verdaderos objetos de su comercio, por los cuales recibian los naturales pólvora, fusiles, cañones, sables y muchas fruslerías y curiosidades europeas; pero hoy dia se hallan ya los mares bastante bien provistos de estos curiosos adornos y armas, para que demos igual valor á su posesion. ¿Seria acaso nuestra indiferencia la causa del desaliento de los habitantes de aquel archipiélago?

Por lo demas, la verdad me fuerza á decirlos que hasta ahora es el pueblo sandwiquiano el menos á propósito para el comercio y para los negocios. Lo mismo que los carolinos, cuya memoria me persigue con tan felices recuerdos, son demasiado leales, y desinteresados, y quizas tambien de muy poca ambicion y muy cortos deseos que satisfacer. Las mujeres no dan ningun valor á nuestras telas, porque nada necesitan del exterior para su coquetería. A sus pies y en sus manos tienen cuantos objetos pueden lisonjear su vanidad, cuales son flores, frutos, huesos y verdor; y si no se consideran bastante bellas de esta suer-

te, cubren su cuerpo con extravagantes y caprichosos dibujos que no dejan de producir á veces cierto encanto.

Desconócese allí la palabra *superfluo*, porque se ignora la palabra *pobreza*.

¿Qué juicio formaremos pues del aspecto general de este archipiélago? ¿Cómo será posible formular una opinion exacta acerca de aquellos hombres que tanto se diferencian en lo físico como en lo moral? ¿Se ve en todo esto un porvenir de grandeza y de prosperidad, ó se levantarán á la vez todos los brazos para luchar contra una civilización usurpadora y para rechazarla mas allá de los mares? Por ahora carecemos de datos que puedan servirnos de norma para la solución de tan graves cuestiones; faltannos noticias que nos indiquen el camino que debe seguirse para dar á aquellos buenos naturales ideas de progreso, las cuales exigen estudios y un trabajo siempre pesado para aquel que se halla acostumbrado al hábito no menos incómodo de la ociosidad y de la pereza.

¿Y luego, qué dareis, por ejemplo, á los felices habitantes de Lahena en cambio de su fresca naturaleza, de sus tan serenos días, y de sus tan suaves noches? ¿No preferirán acaso vuestro abandono y vuestro olvido, á vuestra visita y vuestros funestos regalos? ¡Oh! no los despertéis! Dejadlos en un sueño tranquilo y puro, y permitid que el viajero encuentre, como yo, bajo las dulces sombras de los cocos y de los palmaristas á aquellos hombres tan bondadosos, y á aquellas mujeres tan generosas, á las cuales he tan bien estudiado y comprendido. ¿Aceptarán también nuestra civilización quisquillosa aquellos alegres indígenas de Anourouron, á quienes dió sin duda el cielo tanta fuerza y vida para que pudiesen bajar algun día á la tumba sin haber tomado nada de los extranjeros que van á visitarlos? Pero si llegasen á perder sus juegos, sus bailes, sus luchas con las olas, y su actividad de cada hora, morirían; y la muerte es para ellos el sueño, sueño que ellos no quieren porque es su mas mortal enemigo!

Saludamos á Atoai sin visitarla; y este es uno de los sentimientos que devoro junto con otros muchos. De allí fueron con efecto á las Marianas los individuos que encontramos en Guham, aquellos hombres de aspecto tan feroz y de tan suaves costumbres; aquellas mujeres de paso guerrero, de chillona voz, y bastante frenéticas en sus placeres. Forman pues un pueblo aparte, un pueblo opuesto al de Mowhée y al de Wahoo, pero mas próximo de Owhee, por mas que haya muchas leguas de por medio. ¿Cuántas extravagancias y cuántos contrastes en el mundo que se rien de la lógica, y que dan un solemne mentís á todas las probabilidades! En un país como el de que os hablo, basta un hombre para cambiar á todos los hombres, basta la palabra de un solo gefe para que se muevan y agiten todas las masas. ¿Cuando la voluntad constituye la ley, dónde está la regla? ¿Cuando el capricho tan inconstante en todas las almas, precipita los acontecimientos, qué fundamentos podrán tener las conjeturas? Tamahamahi se escudaba detras de una muralla de hombres fuertes y de valerosos guerreros; pero Riouriou no cuenta ni un amigo siquiera. ¿Cambié el clima? ¿Menguó el valor? ¿Enerváronse los brazos? No; un gefe reemplazó á otro gefe; un rey cobarde sucede á un rey belicoso; y aquí teneis la causa de tamaña mudanza.

¿Habré resuelto el problema que me ocupa? ¡Oh! si mientras en Europa se ocupan de tantas y de tan grandes festividades, conmoviera una generosa ambición el corazón de nuestros reyes, de nuestros emperadores y de nuestros autócratas, y quisieran, para satisfacer una necesidad de humanidad, dar en fin un golpe fatal, no á los pacíficos habitantes de algunos archipiélagos en los cuales se imponen sin grandes resultados nuestro culto ó nuestros usos,

sino á los feroces antropófagos de ciertas regiones, é imponerles el culto del órden y de la paz; si en primer lugar por medio de la palabra, y luego por medio del hierro y del bronce, se llevase la muerte y la devastación á ciertas regiones en las cuales son asesinados y devorados los extranjeros sin defensa, no tendríamos que deplorar tanta destrucción, y tocarían nuestros buques sin temor en las islas Fitgi, en las de los Amigos, en las tierras de los Papus, y en algunos islotes malayos, en la Nueva-Zelandia y sobre todo en Ombay, que no seria ya por mas tiempo un lugar de espanto y una funebre escala en la cual la traición y la muerte son el premio de la confianza y de la buena fé.

¡Ay! es tan débil mi voz que nadie se aproximará para oirla, y los buques se verán todavía por largo tiempo espuestos á las mas horribles matanzas de nuestros mas valientes oficiales y de nuestros mas intrépidos marineros.

En la actualidad hay allí una lucha entre los americanos de Wahoo y los ingleses de Atoai y de Owhee; es una querrela particular y mezquina cuyos contrincantes esperan que se convierta en una guerra seria y general. Fácil es de prever ¡oh Dios mio! lo que sucederá, cuando un establecimiento, formado en una de las islas del archipiélago, ofrecerá á la avaricia, á la codicia ó á la industria un ramo productor, ó una riqueza nacional para el porvenir; saldrán de Plymouth ó del Támesis dos ó tres navíos; atravesarán ola tras ola el Atlántico; doblarán el cabo de Hornos, como si su objeto fuera un tranquilo paseo; y luego remontando al Oreste, irán á las Sandwich, anclarán, abrirán sus portas ó troneras, izarán sus pabellones adornados con el leopardo, y el comodoro dirá: Este es mio, porque soy el mas fuerte.

Así lo han hecho para la adquisición de una gran parte de los establecimientos de las dos Indias; así lo hicieron con nuestra bella y triste isla de Francia; y así lo harán tantas veces cuantas se lo conceda nuestra debilidad.

En verdad es bien doloroso, para el hombre que lleva en su corazón el amor de su país, pasar casi desconocido ante los archipiélagos oceánicos, cuando en Europa por tanto tiempo en vano se nos ha disputado el primer papel, mas hermoso y mas glorioso. ¡Tal es el luto que al alma desgarrar, cuando llegais á una tierra semi-civilizada, en una region casi salvaje, y pronunciando en alta é inteligible voz la palabra *frances*, resuena sin eco!

Conócense allí las palabras *ingles*, *americano*, *holandes* y *ruso*; pero ignóranse las dos nobles sílabas *frances*.

El verdadero sol en el mundo, es el que proyecta sus rayos sobre toda la superficie de la tierra. Nadie es grande y fuerte, si solo lo es en su casa; la voz mas alta es la que mas lejos llega, y apenas se cree en la gloria que en su cuna muere.

Lo repito, pues, temeroso de que no se halle conocido el valor que yo doy á mis palabras; aquel grupo de islas tan bien situadas para servir de escala á los buques que vienen del cabo de Hornos ó de la costa Oeste de América, para ir á la China ó á las Indias Orientales, sirven ahora de descanso útil para la adquisición de ciertos acopios; pero luego que la industria levante la voz, se convertirá quizas en una de las mas ricas y poderosas colonias del mundo.

Nos hemos alejado de Owhee como de un imponente espectáculo, majestuoso y terrible á la vez; espectáculo que si no se goza, en cuanto se conoce toda su grandeza, produce la mas funesta desesperación. Hemos saludado á Mowhée á la manera que se abandona á un amigo dichoso, elevando al cielo fervientes votos para que la cólera de las olas y de los hombres no vaya á apagar tanto alborozo y tanta

ilidad; luego nos despedimos de Wahoo con el corazón comprimido, el alma contristada y dolorido el cuadro de aquella población que comprende de placer, pero en medio de la cual la especulación americana ha ido á correr ya un velo sombrío al presente, y terrible quizás para el porvenir. El último en marcharme; y abandoné á Anou-n, entregando á los isleños casi todas mis frustraciones, y derramando muchísimo agradecimiento en razones. No había en aquella capital veinte individuos que no hubieren aprendido á pronunciar mi nombre.

Embarcarme en la piragua que debía conducir al bordo, estrechó una mano vigorosa la mía.

¡Adios, señor Arago, adios!
Adios, Marini; pero hablemos frances para que crea V. que abandono al mismo tiempo un amigo á su patria.

—¿Es V. pues verdaderamente mi amigo?

—¿No se lo he dicho ya á V.?

—Creí que solo la piedad...

—Mas de una vez me aseguré V. que en mis con-
ciencias había V. encontrado algún consuelo.

—Es verdad.

—La piedad hierre, pero no consuela.

—¿Hablará V. de mí despues de su partida?

—De seguro.

—¿Qué dirá V.?

—Diré que he visto en Wahoo un español, natural de Mataró, oficial de la temible facción de Pujol, uno de los hombres mas valientes, mas severos y mas leales de Cataluña, y que tantos actos de valor me legado á la posteridad. Diré que aquel hombre, perseguido desde su infancia por la fatalidad, se vio perdido, joven aun, en medio de un emjambre de indios, cuya diaria ocupacion consistia en la violación, en el pillaje y en el asesinato. Pero añadiré que aquel Francisco Marini, establecido en Wahoo, que una de las islas Sandwich, me juró un día en un lugar desierto, invocando al cielo, que era nuestro unico testigo, que jamas sus manos se mancharon con sangre inocente.

—¿Añadirá V. esto señor!

—Se lo prometo á V.

—Pues bien, dirá V. la verdad. Adios señor Arago, adiense V. en mí, si algun tiempo vuelve V. á entrar en un imponente Canigou.

—Adios, señor Marini. Pensaré en V. mucho y por mucho tiempo.

Sentóse el español en la playa, y no abandonó su puesto hasta que la noche nos hubo separado para siempre.

¡Pobre expatriado! ¡Cual será el morai que guardes tus cenizas! ¡Cual será la asquerosa estatua que pese sobre tu polvo.

LVI.

EN ALTA MAR.

Tristeza.—Isla Pilstard.—Isla Rosa.

La plaga mas mortal y mas corrosiva que sin duda gravita sobre la pobre humanidad, es la tristeza tan horrible y tan punzante para el que se deja avasallar.

Cuando este sentimiento (porque lo es) se posesiona de vuestra alma, es el clavo enrojecido que penetra y desgarras las carnes, es la aguda uña que escarba; y si, siquiera para intentar un remedio, lanzas una queja, esta sin eco queda. ¡Ay! no serán los gemidos los que os devuelvan la vida tranquila y pacífica; muy al contrario, porque solo servirán para acrecentar el mal. Lo que mas mata en las conmociones no es el aullido del tigre, ni el estallido del trueno, ni el mugido de la espumosa ola, ni la terrible voz de la catarata; mata sí, la garra que abre la herida,

el rayo que se calla en el espacio, la boca de la ola que absorbe y traga, y el remolino que ahoga el último suspiro; y mata sí, el silencio; y la tristeza es siempre silenciosa. ¡Ay! es tanto mas terrible este mal cuanto que lleva en sí un desaliento que estenúa el vigor sin probarle, que enerva y hiela á la vez, y solo os deja fuerzas viriles para sufrir.

La cólera puede ser un placer, la venganza un alborozo, y todas las pasiones de los hombres serán un consuelo; pero la tristeza es siempre un dolor; os abandona á los mas horribles tormentos, y os priva de todos los mas dulces consuelos de los nobles corazones; encuentra á la infancia sin gracia, á la belleza sin prestigio, á las aguas sin claridad, á las flores sin perfume, al cielo sin magestad y á la ternura maternal sin magia. La naturaleza entera no posee colores sino para la tristeza; y no tiene mas que una sola y monótona música ante la cual os arrastrais, débil y dolorido, cual si os acabáseis de libraros del influjo de una atroz pesadilla. Ya sé que la tristeza existe en sí, y que por consiguiente se abre paso al traves de todos los poros, y que se difunde por todo cuanto os rodea; pero desflora las superficies sin penetrarlas, y sois tanto mas desgraciado, cuanto que en esta fatal crisis no se os ofrece ningun consuelo, ni inspirais ninguna piedad: «Es un loco, es un maniático, dicen por todas partes; la enfermedad desaparecerá como apareció.» También desaparece la calentura, pero entre tanto os abrasa y os atormenta. Compadécese al que la sufre, compadeced, pues, tambien al que se ve avasallado por la tristeza.

Bien veo que escribo estas líneas en el momento en que mi alma debería dar albergue á la esperanza, la cual es una alegría; porque el viento sopla regularmente, hermosa está la mar, he andado ya las tres cuartas partes de mi larga escursión, me he librado de mil peligros, y todo me anuncia al parecer un próximo retorno. Pues bien, lo que para los hombres que me rodean es una esperanza y casi una certeza, es para mí solo un presagio funesto, una catástrofe.

Ayer era el mas alegre de todos nosotros; ayer vivia tanto en el porvenir como en el pasado; ayer daba al viento mis cantinelas, y me envidiaba el indolente marinero; pero hoy, vedme sombrío, taciturno y casi malvado, porque la tristeza, que se apoderó de mí sin yo quererlo, me agarró fuertemente por el cuello. Incompatibles son la tristeza y la verdadera bondad; como nadie la compadece, tampoco á nadie compadece, y el hombre bueno es el hombre caritativo.

Acabo de abandonar un país en el cual se desconoce esta enfermedad del alma. Encuéntrase en Wahoo la alegría en los juegos, en las mas frívolas ocupaciones, en las disputas, y quizas tambien en el sueño. ¡Oh! sentíame dichoso, y lleno de fuerza y de vida en el seno de aquella población de personas que han llegado á convencerse de que la alegría es un don que jamas debemos dejar escapar. Acuérdomos de todos los incidentes de mis paseos, de mis correrías y de mis escursiones; allí veo á Anourourou y á Lahena como á dos hermanas queridas, como á dos consoladores recuerdos, como á dos puertos tranquilos después de las tempestades, de la edad y de las pasiones... Y sin embargo, Lahena y Anourourou me fatigan y me importunan; cánsame tambien el pensar en sus frescos paseos, en sus pacíficas cabañas, y en sus tan hospitalarios habitantes. No comprendo cómo pudieron agradarme aquellas dos fecundas, ricas y afortunadas tierras, y me irrito contra mi pasada dicha, como si algo hubiese perdido con ser dichoso. ¿Por qué me he vuelto malo? ¿Por qué se halla mi alma ajada sin causa? No, estoy triste, y quien me sonrie me ultraja. ¡Oh! si vosotros estuviésteis tristes como yo, os juro que no lo estaria yo tanto. Sí, he completado los tres cuartos de mis penas

escursiones al traves de todos los paises; héme paseado por áridos terrenos, por lozanos céspedes y por ardientes conos; he estudiado y descrito costumbres salvajes y naturalezas bienhechoras; he luchado contra mil privaciones y contra mil peligros que sin cesar se renovaban; he visto desaparecer para siempre en las aguas á algunos de mis mas íntimos compañeros de viaje, y un gran número de mis mas valientes y mas queridos marineros; y ahora toco casi con el pie á esta Europa á la cual creí darla un eterno despido; ya llevo, pues ya no he de salvar mas que de seis á ocho mil leguas, y la tristeza se ha infiltrado en mis venas, y la tristeza, roedora como un desafecto, me ha cogido, para no abandonarme sino cuando Dios quiera, porque Dios es potente para combatir y vencer á este poderoso rival, contra quien se estrellarán siempre en vano los mas heroicos esfuerzos de los hombres.

¡Ah! proviene esto de que cuanto mas se aproxima uno al deseado término, tanto mas se teme no poder llegar á él; de que se cobran bríos ante los obstáculos; de que la energía nace en vista de las dificultades, y de que una vez vencida toda difícil carrera, teme uno verse detenido por el guijarro del camino ó por el riachuelo que le atraviesa. Raras veces se engendra la tristeza en el peligro; solo si visita al hombre adormecido y perezoso.....

Y luego también habeis dejado allá lejos, en el día de vuestra partida, una patria, amigos desinteresados, hermanos llenos de ternura, una madre que es todo amor..... ¿Quién os asegura ¡ay! que encontrareis á vuestra vuelta, á esta patria, á estos amigos, á estos hermanos y á esta madre? ¿Quién se compromete á deciros que la distancia no habrá disminuido su afecto, y que otros afectos no habrán reemplazado al que guardais siempre en vuestro seno? ¿Quién os dirá que el infortunio no se ha cebado en lo que habeis amado, en lo que aun amais?

¿Y quién irá á deciros que ya cesaron las convulsiones de un pais que dejasteis fuerte y poderoso, que no se han marchitado las antiguas glorias, que el trono las ha protegido, y que los odios no las han manchado con su impuro aliento?

Basta un solo pensamiento de los que he citado para imprimir en vuestra frente la tristeza y el desaliento; uno solo de estos sombríos pensamientos puede desdorar los risueños cuadros en medio de los cuales os habeis lanzado mas de una vez. ¿Y qué sucederá cuando todos, á la manera de fantasmas, vayan á la vez á cebarse en vuestro aterrorizado espíritu, en donde no encontrarán fuerza para combatirlos y dominarlos?

Ya os lo he dicho, mortal es la tristeza.

Y sin embargo, riese á mi alrededor; el buque resbala por las tersas aguas, atrevidamente impelido por una constante y regular brisa; ya no hay enfermos en las alegres baterías; y solo se oyen alegres cantos en el puente..... Pues bien, todo esto reunido redobla la tristeza que me devora.

Si hubiese en algun punto enemigos que combatir, agudas rocas que evitar, un pueblo que estudiar ó investigaciones que hacer, ¡oh! entonces quizas, obligado por el sentimiento del deber ó por la violencia de los sucesos y de las cosas, lucharía con ventaja contra el íntimo mal que me corroe. Pero nada, nada mas que la monotonía de una navegacion sin cólera, sin incidentes, sin peripecias, y sin trágico desenlace. ¡Oh Dios! ¿Cuán pesada es la dicha! ¡Silencio! ¡Tierra! ¡tierra tenemos á la vista! Todos están allí con el codo apoyado en el filarete, con la vista en el horizonte, luchando en ardor para ver quién saludará á la roca, llanura ó monte, cuyo aislado pie azota de continuo el horizonte. ¿Es acaso una isla recién formada por los fuegos submarinos? ¿Es una tierra poblada por feroces habitantes? ¿Es un suelo generoso en el

cual ejercen los naturales los piadosos deberes de la hospitalidad? ¡Eh! ¡qué me importa! apacible de mi alma la tristeza; lo que ocupa, lo que interesa á los demas, no me impresiona de ninguna manera alguna, y nunca me fijo en el horizonte angosto..... ¡No os he dicho ya que Dios es el único dominador de la tristura!

¡Tierra! grita el vijia; cada cual ocupa su puesto, yo me pongo en el mio, porque tambien he de cumplir un deber, que ahora me pesa, cuando con ardor me dedicaba ayer á él; ya no es un recreo, ya no es un placer, es una pesada carga que me agobia. Ca hubiera preferido que me hubiesen dejado en estado de entorpecimiento, y casi de aniquilamiento.

Lo que se hace á disgusto, por lo regular sale bien. En todos los juegos, en todos los trabajos, y en las fiestas, preciso que tomen parte el espíritu y el corazon, porque de ellos viene el impulso. Si reprimiera el gozo al esterior, proviene de que el alma no puede ya contenerle, y solo ¡ay! para la tristeza hay suficiente espacio. En todos los puntos de nuestros mismos encuentra alojamiento. Cuanto mas es su cantidad, tanto menos debemos temer que escape, porque á la manera del cuerpo del desdichado puesto á tormento en un estrecho calabozo, los esfuerzos sacuden las paredes de su prision sin entrar en ellas.

Sin embargo, debo tambien someterme á la trágica pauta, y como esclavo me inclino bajo el látigo de la vara de hierro, y emprendo mi tarea.

Levántase allá á lo lejos sobre las aguas un pequeño punto imperceptible en un principio, y que se eleva verticalmente á la manera del mástil de un buque; á sus lados aparece una segunda pirámide, luego una tercera casi de igual altura.... Quizas será una escudra que cruza en el seno del vasto Océano. No, es seguro una inmensa flota, porque aparecen nuevos mástiles en la superficie, y se colocan en círculo alrededor de una imponente masa á la manera de veinte navíos puestos en torno del buque almirante, cuyas órdenes esperan.

Fresca sopla la brisa; nos aproximamos á nuestros amigos; sabremos indudablemente noticias de nuestra patria, de la cual hace tanto tiempo estamos ausentes; y ya se aminora en mí el sentimiento que rompe mis miembros. Pero de corta duracion es la ilusion, fugitivo es el gozo; no así cual recobra la tristeza su enérgico poderío, abandona su presa e huye.

No son buques, son agudas rocas allí lanzadas por la mano de Dios en un acceso de poético humor. Figúraos un gigantesco circo formado por colosales agujas, talladas del modo como lo haria un escultor que levantara un obelisco sobre un monolito, en pie todas, cual soldados en su puesto de honor, prontos á defender su bandera. Hay en el centro una masa compacta, y mas allá una aguda punta, pero ondulosa y que forma la exacta silueta de una cama con su elevada cabecera, su redondeada almohada, sus pies que bajan por una suave pendiente, y sus ribeteados y perpendiculares flancos. Allí no solo se mira sino que se admira. Nos acercamos mas y pudimos estudiar todos los mas mínimos detalles de aquel admirable capricho de la naturaleza.

La isla se llama Pilstard; y ya os he dicho que se asemeja á una gran cuna. Los puntiagudos campanarios son pirámides de rocas, cuya negruzca base se halla sin cesar batida por las olas, y cuya cima, eterno refugio de millares de aves, conserva cierto tinte blanco que de lejos completa la ilusion, figurando admirablemente el juego de las altas velas de un buque. Cada una de dichas rocas tiene mas de trescientos pies de elevacion, y muchas cuentan doble altura, hallándose protegida toda la isla por aquella escuadra granítica que obliga á los viajeros se mantengan dis-

tantes, porque los buques siempre temen ir á chocar contra sus aristas muy salientes, cuyas asperezas no ha podido gastar la cólera de las tempestades.

Estamos ya cerca. Ahora nos ocupa la cuna. Los pocos viajeros que han visitado á Pilstard, dicen que la isla es inhabitada é inhabitable, porque no hay ni puede haber en ella manantial alguno de agua dulce ó potable. Sin embargo, me parece que veo allí una gran fila de cocos en el pie de la montaña, también veo un verdor bastante lozano y bastante abundante para que pueda convencerme de que su alimento es el agua del cielo, tan escasa en aquellas regiones intertropicales. Allá mas arriba, en los flancos me parece que distingo surcos, pero tan regulares que solo la mano del hombre puede trazarlos. ¿Quién sabe? quizás han mentido los viajeros. ¿Quién sabe? quizás posteriormente han atravesado la costra del suelo riachuelos y manantiales cuyo estudio seria muy curioso.

Pero el buque anda, y el sol, que baja al horizonte, pronto va á borrar ante nosotros este soberbio panorama, del cual no pueden apartarse mis miradas..... ¡Silencio! ¡silencio! porque á veces para ver una cosa bien es preciso escuchar. ¡Silencio! ved allá á lo lejos, detras de uno de los campanarios, una canoa que se mueve, que anda..... No, es un sueño..... si, es una realidad..... todas las vistas le han percibido, y todas las bocas le proclaman; hay un barquiehuelo á gran distancia, la duda es imposible; viede allí que dirige su rumbo hácia nosotros y mueven con fuerza los remos; tripúlante tres hombres; solo dos reman con ardor y el tercero en pie nos indica con señas los esperemos; agita en el aire un pedazo de tela blanca... y la corbeta sigue su ruta... ¡Oh Dios mio! ¡si pudiese saltar en tierra! Lo pido al comandante y me niega el permiso; sabe mejor que yo los peligros que puede haber, y su responsabilidad es mayor que la mia. ¡Eh! ¡qué importa el peligro! ¡qué importa un peligro que sea muy amenazador! Hay allí una isla que dicen es inhabitable; sale de ella una canoa tripulada por tres hombres que se dirijen hácia nosotros, que nos hacen señales, las cuales son de seguro de amistad. ¡Oh! vamos á tender un amano á amigos socorramos á aquellos desgraciados. ¿Quién sabe si son náufragos que esperaban un buque salvador? ¿Quién sabe cuántas horas, cuantos dias, meses ó años hace que se hallan allí entregados quizás á las angustias del hambre y de la sed? ¿Quién sabe cuánto tiempo todavía esperarán la ocasion tan feliz y tan inesperada, de la cual intentan aprovecharse? ¿Quién nos asegura que no son los tristes y únicos restos que se han escapado de una horrible catástrofe? ¡Oh! ¡cuánto daría yo para verles de cerca, para cirlles, para estrecharles la mano y para arrancarlos de aquel rincon de la tierra tan distante de los continentes y tan tristemente abandonado lejos de cualquier archipiélago.

Pero os lo repito, no mando en la corbeta, nuestro capitán sabe su deber, y el buque siempre adelante.

Por fin nos pusimos en facha, lejos, muy lejos de la poética misteriosa y deseada Pilstard; oculto está el sol por el manto de la noche; la piragua ó canoa no se atrevió en las tinieblas seguir su aventurera ruta; se ha refugiado de nuevo á su isla; la perdemos de vista; desaparecen poco á poco los agudos campanarios bajo el velo que les cubre, todo se borra detras de nosotros; por delante trazado y abierto el camino tenemos; orientamos de nuevo y volvimos á saludar á Pilstard la inhabitable, de la cual habian salido también tres hombres, tres infortunados, sin duda, que nos pedian apoyo y proteccion. ¡Dios les proteja!

Aquella fiebre lenta que me consumia y mataba en mí hasta la esperanza, cedió, en fin, á una voluntad superior á las humanas voluntades, y recobré mi ha-

bitual alegría. Segun mi entender, el único remedio verdaderamente eficaz para la íntima y profunda tristeza del alma es la tristeza de todo cuanto nos rodea. Si se come al lado de un afamado, se dobla su hambre, si serie junto al dolor se aumentan sus punzadas, se insulta al tormento el cual ultraja y abrasa.

Ya no me encontraron tan indolente ni tan remiso en mis cotidianos trabajos; embellecióse mi porvenir con mis hermosos dias pasados; ya tendia la mano á mis amigos de Europa, á los cuales no esperaba ya volver á ver, y soñaba dicha y gloria.

Hallábame en el primer paso de aquella milagrosa curacion, en la cual jugaba, sin duda la nostalgia el mas corrosivo dolor, cuando oí dar suavemente algunos golpecitos en las sonoras paredes de mi gabinete.

—¿Es V., señor doctor, quien llama?

—Si.

—Entre V., que no duermo.

—Mejor, aquí me tiene V.

—¿Cómo! ¡eres tú, mi buen marinero!

—Si, yo soy, con cien mil legiones de diablos, y vengo á decirle á V. que le desprecio.

—Siéntate, muchacho.

—No, estoy mejor en pie; porque quiero gesticular con libertad, y ademas de que podria destrozarse este cofre, en el cual hay vino, ron y aguardiente... ¿No es verdad que todavia hay aguardiente?... Si le llegase á estropear, seria una desdicha de la cual no me consolara.

—Pues bien, quédate en pie, y dime por qué me desprecias.

—Porque es V. un ave mojada, y porque carece V. de energia; de energia, sí, que ha de saber V. que es un cabestante que da fuerza por fuerza y que es un arma que no conviene dejar caer en el suelo; por que de lo contrario puede V. contarse perdido.

—¿Por lo tanto has conocido que el marasmo se apoderó de mi corazon?

—Yo no sé si será este señor Marasmo tan tunante, ó bien alguno de sus primos; pero en cuanto á la realidad puedo decir que está V. flaco como una media ración, amarillo como un chino, y triste como una batería en la cual fijó su asiento la disenteria. Nos tenia esto tan sumamente irritados, que lo pagó su eriado Hugues, recibiendo también una parte de la paliza su hermano que intentó ayudarle.

—¡Cuán tufo eres!

—¡Oh! no lo niego; demasiado le quiero á V. para disputar sobre el particular; mas por lo que toca á su *esplin*, como dicen ellos, es preciso que este no se vuelva á presentar, si no quiere V. que le echemos al mar.

—¡Cuánta amistad!

—¡Es la verdadera, es la sólida! Por lo demas note V. que ya no juro.

—Pero pronuncias ciertas palabras que superan á los juramentos.

—¡Oh! caracoles, los males no se curan tan pronto. Las B... y las F... pertenecen á la lengua francesa y sobre todo á la del marinero.

—Te doy las gracias por tus esfuerzos.

—¡Bravo! pero no se trata de esto; venia, en nombre de mis camaradas, para mandarle á V. que nos visite de cuando en cuando en nuestro castillo de proa, para que oiga V. nuestros cuentos, las aventuras de Marchais, las de Chaumont, y luego también las mias. Su tristeza, señor Arago, se nos ha propagado algun tantico á nosotros, y supuesto que ya no nos faltan mas que quince ó diez y ocho mil leguas de viaje, es preciso reir mucho.

—Darás las gracias á tus camaradas.

—Estaban tan tristes de verle las megillas hundi-das, los ojos amortiguados, y febril la palabra, que yo mismo hace mas de quince dias no he tenido valor

para venir á pedirle media botella siquiera, lo cual ya ve V. que es bien poca cosa.

—Has cumplido tu deber.

—No por cierto, señor; mi deber hubiera sido pedirle á V. una entera.

—Pero amigo mío, se vacía mi bodega.

—Yo no sé; pero cuanto mas amigos pierde uno, tanto mas se une con los que le quedan. Por eso, señor Arago, he venido á consolarle y á regañarle á la vez; haga V. otro tanto; llámeme V. borracho, pero déme V. con qué embriagarme.

—Ya sabes cómo se abre el cofre; á ver si puedes.

—No es tan difícil como V. cree. ¿Una sola, no es verdad?

—Sí.

—¿Dos? Concedido.

—He dicho una.

—¡Oh! Dijo V. dos. Tome V.; me voy á ver á Vial, quien probablemente nos habrá oído. Gracias. ¡Cuánta dicha es navegar con marineros de la especie de V.!

—¡Y yo estoy cansado de navegar contigo!

—Vaya, esto lo dice V. con motivo de los días de tristeza que acaba V. de pasar; pero desde ahora le anuncio á V. que si sucede esto segunda vez, si le vemos á V. en el puente ó en la toldilla, con la cabeza baja, la cara pálida y los labios indicando mal humor, á fé de gaviero, y á fé de Petit, que no vuelvo á pedirle á V. ni una gota de vino desde hoy hasta el fin de la expedición... ¡V. lo verá!

Pocos momentos despues subí á cubierta, y vi á cuatro de los mejores tunos de la tripulación que conversaban con mis dos botellas de vino, al aspecto de cuyo cuadro me sonreí.

¿Sería acaso la beneficencia el mas eficaz remedio de la tristeza del alma?

Pero la corbeta seguía su rumbo, y segun todas las probabilidades, en Otaíiti haríamos nuestra primera escala. Con efecto, nos dirijíamos á las islas de la Sociedad, y saludábamos ya con la mano aquella *Punta de Venus*, que tan alegremente visitó Bougainville—¡Vamos allí, pues! será aun el término de nuestro viaje, pero el camino recorrido nos da fuerzas para el porvenir.—¡Tierra! ¡tierra! grita el vigía.

Consultamos la carta; muda se queda; y ante nosotros no hay tierra. Vedla, sin embargo allí, ya asoma, ya se delinea ahora; hacemos un descubrimiento (1). ¡Oh! ¡si fuese una isla como Borneo, como Sumatra, siquiera como Timor! ¡si fuese un nuevo archipiélago, ó una colonia á la manera de los ensueños del siglo xv! ¡Si fuese un continente que brotó de nuevo del fondo de los abismos! ¡Vedla! Con toda magestad se despliega la tierra descubierta; y tiene, ni mas ni menos, un cuarto de legua de diámetro.

Y por eso mismo dábamos tanta importancia á nuestro descubrimiento por lo que se refiere á la marina. Estréllase un buque en una ancha y fecunda tierra, pero en ella viven los hombres; piérdese el buque en una aislada roca; ciérnese la muerte sobre toda la tripulación, y la roca se convierte en una tumba. El islote se halla rodeado de arrecifes sobre los cuales se pasea con estrépito la ola; coronan la cima algunos arbustos, y los recortados blancos se ven al parecer vencidos por los oceánicos huracanes. Un considerable número de pelágicas aves van á buscar un refugio á aquella aislada tierra, y buen cuidado pondrán los buques en ir á chocar con ella en su rumbo.

¿Qué nombre daremos á nuestro descubrimiento? Ya le tenemos. Rosa es la patrona de la animosa mujer que lleva á cabo con nosotros aquella larga pere-

grinación, de aquella jóven y virtuosa esposa cuya partida acompañaron tantas lágrimas, y cuya vuelta saludaron tantas alegrías. ¡Pobre viajera! ¡cuán poco tiempo ha sobrevivido á los trabajos que había aceptado con tanta abnegación!

La isla se llamará *Rosa*, y tal es, con efecto, el nombre que en la actualidad tiene en las nuevas cartas marinas ó marítimas...

Acaba de borrarse debajo de las olas; está aislada, baja, asolada y solo se ven puntas invisibles de alguna montaña submarina cuyo pie se apoya en el centro de la tierra. Todo desapareció lo mismo que el arco iris que parecía aureolar nuestro débil descubrimiento (2). A nuestra izquierda tenemos los archipiélagos de los Amigos y de la Sociedad y las islas Titgi, en las cuales viven feroces poblaciones. Buscamos uno de los nodos del meridiano magnético (3), y nos dirijimos hácia la Nueva-Gales del Sur, en la cual se pavonea la Europa, si bien aun no se conoce el salvaje interior.

¡Cuánto creciente interes en estos nuevos estudios!

LVII.

EN ALTA MAR.

Reyes. — Príncipes. — Tamores. — Rajá.

PUESTO que forman estos seres una raza privilegiada, vamos á consagrarles un capítulo especial. Ya que son severos los juicios que vamos á emitir, hagáenoslo con la mayor cortesanía posible.

La cortesanía es una semi-virtud, y por eso de buena gana hubiera abrazado á aquel noble ó á aquel bastardo de noble, el cual, amenazando á un hombre del pueblo, le dijo:

—Guárdate, canalla, de que te aplique en las espaldas veinte y cinco palos con mi caña de manzano de oro.

Pero no lo creais, porque no hubiera abrazado á aquel fátuo, tan solo me hubiera sonreído al oír su aristocrática amenaza. Los Montmorency y los Noailles, tenían mas cortes es modales, y si orgullosos estaban con sus blasones, era porque daban á ellos nuevo brillo. Si perdonable ha de ser la impertinencia, será tal vez cuando vaya del pequeño al grande, del débil al fuerte.

Y digo *perdonable*, porque de este modo indico que siempre es una falta.

Quien toma un tono muy humilde cuando habla al que domina, es rebajarse sin engrandecer al ídolo. Por mas que conteis seis pies de altura, mezquinos pareceréis si os encorvais.

No hay igualdad perfecta en la posición, pues tan solo existe en los sentimientos. Jamas midais el valor de los hombres por el espacio que ocupan, porque cometeriais mil barbaridades.

Notad tambien que de ordinario la elevación del lenguaje se halla en razon inversa de la elevación de los principios. Lógico es lo que acabo de sentar. Quien manda por la nobleza de sus procedimientos, no necesita acudir á insolentes palabras para que le obedezcan.

Desprecio al impertinente por naturaleza; y me carga el que lo es por cálculo.

Si en este tan corto capítulo encontrais algunas espresiones á-quema-ropa, no os encolericéis demasiado conmigo, porque no soy yo solo quien tiene la culpa.

Todo lo cambió en mí el viento del mar, así las costumbres como los hábitos. Atended, era yo en mi juventud un pequeño querubín, un ángel de dulzura y de bondad, y la marina me echó á perder; he ad-

(1) Véanse las notas al final de la obra.

(2) Véanse las notas al final de la obra.

(3) Véanse las notas al final de la obra.

quirido aires de independencia y de rudeza, que solo deben conservarse en este maldito elemento que me pasea hace ya tan largo tiempo de uno á otro clima de tan diversa temperatura. Permanecer cándido y puro después de tantas pruebas era tarea superior á mis fuerzas, y que por consiguiente ha debido rendirme.

Y luego tambien, quizás intentaré algun nuevo esfuerzo en pro de los que necesiten indulgencia y piedad; pero quiero hablaros con la franqueza que acostumbro, de los gefes, de los reyes, de los tamores, de los que dominan y de los déspotas, es decir, de seres aparte, de hombres privilegiados, omnipotentes y semi-dioses, ante los cuales pasa arrodillada la multitud.

Permitidme que me coloque en las escepciones, y que permanezca en pie ante quien acostumbra bajar la cabeza para oír. Cuando el enano quiere se pone al nivel del gigante.

Hermoso y regular es el camino; constantes y medida tibiaza son los vientos; el fastidio reina á bordo: ¿qué debemos hacer?

Escribir. Ya tengo el epígrafe.

Cállanse en la superficie de las aguas las ballenas, las marsoplas, los sopladores, las bouitas y las doradas, ninguna nube en los tenebrosos flancos, ni en los caprichosos contornos viene á visitarnos á su paso y á mandarnos sus frescas londas; todo se halla en perfecto acuerdo, en suporífera armonía, y los mismos fosforescentes moluscos, que antes, en las mas sombrías noches, iluminaban á menudo el espacio con surtidores de fuego, han apagado su pálida luz para no encontrarse con aquella tranquilidad de la naturaleza, que encierra, hiela y desespera.

Sin embargo, preciso es luchar con tan terrible enemigo, debemos pues intentar vencerle para que no nos aplaste. ¿Qué debemos pues hacer? Ya os lo he dicho: escribir.

¡Oh fenicios! de nosotros infelices criaturas, lanzadas como punto en medio de las acánicas olas, debeis recibir y aceptar los mas suaves perfumes; nosotros debemos erigiros vuestros mas suntuosos altares. Nada seria el pensamiento si no admitiera traduccion, y vosotros, inventores de aquel maravilloso arte

De peindre la parole et de parler aux yeux

vosotros sois quienes habeis angostado este inmenso mundo, aproximando, por medio de vuestros caracteres, pueblos y amigos á quienes separaba el diámetro de la tierra.

Escribamos.

Algo os he dicho ya acerca de ciertos hombres que he estudiado, de mis mas aventureras correrías y de los mas inminentes peligros. En todos los asuntos es ademas necesario deducir. He hablado ya de las costumbres, veamos ahora las consecuencias. En esta tarea me auxiliará la comparacion, porque no puede formarse un exacto juicio de una cosa cuando se halla aislada.

¿Qué entendemos por un rey nosotros los europeos que vivimos en una tierra privilegiada de civilización y de progreso? Un rey es, con cortas escepciones, el hijo de un rey, y nada mas.

¿Es esto mucho? ¿es poco? No es esta la pregunta, ó por mejor decir, es una nueva pregunta, á la cual no quiero ahora responder.

¿Pero saben ó sabrán este rey, este hijo de rey, y el hijo de este hijo, mas que el resto de los hombres que no son reyes, ni hijos de reyes?

Mil contra uno podemos apostar que sabrán menos que estos últimos, porque habrán tenido menos tiempo para aprender; ó, si algo se les ha enseñado, es precisamente lo que hubiera sido útil y prudente haberles dejado ignorar.

La inteligencia, este rayo del cielo que va al alma, hiere tambien la de los reyes, cuando la tienen. No es, pues, la luz lo que les falta, sino las ocasiones de difundirla esteriormente. ¡Tan considerable es el número de personas que tienen á su alrededor, pero mas bien arrodilladas que en pie, ocupadas sin cesar en pensar en ellos, quienes no se desdennan de tomarse la molestia de pensar en sí mismos! La labor concluida es sin disputa muy cómoda.

Y observad bien que no os hablo de los reyes preocupados y testarudos, los cuales, por lo general, cometen pesadísimas, peligrosísimas é imperecederas torpezas; porque podemos compararles á ciertos animales muy reacios, los cuales tanto mas se obstinan en ir hácia la derecha ó hácia la izquierda, cuanto mas se procura dirigirlos al opuesto lado. Por mi parte, dudo si preferiría un amo testarudo, ó un amo bestia, porque me habia olvidado de deciros que en nuestro pais un rey es un tirano. Ahora ya lo sabeis tan bien como yo.

Pero hermanos míos, no sucede otro tanto en un gran número de paises que he recorrido y estudiado. Un rey, es un gefe, como en Europa, pero este gefe, es el mas fuerte, el mas grande ó el mas intrépido, ó el mas prudente, ó el mas entendido y el mas sábio. Os aseguro que no es esto un sueño; sino tan solo una linda y preciosa verdad que ha resistido y resistirá por largo tiempo á los esfuerzos que hemos hecho para ahogarla.

Seguidme.

Gefes tiene el interior del Brasil; aquellos gefes mandan á hombres reunidos en pueblos, en ciudades, en campos y en movibles masas; ordenan las marchas y los altos ó paradas que deben hacerse; deciden la paz ó la guerra; y en las deliberaciones tiene el mayor influjo su elevada voz sobre los demas hombres de la tribu, porque han pasado por todas las pruebas, de las cuales han triunfado con grandeza de alma.

—Tú te has dado á conocer por una brillante accion; pues bien, ven y trazaremos en tu rostro ó en tu cuerpo algunas profundas líneas, que atravesando las carnes manifiestan tu valor. Si pones mal gesto en el momento de la operacion, si se crispan tus dedos, si rechinan los dientes, retírate, porque no eres digno de ser gefe; obedecerás supuesto que no sabes condenarte al dolor; y supuesto que cejas ante él temblando. Un gefe de paíquicos tiene mas de mil rasguños en sus carnes, y ni una vez siquiera, aun los que se ven en las mas delicadas regiones, le vieron pestañear. ¡Oh! ahora ya puede mandar aquel hombre, y manda con efecto. Si entre nosotros fuera preciso ser rey á fuerza de rasguños ¡cuánto trastorno, oh gran dios! El dolor físico es como el frío; el primero desalienta para todos los demas.

No de otra suerte que los paíquicos eligen los mondrucos y los buticudos á sus gefes; quien tiene su caballería mas ricamente adornada con cráneos enemigos, quien mas cabelleras tiene en su botín, aquel merece que los demas le obedezcan. Comprendo perfectamente esta clase de reyes.

Contemplad tambien á los gaucos, á aquellos intrépidos domadores dejaguas, á aquellos dominadores del espacio, quienes armados con sus terribles lazos y sus esferas, se internan en las soledades de las llanuras y de los bosques. ¿Quién es su gefe? O no le tienen, ó no se encorvan sino ante el mas diestro y el mas intrépido, aquellos individuos que con tanta insolencia se mantienen en pie, y que con tanta vanidad se presentan delante de los europeos ó de los hombres civilizados de la América, á quienes van á vender el producto de su milagrosa caza.

Ved, ved, mas lejos, desde el Rio de la Plata hasta el estrecho de Magallanes y hasta la isla de la Ermita, á aquellos fabulosos minotáuros, á caballo siempre ó casi siempre que atraviesan los inmensos *pampas*, y

que se dedican lo mismo que los gaucos, si bien con menos audacia, á una guerra diaria con los tigres, los leones y los avestruces de su aun desconocido país. Preguntadles quién es su jefe; preguntadles si le tienen, bajo qué condiciones le han aceptado, y os dirán:

—Nuestro jefe es aquella persona que jamás cae del caballo, que mejor le guía con la voz y con la espuela en el desierto, en el cual solo nosotros podemos vivir. Nuestro jefe es el mas hábil nadador, es el mas fuerte entre los fuertes, y sobre todo es el mas valiente y esforzado.

Los patagones, que son hombres que constituyen en la superficie de la tierra una raza aparte, malamente representados por algunos viajeros con una gigantesca altura de siete á ocho pies, aun cuando con efecto sea el pueblo mas alto del globo; los patagones, los cuales no han podido corromper ni poner en práctica las afeminadas costumbres de nuestras ciudades tan indolentes, siguen la regla comun de las naciones indomables, y si algun jefe eligen en una atrevida expedicion recae siempre la eleccion en el que se atreve á decir y sabe probar que es el mas animoso y el mas hábil.

Recorramos ahora la América del Sur al Norté, vámos de uno á otro polo.

¿No os han referido los cantos de muerte de los canadienses no civilizados, mientras, prisioneros y encadenados, sufren los horribles tormentos que en sus refinadas venganzas les aplican los vencedores para la eterna paz de sus hermanos muertos en los combates? Y no creais que es esto una tradicion dudosa, no, es la historia de los tiempos modernos, es la historia de los hombres que aun hoy día viven.

¿Qué hacen los feroces cuerpos de la Cafreria? Lo mismo que los indígenas nómadas del Brasil. Si en un combate se distingue mas un guerrero que el jefe que habian escogido, péase en una balanza su bravura, y si el fiel se inclina hácia su platillo, cuente que en la primera expedicion que ocurra le pondrán á su cabeza los combatientes. Hombres de rapiña y de guerra son los cafres; y fácilmente comprendereis que el mismo uso habrian adoptado si fuera aquel su país de ciencia, solo que entonces el mas letrado ocuparia el primer puesto.

Y si, dirigiéndonos al centro del Africa, visitais aquellas poblaciones salvajes que forman entre sí tantos matices que no parecen habitantes de un mismo país ¿qué encontráis hoy día? El poder en manos del mas experimentado. ¿Pero quién da este poder? ¿quién puede decidir acerca del mayor mérito del que inviste el poder? ¿Es un solo individuo? ¿Son muchos? No, es la poblacion entera. No es la mayoría sino la unanimidad la que decide. Pronto se verifica la eleccion entre dos ó tres concurrentes, y jamás llegan á las manos para nombrar el jefe. Reúnense en una llanura, colócase cada competidor en un punto diferente, siguiendo á cada uno de ellos sus partidarios; y el mas aventajado recibe los homenajes de todos.

Paréceme que ya os he dicho que en la Nueva-Holanda, en la tierra de luto llamada península Peron, los quince ó diez y ocho infelices que vinieron alrededor de nuestras tiendas obedecian al parecer al mas anciano de ellos. ¿No obraríamos con prudencia deduciéndolo de todo esto que era el mas prudente y el mas experimentado?

Los rajás que reinan como verdaderos déspotas sobre los feroces habitantes de Lava, de Solor, de Denta, de Dao, de Rottie y del mismo Timor, son yarones que han dado muestras de valor á toda prueba en mas de una batalla, aun cuando en la mayor parte, merced quizas al contacto con Europa, que acaba de sentarse y de reinar á su lado, hay ya cierto tinte de civilizacion que les empobrece y les quita su primitivo carácter.

En verdad, si los antropófagos de Ombay profesaban tanto respeto al viejo rajá colocado bajo su toldo en donde se lisonjaba de gustar la suavidad de mis miembros y los de mis camaradas, no dudo en manera alguna de que su brazo entonces tan ligero y que se apoyó con tal cuidado en mi espalda, hubiera sido capaz de destrozar á algunos enemigos ó viajeros menos felices que yo.

¿El rey de Güebé, aquel capitán-tití tan diestro, tan osado, tan parlanchin y tan intrépido, bajo cuya palabra con tanta humildad se doblan sus súbditos; aquel asqueroso príncipe, que con tal dicha condenaba Petit ¿no era acaso el mas arrojado de todos aquellos hombres arrojados? ¿No sabia lo que era el mando? ¿Tomaba tan solo consejo de sus ministros? ¿No les imponia silencio con una palabra, con un gesto ó con una mirada, sin importarle nada el descomplacerlos ó el humillarles? Si jamás príncipe alguno ha dado exacta idea del poder absoluto, el ejemplo indudablemente le tenemos en aquel descarado jefe de piratas, que barre con sus hermosos carabos los mares de las Molucas, y que va quizas á ostentar su insolencia bajo los cañones y el pabellon de las factorias europeas. No, no debe al acaso ni al nacimiento su mando en Güebé; no, no son sus antepasados los que le han legado aquel puesto de honor; á no ser que siempre hubieren sido esforzados como él. Si reina, si gobierna, y á su voluntad manda cortar cabezas ó arrojar al mar hombres y mujeres, y en una palabra, si le obedecen, depende de que sin duda alguna es, segun nos lo ha probado ya, el mas inteligente de todos; de que en las peligrosas situaciones es el primero en ocupar su puesto, y espone su vida con tanta ó mas bravura que los que le han nombrado y continúan teniéndole por capitán.

No he visto en Waigion ni en Rawack ningun jefe ni ningun tamor, rajá, ó capitán.

En Rawack solo habrá concurrencia para la servidumbre, porque la inteligencia es lujo para quien solo aspira á obedecer. El primer indígena de aquellas regiones que se atreviera á tener una idea sana de moral y que procurara darla á entender, seria tratado de loco y le castigarían, ó le declararían Dios adorándole de rodillas. ¡Ay! no se traslucia aun en los siglos venideros la época de la metamorfosis de aquel grupo de islas.

¿Qué os diré de los carolinos, de quienes tanto me gusta hablar, y sobre quienes con tanta dulzura se fijan mis recuerdos? En ellos sobre todo tiene su exacta aplicacion mi sistema. Los tamores son hombres de mayor categoría, no pudiendo llegar á ella si no van pintados de pies á cabeza; y no les pintan si no guían una piragua mejor que sus hermanos en medio de los arrecifes, si ignoran el curso de las estrechas, si su fuerza y su habilidad les abandonan en diversas circunstancias.

El tamor de las carolinas tiene en su cuerpo preciosos dibujos que indudablemente algunos dolores le han hecho sufrir, pero menores que los que usan los de los nuevos-zelandeses y de los salvajes brasileños; al paso que en estos aquellos dibujos exteriores atestiguan crueldades y matanzas, en los carolinos, aquellas capatan elegantes son unos anales vivos que descubren todos los beneficios, el saber, la habilidad, fuerza é inteligencia. En buena hora tales archivos.

También para el caso presente puedo echar mano del sandwiquiano. Entre ellos, lo mismo que en todos los archipiélagos que he recorrido, manda la fuerza. Pero ya se presentó en aquellas lejanas tierras la Europa, porque en ellas se encuentra la madera de sándalo que da tan cuantiosos productos. Merced á los buques de nuestras regiones, se borran las primeras instituciones, y hasta la memoria de Tamahamali quedará tan solo grabada en las espaldas, los brazos y pechos de sus olvidadizos y degradados súbditos.

Así pues, cuando habéis dicho tabor, gefe ó rajá, habéis señalado al mas capaz. La palabra es el elogio, y el título es la cualidad.

¿Será preciso que progrese ó retroceda la Europa para llegar al grado en que se encuentran los pueblos salvajes? ¿Podremos decir con efecto que es retroceder ó progresar librarse de una ley que hiere la razón?

A esto se responde: existe la ley y debéis respetarla y bajar la cabeza. Pero ¿quién os habla de pisotearla y romperla? Tan solo digo yo que me parece absurda, y que mas me lo parece desde que he estudiado los usos y las costumbres de todos los pueblos de la tierra.

¿Es filosófico todo lo dicho? No por cierto, es histórico; no son hechos dudosos; y si los refiero es para confirmarlos; pues en cuanto á viaje, toda duda equivale á error. Por lo tanto no hago mas que completar lo que ya se sabe.

A mi entender, cuanto mas nos internamos en la civilización, tanto menos dignos los reyes me parecen de ser tales. Hermosa cosa que no existiendo es el derecho divino, y mucho trabajo costaría el hacérmelo comprender, porque soy bastante reacio tocante á la lógica de ciertas personas. Concedo el derecho de sucesión; porque principios son estos que llegará á comprender la mas torpe inteligencia. Sois hombre de genio, y reináis, sea cual fuere el código; pero tenéis un hijo tonto, y os sucede despues de vuestra muerte ó de vuestra abdicación. ¿Quién se atreverá á decir que no es esto sabio y racional? ¿Algunas inteligencias, falsas quizas, incluyéndome ó sin incluirme á mí entre ellas!

Pero si es cierto, segun he tenido la impertinencia de esponerlo ya de antemano, que cuanto mas entráis en la civilización, tantos mas reyes afeminados veis. ¿Es cierto tambien que cuanto mas de ella os alejais, mas reyes veis fuertes, intrépidos é indomables? Hechos hay que confirman esta verdad. En Europa la pereza de los hombres forma los reyes, y su cólera los aniquila. Pero como la cólera es un estado anormal, fácilmente se explica por qué son rarísimas las revoluciones que minan los tronos, aunque desde la invención de nuestras monarquias podíamos llevar á cuento un número bastante crecido. Serán quizas consejos los que os cuente; bien podrá ser que escriba solismas tan absurdos que al oírlos os encojais de hombros llenos de piedad y de desprecio. ¡Que queáis! Es el resultado de mis largos viajes, de mis estériles estudios, de mis infructuosas investigaciones, y probablemente tambien de este sol de plomo que sobre mi cabeza gravita. Solo las circunstancias son culpables de mi falta de razon. ¿Vais á castigar en Vicétre ó Charenton al loco que hiere ó mata?

Crueldad y no justicia seria esto, y las leyes de esa civilización que tanto amais quieren que para todos brille la justicia.

Cuando en el cielo se cierne el águila, limpio, terroso y libre se pone el aire para que su real dominador goce de completa independencia; cuando recorre la ballena su imperio; déjanle todos sus súbditos ancho paso para no dificultar sus movimientos de coloso; cuando el leon ruje en el desierto, cállanse é inclinanse en señal de esclavitud todos sus súbditos; y cuando el boa deja impresos en el tenebroso bosque sus inmensos anillos, las víctimas de que se alimenta chillan y caen ya vencidas por el terror. En verdad podría decirse, al ver este inmutable orden de cosas, que la tierra ha sido poblada únicamente para el reposo de algunos seres fuertes porque no se atreven los débiles á reunirse para combatirlos.

Orgullosa y brutal ha sido casi siempre la fuerza en todos los tiempos y en todos los paises. Porque para conseguir la victoria trata de sentarse la fuerza, y el fuerte que se sienta aplasta al débil. En ningun parte reciben un mentis las leyes de la gravedad.

Al principiar este capítulo he dicho que de todas las cosas debían deducirse consecuencias. ¿He sido consecuente con mis principios?

LVIII.

EN ALTA MAR.

¿Cuál es el mas hermoso país del mundo?

A menudo se me han presentado para resolver dificilísimas cuestiones, por el solo hecho de que cada cual les daba la solución que mejor convenia á su humor, á sus caprichos ó á sus pasiones. Las verdades matemáticas son casi las únicas que no encuentran contradictores, y aun á veces la lógica lucha con bastante buen éxito para oscurecer ó poner en duda algunas de ellas.

Decidme, me han preguntado ¿cuál es á vuestro entender el mejor país del mundo?

Luego, por estension: ¿Cuál es el punto del globo que preferiríais habitar?

— ¡Oh! señores, no habéis reflexionado.

Id á invitar al lapon á que venga á París, ensalzadle la belleza de nuestros edificios, el lujo y los placeres de esta capital del mundo, y ya vereis lo que os responderá el cazador de castores.

¿No se me presentó por ventura, la ocasion de ofrecer un delicioso cuadro de mi patria á hombres que habitan un suelo ingrato, y de ver sonreír de piedad al escuchar la proposición de que emigren á nuestro país, á unos infortunados perseguidos por todas las privaciones y las miserias?

— Hay en mi país personas muy ricas, dije cierto dia á los felices habitantes de Lahena.

— ¿Comen dos veces? se me contestó.

— No, pero comen mejor que los demas.

— No es posible, se burla V. de nosotros.

Con efecto, muy en su orden está que ignoren el lujo de los banquetes aquellos hombres que pocos manjares tienen para saciar su apetito, sin que sea mayor el número de los que conocen.

— Venga V. con nosotros, decia en otra ocasion á uno de aquellos buenos y generosos carolinos de quienes tanto os he hablado ya; porque es tan rico nuestro país que no tendrá V. que fatigar mas su vida buscando un alimento que tan á menudo les disputa la cólera del Océano.

— ¿Tienen Vds. muchos cocos? me respondió aquel á quien dirigia la palabra.

— No, ni uno siquiera.

— ¡Pobrecitos, cuánto les compadezco á Vds.!

Así por el estilo cada pueblo, como tambien cada individuo. La vida simpatiza con el suelo que os ha visto nacer; y la vida del hombre maduro y de la vejez se halla cortada con la misma tijera que la vida de la infancia, y en ella gustos y hábitos es lo único que se teme mucho mudar.

Cierto dia un niño á quien se le presentaba para distraerle la lectura de un libro que no conocia;

— No, no, prefiero el *Telémaco*, porque ya le sé casi de memoria.

Hay ciertas pequenezes y trivialidades que sin embargo no carecen de sentido á mi entender: Dicen que soy feliz porque no me gustan las espinacas, pues si me gustaran las comeria, y no puedo digerirlas. Apenas me atrevo á deciros que esta estupidez me parece muy lógica, tomada en el severo y exacto sentido de la palabra, y tampoco me atreveré á deciros mis ideas, porque no podría estar cerca de vosotros para aplicarlas á vuestras respuestas.

¿Acaso no ha dicho Fontenelle que hay necesidades que un hombre de chispa compraria á cualquier precio?

Apuesto lo que se quiera que si hubiese propuesto á un malayo de Timor el venir á Europa, se hubiera

apresurado á preguntarme si nuestros *cries* eran mejores que los suyos, y si por lo menos habia, para determinarle, muchos cocodrilos en nuestros mares y rios.

En cuanto al feroz ombayano, antes de seguirme hubiera querido saber si la sangre de un frances tenia mas sabor que la de uno de sus compatriotas, y si eran nuestros cráneos copas mas sólidas que los de sus anigos.

¿No hemos visto acaso á los salvajes naturales de la península Peron, espantados á nuestra llegada y que temblaban al aproximarnos á ellos, que nos mandaban con amenazas que huyéramos, y que temian fuéramos allí á arrancarlos de su suelo inhospitalario?

Voltaire dijo :

Plus je vis l'étranger, plus j'aimai ma patri.

Voltaire no habia viajado; pero sabia que todas las afecciones se alojan en el corazon, y que la vista no es mas que el espejo que refleja aquellas afecciones ó simpatias.

No cabe duda alguna de que hay en nuestro planeta afortunadas tierras con brisa perfumada y amoroso cielo. Hay allí fogosos riachuelos que se deslizan frescos y cristalinos; esmaltadas praderas; deliciosos frutos que pesan en los árboles de elegante follaje protegiéndonos con sus movibles techos; á vuestros pies un terreno jamas atormentado por el furor de los volcanes; á vuestra cabeza millares de aves adornadas con los mas vivos colores mecidos suavemente en un concierto de alegres ó quejunos pero siempre variados trinos: á vuestro alrededor numerosos enjambres de alados insectos, de inconstantes y gozosas mariposas que os rozan con sus diáfanos alas, como para saludar vuestra bienvenida; y en una palabra, por todas partes, la variedad de la tierra, embellecida tambien por el murmullo de las aguas y las balsámicas emanaciones del aire.

¡Oh! vamos á habitar aquel soñado y suave Eldorado con el cual no puede compararse morada alguna; pronto, pronto, apresurémonos, boguemos hácia el Brasil, hácia aquella privilegiada tierra con la cual Alvarez Cabral dotó al mundo antiguo.

Pero no me habeis dicho que allí vivia tambien un pueblo abastardado y de continuo agitado por conmociones políticas; me habeis ocultado que allí tambien el embrutecido esclavo, encorvado bajo el nudoso látigo, no podia pronunciar ni á media voz siquiera el nombre de su patria ausente sin que peligraran sus dias; no me manifestásteis que asquerosas serpientes y monstruosos lagartos eran incómodos y asquerosos huéspedes que iban á visitar á menudo vuestro domicilio, y á terrorizaros con su fúnebre grito y con su venenoso diente. Preciso era que me revelárais todo esto antes de mi partida, para que me hubiese guardado bien de abandonar mi ciudad natal, y de surcar el Atlántico al traves de tantos peligros, y de poner de por medio de mis amigos, de mi familia, mas de dos mil leguas. Pronto, pronto tambien, vámonos al puerto y marchemos con una ilusion deshojada. Yo os respondo de que si en aquella tierra de prueba y de fatiga, quereis gozar la dicha de los elegidos, morireis con el sentimiento de haber buscado lo imposible. Pero si la tranquilidad y la riqueza del suelo brasileño, si la frescura de sus noches y el suave calor de sus tardes no tienen bastante magia para reteneros, si apeteceis una vida menos monótona, mas turbulenta y mas erizada de incidentes, abandonad el Brasil y seguidme al cabo de Buena-Esperanza, á la estremidad meridional del Africa enteramente salvaje.

Tambien hay allí una ciudad deliciosa, encantadores paseos, soberbias filas de árboles en un jardin público, desde el cual podreis oir, sin aterrorizaros,

el gáñido de la hipócrita y jadeante pantera y el aullido del tigre, mezclados con los tenebrosos rugidos del leon, del cual os separan sólidas y anchas paredes; allí tambien se fabrica el delicioso vino de Constancia que con tanta avidez acoge la Europa; y mientras que desde vuestro risueño balcon, seguis con la vista las agitadas velas del buque que tambien os buscaba para abandonaros mas adelante á fin de entrar en un nuevo mundo, ois á vuestros pies, en la silenciosa calle, el tan curioso chasquido de la lengua cafre que canta la dicha bajo el *capoton* del esclavo; y á vuestro oido hieren tambien luego los sordos gruñidos del asqueroso hotentote que es el primero en reirse de su cretinismo y de su envilecimiento.

¿Sabeis vosotros que todo cuanto os digo merece ser visto y observado, sobre todo, cuando despues del estudio, podeis á vuestro sabor, en vuestras habitaciones amuebladas á la europea, reposar suavemente de las ligeras fatigas, y hasta creeros en el seno de los pueblos mas civilizados del mundo?

— Si, razon teneis ahora; marchemos á Table-Bay; allí está la dicha, puesto que á la vez reinan tan solo allí la tranquilidad, el reposo y la variedad. ¡Pero cuidado! ¡cuidado! porque se encapota el cielo; reúnen en torbellinos las olas de atormentado polvo, agítase el follaje de los árboles, el Croupe-du-Lion se halla oculto bajo una cuádruple red de abrasadores vapores, la Tête-du-Diable vomita fantásticos copos que se precipitan, como alados escuadrones, sobre la cúspide de la montaña de la Table; *puesta está la mesa*, todo se cubre, todo se calla por un momento... y luego viene el caos con sus desórdenes, la tempestad con sus mugidos, el huracan con sus horribles ráfagas, y los nudosos troncos, arrancados del terreno, y los arruinados techos, y las saqueadas casas, y los búfalos bajo ruinas aplastados, y barrancos cegados, y la mar alborotada, y los mutilados cadáveres de los buques arrojados á la huecada playa.

Pasó el meteoro; recobran su furor vencido el leon y el tigre, levántase penosamente la hiena de su cama de ensangrentados huesos, entra en su lecho el Océano, respiran gozosos los habitantes y vuélvese á poblar la ciudad esperando una nueva sacudida, una nueva catástrofe. ¿Quereis escoger el cabo de Buena-Esperanza para vuestra habitual morada?—No, reinan allí demasiado unidos la miseria y el luto; prefiero una vida menos risueña, una raza menos visitada, esclavos menos sumisos, y cantos menos extravagantes. Puerto muy incómodo es el huracan; y muy voraz es su brutalidad. ¿Cómo quereis que se tranquilicen los hombres si el suelo se conmueve con sus sacudidas? Dejad que abandone la vida del cabo, porque no es mi país predilecto.

Ya os he hablado de los risueños paisajes de la Ile-de-France, y los salvajes aspectos de Borbon; ya sabeis las hospitalarias costumbres de aquellos generosos criollos, para quienes seria tambien pesada carga la vida oriental; ya os lo he dado á conocer bajo sus varengas de esbeltas colonales de madera pintada de color verde, ó bajo sus tiernas filas de palmeras y de bananos, pensativos, tristes, soñolientos é inaccesibles á las violentas dichas, agobiados por el mas leve pesar, poniéndose semi-adormecidos en el balance del palanquin al canto del sudado esclavo. ¿Quereis á Borbon y á la Ile-de-France con sus producciones ecuatoriales y sus moradas europeas? Hay allí esa variedad que tanto buscais y que tanto os agrada.

¿No os he hablado ya de los terribles peligros que allí están pendientes? ¿No os he hecho oir el estruendo del terreno, menos estrepitoso y menos desastrosos que el del huracan que de todo se apodera, todo lo rompe y mutila, con todo juega y todo lo cubre con fúnebre velo?

¡Oh! ya lo veo, tampoco aceptaré aquellas dos colonias, y descaís mas bien volver á vuestro país, menos tranquilo y menos agitado. Retrogrademos.

¿Quizas hubiérais preferido deteneros en Gibraltar con sus bocas de fuego, sus tan enervados habitantes, y tan árida montaña?

¿Quién sabe si os habrán encantado las Baleares, en otro tiempo indomables, y hoy embrutecidas esclavas, en donde, bajo abundantes naranjos, respira y se duerme la pereza? ¿O quizas Tenerife con sus pavimentos de lava, y sus murallas tambien de lava, con su poblacion devotamente libertina, que ruega y se vende á la vez, y que vive tan tristemente junto á su nevoso pico y á su eterno volcan.

No por cierto; si apetecéis la dicha no la encontrareis en medio de la holgazaneria y de la depravacion; no llenareis vuestros deseos lejos de la civilizacion, bajo el hábito de toda clase de monjes y de religiosos, calzados y descalzos, con cabellos cortos ó largos, grasientos ó limpios, que absuelven de buena gana al crimen que se humilla, pero que lanzan el anatema contra la filosofía que se enaltece. Todo cuanto corresponde al Africa es salvaje, ignorante ó corrompido, por mas que forman un archipiélago africano las islas sometidas á España.

No os hablo de la Nueva Gales del Sur en donde se levanta una ciudad europea sobre el fértil suelo antes ocupado por salvajes chozas; ciudad grande y hermosa en la cual se han purificado los vicios y el crimen, tienen un culto las artes, fervientes apóstoles las ciencias. Hermoso espectáculo es indudablemente ver aquellos palacios, aquellas risueñas moradas, aquellos vastos hospitales y aquellos admirables jardines que han ido al antípoda de la madre patria á difundir las fecundas luces de la civilizacion á feroces pueblos que han querido no comprenderla ni aceptarla. No quiero hablaros de ella porque tambien hay allí desiertos, lluvias, serpientes negras y peligrosísimos reptiles, únicos que se atreven á atacar y á perseguir al hombre.

¿Desearíais fijaros en la Nueva Zelanda, país no domado, en el cual es un juego la matanza, y un descanso la antropofagia?

Nada curioso presenta la isla Campbell, que es la tierra que mas próxima se halla al antípoda de Paris, á no ser las enormes montañas de hielos que los huracanes polares impelen hasta menos turbulentas zonas.

¿Merecería vuestra predilección y vuestro amor el cabo de Hornos, el cual arroja á lo lejos á los buques explotadores no recibiendo mas que las visitas de las tormentas australes? ¿No os escapareis lo mas pronto posible de las islas Maluinas, cuyo terreno frio y hornaguero no ha podido nutrir ningun vegetal sustentando solo á las focas y á los pájaros niños, de los cuales referiré mas adelante su curiosa existencia?

¿Sonreirá el Paraguay á vuestros deseos, este país con sus inmensas llanuras, y sus millares de caballos salvajes domados por los gaucos á quienes ningun pueblo ha podido domar; el Paraguay, en el cual el jaguar hace resonar sus fúnebres aullidos, y en el cual se pasea, insaciable como el incendio, el estrepitoso y devastador parapero, que tantos edificios ha arrasado y tantos buques destruido?

No, otra vez, no son en verdad tales aquellos países que por ellos renuncie á una patria.

Ante vuestra vista he hecho pasar las macilentas soledades de la península Peron, la triste y fria esterilidad de las islas de Yrck-Hatigs... y de Doore, y las montañas, de arenas y de gres de las tierras desprendidas de Endracht y de Edels; no por cierto obraríais con cordura si establecíais allí vuestro domicilio, á no ser que vuestro espíritu enfermo necesitara un diario tormento ó una lenta agonía en

medio de las desgarradoras convulsiones de la sed.

Quizas os seducirá el aspecto de Solor de Kera y de Simao, en donde los monstruosos boas se arrollan en el aire, suspendense de las altas ramas de los árboles por algunos anillos de su vigorosa cola, ó silban y se lanzan al traves de los bosques de las malezas, rapidas cual las flechas de los malayos. ¿Quién sabe? ¡son tan extravagantes los hombres en sus caprichos! ¿No tenemos el ejemplo de dos ingleses, ricos, dichosos, jóvenes, de gran porvenir, instruidos y honrados, que metidos en una canoa se entregaron á la corriente del Niágara formando torbellinos con la espantosa catarata para convencerse de si con efecto el abismo á nadie perdonaba? ¿No sabemos, por ventura, que un sabio de Edimburgo hizo que le bajaran, pocos años há, en el cráter del Etna, á cuya superficie no ha vuelto á parecer? ¿Por qué no habian de existir personas para quienes fuese el boia una visita bien recibida, cuando los malayos construyesen sus casas en Solor, en Kera, ó en Simao, y que pasase allí su vida hasta una avanzada vejez?

Timor os espanta tambien; presumo que apartareis la vista y el pensamiento de la sangrienta Ombay, en la cual es quizás una religion la antropofagia. Diely con sus infestados bosques de reptiles, Koupang con sus feroces costumbres, Bastiguede con sus negruzcos conos, huecos y sonoros, no dejaron en vuestra alma ninguna imájen bastante risueña para que la echeis de irenos, y no me parece que Amboine, en la cual la disenteria ha establecido con tanta crueldad su potencia, ú Obie, de la que me olvidaba porque se halla olvidada en medio del Océano, ó Bulabula, alrededor de la cual pasa y vuelve á pasar la fugitiva ola, Pissang invadida tan solo por la vegetacion, convengan á vuestras inclinaciones. Lo que os falta, lo que buscáis, lo que quereis, es una tierra de descanso y de amor. ¡Oh! en este caso abandonad con presteza todos los países que os he nombrado, porque les rodea el luto y la muerte.

Hermosa y pacífica con su azulado cielo es la rada de Haerack, pero tampoco puede calmar vuestros deseos; porque respirar no es vivir, y porque no es un astro benhechor el sol que quema y abrasa.

Verdad es que ya son amigos vuestros los hospitalarios y generosos habitantes de las carolinas; pero sus islas son tristes, planas y monótonas, no hay allí fuertes emociones, peripecias que reaviven, ni catástrofes que desgarran; hállase allí paliada la felicidad con una uniformidad á la cual preciso es acostumbrarse desde la infancia, pues de lo contrario ninguno de nosotros podría resistirla y se convertiria en un verdadero suplicio.

Tampoco me parece que os gustarán las hermosas Marianas, las benéficas costumbres de aquellos nobles y vigorosos tchamorros aun no bastardeados por la sangre española; porque os veria, como yo mismo en Guham, dispuestos á descansar para siempre de las fatigas y de las vanidades de la vieja Europa. Corriendo un velo sobre la parte horrorosa del cuadro, no he querido que me acompañarais cuando viajaba por Assan, Tupungan, María del Pilar y Humata, lugares terribles que habita la lepra, la cual toma todas las formas para sorprenderos y disolveros. ¡Oh! sin lepra, Guham y sus gigantescos cocos; Guham y sus odoríferos bosques os detendrian en medio de vuestras escursiones, y retirados bajo la pacífica cabaña, os reiríais á veces de la cólera de los volcanes, inhábiles para heriros en medio de vuestros puros placeres y de vuestros sencillos amores. Y sin embargo por poco que os hubiéseis detenido en las risueñas plantaciones de la suave Lahena, ó en el seno de la ardiente poblacion de la viva y turbulenta Anourouron, pronto os perseguiría la memoria en el mismo Guham, con la cabeza blandamente apoyada en las rodillas de una nueva Mariquita, aun cuando la hermosa jóven os ha-

ya dado nuevos corazones á imagen del suyo. ¿Buscáis un rincón de la tierra en el cual podáis vivir y morir sin fatiga, sin inquietud, y sin tempestades políticas ó del alma? Ya os lo he indicado. No temáis ningún obstáculo á vuestras pasiones, pues en Lahena nada rehúsan, porque saben que una negativa afligiría y no se conoce la aflicción en aquel delicioso punto del globo, en el cual cielo y hombres escuchan todos los deseos.

Sin embargo, tened en cuenta que Wahoo presenta también mas atractivos; y en todos casos, si la tranquilidad de la primera isla entorpecía algun tanto vuestros sentidos, en pocas podréis devolverles su finura y su energía en medio de aquella población tan activa y tan alegremente quisquillosa, cual ya os la he presentado. Escoged de estas dos residencias la que queráis, ó por mejor decir, dejad que la casualidad elija, y si no habitáis en el mas rico terreno del mundo, por lo menos vivireis en el seno del pueblo mas dichoso de la tierra.

¡Pero despedirse de la civilización y del país en que tienen sus altares las artes y las ciencias; pero no volver á ver ya mas aquellos soberbios monumentos de nuestros años de triunfos y de gloria; pero no entrar ya mas en la arena abierta á todas las ambiciones y á todas las inteligencias; no coronar ya mas su frente con ninguna palma; no sentir latir el corazón á las dulces palabras de patria y de libertad, cuando siendo joven circula aun activa la vida en las venas, cuando todo se agita y se mueve alrededor de vosotros para nuevas conquistas morales é industriales que sirven de dote al siglo!

¡Oh! todo esto no se puede perder en las delicias de las Cápua modernas; y muy mágico y poderoso es todo esto para que se tenga el cobarde valor de no tomar en ello ninguna parte, ó con sus esfuerzos ó con su entusiasmo. Gloria adquiere el que á la gloria aplaude.

¿Cuál es pues, el mas hermoso país del mundo? es pues también una cuestión mal sentada, y por consiguiente imposible de resolver. Aquí teneis llanuras, torrentes, cascadas, bosques y montañas. ¿Qué preferís? Escoged. Aquí teneis un clima abrasador, un terreno templado, un cielo helado y un mar de continuo tempestuoso. ¿Qué es lo que mas os gusta? ¿Sois japon, español, papú, marines ó zelandes? decídmelo si quereis que me adelante á vuestra respuesta. Carece de poder la inconsciencia de los hombres contra las exigencias de los climas en armonía con la naturaleza de la sangre que corre por sus venas, y hay necesidad que es preciso sufrir, por mas voluntad que haya en sacudir su yugo.

Creedme, menos esclavos somos de nuestras pasiones que del hábito, porque este es nuestro mas inseparable amigo ó nuestro mas constante enemigo, y porque es una segunda existencia que recibimos como la primera, sin que á ello podamos openernos.

Para comprender bien estas verdades, que traduzco aquí entre mil otras que en mi cabeza se cruzan y chocan en este momento, fuera preciso que hubiéseis viajado conmigo. ¿Os habeis quedado estacionario? ¡Oh! en este caso escuchad mis palabras como un hecho cierto, puesto que no podeis combatirne ni vencerme. ¿Qué es lo que os pido? Lo que puede vuestro espíritu holgarzan acostumbra concederme. ¿No habeis prohibido luchar con la reflexion? Viajar es pensar, y vos no abandonais vuestra poltrona.

No solo se viaja para recorrer el mundo. Al visitar diariamente nuevos países, inmóvil puede permanecer el cuerpo mientras la cabeza abarca todo el universo; unos examinan la arquitectura, otros el asiento de sus apéritos, un tercero escudriña la historia de las edades y fabricase un nuevo mundo sobre el mundo absorbido por los siglos. Este estudia la filosofía de los pueblos para formarse una ley segun la razon;

aquel, mas audaz, va á arrancar los secretos de Dios sobre el trono mismo que ocupa en medio de sus globos de fuego, cuyo color, marcha y tamaño no son ya para él un misterio. También viajan estos, pero os aseguro que bien larga y trabajada es su correría.

¡Ay! ¡solo el ciego debería pasar su vida sobre los bananos de Lahena! porque horrible tormento es para el hombre lleno de progreso y de ambicion, que siente que todo marcha y engrandece á su alrededor, permanecer él solo estacionario, sin que pueda dar un paso que le derrumba en el abismo, ó que se quiebre la cabeza contra los obstáculos.

El ciego es el criado de su criado, el esclavo de su perro y el juguete de todo el mundo. A su vista, muere la amistad, huye la ternura, y la palabra piedad solo se pone en los labios y en el corazón.

El ciego no debería tener ni amigos, ni hermanos, ni madre.... entonces quizas suficiente razon y lógica tendria para sentir que lo inútil es en todas partes un vicio, y que todo vicio es una mentira en la armonía del mundo.

¿Cuál es la patria del ciego?

La tumba.

LIX.

EN ALTA MAR.

Ponenteses.—Levanteses.

PARTIDARIOS y contradictores tendré; porque tal es la ley que rige á todo aquel que emite en alta voz su opinion. ¿Iba á encender disputas? no lo creo. ¿Iba á dar origen á disputas? cierto es. Cuando se halla en juego el amor propio, difícil es que no fermente la irritación en un pecho fuerte, y nadie ignora la inflamable naturaleza del marinero aun cuando viva en medio de las aguas. Veinte cuestiones están por resolver al lado de la que voy á sentar. ¿Vale mas emprender un largo viaje con una tripulación homogénea ó con marineros de caracteres opuestos? Vosotros que sois mas hábiles y mas experimentados que yo, pronunciad vuestro fallo, escribid sobre esto un libro, porque será este muy útil y que tendrá salida en todas las partes del mundo; puesto que, propiamente hablando, el marinero no pertenece á ningún país, ó por mejor decir todos los países son su patria.

Pues, ya principio á engañarme. El marinero, el verdadero marinero no solo es de un reino, de una provincia, y de una ciudad, sino que es de un pueblo, de tal familia y es hijo de tal padre. La genealogía del marinero, segun yo lo entiendo, es para su bienestar presente un despacho honroso ó un título de reprobación; su pergamino es el nombre de su pueblo, el de su hermano ó de su padre, y tan cierto es esto que al hablar de su casa (porque también es noble la casa de un excelente marinero) jamas deja de añadir en sus narraciones, á ejemplo de los héroes de Homero, hijo de Sureouff, ó hermano de Bavastro, ó primo y sobrino de Pablo y de Tomas.

Adórnase el marinero con todas las glorias de su padre, y entusiásmase al hablar de él hasta el punto de que sus ardientes ojos derramen abundantes lágrimas; de suerte que el verdadero y mas hermoso patrimonio consiste en los servicios de su padre.

¿Cuáles son los mejores marineros? ¿cuál es la navegación que mas conviene á uno y á otros? En general, un marinero de diez y nueve á treinta años vale mas ó menos que uno de treinta á cuarenta.

Os aseguro que estas sencillas cuestiones son de alta importancia y que el que las resolviera lógicamente prestara un gran servicio á la marina.

Oígo á mi derecha á un anciano capitán que me dice que ninguna de aquellas cuestiones ofrece ninguna duda, y que todos los marinos viejos ya saben

cómo deben manejarse. Y á mi izquierda un jóven oficial que se rie de mi ignorancia y me prueba por A mas B que echó abajo una puerta abierta.

El primero se ha declarado en favor de los ponentes, y el segundo concede la primacia á los levantinos.

Ya veis pues que no estando vosotros mismos de acuerdo, puede suceder que otros muchos tampoco lo estén, y que por lo mismo queda el problema sin resolver. Y en primer lugar ¿se debe escoger á un marino para juzgar á otro marino? A primera vista parece esto muy natural, porque un pintor juzga un cuadro, un arquitecto un monumento, y un zapatero un zapato. Pero sin embargo, reflexionando un poco, bien se conoce que lo que á primera vista parece claramente resuelto es en realidad ilógico. Vais á decidiros entre un marino de Brest y otro de Tolon.

— ¿De dónde sois?

— De Brest.

— Callaos, os desaffo á que no tengais ninguna pretension. Otro tanto os digo á vos, capitán de los puertos del Mediterráneo; porque nadie debe ser juez en su propia causa. ¿Pero qué debemos hacer en este caso? ¿Tomareis por árbitro á un ciudadano de Paris ó de Orleans? Por qué no, si este ciudadano libre de los trabajos de estudio, de los lodos de las calles, de las disputas de los cocheros, y de los buques que suben por el Sora ó que bajan por él hasta Ruan, ha recorrido los mares, y estudiado los climas y los hombres, su hábito de observar le hace observador; es tambien pintor, y corre tantos menos peligros de engañarse cuanto que ninguna inclinacion tiene que adular ni ninguna pasion que satisfacer. Yo no pleiteo mi causa sino la de todos los marineros en general; y consiento en perderla con tal que os tomeis el trabajo de ganarla. Ridículo es á menudo tener razon por sí solo. Echad á lo lejos vuestros rayos, y haced que derramen clara luz.

No me siento con bastantes fuerzas para dirigir una simple barquilla, y sin embargo he dado la vuelta al mundo. A los veinte años apenas habia surcado el Mediterráneo en todas direcciones en el brick *Adonis*, al mando del valiente capitán Lebas, y duro trabajo me cuesta subir á un mastelero de juanete, porque recuerdo haberlo intentado una vez. Apenas entiendo las mas sencillas operaciones para orientar un buque, ni jamas he intentado coger un rizo, ni cargar una mesana. Desafio á cualquiera de mis compañeros de viaje que asegure y sostenga delante de mí que me haya visto á caballo sobre el bauprés. Nadie sostendrá que sea capaz de hacer el mas sencillo de los quince ó veinte nudos que todos los marineros saben de memoria y con los ojos cerrados. A lo mas que hice en el momento de una borrasca coger una cuerda para largarla al silbido convenido, ó en la toldilla he sostenido la guindola aun con mano no muy segura; pues bien, á despecho de estas concesiones que os hago con toda la amplitud posible, y á las cuales os concedo de sí mas latitud, y á despecho de esta ignorancia de la marina que puedo confesar sin vergüenza, sostengo que el hombre que pasa algunos años en un buque tripulado por marineros de todos paises es mas capaz de juzgarlos, cuando se toma la molestia de juzgarlos, mas que el mismo oficial ante quien se disfrazan bastante á menudo.

Que tal mar conviene á tal tripulacion, y que tal navegacion conviene á tal otra, es punto que no requiere discusion. Todos los capitanes que emprenden por el Mediterráneo, por en medio de los archipiélagos, por el Bósforo y por las costas de Africa, estad seguros de que preferirán el maripero levantino al del Norte ó del Oeste. Aquella turbulencia angosta de las olas, aquella frecuente diversidad de posicion, aquella naturaleza vegetal que de las costas se levanta recor-

dándole sin cesar su pais, aquella temperatura casi igual á la que está habituado, su querido traje que con tanta frecuencia encuentra, y hasta su idioma, un gran número de cuyas palabras tanta analogia tienen con aquella habla breve, rápida y enérgica que constituyen su ídolo, todo esto le hace creer que se halla á dos pasos de su familia, que puede verla desde bordo, que le oirán con levantar la voz, y que si tiene algunos sueldos en su bolsillo puede entrar alegre en la taberna que dejó el dia anterior.



Marinero de Levante.

Proverbial se ha hecho por otra parte la inconstancia del levantes, y os repito que si tanto le gusta la navegacion mediterránea es porque desde lo alto del mástil percibe en el horizonte una cosa muy parecida á la que se unen todos los recuerdos de infancia. El maripero levantino desde Niza hasta mas allá de Marsella grita y jura desde que se despierta hasta que se duerme. Jura tambien en sus sueños, porque estos no son apenas mas que el reflejo de la vida real. Jura en la cólera y en la tranquilidad, jura dándoos gracias por el servicio que le acabais de prestar, y jura por la negativa que le dais. La amistad que os promete un maripero de Tolon se formula con un apretamiento de mano ó con un buen puñetazo en las espaldas acompañándole un terrible juramento. Jura y rabia cuando su pitanza es corta viéndose reducido á media racion, y jura y rabia si son abundantes los viveres y de esceleute calidad el vino; podria muy bien creerse que una perpétua cólera constituye su existencia. ¡Oh! Dios mio, es alegre y dichoso y jura con mas vigor que nunca viendo en la playa á que llega á su madre ó á su *gentil Dulcinea*, á la cual se dirige con un terrible y sonoro juramento. El levantes que nace sordo-mudo adivina este lenguaje, y tambien jura entre sus lábios y en su pecho.

A veinte pasos de distancia podeis traducir bien y con facilidad el animado lenguaje del levantino. Tiene dos hablas, que son la palabra y el gesto; teme no vivir bastante, dobla sus horas, y se apresura á con-

chuir lo que principia porque le queda otra cosa que hacer. Si habla de un hombre á caballo ó de un escuadrón á galope, oíreis el ruido de los corceles; si se trata de una borrasca, vereis desenvolverse en la playa las espumosas olas; no perdaís de vista ni una cualidad ni un solo defecto de la bella que corteja; si ha hecho una excelente francachela, envináis con él; si rema oís el ruido de los ausentes remos; y si dice que en un pugilato le han descalabrado un ojo ó aplastado la nariz, estad seguros de que va á ser víctima involuntariamente de su narración.

El marinero levantino es sóbrio, por excelencia; ajos, bizcochos y una tajada de buey es lo que mas prefiere, y le haréis un señalado servicio si le permitis que se aderece de cuando en cuando una marinesca *bonillanayse* nacional.

El levantino es parlanchin, vanidoso y rencoroso; si para una difícil maniobra dais la preferencia á un ponentes, estad convencido de que habrá tarde ó temprano, por este solo hecho, pugilato entre los dos campeones. Vanagloriase de la cualidad que no posee, bien persuadido que ya se conocen aquellas por las cuales brilla.

—¿No sabrás pues nunca cargar una vela?

—Soy el que mejor la carga entre todos los de bordo.

—En la barra no vales un sueldo.

—Valgo allí un millon de millares.

El ponentes os dice sencillamente cuando le pedís su país: Soy de Brest, de Rochefort ó de la Rochella, mientras que el levantino se ensoberbece de su patria.

—¿Cuál es tu oficio?

—Marinero.

—¿De qué país?

—De la Seyne ó de Tolon.

—¿En Francia?

—No, en Provenza.

La Provenza es con efecto un terreno aparte, tiene costumbres aparte y hábitos que le son propios, y si poco le importa á un marino de Brest que se le crea meridional, el meridional de Tolon ó de Marsella casi se ofenderia de que se desconociera el lugar de su nacimiento.

¿Es esto una noble vanidad ó un ridículo orgullo? No será yo quien resuelva esta cuestion.

Cierto dia que, estando gruesa la mar, un ponentes regia el timon con mano segura, y le alababa el oficial de cuarto, uno de nuestros marineros levantinos se encogia de hombros como en señal de piedad, y lanzaba miradas de furor sobre el que preferia á aquel.

—¿Por qué esta cólera y estos gestos? le dijo el oficial.

—Por qué sí.

—¿No tienes mejor razon que darme?

—Es bien buena la dicha. Es la *mas buena*, la *mas mejor*.

—Sin embargo, quiero otra.

—Está V. halagando á este gaviero que está declinando á cada paso, de suerte que ya ni siquiera se sabe dónde está el camino.

—Porque es alta la ola.

—Aun cuando lo fuese como diez montañas, se abre el ojo y derecho siempre. Si me encontrara en la barra, me encargaba de hacer pasar el bauprés por el ojo de una aguja.

—Manos á la obra, voy á ver tu habilidad.

—Perfectamente, le aprecio á V.

El tolones tomó el timon con mano robusta; pero, faltándole la experiencia, eran inmensas las declinaciones.

—Vamos, le dijo su rival, casi no encuentras este ojo de la aguja.

—Le busco, contestó el levantino sin desconcertarse.

Esta palabra pasó ya á tradicional.

El marino ponentes se distingue del levantino por su flemá y su mutismo. No os diré que sea el uno mas esforzado que el otro, pero creo que lo es por mas tiempo. El primero es el salitre que chisporrotea, estalla y cae; y el segundo es la ola de la lava que invade y quema; el tolones se cansa pronto; y al breton, menos ardoroso, le dura por mas tiempo la cólera. Este solo sirve para los trabajos de bordo en casos escepcionales. Así en los dias tranquilos como aquellos en que son vivas las amenazas del mar, aunque sin tormenta, el marinero de la costa Oeste de Francia, cumple su deber cual hombre que sabe que allí está su deber, que la tarea la tiene impuesta, no tanto por sus gefes cuanto por su propia conciencia, y, si piensa en el salario, es capaz de redoblar el ardor para probar que está bien ganado y bien adquirido.



Marinero de Ponente.

Por ejemplo, si jura proviene de que se balla herido su orgullo de marino; si lanza al aire sus enérgicas palabras, que si algo dicen se debe á la violencia con que brotan, proviene de que se han ejecutado malamente las órdenes dadas. El juramento del ponentes es como una especie de reprobacion de su conducta, es una reprension brutal que se dirige, y por poco que manifestais estar conformes con él, aplicará en su propia mejilla un fuerte bofetón; no temais que haga lo mismo el levantino; si la maniobra va mal; el vecino será quien tenga la culpa y su puño hará las veces de martillo.

Los amantes de los *tapones* de los puertos de Brest, de Rochefort ó de la Rochella se embriagan lo mismo que los de Tolon, de Marsella ó de la Seyne; con la sola diferencia, de que como *lleven mejor la vela*, porque sus vinos no son tan espirituosos como los del Mediodía, parece que son mas á propósito para frecuentar las tabernas, causa primera y fatal de la precoz decrepitud de los marineros de todos los países.

Por lo demas, la economía no es la virtud dominante en ninguna de las dos especies cuyo carácter

bosquejo, y he oído á Leveque, uno de los mas hábiles contra-maestres de nuestro bordo, que le respondió: «Tenía bien provista la bolsa: *«Tengo veinte y cuatro botellas;»* queriendo decir que tenía doce frascos y que la botella de vino se vendía á cincuenta céntimos. Aquellos hombres cuentan por botellas, litros y chopines, á la manera que nosotros contamos por francos, sueldos y dineros. Este Leveque era un tipo tan curioso quizás como Petit y Marchais, pero áspero como una almohaza y taciturno como un cartujo. Ya llegará día en que os lo dé á conocer.

Si se traba pendencia entre bretones y normandos, será posible que no se llegue á las manos; pero si se cambian las palabras entre tolonenses y bretones ¡oh! podeis estar bien seguro de que en este caso será largo y rudo el combate; colocaos de modo que no os vean los campeones, porque las salpicaduras saltan á lo lejos, y producen mas que simples manchas en los vestidos. Para personas cortadas por el estilo, para organizaciones soldadas con betun, y para tales naturalizas cimentadas con brea, un ojo descalabrado es una caricia, una nariz aplastada es un capirote, y una mandíbula destrozada es un leve ventisco, incapaz de hacer zozobrar á la mas pequeña lancha. Pero cuando todos lo toman á lo vivo; si hay que lavar alguna grave injuria, y si se miden en presencia de testigos que forman círculo, cruzando los brazos, cuando han dejado su zamarra en una breña; para que la humedad ó el polvo no la *deteriore*; cuando se han arremangado sus mangas, y escupido dos veces en sus palas de hierro, y tirado su mascada de tabaco, es un redoble de puñetazos, capaz de desmantelar á una fragata; es una cascada que se precipita en profundos subterráneos; es un nublado de lavanderas activamente ocupadas en su labor; es el ruido de dos caballos que galopan; no se ve claramente quién da ni quién recibe; brota la sangre, caen hechos girones los vestidos, flotan en el aire los cabellos, el sudor y la espuma se abren paso al traves de los poros, y, en medio de todo esto, ni un grito, ni un juramento, ni una queja, ni un suspiro que acuse el dolor. Al fin cae un hombre..... todo se acabó..... ¿Es aquel á quien rodean? No. En primer lugar el vencedor para felicitarle, y luego al vencido para consolarle.

Os he hablado de la primera lucha; pero nada de extraño tiene que despues de un combate particular, se libre una batalla general; batalla terrible, pelea horrorosa, sangrienta, y encarnecimiento infernal contra el cual se arma en vano una poblacion entera, y casi siempre terminada, por lo general, por sentencias y condenas capitales. Que os las cuenten otros autores, yo vuelvo á apoyar mi teoria, á despecho de los tristes ejemplos que he citado.

Las discusiones de bordo entre ponenteses y levantados versan casi siempre acerca de las fatigas y peligros de diversas navegaciones á que cada uno se halla espuesto con frecuencia. Segun el primero, los océanos ofrecen peligros infinitamente mayores que el Mediterráneo, y cuenta, con el único objeto de humillar á su rival, anécdotas muy poco verosímiles. Si habla de la altura de las olas, jamas deja de hacer el siguiente razonamiento que á primera vista parece muy lógico.

—¿Qué es el Mediterráneo? un plano muy plano, nada mas que un plato muy plano, y como el susodicho plato es tres mil veces mas pequeño que el estante en que navegamos, se sigue muy naturalmente que la mar en que vosotros chapuzais, es absolutamente un puñetazo de caballejo de juanete, que juega al lado de una paliza administrada por el encorizado Marchais; esto no se compara porque no es de la misma familia; un vaso de agua dulce no puede admitir competencia con un barril de aguardiente,

una lancha salta en astillas si choca contra una fragata, y vuestro Mediterráneo es un salibazo de nuestro Océano.

Al oír estas hermosas frases pronunciadas en el castillo de proa, con la esacta lógica de las palabras, principia el levantado por morderse los lábios, luego inasca mas aprisa que de costumbre; mueve sus ardientes pupilas, ráscase la frente, escupe cinco ó seis veces, y sentado en sus caderas y cruzando los brazos como Espartaco, responde (y prescindiendo de los juramentos de costumbre):

—¿Sabes, queridito, que disparatas de lo lindo, y que á escucharte, no serviría el Mediterráneo mas que para pulgas embarcadas en cáscaras de nuez? Pues te digo, yo marinero de Tolon, que tu *Océano* es un *hipoprotramo* que solo sirve para ocupar mucho espacio. Verdad es que mueve mucho ruido, pero no pase V. adelante. Grita y se hincha como un globo; se agría como una foca y como un elefante marino; pero no tema V. gran cosa, porque no todos los colosos aplastan, y hay animalitos mas peligrosos que los de gran tamaño. El Mediterráneo es un chacal, es un tigre pequeñito que muerde y desgarrá; cortas son sus olas pero endiabladamente rabiosas; convengo en que es una sarten comparado con vuestra inmensa marmita de *Océano*; pero el agua que salta en una sarten no tarda en salirse, y tambien se frie en él el pescado. Verdad es que no tenemos este alboroto que vosotros, pero tampoco cual sopla el viento podemos tendernos á la bartola, si no que hemos de estar siempre alerta y con el ojo abierto en la serviola, porque por delante, por detras, por los lados, por todas partes hay tierra, y..... en lo hondo! qué tal.

He conocido un brik que navegando por las costas del Egipto, hizo de noche sin notarlos tres leguas por la arena. ¿Qué dices tú á esto?

—¿Dices que has visto un brik que hizo tres leguas en la arena sin que ni siquiera lo sospechara?

—Lo digo y lo repito.

—Te creo porque lo repites. ¿Y cuándo?

—En las costas de Egipto en 1809 ó 1814.

—Nada importa el año.

—¿Si importa, si importa! Era el 4 de marzo ó el 19 de octubre.

—Nada importa el día.

—¿Si importa, si importa! ¿Qué respondes á esto?

—Respondo que en una de las islas del grande Océano pacífico he visto un hecho mil veces mas curioso y mas extraordinario.

—Una mentira.

—Una verdad.

—Di.

—No me creerás.

—Lo mismo da, di.

—Pues bien, cerca de Wahoo vi á un isleño que comía manteca y legumbres con la oreja.

—¿Con la boca que le llegaría sin duda hasta la oreja?

—Sin boca, y tan solo con la oreja.

—¡Ah! ¿con esas nos vienes ahora?

—¿Cómo, tunante, te hago merced de tres leguas y no me quieres conceder dos pulgadas?

Echóse á reír el auditorio y transcribí estas disputas sin cesar renovadas, porque cada marinero quiere absolutamente haberse encontrado cara á cara con un enemigo mas temible, ó *haber visto* cosas mas sorprendentes, temeroso de que su gloria no se minore.

Pero volvamos á la primera cuestion. Paréceme pues, que para los largos viajes es preferible escoger una tripulacion heterogénea. Las severas leyes que rigen en el buque, bastan para apagar esteriormente la cólera que brota, y para castigar á los caprichosos

agresores. Pero á veces tambien hay completas revueltas en los buques, y el medio mas seguro de prevenirlas y de imposibilitarlas, es diversificar una tripulacion. ¿Cómo será posible que nos pongamos de acuerdo cuando cada cual tiene su modo de ver y de pensar? Cuando no hay armonía hay delacion, y la autoridad recobra sus derechos.

Terrible es el código marítimo, y convengo en que debe serlo: ¡tal es la responsabilidad que pesa sobre el capitán! El malquerer de un solo hombre puede acarrear la pérdida de todos, y el mar, que por todas partes os cierra, guarda religiosamente todo cuanto se le confia. Sin embargo, no voy á ocuparme de este temible código, ¿pero los castigos por causas leves se imponen siempre lógicamente? No por cierto. ¿Qué es un marinero? Un ser arrojado en este mundo para trabajar y morir. Para él jamas hay reposo cierto, ni tranquilo viaje. El marinero tiene lenguaje, maneras y andar que le son peculiares; si anda verticalmente al suelo, cae; es preciso que aprenda á cojear, á rodar como un tonel, ó por mejor decir como su buque; se ve obligado á llevar el paso con su brik ó su corbeta, si así puedo espresarme, so pena de romperse un hombro, ó de abrirse el cráneo contra un bordaje; el marinero se acuesta suspendido por un pedazo de tela que choca sin cesar contra otro al cual impele un tercero puesto en movimiento por un cuarto; el reposo del marinero es perpétuo choque. Cuando desde su colgante cama llega á sus oídos el sonido de la bocina, semejante á la trompeta del juicio final, que le llama sobre el puente, acude presuroso, porque tambien puede suceder que haya principiado su última hora. Apenas se ha secado de la borrasca, de la cual tan solo ha recibido una leve parte, pero acompañada con la de los impetuosos vientos, y el pobre infeliz tiene que subir á una verga que le pasea en el aire entre dos aguas, la del Océano y la que cae del cielo; y cuando estenuado, molido y quebrantado, vuelve á su desierta cama, el sonido de una campana le avisa de nuevo que ya pasó la hora de descanso, y que arriba le llama su deber bajo la mujidora y fria lisa. ¡No quiero tal oficio! Dejádme cocheró de un coche simon, postillon, minero ó carcelero, pero la profesion de marinero (que como tal él la considera) me espanta y me liela.

Pues bien; si un hombre ha cometido la menor falta, si ha echado á perder una maniobra, si le resbala el pie y no llega pronto á la punta de la verga, castígasele quitándole su corta racion de vino, de su querido aguardiente que el infortunado acostumbra á beberse en media aspiracion.

Horrible y cruel es privar de víveres y de bebida á los marineros; injusto é inhumano es. ¡Pegarle á un marinero! ¡No, mil veces no! Rasgad estas dos hojas del código; el marinero es un soldado; y mas que soldado, porque sufre mas que este, sirviendo con tanta ó mas actividad que este á su patria. No pegueis pues, mas al marinero que al soldado. Aherrojad al marinero indisciplinado porque no os hace falta; colocadle de faccion en puntos incómodos y peligrosos, pero os lo repito, dejadle su racion entera, porque necesita todas sus fuerzas para hacer mover y maniobrar aquella pesada é inmensa máquina que en tan corto tiempo os conduce de uno á otro extremo del mundo.

No hablo, capitanes, como un pekin. Me sirvo de vuestro lenguaje. ¿No es verdad que es bien ridículo para mí, que soy un afeminado ciudadano, el defender semejante sistema? No levanteis tanto la voz, señores lobos marinos, segun os llaman y os gusta que os llamen; quiza bien pronto surgirá una nueva legislacion que autorice á mis palabras; y entonces, mal que os pese, os vereis obligados á dejar al marinero su tocino, bizcocho y aguardiente que apenas pueden sostener su miseria.

A ejemplo del inhábil marino que rige el buque con mano mal segura, acabo de estralimitarme de mi tarea por una digresion que creo me disimularán mis lectores. Al hablar del marinero, lo primero que debe hacerse es mirar su interes, es necesario mostrar con el dedo la herida que tiene abierta para que se le cicatrice. Con todo volvamos de nuevo á nuestro asunto.

La tripulacion de la *Urania* se componia de elementos heterogéneos y hasta discordantes. Hemos tenido marineros ingleses y catalanes fuertes y robustos, pero inútiles por su pereza (1); italianos llenos de voluntad, pero torpes é incapaces; todos estos eran las escepciones de la corbeta; pero la masa se componia de jóvenes marinos de Brest, La Rochela, Rochefort y Burdeos, junto con un gran número de marineros toloneses y provenzales.

Los maestres eran todos del puerto de Tolon. ¿Pero qué maestres! Lo mas escogido de los hombres fuertes de carácter y probados en mil circunstancias.

Bonnet, maestre de tripulacion, ágil aun, aunque contase 45 años, que fatigara mas al mar, que lo que este á él le fatigó; severo con los demas, porque con él lo habian sido, pero justo con todos porque la justicia mora en el corazon de todas las almas nobles.

El maestre Rolland, masa de granito cuadrada por la cabeza y por la base, dejando que se acercuen los acontecimientos incapaces de hacerle mella en el cuerpo ni el espíritu, no hablando jamas en alta voz, ni pronunciando palabras de mas, y contando sus aventuras, sus naufragios, sus visitas á todos los océanos, y caravanas á todos los desiertos del Africa, con un aire de pacífica fanfarronada que le sentaba perfectamente; porque con efecto lo que mas alababa en él era la primera cualidad de su mérito. Cuando nuestro naufragio, el maestre Rolland alimentó él solo á toda la tripulacion de la *Urania*; mediante su caza y sus nocturnas correrías, y en el momento en que el buque naufragaba, mascaba tranquilamente su tabaco y nos decia con muy flemático tono: Yo solo no moriría, pero todos vosotros moriríais como perros. Rolland jamas comprendió que no pudiera decirse indiferentemente *chien* ó *sien*, y por una extraña rareza nunca dejaba de repetirnos que acababa de reunir un *chientier* muy peñascoso, y que habia visto un *santier* de magnífica madera.

Maestre Rolland se habia encontrado en mas de veinte combates, y en casi todos habia recibido alguna cuchillada.

—Me carga este maldito bronce, nos decia á menudo, le tengo rencor; jamas me ha perdonado. ¡En *Alceiras*! ¡pif! un golpe con el bichero en la espalda, que todavía me duele cuando el tiempo está húmedo, como con tal frecuencia se suele suceder en el mar! En Ouessant, ¡puf! una bala me fracturó la pierna izquierda; delante de *Alceiras*, ¡pan! una astilla me rompió una costilla, á la derecha del valiente comandante Collet, en Trafalgar, ¡bum! un barril que salta y me destroza la cabeza contra una cureña en la *Pointe-à-Pitte*, ¡tras! un sablazo que me corta el menique de la mano derecha; sin que hasta ahora le haya podido reemplazar. ¡Es muy cargante tener que servir de blanco á los enemigos!

—¿Segun eso, respondemos á Rolland, ya os fastidiará bastante el oficio de marinero?

—¿Bastante? No, no moriré del todo, ó en caso contrario en mi puesto moriría, y mi puesto está en una batería mandando el fuego de estribor y de babor, y enviar hermosas y buenas metralladas al ene-

(1) Nada mas que el desprecio merecen estas y otras ridiculas frases que encontraran nuestros lectores en el curso de la presente obra. El señor Arago es el verdadero tipo de los escritores franceses. La ligereza y falta de criterio con que esta escrita la presente obra, es una de las prendas mas recomendables que la adornan. (N. del T.)

migo. Una batería será mi tumba, á no ser que ya no haya mas guerras, en cuyo caso presento mi dimision.

Al lado de aquellos dos hombres tan intrépidos, habia el anciano y delgado maestre Fouque, verdadero lobo marino, animal anfibio, dispuesto á todo, infatigable, ardiente, fiel en su sitio, que desempeñaba regularmente su oficio, como un antiguo reloj no deteriorado por el tiempo, y que indudablemente viajaba por última vez para entregar algunos escudos á su buena ama de casa, y economizar un poco para la compra de un terreno en el cual queria sepultar, segun decia, á su centenaria madre, de quien jamas hablaba sin derramar abundantísimas lágrimas.

Me olvidaré de Balthazard maestrecalafate, quien, el día de nuestro desastre con la sonda en la mauo, y pensando mas bien en su deber que en la catástrofe, nos decia ¡doce pies de agua; aun nos queda una hora!

Pues bien, alrededor de aquellos hombres de hierro estaban agrupados otros hombres no menos robustos ni intrépidos, que al primer silbido se lanzaban á la punta de los mástiles, que un segundo silbido les hacia caer en el puente, y que á cada palabra que salia de la bocina les hacia saltar en un minuto á cada estremidad de las vergas.

Ya os he dicho que aquella tripulacion se componia de marineros de diversos puntos; pero, en general, Tolon habia aprontado el mayor número.

Numerosas fueron las deserciones, y mas de una vez fue necesario obligar á los buques mercantes que nos dieran hombres, los cuales ignoro por qué no querian emprender con nosotros tan gloriosa campaña. Ignoro la causa del descontento, pero aun cuando la supiera no os lo diria. Luego vino la muerte, que aclaraba las filas, y á cada cadáver que pasaba por las troneras, Rolland, maestre cañonero, contaba en alta voz: ¡Diez, once, doce! Os aseguro que aquello era muy lúgubre.

Mucho nos persiguió la desgracia; con harta perseverancia nos visitaron la diestria y el escorbuto: pero tambien en medio de tantas peralidades, á nadie faltaba el valor, y el venerable abate de Quelen rezaba las oraciones de los agonizantes junto á hombres que veian llegar su última hora sin temblar. No importa, sombrío era el cuadro, nada mas doloroso que recorrer una batería, en la cual se oye el estertor de los moribundos, ni mas triste que un ataúd que al cementerio va: ¡el silencio y el ruido, la inmovilidad eterna y el movimiento!

Sin embargo á pesar de todo esto, hay personas que aun se niegan á emprender un viaje de circunnavegacion. ¡Pobres locos! ¡si supiérais cuánto perderéis con no intentar la empresa!

LX.

NUEVA-HOLANDA.

Tierra de Cumberland. — Nueva Gales del Sur. — Chubasco. — Sidney. — Cow. — Pais es excepcionales. — Colonizacion.

SOPLABA con gracia la brisa, y á toda vela surcábamos las olas del Océano. Conociase ya que nos aproximábamos á pais es menos calurosos, y si no nos hubiesen sido contrarias las corrientes del día anterior, debiamos ver, segun todas las probabilidades, antes de la puesta del sol la tierra de la Nueva-Holanda. Harto seguros estaban nuestros jóvenes alumnos de marina del valor de sus observaciones, para que dudáramos del prometido resultado, y nuestras ávidas y curiosas miradas buscaban ya en el horizonte aquella tierra tan interesante, tan rica y tan áspera á la vez, de la cual tantas maravillas se cuentan en la Europa.

En el mar no se necesitan muchos dias para percibirse que se cambia de zona, y aun cuando ninguna vegetacion os lo diga, la naturaleza de las olas, el color de la atmósfera y el paso de las aves emigradoras, os indican las diferencias. No menos os revela tambien estas variaciones el estudio del mar, y de cuando en cuando, adelantándonos hácia mas elevadas latitudes, descubrimos, á la manera de un negro y desnudo islote que el capricho de la ola recubria ó dejaba descubierto el inmenso dorso de alguna vagabunda ballena, que sin duda habia ido allí para dar tregua á sus diarios combates con las tempestades polares.

No habian mentido los relojes marinos. Ante nosotros al traves de densa niebla, desplégase una tierra, alárgase como para invadirlo todo, se levanta y sube, se colora y entrecorta, á fin de que podamos estudiar á la vez todos sus tesoros y todas sus pobreza. Es la Nueva-Holanda, es la tierra de Camberland, tierra poética por sus interiores misterios, tierra preciosa por sus beneficios presentes y su futura fortuna, tierra grande y fecunda, porque ha servido poco hace para la solucion de un problema moral que en vauo hasta ahora se habia buscado.

¡Oh! no dejemos pasar entre nosotros sin disecar alguna de aquellas montañas cuyos desnudos pies se sumergen en el agua, y cuyas cabezas, calvas unas veces, y otras coronadas de hermosa vegetacion, forman ya aquellos raros contrastes que á cada paso veremos. Todo es allí digno de estudio, hasta la uniformidad; todo es allí fenómeno hasta lo natural; no es la Europa ni el Asia; Africa ni América, no tienen uinguna roca, ningun arbusto, ni ninguna hoja semejante á las que se encuentran en Nueva Holanda, *continente sin igual*, segun dicen con razon los ingleses.

Es un mundo aparte ante el cual nos deslizamos con rapidez desesperadora para nuestra curiosidad. Hay allí robustos vegetales que estienden á lo lejos sus gigantescos brazos cuya silueta en ningun continente ni archipiélago hemos encontrado; arbustos caprichosos que nuestros naturalistas desconocen; raices cundidoras que imitan las ondulosas sinuosidades de una serpiente que toma el sol; y luego en el aire aves de extravagantes gritos, de entreverados colores, armoniosos y discordantes; y ademas ancones tallados de extraño modo, en cuyo fondo las aguas mujen cual no habeis oido en parte alguna del globo. El ojo y la imagiacion se hallan en éxtasis perpétuo, cae de las manos el pincel, porque teme traducir mal los fantásticos prodigios de un espíritu en demencia.

Por lo general, los primeros planos del paisaje luego que ante nosotros se desenvolvió la costa, son áridos, desnudos, ásperos y cortados por pequeños grados de desmedrada vegetacion. Mayores riquezas adornan ya al segundo cuadro, notándose ya en él cierta opulencia. Pero allá á lo lejos se ven algunas mesetas imponentes en las cuales ostenta la naturaleza su fausto con indecible profusion...

¡Cuán hermoso pais para el estudio! ¡Cuán lentas y rápidas van á pasar nuestras horas! Declina ya el día, cúbrenos la noche con sus velos, vense en la costa masas negruzcas sobre un violado horizonte, y por todas partes los fuegos brillantes y superpuestos os dicen que aquellos desiertos, en los cuales aun no se manifestó á nuestra vista habitacion alguna, tienen sin embargo sus salvajes visitantes y sus hordas nómadas. Tierra, cielo, aguas y hombres, todo va á ocuparnos, todo llamará nuestra atencion en esta Nueva Gales del Sur que pronto pisaremos.

Pero allá á lo lejos hay un fuego mas brillante que los otros que nos proyecta sus periódicos rayos. Manifiéstase el protector fanal, ocúltase á intervalos iguales, y aquí principia la solucion de la gran cuestion moral que la Inglaterra propuso y que solo ella resol-

vió. Dentro de algunas horas flotará el pabellón frances en el río de Sidney; oiremos voces amigas, y encontraremos la Europa en su antípoda.

Sabíamos que era estrecha la entrada del puerto, que sobre todo era á veces muy peligroso por la punta del Norte y que las corrientes mediante un viento no muy fresco podían arrastrarnos, y por consiguiente la prudencia aconsejó que la corbeta se mantuviera á conveniente distancia y que esperara la salida del sol. Luego que este se manifestó en el horizonte, emudecióse la brisa; y luego por medio de tímidas ráfagas procuraba remolcarnos hasta el puerto. Fue tan poco lo que adelantamos, que casi temimos nos visitara en alta mar una nueva noche. Pero ¡ay! no estábamos al término de la prueba, porque alrededor de aquel país tan rico en fenómenos todo debe ser terrible, solemne, inesperado é incomprensible. Sin embargo en el buque reinaba la alegría. Pero de repente cesa la brisa, las velas cubren los mástiles, la revoloteadora bandera cae inmóvil como una larga serpiente sin vida, palidece el disco del sol, y al parecer se ensancha y arroja alrededor de sí cortados rayos como los que surcan la nube. En tierra, todo permanece tranquilo y silencioso, pero el verdor toma dudoso tinte; y no parece sino que le cubre una red harinosa, y que espera una catástrofe, mientras que en el mar poco antes bullidora, suben y saltan chorros fosforescentes á manera del agua que hierve. Es un reposo si quereis, pero reposo de la masa y fibroso movimiento de todas las partes; por todos los puntos se ven pececillos que sobre cual si les persiguiera un enemigo voraz, suben, se agitan aturridos y vuelven á caer como atacados por vértigos. En el aire vereis las aves que volando muy bajo toman todas la misma dirección, pasan por la corbeta despidiendo siniestros gritos, y ganan la costa, en la cual todo desaparecía, cuando apenas principiaba á asomar el día. Cada uno de nosotros, considerando tan tristes presagios, examinaba todos los puntos del horizonte, y procuraba adivinar por dónde nos atacaría la funesta ráfaga, porque ya se predecía el huracán por mas que guardara silencio el barómetro. Puro estaba el cielo y templado el aire; y sin embargo, de nuestras descubiertas frentes caía ardiente sudor, y nuestros cuerpos, agitados por conmociones eléctricas, se movía por sacudidas irregulares y multiplicadas. Vigilaban los marineros, y se hallaban prontos para la primera señal. Vial, Marchais, Barthe, Leveque, Chaumont y Petit, dirijian sus intrépidas miradas á la flecha de los mástiles porque conocían que se iba á arriar; y este último, sobre todo, tan dramático en el momento del peligro, decía entre dientes: ¡Ah! ¡maldito! ¡ah! ¡tunante! ¡quieres atemorizarnos, perro! te esperamos; carga sobre nosotros si te divierte, pero te prometo que he de divertirme mas que tú. ¿Qué haces allí arriba con tus curvas de fuego? Envíanos esto y te daré las gracias cuando tenga tiempo. Marchais, pasando por su lado en el momento de la arenga, le aplicó lo que sabeis en el punto en que también sabeis, y Petit, sin volver la cabeza dijo: ¡Alerta, que ya principia!]

No se dejó engañar el capitán, y resonaron estas breves palabras: corred las troneras y escotillas; cargad todas las velas.

La ocasión era aquella. En un abrir y cerrar de ojos quedó invadido el espacio; levantábanse estravagantes masas alrededor del sol oscurecido, que le hubiérais tomado por una luna á su salida en medio de densas nieblas; las nubes delineaban mil fantásticos contornos; pasaban unas por encima de otras, se confundían, se rasgaban y se separaban rugiendo; el rayo se dibujaba en sus tenebrosos flancos y lanzaba á lo lejos sus mil inflamadas lenguas, propagando en el horizonte una combustión general; parecia un ruido análogo al de mil devoradoras cascadas, chorros

de fuego, baterías en continuo movimiento, detonaciones capaces de conmover el mundo...

Y el buque apoyado en las olas se deslizaba impedido por el mas impetuoso viento, y torrentes de comprimida lluvia acribilaban al marinero ocupado en la maniobra, y el huracán nos aventajaba para ir mas lejos á llevar sus estragos.

Durante todo el día y toda la noche nos vimos obligados á alejarnos de la hospitalaria costa en la cual aun despues hubiéramos encontrado saludable abrigo. Hoy día tenemos que andar aun sesenta leguas antes de saludar de nuevo el benéfico faro. La mar tiene sus caprichos, de suerte que por todas partes la decepción al lado de la esperanza y de la dicha.

Sin embargo, pronto una feliz navegacion nos prometió la deseada escala; nos dirijimos de nuevo hácia el puerto Jackson, y nada se opuso ya desde entonces al término de los trabajos á que nos habíamos consagrado por tan largo tiempo. Contemos primero el efecto general, que luego ya procuraremos que no se nos olvide niugun pormenor. La impresion del momento es la que debe cojer el escritor que quiera que los lectores compartan sus emociones, pues siempre hay algo que falsea en las relaciones que se escriben en medio de las meditaciones del gabinete.

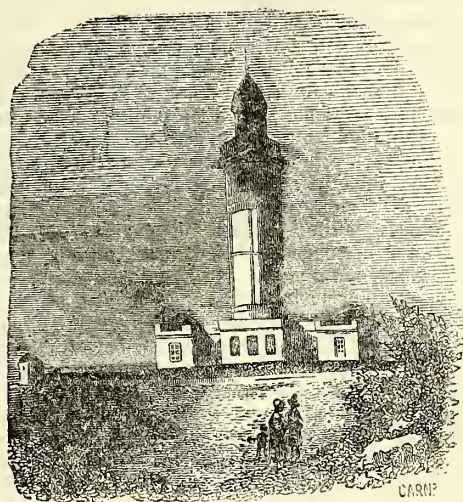
Os he puesto á la vista una tierra triste, decrepita y devastada, ó sea la parte Oeste de la Nueva-Holanda; pero ved tambien en el mismo continente un suelo rico, feraz y vigoroso, que ha dado resultados verdaderamente maravillosos al trabajo del hombre, y que se halla destinado tarde ó temprano á asegurar la fortuna de todos aquellos que irán á fijar en él sus esperanzas.

¡Oh! cuando despues de una larga y dolorosa travesía, se encuentra el navegante, por decirlo así, cara á cara con un cielo azul y tranquilo, con una tierra jóven y rica, cree salir de un doloroso sueño, y parece que tambien desafia con mas orgullo á los elementos que acaba de someter.

La isleta Campbell es el punto de tierra mas próximo al antípoda de París. Despues de ella siguen la Nueva-Zelanda, luego van Diemen, y en seguida la Nueva-Holanda, que es la protectora natural de aquel archipiélago llamado Oceania. Seis mil leguas os separan de vuestra patria; no importa, el corazon os late como si volviérais á ver, despues de un largo destierro, el campanario de vuestro pueblo, el teclado contrastado de vuestra anciana madre. De noche, los fuegos que de distancia en distancia se ven á la manera de las guerreras señas de los antiguos escoceses en sus poéticas montañas, os dicen que vais á pisar una tierra virgen. ¡Hé aquí Europa, hé aquí mi país, mis compatriotas, mis amigos y mis hermanos, sin duda!.. He sonado una ausencia.

A la izquierda, al entrar en el río Sidney, un faro de estreña elegancia y de una solidez capaz de desafiarse las injurias del tiempo, os dice que tambien en aquellos climas se conoce y practica la arquitectura... A medida que se adelanta, vuestros ojos sorprendidos y maravillados, contemplan por todas partes lozanas plantaciones, vastos jardines con sus pabellones y sus filas de plátanos ó de pinos de Italia. Del seno de aquellas colosales masas de verdor salen como por encanto elegantes edificios, casas como nuestras quintas, y casas de campo como nuestros palacios; y luego tambien si con vuestros gemelos os entreteneis en observar los senderos de aquellos encantadores sitios, descubriréis, bajo su verde encina, algunas dichosas personas que se entregan al placer de la lectura ó á los encantos de una conversacion familiar, mientras que allí cerca una alegre multitud de chiquillos, vestidos como si se les acabara de elegir, en París, las modas del día anterior, juegan del mismo modo que en los monótonos y regulares paseos de las Tullerías ó del Luxemburgo. Allí está París,

pero rejuvenecido y engalanado como en día de fiesta, y con el mes de mayo y un cielo azul.



Fanal de Sidney.

Cuando Cook, el mas intrépido y concienzudo de los navegantes hubo descubierto aquella parte Este de la Nueva-Holanda, tan opuesta en un todo á la parte Oeste, se consideró feliz con haber encontrado una rada tan hermosa y tan segura como la que denominó Bony-Bay. Pero, luego, despues del descubrimiento del rio que hoy baña á Sidney, la bahia botánica perdió parte de su magnificencia, y el puerto al cual cree aun Europa que la Gran-Bretaña manda aun sus deportados, no fue mas que una vasta rada abandonada á los naturales, y en el cual se han levantado posteriormente dos fábricas bastante mezquinas de lienzo y de sombreros. Sin embargo, el hábito que es un déspota tan imperioso, conserva aun entre nosotros sus privilegios, y siempre se dice en Europa: el establecimiento de Botany-Bay.

Fuera de lo que hace poco se ha trasportado de nuestros climas, todo es del pais y nada mas que del pais. Hasta parece que las nubes al pasar por aquella tierra tan vasta y tan diversamente dotada, cambian de naturaleza y de destino. Cuando graniza, los granos no son redondos, cuadrados, ni poligonales; son placas de hielo, á menudo anchas como la mano, y que caen con la rapidez de una piedra tirada por robusto brazo. Despues de un huracan, encontrais á veces en los troncos de los árboles, incrustados á una ó dos pulgadas de profundidad, muchos de aquellos terribles proyectiles contra los cuales son á menudo débiles salvaguardias los mas sólidos techos. Súfrese allí un calor de treinta y dos grados de Reaumur que pone en combustion los secos arbustos de la campiña, y, como no se encontraria indudablemente en toda aquella parte del continente un solo pedazo de caliza, la casualidad ha querido que habiéndose secado varios rios por alguna conmocion terrestre, dejaran en el suelo inmensas capas de conchas las cuales, pulverizadas, forman uno de los mas sólidos cementos.

Allí es peculiar del pais la naturaleza humana, sin que tenga la mas leve semejanza con los individuos de las demas regiones. Su vecina, la Nueva-Zelanda, produce una raza fuerte, belicosa y admirable en su estructura. Allí los hombres y las mujeres apenas pueden ser clasificados en un grado superior al de los monos. Allí tan solo hay hornitoronquios, oposumos y kanguroos; encuéntranse sin embargo cisnes, pero son negros, y de este color no se encuentran en ningun otro punto del globo... ¡Oh! ¡cuántos estudios

pueden hacerse sobre aquella tierra de horror y de consuelo á la vez!.. Por largo tiempo se ha creido que las devastadoras inundaciones que invaden á veces las mas altas mesetas eran el resultado de estrordinarias mareas provenientes de una mar interior, fundándose para esta suposicion en las inútiles investigaciones de los viajeros que quisieron encontrar la desembocadura de algunos rios. Hoy dia ya no existe tamaña duda; se han descubierto numerosas corrientes de agua, ya se les ha hecho refluir á inmensas distancias, mas no por eso deja de ser menos cierto que el interior de la Nueva-Holanda tiene vastos espacios inundados, en los cuales los rios y los torrentes agitan sus olas diversamente matizadas, y se abren al fin un paso despues de una terrible lucha, sobre todo en la época de las lluvias y de las tempestades.

Hasta ahora es Mr. Oxley el explorador que ha dado á la ciencia geográfica los mas curiosos documentos acerca de aquellos fenómenos mediterráneos; y desde sus sábias escursiones, no son ya las montañas Azules, mas allá de los cuales cuentan algunos establecimientos los ingleses, puntas infranqueables y mortíferas.

Entremos ahora en Sidney; pero no esperéis una detallada descripcion de la ciudad. Creeriais que os estais paseando por las hermosas y anchas calles de Burdeos ó de Marsella; vénsa encantadoras fachadas, peristilos de mucha elegancia y gusto, fondas, palacios y admirables hospitales; luego por las calles y plazas trascurren señoras vestidas con lujo, fisonomias parisienses, hermosos y ricos uniformes, magníficos caballos, y suntuosos trenes. Estais en París, vivis en Londres, y no habeis abandonado á Europa.

Retrogrademos algunos años, pero muy pocos, porque allí todo es prodigio.

Bandas de ladrones devastaban las calles de Londres, mujeres depravadas infestaban los callejones, plazas y paseos; bandidos armados robaban y asesinaban á los viajeros en los caminos reales; los petardistas y truhanes con su infame código escrito se introducian en las familias y difundian pronto en ellas el terror y el luto; y los patibulos eran estériles lecciones, y las prisiones atestadas de criminales no bastaban para la regularidad de los criminales...

De repente una idea grande, noble y generosa, fermenta en una cabeza, germina, sale á la luz, estalla y la Inglaterra reconocida acoge con transporte las palabras del sentido de las que voy á transcribir.

Allá lejos, lejos, cerca del antípoda de la Gran Bretaña, el mas atrevido navegante de los tiempos antiguos y modernos, ha encontrado una tierra fecunda y un cielo generoso; pues bien, yo os pido aquel cielo y aquella tierra para los miserables á quienes les descarga sus golpes sin corregirlos; y tambien os la pido en favor de aquellos á quienes la justicia considera peligrosos para la sociedad.

Allá lejos viven hordas salvajes é inhospitalarias, arrojad á su alrededor estos corazones envilecidos á quienes aun no abandona la clemencia de los hombres; cread un código terrible bajo el cual se verán obligados á bajar la cabeza, y enviad junto con aquellos valores por desgracia probados, las voluntades de otros hombres enérgicos que no retrocederian, en pro de todos, ante ningun sangriento sacrificio; que no encuentren perdon ni misericordia para nuevas faltas los que aquí han encontrado gracia para darles el poder de ir á regenerar un terreno salvaje; que de aquel suelo que vuestra generosidad les abandonara primero como un beneficio, y luego como una recompensa, broten las riquezas europeas con las cuales queremos dotar á aquella nueva y fecunda patria; y que en fin, despues del tiempo de prueba, rico cada deportado con los productos que haya adquirido mediante su trabajo, pueda volver á ver la metrópoli en la cual no ofrecerá peligros su presencia, porque el

hábito de aquel trabajo le habrá dotado de probidad y porque un largo destierro habrá hecho renacer en su pecho el santo amor de su país del cual ningún hombre carece.

Resonó en los tres reinos unidos un grito de admiración, desocupáronse las cárceles; pocas veces se levantaron patibulos á las miradas del ávido populacho, las calles y plazas de Londres no exhalaban ya fétidas emanaciones, los correos y diligencias viajaron de noche sin escolta, y se respiró con mas libertad en las familias.

Pero tambien desde aquel dia se vieron en el admirado Támesis los mástiles de algunos buques dispuestos para largas travesías, y algun tiempo despues levaron ancla, lastrados con vagabundos, malhechores, bandidos y rameras, sobre los cuales pesaban desapiadadas cadenas.

Atravesóse el Atlántico de Norte á Sur, y se dobló el cabo de Hornos; surcóse de Este á Oeste el vasto Océano Pacífico, y los buques balleeros de todas las naciones saludaron con respeto los navíos reformadores; y despues de algunos meses de viaje, el áncora inglesa visitó de nuevo el fondo de una rada hermosa, ancha y perfumada, ante una rica vegetación: en presencia de una naturaleza de hombres cuya existencia ningún viajero había aun sospechado.

Pero junto allí se había visto de lejos un profundo ancon, y fueron á examinarlo. Creyóse en un principio que se iba á encontrar un río, y Cook fue el primero que cayó en el engaño. No importa, desplégase á la vista con imponente magestad un soberbio puerto y al fin para la seguridad de los buques hay una profunda y tranquila concha. Una costa caprichosamente accidentada manifestaba el partido que de ella podría sacar la naciente colonia. Descansóse. Espantados los naturales se salvaron internándose por los bosques; los deportados saltaron en tierra y pisaron un pacífico suelo; se les hizo que construyeran cabañas para preservarse de los rayos del sol durante el dia y de la humedad durante la noche; obedecieron por necesidad, y aquel fue el primer dia de la mas hermosa, de la mas rica y poderosa colonia del mundo.

¿Quién ha edificado aquellas ricas y suntuosas fondas? Culpables á quienes las leyes inglesas habían herido con su reprobación. ¿Quién ha trazado aquellos magníficos jardines que recuerdan los de Europa? Ladrones espulsados de la metrópoli á quienes la necesidad y quizas los remordimientos han inspirado genio. ¿Quién se encargó en aquel país, enteramente excepcional, de reprimir, de prevenir y de castigar los delitos de los petardistas? Vagabundos que al fin comprendieron que la sociedad es la armonía.

Hay en Sidney escuelas públicas en las cuales preconizan la austeridad de costumbres bocas jóvenes y frescas; pues bien, estas bocas pronunciaban poco hace, en el país de donde se les desterró, palabras vergonzosas cuya memoria se borra en nuevos y santos deberes. Por todas partes hay allí un contraste perpétuo entre la vida pasada y la presente; por todas partes hay una lucha diaria entre el vicio que se había erigido en señor y la virtud que recobra sus derechos, la cual casi siempre sale victoriosa. No parece sino que un nuevo bautismo haya regenerado á aquella población de bandidos y de rameras; no parece sino que haya un eterno divorcio entre las dos naturalezas europea y holandesa; allí hay en fin las dos estremitades de un diámetro.

Pero no siempre se vence á la corrupción, pues de continuo se presenta con la cabeza erguida á despecho de los castigos y de los suplicios.

El culpable incorregible no da crédito á las palabras del culpable que le exhorta que se arrepienta; irritase por el contrario de las lecciones de moral que brotan de lábios en otro tiempo impuros, y nada, con efecto,

debe ser mas punzante para un corazón envilecido como que retorne el bien aquel que compartió con él sus afrentas y sus crímenes. ¿Y qué ha hecho el legislador? Ha colocado en medio de aquellos hombres espulsados de su patria, á otros hombres de recta conciencia, de activa vigilancia y de intacto honor, quienes, desde su llegada á la nueva colonia, han tenido el derecho de hablar en alta voz y de lanzar sus terribles anatemas contra los temibles enemigos de la tranquilidad pública; y así vereis en Sidney, que ocupan los principales empleos, distribuidores de gracias, integros reguladores de cada propiedad, magistrados, militares, legisladores, ingenieros y astrónomos, manifestando á todos que las artes y las ciencias son hermanas de la industria, y que la verdadera gloria de un pueblo es su prosperidad.

Ya os citaré mas adelante algunos de los mas recomendables nombres á los cuales debe parte de su brillo la colonia de Sidney. Hoy dia admiro cuanto hiere mi vista, y apenas comprendo cómo han podido verificarse tales prodigios en tan cortos años.

Ya he dicho en otro punto que entregar una colonia á los ingleses era labrar su ruina. No estaba lógico con las palabras de hoy. Todos los países que por largo tiempo han sufrido un poder, no cambian de dueño sin cierta irritación y vergüenza, porque la mudanza es sobre todo la que manifiesta la servidumbre. Por eso vale siempre mas la misma cadena en los pies ó en el cuello, aun cuando sea para sustituir un eslabon viejo y corroido, por otro nuevo y pulimentado. Cuando una colonia cambia de dueño, es decir de leyes, es imposible que vencedores y vencidos, amos y criados, que no alimenten unos contra otros una antipatía y un odio que el tiempo podrá debilitar pero jamas destruir. Un voluminoso tomo podría escribirse acerca de esta verdad, que no creo la haya manifestado nadie; pero dia llegará en que se publique tamaña obra.

Pero allí en el puerto Jackson, no es aplicable este caso; la Inglaterra descubrió el país, se apoderó de él por el derecho de las naciones y de la fuerza, arrojó allí hombres, costumbres y un código; la Inglaterra no tuvo que combatir ni que someter á ningún rival; y se hallaba en todas sus anchuras porque un solo fusilazo ponía en precipitada fuga á las hordas salvajes á quienes desposeía. Nada tuvo que destruir la Inglaterra para edificar, pues ha sido dueña absoluta desde el primer paso que dió sobre aquel suelo rico y feraz; y la Inglaterra debía enriquecer al mundo con una ciudad, con una capital y con una colonia destinada indudablemente á desempeñar un importante papel en la historia general de los pueblos.

LXI.

NUOVA-HOLANDA

El puerto Jackson. — IncurSIONES al interior. — Lucha entre un salvaje y una serpiente negra. — Habitación de Mr. Oxley.

Ya os he dicho que mas pesado es un continuo placer que el infortunio, y que los enfermos de espíritu en la opulencia son mas superiores en número que los que se observan en la miseria. La desgracia sin remedio se sufre con mas valor. Verdad es que las riquezas son una poderosa egida contra las humanas bastardías; mas por lo mismo que en las manos teneis el remedio siempre teneis que se os escape. Ademas de que la prosperidad es muy ambiciosa; y de aquí la sed de grandeza; pero el apuro es muy humilde, y de aquí la resignación que es una virtud, y toda virtud ensalza.

Las primeras páginas de mi relación acerca de aquella curiosa tierra os habrán dado á conocer que tambien se halla dignamente representada, y que

bien puede creer el viajero que se encuentra en Londres ó en París. Pues bien, los júbilos del primer momento se borraron, me cargan, me asedian, y los repleto cual si fuesen una debilidad. Hay casos en que el movimiento es el reposo. ¿He ido yo acaso tan lejos para adormecerme recostado en los cojines de nuestros perfumados salones, y he desafiado tan mortíferos climas y he arrostrado tantos peligros para girar sin cesar alrededor del estrecho círculo en el cual di los primeros pasos de mi vida?

¡Vamos! el mundo es, pues, un inmenso libro en el cual es muy imprudente volver una hoja sin haberla leída antes toda entera. ¿Os complaceis en las emociones de un drama cuyo desenlace jamás conoceréis?

El objeto es todo cuanto buscamos en el horizonte. La monotonía es la saciedad; y la variedad es el placer.

Así pienso yo que soy, un espíritu á parte y una infeliz concepción, que no me alegro sino cuando por el camino encuentro dificultades, y que jamás he calculado el peligro sino cuando ya era imposible el combate. Viajeros, ensayad mi método, y os aseguro que tendréis recuerdos para entretener vuestra vejez. Cuando se quiere ver bien, es preciso estudiar con detención las cosas y los hombres de cerca, muy de cerca; la silueta y la masa de los objetos los representan con mucha imperfección, y si me dijeseis, que á pesar de su incommensurable distancia nada nos ocultan las estrellas de su curso en el espacio, os contestaré que la naturaleza de aquellos cuerpos nos es quizás desconocida, y que, puesto que no podemos ir á ellas, el ojo de la ciencia se ha visto obligado á aproximarlos á nosotros por medio del telescopio para llegar á adquirir la certeza.

Por lo demás, la ocasión que de nuevo se presentaba á mi impaciencia era muy favorable; solo á medias me interesaba ya la ciudad europea, puesto que á algunos pasos de allí había dilatados bosques que me ofrecían su soledad, y los desiertos su misterioso silencio. Mr. Oxley, quien, como ingeniero y como sabio, había hecho ya muchas incursiones al interior de la Nueva-Holanda, y me había acogido con gran cordialidad en su propia casa, y me ofreció acompañarme á una de sus habitaciones, situada á ciento cincuenta millas de Sidney y próxima al torrente de Kinkham, cuyas devastaciones son tan terribles. Acepté con júbilo y acompañado por Mr. Demestre, que según tengo entendido nació en Bretaña y naturalizado en Inglaterra, lo mismo que por otros dos oficiales superiores de la guarnición, nos preparamos para la proyectada incursión.

Si los ingleses os reciben con atención, se esforzarán en ella sus mas minuciosos detalles, y así es que de nada tuve que ocuparme. Una hermosa calesa tirada por dos caballos sirvió para Mr. Oxley y los dos oficiales, y yo me coloqué al lado de Mr. Demestre en un elegante tilburí.

Hermoso estaba el día, y ancho y magnífico era el camino; frescas y suaves nos llegaban las emanaciones de los bosques, y mi ardiente curiosidad no concedía el mas corto plazo á la infatigable complacencia de Mr. Demestre, quien había atravesado ya veinte veces aquel país. No se veían riachuelos por las orillas del camino, y sin embargo, por todas partes descollaba una vigorosa vegetación; de cuando en cuando una bandada de papagayos y cotorras respondían al sordo ruido de nuestros coches con agudos gritos, mientras que mas cerca de nosotros oíamos á veces el quejumbroso suspiro del kangaroo, el cual de un solo bote salvaba las mas altas hayas... Adelanto, ya estoy mas lejos de la civilización.

Pero ya se desliza el día al través del despierto bosque; dibújense los objetos, no como fantasmas for-

mados por una indecisa imaginación, sino tales cuales debe verlos el ojo cuando la niebla y las tinieblas se disipan. Poco me entusiasma un placer ordinario, como tampoco me conmueven las débiles catástrofes. Alegría y tristeza ilimitadas, un amor hasta el delirio, una febril amistad, tempestades, huracanes y naufragios constituyen la vida que el cielo me concedió, y así es que me adormezco al ruido que el mundo despierta.

Apetecía el desierto, su eterna calma, y su secular soledad, pero á las seis horas de un trote largo vi algunas casas construidas á la europea, y doradas ya por un cálido y brillante sol. Mr. Demestre esperaba un grito de alegría pero solo oyó un suspiro de dolor.

— ¡Cómo! ¿no se siente V. feliz?

— Soy el hombre menos feliz del mundo.

— Pero á V. le gustan los contrastes.

— Esto es un desencanto.

— ¿Por qué? Me parece que es una maravilla la Europa en el antípoda de la Europa... Pero tranquilícese V. que allí está también el reverso de la hoja.

Ya hemos llegado, ya estamos en la Nueva-Liverpool.

Detuviéronse los dos carruajes á la puerta de una quinta bastante bonita, y Mr. Oxley dispuso que se guisara allí nuestro almuerzo; luego escribió algunas líneas y mandó un convict con la mayor preinura, á un vasto edificio construido á orillas del río del rey Jorge. La plaza que el convict había de atravesar era inmensa, y el punto al cual se dirigía es un magnífico hospital de cuyo edificio salió un momento despues, á galope, montado en un caballo inglés de sangre pura, Mr. Lazzaretto, cirujano en jefe de la ciudad, persona alegre, contento por nuestra visita, divertido, hablador, y sobre todo muy comedor, y amigo de contar las mil aventuras de su vida y los mil peligros de sus correrías, con una vivacidad y pintoresco estilo del mas sorprendente efecto. Mr. Lazzaretto había recorrido por curiosidad todos los imperios y reinos del mundo, había atravesado todos los mares, estudiado casi todos los archipiélagos, y creíase dichoso con tener á su lado un hombre atento y ávido que nada perdía de sus narraciones tan variadas, tan sencillas y tan instructivas á la vez.

Desde aquel día Mr. Lazzaretto y yo nos ligamos con sincera amistad, y á nuestro juicio dejó el formarnos una idea de la intensidad de nuestra alegría y de la fraternidad de nuestros abrazos cuando algunos años despues, en una hermosa tarde de otoño, nos hallamos cara á cara en París, en los Feuillants.

— He bailado con este caballero bajo el Pont-Neuf, dijo á una señora á quien daba el brazo; permítame V. que le acompañe durante lo que queda de día... Cansado estoy, me dijo con tristeza al separarme de él aquella noche, ya he viajado bastante, me he vuelto muy casero, y así es que pasado mañana salgo para Cochinchina, pero á la vuelta pongo punto final.

— Buen viaje, amigo mio; no desconfío verle á V. algun día en el Tibet ó en el Himalaya.

— Allí le cito á V.

Solo comprenden bien la amistad aquellos que han viajado juntos por largo tiempo, y que han compartido las mismas fatigas y corrido iguales peligros.

Mientras enganchaban los caballos, me hicieron recorrer mis compañeros de viaje la ciudad, la cual se compone de doscientas cincuenta ó trescientas casas situadas alrededor de la plaza, y construidas con gusto. Ancho y profundo es el río Jorge que la baña; altas son sus orillas; y no se baja á él mas que por una escalera de madera de mas de treinta escalones colocada junto al hospital. Tendrá unos veinte y cinco pies de profundidad. No mas pormenores merece Liverpool.

Perciso fue marcharnos.

— ¡Ah! apetece V. una tierra primitiva, me dijo Mr. Demestre; prepáre V., pues, su admiración. Tomaron la carrera los caballos, saludamos con la mano á Mr. Lazzaretto, y nos engolfamos en los bosques. ¡Qué espectáculo, Dios mío! ¡cuánta imponente magestad! ¡cuánto solemne silencio! ¡cuánta vegetación lozana, vigorosa y variada!... En el Brasil y en las Molucas solo mediante el hacha ó la llama se logra penetrar en el seno de los bosques que les revisten, y pisando las densas capas de hojas secas y de ramas que el huracán derribó, y bajo las cuales se oyen las monstruosas serpientes que allí su imperio han establecido.

De incommensurable altura son allí las cúpulas de verdor, y apenas al pie de aquellos gigantes eucaliptos, que adornan el terreno, apercibis desparramados algún arbusto de corta elevación bajo el cual reposa siempre despierto y dispuesto á dar muerte á todo ser que respira, el terrible serpiente negro, mil veces más temible que el león y la hiena de África ó el afamado tigre de Bengala. Pero entre los árboles, algo distantes unos de otros como para favorecer las audaces incursiones de los viajeros, hay un césped fresco y verde que os incita á que lleveis mas lejos vuestras científicas indagaciones.

Habia visto ya el Brasil y sus virginales bosques, las Molucas y sus flotantes cúpulas de verdor, y la península Peron y sus desoladas mesetas; habia presenciado también aquellas imponentes calmas del Océano Pacífico en el cual se dibujan las cóncavas olas á la manera de los profundos valles de los Pirineos y de los Alpes; habia igualmente sufrido las terribles ráfagas que salen del canal de Mozambique, y os impelen con furor hasta las heladas regiones australes... Pues bien, aquellos graves fenómenos habian desaparecido ó se borraban poco á poco de mi memoria. El tumulto de las olas que los huracanes configuran en remolino no equivale al solemne silencio que aquí nos rodea, cuando las ruedas de nuestros carruajes cesan de pisar el césped y cuando los caballos se detienen inesperadamente; no parece sino que asiste uno al primer día de la creación. No pronunciaba yo ninguna palabra, con fuerza latía mi corazón, jadeante estaba mi pecho, abismábanse mis miradas en la inmensidad de aquellos eternos bosques, y solo se paraban en una lontananza vaporosa, invadida sintregua por el gigantesco eucalipto, junto al cual el mágico quitasol del pino de Norfolk escondia sus terciopelados y protectores brazos. ¡Escuchad, escuchad!... Nada á vuestros pies, nada sobre vuestras cabezas; porque harto altas están las hojas para que el ruido del viento que las acaricia llegue hasta vosotros... Pero ahora procurad que resuene la detonación de un arma de fuego; y oíreis una saturnal de brujos, un caos de voces, silbidos y gritos capaces de perturbar á la mas impávida cabeza; oíreis el ruido de una cascada, de una multitud de animales monteses que se despiertan atemorizados... Innumerables bandadas de papayos y cotorras grises, verdes y amarillas despiden atronadores chillidos que los ecos repiten esparciendo el terror en sus afligidos hermanos; y las altas ramas de los seculares gigantes chocadas en todos sentidos, gimen, rómpense y caen. Agítase y agujerea su colosal nido la monstruosa hormiga de picadura acre y profunda, mientras que, no lejos de vosotros, la serpiente negra, embargada por vez primera de estupor, desarrolla sus gelatinosos anillos, abre su horrorosa voz en la cual duerme también el veneno, y de un solo salto recorre dilatado espacio cual flecha despedida por robusto brazo... ¡Oh! ¡prodigioso es todo aquello! ¡tan grave, tan imponente y tan sublime es todo aquello que no se atreve uno á pedir segunda prueba, cuando el silencio recobró ya su imperio!... porque el hombre ama tan solo aquello que alcanza á describir, pero las lenguas

enmudecen al pretender dar una idea de tales fenómenos.

Mucho les complacia á mis compañeros de viaje mi admiración, pues con efecto permanecía estupefacto y anonadado sin que apenas me atreviera á respirar. Sin embargo, un nuevo y terrible episodio, en perfecta armonía con las profundas emociones que me agitaban, vino á añadir nuevo resello á aquella imponente escena adornada ya con tanta grandeza y magestad.

Al oír la detonación de nuestra arma, apresuré su marcha, nos alcanzó y pidió humildemente limosna un deportado de Liverpool el cual indudablemente se hallaba allí para librarse de alguna corrección, y á quien le atormentaba el hambre en aquellas soledades. Le arrojamos algunas monedas, y al bajarse para cogerlas dándonos las gracias con una mirada llena de reconocimiento y de alegría, dejóse oír un ruido, agitóse al pie de un árbol un montón de césped, y rápido como un dardo salió de allí una serpiente, mordió al pasar al infeliz deportado en la parte inferior de la rodilla, y desapareció á lo lejos.

— ¡Piedad!... ¡oh! ¡piedad!... exclamó el infortunado, que se habia quitado su cinto; ¡en nombre del cielo, una navaja, un cuchillo, un sable! Sin pérdida de tiempo le arrojó Mr. Demestre una navaja; cogióla el deportado, y con sorprendente valor se cortó un enorme pedazo de carne, que cayó sobre el césped y se dirigió, despidiendo horribles gemidos, hacia Nueva-Liverpool.

— Morirá á cien pasos de allí, me dijo Mr. Demestre; es un cadáver para el oposo.

Emprendimos de nuevo el camino, y de un tirón anduvimos seis leguas siempre en medio de aquellos eternos bosques sin que en lo mas mínimo se modificara su aspecto. Paróse al fin la calesa de Mr. Oxley, la alcanzamos, y dos domésticos nos aderezaron la comida.

A poco menos de un cuarto de legua se presentaba mas despejado el terreno.

— Desde aquel punto raso, me dijo Mr. Oxley, se perciben las montañas árabes.

— ¡Oh! allá voy, pues, porque quiero saludar aquellas misteriosas cordilleras que han fatigado á tantos ánimos decididos y vencido la constancia de tantos explotadores.

— ¡Cuidado! ¡vigile V. á su alrededor! replicó Mr. Oxley; porque los salvajes llegan á veces hasta allí, y si no teme V. sus flechas, guárdase V. por lo menos de los ataques de la serpiente negra; porque la experiencia de hoy mismo le habrá manifestado qué clase de enemigo es.

Púscme una especie de pantalón de palastro, el cual aunque bastante groseramente construido, podía sin embargo preservarme de las mordeduras de las serpientes; armeme con un sable, una pistola y una baqueta de hierro de fusil, arma terrible que de un solo golpe rompe los anillos de los reptiles, y les detiene en medio de su rápida carrera. Y en seguida con mi cartera bajo el brazo, me puse en camino. Apenas habria dado unos cien pasos, se me acercó un salvaje de aire quejumbroso y temeroso, y del todo desnudo, con media docena de flechas y una macana grotescamente modelada. Tiré del sable y le hice señas, manifestándole que no se acercara; pero él, triste y paciente, me dió á entender por sus gestos, que caía de inanición, y que me pedia algún alimento. Ordenéle que no se mecase, y me fui hacia mis compañeros de viaje; puse en una servilleta algunos restos de carne de pluma, dos chuletas, un gran pedazo de pan, y me volví donde estaba el salvaje.

Aquellos desdichados, tan disformes como los naturales de la península Peron, se escapan á veces de las profundas soledades á que se ven relegados, y

llegan hasta el puerto Jackson, audaces y desnudos, para reirse de la civilización que les rodea sin seducirlos. Los ingleses, manifestándose indiferentes á sus visitas, permiten, en el seno de espantosas orgías, que en las calles y plazas se den combates, en los cuales cae á torrentes la sangre.

Estínguese poco á poco la raza de aquellos hombres; y así continuando quedará completamente deshabitada de ella dentro de veinte años la parte Este de la Nueva Holanda.

Pronto alcancé al infeliz, y le mostré las riquezas que le traía; pero le vi con los ojos encendidos y los músculos en movimiento que me hacía señas para que no me meneara, ni hiciera ruido, y para que mirara hacia el punto que me indicaba con la aguda punta de una de sus saetas.

—Hiso, hisso, me decía en voz baja, hisso, y sus dientes rechinaban cual soldado que se impacienta para entrar en combate.

Sabia ya que *hiso* equivalía á serpiente negra. Miré hacia el punto designado, y vi con efecto, estendida en el tronco de un magnífico eucalipto, que el rayo indudablemente desarraigó, una enorme serpiente negra, parte de cuyo cuerpo se hallaba oculto bajo de la corteza del árbol. Tiré del sable, y, para lo que suceder pudiera, cargué la pistola. Pero adviniendo el salvaje mi intención, me dió á entender que solo para mi pérdida servirían aquellos preparativos, y que si quería dejarle obrar, mataría él al hisso. No mas apetecía yo, porque, francamente, iba á

batirme en retirada. Sin embargo, anonadada por la inmovilidad del reptil, que dormía al sol, y movida mi curiosidad, me estuve aun quieto. El salvaje me pidió algún objeto y daba saítitos, cual si pisara un suelo que ardiese. Le enseñé un cuchillo, un cortaplumas, mi baqueta de fusil, y mi pistola, que bien me hubiera guardado de entregársela..... pero nada le convenia. Por último, tocó con el dedo mi corbata, le enseñé mi pañuelo, y me manifestó que aquello era lo que necesitaba. Tomólo con alegría, díjome que me apartara algunos pasos, á lo cual cedí de muy buena gana, y permanecía con los sentidos suspendidos, palpitándome el corazón, con los ojos fijos, y en la mano la baqueta de fusil. El salvaje envolvió los dedos y parte del puño con el pañuelo, miró si sus dedos y su puño podían moverse libremente giró sobre sus talones, agachóse casi por completo, y se adelantó con la mayor prudencia hacia el terrible hisso. Por un momento temí por la vida del salvaje; calentura me daban su audacia y su sangre fría..... Llegado que hubo al derribado tronco, se echó al suelo el natural, avanza contra el enemigo que iba á combatir, le coge fuertemente por la cola y se levanta. Levántase también á su vez la serpiente, pero, retenida por la capa de corteza bajo la cual se había semi-relugado se replega. Todos estos movimientos había ya previsto el natural; retrocede estrechando siempre á su víctima, y en cuanto esta se desprende de la corteza, y se levanta para lanzarse, morder y matar, mi intrépido salvaje



El hisso (culebra negra).

agita sus brazos, y hace girar á la serpiente á la manera de una honda. Lleno de estupor, inmóvil y fascinado estaba yo. Saltaba siempre el salvaje, y daba gritos parecidos á los de una liebre que acaba de apoderarse de su presa. Después de haber hecho girar al reptil, durante dos ó tres minutos por lo menos, y sobre todo después que noté que era nula la resistencia que oponía al movimiento de rotación, aproximóse el salvaje al caído eucalipto, y mediante un postrer y vigoroso esfuerzo, estrelló contra él la cabeza de la serpiente, la cual quedó tendida allí mismo.

—¿Está muerta? dije con un gesto en armonía con mis palabras. El salvaje me indicó que no, y que poco tardaría en levantarse el enemigo, si no se apresuraba á cortarle la cabeza. Pidióme por lo tanto mi cuchillo ó mi sable, y desde luego le di el primero; se aproximó al reptil; que aun resollaba, puso el talon sobre su cabeza, y en tres golpes la separó del tronco.

Lleno de estupor estaba yo al ver una audacia con nada comparable, cuando se considera que son mortales todas las heridas de la serpiente negra.

Sin embargo, orgulloso con su triunfo ó quizás

mas con mi admiracion, se puso á bailar, á saltar, á reir y á gritar al propio tiempo, daba saltos alrededor de su victima; le daba con el pie y la insultaba fingiendo que le mordía, mientras que yo, reclinado sobre un árbol, procuraba observar las posiciones de aquel ser tan raro y tan audaz. Aquella estraña y ardiente escena tan dramática, duró poco mas ó menos media hora, pero inesperado fue su desenlace.

Continuó el salvaje sus alegres saltos; corrió de nuevo hácia la serpiente, la cogió con ambas manos, colocóse la alrededor del cuello á manera de corbata, volvió, se me aproximó, sonreíase con asqueroso aspecto blandiendo sus saetas, se apoderó de la serpiente y de las provisiones que contenia, cogió el cuchillo que habia dado fin á la obra, le levantó, le tiro al aire, lo volvió á coger, chilló de nuevo, saltó de árbol á árbol con mas vigor que nunca, se alejó, volvió de nuevo, tomó otra vez la carrera y desapareció para siempre en el fondo de los bosques, dejándome para recompensa de mi generosidad la cabeza del reptil, la cual de nada le servia.

Reuníme con mis compañeros de viaje, que ya hácia mí se dirigian, contéles mi aventura, y aconsejándome que en adelante fuera mas circunspecto, me dijeron que bien librado habia salido con perder tan solo por mi imprudencia un pañuelo, un cuchillo y provisiones de boca, á cuyo sacrificio me habia ya resignado.

Engancharon los caballos, proseguimos nuestro camino al traves del siempre imponente bosque, y en todo el trayecto no vimos mas que tres serpientes, las cuales si bien no huieron al vernos, tampoco intentaron atacarnos.

Hállase situada la habitacion de Mr. Oxley en la cúspide de una deliciosa montaña, en cuyo pie vegetan árboles europeos, mezclados con grandes vegetales indígeas, formando el conjunto el mas curioso espectáculo. Miré la camalina sus graciosas ramas con la colorada manzana; el pino de Norfolk y sus pelosos ramos de en medio de los cuales salen grandes racimos de una viña junto á él plantada; la pera se regocija en medio de los jóvenes eucaliptos, protectores bien venidos de los melones y de las fresas que brotan á sus pies; y en fin, por todas partes hay odoríferas flores, cuyo perfume se exhala á lo lejos, y por todas partes un delicioso jardín, cual el de los dorados ensueños del Tasso.

Después de esta primera inspeccion que me dejó estasiado, oí la voz de Mr. Demestre, quien me llamaba para cenar. Tambien por esta vez, no solo la decencia, sino el lujo, no solo la profusion, sino la prodigalidad, de suerte que bien le gustaria á cualquier gastrónomo un destierro, en el cual podria encontrar tales distracciones. A las dos de la madrugada reinaba el silencio en toda la casa, pues criados y señores dormian con profundo sueño. A las cinco, estaba ya eu pie y pronto á principiár mis incursiones.

Oyóme Mr. Oxley y me mandó recado pidiéndome que pasara á su cuarto.

—Bien me hago cargo de su impaciente curiosidad, me dijo: pero ¡cuidado! á menudo es fatal la curiosidad para quien no sabe contenerla. V. ve la Europa á nuestro alrededor; pero tambien está junto á ella la Nueva-Holanda, es decir, una tierra salvaje, con enormes hormigas devoradas, serpientes que dan la muerte, y torrentes que invaden la campiña arrastrando cuanto á su paso encuentran.

El granizo mata en estos escepcionales climas, y el salvaje que habita los desiertos, mata tambien cuando le faltan víveres, y se considera mas fuerte y seguro de la impunidad.

Escuché aquellos consejos, pero no los observé, porque tanto era el deseo de salir al encuentro de cosas desconocidas. Así es que, desde el dia siguiente de su llegada á casa de Mr. Oxley, en la cual tantas

atenciones, miramientos y lujo me recordaban la Europa y los brillantes salones de París, me decidí á una correría al interior de los bosques, seducido por la magia y maravillas que de ellos me referian. Debíanme servir de guías muchos salvajes á quienes daba asilo el generoso ingeniero, de noche en sus graneros y cuadras; pero solo dos cumplieron su palabra, y junto con ellos me puse en marcha después de haberme aconsejado Mr. Oxley la mayor prudencia y circunspeccion.

LXXII.

NUEVA-HOLANDA.

Torrente de Kinkham.—Ataque de un nido de hormigas.—Paso el torrente.—Soledades.—Dos deportados.—Inundacion.—Juegos y ejercicios de los salvajes.—Vuelta á Sidney.

DESDE el observatorio de la habitacion de Mr. Oxley habia visto el cauce del torrente de Kinkham; y así es que hácia dicho punto dirigí mis primeros pasos, porque allí era precisamente el punto que me habian aconsejado no me acercara, porque aquel torrente es el limite trazado en la colonia para las correrías de los convictos.

Considerábase como desertor y enemigo al deportado que le atraviesa; y algunos de ellos, por sustraerse del castigo que merecen, le salvan á despecho de las leyes, se meten en las soledades eternas que allí se encuentran, salen al encuentro de las hordas salvajes, con los cuales comparten su miseria; y luego impulsados por la venganza y el hambre, se ponen á la cabeza de una espedicion guerrera, caen con feroces gritos sobre las indefensas habitaciones, y todo lo llevan á sangre y á fuego. Condena á muerte al condenado convicto de haber franqueado el torrente de Kinkham.

A su cauce de rocas llegó después de una hora de marcha al traves de algunos bosques vírgenes y de hermosas y ricas plantaciones dependientes del castillo de Mr. Oxley. Llegado que hube allí, manifesté deseos de pasar adelante, pero espantados mis dos guías me dieron á entender que no me acompañarian porque lo tenían espresamente prohibido, que los matarian si pasasen mas allá, y que yo mismo me esponia á grandes peligros si ejecutaba mis proyectos. Nada mas fue necesario para decidirme. Por lo demas me aprovecho de esta ocasion para recomendar á los viajeros la regla invariable que me he trazado en cada una de mis atrevidas escursiones. Lo primero que se debe procurar es desembarazarse lo mas pronto posible de las mayores dificultades. No es necesario temer la partida sino la vuelta. Tanto mas desalientan los primeros obstáculos cuanto que no se halla uno acostumbrado á despreciarlos. Solo es mortal el desaliento cuando se divisan en el horizonte las asperezas..... Luego que vuestro ímpetu os ha conducido mas allá del obstáculo principal, debeis considerar ya vencido lo restante, y el recuerdo de vuestra primera victoria os auxilia para triunfar de todos los demas incidentes de la lucha. El combate aterroriza menos que la batalla; y el hombre al cual accege la tempestad desde su partida, háliase dispuesto á sufrir las ráfagas de las futuras travesías.

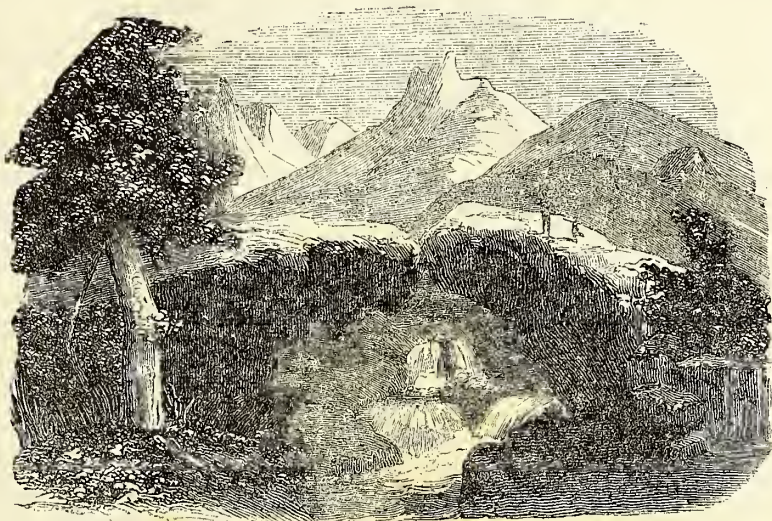
El torrente estaba allí á mis pies; su anchura será á lo menos de cien pies, y forman su lecho rocas lisas y pulimentadas que atestiguan la rapidez y la frecuencia de las corrientes. Pasa casi desapercibido un delgado filete de agua que apenas murmura al traves de las anfractuosidades de las capas esquistosas mientras que los desgarrados y escarvados bordes perpendiculares, descubren la violencia de las aguas que descienden de las montañas. Por una parte se ven terrenos limpios y prontos á recibir las riquezas ve-

jetales de nuestros climas; y por otra una naturaleza virgen y gigantes seculares que levantan sus pobladas cabezas hasta la region de las nubes, á las cuales detienen en su carrera.

¿Iré ó no mas allá del torrente? fue la primera pre-

gunta que me dirijí; y la segunda fué: ¿Qué ganaré con desafiar el peligro que me amenaza?

La respuesta á la segunda de dichas dos preguntas fue la solucion de la primera, y la vaguedad de mis temores me determinó á la empresa. Si se me hubiese



Torrente de Khin-khan.

dicho que los salvajes me atacarían, ó bien las bestias fieras, ó las serpientes negras, de seguro me hubiera quedado en la orilla; pero no me pude decidir á retroceder ante la incerteza de los peligros y quizás ante fantasmas. Debía, pues, salvar el torrente.

Disponíame ya á bajar la costa casi perpendicular cuando llamaron mi atención la brillante claridad de un fuego poco distante y una larga columna de humo negro que subía en espiral á corta distancia del sitio en el cual me había parado. ¡Muy bien! exclamé como para animarme, prefiero esto, prefiero el ruido al silencio, y los hombres á la soledad. Vamos hácia aquel lado.

Dirijíme, pues, hácia el punto luminoso que aumentaba por instantes, y fui allí testigo de un espectáculo, del cual no me olvidaré durante toda mi vida. Once salvajes, y entre ellos tan solo dos mujeres, flacos como esqueletos, despues de haber cortado gran cantidad de ramas secas formando con ellas una pira de tres pies de altura y de unos cuatro de diámetro, alrededor de un montículo preparaban otra leña mas menuda, teniéndola de reserva para alimentar el fuego. Suspendieron su trabajo al verme, se reunieron en un solo grupo, y deliberaron al parecer acerca del partido que tomarían. Dirijíme con franqueza hácia ellos, bien seguro de que mi confianza les lisonjearía. Tendílos la mano. Miráronse con aire estúpido y me dirijieron palabras atronadoras, á las cuales no respondía bien sabéis porque. Pronunciaba sin embargo, el nombre de Mr. Oxley muy conocido por aquellas cercanías; lo repitieron en voz baja, calmáronse al parecer, y continuaron su comenzada operacion cual si no estuviera yo presente. El círculo de fuego se estrechaba, y poco á poco lo aproximaban al hogar los salvajes con las flechas, y á veces tambien con los pics y sus manos. Si se debilitaba la llama, le daban nuevo combustible, y roncós gritos poblaban los aires. Detuviéronse, sin embargo, lanzaron con fuerza tres saetas que atravesaron el sitiado montículo; y de los agujeros que hicieron aquellas armas salieron enormes hormigas rechazadas bien pronto á su nido por el fuego. Concentrábase mas

por momentos el incendio, y bien pronto no fueron necesarias las saetas para abrir la subterránea morada de los devastadores animales, á los cuales hacen allí guerra sin tregua. Las macanas se agregaron á las saetas, como tambien largas ramas secas para la destruccion del edificio, el cual pronto fue solo un monton de ruinas, pero el fuego siempre continuaba. Luego que llegó al fondo del hormiguero, mantuvieron mas intenso que nunca el fuego, y satisfechos los salvajes se sentaron tranquilamente alrededor, y al cabo de una hora ya era negocio concluido.

Levantóse la horda, abrióse camino hasta el derribado otero, terrojaron á lo lejos la calcinada tierra, y se apoderó de una enorme bola ó esfera de cadáveres conglutinados que formaban una especie de mastig negro, sobre el cual se echaron con asquerosa glotonería, y hasta hubo un instante en que me pareció que aquellos infelices afamados temían les pidiese parte de su indecente comida, y así es que cuando me alejé de aquel espectáculo de horror, cada convidado devoró menos aprisa su racion.

¡Ay! tal es, sin embargo, el principal alimento de aquellos miserables salvajes de la Nueva-Holanda, á quienes aterroriza la civilizacion, y que arrastran tan triste vida en medio de los inmensos bosques que les ha concedido el cielo para morada. Presenciado que hube aquellas escenas de hastío y de piedad, tomé el camino del torrente, del cual me había alejado algun tanto, y por el camino resolví no deliberar ante el obstáculo. Y así es que sin ninguna reflexion, bajélo mejor que pude hasta el fondo del torrente, el cual atravesé á pie enjuto, y pronto me encontré á la opuesta orilla.

Tan solo me detuve allí inquieto é irresoluto, y casi temblando, pero no os apresureis á condenarme. ¿No os ha sucedido alguna vez admiraros de una resolucion despues que la victoria la coronó? Cuando el peligro es imaginario el miedo se apodera de vosotros y os abate antes de la prueba, y luego sucede la risa; pero si el peligro es real, por lo regular sucede, los hombres valientes le arrostran y no tiemblan sino despues de haber triunfado.

Los dos guías que Mr. Oxley me había dado no quisieron acompañarme mas allá del torrente, á pesar de mis ofrecimientos y de mis amenazas, y me dieron á entender que si me llegaban á obedecer, les condenaría á muerte. Nada pude responder á tal argumento, y me marché solo. Ya he dicho que los deportados convictos de haber salvado el torrente, merecian por este solo motivo, la pena de horca, porque algunos se ponian al frente de las hordas salvajes, y despues de las inundaciones, pero mas terribles que estas se precipitaban sobre las indefensas habitaciones y difundian por todas partes la devastacion y la muerte. Yo no era deportado, la severidad de las leyes no me alcanzaban y deseaba ver.

Levantábase ante mí una vasta llanura de césped con gran número de eucaliptos de imponente magestad; limitábase una colina aplanada como la llanura, silenciosa y solemne como el desierto; y al otro lado serpenteaba un profundo valle, tambien ricamente sembrado como el terreno que acababa de recorrer. Me senté y me díje con un sentimiento de orgullo que tiene su puerilidad: jamas, indudablemente, ningun pie europeo pisó esta ignorada tierra, nadie antes que yo se entregó jamas aquí á la meditacion, al recogimiento y al estudio del magnífico cuadro tan antiguo como el mundo, cuyo cuadro no se encuentra en parte alguna y cuyos detalles son tan curiosos como la masa. Llegado seria el caso de poner aquí algun triste y lúgubre episodio dispuesto de tal modo que llamara hácia mí el interes de mis lectores; decir, por ejemplo, que me cercó con sus saetas y sus narañas, una feroz horda de salvajes; que una serpiente negra me amenazó con su mortífero diente, y que un innumerable enjambre de roedoras hormigas me envolvió con sus mil redecillas y me hirió con sus mil dardos; y luego presentar un milagro que auxiliándome me restituyese al mundo. Pero ya he dicho que no se mentir ante los hechos, y así es que los cuento tales cuales los he visto; y ni tampoco necesito en manera alguna recurrir á las maravillas de la fábula para llevarla a aventurera vida que al infierno ó al cielo le plugo darme.

Ademas de que la tragedia no consiste en la sangre, el drama que conmueve ó aterroriza sustituye á menudo á aquella, y el aereonauta que cae de lo alto de los aires interesa y hiela mucho mas cuando gira en el espacio que cuando ha caído quebranta sus huesos. Así, pues, nada de cuanto me predigieron me aconteció, y sin embargo, por todas partes me habian amenazado. Si hubiese sido mas animoso, hubiera podido averiguar, por ejemplo, el punto de donde venia cierto lejano ruido, cuyo origen supuse al otro lado de la colina, sobre la cual dominaba en aquel momento. Llegaba aquel ruido por intervalos casi iguales, ora por débiles sacudidas, ora por ruidosas modulaciones. Pero no me atreví, y hoy todavía me veo reducido á simples conjeturas. Si hubiese tenido mas valor, me hubiera adelantado hasta una tercera colina que distaria de mí una legua á lo mas, y que formaba quizas el primer ó último escalon de aquellas colinas tan ricas, á las cuales sabrá llegar y poblar la industria inglesa. Pero lo confieso de nuevo, tuve miedo y me quedé allí en vez de adelantar. Caminaba el dia, y un fuerte sol pesaba sobre las altas cimas de los árboles, y me parecia que le detendria en su carrera si yo mismo me paraba.

Escribia mis impresiones; decia que entre las ramas de los árboles revoloteaban y jugaban lejos de mortíferas exhalaciones millares de papagayos y cotorras de todos colores; decia tambien que á mis pies y entre el fresco y risueño césped, despuntaban las hojuelas y los graciosos estambres de mil lindas flores inodoras unas, pero provistas otras de suave perfume; blancas ó rosadas estas, azules y matizas aquellas, suaves para pisar, encantadoras para estudiar...

cuando fijó mi atencion un ruido mas prolongado que los que me habian ya privado de mi ordinario valor. Oyóse bien pronto una pasada sacudida mas sombría y mas cercana. Púseme al instante en pie; miré con inquietud el cebo de mis dos pistolas, y lancé investigadora mirada por todas partes. Nada llamó mi atencion; pero el alto follaje se agitaba con terrible ruido, y era la lluvia, eran gotas de prodigioso granor que atravesaban las densas capas de los eucaliptos. Y el retumbo, era el trueno que á agigantados pasos se aproximaba al sitio que me servia de asilo.

Con mucha mayor fuerza resonaron en mis oidos las amenazadoras palabras de Mr. Oxley; sabia todo cuanto sorprendente se referia acerca del torrente de Kinkham, que invadia las llanuras con sus vagabundas olas, y ya le veia creciendo ante mí, oponiéndose á mi huida, y castigándome por mi temeridad. Eché á correr con toda la fuerza de mis piernas, sin curarme en lo mas mínimo de los montículos, sobre los cuales fijaba imprudente pie, y que muy bien podian ser mortíferos nidos de peligrosas hormigas, contra las cuales solo la llama lucha con ventaja. Dábame alas el verme distante de todo techo protector; y así es que en una hora recorrí el mismo trecho que habia andado por la mañana en un tiempo cuádruplo. Rujía el huracan, surcaba el rayo las nubes, rápida y fria caía la lluvia, encorvaban la cabeza los arbustos, y vencido por el miedo, llegué á las escarpadas orillas que con tanto trabajo habia saltado por la mañana. No me costó trabajo llegar al lecho, cuya corriente habia crecido considerablemente, pero que sin embargo, logré atravesar á pie enjuto. Luego que llegué á la orilla opuesta, me detuve porque me pareció que no habia mas obstáculos que vencer. Volví mis miradas hácia los solitarios lugares que acababa de abandonar, y me avergoncé de los temores que de ellos me alijaban. Dícese que el miedo no tiene piernas ni oidos; asegúrase que enerva y paraliza, que mata todas las prudentes resoluciones, y que hiela en un instante la sangre en las venas; pero yo os protesto que no obra el miedo todos estos prodigios, y que comunica á las piernas un vigor y una velocidad hasta aquel momento no conocidas.

Os confieso que me alegré mucho de que nadie me acompañase para que no presenciara mis angustias; y si con tal franqueza lo confieso hoy es porque han transcurrido ya sobre aquel suceso muchos años, y ya he adquirido el derecho de decir en alta voz: Tal dia fuí un cobarde.

Crecia siempre el torrente; hervian por las rocas sus amarillentas hondas, pero ya no daba crédito á los terribles fenómenos, con los cuales habian querido atemorizarme mis compañeros de viaje. Sin embargo, renuncié volver de nuevo á las soledades, y tomé con tristeza el camino que debia conducirme á casa de Mr. Oxley, en donde indudablemente estarian muy inquietos por mi ausencia. Apenas habia dado algunos pasos en un soto bastante poblado de árboles, fijó mi atencion la dulce voz de una mujer; dirijíme con alegría hácia aquel punto, y pronto me encontré ante una casita fabricada de madera y arcilla, y que por techo tenia una triple capa de cortezas de árboles muy bien atadas unas al lado de las otras. Acerquéme con precaucion; entornada estaba la puerta, di un golpecito, llena de terror salió la señora.

— ¡Dios mío! exclamó en ingles luego que me vió, ¿quién es V.? ¿qué quiere V.?

— Tranquilícese V., señora, soy un viajero frances.

— Tambien hablo esta lengua.

— Mejor, el huracan me alcanzó, en mi incursion, mas allá del torrente, y como cae con abundancia la lluvia, le pido á V. hospitalidad por algunos instantes.

— ¡Oh! descanse V., caballero; ahora ya no tengo miedo.

Unos treinta años tendria aquella mujer hermosa, aunque muy pálida; cubria la parte superior de su cuerpo una camisa de hombre abotonada hasta el cuello, y desde los riñones hasta el tobillo traia una basquiña de percal, limpia y atada mediante una cinta azul. Su parte inferior y sus zapatos indicaban que hacia largo tiempo servian, y su hermosa cabellera rubia adornaba á su elegante cuello; sus lindas manecillas se ocultaban dentro de usados guantes, y de su cabeza se desprendian bucles de oro. En último resultado, reinaba allí la pobreza pero no la miseria, la belleza, pero no la belleza vencida por el sufrimiento, y aquel conjunto lleno de gracia y de májia inspiraba tanto respeto como ternura. En un rincon de la estancia, y formando todo el adorno de la aislada morada, se veia una cama baja, limpia y con una sábana blanca y una almohada, mientras que en el suelo habia dos mantas de lana protejia de la frialdad del suelo á dos criaturas que me miraban con grandes ojos azules llenos de una natural espresion de curiosidad. Habia algunos asientos de tierra pegados á la pared de la habitacion y junto á un baul y á un gran puchero de loza que contenia una parte de los alimentos preparados sin duda, para aquel mismo dia, estaba un mal carreton. Y por último dos maltratadas sillas completaban el ajuar.

Terminado que hube mi inspeccion, pedí á la graciosa señora que me dispensara la incomodidad que le ocasionaba, y le supliqué me permitiera abrazar á sus hermosos niños, que tendrian seis años el mayor y cuatro á lo mas el menor.

—Béselos V., caballero, porque son muy juiciosos.
—En este caso, señora, me permitirá V. que les regale algunos juguetes de mi pais.
—No lo haga V., porque serán capaces de aceptar.
—Por eso mismo insisto.
—¡Ah! es V. muy amable.
—No, señora, lo nago lleno de interes.
—Ya veo que ignora V. quién es su padre.
—Ni quiero saberlo, sobre todo si la confianza de usted puede perjudicarles.
—¡Haga V. lo que quiera, caballero, y el cielo se lo recompense á V.!

Mientras registraba mis bolsillos, oí el ruido de pasos precipitados.

—¡Es él! exclamó la mujer.

—¿Quién, él?

—¿Mi marido, Arkins?

Un hombre rubio, pero alto y fuerte, se presentó en la puerta, abriéndola bruscamente. Al verme se quedó estupefacto, frunció el entrecejo, me miró atentamente, luego á su mujer, y su grave fisonomía recobró la calma que habia perdido.

—Adelante, dijo: pero ¿quién es V.?

—Un viajero frances que hace pocos dias llegó á Sidney, y que ha venido con Mr. Oxley á estas soledades para estudiarlas. Estoy acabando de dar la vuelta al mundo.

—Bueno está. ¿Tiene V. dinero?

Finji no haber oido la pregunta.

—¿Tiene V. dinero? replicó él con mas fuerza.

—Creo que tendré unos cuatro ó cinco duros á lo mas en mi bolsillo.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Porque se irá V. con ellos, y así le probaré á V. que ya he renunciado mi antiguo oficio.

—¿Usted, caballero?

—Sí, yo. Delante de V. hay un ladron de Amsterdam, de Londres y de Paris. Paris es la ciudad mas cómoda del mundo para los industriales que saben explotarla; Amsterdam vale mucho menos, y Londres es detestable. Rico ya con mis truhanerías, quise continuar en esta última mi comercio..... y aquí me tiene V.

—Jamás hubiera creído.....

—Está V. engañado. No le digo á V. por jactancia todas estas cosas, sino porque solo el oro y no el aprecio se debe quitar á las gentes honradas. Por lo demas mis confesiones son la consecuencia de mis faltas y de mi arrepentimiento. Todos ó casi todos mis camaradas le jurarán á V. que les han condenado injustamente; pero yo le diré á V., caballero, que gracia me han hecho con mandarme por solo quince años aquí. Bendigo á los jueces y su clemencia, puesto que sin ellos no hubiera conocido á este ángel de bondad que aquí veis, él consuela mis fatigas, endulza la amargura de mis remordimientos, y me ha dado ya estas dos pobrecitas criaturas que con tal bondad acaricia usted.

—¿Cuánto tiempo hace que habita V. este pais?

—Seis años, cuatro mas y volveré á ver mi patria. Trabajo, caballero, pero trabajo con ardor infatigable y bien sabré aprovecharme de los beneficios que nuestro código concede á aquellos que perdemos en esta tierra los vicios ó los crímenes que á ella nos han conducido.

—¿Quiere V. que hable al gobernador de nuestro improviso encuentro, y de nuestra íntima conversacion?

—Gracias, gracias: deseo que mi vuelta á Europa sea el precio de un derecho y no de un favor.

—Mucha grandeza de alma hay en esto.

—Justicia es todo; he sido ladron por espacio de diez años, y diez años de espacion tengo que sufrir.

—¿No es verdad, esposa mia?

—Sí, amigo mio.

—Y ahora, caballero, ya que menguó el huracan, le aconsejo que se vaya V.; desde aquí se ve la casa de Mr. Oxley y apresure V. el paso. Nosotros desalajamos pronto y nos llevamos nuestros equipajes.

—¿Por qué tanta actividad?

—Ya veo que no conoce V. el torrente de Kin-kham.

—Adios, pues, caballero; pero he prometido una frustrería á cada uno de vuestros hijos, permitid que lo cumpla.

—Si lo ha prometido V., cumpla V. la palabra; pero no quiero dinero; quizas se creeria que es un regalo forzado.

Di á los chiquillos un estuche con agujas é hilo, un cuchillo, dos pañuelos, una corbata y tomé el camino de la habitacion de Mr. Oxley, despues de haber estrechado afectuosamente la mano á los pobres desterrados.

—¡Ah! me dijeron mis nuevos amigos al verme. aquí viene V. mojado hasta los huesos; hace V. lindas cosas; he mandado seis salvajes y cuatro criados para que le buscaran á V.

—¿Temia V. que me detuvieran por estos desier-tos?

—Por V. temí, me dijo Mr. Oxley, por causa del torrente que con tanta curiosidad estudia V.

—Con efecto, de allí vengo.

—¿Le pasó V.?

—¡Oh! he ido mucho mas allá.

—Vamos, sentémonos á la mesa.

Eran las cuatro y media. A las seis terminó la comida.

—Ahora, prosiguió mi generoso anfitrión, asóme-se V. á la ventana; y mire V. la campiña.

¡Qué espectáculo! Ya no se veían tierras, ni vegetacion, ni los campos con sus riquezas, ni cabanas de proscritos; todo se habia convertido en lago, en inmenso mar que cubria la cima de los árboles que habian nacido en los valles.

—¿Qué me dice V. del cuadro?

—Bigo que todo lo que veo es increíble y maravilloso.

—Aquello no era, sin embargo, mas que un huracán de lluvia.

—¿Hay otros aun mas terribles?

—Antes de que V. se vaya, presenciara V. quizas uno en el cual el granizo desempeña el mas importante papel.

—En tal caso es preciso abandonar tan inhospitalaria tierra.

—No; es necesario preservarse del peligro, y esto es lo que hacemos si somos prudentes.

—En adelante lo veré.

Cesó de llover; y despues de haber jugado un ratito, me rogó Mr. Oxley que mirara de nuevo el campo.

Retirábanse las aguas como impelidas por un poder sobrenatural; bastó una hora para que se elevaran hasta las mas altas colinas, y otra hora las encerraba en un cauce. Cada minuto las rechazaba hácia los terrenos bajos inmediatos á la orilla del mar, y entonces parecia que á esa vez la vegetación adelantaba para recuperar el terreno invadido, el cual nadie se atrevia ya disputarla. Estaba yo estasiado.

—¡Cómo! exclamé; no vienen Vds. á admirar junto á mi semejante cuadro!

—Estamos hartos de verle.

Al dia siguiente, durante el desayuno, hablé de mi singular entrevista con el deportado...

—¡Ah! ¿le vió V.?

—Sí; ¿quién es aquel hombre?

—El truhan mas convertido de la tierra.

—¿Sin ironía?

—Sin ironía. ¿Le ha dicho á V. que en una de las últimas inundaciones del torrente, habia salvado la vida, con peligro de la suya, á dos salvajes que se ahogaban?

—No.

—¿Le ha dicho á V. que en una irrupcion de algunos convictos á la cabeza de los naturales, vino á colocarse delante de mi puerta, y que, secundado por mis criados, logró ahuyentar á la horda salvaje despues de haberse apoderado de su gefe?

—No.

—Ha ocultado todas estas hermosas acciones. No hay aquí deportado alguno que trabaje con tanto ardor.

—¿Y su mujer?

—Es un ángel de caridad y desinterés; deportada aquí por inmoralidad se ha regenerado al poner el pie sobre esta tierra.

—El torrente los arrojó de su habitacion; ¿en dónde se acogen?

—Van á refugiarse á una legua de aquí, á un terreno que les he cedido, y les reservo sus réditos. En los dias de devastacion se acogen á una hermosa casa que han construido en una altura inmediata, y si no vienen á mi casa es por discrecion. No duda ya Arkins la noticia que va á recibir.

—¿Cuáles?

—La noticia de su libertad y la de su mujer, que voy á darles, pero con orden de no entregársela hasta el dia del cumpleaños de nuestro soberano.

—Rehusará.

—Aceptará, porque le hablaré de su mujer y de sus hijos á quienes ama con pasión. Apuesto que él es á quien oigo, porque mis perros acuden sin ladrar.

Arkins entró y saludó con respeto; su linda mujer nos hizo una vergonzosa reverencia, y su mas preámbulo, le dió á leer Mr. Oxley la orden del gobernador. El valiente deportado se echó de rodillas, besó el precioso papel, sobre el cual caían gruesas lágrimas, y se levantó para abrazar á su mujer y á sus hijos.

—¿No es verdad que obedecerá V.? le dijo Mr. Oxley.

—¡Ay! ¿soy ya bastante honrado?

—Va V. á sentarse á la mesa con nosotros.

—Su presencia y su palabra purifican.

Quince dias antes abandonaron el puerto Jackson, vi cómo se embarcaron en una hermosa fragata de Plymouth, Arkins y su familia, á los cuales por orden superior habia tomado el capitán bajo su inmediata proteccion.

En la actualidad debe estar Arkins en Lóndres. Si lee estas páginas, verá que no le ha olvidado el extranjero con quien comió en el antípoda de Paris.

Ahora que ha visto V. algunos de nuestros fenómenos terrestres y meteorológicos, me dijo Mr. Oxley al dia siguiente de lo que acabo de referir, no quiero que salga V. de mi habitacion sin que conozca V. tambien un poco á los hombres que recorren estas soledades, y que desaparecen poco á poco, sobre todo desde que nuestras armas de fuego les privan de los recursos que á veces se procuraban antes de nuestra conquista. No siempre se gana en la victoria de la civilizacion, y los vencidos que quieren sacudir nuestras leyes deben temerle todo de su resistencia. Veá V., los salvajes que habitan estas regiones casi no frecuentan la orilla del mar en la cual poseemos algunos establecimientos, y prefieren el hambre y la soledad de los bosques á un alimento abundante y á los hábitos que quisiéramos adquirieran; es una raza de seres excepcionales como el suelo que los sustenta; no tienen ningun pueblo y tanto difieren de sus vecinos como el resto de los hombres. ¡Cuán horrosas y mezquinas formas! Superantes infinitamente los monos en gracia é inteligencia. Y sin embargo va V. á ver.

Silbó Mr. Oxley, y de una cuadra salió un salvaje absolutamente desnudo, armado con muchas saetas y dos macanas encorvadas como nuestros sables de húsares, y con una hacha pequeña que se podia manejar con una sola mano. Acercóse á nosotros aquel hombre, que era un gefe, un rey ó lo que queráis; pero es lo cierto que inandaba á otros hombres de su talante, brutos y feroces como él. ¿Por qué inandaba? No sé, ni Mr. Oxley sabia mas que yo. Le dijeron algunas palabras, le hicieron algunas señas, y desapareció corriendo y dejando allí sus armas, que hubieran podido impedirle la rapidez de sus movimientos. A la media hora volvió con cinco súbditos asquerosos, si bien no tanto como la muchacha que los acompañaba, y cuyas tetas azotaban el bajo vientre.

No me he comprometido á enseñaros siempre las saltadoras hijas de Anourourou, ni las dulces dormilonas de Lahena.

—Va V. á ser testigo de un curioso espectáculo, me dijo Mr. Oxley; aquí tiene V. un eucalipto muy elevado y liso, los brazos no pueden abarcarlo, por ser tal su diámetro ¿le parece á V. si uno de estos hombres será capaz de llegar á su cima en cinco ó seis minutos?

—Me parece increíble.

—Pues bien, es la verdad.

—Despues que lo haya visto, aun dudará.

—Tampoco me he convencido, sino despues de haberlo visto cien veces.

Mr. Oxley mandó aproximar al natural mas jóven al parecer; y le enseñó un pañuelo que puso en el suelo diciéndole que se lo daría si en cinco minutos escalaba el árbol. Dió un grito de alegría el salvaje, se levantó, cogió el hacha de que os he hablado, se colocó enfrente del tronco del eucalipto, le midió con la vista con cierto desden, y lanzando un nuevo grito dió principio á la obra. Abrió en tres golpes á dos pies del suelo una entalladura la cual apenas le servia para apoyar los dedos del pie. De la misma manera abrió otra á dos pies de distancia de la primera, y despues de haber trepado aquellos dos escalones, clavó el salvaje, mediante un vigoroso golpe, el hacha en el

tronco del árbol sobre su cabeza. Colocado verticalmente, alargó el brazo derecho, cogió el mango del instrumento para que le sirviera de punto de apoyo, se levantó, se aferró y se encoló, por decirlo así, por medio de los pliegues y asperezas de su vientre y de su pecho, á la manera de un lagarto ó de un caracol, y así suspendido, abrió nuevas entalladuras semejan-

tes á las primeras, apoyó allí un pie, luego el otro, volvió á clavar el hacha, volvió á lanzarse de nuevo, y todo con mas rapidez de la con que os lo cuento, y subió, siempre pegado y siempre identificado con el árbol á cuyas altas ramas llegó por los mismos procedimientos, en cuatro minutos y medio.

—Vamos, me dijo Mr. Oxley, ha tenido amor



Modo de escalar un grueso eucalipto.

propio. ¿Podría V. traducir, explicar y hacer comprender lo que apenas entiende V. despues de haberlo visto?

—Lo probaré.

—No le creerán á V.

—Aconsejaré á los incrédulos que emprendan el viaje, porque esto solo ya vale la pena.

—Vea V. cómo baja este hombre, prosiguió Monsieur Oxley, y toque V. en seguida su pecho.

Resonó un nuevo silbido; el salvaje se puso en pie frente del tronco, dejó deslizarse con la cabeza, inclinada á derecha ó izquierda, deteniéndose por intervalos como para amortiguar la aspereza del rozamiento, y en un instante le tuvimos allí junto á nosotros. Añadí un pañuelo al que acababa de ganar, y el natural saltó como un cabrito. Ningun rasguño se veía en la piel de su rudo pecho. Los demas salvajes nos preguntaron si deseábamos que ostentasen igualmente su habilidad.

—No los lisonjeemos, me dijo Mr. Oxley, á no ser que quiera V. convencerse que no menos lista y hábil que el hombre es la mujer.

Con efecto, le son mucho dos pruebas de lo que acabo de ver. También subió la mujer, y quedó terminada la operacion en seis minutos menos algunos segundos.

—¿No es verdad que todo esto es un fenómeno? me dijo Mr. Oxley.

Una vez terminados los curiosos experimentos, el

ingles, que tan bien comprendia las leyes de la etiqueta y de la hospitalidad, me propuso que asistiera á un ejercicio muy divertido, pero que casi siempre precedia á alguna sangrienta lucha, ó á algun desafío á muerte.

Procuraré que prescinda V. del desenlace, me dijo, pero el preludio le distraerá á V.

Trazaron una línea en el suelo; y encima de ella se colocaron los justadores unos al lado de los otros, y armados con sus pequeñas macanas encorvadas, imitaron un combate, llevando suavemente las armas unas contra otras. Luego, á una señal dada por Mr. Oxley, el primer salvaje de la línea dió un grito, agachóse y lanzó á lo lejos en el aire su macana de color rojo. El arma no subió sino despues de haber recorrido cierta distancia con rapidísimo movimiento de rotacion, y retrocediendo, de la manera que retrograda sobre el tapete de un billar la bola que chocó de determinada manera, y lo mismo que el aro que se arroja á lo lejos y que retrograda hácia la mano que supo lanzarle. Pero en estos dos últimos casos, la resistencia del terreno ó del tapete hace comprender la reaccion, mientras que en vano he procurado explicármela en el espacio con la macana. Aquellos raros juegos se ven sin intentar uno definirlos, y os aseguro que en pocos dias adquirí en ellos tan gran habilidad que ningun salvaje del pais tenia suficiente fuerza para luchar conmigo.

Apenas se verifica una riña, ó se propone y acepta

un desafío, hacen los adversarios lo que acabo de decirlos y el que logra que caiga la macana lo mas cerca de la línea trazada en el suelo, tiene la ventaja del primer golpe.

Mas pormenores os daré en otro capítulo de las feroces costumbres de aquellos hombres horribles á la vista y al estudio, y que huyen de la civilizacion cual huiríais vosotros de una tierra de antropófagos.

Terminada ya la inspeccion de Mr. Oxley, ordenó la marcha y recorrimos de nuevo aquellas imponentes soledades en las cuales brillarán quiza algun dia industriosas y grandes ciudades. Llegados que hubimos á Liverpool, nos separamos, y me diriji al hospital para estrechar de nuevo la mano al doctor Lazzaretto, y pedirle nuevas del deportado mordido despues de nuestra primera salida de aquella ciudad. El alegre doctor me retuvo algunos instantes y me hizo recorrer el establecimiento que á sus órdenes estaba. Por do quiera reinaba allí la limpieza, por do quiera se respiraba allí la comodidad. A menudo debia ir á visitar la salud al hospital de la Nueva-Holanda.

—A propósito, dije á Mr. Lazzaretto; ¿podria V. darme noticias de un infeliz deportado, á quien mordió no hace cinco dias una serpiente negra?

—Si le mordió una serpiente negra, habrá muerto, porque no he podido salvar ninguno. Es tal la actividad del veneno de aquel reptil que en dos minutos cae un hombre como herido por el rayo; y lo mas terrible es que la serpiente negra no espera, para morder, á que la provoquen, sino que ataca á todo lo que respira, porque todo lo que respira enemigo suyo es. Me han asegurado que los naturales poseen un remedio eficaz contra este terrible veneno, pero no lo creo; puesto que hasta ahora han sido inútiles todas mis investigaciones bajo este concepto. Quizas la aceitosa carne de estos salvajes no agradará á la serpiente negra.

—¿Sabe V., le dije, que el hombre de quien le hablo, dió pruebas de gran valor?

—¿Cómo?

—Con una navaja se cortó un gran pedazo de carne.

—Calle V. ¿Será aquel? Pues bien, no murió; es el único que hasta ahora ha resistido al diente del reptil.

—¿Curó?

—Venga V.

Entramos en el jardin que se estiende desde el edificio hasta la orilla del rio del rey Jorge.

Con el codo apoyado á un árbol, y como sumido en la meditacion se hallaba allí taciturno y sombrío el deportado, mirando correr el agua. Lo reconocí y me dirijí á él.

—Buenos dias, le dije con voz lo mas cariñosa que me fue posible.

—¡Váyase V. al diablo! me contestó con tono feroz, y mirándome con chispeantes ojos.

Monsieur Lazzaretto se me llevó de allí y me dijo:

—Vea V. lo que hasta ahora he logrado obtener: es por cierto un buen resultado. Este hombre se ha vuelto loco.

Nos juntamos con nuestros camaradas, que iban ya á sentarse á la mesa, y despues de una comida, en la cual pagó la mayor parte del tributo la alegría de Mr. Lazzaretto, subimos de nuevo al coche y á media noche entramos en Sidney.

En una hora mudamos de hemisferio; en una hora nos sentamos en las dos estremidades de un inmenso diámetro; por una parte el embrutecimiento en lo mas abyecto que imaginarse pueda; y por otra la civilizacion en su parte mas noble y consoladora.

Costumbres de los salvajes. — Desafíos. — Matrimonios. — Galanterías de los esposos. — Ferocidad de los naturales. — Su muerte.

HE comprendido perfectamente el estado salvaje de los naturales de la península Peron, porque en aquella tierra de miseria y de muerte, de la cual tanto os he hablado, nada hay en los aires ni en las aguas que ni siquiera pueda dejar vislumbrar la esperanza de un dia sin trabajo, sin fatiga y sin dolor. Todo ser vivo necesita alimentos; pues bien, en aquella península de desdicha y de desesperacion, el infortunado á quien allí arrojó el infierno debe ser rudo, feroz y áspero, como todo cuanto le rodea y cerca.

Apenas hay allí fertilidad, ni riachuelos, ni pueblos, ni ciudades, ni civilizacion, y así es que todo lo desconocen allí menos la sed y el hambre. Pero aquí cerca de puerto Jackson, en una tierra magníficamente adornada, bajo un cielo generoso, aunque fantástico, y en presencia del lujo y de los beneficios de una grande y noble ciudad, parece incomprensible que existan hordas salvajes que vivan y griten en los bosques y en las montañas, sin que jamas haya podido arrastrarlos nada de cuanto constituye para nosotros una vida cómoda y feliz.

¿Se arrojarán aquellos extraños seres á las vastas soledades por hábito, por pereza, ó por sed de completa independencia? ¿Será acaso la costumbre que tienen de andar errantes la que les hará menospreciar las útiles moradas que nosotros construimos? ¿ó querrán quiza convencernos, con su estúpido desden, de que se consideran iguales, si no superiores á nosotros.

Retroceder hará á todo espíritu pensador y á toda sana filosofía este triste problema, resuelto tan solo para algunos millares de individuos; véase allí la civilizacion vencida y despreciada, las privaciones preferidas á la abundancia, y el dolor aventajando y pisoteando el remedio moral que se ofrece á todas las miserias del cuerpo y del alma. No de otra suerte obrarian el idiotismo y la locura. Con efecto, basta ver aquellas organizaciones óseas, angulosas y dislocadas, aquellos brazos, y aquellas piernas y espaldas raquílicas, aquellas frentes deprimidas y estrechas, aquellos ojos pequeños y sin animacion, aquella nariz tan ancha como la boca, aquella boca que muerde las orejas, y aquellos pies y aquellas manos tan anchas y tan planas, para adivinar fácilmente que nada de cuanto se refiere á la inteligencia puede alojarse allí, y que casi malamente se ha obrado llamando hombres á semejantes máquinas movibles. El mandril, el jockó y el orangutan, andan tambien en dos pies; y en verdad merecen con mas razon llamarse hombres que no los que pasan orgulosamente junto á mí, sin volver siquiera la cabeza para mirarme.

Permitise á dichos salvajes que vayan á Sidney; y no sé por qué se les autoriza para que desnudos, absolutamente desnudos se paseen por la ciudad, como tambien á sus mujeres, mas asquerosas aun, si es posible, que sus hermanos y sus maridos. Unos y otras entran en las habitaciones, presentan á veces una piel de kangaroo ó de serpiente, alargan la mano, reciben en cambio dos ó tres vasos de aguardiente, y en seguida principia ya una sangrienta saturnal. Hánseles subido los vapores al cerebro; pueblan los aires con estrepitosos gritos, salen de sus jadeantes pechos feroces cantos, ejecutan frenéticas contorsiones, dan al suelo febriles patadas, preséntanse dos atletas, injúrianse, se dan golpes á sus brazos, espaldas y frentes, escúpanse verde y vinosa saliva, y armados con sus macanas, se colocan en una misma línea; lanzan al aire, segun ya he dicho al referiros mi expedicion al

torrente de Kinkham, y proclamase vencedor al que la hace retrogradar mas cerca de la línea trazada. En este caso el vencido, sin mas ceremonias, se pone en frente de su enemigo, encorva la cabeza, estudia, levantando un poco la vista, los movimientos de su adversario, cuyo brazo sostiene el arma fatal pronto á descargar el golpe, y procura engañar la atención de aquel que quiere abrirle el cráneo. Si el golpe se da en el vacío, el primero tiene que someterse á su vez á la prueba, y así sucesivamente hasta tanto que uno de los dos cae muerto en el suelo.

Después del desafío, los hombres y las mujeres se apoderan del cadáver, se le cargan en hombros, y se lo llevan para arrojarlo lejos de la ciudad, ó bien á las olas, en una hoya de dos pies de profundidad, le cubren con tierra y luego sus hermanos y hermanas la pisotean para nivelar el terreno. Esto no da origen á lágrimas, ni súplicas, ni emoción, para el presente; ni luto, ni tristeza, ni desesperación para en adelante. Perece allí la memoria. Todo lo cubrió y borró la tierra. Todo el suceso consiste en que desapareció un hombre de la horda.

¿Cuál es el objeto de los ingleses permitiendo, fomentando y escitando á veces tan horribles luchas?

¿Sirvenles lo mismo que los perros ariscos? ¿Quieren que mediante su culpable indolencia desaparezca su raza? ¿Quieren que se destruyan unos á otros? Comprendo su desprecio, y me esplico su desagrado, pero no tiene acaso sus deberes la humanidad, y deberían por ventura ofrecerse tamaños cuadros en medio de una ciudad hermosa, floreciente y culta?

Estaba cierto dia comiendo en casa de una de las familias mas ricas y de mayor valía en el país. A los postres, á una señal del dueño de la casa, bajaron dos criados con una botella de ron, y poco después estalló un horrible tumulto en un patio allí inmediato. Levantáronse las señoras, se posesionaron de una ventana, y me invitaron á que me aprovechase de la ocasión que con tanta galantería me ofrecían; seguílas pues, y presencié dos combates iguales al que acabo de contaros sin que se conmoviera en lo mas mínimo el corazón de aquellas señoras, y sin que se encendiera su rostro al ver aquellos asquerosos cuer-



Luchas de los salvajes.

pos desnudos de aquellas horribles bestias monteses á las cuales acababan de embriagar. Fue una de las diversiones de aquel día, y un regocijo que con mucha amabilidad me habían preparado.

Terminada la función se llevaron dos cadáveres, y se sirvió el té en medio de las carcajadas de la reunión.

Si las mujeres no se provocan, lo mismo que los hombres, á aquellos desafíos á muerte, proviene de que á menudo no tienen permiso para beber aquellos espirituosos licores, y porque, dóciles víctimas de la voluntad de sus maridos, no reciben sino lo que estos les dan buenamente como una limosna, y la ternura de aquellos brutos no llega al extremo de que se sacrificuen dando una gota de ron ó un pedazo de comida que hasta los perros despreciarían. Harto que se halla el hombre, toma la mujer su mezquina porción. ¡Pobre de ella si aceptase el presente que le ofrece la generosidad europea! No lo rehusa, pero lo guarda para darlo á su marido ó á su hermano, quien ni siquiera se digna darle las gracias con una sonrisa ó con una palabra; y sin embargo ambos creen ha-

ber cumplido su deber. Es el león que se apropia su parte, es el tigre que se revuelca en la sangre que ya no quiere, pero que tampoco consiente que de ella se aproveche ningún rival.

El salvaje de la Nueva-Gales del Sur, es la personificación del cretinismo, de la cobardía, de la bajeza, y de la ferocidad reunida. En el interior de aquellas tierras se alimentan con larvas, insectos, hormigas, serpientes, y algunos kanguroos heridos; ¡por lo tanto bien podeis concebir cuál será su alegría, cuando en la cuadra donde se le acoje, le dan algunos alimentos capaces de mitigar el hambre que diariamente le acosa! El espectáculo mas triste, mas doloroso y desgarrador que verse pueda, es contemplar en cillillas, alrededor de un gran pedazo de sanguinolenta carne á ocho ó diez salvajes de aquellas regiones.

En medio de los crugidos de los dientes y de sonoros resoplidos, ós un perpétuo gruñido, parecido al de una manada de lobos hambrientos á quienes los cazadores quieren disputar su presa. Parece que estais oyendo el fétido clucho de aquellos pútridos sumideros á los cuales se arrojan las inmundicias de un

osario purificado. Ya os he dicho que las mujeres se comen los restos y los huesos á no ser que todo se lo hayan tragado aquellas bestias monteses, crueles y voraces.

Ya veis pues, que todo es afectuoso, tierno y atractivo en los hábitos y en las costumbres de aquel pueblo que no lo es, ni de aquellos hombres que no merecen el nombre de tales.

Ya os los he dado á conocer en cuclillas en sus festines; asistamos ahora á sus matrimonios; que luego ya presenciaremos nuevos cuadros.

Decíase que era jóven la esposa; pero no creo que haya en ellos jamas juventud, porque desde su nacimiento son ya feos, asquerosos y decrépitos. Sus largas tetas flotaban sobre su vientre, y no sé si tenia brazos, muslos y piernas, si bien debería tenerlas, aun cuando me costase mucho trabajo percibir las. Era, sin embargo, la reina adorada del grupo compuesto de unos veinte individuos, y la gracia de sus elegantes modales, perfectamente en armonía con los suaves contornos de sus formas físicas, podian compararse con los movimientos de uno de los sucios animales de largas cerdas que veis se revuelcan tan amorosamente en los cenagosos estercoleros de nuestros corrales. ¡Cuántas rivalidades debió encender en el seno de aquel rebaño de esclavos agrupados con ternura á su alrededor! Pues bien, el esposo era mas bonito, mucho mas bonito, sin comparacion. Una cabeza monstruosa, ojos al parecer abiertos con una barrena, pero desiguales, los cabellos encolados en mechias por medio de cual fétido mastic, una nariz mas ancha de lo que podeis imaginaros, una boca cuyas colosales dimensiones no me atrevo á deciros, los dientes de un color verde magnífico, un cuerpo ó tronco veloso, ruin, óseo, acribillado de heridas y de cicatrices; brazos descarnados, pies y manos sin ninguna proporcion, y amen de difundir á lo lejos un delicioso perfume de macho cabrio ó de animal montes, propio para dar la mas alta idea de la galante coquetería del futuro orgulloso con tales dotes.

La aulladora horda se hallaba sentada ó tendida bajo un cobertizo abandonado á los devoradores insectos del pais. A una señal dada por el mas anciano que sin duda seria el padre de la futura, se levantó la turba, y tomó el camino de cierto recinto situado detras del magnífico jardin del gobernador de Sidney. Acompañéla sin que me lo invitaran, pero liarto sospechaba ya la clase de espectáculo que iba á presenciar para no esponerme al calor del dia, y al tedio del camino. Por lo demas, preciso es apresurarse á gozar de semejantes cuadros, de los cuales no debe perderse la menor minuciosidad.

Detúvose la alegre y feroz horda en un prado en donde crecian algunas graciosas camarinas. A un gran grito del susodicho anciano se detuvieron, y despues de haber descansado por algunos minutos, el soberbio futuro se levantó, cojió de la mano á la tímida beldad, la colocó en pie delante de él en medio del círculo que formaban sus arrodillados camaradas, y murmuró algunos sonidos guturales que debian ser sin duda para la esposa garantías de un dichoso porvenir. Hecho esto, agitóse con violencia el esposo, escupió al rostro de la dichosa niña adorada (y soy muy veraz en mi narracion); y luego, con el pulgar y el índice de su mano derecha, tomó polvo rojo de una vajiga pequeña, y con él trazó algunas anchas rayas en la frente, nariz y hasta el ombligo de la que iba á poseer, y continuó la ceremonia escupiendo de nuevo y echando polvo otra vez á su casta mitad. Esta, llena de orgullo, dió una vuelta alrededor de la reunion, y se mostró vanidosamente adornada con sus mas hermosas joyas.

Hubo tambien un momento de silencio y de meditacion. Y en el entre tanto salieron algunas palabras pronunciadas en voz baja, hijas quizas de la admira-

cion ó de un sentimiento general de celos que en vano se quiere reprimir. ¿Quién lo sabe? ¿quién jamas lo sabrá?

Hasta entonces solo habia entrado en juego la parte asquerosa, y por lo tanto triste y nauseabunda era mi tarea de observador; pero aquellos nobles hombres no se detienen en tan buen camino una vez emprendido el vuelo de la galantería.

A una tercera señal se puso á saltar el esposo, los deinas hicieron lo mismo, menos yo vergonzosamente esceptuado de la fiesta; luego los dos esposos, cogidos de la mano se alejaron algunos pasos y se colocaron al lado del tronco de una camarina, apoyada en ella la mujer, y á su frente el hombre. Este sacó de una especie de saco un pedazo de madera roja, de la longitud y grueso del meñique, tomó piedra lisa, de dos pulgadas de espesor y cuatro ó cinco de anchura; apoyó la hermosa cabeza de su reina sobre el árbol, aplicó el bastoncito á dos dientes incisivos superiores, le retuvo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, como si tratase de clavar un clavo, y con la derecha, con un vigor que honraba á su cortesania, dió un gran golpe con la piedra, y su esposa quedó embellecida con dos dientes menos.

Llenóse de sangre la boca; mas no por eso exhaló ninguna queja, ni manifestó la menor señal de sufrimiento la animosa vírgen. Eucantador y mágico fue todo lo descrito.

Poco faltaba ya para terminar la ceremonia que finalizó algunos instantes despues sin alcoba, sin cortinas, y sin misterio, marchándome yo antes de que la horda salvaje se apercibiese de mi partida, y antes de que hubiese llamado mi presencia la mas mínima atencion.

Os he hablado ya de la boda; ahora pues, algo debo deciros tambien del parto y del nacimiento. El viajero que ha comprendido su mision debe describir todos los grados de la vida de aquellos seres.

Consumado ya el matrimonio, la mujer pasa á ser propiedad del marido, pero no únicamente de este solo en lo que concierne á la union íntima. Son estas secundarias formalidades de que no se ocupa el tierno esposo, porque es para él pesada tarea, no siendo muy raro que despues de la celebracion del matrimonio, no se reúnan los dos cónyuges, como entre nosotros se dice, mas que para satisfacer otras condiciones impuestas por leyes que á nadie escluyen. Si por ejemplo, ha muerto el marido un animal montes, un kangaroo, ó un ornitorinquo, pues bien, la mujer tiene el esclusivo privilegio de cargar con la víctima. Por poco que haga el remolón, el caro esposo tiene el derecho de darle algun golpe con la macana en los riñones, siendo necesario que baje la cabeza la mujer ante semejantes argumentos. En verdad, el esposo es el único que puede sacudir; debiendo abstenerse de ello los demas que componen el cortejo, sean amigos ó amantes; mas no os alarmeis, porque se cumple el deber con edificante rigor, y no se necesita acudir á la buena voluntad de algun suplente para que la mujer ande, flaquee y caiga estenuada por la pesada carga.

Tampoco merece ocupar en manera alguna la atencion, el que la jóven mujer tenga que arrastrar dos pesos, que haya obtenido la brutalidad los beneficios de un amor puro y sagrado, es decir, que se halle en estado interesante ó que se acerque la época de la menstruacion.

El embarazo es la natural consecuencia del matrimonio, lo cual bien lo sabia la mujer, y por lo tanto desde entonces aceptó todas las condiciones de su nuevo estado. ¿Creia gozar tan solo de las ventajas de la union? ¿Se lisonjaba de que jamas veria el reverso de la medalla, y que seria bastante galante para escupirle diariamente la cara para pintarla, para embellecerla, y que seria complaciente para arrancarle

dientes de cuando en cuando? Vamos, por mas humanidad que haya por todas partes, cada cual tiene en su vida dias de tristeza, hasta la mujer encinta de los salvajes naturales de la Nueva Gales del Sur.

Pero llega un dia, sin embargo, en que el dolor obliga á la horda á pararse. Detiéndose, porque al fin tampoco debe desaparecer de la superficie de la tierra por su propia voluntad una privilegiada raza de hombres; detiéndose, porque una mujer va á ser madre, y al dia siguiente de aquellas horas de dolor verá cómo se doblan sus deberes, y cuánto mas penosa se ha hecho ya su carga. En las expediciones guerreras, al traves de los bosques y de las montañas, será ella tambien la que acarrea para los demas los cadáveres de los animales que han de servir de pasto, y de los cuales le tocará la mas minima parte, las saetas y las macanas de su marido, junto con la criatura, cuyo padre desconoce perfectamente. ¡Feliz criatura!.... Hablo de la madre.

Por último; oyense gritos de dolor, y se hace alto en un lecho de guijarros ó de rocas; en pocos momentos se podria llegar á un prado en donde se sufriría con menos acritud el dolor, pero allí se encuentran, y allí se quedan; á una sola persona concierne lo que va á pasar, y no es lógico ni humano que por ella se incomoden los demas.

Sin embargo, no debo yo, infiel historiador, afeár el cuadro y hacer demasiado odiosos á los hombres

que estudio tan minuciosamente á fin de que los conozcaís, veneréis y bendigáis.

Allí están en pie primero, cerciorándose con sus miradas de que el dolor triunfa de la fuerza y del valor; luego que ya les han convencido los desgarradores gritos, se ponen en cuclillas alrededor de la víctima, dan golpes con la mano, brincan, despiden al aire estrepitosos gritos, persuadiéndose de que así no sufre tanto la mujer, porque no pueden oirla.

Aquí se limitan sus funciones, y si mas pesadas no son, por lo menos justo es confesar que las desempeñan con un celo y una caridad superiores á todo elogio.

Un niño cae en el suelo; si cerca del lecho del dolor no corre ningun rio protector, ni ofrece su saludable abrigo ninguna ensenada, se llevan al chiquillo, y esperan que se presente ocasion de sumergirle en las aguas. En cuanto encuentran algun estauque, pantano ó torrente, sumergen en él repetidas veces al niño, y de este modo le declaran hombre, es decir, que desde entonces tan solo forma parte de la horda, y que tomará su racion en cuanto su madre le haya destetado.

¿Pero tiene esta la misma crueldad que el resto de la horda, y enmudecen tambien sus entrañas al oír los gritos y al ver los sufrimientos de su hijo? No, y con placer escribo estas palabras.

La ternura maternal de aquellas mujeres tan infor-



Ceremonia de matrimonio.

tunadas, puede compararse con lo mas ardiente y violento que encontrarse pueda en las pasiones humanas. Hay en ella tierna solicitud en todos los instantes, é inquietudes y lágrimas durante todos los dias y todas las noches.

Si un grito de ataque resuena en la cabeza de la feroz horda, sorprendida en su sueño, y si hambrientos enemigos se ceban segun costumbre en indefensos hombres, antes de coger sus armas, se apodera la madre de su hijo, le suspende en sus espaldas por medio de una piel de kangaroo, que hace veces de mochila, y bien persuadido podéis estar de que solo su parte anterior recibirá heridas.

Mas si parece en la pelea su hijo ¡oh! en este caso necesita víctimas para ahogar su rabia; ¡oh! en este caso, sangre y cadáveres á su alrededor caerán; no mas terrible es la leona, á la cual acaban de arrebatár sus hijuelos, ni con mas placer se revuelca la hiena en los restos de sus víctimas.

Lo mas terrible es su furor, y lo mas horroroso es su ferocidad, como tambien es lo mas noble y generoso su delirio, no siendo raro que despues de haber perdido sus víveres en una pelea, se encuentren, concluida esta, dos cadáveres, uno sobre otro, protegiendo el primero al segundo del diente de las bestias fieras ó de la del vencedor.

Os he hablado ya de la débil organizacion de aquella raza de hombres, y de ella bien habreis podido deducir que no les distingue la fuerza física. Pero las necesidades de la vida, contra las cuales se ven obligados á luchar de continuo, les comunican para ciertos ejercicios una fuerza que muy distarte se halla de suponerla en ellos. No mas diestros son quizas los sandwiquianos en lanzar sus flechas, pues he visto aquí dos salvajes que apenas contarían quince ó diez y seis años, escitados por el cebo de un pañuelo que habia prometido al vencedor, apuntar al tronco de un árbol, situado á mas de treinta pasos de distancia, y casi siempre le tocaron dejando en él profundas huellas de la rapidez del dardo. Otro día ví, en el jardín de Mr. Mackintosh, uno de los mas distinguidos oficiales de la guarnicion de Sidney, algunos salvajes de gran nombradía por su habilidad, que se ensayaban en hacer pasar sus saetas por un agujero de dos pulgadas de diámetro, que hicieron en una especie de mira, clavada en el suelo, siendo muy ciertos todos los tiros, y uno de ellos, despues de cierto número de tentativas, logró que su arma le

atravesara de parte á parte lanzándola á una distancia de veinte y cinco pasos. Maravillosa es tambien su habilidad en servirse de las macanas; la arrojan al aire á una prodigiosa altura, la obligan á que haga mil curiosas evoluciones, y, situados muy distantes dos jugadores uno de otro, se tiran circularmente sus armas como nosotros lo haríamos con los rehilletes, por medio de las palas. A pesar de su intrepidez en la carrera y de su ferocidad en los combates, sobre todo desde el momento en que un embriagante licor se apodera de su cerebro, pierden toda su energía contra los europeos, quienes les dominan, pero con todo aun fingen menospreciar á sus vencedores. Por lo dicho, os aconsejo que con tiento ataqueis á cualquiera de aquellos salvajes que vaya armado con su macana, sobre todo si es corva; pero si os encontráis ante cuatro ó cinco de aquellos individuos desarmados y dispuestos á atacaros no huys, por el contrario, arrojaros sobre ellos, porque de seguro derribareis de un puñetazo al que primero se os ponga delante, no siendo nada extraño que el choque derribe igualmente á los que á su lado esten.



Entierro de un salvaje

Probé un día mi fuerza contra tres de los mas vigorosos jóvenes de una horda de aquellos naturales, y por cierto no me costó mucho trabajo echarlos al suelo, aun cuando jamas me haya considerado que fuese un robusto atleta.

Ya sabeis cómo nacen, viven y se casan aquellos desdichados seres que tanto se parecen á los naturales de la península Peron, y que tanto difieren de todas las demás razas. Para que el cuadro sea completo, es preciso que sepais cómo mueren. ¡Ay! en cortas líneas lo habré dicho todo, no siendo mas larga que difícil de desempeñar la tarea del historiador.

Exhalado que ha el último suspiro un hombre, sus amigos, sus parientes, sus hermanos, su padre y su madre tambien se agrupan alrededor del cadáver, le palpan uno tras otro para asegurarse de que ya son inútiles todos los auxilios, y hecho esto, sin dolor, ó por lo menos sin lágrimas, va cada cual á cumplir su deber; escarva el uno la tierra con la macana, las flechas y las uñas; el otro va á buscar ramitas de árboles; un tercero arranca yerbas y cé-

ped, y todos van á colocarse junto al cadáver. Con todo lo dicho le disponen una cama, le tienden encima, le semi-cercan con hojas y yerbas, le atan con cuerdas, ponen á su lado sus macanas y sus saetas, lo arrojan todo á la hoya. la llenan de tierra, y sobre ella salta toda la turba para nivelar el terreno, y del hombre que fue, nada queda, ni siquiera la memoria.

Jamas se han ocupado aquellos salvajes de lo que acontece despues de la muerte, y nada les enseña ni nada les prescribe acerca de este punto su religion, si es que alguna tienen, de lo cual mucho dudo. Bastante les ocupan los trabajos y preocupaciones de su vida.

Algunos filósofos que estudian las costumbres de los hombres en los ensueños de su imaginacion, no temen sostener, olvidándose de que demasiada luz produce oscuridad, que todos los pueblos primitivos tenían un Dios, y que solo á los adelantos de la civilizacion se debe el que hayan surgido dudas. Los naturales de la Nueva Gales del Sur dan un solemne mentís á esta opinion, ya algun tanto desvirtuada por algunos recientes viajes. Para adivinar y forjarse

un Dios, es necesario suponer en el hombre cierta inteligencia, y el pueblo de que os hablo no tiene mas que el instinto de los brutos.

Aun temo ennoblecérle.

LXIV.

NUOVA-HOLLANDA.

Mr. Field. — Descripción de Sidney. — Fiestas europeas. — Marchais, Petit y yo en los bosques. — Combate de salvajes.

He visitado países enteramente salvajes; he visto también islas en las cuales la civilización, ora vencedora, ora vencida, presentaba un admirable contraste á la admiración dejándola dudosa acerca del resultado de la querrela que el tiempo enzonaba de continuo.

No sucede lo mismo aquí, rózase el salvaje todos los días con el hombre de las ciudades, y cada cual obra y piensa como quiere.

¿Es esto igualmente bueno para unos y para otros? No lo creo; y si jamas mereció compasión la violencia de los misioneros; es indudablemente cuando se trata de arrancar de todas las miserias y de todos los embrutecimientos á infelices y á feroces hombres para quienes los hierros de una cárcel serian mil veces mejores que la independencia en el seno de los bosques y de las montañas.

También digo, que, ya que no se usaran castigos, seria prudente y moral prohibir la entrada en Sidney á aquellos naturales que se presentasen sin vestidos, porque verdaderamente es un espectáculo asqueroso el ver tantos hombres y mujeres absolutamente desnudos en medio de una población acostumbrada sin duda á tales cuadros, pero á los cuales no se acostumbra de seguro, sin un profundo sentimiento de desagrado las jóvenes europeas.

Puesto que el hambre obliga á salir de los desiertos á aquellas feroces hordas, procurad que la mano que les dé alimento les imponga también deberes de reconocimiento.

Bastaria que el gobernador de la colonia pronunciara una sola palabra para que obtuviese el resultado moral del que al parecer tan poco se cura. A ningún salvaje negaria cualquier habitante de Sidney un pedazo de tela para cubrir sus riñones; y además ninguno de aquellos seres podría dejar de procurarse un trozo de piel de kangaroo cuyo uso se le proscibiria con severidad.

Bien veo que para hombres de tal especie, para aquellos seres aparte, á quienes parece aun mezquina y estrecha la inmensidad de las soledades, es un obstáculo y aun una carga cualquier vestido. No quieren, pues, un muro para guarecerse de la intemperie de los climas ni un asilo para librarse de las bestias fieras y de las serpientes, hospitalarios huéspedes de los bosques, necesitan tan solo barreras capaces de amortiguar el ardor de la vagancia.

Por eso les concederia bajo este concepto ancho y libre campo fuera de la ciudad, pero seria inflexible con el que entrara en ella con solo sus saetas y sus macanas. Durante una permanencia de una semana en la deliciosa casa de campo de Mr. Field, de tan feliz memoria, intenté vestir al gefe de una horda de desdichados indígenas que vinieron á rondar como hambrientos perros alrededor de la habitación, le puse una vieja camisa, unos pantalones y una levita, al feroz natural que solo murmurando condescendió á mis benéficas intenciones. Toda clase de locuras y de cantos y saltos dieron sus camaradas al ver comprimido así el cuerpo de un hombre que jamas se habia probado ningún vestido; y sin embargo, mas reconocido de lo que hubiera podido sospechar, volvió á los cuatro días, con los vestidos hechos girones, á

ofrecerme con cierta alegría la cabeza de un enemigo á quien habia muerto en su última incursión.

Por ingrato y ridículo debió mirarme aquel hombre al ver que me negaba á admitir con desagrado su asquerosa y sangrienta ofrenda. Mr. Field se divirtió mucho con mi cándida generosidad, y me aseguró que con tales regalos manifestaban su reconocimiento aquellos seres.

Por lo demas, en aquella deliciosa habitación construida á la europea y rodeada de jardines, en los cuales solo se criaban los árboles de nuestros países, el noble plantador habia mandado levantar un gran cobertizo para que en él se refugiaran los naturales al aproximarse los tiempos borrascosos; y me aseguró que allí tan cerca de la población ningún temor debia inspirar la natural ferocidad de aquellos hombres, de suerte que jamas habia tenido que echarles en cara el mas mínimo robo.

Esplique quien pueda tamañas singularidades.

No mas de una legua de distancia que se recorre por un camino ancho y con árboles de prodigiosa altura en sus orillas, media entre la casa de recreo de Mr. Field, y la ciudad. Por todas partes se ven allí eucaliptos que dominan sobre sus vecinos y que sirven de refugio á millares de vocingleras aves á quienes el instinto de su conservación les lleva á sus altas y cabelludas cabezas. A menudo iba á recrearme por aquel delicioso paseo; pero habiéndome detenido mi deber un día en la ciudad, me aproveché de algunas horas que me quedaron para estudiar su aspecto principal del medio de la rada, á la cual me hice trasportar por una canoa de salvajes construida de un tronco de árbol. Verdad es que hubiera podido servirme de una lancha de la corbeta, pero no me gusta hacer lo que los demas hacen.

Sidney-Cow, capital del condado de Cumberland, se halla situada parte en una llanura, y parte en una suave colina que domina la orilla Sur del rio, de suerte que se presenta en anfiteatro circular y presenta un aspecto encantador. Los principales edificios se definen con originalidad, rareza y grandiosidad, sobre las antiguas cabañas de madera que desaparecen poco á poco, reemplazándolas elegantes y sólidas casas de piedra labrada, adornándolas bonitas esculturas y balcones esbeltos, suaves y de un gusto muy notable. Parece que hayan copiado las lindas habitaciones de nuestros reales jardines, que han ido á Sidney para complacer la *fashion* inglesa que bien puedo creerse que se halla á algunas millas de Londres.

En primer lugar se levanta, á la izquierda, imponente y dominador, el palacio del gobernador, muy bien dispuesto, con sus anchas ventanas por las cuales circula con libertad el aire, y adornado en sus dos alas por una robusta vegetación, que le da un juvenil aire de alegría. Su grandioso patio y su peristilo sirven de adorno y de protección á la vez. Detrás de aquella magnífica morada, cuyas habitaciones se hallan ricamente decoradas, se estiende un deliciosísimo jardín en el cual crecen las mas ricas producciones vegetales de ambos hemisferios. Despues de este jardín hay otro á la inglesa en el cual en medio de los arbustos se recrean los cisnes negros tan hermosos, tan bonitos y llenos de elegancia que no cuentan iguales en el mundo. Junto allí apoyado el kangaroo sobre sus dos largas patas posteriores y su cola las cuales le sirven de sólido apoyo para salvar los setos sin rozarlos de un solo brinco, y llamando á sí con quejumbroso grito á sus débiles pequeñuelos á los cuales abriga en su bolsa protectora. Y aquellos setos de hojaranzos de los que se exhalan los mas suaves perfumes, y en donde brillan cual generosos rivales, las mas hermosas flores de los mas felices climas; luego, en mas lejano plano, olrécese á la vista un magnífico cuartel, construido de piedra y de ladrillos ostentando su larga fila de bien ordenadas aberturas;

mientras que casi á su lado, por efecto de la perspectiva, admira el viajero una inmensa serie de columnas bajo las cuales se pasean pobres enfermos que tratan de apoderarse de la vida pronta á escaparse.

Los mas solícitos y generosos cuidados se pusieron en la construccion de aquel magnífico hospital. Volved tambien la vista á la izquierda atravesando un gran espacio que ocupan encantadores habitaciones sembradas, por decirlo así, en medio de risueños bosques; y fijándola en un edificio fabricado de ladrillos, algun tanto circular, que sirve de cuadra y que si fuese necesario podrian fortificarla para proteger la ciudad. Si ahora os dirijis hacia la entrada del puerto, os detendreis ante un alto faro, de elegante, sólida y noble construccion, que indica el rumbo á los buques que surcan aquellos mares, con sus brillantes fuegos que aparecen y desaparecen con regularidad, para que no se le confunda con los fuegos que encienden los salvajes naturales que han establecido sus reales en las vecinas montañas.

Ruégoos que volvais de nuevo al embarcadero empavesado con tantas ondulosas flamulas; ante vosotros se presenta tambien un grave edificio, cuadrado y sin adornos, que es el templo de las oraciones; y mas acá se levantan ricos almacenes que sirven para depositar las mercancías, mientras que por el otro lado se pavonea, en siempre limpias aguas, un sólido mueble con sus argollas de hierro, sus máquinas y sus anclas baldosas, junto á los cuales pueden carear toda clase de buques sin el menor peligro. Mucho mayor número de edificios públicos y de casas particulares embellecen aquel paisaje verdaderamente magnífico, pareciéndole á cualquiera imposible que aquella ciudad tan hermosa y tan floreciente ya, sea obra de cortos años ha.

En el nuevo cuartel anchas y alineadas son las calles, pero no empedradas con cuidado, por lo cual difícil y desagradable es su tránsito en tiempo de lluvias. En cuanto al antiguo cuartel, construido en la rápida pendiente de una costanera, solo los que van á pie pueden pasearse por los senderos que hay alrededor de las casas, siendo fácil de prever que dentro de poco tiempo quedará destruido si no se procura nivelar el terreno, para lo cual se requeriria en ciertos puntos un trabajo infinito.

Pero en el cuartel de la *fashion* se ve el lujo en las calles y en las grandes casas, atraviesan las plazas lijeros tilburis, les recorren con rápidos hermosos carruajes, y ademas caballos y aprestos de cazas generales á las que nos convidan con la mas franca cordialidad, de suerte que es tal la buena voluntad con que tratan de complacernos que bien podria creerse que todo lo reavivó nuestra presencia. Los banqueros y los negociantes rivalizan en atenciones con los mas respetables plantadores para convidarnos á suntuosas comidas, y á reuniones llenas de gusto y de elegancia, de suerte que para nosotros era una fiesta diaria y un placer continuo.

El rico negociante Mr. Wolstoncraft por una parte; por otra Mr. Peper capitán del puerto; y ademas Mr. Field rivalizan en atenciones y hacen los honores de sus reuniones con una facilidad y amenidad que prueban la costumbre en concurrir á las sociedades de gran tono. Tambien quiere Mr. Macquarie, gobernador de aquellas posesiones, que le llegue su vez, y la mas franca alegría reina en sus deliciosas cenas; y no menos consienten ser los oficiales en la guarnicion, y los *toasts* á nuestra feliz ida y á nuestra feliz vuelta se suspenden mil veces para entonar improvisados himnos y alegres canciones, corren por la mesa toda clase de vinos, y los frascos llenos dan la vuelta llegando vacíos al punto donde partieron, las palabras se cruzan, multiplicándose los brindis, entran en fiesta los desatinos, entorpecense las lenguas, miran los ojos sin ver, ó ven doble, chócense soni-

dos inarticulados en medio de la orija que ya levantó la cabeza, rómpense los cristales, derribanse las mesas, y con ellas vasos, platos, frascos, licores y convidados; y todos enteramente ébrios caen en el suelo, todos menos yo, á quien jamas acaeció semejante dicha ó desdicha.

Al dia siguiente por la mañana cada cual se levantó de su sólida cama, estrecháronse sin vergüenza la mano, porque la alegría habia presidido á las libaciones, y se prometieron una compensacion que se tuvo efecto segunda, tercera y hasta cuarta vez, y que por lo tanto terminó la víspera de nuestra partida.

Alegre, divertido y curioso es indudablemente todo aquello á seis mil leguas de su patria; pero mezoquino y prosaico ante los vastos y solemnes bosques que rodean la ciudad, y ante las feroces hordas que los atraviesan, y de las cuales es preciso que aun os hable.

Puesto que los hombres y las cosas se cruzan allí á cada paso, permitidme que lo imite en mis narraciones, porqueno lesido yo quien hizo aquellos contrastes á que me veo obligado á someterme. Y en primer lugar vamos á dar una nueva ojeada á la feraz vegetacion que rodea á Sidney.

No muy risueños son los alrededores de la ciudad por mas que estén muy bien cultivados. Sin embargo llaman la atencion del viajero algunas casas de campo, construidas con elegancia y embellecidas con jardines ricos árboles frutales europeos. El álberchigo y el roble son los vegetales trasplantados de nuestros climas que mas satisfactorios resultados han dado. Sin esfuerzos produce allí la vez primera excelentes frutos; tan hermosos como los de nuestras mas bellas regiones es allí el segundo producto, y si damos crédito á nuestro botánico, hasta adquiere allí las mas preciosas cualidades para las construcciones. Los demas árboles que sombrean aquel suelo son la higuera, el peral, el manzano y el naranjo, útiles todos y que presentan garantías á los habitantes en tiempo de carestía ó de hambre.

De un espectáculo muy interesante disfruta el observador que colocado en un alto edificio mira la campiña cuando va el sol á ponerse. De en medio de los profundos bosques, pisados antes tan solo por los pies de los salvajes, se lanzan, impelidas por los vientos, inmensas columnas de fuego de entre las cuales brilla viva llama que ilumina á lo lejos el horizonte. Solo el fuego desmonta las nuevas concesiones. En un principio resiste su ataque un viejo tronco; pero poco á poco se seca su húmeda cubierta, chisporrotea, carbonízase y ella misma escita el incendio, el cual devora las ramas que en su caída precipitan á sus compañeras quienes á su vez comunican pronto la llama á los mas distantes vegetales. Pero como tienen que repetirse á menudo aquellos incendios, y como el propietario de un terreno ha de afianzar las posesiones adyacentes, y principia por hacer circunscribir con el hacha el espacio que quiere cultivar. Llegado que há á este límite, el fuego, como no encuentra ya mas alimento, se para y estingue, sirviendo sus benéficas cenizas para dar vida á las tierras que acaba de purificar.

Habia ya recorrido y estudiado bien los puntos Este, Oeste y Sur de Sidney, y por todas partes habia encontrado una rica vegetacion á menudo interrumpida por recientes plantaciones; pero desconocia aun la parte Norte, y resolví hacer allí una excursion con mi fiel Petit quien por haber estado enfermo, no habia saltado una vez siquiera á tierra.

—No hay inconveniente, me dijo antes de salir de la corbeta, no se olvida V. de sus viejos amigos en el borde del sepulcro. Vea V., apuesto cualquiera cosa que me será muy buena una correria por tierra. ¿Hay por allí vino?

—¿Qué te importa?

—Y mucho que me importa, pues si le hay, no le acompaño á V. por no caer en tentacion.

—Vamos, tranquilízate; ya puedes venir, porque no le hay.

—¿Cierto?

—Muy cierto.

—En este caso me quedo; porque me perjudicaría un paseo por tierra; y el doctor me ha prohibido que me canse.

—Adios, pues, pero conmigo, muchacho, obras mal disfrazando tu pensamiento, porque cuando en un país no hay vino, siempre tengo yo algunas gotas para las personas que amo.

—En este caso me decido, porque es tan imbécil el doctor que no sabe lo que se dice. Porque tengo calentura me ma nda tomar quina; como si no obra-se en mí mas efecto una botella de vino ó de ron.

—El doctor es mas prudente que yo; pero me aventuro.

—Si V. me quiere creer, habiéndose portado Marchais como buen muchacho durante mi enfermedad, haria V. bien en llevárselo con nosotros. Porque ya sabe V. que dicen son muy malos los naturales de este país, y tampoco ignora V. cuán duro es el puño de Marchais.

—¡Voto á brios! tienes razon. Llama á tu camarada.

Marchais acudió.

—El señor Arago se nos lleva á los dos á tierra.

—Maude el señor Arago, que aquí estoy para obedecer.

—Lo sé, querido.

—¿Quiere V. que vaya á dar una paliza á Hugues, Chaumont y Duverges? ¿Quiere V. que vaya á recibir un escorpión de Vial? Mande V. que en seguida obedezca.

—Digo que morirás en la impenitencia final.

—¡Lo sé! ¿Pero cómo se le ocurrió á V. la feliz idea de hacerme ir á tierra?

—Me la ha sugerido tu amigo Petit.

—¡Tú, queridito mio! ¡tú!... Todas las buenas acciones merecen recompensa.

Y Petit se encontró semi-tendido sobre cubierta por una amabilidad de Marchais.

—Amigo mio, ya sabes que aun no estoy del todo restablecido, y por lo tanto no debias dar con tanta fuerza.

—Es justo, lo repetiré de nuevo, y por consiguiente esto no se cuenta.

Nos marchamos muy dispuestos para registrarlo todo, pero decididos, sin embargo, á entrar en la ciudad antes de que anocheciera, porque habia hablado de la serpiente negra, y mis dos tunos no reyeron oportuno lo mismo que yo atacar á semejante adversario.

—Si tuviese brazos, cabellos, puños y espaldas, no habria inconveniente, me decia Marchais, pero anillos, dientes agudos como alfileres y veneno, ya es otra cosa. Vamos, vamos, bien han hecho con llamarla serpiente, porque esta palabra quiere decir ruin y tirano. Si encuentro una la aplasto bajo mi talon.

—Si encuentras una volverás las espaldas.

—Nada sé, allá veremos.

—Y yo cierro los ojos.

Fuimos á desembarcar al otro lado de la rada, mucho mas escarpada que los puntos opuestos, y no tardamos mucho en internarnos por los bosques. Tanto aquí como allí un fresco y verde césped se estendia de uno á otro árbol; parecian ordenadas plantaciones para las meditaciones del sabio ó para alegres paseos; y sin embargo ni un riachuelo murmura, ni un manantial revela la sávia de aquellos gigantes seculares que gravitan sobre el terreno, le sombrean y le embellecen.

—¿Durará mucho tiempo esto? me dijo Petit á quien las fuerzas hacian traicion al valor.

—No lo sé, tu amigo Marchais te lo dirá mejor que yo.

—Segun todas las probabilidades estos árboles llegan hasta el fin del bosque.

—¿No crees?

—Apuesto una botella de vino.

—No quiero, no.

Hacia ya dos horas que siempre adelantábamos, é íbamos ya á detenernos para atacar á una gallina encerrada con mucho cuidado en mi morral, mas creimos oir un lejano ruido.

—Son perros que riñen, me dijo Marchais.

—Son marineros que se embriagan, respondió Petit.

—Son salvajes, repliqué yo, preparémonos.

—¡Alerta! y una cascada de tabaco ahora, dijo Marchais.

—¡Alerta! y una botella llena, contestó Petit; si hay hambre lo mejor es beber.

—Querrás decir cuando uno tiene sed.

—Quiero decir lo dicho; porque sobre esto no puedo equivocarme.

Nos sentamos sobre la yerba, y despues de un almuerzo que yo misino arreglé, continuamos el interrumpido camino, con gran descontento de Petit que murmuraba en voz baja contra el mandato del médico, y contra mi desusada severidad; pero como el ruido que á nuestros oidos llegaba prometia á Marchais una ocasion probable para alguna riña, impelió á su camarada por las espaldas, y al cabo de media hora llegamos á un sitio descubierto en donde unos veinte naturales en pie y muy agitados aullaban en alta voz y deliberaban al parecer acerca de alguna peligrosa empresa.

—¡Son hombres! exclamó Marchais, parécense como dos gotas de vino á los renacuajos que vimos en la península Peron.

—Es la misma raza.

—En el vientre sí se parecen.

—Quizas aun no han almorzado. Vamos á ellos.

—Sí, pero sé prudente.

—Señor Arago, V. me injuria; la prudencia es mi debilidad.

—Demasiado lo sé, tunante.

Los salvajes nos habian oido y cesaron de hablar, se colocaron en círculo, tomaron consejo del que estaba en su centro, dejaron sus armas en el suelo y se dirigieron hácia nosotros.

—Toma, tienen valor, dijo Marchais mascando mas aprisa su tabaco entre sus desnudas encías. ¡Ah! ¡desean pendencia! Amigo Petit, ámate, arremángate é imítame.

—Vienen como amigos, sed prudentes, pícaros.

—No hay inconveniente, pero si se menean, si alzan mas la mano que el codo, aplasto veinte por mi parte.

—No son mas que diez y nueve.

—Aplasto á cada uno dos veces, y cuenta redonda.

A la distancia de seis pasos, se detuvieron los indígenas, y uno de ellos nos dirigió la palabra, luego otro habló mas alto, y á continuacion un tercero que nunca acababa. Pero Petit le hizo señas para que callara y le dijo:

—Por no plantar vides sois unas aves zonzas; mientras no planteis vides, no cosechareis vino; y mientras no cosecheis vino, no sabreis hablar frances. ¡Vedlo todo!

Despues de esta enérgica arenga, que por de contado la entendieron perfectamente los indígenas, volvieron las espaldas y fueron á tomar sus armas.

—Parece que los has divertido mucho, dijo Marchais á Petit; si me hubieses dejado á mí, ya hubieras visto cómo me comprendieran mejor.

—¿Sabes pues su lengua?
—Sé la lengua universal, que es la que se estudia á puñetazos.

—¿Pero qué hacen allí?
—Toma, que siguen su rumbo, naveguemos pues en sus aguas.

Con efecto, seguimos á aquella horda, y despues de un cuarto de hora, encontramos otra que se unió á la primera con grandes muestras de satisfaccion. Los recién llegados hablaron de nosotros á sus camaradas, y despues de un momento de descanso continuaron su ruta hácia el Norte. Muchas ganas de retroceder tenia yo, porque sérios temores me inspiraba el pependenciero humor de Marchais, pero vencíame la curiosidad y seguí las huellas de los naturales.

Subieron una pequeña colina en donde habia algunas miserables chozas fabricadas con cortezas de árboles, y se emboscaron en las principales alturas. Pronto un grito general de la horda resonó en los aires, y un segundo grito lejano contestó á este llamamiento.

Al instante se agitaron los brazos, pusieron en movimiento las saetas, hicieron girar las macanas, y se agachó la horda feroz esperando una sangrienta accion.

—¿Nos aproximamos? dije á mis compañeros de viaje.

—De V. depende, respondió Petit.

—¡Vaya qué pregunta y respuesta! replicó Marchais, es preciso y necesario ir, y debemos tomar parte en la refriega.

—Si te apartas un solo paso, te prometo que no irás mas conmigo.

—Pero, señor Arago ¿qué espongo? no me queda ya mas que un diente.

—¡Nosotros los tenemos todos, tunante!

—Por esto me iba solo.

—¿No somos amigos tuyos? ¿y crees que permanecemos inactivos si te enjaranas?

—Esta razon me decide, no aplastaré mas que dos ó tres.

—Pruébalo y veras quién soy.

Subimos pues la colina, pero á unos veinte pasos vimos muchos naturales que estaban de espaldas á nosotros.

En la cañada que formaban nuestra loma la inmediata, se detuvo la opuesta horda y envió una mujer á los enemigos. Llegado que hubo á la mitad de la colonia dió un grito y se paró. Una mujer de la contraria horda se dirigió hácia ella, y ambas, armadas con sus macanas, hablaron en voz baja, dieron á la vez un nuevo grito y los naturales de nuestra colina descendieron hácia el vallecito.

Los dos ejércitos se dirijieron uno contra otro y se detuvieron, cuando la distancia que entre ellos mediaba seria tan solo de algunas varas. Provino aquel alto de que habia algunos guerreros de mas, los cuales se retiraron despues de una especie de inspeccion, y cada salvaje pudo escojer un adversario.

Hubo en primer lugar saltos, luego gritos feroces, en seguida repetidos golpes sobre las armas, y á continuacion una pelea general.

—Hacen como yo, dijo Marchais, cuando escupo mis manos antes de aplastar, porque todo esto comunica fuerza y enerjía. ¡Bueno! ya están en órden de batalla... ¡Fuego ahora por estribor y babor! ¡Adelante! ¡Viva la república!

El combate habia ya principiado.

Hendian los aires las saetas lanzadas con furor, pero no caia ningun combatiente.

Pero aproximáronse los campeones, y entonces hubo un encarnizamiento, una rabia, un frenesi y un delirio dignos del infierno. Caian los cuerpos y se levantaban resucitados por la venganza; corria la san-

gre, veíanse cráneos abiertos, costillas rotas, y hasta los dientes jugaban un importante papel de destruccion en aquella horrible escena de carnicería.

—¡Sabe V. que son verdaderos gavieros, y buenos tunantes! exclamó Marchais que pateaba lleno de impaciencia. Esto sí que se llama dar de firme; ahora les aprecio. Pero uno de los bandos se halla casi aniquilado y sin embargo no retroceden; ahora pues les aprecio mas que nunca. Créame V., señor Arago, diga V. lo que quiera, pero voy á auxiliarlos, porque esto me parte el corazon.

Marchais se fué corriendo; síguele Petit desenvainando su sable, y yo tambien iba á seguir sus pasos, pero reflexionando tomé una pistola de mi cinto, y la descargué al aire. Al momento cesó el combate, separáronse los guerreros, y á un segundo pistoletazo huyeron todos por diversos puntos á esconderse en los bosques.

—Hagamos lo mismo que ellos, dije á Marchais y á Petit, que tambien se retiraron al ruido de la detonacion. Vámonos de aquí, ningun auxilio podremos prestar á los heridos, y de ningun modo curioso debe ser el aspecto de este campo de batalla.

—Ya está hecho, dijo Marchais con indignacion, son menos valientes de lo que creí: son Hugues, puesto que viran de bordo al oír un pistoletazo.

—Lo mismo da, dijo Petit, no iba del todo malo. Tuve piedad, sobre todo de una mujer que se levantó dos veces y cayó tres: era una leona...

Efectuamos nuestra vuelta sin ningun notable incidente, sin encontrar en el camino á ningun salvaje ni serpiente, y llegamos á Sidney antes de la puesta del sol. Encontré en el puerto á Mr. Field y su familia, me junté con ellos y les referí el combate que acababa de presenciarse.

—Ya ve V., pues, bien, me contestó el rico plantador, que no necesitamos espulsar á estas bestias monteses, porque se destruyen mutuamente, y dentro de poco tiempo solo los habrá mas allá de las montañas azules. Sin embargo, antes de que se embarcaran mis dos bravos marineros, los presenté al señor y señora de Field, los cuales les acogieron perfectamente, porque ya les habia hablado de su amistad y de su afecto.

—Sois dos valientes muchachos, y preciso es que cuando salteis en tierra vengais á vernos.

—Cumpliremos.

—Puedo ofreceros muy buenas cosas.

—¿Cuáles son? si no somos indiscretos.

—Escelescentes manzanas, albérchigos azucarados y manzanas muy dulces.

—¡Oh! le aseguro á V. que nos gusta mas nuestro buque, y que nos fastidia la tierra.

—Tambien tengo buen vino de Burdeos en mi bodega.

—Iremos á verle á V.; Mr. Arago nos dará las señas de la casa de V., y demasiado apreciamos... á las gentes honradas para que no cumplamos la palabra que les dimos.

Algunos dias despues, tendidos en el suelo en uno de los paseos del jardín de Mr. Field, no supieron por algunas horas si estaban en Francia ó en la Nueva-Holanda, puesto que débiles aquel dia, habian succumbido en un ataque contra seis botellas de Burdeos.

LXV.

NUOVA-HOLANDA.

Veinte y cuatro horas de un rey zelandes.

No lejos de la tierra de Van-Diemen, hácia los hielos polares, hoy casi al Sur de la Nueva-Holanda, una isla pequeña, poblada de árboles, montañosa, salvaje en el interior, feroz en las costas, y que sirve

á veces de descanso á los buques balleneros, fatigados de sus largas correrías, pero que bien haría en dejarse de ellas, como de una madriguera de bandidos, contra los cuales todas las naciones civilizadas deberían lanzar su cólera para aniquilar sus antropófagos habitantes, á quienes nada pudo aun corregir de su insaciable ardor de rapiña, de destrozos y de carne humana. Llámase Nueva-Zelanda aquella isla de desdicha, de luto y de desesperacion.

No encontrará seguridad el marinero que salta á tierra para renovar su agotada agua; ni quietud el sabio explorador, el cual no puede alejarse de la orilla del mar. Ocúltase la muerte en las consoladoras palabras del indígena hipócrita, como tambien en sus testimonios de afecto y en sus caricias.

Desde la edad de tres años se declara el nuevo-zelandes enemigo mortal de cualquier extranjero que se atreva á pisar su inhospitalaria tierra. Si os concede un día de vida, no creais que provenga de su generosidad, sino del temor de las sangrientas represalias que ocasionarle pudiera vuestro sacrificio. No hay estacion alguna, en la cual aquella Nueva-Zelanda de mala ventura, que no sea teatro de sangrienta mortandad; ninguno pasa en que no resuenen en Europa escenas de devastacion y de muerte, y sin embargo, la indolente Europa permite que el mal continúe; muévase un día, y lanza un despreciativo y ridículo anatema contra los canibales de aquellos mares de la Australasia, aconseja mucha prudencia y circunspeccion á sus pobres viajeros, y todo está dicho y hecho, é impunes los nuevos zelandeses continúan su sangrienta obra.

Por cierto tiene otras ocupaciones la Europa civilizada para pensar en sus hijos errantes en pro del comercio y de la ciencia; muy lejos de nosotros están los zelandeses, no es bastante escudriñadora nuestra vista, y á lo mas dirijamos las miradas á nuestros pies, tanto nos concentramos en nuestro insolente egoismo.

¿Pero son aquellos hombres bastante fuertes para luchar contra una voluntad de castigos que proviniere de nosotros? ¿Han erizado sus montañas de formidables baterías? ¿Han levantado temibles ciudades? ¿Poseen ejércitos aguerridos y hábiles generales? No, solo valor, ó por mejor decir crueldad, tienen aquellos hombres feroces.

Son como la hiena de Africa y el tigre de Nubia.

En la playa levantan sus moyadas. Apenas fondea en una de sus radas algun buque, salen los indígenas de sus cabañas de juncos tejidos y de cortezas de árboles, se lanzan en piraguas, se van á bordo, saltan, bailan, sonrien y proponen cambios, fraternizan, os juran amistad, y os invitan á que vayais á sus fiestas. Encantada la tripulacion desembarca, se duerme y ya no se despierta. Luego sigue el pillaje del buque, y los nuevos zelandeses le echan á pique y se encuentran poseedores de mortíferas armas para oponerse á las vuestras, volviéndose cada día mas peligroso el triunfo de la civilizacion y de la humanidad. ¡Ay! ¿De qué sirven los prudentes y enérgicos consejos? Mucho tiempo hace se han escrito estas cosas con sangrientos caracteres, y sin embargo, no por eso dejan de seguir su curso estas cosas tan impías, y no por eso deja de ser la Nueva-Zelanda la mas poderosa nacion del globo, porque otra alguna no se atreve á atacarla. Y con todo ¿qué es lo que se necesitaria para someterla?

Dos bergantines de guerra, seis cañones, fusiles, pólvora y tres compañías de cazadores. Vosotros que gobernais, y que de vuestra real caja derrochais generosamente cien escudos (mucho digo) en la triste morada de la viuda del marinero, asesinado en las tierras australes, trabajando para la prosperidad de vuestro país, pronunciad una palabra, tan solo una palabra, proponed una expedicion de aniquilamiento

contra aquella lejana tierra que os señalo, pedid hombres de buena voluntad, y vereis como acuden y se alistan con valor gritando ¡viva la santa alianza de los pueblos!

¿Qué sucederá en este caso? Que allá lejos, tan cerca del antípoda de Paris, los buques exploradores y los balleneros de todos los países, que necesiten descansar, encontrarán en el seno de aquellos borascosos mares, un tranquilo abrigo contra los azotes de los elementos, y contra los mas terribles aun de los hombres. Pero, lo repito, nueve mil leguas hay de uno á otro extremo del diámetro de la tierra, y solo poco á poco salvan tanta distancia la voz y el bronce; detendríanse por el camino, porque la tibieza es inconstante y temo la fatiga; bastantes enemigos diarios hay que os persiguen en vuestras propias casas; permaneced cerrados é indolentes en vuestro país, y dejad que continúe la antropofagia. Los detalles de sus asquerosas comidas ocupan vuestras reuniones, y bien haceis con divertirlos escuchando los dramas que aullan y estallan en el antípoda de vuestros jardines y de vuestros palacios.

Refiramos la historia supuesto que no se comprenda de la moral.

Cada pueblo de la Nueva-Zelanda tiene uno ó dos gefes, á los cuales obedecen ciegamente. Si quiere que se perdone, se perdona; si quiere que se mate, se mata; pero en la Nueva-Zelanda solo una vez sobre mil se perdona al prisionero. Antes que los gefes de los pueblos lleguen á tal categoría, es preciso que den pruebas de valor y de habilidad. Ademas han de sufrir que se les pinte horrorosamente sin dar la menor señal de dolor, ni fruncir el entrecejo. Por medio de un agudo hueso de un pez, se abren (¡se abren!...) profundos surcos en la frente del que se cree digno de mandar, surcos hechos con suma regularidad, y adornados con dibujos y figuras de superior gusto. Desgarrada que está ya la frente, cuando no presenta ya mas que una herida, y ensangrentados que están la cara, el cuerpo y el suelo, echan allí encima un poco de agua, luego una especie de mastic negro, que impide que vuelva á juntarse la piel, que garantiza la eterna existencia de los surcos, y si el hombre se ha mantenido firme, y si se sonrió mientras le desgarraba el agudo instrumento, le proclaman primer subgefe. Luego continúan los operadores su obra, descubren el pómulo, trazan en él círculos y ondulaciones; pasan luego á la nariz y le pintan, dándole la forma abigarrada, agujerean los carrillos, la barba, la parte inferior y superior de los labios, y por último hunden su hueso hasta sobre la piel que protege los ojos. ¡Oh! en el caso de que el mártir, que se encolerizaria de que le llamaran tal, haya conversado familiarmente con los que le rodeaban, mientras le pintaban ó trabajaban la cara, cuya forma ya no se conoce, le proclaman gefe omnipotente del pueblo, manda á los demas, y le corresponde de la mejor parte de un festín de palpitantes carnes. Mientras ocupa el mastic los surcos, nada de humano tiene aquel rostro; pero luego que cae y en cuanto desaparecen la abofelladuras, destácanse perfectamente los dibujos, y casi me avergüenzo de confesar que me sentí lleno de admiracion hácia el decorador y el paciente.

Aquel hombre, aquel gefe ó aquel rey que he delineado en puerto Jackson y que he seguido y estudiado en su vida nómada de veinte y cuatro horas, y aquel de quien os hablo, y cuyos pormenores los debo á Mr. Wolstoncraf, siempre me ha maravillado y aterrorizado. Habia notado que seguia sus pasos, y si bien al principio se enfadó, fuele luego indiferente, obrando cual si yo no existiese. Por lo demas apresúrome á añadir que iba enteramente desnudo, por armas solo una magnífica macana de pedernal, con sólido mango, y ademas una piedra gris en los cos-

tados tallada en forma de espátula, y que yo, que bien sabía lo terrible que era su mal humor y su cólera, tenía ocultas bajo mi vestido dos excelentes pistolas y un buen puñal; y os aseguro que aun no bastaban estas armas, para imponer á un hombron de tan admirable organizacion y de una talla de cinco pies y de diez á once pulgadas.

Llamábase Tahabé aquel gefe, segun dijo un criado holandés de Mr. Woitsoncraft que nos habia servido de intérprete en las diversas preguntas que le hicimos. De gran reputacion gozaba entre los suyos por sus robos y asesinatos. Decíase todo esto en alta voz en Sidney, creían todos, era seguro y sin embargo recorría Tahabé tranquilamente las hermosas calles de la ciudad en la cual nadie hacia caso de él. Con él habia cargado un buque inglés, y segun se decia, solola curiosidad le habia incitado á emprender aquel corto viaje, aguardando la salida de otro buque para volverse á su país. Quizas fue una visita de inspeccion para proyectos de conquista. La vez primera que me encontré ante un hombre de atléticas formas, de soberano paso, de mirada de buitres, me detuve estupefacto. Creo que lo notó, porque me pareció notar en él una sonrisa de ironía y un ligero movimiento de espaldas que por todas partes indicaba desprecio. Seguile sin embargo á veinte pasos de distancia, y le estudié con una de aquellas religiosas atenciones que nada dejan hacer á la imaginacion. Con compas podemos apreciar tambien la moral.

Salió de la ciudad y tambien le acompañé, pero temeroso de que se apercibiese de mi asuibilidad, abrí mi cartera para que creyera que me ocupaba en dibujar y no en espiar sus pasos.

Bajo una hermosa fila de verdes robles habia una encantadora casilla, cercácala un seto, y detras de ella se pavoneaban muchos gallos en medio de su dócil serrallo. El zelandes subió sobre un banco despues de haber cogido dos piedras, echó el ojo á una de las gallináceas, la derribó al primer golpe, separó ó por mejor decir rempió con sus nerviosos dedos dos tablas de la cerca, se introdujo en el recinto, se apoderó de la víctima, y salió como si acabara de hacer la cosa mas sencilla y mas natural del mundo.

Terminadas la matanza, la fractura, y el robo, se encaminó tranquilamente el zelandes á un grupo de árboles que se hallaban tocando al camino, se recostó á un tronco, desplumó al gallo tan tiranamente muerto, y se lo comió crudo. Hecho esto, procuró dormirse; pero habiendo oido poco despues un leve ruido, se volvió hácia el punto de donde provenia, vió una enorme rata que buscaba su pasto, cogió la macana en forma de espátula, la lanzó con vigoroso brazo contra el roedor animal, y le dejó muerto en el acto. En seguida se levantó, olió á su segunda víctima y la arrojó á gran distancia detras de sí.

Parecióme que el pintado gefe habia pronunciado algunas palabras en voz baja antes de devorar el gallo y de tirar la rata; pero no puedo afirmarlo. ¿A cuál dios de sangre podrían dirigir tales hombres sus súplicas? ¿Y dirigirían acaso tambien estas súplicas un momento antes de su pillaje ó de una carnicería?

Graves, comedidos y lentos habian sido hasta entonces los pasos del rey salvaje; pero aquí hubo un momento de irresolucion, pasado el cual, levantando con fiereza la cabeza y girando dos ó tres veces sobre sus talones, tomó en cada mano una macana, chocóla una contra otra repetidas veces, lanzó una especie de gruñido sordo y prolongado, y con presurosos pasos se dirigió á un bosquecillo casi virgen en el Sur de Sidney; entró en él, se apoyó sobre un árbol y se puso á dormir, segun sospeché yo viendo que cerraba los ojos.

Me aproximé lo suficiente para dibujarle; pero apenas tendria la mitad del trabajo, abrió los ojos, me

ve, frunce el entrecejo y se dirige hácia mí con decidido aire.

Temí por un momento: pero sin embargo le esperé descansando mi mano sobre una de mis pistolas para hallarme dispuesto á contestar á su ataque ó bien á prevenirle.

Creo que notó mi desconfianza, porque dejó sus armas en el suelo á cuatro pasos de mí se puso sonriendo á mi lado, se apoyó con familiaridad en mi espalda, y me manifestó que le enseñara mi trabajo.

Abrió el album, le enseñé paisajes que no conocí (lo cual provendría quizas de la vista) figuras que aparentó no saber lo que representaban, pero lanzó una exclamacion de placer y de ironía muy fácil de explicar luego que vió una figura iluminada de un natural de Nueva-Gales del Sur, la cual estuvo mirando por mucho tiempo con ojos que bien espresaban el desprecio y el desagrado. Para darme las gracias por mi condescendencia se puso inmóvil delante de mí como para invitarme á que terminara el comenzado trabajo. No quise despreciar tan favorable ocasion, y despues de haber mirado con mucha atencion su tan horriblemente acuchillada cabeza, os juro que le encontré el mas enérgico carácter. Luego que notó que habia terminado, se fue el rey á cojer sus dos macanas, y sin decirme ni una sola palabra, sin hacerme ningun gesto se internó en los bosques sin tomarse siquiera la molestia de volver la cabeza para asegurarse de si yo le seguia.

Seguíle, pues, mas apenas hube andado algunos centenares de pasos principié á arrepentirme de mi imprudencia, porque al ver los bruscos movimientos que hizo al verme, me detuve y me puse á la defensiva. Siempre se peligra con tales señores en tomar la iniciativa, porque si os falla el primer golpe, ellos jamas yerran el suyo, y por bien librado debéis juzgaros si salís tan solo con algun miembro fracturado.

El zelandes ofendido por mi tenacidad, que tambien hubiera podido interpretar como una atencion, me dirigió una arenga, muy enérgica sin duda, porque se crispaban sus dedos, y rechinaban con violencia sus dientes, pero nada entendí de aquel flujo de palabras, á no ser que le causaria un gran placer el que le dejara solo.

Me gustan mucho las buenas y elegantes maneras, conmoviéronme profundamente las del rey zelandes, y me consideré en el deber de probar por medio de una prouta retirada que las apreciaba debidamente.

Cierto es que hubiera podido mostrarme rebelde á aquella súplica que tomé por orden, porque bastante seguras salvaguardias eran mis pistolas y mi puñal; pero vencedor ó vencido, nada hubiera ganado con luchar, y así es que como un cobarde, no siéndolo, retrocedí por el camino andado.

Sin embargo, avergonzándome de haber obedecido, resolví volver otra vez, penetrar de nuevo en el bosque, pasearme por él, y seguir mi camino sin hacer caso del feroz zelandes si llegase á encontrarle. Para lo que suceder pudiese, miré si estaban bien cargadas las pistolas; y luego, segun costumbre, despues de haberme animado con algunas palabras injuriosas que me dirigia á mí mismo en alta voz principié á andar. Al cabo de media hora vi al rey en pie, apoyado en una magnífica camarina, y mascando la sangui-nolenta carne de un animalito que no conocí, el cual sin duda pereció de una pedrada. Lanzó un segundo gruñido mas fuerte que el primero; arrojó á lo lejos los restos de su asquerosa comida y se dirigió atrevidamente hácia donde yo estaba. Se paró y le dirijí algunas palabras que debió tomarlas por testimonio de amistad, pues las pronuncié con mucha dulzura; pero como de nada servian para el coloso salvaje, y como tomaba al aproximárseme una actitud amenazadora, coji una de mis pistolas y le mandé que se detuviera. Detúvose, con efecto, al ver mi arma, me

miró con feroz vista, articuló algunos sonidos breves y sonoros, puso en el suelo su magnífica macana, y me mostró la segunda en forma de espátula, y me dió á entender que desearia cambiar con mis pistolas. Acepté su proposicion; y le dije de una manera muy inteligible, que aceptaba el cambio, y como se aproximaba tambien para efectuarle, disparé el tiro al aire. Recobróse mi pérfido enemigo al ver esta accion,

porque obraba con prudencia y no con miedo, dió un salto amenazador, rompió el tratado y se alejó para cojer la gran macana que habia dejado en el suelo. Ya estaba prevenido yo; y así es que coji mi segunda pistola, y temeroso de que no creyera fuese la primera, que ningun temor podria inspirarle, le enseñé las dos, bien determinado, á la menor señal de ataque, á disparar contra el pecho del cincelado monarca.



Escenas en un bosque con un gefe de la Nueva-Zelanda.

Bien de la humanidad merecen allí los regicidas. Al ver las armas y mi actitud decidida, se detuvo de nuevo el zelandes, sonrióse con la mayor gracia que pudo, lo cual no fue muy atractivo para los dos, abandonó tambien su arma principal, me presentó la piedra lisa y azul, y entabló por segunda vez el cambio interrumpido. Acepté la propuesta, me dió primero su macana, le entregué en seguida el arma poco peligrosa entonces, y casi reunidos como dos amigos de niñez, nos internamos en el bosque.

Pronto vimos algunas chozas de cortezas, y á ellas nos dirigimos. Estaban abandonadas y formaban indudablemente el pueblo de alguna tribu vagabunda de zelandeses. Parecióme que aquel silencio y aquella soledad contrarió mucho al zelandes, quien descubrió su despecho destruyendo aquellas miserables moradas con los pies y la macana. Déjale hacer porque en menos de una hora podia repararse la destruccion, puesto que allí la fundacion de una ciudad no cuesta mucho más.

Pero un ruido que en un principio no oí, llamó la atención de mi fogoso compañero de viaje, junto al cual me detenia un doble sentimiento de orgullo y de curiosidad. Me indicó que le siguiera, se lanzó con paso rápido, y pronto nos encontramos cerca de otro pueblo mucho mas estenso que el primero, compuesto de veinte y tres chozas, una de las cuales era cuatro veces mayor que las demas, contando una altura de siete á ocho pies.

Ocultóse el zelandes detras de un árbol, y yo le imité; y arrepentido ya de haberme aventurado imprudentemente en una empresa tan temeraria, esperé, sin embargo, ver el resultado de aquella emboscada, la cual deberia satisfacer las esperanzas del carnívoro gefe, cuyos proyectos traslucia con la mayor claridad.

Pronto aparecieron unos veinte y dos salvajes, gesticulando y hablando en alta voz, y todos en un estado de suma agitacion. Pusiéronse de cuclillas, sin duda para deliberar; hablaron entonces sucesivamente por turno, y el nuevo zelandes, que los acechaba con feroz ojo, iba ya á precipitarse sobre ellos, cuando se dejó oír un tercer ruido.

Ocultóse de nuevo el gefe, y yo retrocedí tambien algunos pasos para emprender la retirada que meditaba, mas sin perder de vista por eso las cabañas de los naturales. Levantáronse tambien ellos al oír el ruido que el eco les habia llevado, y todos renovaron los preparativos de combate que habia presenciado en el Norte de Sidney cuando mi última correría con Petit y Marchais.

Aproximábase el ruido, y temblaba ya el suelo bajo los pasos de la horda salvaje, la cual al llegar se colocó con fiera ante las chozas y principió á agitar sus macanas y sus saetas.

Iba á principiar la lucha, iba á correr la sangre, iban á quebrantarse costillas y á abrirse cráneos. Pero de repente el nuevo zelandes, cuyas ventanas dela nariz

sumamente abiertas y cuya rápida aspiración anunciaban su ardiente cólera, se precipita como un tigre, despidiendo un formidable grito, cae sobre la espantada horda, derriba á uno de los combatientes y se detiene.

Todo desapareció, todo quedó silencioso y solemne alrededor de la aldea ó lugaracho.

Apenas había dos minutos estaban allí dos ejércitos en efervescencia, dispuestos á desgarrarse y á destruirse; pero ahora sólo dos hombres, en pie el uno terrible, cruel y feroz; y en el suelo el otro, haciendo mil contorsiones por el dolor que sentía y exhalando el último suspiro.

Eché á correr y empecé la huida para no asistir al desagradable banquete que tuvo lugar en el campo de batalla. Por la noche me fui á casa de Mr. Wolstoncraft para contarle las aventuras que aquel día había

tenido y al principiar su relato al sentarnos á la mesa, se presentó el rey zelandes, me reconoció y me tendió la mano, pero yo retiré la mía.

— ¡No reciba V. á este antropófago, dije al negociante, porque es un bandido!

— Lo sé.

— Acaba de matar á un hombre.

— ¿Un indígena, no es verdad?

— Sí.

— Bien habría hecho con matarlos á todos, porque así nos ahorraría muchos fastidios y disgustos.

— ¡Y estos son los principios que Vds. proclaman aquí?

— Quisiera que me dijeran si en Europa han dejado de perseguir á los lobos por los bosques.

— Pero aquí son hombres.



Aldea de una tribu vagabunda de indígenas zelandeses.

— Son hienas, á las que solo les falta fuerza de tales. Si un natural de la Nueva Gales del Sur le encuentra á V. dormido le matará. Este por lo menos ataca á personas despiertas que pueden defenderse. Comamos.

Convidaron al zelandes, pero rehusó.

Estaba enteramente repleto.

LXVI.

NUEVA-HOLANDA.

Fenómenos meteorológicos. — Viajes de Mr. Oxley al interior de la Nueva-Gales del Sur.

TAN lógico de ordinario Peron en la solución de sus diversos problemas meteorológicos que estudió con profunda ciencia en su viaje á las tierras australes, parece que se apoya en muy frágiles bases al sentar la contradicción que aquí reina, acerca de ciertos fenómenos celestes comparados con los efectos que se observan en otros climas.

En su íntima convicción de que en la tierra de Cumberland todo es contrario á las leyes que los países del mundo conocen y consagran, se admira, por ejemplo, de que los vientos de Oeste y de Noroeste, que allí soplan parte del año con suma regularidad,

no tengan alta temperatura, y no puede explicarse tal singularidad sino mediante una teoría formulada de antemano, si bien por desgracia de todo punto falsa cuando se trata de aplicarla á los caracteres topográficos del país que nos ocupa.

Si la Nueva-Gales del Sur no fuese un país excepcional deberían ser frios los vientos de Oeste, porque antes de llegar á Sidney, atraviesan las montañas Azules, las cuales deberían haberlos enfriado considerablemente.

Tal es poco mas ó menos el sentido de las palabras de Mr. Peron.

¿No se dirá acaso, que la cordillera de montañas de que habla tiene, como los Alpes, los Pirineos y los Andes de América, cimas nevadas, hielos eternos, y que su anchura debe ser muy considerable para que se vistan de escarcha los vientos que las visitan y las azotan? ¿Quién no creerá, al oír al sabio y celoso naturalista-físico, que aquellas montañas Azules, de las cuales con tanta diversidad se habla en las primeras relaciones de los viajes después que las descubrió el intrépido Cook, han sido por largo tiempo inaccesibles é impenetrables á causa del caos de los aludes que se precipitaban hasta las profundidades de los valles después de haber descendido de la alta región de las nubes? ¡Ay! las cimas que por muchos años he-

mos visto dominar sobre el mundo, han tenido que bajar su orgullosa cabeza luego que la ciencia les ha medido con su ojo clasificador, y si bien no se hizo pigmeo el gigante, por lo menos el Chimborazo incluyó su cabeza ante el Illimania, el Canigú y el Pico del Mediodía, ante el Maladetta, y el Malahita, el Pico de las Azores quedó igualado con el de Tenerife, y el Monte Blanco corre lanzas con el Monte Rosa; ninguno hasta el Himalaya ha dejado de deprimirse, cual humilde vasallo, para rendir homenaje al nuevo Pico del Tibet; cuya cumbre solo visita el condor abanicándole con su infatigable ala.

Todas las razas de los reyes han tenido sus períodos de grandeza y de decadencia; degenerase el hombre, y hasta el mismo león ruje hoy día sin desgarrar; ni las mismas montañas Azules se hallan exentas de la regla general, sino que se ven también sometidas á aquella ley de depresión y de decadencia que rije al mundo, y mucha sorpresa causará á aquellos de mis lectores que estén aun en la incertidumbre, cuando les diga que en general aquella cordillera de montes, que tienen casi la dirección de Norte á Sur, raras veces cuentan mas de seiscientos metros de altura, y que las mas altas cimas no pasan de nuevecientos.

Después de esto ¿debemos admirarnos de que los vientos que las atraviesan no lleven el carácter que Peron, con su lógica, preteude darles, sobre todo atendiendo á que Sidney se halla situada á 36° de latitud?

Húndese tarde ó temprano cualquier edificio cuya base no sea sólida, y Peron se engañó, no porque procediese ilógicamente, sino porque se fundó en un principio á todas luces falso. Todas las relaciones científicas confirman el mentís que los hechos dan á Mr. Peron; el cual los cita con mucha humildad en su memorable obra, y nosotros mismos apenas daríamos crédito á los terribles fenómenos que se desenvuelven á nuestra vista, si no lo confirmaran los viajeros menos tachados de exageración.

Citemos al que con mas exactitud se espresa.

«Secos estaban, dice Collins, la mayor parte de los torrentes y de los riachuelos por el mes de febrero de 1791; de tal suerte que fue preciso abrir pozos en el mismo cauce del río de Sidney, con lo cual apenas se podía ocurrir á las necesidades de la población. Fue tan terrible el calor en Sidney-Town el 10 y el 11 que el termómetro subió, á la sombra, á 105° de Fahrenheit (32° 4 de Reaumur); y en Ros-Hill, fue tan excesivo el calor que perecieron millares de murciélagos. En algunas partes del puerto, cubrían la tierra diferentes especies de aves, sofocadas unas, espirando otras, á causa del calor; y algunas de ellas caían muertas volando. Quedó corrompida por muchos días el agua de aquellos manantiales que no se habían tocado con motivo del gran número de aves y de murciélagos que habían espirado en sus orillas al ir allí á apagar su sed. El viento soplaba entonces del Noroeste, y destruyó mucho los jardines consumiendo cuanto á su paso encontraba. Las personas á quienes los negocios obligaban á salir al campo, declararon que era imposible tener vuelta, durante cinco minutos, la cara hacía el punto de donde venía el viento.»

«Noviembre 1791.»

«Muchas personas cayeron enfermas durante este mes por el excesivo calor que reinó. El 4 un convicto que, con la cabeza descubierta, esperaba á Mr. Withe en el corredor de su casa á su cocina, quedó tan impresionado por el sol que desde luego perdió el uso de la palabra, los movimientos, y en menos de veinte y cuatro horas, la vida. En aquel día subió el termómetro á 95° Fahrenheit (28° Reaumur), y el viento era Noroeste.

»En aquella misma época, no se encontraba alterada nuestra agua, sino que también tan reducida por

la evaporación, que el gobernador ordenó que ningún buque se abasteciese de ella en el río de la ciudad, y además, para obviar en seguida este mal, por lo menos tanto cuanto podía permitirlo el estado de la colonia, mandó que se cogiesen todas las piedras que se usasen en la construcción de los edificios públicos ó particulares en el cauce del río, de suerte que se formase un especie de cisternas capaces de conservar gran cantidad de agua para que durante la estación calurosa pudiesen servirse de ella los ciudadanos.»

«Diciembre de 1791.»

«Muy calurosa fue la temperatura durante este mes; el día 5 fue sofocante el calor; y el viento soplaba con furor del Noroeste. Y para dar mas intensidad al ardor devorador de la atmósfera, por do quiera vomitaba fuego la tierra. En Sidney se incendiaron la yerba y la madera que hay detras de la colina del Oeste, y el incendio, avivado por el caluroso viento que con fuerza soplaba, se propagaba rápidamente y todo lo devoraba con increíble furia. Ya se había quemado una casa, toda la cumbre de la colina se hallaba cubierta de llamas que amenazaban destruir por completo á la ciudad. Felizmente los esfuerzos reunidos de la guarnición y de los habitantes lograron contener los progresos de aquella terrible conflagración. El temor del peligro había obligado á todos los individuos á salir de sus casas; apenas se podía respirar; insoportable era el calor, y mucho sufría la vegetación, pues las hojas de la mayor parte de las plantas leguminosas se hallaban reducidas á polvo, y se sostenía el termómetro á la sombra 100° F. (32°, 2 R.) En Paramatta y en Tanganbée no era menos excesivo el calor; y en fin, todo el país parecia convertido en fuego, hasta el punto de que algunas casas llegaron á ser presa de las llamas. Durante aquel día de alarmas se dejó oír varias veces el trueno á lo lejos, y cerca del anochecer cayó una lluvia que refrescó algun tanto la atmósfera.

»La acción de este terrible viento se dejó sentir hasta la altura de la isla María, y por consiguiente á mas de doscientas cincuenta leguas de distancia del puerto Jackson; porque al propio tiempo que el viento del Noroeste devastaba de tal modo á la colonia inglesa, el buque americano *The Hope* experimentaba en las inmediaciones de la isla María una horrible tempestad que ocasionó el mismo viento. Sombrio, pesado y muy caluroso estaba el tiempo. Parecía que un espeso humo ocupaba la atmósfera.»

«Agosto de 1794.»

«El ardiente viento de tierra nos visitó por vez primera en aquella estación, soplando hasta la tarde con mucha violencia; mas por la noche, le reemplazó, como de ordinario sucede, el viento Sur.»

Segun se ve, hay allí perfecta armonía entre la tierra y el cielo, y completo desacuerdo con lo que en otros climas pasa. Con todo, sin poner en duda la veracidad de Collins ¿no seria posible encontrar otras causas mas probables que las que da á aquellos inmensos incendios que sumergían á la colonia en el terror, y no seria fundado creer que, aprovechándose del luto y del espanto de los habitantes, hubiesen algunos malhechores ó salvajes pegado fuego á las plantaciones, esperando el pilaje ó la libertad en medio del desorden? Como fuese, nadie se convencerá con facilidad de que 32°, 2 de Reaumur pudiesen incendiar árboles, y si esto se halla bien observado y confirmado, es un nuevo argumento en favor de los hombres que tan extravagantes cosas han escrito sobre la Nueva-Gales del Sur.

Pero vamos adelante, y refiramos una peligrosa escursión que Mr. Oxley emprendió al interior del país por orden de Mr. Macquarrie, gobernador de

aquella region. El hábil oficial de marina me ha facilitado muchas cartas, que dirigió entonces á Mr. Macquarie, y si solo publico dos, es por someterme á las exigencias de mi obra, y á las promesas que he hecho á mis lectores, á quienes debo ofrecer otros preciosos documentos. A continuación copio la relacion de Mr. Oxley, que yo mismo he traducido del original:

CARTA DE J. OXLEY, AL VOLVER DE SU PRIMERA ESPEDICION, AL GOBERNADOR MACQUARIE.

«Bathurst, 30 de agosto de 1817.»

«Señor:

«Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que ayer llegué á Bathurst con las personas que formaban la espedicion del Oeste que V. E. tuvo á bien poner á mis órdenes.

«Ya se halla informado V. E. de cuanto hice hasta el 30 de abril. Los límites de una carta no me permiten que me estienda sobre los pormenores de todo cuanto ha pasado durante diez y nueve semanas, y como dentro de algunos dias tendré el honor de ver á V. E., espero que mientras llega aquella época, tendrá V. E. la bondad de recibir la sumaria relacion que en la presente le ofrezco.

«Continué siguiendo el curso del rio Lachlan, con mis lanchas, hasta el 12 de mayo; deprimíase rápidamente el pais, hasta tanto que las aguas del rio, elevándose con el desnivel, y dividiéndose en muchas ramas, nos presentaron la tierra inundada en el Oeste y en el Noroeste, y nos impidieron avanzar mas en aquella direccion; el mismo rio se perdió en medio de los pantanos, y hasta dicho punto por ningun lado había tenido aumento, sino que muy al contrario se disipaba constantemente en charcas y lagunas.

«Siendo evidente la imposibilidad de pasar mas adelante con las lanchas, determiné, despues de una madura deliberacion, sacarlas fuera del rio, y descargándonos de todo cuanto no nos era indispensable, continuar nuestro camino con los caballos que llevaban las provisiones que sacamos de las lanchas, y dirijirnos hácia el Oeste, de suerte que pudiésemos cortar cualquiera corriente que pudiese provenir de las divididas aguas del rio Lachlan.

«En conformidad á este plan, abandoné el rio el dia 17 de mayo, dirijiéndome al Oeste al cabo Northumberland, cuya direccion me pareció la mas adecuada al fin que me proponia. No detallaré aquí las dificultades y las privaciones que experimentamos al atravesar un pais desnudo y desolado, y que no nos ofrecia mas agua que la que la lluvia depositaba en los baches y en las rendijas y grietas de las rocas. Continué avanzando así hasta el 9 de junio, en cuya época, habiendo perdido dos caballos estenuados de fatiga y de falta de alimentos y de bebida, y viendo que los demas se hallaban en un deplorable estado, diriji nuestra ruta al Norte, á lo largo de una serie de altas colinas que se estiende en dicha direccion, por la circunstancia de que solo ellas nos ofrecian el medio de procurarnos agua hasta que llegase el caso de encontrar alguna corriente. De esta suerte continuamos andando hasta el 23 de junio, en cuyo dia encontramos agua corriente que en un principio nos costó mucho trabajo reconocer que provenia del Lachlan, á causa de que su anchura era mucho mayor que la de la rama que abandonamos el 17 de mayo.

«Ni un momento siquiera vacilé en seguir su curso, no porque la naturaleza del pais ó su apariencia indicase en manera alguna que se haria navegable, sino porque no quise que quedase la menor duda de la existencia de un rio que irá á juntar con el mar hácia el Oeste entre los límites que me habian indicado en mis instrucciones.

»Hasta el 9 de julio continué siguiendo las orillas

de aquella agua corriente. Noté que habia tomado una direccion hácia el Oeste, y que habia atravesado un pais enteramente llano, y del todo desnudo, y que por momentos se hallaba á todas luces bajo el agua. Hasta aquel sitio, el rio habia disminuido por grados y estendido sus aguas hasta estancadas lagunas sin recibir ninguna agua corriente tributaria que nosotros conociéramos en toda la estension de su curso. No mas de tres pies de altura tendrian sus orillas, y las señales que veíamos en la maleza y en los arbustos nos indicaban que á veces se elevaba el rio dos ó tres pies mas, y que convertia el pais en un pantano haciéndole del todo inhabitable.

«Inútil era ya avanzar mas hácia el Oeste, aun en el caso de que hubiera sido posible, supuesto que nuestra vista, limitada por un lejano horizonte, no percibia ninguna colina ni eminencia de tierra. Tampoco divisábamos bosques, á no ser que se quiera dar este nombre á algunos arbolillos gomosos que estaban en los mismos bordes de las lagunas. El agua en el fondo del pantano (nombre que ahora le conviene) se hallaba estancada; dicho cauce tendria unos veinte pies de anchura, y las yerbas que allí se veian nos indicaban que su profundidad seria de unos tres pies.

«Aquel modo inesperado y verdaderamente singular con que termina un rio que con razon esperábamos debia conducirnos á un término muy diferente, nos causó las mas penosas sensaciones. Nos hallábamos á mas de quinientas millas al Oeste de Sidney, y casi por su misma latitud, y para llegar tan lejos, habíamos experimentado durante diez semanas continuas fatigas. Si hubiese sido accesible la parte mas próxima de la costa, hácia el cabo Bernulló, se hallaba á una distancia de mas de ciento ochenta millas. Habíamos demostrado de un modo indudable que ningun rio podia abocar al mar entre el cabo Otway y el golfo de Spencer, ó por lo menos siempre que dicho rio sacase sus aguas de la costa oriental, y que el pais situado hácia el paralelo de 34° de latitud S. y hácia el meridiano de 147° 30' de longitud era inhabitable, sin que ofreciera esperanza alguna de que algun dia se pudiera formar allí un establecimiento.

«Llegando este caso deber mio fue presentar los recursos que nos quedaban tan inútiles para la colonia como nos lo permitia nuestra situacion. Muy menguados estaban tales recursos; un accidente que sobrevino á una lancha en el momento de la partida de nuestra espedicion nos habia privado de la tercera parte de nuestras provisiones secas, de las que en un principio nos habíamos provisto por diez y ocho semanas tan solo, y en consecuencia habíamos vivido algun tiempo con una módica racion de dos cuartos de harina por cada hombre por semana. Tan inútil como imposible hubiera sido emprender el mismo camino que á la ida habíamos seguido; y considerando seriamente la intencion de las instrucciones de V. E., resolví, despues de una madurísima deliberacion, volver por el camino que me pareciera fuese mas conforme á las miras de V. E. si hubiese sido testigo de nuestra actual situacion.

«Subiendo pues el rio Lachlan, comencé á observarle, desde el punto en que le reconocimos el 23 de junio, con intencion de seguir sus orillas hasta que su trabazon con los pantanos en donde le dejamos el 17 de mayo quedase establecida de un modo evidente, y de determinar si se habian escapado de nuestra investigacion algunas corrientes de agua. Entre el 19 de julio y el 3 de agosto quedó completada la trabazon con todos los puntos antes determinados. En el espacio recorrido durante este intervalo, se habia dividido el rio en muchas ramas y formaba tres hermosos lagos que, con otro situado cerca del punto en el cual terminó nuestro viaje en el Oeste eran las únicas estensiones considerables de agua que hasta entonces

habíamos visto, y juzgué que el río, desde el punto en donde primero le reconoció Mr. Evans, había recorrido, comprendiendo todas sus serpenteadas curvas, una estension de mas de mil doscientas millas, longitud sin ejemplo si se considera que fluye el río sin recibir ningún tributo, y que su primitivo manantial constituye toda la cantidad de agua que tiene en su curso.

» Mi intencion era, al atravesarle por dicho punto, dirigirme al Nordeste para cortar el país, y para determinar, si fuese posible, la situacion del río Macquarie, que, bien evidentemente, jamas se había juntado con el Ladlan. Condújonos esta direccion al traves de un país tan malo cual ninguno de los que hasta entonces habíamos pisado, é igualmente desprovisto de agua, cuya necesidad personal nos puso en suma carestía. El 7 de agosto, principió á mudarse la escena tomando el país un aspecto muy diferente. Abandonamos pues entonces las inmediaciones del Lachlan, y pasamos al Nordeste de la alta serie de colinas que hacía aquel paralelo limitan la region situada al Norte de aquel río.

» Alto y despejado con hermosísima tierra fue el país que se nos presentó al NO. y al N. El 10 tuvimos la satisfacion de encontrar la primera corriente de agua que se dirigia al N. Aquella vista renovó nuestra esperanza de encontrar cuanto antes el río Macquarié, y continuamos el mismo camino inclinándonos á veces hacia el E. hasta el 19, atravesando una rica y hermosa region sumamente bañada. En todo aquel tiempo vimos nueve corrientes de agua que atravesaban ricos valles y cuya direccion era hacia el N. Bastante elevado y despejado se presentaba por todas partes el país, y por lo general con una belleza cual cualquiera pueda imaginársela.

» Ninguna duda nos quedaba de que aquellas corrientes iban á rendir su tributo al Macquarié, y nuestro principal deseo era ver este río que no hubiese recibido ningún aumento. El 19 tuvimos el placer de encontrar un nuevo río que bañaba un país muy hermoso, y que mucha satisfaccion me habiera causado suponer fuese el que buscábamos. La casualidad nos condujo á lo largo de aquella corriente durante una milla; y entonces nos quedamos sorprendidos de ver que se juntaba con otro río que venia del S., de una longitud y anchura tales que ya ninguna duda podia cabernos de que era el río que con tal ansiedad por tanto tiempo habíamos buscado. En el triste estado de nuestros recursos, no pudimos resistir á la sensacion á que nos incitaba tan hermoso país, de permanecer un par de dias en el punto de union de aquellos dos ríos para examinar sus contornos con toda la posible estension.

» Nuestras observaciones aumentaron la satisfaccion que en un principio habíamos experimentado. Por do quiera que nuestra vista se alargase percibíamos un país rico y pintoresco, de gran estension, que producía gran cantidad de piedra caliza y pizarra, buena madera de construccion, y por último todos los recursos que pueden apeteerse en un terreno no cultivado.

» Mejor terreno no existe, puesto que un hermoso río de primer órden, procura el medio de trasportar á grandes distancias las producciones. En el punto donde abandonamos este río, se dirigia este curso hacia el N., y entonces nos encontrábamos al N. del paralelo del puerto Stephens, porque estábamos á los 32°, 32', 45" de latitud S. y á los 148° 52' de longitud E.

» Me pareció que el río Macquarié había tomado una direccion NNO. desde Bathurst y que debía haber recibido inmensos crecimientos de agua en su curso desde dicho establecimiento. Vimos aquel río en una época bien á propósito para formarnos una idea esacta de su importancia cuando ni se hallaba á una altura

superior á la ordinaria por desbordamientos, ni estrechado en sus límites naturales por la sequedad del verano. Fácilmente podrá formarse cualquiera una idea de su estension despues de haber recibido las corrientes de agua que hemos atravesado, ademas de las que aun es susceptible de recibir del E. (que, segun lo escarpado y alto que es el país, deben ser, segun me parece, por lo menos en tan considerable número como los que abocan del S.) al saber que en aquel punto sobrepujaba en anchura y en profundidad aparente al Hawkesbary y el Windsor, y que muchas de sus ramas eran mayores y mas estensas que los que se admiran en el río Nepó, desde el Warragamba hasta las llanuras Emu.

» Resueltos á permanecer lo mas cerca posible del río durante nuestro camino hacia Bathurst, é intentando determinar por lo menos en el O. las aguas que en él se vierten, continuamos el 22 subiéndole entre el punto de partida y Bathurst; atravesamos las fuentes de una multitud de aguas corrientes que todas abocaban al Macquarié; dos de las cuales eran casi tan anchas como el mismo río en Bathurst. El país en el cual tienen su fuente todas aquellas aguas era montañoso é irregular, é igualmente debía serlo al parecer hacia la orilla oriental del Macquarié.

» Tal era el aspecto del país hasta las inmediaciones de Bathurst; pero al O. de aquella estension de montañas, cubrian el terreno colinas poco elevadas, y que producian yerba como tambien hermosos valles bañados por riachuelos que toman su origen hacia la parte occidental de las montañas, las cuales por la parte oriental, llevan directamente sus aguas al Macquarié. Pareciome que aquellas corrientes, situadas al Occidente, se unian con la que en un principio tomé por el Macquarié, y que una vez unidas se precipitaban á dicho río en el punto en donde primero le descubrimos el 19 del propio mes. Ayer por la tarde llegamos aquí, sin que ninguna de las personas que forman parte de la expedicion haya experimentado el menor accidente desde nuestra salida, habiendo recorrido un espacio de unas mil millas entre los paralelos de 34° 30' S. y de 32 S., y entre los meridianos de 149° 29' 30" E. y de 143° 30' E.

» En mi carta, fecha del 22 de junio último, dí á conocer á V. E. las grandes esperanzas que me había hecho concebir la presencia del río Macquarié bajo el punto de vista de su terminacion, pues creía verle precipitarse en algun río interior ó estenderse hasta la costa. En verdad no preveía, al escribir aquella carta á V. E., que algunos dias despues llegaríamos á su estremidad navegable.

» Habiendo seguido su curso sin la mas mínima disminucion ni adición, durante unas setenta millas al NNO., sopló el 28 de junio una corta brisa que hizo salir de madre al río y aunque nos hallábamos á unas tres millas distantes de él, nos vimos inundados de agua á causa de la suma llanura del país. Algunos dias antes habíamos viajado por una tierra tan baja que los hombres que estaban en las lanchas, avanzaron con gran lentitud por estar sumergido el país; circunstancia que llegó á obligarme á mandarles que se volvieran al punto que aquella mañana habíamos dejado, por ser allí mas elevado el terreno. Pero como aquel sitio no nos ofrecia la menor seguridad, decidí que los caballos con las provisiones, ocuparan la última tierra bastante alta que habíamos dejado, y que distaba de nosotros diez y seis millas. Como me parecia que harto importante era la masa de agua del río para que hubiese menguado mucho por el desbordamiento de sus aguas, resolví ir con la lancha mayor á ver si descubríamos el punto adonde abocaban.

» El 2 de julio, embarcado en la canoa, bajé por el río, y durante el dia hice unas treinta millas hacia el NNO. Estrictamente hablando no vimos durante mas de

diez millas tierra alguna, pues el desbordamiento convertía el país lindante en una verdadera mar. Junto á las orillas del río estaban amontonadas maderas de construcción, y muchos estensos espacios que veíamos estaban cubiertos no solo de cañaverales sino también de árboles muy robustos. El punto del río por el cual navegamos el día 3 de julio era muy estrecho, pero profundísimo, si bien en las orillas no habrá mas allá de doce á diez y ocho pulgadas de agua. La misma dirección que en la víspera conservó la corriente durante unas veinte millas; en seguida perdimos de vista la tierra y los árboles; y el canal del río giraba al través de los cañares, entre los cuales tendría el agua unos tres pies de profundidad. Así continuamos por espacio de unas cuatro millas mas, sin ningún cambio ulterior en la anchura, profundidad y rapidez de la corriente de agua, y en el momento en que esperábamos vivamente entrar en el lago por tan largo tiempo esperado, eludió de pronto nuestra mas larga persecución y solicitud, estendiéndose por todas partes del NO. al NE. sobre la llanura de cañaverales que nos rodeaba. El río variaba de profundidad desde mas de veinte pies á menos de cinco, y se deslizaba sobre un fondo de fango azulado muy tenaz; pero la corriente conservaba casi la misma rapidez que tenía en aquellos puntos en que el agua se hallaba comprimida entre los bordes ú orillas del río. Aquel punto de unión con las aguas interiores, es decir, el punto verdadero en que el Macquarié pierde la forma de río se halla situado á 30° 45' de latitud S., y á 147° 10' de longitud E.

»Si asegurásemos positivamente que nos halláramos á orillas del lago ó del mar al cual aboca aquella gran masa de agua, con razón podría decirse que tal conclusión estaba basada solo en conjeturas; pero si podemos atrevernos á sentar, según las actuales apariencias, una opinión que nuestro rumbo posterior tendió á confirmar mas y mas, y yo estoy firmemente convencido de que nos hallábamos en las inmediaciones de un mar interior; muy probablemente poco profundo y que disminuye por grados, ó casi cegado por los inmensos depósitos de las aguas que á él acuden desde lo alto de las elevadas tierras que, en este singular continente, no se estiende al parecer mas allá de algunos centenares de millas de las costas marítimas, supuesto que en el O. de aquellas extensiones de tierra que sirven de límites (y que, según mis observaciones, me parecen paralelas á la dirección de la costa), es imposible descubrir una sola colina ú otra eminencia en aquel espacio que pudiera creerse carece de límites, esceptuando aquellos aislados puntos en los cuales permanecemos hasta el 28 de julio. Las rocas y las piedras que allí se encuentran son de distinta especie que las que se ven en los *ranges* (1) de que mas arriba he hablado.

»Espero que V. E. creará que, bien convencido de la alta importancia de la cuestión aun no resuelta acerca de la formación interior de este gran terreno, he procurado apartar todos los motivos de conjetura, haciendo las mas escrupulosas observaciones sobre la naturaleza del país. Aunque estos hechos me prueban que el interior está lleno de agua, sin embargo he creído que me incumbía no descuidar ninguna medida que bajo cualquier concepto tendiese á dilucidar directamente esta duda.

»Físicamente imposible era ganar la orilla de aquellas aguas dando una vuelta alrededor de la parte inundada del país en la parte SO. del río, porque nos convencimos de que era un pantano privado de vejección, de que afecta una forma poligonal y de que no presenta el menor islote hacia el cual pudiésemos dirigirnos. En virtud de las observaciones que hice

en mi primera expedición estaba convencido de que no era probable que le hubiese en dicha dirección. Quedaba aun por explorar el país inundado situado al NE.; y cuando, el 7 de julio, volví á las tiendas de campaña que encontré construidas en la tierra alta mas arriba mencionada, y desde la cual podíamos ver las montañas á la distancia de ochenta millas al E., estando completamente llano el país intermedio, comisioné á Mr. Evans (mi teniente) para que emprendiera dicha operación.

»El 18 de julio volvió Mr. Evans por no haber podido continuar su camino hacia el NE. durante mas de dos jornadas; detuviéronle unas aguas que se deslizaban en la dirección del NE., al través de altos cañaverales, y cuyas aguas eran muy probablemente las del río Macquarié, supuesto que durante su ausencia se había elevado este río á una altura tal que nos cerca enteramente, y llegaba hasta algunas toesas de la tienda. Adelantóse en seguida mas hacia el E. Mr. Evans, y á una distancia de cincuenta millas del río Macquarié, atravesó otro mucho mas ancho, pero menos profundo, que se dirigía hacia el N. Pero, caminando mas hacia el E., llegó casi á la falda de las montañas que se veían desde la tienda de campaña, y, volviendo por un camino mas meridional, encontró un país algun tanto mas seco, si bien igualmente poco elevado. Como las discrecionales instrucciones que V. E. tuvo á bien darme me dejaban la elección del camino que me pareciera mas oportuno seguir para volver á puerto Jackson, resolví ver si podía ganar la costa marítima dirigiéndome hacia el E. y avanzando á lo largo de la base de los montes de que ya he hablado, pues confiaba que me conducirían á las demas aguas interiores que pudiese contener aquella parte de la Nueva-Gales meridional.

»Abandonamos aquel sitio el 30 de julio; nos hallábamos á los 30° 18' de latitud S. y á los 147° 31' de longitud E., y nos dirigimos hacia la costa. El 8 de agosto llegamos á la alta serie de montañas hacia las cuales habíamos dirigido nuestro rumbo. En cuanto subimos á la mas elevada punta de aquellas montañas, tuvimos un horizonte sin límites. Desde el SO. hasta el N., veíamos un país sumamente llano que por su extensión se parecía al Océano, pero sin que en ningún punto se distinguiese agua, mientras que las mas elevadas cimas de las montañas se veían desde la distancia de mas de ciento cincuenta millas.

»Al abandonar aquel punto, en conformidad á la resolución que tomé al dejar el río Macquarié, me dirigí hacia el NE.; pero despues de haber superado muchísimas dificultades, puesto que el país era una inmensa laguna entremezclada con movable arena, y encontrándome cercado por pantanos, me ví obligado, á pesar mio, á dirigirme mas hacia el E.; á causa de que la experiencia me había probado que intrasitable era por todas partes el país menos por la cordillera de montañas que limitan el interior. Aunque desde su base occidental hasta la distancia de mas de ciento cincuenta millas se ven partes secas de tierra plana y de aluvion, me convencí de que aquellas aguas cubren el interior del país. Habiendo declinado mas hacia el E., no tardamos en encontrarnos en un país de muy diferente aspecto, y qué forma un notable contraste con el que por tanto tiempo habíamos ocupado.

»Un gran número de hermosas corrientes de agua, que se dirigían hacia el N., bañaban una rica y hermosa region, que recorrimos hasta el 7 de setiembre, en cuyo día atravesamos el meridiano de Sidney y la tierra mas elevada que se conoce en la Nueva-Gales meridional, encontrándonos por lo tanto hacia los 31° de latitud S.; luego nos causaron considerable embarazo y retardaron nuestro viaje las altísimas montañas que á nuestro paso se oponían. El 20 de setiembre pisamos la cumbre mas alta de aquella estensa

(1) *Range*. Palabra inglesa cuya verdadera significacion desconozco.

cordillera, y allí tuvimos el placer de divisar el Océano distante cincuenta millas. El país que dominábamos tenía la forma de un valle triangular, cuya base se extendía á lo largo de la costa, desde los *Tres Hermanos*, en el S., hasta la elevada tierra situada en el N. de *Smoky-cape*. Tuvimos además la satisfacción de ver que estábamos cerca del origen de un ancho río que desagüaba en el mar. Al bajar la montaña seguimos el curso de aquella gran corriente de agua, que aumentaba por la union de otras muchas, hasta el 8 de octubre, en cuyo día llegamos á la márgen situada cerca de la entrada del puerto al cual va á abocardicho río. Habíamos atravesado desde el 18 de julio, un país que de O. á E. cuenta unas quinientas millas de estension.

»La entrada de dicho puerto se halla á los 31° 25' 45" de latitud S. y á los 152° 51' 54" de longitud E. y la habia ya notado el capitán Fliuders, si bien no pudo descubrir si era navegable á causa de la distancia que se vió obligado á guardar. Dirijióse, pues, nuestra mayor atencion hácia aquel importante punto, y aunque nos impidiese la falta de bote determinar completamente la profundidad del canal, parecióme que por lo menos contaria tres brazas, en la baja marea, y que era seguro el paso, si bien estrecho, entre las inmovibles arenas de las dos orillas. Habiéndome convencido mis observaciones de que mediante aquel puerto el hermoso país que rodeaba las riberas del río, podria algun día ser útil á la colonia, me tomé la libertad de llamarle puerto Macquarié, en honor de V. E. que fue el primer autor de esta expedicion.

»Abandonamos el 12 de octubre el puerto de Macquarié para dirijirnos á Sidney, y aunque ninguna carta debia ser mas esmerada en sus principales puntos que la del capitán Fliuders, no tardamos en experimentar el poco crédito que merecen las mejores cartas marítimas para la indicacion de todos los pasos y entradas que se encuentran en una larga estension de país. La distancia á que de ordinario se mantuvo el buque de aquella parte de la costa que habíamos de atravesar no le permitió percibir aberturas que, si bien de poca cuantía sin duda para la navegacion, presentaban, sin embargo, las mas graves dificultades á los viajeros pedestres, y cuyo paso sin auxilio alguno por parte de mar, en vano hubiera intentado en el caso de que las hubiera visto indicadas. En el estado actual de las cosas debemos nuestra conservacion y la de nuestros caballos al encuentro de una canoa que la Providencia nos deparó, cargándosela los criados con la mayor alegría, y llevándola en sus hombros durante mas de noventa millas, con lo cual pudimos vencer obstáculos que de lo contrario nos hubieran obligado á retroceder.

»Hace pocos dias aun, esperaba tener la satisfaccion de anunciar que habíamos vuelto de nuestra expedicion sin que ninguno de los expedicionarios sufriera desgracia alguna; pero como el carácter de los naturales que habitan á lo largo de la costa Norte es tan pérfido y cruel, no pudo impedir toda nuestra prudencia que hirieran gravemente á uno de nuestros criados (*Villiam Brake*). Con todo, mereced á los hábiles auxilios del doctor *Harris* (que nos ha acompañado como voluntario, y de quien, tanto en esta ocasion, como en todo el curso de nuestro viaje, hemos recibido importantísimos socorros) espero que su restablecimiento no será dudoso.»

Segun se ve, el sábio y animoso *Oxley* cree en la posible existencia de un mar interior en la Nueva-Holanda; pero otros exploradores combaten tal opinion. ¿En favor de quienes se decidirá la victoria? Solo el tiempo nos lo dirá.

LXVII.

NUEVA-HOLANDA.

A mi hermano.

A los ocho ó diez dias de nuestra llegada á Puerto-Jackson, escribí á uno de mis hermanos la siguiente carta, en la cual solo le hablaba de aquella Europa austral que vos presentaba ya tantas maravillas y que nos ofrecia tan preciosos consuelos. Encargóse de mi misiva un buque ingles que salió de Sidney. Fué primero á Chiuá, tocó en Chindernagor, fondeó en Calcuta, en Mauricio, en el cabo de Buena-Esperanza, en Santa Elena, y en Plymouth, de suerte que mi carta llegó al observatorio de París once meses despues de su partida, recibíendola yo mismo al sentarme á la mesa, y se la entregué en propias manos á mi hermano, quien se apresuró á informarse del estado de mi salud.

Tengo á la mano este curioso documento, y le confío á mi obra, tal cual entonces le escribí. Segun creo, las dos circunstancias de que hablo son bastante escepcionales para que merezcan el corto lugar que ocuparan en medio de tantos hechos mas graves y mas importantes.

«Mi querido hermano :

»Media noche es en la poblacion, y medio dia en el lugar desde donde te escribo; perfectamente lo sabes tú que lees tan bien en el movimiento perpétuo de todos estos mundos, en medio de los cuales tan mezquino y tan maravilloso papel desempeña á la vez aquel en el cual habitamos. Un buque ingles conduce mi carta; y te dirá cuán felices nos consideramos porque pronto tocaremos el término de nuestras largas y peligrosas caravanas.

»Verdad es que hemos visitado países muy curiosos, pero ninguno me lo parece mas que este. A la verdad, creo que sueño y que Sidney-Cow es una ciudad francesa. ¿Lo serán mas los países que mañana vea? Lo ignoro; mas preciso es que te cuente lo que hoy dia veo y cómo lo veo...

»En este mismo instante acaban de decirme que aun tardará algunos dias en levar ancla el buque que debia darse á la vela esta noche. Pues bien, mejor, porque así será mas larga mi carta; sé la viva amistad que me profesas, y conozco que tanta mayor será tu satisfaccion en escucharme, cuanto de mas lejos te hable. La distancia acrecienta los afectos; así como mayores dimensiones adquiere nuestra sombra cuanto mayor es la oblicuidad con que el sol nos mira. Poética comparacion podria deducir de esto, si me pareciera oportuno; pero eres tú demasiado positivo para que me dejes de pedir otra cosa, y por otra parte tampoco tardarás en responderme que parto de un falso principio puesto que el sol se halla mas cerca de nosotros en invierno que en verano.

»Como fuese, amigo mio, conoces la violencia y la sinceridad de mis sentimientos de ternura, y por mas que el diámetro de la tierra me separe de ti, me parece que aun te hallas á mi lado para oirme y darme la mano.

»Escribirte equivale á hablarte; escucha.

»Acabo de dar un encantador paseo por medio de París y sus alrededores, mi querido amigo, apenas es creible esto. Embalsaman los naranjos de las Tullerías, las rosas y las lilas del Luxemburgo difundian á lo lejos suaves emanaciones, y como hoy apetecia toda clase de emociones y de placeres, me he ido con rapidez á los suntuosos paseos de Saint-Cloud en los cuales sopla con tanta libertad la brisa, y se desliza la vida por todos los poros.

»Por lo demas, como ninguna alegría me parece completa si no está compartida, no quise emprender solo tan encantadores paseos, nuevos amigos que el cielo me ha dado me han conducido como por la ma-

no en medio de aquellos paseos que aun no conocia. Tales son dichos amigos, Mr. Reper, que parece vanidoso por el lujo que ostenta en su régia morada, si no lo desmintieran sus finas atenciones que manifiestan la mas cordial y franca delicadeza. Mr. Wols toncraft, que habla del comercio de todos los paises del mundo como especulador y que no retrocede ante las mas árduas dificultades de las ciencias exactas; Mr. Withe, cuyo buen gusto y elegancia se despliegan hasta en los mas mínimos detalles de sus cortesías; tambien Mr. Macquarié, gobernador de la Nueva-Gales del Sur, que se sacrifica noblemente en obsequio de los que le visitan, y de sus convidados; igualmente Mr. Oxley, sabio explorador, infatigable é intrépido cuando se trata de útiles descubrimientos; y Mr. Demestre, naturalizado ingles, si bien conserva las joviales y graciosas maneras del pais que le ha visto nacer.

» Y en medio de todo esto, señoras llenas de esquisita bondad, de perfecta benevolencia, y para quienes no es desconocido ningún arte de agradar. Una dibuja, otra toca el piano, esta baila por coquetería, y aquella canta para completar una seducción. Durante una semana no he abandonado ni los magníficos salones de la Chaussée-d'Antin ni las vastas estancias del arrabal Saint-Germain. No cabe la menor duda de que París es encantador y de que es preciso olvidarnos de las risueñas campiñas que le rodean, y tú convendrás conmigo en que una fresca guirnalda de señoras vale mas que una corona de camelias.

» Todos nosotros convenimos, sin embargo, en una escursión lejos del tumulto de la gran ciudad, y lo que mas me sorprendió en medio de mis éxtasis, fue encontrar derramados como un encanto, entre los vegetales europeos cuya forma y aspecto conozco bien, los de los climas mas opuestos y de las tierras mas lejanas. Así es que la camarina y sus foliolas tan esheltas, tan ligeras y tan dóciles á la menor brisa, se abriga bajo un verde roble cuando ruge el huracan. Allí cerca, se enorgullece el eucalipto con su gigantesco tallo y encorva la frente para ver, mucho mas inferior que él, la aguda cima del pino de Italia, humillada por tan injuriosa vecindad; y luego se descansa bajo los pelosos brazos del pino de Norfolk, que se estienden por todas partes como ianensos quitasoles, á la manera de un patriarca que bendice con su mano á la prosternada multitud.

» Pero aun hay mas; llenaban los aires y les animaban con sus sonoros trinos millares de aves, cuya existencia ni siquiera sospechaba en nuestras regiones; los cisnes negros nos invitaban á acariciar su sedoso plumaje; los kanguroos salvaban los setos como para insultar la lijereza del ciervo y del corzo; el omitorinquo cansado de sus correrías terrestres, se ocultaba en el fondo de las aguas; y el voraz oposam buscaba una presa fácil de devorar, de suerte que al verse rodeado uno por tantas maravillas, pudiera creer que el arca de Noé acababa de abrir sus ventanillas para repoblar la purificada tierra.

» La tarde del último dia de tan ocupada semana, hubo corridas de caballos, y jamas el Campo-de-Marte las vió mas brillantes, ni una concurrencia en la cual descollaban graciosos rostros y frescos tocados.

» Todo esto, amigo mio, me hace admirar esta capital de las artes y de la civilización, en donde se dan cita todas las glorias, en donde se chocan todas las ilustraciones y en donde se desbordan todos los placeres; todo aquello que embriagaba, me enloquecia y me sorprendia, y nada hubiera faltado á mi dicha si hubieses estado allí para compartirla.

» Me adormecí agobiado por tantos prodigios... y me desperté despues de algunas horas de descanso; y mas tranquilo y reflexionando mas, me apercibí de que no habia visto la Nueva-Holanda en París, sino que habia encontrado París en la Nueva-Holanda.»

AHORA que quizas no visitaré mas paises salvajes, vamos á echar una investigadora mirada sobre la masa de ciertos hechos recogidos con rigurosa exactitud, y que bien podrá ser que sirvan para dar una idea exacta de la lentitud de las conquistas morales que han sorprendido las naciones civilizadas.

¿Hay en todo esto indolencia ó desden, picardía ó política? ¿hay impotencia ó generosidad? Estudios muy serios son estos, y cuestiones muy graves tambien. Si el presente se halla comprometido por el estado permanente de las cosas, que no se trata de modificar, mas amenazador es aun el porvenir, y por eso quisiera que en obsequio de este dudoso y terrible porvenir resonara con fuerza y elocuencia mi voz.

¿Pero quién se levantará para protestar contra un pasado tan tibio? ¿Cuál será el misionero bastante prudente, piadoso y ferviente á la vez, que se erguirá para herir de muerte á aquellas crueles y absurdas religiones que tienen aun sumergidas en el error á tantas naciones tan bien dispuestas para la obediencia?

Si se hallan en tamaño embrutecimiento á vuestra apatía se debe; celad y tambien les encontrareis dóciles. Hoy dia quieren regenerarse aquellos hombres que bajan la cabeza ante vuestras bayonetas, ó que tiemblan ante vuestros cañones. Dad un paso sin aparatos que puedan inspirarles temor, y vereis como acuden cual sumisos rebaños. Por definido tiempo doma la amenaza, pero la persuasion es un poder eterno.

La violencia ha herido de muerte en todos los puntos del globo á la religion mas santa y mas suave. No me habéis, con raras escepciones, de un jóven predicador. En casi todas sus misiones le escoltan la intolerancia y el fanatismo; no quiere que sus triunfos sean hijos de la paciencia; se apresura á terminar sus trabajos apostólicos, porque aun no ha sufrido las pruebas de una vida lenta y penosa; irritale la resistencia, indignanle los obstáculos; y peligrosa brota la cólera de su corazon que quiere y que tiene la fuerza para apoyar su voluntad. Creedme, muy poco á propósito es la juventud para las predicaciones religiosas; no tiene bastante fé para valerse de la caridad, y ademas es preciso que haya sufrido para que comprenda el dolor.

En Borbon encontramos un jóven obispo *in partibus* que se dirigia á la China y al Japon, adonde iba, segun decia, para hacer brillar la antorcha de la verdad en los caníbales de aquellos dos inmensos imperios.

— Pero ni en la China ni en el Japon hay caníbales, le repliqué.

— ¿Ruégos, pues, que me digais qué son estos pueblos que no creen en Jesucristo?

— Son japoneses y chinos.

— Ya veis, pues, que tengo razon.

— Yo veo todo lo contrario, monseñor.

— Por lo demas, caballero, mi mision es convertir, y bien compensadas estarán mis penas si logro dar una sola alma al Dios de los cristianos.

— Con la paciencia me parece que bien puede esperarse un resultado mucho mas lisonjero.

— Caballero, de eficacia carece la paciencia, porque equivale á debilidad.

— Me parece que era diferente la moral de los apóstoles.

— Otros tiempos corrian entonces; antes no se creia porque aun no habia brillado la verdad; pero hoy dia

impio es quien no cree, porque bastante alto habla el cristianismo para que todos le oigan.

—Con tan resuelta determinación, monseñor, mucho será que no sufra V. el martirio.

—Otros le temerán, pero yo le deseo.

Cumplidos se vieron los votos del obispo, pues, á los pocos dias de haber llegado á Macao, le cortaron la cabeza, y colocándola en una jaula de hierro la espusieron en una plaza pública en lo alto de un mástil.

Cada época se ha distinguido por el color de sus predicaciones. Penosamente y con esfuerzos, si bien por lo menos sin auxiliar la cuchilla á la fé, se hicieron las primeras conquistas religiosas. Provino esto de que tímidos son todos los ensayos, y de que se progresa lentamente en terreno desconocido. Además de que destruir, por la violencia, las costumbres y los usos que los siglos habian consagrado no podia ser obra de un dia.

A estas primeras tentativas, no sin resultado, siguieron nuevas irrupciones de sacerdotes, de frailes y de jesuitas, que miraban la lentitud como una derrota, y que hicieron hablar á las amenazas y á los suplicios. Quien no obedecía con ceguera, se resistía y se insurreccionaba; cualquiera que se insurreccionaba es enemigo, y todos los enemigos deben ser condenados á muerte. Esta es la única lógica que tiene el fanatismo.

Pero no esto todo; con su ciego y estúpido celo, tan llenos de orgullo como de bobería, aquellos misioneros predicaban los misterios en vez de la moral. Lo que ni ellos siquiera comprendian trataban de que los demas lo comprendieran, y los tormentos dominaban la conciencia. No pueblan el mundo los Guatemalinos; y por eso es necesario confesar y creer ante las tenazas y las ascuas.

«Perdona á tus enemigos, y no hagas á otro lo que no quieras que te hagan;» ó bien; «Haz á otro lo que quieras que te hagan,» son palabras cuya moral entienden todos los pueblos y todos los individuos. Con solo ellas podíase atreverse cualquiera á emprenderlo todo, y á someter y vencer todos los obstáculos sin que hubiese habido que temer ninguna crisis durante la lucha. Con gran razon se ha dicho que la fuerza solo debe emplearse contra la resistencia, y que la inacción no es la hostilidad. ¿En vez de esto qué se hizo? Lo que yo he hecho para mi edificación personal, y para darme con razon ó sin ella la primacía á los principios que someto á vuestra lógica.

Escuchad, porque os aseguro que voy á daros una lección muy grave.

Creo que ya os he dicho que en el gran salon del gobernador de Guam habia en la pared una compungida imagen de la Virgen María, madre de Jesus. Cierta dia que sentados, fraternalmente entre un tamar carolino y su mujer, tratábamos ambos de recoger noticias acerca de los usos y costumbres de nuestros dos paises, enseñé á mis buenos y dóciles camaradas la reverenciada imagen de los cristianos. Me preguntaron por qué al pasarante aquella hermosa cara, saludaban algunos habitantes quitándose el sombrero. Iba á responder sin demasiada certeza de que me comprendieran, pero me auxilió don Luis de Torres, quien hablaba algun tanto la lengua de los carolinos. Repetile la pregunta que me acababan de dirigir de un modo inequívoco, y rogué á mi intérprete que tradujese exactamente mis respuestas, lo cual me prometió sonriéndose.

—¿Quién es esta mujer?

—La madre de nuestro Dios.

—¿Por qué llora?

—Porque los hombres le han muerto á su hijo.

—Pues en este, en vuestro pais son mas fuertes los hombres que los dioses.

Me mordí los labios.

—Pero este Dios, por el amor que nos tiene, se hizo hombre para salvarnos de la muerte.

—Pues bien, cuando era hombre, fue mas poderoso que Dios; por lo tanto Dios no podia matarle, como V. dice. Creo que V. quiere burlarse de nosotros.

—Hablo con mucha seriedad; pero lo que he dicho es un misterio.

—¿Qué es un misterio?

—Una cosa que no se entiende.

—¿Y cree V. lo que no entiende? es imposible.

Puse mal gesto, pero proseguí mis investigaciones ó por mejor decir, me instruí mas.

—Sabe V., le digo, que nuestra religion es enteramente celestial.

—Pues bien, ¿por qué están Vds. en la tierra?

—Porque nos mandan que esperemos.

—¿Tienen Vds. uno ó muchos dioses?

—Uno solo, pero uno solo en tres personas.

—No entiendo.

—Ni yo tampoco, pero creo lo que digo.

—Y yo no creo que V. lo crea.

Temblaba que no me convirtiera, y guardamos silencio, pero mirándose los dos carolinos con malicioso aire, y silbando yo para no perder mi presencia de ánimo.

Proseguí.

—Nuestro primer padre Adán comió una manzana que se le habia prohibido tocar, y desde entonces sus hijos, nietos y descendientes hasta la última generación se vieron condenados á arder eternamente.

—Es imposible, ó de lo contrario este Dios que me dice V. es tan bueno, debe de ser muy ruin.

—La prueba de que es bueno, la tenemos en que se hizo hombre para salvarnos.

—¿Bah! ¿en este caso estarán Vds. todos salvados desde que murió?

—No, muy pocos serán los que se salven.

—¿No valia, pues, la pena de que se hiciera hombre!

—¿Pobre misionero!

Harto bien pulsaba el carolino el sistema que yo habia adoptado para que no le complaciera esta controversia, que ya me fue imposible luego eludir, y así es que continuó sus preguntas con una especie de impertinencia, contra la cual no pude protestar.

—¿Cómo se hizo hombre vuestro Dios?

—Bajando del cielo y viniendo á la tierra, en la cual sufrió tanto y mas que nosotros.

—Cuando mucho se ama, bien puede uno sufrir para aquellas personas que son objeto de su amor, hasta aquí es bueno el Dios de Vds. ¿Pero en qué país bajó?

—En Egipto, que es un pais que dista mucho del de Vds.

—Jamás hemos oido hablar de él. ¿Y es esta mujer de este retrato la que le dió el ser?

—Sí.

—¿Ha dicho V. que era una virgen?

—No le he engañado á V.

—¿Paren, pues, las vírgenes en aquel pais?

—Solo esta. Es tambien un misterio de nuestra religion.

Echáronse á reir el carolino y su mujer de tan buena gana que les caian gruesas lágrimas, saltaron por algunos instantes, y dándome algunos golpecitos en el hombro, me dijo el inconvertido tamar que por último conocia que no le hablaba con seriedad.

Enfadóse don Luis de Torres contra aquella irreverencia que calificaba de impiedad, y mucho me costó darle á entender que nosotros tan solo éramos los culpables en aquella disputa teológica que habíamos provocado. ¿Comprendeis ahora el poco éxito de ciertas misiones evangélicas, y las escenas de luto y de sangre que habrá presenciado la tierra cuando

hubo que luchar con hombres de naturaleza feroz é indomable?

Volvamos á nuestro asunto.

Visitábanse ya las Indias orientales, cuando un velo ocultaba aun la América á la Europa. Habia allí soldados intrépidos que á todo precio querian la gloria; aquí hubo en un principio un mundo de maravillas que cautivaba el estudio; siguió luego el cebo de las riquezas, en seguida los estudios morales, y por último el fanatismo religioso, que es el mas peligroso de todos los fanatismos.

El Perú, Méjico, Chile y Paraguay tenian una religion. Aquellos pueblos racionales reverenciaron en un principio á las serpientes, á los cocodrilos y á los jaguares, pero luego adoraron al sol, á la luna, á los rios y á los bienhechores arbustos; porque si el miedo es madre de casi todas las religiones del globo, solo la humanidad las fortalece y las consolida.

Sin embargo, hubo tenaz lucha entre los dioses nuevos y los antiguos. Generalmente se vuelve uno devoto durante el peligro; y así es que siempre que sucedia alguna catástrofe inmolaban víctimas humanas al dios malo, y no acudian al bueno sino despues que habia cesado la plaga.

Una vez creados estos dos poderes del mundo, los guardaron para satisfaccion de todos, y los siglos giraron. Pero la Europa se paseó por la América, y allá fueron nuestros sacerdotes gritando: «Ved un tercer dios, mas fuerte, mas grande y mas humano que los vuestros; aceptadle ú os inmolamos á su cólera.» El Dios de los cristianos, presentado bajo tales auspicios fue el toupan (rayo) de los indígenas de aquellos nuevos reinos, corrió la sangre, desempeñó su oficio la cuchilla y desaparecieron poblaciones enteras.

El cañon dió la razon á Cristo; sometióronse, rezaron conforme los ritos que les dieron, y por via de represalias, degollaron en el silencio de las noches y en las soledades de las llanuras y de las montañas.

El fervor del catolicismo cedió ante el ardor de las riquezas, porque el fanatismo es una crisis, y ya se sabe que las crisis duran poco. Fundáronse establecimientos comerciales en aquellas lejanas playas, é imperfecto quedó todo para una conversion religiosa desde las primeras tentativas; y así es que la América interior es un salvaje é idólatra.

Menos fueron en Africa las desdichas y mas raros los discípulos. ¡Ah! proviene esto de que no tenia el predicador cúpulas de verdor, ni embalsamada brisa, ni pueblos humanos y generosos, sino tan solo un sol de plomo y una tierra ingrata, ademas de que tambien se cansa el sacerdote de un martirio diario.... ¿Qué es hoy dia esta Africa desconocida, no digo en sus desiertos de arena tan solo, sino tambien en sus engalanadas costas y en sus visitados puertos? Nadie lo sabe.

Su vez les tocó á los océanos. Cuando se vió que la China y el Japon á ninguna costa querian cambiar de creencia, abandonaron aquellos dos poderosos imperios; porque no se lucha por largo tiempo contra un coloso sin arrepentirse cualquiera de su temeridad ó de su locura.

El intrépido Cook descubria mil mundos á la curiosidad y al entusiasmo; pero ¿decidme si jamas pensó desde luego en cambiar el aspecto moral del pais con que habia dotado á la civilizada Europa? No, no, describía las costumbres, y al volver á su gloriosa patria decia: He visto esto, he hecho esto, y ahora á vosotros os toca sacar todo el partido posible de los tesoros que os doy. Pero esto depende de que Cook no era mas que historiador y filósofo.

Notad de paso que en cuanto á ideas religiosas el pueblo inglés es el mas tolerante de todos los pueblos de la tierra. Su fanatismo consiste en la sed de riquezas y en el ansia de posesion. Tened las costumbres y los hábitos que querais, pero pagad tributo, desem-

bolsad vuestros duros, napoleones y onzas y guardad los dioses. Si vuestros ídolos fueran de oro, os los quitaríamos; pero no los queremos porque son de madera.

Nadie es mas positivo que un hombre de cifras, y la lógica del bolsillo es la que mas alto habla. La Francia siguió á la Inglaterra en sus lejanas escursiones; pero la Francia es muy frívola, todo lo ha visto, observado y descrito; pero nada posee. Preciso es que cada cual sea consecuente consigo mismo.

Cúpoles su vez á España y Portugal, cada uno de sus descubrimientos fue manantial de las mas odiosas carnicerías, encorvóse la debilidad, enrojecieron la tierra riachuelos de sangre, y este fue el único abono para los productos que iban á atestiguar á Europa la fecundidad de los paises vencidos.

Si los pueblos á quienes se llevaba, bajo tantas formas, la antorcha de la fé se distinguian entre sí por mil puestos matices, su religion tenia tambien distintos caractéres y necesitaba modificaciones en el modo de luchar contra la resistencia. En unos debia vencerse la desesperacion del furor; en otros la apatía y la indolencia; aquí estaban armados los incrédulos, allí desarmados; ora se presentaba el clima favorable á las predicaciones, ora les era hostil ó fatal, y de todo esto fácilmente puede deducirse por qué la religion importada obtenia prontos y felices resultados en unos puntos, mientras que en otros progresaba con tanta lentitud.

Sin embargo, vencidas las primeras dificultades, menguaron en lo sucesivo los obstáculos; se estudiaron y aprendieron los idiomas; la palabra abrió vias seguras de comunicacion; pudieron confundirse los pensamientos, y por lo menos pudieron darse motivos para las persecuciones y las matanzas.

Luego que los pueblos supieron lo que se les pedia y exigia, se dejaron guiar algunos de ellos por el camino que les abrieran, y los hombres que hasta entonces habian vivido separados se reunieron en los mismos campos, y bajo los mismos techos, unos para enseñar y otros para instruirse.

Cuanto menos obstáculos hay que vencer, tanto menos violenta es la persecucion. La violencia es viento que corre sin murmurar por la llanura, y que ruje terrible y furioso en las altas cimas y en los vastos bosques; es el pacifico manantial que susurra bajo la yerba y la arena, y que hierva y truena en medio de las fortísimas rocas que quieren oponerse á su paso.

Cosa estraña y singular son las imágenes de los dioses en todas las partes del mundo salvaje. Es una curiosa observacion, sobre la cual, sin escepcion alguna, puedo aseguráros su perfecta esactitud. Cada nacion virgen del interior de los vastos continentes, cada archipiélago de los diversos océanos, y cada solitaria isla, tiene sus abusos y su culto, sus dioses protectores y sus dioses irritados. Pues bien, no he visto ni un solo ídolo que no tuviera la boca abierta y como dispuesta, por decirlo así, para morder ó para tragar.

Quizas en la série de mis investigaciones, llegaré á encontrar la causa de esta tan notable singularidad.

Por lo demas, por grande y raro beneficio del cielo, hay en el Océano Pacifico archipiélagos que hasta ahora se han librado de las tentativas y de las persecuciones de los misioneros, pero doloroso es tener que decir que son los pueblos mas dóciles, mas generosos y mas bienhechores del mundo.

¡Pueden vivir los carolinos eternamente en la religion que se han formado el culto de la humanidad no puede desagradar al Dios del universo. Ved, sin embargo, cuántos dogmas hay sobre este planeta tan mezquino y tan imperceptible que apenas se cuenta entre el número de los globos lanzados en la inmensidad; cuántos sistemas hay que se dan positivos men-

tis, que se combaten y se destruyen unos á otros, y en medio de los cuales cada discípulo que es el único que la razón le ilumina, y que Dios sábiamente le inspira.

Y sin embargo hay otros mil mucho mas irracionales, y contradictorios, si es posible, que el de que acabo de hablar.

Ved á los kamstehadales, que tienen, segun se dice, un dios diferente para cada pueblo, y quizas tambien un dios distinto para cada choza.

Ved á los tchutskis, que adoran hoy el ídolo que mañana derribarán.

Ved á los patagones, que se inclinan ante los desiertos que habitan y transitan, y que se fingen un dios con el que antes tenían y con el de los cristianos

que encuentran en los establecimientos europeos, adonde van á llevar las pieles de los jaguares vencidos en terribles luchas.

Ved á los lapones humillados ante sus ídolos; y á los indios dando vueltas en sus inmensas pagodas.

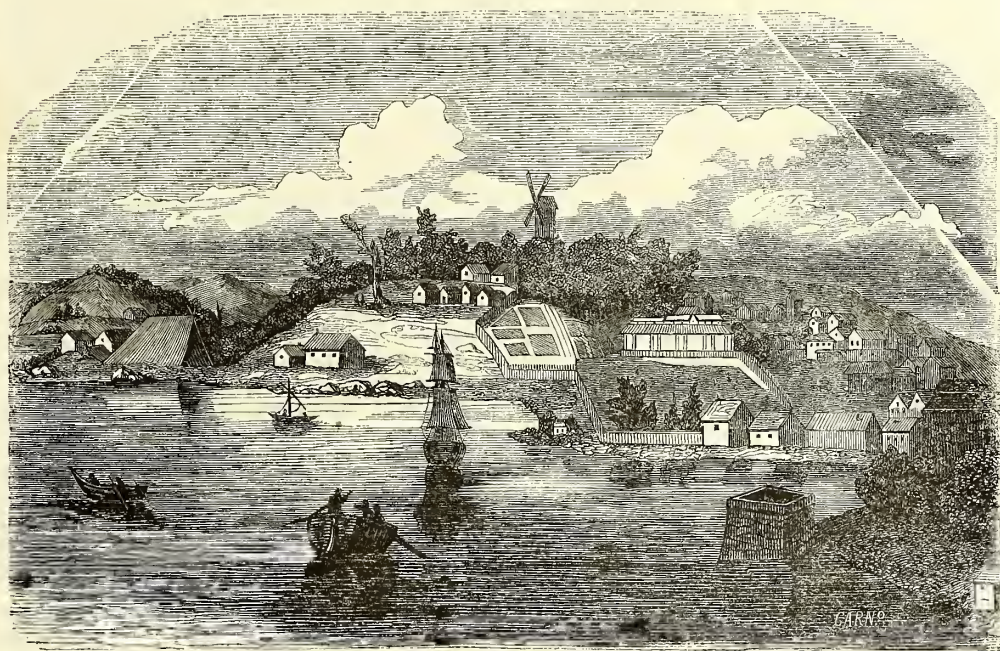
Y el interior del Africa con sus diversos dioses matizados de rojo y de negro, de vicios y de virtudes.

Y el centro de ambas Américas, mucho mas conocido, en donde impotentes han sido las matanzas contra las creencias de una religion primitiva.

Y los nuevos zelandeses, que no se sabe cuál sea su dios.

Y los naturales de la Nueva-Gales del Sur y de la península Peron, que de seguro no tienen ninguno.

¡Oh! espantoso es esto para aquel que cree ser el



Vista de Sidney. (Nueva Holanda.)

único ilustrado en el verdadero camino en el seno de tan profundas tinieblas.

Sin embargo, muy estragante es que los hombres se formen dioses para adorarlos despues. ¡Son creadores y luego se llaman hijos de su creacion!

¿Qué es lo que se llama razón humana?

¡Ay! ¿qué me contestaríais si os recordara todos los combates á muerte, y todas las sangrientas guerras de que ha sido siempre teatro la civilizada Europa para defender ó aniquilar tal ó cual religion? Aquí se cree á ciegas, allí se cree un poco, en otra parte se cree menos; el uno quiere un dios con tal poder ó tal forma, el otro pretende por el contrario, quitarle el poder ó la forma que su vecino le dió. Lutero, Calvino y Zuinglis formaron una religion á su modo de ver, predicándola en alta voz en todos los templos al lado de una religion enérgica; los papas y los patriarcas tienen un dogma opuesto el uno al otro; los rusos hablan de diferente modo que nosotros, y los españoles rezan tambien de distinta manera que nosotros; en ninguna parte hay orden ni armonía; y en todos los puntos rige la firme idea de vencer y de dominar, pero no de instruirse y de ilustrarse.

¿De qué procede esto?

Proviene de que todos los hombres tienen la locura y el insolente orgullo de explicar lo que es inexplicable; procede de que creacion é inmensidad son dos misterios ante los cuales es preciso inclinar la cabeza de suerte que solo tiene razón aquel que dice dudo y adoro á Dios sin intentar comprenderle. La verdadera religion de los hombres es aquella en cuyo seno han nacido. Dios reprueba á los apóstatas.

LXIX.

EN ALTA MAR.

Las lenguas. — Cómo se poblaron los archipiélagos. — La tripulacion.

GRANDE y noble fue el pensamiento del hombre que se atrevió á buscar la solución del problema cuyo resultado era reducir todas las lenguas europeas á una sola. Pero Enrique IV habia soñado una cosa imposible. Demasiado poblada estaba la Europa; demasiado distinto y destacado se hallaba el carácter de las naciones; y todas tenían harto orgullo nacional para hacer voluntariamente el sacrificio que de ellas se habia exigido en provecho de una sola, aunque en

realidad todas hubieran participado del beneficio. Pero lo que sin eficacia se hubiera intentado en el mundo civilizado, hubiera podido emprenderse á mi parecer con apariencia de razon entre las hordas que recorren el interior de los vastos continentes, y en medio de los archipiélagos de todos los mares, sobre todo si al penetrar en ellas, hubiesen precedido á los beneficios y no las amenazas. La benevolencia es la mas segura persuasion. Infructuosa seria hoy día cualquiera tentativa; las necesidades han aumentado los vocabularios; seria necesario *desaprender* demasiado para regenerarse; hartas rivalidades y odios hay ya entre los vecinos indigenas, para que ni unos ni otros consintiesen en ceder. Ya veis pues que la civilizacion lleva á veces consigo grandes obstáculos.

Como no quiero que el libro que escribo sea una distraccion pasajera; y como ante todo confio que será algun tanto útil á los exploradores, pienso publicar al fin de mi último tomo un vocabulario exacto de todos los países que he recorrido, y por áridas que sean estas páginas á los ojos de aquellos que solo apetecen de los viajes las vivas emociones, me atrevo á creer tambien que todos tendrán en cuenta tambien los constantes esfuerzos que he hecho, la paciencia que he necesitado, y los peligros que he desafiado para componer este penoso trabajo tan completo como ha sido posible. Por lo demas pocas páginas bastarán para cumplir esta tarea que no carece de utilidad general. ¿Quién sabe adonde os arrojará algun día la suerte?

Apenas habrá lector alguno que no se haya preguntado mas de veinte veces cómo podia darme á entender de aquellas hordas salvajes que visitaba, y cómo podian comprenderme sobre todo aquellas cuya inteligencia debia de estar tan poco desarrollada. Sin embargo sencillísimo es esto y algunas líneas bastarán para la explicacion de un hecho que á primera vista parece bastante extraño.

Supongo, por ejemplo, que voy á emprender una expedicion á las poblaciones de los hotentotes ó de los cafres. ¿Qué es lo que he de hacer primero? Inquirir sus costumbres, cerciorarme de las dificultades del camino, y preparar mis objetos de cambio, porque es allí el comercio un sacrificio para el europeo, pero todo sacrificio es una victoria.

Pero la colonia que abandono para internarme en las soledades está próxima á los lugares que quiero visitar. Esta ha conquistado ya algunos hombres, siquiera pertenezcan á los vencidos ó á los descontentos. Estos hombres semi-salvajes y semi-acostumbrados á los nuevos hábitos que se les impone, han llegado con su idioma; voy á buscarles, les pregunto en la lengua que sus amos les enseñan poco á poco, y cortos días y á veces cortas horas me bastan para saber de ella tanto como ellos mismos.

Proviene esto de que es muy limitado el vocabulario de aquellos pueblos, de que las palabras son expresion mas bien de las necesidades que del pensamiento, y á veces poseemos en un solo cuarto mas objetos que tienen todos distinto nombre, que los que ellos tienen en el suelo que recorren.

Con tal que sepais los nombres de las esteras, de las chozas, de los remos, de las macaúas, de los arcos, y luego los de algunas aves, de algunos cuadrúpedos, rios ó riachuelos, arbustos, peces.... todo lo sabeis, y podeis viajar entre los hotentotes ó entre los cafres. Fácil os es hacer comprender vuestras necesidades, si no vuestros deseos; ademas con gestos y mucha paciencia, lograreis vuestro objeto. Pero aun hay mas; la frase y el período no existen en los pueblos incivilizados; el hijo de las pasiones y de las necesidades originó quizas el lujo del lenguaje; todo se inficiona con el contacto, y todo se impregna con el frote. Cuando quieren hablar los orientales parecen un rio que se desborda; pero los kamstchadales y los

nuevos-holandeses carecen de periodos para el uso de sus necesidades.

Pues bien, esta sencillez de lenguaje, si me es dable espresarme así, admite aun mas simplicidad por medio de la elipsis, cuya palabra ni significacion ha conocido jamas ningun país salvaje. Por eso en vez de decir: Le doy á V. un cuchillo si me da V. una ave, decir enseñando vuestro objeto de cambio, que habla tanto como los lábios: Yo, cuchillo; tú, ave, *satou pisso*, *satou ayan*. ¡Ved pues como todo se simplifica!

¿Y quién nos auxilió en este procedimiento tan sencillo? ¿Quién? los mismos salvajes en las ciudades ó establecimientos europeos. Los pronombres, las negaciones y los regimenes desaparecen en ellos, y someten la lengua á su aptitud, y esto basta.

—Señor, no querer.—Yo, no correr.—Yo, comer.—Yo, no matar blanco.—Grandes bosques en mi país.—Tu bueno, yo bueno.—Si tú allí, yo aquí... Estas abreviaciones constituyen los primitivos idiomas de todos los pueblos de la tierra, y hemos hechado á perder su pureza al enriquecerlos. El lujo es corruptor.

Así pues me esplico las dificultades que hubieron de vencer los primeros navegantes; pero hoy es fácil espresarnos de modo que nos entiendan todas las poblaciones del globo, porque todas han visto europeos, y en nuestros establecimientos encontrais casi siempre algunos individuos de los archipiélagos ó de las solitarias islas que vais á visitar.

Comparando entre sí los vocabularios que han publicado un gran número de exploradores, se notan á veces diferencias tan grandes que es imposible dejen de ser el resultado de errores que por lo tanto es útil rectificar. Téngase tambien entendido que cada navegante escribe segun la pronunciaci6n que le es propia. Como las letras entre los ingleses, rusos, portugueses y franceses no tienen igual valor, fácilmente se comprenderán las leves modificaciones que hay que hacer; pero se ven palabras del todo diferentes, y opuestas en los diccionarios que se imprimen para la utilidad general, y me parece que en mis investigaciones ha sido tan escrupulosa mi atencion para traducir bien, que estoy seguro que con él jamas se quedará sin espresarse el viajero.

Permitidme que cite, con motivo de estos vocabularios, una anecdotilla bastante curiosa, y cuya moral se conoce fácilmente.

En uno de los archipiélagos del grande Océano Pacifico, preguntaba un capitán cuyo nombre he olvidado, sentado en medio de un gran número de isleños, los nombres de los objetos que herian sus miradas, y en seguida los apuntaba. Habíale explicado perfectamente las palabras *coco*, *ríma*, *piragua*, *mar*, *mujer*, *cabeza*, *muslo*, *brazo*, *pierna*, *rey*... sin que al parecer se ofendiesen los naturales de aquella especie de investigacion, que les parecia una puerilidad. Pero, cansados del juego, resolvieron no prestarse mas á él rehusando nuevas explicaciones.

El capitán no habia terminado su trabajo, y contando siempre con igual condescendencia por parte de sus institutores les pidió los nombres de los *ojos* y de los *dientes*; aquel á quien se dirigia le contestó con una frase que significaba *nos fastidias*, y el capitán se apresuró á poner junto á la palabra diente la frase: *nos fastidias*. Luego con igual confianza pidió la traduccion de las palabras *huracan*, *Dios*, *hermano* y *amor*, y le respondieron con la mayor sauge fria: *eres muy cargante*, *ve á pasearte*, *haznos el favor de callarte*. Fácilmente comprendereis que los navegantes que se sirven de tales vocabularios se verán muy bien acogidos cuando presentando un cuchillo ó enseñando el cielo digan á los pobres aturdidos isleños: *Ve á pasearte*, ó *haznos el favor de callarte*.

Cosa sumamente notable es la relacion que existe

entre el lenguaje de ciertos pueblos y los caracteres de sus hábitos y de sus pasiones. Pero tambien es muy curiosa diferencia de idiomas entre las feroces hordas inmediatas unas á otras. Así, por ejemplo, el lenguaje de los paquicos es claro, distinto y rápido; el de los moudrucos, lento penoso y sordo; los buticudos son graves en sus maneras, y tambien en su lenguaje, sin gestos ni contorsiones, pero modificado sin duda por el ridículo pedazo de madera que se ponen en su labio inferior. Los hotentotes zumban una especie de gruñido que manifiesta el embrutecimiento de la servidumbre. Vergüenza y miseria hay á la vez en aquellos tristes y dolientes sonidos que se escapan de una garganta pesada y fétida. Parece aquello el idiotismo del bruto, y al verle y oírle se admira uno de que el hotentote ande en dos pies como vosotros y yo. No puede traducirse por medio de nuestros caracteres el lenguaje de los cafres; pues se compone de sílabas breves y guturales cortadas por un perpetuo chasquido de la lengua contra el paladar, á la manera como los ginetes espolean á su caballería. Agréguese á esta fantástica rareza la rapidez de los gestos y de los movimientos de la cabeza y del cuerpo de los interlocutores; aquello divierte, recrea y admira, y con verdad podría, quizas, decirse que la lengua cafre se compone de palabras acentuadas y de gestos. Media docena de aquellos hombres rechonchos fuertes, bravios y crueles, en un teatro de París, enriquecerían á una empresa si llegaban á dejarle que trabaran una conversacion animada. Apunto esta idea á nuestros modernos especuladores.

Pero lo que sobre todo debe verse en la ciudad del Cabo, es el cafre, ó el hotentote con su instrumento de música, buscando algun rincón, y allí en pie, pateando, haciendo vibrar con frenético dedo las pequeñas cuerdas que sujetó á su caña ó bambú, á su concha ó calabaza, y entonando su canto de guerra ó de amor. ¡Oh! ¡admirable y encantador es aquello! Tambien es una lengua la música.

La *a* y la *e* componen casi esencialmente el habla de los desgraciados naturales de la península Peron; parece que choquen entre sí varias conchas; y no creais que me sugiera esta comparacion tan esaca una estéril sierra formada por pedazos de conchas.

Cualquiera cosa puede apostarse que el vocabulario de la provincia Peron no se compone de treinta ó cuarenta palabras. No mas se necesitan para enumerar sus riquezas y sus pasiones, y sus sentimientos han de reunirse en pocas sílabas.

Feroz es en Timor la lengua; las palabras hieren el oído con imprevistos sonidos, y las vocales de nuestro alfabeto se entrechocan con acre y brutal variedad. No solo parece el retumbo del trueno, sino la brillantez del rayo. Refléjanse allí como en un espejo las costumbres timorianas.

Ombay es un eco sonoro de Timor; no hay que separar estos dos pueblos, pues no lo ha hecho la naturaleza, que las ha colocado frente por frente, formando un estrecho de cuatro leguas de anchura, y que parece las aproxima mas por el carácter idéntico de sus ricos valles y de sus ásperas y tostadas cumbreras de lava, Ombay es Timor rejuvenecida.

El idioma de los indígenas de Baurack y de Waigion y de la tierra de los papús se roza con aquel suelo rico y fecundo, y con la naturaleza de un sofocante clima; de suerte que sus frases parecen una sola palabra, ó por mejor decir cada una de sus palabras es una larga frase.

El tchamorro es demasiado poético, pródigo de figuras y riquísimo en imágenes, pero debia sucumbir bajo la poderosa dominacion española, que la ahoga ya en la magestuosa armonía de su bastardeada lengua en las Marianas.

En cuanto á la de los carolinos, no sé si el dichoso natural de los buenos y generosos habitantes de aquel

afortunado archipiélago ha dado origen ó confirmado tan solo mi opinion; siempre he encontrado en aquel pueblo, el mas dichoso de la tierra, una gracia, una suavidad y una armonía que sin esfuerzo llegan á mi alma. Son ondulaciones llenas de encanto, y es una música arrobadora, parece una caricia, ó una supplica al cielo; dos amigos ó dos amantes no pueden dirigirse mas suaves confiancias, y nada mas fácil que observar el habla de aquellos hospitalarios seres, en quienes parece que viven hasta la mas avanzada ancianidad los piadosos sentimientos de la infancia.

Tambien las islas Sandwich apoyan mi teoría, ora provenga de la aspereza del terreno, ora de su riqueza y de infecundidad.

Si bien el idioma en Owhyée, es el mismo que el de Mowhee y de Wahoo, con todo tiene mas rudeza, y por decirlo así, mas ruindad que en sus vecinas. Preséntanse las mismas articulaciones, pero salen allí bruscamente con sonoridad y rapidez; y aquí brotan con mas amabilidad. Proviene esto de que en la isla principal de aquel archipiélago la lava de los volcanes destruye la vegetacion, mientras que en las demas islas la riqueza del suelo aventaja á las sacudidas de la tierra y el furor de sus caracteres semi-apagados.

Ya sabeis cuán dulce y claro es el habla criolla, cuán cargante es el inalgache, y cuán lánguido y tímido el idioma de los oras; prescindo pues de estas observaciones, que hicieron todos los exploradores que me han precedido, para sostener mi sistema, y si hay alguna escepcion que le combata, de ella me serviré, para confirmar la regla general, pues tanto los idiomas salvajes como las lenguas europeas, á pesar de las modificaciones que en ellos introduce la civilizacion que sin cesar progresa, no hacen mas que apoyarla y corroborarla. ¿Y cuando defienda un error, cuál será su consecuencia?

Vedla.

Estaré equivocado, puesto que mi adversario tiene razon. ¿Qué pido?

Que triunfe la razon, cualquiera que sea la boca que la proclame. Del choque de las opiniones brota la claridad.

Y ahora que he emitido algunas de mis ideas acerca de los diversos idiomas de los pueblos lanzados en medio de los vastos Océanos, vamos á ver si probamos cómo se poblaron los archipiélagos de todas las partes del mundo. Algo se logra indicando el camino que se debe recorrer.

¿De dónde han procedido los primeros hombres que habitaron las tierras separadas de los continentes? Pregunta difícil de contestar es esta, y sin embargo es una cuestion grave, importante y vital que aun no ha estudiado bastante la ciencia, porque á esta no le gusta proceder de lo desconocido á lo conocido. Sin embargo, escudriñando con cuidado los códigos antiguos que han rejido á las grandes naciones cuyo territorio limitan los océanos, no seria imposible encontrar, mediante la relacion que existe entre sus leyes primitivas y aquellas bajo las cuales viven hoy día las poblaciones de los archipiélagos oceánicos, la curiosa solucion de tan interesante problema.

Pocos rios hay en el mundo cuya fuente no hayan descubierto los exploradores. ¿Será acaso menos instructivo ó menos importante el conocimiento del origen de un pueblo? No lo creo.

Cosa bastante estraña es ver pobladas de este modo todas las islas del Océano pacífico, menos unas pocas en las cuales es una imposibilidad la vida física; pero conocidos estos casos escepcionales, estudicmos los hechos generales.

Ninguna duda cabe de que las islas próximas á los continentes hayan recibido sus habitantes de la tierra firme, porque es probable que la cólera de las olas ó

subterráneas sacudidas las hayan aislado abriendo entre ellas y su madre el canal que las separa.

Quizas tambien antes de que recibieran los seres que las pueblan, habia tenido lugar la catástrofe que les dió el ser, acudiendo luego á ellas los animales.

Pero no sucede lo mismo con aquellas inmensas tierras, y aquellas elevadas cumbres cuya base se oculta en el fondo de los abismos, y que se hallan separadas de los continentes por la inmensidad de los mares.

Comprendo perfectamente que los habitantes de los archipiélagos poco distantes entre sí tengan igual origen por mas variedad que se encuentre en el carácter de los hombres y en los productos de la naturaleza; concedo tambien que las islas de los Amigos, las de la Sociedad y las de Titji, por ejemplo, presenten relaciones tales que quizas no seria difícil señalar la época bastante exacta de su divorcio físico y moral. Pero tambien se dirá que cito hechos particulares, incapaces de combatir la tesis general que siento, á saber: que, segun mil probabilidades, la China y el Japon han poblado todo el Océano Pacifico hasta el N. de la Nueva-Holanda, que es una tierra escepcional, una vejetacion aparte, una naturaleza muerta y viva que no se parece á ninguna otra naturaleza, y que forma mas marcadísima disparidad con las estensas tierras á ella próximas que con las de que se halla separado por dilatados mares.

La tierra de Van Diemen pertenece sin contradiccion á la Nueva-Holanda. Los naturales de la Nueva-Gales del Sur son hermanos de los de Van Diemen; pero junto á ellos, y no lejos de los hielos australes, se ve la Nueva-Zelanda, poblada por hombres fuertes y robustos, atletas, industrioses y guerros feroces é indomados, mientras que aquí, alrededor de estas ciudades hermosas y opulentas que tan felizmente ha sembrado la Inglaterra en beneficio de su comercio, viven seres negros de ensortijado cabello, débiles, sin inteligencia, y próximos á desaparecer de aquel misterioso continente, en donde hubieran tomado un poco de energía en el seno de la civilizacion que iba á regenerarlos.

A la primera ojeada que se echa sobre las Filipinas, se nota desde luego la semejanza física de sus habitantes con los chinos. Tienen igual rostro, el mismo paso, casi idénticas costumbres, exacto color en la piel, propia pereza y análoga habilidad para las artes mecánicas. Llegaron luego los españoles con su morena tez que se confundió con el amarillento tinte de los primeros habitantes.

Aquí principia la variedad, aquí se nota la primera diferencia, en un principio en la parte física y luego en la moral, porque estas últimas conquistas se solidifican lentamente.

Las islas Sandwich, inmenso archipiélago, que pueblan los hombres mas robustos y mas hermosos de aquel océano, escalonan las Filipinas con las Marianas y el archipiélago de los Amigos. Las emigraciones voluntarias de la China á las Filipinas, ó las que son involuntarias ó forzadas por los caprichos de los vientos, les dieron habitantes á aquellas volcánicas cumbres, por encima de las cuales dominan, cual enormes gigantes, el *Mowna-Kah*, el *Mowna-Laé* y el *Mowna-Roah*, mas importantes que el Tenerife; pero allí debe dejarse sentir menos el influjo de la China, por mas que aun nos le recuerden algunos caracteres particulares; vense allí elevados y salientes pómulos, ojos iguales, é idéntica molicie en las costumbres; pero tambien son mas salvajes en su carácter, y su piel tiene un color mas oscuro, que parece ocre térreo, ó bien amari!lo chino desleído con el moreno español.

¿No seria posible encontrar la esplicacion del natural, á veces tan feroz, de los indígenas de aquellas islas en la salvaje aspereza del suelo quebrado y

atormentado al cual fueron á establecerse? ¿Crecis acaso que las erupciones volcánicas y los terremotos tan frecuentes en el archipiélago no inficionan las almas? Si retrocede espantado el hombre ante el primer peligro que le amenaza, seguros podeis estar de que renovará la energía con nuevas pruebas, y observareis conmigo que los seres mas intrépidos del mundo son aquellos que habitan una tierra cruel, porque de este modo hay ardiente lucha diaria, y solo la energía de la victoria. Agregad á esta consideracion que en aquel archipiélago reinó un poderoso y magnánimo rey, que se atrevió en un bello movimiento de independencia y de cólera, á crear un código protector de todos los intereses, y hasta á minar los fundamentos de una religion bárbara que ordenaba en ciertas circunstancias estúpidas mutilaciones y horribles sacrificios humanos. Tamahamah arrebató la fuerza á sus destronados sacerdotes y las víctimas á los ídolos.

Segnidme ahora á mas templadas regiones, á tierras mas tranquilas; y vereis cómo de nuevo se modifica el carácter de los indígenas, sin perder por eso el color de su origen.

Tales son las islas de los Amigos y de la Sociedad, en las cuales el ardor de rapiña impulsa á menudo á los naturales al asesinato; pero las riquezas de la vejetacion, la belleza del cielo y la tranquilidad de las aguas debian modificar sensiblemente las costumbres de aquellos pueblos, y si se les compara con los sandwiguianos, se les encuentra con efecto mas pacíficos, mas tibios y mas insulsos, menos en las mortíferas crisis que surgen entre ellos y los buques que van á visitarlos. Fácilmente se comprende que en aquellas sangrientas luchas el carácter, impregnado por decirlo así del clima, ha de colorarse con mas fuerza y de adquirir de nuevo los perdidos tintes.

¿Seguirán los molucos las mismas leyes, y no se encontrará en el carácter cruel de los malayos un argumento victorioso contra este poder físico que atribuyo á la naturaleza de las zonas claras y perfumadas?

No por cierto; á la persecucion se debe el que los malayos sean malos y feroces. La ambicion europea se cebó en ellos cual si fueran enemigos, y lo que hubiera obtenido la persuasion y los beneficios, ha tenido que adquirirlo la violencia y la muerte.

¿Cómo se ha de responder al cañon con la benevolencia y la generosidad! Nadie es impunemente vencedor, y do quiera se fija la tiranía, allí corre la sangre. Lo que vosotros llamais crueldad no es mas que una legítima venganza; las muertes que llamais asesinatos no son mas que justas represalias, y si aun poseeis, depende de que vuestro bronce tiene estrepitosa voz, de que sois realmente usurpadores y de que una larga servidumbre enerva y embrutece.

Sabido es que el imperio chino es el pais mas poblado del globo. Encerrado en sí mismo, llama salvajes á los demas pueblos, y vaidoso por naturaleza, cree ser el mas industrioso y mas civilizado de la tierra. En cuanto á esto, bien parece que la política y el comercio europeos tratan de darle la razon, porque todos acudimos á ellos para comprarles porcelanas, tintas, colores, sederias y bagatelas mientras que ellos no vienen á pedirnos ni uno solo de nuestros productos industriales. Por eso pretenden ser, con bastante lógica, mas poderosos que los demas pueblos, cuyas estériles factorias apenas florecen mas que en paises en los cuales solo les es permitido negociar en un espacio de algunas toesas. No me digais que si esto sucede, culpa de los chinos es que carecen de marina, porque os responderé que lo que llamais falta es un soberano acto de lógica, de prudencia y de orgullo, puesto que la china prueba de este modo que no necesita apoyo extranjero, y que su mismo aislamiento constituye su fuerza.

Hubo una ley severísima dictada con igual objeto por no sé cuál príncipe de dicho reino, por la cual se infligian muy crueles castigos al súbdito que se ausentaba de su país por quince días. ¿Cuál hubo de ser el resultado de este rigor? Que los capitanes de los *tjuncas* ocupados en la pesca por las costas, se alejaban arrastrados por los vientos contrarios, y no volvian á la madre patria.

Mas no se necesita para comprender cómo en un principio se poblaron las numerosas islas situadas al Sur de la China y del Japon, imperios rivales de gloria de esplendor y de tiranía.

No tan solo sería fácil, mediante estos caracteres físicos y morales de los diversos pueblos oceánicos, establecer su origen de un modo victorioso, sino que tambien el estudio de las lenguas y de los idiomas de los archipiélagos auxiliaria aun mas poderosamente á la filosofía.

Siguiendo la marcha de los tiempos, los progresos de las colonias y la distancia que hay entre ellas y el continente, se encuentran á veces tan íntimas relaciones, tan admirables puntos de contacto y tan ciertas derivaciones, que falta lógica para combatir-las. Las circunferencias se impregnan siempre de los colores que se echan en el centro.

Hay sin embargo problemas cuya resolucion atemoriza tanto á la inteligencia que cualquiera se apresura á retroceder ante la dificultad, temeroso de que esta destruya lo que la razon aceptó desde luego con franqueza.

¡Oh! prodigioso es lo que voy á deciros, porque no basta la casualidad para obrar tales milagros.

Ya os he dicho que los tupinambas y los buticudos, salvajes que habitan el interior del Brasil, han contraído singulares hábitos; los unos se pintan de un modo muy particular, á la manera de los *paiguecos* sus vecinos; y los otros hacen que baje ó se dilate el catilago de sus orejas hasta las espaldas haciéndole servir de bolsa. ¿No es verdad que esto es cruel y estúpido á la vez, y que hiere á la sana razon?.. Pues bien, el diámetro de la tierra separa á las Carolinas y á Timor del Brasil, y sin embargo los carolinos agujerean sus orejas como los buticudos, y las añudan absolutamente del mismo modo para guardar los objetos; y tanto en los malayos de Timor, como en los *paiguecos*, se traduce la palabra *casa* por *rouma* y *sagrado* por *pamali*; con la única diferencia de que los malayos dicen *rouma pamali*, mientras que en el interior del Brasil se dice *kouma-pakali*. Admirable es la analogía.

¿He resuelto una cuestion? No por cierto, ni tal es tampoco el objeto de este capítulo. Para la resolucion del problema que propongo se requiere un largo estado de pormenores demasiado estéril en un libro como el mio; preciso fuera sobre todo una paciencia y un saber que estoy muy lejos de poseer, y ante todo, un tiempo mas libre y menos ocupado con la multitud de objetos que me rodean.

Lo que quiero es que otros exploradores levanten con cualquiera base que sea un nuevo sistema y abran nuevas vias para el estudio moral del globo. La historia de los hombres en particular, es la historia de los pueblos en general. ¿Por qué pues, la historia de los archipiélagos no ha de ser la de los continentes y de las generaciones que les dieron origen? Quizas todo lo han modificado y cambiado los siglos al echar su sombrío manto sobre tan diversas naturalezas. Pues bien, registren la filosofía y la ciencia este caos para vislumbrar en él la verdad, porque es tarea superior á mis fuerzas. Y por otra parte, por mas que pierda mucho en la benévola opinion de los que consientan en leerme, confieso francamente que prefero mil veces aprender que enseñar.

El triste recuerdo de los bancos clásicos me cura de pedantismo.

Hermoso es el camino, por mas que cubierto el cielo de tinte gris me anuncie las regiones polares. Pronto navegaremos quizas en las montañas de hielo. Echémos pues, una mirada sobre estos hombres de hierro que me rodean y que acaban conmigo esta penosa y gloriosa campaña.

El hombre se acostumbra á todos los dolores, menos á los morales. Silvio Pellico, Andryane, Treiseck, Latude y otros mil infortunados cuyos nombres se acumulan tan sombríamente en mi memoria, son notables ejemplos de esta fuerza, de esta energia, y de este heroismo que crecen con los tormentos de los calabozos y de las privaciones.

Por fortuna así se halla formada la naturaleza humana; los primeros ataques del mal que os corroe son mas agudos que los que les seguirán, ó por lo menos así lo creereis; sucede lo mismo que con el primer sol de la primavera, con la primera helada del invierno. Si Dios lo hubiese dispuesto de otro modo se hubiera mostrado cruel con la creacion, y en verdad, la dosis de los desencantos y de las vicisitudes es aun bastante considerable para que se pregunte si se nos dió la vida en un ataque de humor bilioso.

¿Quién no ha blasfemado en el infortunio?

He notado en el largo y penoso viaje cuya historia escribo, que cada catástrofe aumentaba el valor de los hombres. Somos tan orgullosos que miramos á la desgracia no como una compañera de viaje, sino como á un enemigo, y todos sabeis que de los obstáculos nace la resistencia.

Bastantes tribulaciones hemos pasado para que los borrascosos mares que aun hemos de recorrer nos dejen en perspectiva mas fatigas que alegrías. Tan numerosas han sido las deserciones como los funerales. Pues bien, arrójase hoy á un cadáver al mar, y apenas lo recuerda mañana la tripulacion con una indolencia que se calificaria de crueldad, si se pudiera reprender al corazon por esta especie de marasmo moral que nace del cansancio y de la resignacion mas bien que del egoismo.

Recuerdo el lúgubre aspecto del buque en el último mudo adios de Prat-Bernon, en los últimos momentos de Merlino, y en las últimas y solemnes palabras de Laborde. Quince ó diez y ocho meses han trascurrido desde entonces sobre nuestras cabezas, y no tenemos en el alma mas que la grandeza de la resignacion.

Ignoro si soy una escepcion en todo en esta vida de sibarita que quieren darse los hombres, pero os confieso que no me conmueve ni me impresiona nada de cuanto aflige en las privaciones que á cada paso experimentamos.... Sin embargo, me engaño, sufro cuando va escasa y es poco limpia el agua; pero fuera de eso, ora sea bueno ó malo el bizcocho, ora tengamos en nuestra mesa no mas que un pedazo de tocino salado, os juro que poco me importa; que no toma en ello parte el corazon, y que vivo feliz y dichoso.

Pero hay pocos hombres de mi genio, y apenas conozco ninguno que le distraiga ó le recree lo que pasa desapercibido junto á mí ó ante mis ojos.

El capricho y el mal querer de los vientos y del mar han destruido á menudo nuestros cálculos, y han dado un mentís á nuestras previsiones. Lo que quizas hubiera escitado los murmullos en el principio de la campaña, y de seguro hubiera dado origen á un funesto descontento, no inspira hoy mas que chanzas y una especie de cólera que manifiesta que todos se hallan prontos á luchar contra nuevas privaciones. Viendo el marinero la flaca racion de carne y la semiracion de agua, mira al marinero con la sonrisa de desden en los labios, y le oireis como lauzza, en su enérgico y pintoresco lenguaje, mordaces anatemas contra la sed y el hambre que son los mas temibles enemigos de los hombres,

No digo esto, porque nunca nos haya absolutamente faltado el agua ni los víveres, sino porque después de tantas fatigas y de tantos combates contra los elementos, bien hacen los experimentados en repararse, y un pedazo de tocino no es muy buen banquete aun cuando le sazone un violento apetito.

No quiero emprender con vosotros, señores marineros, una discusión acerca de las ventajas ó desventajas de un viaje de circunnavegación por el Este; sobre el particular sabeis indudablemente mas que yo, y sin embargo, no veo ningun inconveniente, aun para mi amor propio, para deciros mi opinion acerca de tan importantísimo punto. Todos estamos interesados en que se resuelva bien.

No os hablo de estos viajes en los cuales se os señalan de antemano las escalas que habeis de hacer, ó en que se os indican á vuestra partida tal ó cual ciudad, para que se muestre allí vuestro paléon, á fin de reanimar los abatidos corazones, ó de hacer callar á los descontentos; tampoco quiero que, luchando con obstinación contra los irritados vientos, espongaís la suerte del buque para satisfacer una voluntad que no previó el obstáculo; pero si al partir se os concede toda la amplitud posible, si se entrega á vuestra voluntad y experiencia la suerte de la tripulación, y si no hay una rigurosa necesidad de tocar mas bien en tal punto que en tal otro, digo, por mas que me deis un mentis citándome los buques exploradores que por lo general han dado la vuelta al mundo siguiendo un camino opuesto, que me parece preferible navegar de Oeste á Este, siempre que se haya escogido bien la época de la partida.

Ante todo considero aquí el mal de la tripulación con que navegueis; porque lo que quiero, ó por lo menos quisiera, es su bienestar con las tristes condiciones de su oficio.

Os pregunto ¿no es justo que llamen un poco vuestra atención la vida y la salud de tan esforzadas gentes?

¡Ved, ved á mi amigo Duperréy, que da la vuelta al mundo, y que se espone á mil peligros, toca tantos archipiélagos, se pasea bajo tantas zonas, cede tan ricos documentos á la ciencia, levanta tan preciosas cartas náuticas, y que, después de una navegación de mas de tres años, vuelve á Francia sin haber perdido un hombre, sin haber tenido ni un solo desertor?

Salís de Tolon, de Brest ó del Havre, poco importa esto, tocaís en Tenerife ó en las Azores, surcaís el Atlántico y si quereis navegar hácia el Este, descansáis en el Cabo de Buena-Esperanza, pues hay allí una ciudad europea que os atrae. Después de esta caminata, bastante larga, y en presencia de los hermosos edificios ante los cuales acabo de fondear, apenas cree el marinero que haya dejado su país; su primera escala es un descanso de placer, porque no se hallaba abatido su dolor, ni estenuadas sus fuerzas; aquel bienestar pues, que le ofreceis como un cebo seductor, es el lujo de su estado, y el lujo enerva. Preciso es que tengais entendido que la dicha es una hañagaza por la cual os guardará después rencor. Del Cabo tocaís en la isla de Francia ó en Borbon; ya sabeis lo que os he dicho de estas dos islas tan hermosas sin que haya faltado á la verdad. El marinero adquiere gusto para las correrías, os da las gracias por haberle escogido entre tantos otros, os está reconocido, y adquiere para siempre su oficiosidad.

Si desquie allí os dirijís al Norte y visitais las orillas del Ganges y Calcuta, la ciudad de los palacios ¡oh! en este caso hay éxtasis en el puente y la tripulación os bendice.

Partid ahora, ante vosotros se desarrolla el Océano y con él las penosas escalas. Habeis endulzado los bordes del vaso, y el marinero toca ahora el amargo licor que contenia. Vedle bajo un cielo ardiente, en

medio de pestilenciales islas, en presencia de hordas salvajes; ora la parte Oeste de la Nueva-Holanda, tierra de luto; ora Timor y sus feroces habitantes; ora Rawack y Waggion; ora Guham menos sombría y las Sandwich con las islas de los Amigos y las de la Sociedad; y ora inmensas travesías sin reposo, sin alegría, y casi sin esperanza, porque tambien hay allí el cabo de Hornos con sus tempestades y el polo austral con sus montañas de hielo.

Mengua el valor del marinero con sus estenuadas fuerzas; no le dirijais palabras de consuelo, ni le enseñeis el camino recorrido, ni le hableis del próximo retorno al puerto; porque no os creerá, pues la desgracia tiene memoria. Pues bien, digo que, si arrostrais estas últimas y dolorosas escalas del vasto Océano Pacífico, este rudo paso del cabo de Hornos que teneis que efectuar, cuando aun se halla vivarach y robusta la tripulación, habeis vencido la primera y mayor dificultad del viaje; digo que se desplega el porvenir risueño y tranquilo ante la vista de todos, porque tendreis el derecho de responder al que se atreva á murmurar: «Pronto llegarás á países en donde descansarás de tus fatigas y recibirás el premio de tu constancia y de tu energía.» Entonces le enseñaremos San Dionisio, San Pablo, Calcuta, Table Bay y Santa Elena, adonde irá con respeto, este Atlántico que ya recorrió y que ya no puede aterrorizarle, y esta Europa tan consoladora en la cual le aguardan el reposo y los abrazos de sus amigos.

¡Qué quereis! tengo la debilidad de creer que algo son la vida y el bienestar del marinero. Desde luego acepto pues, vuestra censura y vuestra ironía.

LXX.

CABO DE HORNO.

Huracan.

Desde nuestra partida de la Nueva-Holanda nos habia impelido el viento con tan graciosa cortesía que ni por un solo instante temimos, en nuestro paso al traves de los montes de hielo, que nos arrebataran aquellas rápidas corrientes que arrastran del polo y desprenden de él esas enormes masas contra las cuales tantos buques se han estrellado. Por el contrario, aun casi siempre bajo un cielo gris y feo, tan frecuente en las elevadas regiones, tuvimos siempre próspero viento, y si la presencia de los helados bancos no nos hubiese obligado á una exacta vigilancia de noche, la tripulación disfrutara de una de las mas tranquilas y menos fatigosas travesías que de una vez nos hacia salva el Océano Pacífico de Oeste á Este.

Sin embargo seguia su rumbo la velera corbeta teniendo siempre bajo su quilla muchos miles de brazas de agua, y avanzaba, magestuosamente adornada con todas sus velas, hácia el cabo de Hornos, cuyo solo nombre recuerda una de las mas borrascosas noches del mundo, y cuyas amenazadoras rocas han presenciado tantos naufragios, y ahogado tantos sollozos.

Un día de fiesta era para nosotros doblar aquel terrible cabo; tocábamos, por decirlo así, el término de nuestra penosa y trabajada campaña, apercibíamos ya á lo lejos, á lo lejos, allá en el horizonte, á aquella Europa, de la cual nos separaban tres años, y surcábamos de nuevo el Atlántico del cual habíamos conservado un dulce recuerdo.

Por eso reinaba la alegría á bordo, porque todo era esperanza, y si resultaban exactos nuestros cálculos, aquel mismo día debíamos apercibir la costa Sur de América hácia la cual avanzábamos sin embargo con prudencia.

— ¡Tierra! grita el atento vigia.

Y en seguida se halla en pie cada uno de nosotros para aquella nueva emocion. Algunos pasos separan

en un buque el castillo de popa del de proa; verdad es que desde el segundo punto no se ve mejor que desde el primero, pero sin embargo, por un instinto que carece de esplicacion, difícil os es, en cuanto se delinea ante vosotros la tierra, no pasar mas allá del palo mayor y hasta del de mesana, para observar y estudiar mejor el paisaje que á vuestra vista va á desplegarse. Sucede lo mismo que cuando el buque se inclina mucho hácia un costado, involuntariamente os apoyáis en el opuesto, cual si tuviéseis el poder de equilibrarle.

Divisábase extravagante y fantástica la tierra, y, por inaudita felicidad, nos inundaba el sol con sus purísimos rayos. Transparente estaba el aire, hermosa la costa y veíanse en ella mil reflejos y mil sombras diversamente variadas; muchas bonitas aves, que desde las cimas de la Tierra de Fuego se acercaban á conveniente distancia, despedían un grito y se volaban despues de haber saludado nuestra bienvenida, mientras que el gigantesco albatros nos abandonaba con rápido vuelo para ir á buscar mas vasto horizonte para su infatigable ala.

Estaba yo con el lápiz en la mano observando las sinuosidades de la costa, y por un instante escuché la conversacion de mis dos queridos marineros, de quienes pronto me iba á separar, y cuya conversacion me causó á la vez placer y amargura.

—¿Sabes, Marchais, que ya llegamos?

—Sí, querido, y es muy triste esto. Se navega á todas velas, se ganan los diez y ocho ó treinta y seis francos, que ya bebemos de antemano, y en un día todo desaparece, nada, nadie, ni viento, ni rizados, ni siquiera puntapiés.

—¡Oh! para esto, Marchais, fuera preciso que no hubiera aquí Hugues ni Petit. Pero no es esto lo que yo quería decir.

—¿Qué quereis decir?

—Que esta bola no es tan grande como cuentan, y que en muy poco tiempo le hemos dado la vuelta, sin tener, como decian al partir, la cabeza hácia abajo.

—Son farsantes.

—Verdaderos farsantes.

—Falsos farsantes.

—¡Y Mr. Arago! es tan farsante como los demas. Mas farsante, cien mil millones de millones de veces, y sin embargo de eso, buen muchacho, por mas que no tenga ni una gota de líquido para darnos.

—No tal, amigos míos, aun hay un poco á vuestra disposicion; pero acabad vuestras confidencias, porque me divierten.

—Decíais, Petit, que es pequeño como un jaquillo el mundo en el cual has sufrido sin embargo tanto.

—No digo lo contrario. ¡He comido su miseria!

—¿Sobre todo la has bebido?

—Nada digo. ¿Pero y al fin; qué?

—Sí ¿y qué? te lo pregunto.

—Yo te lo he preguntado.

—Pues bien, ser marinero con tres francos mas al mes, es decir, con seis botellas de líquido, no vale la pena.

—Y luego vienen los años.

—Y vienen mas veloces que para los paniaguados, que están siempre seguros de comer y de morir tranquilos, mientras que á nosotros nos coge la vejez en el oficio, y cuando ya no servimos, nos dan las gracias y al hospital.

—¿Sabes que es esto muy triste?

—¿Sabes tú que es esto mil veces mucho mas triste?

—Sí, desprecio al mar; la ahogo con este salivazo.

—Y yo, me despidió de ella para siempre, porque al cabo y al fin tiene una familia, un padre que á veces tiene sed y cuando está seca la garganta, hay que dar de beber.

—Petit, has dicho una barbaridad.

—Di.

—Dices que tenemos padre, familia... ¿Quién sabe?...

—Tienes razon, Marchais; hé aquí que el corazon me late; quizás ya no habrá nadie en casa, y quizás ni la casa misma subsistirá.

—¡Oh perrero oficio!

—¡Oh maldito oficio!

—Toma, nada quiero ya de la marina.

—Ni yo.

—Volvamos á anegar la mar; escupámosla de nuevo.

—Allá va ¡bebe, tunante!

—¡Sin embargo, hace tiempo que nos deja en reposo!

—Ceja, porque ha visto que no éramos personas que nos espantábamos, y por eso se ha vuelto razonable.

—Sin embargo, me fastidió.

—Marchais, deberíamos ahogar otra vez al mar.

—Allá va, toma, toma.

—«¡Cada cual á su puesto para andar!» Presentábase siempre la costa con sus tan pintorescas variedades, con sus senos defendidos por escarpados peñascos parecidos á los que habíamos visto en Pils-tard, con otros tantos escollos con los cuales seria muy peligroso habérselas, y mientras que podemos distinguir los mas débiles matices de aquel grandioso suelo, mas lejos, allá, en tierra firme, nos anuncian varias columnas de humo que suben verticalmente, la presencia de aquellos patagones que han decaído de su gigantesca talla, pero que no por eso dejan de ser hombres á parte y privilegiadas naturalezas.

Acabamos de pasar una cascada que en sábana de agua descendía de una baja loma; y ya se presentaba á nuestra vista la ancha abertura que con tal impaciencia buscábamos; segun todas las probabilidades seria nuestra última escala, y ya se deleitaban todos nuestros corazones... ¡Ya llegamos!... ¡pronto mis carteras, mis pinceles y á tierra!... Cada cual se prepara, y espera con impaciencia que se dispongan las canoas.

Cállase de pronto la brisa y con ella tambien el mar; como si gravitara sobre las aguas la mano de Dios. Enmudece aun el barómetro. ¿Qué pasa, pues, á nuestro alrededor? De color azul está siempre el cielo, risueñas siempre las sombras.

De pronto salen de la costa ardientes ráfagas de humo atormentadas por invisible fuerza; redondas nubes se pavonean sobre las elevadas cumbres, se desgarran en las asperezas de las peñas graníticas, retroceden dóciles al impulso que reciben, y huyen algunos momentos despues para perderse á lo lejos en el horizonte, al cual abrazan y oscurecen.

Ocúltase la tierra; y el mar en vez de encrespase, segun lo habíamos notado en otras ocasiones, se hincha con magestad, salta, amenaza, levántase cual una montaña, levanta la corbeta, déjala caer con todo su peso y tuécese el áncora de hierro en el fondo de las aguas. Triste y solemne es todo en esta amenaza de la naturaleza; terrible es todo cuanto pasa ante nosotros; suspéndense los preparativos para fondear todos nos hallamos en el puente, con la vista clavada en la tierra que se borra, toma cobrizo tinte y nada nos indica aun que va á desencadenarse el huracan.

«¡El buque va á estrellarse!.. Estamos encima de unas rocas!» esclama la voz del maestre con la vista en el plomo de la sonda que acaba de echar... «¡Cortar el cable!» Córtase el cable y principia el caos. Un minuto, un solo minuto de vacilacion hubiera acarreado nuestra ruina; un solo instante de retardo y hubiéramos caído estrellados y hechos trizas contra los terribles peñascos que nos aprisionaban.

Por una inaudita dicha y mediante una hábil ma-

niobra, logramos, sin embargo, salir del escollo llamado *del Buen Suceso*, y que poco faltó para que fuese nuestra tumba.

Allí principió el huracan sus estragos y su obra de destruccion; allí principió la mas ardiente lucha que jamas haya tenido que sostener buque alguno. Acabábase de perder el áncora sin esperanza alguna de recobrarla, de suerte que el único recurso posible fue la huida ante la ráfaga.

Agitábase el mar segun los caprichos del viento, el cual en un abrir y cerrar de ojos soplabá por todas las direcciones posibles; veíase rudas olas cual montañas, rápidas y saltadoras cual aludes, anchas y profundas cual inmensos valles; un mar aparte en medio de tantos mares ya recorridos, que nos cogia por los costados y nos arrojaba contra el dorso de una lejana ola, que nos volvía á coger y nos cubría de uno á otro extremo para aplastarnos bajo todo su peso.

Y en medio de todos aquellos choques, y de aquellas cascadas, rechinaba la corbeta y se hallaba pronta á abrirse; silbaban las cuerdas y rujía el trueno en el espacio: ¿pero provenia solo del mujido de las olas y de los estallidos del trueno y del ruido de las maniobras que ahogaban la voz, aquella lúgubre escena? ¿Qué hacer cuando los hombres se hallan mas á menudo bajo el agua que encima de ella? ¿A quién obedecer cuando es inútil el mando? Ya no era el Océano, sombrío unas veces como las tinieblas y brillante otras como un incendio, un enemigo contra el cual debiéramos luchar; era un tirano y un señor ante el cual no habia mas remedio que bajar la cabeza. A cada sacudida de su cólera creíamos que era siempre el último grito de su amenaza, y cuando despues de habernos visto lanzados contra el abismo, nos encontrábamos aun en pie, no tardábamos en ver que avanzaba una nueva ola que nos arrebatava cual



El capitan Cook.

si fuéramos espuma para arrojarnos luego contra una ola rival.

Carecíamos de poder y de voluntad, esperando que una postrer sacudida terminara nuestras angustias ó que una ola nos tragara á su paso. Precipitase un marinero; y era Oriez, deportado que se habia escapado del puerto Jackson; fue de toda la tripulacion el único que se atrevió á encaramarse y á interrogar el horizonte... nos indicó que cerca de nosotros estaba la tierra, que la ha visto, y que nos va á estrellar.

Llegó ya nuestra última hora.

Cada cual procura ver, á la luz de los relámpagos, si está allí para recibir nuestros cadáveres la tierra que creíamos lejana, y con efecto se nos figuró verla y reconocerla al brillo del rayo... Visto está, la muerte nos hiere en medio del huracan. Se intenta maniobrar, y desplegar alguna vela, pero cae esta, pesada cual el plomo... Despidámonos, pues, de la vida que se nos va, porque ved una línea blanca ante nosotros hácia la cual corremos sin poderlo evitar.

Una inmensa ola nos coge por la quilla y nos hace atravesar el obstáculo sin tocarle... ¿Qué es esto, pues?

Sin embargo, muy lejos estaba de menguar la cólera de los vientos; pero vencedor el buque de tan horribles conmociones no queria cansarse al parecer de la lucha, y de cuando en cuando levantaba erguida su orgullosa cabeza.

Segun nuestros cálculos, debíamos de haber pasado ya el estrecho de Lemaire; y supuesto que ya no teníamos que recorrer mas que mar, decrecia el peligro. También parecia cansado el cielo de tantos furrores, y ya no giraban indecisas las nubes en torbellino agitadas por los opuestos vientos.

A veces tambien un tinte azul, suave como una sonrisa, difundia la esperanza en nuestros corazones, y la regular marcha de las masas vesiculares que giraban hácia el horizonte y pasaban por nuestro cénit rápidas como el rayo, nos decia que la cólera de la naturaleza era una cólera en el órden de los sucesos, y que con solo perseverancia se triunfaria.

«¡Hombres á las gavias!..» A este grito que salió de la bocina, precipitanse con ardor los mas intrépidos gaveros, cuales Marchais por una parte y Petit por otra, pero á todos les aventajó Barthe en ligereza. Vésele allí arriba, su mirada de águila interroga al espacio, no ve tierra y manifiesta que está libre la mar, y mientras que Marchais, á estribor con Barthe, le amenaza con el puño, una inesperada sacudida de la corbeta le hace perder el punto de apoyo y le arroja al traves de los obenques. «¡Un hombre al mar! ¡un hombre al mar!..» Acude Petit y se dispone á socorrer á su camarada... ¡Nada! ¡nada! ¡Conmuévase el corazon del valiente marinero, bñanse con lágrimas sus ojos y rápidos sollozos brotan de su pecho!..

—¡Pobre amigo, exclamó, mi valeroso Marchais! tú piensas en mí, estoy seguro de ello... enséñame tu cabeza, y me tiro al agua para morir contigo... ¡Oh! Dios mío, ¡ya no estarás detras de mí con tus férreas

botas! ¡Qué! ¡ya no mas puntapiés de Marchais! horrible es pensarlo, esto desgarró el alma... Y luego, ¡acariciad! ¡maldito oficio! ¡vida perrera! ya no quiero amar á nadie.

Estaba yo cerca de Petit, y con afecto le estreché la mano.

—¡Ah! sí, me dijo con atrogada voz, ann quiero amarle á V., á V., pero á na he mas. ¡Y decir que ya no existe Marchais! ¡No se ha cubierto de infamia el mar con tragar á tal hombre! Fuera la tristeza, ya sé mi obligacion.

—Debes vivir para llorarle.

—Debo morir para seguirle.

—Petit, aun tienes tu anciano padre

—¡Ah! es verdad, dijo el marinero.

Ningun rastro de sangre se habia visto en la superficie de las olas, y era poóbable que algun golpe en la cabeza habia privado de la vida á Marchais antes que se hubiese apoderado de él el mar. Inscribíase ya en



Huracan en el cabo de Hornos.

el registro el triste desenlace de aquella vida, pero llegó á oídos de Barthe un gemido; acude, inclínase sobre el abismo, le cubre la ola, pero permanece en su puesto.

—¡A mí! ¡á mí! grita con jadeante voz, ¡á mí! ¡marineros, aquí está Marchais!

Precipitanse y acuden todos. Marchais, sostenido por sus vestidos que se habian enganchado en dos poleas, tenia semi-rotos los riñones, y las olas que sucesivamente le cogian y abandonaban iban á arrebatarse por postrera vez, si Barthe no le hubiese agarrado y arrastrado con vigoroso brazo: pero como habia de luchar contra tantos obstáculos hubiera sucumbido á no haberle auxiliado oportunamente Petit y Chaumont. Pronto estuvieron todos en el puente.

Acudió el doctor; pero no eran peligrosas las heridas de Marchais, pues consistian en contusiones incapaces de hacer mella en su granítica organizacion.

Petit reia y lanzaba al cielo horribles juramentos de reconocimiento, pegaba y abrazaba al mismo tiempo á Hugues...

TOMO II.

—¡Vamos, amigo Marchais, ya podrás distribuirme aun algunos! ¡Cuánta dicha!.. Vamos muchacho aquí estoy para recibirlos, ya no me quejaré mas. Si con mil legiones de diablos, ¡cuán bueno es Dios!

Marchais le estrechaba la mano con fraternal rudeza, y la alegría reinaba en dos almas.

El doctor mandó que se diera un vaso de aguardiente, al pobre lisiado, quien de un solo sorbo se lo bebió.

—¡Hum! ¡tunante! le dijo en voz baja, aproximándose á él Petit, ¡eres un farsante. te has arrojado al agua de intento!

LXXI.

NAUFRAGIO.

Por largo tiempo hubo una gran turbulencia en los aires y en las olas, pero dejáronnos respirar los últimos suspiros de la tempestad, y por fin pudimos entregar las velas al viento. Con cuánta mas rabia habia gravitado el huracan sobre el buque en peligro,

tanto mas ardor poniamos en insultarle, porque en adelante solo él podia atacarle, sin que la lejana tierra que es su poderosa auxiliar, pudiera socorrerle.

Avidos de un poco de reposo, dirijimos nuestro rumbo á la Patagonia, y como una dicha considerá-bamos aquella escala que segun todas las probabilidades, habia de ofrecernos algunos curiosos episodios.

Tantas han sido las fábulas que han corrido sobre aquella raza de hombres escepcionales, junto á los cuales no seríamos mas que muñecos, y tantas han sido las fábulas que se refieren de la vida nómada de aquellos gigantes humanos, que por momentos deseábamos anclar en alguna de las numerosas radas de su costa que tan arisca se manifestaba con la civilización.

Continuaba siéndonos favorable la brisa, las corrientes aumentaban nuestra velocidad, y segun todas las apariencias debíamos divisar tierra al día siguiente á la salida del sol. ¡Ay! dióse órden de virar de bordo, y cou ella se desvanecieron todas nuestras esperanzas de dicha. Nos dirijimos á las Maluinas, y despues de haber sondeado, si.a encontrar jamas fondo, volvimos á virar, dirijimos de nuevo el rumbo á la América para emprender otra vez el abandonado camino, y continuarle hasta nuestra última escala. Habíasele prescrito sin duda á nuestro comandante algunas observaciones sobre la profundidad del mar y sobre la direccion de las corrientes en aquellos puntos; pero nosotros que no siempre participábamos del secreto de sus trabajos, no podíamos menos de dolernos de una vacilacion tan hostil á nuestra impaciencia. Como la marina no es mas que una guerra permanente contra todos los elementos, sabíamos ya, merced á las rudas pruebas que habíamos sufrido, que los navegantes debían cojer por los cabellos todas las ocasiones favorables que se les presentasen. Ademas de que, estenuados por una travesía de mas de dos mil leguas, nos aguijoneaba vivamente la necesidad del reposo, sobre todo, despues de las correrías de mas de tres años.

Asaltáronnos tristes ideas, y sin que echáramos la culpa á nadie, nos entregamos á nuestros presentimientos.

Esclavos de las circunstancias en medio de las cuales se halla lanzada nuestra vida por un poder mas fuerte que nuestro querer, nos sucede á menudo que ora por instinto, ora por aprension que nada puede explicarnos, adivinamos la catástrofe que nos va á suceder.

Quizas tambien es verdad que no nos acordamos mas que de los hechos realizados, y que en este caso les cedemos ámplio espacio en nuestra memoria; y siempre lo será que en las circunstancias en que nos encontrábamos, hubo tristeza y desaliento en el buque, y que bastó la vista de la tierra que vimos dos días despues, para apartar de nuestro ánimo los sombríos sentimientos que en él se habian fijado á despecho de nuestra voluntad.

Presentáronse á nuestra vista, el 12 de mayo, las tierras Falkland. No se borraron aquí las datas. Una densa niebla nos ocultaba la costa que de cuando en cuando se nos descubria quebrada, extravagante y sin vegetacion; pero habia de ser nuestra última ó penúltima escala; y ademas nos encontrábamos en aquel Atlántico tan conocido, y que tan bien nos habia acogido al partir, de suerte que la alegría rebo-saba de todos los semblantes. Podíamos ya tender la mano á nuestros distantes amigos; ya ninguna tierra ni continente se interponia ni nos quedaba que visitar; solo el mar teníamos que recorrer, y los costados de nuestra robusta *Urania* habian probado mil veces que ningun temor le inspiraba el choque de las irritadas olas.

Consultábamos nuestros libros de viaje para que cada cual pudiese formarse de antemano una esacta idea de los placeres que nos aguardaban. Surjian patrióticas discusiones; unos llamaban Falkland al grupo de las islas que íbamos á visitar, y otros le denominaban archipiélago de las Maluinas, sosteniendo que estaba averiguado las habia descubierto un pescador ballenero de Saint-Malo, y bien fácilmente puede comprenderse que no presidia la justicia en la resolución de la cuestion en litigio. Pero los ingleses nos habian ostentado por demasiado tiempo sus riquezas de ambos mundos; con harto orgullo habian desplegado á nuestras humilladas miradas sus vastos y magníficos establecimientos indios, para que no nos viéramos naturalmente inclinados á disputarles aquel grupo de islots, de los cuales, por otra parte, ni ellos ni nosotros habíamos tomado solemne posesion.

¿Se halla jamas uno dispuesto á dar limosna al opulento? Por mi parte, decia entonces y escribo hoy que navegábamos por las Maluinas y que buscábamos con estruordinaria impaciencia aquella bahía de los franceses que debía ¡ay! ser el frio sepulcro de nuestra entreabierta corbata.

El 13, se descubrió la costa de la compacta red de nubes que la ocultaban, y á nuestra satisfaccion pudimos estudiar sus mil caprichos. Era Laja y estaba desnuda y quebrada, elevándose en sus primeros planos aisladas rocas en las cuales miles de somormujos y de pájaros uñíos ó bobos, en pie é innóviles, permanecian insensibles á nuestra llegada, les castigamos mas tarde por su insolente impolitica; convertimos en una horrible Tebaida aquellas aisladas rocas y aquella silenciosa tierra, y hubo días de luto, en las familias de aquellos inhospitalarios huéspedes. Pero no nos anticipemos á los acontecimientos que van á surgir á nuestro alrededor.

En aquellas altas latitudes, el capricho del cielo es hostil á los navegantes, de suerte que raro es el día que transcurre sin combate.

Giraban y regiraban incesantemente gruesas nubes por encima de los desnudos montes cuya silueta mirábamos con afán, y por la tarde del 12, nos vimos lanzados tan cerca de la costa, que, sin una hábil maniobra de Mr. Querin, íbamos indudablemente á naufragar.

Durante la noche procuramos mantenernos á racional distancia, pero como al día siguiente uos iluminó el sol con todos sus esplendores, pudimos aproximarnos, y buscar al fin la protectora baja.

Por todas partes se veían allí fatigadas aguas por recientes tempestades, una mar inquieta y quisquillosa, y una costa tan taladrada que bien se conocia que las olas habian jugado el principal papel en aquellos descalabros.

Sentadas gravemente las aves anfibias en las armelas mas próximas á nosotros no cesaban ni sus gritos, ni sus estúpidos y regulares movimientos de cabeza; sin nuestros anteojos podíamos seguir sus lentas evoluciones y en la areuosa playa divisábamos tambien enormes manchas negras que no podian ser mas que focas ó elefantes marinos á los cuales desde luego juramos guerra á muerte. Preparábase cada cual su tarea, disponia sus armas y contaba de antemano sus víctimas como suele hacerse siempre que se va á atacar á un enemigo que no sabe defenderse, y entonces mas que bravura, es aquello crueldad.

Pero allá abajo, á lo lejos, forma un seno la tierra, delinéase una ancha basa, y nos presenta una accesible abertura, continúa la brisa, y viento en popa dirijiéndonos al puerto no tardaremos en entrar. Mandaba Mr. Berard; pero sube el capitán y coje la bocina. A nuestra derecha y formando la punta Norte de la bahía, estréllanse las olas contra una roca que se destacó de la tierra; á su lado hay una roca mezos elevada que tambien levanta su cabeza; y por último

junto á esta surge una tercera, cubierta indudablemente por la marea; la evitamos, y como se callan las demas cartas acerca de otros arrecifes, continuamos navegando.

Mengua algun tanto la brisa, pero siempre navegábamos veloces. Eran las cuatro; levantando la *Urania* con orgullo su cabeza, parecia que se pavoneaba en sus independientes pasos y el fondo de la rada nos alia su ancho y tranquilo fondeadero...

¡De pronto, tris!... detiénese incrustado en una roca el buque y se ladea... El mas profundo silencio entre nosotros.

¡Inmóvil! ¡inmóvil! y el mar azota los costados de la corbeta, y todos miran con esos ojos que quieren decir: *Todo se acabó*, y un enorme trozo de la quilla flota á nuestro alrededor. A este aspecto déjase oír un triste murmullo. ¡Silencio! dice el silbido del animoso maestre, y todos se callan de nuevo, menos le vagabunda ola, á la cual solo Dios dicta órdenes.

Sube el infatigable maestre calafate con la sonda en la mano.

— El agua gana terreno, capitan; se halla en peligro el buque, y es preciso armar las cuatro bombas reales.

— ¡A las bombas! grita el capitan.

Ved, pues, á todos manos á la obra. Sin embargo, no podíamos permanecer por mas tiempo en aquella horrible incertidumbre, y mientras que parte de la tripulacion luchaba con infatigable ardor contra el terrible elemento que nos devora, la otra dispone todas las lanchas, y ejecuta las necesarias maniobras para destacar la corbeta de la roca que la retiene cautiva. El mas feliz suceso coronó aquellas maniobras y camisamos, pero sin grandes esperanzas, porque espantosos erau los progresos de las aguas. Rómpease una bomba, y la reparan; rechina un mástil, y le consolidan; invadida la corbeta se inclina horrorosamente, mas no por eso nadie se conmueve, y cada cual en su puesto solo piensa en el deber que se le ha impuesto. El maestre calafate sube de nuevo al puente, y con voz solemne y tranquila anuncia que están perdidas todas las esperanzas.

Todos oyen las palabras, y se las repiten en voz baja al oído, todos pueden contar los instantes que les quedan de vida, porque el agua está ya por invadir la batería. Entonces tan solo son ya inútiles todos los esfuerzos, pero sin embargo en aquellos momentos crece el valor é insulta á la catástrofe. No es fiebre ni delirio, tampoco es desesperacion, viene á ser una alegría ó algo análogo.

Ya no se habla, solo se canta, se jura y se blasfema riendo; ora babor gana á estribor, ora este gana á aquel. Esta frase puesta en música sirve primero de tema y de refrán á los que trabajan en las bombas; pero á este inocente tema suceden nuevas canciones que vosotros no conoceis porque no habeis navegado con un Petit ni con un Marchais.

¿Pero qué hacia mi Petit en aquellos momentos que tantas fuerzas estenuaban? Nada, absolutamente nada; tranquilamente recostado y marcando su trabajo miraba como se hundia la corbeta. Pasando junto á él le di un peñetazo en las espaldas y le dije:

— ¿Tunante ¿no das á la bomba?

— ¿Por qué?

— Haz como tus camaradas.

— No soy tan bestia.

— ¡Tienes miedo, miserable!

— ¡Miedo! ¡miedo! ¡yo, miedo! me dijo Petit rechinando los dientes y mostrándome el mar con desprecio; si fuese esto vino, ya veria V. si tendria miedo.

— Pues bien, ven, mi camarote aun no está lleno; con paciencia podrás sacar algo de él, y luego trabajarás.

— ¡Oh! despues, nada mas ni nadie mas.

Sin embargo, bajó Petit y á duras penas logró apoderarse de dos botellas de aguardiente, subió mojadísimo al puente, llamó á Marchais, y estrechándose ambos las manos se despidieron entre copiosas libaciones.

Pero nos dirijámos al fondeadero, y el buque llevaba en su herida la peña madreporica, pero caida esta entró nueva agua, y se inundó toda la batería.

— ¡Salvar la pólvora! exclamó una voz.

Pero la pólvora estaba salvada merced al maestre Rolland, que á todo acudia, y que la habia encerrado en el camarote del capellan que se hallaba en oracion. Los adelgazados cerdos, devotamente guardados como última provision rodaban de una á otra parte, y algunos de nosotros cojiendo á los pobres cuadrúpedos por la cola, las patas ó las orejas los echábamos en monton á las embarcaciones que llevábamos á remolque y en las cuales estaba ya el alate de Quelen «¿Embarcan aquí todos los cerdos del buque?» exclamó al fin temiendo zozobrar. Este divertido quid-pro-quo, que cojió al vuelo y que procuré se difundiera, redobó la actividad de los trabajadores quienes le convirtieron en estribillo que, segun creo, improvisó Hugues, el menos alegre de todos nosotros, pero que se electrizaba con el contacto de tan nobles corazones.

Sin embargo Marchais no habia pronunciado su palabra sacramental; algo tenia que hacer aun el intrépido gaviero. Se trataba de saber en dónde estaba la herida del buque, para cerciorarse de si era posible aplicarle una cataplasma, segun su enérgica espresion.

Marchais se echó al agua á tres sueldos por legua, como decia; se sumerjió, visitó la carena y reapareció por el otro costado diciendo:

— El agujero está en una mejilla, y se le puede tapar.

En el mismo instante cojen dos colchones, los cosen uno contra otro, los cubren con un encerado para oponer mas seguro obstáculo á las olas, y el infatigable Marchais se zambulle de nuevo agarrado á una amarra, y aplica los colchones á la brecha del buque, mientras que los demas les sujetan en los obenques. Por algunos instantes nos protejió esta audaz maniobra; pero estaba ya decidido y nuestra pérdida era inevitable; demasiado nos habia invadido el agua, y preciso fue ceder á la fatiga y al destino. Causados cayeron los brazos, y sin que perdida estaviese la enerjia se dejó de trabajar.

Así se abandona á su caída el infeliz viajero sorprendido por el alud que se precipita de las mas elevadas cimas de los Alpes y de los Pirineos.

Pero mientras tan terrible escena ¡qué hacia la jóven y piadosa señora que tantas fatigas habia desafiado? Rezaba, pero sin debilidad; lloraba, pero sin cobardía. Habíase logrado salvar algunos centenares de bizcochos, y la pobrecilla, en cuyo camarote los habian echado, se entretenia en amontonarlos con evangélica solicitud; hubiera creído que tocándolos cometia un impio robo á todos aquellos hombres de hierro que luchaban con tanto valor hacia ya doce horas, y veíasela de cuando en cuando cómo acudia á su ventanita para cojer alguna esperanza en las fisionomías de los marineros que pasaban y volvian á pasar con algun botín útil arrebatado á las olas. ¡Ay! ¡cuántas veces, espantada al oír uno de aquellos frenéticos juramentos de que tan poéticamente se sirve el marinero para pintar sus cóleras y sus alegrías, retiraba bruscamente su linda cabeza y levantaba al cielo una tierna y suave exclamacion de terror.

— ¡Bah! ¡bah! le dije tirando algunas pistolas en su cámará, deje V. á estos valientes muchachos; del apuro la sacaremos á V., señora, y del apuro; son áun

geles bajo el rudo disfraz de demonios; hablan de V., se inquietan por V., y nada tiene V. que temer ni para el presente ni para el porvenir.

—¿Pero estas horribles canciones?

—¿Green que V. no les entiende...

—Se adivina la impiedad.

—Lo que V. llama impiedad, es bravura.

—Podría tener otras formas.

—Los marineros, señora, no se adornan con muselinas, gasas, ni encajes; y en todo ha de haber armonía.

—¿En este caso les defiende V.?

—Hay mas, les imito, les incito, procuro inspirarles, improviso y retienen.

—¿Cuán horrible memoria!

—Con calma todos moriremos; y con efervescencia todos nos salvaremos.

—¿Dios le oiga á V. ! ¿En dónde está el abate de Quelen?

—Está en compañía de los cerdos arrebatados al mar.

—¿Cuán mala burla!

—Es la verdad, señora; solo la verdad es culpable. Véale V. allí en la lancha mayor; el buen hombre reza; levanta la mano para bendecirnos; cumple su deber.

—¿Cuánto le compadezco!

—Es quien menos compasion ha de inspirar; cumplió ya bastantes años, y si muere, morirá en estado de gracia, mientras que nosotros...

—Esperemos en la Santa Virgen.

—Y en la santa bomba, señora.

Llegó la noche sombría y silenciosa, y por momentos nos hundíamos en el abismo.

Nos detuvimos. Ordenóse á Mr. Duperrey que fuera con la lancha menor á buscar un punto de la costa en el cual pudiera arrojarse á la *Urania* sin que se abriera. Volvió y nos guió; pero las rápidas corrientes nos arrastraron, y á los pocos momentos cayó sobre uno de sus costados para ya no volver á levantarse mas el sólido buque con el cual habíamos surcado todos los mares.

Terminada la catástrofe, descansaban los hombres de tan inútiles fatigas, y aguardaban el día con una vaga esperanza mezclada con terror. Pero aquel terror despues que el buque se habia ido á pique, no se manifestó en ningun semblante durante las doce horas de ardiente lucha que hubimos de sostener contra las olas que nos invadían.

¿Cómo es posible recordar tantos truanescos episodios en medio del choque rápido de todas las incandescentes palabras que se cruzaban y chocaban por ambos costados, por delante y por detras?

A cada momento se oía una fanfarronada á la muerte; el uno decia que se ahogaba por tercera ó cuarta vez, y que ya estaba acostumbrado á ello; el otro gritaba que se tenia por feliz con beber en el gran vaso en compañía del comandante y del abate; un tercero decia que nada valia el caldo de pato, y que estaba seguro que le provocaría despues de haber bebido dos ó tres cubas; otro mas revoltoso y mas insolente aun, que ya le cargaba el tardar tanto en fraternizar con los ciudadanos del Océano, para ver si era buena la amistad que entre ellos reinaba. De cuando en cuando Marchais, que estaba á mi lado, me decia al oído:

—Tranquícese V., nado por dos.

Y Petit, su intrépido amigo, me miraba sonriéndose y me decia tambien:

—No se le debe compadecer á V. demasiado por la catástrofe, señor Arago; ama V. el agua, como nosotros amamos el vino, y ya ve V. que esto no es difícil de decir; por lo demas aquí hay una jaula para gallinas; es preciso que se agarre V. á ella cuando nos zambullamos por última vez, y ya verá V. co-

mo quizás lograremos impelirle á V. hasta tierra, en la cual, sin embargo, mucho me temo que no encontraremos tabernas.

Para ser esacto debo añadir que hubo allí por algunos instantes un poco de desórden, y en consecuencia tambien insubordinacion. No siempre se respetaron los viveres arrancados al naufragio, y sobre todo nuestras economías particulares fueron objeto de minuciosas pesquisas por parte de los incorregibles forrajeadores del buque. A las órdenes y á las amenazas de los gefes respondieron algunos que nadie era gefe en el momento de morir, y que el marinero valia tanto, si no mas que el capitán.

—¿Qué haces aquí? dijo Mr. Lamarche á Chaumont, que vaciaba en su presencia una botella de Burdeos robada del cofre del teniente.

—Pruebo.

—¿Y qué pruebas?

—Si este vino rojo es mejor que el blanco que vamos á beber.

—¿Y tú, gritó Berard á un cañonero que escondia algunos bizcochos ¿Por qué robas estos bizcochos?

—Para mojarlos en la salsa que nos espera.

Pero sin amenazas y sin castigos se restableció pronto el órden, y cada cual ganó con bravura su puesto de honor, y todos dieron el ejemplo de una noble resignacion al aproximarse el terrible desenlace que nos amenazaba.

No citaremos aquí nombres, segun suele hacerse en los partes militares despues de una batalla; porque no hubo entre nosotros ninguna excepcion, de suerte que tanto oficiales como marineros todos merecen brillar en igual línea.

LXXII.

ISLAS MALUINAS.

Caza de elefante.—El azúcar de Mr. de Quelen.

LADADOS estábamos sobre la inmóvil corbetea semi-tragada; hablabámonos entonces en voz baja, sin animacion, sin desesperacion, pero con aquel tranquilo sentimiento de resignacion que todo animoso hombre experimenta en el seno del infortunio que va á herirle despues que hizo todo para prevenirle. En un solo instante acababan de aniquilarse nuestras mas dulces esperanzas, y en un solo instante acabábamos de sufrir el castigo por nuestra pasada dicha; y yo, que escribo estas líneas, perdía en aquella catástrofe el fruto de mas de tres años de fatigas, de investigaciones y de sacrificios, cual era una coleccion de armas y de vestidos de todos los países del mundo, mis riquezas botánicas, y mineralógicas, mis vestidos, mis hermosas colecciones de aves, de insectos, y, lo que mas sensible me era aun, doce ó quince albums cuyo duplicado no remití al comandante.

Pero apenas nos ocupaban estas ideas; y solo el presente y el porvenir debían ocuparnos, esperando con ansiedad la salida del sol para formarnos una idea del horror de nuestra posicion. Pero á poco se delineó la costa, en vano se fatigaban nuestros ojos para encontrar en ella árboles, vegetacion, ó alguna huella del paso ó de la morada de hombres, cuanto mas destacados se dibujaban los objetos, tanto mas se apoderaba de nosotros el desaliento; y cuando nos fue permitido abarcar sin cansancio el siniestro paisaje que ante nosotros por todas partes se desarrollaba, nadie esperó volver á ver su patria.

Arena delante de nosotros, arena á nuestros costados, peñascosas colinas en segundo plano, y mas ásperas montañas á lo lejos. A nuestros pies una mar turbulenta, aun guardando silencio los vientos; en la misma mar muchos islotes coronados de juncos; y detras de nosotros el frio reflejo de lo que habíamos

ya visto, un suelo hornaguero entre la arena, y algunas rocas de la playa y las mas lejanas alturas, y ni un árbol, ni un arbusto, ni una mecha de césped.

Desgarróse nuestro corazon.

Pero no estaba aun completa la obra, principiaba á dejarse sentir el hambre, la estenuada tripulacion necesitaba recobrar sus fuerzas, y preciso fue pensar en alijerar el buque desembarcando los objetos mas preciosos.

Desembarcáronse pues los mojados bizcochos que se habian librado del naufragio, los cuatro cerdos que conservaban la vida, la pólvora, los fusiles y algunas velas que necesitábamos para levantar tiendas. Enfermo y muy dolorido, desde mi partida del puerto Jackson, formé parte del segundo convoy que tocó el suelo de las Maluinas, al cual llegué con una gorra de piel de kangaroo, una mala levita, un pantalón desgarrado, un zapato y medio y una capa de rey zelandes que debia á la amistad de Mr. Wolstoncraft.

Me acosté en una vela húmeda; penetrábanos hasta los huesos una lluvia fina y helada, y sin embargo iba á adormecerme despues de tantas fatigas, pero mi criado y el cocinero del estado mayor, que se habian alejado, volvieron presurosos y jadeantes.

— ¡Señor Arago, estamos perdidos!

— Tenemos pólvora.

— ¡Cuán horroroso pais!

— Con valor, maunciones y Robinson Crusoe, no se muere de hambre en ningun punto.

— ¿Qué vale esto en comparacion de lo que hemos visto?

— ¿Qué habeis visto?

— Allí, lejos, cerca de la playa, y en un seno de esta, un animal tan grande como la corbeta.

— Un poco menos, ¿no es verdad?

— Un poco mas, señor.

— El miedo aumenta el tamaño de los objetos.

— El hambre hace que mengüe.

— Vamos á estudiar este monstruo, acompañañadme.

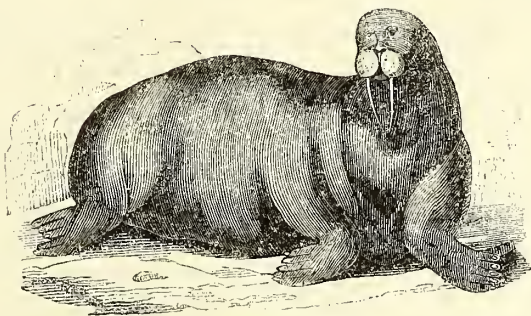
— Está allí, lejos, á media legua de aquí, siguiendo la costa; váya V. allí solo.

— No, quizas necesitare auxilio. Duband y Adam me acompañaran.

— De buena gana.

Nos marchamos los tres; armado uno de ellos con un fusil de dos cañones, el otro tambien con buen fusil y un machete, y yo apoyado simplemente en un grueso baston.

Con efecto, llegados que hubimos al punto indicado, que se hallaba á unos cincuenta pasos de las olas, vimos un monstruoso elefante marino que, al aproximarnos, volvió hacia nosotros pesadamente la cabeza, y luego no hizo ningun otro movimiento. Duband pasó al otro lado, Adam se quedó en su puesto, y yo me puse en medio; y á un mismo tiempo nos aproximamos al inmenso anfibio, cuyo negruzco dorso estaba picado ó acuchillado. Adam le tiró dos bolas en el ojo, casi á boca de jarro; Duband descargó su arma contra su cabeza, y yo, á garrotazos, golpeé la trompa del monstruo que despidió un sordo y prolongado gemido, pero sin moverse, lo cual nos hizo pensar que habia ido allí, segun las costumbres y los hábitos de aquella clase de animales, á morir de vejez.



Elefante marino.

Despues de nuestra gloriosa expedicion, volvimos al campo, y como ya un gran número de marineros que en vano habian procurado levantar la corbeta, murmuraban contra los crueles tiros del hambre sin que nada se ofreciera para satisfacerla, envié á decir al comandante, que se habia quedado á bordo el resultado de la captura que hicimos Adam, Duband y yo, y en seguida se dieron órdenes de dividir en trozos la víctima.

Fueron adonde estaba el elefante, le cortaron á sablazos la carne, se la cargaron en las espaldas, las echaron en la marmita que habian sacado del buque en el primer viaje, encendieron fuego con la negra turba, y se aguardó el porvenir; porque, durante este intervalo, habia tomado una direccion opuesta al punto en donde estaba el elefante, me detuvo un riachuelo bastante abundante, y tambien descubrí un hermoso manantial de agua fresca y clara que luego llamó la tripulacion *el café de Mr. Arago*, por la costumbre que tenia de ir á refrescar allí despues de cada comida. Habian tra currido diez y siete horas sin que la tripulacion pro ara bocado; estenuábanse las fuerzas, y se distribuyó á cada hombre una copia-

sa racion de carne de elefante marino, negra, aceitosa y coriácea. Noteniamos vinagre, sal ni pan, y si se figuran nuestros lectores que nos fue dolorosa esta comida... tendrán razon, porque de sus resultados cayeron enfermos la mayor parte de los marineros, y solo se habituaron á ella en lo sucesivo los mejores estómagos.

Despues del buitre, el elefante marino es sin contradiccion la mas asquerosa comida, y mucho dudo de que nuestros Grignon, nuestros Uefour y nuestros Very, lograran hacerla algun tanto apetecible. Siu embargo teniamos allí viveres para dos semanas por lo menos, y al segundo dia, al ir á buscar mas carne del elefante se encontraron los marineros con un gran número de águilas, seis de las cuales cayeron, lo cual aumentó provisionalmente nuestros recursos y reanimó nuestro vacilante valor.

Infructuosas fueron siempre las tentativas para levantar la corbeta; agotó allí sus fuerzas la tripulacion, y pronto hubimos de renunciar á toda esperanza por este lado.

Podia cojernos allí la mala estacion; y en aquella época de desdicha, los pájaros bobos, en quienes

pensábamos, los somormujos, subidos en las rocas, las focas y demas animales marinos abandonan el mar... ¿Qué iba á ser de nosotros?

Levantáronse tiendas, una para el comandante, otra para el estado mayor, la tercera para los alumnos, y la cuarta inmensa y cómoda para los maestros y tripulación.

Para resguardar la pólvora la colocaron bajo un monton de velas, detrás de un mógano, como tambien las balas, las pistolas, los fusiles y los sables librados del naufragio.

Salváronse la imagen de la Virgen, las insignias sacerdotales y los vasos sagrados. Levantóse un altar, y el abate de Quelen celebró una misa en accion de gracias, cantó un *Te-Deum*, y toda la tripulacion de rodillas; y con la frente descubierta los marineros, si bien no duraron mucho por lo critico de la situacion. El 13, apareció muy gruesa la mar, se incurstó á mas profundidad la corbeta, se abrió por todas partes, flotaron por aguas algunos cajones. Uno de ellos me pertenecia, mandóse una lancha montada por Petit, Marchais y otros camaradas suyos, se hicieron inauditos esfuerzos para remolcarla, y al fin lo lograron despues de mas de tres horas de lucha.

—Vamos, me dijo Petit jadeando y mojado; ¿está V. contento con su querubin?

—Sois ángeles.

—¡Ah! al fin conviene V. en ello.

—Nadie puede ser mas valiente.

—No se trata de esto, el caso es que se debe abrir este baul, registrarle y asegurarse de que no hay en sus bodegas algunos frascos llenos del espirituoso.

—Estoy seguro de lo contrario.

—Se ha ordenado la imposición y debe V. obedecer. ¡Es tan buena la casualidad, y V. es á menudo como ella!

Abrióse el baul, pero no contenia mas que algunos cuadernos y ropa usada.

—No es esto lo mejor que tenia, dije á mis marineros, pero lo mismo da, os aprovecharéis de la captura.

—¡Se burla V. de nosotros! contestó Marchais; si hubiésemos encontrado vino, ni una gota hubie-ra V. bebido; pero no hay mas que ropa, y por lo tanto guárdese la V. En el exterior no sufríamos, pero el interior sí padece.

—Sin embargo, amigos míos...

—Sin embargo, lo dicho; cálese V. ó me enfado.

—No le aplastes, prosiguió Petit arrastrando á su camarada Marchais; si nos salvamos de aquí, ya se repararan muchas cosas: ¡cuántas cosas!

—Os lo prometo, amigos míos.

—¡Perfectamente!

Marchais me estrechó amigablemente la mano, de la cual no pude servirme durante todo el dia. Organizáronse algunas cazas; cayeron las ocas salvajes bajo el plomo de los cazadores; y es tal la voracidad de las águilas negras de aquellos climas, que cuando un cazador, para alijerarse de peso, sepultaba bajo montones de tierra y de guijarros parte del botín, á su vuelta encontraba ya á la victima semi-devorada.

Acaecia tambien á veces que llevando en las manos algun ganso ó alguna oca, el águila audaz que sobre nuestras cabezas se cernia, paseábase, bajaba con lentitud, y adquiriendo rápido vuelo, nos chocaba con su ala procurando á su paso quitarnos nuestra presa. ¡Vicisitudes humanas! águilas y gamos, espetados en un mismo hierro, y dorándose al mismo fuego, apaciguaban nuestra voracidad unos al lado de otros en un mismo plato. Allí tan solo habia igualdad entre ellos; tan solo allí nosotros que no juzgá-bamos ya las victimas por su fuerza y su poder, desdeña-amos al rey de los aires y le posponíamos al humilde súbdito que antes temblaba en su presencia.

Todo lo nivela la muerte, sin que se cure de privilegios, ni se ocupe en clasificar á los que hiere. Águila ó palomo, esclavo ó déspota, callan cuando ella habla, y mas tarde ó mas temprano, segun sus caprichos, hombres y fieras, ciudades é imperios se borran para no volver á aparecer jamas.

Eramos ciento veinte y uno, á cual mas voraces, por temor de quedarnos sin viveres. ¡Cuántas atenciones poníamos en aumentar nuestros recursos! Cerca de mi *café* ví una larga fila de hojas verdes con las cuales me pareció seria posible *fabricar* una ensalada. Se lo comuniqué á Gaudichaud, quien me acompañó; eran acederas; y durante algunos dias tuvimos por lo menos con que contentar un poco nuestra hambre.

Pero los alumnos de marina, jóvenes y hambrientos, quisieron pasar mas allá de la dicha que les habia yo procurado; mezclaron otras hojas con las primeras para aumentar la racion, y una madrugada, despues del almuerzo, estaban tendidos en el suelo, pro-cucando con intolerables dolores y haciendo mil contorsiones cual si estuviesen envenenados.

Principió á perder su crédito la acedera, por los temores que inspiraba la fatal influencia de su vecina.

Hasta la completa construccion del campo, lo cual exigia celo en todos, no se nos habian permitido lejanas escursiones; sabíamos que los pescadores de ballenas iban á descansar á las Maluinas despues de haber doblado el cabo de Hornos; tampoco ignorá-bamos que habia otras radas ademas de la que habia presenciado nuestro naufragio, y nos lisonjeaba la esperanza de ver, desde la cima de la alta montaña que se levantaba en el Sur, algun buque protector al cual llamaríamos.

Ordenóse una de estas correrías para el dia siguiente; pero durante la noche violentas ráfagas de viento derribaron nuestras tiendas, y por la mañana hubimos de reparar los destrozos, lo cual nos ocupó todo el dia.

Habíamos reclutado, no recuerdo en qué pais, un marinero llamado Clement, el cual, devoto por terror y supersticioso por cretinismo, era el chino emisario de sus camaradas, quien sin embargo le dejaron al fin de la campaña que se dedicara á sus memorias. Segun mas adelante confesó, el dia del naufragio habia hecho voto, si el cielo nos salvaba, de subir descalzo y en camisa la montaña, antes que terminara el mes que corria.

Luego que se presentó ocasion favorable al penitente, puesto que el tiempo estaba borrascoso, marchó á la salida del sol dirigiéndose bien cubierto en un principio hácia la montaña. Desnudóse allí, dejó en el suelo su zamarra, su sombrero, su pantalon y sus zapatos, y comenzó su ascension, despues de haberse armado prudentemente con un gran amuleto para luchar sin duda contra los fantasmas y los duendes.

El frio era terrible; y el pobre petate temblaba de pies á cabeza y se preguntaba á veces si no era ridiculo infligirse tales penitencias que en nada se referian al Creador, y harian sufrir tanto á la criatura. Pero hacíale avanzar el terror mas fuerte que la duda; desgarrábanse sus pies sobre agudos guijarros, chocaban con fuerza entre sí los dientes, y su camisa, dócil á la caprichosa brisa, trasforma la ruda y vellosa carne del desdichado en una verdadera carne de gallina.

Sin embargo llegó á su término el viaje, y la religion, casi vestida como la verdad, dominó majestuosa sobre una de las mas elevadisimas de las Maluinas. Pronuncióse allí una ferviente oracion, y cumpliése tambien allí un ferviente voto.

Dejemos pues á un lado el ridiculo y guardémonos bien de tratar con ironía al marinero que habia soste-

nido despues del peligro la palabra que á Dios empeñara.

Púsose de nuevo en camino Clement, confiando que nadie sabría su santa escursión. Pero de otra suerte lo dispuso el cielo.

Entre el último monte y el lugar en que había dejado sus vestidos, había una pequeña pradera en donde le pareció que oía ruido de pasos. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué haré! Escucha... no se había engañado. Andan, despiden profundos suspiros, exhalan sordos gemidos, es un alma en pena que necesita un *Pater*... Y se recita de rodillas un *Pater*. Tal postura es buena para las emboscadas y de ella se aprovecha Clement; oculto detras de una roca, se levanta un poco, alza la cabeza, saca un ojo, luego dos, los abre fuera de sí y esclama:

— ¡Un caballo!

Con efecto, era un caballo enfermo y herido que iba á exhalar el último suspiro en aquel retirado lugar. Cayó. Clement se levantó entonces, y antes de emprender el acto de valor al cual estaba á pique de sucumbir, recitó un nuevo *Pater*, invocó á su buen ángel de la guarda, y se lanzó resueltamente hácia el espirante cuadrúpedo.

Hirióle primero en el cuello, sin que el animal diera la menor señal de dolor; le sacó los ojos, y por último, como muestra de su triunfo, le cortó la cola, se la colocó á guisa de trofeo, dirigiéndose hácia el campo, orgulloso como Jason despues de su conquista del vellocino de oro.

En aquellos momentos nos era mas útil un *bistec* de caballo, que un saco lleno de onzas de oro.

El héroe no sintió frío durante la batalla; pero conseguido el triunfo, se lo hizo recordar la brisa, y héteos al vencedor en busca de sus vestidos por tanto tiempo olvidados. Corre á derecha é izquierda, pregunta á las piedras y á las cavidades, sube, baja y da mil y mil rodeos que le fatigan.

Inútiles esfuerzos, porque nada ve; y como se aproxima la noche, y como durante las tinieblas los brujos y los hechiceros gritan y bailan su infernal sábado, preciso es, de buena ó de mala gana, volver al campo, sin mas vestidos que la camisa y la cola del caballo.

No mas algazara ocasionó la entrada de Alejandro en Babilonia.

Los marineros cercan al piadoso cenobita, el cual se parecía á uno de esos bobalicones sirvientes de las iglesias devotamente ocupados en levantar las largas sotanas de los vicarios y de los curas; le empujan, le estrujan, y le hacen volver como á un globo aerostático, se lo echan unos á otros como á un rehilete, y no le dejan tranquilo sino despues que no le queda mas asiento que la húmeda y fría arena; pónense entonces todos en cucullas para escuchar su relato, y el belicoso Clement se ve obligado á confesar toda la verdad. De cuando en cuando le acariciaba Marchais el omóplato, y rudos sobresaltos interrumpían la narración; pero cuando el marinero llegó á la historia del caballo todos escucharon sin chistar, alegráronse de la captura, y tanta mayor fue la alegría, cuanto que la tempestad del día anterior no había permitido emprender ninguna expedición de caza.

Ya nos habían enseñado las águilas cuán temible era su voracidad; era, pues, preciso disputarles sin retardo la presa, sobre la cual quizás ya se cernían, y al instante se ordenó una correría nocturna para dividir en pedazos al animal.

Costosas son todas las glorias, y el deslomado Clement hubo de guiar á sus camaradas.

— ¿Hacia qué punto está el cadáver? preguntó Petit, dispuesto siempre á cualquiera empresa.

— Hacia la montaña.

— Pero la montaña es endiabladamente larga.

— Hacia la derecha.

— ¿Has puesto alguna señal?

— Sí, una nube negra, allí lejos, que.... que....

¡toma! ya no la ves.

Marchais habló con la mano, y poco le faltó para que Clement no pudiera continuar la correría. Llegó, sin embargo, al pie de la montaña; pero las tinieblas eran muy considerables, no encontraron al caballo, mas por justa pero tardía compensación encontró Clement sus vestidos, los cuales inmediatamente se puso. Corta fue nuestra alegría como podeis figuraros, pues carecíamos de provisiones para el día siguiente. Pero antes de que amaneciese se fue el paciente marinero á buscar su víctima, la encontró esta vez, y volvió de nuevo á anunciar tan feliz nueva. En un momento se organizaron las cacerías.

Hubo gala.

Carecíamos en verdad de pan, de vino y de bizcochos porque mirábamos como cosa sagrada los restos arrebatados al mar; no teníamos sal ni especias; pero cosa muy apetitosa es una tajada de caballo salvaje en un desierto cuando atrieta el hambre, y durante la comida cantamos algunos de los mas alegres estribillos de Desangiers, el buen viviente por excelencia, y durante la noche nos visitaron dulces sueños.

Menos terrible nos pareció en aquel momento nuestra desdicha. Debía haber caballos en la isla, y al día siguiente se pusieron en práctica proyectos de escursión. Una segunda ráfaga de viento, mas violenta aun que la primera, nos visitó al día siguiente, agitado estaba la mar, la arena nos azotaba de un modo terrible, y todos nuestros esfuerzos reunidos, no pudieron impedir que cayeran las tiendas como tambien los muebles y demas objetos que abrigaban.

Poco le faltó como en medio de aquel horrible caos no creimos hallarnos en el cabo de Hornos, atacados por la horrorosa tempestad, causa de nuestra catástrofe.

Aquel día pegué á Mr. de Quelen un petardo bastante original, y por el cual debió guardarme rencor en su celda de canónigo en el cabildo de San Dionisio en el cual se pavonea segun se cuenta. Preciso es que os lo cuente.

Los pormenores constituyen la historia.

Gravitaba sobre nosotros el huracau con toda su fuerza; cada cual se ocupaba en su tarea, lo mismo que el abate que con un libro de rezo en la mano estaba bajo la tienda del comandante. Entre los objetos que el previsor apóstol de Dios había salvado del naufragio se encontraba una hermosa pipa de azúcar. Todos la apetecíamos con nuestras miradas; pero Mr. de Quelen tenía fija la vista en su dulce tesoro, y estaba allí como una triple cerradura.

Escarbando la tierra encontramos una yerbecilla que producía una semilla del tamaño de una acedera y que era muy suave al olfato y al gusto. Buscando bien recogíamos un vaso todos los días, regalando de ordinario el delicado fruto á madama Freycenet, la cual recibía estos testimonios de afecto con el mas vivo agradecimiento. Aquella semilla colgada de un imperceptible tallo rodeado de hojas, cuya infusión daba un té bastante agradable, el cual con azúcar hubiera sido una buena fortuna; pero ¡ay! solo el abate le tenía. Entre nosotros había cinco voluntarios llamados Feanneret, Dubos, Paquet, Taunay y Fleury, los cuales formaban parte de todas las expediciones; activos, laboriosos, inteligentes, llenos de intrepidez y filósofos sobre todo, sufrían su desdicha con un valor verdaderamente estóico; pero me pesaba la alegría por nacer de su mala fortuna. Menos amargamente los hubiera compadecido si se quejaran y así es que la amistad que les profesaba me hizo cometer un hurto.

— Vamos, les dije entrando en su tienda la misma mañana de la terrible borrasca ¿cómo sigue esto?

— Muy bien, como el tiempo.

- ¿Qué comeis?
 — Roemos huesos de buitre tapándonos las narices.
 — ¿No teneis mas caballo?
 — ¡Era tan corta la racion!
 — Es cierto. ¿Y té?
 — Si tenemos.
 — Si tuviésemos tambien azúcar.
 — ¡Oh! en este caso cantaríamos Hosannah.
 — ¿Cantaríais, no es verdad?
 — Se lo juramos á V.
 — Pues bien, cantareis.

Me dirigí á la tienda del estado mayor. Mi colchon tocaba con el del abate de Quelen, y solo la apetecida pipa separaba nuestras cabezas. La hice caer de modo que no saliera demasiada cantidad del precioso polvo, llené de él mi casquete, mis bolsillos y un calcetín, hecho lo cual, derramé agua alrededor de la pipa para que fuera responsable del efectuado vacío. En dos ó tres saltos llegué á la tienda de los impacientes voluntarios, les di el producto de mis rapiñas, y volando me fui á la tienda de madama Freycinet, quien escuchaba una piadosa lectura.

— ¡Eh! ¡pronto, pronto! señor abate, se ha caído la pipa, el azúcar se va, y si tarda V. todo está perdido.

No se terminó la lectura, pues Mr. de Quelen se fue corriendo al saber tan siniestra noticia.

¡Pobre Rayol (que era el criado del abate)! ¡cuántas injurias recibiste aquel día, y sobre todo cuántas amenazas te abrumaron! pero, vamos tambien agobiaban mi micorazon, y sufría tanto como tú.

Por la noche conté la aventura á los voluntarios, y delicioso les pareció el té. Ya veis, pues, que tambien los pobres naufragos tienen sus momentos de dicha.

LXXXIII.

ISLAS MALUINAS.

Caza de pájaros niños. — Muerte de una ballena. — partida. — Llegada á Rio de la Plata. — Pampero.

La desdicha sin remedio es la que mejor se sufre, y ahora que se perdió ya completamente la esperanza de rehabilitar la corbeta, nos parece que somos menos dignos de compasion. La incertidumbre es un constante tormento que solo os deja energia para soborearos en su parte mas punzante, porque lo que mas os asedia y os abrasa es lo que teméis suceda. La incertidumbre es mas bien una debilidad que un sentimiento; son, si quereis, dos fuerzas casi iguales que os oprimen sin que podais ceder á ninguna de ellas. La incertidumbre es siempre una desdicha, la resignacion en una catástrofe es virtud, y toda virtud constela.

La muerte del primero nos hizo sospechar que en el interior de la isla habia otros muchos, y al instante se ordenaron lejanas correrías.

Ya casi estaba agotado el elefante marino, y disgusto nos inspiraban ademas sus fétidas carnes, y aun cuando sea la carne de los pájaros bobos una de las carnes mas aceitosas y desagradables que encontrarse pueda, sin embargo preciso fue que de grado ó por fuerza llenáramos de ella nuestro estómago.

Se habian vuelto tan salvajes las ocas, y fue tan considerable el número de las que matamos, que pronto hubimos de mirarlas como recurso perdido. Ayudábanos á veces por somormujos, las focas y los leones marinos; pero lo avanzado de la estacion era causa de que se marcharan de tierra los animales anfibios, y al propio tiempo nos causaba mucho trabajo matar á los demas. Cierta dia en la playa tiramos á boca de jurro quince balas á la cabeza y cuerpo de una foca, rompimos contra ella dos bayonetas,

y aun se nos escapó; pero al dia siguiente las olas espelieron su cadáver. En pena de haber costado tanto la caza de aquel bribon no dejamos la mas mínima parte á los buitres ni á las águilas. ¡Cuán cobarde es insultar á un enemigo muerto!

No muy costosa era la guerra que se hacia á los somormujos. Subidos en las rocas contra las cuales iban á espirar las olas, nos aguardaban por tanto tiempo y con tal confianza, que á menudo las derribábamos á pedradas, de suerte que este recurso era uno de los mas principales en nuestra carestía.

Sin embargo la vuidedad les hizo mas circunspectos y prudentes, y así es que en lo sucesivo fueron bastante insolentes para evitarnos segun habian hecho ya las ocas.

Ya os he dicho que nos habíamos preparado para la caza de caballos, la cual se llevó á cabo, si bien en un principio sin esperanza, aunque supiéramos que los espanoles, que intentaron una vez establecerse en dicho archipiélago habian continuado su obra de reproduccion, segun su costumbre, echando allí los cuadrúpedos útiles de Europa. Al fin les encontramos ó por mejor decir salieron á nuestro encuentro. Una mañana llamó nuestra atencion un ruido sordo cual lejano retumbo del trueno. De pronto se nos presenta una magnífica bandada de corceles, da algunos saltos y se detiene al imprevisto aspecto de nuestro campo. Delante, á manera de vanguardia, acababa de relinchar un magnífico caballo castaño; agitábase su crin, estaba en movimiento su cola, y abrianse y cerrábanse sus narices con increíble rapidez. A la aproximacion del fogoso escuadron sin ginetes, nos echamos todos en el suelo, pero habiéndose levantado uno de nosotros le vieron, espantado el cuadrúpedo trompeta, relinchó de nuevo, dió media vuelta y el terreno hornaguero resonó de nuevo bajo el paso de los caballos que devoraron el espacio. Fue aquello una escena admirable.

Al dia siguiente de aquel dichoso encuentro se internaron en la isla el maestre Rolland, infatigable en tierra lo mismo que lo habia sido en el buque durante toda la campaña, y Oriez, deportado á la Nueva-Holanda, pero que se escapó del puerto Jackson, y que se vino á nado hácia nosotros, hombre resuelto, férrea constitucion, inflexible al rigor de los climas, jamas vencido por las fatigas y privaciones, que se habia entregado en cuerpo y alma hasta el fanatismo á la tripulacion que le acogiera como hermano.

A tres leguas del campo mataron un caballo. Oriez emprendió al instante el camino con un tiempo horrible, y atravesando tierras hornagueras sin ningun camino, y tan blandas que á veces se hundia en ellas hasta la cintura; llegó al campo á las nueve de la noche, guiado sin duda por su amistoso instinto, espuso el resultado de su caza, pidió hombres, se puso á su cabeza, y á las tres de la madrugada llegó junto á su víctima que servia de almohada á su compañero Rolland. Dividióronla en pedazos, y todos cogieron su trozo, quedándose Oriez con el mas pesado, volvió atras salvando de este modo las provisiones, y si tomar ni un momento de reposo, se volvió diciéndonos: Hasta mañana. A este Oriez le habian hecho prisionero los ingleses, se escapó de uno de aquellos horribles pontones históricos contra los cuales toda civilizacion ha protestado por largo tiempo, se echó en una lancha, se dirigió á Francia, persiguió una chalupa armada, peleó con valor, mató á dos hombres, le condujeren á puerto Jackson y le condenaron á una deportacion de quince años. Hacia cuatro que estaba allí en el interior de las tierras, pero habiendo sabido que un buque frances iba á darse á la vela para Europa, se aventuró, á través montes, bosques y hordas salvajes, durmiendo al aire y alimentándose de ratas, de insectos y de serpientes, y por último despues de inaudita fatiga llegó á la vista

de Sidney. Nadó hasta un islote desde el cual fui un día á dibujar la costa, y se llegó á nosotros con confianza.

Los marineros de la *Urania* le estrecharon la mano, le dieron víveres y le consolaron, de dicha lloró Orietz y todas las mañanas de un modo ó de otro le hacia llevar provisiones para las necesidades diarias.

El día antes de nuestra partida *algún* conocido mio le proporcionó los medios de juntarse con nosotros, y desde entonces formó parte de nuestra expedición durante toda la travesía del vasto Océano Pacífico.

Durante el terrible huracán del cabo de Hornos, en nuestro naufragio, ahora y siempre, se mostró Orietz valiente hasta la temeridad, y paciente hasta el martirio; y cuando mas adelante, en Montevideo, le dimos una honrosa certificación que confirmaba su valor y su abnegación, nos pidió permiso para ir á juntarse con el ejército de los independientes, en donde sin duda encontró la muerte, puesto que ningún parte militar de aquellos países nos ha llevado á Europa la noticia de los grandes hechos de armas que él mas que nadie era capaz de emprender. Durante todo el tiempo que permanecimos en las Maluinas fueron Orietz y Rolland nuestros mas infatigables cazadores, pudiendo decir con verdad que sin ellos todos nos hubiéramos muerto de hambre.

Hasta entonces habíamos vivido comiendo focas, pájaros bobos, somormujos, un elefante marino, un toro que mató Orietz, y caballos españoles; pero pronto carecimos de estos, porque atravesaron á nado el estrecho que separa la isla en que estábamos de otra isla vecina, de suerte que pronto no vimos ninguno.

Invocamos otros recursos, y nos echamos con nuevo ardor sobre los aceitosos y coriáceos pájaros bobos. Muy divertida era su caza. Escuchad; entre la primera y segunda bahía hay un islote bajo y con un sinnúmero de juncos de altura de cuatro ó cinco pies. Las costas de aquel islote, que habíamos denominado las islas de los *Pingouins* estaban defendidas por rocas negras y lisas, á las cuales van durante el día á pavonearse pesadamente en el sol los animales anfibios que se vuelven á las aguas al acercarse las tinieblas. El día de nuestro naufragio oímos algunos rebuznos que nos hicieron creer que estaban allí abandonados muchos asnos; tanto se parece el grito de aquellas aves á la armoniosa voz del cuadrúpedo de orejas largas; pero pronto nos desengañamos, y tomamos cruel venganza.

Nos aguijoneaba el hambre, y lanzamos, segun ya os he dicho, el terrible anatema á los pájaros bobos resolviendo vengar en ellos mismos el desagrado que nos inspiraban. La rabia era causa de que los acuchilláramos con una especie de ardor que podia interpretarse por placer, y solo sufrimos aquella carne por el odio que profesábamos á los individuos. Por lo demas este era casi nuestro único recurso; y preciso era no dejarnos morir de hambre. Quizas hubiéramos perdonado á los pájaros bobos, si hubiéramos tenido cuero de botas viejas con que entretener el diente. Nuestra miseria causó su ruina.

Por lo tanto, armados con palas, bastones, fusiles con sus bayonetas, ganchos, pinzas y bicheros, nos íbamos todas las mañanas sucesivamente ó por vez, á aquella isla de desdicha, y dos horas despues nos llevábamos los cadáveres de cien ó de ciento cincuenta enemigos sobre los cuales nos habíamos cebado como tigres y leopardos.

Vedles.

Colocados en pelotones de cuatro, ocho, doce ó veinte, levantadas sobre sus patas y su corta cola, nos veían como nos acercábamos pero no abandonaban su puesto; como si fuéramos á visitarles por cortesía, y nos esperasen para festejarnos. Vuelven bestialmente á derecha é izquierda, y despiden un

chillido que en rigor podríamos interpretar como un cumplimento ó un agasajo.

Podíamos tocarles con la mano sin que se movieran; de suerte que es la bestialidad en su apogeo, y por solo este cretinismo merecian que se les inmolara. Silban y hieren los bastones, lúndense las pinzas, y los ganchos y las bayonetas atraviesan aquellas duras cubiertas de piel y pluma, entonces únicamente se agitan los pájaros, se levantan, vuelven á caer, quieren huir y exhalan su último suspiro. La sangre inunda el césped, y el campo de batalla parece un calvario.

Pero pensamos en mañana, cual prudentes vencedores, tememos que los que aun viven emigran á otros mas solitarios sitios. Corremos por todo el terreno que resuena como un tambor, ocúltanse y son cercadas las víctimas en sus madrigueras y allí mueren algunas con un valor digno de los gloriosos tiempos de Roma y de Esparta. Los veteranos, sobre todo, reciben el agudo hierro sin despedir el menor gemido, para que se crea que nadie hay en el nido, mientras que menos aguerridos los jóvenes, mas accesibles al dolor, graznan y exhalan el último suspiro en medio de su desolada familia.

¡Oh! en verdad tuvimos una crueldad sin ejemplo. ¡Oh! verdaderamente merecimos bien la triste muerte á la cual sucumbimos, y sin duda alguna por provision de nuestra barbarie se detuvo la corbeta en su carrera contra la roca submarina.

¡Ay! pronto nos amenazaron tambien aquellos pájaros con abandonarnos á nuestra desdicha, y, sin ninguna piedad, abandonaron poco á poco el pacífico domicilio al cual habíamos ido á perseguirles é inmolarnos.

Frecuentes eran nuestras correrías á la isla devastada, y á menudo teníamos que ir ella dos veces al día, y la estacion lo mismo que el hierro de nuestras lanzas convertia en una sombría Tebaida aquella tierra de luto. Cierta mañana que, cerca de las tersas rocas, cazábamos dos amigos y yo á un leon marino, llamó nuestra atencion é hirió nuestras miradas, el rápido chorro ó surtidor de una ballena, á la cual seguian y jugaban al parecer con ella dos ballenatos.

De pronto, ora por desesperacion, ora por alegría, se lanza hácia la playa con la rapidez de una bala de cañon, y ella misma se aprisiona entre dos rocas que formaban un ancho canal. En el mismo instante la vieron desde el campo, y vednos todos al encuentro del monstruoso cetáceo. Casi privado de agua, abria convulsivamente su inmensa boca, y sus narices lanzaban al aire un agua arenosa. La rodeamos, descargamos sobre ella mas de cincuenta fusilazos sin que al parecer lo notase, y mucho temíamos que se nos escapara al llegar la alta marea.

—¡Pronto, pronto, una jarcia y un choque! gritó Barthe de Burdeos, uno de nuestros mas intrépidos gaveros; la comadre nos pertenece, y si se dan prisa, me encargo de encadenarla.

Corrieron al campo, llegan la jarcia y el choque, y armado con una hacha, se coloca Barthe sobre una roca, de esta pasa á otra, se aproxima al monstruo, se echa sobre su espalda sesienta allí como en un sillón, abre un enorme agujero en la ballena, la cual se ajita, forcejea, atórméntase y azota el mar con su terrible cola flotante.

—Sálvate, sálvate, ó te ahoga, le gritan de todas partes á Barthe.

—He dicho que cojeré este animal, le cojeré, le quiero y le tengo.

—Pero, tunante, le gritaba Petit; se vuelve, te va á tragar.

—No se volverá, hijo mio; le gusta demasiado verte.

Barthe terminó valerosamente su obra, hundióla

el gancho en la ancha herida, y luego le amarramos á una roca de la costa, y esperamos la marea.

Subió poco á poco; agitóse con mas libertad el monstruo; y luego que tuvo suficiente agua para sus movimientos, meneó la cola, rompió la cuerda y se escapó.

—Bien merecia la pena de maniobrar con tanta habilidad, dijo Barthe desesperado: ¿se necesitan cables para retener á tales colosos?

—Habia traído mi sedal, prosiguió Marchais, pero la maldita ballena nos ha burlado.

—Vamos, Petit la espantó. ¿Quién no ha de huir al ver este feo rostro?

—No hace mucho decias que no se volvia temerosa de no verme.

—Sí, primero por curiosidad, pero al fin esto cansa.

—Bien está; otra vez me ocultaré.

Marchais no suministró puntapiés á Petit, quien miró esta escepcion como una inaudita dicha en los fastos de su vida de miseria.

Ibamos á volvernos al campo, pero agitóse con violencia el mar, no lejos de las rocas, y, por segunda vez, se lanzó la ballena á la playa, á diez brazas de su primera estacion, y cayó en la costa para no volverse á levantar.

Igual habia hecho nuestra querida corbeta que diariamente se hundia mas y mas en la arena, y de la cual pronto íbamos á despedirnos para siempre.

Echemos pues una postrer mirada sobre aquella tierra tan fatal para nuestras destruidas esperanzas.

En vano habia intentado Bougainville un establecimiento en las Maluinas. En el estremo de la segunda bahía, habia mandado construir dos enormes hornos, que aun existen, y junto á ellos se ven tres grandes edificios sin techos que en un tiempo fueron casas. Pero infructuosos fueron cuantos esfuerzos se hicieron para que germinaran allí los grandes vegetales que provenian del cabo de Hornos y de la tierra de los patagones.

La inmensa aglomeracion de yerbas marinas, bajo las cuales se oye murmurar el agua, no ha permitido que se arraigara allí ningun árbol, siendo de temer que no tenga feliz resultado cualquiera nueva tentativa de colonizacion de aquel archipiélago. Sin embargo siempre serán las Maluinas una excelente escala para los buques balleneros, y para los cazadores de focas que podrán obtener allí excelentes cosechas. ¡Ay! ¿Habrán sido funestas tan solo para nosotros? Los vientos del Sur nos llevaban ya sus frias ráfagas, y temblábamos ya á la idea de pasar el invierno en aquella tierra de desolacion, sin nada cierto para alimentarnos.

El uno buscaba un mécano compacto para establecer su morada, que procuraba sujetar ó poner bien firme con el pensamiento por medio de esteras y de pedazos de madera, el otro ambicionaba para refugio los dos hornos que Bougainville, construyera; algunos escarbaban el suelo cerca de la playa; colocando la abertura de su cubil en oposicion con los vientos mas constantes; pero el mayor número, viendo incierto el porvenir, dejaba que trascurriera el tiempo y aguardaba con valor la hora de desesperacion, porque el hambre nos oprimia á menudo la garganta y nos vaciaba el estómago.

Nuestra lancha mayor, que el inteligente Duperrey debia mandar, se hallaba dispuesta á darse á la vela con Berard y algunos hábiles marineros para ir á buscar socorro á Montevideo ó á Buenos-Aires, pero largo era el viaje, tempestuosos son los mares australes, y no mirábamos la audacia y experiencia de Mr. Duperrey como una salvaguardia sobre la cual hubiese fundadas esperanzas.

Os aseguro que nuestra posicion ponía sombríos á muchos semblantes, y fatigaba á muchas constan-

cias. ¿Qué debíamos hacer sin embargo con el rigor del frio que nos asediaba, y contra los horrores del hambre que cada dia principiaba á atacarnos? La lectura del *Robinson Crusoe*, que tenia á mi cargo, y que escuchaba todas las tardes la tripulacion con suma atencion, la confortaba de cuando en cuando; pero el refunfuñamiento que se oia entre nosotros cuando llegaba la hora de comer, nos obligaba á dejar el libro, y sin dormir se pasaba la noche.

Y cuando el dia siguiente íbamos á la despensa, y preguntando en qué estado se hallaban nuestras provisiones se nos respondia: «Hay dos patos y una oca,» os juro que encontrábamos muy mezquina dicha racion porque habia que repartirla entre ciento veinte y uno.

Organizábanse al instante cazas, pero ¡ay! eran tan á menudo infructuosas que el desaliento se abria paso, hasta el traves de las confortadoras palabras del maestro Rolland, habituado, segun decia, á morir de hambre; como tambien estaba acostumbrado á morir ahogado.

Pero sin embargo llegó un dia en que ardientes y espontáneas fueron las emociones de todos. Esperimentanse estas cosas, pero no pueden trasladarse por escrito; siénteselas, pero no es posible traducirlas. Oriez llegó por la mañana al campo, en donde todos se miraban con amortiguados ojos.

—¡Tres caballos muertos! exclamó; ¡andando y echemos un gaudeamus!

Con efecto él y Rolland, habian muerto tres magníficos corceles, y casi toda la tripulacion se puso en marcha para ir á descuartizar las victimas y cargarse en las espaldas sus deliciosos despojos. A la vuelta, fui uno de los rezagados, en compania de mi bueno y desgraciado amigo Taunay, á quien un codrilo devoró algun tiempo despues en el Rio-Grande del Brasil. Nos perdimos en medio de aquellas tierras, en las cuales se hundia el pobre muchacho menos robusto que yo, y me llamaba para que le auxiliara.

—Ya no puedo mas, me dijo á eso de las once, detengámonos.

—Pero, amigo mio, cruda va á ser la noche, y debemos pasarla aqui.

—Dejadme pues solo, porque sucumbo.

—Te haré compania, amigo mio, acostémonos.

Llevaba la cabeza de un caballo, la cual me sirvió de almohada. Taunay se adormeció y allí aguardamos el dia; pero habiéndose apoderado de nosotros el frio, sacudí al voluntario, y le obligué á que me siguiera arrastrándole. Nos perdimos tambien, dimos mil vueltas y revueltas, é íbamos ya á pararnos, pero el péfido olor que nos llevó una ráfaga de viento Norte nos guió; provenia de la ballena muerta en la playa, nos dirijimos hácia su cadáver y llegamos al campo á las tres de la madrugada. Taunay cayó bajo su tienda no habiendo recohrado sus fuerzas hasta pasadas cuarenta y ocho horas. A la salida del sol todas las fisonomías sonreian, pronunciábanse palabras de reconocimiento por nuestra buena estrella, que aun al parecer queria protejernos, y nos volvimos devotos como la desdicha. ¡Qué comida! ¡Qué orgía! ¡Qué delirio! ¡Tres caballos! ¡tres caballos succulentos, sin sal, sin pan, cocidos sobre la turba y bajo la influencia de un humo negro! ¡Oh! ¡la alegría nos hacia salir de nuestro centro! Esto debia principiar mañana, y tambien pasado mañana. No mas lejos ven nunca el marino ni el náufrago. Como los viveres rebotaban en nuestros almacenes, y como ya desde entonces podíamos entregarnos, sin temor por nuestros golosos apetitos, á todos los placeres de personas abandonadas en una costa desierta y glacial nos ocupamos con nuevo celo á preservar nuestra seguridad personal de los fríos del próximo invierno; cada cual ostentaba las riquezas que arrebutara á las

olas, cual persona que nada hubiese perdido, y orgullosos, en nuestra miseria, contábamos y volvíamos á contar en alta é inteligible voz los vestidos que pronto habíamos de necesitar. Hubo trueques entre nosotros, y así es que nuestras fortunas de manifiesto en la playa mudaban de dueño veinte veces al día. Este daba unos calzoncillos por un zapato destrozado; aquel una marmita por un pedazo de jabón; el otro sus navajas por un par de forrados guantes; y el otro su cubierto de plata por un gabán. ¡Ay! nada tenía que dar yo, en cambio de lo que me fuera necesario, y así es que siempre había de usar mi capa de salvaje zelandes, mi casco de kangaroo y mi zapato y medio. Pero mi amigo Lamarche me favoreció regalándome dos camisas bordadas que en verdad parecían destinadas para un día de boda. Guerin me hizo aceptar sin grandes esfuerzos un chaleco que me hubiera resguardado los costados cuando comia segun costumbre, pero dentro del cual ahora me pagueaba, y también recibí, por una y otra parte varias otras prendas que me acomodaba para parecerme á un viejo chalan ó ropavejero despues de una infructuosa jornada. Ríome hoy día cuando me vienen á la memoria tales recuerdos; pero, en el momento de nuestro naufragio, también me reía con mas fuerza, ¡tan inaccesible soy á ciertos dolores! Todo lo que no me llega al alma me marchita sin herirme, pues no comprendo otros pesares verdaderos que los del corazón. Terminábamos nuestros cambios de la madrugada, cuando una voz que, á pesar de su ruda entonación, nos pareció la de un querubín, exclamó: ¡Buque! ¡buque! ¡en la entrada de la rada!

Inmediatamente todo lo empaquetamos, cubrimos y lo echamos de cualquier modo. Los débiles se levantaban con brios, los heridos se arrastran penosamente sobre sus enfermas piernas; unos corren á la playa, otros suben sobre los mogaños de arena que cercan al campo; veíase el pabellón en lo alto de un mástil, mientras que los mas ágiles van á buscar al comandante, que, bastante débil hacia algunos días habia ido á dar un paseo. Llega, cárgase un cañón, dispara... ¡Cuán débil es su sonido! Se dispara un segundo cañonazo cargado con fuerza, y abrigamos la esperanza de que nos oirán. Sin embargo, se impele una lancha hácia la playa, en un instante la echan al mar; ponen en ella algunas provisiones, tripulanla los mas robustos marineros, mandados por Mr. Fabrè quien da todas las velas al viento, y manda que se reme. Seguros estamos de que no se quedará por el camino, y de que no retrogradará Mr. Fabrè hasta tanto que se hayan perdido todas las esperanzas.

Desapareció el buque... ¡Oh! ¿por qué no pusimos bandera en la entrada de la bahía para que manifestaras nuestro apuro? ¿por qué no hemos puesto allí un centinela?... No mas aflicción; la libertadora vela vuelve á aparecer, y á ella llegará el estruendo de nuestra cañon; vedlos allí uno junto á otro; el corazón nos late, cánsause nuestros ojos siguiendo sus movimientos... El extranjero carga las velas... Fabrè le alcanzó: nos salvamos..... ¡Dios! gracias te damos.

¡Cuántas conjeturas hacemos antes que lleguen! ¡Cuán lenta es su marcha!... Al fin podemos hablarles.

El buque es una goleta que pertenece á un capitán americano llamado Horn, que se halla en una isla alli cercana, ocupado en la pesca de focas con un buque de cuatrocientas á quinientas toneladas. El patron que nos comunica estos pormenores no puede empeñarnos ninguna palabra; pero ruega á nuestro comandante que le dé un oficial que partirá con él y se entenderá con su capitán. Recae la elección en Mr. Dubard, y, por penoso y fatigoso que haya de ser este viaje, recibe con alegría la órden que se le da, y marcha. Lleva instrucciones escritas, habla muy

bien el inglés, tiene valor y saber, y va á litigar la causa de la desdicha. Su objeto logrará.

Desde ahora será para nosotros la caza una ocupación agradable. Ya no economizamos la pólvora; somos ricos, hay allí cerca un buque, y ya no tenemos que temblar por la suerte de nuestros amigos; loca es nuestra alegría; vamos á los arrecifes á buscar algunas ostras, llenas por desgracia de demasiadas perlas, y abandonamos los siniestros preparativos para pasar el invierno en aquel horrible país. Algunos días mas, y le abandonamos.

¡Hace ya seis días que aguardamos á Dubard, y no vuelve! ¡Si habrá naufragado también! ¡Si!... Una vela aparece en la entrada de la bahía; y nuestra lancha mayor acude á buscar nuevas. No es el buque que aguardamos; pues el recién venido, atacado por una tempestad en el Cabo de Hornos, y obligado á retroceder por la mucha agua que hacia, ha ido á buscar un refugio en las Malvinas. Amables son los modales del capitán, y sus pasajeros se consideran dichosos por habernos encontrado. Enviamos trabajadores á bordo; se reparan las averías; y en cuanto llegue nuestro amigo Dubard vamos á partir.

Singular é indefinible sentimiento que nos hace echar de menos un país en el cual tantas desdichas hemos experimentado. Aquella pobre *Urania* tendida en las rocas, nos entenece; aquellos despojos de nuestra corbeta que dejamos diseminados en las playa; aquellas ocas huérfanas hoy día; aquellos gansos; aquellos somormujos, aquellas focas y hasta aquellos pájaros bobos á los cuales con tanta crueldad tratamos, vamos á separarnos de todo aquello si no con pena; por lo menos con una especie de ternura. ¡Ah! consolémonos pronto, pues veremos una madre, una familia, amigos y una patria.

Ved á Dubard; desempeñó su misión con talento y con valor; pero ha hecho inútilmente un penoso viaje. Pagamos al capitán Horn los gastos y partimos con el buque americano. Hoy se obliga á conducirnos á Montevideo; antes estábamos muy contentos, pero ahora perdió ya parte de nuestra amistad y consideración; se aprovecha de nuestras desgracias; le compramos su corbeta; y de este modo nos encontramos en nuestra casa.

¡Con qué ardor se manobra en el cabestante! Nada siniestros son los cantos del marinero; con calor se trabaja, se leva ancla, y hétenos en camino. Aun manifiesta la *Urania* sus destrozados flancos; saludanla todas las miradas cual á un antiguo amigo á quien se abandona en lejana tierra. Costeamos la isla de los *Pingonins*, hoy día desierta á causa de nuestras cacerías, y la cual quizás hubiera presenciado dentro de ocho días á lo mas algun espantoso festín de carne humana. Vednos á la entrada de la rada; visitamos con la vista la roca fatal que tan cruelmente nos detuvo en medio de nuestras alegrías, y nos dirigimos hácia el Paraguay.

Antes de entrar en el río de la Plata, perdemos un mástil, cual si debiéramos sufrir el castigo, en el presente y en el porvenir, de nuestra pasada dicha; pero siempre navegamos, y por último anclamos en aquel río americano, tan ancho como largos los nuestros, aguardando á que el día nos permitiera buscar en el horizonte los campanarios de la ciudad ante la cual haremos nuestra postrer escala...

¡Qué noche! ¡Dios mío! Sombrio y frio estaba el tiempo, las nubes grises pasaban sobre nuestras cabezas con la rapidez de la flecha; de pronto el viento se pone ronco, amenaza, truena, estalla y su furor; pampero descarga sobre nosotros su rabia y su furor; el silbido de las jarcias, el estruendo de las olas se confunden y convierten en un impenetrable caos el mundo en el cual nos vemos atormentados. Todas las áncoras se deterioran con tan violentas ráfagas; rechinan los mástiles, la mar no es mas que un lago de

fuego ¡tan maravillosa es su fosforescencia! Nos agitamamos en torbellino en un brasero, y cuando el rayo desgarró los flancos en donde se encendió, palidecen las olas, y el infierno se halla en el cielo...

Pasó el pampero; cayó tres veces el rayo alrededor del huque sin tocarle, y aquel mismo día llegamos á Montevideo.

—¿Has visto tú esto? dijo Petit á Marchais.

—No.

—¿Has oído tú hablar de esto?

—No.

—Dicen que es un río.

—Dicen lo que quieren. Esto no es navegar, ni viajar por mar. El agua, el cielo, el fuego y la tierra forman causa común para hundirnos. Toma, esto es injusto y cobarde; no han de ponerse de este mo-



Destrozo de pingüinos (aves de mar).

do cinco ó seis contra uno; no somos de tal calibre que podamos resistirlo; me parece que van á quedar aquí nuestros esqueletos.

—Estoy molido.

—Y yo quebrantado.

—¡Y ni una gota de vino en el baul de Mr. Arago!

—Es verdad, ni una gota.

—¡Ah! ¡ah! ¡aquí viene un lancha! ¡trae víveres! ¡pan!

—¡Pan! ¡qué dicha! ¡Oh Dios mio! ¡pan! ¡Dios! ¡cuán hermosa es la navegacion!

—¡Pan!

—¡Pan!

Al cabo de una hora, habia en el puente ocho marineros que hacian mil contorsiones, atormentados por una indigestion de pan, por no habérselo comido con suficiente prudencia.

Tambien comí pan, pero pan solo; y sin embargo jamas he disfrutado de mas delicioso banquete.

LXXIV.

PARAGUAY.

Montevideo.—El general Brayer.—Tres jaguares y el gaucho.

¡ALÉGRESE el corazón! ¡circule con libertad la sangre! ¡qué día de regocijo para todos nosotros que no habíamos esperado tan pronto retorno, ni tan segura escala! Hace poco en una tierra desierta, sin cesar en presencia de nuestra hermosa corbeta zozobrada, llenos de tristeza para el presente y de terror para el porvenir, sin abrigo, casi sin alimento, bajo un cielo amenazador y helado.....

Hoy día, un tranquilo río en el cual se balancea suavemente el buque que nos ha arrancado de una

horrorosa muerte, una ciudad ante nuestra hechizada vista, una civilizacion, hombres vestidos como nosotros (mejor que nosotros ¡ay!) mujeres elegantemente adornadas, buques en la rada fondeados casi tocando con las murallas que protejen la poblacion, edificios europeos que ostentan á nuestros ojos una arquitectura regular; altas y sólidas torres, elevados campanarios, el comercio, las artes y la industria. Y la noche, como para reemplazar el ruido de las olas que acaban de enmudecer, el lejano murmullo de la ciudad despierta por el amoroso bandolin, la menos discreta serenata, la sonora voz de los relojes que se preguntan y responden, y el monótono ruido de los carros que ruedan sobre los pavimentos y van á abastecer los mercados. Luego tambien luces que pasan y vuelven á pasar al traves de las ventanas; las nocturnas aves de pesada y perezosa ala que vienen á visitarnos y despiden un siniestro chillido al aspecto de nuestros mástiles en los cuales silba la brisa...

Os aseguro que todo esto me tenia en éxtasis sobre el puente, todo esto nos acercaba dichosamente hácia aquel lejano pasado del cual tan á menudo hubimos de quejarnos, y todo esto nos hacia casi bendecir el naufragio, que sin un milagro del cielo, nos hubiera tragado.

Cosa tan natural es la insolencia en la dicha, que nos referíamos con despreciativo tono los diversos episodios de nuestra pensca campaña, en la cual por poco somos víctimas, cual si fueran juegos de niños que debian borrarse de nuestra memoria. De tan poca absoluta necesidad nos parecian los víveres, de los cuales mas de una vez habíamos carecido, que nos atrevíamos á alabar la aceitosa carne de los pájaros bobos, y los fétidos miembros de los buitres que matamos y devoramos en las Maluinas. Habia allí, para nuestras necesidades de mañana, delicioso pan, sucu-

lentos manjares, y las largas privaciones nos centuplicaban los placeres que nos aguardaban.

Así es que nos sorprendió el día en medio de estas suaves conversaciones de amigos que han sufrido juntos los trabajos, que han oído uno al lado de otro los bramidos de la tempestad, y que han visitado, sin atandonarse ni un solo instante, todos los países del mundo. Creedme, menor hubiera sido la alegría de nuestra llegada si tranquilo hubiese sido el viaje, y si el cielo se hubiese presentado siempre azul.

Sin embargo principiaron á dorarse las altas murallas y las flechas de las iglesias, unas tras otras se abrieron las celosías de las casas, como si desearan vernos mas ampliamente, y de la playa salieron varias lanchas para ofrecernos frutas, legumbres, y sobre todo pan, del cual habíamos carecido por mas de seis meses. La gula venció á la prudencia; y poco faltó como no perecieran diez ó doce marineros de resultas del primer banquete, y si el doctor no hubiese introducido el orden mediante una severidad á la cual hubimos desometernos, grandes desgracias hubieran ocurrido á bordo, porque tan delicioso nos parecia el pan fresco que nos traían y tanta era nuestra voracidad en hartarnos de él.

Haria á lo mas una hora que estaba el sol en el ho-

rizonte, y ya no nos ocupaba la ciudad. La inconsistancia de los hombres es un reflejo de la del elemento en que viven. Embarcado que está el marinero, jura y reniega del oficio que emprendiera, pero apenas se halla en el puerto pide en alta voz, y con juramentos, las tempestades contra las cuales tanto le gusta medir sus fuerzas.

¡Pobres de nosotros! La campiña que rodea á Montevideo es tan triste, tan igual, tan llana y tan árida, que sin las siluetas de los edificios de la ciudad y cinco ó seis árboles á lo mas, muy dis'tantes unos de otros, trabajo costaria á los buques, durante el crepúsculo, distinguir en dónde principia la tierra y en dónde termina el mar. ¡Si tan triste es el aspecto, cuánto mas lo será cuando la recorramos, sobre todo despues que pese sobre nosotros el sol ó despues que el terrible pampero muja al traves de las malezas, atormente y fatigue el espacio con mil torbellinos de polvo!

—No cabe duda, decian algunos marineros, mas vale nuestra quisquillosa mar que nos permite andar, que no este mar de arena en la cual, para dar cuatro pasos hácia delante, hay que dar por lo menos uno hácia atras.

Las tierras que rodean á Montevideo, en uu espa-



Jóven de Montevideo.

cio de mas de seis leguas de diámetro, se hallan tan regularmente onduladas, que parece que hace pocos siglos que el mar las abandonó, y son al propio tiempo tan bajas, que bien pudiera creerse que va á cubrirlas la vez primera que se irrite.

Si no nos hubiera forzado nuestro deber, nos hubiéramos quedado á bordo de la *Physicienne* (tal es el nombre que habíamos puesto al nuevo buque), pero Lamarche, á quien habíamos mandado á tierra para que saludara al valiente general Lesor, nos trajo tantas y tan interesantes nuevas de Europa, que no descansamos hasta haber desembarcado.

Mientras esperábamos en una inmensa sala que se nos reuniera el consul frances para que nos presentara al gobernador, entró con la frente erguida, altivo

paso y altanera mirada, un personaje en el cual se fijó nuestra vista con el mas vivo interes.

—Es un frances, dije á Lamarche en voz bastante baja para que se pudiera oír á la distancia de algunos pasos.

—¿En qué se funda V.? respondió el desconocido adelantándose hácia mí con paso noble y grave.

—Antes lo suponía, caballero, pero ahora estoy seguro de ello.

—No contestó V. á mi primera pregunta.

—Debe estar V. acostumbrado á oír lo que yo querria decir.

—La desdicha grabada en la frente, ¿no es verdad?

—Sí la desdicha y la dignidad.

—¿Parece que tambien habrá V. sufrido mucho?

—Un viaje alrededor del mundo, un naufragio, las angustias del hambre, y la pérdida de nuestra corbeta; pero al fin ya hemos llegado al término de nuestras fatigas.

—Con mas rudeza me ha atacado, señores, á mi la desgracia que á Vds., y sin haber corrido tanto, ha sufrido mi cuerpo mas. Pronto estenuán los tormentos morales; viene á ser la hoja que gasta la vaina. El destierro, señores, es un tormento continuo.

—¿Es V. desterrado?

—Soy el general Brayer.

—Y yo el amigo del hijo de V., le dije estrechándole la mano.

Después de nuestras conmociones políticas, los valientes generales Brayer y Fraissinet se vieron obligados á abandonar á su patria, y en Montevideo se retiraron para librarse de una causa cuyas consecuencias con razon eran de temer.

La época era fecunda en holocaustos.

El general Brayer nos dió recientes noticias de Francia; nos contó el asesinato del duque de Berri, muerto el día mismo de nuestro naufragio en las Malvinas, y nos manifestó las esperanzas que le animaban de volver á ver cuanto antes á su patria, en la cual; con efecto, no tardó mucho en entrar.

El general Lessor nos recibió con particular benevolencia, le pedimos su proteccion para la tripulacion de *La Paz*, que habíamos tenido que conducir al Paraguay, y al propio tiempo nos prometió abastecer nuestro buque.

Pequeña es la ciudad de Montevideo, pero limpia, airada y coqueta. Sus calles están tiradas á cordel y corren de N. á S. y de E. á O. Elegantes balcones embellecen casi todas las casas, y en las que nos acogieron encontramos aquella ceremoniosa política que se parece algun tanto á la etiqueta, pero que solo es una especie de aparato para los que ignoran las costumbres un poco orgullosas de la nacion española.

Por lo demas, se guardan allí ciertos usos de la madre patria con tal respeto que mas bien parece ternura que costumbre. La siesta se duerme con regularísima puntualidad, y ninguna modificacion ha sufrido el traje español, ni aun las que hace indispensables la diferencia del clima.

Apresúreme á añadir que esa magia que tiene la hermosa andaluza en su porte, ese descaro en la mirada, esa suave desenvoltura en el andar, y esas peligrosas perdidas en la sonrisa, se encuentran aquí en las jóvenes con un lujo de refinamiento al cual necesariamente sucumben todos los extranjeros. ¡Juzgad lo que experimentarían unos pobres naufragos que hacia por lo menos siete meses que no habian visto rostro humano!

Tambien es Montevideo una escala en la cual se fijan con alegría nuestros recuerdos. Si bien las iglesias de aquella semi capital carecen del lujo y de la magestad de las de España, sin embargo puedo aseguráros que las fieles que las frecuentan se distinguen por el modo verdaderamente maravilloso con que saben matar las horas de tranquilidad y de recogimiento que se les imponen. Jamas en parte alguna del mundo movieron graciosos abanicos manos mas pequeñas, mas elegantes ni mas delicadas: vienen á ser por delante canales en perfil que renuevan el aire en el cuello y en la mejilla, son revoloteos sin cesar renovados, que proponen ó aceptan una cita del devoto amante oculto detras de un gótico pilar, y que ha ido para adorar á un dios diferente del que adorna el altar mayor. Apenas se oye (y no exagero) la ganadora voz del sacerdote que salmodia una oracion, mientras que el ruido del marfil contra el marfil, del ébano contra el ébano despierta los adormecidos ecos bajo la santa bóveda. Si fuéramos maldicientes, podria decirse que las jóvenes de Montevideo van tan solo á la iglesia

para tentar la santidad de los elegidos, bien seguras de la debilidad de los pobres mortales.

Montevideo pertenece á los portugueses, y sin embargo es en realidad una ciudad española, porque todo se halla impregnado de las costumbres, traje y lenguaje de aquel pueblo.

Si hay menos hipocresía que en España, proviene de que con la debida proporcion hay tambien aquí muchos menos sacerdotes, frailes y capuchinos. Las procesiones, las ceremonias religiosas, las devotas mogigangas se celebran con menos lujo, y he observado que el respeto que el pueblo profesa al hábito eclesiástico carece de este carácter de idiotismo y de servilidad (1) que se nota en los ciudadanos de la madre patria. Proviene de la distancia que media entre ambas tierras; de que cuando sopla el pampero en el rio, corren peligro los buques de zozobrar ó de que sus despojos cubran la playa; de que el pais de que hablamos se halla sin cesar agitado por conmociones políticas, y de que los hombres de paz y de quietud prefieren la tranquilidad á las tormentas en las cuales á pesar suyo se ven obligados á tomar parte. Nulo es el comercio en Montevideo, ni tampoco en ella cuentan fervientes apóstoles las artes ni las ciencias; de suerte que bajo este punto de vista el Brasil se halla perfectamente representado en las orillas de la Plata.

En los dos orillas de aquel inmenso rio, casi tan ancho como largos los nuestros, se ven casi una enfrente de otra dos ciudades rivales que bien pueden darse las manos como buenas vecinas, pero que guardan entre sí un rencor y unos celos que tarde ó temprano causarán la muerte de la mas débil. Buenos Aires es mucho mayor que Montevideo; ambas son gemelas españolas, la primera no cambió de dueño, pero la segunda se halla en la actualidad bajo la dominacion portugo-brasileña, y de ahí esta despreciativa cólera de los ibéricos hijos, que quieren desgarrarse entre sí con guerras intestinas sin que comprendan el dominio extranjero. En cuanto á esto mas se refleja España en Buenos Aires que en Montevideo.

Murallas bastante sólidas, dos fortines y la ciudadela protegen la ciudad por la parte del rio; mas por la de tierra se halla mucho menos defendida, no siendo necesarios grandes esfuerzos estratégicos para apoderarse de ella. ¡Ay! se guardan semejantes conquistas como en un armario un viejo vestido; pero, ¿cuál utilidad reportan á los vencedores?

Yo creo que el rey de España se ha enriquecido con esta pérdida y que sin gran pesar pudo contar una ciudad menos en el suelo americano. En la actualidad se pone el sol en sus estados.

Poco antes de nuestra llegada á Montevideo, habia ocurrido en la misma poblacion un hecho bastante dramático que perpetuó un cuadro muy bien pintado, debido á la paleta de uno de los mejores vidrieros del pais, y que decora una pequeña morada de la calle de San Salvador.

Viajando en compañía tres jaguagares llegaron durante la noche á las puertas abiertas de la ciudad, y las franquearon sin que los centinelas les dieran el ¿quién vive? ni les pidiesen sus pasaportes; y muy al contrario se hicieron fuertes en sus cuerpos de guardia y no dieron la señal de alerta hasta que los tres importunos visitantes se encontraron en el centro de la dormida ciudad. Mientras andaban errantes, buscando pasto, se despertaron algunas personas á los gritos de otras que pedian socorro. Entre estas habia un intrépido gaucho, quien al instante se puso al frente de la multitud armada con horquillas, bastones, asadores y picas, y se dirigió hácia el punto en que se suponía se habian refugiado las bestias fieras. Inútiles

(1) Acuérdense nuestros lectores de que Mr. Arago es extranjero, y sobre todo de que ha nacido en Francia.

eran en las estrechas calles el caballo y el lazo; pero el valiente indígena, acostumbrado á no huir ante tales adversarios, pide un fusil, que al momento le dan, y vedle delante de todos, llamando con espantosos gritos á los temibles tigres.

Había crecido por todas partes el terror por las exageraciones de la multitud; encerrados en sus casas unos habían visto pasar á media docena de tigres que llevaban en su boca pedazos de ensangrentados cadáveres; otros habían contado hasta una docena que trepaban por los muros; en fin era una erupción general, un ataque meditado por aquellos señores del desierto para apoderarse de la ciudad, y un castigo que se infligia á los gauchos quienes los hacen continua guerra. Así es que estas mil imprecaciones volaban ya de boca en boca contra aquellos impíos vencedores de las bestias fieras, culpables porque habían ocasionado tan terribles represalias. Se trataba uada menos que de apedrearles, de quemarles vivos..... y entre tanto, el bravo gaucho, ágil como el ciervo, é intrépido como el león, preguntaba por todas partes en dónde estaba el peligro. Dos de los jaguares habían penetrado en la ciudadela y se habían echado á la campaña por una muralla poco elevada, mientras que

el tercero, batido por todas partes, buscaba una víctima segura. Llega el gaucho. A su vista abren apresuradamente sus filas los mas animosos de los ciudadanos armados; y cobran valor los mas débiles..... Ved al tigre en presencia de su enemigo. Ambos se miran con ardiente pupila, ambos dispuestos á atacarse y á defenderse cual dos adversarios que por largo tiempo se han buscado. Agáchase el tigre furioso y astuto; el gaucho marcha hácia él con una rodilla en el suelo, apoya su arma en la espalda y va á disparar..... ábrese una puerta, y la bestia fiera se precipita, y ya bajo sus uñas de hierro una mujer, una madre, tiene el seno desgarrado. Acababa de desesperarse, y llevaba en sus brazos á su hijo; quiere huir, pero queda cogida de un salto, y entregándose sola para pasto de la fiera, había arrojado á su hijo detras de la cama.....

Poseyóse el terror de todas las almas, pero tambien el gaucho se había precipitado como un dardo; colócase terrible y jadeante en la puerta misma de la casa, y por medio de un estrepitoso grito llama hácia si la atención del jaguar, cuya abierta boca iba á abrir un pecho. Detiénese la fiera sorprendida, exhala un ronco bramido, indignase de que se atrevan á ata-



Un gaucho matando un tigre que iba á devorar una madre y su hijo.

carla, levanta sus rudos y pelosos lábios, y manifiesta al aire sus agudos y cortantes dientes, y el gaucho, tranquilo entonces, se atreve á separar del fusil su mano derecha para hacer señas á la aterrorizada multitud de que el enemigo le pertenece. La mujer, casi muerta y cuya sangre corría de cinco ó seis heridas, dice al fin al gaucho con casi apagada voz:

—Mátame V., máteme V., pero salve V. á mi hijo.

—¡No se menee V.! contesta el gaucho.

Y levantándose para presentar mayor superficie al hambre de la irritada fiera, se prepara; precipitase el tigre y cae muerto en su carrera.....

—¡Muerto! grita el gaucho; ¡muerto el pícaro! Ya no desgarrará á nadie mas. Socórrase á la madre.....

Y se fué tranquilamente sin apenas curarse de las bendiciones de la multitud que le había acompañado, y sin querer guardar la piel de su víctima. ¿De qué le hubiera servido? ¿No llevaba escrito en su cuello que había sido muerto el tigre en la ciudad en el mo-

mento en que iba á devorar á una mujer? y el intrépido gaucho no presentaba en el mercado sino las pieles de aquellos que había vencido por medio de su lazo, porque por lo menos no presentaban mas heridas que las que el puñal hiciera en el vientre.

Un día vi á este hombre en un café tomando un vaso de agua azucarada. Era pequeño y delgado; pero había en su mirada tal vivacidad, tan rápido era su gesto, tan breve su palabra, que imposible era que ningún observador atento desconociera la energía de aquella ósea organizacion. Me contó mil peligros de su agitada vida con tan pintorescas espresiones, que fácilmente se convenia cualquiera que aquel lenguaje provenia de las frecuentes luchas que había sostenido. Era un lenguaje salvaje pero mezclado con grandeza y magnanimidad; era la pintura fiel de las pasiones, era el retrato del alma.

La partida para la caza, la áspera soledad de terreno que ha de recorrer, el ardor y obediencia del do-

mado corcel, el primer grito de la fiera que se va á combatir, la esperanza de la victoria, la lucha y sus vicisitudes, el triunfo y sus alegrías, todo se veía allí descrito con una enérgica tranquilidad que os conmovía hasta el fondo de las entrañas.

—Pero, le dije al fin cuando hubo terminado su harto breve relacion ¿tuvo V. miedo cuando por vez primera se encontró en presencia del tigre?

—Es verdad, temí no darle.

—¿Estaba V. solo?

—Solo.

—¿Cazaba tigres su padre?

—Mi padre no tenía rivales en esta diversion.

—¿Les sirve á Vds. de recreo?

—No, es una necesidad. Nacemos cazadores de tigres, como otros nacen vendedores de ladrillos; tenemos que cumplir una tarea, y tanto mejor para quien mejor la lleve á cabo.

—¿Goza V. de gran reputacion entre sus camaradas?

—No me corresponde hablar de mí de un modo muy ventajoso, pero estoy seguro de que á cualquiera á quien preguntara en la ciudad, le dirían de Luis Cabrera lo que yo no me atrevo á decir.

—Me han referido su admirable conducta cuando tres jaguares entraron aquí; segun parece maneja V. tan bien el fusil como el lazo.

—¡Oh! no podía dejar de dar al tigre, porque la mujer iba á morir, y hay ocasiones en que el corazon apunta mejor que la vista.

—¿Sabe V. que estas palabras son sublimes?

—No lo dudaba, pero son verdaderas; estoy seguro de que herí á la fiera en el mismo sitio en que apunté. ¡Pobre mujer!

—¿La ha vuelto V. á ver?

—Me buscó, y preciso fue sufrir mil gracias y mil atenciones. Las uñas habían penetrado á mucha profundidad, con abundancia corría la sangre, y si tardo dos segundos mas, era aquello negocio concluido.

—Amigo, le venero y admiro á V. tanto como á un tahonero del Cabo de Buena-Esperanza, quien, como V. es noble, humano, intrépido y que caza los leones lo mismo que V. los tigres.

—Es muy dichoso. Dícese que aquellos leones son mas temibles que nuestros jaguares. Quisiera ensayarme en aquella lucha.

—Quedaría V. vencido, si no tenía V. mas que el lazo.

—¡Bah! ¡bah! nadie conoce su poder si no sabe lanzarle. Ningun vigor puede resistir los nudos que le aprisionan y al rápido movimiento que sigue á la captura. Solo las masas son inatacables con nuestra arma, y así es que el rinoceronte, el hipopótamo y el elefante son los únicos cuadrúpedos con quienes no emprenderé el combate. Nuestros leones de América no merecen mas que el desprecio, al paso que el jaguar es á veces un bocado muy difícil de digerir. No mas rápidos movimientos tiene el tigre de Bengala, y lo que á V. mucho le sorprenderá y que sin embargo le garantizo á V., es que cuando se halla en el aire, lanzado con toda la elasticidad de sus miembros, cambia de camino el jaguar, y logra, por un mecanismo que no esplicará V., evitar el lazo fatal. Uno de los últimos tigres que vencí se había colocado muy rastrero, pero su cabeza y sus patas delanteras se apoyaban sobre una gran piedra lisa; estaba yo á diez pasos haciendo girar mi arma; encabrito mi caballo, la fiera se lanza visiblemente á mi derecha, y sin embargo pasa por la izquierda de mi caballería. Tan rápido había sido su movimiento, y tan repentino como distante, que tuve tiempo de volver á coger mi lazo. Por lo demas, caballero, jamás se me ha escapado dos veces seguidas una víctima. Creo que es el mayor jaguar que he muerto en el Paraguay.

—¿Le dió á V. lecciones su padre?

—Sí, aquí, en un cercado, para enseñarme el modo de maniobrar; pero en el desierto nadie me acompañó ni me acompaña. Vea V., estas no se enseñan, preciso es tener sangre roja y caliente en las venas, montar un buen caballo, un corazon que no lata demasiado veloz, y tranquilidad. Por mas que procure resguardarse uno del miedo en el momento de la partida, no es siempre dueño de moderarse y á menudo el verdadero valor no viene hasta el momento del peligro.

—¿Mató V. el primer jaguar que cazó?

—Jamás cogí ninguno con mayor habilidad; pero tambien debo decir que mi padre me había dado su caballo favorito, y que ningun animal tiene en el mundo mas inteligencia que este amigo y compañero de todas mis correrías. Aun cuando me den por Bep tres mil duros, no le daré

—¿Se llama Bep su caballo?

—Sí, no les damos mas que nombres de una sílaba para que les lleguen mas pronto nuestras órdenes, y no puedan desobedecerlas.

—Es maravilloso todo lo que V. me dice.

—Todo lo que le digo á V. es la cosa mas sencilla y natural del mundo. Si tuviesen Vds. tigres cerca de París, tambien los cazarian allí.

—Sí, si tuviésemos gauchos.

El hombre de quien os hablo jamás bebió vino, aguardiente, ron ni licores; y nunca comió mas que carne asada, y legumbres hervidas; pero me aseguró que le fuera imposible vivir durante el día una hora sin tener un cigarro en la boca. A veces fuma tambien cuando combate al jaguar, y fumais vosotros, señores (no digo nosotros), cuando vais á cazar conejos; ya veis pues que no hay, como se dice tanta diferencia entre un europeo y un gaucho.

LXXXV.

BRASIL.

El gaucho.

Es pequeño, rechoncho, delgado, flaco, anguloso; parece un hombre incompleto, pero sin embargo es el mas completo de todos los hombres. Si le estudiáis, no tardareis en notar que en él todo es vigor, resolucion, intrepidez é inteligencia.

Habla poco y por monosílabos; pero su lenguaje reside en sus ojos. En ellos está su palabra y su poder.

El gaucho admira á primera vista, y cualquiera se dice: «Hé aquí una constitucion que se hunde, que va á caer.»

Anda el gaucho, y encontrais la fuerza y la vida en donde solo habíais percibido la debilidad y la muerte.

Preciso es ver hablar á un gaucho y no oírle para juzgarle; pero sobre todo miradle cuando os cuenta ciertas cosas relativas á sus desiertos, á sus llanuras, á sus bosques, y á los terribles enemigos á los cuales acostumbran á combatir.

Entonces no es el gaucho un hombre como vosotros y yo, es un señor ó un dominador; nos aventaja por su altura, y se cierne sobre nosotros como el águila en el espacio.

Cuando el gaucho está tranquilo, es el leon que se halla bien alimentado, ó la catarata que el invierno detuvo en su caída. Pero que se despierte su hambre, que rompa el sol el hielo... ¡Oh! entonces queda invadido el desierto, y como todo tiembla y huye ante la catarata ó el leon, así tambien todo tiembla en presencia del gaucho.

El gaucho se parece al patagon por el clima, por las costumbres y por la audacia, pero sin embargo es su antípoda por la forma; porque este es alto, atleta, imponente, hablador, y quiere al parecer

animar las soledades que atraviesa; y aquel por el contrario se pone en armonía con ellas, y solo se digna responder á la voz del jaguar ó al bramido de la tempestad, porque en este caso el jaguar es quien teme y no el gaucha, pues este tiene junto á sí dos amigos formidables con quienes no teme ningun poder en el mundo, dos amigos que jamas le abandonan desde que parte á tierras que los demas hombres desconocen; estos amigos son su caballo y su lazo.

Pequeño y delgado es tambien el caballo del gaucha; pero lo mismo que su dueño todo es en él nervios y vigor, y así sus miradas como sus narices lanzan llamas.

El corcel del gaucha se impregna de la naturaleza del que le domó; obedece como un esclavo á su espuela, á su mano y á su palabra, porque se acuerda de su último día de libertad y de sus vanos esfuerzos para reconquistarla. Una derrota es una de las principales causas que ocasionan la pérdida del valor.

No es sin embargo el caballo del gaucha uno de esos esclavos dóciles y embrutecidos, que se encorvan y callan cuando se les manda que se encorven ó

que callen, ni uno de esos seres privado de voluntad por el hábito de la servidumbre y de las cadenas, y á todo dispuestos pero principalmente á la bajeza.

No.

El caballo no es mas que un amigo del gaucha. Son dos fuerzas en vez de una, y una sola voluntad en vez de dos. Por mas que le aguijonee con la espuela ó con la voz el gaucha, no huye el corcel, porque adivina, comprende y sabe que su vergüenza seria la de su dueño y si su amo y su amigo sucumbe en la lucha, sucumbirá con él y morirá junto á él.

Jamas se habla del gaucha sin hablar de su caballo; y cuanto mas trabajo le costó someterlo tanto mas le aprecia, le ama y le acaricia. El gaucha repudiaria al que se hubiese sometido sin resistencia. Puede uno quedar vencido por el gaucha sin envilecerse, pues el ardor del ataque y el de la defensa prueba dos valores. Jamas debeis viajar con un cobarde; porque él nada tomará de vuestro valor, mientras que es posible que á veces tomeis parte de su cobardía. Nada mas contagioso que las enfermedades del alma, siendo el miedo lo que mas se comunica.



El gaucha.

En Europa y en mis viajes me habian hablado muchas veces del gaucha; pero sobre todo en el Brasil cierto día que asistí, delante del palacio de San Cristóbal, al dramático desafio de un paulista con un lancero polones; pero yo temia fuese exageracion, y por eso consideraba al gaucha como uno de esos fantasmas que deben su origen á una imaginacion vagabunda y pueril, y que menguan cuando cualquiera se aproxima á ellos. Pero cuando mas adelante me encontré junto á ellos, debí estudiarlos, procurar comprenderlos, pues no era hombre que dejara escapar tan oportuna ocasion.

En cuanto llegué á Montevideo pregunté á un cafetero si habia gauchos en la ciudad.

— Siempre los hay, me dijo la persona á quien me habia dirigido; se van y vuelven.

— ¿A qué vienen?

— A vender pieles de jaguares.

— ¿Cuánto valen?

— Cuatro ó cinco duros.

— ¿Quién mata á estos tigres de América?

— Los gauchos.

— ¿Con sus fusiles?

— Con sus lazos y sus cuchillos.

— ¿Y por cuatro ó cinco duros arrostran tan grandes peligros?

— Estos peligros, caballero, no existen para ellos, y aun cuando existieran, iria tambien el gaucha á la caza del tigre como V. á la del conejo.

— ¿Le gusta, pues, mucho el dinero al gaucha?

— ¡El! ¡para qué! No tiene que pagar habitacion, ni criados que alimentar, ni queridas que obsequiar; va al desierto y se acuesta á cielo raso; come caballo; tigre ó avestruz; bebe agua, y solo pide dinero en

camabio de sus picles de jaguares para reemplazar su usado vestido, ó su lazo, ó su capa, ó la rota hoja de su puñal. No hay en el mundo vida alguna que iguale á la del gauchó, y si V. me cree, caballero, no se lia de marchar V. de aquí sin examinar á estos seres escepcionales, á quienes no es posible conocer bien sino despues de haberles seguido en las llanuras y en los bosques.

—No les acompañaré.

—Tampoco se lo aconsejo á V.

El mismo dia en que tuve esta conversacion, supe que en un gran cercado de la ciudad, muchos gauchos habian dado cita á un capitan de un barco encargado de conducir caballos al cabo de Buena-Esperanza, y que dichos intrépidos domadores de corceles habian cogido un gran número de ellos. Dirigíme en seguida al punto de reunion, y el capitan compró treinta y dos magníficos animales al precio de dos duros cada uno; y aun el gauchó se comprometió á trasportarlos á bordo del buque, fondeado en la rada á gran distancia de la ciudad. Veíanse allí noventa ó cien caballos arrinconados y estrechados previendo la suerte que les aguardaba. Cerrado el trato, faltaba solo elegir, para lo cual era preciso ver correr á los caballos, encargándose el gauchó de la operacion. Nos alejamos y colocamos en lugar elevado, y dejamos solo en la arena al gauchó quien lanzó un grito agitando su terrible lazo. Habíame olvidado de decir que iba montado á caballo, y que su arma favorita se hallaba colocada en la faja de cuero que le servia de silla, y puesto á su vez sobre una matizada manta de lana perfectamente cinchada bajo el vientre del caballo. El lazo del gauchó se compone de una correa elástica de quince á diez y ocho varas de longitud con sus dos estremidades sujetas en el corcel.

Cójela casi por el centro, de suerte que pueda moverse con libertad, y de tal modo que haya en la parte suelta dos nudos corredizos por lo menos. Cuando el lazo se halla en reposo, los nudos permanecen naturalmente cerrados; pero en cuanto gira, se presentan las aberturas, y no le lanzan hasta tanto que el movimiento de rotacion le tenga constantemente abierto por encima de la cabeza.

Prodigioso es todo esto, y sin embargo es una realidad, pareciéndole al gauchó la cosa mas sencilla del mundo.

Las restantes armas se componen de un sombrero con inmensas alas retenido debajo de la barba por una ancha cinta roja ó negra, de un saco con un agujero en la parte superior para que pase la cabeza; de una chupa de paño burdo ó de terciopelo con muchos botones metálicos; de unos calzones que llegan hasta las rodillas; y de dos botas hechas con piel de caballo y dispuestas de modo que dejen libres los dedos del pie, cuyos pulgares solo se apoyan en el estribo, que es sumamente pequeño, y en cada lado exterior de dichas botas tan estrañas hay una vaina sólida en la cual descansa, antes y despues del combate, un agudo puñal.

Engalanado el gauchó de este modo es el señor del mundo. Los curiosos y los asistentes que me rodeaban no manifestaban sorpresa alguna, porque el hábito embota las sensaciones.

Estaba yo entusiasmado solo por los preparativos de la fácil lucha que se iba á empeñar.

Habia visto el gauchó en tierra; parecia fatigado y adormecido; pero apenas montado en su caballo, que es su elemento, si dable me es espresarme así, figuróseme revivido como bajo la influencia de la pila de Volta, y temblaban sus músculos menos de placer que de impaciencia. Comprendí entonces que no convenia un cercado á tales hombres, pareciéndome aun estrecha para ellos la inmensidad de los desiertos.

Libre que estuvo el cercado, lanzó el gauchó un

gran grito al que siguió un agudo silbido; relinchó su corcel, y sus nerviosos jarretes golpeaban precipitadamente el suelo; en cuanto á los demas se precipitaron todos al mismo tiempo al galope y ejecutaron varias evoluciones, mientras que girando en el aire el terrible lazo aguardaba una víctima.

—¿Cuál quiere V.? gritó el gauchó al capitan de barco.

—El tordillo.

—¿El que se oculta en medio de los demas? ¿Es él, no es verdad?

—Sí.

—Aquí le tiene V.

Y arrojado el lazo, el tordillo, que bajó la cabeza, se sintió detenido en su carrera.

Los demas caballos salvajes seguian su carrera; y solo él, estrechado por el nudo fatal, hacia vanos esfuerzos para seguirles, porque el corcel del gauchó, que sabia su deber, y que habia permanecido dócil á una nueva señal de su dueño resistia con todo su poder y neutralizaba con su instinto y su voluntad los movimientos del cautivo.

Pero el caballo adquirido podia aun luchar, era pues preciso echarle en el suelo y encadenarle para siempre. Así lo hizo el gauchó. Estaba entonces en pie y tenia en la mano una cuerda de tres varas á tres y media, en cuyas estremidades habia dos pesadas bolas de hierro; hízolas girar sobre su cabeza, segun lo ejecutara con el lazo, lanzó un nuevo grito á propósito para aterrorizar á su prisionero semi-libre aun, precipitóse este, y en medio de su carrera, que por esta vez no impidió el caballo del gauchó, la cuerda y las dos esferas lanzadas entre sus jarretes le derribaron, sin que le fuera posible levantarse.

La venta duró poco mas ó menos una hora, y durante todo este tiempo lanzó el gauchó treinta y cuatro veces el lazo, sin que errara mas que una vez; pero en cuanto á las bolas desempeñaron exactamente su oficio, y luego que giraban, perdido estaba aquel contra el cual iban á arrollarse.

No con mas solidez estrecha el boá á la presa que acaba de cojer. Me habian dicho, y lo habia leído sin darle mas crédito, que cuando las primeras conquistas de los españoles en América, sucedia á menudo que los centinelas colocados alrededor del campo fortificado, viendo venir hacía sí un gauchó sin armas de fuego, se levantaban lo mas que podian para admirar la rapidez de sus movimientos; pero este en cuanto llegaba junto á ellos, lanzaba la fatal correa y se llevaba al soldado, sorprendido en medio de su éxtasis. Hoy dia creo lo que sobre esto se refiere, y considero mucho mas temible al gauchó armado con su lazo, que al mas hábil tirador con su fusil. En el vasto recinto en donde se habia efectuado la venta de los caballos salvajes, sucedió dos veces que el derribado corcel se rompió una pierna en su caída; aproximóse entonces á él el gauchó, colocó con mucha atención la mano izquierda sobre el pecho de la víctima, sacó el puñal de la vaina, hirió con él al animal, el cual quedó muerto dos minutos despues. Un caballo cuesta allí dos ó tres duros, y si se le alquila por un dia vale cuatro ó cinco, porque hay que dar silla, brida y espuelas. Pero si no sois buenos giuetes no monteis aquellos caballos, porque harto participan de su antigua libertad en su reciente esclavitud, para no dar muestras de ello de cuando en cuando á espensas de aquel que les hace sentir el freno y el aguijon.

¿Son indígenas ó datan de la conquista de los españoles? De diversos modos resuelven la cuestion los viajeros.

Sin embargo, difícil me parece suponer que tan rápida haya sido su propagacion, puesto que en las rampas que rodean á Montevideo y á Buenos-Aires

hay millares de estos animales salvajes, y bajo este punto de vista no es quizás la Patagonia menos rica que las orillas del río de la Plata y las soledades del Paraguay.

Por otra parte, el terror que experimentaban los indios al aspecto de los corceles que condujeron los ejércitos de Cortés y de Pizarro, favorece la opinión contraria, pues ¿por qué desde el Sur de América no se hubieran lanzado algunos de aquellos cuadrúpedos hacia el Ecuador y hasta hacia el Norte? Por lo demás es esta una cuestión de poca importancia cuya resolución puede permanecer dudosa sin que pierda en ello nada la historia moral de los pueblos.

Pero abandonemos esos infantiles juegos del gaucho, y sigámosle hasta cerca del cementerio de Montevideo, bastante cerca de la playa, en donde le aguardan nuevas distracciones, y en donde va á entregarse á otras recreaciones.

Para él, la tranquilidad es la muerte; tiénele fuera de sí la vida que se ha formado, preciso es que se agite con violencia para que la falta de ejercicio no entibie sus fuerzas, y cuando descansa, descansan también sus enemigos. Ved pues á cinco ó á seis de aquellos extraordinarios hombres, sentados en un principio en el otero que linda con el arenoso camino, y que agitan diversas cuestiones mientras sus caballos pacen el césped en el vecino prado. Trátase de apuestas; esta tarde serán duros, otra vez doblas; y moderada será la parte si no lo son las correrías. Parece que dormita hoy día en su alma la emulación, ó que desean sucumbir al sueño. No importa, no permanecerá por mucho tiempo el gaucho en tal estado anormal, y quizás se despertará con toda su energía en la lucha.

Ponen un tubo de barro en el suelo sobre un guijarro horizontal; en dicho tubo, que tendrá unas diez pulgadas de grueso, lleva doce duros, porque cada jugador ha puesto dos; hecho esto, cada hombre llama con un grito y un silbido á su corcel, levanta este las orejas, relincha, y va á frotarse amistosamente con su dueño.

Entran en liza los caballeros, aléjanse, escalónanse, y el primero emprende la carrera. No lleva silla el caballo, el hombre se agarra con sus pies y rodillas á los costados del cuadrúpedo, al cual dirige solo con la voz ó por mejor decir con la palabra. Pasan á galope por el lado del tubo, y el caballero, inclinándose hasta el suelo, ha de quitar un cierto número de duros sin derribar el tubo; cae este, vuelven á ponerse las monedas en su puesto, y el segundo caballero emprende la carrera.

Esto solo sirve para tomar aliento y desentorpecerse.

Después de todos estos leves juegos, que no por eso hubieran dejado de ofrecer algún peligro á nuestros mas hábiles ginetes, encolerizados los gauchos con un joven luchador de unos diez y nueve años que se había llevado todos los duros, le propusieron el juego de las esferas, que aceptó con marcial insolencia; sus vencidos rivales le guardaban visiblemente rencor, le lanzaban miradas de cólera, y parecían atribuir su fortuna mas bien á la casualidad que á la habilidad; pero el joven Antonio silbaba y se preparaba tranquilamente para lograr una nueva victoria.

Grandes peligros ofrece la lucha, no porque en ella se pierda la vida, sino porque siempre se fracturan algunos miembros, y bien se comprende que tales ejercicios solo han de inventarlos hombres de hierro. No se apostaron duros sino doblas, y bien se veía que no la avaricia sino el deseo del triunfo incitaba la fogaosidad de los combatientes.

Flagrante era la coalicion contra el joven; todos los luchadores se dieron la mano antes de montar á caballo, y nadie le alargó á Antonio, quien por lo demás, despreció tal impolitica por ver que era hija del rencor.

Arenoso pero llano era el terreno en el cual se iba á emprender la carrera. Un hombre situado en medio del camino espera que pase el corcel agitando el lazo de bolas por encima de su cabeza.

Luego que el caballo, con toda la velocidad posible, pasó junto á él, le echa el lazo, cae el corcel, y la habilidad del ginete consiste en caer de pie á cinco, diez ó quince pasos de allí sin dar en el suelo con las manos ó las rodillas. Aquel que menos lejos cae á impulsos del choque, gana, y tanto en este ejercicio como en el primero Antonio se llevó la apuesta. Todos se consolaron de la derrota, menos un viejo brutal, delgado y feo, que se exhaló primero en injurias, luego en amenazas, y por último dió un bofetón al joven, quien se dió otro al instante en la mejilla opuesta, y dijo á su agresor:

—¡Toma, para tí!

Luego echando mano á sus dos puñales:

—Apuesto el oro que acabo de ganar que no vuelves á principiar.

—Eres muy joven.

—Acaso serás tú muy viejo. En cuanto á este oro, mira lo que le aprecio..... Y echó el dinero á lo lejos en la llanura, sin que ningún luchador fuera á recogerlo.

Mientras los gauchos se retiraban, el anciano de que os he hablado y que contaría unos sesenta ó sesenta y cinco años, se aproximó á su caballo, que quedara rudamente herido, le riñó, le amenazó, le dió puñetazos, le tiró violentamente de la oreja, y por último le atravesó el pecho con el agudo puñal.

El pobre animal cayó y espiró algunos instantes después.

—¿Quiéres ahora el mio? le dijo el joven gaucho.

—¡Venga!

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Que te aplicarán el bofetón que me diste.

—Concedido:

Y el viejo gaucho se aplicó con su mano derecha en su propia mejilla un fuerte bofetón, después del cual los dos adversarios se dieron un cordial abrazo. Algunos días después supe en Montevideo que el joven Antonio Rosa, que tan noble, generoso y hábil me pareciera, había vencido ya á tres jaguares, y que era uno de los que mejor lanzaban el lazo.

Una tarde que estaba horrible el tiempo y que me encontré con él en un café, me rogó le acompañara al desierto á una caza de jaguar; me pintó un cuadro tan magnífico de los peligros que se corren, y me habló con tanta tranquilidad del terrible momento en que los dos adversarios se hallan cara á cara que me decidí..... á dejarle partir solo.

Vamos á ocuparnos ahora del mas difícilísimo y quizás también mas peligroso ejercicio. Trátase de domar á un caballo salvaje de jarretes finos y nerviosos, que atraviesa el espacio con la rapidez del pensamiento, tanto mas remisos al yugo cuantas mas vastas llanuras hay que recorrer, tanto mas indóviles á la voz del hombre cuanto que se hallan acostumbrados al rugido del jaguar.

Sangrienta, terrible y ardorosa es la lucha por ambas partes. Trátase de la esclavitud de un corcel ó de la muerte de un hombre; uno y otro aceptan la suerte que les aguarda, y bien fácilmente comprendereis si los dos lucharán. Cuando el gaucho ha derribado á un caballo lejos del sitio propio para el combate que provocó, se lo lleva fuera de la ciudad para que aúnece solo á él el peligro que va á correr.

—¿Adónde va este caballo atado? dije un día á un amigo mio de Montevideo.

—Junto al glacis.

—¿Le van á matar?

—A domar.

—¿Quién?

—Este hombre pequeño que sigue al carro.
 —¿Lo logrará?
 —Es un gaucho.
 —¿Le conoce V.?
 —Todos le conocemos aquí.
 —Tiene nombradía.
 —Es uno de los mas célebres. Si se le escapa un jaguar la vez primera, no sucede lo mismo la segunda.
 —¡Está bien tranquilo!
 —Con efecto lo está, y sin embargo me parece que será viva la lucha.
 —¿Cómo lo conoce V.?
 —A este caballo han tratado de domarle dos hábiles gauchos que han renunciado la tarea, y que ahora presenciarán el combate.
 —También lo presenciaré yo porque les acompaño.
 —Le sigo á V.; pero mantengámonos á prudente distancia.

—Quien le oyera á V. diría que es un furioso toro.
 —Algo mas es, querido amigo mío.
 —¡Vamos! allá veremos.
 —¡Alerta, alerta!

Desatan el duro renzal que comprimía la cabeza; desatan las correas que aprisionaban las piernas dos hombres los cuales inmediatamente emprenden la huida, y el gaucho que va á luchar permanece en pie tocando el vientre de su enemigo. Este que se hallaba inmóvil intenta sin esfuerzos un movimiento de libertad. ¡Cielos! sus pies se mueven, duda y vuelve á probar, hinchase sus narices, animase sus ojos, y se levanta cual atacado de vértigos sintiendo sobre su dorso un peso que no solía llevar.

Salta para librarse de él, y con él cae el peso. El fogoso corcel no tiene silla ni manta, solo lleva el gine te sus espuelas. Tampoco hay freno en su boca, ni bridas en la mano.

Media un momento de calma y de reflexion; y cada



El gaucho en el acto de domar un caballo salvaje.

luchador estudia, observa y mide. El que está encima coje la flotante crin, y el que está debajo procura sacudir por medio de rápidos movimientos aquel nuevo obstáculo; pero el obstáculo es el brazo de un gaucho que no sojitará la presa sin que antes le hagan pedazos.

No es el reposo la inmovilidad de los dos adversarios, es sí rabia, pero rabia que fermenta y hierve pero sin estallar aun; es el silencio de la atmósfera que precede al huracán; es el mutismo del aire y de las olas que precede á la terrible tormenta; es el pesado calor que gravita sobre las frentes antes que el Vesubio ó el Etna abra sus ardientes hornos.

El caballo quiere estar solo, y el gaucho no lo quiere; pues necesita un compañero, y le tendrá, porque lo ha resuelto, lo ha prometido y lo ha jurado.

Oyese un relincho, que merece por contestacion un grito; viene á ser un llamamiento, un desafío aceptado. Levántase verticalmente el caballo, pero no caerá el gaucho á no ser que también caiga el corcel; pues bien, revuélcase el caballo por el suelo, y mientras da una semi-vuelta á la derecha, el pegado gaucho da otra semi-vuelta en sentido contrario, y así evita quedar aplastado bajo la masa. El caballo se

cansa antes que el gine te en tal lucha, y así lo conoce, y por eso emprende una nueva maniobra. Es el dueño del espacio, veamos, pues, si el hombre que quiere vencerle resistirá á sus impulsos. Seguidle de lejos; pero ¡cuidado! no es una carrera es un desboque, es un delirio báquico; salta, se arrastra, gira, se alarga, se acorta, baja á una hondura, sube una costa, precipitase de nuevo á la base y se arrastra sobre el césped ó sobre los guijarros... Acostumbrado está el gaucho á tamañas violencias y furores, y por eso no abandona la crin, desgarrando con sus agudas espuelas los costados del corcel. Otra vez en pie los dos, y otra vez un momento de reposo. La tierra no puede auxiliar al fogoso cuadrúpedo, y se lanza en las aguas tratando de ahogar á su adversario. Mas domina allí el gaucho que en parte alguna... Preciso es volver á la playa, en donde principia con nueva cólera la lucha, median nuevos esfuerzos pero siempre el dorso del corcel recibe el señor...

Por último, ciérranse los ojos y las narices, late con menos violencia el corazon, cállanse los jarretes, y la mano del gaucho da un postrer movimiento: el caballo, semi-vencido, obedece por vez primera y parte; coje el gaucho el freno y lo pone en la bo-

ca sin que nadie se atreva á resistir; tiene un compañero y reina en el desierto.

Ancho es el horizonte; pues mejor porque el gaucho se ahoga en un círculo demasiado estrecho. No quiere senderos trazados ni caminos trillados; le es odioso todo cuanto le impone leyes, y quizás si se lo mandaran no iría á sus inmensas soledades.

El gaucho y el patagón son los únicos hombres verdaderamente libres en la tierra. Dos cuchillos, una capa, un lazo, cigarros, un eslabón, yesca, su corcel y su valor son los únicos compañeros del gaucho que se va á la caza del jaguar, menos terrible que la del tigre de Bengala, pero también veraz, y quizás más rápida.

Cuando tiene hambre el gaucho se lanza sobre un rebaño de caballos salvajes que inundan las llanuras del Paraguay. Coge uno, le corta del muslo un pedazo de carne, da libertad al animal herido y come un suculento *bifeck*.

Si tiene sueño se tiende en el suelo, apoya su cabeza en una piedra ó en la blanca osamenta de un caballo, y duerme con la brida en una mano y el puñal en la otra, al lado de su fiel y vigilante compañero. El agua es su bebida.

Oyese el ronquido del tigre y el gaucho, que hasta entonces habiéndole á sus ancluras al caballo, quiere á su vez ser dueño; y aquel conoce y comprende que debe obedecer, que pasó su reino, y que solo en la esclavitud puede encontrar su salvación. Cada cual á su vez reina y domina; durante la calma el caballo, pero durante la tempestad el jinete gaucho.

Al grito del tigre contesta el prolongado grito de aquel que vuela en su persecución; y el eco los guía el uno hácia el otro. Tranquilizáos, pues, si se han oído ya no se abandonarán hasta que uno de ellos sea cadáver.

Oyese mas próximo el grito del jaguar, encrispanse las crines del corcel, y los penetrantes ojos del gaucho escudriñan todos los puntos.

¡Ved cómo acaricia las ondulaciones de su temible lazo, cómo se apoya en sus estribos, cómo prueba si sus brazos se mueven con libertad!.. También contestó al segundo grito de la fiera, y para ahorrarle la mitad del camino tomó el galope.

Vedles allí cara á cara los dos, á corta distancia uno de otro, con la vista, amenaza contra amenaza, y uña contra puñal.

Admírase el tigre de que se atreven á esperarle, y el gaucho se indigna de que se atreven á combatirlo. Nada dice ahora sino algunos ¡hola! ¡eh!.. ¡pues! ¡eh! ¡eh! en voz baja al oído de su caballo, el cual comprende las entonaciones y los suspiros de su dueño. Luego que solo diez ó quince pasos separan á ambos adversarios, el gaucho, que sabe su deber, hace girar su fatal correa con una mano, mientras que con la otra obliga al caballo á que se levante. El tigre ha visto al dueño y el pecho del corcel, y parte como un rayo; pero saliéndole al encuentro el lazo, y el triple nudo le estrecha el cuello ó los costados. El caballo ha dado media vuelta, y se lanza entonces á todo escape, arrastrando tras sí á la fiera, la cual ni tiempo ni fuerza tiene para resistir, ni puede tampoco librarse. El gaucho vuelve la cabeza, sigue sus movimientos, y si conoce que cumplió el lazo perfectamente su deber, baja del caballo y echándose sobre el tigre le da una ó dos puñaladas en el corazón. Así termina esta lucha. Pero sucede á veces que evita el tigre el lazo, y salta sobre el pecho del caballo. ¡Oh! en tal caso terrible es el combate. Armado con dos cuchillos, da el gaucho redoblados golpes á la furiosa fiera, la cual suelta la presa y respira por un momento con libertad para principiar de nuevo el ataque.

El gaucho vuelve á empuñar su arma favorita, acaricia á su caballo cruelmente desgarrado y le guía de nuevo hácia su enemigo.

Ya no es igual la lucha, está herido el tigre, y jamas se le escapa al gaucho dos veces seguidas su víctima; pero poco le importa tal triunfo, porque en el primer choque hirió al tigre en el dorso; ya casi ningún precio tiene su piel así agujereada, y atestigüa su poca habilidad mostrando su gran valor.

Jamas vuelve un gaucho á Montevideo sin dos ó tres pieles de tigre. Hacen como vosotros, intrépidos cazadores europeos, que os pavoneáis con orgullo de después de una terrible y peligrosa carnicería de dos feroces conejos y de un terrible faisán.

¿Quién con mas razón se envanece, vosotros ó el gaucho?

LXXVI.

BRASIL.

Rio-Janeiro.

JAMAS se dice todo lo que contarse puede al hablar de un país tan bello y tan maravillosamente fecundo como el de que ahora me ocupo habiéndome dado á conocer su capital que se mira en las mas cristalinas aguas del mundo, y sus alrededores que tan á menudo he estudiado con tanto amor.

Harto vivamente colorada con estos leves incidentes que ocupan la vida habia sido nuestra permanencia en Rio-Janeiro, para que no deseáramos encontrarnos por segunda vez en medio de aquella tan perezosa poblacion de blancos, y entre aquella mezuquina aglomeracion de negros tan activos bajo el látigo desgarrador. Además de que lo que en un viaje divierte é interesa, no es solo la comparacion de un terreno con otro, sino también la de un país con el mismo país, siempre que tres años puedan en cierto modo indicarnos los progresos de la industria, de las artes y de la civilizacion. Rio-Janeiro no es precisamente una ciudad ni una isla lanzada en medio de los océanos; sino que es un vasto imperio, un continente, en el cual florecen grandes poblaciones, y fácilmente pueden compararse las primeras impresiones con las segundas y recientes, á fin de cerciorarse de que bien se habia juzgado en un principio, y de rectificar los errores que nacen del desagrado que aja ó del entusiasmo que estravia y embellece.

A Rio-Janeiro le sobran algunas casas; todas sus calles son rectas, menos la que se llama Derecha, según ya os he dicho. Sus pobres negros no han cambiado de naturaleza; sus fatigas son las mismas, sus tormentos no han variado, ó si alguna modificacion han recibido, ha sido para hacerlos mas crueles. También veo negreros que van y vuelven con su pabellón real izado; las mismas caras de curas y de frailes que engordaron durante mi ausencia; y otros frailecillos, saltando por las calles con sus rellenos moftetes duros al tacto, porque su alimento sano y abundante les ayuda en el seno de la holgazanería en que viven. Corónase siempre Rio-Janeiro con su hermoso acueducto con su Corcovado tan peloso, con sus Orgues en lontananza azul y con sus admirables plantaciones de naranjos que embalsaman los aires, sin cesar agitados por millares de enloquecidas y hermosísimas mariposas, que mudan de *praya* á cada instante, como para invitarlos á que no os adormezcaís bajo los dilatados quitasoles de los bananos de tan untuoso y suave fruto.

¡Cómo! ¡nada habrá cambiado en esta gran capital que atrae á sí todos los buques mercantes del universo!

¡Veré siempre aquellas desempedradas calles que guardan las aguas lluviosas y las de las casas tan poco sanas! ¡Encontraré de noche á cada paso aquel enjambre de asquerosas criaturas envueltas en una gran capa negra, que dicen, bajito de lejos, y en alta voz de cerca, ciertas cosas que me veía obligado á oír y que me avergonzaria de haber entendido!

Paso ante la prision en donde se castiga al esclavo de quien dice su dueño tener quejas; luego veo el mismo poste que una vez habia ya visto; está un poco usado, pero la sangre le nivela y ocupa el vacío que ocasiona la cuerda. De la ventana enrejada do se ahogan los presos, baja tambien una bolsa, en la cual echa á veces el transeunte una moneda. Y bien me guardo de caer en el lazo, porque el vigilante centinela que se pasea al pie de la decrepita muralla se halla allí para esperar la partida del bienhechor, y quizas es el mismo que un dia, hace tres años, deslustró la gorra del infeliz para apropiarse la querida limosna que en ella habia echado.

¿Cuánto tiempo necesitan, pues, los legisladores para ahogar los abusos, para castigar la corrupcion y proteger la desgracia? ¡Ay! pasan unas tras otras las generaciones, y el opresor hiere y mata, y el oprimido se inclina y cae.

Ya os lo he dicho, el estudio de los hombres es un continuo dolor, y mil veces quisiera uno olvidar para no aborrecer.

El corazon se cansa con el tormento, y fácilmente comprendo cómo el aspecto de las miserias humanas le convierte á uno en malo y cruel.

Sin embargo, para no afeár demasiado el cuadro me apresuro á manifestar un cambio que he notado. Aludo al instituto científico que creó Juan VI á la manera del de Francia. Fueron al Brasil Mr. Lebreton, como director de aquella sociedad literaria y artística, Mr. Taunay hábil escultor, y su hermano notabilísimo pintor de paisajes. Llegaron á Rio-Janeiro bajo la fé de pomposas promesas. Era aquel un país para regenerar, una nueva naturaleza para trasladar al lienzo; y los dos artistas que acabo de nombrar eran completamente capaces de dar á los lusitano-brasileños este gusto de las artes que hace que se deslice dulce y tranquila la vida; y bien debia esperar, aquel que tantos museos enriqueciera, ámplia cosecha de gloria y de oro en el seno del Brasil que con tal fidelidad han trasladado sus pinceles. ¡Ay! encontréle desanimado por la frialdad portuguesa, establecido en una casa limpia, blanca y encantadora, situada en una costanera contra la cual caían las mugidoras olas de la cascada que se denomina Pequeña-Tijuca. En cuanto á su hermano, cuyas preciosas composiciones conserva el arco de triunfo del Carrousel, tambien estaba allí, olvidado del pueblo y de los grandes, que ignoraban que pudiera traducirse con yeso y con mármol rostros negros ó ateizados.

Bien establecidas estaban las bases del instituto nacional, cada cual las habia aceptado y queria mostrarse dócil á los reglamentos que Mr. Lebreton les diera. Dispuesto estaba ya el vasto local en que debian celebrarse las sesiones la vez primera que pasamos por Rio-Janeiro. Pues bien, apresúrome á decir que hoy dia todo pereció.

Habia salvado del naufragio algunas frusterías que coleccionara en lejanos países; y un español llamado Cogoi, y que vendia quincalla en la calle del Ouvidor, me suplicó le enseñara dos cabezas de rey zelandes muy ricamente adornadas y en perfecto estado de conservacion. Cedi á sus instancias, y al dia siguiente, cuando fui á reclamarlas, aquel impúdico ladrón me sostuvo ante dos de sus dependientes, que las habia recibido á cambio y que me habia dado por su parte doce brillantes pequeños, un hermoso peine de agua marina y otros muchos objetos de filigrana. En un principio me figuré que era una burla con objeto de probar si yo las trocara por los objetos indicados, pero los tunantes persistieron en alta voz en su dicho. y desde entonces conocí que podia ya dar por perdidas las dos cabezas. La mia es naturalmente tranquila y sentada; mi brazo y mi mano corren parejas con mi cabeza; y como el corazon me latia lleno de cólera y de indignacion, descargué en la me-

jilla izquierda del tendero ladrón una de esas enérgicas bofetadas á puño cerrado, de las cuales queda memoria por largos años, porque se desquicia la mandíbula y queda un vacío entre los dientes. Chilló el ladrón, los dependientes no se atrevieron á chistar, pero sí salieron con su dueño, acudieron los vecinos, expliqué como mejor pude la cuestion á los curiosos, y estos, haciéndose cargo del castigo infligido, pues abundante sangre corria por la barba y los vestidos del miserable, se le rieron á la cara, me felicitaron por mi vigor y me invitaron en voz baja á que principiara de nuevo mis ejercicios de pugilato. Llegaron dos salvaguardias, pedí que me condujeran á casa del magistrado, y me guiaron hasta cerca de la plaza do Rocio, á la morada del coronel Caille, natural del Rosellon, amigo antiguo de toda mi familia, y que en la actualidad se halla en Paris (1).

Todo lo sé, me dijo al entrar. Pero es preciso que renuncie V. á sus dos cabezas zelandesas mi querido Arago; ayer tarde este tunante de Cogoi las vendió á un ingles muy rico llamado Mr. Young, quien las ha regalado al museo ó por lo menos las ha prometido.

—Pero yo no las he vendido, y las quiero recoger.

—Bueno es nuestro dinero, recíbale V. en cambio de aquellos dos curiosísimos objetos.

—Pero Cogoi no me ofrece dinero.

—El primer ministro, Thomas-Antonio Vilanova é Portugal se lo dará á V. tengo órden de suplicarle á V. se sirva ir á verle mañana por la mañana á su casa.

—Iré.

—Llévele V. algunos otros objetos de su viaje, y saldrá V. mejor.

—¿Protejen pues en el Brasil los ministros á los ladrones? porque veo que no me habla V. de Cogoi.

—Querido amigo mio, le ha herido V. en la mejilla; su dislocada mandíbula atestigua su violencia, y si V. supiese cuán severas son las leyes brasileñas con esta especie de delitos, dejaria V. en paz á Cogoi, y tomaria los duros portugueses.

—Veré, pues, mañana al primer ministro.

—Thomas-Antonio Vilanova é Portugal me recibió con suma bondad; aceptó un ornitorinquo, un oposum, un ave del Paraíso y algunas hermosas conchas que le ofrecí; y luego, despidiéndome de mí, me rogó que al dia siguiente me avistase con su secretario particular.

—Su alteza real Leopoldina, me dijo este, que se presente V. en el palacio de San Cristóbal.

—Tendré este honor.

—Entre tanto, caballero, tengo el encargo de ofrecerle á V. de parte de nuestro primer ministro un cuento de reis (7,200 fr.) y tiene V. la facultad de escoger en nuestro museo las dos mas ricas cajas de insectos y de mariposas, que el director tiene órden de entregarle á V.; y ademas Cogoi tiene que entregarle á V. el peine, los diamantes y los demas objetos que pretende convino con V. para el cambio. Si tan singular especie de compra no le conviene á V., manifiéstelo V., pues tendremos especial placer en satisfacer á V.

—Mucho me complace, caballero, en encontrar en Vds. bastante cortesania para olvidarme de la ruindad de un ladrón.

—No tardará en llegar una ocasion para castigarle, y le aseguro á V. que me aprovecharé de ella.

Aquella misma noche me fui al palacio de San Cristóbal, en donde ia esposa de don Pedro, hermana de María Luisa, me recibió con suma benevolencia. Sin ninguna exageracion iba vestida como una verdadera

(1) Ya ven nuestros lectores que los españoles llevamos siempre lo peor. Sin que neguemos el hecho, pues fuera tameridad careciendo de datos, sin embargo, casi seguros estamos de que recogidos con severidad todos los pormenores del asunto, diverso seria su aspecto.

gitana; llevaba una especie de almilla arrugada que retenía á una flotante saya por medio de cuatro ó cinco gruesos alfileres, y sus desordenados cabellos atestiguaban que hacía mas de ocho días que no le había visitado el peluquero ó la camarista. Ni un collar, ni pendientes, ni anillos en los dedos. La almilla manifestaba su largo servicio; y la basquiña estaba también muy usada y rota. Pues bien, aquella señora me impuso desde las primeras palabras, según me lo había anunciado Mr. Bellart que fue mi introductor. Hablaba el francés con tanta pureza, en su natural bondad había tanta benevolencia, y la costumbre de sufrir la había vuelto tan perfectamente buena, que no sabía cómo manifestarle mi reconocimiento por su amabilidad. Me pidió la contara los pormenores del burto de Cogui, y cuando terminé, me suplicó como una especie de gracia que le dejara las dos cabezas celandesas. Accedí á ello de muy buena gana, y añadí que ya las había sacrificado.

—Necesito una para el museo de Viena, me dijo la excelente Leopoldina. ¿Cuál me da V.? Solo á V. quiero agradecerse.

—Señora, puede V. escoger.

—En este caso elijo aquella cuyo perfil se parece a la de Enrique II. Gracias. Tiene V. también, continuó, algunas otras curiosidades para enseñarme.

—Y para ofrecerle á V., señora.

Leopoldina aceptó un gorro de kamschadalo hecho de intestinos de peces, un pequeño kangaroo, dos ó tres macanas, un hermoso *crish* timoriano, y una ave del Paraíso con sus patas.

—Todo esto es muy curioso, me dijo; mucho me regala V. para que pueda recompensarle á V. debidamente.

—Por muy pagado, me considero, señora, con solo la benevolencia con que V. se digna acogerme.

Al día siguiente recibió la cruz del Cristo. Mis títulos para tal favor bien valen tanto como los de tantos héroes franceses condecorados con la cinta roja pretendiendo haberla ganado en la toma de una ciudadela ó por importantes servicios que ocultan con el mayor esmero.

Tuve el honor de volver á ver muchas veces á la excelente Leopoldina con quien dibujé muchas veces en los alrededores de San Cristóbal, y jamás me cansaba de admirar la gracia de aquella desdichada princesa tan cruelmente tratada por su real esposo, y tan pronto arrebatada al amor de los brasileños.

Un día que, en su gabinete, dibujábamos un ramillete de flores que había en un vaso, pasó don Pedro, y dirigiéndoseme con tono brusco:

—Me han dicho que sabe V. jugar muy bien al billar.

—Le han dicho á V. la verdad, señor.

—Es V. modesto.

—Poca gloria se adquiere en tal juego, y francamente confieso que soy muy fuerte respecto á carambolas.

—¿Gana V. á Bellart?

—Bellart es un niño.

—Yo también le gano.

—Lo creo muy bien. Le doy diez puntos.

—¿Andaluzada!

—¿Quiere V. que le dé una lección?

—Se la iba á proponer á V.

—Pues bien, la acepto.

—Déjese V. ganar algunas partidas, me dijo en voz baja Leopoldina; pues mi marido se irrita con mucha facilidad.

—Dispénsese V., señora, pero es necesario no li-songear á los príncipes, ni en las minuciosidades. Quiero conservar aquí mis costumbres salvajes.

Dos altos personajes ocupaban el billar, pero al instante nos le cedieron. Un gentil hombre de cámara

se encargó de señalar los puntos. Por mas que me guarde rencor la irritada sombra de don Pedro he de decir que en el noble juego podía tratarle como un aprendiz. A cada carambola mía exclamaba lleno de cólera: ¡Es una casualidad! y yo me sonreía y no cedía ante sus arrebatos. Mi vanidad no quería conceder á mi inesperado adversario ninguna satisfacción de amor propio, y así es que á lo mas llegaba á contar diez ó doce puntos en cada partida. Bien hubiera querido el gentil hombre disminuir mis puntos y aumentar los del furioso príncipe, pero tan fiel era mi memoria que impedía la mala fé, y así es que era preciso ceder á la evidencia de los hechos.

Hora y media contaba de duración la lucha sin que de bandera mudase la victoria; don Pedro juraba como un verdadero carretero, y si se le hubiese creído, todas mis jugadas eran *chiripas*. En la última partida sin embargo, tenía trece puntos y yo nueve (mi desgracia me permite que lo recuerde). Gana el príncipe dos puntos y dice: diez y siete.

—Dispense V., señor; son quince, repliqué.

—Son diez y siete.

—V. A. tenía tan solo trece.

—Tenía quince.

—Sostengo que no tenía V. mas que trece, y se lo puedo probar.

—¿Tenía quince, no es verdad? dijo al muchacho adornado con su llave de oro.

Este obligado por la fuerza de la verdad, no se atrevió á dar la razón al príncipe, y dijo con el tono mas sumiso: Es posible que V. A. R. contara quince puntos; pero yo solo he apuntado trece.

El príncipe se echa como un dogo, levanta el taco, da con él un soberbio golpe al gentil-hombre quien se inclina, besa la mano de don Pedro y sale.

—Otro día será mi desquite, me dijo el mal jugador, marchándose sin saludarme.

No llegó el desquite.

No os hablaré ahora de la conducta del príncipe mientras jugamos al billar, en cuyo juego tan rudamente humillado vió su amor propio, porque creérais que asistais á una escena de perversas personas en una de las peores tabernas de nuestros arrabales. Apenas me atrevo á contar estas cosas en voz baja al oído de un amigo.

Poco después de aquella partida de billar, que para mí fue un gran suceso porque ví bajo qué precio se adquiría en el Brasil el derecho de llevar una llave de gentil-hombre detras de la bordada casaca, y que pude por mí mismo formarme una idea de la dulce amabilidad del príncipe real, hubo en San Cristóbal una corrida de toros por no sé cuál aniversario. Muchos oficiales de la *Urania* y yo nos dirigimos al sitio de la fiesta á la cual acudieron los altos señores del reino. Y antes de la mezquina matanza que dejó frios y áridos á tantos corazones, incluso el del bueno y noble monarca Juan II, aguardamos en un patio del palacio á que la multitud se precipitara en las gradas y en los palcos. Bajó un oficial de ordenanza y con tono bastante descortes nos dijo que el rey le había mandado que nos brindara á quitarnos los sombreros. Miramos á nuestro alrededor y con efecto nos convencimos de que éramos una humillante escepcion, y que solo para lastimarnos había dado don Pedro tal orden. También respondimos al enviado que los oficiales franceses vestidos de gala y con gola hasta en la iglesia podían permanecer con el sombrero puesto, y ademas que supuesto que nos paseábamos en un patio del palacio, lejos de los individuos de la familia real, nos parecia imposible que faltáramos en nada al decoro y á la etiqueta. Por otra parte, todos los concurrentes están cubiertos, y V. ve que no hacemos mas que seguir á los asistentes.

Al momento llevaron nuestra contestacion al príncipe, quien nos mandó pocos instantes después á uno

de sus altos oficiales para obligarnos á obedecer las primeras intimaciones ó á retirarnos. Aceptamos esta última proposición, y nos confundimos entre la multitud que obstruía las avenidas del circo.

Encontré á mi amigo Bellart que llegaba con algunos ricos comerciantes y plantadores y le conté nuestro malaventura.

—¡Eh! vive Dios, me respondió, ¿por qué juega V. tan bien al billar? Se pasearía V. por todas partes con la frente erguida y la cabeza cubierta, si no supiera V. hacer tan soberbias carambolas.

Me convencí de que siempre sería un detestable cortesano, y que mucho trabajo me costaría adquirir cierto aire de insolencia que menos hiere en los pequeños que en los grandes.

Principiaron á tocar los músicos, y en un momento quedaron ocupadas las galerías. Intentamos entrar en un palco lindante con el de la familia real, pero un oficial de guardia nos dijo: no se pasa. En un palco mas distante nos dieron la misma contestación en tono mas brusco, y como nos repetían el mismo estribillo en un tercer palco, un oficial dijo al centinela: Dejad pasar á estos señores, los oficiales franceses tienen el derecho de ir donde quieran y de ser los primeros.

—¿No teme V., caballero, que le cueste caro su cortesanía?

—Es posible; pero he guerreado contra los franceses en Portugal, me hicieron prisionero y el recuerdo de su noble y generosa conducta jamás se apartará de mi memoria.

Sin amigos, y casi sin vestidos recibí durante mi larga cautividad muchísimos socorros, y despues supe, cuando ya me fue imposible devolver los beneficios que habia recibido, que el comandante Joy era quien me tendía tan generosa mano. Ya veis pues, señores, que bien débilmente pago la deuda del agradecimiento.

¡Ay! aquel valiente oficial se vió obligado á esconderse algunos dias despues del servicio que nos prestara, para librarse de la severidad de un tribunal que le hubiera mandado á presidio. Antes de nuestra partida supimos que habia abandonado el Brasil en un buque mercante dirigiéndose á Borbon.

Don Pedro murió. Eugem, Francois, Michelet y Paysan pueden ya ir al Brasil á dar lecciones de billar.

LXXVII.

VUELTA.

El general Hogendorp. — Salida del Brasil. — Juegos de los pueblos. — Llegada á Francia.

Me despedí del general Hogendorp á quien encontré en su casa solo con un fiel servidor. Dile tambien pan, porque no le tenia; escuché por tres veces en un mismo dia, y sin cansarme, el relato de su hermosas campañas; dejé que me contara las pasadas injusticias y desgracias, y cuando le hice entrever la posibilidad de una próxima vuelta á una patria ingrata:

—Cállese V., me respondió estrechándome la mano aquel noble resto de los mas valientes ejércitos del mundo, cállese V., ya no hay patria para mí, ó por mejor decir, mi patria es aquella casa de madera en donde sufrimos aquellos cafés, aquellos naranjos y aquel negro. A los hombres, mi querido Arago, no les gusta reparar las injusticias, porque equivale á confesar que han obrado mal. ¿He servido á mi gran emperador con desinterés y fidelidad? Indudablemente que sí, y lo juro sobre mi vieja espada de soldado. ¿De qué les serviría yo á los que gobiernan ahora la Francia? Además de que yo no quiero de ellos mas que lo que ellos querían de mí. Así pues, pereció ya para el veterano proscrito el suelo natal;

pero lo que de V. espero que publicará una memoria justificativa que le entregaré. ¿me lo promete V.?

—General, contiene gravísimas acusaciones contra poderosos personajes.

—Que hagan lo que yo, defiéndanse y praeben su inocencia. Salí de Hamburgo como habia entrado, pobre y probo; digan pues en alta voz ante mí, lo que no temo decir en su presencia. Si es preciso contestaré á su respuesta; pero les conozco; y sé que callarán.

—¿Y si hablan?

—Me presentaré entonces, me dijo el leal Hogendorp levantándose con varonil arrebató. Los veré cara á cara, y la Francia sabrá quién mintió.

—Pues bien, general, publicaré la memoria, pero bajo una condicion.

—¿Cuál?

—Que podrá defenderse el alto personaje á quien acusáis.

—Es justo.

—Así pues, ¿si murió?

—Queme V. estos papeles para que no se escandrien las cenizas de los calumniadores.

No he publicado la memoria del general Hogendorp.

¡Ay! el pobre desterrado no ha sobrevivido largo tiempo á sus enemigos, allí descansa junto á su desierta cabaña, al pie del Corcovado, adonde voy á menudo con el pensamiento á dar un adios de amigo sobre su solitaria tumba. Me despedí tambien de Mr. Taunay, de aquella familia de artistas llenos de talento, á quienes no se puede ver sin amar, y á quienes tanto se ama despues de haberles conocido.

Me fui á San Cristóbal, y me incliné ante la noble Leopoldina arrebatada por desastrosa muerte al amor de sus súbditos, y habiéndome acompañado hasta la rada algunos amigos de colegio establecidos en el Brasil, y entre otros Mr. Leforge, primer flautista y primer oboe de la capilla real, hijo de mi maestro de música en Perpiñan, me embarqué en una lancha y llegué al buque que ya no debia abandonar hasta que tocara el suelo de mi patria.

Levamos ancla y nos dimos á la vela al estampido del cañon. Pronto perdimos de vista la Gloria; la venerada ermita de nuestra Señora del Buen Viaje; los elevados edificios de la poblacion real; nos deslizamos junto al fuerte Villegagnon y Pain-de Sucre, costeamos el Gonlet, una hora despues, el Geant-Couché se desplegaba á nuestra vista con sus extraños contornos... y el Brasil de Alvarez Cabral se borró como otros tantos paisés de los cuales solo conservábamos dulce memoria.

Y ahora que la Francia está allá á lo lejos, en el horizonte ahora que la travesía es larga y monótona, echemos una mirada hácia lo pasado y vamos á sostener aun alguna teoría. Yo no acostumbro cruzar los brazos cuando sopla favorable el viento, ni cuando sigue su rumbo la corbeta sin sacudidas.

Ya he dicho mas arriba que el habla de los hombres era un reflejo de su carácter; y ahora añado que sus juegos son una imágen perfecta de su natural. Por mas que se diga solo en solemnes ocasiones se desenvuelven realmente las costumbres; y así es que para juzgar bien á los hombres, es necesario no estudiarlos cuando están adormecidos ó enfermos. Cuando ruge el huracan, cuando á su alrededor se agita la naturaleza, cuando amenaza una catástrofe y cuando surgen en la superficie las pasiones, entonces se manifiesta el hombre tal cual es, y solo entonces se le puede comprender y analizar.

El reposo del leon es igual al sueño de la marmota; pero cuando ambos se despiertan se nota el contraste, y llegó por lo tanto el momento de decir quién es el rey de los bosques, y quién es el inofensivo huésped de las montañas.

Otro tanto sucede con los pueblos.

Pero como las revoluciones morales y políticas que trastornan las provincias y los imperios no se suceden con la rapidez de los años; y como en algunos de ellos pasan siglos enteros sin violentas sacudidas, seguiríase de aquí que pocos escritores y filósofos podrían referir la historia de los tiempos y de los hombres en medio de los cuales se vieron lanzados. Verdadero y lógico es esto; y por eso no siempre es el contemporáneo quien mejor ve las cosas, sin tener en consideración el gran número de diversos sentimientos que le hacen obrar, y le obligan á menudo á pensar. Nadie se libra de las influencias; y si la amistad y el odio no se dan voluntariamente; ¿por qué á falta de aquellos combates generales que arman los pueblos, no les hemos de estudiar en las

excepciones, en las cuales la efervescencia no se halla en su paroxismo? ¿Acaso las alegrías y los dolores no ocupan á menudo muchos días en los reinos y en las ciudades? Escojamos pues estos días, y si no alcanzamos enteramente la verdad por lo menos nos habremos acercado á ella.

Aceptemos el progreso y escribamos:

Los naipes y el sueño, la quietud y á veces tambien un paseo grave y silencioso poquito á poco, bajo una gorra de lana y un ardoroso sol, son los únicos juegos de los habitantes de Gibraltar; pero sobre todo de aquellos á quienes no absorben los asuntos comerciales.

¿No os muestra el carácter de los hombres la naturaleza de los juegos?

Sin embargo justo es añadir que la navaja, que



Lucha de salvajes.

tan gran papel desempeña en las distracciones españolas, *duerme* aquí bastante tranquila en la manga ó en la cintura; ¡todo se halla en perfecta armonía! ¿Cuáles serán los *juegos* ó cuál el imprevisto suceso, bastante extraordinario, tendrán el poder de arrancar de su almohada de piedra ó de la esquina de una calle, al ciudadano de Gibraltar molido bajo el peso de su reposo? A duras penas si el cañon anuncia la aproximación de guerrillas que coronan las vecinas montañas pondrá en ejercicio sus doloridos miembros, y se verá alguna vida en sus pupilas sin animación. Todos los domingos la guarnición en parada, bien limpia y bien adornada, va á ostentar su brillante uniforme en la esplanada en la que medran achaparrados árboles en la punta Sur de la roca, ó á ejecutar algunas maniobras militares en el campo de San Roque, célebre por tantos combates. Pues bien, las revistas, las paradas ó cuadros de guerra, carecen de espectadores y la música de los regimientos ingleses ocará con tan infeliz resultado el *Trágala* como el *God lart the king*.

Si un buque de alto bordo, con su izado pabellon, se desliza ante el estrecho y saluda á la rada con sus costumbrados veinte y un cañonazos, no se conmueve por eso el gibraltino. Si el vigía anuncia una escuadra, el enclenque y orgulloso español apenas se

digna levantar la cabeza para contar el número de buques, y para decírselo á su esposa por la noche á fin de tener alguna conversacion.

En vista de eso; ¿cuáles pueden ser los juegos favoritos de los habitantes de Gibraltar? ¡Ah! ya lo sabeis; babea sobre asquerosos naipes, *juegan* una malilla, y se disputan sobre un nueve los reales con los que contaban pasar un día de gula. La gula de un trabajador de Gibraltar consiste en un gran pedazo de pan, en un trozo de bacalao salado, en una cebolla, en un ajo y en agua pura de la fuente.

El agua pura es la mejor bebida de aquellos hombres, los cuales, segun veis, se parecen mucho á los jumentos, por lo menos en cuanto á la sobriedad. Esto ya es algo.

Echad una mirada sobre las perezosas bandas que recorren las calles de Tenerife. ¿No es cierto que creéis están llenos de fuerza y de vino? Hábiles é inteligentes no se agitan sino para ir á arrodillarse en una iglesia en donde deben resonar severas palabras contra los perezosos y los libertinos. Luego se pisan de nuevo por las plazas para besar lo mas pronto posible la sotana ó la grasienta ropa talar de algun capuchino calzado ó descalzo; y por último se marchan al puerto á contar los buques anclados. Aquí lo teneis todo. Santa Cruz, en donde los jóvenes

esperan á pie firme al viajero europeo, está representado por los siguientes *juegos*: fastidio; devoción, holgazanería y libertinaje.

Los portugueses han convertido en portugueses á los brasileños, y sus *juegos* son onzas que ruedan sobre tapetes verdes, luego corridas de toros y el amor del *farniente* que sobre todo domina. Vienen á ser pues las antiguas costumbres lusitanas que modificó un clima algún tanto mas cálido.

Los *juegos* de los buticudos son ejercicios de destreza y habilidad, ó ardientes luchas de carrera; y eso proviene de que alcanzan su alimento mediante la velocidad de sus pasos y la de sus flechas. Examinad sus *juegos* y vereis en ellos sin esfuerzos la necesidad de guerra que les atormenta.

El *paíquite*, en sus descansos, *juega* con los cráneos de las víctimas de que se alimentara; y parece que estudia el uso de cortar la cabeza á los hombres, lo cual es una especie de recreo que les ha valido el nombre que llevan y que quiere decir *corta cabezas*. El *paíquite* que se divierte os recuerda involuntariamente el tigre ó la hiena que *juega* con el ciervo que tiene bajo sus garras.

El *tupinamba* es hermano del *paíquite* y no menos que este se complace en *acariciar* los mutilados restos de toda clase de enemigos.

El *mundrucus* completa el cuadro de aquella parte del Brasil, cuyo estudio es tan interesante, y en la cual fracasa la civilización en todas sus tentativas de progreso.

Si carecen de *juegos* los albinos, proviene de que tampoco tienen vida.

Pero los cafres corroboran principalmente mi opinión; pues en ellos todo es feroz, pero sobre todo sus *juegos*. Aquellos hombres robustos y crueles tienen una alegría que se parece á rabia, y sus caricias consisten en mordiscos. En sus cotidianos *juegos* no se ejercitan mas que en domar búfalos, en enseñarles el arte de la guerra, y en arrancar corriendo una efígie de cabeza humana, colocada en una estaca. Prefero encontrarme cara á cara con un cafre encolerizado que con un cafre risueño y *jugueton*; porque cuando se halla uno prevenido está á la defensiva.

¿En qué se *divierte* el hotentote tan sucio y tan asqueroso? La disección de los hipopótamos que van á morir de vejez en las orillas de los ríos, es la parte mas principal de sus placeres. Preciso es que el *comqueton* perfume su elegante cuerpo con la gordura del antílope que le adorna y le nutre. Basta visitar á un hotentote en su choza para comprender su vida.

Los *juegos* de los criollos son suaves lecturas, cantos tristes y melancólicos, un solitario paseo, bajo altas palmeras, un amor misterioso y el balanceo del palanquin. ¿No es acaso esta la tranquila vida que os he descrito? ¿No retrocedería acaso esta existencia de profunda y oculta pasión ante un gran placer, temeroso de que se le fuera á disputar? En Borbon y en la Isla de Francia, apedrearían á cualquiera que se atreviese á proponer como objeto de recreo un combate de perros ó una corrida de toros.

¿Cuál es la diversion de los malayos? ¿Cuáles son sus *juegos*? Combates y pendencias. Si el malayo no levanta su cric, proviene de que le oculta para una venganza y de que no quiere despertar á su víctima.

¿Y los ombayanos? ¿cuál es tambien su *juego* favorito? Inocentes corderos son junto á ellos sus hermanos los malayos. Campo de batalla y de carnicería es el espacio que separa á dos pueblos. Creedme, no vayais á estudiar los *juegos* de los ombayanos. Feliz me llamo por poderlos dar con toda seguridad tan saludable aviso.

Los *juegos* de los güebearos son escamoteos, ensayos ladronesco, y experimentos de tunos. Si les

sale bien, es negocio concluido; pero si son descubiertos, dicen que es un *juego* del país y que no se ha comprendido su intención. ¿Os acordais de lo que os dije de su capitán? Os aseguro, pues, que es el mas bandido de todos los bandidos, ante los cuales huyen espantadas las poblaciones.

En Waiggion, en Rawack y en la tierra de los papous, no observé que se entregasen los naturales á *juegos* en los ratos de ocio que les concedia la pesca. Con efecto, muy brutos son para que imaginen algo que pueda ayudarles á pasar la vida, á variarla, si no á embellecerla y hacerla dichosa. ¿No os he dicho ya acaso que los indígenas de Rawack carecian de pasiones? Nueva fuerza adquiere aquí mi sistema.

Segun me parece, tambien he dicho que el pueblo carolino, es un pueblo aparte, es una feliz escepcion en este mundo de miseria, de bastardía y de vileza; con placer se fija la memoria en todo aquello que se refiere á lo bueno y generoso; y el viajero se complace en el relato de los diversos episodios que vió, porque su tarea, con tal que diga la verdad, es referir hechos que calmen el alma y la hagan sonar deliciosamente.

No admireis, pues, si despues de haberos presentado á aquellos nobles corazones, vuelvo otra vez para tratar del asunto que me ocupa. Lisonjéome de que se detendrán el viajero y el filósofo, para cerciorarse el primero de la exactitud de los relatos que hago, y para sacar de allí el tercero, útiles noticias para la historia moral de los pueblos á quien la civilización empobreció á la vez con sus beneficios y con sus peligros.

Hay cuadros que no han de quedar indecisos, y como el pueblo que me ocupa forma evidendísimo contraste con los demas pueblos de la tierra, por eso no consentiré que se le quiten sus colores tan vivos y tan destacados. ¿No he hablado ya bastante de los ridículos, de los vicios y de los horrores?

En mi larga campaña es el archipiélago de las Carolinas un lugar de reposo. Desde que traté de inquirir en lo pasado para encontrar allí algun consuelo en mi infortunio presente, presentáse Tinian á mi pensamiento. He visitado aquella misteriosa isla con hombres para quienes la súplica es un hábito y la amistad una religion. Estas páginas son un paso retrógrado en el relato de mis viajes, puesto que atravesamos el archipiélago de las Carolinas antes que el de las Marianas; pero en un principio no hubo mas que conjeturas que luego pasaron á ser convicciones. No es dable, pues, mentir en la historia de tales hombres. Prosigo, pues, y acabo.

Habéis visto los *juegos* de los buenos carolinos, y sus alegres y animados bailes; y tambien les habéis seguido conmigo en sus diarios y continuos ejercicios. ¿No es cierto tambien que todas aquellas alegrías infantiles son el espejo fiel de sus generosas almas? Con efecto, hay allí una vida de dicha, cual la que gozan al traves de los arrecifes y en medio de las borrascas, vida que tambien es un reflejo de su carácter. No se lanzan en sus esquifes para ir á conquistar, sino para sus necesidades, y cual infatigables jugadores en pro de una penosa existencia, solo *juegan* con los peligros, cuando presentan un objeto de utilidad.

En las Marianas lo mismo que en las Sandwich veremos que los *juegos* de los naturales se hallan perfectamente en armonía con su índole; en Diely y en Koupang se encuentran la hipocresía de los chinos su incesante inclinación á las pillerías, en los ejércitos de bolas y en sus tortuosos pasos, que son los únicos *juegos* que les apasionan. En una palabra las *diversiones* sirven en todas partes para analizar su carácter, y por do quiera se ven íntimas relaciones entre las costumbres y los *juegos*.

¿Formará la Europa una escepcion de esta regla?

general? No lo creo, tan bien como yo podeis aplicar mi teoria, y la encontrareis lógica en todos los resultados, hasta á despecho de la civilizacion que todo lo modifica, todo lo gasta y lo disfraza.

¿No os he mostrado ya á los sandwiquianos durante su cólera y durante su tranquilidad? ¿No os habeis formado una idea de aquellos hombres escepcionales, cuando las tempestades de su Océano ó las amenazas de su Mowna-Kaah les despertaban de su habitual adormecimiento? Indudablemente que sí.

Los juegos de los sandwiquianos son tambien un fiel reflejo de su carácter. Cada una de sus diversiones exigen algun cálculo, y todos sus recreos requieren reflexion. *Juegan á las damas*, pero no sobre una tabla, si no en pequeños agujeros que abren en el suelo, y con piedrecillas blancas y negras; pero fuera de esto no tienen mas juegos que luchas con las furiosas olas que se pasean por la playa; y no se levantan hasta tanto que las lavas sobre que duermen hierven bajo sus pies y conmueven el terreno. Procuran mantenerse en equilibrio sobre una engrasada bola, cual si temieran verse derribados; y tambien los *husillos* que les enseñan á medir la distancia que ha de correr una saeta, y dan flexibilidad á sus brazos enervados por un sol demasiado abrasador. ¿Qué es su baile, aquel baile tan feroz que parece un combate á muerte, una ardiente refriega, una báquica orgia, un asesinato, ó una carnicería? Y preséntase todo esto por intervalos cual si fuera una sacudida, cual si fuera una convulsion.... y sentados en la misma posicion que las personas que desean reposo y quietud; todo esto es, pues, perfecta mágen del suelo que les nutre.

Ya lo habeis visto, pues, en todas partes la tierra y los hombres se hallan en armonía, y por do quiera que el suelo se irrita y amenaza, las pasiones humanas se abren paso con espontaneidad, y siguen por decirlo así las sinuosidades, las pendientes y las variaciones de las playas y de las montañas en donde nacen, fermentan y desarrollan. Observaciones son estas que cualquiera viajero ha de comprobar cuando llamen su atencion, porque son útiles miras para la historia general de la especie humana.

Importa pues que una imponente masa de hechos vaya á agruparse ante los ojos del legislador ó del naturalista, porque á estos sobre todo pertenece deducir sábias consecuencias de esas grandes verdades de todos los paises y de todas las épocas.

Prediqué ya mi doctrina, apóstoles espero pues ahora. Por lo demas no será esta la primera religion que se predique en el desierto.

Si me echais en cara una utopia, os diré que allá á lo lejos en el horizonte, descuella un agudo cono que si no me engaño creo reconocer su rápida cima. Es el aislado pico de Tenerife (1) con la cabeza coronada de nieve y de fuego; sube, crece, se cierne sobre el abismo y proyecta á lo lejos en las olas su gigantesca sombra.

Vedle con toda su magestad, nosotros nos alejamos, y aquel gigante atlántico se deprime, mengua, sumérgese y desaparece cual otra vez lo hiciera. ¡Ay! ¡así son todas las grandezas del mundo!

Pero refréscase y enfurécese la brisa, pronto las ráfagas nos mandan sus cóleras, y por algunos instantes nos acogemos bajo el coloso de las Azores, volcan ahogado pero siempre amenazador, y que arroja sus hervidoras lavas hasta las Canarias al traves de un mar sin cesar picado.

Tambien desaparece el pico de las Azores. El huracan continúa exhalando sus estrepitosos suspiros, y pronto tememos estrellarnos contra Inglaterra. Acórtase el horizonte, por ser tan altas las olas, no se divisa ningun buque ni nada puede decirnos si

nos han arrastrado las corrientes, y si nos vemos impelidos hácia los peligrosos escollos de aquellos horrores mares.

En una de las fuertes sacudidas me vi lanzado con tal fuerza que creí caer al mar.

—Si no hubiese sido por mí, me dijo Petit en cuyos brazos caí, se abría V. el cráneo. Me debe V. recompensar.

—Diez botellas de vino daré al primero que descubra la tierra.

—Véala V.

—¿En dónde?

—Allí.

—No la veo.

—Pero yo la veo y basta.

—No basta, pues de derecho pertenecen al mas alerta mis últimas diez botellas.

—La tierra nos saca los ojos, señor Arago, me debe V. el líquido.

—Al día siguiente descubrimos las islas inglesas Wight, y virando de bordo saludamos la tierra de Francia.

—¿Le menté á V.? me dijo Petit. Espero los frascos.

—Tómalos, valiente y fiel marinero, toma tambien los francos que me quedan, algunos efectos, muchas camisas bastante buenas y ademas la mano de un amigo.

—¡Oh! ¡voto á sanes! este es el mejor regalo, y voy á besarle. ¿Haría V. otro tanto con Marchais?

—No me olvideis los dos en vuestras desdichas.

—Está dicho, voy á llorar y á beber.

Delineábase la tierra al traves de la niebla, y la mar estaba en las nubes. Nos echamos en un barco de la costa que nos dijo que no podríamos entrar en el Havre, pero él se encargaba de conducirnos á Cherbourg. Navegamos con él y algunas horas despues anclamos en una rada francesa. Llegan pilotos, nos hablan en nuestra lengua, y por poco nos llaman con nuestros propios nombres y apellidos.

Desembarco con Mr. Lamarche... Toco mi pais natal, me ahogan los latidos de mi corazon, y me carga el reposo. ¡Ya estoy de vuelta!... ¡y solo cuatro años duró mi ausencia!

¡Dios! ¡cuán pequeña es la tierra.

Despiértome en blanda cama. ¡Estoy en Francia! ¡Voy á ver á mi madre! ¡á mis hermanos! ¡á mis amigos!...

¡Ay! ¿tengo aun amigos, hermanos, madre?

¡Dios! ¡cuán grande es la tierra!

¡Dios! ¡cuán larga ha sido mi ausencia!

LXXVIII.

Vocabularios de algunos de los pueblos que he visitado.

Con razon he creído que en una obra como la mia no sería inútil insertar los vocabularios de algunos pueblos salvajes. Mucho le cuesta y á duras penas logra inspirar confianza el viajero que visita lejanas tierras, á hombres casi siempre dispuestos al ataque en cuanto se juzgan los mas fuertes, y tambien mas á menudo prontos á huir si creen ser mas débiles. Mil veces he observado que el mejor medio de domesticarlos, era mezclarse en sus juegos, compartir sus ejercicios, y adoptar en cierto modo su género de vida. Apenas repetía un gesto suyo, y en cuanto imitaba un movimiento cualquiera, les veía ya mas solícitos en complacerme, apiñarse en mi alrededor y mostrarme nuevos movimientos y nuevos gestos. Pero en lo que mas se complacian á enseñarnos era su lenguaje tan difícil de traducir por nuestros aqñidos, y cuántas veces les vimos saltar de alegría ó de risa con malignidad en cuanto aprendíamos ó estropeábamos

(1) Véanse las notas al fin de la obra.

mos algunas de sus palabras ó frases. Raras veces ha sido funesta la alegría; y por eso los señores Gaimard, Gaudichaud, Berard y yo nos hemos acordado siempre de nuestras aventuras correrías, maravillados de nuestra dicha después de haber satisfecho nuestra curiosidad.

Cuando queríamos algo, y nos lo negaban los salvajes, lejos de amenazarles con nuestra cólera ó de seducirlos con promesas, á las cuales poca fé prestan, fingíamos que poco se nos daba de su negativa, bailábamos ó comíamos con ellos, y luego satisfacían todos nuestros deseos como si formásemos parte de su familia. Con esta táctica recojimos numerosísimos detalles y visitamos un pueblo cuyos habitantes habían devorado mas de un centenar de europeos. Pero nada son estas ventajas que puede obtener el viajero en comparación del partido que de ellas puede sacar el botánico, el zoólogo ó entomologista; un árbol, una planta, un pez, un animal cualquiera, todo lo buscan, sobre todo en los lugares en los cuales no ha sido aun interrogada la naturaleza, y, para que nada se escape á su ojo esdrújador ó á sus observaciones científicas, recurren á aquellos que conocen por experiencia lo que ellos quieren estudiar. ¿Y en este caso cómo se podrán cojer frutos con el incierto auxilio de las gentes? Una sola palabra le basta al salvaje; se recogen detalles y el viajero se los lleva á su patria.

En los siguientes vocabularios hemos conservado la ortografía francesa. Verdad es que en el lenguaje de los salvajes hay algunos sonidos imposibles de traducir por nuestros caracteres; pero nos hemos valido de las letras que pueden hacer formar de ellos una idea mas aproximada. Eran tantas las imperfecciones que encontramos en los vocabularios de los navegantes ingleses que, aun con su auxilio, nos veíamos á veces en la imposibilidad de darnos á entender. Esto quizas dependerá tambien de la diferente pronunciación que tienen ellos. Por ejemplo, tanto aquí como en Inglaterra *Owhyé*, *Whao* y *Mowhé* se pronuncian *Ohahi*, *Houhahou* y *Mohou*. En nuestros vocabularios hemos evitado todas las dificultades de este género, siendo el único medio para darse á entender pronunciar todas las letras que hemos empleado.

Nueva-Holanda.

Tuvimos tan pocas relaciones con los quince ó diez y ocho salvajes que vimos en la parte Oeste de la Nueva-Holanda, que no pudimos, á pesar de los testimonios de benevolencia por medio de los cuales procuramos atraerlos, aprender mas que esta palabra:

Ayerkadé

Váyase V.

OMBAY,

A CUATRO LEGUAS DE LA PUNTA NORTE DE TIMOR.

Nariz.	Imouni.
Ojos.	Inirko.
Frente ó cabeza.	Imocila.
Boca.	Ibirka.
Dientes.	Vessi.
Barba.	Irakata.
Cabellos.	Inibatagala.
Peine.	Dakara.
Oreja.	Iverlaka.
Cuello.	Tameni.
Collar.	Poupou.
Pecho.	Tercod.
Ventre.	Tékapana.
Trasero.	Tissoukou.
Partes sexuales de la mujer.	Glessi.
Seno.	Ami.
Espaldas.	Iklessimé.
Brazo.	Ibarana.
Antebrazo.	Itana.
Mano.	Quiné.
Dedo.	Tétenkiléi.
Pulgar.	Setenkoubassi.
Índice.	Assidélaí.
Medio.	Léri.
Anular.	Guémala.
Meñique.	Attenkilessé.
Muslo.	Iténa.
Pierna.	Iraka.
Panterilla.	Ipakana.
Rodilla.	Icicibouka.
Pié.	Makalata.
Pulgar del pie.	Vakoubassi.
Segundo.	Léri.
Tercero.	Assidélaí.
Cuarto.	Guémala.
Quinto.	Vakilessé.
Cola.	Imbilataka.
Cinta de cola.	Preki.
Brazalete.	Bankoulou.
Cañador del cric.	Kaboulou.
Anillo de la pierna.	Léla.
Cric.	Péda.
Fusil.	Kéta.
Arco.	Mossa.
Cuerda del arco.	Gagapé.
Flecha.	Dota.

Punta de la flecha.
Flor que llevan en la cola ó en la oreja.
Pañuelo.
Garfio.
Escudo.
Nombre del rio en donde aguamos.
Nombre del pueblo que visitamos.
Nombre del pueblo vecino al primero.
Nombre del rajá de Bitoka.
Sagrado.
Ave.
Cuchillo.
Los nombres de los números son analogos á los de Timor.

NATURALES DE GUEBÉ.

Cabeza.
Frente.
Cejas.
Ojo.
Ojos.
Párpados.
Pestañas.
Nariz.
Boca.
Labios.
Dientes.
Lengua.
Barba.
Mejilla.
Oreja.
Barba.
Bigote.
Cabello.
Cuello.
Pecho.
Teta.
Leche.
Ventre.
Ombligo.
Estómago.
Dorso ó espalda.
Trasero.

Pina.

Satantoun.
Linsou.
Adola.
Banou.

Ira.

Bitoka.

Madama.

Sicman.
Pamali.
Ayan.
Pisso.

Los nombres de los números son analogos á los de Timor.

Partes sexuales de la mujer.
Monte de Vénus.
Union intima de los sexos.
Espalda.
Brazo.
Codo.
Mano.
Dedo.
Pulgar.
Oro.
Pipa.
Meñique.
Uña.
Muslo.
Pierna.
Rodilla.
Pie.
Talon.
Dedo del pie.
Piel.
Pulso.
Hombro.
Mujer.
Antropófago.
Jóven.
Viejo.
Tuerto.
Ciego.
Lepra.
Romadizo.
Herida.
Viruelas.
Sombbrero.

Pañuelo.
Pantalon.
Túnica.
Brazalete de concha.
Perla.
Cuchillo.
Silla.
Sortija.
Esterá.
Aguja.
Cuerda.
Alfiler.
Cabeza del alfiler.
Timon.
Fuego.

Fid.
Fobioit.
Ohi-Ohi.
Vialor.
Kamer.
Kapchouor.
Fadlor.
Kakahor.
Kakahor-Pial.
Plaran.
Pipa.
Kakahor-Kali.
Kassiebor.
Kapiar et Kassiar.
Pichor.
Kallar-Toublor.
Iliahor.
Kaplouhor.
Kahom.
Kinot.
Houté.
Gnat et Sgniat.
Piné y Mapina.
Kron.
Madjaman.
Bukali.
Babaiap.
Takapali.
Matal.
Ohie.
Jabat.
Pare.
Sarahou y Chapou.
Tahoua.
Chanac.
Chinsoun.
Babila.
Moustika.
Sout.
Trapessa.
Aliali.
Dab.
Liainé.
Gouninalada.
Balou.
Koutom.
Bégué.
Ap.

Hierro. Bessi.
 Humo. Mass.
 Remo. Poné.
 Mar. Tassi.
 Agua dulce. Aér omisi.
 Piragua. Arouéré.
 Cuchillo para par-
 tir cocos. Soubéré.
 Plata. Salaka.
 Rupia. Kikitoné.
 Mesa. Méza.
 Espejo. Mistigué.
 Navaja. Sontsakatal.
 Sierra. Gargadi.
 Banco. Banko.
 Embudo. Sanaka.
 Cuchara. Sahoul y Gahoul.
 Botón dorado. Kaki.
 Servilleta. Amout.
 Idolos de madera. Iléfi.
 Peine de madera. Assi.
 Buenos días. Tabéa.
 Fumar. Sorop.
 Comer. Tanané.
 Mear. Pami.
 Despertar á al-
 guien. Peguigne.
 Sol. Astoul.
 Perro. Kobbli.
 Falange. Doh.
 Ave. Mani.
 Pico. Kapiou.
 Ojo. Inéta.
 Cabeza. Kouto.
 Ala. Balmo.
 Pata. Kalahou.
 Uña. Kassibahou.
 Cola. Sepigo.
 Pluma. Plouko.
 Carúcula de una
 especie de tórto-
 la. Kognio.
 Huevo de ave. Maué.
 Huevo de gallina
 negra. Bléviné lessou.
 Nido. Penou.
 Casican. Oukouakou.
 Gavilan de vientre
 blanco. Ouapinébat.
 Tórtola de carún-
 cula negra. Ouapine.
 Golondrina de mar. Sapané.
 Cuervo. Samalahi.
 Martin Pescador. Salba.
 Calar de Waiggiou. Masssouabou et
 Baro.
 Otro Calar. Masssouahou.
 Ara negro, papa-
 gayo de trompa. Mani-Falkoumé.
 Cotorra de Timor. Saklik.
 Cacatoes (insecto). Akia.
 Papagayo papú. Ambilio.
 Gran papagayo de
 Nueva Guinea. Alian-Ila.
 Loro tricolor. Lori.
 Pollita negra. Blériné.
 Pichon de Rawack. Bioutiné.
 Pichon coronado de
 Banda. Manébi.
 Chorlito. Sikiakel.
 Becada (1). Sikiakel.
 Tocado blanco de
 Boni. Siahou.
 Pájaro bobo negro. Mani-Galealet.
 Golondrina de Ra-
 wack. Bleffé.
 Avecilla gris-
 blanca. Kalabissan.
 Avecilla gris-blan-
 ca de Risang. Kalibassan.

(1) Los naturales de Güebé aseguran con muchísima inverosimilitud, que el chorlito y la becada son una misma ave las cuales solo se distinguen por su edad, así dicen que, el primero es viejo, y la segunda joven

Tortuga fluvial. Féléléhi.
 Tortuga marina. Bégnébégué.
 Gran lagarto de Ra-
 wach. Besté.
 Pequeño lagarto de
 cola anillada. Sesseffé.
 Gecko. Kassidiou.
 Gran serpiente. Bai.
 Pequeña serpiente. Bai.
 Pescado. Hio et Hiné.
 Esquilla. Kaffagai.
 Raya. Famé.
 Balista de mancha
 negra. Soume.
 Nautilo. Guig.
 Almeja. Ampoloumé.
 Piña para braza-
 letes. Bilibili.
 Huevos de Leda. Boul.
 Anfibio. Niefi.
 Cangrejo. Kaf.
 Cangrejo de man-
 chas rojizas. Kaf-Bali.
 Cangrejo amarillo. Kaf-Kabéi.
 Geracín (tourlou-
 rou). Ka-Hou.
 Cangrejo negro sin
 manchas. Kaf-Boussé.
 Paguro. Kaoagané.
 Scilare. Kalioul.
 Angusto. Besséou.
 Araña. Plaou.
 Gorgojo negro. Nanipa.
 Capricornio. Kava-Ouahoa.
 Langosta. Kassipiaou.
 Cigarrá. Cinianel.
 Libelula. Zomohoua.
 Mariposa. Calabib.
 Oruga negra. Goyop.
 Simulia. Nini.
 Asteria-Ofuro. Tchiléoi.
 Erizo de mar. Baoussan.
 Otro erizo. Tata.
 Otro erizo. Tassikapou.
 Holoturia. Moko.
 Nuez moscada. Sémekao et Alan-
 kao.
 Bacis. Boun-Ila et Bouga.
 Bru. Alagan.
 Granada. Dalma.
 Fruto del Mala-
 grano. Gog.
 Fruto venenoso
 que da un ar-
 busto del género
Ximenta que
 nuestros mari-
 nos denominan
 pintada. Fofolahoui.
 Taca. Oueiemé.
 Calabaciño. Bactil.
 Maiz. Cassella.
 Tabaco. Tabaco (s. d. Por-
 tugais).
 Banano. Pising.
 Fuco. Rohémé.
 Meollo. Of et Jof.
 Junco (género
Canna). Kabe.
 Pimienta. Baltian.
 Seta. Essiné.
 Fruta de un árbol
 del género *Cy-
 nometra*. Imoui.
 Escalera. Loiné.
 No. Né.
 Escama. Hounaf.
 Bailar. Densar.
 Señora. Gnagna.
 Bastante. Ura.
 Cigarro. Nomhou.
 Nioto. Tchontchou.
 Isla Rawack. Rahouck ou bien
 Rahouchi.
 Pising ó isla de los
 Bananos. Poulo-Pising.

Aguada de Waig-
 gion. Sahoury.
 Cruz de madera
 que sirve para
 torcer el hilo. Kaïouhabé.
 No sé. Trada-Kao.
 Tengo de ello. Bagnia.
 Vela. Liliné.
 Cera. Malamé.
 Pólvora de cañón. Ouba et Passané.
 Uno. Pissa.
 Dos. Pilou.
 Tres. Pittoul.
 Cuatro. Piffat.
 Cinco. Pihmé.
 Seis. Pounoum.
 Siete. Piflit.
 Ocho. Poual.
 Nueve. Pissiou.
 Diez. Otcha.
 Once. Outinésa.
 Doce. Outinélou.
 Trece. Outinéoul.
 Veinte. Affalou et Talankia.
 Veinte y uno. Affalou-Talampissa.
 Veinte y dos. Affali-Talampilou.
 Treinta. Affatoul et Laxa.
 Treinta y uno. Laxa-Pissa.
 Treinta y dos. Laxa-Pilou.
 Cuarenta. Affat.
 Cincuenta. Affalimé.
 Sesenta. Affounoum.
 Setenta. Affatit.
 Ochenta. Affaoul.
 Noventa. Affassiou.
 Ciento. Outinetcha.
 Doscientos. Outinélou.
 Mil. Chalanisa.
 Dos mil. Chalanlou.
 Tres mil. Chalanoul.
 Cuatro mil. Chalanfat.
 Cinco mil. Chaloulalimé.
 Seis mil. Chalannoum.
 Siete mil. Chalanfit.
 Ocho mil. Chalanoual.
 Nueve mil. Chalanssiou.

ALIFOUROUS, Ó INDICENAS DE WAICGION.

Cabeza. Kagala.
 Cabellos. Sénoumébouan.
 Nariz. Soun.
 Pestaiias. Inékarnéi.
 Ojos. Jadjemouri.
 Barba. Gangapouni.
 Diente. Ouahini.
 Mejilla. Gangafoni.
 Labios. Ganganimi.
 Barba. Gambapi.
 Cartilago. Shyrcide-Kadjia-
 houni.
 Nuca. Kadjiekoumi.
 Espalda. Poupouui.
 Brazo. Kapiani.
 Brazalete de jun-
 quillo. Houali.
 Antebrazo. Konkaboni.
 Mano. Konkafaleni.
 Pulgar. Kontidal.
 Indice. Konkantili.
 Medio. Kouantipoulo.
 Anular. Kouantiripah.
 Menique. Kouantilminki.
 Tetas. Mansou.
 Pecho. Ignegarini.
 Estómago. Iovampini.
 Vientre. Sgnani.
 Ombligo. Assilini.
 Dorso ó espalda. Kouaneténí.
 Nalga. Séni.
 Trasero. Sénedokaouri.
 Muslo. Affoloni.
 Rodilla. Konkapoki.
 Pierna. Konkafai.
 Pantorrilla. Barmor.

Pie.
Talon.
Hueso del tobillo.
Pulgar del pie.
Segundo id.
Tercero id.
Cuarto id.
Quinto id.
Piel (tejido cutáneo).
Kourgnaï.
Koukabiouli.
Kolabeni.
Kouantilul.
Kouantibipali.
Kouantipoulo.
Kouantibipali.
Kouantiminki.
Rip.

PAPUS.

Cabeza.
Frente.
Cejas.
Ojos.
Párpados.
Pestañas.
Ventana de la nariz.
Boca.
Lábios.
Diente.
Lengua.
Mejilla.
Oreja.
Vrouri.
Anderé y Andané.
Bilbiliné.
Tadeni y Grarour.
Karnéou y Nékam.
Kamur.
Kabor.
Inécénonipokir.
Soidon.
Clanil y Sofadné.
Nacocé.
Ramaré.
Fofer y Gaïafé.
Kanané, Kananik y Kanik.
Agujero de la oreja para los pendientes.
Barba.
Bigote.
Patillas.
Cabellos.
Cuello.
Pecho.
Teta.
Seno de la mujer.
Leche.
Ventre.
Ombiligo.
Estómago.
Dorso ó espalda.
Trasero.
Partes sexuales de la mujer.
Union íntima de los sexos.
Brazo.
Mano.
Dedo.
Uña.
Muslo.
Rodilla.
Pierna.
Pie.
Talon.
Planta del pie.
Dedo del pie.
Sangre.
Hombre.
Hombre salvaje.
Mujer.
Mujer de condicion superior.
Mujer en cinta.
Papú.
Zarcillos.
Brazaletes de concha.
Brazalete comun.
Brazalete de bambú.
Collar.
Peine.
Perla.
Knini-Nekir.
Ourevoure y Oureboure.
Oureboure y Oureboure.
Souroumbourahéné.
Sonébrahéne.
Sassouri y Saloukoéré.
Andersi.
Sous y Soussou.
Soussou-Bassar.
Sous-Dourou.
Snéouar.
Snépouéné.
Sansinédi.
Kokrousséna.
Kodoné.
Fidon.
Koffroné.
Braminé.
Koné.
Urampiné.
Urampiné-Baï.
Oizop.
Onépouer.
Oizof.
Oibahémé.
Oékouré.
Oévahémé.
Oépiné.
Riki.
Snone, Sénokakou y Arané.
Senosoup.
Biéné.
Ancérandia y Perampoua-Bassar.
Snonaréba.
Papoua.
Kouménéta.
Séméfát y Saméfar.
Kabraï.
Roumandac y Loulou Loulou.
Bambroué y Bariauboné.
Asix.
Moustikan y Moustika.

BIBLIOTECA DE GASPAR Y ROIG.

Sortija.
Especie de amuleto de madera, cabellos, conchas, etc.
Vestido.
Boton.
Pantalon.
Pañuelo.
Ropa blanca.
Sombrero.
Chupa.
Ceñidor de corteza de higuera.
Zapato.
Media.
Arco.
Cuerda del arco.
Flecha.
Sable.
Fusil.
Pistolas.
Cañon.
Tambor de los pa-pus.
Focnes ú horcas de dos ó tres puntas.
Hacha.
Cuchillo.
Tijera.
Sierra.
Cuchara.
Cubilete.
Botella.
Espejo.
Silla.
Porcelana.
Saco.
Saco de hojas de coco que los pa-pus llevan en el hombro izquierdo.
Bambú para agua.
Vela.
Pluma.
Esterá.
Cafetera.
Botellita.
Llave.
Viruelas.
Herida.
Lepra.
Quemadura.
Lancha.
Argolla de hierro de la corbeta.
Remo.
Cuerda.
Cuerda para pescar.
Alambre de laton del anzuelo.
Cuña para partir madera.
Aguja.
Cabeza de la aguja.
Punta de la aguja.
Alfiler.
Pabellon.
Carácter, letra, escritura.
Casa.
Escalera.
Amigo.
Comer.
Beber.
Dormir.
Morir.
Subir.
Irse.
Izar.
Traer.
Aoumis y Kapanague.
Arion, Nonandé-béne.
Sansoun.
Cati.
Sansoun-Souga.
Touara.
Caion.
Saraou y Tiapéro.
Sansou-Drabakéné.
Maré.
Sopatou y Soïop.
Caous.
Mariá y Mariaia.
Cabrai.
Ekoi, Ekoi y Cohi.
Inoi.
Inapan.
Poéстик.
Padaie.
Sandip.
Collo-Ho y Manourá.
Moucané.
Inof, Ainoé y Inoé.
Inci-Boutoun.
Gargadi.
Rovezáusec.
Parascoci.
Maé y Négui.
Fadimé y Faniné.
Calapessa.
Béné y Béhéné.
Camé.
Kapané.
Padaréne.
Mala, Malaam y Massam.
Mambour.
Iaër y Lar.
Guénessa.
Farascái.
Koutine.
Para.
Kankoun.
Babarai.
Paré.
Onai.
Garmoné.
Taborefs.
Rivé.
Karaféré.
Kassénouar.
Assosser.
Ouarious, Marious.
Pouéné.
Réri.
Kannivar.
Barbar y Sagarati.
Fas.
Rouma.
Kaouéke.
Bati.
Dan y Laní.
Kiné.
Ténef, Kokive y Kénéf.
Ténef.
Kabéré.
Koubram.
Vassio.
Vakiou.
Nadar.
Guyar.
Reir.
Bailar.
Cantar.
Esperar.
Sentir.
Fumar.
Hacer.
Encender fuego.
Mar.
Lluvia.
Sol.
Rayo.
Trueno.
Nube.
Tumba.
Quien murió.
Puñetazo.
Puntapie.
Bofeton.
¿Como sigue V.?
Bien.
Venga V. aquí.
Hora.
Dia.
Sonido, Ruido.
Oro.
Plata.
Fuego.
Agua.
Agua dulce.
Arena.
Tierra vegetal.
Hombre de condicion superior.
Señora.
Gracias.
Bastante.
Mucho.
Bonito.
Malo.
Grande.
Cojo.
No quiero.
No.
Si (1).
Cigarro.
Ya.
Tu.
Clavo.
Escama.
Mono.
Murciélago.
Perro.
Perra.
Falangista.
Cerdo.
Búfalo.
Gavilan.
Gavilan de vientre blanco.
Casicaú.
Cuervo.
Ave del Paraíso.
Martin Pescador.
Calanide Waiggiou.
Ara negro.
Cotorra de Timor.
Cacatoe blanco.
Loro tricolor.
Gallo.
Gallina.
Dasse.
Vorosco.
Combrivé.
Kokévé.
Dicé.
Vassifari.
Nas.
Adéné-Tabaco.
Assiéne.
Assiéne-Afor.
Soréné.
Méker.
Rias.
Samar y Nauki.
Kadadou.
Rep-Meker.
Rouma-Papo-Vemar.
Vemar.
Kankourouí y Kattoub.
Rossopoumi.
Mouni.
¿Navie-Rapei?
Vié-Rapei.
Gnamauiné y Kamaricini.
Lefo.
Ari.
Poun.
Blaouéné.
Likitone.
Afor, For et Foro.
Quar.
Kokiné.
Kéné-Sarop.
Iéné.
Snombéba.
Ra-Hinéserénédia.
Aravairi.
Rovarapé.
Ibôen.
Narié.
Tarada et Trada.
Rebah.
Guéna-Douef.
Beciva.
Marisimba et Namama.
Issia.
Ou-Hi.
Aia.
A-Ou.
Pakou.
Mis.
Rouk.
Rabout.
Nofam et Nofané.
Eofam-Biéné.
Rambane.
Baine.
Kobo.
Man.
Man-Oupo.
Mankahok et Mang-Ouki.
Manbobek.
Maëfor et Bouronkati.
Mankinétrous.
Mandahouéné.
Sakiéné.
Manésouba.
Manbéaher.
Magniourou et Maniouri.
Nazaukéhéné.
Mazaúkéné-Biéné.
(1) Desde Bengala hasta las islas Sandwich, casi todos los pueblos dicen si espurando y levantando la cabeza, mientras que en Europa la bajamos.

Pollita negra. Mankério.
 Pichon con corona de Banda. Manbrouk.
 Moño del pichon con corona. Cum-Hei.
 Colombar de carúncula negro. Manroua.
 Tórtola. Ampahéne.
 Otra especie de tórtola. Manobo.
 Chorlito. Mangrénegréne.
 Becada gris. Manciviéne y An-cibiené.
 Becada blanca. Manoubéne.
 Ave. Bourcu.
 Huevo. Bolor y Samour.
 Pata. Guénor y Branimé.
 Ala. Boure.
 Cola. Pourai.
 Tortuga Palestre. Manguiné.
 Tortuga marina. Ouané y Oa-éo.
 Gran lagarto de Rack. Kalabet.
 Pequeño lagarto. Mantikti.
 Pescado. Iné y Iéné.
 Nautilo. Korokorbei y Korkorbei.
 Piña. Sagahouli.
 Tridacno. Katobei.
 Otro tridacno menor. Sarir.
 Otro tridacno mayor. Siembéba y Koiam.
 El animal del Tridacno. Katob.
 Huevo de Leda. Orbei-Orbei.
 Concha univalva. Orbei-Koian.
 Paguro. Kainoux.
 Miriápod (mil pies). Obané.
 Gorgojo. Mourémoure.
 Langosta. Ampaéné.
 Cigarra. Rédegéni.
 Hormiga. Mancara.
 Mariposa. Apop y Albéat.
 Erizo. Serrégatine.
 Holoturio. Pinamé.
 Tabaco. Tabaco.
 Esponja. Iéné.
 Multiplicante (árbol) (1). Nounou.
 Giromon. Tabou, Laboui y Bactil.
 Papagayo. Kapaie.
 Yarnosa rojo. Emi-Ohi.
 Moscada. Masséfo y Nasfor.
 Macis. Monremoure.
 Ajo. Bava.
 Gengibre. Ravesané.
 Judía. Avrou.
 Junco.
 Fruto carnoso de un árbol del género *Cinometra*. Iar.
 Coco. Soul.
 Coco joven. Sarai.
 Piedra de coco (2). Sarai-Kamoure.
 Arroz. Pénoéré.
 Cebolla. Jas.
 Camarin. Bava.
 Ananas. Imoui.
 Azúcar. Rainassi.
 Bambú. Goula.
 Uno. Ambober.
 Dos. Sai y Ossa.
 Tres. Doui y Serou.
 Cuatro. Kior, Kiorré y Kiorro.
 Cinco. Fiak y Tiak.

Seis.
 Siete.
 Ocho.
 Nueve.
 Diez.
 Once.
 Doce.
 Trece.
 Veinte.
 Treinta.
 Ciento.

LOS CHAMORROS Ó MARIANESSES.

Cabeza. Oulou.
 Cabellos. Gapoun-Oulou.
 Frente. Ila-i.
 Cejas. Babali.
 Ojos. Mata.
 Pestañas. Poufou chalam lam.
 Párpados. Chalam lam.
 Pelo. Poulou.
 Nariz. Goui-iné.
 Ventanas de la nariz. Madoulou Goui-iné.
 Boca. Pachoud.
 Diente. Nifiné.
 Muela. Akakam.
 Lengua. Oula.
 Labio. Aman.
 Labio superior. Aman houlou.
 Labio inferior. Aman papa.
 Barba. Achai (mouillez).
 Oreja. Talan-ha.
 Cuello. Agaga.
 Laringe. Famagniou-ann.
 Nuca. Toun-ho.
 Pecho. Ha-ouf.
 Vientre. Touyan.
 Ombligo. Apouya.
 Dorso ó espalda. Tatalou.
 Espinazo. Tolan-Talou.
 Hombro. Apaga.
 Brazo. Hious.
 Codo. Toumoun canai.
 Mano. Canai.
 Hueso. Tolan.
 Hueso del brazo. Tolan hious.
 Pulgar. Tamagas.
 Índice, medio, anular. Talanchou.
 Meñique. Calanka.
 Trasero. Poudous.
 Muslo. Chachaga.
 Rodilla. Tamoun adiné.
 Pierna. Adiné.
 Baston. Tou-oun.
 Espejo. Lamlam.
 Pantorrilla. Mamanan-ha.
 Tibia. Sadnou-houd.
 Pie. Adiné-i.
 Hueso del tobillo. Acoula.
 Pulgar del pie. Tamagas adiné.
 Meñique del pie. Kalanké.
 Union de los sexos. Ouma-ha-as.
 Palma de las manos. Ataf.
 Planta del pie. Foffougai.
 Huella. Fégay.
 Sombrero. Touhoun.
 Zapato. Doga.
 Cadena. Gouiini.
 Cuchillo. Daman.
 Fuego. Goisi.
 Piedra. Achou.
 Pederal. Gagoud.
 Huevo. Chada.
 Gallina. Manoug.
 Lancha. Saginan.
 Mar. Tassi.

Alta mar. Matiaé-an.
 Agua. Hanoum.
 Coco. Nidjiou.
 Agua de coco. Choungou nidjiou.
 Vino de coco. Tonba.
 Padre. Tata.
 Madre. Nana.
 Hombre. Laé.
 Lancha. Seeman.
 Madera. Hadjiou.
 Recto. Tounas.
 Uña. Papakis.
 Rayo. Lamlam.
 Trueno. Houlou.
 Cuerpo humano. Tataoutaou.
 Doble. Gui-hiné.
 Abertura. Madoulou.
 Cordon umbilical. Acag.
 Romper el espina-zo. Houloung tatalog-nia.
 Casa. Gouma.
 Lucha. Afoulou.
 Camino. Chalan.
 Arpada. Cagouas.
 Guñar. Acéeg-hi.
 Mirar. Atan.
 Mirar en señal de inteligencia. Atan segoui.
 Señal con el dedo. Tanchou.
 Nata. Chiaca.
 Cuervo. Aga.
 Martin Pescador. Si-hig.
 Gallinacea. Sasségniat.
 Gallina. Poulalat.
 Tórtola. Totot.
 Otra tórtola. Gaga.
 Chorlito. Doulili.
 Becada. Calalan.
 Cangrejo. Chouchoucou.
 Caballero (ave acuática). Doulili.
 Garza real. Cacag.
 Fragata. Padjiagia.
 Modelo. Sah.
 Garzota. Chouchoukou-apaca.
 Rabo de junco. Tounié.
 Ruiseñor. Gapio.
 Pato. Gahanga.
 Trepador. Eguigui.
 Papamoscas. Nossa.
 Otra especie de papamoscas. Sotine.
 Bailesta. Satta.
 Tetrodon. Mangaou.
 Labra. Bou-ha.
 Lagarto. Elitei.
 Murciélago. Fani-hi.
 Murena. Acmán.
 Ave quirúrgica. Magnia-a-apaca.
 Otra especie de id. Magnia ac Atou-loun.
 Holocentro. Chalag.
 Cierta especie de peces. Achiné-Choun.
 Labra brillante. Tan hissoum.
 Chetodon. Fomo.
 Otra especie de Chetodon. Doddou.
 Hipocampo. Pippoupou.
 Ostracion. Dangloun.
 Cabrito. Ouan.
 Lenguado. Tampat.
 Pez geográfico. Sedsjioun.
 Una especie de cangrejo. Panglaou achou.
 Otra especie de cangrejo. Panglaou anitli.
 Cangrejo geográfico. Panglaou lagnia.
 Erizo. Laous.
 Pilito. Ima.
 Espondilo. Tiguimé.
 Un marisco. Ghéguéi.
 Piña. Aléliné.
 Concha bivalva acanalada. Pagan.

(1) Su corteza sirve para cefidores.
 (2) A veces se encuentran piedrecillas elípticas en la leche del coco, muchas de las cuales me he llevado á Francia.

Buitron.	Tchi-Choulou.	Codo.	Rapélépélépei, y Apélépélépei.	rohinos.	Capalei, y Apalei
Gavilan.	Tchalaga.	Hueso.	Rouloupei.	Cuchillo.	Tapétap, y Sarre.
Sierra.	Lagoua.	Mano.	Galeima, Branéma, Praléma, y Pélalipei.	Hoja del cuchillo.	Tougoutougoul.
Sombra.	An-Ninimé.			Corra del cuchillo.	Kellémel, Coumaru
Sauco.	La-Houn.			Sesto.	Rougeud, y Séou.
Braza.	Hious.	Puño.	Cattel, Comourou, y Comoural.	Hamaca.	Huloul.
Semibraza.	Echoun-Hious.			Red.	Hou.
Codo.	Tamoan.	Dedo.	Attilipai.	Coco.	Pauré.
Palmo.	Infantifi.	Pulgar.	Catoulepéné, y Catoulepai.	Eslabon.	Caellers.
Brazada.	Asna Dinidouq.			Madera para conservar el fuego.	Capett.
Puño.	Inakioun.	Indicc.	Catourap.	Saco.	Saro.
Paso.	Inagoua.	Medio.	Catoulou.	Almirez.	Ialef.
Dos brazas.	Ougoua Dinidouq.	Anular.	Catoussépouck.	Mano de almirez.	Tontaïou.
		Meñique.	Catoudeguid.	Colador.	Moitaru.
		Cadera.	Onilai.	Caldero.	Ra-hona.
		Trasero.	Lonetti.	Cuchara de madera.	Oulémi.
		Nalga.	Pourouei, Pourouel, y Palipahonati.	Calabaza.	Cahouvara.
			Rapéléprei, Oufoi.	Sal.	Tamourillaou, Tamourillaou.
		Muslo.	Pongonei, y Pongoné.	Torta de maíz.	Longoumélitari.
		Rodilla.	Bruléparei.	Cuerda.	Tali, Amei.
		Piernā.	Courouboul, y Courouboulpéré.	Honda.	Chaouled, y Amarépoi.
		Tobillo.	Capélépéléprei.	Sombrero.	Péring, Paronei, Paroun, Parounehei.
		Talou.	Salaléprei, Sagaléprei, y Lessalipérai.	Anzuelo.	Queu.
		Pantorrilla.	Paraparéprei, Parapalédéréi, y Pérapéral.	Saco de hojas de coco.	Poutaou.
		Pie.	Catouléprei, Catoutéprei.	Anillo de cabellos que los carolinos llevan en las piernas.	Rimm.
		Pulgar del pie.	Catouléprei, Catouléprei.	Pintura.	Mak.
		Segundo del pie.	Catouléprei, Catouléprei.	Capa.	Aonis.
				Azueta.	Puarnng.
		Tercero id.	Catoulougue.	Fusil.	Pak.
		Cuarto id.	Catoussépougue.	Esterá.	Quiégui.
		Quinto id.	Catourougue, y Catourouk.	Lienzo.	Teur.
		Union interior de los dedos.	Sirik, Fei.	Arco y flecha.	Ettanck.
		Dedo del pie.	Attilipérai.	Elefantiano.	Péremmats.
		Palma de la mano.	Prékémei.	Lepa.	Kilissapo-o.
		Planta del pie.	Falléprei y Fanipérai.	Herida.	Clo-o.
		Seno.	Toussagai Ti.	Cicatriz.	Equilas.
		Seno de mujer.	Raboct, y Faifféné, Oiti.	Manchas blancas en la piel.	Roanlg.
		Uña.	Coub, Cui.	Medicina.	Taré.
		Piel.	Ponai.	Médico.	Rogui.
		Sangre.	Atchaponé.	Beber.	Tchali.
		Hombre.	Mal, Marr, Mére.	Comer.	Moun-ho.
		Mujer.	Rabout, Faifie.	Agua.	Ral, Ralou, Raü.
		Mujer casada.	Aou-Taguel.	Mar.	Tasti, y Amoroue.
		Mujer soltera.	Lipper.	Agua del mar.	Ralou ciété.
		Padre.	Témal.	Dadme de beber.	Ouloumi.
		Madre.	Cillé.	Dadme de comer.	Moun-ho.
		Hijo.	La-hub, y La-hal.	Dadme cocos.	Cassitou-rola.
		Hija.	Magaiani.	Dadme fuego.	Hassilou-yaff.
		Abuelo.	Touvéi.	Hablar.	Capet, Fagatié.
		Abuela.	Faiffel-touvé.	Hablar mucho.	Egamélei-capet.
		Nieto.	Fa-ham.	Llorar.	Tan-hé, Sing, Nao'locar.
		Nieta.	Filragol.	Lágrima.	Comené.
		Hombre muerto.	Emiss.	Silbar.	Cacahour.
		Niño.	Sari, y Tarimar, y Oligat.	Cantar.	Pouarécou, Paroué.
		Niño pequeño.	Sarikid.	Cerrar los ojos.	Masscourou.
		Niño muy pequeño.	Sarikitikit.	Escupir.	Coutouvi, y Atouc.
		Mujer en cinta.	Oéboho.	Andar.	Rik.
		Anciano.	Amaré Touffé.	Andar poco a poco.	Sioutak.
		Cabellos ensortijados.	Chimorur.	Punzar.	Ouati-Ouati.
		Cabellos lisos.	Larimourac.	Cortar.	Saru.
		Parte terminal del seno.	Maror.	Esperame.	Fela.
		Pulso.	Mimécal.	Vamos.	Ouati-Ouati.
		Sudor.	Mouiamoui.	Levantarse para quedarse en pie.	Faraé.
		Antropófago.	Mouho.	Sentado.	Caouloc-Oulaïet.
		Escremento humano.	Pag-ha.	Acostado.	Battodéou, y Faizabal.
		Region lumbar.	Lougoulougoul.	Acostado y dormido.	Houllou, y Azouc.
		Languti de los ca-	Copalai, Copalei,	Salir de la cama.	Houllou emassou-roug.
				Sonarse.	Roumetac.
					Moussouri, y Malibodi.

ISLAS CAROLINAS.

Cabeza.	Ronnies, Roumai, y Simoié.				
Cabellos.	Alomméi, Alérouméi, y Timoc.				
Frente.	Man-hoi.				
Cejas.	Fatou, Fatel, Fatuel, y Fati.				
Ojo.	Metail, Métaï, y Mesai.				
Pestaña.	Caporal, Métal, Capoul, Néméti.				
Párpado.	Palapoul ne métal.				
Párpado superior.	Aoutol ne métal.				
Párpado inferior.	Assépoulépoil ne métal.				
Nariz.	Poiti, Poitiné, Poitil, y Podi.				
Ventanas de la nariz.	Poélé poiti, Pouel poitiné, Poilé poiti, Assémalibodi.				
Boca.	E-Houai.				
Dicte.	Ni, Gni, Ni-i.				
Incisivo.	Gnilonei, Gniloé (mouillez gni).				
Pequeño molar.	Hiponéguiélouei Nili.				
Gran molar.	Pouralonéi y Pouraléonéi.				
Lengua.	Lonei, Lonel, Loanel, y Loel.				
Labio.	Tilonel, Tilonel Tilaonal, Alisséou.				
Mejilla.	Tépal, Aissapal, y Aoussépai.				
Barba.	Etéi, Atel, Jatel, y Até Alouzai, y Alissel.				
Oreja.	Taliné-hé, Talinéhan, Taliné-hal.				
Pulpejo.	Bobalolon-hei, Iolal, Iolal y talinéhal.				
Agujero auditivo.	Pitalan-hei, Pouitaliné-hal.				
Cuello.	Faloui, Faloné, y Ourongai.				
Traquearteria.	Ooroun héi.				
Nuca.	Lougouroun-hei, Longoulon-ho-nel, y Longoul-hei.				
Pecho.	Loupai, Oupanal, Oupouei, y Oiti.				
Vientre.	Fégai, y Oubouoi.				
Ombigo.	Pouzei, Pouje, y Pougoi-je.				
Dorso ó espalda.	Ta-houri, Tagouri.				
Espinazo.	Routa-houri, Lou-tagouri, y Sulta-gouri.				
Clavícula.	Lépan, Alégouï, y Lupalalébouei.				
Omóplato.	Evarai, Avarai, y Efarai.				
Hombro.	Evarai, Avarai, y Efarai.				
Brazo.	Rapélépei, Chapélepei, Lapilépei.				
Antebrazo.	Marélépei, Mérélépei, y Métalipei.				

Moco.	Rallé poitel.	Casa.	Imme, Emou.	Nube.	Saronné, Ieng,
Sufrir.	Etoumai.	Bambú.	Poi-hi, Pa-hi.	Ieugué, Mani-	ling.
Ladnar.	Iarrai.	Lámina.	Pap.	Lluvia.	Oroo. oroó Ororoo,
Venid.	Pouitoc, Etto.	Madera.	Paffi.		o Courrou.
Venid todos.	Pouitoc pouitoc	Fogote.	Coli.	Viento.	liau-hé, Inao.
	elagoumi ela-	Hoja.	Euzo	Cuerpo do piedra.	Fadaual.
	goumi elagoumi.	Puerta.	Líelaouk.	Arcoiris.	Rassimé.
		Ventana.	Songalok.	Trueno.	Patche.
		Escala.	Catami.	Rayo.	Vérouére.
		Primer escalon.	Ital.	Venus (concha bi-	
		Escalon medio.	Faliou.	valva).	Péle.
		Ultimo.	Iatté.	Múrex.	Saué.
		Hierro.	Paran, Loulou.	Acetre.	Scho (m. cho).
		Planchas de bam-		Madrepóra.	Fahu.
		bú.	Pappa.	Murciélagó.	Poé.
		Techo.	Fatefat-iassou.	Súplica para conju-	
		Teja.	Emezoao.	rar el huracan.	Farsali.
		Alero.	Aguitaguid.	Concha.	Mouhihel.
		Baul grande.	Por.	Lobanillo.	Bibi.
		Baul pequeño.	Chap.	Isla alta.	Iarelong.
		Arbol.	Pelagoulluc.	Isla altísima.	Iarelong-méas.
		Arbol verde.	Laouru.	Isla baja.	Mallic.
		Arbol muerto.	Eppoit.	La parte media.	Elabebac.
		Trigo.	Vaivai.	Soplar en un mû-	
		Coco (árbol).	Roau.	rex para produ-	
		Coco (fruto).	Tohoho, Ro, Cho	cir sonido.	Abanon sa ou.
			-o.	Si, señor.	la, somol.
		Agua de coco.	Ral-ro, Aaninu.	Sombrero de paja	
		Vino de coco.	Gari.	de los carolinos.	Péring.
		Cáscara de coco.	Maribirip:	Babero.	Aliparung.
		Corteza de coco.	Peion.	Viento de popa.	Ianguior.
		Pedazo de coco.	Peitrok.	Viento á traves.	Atouor.
		Almendra de coco.	Nomacés.	Salida del sol.	Réné, Nissol.
		Banano.	Onich.	Puesta del sol.	Lebonoi, Pouni.
		Banano maduro.	Ouiss.	Sol en el cénit.	Réné.
		Banano no maduro.	Ourillo.	Sol en el horizonte.	Eouel dials.
		Naranja.	Courougourou.	Norte.	Maiban.
		Solamin.	Lougnou.	Sur.	Mayour.
		Corteza de la na-		Este.	Matararé
		ranja.	Kilile.	Oeste.	Mcliseor.
		Semillas de la na-	Faune.	Basilisco.	Ouran (ou bonne
		ranja.	Falétaouru.		odeur).
		Frederico.		¿Cuándo?	¿Filao?
		Pruto para tinte	Dualépou.	Noche.	Poum.
		rojo.	Aoutel.	¿Cuántas noches?	¿Fita pouni?
		Interior del fruto.	Moa, Maluk, Baluk.	Pieza de hierro en	
		Gallina.	Tagoullou.	forma de espátu-	
		Huevo.	Maégoumal, Aca-	la para quitar la	
		Gallo.	bouasse.	parte comesti-	
		Canto del gallo.	Coc-co.	ble del coco.	Poua-ci-gari.
		Carne.	Fétougoul.	Mango del hierro.	Poulapérigari.
		Pico.	Répoua lemalek.	Madera lisa.	Felraparak.
		Ala.	Irapaou.	Agitar la mata.	Iga-iga.
		Pata.	Perel.	Rodillo.	Ura.
		Pez volador.	Magar.	Caliente.	Issapouers.
		Tiburón:	Prio.	Caliente al salir del	
		Gecko.	Lipeipaé.	fuego.	Issapouers elierf.
		Martin Pescador.	Oua on-bouéche.	Algodon.	Iss.
		Piojo.	Couai.	Mal olor.	Emars.
		Buey.	Ama.	Varengé.	Cozel, Caouzel.
		Pájaro bobo.	Amma.	Vela.	Pouléss, Poulis.
		Piedra.	Fahou, Fahuk.	Rosario.	Poulou, Poul.
		Helecho.	Amare.	Cola.	Fetti, Chamoi.
		Rema.	Vairaié.	Fatel.	Fatel.
		Fruto del rema.	Aréparépa.	Remo.	Capill.
		Dugdug.	Meias.	Vestido.	Couzel.
		Arbol.	Pélagoulluc.	Corsé.	Ero.
		Tronco.	Trocou-pélagoullu.	Rojo.	Epouropors.
		Rama.	Pélagoulliléi.	Blanco.	Erotal-ho.
		Fruto.	Ta-hoisté.	Negro.	Etalai, Elalai.
		Tierra.	Mérolé.	Alto.	Emouroumors, Mo-
		Cementerio.	Mata.	Bajo.	moré.
		Camino.	Ialé.	Cisterna.	Ou-haou.
		Tabaco.	Capourocco.	Huella del pie en la	
		Pescado.	Igg.	arena.	Louloc.
		Ciudad.	Onalo,	Balance.	Marigueron.
		Ahora.	Ralei.	Ola.	Lolapalap, Coro-
		Mañana.	La-hi, La-hu, -Na-		molimoin.
			hu.	Mr. Berard me ha proporcionado el nom-	
		Sol.	Alet, Yal.	bre de las constelaciones y las dife-	
		Luna.	Méram, Aligou-	rentes piezas que componen un pros	
			leng, Maramé.	de los carolinos.	Ouléohuel.
		Estrella.	Fuhu, Fiez, Iga-	Estrella polar.	Ouléga.
			toroche.	Osa mayor.	
		Firmamento.	Lan-hé.		

La cabra. Maleguedi.
La lira. Meul.
El cisne. Cheppi.
El delfin. Cheppi.
La corona. Ceuta.
El águila. Mulap.
Arturo. Aromai.
Castor y Polux. Taininian.
El cuervo. Charapel.
El ojo del toro (Aldebaran). Oul.
Orion, Rigel y cstrellas vecinas. Taragariol.
Los tres Reyes. Eliel.
Sirio. Touloulou.
Prucion. Mall.
Antares. Toumour.
La cola del escorpión. Moueñ.
La cruz del Sur. Tobaab, Poupou.
La espiga de la Virgen. Toumour.
Vénus. Fuzel, Furale.
Júpiter. Opicur.
Proser. Oa, Oia, Chaque-man.
Mastil. Aug. Aug.
Remo. Fadéal, Satin.
Timon. Fadelouhoubou.
Balancin. Tinémai, Toame.
Flotador. Tam.
Vela. Na. Ona.
Rizo de la vela. Chéal, Ourour.
Escuchar. Moél.
Cargar. Chéalliserac.
Verga. Chédé.
Cuerdas. Amai.
Alcáhuas que hay en ambos costados del pros. Couma.
Esteras para cubrir los alcáhuas. Attérac.
A la amabilidad de don Luis de Torres debo los siguientes nombres de la división del año entre los carolinios.
Año. Fahalip.
Mes. Maram.
Noche. Pourn.
Una noche ó 24 horas. (Cuentan por noches). Sépourn.
El año de los carolinios se compone de los meses cuyos nombres van á continuación:
Tungur. } Héfang.
Mol. }
Mahelap. }
Sota. }
La. }
Cucu. }
Halimati. } Rag.
Margar. }
Hilohol. }
Mal. }
Los cinco primeros meses llamados colectivamente *Héfang* comprenden la mala estación: los otros cinco se denominan *Rag*.
Cada mes se compone de treinta días cuyos nombres son los siguientes: Sigauru, Hélin, Messaline, Mesor, Mesafur, Mesaguar, Mevetien, Hemetal, Huapon, Hiaropgu, Hepai, Holapue, Hal, Lamao, Hemar, Hiohur, Letu, Guiley, Jalaguolo, Sopars, Hefelag, Huhosolang, Roralihelag, Sopar, Himemuhil, Guiley, Homalo, Romalifal, Hiorofu, Heseng, y Herraf.
En el país, al archipiélago de las Carolinas le denominan Lamoursine, Lamouxiné y Ipalau. Un carolino que vi en Agaña me habló de diferentes islas, designándolas con los nombres siguientes: Saouk, Souk, ó Poulou Souk, Tamata, Ponellap, Rong, Houlahoul, Pisserar, Filahuk, Poulonat, Jalé, Sata-

BIBLIOTECA DE GASPAR Y ROIG.

houan, Pik, Pihnélo, Faiaou, Olimé-raou, Lamourtroke, Pouk, Féléit, Ouralu y Oulaluk, Tohouas y Tolouas, Elatt, Selat, Ouletann, Caré, Nemoi, Cahutac y Tahutac, Falépi, Ifelouk y Iféluk, Sérai-lap, Jasté, Séralap y Fé-lalape, Paiaou ó Paliaou, Raourouk, Seriap, Féralouos ó Felalus, Moutougoussou, Tagaila, Jalare-Caraid, Nisse-gai, Eramlap ó Eranelap, Eroupek ó Aroupik, Fais, Mogoumóg, Essouroug ó lossoro, Namó, Soune ó Sone, Sagalá, Lamo, Serahoul, Iappé, Moloug, Cahénane ó Cahéni-hané, Palloul ó Palleu, Péliou ó Pélihou, Rcapessan, Akioupoucou, Récamapay, Arapokel ó Arapoket, Erougoulmalapay ó Rougoumalapai, Argoun, Argol ó Argoub, Cré-laou, Nargoumai, Atalendran ó Atalé-né-hané, Néi-houan, Aran-harell ó Aran Harell, Iatourou, Rékériou, Aléhal, Ségal, Soutaminé, Eicane, Ahouchaho, Poul, Merier, Soun-rouné, Catougou-pouie, Fahoupoui, Loume, Polap, Pe-lepiel, Montougoulei, Cassinlon, Lull, Luc, Lamolépi, Opané, Poual, Eal, y Alamarau.

NUMERACION.

Uno. Iot, Hiot.
Dos. Ru.
Tres. Iel, Ieli, Iol, Hiel.
Cuatro. Fan, Fel, Fang.
Cinco. Limmé, Libe, Nim-mé, Lim.
Seis. Hob.
Siete. Fiz, Fus, Fis.
Ocho. Ouab, Ouané, Ou-hane, Hnal.
Nueve. Ti-hou, Li-hu.
Diez. Sek, Seck, Seg.
Once. Seg-macéou, Seg-macéo.
Doce. Seg-maroua-a-u, Seg-marú.
Trece. Seg-méhalou, Seg-masalu.
Catorce. Seg-méfa-ou, Ség-méfohu.
Quince. Seg-malimou, Seg-malimu.
Diez y seis. Seg-mahouto-a-u, Seg-mahulu.
Diez y siete. Seg-mafissou, Seg-mafisu.
Diez y ocho. Seg-mahoua-lou, Seg-mahualu.
Diez y nueve. Seg-Matouoau, Seg-matihu.
Veinte. Rnek, Mentérucké.
Treinta. Serik, Selik, Elig.
Cuarenta. Fa-hik.
Cincuenta. Limék, Néméké.
Sesenta. Holik, Oulik, Oulék.
Setenta. Fizik.
Ochenta. Onalik.
Noventa. Ti-houéké.
Ciento. Siapogou, Siapou-gou.
Doscientos. Rouapougou.
Trescientos. Iclepougou, Elepougou, Sélépougou.
Cuatrocientos. Fapougou.
Quinientos. Limmappougou, Nimmappougou.
Seiscientos. Houlapougou.
Setecientos. Fisipougou.
Ochocientos. Onalépougou.
Novecientos. Tonapougou.
Mil. Sanresse, Cenresse, Zellé.
Dos mil. Ruanressé.
Tres mil. Lélinéresse, Elinressé, Sélinéressé.

Cuatro mil.
Cinco mil.
Seis mil.
Siete mil.
Ocho mil.
Nueve mil.
Diez mil.
Cien mil.

Fanressé.
Limanressé, Ne-manresse.
Holounressé.
Fizinressé.
Oualinéressé.
Tiounressé.
Selle, Sel.
Roual.

ISLAS SANDWICH.

Cabeza. Po-ho.
Frente. La-hé.
Ojo. Maka.
Ceja. Kouamaka.
Pestaña. Ririi.
Párpado. Onoe, Onoi.
Nariz. Iou.
Ventana de la nariz. Ouha iou.
Boca. Ouahou.
Lábios. Léréch, Lérich.
Diente. Niou, Niohou.
Incisivo. Niou riri.
Molar. Niou noui ou kou.
Lengua. Arérou.
Mejilla. Paparéna.
Oreja. Peiahou.
Barba. Oumi-oumih.
Cuello. Aouhé, Aou-ai.
Pecho. Ai, Pouhahi.
Ventre. Oumouma, Oumouma.
Ombligo. Opou, Obou.
Teta. Pico, Picou.
Hombro. Oua-hiou.
Clavícula. Poiui, Pouaré.
Omóplato. Iviéi.
Espinazo. Oé-oé.
Dorso ó espalda. Ibioumo.
Region lumbar. Kioua, Kouamo.
Trasero. Kikara.
Partes genitales de la mujer. Papakouré.
Union íntima de los dos sexos. Koé.
Brazo. Pané-pané, Ai.
Axila. Rima-rima.
Pliegue del codo. Poé-hé.
Puño. Ai-rima.
Dorso de la mano. Akarima.
Palma de la mano. Kouarima.
Pulgar. Pohorima.
Indice. Rima-nouhi.
Medio. Mekipoi.
Anular. Piréhou.
Meñique. Piri.
Uña. Limeiki.
Muslo. Maio-hou.
Rodilla. Ouha.
Pierna. Kourt.
Pantorrilla. Ouha-ouhai.
Pie. Orou-Orou.
Dorso del pie. Kapouai-oua-ouai.
Planta del pie. Okoua-oua-ouai.
Huesos. Poho-oua-ouai.
Talon. Poupou-oua-ouai.
Dedo del pie. Koué-koué-oua-ouai.
Pulgar del pie. Rike-riké.
Segundo del pie. Oua-oua-noué.
Tercero del pie. Mana-mana-noui.
Cuarto del pie. Manéa-noui.
Quinto del pie. Mané-éhi.
Codo. Koué-koué.
Nombre del rey actual. Houriou Riou, Riouriou.
Rey. Erinouhi.
Calabaza. Aipou.
Sombbrero. Papare.
Anzuelo. Pah.
Cal. Poumah.
Fruto de un cactus. Papipi.

Piragua.
Remo.
Cuello.
Cerita.
Cuerda.
Anillo.
Vestido de mujer.
¿Cómo se llama esto?
Erinos.
Bananos.
Ranino.
Tornillo.

Porcelana.
Concha bivalva.
Esfinge.
Jecko.
Myrmelcon.
Yehneumon.
Bulina.
Ave.
Esquino.
Chorchin.
Cangrejo.
Holoturio.
Balista.
Lepada.
Pólipo.
Esquino negro.
Langosta.
Cangrejo negro.
Gran araña.
Cangrejo rojo.
Cangrejo negruzco.
Jaquerlat.
Gorrión.
Zancuda.
Trepador.
Moraneta.
Albatro.
Gallina de mar.
Libelula.
Tona.
Buho.
Esfinge.
Langosta.
Porcelana.
Molusco.
Cabra.
Pato.
Singnaco.
Fistular.
Balista.
Labor.
Nasan.
Chalupa.
Laber.

Otro laber.
Concha tornillo.
Laber rojizo.
Pez de Owwhyée.
Balista negra.
Chetodon.
Otro chetodon.
Pedazo de madera para encender fuego.
Pedazo de madera para frotar el primero.
Hilo que hace las veces de estopa.
Hojas del árbol cu-

Kenou.
Eoé.
Nihou.
Toua-o, Pipépi.
Roré.
Créahouaré.
Roré.

¿Onaitai-nou?
Aoukéouké.
Manana, Maia.
Oura.
Pou. L'animal: lo pou.
Pouléou, Séou.
Ohourepi.
Oé-ai.
Moho.
Pinaou.
Tanacapa.
Poupou.
Manou.
Ouana.
Koréa.
Ahamah.
Corévévas.
Aonoui.
Obibi.
Rimou.
Adodoué.
Ouré, Oura.
Erépi.
Aparana.
Erékoumai.
Erépi.
Erérou.
O-on.
Coréa-ouriri.
Raohuhi.
Erépeio.
Ha-a.
Araí.
Pinahou.
Pou.
Pouchou.
Oura-loua.
Ou-nihi.
Kakiki.
Papai.
Tao.
Toroa.
Nounou.
Inaréa-Noucouri.
Maí-ii.
Maré.
Kara.
Néhou.
Orouma, Mahou-vcta.
Opuré.
Pou.
A-ourou-ourou.
Oboue.
Aounounouhi.
Raou-ahou.
Mamamoh.

Aourac.

Aourima.

Aoupéna.

ya raíz sirve para la fabricacion del ava.
Arco-iris.
Otra especie de Laber.
Otra especie de Chetodon.
Otra especie de pescado.
Moral.
Tabaco.
Papayo.
Palmera brasileña.
Gran árbol que da flores amarillas.
Dobles piraguas.
Travesaños de las dobles piraguas.
Travesaños rectos.
Coco.
Una especie de fruto.
Vasos de calabaza.
Cuerda.
Cabellos.
Cola.
Caña de azúcar.
Varex.
Paja fina.
Polvo.
Ceñidor.
Collar.
Instrumento músico.
Escupidera.
Taro molido.
Lugares destinados á la consagracion de bananos, etc.
Corona de plumas amarillas.
Pico.
Ojo.
Lengua.
Cabeza.
Cuello.
Ala.
Pata.
Cola.
Abdómen.
Pecho.
Curvas.
Marsopla.
Pieza que sostiene á la marsopla.
Florador.
Banco.
Remo.
Mástil.
Vela.
Calabaza.
Plancha para el remero.
Parte principal de la piragua.
Rema.
Patata.
Cuerda que áta las piezas de la piragua.
Presente.
No quiero.
Maiz.
Líquido para po-

Taouti.
Anouénoué.

Irou.

Titii.

Oural.
Ouahouké.
Paka.
Papaié.
Toaurou.

Koahou.
Ioa.

Oja.
Eaou.
Néhou, Nihou.

Concoui.
Ebou.
Orona.
Oo.
Akié.
To, Tohou.
Mahou.
Piri.
Aré-taméhaméha.
Maro.
Léhi-hala.

Ipou-o-kio-kio.
Ipoutou-laré.
Poé.

Oiaou, Ataou.

Mamo.
Nocou.
Maca.
Oua-ha.
Po-ho.
Ai.
Pekckeou.
Vavaí.
Poupoua.
Opouhou.
Ouma-ouma.
Aouno.
Atea.

Toa.
Véri-véri.
Touno.
Touno-toé.
Ochou.
Péa.
Ebou.

Pépeiabou.

Toa.
Oulou.
Eeia.

Aa.
Macana.
Ahoré.
Tourina.

nerse en los caballos.
Taparabos.
Casco.
Abanico.

Madera que sirve para fabricar lienzos.

Id. Id.
Racimo.
Uva.
Calabaza.
Martillo.
Fuego.
Verdolaga.
Arco.
Flecha.
Punta de la flecha.
Gran flecha.
Huso para jugar.
Estera.
Banco.
Baul.
Botella cuadrada.
Botella redonda.
Garrafa.
Cubilete.
Año.
Mes.
Primer día del mes.
Bien, está bien.
Mujer.
Buenos días.
Mañana.
Pintura.

Paroro.
Pailouitoui.
Ié.
Péai, Leourou, Mahourou.

Eié.
Ek-koua.
Makaou.
Poa.
Okéou-inai.
Poachou, Poatou.
Ai.
Agounigouni.
Toaié.
Poua.
Mamané.
Id.
Ouléi, Toaié.
Mouhéna.
Nco.
Poua.
Lapalapa.
Omoré.
Omoré-anéané.
Ti-ia-anéané.
Makahilé.
Ma-ina, Tairo.
Co.
Meitei.
Quainé.
Aloa, Aro-ha.
Abobo.
Cacaou, Tataou.

NUMERACION.

Uno. Ahaí, Ataí.
Dos. Aroua.
Tres. Acorou.
Cuatro. A-ha.
Cinco. Arima.
Seis. Aouno.
Siete. Aikou, Aitou.
Ocho. A-ouarou.
Nueve. Aiva.
Diez. Oumi.
Once. Oumi-koumou-ma-kaí.
Doce. Oumi-koumou-ma-roua.
Trece. Oumi-koumou-ma-corou, etc.
Veinte. Kanaroua.
Treinta. Kanakorona.
Cuarenta. Kanaa.
Cincuenta. Aroua Kanaa.
Sesenta. Aouno Kanaa.
Setenta. Aikon Kanaa.
Ochenta. A-ouarou-kanaa.
Noventa. Aiva-kanaa.
Ciento.

Vése pues, por este vocabulario que casi todas las palabras de la lengua sandwiquiana son compuestas; pero bueno es que se note que en general terminan las voces con una pequeña aspiracion que se puede representar por una *h*, y que á su voluntad cambian los isleños de aquel archipiélago la *k* en *t*, ó la *t* en *k*, como tambien la *r* en *l*, ó la *l* en *r*. He observado que recitaban menos aprisa las canciones habladas que sus demás discursos.

NOTAS CIENTIFICAS.

LOS VIENTOS ALISIOS.

Página 18.

En la mayor parte de las regiones ecuatoriales se encuentra constantemente un viento del Este á que se ha dado el nombre de viento *alisio*. Un fenómeno tan continuado debía ser efecto de causas permanentes, y con efecto la esplicacion admitida lo hace proceder de la accion calorifica del sol y de la rotacion de la tierra.

Para concebir la traslacion de las masas de aire que resulta de estas influencias combinadas, es preciso recordar primero que al contacto de un cuerpo fuertemente calentado, el aire se caldea tambien, que al caldearse se hace mas ligero, se eleva y empieza á formar sobre el cuerpo calentado, una corriente ascendente, y que por último esta corriente se alimenta sin cesar á costa del aire mas frio que por todas partes afluye hácia la base y se eleva dilatándose á su vez.

Tenemos, pues, por la sola presencia del cuerpo caliente una impulsión dada, una corriente establecida. Supongamos ahora que á cierta altura el aire caldeado encuentra una superficie fria, que se enfriará en seguida, y haciéndose mas denso volverá á bajar, yendo á formar á cierta distancia de la corriente ascendente una contra-corriente dirigida de arriba á bajo, y pudiendo tambien entonces desde la region inferior volver hácia el foco calorífico que obra como un centro de aspiracion, y al caldearse de nuevo circula sin cesar en la curva cerrada que recorrió la vez primera.

Todas las circunstancias con que se establece á nuestra vista un movimiento circulatorio del aire, de una manera continua y en un espacio cerrado, existen en la superficie de la tierra aunque en proporciones inmensas.

La zona calentada que determinará por su contacto con las capas inferiores de la atmósfera una corriente ascendente, serán las regiones ecuatoriales formando alrededor de la tierra una ancha banda y heridas en todas las estaciones por un sol igualmente ardiente.

La superficie fria que obligará á esta corriente á caer enfriándose por una y otra parte desde los trópicos hácia el suelo de los climas templados, son las capas superiores de la atmósfera en las regiones elevadas en que reina un perpétuo frio, aun en el Ecuador.

Pero á medida que se establece entre los trópicos una corriente ascendente de aire calentado por el polo de los grandes continentes, el aire mas frio de las zonas templadas viene á reemplazar las capas que se elevan tocando la superficie de la tierra.

Y el aire de las zonas templadas es reemplazado á su vez por la caída de las capas enfriadas en las altas regiones de la atmósfera.

Así es como de ambos lados del Ecuador se establece la doble circulacion de un modo permanente.

A primera vista parece que el único viento que debía resultar de este transporte del aire á la superficie de la tierra, seria un viento que desde los polos y en direcciones contrarias soplase sin cesar hácia el Ecuador, es decir un viento Norte en el hemisferio boreal y Sur en el opuesto.

Y sin embargo, este transporte de aire del Norte y

del Sur hácia el Ecuador es muy poco sensible y va en cierta manera á perderse en el transporte mucho mas rápido que nos parece arrastrar el aire de las regiones ecuatoriales de viento al Occidente.

¿Cómo se esplican estos movimientos que parecen tan poco conformes con los primeros que hemos sentido?

El resto de la esplicacion es preciso pedírselo á la rotacion de la tierra.

La tierra gira sobre sí misma y al girar arrastra la atmósfera que la rodea y oprime. Cada porcion de aire, en cierto modo adherente al suelo por el roce, adquiera rápidamente toda la velocidad de este; así es que sobre la tierra un punto del Ecuador describe dando vueltas siete leguas por minuto, mientras que la latitud de París no recorremos mas que cinco en el mismo tiempo: los polos permanecen inmóviles.

Lo que acabamos de decir acerca de los diferentes puntos del suelo es igualmente cierto respecto al aire que les toca.

Así en cada minuto el aire en París, el aire de las regiones templadas recorre dos leguas menos que el aire y el suelo de las regiones ecuatoriales. Pero si trasportándose hácia el Ecuador por efecto de la circulacion que escita el calor solar el aire de las regiones templadas, conservase esta enorme inferioridad de velocidad al llegar entre los trópicos cada punto del polo le adelantaria dos leguas por minuto en el sentido de la rotacion de la tierra, es decir, de Occidente á Oriente, y cada punto del suelo impresionaria al aire y pareceria ser impresionado por él como si siendo inmóvil la tierra, soplase un viento de gran violencia en la direccion opuesta á la que parece seguir el viento aliseo de Este á Oeste.

No de otro modo trasportados en la misma direccion de un viento poco rápido por un carruaje que le adelanta, creemos que el aire que sentimos es impelido hácia nosotros en el sentido contrario de su verdadero movimiento. Tal es la esplicacion del viento alisio.

Solo que en vez de esta inmensa velocidad de dos leguas por minuto el viento alisio ofrece una rapidez regular, y debe comprenderse que no puede ser de otra manera, atendiendo á que el aire de las regiones templadas llega lentamente al Ecuador, y que sucesivamente y en toda la travesía su roce con el suelo disminuye la diferencia de velocidad del aire y de los paralelos terrestres que acaba de recorrer.

Por un razonamiento semejante se deduce que la corriente superior que devuelve el aire de las capas elevadas de la atmósfera ecuatorial hácia la superficie de nuestros climas templados, debe tender constantemente á producir vientos del Oeste, que es con efecto la direccion comun en nuestros climas. Pero un gran número de causas incidentales, que no existen en las inmediaciones del Ecuador, ocultan frecuentemente entre nosotros la parte regular del fenómeno.

Despues de leer esta esplicacion tal vez se admirará alguno de oírnos decir que los vientos alisios pueden ser allí objeto de nuevos é importantes estudios, pero es preciso tener presente que la práctica de la navegacion se limita con frecuencia á simples demostraciones con que no se contenta la ciencia. Así no es cierto por mas que se diga que al Norte del Ecuador soplan estos vientos constantemente del Nor-

deste y al Sur del Sudeste, porque los fenómenos no son los mismos en ambos hemisferios, variando en cada lugar segun las estaciones. Serian, pues, una adquisicion útil para la meteorología las observaciones diarias de la direccion real, y en cuanto fuese posible de la fuerza de los vientos orientales que reinan en las regiones ecuatoriales.

La proximidad de los continentes, y con particularidad la de las costas occidentales, modifican los vientos alisios tanto en la fuerza como en su direccion, y sucede á veces que les reemplaza un viento del Oeste. En todas partes donde se manifiesta esta desviacion, es conveniente notar la época del fenómeno, la situacion de la costa vecina, su distancia, y, en cuanto pudiese, su aspecto general. Para que se conozca la utilidad de esta última recomendacion basta decir que una region arenosa, por ejemplo, obrará mas y con mayor actividad que un pais cubierto de bosques ó de cualquier clase de vegetales.

En el mar que baña la costa occidental de Méjico, desde Panamá hasta la península de California entre los 8° y 22° latitud Norte, se encuentra, segun dice el capitán Basil Hall, un viento del Oeste casi permanente precisamente donde debia hallarse el viento Este de las regiones ecuatoriales. Seria curioso observar en aquellos parajes á qué distancia de las costas subsiste la anomalía y á qué longitud recobran sus derechos los vientos alisios.

Con arreglo á la explicacion generalmente adoptada sobre estos, debe haber continuamente sobre los trópicos un *viento superior* dirigido en sentido contrario del que sopla en la superficie de la tierra, de cuya existencia se tienen ya muchas pruebas. La observacion asidua de las nubes elevadas, y particularmente de las llamadas *aborregadas*, debe suministrar datos preciosos de que sacará partido la meteorología.

La época, la fuerza y la estension de los *monzones* forman tambien un asunto de estudio que hay todavía que ampliar á pesar de una multitud de importantes trabajos.

LOS HURACANES.

Página 44.

Ya he referido algunos de los fenómenos meteorológicos observados en la isla de Francia, en el momento del terrible huracan que destruyó la colonia; he citado hechos exactos, verdaderos, comprobados con nombres propios; he pasado en silencio catástrofes tan extraordinarias que la razon se niega á aceptar, y sin embargo sé que me se ha acusado de exageracion. ¿Qué he de contestar? Lo ignoro. No obstante, como quiero que se me crea, como lo que para mí es verdad es verdad para todos, y como mis manifestaciones explícitas no pueden ni deben ser puestas en duda, presento nuevos documentos que vienen en mi auxilio y contra cuya evidencia es imposible la sospecha. La lógica mas segura es la de los hechos. Voy á dar aquí detalles auténticos del huracan que destruyó á la Guadalupe el 26 de julio de 1825.

Este huracan derribó en la Tierra-Baja, un gran número de casas de las mejor construidas. El viento daba á las tejas tal velocidad que algunas penetraron en los almacenes á través de gruesas puertas. Una tabla de abeto de un metro de largo, de dos decímetros y medio de ancho y veinte y tres milímetros de espesor se movia en el aire con tal velocidad que atravesó de parte á parte una rama de palmera de cuarenta y cinco centímetros de diámetro. Un trozo de madera de veinte centímetros de escuadra y cuatro ó cinco metros de largo arrojado por el viento en un camino firme y frecuentado se introdujo en el suelo cerca de un metro. Rompióse completamente una magnífica reja de hierro construida enfrente del palacio del go-

bernador. Tres cañones de 24 retrocedieron hasta encontrar el espaldon de la batería.

Hé aquí algunos pormenores sacados de una relacion oficial redactada á los pocos dias del suceso.

En el momento de su mayor intensidad parecia luminoso el viento, y una llama plateada, que salia por las rendijas de las paredes, los agujeros de las cerraduras y otras aberturas, hacia creer en la oscuridad de las casas que estaba ardiendo el cielo.

Hé aquí un resumen de varias opiniones que se han emitido de algunos años á esta parte sobre los grandes huracanes.

Mr. Espy cree que el viento sopla en todas las direcciones posibles hácia el centro de los huracanes, habiendo llegado á esta consecuencia después de discutir un sinnúmero de observaciones recogidas en las costas de los Estados-Unidos. Los efectos del *tornado* que en junio de 1835 atravesó parte del territorio de Nueva Jersey, estaban perfectamente de acuerdo con esta teoría. Habiendo seguido el doctor Bache las huellas del meteoro á través del pais, halló en efecto con el auxilio de la brújula, que las direcciones de los objetos derribados convergian generalmente en cada region hácia un punto céntrico.

La teoría de Mr. Espy está en completa oposicion con la que el coronel Capper, de la compaña de las Indias, propuso en 1801, que Mr. Redfield de Nueva-York, reprodujo después perfeccionada, y que acaba de ser objeto de una memoria concienzuda presentada á la asociacion botánica de Newcastle por el teniente coronel Reid.

Segun esta teoría, los grandes huracanes de las Antillas, de las regiones tropicales y de la costa oriental de los Estados Unidos son *inmensas trombas*. Mr. Reid dice que las direcciones simultáneas de los vientos en las vastas extensiones de terreno que los huracanes destruyen, concuerdan con su hipótesis: los diarios náuticos que ha podido comparar, procedentes de los diferentes buques de que se componia la escuadra del almirante Rodney en 1780, y del gran convoy escoltado por el *Culloden*, que fue destruido casi completamente el año de 1808 cerca de la isla de Francia, parecen demostrar tambien que en el límite exterior del *tornado*, los vientos en vez de ser *normales* en un solo y mismo circulo, le eran *tangentes*.

En punto á hechos las observaciones en que se apoyan por una parte Mr. Espy y Mr. Bache, y por otra Mr. Redfield y Mr. Reid, no pueden conciliarse mas que admitiendo que hay huracanes y tornados de muchas clases. Siguiendo la teoría de estos dos últimos meteorologistas seria preciso conceder que la *tromba-huracan* tiene á veces unas setecientas á ochocientas leguas de diámetro, que su velocidad de propagacion puede ser de ocho leguas por hora, y que la *rotacion del aire* en la circunferencia, ó en otros términos, que la velocidad de los vientos tangentes es á veces de cuarenta leguas por hora.

La estraña observacion de Frankun de que los vientos un poco fuertes tienen á veces su origen en los puntos hácia los cuales soplan, se acuerda perfectamente con la teoría de Mr. Redfield. Indiquemos la observacion del ilustre fisico americano.

En 1740 á eso de las siete de la tarde se sintió en Filadelfia una violenta tempestad del Nordeste, que no se sintió en Boston hasta cuatro horas después, aunque esta ciudad se halla al Nordeste de la otra. Comparando algunas relaciones, tanto mas exactas cuanto que la misma noche se observó un eclipse de luna en un gran número de estaciones, se reconoció que el huracan, que en todas partes soplabá del Nordeste se adelantaba del Sudeste hácia el Nordeste con una velocidad de diez y seis miriámetros por hora.

Una tempestad parecida del Nordeste se observó nuevamente en la costa de América el año de 1802,

que empezó en Charlestown á las dos de la tarde y no se sintió en Washington hasta las cinco. En Nueva-York, que es mas septentrional, empezó á las diez de la noche y no llegó á Albany hasta el amanecer del día siguiente. En todo este intervalo su velocidad fue de cerca de diez y seis miriámetros por hora.

Creo que se verá con gusto aquí las velocidades determinadas por los físicos, de las diversas clases de vientos.

VELOCIDAD POR SEGUNDO.	VELOCIDAD POR HORA.
0. ^m 5	1,800 ^m — viento apenas sensible.
1, 0	5,600 — viento sensible.
2, 0	7,200 — viento moderado.
5, 5	19,800 — viento bastante fuerte.
10, 0	36,000 — viento fuerte.
20, 0	72,000 — viento impetuoso.
22, 5	81,000 — tempestad.
27, 0	97,900 — gran tempestad.
56, "	101,400 — huracán.
45, "	162,000 — huracán que derriba los edificios y arranca los árboles.

LAS TROMBAS Ó TROMPAS MARINAS.

Página 52.

Las trompas se han explicado hasta ahora muy imperfectamente. Los teóricos necesitan descripciones de este fenómeno exactas y detalladas, siendo una de las cosas mas dignas de averiguarse si el agua que despiden á lo lejos y en todas direcciones es ó no salada. Por lo que hace á los cañonazos, considerados como medios de disipar las trombas, daré un extracto de una memoria interesante del capitán Napier.

Cuando empezó á andar de nuevo la tromba (6 de setiembre de 1814), su marcha era de Sur á Norte, es decir, en sentido contrario del viento. Como este movimiento la traía directamente hácia el buque, el capitán Napier recurrió al medio indicado por los marineros, esto es, disparar varios cañonazos al meteoro. Habiéndolo atravesado una bala á una distancia de la base igual á la tercera parte de su altura total, cortó á la tromba horizontalmente en dos partes, flotando aquí y allá los segmentos como si estuviesen impelidos por vientos opuestos. Al cabo de un minuto se reunieron ambas partes durante algunos instantes, y el fenómeno se disipó en seguida completamente dejando caer un torrente de lluvia la inmensa nube que le reemplazó.

Cuando la tromba fue dividida en dos por la bala, su distancia del buque no era de media milla. La base, tomando por tal la parte de la superficie del mar que parecia hervir, tenia trescientos pies de diámetro, y el cuello de la tromba, es decir, la seccion que formaba el tubo ascendente en la nube que cubria gran espacio de cielo, se hallaba en aquel momento, segun las medidas de Mr. Napier, á cuarenta grados de altura angular.

Adoptando dos mil cincuenta pies ó sea un poco mas de la tercera parte de una milla para la distancia horizontal del punto observado al buque, se halla que la altura perpendicular de la trompa ó la dimension congetudinal del tubo ascendente, comprendida entre el mar y la nube, era de mil setecientos veinte pies. Esta determinacion es importante, pues prueba que el agua no se eleva en el tubo interior por el solo efecto de la presión del aire.

ESTRELLAS FILANTES Ó ERRANTES.

La siguiente nota, tomada de las instrucciones que redactó mi hermano mayor en 1835, para el viaje de circunnavegacion de la corbeta la *Bonite*, pondrá al corriente á los lectores de lo que hoy en día se sabe acerca de las estrellas filantes.

«Desde que se han observado con exactitud algunas estrellas errantes, se ha visto cuánta atención merecen estos fenómenos por largo tiempo desdeña-

dos, estos supuestos meteoros atmosféricos, estos llamados regueros de gas hidrógeno inflamado. Su paralage las ha colocado ya á mayor altura, que en las teorías adoptadas parecían permitir en los límites sensibles de nuestra atmósfera (1), tratando de encontrar la direccion aparente en que se mueven las estrellas errantes *por lo comun*, se ha reconocido por otro medio que aunque se inflamen en nuestra atmósfera, no tienen su origen en ella y que vienen de fuera. Esta direccion, que es la mas frecuente de las estrellas errantes *parece diametralmente opuesta al movimiento de traslacion de la tierra en su órbita*.

»De desear sería que se fijase este resultado despues de examinar gran número de observaciones. Creemos pues, que á bordo de la *Boneti* y mientras dure su navegacion, los *oficiales de guardia* deberán anotar la hora de la aparicion de cada estrella filante, su altura angular aproximada sobre el horizonte y especialmente la *direccion de su movimiento*. Comparando estos meteoros con las principales estrellas de las constelaciones que atraviesan, pueden resolverse de una vez las diversas cuestiones que hemos indicado. Hé aquí pues un descubrimiento que no ocasionará ningún trabajo. En todo caso, para que nuestros jóvenes compatriotas le tomen cariño bastará indicarles lo chistoso que sería establecer que la tierra es un planeta con pruebas suministradas por fenómenos tales como las estrellas errantes, cuya inconstancia es proverbial. Añadiríamos ademas, si fuese necesario, que no se entrevé hoy la posibilidad de explicar la pasmosa aparicion de bolidos observada en América la noche del 12 al 13 de noviembre de 1833, sino es suponiendo que ademas de los grandes planetas circulan alrededor del sol millares de cuerpos pequeños que solo son visibles al penetrar en nuestra atmósfera é inflamándose en ella, que estas *asteroides* usando la palabra que ha aplicado Herschell á Ceres, Pallas, Juno y Vesta) se mueven en cierto modo por grupos y que la observacion asidua de las estrellas errantes será el único medio de aclarar estos curiosos fenómenos.

»Acabamos de hacer mencion de las estrellas filantes observadas en América el año de 1833. Estos meteoros se sucedian con tan cortos intervalos que era imposible contarlos; pero cálculos aproximados y moderados señalan su número en cientos de miles (2). Vióselas á lo largo de su costa oriental de América desde el golfo de Méjico hasta Halifax, y desde las nueve de la noche hasta la salida del sol y en algunos puertos, de día claro á las ocho de la mañana.

(1) Tan numerosas eran las estrellas y se presentaban en tantas regiones del cielo á la vez, que al tratar de contarlas no podia conseguirse mas que equivocadas aproximaciones. El observador de Boston las asimilaba en el momento del *maximum* á la mitad del número de capas que hay en el aire durante una nevada ordinaria. Cuando el fenómeno disminuyó considerablemente, contó seiscientas cincuenta estrellas en quince minutos, circunscribiendo su observacion á una zona que no era la décima parte del horizonte visible. Este número, segun él, no componia mas que las dos terceras partes del total, así pues debió contar ochocientas sesenta y ocho y en todo el hemisferio visible ocho mil seiscientas sesenta. Esta última cifra daría treinta y cuatro mil seiscientas cuarenta estrellas por hora, y como el fenómeno duró mas de siete, el número de las que se vieron en Boston pasó de doscientas cuarenta mil porque no debe olvidarse que las bases del cálculo fueron establecidas cuando el fenómeno declinaba notablemente.

(2) Observaciones comparativas hechas el año de 1825 en Breslau, Dresde, Leiden, Brieg, Gleiwitz, etc., etc., por el profesor Brandes y varios discípulos suyos, han dado una altura de quinientas millas inglesas (cerca de doscientas leguas de posta) á ciertas estrellas errantes.

La velocidad aparente de estos meteoros ha sido á veces de treinta y seis millas (doce leguas) por segundo, que es el doble de la velocidad de traslacion de la tierra alrededor del sol. Así pues, aunque se tomase la mitad de esta velocidad aparente por una ilusion, por un efecto del movimiento de traslacion de la tierra en su órbita, quedarán seis leguas por segundo de velocidad real de la estrella. Seis leguas por segundo es una velocidad mayor que la de todos los planetas superiores, exceptuando la tierra.

» *Todos estos meteoros partian de un mismo punto del cielo*, situado cerca de Y, del Leon, cualquiera que fuese la posición de la estrella por efecto del movimiento diurno de la esfera. Hé aquí un resultado muy extraño; pero citemos otro que no lo es menos.

» La lluvia de estrellas errantes de 1833 tuvo lugar como ya dijimos, en la noche del 12 al 13 de noviembre.

» En 1799 se observó en América otra igual por Mr. Humboldt, en Groelandia por los hermanos Moravos y en Alemania por varias personas.

» Su fecha es la noche del 11 al 12 de noviembre. » La Europa, la Arabia, etc., etc., fueron testigos de un fenómeno idéntico aunque en menor escala. Su fecha la noche del 12 al 13 de noviembre.

» Esta casi identidad de fechas nos autoriza tanto mas á invitar á nuestros jóvenes navegantes á observar todo lo que puede aparecer en el firmamento desde el 10 al 15 de noviembre, cuanto que los observadores favorecidos por una atmósfera despejada aguardaron el fenómeno el año último (1834) y notaron señales manifestas en la noche del 12 al 13 de noviembre (1) ».

EL TRUENO.

El tratado que acaba de publicar mi hermano mayor sobre el trueno me suministra dos notas estrechamente ligadas con mi asunto. Hállase en la primera un examen de esta cuestión: «¿Truena tanto en alta mar como en el interior de los continentes?» La segunda será relativa á este otro fenómeno: «¿En qué estaciones son mas frecuentes los truenos fulminantes?»

I.

¿Truena tanto en alta mar como en lo interior de los continentes?

He creído deber examinar, si, como se supone sin aducir pruebas, truena con menos frecuencia en alta mar que en el centro de los continentes. Indicando en un mapa-mundi segun sus longitudes y latitudes todos los puntos en que los navegantes han sido asaltados por tormentas acompañadas de truenos, parece evidente, con la simple inspeccion del mapa, que el número de estos puntos disminuye con el alejamiento de los continentes, y tengo algunas razones para creer que mas allá de cierta distancia de la tierra *no truena nunca*. Presento sin embargo este resultado con la reserva posible porque la lectura de tal ó cual viaje podría mañana venir á probarme que me habia apresurado demasiado á generalizar. Por lo demas para salir cuanto antes de incertidumbre sobre este punto, no he encontrado mejor medio que recurrir á la placencia y erudicion náutica del capitán Duperrey, y las palabras de este sabio navegante me darán una seguridad que hoy seria prematura. Pero puedo desde ahora mostrarme completamente afirmativo sobre el hecho de la disminucion de las tempestades en el mar, y hallo una prueba demostrativa de ello en el interesante viaje que acaba de publicar el capitán Bougainville.

La fragata *Thétis*, mandada por este oficial, sale de la rada de Tourane (Cochinchina) á mediados de febrero de 1825 y da á la vela para Surabaya, situado al estremo Sud-Este de Java. Durante la travesía ape-

nas nota una tempestad acompañada de truenos, mientras que al llegar á la rada (desde el 19 de marzo hasta el 30 de abril), no cesa de oírlos todas las tardes. La *Thétis* sale el 1.º de mayo para Port-Jackson, manteniéndose varios dias casi esactamente en el paralelo de Surabaya. No obstante, apenas pierde de vista el territorio de Java cesan los truenos. En resumen, *antes* de entrar en Surabaya los meteorólogos de la *Thétis* no tienen que consignar ningun trueno, *durante* su permanencia en la rada hasta la época de aparejar, truena casi todas las tardes, y *despues* de la salida del buque la tripulacion no oye uada. La prueba no puede ser mas completa. Repitamos sin embargo que la consecuencia que de ella se desprende está confirmada plenamente por el conjunto de observaciones hechas en todas las regiones del globo. De modo que la atmósfera oceánica es menos apta para engendrar las tormentas que la de los continentes é islas.

II.

¿En qué estaciones son mas frecuentes los truenos fulminantes?

Tan lejos estoy de mirar los proverbios y dichos populares como el *código de la sabiduría de las naciones*, como de creer que los físicos deben mirar con desden los proverbios que se refieren á fenómenos naturales. Admitirlos ciegamente seria de seguro grave falta, pero no seria menor rechazarlos sin examen. Dejándome guiar por estos principios me ha sucedido á veces hallar importantes verdades allí donde otros no veian mas que el fruto de las preocupaciones. Así pues, á pesar de todo lo que tiene de improbable y de lo contrario que es á las ideas dominantes el aforismo de los campesinos:

«Los truenos nunca son mas peligrosos que en las estaciones frias.»

He creído deber someterlo á una prueba que nadie tiene el derecho de recusar á la observacion, preséntándola de una manera sencilla.

He llevado nota de *todos los truenos fulminantes* de fechas esactas, indicados por os navegantes, y los he clasificado por meses; pero entiéndase que ha sido necesario no comprender en este resumen mas que los sucesos de un solo hemisferio, porque al Norte y Mediodia del Ecuador, los meses de un mismo nombre corresponden á estaciones diversas. Tampoco creí que debia estender el círculo de las observaciones á las regiones tropicales donde los diferentes meses del año difieren muy poco entre sí bajo el punto de vista de la temperatura, huyendo de estas dificultades y encerrándome en el espacio comprendido entre las costas de Inglaterra y el Mediterráneo inclusive.

Hé aquí los resultados:

ENERO.

- 1749 El *Dover*, buque mercante ingles.
El 9, latit. 47° 30' Norte. 22° 15' Oeste.
- 1762 *Bellona*, navío ingles de 74.
El... latit... longit...
- 1784 El *Thisbe*, navío de guerra ingles.
El 3, costas de Irlanda.
- 1814 El *Milford*, navío de línea ingles.
El... (En el puerto de Plymouth.)
- 1830 El *Etna*, el *Madagascar*, el *Mosquito*, buques de guerra ingleses.
El... (En el canal de Ccrrú.)

FEBRERO.

- 1799 El *Cambria*, navío de línea ingles.
El 22 (cerca de Plymouth).
- 1799 El *Terrible*, navío de línea ingles.
El 23 (cerca de las costas de Inglaterra).
- 1809 El *Warren-Hastings*, navío de línea ingles.
El 14 (en Portsmouth).
- 1812 *Tres* navíos de línea.
El 23 (en Lorient)

(1) Mr. Berard capitán del bergantin *Lorient*, me ha dirigido el siguiente extracto de su diario:

«El 13 de noviembre de 1851 á las cuatro de la madrugada el cielo estaba perfectamente sereno y el rocío era muy abundante: vimos una multitud de estrellas errantes y meteoros luminosos de grandes dimensiones. Durante mas de tres horas aparecieron por término medio dos á cada minuto, y uno de ellos, que se presentó al cénit haciendo un enorme surco dirigido del Este al Oeste traía una banda luminosa muy ancha (igual á la mitad del diámetro de la luna), en la que se distinguian varios colores del arco iris. Su buella permaneció visible por espacio de seis minutos.»

MARZO.

- 1824 El *Lydia* de Liverpool.
El 23 (en la travesía de Liverpool á Miramichi).

ABRIL.

- 1811 El *Infatigable*, el *Warley*, la *Perseverance*, el *Warren-Hastings*, buques ingleses viajando de conserva.
El 20, lat. 46° 46', long. 41° 39'.
1823 El *Annibal*, de Boston.
El 22, lat. 44° Norte, long. 40° Oeste.
1824 El *Hopewell*, buque mercante ingles.
El 22, lat. 44° 30' Norte, long...
1824 La *Penelope* de Liverpool.
El 22 lat. 46° Norte, long. 39° Oeste.
1827 El *New-York*, paquete de vapor de 500 toneladas.
El 19, lat. 38° 9' Norte, long. 61° 17' (en la travesía de Nueva-York á Liverpool).

MAYO.

JUNIO.

JULIO.

- 1681 El *Albemarl*, buque ingles cerca del Cabo de Cod, lat. 42° Norte.
1830 El *Glocester* y el *Melville*, navios de línea ingleses.
El... (cerca de Malta).

AGOSTO.

- 1808 El *Sultan*, navío de guerra ingles.
El 12 (en Mahon).

SEPTIEMBRE.

- 1813 Cinco de los trece navios de línea del almirante Exmouth.
El 2 (en la desembocadura del Ródano).
1822 El *Amphion*, de Nueva-York,
El 21 (á alguna distancia de Nueva-York).

OCTUBRE.

- 1795 El *Russell*, navío de línea ingles.
El 5 (cerca de Belle-Isle).
1813 El *Barfleur*, navío ingles de 98 cañones.
A fines del mes (en el Mediterráneo).

NOVIEMBRE.

- 1696 El *Trumbull*, galera inglesa.
El 26 (en la rada de Esmirna).
1811 La *Belle-Isle*, de Liverpool.
En Bideford (Devonshire).
1723 El *Leipsick*, fragata austriaca.
El 12 (á la entrada del canal de Cefalónica).
1832 El *Sacchampton*, navío de línea ingles.
El 5 (en las Dunas).

DICIEMBRE.

- 1778 El *Atlas*, buque de la compañía de las Indias.
El 31 (al ancla en el Támesis).
1820 El *Coquin*, buque francés.
El 25 (en la bahía de Nápoles).
1828 El *Roebuck*, cutter ingles.
... (En Portsmouth).
1832 El *Logan*, de Nueva-York.
El 19 (en la travesía de Savannah á Liverpool).

Después de recorrer con la vista este apunte, recordando al mismo tiempo cuántas tormentas hay en el verano y qué pocas comparativamente se forman en el invierno, me parece difícil no reconocer que en el mar por lo menos los truenos de los meses cálidos, son mucho menos peligrosos que los de las estaciones frías y templadas. Este resultado me parece ya bien comprobado, pero sin embargo, hubiera querido apoyar su demostración en una estadística mas completa, cuyos documentos me han faltado. Añadiré sí que no ha pendido de mi voluntad el que figuren en el resumen los buques franceses en tan escaso número: respecto á los ingleses me he valido de las citas que contienen las excelentes Memorias de Mr. Harris sobre los pararrayos.

SOBRE EL MIRAGE (1).

Página 86.

Las memorias científicas, erizadas de álgebra, que debe la ciencia moderna á varios geómetras tambien modernos, nada han quitado de su mérito eminente á la disertacion que insertó *Monje* hace años en la *Década egipcia*. La escasez de esta obra me determinó á reproducir aquí el trabajo del célebre fundador de la escuela política.

En la marcha del ejército frances por el desierto desde Alejandria hasta el Cairo, se observó diariamente un fenómeno extraordinario por la mayor parte de los habitantes de Francia; fenómeno cuya produccion exige una gran llanura casi sin declive que se prolongue hasta los limites del horizonte, y un terreno que por su esposicion al sol puede adquirir una temperatura muy elevada. Seria posible que las Laldas de Burdeos tuviesen todas estas circunstancias, porque la llanura es casi horizontal como la del Bajo-Egipto y no está accidentada por ninguna montaña, al menos en la direccion de Este al Oeste. Tambien es probable que en los largos dias de nuestros veranos el terreno árido de que se compone, adquiriera una temperatura suficiente. Así que este fenómeno podria no ser ignorado de los habitantes del departamento de las Laldas, y es muy conocido de los marinos que le observan frecuentemente en el mar y le han dado el nombre de *mirage*.

Verdaderamente, la causa que produce el *mirage* en el mar podria ser diversa de la que produce en tierra, pero como el efecto es absolutamente igual en ambos casos, no he creído deber emplear una palabra nueva.

Voy á describir este fenómeno para procurar luego explicarle.

El terreno del Bajo Egipto es una llanura casi horizontal que, como la superficie del mar, se pierde en el cielo á los limites del horizonte, interrumpiéndose únicamente por su uniformidad por algunas eminencias naturales ó artificiales en que están construidas las aldeas que por este medio se libran de las inundaciones del Nilo. Estas eminencias, mas raras por la parte del desierto y mas frecuentes hácia el Delta, que oscuramente se dibujan en un cielo muy claro, son mucho mas visibles por las palmeras y sicomoros que abundan en las inmediaciones de los pueblos.

Por la mañana y la tarde el aspecto del terreno es tal como debe ser, y entre el espectador y las últimas aldeas que se ofrecen á la vista, no se percibe mas que la tierra; pero así que la superficie del suelo se ha caldeado suficientemente con la presencia del sol y hasta que por la tarde empieza á enfriarse, parece que el terreno no tiene la misma estension y que se halla limitado á cosa de una legua próximamente por una inundacion general. Los pueblos colocados mas allá de esta distancia, parecen islas situadas en medio de un gran lago y del que se encuentra uno separado por una estension de agua mas ó menos considerable. Bajo cada una de estas aldeas se ve su imagen volcada tal como efectivamente se veria si hubiese una superficie de agua que la reflejase, solo que como esta imagen está á gran distancia, la vista no percibe los detalles aunque distingue las masas. Ademas las líneas de la imagen volcada, son algo inciertas; como sucederia si la superficie de agua que las reflejase estuviese algo agitada.

A medida que va uno acercándose al pueblo que parece colocado en medio de la inundacion, el borde del agua aparente se aleja, el brazo de mar que parece separarlos de la aldea se estrecha hasta desapa-

(1) Hemos conservado la palabra original francesa porque no encontramos otra en español con que sustituirla, no habiéndose estudiado entre nosotros el fenómeno óptico que espresa.

recer completamente, y el fenómeno que cesa en aquella localidad se reproduce inmediatamente en otra que descubris detrás de la primera á una distancia proporcionada.

Todo coopera á completar la ilusion, que es cruel á veces, particularmente en el desierto, porque os presenta en vano la imagen del agua cuando mas necesidad teneis de ella.

La esplicacion que voy á daros del *mirage* está fundada en algunos principios de óptica, que se hallan realmente en todos los elementos, pero que es conveniente indicar aquí.

Cuando un rayo de luz pasa de un medio trasparente á otro de mayor densidad, si su direccion en el primero es perpendicular á la superficie que separa los dos medios, la direccion no experimenta variacion alguna, es decir, que la recta que recorre el rayo en el segundo medio está en la prolongacion de la que recorre en el primero. Pero si la direccion del rayo incidente forma un ángulo con la perpendicular en la superficie, primero, el rayo se quiebra al pasar, de modo que el ángulo que forma con la perpendicular en el segundo medio es mas pequeño; segundo, para los dos medios mismos, cualquiera que sea el tamaño del ángulo que el rayo incidente forma con la perpendicular, el seno de este ángulo y del que forma el rayo refractado están siempre entre sí en igual relacion.

Como los senos de los ángulos grandes no cruzan con tanta rapidez como los de los pequeños, cuando el ángulo formado por el rayo incidente y la perpendicular crece, el seno del ángulo formado por el rayo quebrado crece en la proporcion que el seno del primero y el aumento del mismo ángulo es menor que el del ángulo del rayo de incidente. Así á medida que el ángulo de incidencia aumenta, aumenta tambien el ángulo del rayo quebrado, pero siempre de menos á menos, de modo que cuando el ángulo de incidencia es lo mayor que puede ser, esto es, cuando se aproxima mucho á los 90°; el ángulo que el rayo quebrado forma con la perpendicular es menor que 90°: es un *maximum*, es decir, que un rayo de luz no puede pasar del primer lugar al segundo bajo un ángulo mayor.

Cuando por el contrario el rayo de luz pasa de un medio mas denso á otro que lo es menos: primero, si el rayo se halla comprendido entre la perpendicular y la direccion del rayo quebrado que forma el ángulo del *maximum*, sale este rayo al medio menos denso; segundo, si el rayo tiene la direccion de rayo quebrado en el ángulo *maximum*, sale tambien formado un ángulo de 90° con la perpendicular ó permaneciendo en el plano tangente á la superficie. Pero si el ángulo que el rayo forma con la perpendicular es mayor que el *maximum* del ángulo de refraccion, ó lo que viene á ser lo mismo, el rayo está comprendido entre la superficie y el rayo quebrado, cuyo ángulo es el *maximum*, no sale del medio denso, se refleja en la superficie y vuelve á penetrar en el mismo medio, formando el ángulo de reflexion al ángulo de incidencia y encontrándose ambos ángulos en un mismo plano perpendicular á la superficie.

Sobre la última proposicion está fundada la esplicacion del *mirage*.

La transparencia de la atmósfera, es decir, la facultad que tiene de dejar pasar con gran libertad los rayos de luz, no la permite adquirir una temperatura muy elevada por su sola esposicion directa al sol, pero cuando despues de haber atravesado la atmósfera, la luz, amortiguada por un terreno árido y mal conductor, la ha caldeado suficientemente el suelo, la capa inferior de la atmósfera llega á una temperatura muy elevada por su contacto con la superficie caldeada del terreno.

Dilátase esta capa, disminuye su gravedad especí-

fica, y en virtud de las leyes de la hidrostática se eleva hasta recobrar por el enfriamiento una densidad igual á la de las partes que la rodean. Reemplázala la capa que se halla inmediatamente encima á traves de la cual pasa y que sufre en seguida una alteracion idéntica, resultando un continuo efluviio de un aire rarificado, ascendiendo á traves de otro aire mas denso que baja. Este efluviio se hace sensible por estrias que alteran y agitan las imágenes de los objetos fijos que se hallan colocados mas allá.

En nuestros climas de Europa conocemos estrias parecidas y producidas por la misma causa, pero no son tan numerosas ni tienen una velocidad ascendente tan grande como en el desierto en que es mayor la altura del sol y donde la aridez del terreno, no dando lugar á ninguna evaporacion, impide otro cualquier empleo al calórico.

Así, al medio dia y durante el gran ardor del sol; la capa atmosférica que está en contacto con el terreno es de una densidad sensiblemente menor que las capas que están inmediatamente sobre ella.

El brillo del cielo no es debido mas que á los rayos de luz reflejados en todos sentidos por las moléculas iluminadas de la atmósfera. Los que proceden de las partes elevadas del cielo y que vienen á tocar la tierra describiendo un ángulo bastante grande con el horizonte, se quiebran al penetrar en la capa inferior dilatada y tocan la tierra bajo un ángulo mucho mas pequeño. Pero los que vienen de las partes bajas del cielo y forman con el horizonte ángulos pequeños, cuando se presentan en la superficie que separa la capa inferior y dilatada de la atmósfera de la capa mas densa que se halla sobre ella, no pueden salir de la capa densa. Con arreglo al principio de óptica antes indicado se reflejan hácia arriba formando el ángulo de reflexion igual al de incidencia como si la superficie que separa ambas capas fuese la de un espejo y llevan al observador colocado en la capa densa la imagen volcada de las partes bajas del cielo que se vé entonces debajo del horizonte verdadero.

En este caso, si nadie os advierte el error, como la imagen de la parte del cielo vista por reflexion tiene casi el mismo brillo que la vista directamente, creéis que el cielo se prolonga por abajo, apareciendo los limites del horizonte mas bajos y mas próximos de lo que debe ser. Si este fenómeno se presentase en el mar, alteraria las alturas del sol tomadas con instrumentos, aumentándolas con igual cantidad de la que bajase el límite aparente del horizonte. Pero si algunos objetos terrestres tales como pueblos, árboles ó colinas os indicasen que los límites del horizonte están mas distantes y que el cielo no se baja hasta aquella profundidad, como la superficie del agua no es visible por lo general bajo un ángulo pequeño mas que por la imagen del cielo reflejada y creéis ver una superficie de agua que refleja.

Los pueblos y los árboles que están á una distancia proporcionada, al interceptar parte de los rayos de luz enviados por las regiones bajas del cielo, producen las lagunas en la imagen reflejada del cielo, lagunas exactamente ocupadas por las imágenes volcadas de estos mismos objetos, porque los rayos de luz que errían y forman con el horizonte ángulos iguales á los que forman los rayos interceptados, son reflejados en igual modo que estos lo hubieran sido. Pero como la superficie que refleja y separa las dos capas de aire de las diferentes densidades no es ni perfectamente plana ni perfectamente inmóvil, las últimas imágenes deben aparecer mal delineadas y agitadas en los estremos, como sucederia á las que produjesen la superficie de agua que se moviera con ligeras ondulaciones.

Se ve pues que el fenómeno no puede efectuarse cuando el horizonte está terminado por montañas

elevadas y continuas, porque estas interceptan todos los rayos enviados por las partes bajas del cielo y no dejan pasar sobre ellas mas que rayos que forman con la superficie dilatada ángulos bastante grandes para que no pueda verificarse la reflexion.

En un estado constante de cosas, esto es, suponiendo que la densidad y el espesor de la capa dilatada fuesen constantes é invariable la temperatura de la capa superior, el mayor ángulo bajo el cual los rayos de luz pudieron ser reflejados de este modo, estaria entera y constantemente determinado por entre los dos senos de incidencia y refraccion por los dos medios. Y como de todos los rayos reflejados los que forman mayor ángulo con el horizonte parecen venir del punto mas cercano en el que comienza el fenómeno, este punto, en un estado de cosas permanente, se halla á una distancia constante del observador, de manera que si el observador se mueve hacia delante, el punto en que empieza la inundacion aparente, debe moverse en el mismo sentido y con igual rapidez, y si la marcha se dirige hacia un pueblo que parece inundado, el límite de la inundacion debe parecer que se aproxima insensiblemente al pueblo, llegar y rebasarle de allí á poco.

Cuando el sol naciente está cerca del horizonte, la tierra no se halla bastante caldeada, y cuando se pone, se ha enfriado demasiado para que pueda tener efecto el *miraje*. Parece por tanto muy difícil que independientemente de la imagen directa del sol se vea otra segunda reflejada por la temperatura elevada de la capa inferior de la atmósfera; pero en el segundo cuarto de la luna, este astro sale despues de medio día y mientras las circunstancias son favorables al *miraje*. Si el brillo del sol y la claridad de la atmósfera permiten entonces que se vea la luna al salir, deben verse dos imágenes de este astro una sobre otra en la misma vertical. Conócese este fenómeno con el nombre de *paraselena*.

La transparencia del agua del mar permite á los rayos de luz que penetren en su interior hasta una profundidad considerable: su superficie no se caldea por su esposicion al sol ni con mucho lo que un suelo árido en iguales circunstancias, y por consiguiente no comunica á la capa de aire inmediata á una temperatura muy elevada; así es que el *miraje* no debe ser tan frecuente en el mar como en la tierra. Sin embargo la elevacion de temperatura no es lo único que puede dilatar la capa inferior de la atmósfera bajo una presion continuada. Con efecto; el aire tiene la propiedad de disolver el agua sin perder su transparencia, y Saussure ha demostrado que la gravedad específica del aire decrece á medida que tiene mayor cantidad de agua en disolucion. Cuando el viento que sopla en el mar trae un aire que no está saturado de agua, la capa inferior de la atmósfera que se encuentra en contacto con la superficie del mar disuelve otra agua nueva y se dilata; causa que unida al ligero aumento de temperatura puede reunir las circunstancias favorables al *miraje* y producen en efecto el que los marinos observan con frecuencia.

Esta última causa, es decir, la dilatacion de la capa inferior de la atmósfera, ocasionada por la disolucion de mayor cantidad de agua, puede verificarse en todas las horas del día, lo mismo cuando el sol está próximo al horizonte que al meridiano, y seria posible que produjese las *parelias*, fenómeno en el que, al salir y ponerse el sol, se ven dos imágenes de este astro al mismo tiempo sobre el horizonte sensible. Pero no he tenido ocasion de observar este fenómeno, que es muy raro, ni de notar las circunstancias que le acompañan.

ADICION.

Despues de leer esta memoria he tenido muchas ocasiones de observar el *miraje* en tierra y lo he hecho

en circunstancias muy diversas y en estaciones diferentes, confirmando los resultados, hasta en sus mas pequeños detalles, la esplicacion que he dado, de modo que hoy no puede dudarse de su esactitud. De todas estas observaciones solo una es digna de recordarse.

Hallábame con el general Bonaparte en el valle de Suez cuando reconoció el canal que unió en otro tiempo el mar Rojo y el Mediterráneo. Este valle de algunas leguas de largo está limitado al Este por la cadena de montañas que se estiende desde la Siria al monte Sinai, y al Oeste por las montañas de Egipto, que son en ambas partes bastante elevadas para interceptar los rayos de luz enviados por las partes inferiores del cielo. Los rayos que no interceptan llegan á tierra bajo un ángulo demasiado grande para ser reflejados por la capa inferior y dilatada de la atmósfera; así que aun en las horas mas calorosas del día, no se ve en la superficie de la tierra la imagen reflejada de ninguna parte del cielo, ni tampoco apariencias de inundacion. Sin embargo, el efecto del *miraje* no es completamente nulo: los objetos visibles, cuya posicion corresponde á las partes bajas del cielo, cuya imagen se reflejaría, participan de este efecto, de una manera menos clara, á causa de la poca estension, y con menos brillo porque su color es mas oscuro que el del cielo. Independientemente de la imagen producida por los rayos directos, los rayos emanados de estos objetos y que se dirijen hacia la tierra, son reflejados por la capa inferior de la atmósfera, como lo serian los rayos procedentes de las partes inferiores del cielo, cuyo lugar ocupan, produciendo una segunda verticalmente debajo de la primera.

Esta duplicacion de imágenes produce ilusiones de óptica contra las que es preciso ponerse en guardia en un desierto que puede ser ocupado por el enemigo y donde nadie puede dar noticias por apariencias alarmantes.

DE LAS OLAS.

Página 146.

¿Cuál es la mayor elevacion de las olas durante una tormenta? ¿Cuál es su mayor dimension trasversal? ¿Cuál es su velocidad de propagacion? ¿Han sido resueltas estas cuestiones?

Respecto á la elevacion se han contentado con calcularla á la simple vista, y para demostrar cuán erróneas pueden ser estas evaluaciones y cuánta influencia ejerce en ellas la imaginacion, diremos que marinos igualmente dignos de confianza, han dado como mayor altura de las olas, unos cinco varas y otros treinta y tres. Así lo que la ciencia reclama hoy no son cálculos erróneos sino medidas reales, cuya esactitud pueda comprobarse numéricamente.

Bien sabemos que son muy difíciles estas medidas, pero los obstáculos no nos parecen insuperables y la cuestion ofrece demasiado interes para que se regateen los esfuerzos que pueda costar su solucion, á la que tal vez guiarán las siguientes reflexiones.

Supongamos por un momento, que las olas del Océano están inmóviles y petrificadas. ¿Qué haríamos á bordo de un buque estacionario tambien, y situado en el fondo de una de estas olas, si tratásemos de medir la altura real, determinando la distancia vertical desde la cima al fondo? El observador subiría gradualmente al palo mayor y se detendria en el momento en que la línea visual *horizontal*, que partiese de su ojo pareciese tangente á la cima en cuestion: la altura vertical del ojo sobre la superficie de flotacion del buque, situado hipotéticamente en el fondo, constituiría la altura buscada. Pues bien, es preciso intentar esta misma operacion en medio de los movimientos y vaivenes de una tempestad.

A bordo de un buque parado, mientras que el observador no varía de sitio, la elevación de su ojo sobre el mar es constante y fácil de determinar. En un buque combatido por los costados, los balances y las cabezadas inclinan los palos ya á una parte ya á otra. La altura de cada uno de estos puntos, la de las gaviotas, por ejemplo, varía sin cesar, y el oficial situado allí no puede conocer el valor de su coordenada vertical en el instante de la observación mas que con el concurso de otra persona colocada sobre el puente y cuya misión sea seguir los movimientos del palo. Cuando se limita la pretensión á conocer la coordenada, con una tercia de diferencia por ejemplo, el problema nos parece completamente resuelto, particularmente si se eligen para la observación los momentos en que el buque se encuentra casi en su posición natural: lo mismo se practica con el fondo de la ola.

Falta ahora hallar el medio de asegurarse de que la línea de visión que va á dar á la cima de la cresta es horizontal.

Las crestas de dos olas contiguas están á igual altura sobre el hueco intermedio. Una línea visual horizontal saliendo del ojo del observador cuando el buque está en la concavidad, supongo que va á tocar la cima de la ola que se aproxima, y prolongando esta línea del lado opuesto iría también á tocar en la cresta á la ola que acababa de pasar. Esta condición última es necesaria y basta para establecer la horizontalidad de la primera línea visual: con el instrumento conocido bajo el nombre *Sectante de depresión* y con los círculos ordinarios armados de un espejo adicional, se puede ver al mismo anteojo y en la misma extensión, dos miradas situadas en el horizonte, una adelante y otra atras. El sectante de depresión indicará pues al observador, que sube á lo largo del palo mayor, el instante en que su ojo llegue al plano horizontal tangente á las cimas de las dos olas próximas. Tal es la solución del problema que habíamos planteado.

Hemos supuesto que se haría esta operación con toda la exactitud que permiten los instrumentos náuticos. Pero podía simplificarse y dar un resultado suficiente limitándose á determinar, sin necesidad de anteojo, hasta qué altura se puede subir por el palo sin ver, cuando el buque baja al fondo de la ola, otra ola mas que la inmediata de las que se aproximan ó alejan. Bajo esta forma la observación estaría al alcance de cualquiera, y podría hacerse durante las tempestades mas violentas, es decir, en circunstancias en el uso de instrumentos de reflexión ofrecería algunas dificultades y cuando solo un marinero podría aventurarse á trepar por el mástil. Las dimensiones trasversales de las olas se determinan muy bien comparándolas á la dimensión longitudinal del buque que las surca, y su velocidad por los medios conocidos.

Al concluir este artículo volvemos á recomendar estos dos asuntos de observación á todos los oficiales de la marina de guerra que hagan viajes de circunnavegación.

DE LA TEMPERATURA DE LA TIERRA.

Página 140.

¿Ha llegado la tierra á un estado permanente bajo el punto de vista de la temperatura?

La solución de esta cuestión capital parece que no debe exigir mas que la comparación directa inmediata de las temperaturas medias de un mismo sitio, tomadas en épocas distantes. Pero reflexionando un poco mas, calculando los efectos de las circunstancias locales y viendo hasta qué punto la proximidad de un lago, de un bosque, de una montaña desnuda ó cubierta, de una llanura arenosa ó esmaltada de verdura, puede modificar la temperatura, todo el mundo

comprenderá que no bastan las medidas termométricas, y que será preciso asegurarse ademas de que la comarca en que se ha operado y los países limítrofes no han sufrido ningun cambio notable en su aspecto físico ni en el género de su cultivo. Como se ve, esto complica mucho la cuestión.

A los números positivos, característicos y susceptibles de ser claramente apreciados, se mezclan ahora cálculos vagos en presencia de los cuales un talento rígido suspende siempre su juicio.

¿No hay medio de resolver esta dificultad? El medio existe, y no es por cierto complicado, consistiendo en observar la temperatura en *alta mar*, muy lejos de los continentes. Agreguemos á esto que si se eligen las regiones equinocciales no se necesitarán años de trabajo, pues bastarán las temperaturas máximas observadas en dos ó tres travesías de la línea. Con efecto, en el Atlántico los extremos de estas temperaturas, determinadas hasta aquí por un gran número de viajeros, son 27° y 29° centígrados. Contando con el error de graduación, todo el mundo comprenderá que con un buen instrumento la incertidumbre de una sola observación del *maximum* de temperatura del Océano Atlántico ecuatorial, no debe pasar de un grado, y que puede uno hallar constantemente el término medio de cuatro determinaciones distintas con una pequeña fracción de grado. Hé aquí un resultado fácil de obtener, unido estrechamente á las causas caloríficas y refrigerantes del que dependen las temperaturas terrestres, y fuera cuanto es posible de las influencias locales: hé aquí un cálculo meteorológico que cada siglo debe llegar á los siglos venideros.

Ha habido vivas discusiones entre los meteorólogos respecto á los efectos caloríficos que los rayos solares pueden producir por via de absorción en diferentes países. Unos citan las observaciones hechas en el círculo ártico y de los cuales parece resultar esta extraña consecuencia: *el sol calienta mas en las latitudes altas que en las bajas*: otros rechazan este resultado, pretenden al menos que no está probado, pues las observaciones ecuatoriales, tomadas como término de comparación, no les parecen bastante numerosas, y ademas creen que no se han recogido en circunstancias favorables. Este descubrimiento podrá recomendarse á todos los observadores, que necesitarán por ello de dos termómetros, cuyos recipientes por un lado observan desigualmente los rayos solares y por otro no experimentan demasiado la influencia enfriante de las corrientes de aire. Se satisfarán perfectamente ambas condiciones, si despues de tener dos termómetros comunes é iguales, se les cubre la bola del primero con una cantidad de lana blanca y la del segundo con la misma cantidad de lana negra. Estos dos instrumentos espuestos al sol uno al lado de otro, no marcarán nunca iguales grados, pues el negro subirá siempre. La cuestión consistirá en determinar si la diferencia de los dos señalamientos es mas corta en el Ecuador que en el cabo de Hornos.

Entiéndase que las observaciones comparativas en esta clase deben hacerse á alturas iguales del sol y en tiempo lo mas sereno posible. Alguna escasa discrepancia de alturas no obstará sin embargo para calcular las observaciones tomándose el trabajo de determinar bajo diferentes latitudes y desde el nacimiento del sol hasta medio día, en qué progresión aumenta la diferencia de ambos instrumentos durante el primer período y cómo disminuye durante el segundo. Los días de mucho viento no son á propósito, cualquiera que sea el estado del cielo.

Una observación, que no dejaría de ser análoga con la de los dos termómetros cubiertos de negro y de blanco, sería determinar el *máximo* de temperatura que puede comunicar el sol á un terreno árido en las regiones equinocciales. El año de 1826 en Paris

bajo un cielo sereno en el mes de agosto hemos notado, con un termómetro tendido horizontalmente y cuya bola no estaba cubierta mas que con un milímetro de tierra vegetal muy fina, $+54^{\circ}$ el mismo instrumento, cubierto con dos milímetros de arena del río, no marcaba mas que $+46^{\circ}$.

Los experimentos que acabamos de proponer deben dar la medida de la diafanidad de la atmósfera, que puede apreciarse de una manera en cierto modo inversa y no menos interesante por observaciones de la estension de los rayos calóricos nocturnos, que recomendamos á la atencion de todos los navegantes.

Hace medio siglo que se sabe que un termómetro colocado bajo un cielo sereno, sobre la yerba de un prado, señala 6° , 7° y hasta 8° centígrados *menos* que un termómetro igual *suspendido en el aire* á alguna altura del suelo; pero hasta hace poco no se ha dado esplicacion á este fenómeno, que Wells probó en 1817, por medio de experimentos importantes y variados, dando por causa de la desigualdad de temperatura la *poca virtud estensiva de los rayos calóricos de un cielo sereno*.

Una pantalla colocada entre cualesquiera cuerpos sólidos y el cielo impide que aquellos se enfrien, porque intercepta sus comunicaciones estensivas de rayos calóricos con las heladas regiones del firmamento. Las nubes obran de igual modo haciendo veces de pantalla; pero si llamamos *nube* á todo vapor que intercepta algunos rayos solares que vienen de arriba á bajo ó algunos rayos calóricos que se dirigen desde la tierra á los espacios celestes, nadie podrá decir que la atmósfera está nunca libre de ellas, y toda la diferencia será de mas ó menos.

Estas diferencias, por ligeras que sean, podrán indicarse por los valores de los enfriamientos nocturnos de los cuerpos sólidos, y aun con esta particularidad digna de atencion, á saber: que la diafanidad así medida, es la *diafanidad media* del conjunto del firmamento y no solo la de la region circunscrita que viene á ocupar un astro.

Para hacer estos experimentos en condiciones ventajosas, es preciso elegir los cuerpos que mas se enfrien por la absorcion del calórico, é indicaremos para ello, siguiendo á Wells, la pluma de cisne. Un termómetro *cuya bola esté cubierta con esta pluma*, se colocará en un sitio desde donde se vea casi todo el horizonte, sobre una mesa de madera pintada que tenga los pies lisos y descubiertos. El segundo termómetro con la bola al aire se colgará á cierta altura sobre el cielo, *garantizándole una pantalla de toda estension de rayos calóricos hácia el espacio*. En Inglaterra obtuvo Wells, entre las indicaciones de dos termómetros colocados de esta manera hasta $8^{\circ}3$ centígrados de diferencia, y sería extraño que en las regiones equinocciales, tan ponderadas por la pureza de la atmósfera, se hallaran siempre menores resultados. No tenemos necesidad de insistir mas sobre lo útil de estas experiencias si se repitiesen en una montaña muy elevada como el Mowna-Roa ó el Mowna-Kach de las islas Sanwich.

La temperatura de las capas atmosféricas es tanto menor cuanto mas altas están estas capas, siendo la única escepcion *la noche en tiempo sereno y bonancible*. Entonces se observa hasta cierta altura una progresion creciente, y segun los experimentos de Pictet, á quien se debe el descubrimiento de esta anomalia; un termómetro colgado á dos varas del suelo puede marcar toda la noche 2° ó 3° *menos* que otro colgado tambien, pero á quince ó veinte varas mas alto.

Si se recuerda que los cuerpos sólidos, colocados en la superficie de la tierra pasan *por via de estension de los rayos calóricos*, cuando el cielo está sereno, á una temperatura notablemente inferior á la del día que los rodea, no se negará que este aire debe participar, á la larga y por via de contacto, de este mismo

enfriamiento tanto mayor cuanto mas próximo se halla en la tierra. Hé aquí una esplicacion plausible del hecho curioso indicado por el físico de Génova, y sería darle el carácter de una verdadera demostracion respecto los experimentos de Pictet en alta mar, si en tiempo sereno y bonancible se comparase por la noche un termómetro colocado sobre el puente con otro colgado del palo mayor. Y no es que la capa superficial del Océano no esperimente los efectos de la estension de los rayos calóricos nocturnos como la pluma, la lana, la yerba, etc., sino que así que se ha disminuido esta temperatura, la capa se precipita por que ha llegado ha ser específicamente mas densa que las capas líquidas inferiores. No podrian esperarse en este caso los enormes enfriamientos locales observados por Wells en ciertos cuerpos colocados sobre la superficie de la tierra ni el enfriamiento anómalo del aire inferior que parece ser su consecuencia. Todo induce á creer que la progresion creciente de la temperatura atmosférica, observada en tierra, no existe en alta mar, y que el termómetro del puente y el del palo marcarán unos mismos grados. Sin embargo no es menos interesante el experimento, pues á los ojos del físico prudente, hay gran distancia, entre el resultado de una conjetura y el de una observacion.

En nuestros climas la capa terrestre que no experimenta variaciones de temperatura diaria ni variaciones de temperatura anual, se halla situada á gran distancia de la superficie del suelo, pero no sucede lo mismo en las regiones equinocciales. Segun las observaciones de Mr. Boussingault, basta bajar allí un termómetro á una tercia de profundidad para que señale el mismo grado con una ó dos terceras partes mas ó menos. Los viajeros podrán determinar *esattamente la temperatura media* de todas las localidades donde se detenga entre los trópicos, en llanuras y en montañas, si tienen la precaucion de llevar un taladro de minero con cuyo auxilio es fácil practicar en el suelo un agujero de una tercia de profundidad en muy pocos instantes.

Se notará que la accion del taladro en las rocas y hasta en la tierra da lugar á un desarrollo de calor y que es preciso esperar á que se disipe para empezar el experimento. Es preciso tambien durante ella que no pueda renovarse el aire en el agujero, cubriéndolo con un cuerpo blando tal como cartón, asegurado encima con una gran piedra. El termómetro debe tener un cordón para sacarlo.

Las observaciones de Mr. Boussingault, que acabamos de apuntar, recomendando los perforamientos á la escasa profundidad de una tercia, suficientes por llegar á la determinacion de las temperaturas medias todo lo largo de las regiones intropicales, han sido hechos en sitios cubiertos, en pisos bajos, en cabinas de indios ó bajo simples tinglados. Allí se encuentra el suelo al abrigo del calor directo producido por la absorcion de los rayos solares, de la estension del calórico nocturno y de la infiltracion de las lluvias. Preciso será por lo tanto colocarse en iguales circunstancias, porque es indudable que al aire libre y en sitios descubiertos se veria uno obligado á bajar á mas de una tercia de profundidad para llegar á capa dotada de una temperatura constante.

La observacion de la temperatura del agua de los pozos de mediana profundidad da tambien, como nadie ignora, muy esattamente y sin dificultad, la temperatura media de la superficie, y no debemos olvidarla entre las que la Academia recomienda.

Insistiremos ademas particularmente *sobre las temperaturas de las fuentes termales*, pues si estas, como todo lo hace creer, son la consecuencia de la profundidad de donde sale el agua, debe resultar naturalmente que los manantiales mas calientes sean los menos numerosos. ¿No es sin embargo extraordinario que jamas se haya observado una cuya tempera-

tura se acerque al término de la ebulicion en veinte grados centígrados? (1) Si no mienten algunas relaciones las Filipinas y la Isla de Luzón sobre todo podian llenar este vacío. Ademas, allí como en todas partes donde hay aguas termales, los datos mas dignos de recogerse serian aquellos de que resultase la prueba de que la temperatura de una fuente muy abundante varia ó no varia con los siglos, y particularmente las observaciones locales que demostrasen la necesidad del paso del líquido emergente á través de las capas terrestres muy profundas.

En las escasas estaciones de alguna duracion que se hagan en las islas Sandwich seria conveniente medir el Mowna Roa barométricamente. Las observaciones termométricas hechas en la cima de esta montaña aislada, comparadas con las de la orilla del mar, darian sobre el decrecimiento de la temperatura atmosférica y el límite de las nieves perpétuas, resultados importantes que la distancia de los continentes haria mucho mas preciosos. Subiendo al Mowna-Roa no debia descuidarse la observacion, en cada una de las paradas, de la direccion del viento.

DE LAS CORRIENTES SUB-MARINAS.

Página 149.

EL Océano está surcado por un sinnúmero de corrientes. Las observaciones astronómicas hechas á bordo de los buques que las encuentran sirven para determinar su direccion y velocidad, no siendo menos curioso averiguar de dónde proceden, en qué region del globo tienen su nacimiento. El termómetro puede llevar á este descubrimiento.

Nadie ignora los trabajos de Franklin, de Blagden, de Jonatam, de Williams, de Mr. de Humboldt y del capitán Sabine acerca del *Gulph-Stream*, y nadie duda hoy que esta no sea la corriente equinoccial, que despues de haberse reflejado en el golfo de Méjico y desembocado en el estrecho de Bahama, se mueve de Sur á Norte á cierta distancia de la costa de los Estados-Unidos, cousevando como un rio de agua caliente, una parte mas ó menos grande de la temperatura que tenia entre los trópicos. Esta corriente se divide en dos ramales; uno de los cuales va, segun dicen, á templar el clima de Irlanda, de las Orcadas, de la isla Shetland y de Noruega, mientras que la otra vuelve atras para atravesar el Atlántico de Norte á Sur, á alguna distancia de las costas de España y Portugal, yéndose á reunir sus aguas despues de un largo rodeo á la corriente equinoccial de donde habian salido.

A lo largo de la costa de América la posicion, la anchura y la temperatura del *Gulph-Stream* han sido bien determinadas bajo cada latitud para que haya podido publicarse sin charlatanismo una obra con el título de *Navegacion termométrica* para el uso de los marineros que frecuentan aquellos parajes. El ramal retrógrado no es conocido con la misma esactitud ni con mucho. Su exceso de temperatura casi no existe cuando llega al paralelo de Gibraltar, y ni aun con el auxilio de muchas observaciones se puede notar apenas. No obstante, los oficiales de marina facilitarán este descubrimiento si desde el meridiano de Cádiz hasta la mas occidental de las Canarias determinasen, de media en media hora, la temperatura del Océano por décimos de grado.

Acabamos de hablar de una corriente de agua caliente. Los navegantes hallarán por el contrario otra de agua fria á lo largo de las costas de Chile y del Pe-

rú, que á partir del paralelo de Chiloe camina rápidamente del Sur al Norte, llevando hasta bajo el paralelo del Cabo-Blanco las aguas frias de las regiones próximas al polo austral. Indicada antes que por otro alguno por Mr. Humboldt respecto á su temperatura, fué estudiada despues con particular cuidado durante el viaje de la *Coquille*. Las observaciones frecuentes de la temperatura del Océano que no dejarán de hacer los exploradores entre el Cabo de Hornos y el Ecuador servirán para perfeccionar, estender y completar los importantes resultados obtenidos por sus predecesores y particularmente por el capitán Duperrey.

El mayor Reamel ha descrito con minuciosa esactitud la corriente que viniendo de la costa Sud-Oeste de Africa pasa á lo largo del banco de *Agullas*, y segun las observaciones de John Davy tiene una temperatura de 4° á 5° centígrados, mas elevada que la de los mares inmediatos. Este exceso de temperatura merece llamar la atencion tanto mas, cuanto que en ella se ha creido encontrar la causa inmediata de la nube de vapores llamada *la sábana*, que se ve siempre en la cima de la montaña de *la Table* cuando sopla el viento del Sudeste.

Como en la prevision de los navegantes deben entrar horas y aun dias de calma chicha, sobre todo si tienen que pasar frecuentemente la línea, creemos que las nuevas expediciones obrarian prudentemente llevando termómetrografos y aparatos de sonda, que permitiesen descender estos instrumentos con seguridad hasta á las mayores profundidades del Océano. Hoy no se duda ya de que las aguas frias inferiores de las regiones equinocciales son arrastradas allí por corrientes submarinas procedentes de las zonas polares, pero la solucion, aunque fuese completa, de este punto teórico no quitaria interes á las observaciones que recomendamos. ¿Quién no ve, por ejemplo que la profundidad en que se halla el *maximum* de frio, diremos mas, que tal ó cual grado de temperatura, debe depender bajo cada paralelo, de una manera bastante directa de la profundidad total del Océano, para que se nos permita esperar que tarde ó temprano se deducirá este resultado del valor de las sondas termométricas?

Jonathan Williams ha reconocido que el agua es mas fria en los bajos que en alta mar, y Humboldt y John Davy atribuyen este curioso fenómeno, no á las corrientes sub-marinas que detenidas en su marcha remontarian á lo largo de las trincas del banco deslizándose en seguida por la superficie, sino á la extension de los rayos calórficos. Por este medio, sobre todo cuando el cielo está sereno, las capas superiores del Océano deben enfriarse seguramente, pero todo enfriamiento á escepcion de las regiones polares, donde el mar está cerca de 0° de temperatura, trae consigo un aumento de densidad y un movimiento descendente de las capas enfriadas. Supongamos al Océano, sin foudo: las capas en cuestion caen á una gran distancia de la superficie y deben modificar muy poco la temperatura, pero cuando las mismas causas obran en un bajo, las capas enfriadas se acumulan y su influencia puede hacerse muy sensible.

Sea lo que quiera de esta explicacion, todo el mundo comprenderá cuán interesado se halla el arte de la navegacion en comprobar el hecho enunciado por Jonathan Williams, y que parecen contradecir recientes observaciones; con que anhelo acogerian los meteorologistas las medidas comparativas de la temperatura de las aguas superficiales en alta mar y en los bajos, y en fin, cuánto deben desear que se determine, con el auxilio del termómetrografo, la temperatura de la capa líquida, que descansa inmediatamente sobre la superficie de los mismos bajos.

(1) No comprendemos en la categoría de las fuentes termales las Geysers de Islandia y otros fenómenos análogos que dependen de los volcanes en actividad. La fuente termal, propiamente dicha mas estricta que conocemos, es la de *Chaudes-Aigues* en Auvernia, que marca + 80° centígrados.

HABLAN los navegantes de lluvias que caen á veces en los buques, mientras pasan las regiones equinociales, en términos que harían creer que llueve mas que en tierra. Pero este asunto ha quedado hasta aquí en el dominio de simples conjeturas, y rara vez se han tomado el trabajo de proceder á cálculos exactos, que no son difíciles sin embargo. Vemos, por ejemplo, que el capitán Tuckey habia hecho muchos en su desgraciada expedición al río Zairo ó Congo, y nos parece oportuno invitar á los comandantes de buques exploradores á colocar el udómetro en la popa en una posición en que no pueda recoger ni la lluvia de las velas, ni lo que destilen las cuerdas.

Daríase grande interés á estas observaciones si se determinase al propio tiempo la temperatura de la lluvia y la altura de donde cae.

Para conocer con alguna exactitud la temperatura de la lluvia es necesario que sea considerable la cantidad de agua relativamente al vaso que le contiene, y el udómetro de metal no reúne estas condiciones, siendo mejor tomar un ancho recipiente formado con tela delgada, de tejido muy tupido, y recibir el agua que de él salga en un vaso delgado, en el cual se coloque el termómetro. Esto en cuanto á la temperatura. La elevación de las nubes en que se forma la lluvia no puede determinarse sino en tiempo de tormenta; entonces el número de segundos que trascurren entre el relámpago y la llegada del ruido, multiplicado por trescientas treinta y siete varas, velocidad de la propagación del sonido, de la longitud de la hipotenusa, de un triángulo rectángulo, cuyo lado vertical es precisamente la altura que se busca. También se podrá calcular si, con el auxilio de un instrumento de reflexión, se valúa el ángulo que forma con el horizonte la línea, que saliendo del ojo del observador, concluye en la región de las nubes donde lució el relámpago.

Supongamos por un momento que cae en un buque la lluvia mucho mas fría que debían serlo las nubes, atendida su elevación y la velocidad conocida del decrecimiento de la temperatura atmosférica: todo el mundo comprende qué papel desempeñaría en meteorología semejante resultado.

Supongamos además que un día de granizo (porque también graniza en alta mar), el mismo sistema de observación prueba que los granizos se han formado en una región en que la temperatura atmosférica era superior al término de la congelación del agua: se habrá enriquecido la ciencia con un importante resultado á que deberá satisfacer la teoría futura del granizo. Con otras muchas consideraciones podríamos probar la utilidad de las observaciones indicadas, pero bastan las dos que preceden.

Hay fenómenos extraordinarios sobre los cuales posee la ciencia escasas observaciones, por la sencilla razón de que los que los notan evitan hablar de ellos, temerosos de pasar por visionarios. Contemos en el número de estos fenómenos ciertas lluvias en las regiones equinociales.

Llueve á veces entre los trópicos con la atmósfera mas pura y con un cielo de un azul hermoso. Las gotas no son muy numerosas, pero en cambio sobrepasan en tamaño á las gotas mas grandes de tormenta de nuestros climas. El hecho es cierto, pues lo garantizan Mr. de Humboldt que lo ha observado en el interior del los continentes y el capitán Beechey que ha sido testigo de él en alta mar. Las circunstancias que producen tan extraña precipitación de agua nos son desconocidas. Se ve algunas veces en Europa en tiempos frios y completamente serenos caer lentamente á medio día algunos granizos cuyo volumen se aumenta con las partículas de humedad que congelan

al paso. ¿Nos pondrá esta analogía en el camino de la explicación deseada? ¿No fueron esas anchas gotas en las altas regiones de la atmósfera granizos pequeños y muy frios al principio, despues mas abajo por vía de aglomeración granizos mas gruesos, y luego granizos derretidos ó agua? Entiéndase que no consignamos aquí estas conjeturas mas que para manifestar bajo qué punto de vista puede estudiarse el fenómeno, y para escitar á los viajeros á inquirir cuidadosamente si durante estas lluvias, las regiones del cielo de donde caen no ofrecen algunas señales de hielo, pues si las hay, por ligeras que sean, se probaria la existencia de los granizos en las altas regiones del aire.

No se conoce país actualmente donde no haya meteorologistas; pero es preciso confesar que por lo comun observan á horas escogidas sin criterio y con instrumentos inesactos ó mal colocados. Hoy no parece difícil aplicar las observaciones de una hora cualquiera á la temperatura media del día, y así es que un cuadro meteorológico, cualesquiera que sean las horas que comprenda, tendrá siempre valor con tal que los instrumentos usados hayan podido compararse á barómetros y termómetros modelos.

Do quiera que se efectúen estas comparaciones, las observaciones meteorológicas locales tendrán valor, supliendo una colección de periódicos del país á las copias que se obtendrían difícilmente.

MOWNA-KAK.

Página 68.

CUANDO en el Anuario de 1824 publiqué la lista de los volcanes del globo actualmente en actividad, apenas me atrevia á colocar entre las montañas traquíticas el Mowna-Roa de las islas Sandwich. Además ignoraba en dicha época, si habia tenido lugar alguna erupción desde los tiempos históricos, ya en Owhyée, ya en las demas islas del mismo archipiélago. Pero en la actualidad han desaparecido ya todas aquellas dudas, pues los misioneros americanos acababan de descubrir que la isla que presenció el asesinato de Cook contiene uno de los mayores volcanes de la tierra.

El cráter se halla á seis ó siete leguas del mar en la parte NE. de la isla de Owhyée; los naturales le llaman Mowna-Kaah; su forma es elíptica; el contorno, por la parte superior, no bajaba de dos y media leguas de largo; creíase que su profundidad tendría trescientos cincuenta ó trescientos sesenta metros, y se puede bajar á su fondo con bastante facilidad.

Cuando por vez primera en 1824 visitó Mr. Goodrich aquel cráter, observó en la cavidad doce plazas bien distantes cubiertas de lava, la cual brotaba hasta la altura de treinta ó cuarenta pies de tres ó cuatro aberturas. A trescientos metros sobre el fondo, existía entonces, alrededor de la pared interior del cono, un reborde negro que segun cree el observador debe ser indicio de la altura á que se habia recientemente elevado la lava fluida antes de abrirse hasta al mar por algun conducto subterráneo. Por todas las grietas de la lava sólida salen emanaciones sulfurosas mas ó menos densas y producen un ruido parecido al del vapor que sale por las válvulas de una máquina. Tan ligera, tan porosa y de tan fina estructura es la piedra pomez que se encuentra en los alrededores del cráter, que es difícil escoger algunos ejemplares. Cubren el suelo del cráter formando una capa de dos ó tres pulgadas unos filamentos capilares fibrosos, análogos á los que se recogen despues de todas las erupciones del volcan de la Ile Bourbon; cuyos filamentos se los lleva el viento á seis ó siete leguas de distancia.

En la noche del 22 de diciembre de 1824 hubo en medio del volcan antiguo la erupción de otro mas re-

ciente. A la salida del sol era ya considerable la extensión que ocupaban las materias arrojadas, y en ciertos puntos había surtidores de lava de cincuenta pies de altura.

En otra época contaron los misioneros hasta cinco cráteres de forma y tamaño muy variados, los cuales se levantaban como otras tantas islas del seno de la inflamada mar la cual recubría las partes N. y SO. del cráter; unos lanzaban torrentes de lava, y de los otros salían tan solo columnas de llamas y de denso humo.

Hay actualmente otro volcán en actividad á cierta distancia del Mowua-Kuk, que por lo menos tiene grandes dimensiones. También presentan muchos cráteres las laderas de la famosa montaña Mowua-Roa; pero hasta ahora solo se les ha observado de lejos por medio de anteojos, y nada extraño fuera que estuviesen apagados.

ALTURA DE LAS NIEVES PERPÉTUAS EN LAS REGIONES TROPICALES.

Página 160.

LARGO tiempo hace que llamó la atención de los físicos la curva que describe en la superficie del globo el límite de las nieves perpétuas. Con efecto, constituye uno de los más interesantes fenómenos de geografía física; porque según parece ha de depender esencialmente del clima ó de la temperatura media de los lugares por los que pasa; y por consiguiente las leyes de su construcción determinarían al propio tiempo las de la distribución de temperaturas en la superficie del globo, pues fácil fuera hallar la temperatura media ó el clima de un lugar cualquiera con la única indicación de la altura, calculada ó observada, á que es preciso elevarse para encontrar el límite de las nieves.

Preciso es creer que más fácil fuera encontrar de este modo la temperatura media de los diferentes puntos del globo, que no determinarla inmediatamente por observaciones; porque, á pesar de tantas excelentes observaciones termométricas como se han hecho, seguro es que solo hay en el mundo cuatro ó cinco puntos cuya temperatura media se conozca con precisión.

Las observaciones que Bouguer y Mr. Humboldt hicieron bajo los trópicos, han demostrado que efectivamente la temperatura media concuerda bastante con el límite superior de las nieves; habiendo también probado lo mismo Saussure y Mr. Ramond respecto á los climas templados. Pero no sucede otro tanto en el N. de Europa, si dignas de crédito son el corto número de observaciones que de aquellos países poseemos hoy día; y aun cuando sea en ellos muy poco elevada la temperatura media, con todo no mengua en igual proporción el límite de las nieves, sino que muy al contrario se sostiene á una altura que en un principio no era de suponer.

Solo en Noruega se puede observar inmediatamente este límite; porque si bien es cierto que Suecia cuenta muchas y elevadas montañas, sin embargo no es tal su altura que conserven la nieve en sus cimas. Hé aquí por qué en Suecia desconocen las nieves perpétuas tanto como en la mayor parte de Francia y Alemania.

A lo largo de la Noruega hay una cordillera de montañas que solo cede en altura á poquísimas montañas de Europa, pero que á todas las aventaja en extensión y en masa; puesto que no solo ocupa casi sin interrupción 43° de latitud, desde los 58° hasta cerca de los 71°, sino que también conserva, en la mayor parte de su extensión, una anchura que no tienen las demás cordilleras de Europa. Llámase la *Lang-Field* en su parte meridional, *Dovre Field* entre los 62° y 63° de latitud, y *Riöl* en su prolongación

que forma en el N. la separación de la Laponia Sueca y de la Noruega.

Cuando se atraviesa los Alpes ó los Pirineos, se principia desde luego á descender apenas se llega á la mayor altura de los puertos ó pasos, pues no hay ninguno que cuente más allá de una legua de ancho. Pero lo contrario sucede en el *Lang-Field*, puesto que una vez llegados al origen del valle, vemos que se estiende una meseta cuya altura será de mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, y su anchura de ocho, diez y hasta doce leguas.

Imposible es atravesar en un día dicha cordillera; y así es que los habitantes de la costa O. que recorren aquellos desiertos para ir á las provincias del E., se ven obligados á pasar en ellos la noche, con peligro de estraviarse en medio de las continuas nieblas, y de perecer de frío en medio de las tempestades y de los torbellinos de nieves.

Ha sido preciso elevarse hasta los 61° de latitud para encontrar un sitio conveniente por el cual pasara el camino de comunicación entre las ciudades de Cristianía y de Bergen. Solo en este punto se aproximan bastante las montañas para formar un valle de unas cuatro leguas de ancho, habiendo recibido dicha parte de la cordillera la denominación de *Filk-Field*.

No la cubre una nieve perpétua; pero en ella se presenta con el mismo carácter que en la cumbre del Saint-Gothard. No crecen allí los abetos ni los pinos; y solo se encuentran achaparrados abedules y montañeses sauces, y también las plantas alpinas principian á disputarse el corto sitio que les cede la espesa capa de musgo.

Con efecto aquel paso no es más que un valie, á ambos lados del cual se levantan altísimas montañas casi como los picos de Fiondo y de Proza en el Saint-Gothard, ó como la elevada cima del monte Velau en el San Bernardo. Solo en sus cimas no desaparece sino por algunos días la nieve. Consérvase allí sin que jamás permita ver la roca que cubre, en los puntos en que las montañas se tocan y vuelven á formar una meseta bastante considerable.

Fui al *Saletind*, que de aquellas cimas es la más notable y la más alta, el día 16 de agosto de 1806, al medio día, y el barómetro marcaba 22 pulgadas 6,9 líneas y el termómetro 7°,8 C. En dicho día y hora, señalaba en Cristianía á treinta pies sobre el mar, 27 pulgadas 10 líneas el barómetro y 20° el termómetro, lo cual nos dice que la montaña tiene mil setecientos noventa y cuatro metros sobre el mar, ó ochocientos seis metros sobre el monte *Filk-Field*.

Por consiguiente puede considerarse que esta pasa, aunque muy poco, del límite de las nieves. En ningún punto baja la capa de nieve perpétua de mil seiscientos ochenta y cuatro á mil setecientos cuatro metros; de donde se deduce que no llegaría á novecientas toesas su límite en aquellos climas y bajo los 61° de latitud.

Pero aun no hay neveras en aquellos montes; pues, para que se formen, es preciso que haya mayor cantidad de nieve en las mesetas y pendientes de las montañas; siendo necesaria tal masa á fin de que ejerza suficiente presión para impedir los hielos desde las alturas hasta el fondo de los profundos valles, poblados y cultivados.

En los valles véanse, sin embargo, hermosísimos neveros como en el pie de otra notable cordillera denominada *Folge-Fonden-Field*, situada bajo la latitud de Bergen. Aunque se halla muy próxima á la gran cordillera sin embargo la separan de ella algunos brazos de mar estrechos y profundos que la limitan casi por todas partes. Conócenla los navegantes porque hiere de lo lejos su vista cuando se dirigen á Bergen. En una extensión de veinte y cuatro leguas se sostiene dicha cordillera á igual altura bajo la forma de una

inmensa cúpula de nieve, cual el Buet en los Alpes, si bien en menor escala.

Mr. Hertzberg de Kinservig sábio é instruido ministro que habita sus alrededores subió á ella con un barómetro de sifon el 25 de setiembre de 1803, y señalaba 23 pulgadas 1,9 líneas, y el termómetro 3°, 4; y cuando estaba en Reysuter á orillas del mar, estaba á 28 pulgadas 5,8 líneas, y el termómetro á 11°, 87; luego la montaña tiene mil seiscientos cincuenta y dos metros. La montaña continúa elevándose mediante una suave pendiente, en una estension de algunas leguas, desde el punto en que Mr. Hertzberg observaba, de suerte que él cree que tendrá la montaña mil setecientos diez y siete metros de altura.

El nevero que de ella desciende por la parte O. y que ocupa el valle llamado Bondhemsdal, se parece perfectamente á los mas hermosos neveros de Suiza; se adelanta hasta á media legua del mar, y su parte inferior no tiene mas que trescientos veinte y cinco metros de altura que es la mínima á que en aquellas regiones se sostienen los neveros.

Pero no solo llega aquella montaña al límite de las nieves, sino que tambien pasa mucho mas allá, porque da origen á considerables neveras. Con todo su altura es inferior, en su punto mas elevado, al límite de las nieves que hemos creído debíamos asignar al Filh-Field. Tambien Mr. Hertzberg se cercioró, en virtud de varias observaciones, de que no podia suponerse que llegara á mil quinientos noventa y siete metros dicho límite en el Folge Fonden-Field; habiendo confirmado este aserto varias operaciones del mismo género. El Melderskin, alta cuna mas próxima al Océano conserva constantemente nieve, pero solo tiene mil cuatrocientos ochenta y ocho metros sobre el nivel del mar. Por lo tanto aun le faltan doscientos catorce metros para llegar al límite de las nieves en la gran cordillera.

Verdad es que la temperatura que produce la inmediación del Océano ha de influir mucho en este fenómeno. Los vientos que en aquellas costas dominan son del O., SO. y del S. Varias observaciones que se han continuado durante treinta años, han probado que en los dos tercios del año, soplan de aquellos puntos los vientos desde el cabo mas meridional de la Noruega hasta mucho mas allá del círculo polar. Infinitamente mas raros y menos fuertes son en aquellos puntos los vientos del N. y del E.; jamas tienen la violencia de los del O. y sobre todo del SO. y del S. los cuales casi siempre ocasionan tempestades.

Estos últimos vientos vienen de mas elevadas temperaturas, y por consiguiente de regiones de mas suave temple, con la cual se dirijen al N., y al atravesar el Océano, se cargan con todos los vapores acuosos que pueden disolver, llegando de paso al continente, que tiene una temperatura mas variable que la del Océano, cuyas aguas, siempre en movimiento, están eminentemente dotadas de la propiedad de retener el calor. Mengua por lo tanto durante la mayor parte del año la temperatura de aquellos vientos, la cual no basta para retener toda el agua bajo la forma de vapores. Parte se condensa constituyendo nieblas, las nubes, y por último los torrentes de lluvia que inundan las islas comarcas. Pocas veces logra penetrar el sol aquella larga capa de nubes, siendo por lo tanto debilísima la influencia que ejercen sus rayos en la tierra. Tanto la mayor parte del verano como todo el invierno no viene á ser mas que una estacion de lluvia. La temperatura de los meses mas calurosos es muy inferior á la que se siente en el interior del país, en el cual puede ejercer el sol toda su influencia durante los dias cuya duracion es tan larga en el N.

Por consiguiente en el verano hay mucha menos nieve derretida en las montañas vecinas al mar, menguando por lo tanto muchísimo el límite de las nieves.

Se ha notado que en Bergen, durante un año, no baja de 68 pulgadas la lluvia, y á menudo llega á 92; mientras que en Upsal, que se halla á la misma latitud, pero en el interior del continente, nunca pasa la cantidad de lluvia de 14 pulgadas anuales. Fácilmente se concibe, por qué son tan considerables allí las lluvias á principios del invierno. En los meses de otoño se corta repentinamente el equilibrio de temperatura, que durante el verano habia reinado en la mayor parte de la superficie del globo. El aire mas caliente, y por consiguiente mas elástico de los climas mas templados, se precipita con fuerza hácia las regiones en que la tierra se enfria con prontitud. Su temperatura mengua mas que en verano; los vapores acuosos se condensan súbitamente; las lluvias son mucho mas fuertes, y la electricidad que se desarrolla á cada cambio de forma de los cuerpos, abunda tanto, con motivo de dicha condensacion, que no puede dispersarse sin estallar. Los rayos, los truenos y los mas violentos huracanes acompañan á aquellas lluvias durante todo el curso del invierno, mientras que dichos fenómenos no se observan en verano, porque son menos considerables el enfriamiento, y por consiguiente la condensacion de los vapores acuosos.

Una corriente de aire caliente y húmedo que es tan constante, tan elevada y tan fuerte que modera los frios de los inviernos y amortigua los calores de los veranos, ha de ejercer notable influencia en el peso de la atmósfera y ha de producir una impresion particular en la altura de la columna barométrica. Mr. Hertzberg, que observaba con excelentes barómetros de sifon, jamás notó que la altura media durante diez años pasase de dos pulgadas, una línea. Lo mismo han observado Mr. Stroem que habita en la provincia de Soendmoer bajo los 63°, y Mr. Schytte en Loe-dingen bajo los 68°, y por consiguiente mas allá del círculo polar. Mucho tiempo hacia ya que Mr. Van-Swinden habia anunciado que la altura media del barómetro, en toda Holanda, no pasa ni siquiera, llega á veinte y ocho pulgadas, una línea. Lo mismo habia probado Mr. Dalton por las costas del Nordeste de Inglaterra, y Mr. Kirwan por las de Irlanda. Probado está, pues, al parecer que la altura del barómetro, en las orillas del mar Atlántico y hasta por el Norte, es inferior en dos líneas por lo menos á la de las playas de los mares interiores como el Mediterráneo, y mas aun el Báltico y los golfos de Finlandia y de Bosnia. El aire que recorre el Atlántico con elevada temperatura, se enfria cuando baja de las regiones polares á lo largo de los golfos del Báltico, y por eso disminuye su elasticidad específica. Las alturas medias del barómetro en Petersburgo, en Albo ó en Stocolmo, pueden llegar y hasta pasar de veinte y ocho pulgadas, tres líneas; siendo así que dominan allí los vientos del Nordeste y del Este, y no los del Sudeste y del Oeste.

Otra poderosísima causa de depresion del límite Folge-Fonden-Field, es la gran masa de aquellas mismas nieves que enfrian considerablemente la temperatura de los alrededores, impidiendo que se derritan las nieves inferiores, las cuales ciertamente se liquidarian á dicha temperatura en menos elevadas montañas, cuyo fenómeno fue el primero que Saussure observó en los Alpes. Creyó que por esta causa podia menguar el límite de las nieves hasta cien toesas. Era, pues, preciso confirmar el hecho observándole, ya no en altísimas montañas muy estensas y cubiertas de abundantes masas de hielo, sino mejor en montañas aisladas, que apenas pasan de dicho límite, y cuyas nieves no pueden enfriar sensiblemente la atmósfera que les rodea. Tanto mas verosímil parece lo dicho, cuanto que de esta causa proviene principalmente la gran depresion del límite de las nieves en el Folge-Fonden Field, y el que las montañas poco distantes de la gran cordillera de los

Lang-Field no se hallan muy cubiertas de nieve, ni tampoco tienen muchas neveras, aunque presente cimas tales como el Hartong en el Hardanger-Field que se eleva á mil seiscientos noventa metros; pero la meseta situada al pie de aquellas cimas jamás pasa de mil cuatrocientos treinta metros de altura. Por consiguiente, no puede haber allí una estension de muchas leguas cuadradas totalmente cubiertas de nieve, que enfrie la atmósfera que las rodea.

No será, pues, mucho el error que se cometa poniendo el límite de las nieves, bajo los 61° de latitud á mil seiscientos setenta metros, ó unas ochocientas setenta toesas sobre el nivel del mar.

No será mucha la sorpresa que nos cause encontrar el límite de las nieves á una altura muy poco considerable sobre la superficie del terreno, si desde las regiones que acabamos de describir nos trasladamos 10° mas hácia el N. hasta las estremidades del continente europeo. Al oír hablar de los frios de Laponia se creería que aquel límite se confunde ó coincide con la superficie del terreno; pero á primera vista nos manifiesta con facilidad el aspecto del país que ha de estar muy distante el límite. Con efecto, no se rebelan decididamente contra el cultivo los valles que se hallan á los 70° de latitud; véanse en ellos campos y jardines; encuéntrense tambien ciudades y ríos, y hermosos bosques en los valles; cubre las orillas de los brazos de mar numerosa poblacion, y por último la variedad y la magnificencia de los puntos de vista á lo largo de aquellos golfos, recuerdan antes bien los climas mas dulces que la triste monotonia de las nieves ó de los hielos perpétuos. En la estremidad de la Laponia y entre sus estrechos y prolongados golfos, se divide y desaparece aquella gran cordillera del Kioel que se estiende hasta allí en una longitud de mas de cuatrocientas leguas. Las últimas ramas de aquella cordillera abrazan sin deprimirse mucho los golfos de los dos lados y terminan bruscamente por los altísimos cabos Norte de Porsauges, de Snerholt y del Nordkyn. Hácia el mar Blanco y la Fialandia solo hay terrenos elevados, sin que se presente ninguna cordillera de montañas.

Habiéndose observado el 16 de agosto de 1807 el barómetro en una de las mas notables cimas de aquellos brazos, llamada Akkasokki, montaña situada mas allá de Talvig y en el interior del golfo de Alten se vió que habia llegado :

á 24 pu'g. 11,1 lín. (term. 10°, 94).
En Talvig que se
halla á 22 metros
sobre el nivel del
mar 28 " 0,84 (term. 16°, 25).
Altura del Akkasokki. 1,023 metros.

No cubria la nieve aquella cima ni la meseta inferior á ella; pero hacia poco tiempo que la dejara á descubierto, de suerte que aun se veia una gran capa de nieve en sus laderas. Cubria aun enteramente á una montaña vecina llamada el Storvands-Field, la cual la conservó durante todo el año, y segun se dice siempre sucede lo mismo. Pasa pues del límite de las nieves, el cual ha de estar entre su altura total y la del Akkasokki. He encontrado que el Storvands-Field tiene 1,071 metros de altura. De este modo el límite de las nieves llegaría á los 70°, y en el interior de los golfos á mil sesenta metros poco mas ó menos, ó sea á quinientas treinta y tres toesas.

Considerable es dicha altura para tan alta latitud, puesto que es igual á la de Puy-de-Dôme, y superior á la de la meseta de Clermont y á la de la mayor parte de las montañas de Alemania. Fácilmente se conoce que valles que disten mil metros del límite de las nieves no han de carecer de los beneficios de la vegetacion, y máxime si se considera que gozan de

un verano que es un dia continuo de dos meses de duracion, durante el cual no cesa el sol de difundir sobre la tierra un suave calor, que no mengua por las noches. Menos sorpresa causa encontrar allí campos cultivados y ver bosques que se internan bastante en la pendiente de las montañas.

Con efecto, las colinas mas próximas á Alten mantienen pinos hasta sus cimas, y los abedules no desaparecen hasta bien lejos del valle, en regiones en que las montañas principian ya á formar mesetas. Subiendo mas, desaparecen sucesivamente aquellos mirtos que con tan prodigiosa profusion crecen en el fondo de los valles, los sauces que brotan á lo largo de los riachuelos de nieve derretida, y por último los enanos abedules que forman en los pantanos pequeños grupos sin los cuales no fueran accesibles, pues sirven al propio tiempo de islotes.

Resaltan de tal modo estos diferentes límites de vegetacion que no pueden menos de llamar la atencion. Los límites de los pinos y de los abedules casi nunca varían mas allá de treinta metros de altura, y á veces parecen líneas trazadas en la pendiente de las montañas.

He medido dichos límites y he encontrado los resultados siguientes.

Los pinos	237 m.	121 t.
Los abedules	481,7	247
Los mirtos.	619,7	318
Los sauces.	656	336
El abedul enano	836,7	429
Límite de las nieves	1060	543

Habrà, pues, doscientos cuarenta y cuatro metros de diferencia entre el límite de los pinos y el de los abedules, y quinientos setenta y ocho entre el de estos y el de las nieves. Pero no solo son ciertas estas diferencias relativas de límite para las latitudes de Laponia, sino que tambien lo son para las de la Noruega entera, aunque sea diferente la altura absoluta á que es preciso subir. Si desaparecen los pinos á nuevecientos ochenta metros habrá que subir á mil doscientos veinte y cuatro metros para encontrar el límite de los abedules, y el de las nieves será mil ochocientos tres metros.

Estos límites pues nos suministran un excelente medio para determinar la altura de las nieves perpétuas, hasta en los países que cuenten montañas poco elevadas á fin de poderla observar inmediatamente. En mejores latitudes, la desaparicion de las hayas, de los robles, etc., en una montaña, indica la altura á que fuera preciso elevarse para encontrar el límite de los abetos, luego el de los pinos, de los abedules, y por último el de las nieves, y mediante esta última indicacion, se referiría el clima de la region observada á una medida general en todos los climas del globo.

Tambien se puede determinar de este modo la altura de las nieves en las islas exteriores mas próximas al mar Helado y á los alrededores del cabo Norte. No se conserva allí la nieve en las montañas, pero es mas bien por la poca altura de estas que por la suavidad del clima, puesto que raras veces ven el sol: los vientos del O. ocasionan una lluvia y nieblas casi continuas, y las nubes nunca las abandonan. No crecen allí los árboles, los abedules parecen zarzas, y desaparecen pronto de la pendiente de las montañas. Cerca de Hammerfest todavia se ven arbustos á doscientos veinte y siete metros de altura; pero en Mage-roë, ya no hay ningun vestigio á ciento treinta metros. El límite de los abedules de Alten sube á doble altura. Por consiguiente el límite de las nieves de Hammesfest pasaria de ochocientos doce metros, pero solo llegan á trescientos noventa las rocas de aquel célebre cabo, y el interior de Mage-roë solo sube á cuatrocientos cincuenta y cinco; precisos fueran pues doscientos sesenta metros mas para que perma-

neciera constantemente la nieve en sus cimas. Verdad que las cubren también muchas y grandes manchas de nieve á principios de agosto, lo cual prueba que aquellas alturas no distan mucho del límite; pero dichas manchas desaparecen enteramente durante todo el mes, sin que las reemplacen nuevas nieves hasta mediados ó fines de octubre.

Desde Alten hasta el cabo Norte bastó grado y medio para que dicho límite bajase á trescientos cincuenta y siete metros, mientras que no había menguado mas que seiscientos diez y siete metros por diez grados desde el Fille-Field. Tal es el poderoso influjo del Océano en aquellas regiones: los vapores acuosos se condensan bajo la forma de brumas al menor enfriamiento que experimentan en las islas; pero al llegar al interior de las tierras, se precipita ya suficiente cantidad de vapores para que el resto pueda conservar el estado gaseoso. Puede por lo tanto atravesar el sol las nubes, llegar al suelo, calentarle y aumentar la temperatura de la atmósfera.

En este caso impelidas por los vientos las nubes y las nieblas, se disuelven de nuevo en aquella elevada temperatura, desaparecen y el cielo queda raso durante semanas enteras. El interior de los golfos participa del calor de los vientos, pero no llegan hasta allí las lluvias y las nieblas que ocultan el sol; y por eso la temperatura media del mes de julio de 1807 pudo elevarse á 16,9 en Alten, mientras que en los alrededores del cabo Norte se estacionó en 10,83 á fines de julio y á principios de agosto.

Pero el límite de las nieves dependerá de la temperatura de los veranos ó de la de los meses en que pueda fundirse la nieve, y no de los frios del invierno. Por consiguiente la temperatura media no determina inmediatamente la altura; pues si así no fuese, la veríamos mas alto en las islas que en el interior del golfo de Alten, porque la temperatura media de este punto no es quizás igual á la del cabo Norte. El Mercurio se congela á menudo al aire libre en Alten; y nunca se verifica esto en el cabo Norte. En Alten baja el termómetro á -23° , y en el cabo Norte solo á $-12,5$. Por eso jamas se hiela en aquellos puntos el mar Helado, ni siquiera en los golfos, sino que es preciso alejarse de veinte á treinta leguas marinas de los últimos promontorios para hallar islotes de hielo.

Si en todas partes la temperatura media general determinase el límite de las nieves, Uleoborg y Torneo habrían de contar igual altura á los 63° de latitud que Magerö á $71^{\circ},5$. Con todo, por mas que casi sea idéntica en ambos puntos la suma de las temperaturas ¡cuánta diferencia en la de sus veranos y de los meses durante los cuales puede fundirse la nieve! Combinando las observaciones que el padre Helli hizo desde el invierno de 1768 hasta junio de 1769, en Wardøen, con las de Mr. Bayly, en el Kamøfiord en Magerö, y con la de Mr. Jorine Dixon en Hammerfest, cuando se detuvieron allí, en 1769, para observar el paso de Venus, y agregando además las cortas observaciones que pude hacer durante doce días que permanecí en el cabo Norte, podremos formar la pequeña tabla de temperatura media que no distará mucho de ser verdadera, y podremos compararla con las observaciones de Mr. Julin, en Uleoborg, publicadas por la academia de Estocolmo.

	Magerö, $71^{\circ},5$	Uleoborg, 63°
Enero.	$-5,51$. . .	$-13,52$
Febrero.	$-4,90$. . .	$-9,96$
Marzo.	$-4,03$. . .	$-9,88$
Abril.	$-1,101$. . .	$-3,24$
Mayo.	$+1,15$. . .	$+4,94$
Junio.	$+4,52$. . .	$+12,88$
Julio.	$+8,12$. . .	$+16,42$

Agosto	$+6,05$. . .	$+13,72$
Setiembre.	$+3,12$. . .	$+8,05$
Octubre.	0	$+3,74$
Noviembre.	$-3,47$. . .	$-5,19$
Diciembre.	$-3,48$. . .	$-10,23$
Media	$+0,75$	$-0,66$

Poca pues es la diferencia que hay entre dichos dos puntos. Pero la media de los meses de temperatura superior á 0° llega en Uleoborg hasta 10° , mientras que sube solo á 4° en el cabo Norte. Esta sola diferencia determina la altura del límite de las nieves, pues á pesar de los rigores de los inviernos en el golfo de Bctnia, la temperatura de los veranos prueba que dicho límite se eleva allí considerablemente.

Esta consideracion presta nuevo interes á la determinacion del límite de las nieves. Si la altura depende solo de la temperatura del verano, será por decirlo así, una medida de la fuerza de la vegetacion, porque esta fuerza depende igualmente de la cantidad de calor superior á 0° . Las plantas no crecen á una temperatura inferior á la de congelacion, ni á ella pueden tampoco vivir los animales sino mediante auxilios exteriores. La vegetacion y los árboles nos prueban que el límite de las nieves en Siberia ha de ser mas alto que en Alten, y quizás tanto como en Torneo, y casi creemos que un verano tal cual le requiere dicho límite, podría originar una vegetacion y productos comparables con los que se ven en los alrededores de Torneo.

Las observaciones de Mr. de Wahlenberg, tan hábil físico como sábio botánico, nos dieron á conocer la altura del límite de las nieves á los 60° . Subió en en aquellas regiones, al traves de enormes neveras, á la cima del Soëdre Sulitjelma que es la montaña mas alta de Laponia, y examinó el barómetro, el 14 de julio de 1807.

á.	22 p. 1,06 lín.	term. $7^{\circ},5'$ C.
Estaba á orillas del mar á. . .	28 p. 17 lín.	term. $16^{\circ},25'$ C.
Por lo tanto altura de la Su. litjelma. . . .	—	1,788 metros.

En aquellas regiones baja, pues, el límite de las nieves hasta 1,469 metros, y es de admirar que solo vengan á ser cien metros mas que en Alten; y aunque es de creer que las grandes mesetas de hielo han de hacer disminuir el límite, sin embargo, la altura del de los pinos y de los abedules en los valles, concuerda bastante con el de las nieves.

Parece, pues, que poco disminuye la temperatura desde los alrededores del círculo polar hasta los 70° ; lo cual confirman las observaciones que se hicieron en Suecia.

Algunas otras observaciones que se hicieron en las montañas del Dovre-Field á los $62^{\circ},5$ pueden servir para averiguar la altura de las nieves en aquella latitud. A dos mil cuatrocientos setenta y cinco metros se eleva la gran cima del Suechaelta que es la mas alta montaña de Europa y del Asia boreales, si son de creer las medidas del sábio físico Mr. Esnarck. No se ha medido inmediatamente la altura á que dejan de fundirse las nieves; pero como desaparecen allí los pinos á setecientos cuarenta y siete, es de creer que el límite de las nieves se sostenga á mil quinientos ochenta y dos metros.

Reasumiendo todos los hechos enunciados en esta memoria encontramos que el límite de las nieves se eleva.

á los 61°. á.	1690 m.	866 t.
62°.	1582	810
67°.	1169	600
70°.	1060	553
71°, 5, pero espuesto á toda la influencia del grande Océa- no á	714	366

Evidente es por tanto que no se pueden comparar entre sí las observaciones que se han hecho bajo diferentes meridianos, y por lo tanto tampoco es posible comparar la Islandia con la Noruega, ni esta con la Siberia. La altura de la nieve mas allá del cabo Norte será verosimilmente análoga al límite inferior de las nieves en Islandia, porque son idénticos los fenómenos meteorológicos que se observan en aquella isla y en el cabo Norte.

VISIBILIDAD DE LOS ESCOLLOS.

Página 199.

A una distancia dada del buque se ve tanto mejor el fondo del mar cuanto mas elevado se halla el observador; y por eso cuando un capitán experimentado navega en un mar desconocido y sembrado de escollos se sube á veces á la punta del mástil, para dirigir mejor el buque.

Muy bien establecido nos parece el hecho para que acerca de este punto reclamemos nada de nuestros jóvenes navegantes en cuanto á la práctica; pero quizás, si siguen las indicaciones que nos permitiremos apuntarles aquí, podrán llegar á la causa de un fenómeno que tan de cerca les interesa y deducir de él medios mas perfectos que los que les enseña á usar una fortuita observación.

Cuando un hacecillo luminoso cae sobre una superficie diáfana, parte de él la atraviesa, y parte se refleja. La porción reflejada es tanto mas estensa cuanto menor es el ángulo de incidencia. Esta ley se aplica indistintamente, ya pasen los rayos de un medio mas denso á otro menos denso ó viceversa. Esto sentado, supongamos que un observador colocado en un buque desea percibir un escollo poco distante, por ejemplo á treinta metros. Si su ojo dista un metro del mar formará un ángulo muy pequeño el rayo luminoso que parta del escollo; y si por el contrario está muy elevado el ojo, á treinta metros por ejemplo, verá el escollo bajo un ángulo de 45°. Como el ángulo de incidencia interior corresponde á un ángulo emergente muy pequeño, claro está que es menos abierto que el correspondiente á la emergencia de 45°. A menores ángulos mayores reflexiones; y por consiguiente recibirá el observador tanta mas luz del escollo, cuanto mas alto esté.

Pero no solo llegan al observador los rayos del escollo. En la misma dirección, pero confundidos entre sí, hay rayos de luz atmosférica reflejados esteriormente por la superficie del mar. En el caso de que fueran estos sesenta veces mas intensos que los primeros, destruirán totalmente su efecto, de suerte que ni siquiera se llegará á sospechar el escollo. Pongamos menor proporción entre ambas luces, y la imagen del escollo solo se debilitará. Recordemos ahora que los rayos atmosféricos que el mar envía al ojo son tanto mas brillantes cuanto mas agudo es el ángulo de reflexión, y todos nuestros lectores comprenderán que dos causas diferentes concurren á que sea menos aparente un objeto submarino, á medida que se aproxima la línea visual á la superficie del mar; estas causas son, por una parte la disminución progresiva y real de los rayos que emanan de aquel objeto van á formar su imagen en el ojo, y por otra un rápido aumento en la intensidad de luz reflejada por la superficie exterior de las aguas; ó bien, si me es lícita la expresión, en la cortina luminosa al traves de

la cual han de abrirse paso los rayos que vienen del escollo.

Supongamos que las intensidades comparativas de ambos hacecillos superpuestos sean la única causa del fenómeno que analizamos, y podremos indicar á los navegantes un medio de percibir los escollos, mejor y con mucha mas facilidad que sus antecesores lo hicieron. Sencilísimo es este medio, y consiste en mirar al mar al traves de una lámina de turmalina cortada paralelamente á las aristas del prisma y darle cierta posición.

Supongamos que la línea visual tenga 37° de inclinación: la luz que bajo este ángulo se refleja está completamente polarizada, la cual, segun todos los físicos saben, no atraviesa las láminas de turmalina convenientemente situadas. Una turmalina puede por consiguiente eliminar del todo los rayos que el agua refleja, los cuales, en la dirección de la línea visual, iban mezclados con la luz que proviene del escollo destruyéndola ó por lo menos debilitándola mucho. Producido este efecto, el ojo que se halla colocado detras de la lámina cristalina, no recibe mas que una especie de rayos emanados de los objetos submarinos, y en vez de dos imágenes superpuestas solo hay en la retina una imagen, de suerte que la visibilidad del objeto se halla considerablemente facilitada.

La eliminacion *entera* y *absoluta* de la luz reflejada en la superficie del mar solo es posible bajo el ángulo de 37° que es aquel en el cual hay completa polarización; pero bajo ángulos mayores ó menores de 10° á 42° que 37°, el número de rayos polarizados contenidos en el hacecillo reflejado y el de los que la turmalina puede detener, es tambien tan considerable, que no puede menos de dar ventajosísimos resultados el uso de dicho medio de observación.

Si los navegantes se dedican á los ensayos que acabamos de proponerles, dotarán probablemente á la marina de un medio de observación que podrá prevenir algunos naufragios; y por último, introduciendo la polarización en el arte náutico, probar los peligros á que se esponen aquellos que acogen sin cesar los experimentos y las teorías sin aplicaciones actuales con un desdenoso ¿de qué sirven?

ARCO IRIS.

Página 199.

La esplicación del arco iris es uno de los mas bellos descubrimientos de Descartes; pero dicha esplicación aun no es completa, á pesar del desarrollo que Newton le dió. Si se mira con atención aquel magnífico fenómeno, se ven bajo el rojo del arco interior muchas series de verde y púrpura que forman arcos estrechos, contiguos, bien definidos y perfectamente concéntricos respecto al arco principal. La teoría de Descartes y de Newton no habla de estos arcos llamados *suplementarios*.

Estos arcos son al parecer *interferencias luminosas* que han de provenir de gotas de agua de cierta pequenez. Para que el fenómeno sea brillante, es preciso que las gotas de la lluvia satisfagan á una igualdad de dimensiones casi matemáticas. Si pues los arcos-iris de las regiones equinocciales jamas presentaran arcos suplementarios, seria prueba de que allí se desprenden de las nubes, mayores las gotas y mas desiguales que en nuestros climas.

Si el sol está bajo, por el contrario, se halla muy alta la parte superior del arco iris, en la cual se presentan con mas brillo los arcos suplementarios. Desde este punto se debilitan rápidamente, de suerte que en las regiones inferiores y cerca del horizonte ya no se ve huella alguna, por lo menos en Europa.

Preciso es pues que pierdan las gotas en su descenso vertical las propiedades de que en un principio

gozaban; que salgan de las condiciones de interferencias eficaces, y que hayan crecido mucho.

¿No es curioso encontrar en un fenómeno de óptica, en una particularidad del arco iris, la prueba de que en Europa la cantidad de lluvia ha de ser tanto menor cuanto mas elevado esté el receptáculo?

El aumento de dimension de las gotas depende sin duda de la precipitacion de humedad que se opera en su superficie á medida que descendiendo de la region fria en que han tomado origen, atraviesan las capas atmosféricas mas y mas calientes, que lindan con la tierra. Casi se conoce pues que, si se forman en las regiones equinociales arcos-iris suplementarios, como en Europa, jamas llegarán al horizonte. Pero la comparacion del ángulo de altura bajo el cual dejan de percibirse con el de desaparicion observado en nuestros climas, nos ha de conducir al parecer á resultados meteorológicos que hoy dia ningun método nos podria dar.

MAGNETISMO TERRESTRE.

Página 200.

La ciencia se ha enriquecido de algunos años á esta parte con un buen número de observaciones de las variaciones diurnas de la aguja imantada; pero su mayor parte se han hecho en las islas ó en las costas occidentales de las continentes. Utilísimas serian hoy observaciones análogas, correspondientes á las costas orientales; porque electivamente servirian para someter casi á una prueba decisiva la mayor parte de las esplicaciones que de tan misterioso fenómeno se ha intentado dar. Inútil fuera observar las variaciones diurnas de la aguja imantada horizontal en aquellos sitios en los cuales no se detuviere el navegante una semana entera. No sucede otro tanto con los demas elementos magnéticos, puesto que, sea cual fuere el tiempo que el navegantese detenga, será preciso, si es posible, que mida la declinacion y la intensidad.

Al procurar conciliar las observaciones de inclinacion que se hicieron en épocas remotas en diversas regiones de la tierra poco distantes del ecuador magnético, se notó que hacia algunos años avanzaba a aquel ecuador progresivamente y en totalidad de Oriente á Occidente. Hoy dia se supone que este movimiento va acompañado de un cambio de forma. No menos interes producirá bajo este concepto el estudio de las líneas de igual inclinacion. Curioso será, cuando esten trazadas en mapas estas líneas, seguir las con la

vista en sus cambios de posicion y de curvatura; y ademas su exámen podrá proporcionarnos importantes verdades. Ahora se comprenderá fácilmente por qué pedimos tantas medidas de inclinacion cuantas sea posible recoger.

Las observaciones de intensidad solo datan desde los viajes de Entrecasteaux y de Mr. Humboldt; y sin embargo han arrojado vivísima claridad sobre una complicada cuestion, cual es la del magnetismo terrestre, no obstante que á cada paso se encuentra falto de medidas esactas el teórico.

En cuanto á la declinacion, harto conocen su utilidad los navegantes, para que dejen de ser superfluas las recomendaciones que podamos hacer.

Los viajes aerostáticos de MM. Biot y Gay-Lussac, que en otro tiempo ejecutaron bajo los auspicios de la Academia, tenian por principal objeto el exámen de la tan capital cuestion siguiente: ¿La fuerza magnética, que en la superficie de la tierra dirige la aguja imantada hácia el Norte, tiene esactamente la misma intensidad cualquiera que sea la altura?

Las observaciones de nuestros dos compatriotas, las que Mr. Humboldt hizo en los paises montañosos, y aun las mas antiguas de Saussure, demuestran al parecer que es inapreciable el decremento de la fuerza magnética en las mayores alturas á que el hombre puede llegar.

Su refutacion ha tenido recientemente esta conclusion: Por ejemplo, se notó que en el viaje de Mr. Gay-Lussac el termómetro que en el suelo, en el momento de partir, señalaba 31° centígrados, bajó á 9° en la region acerca de la cual nuestro compatriota hizo oscilar por segunda vez su aguja; y hoy se halla perfectamente sentado que en un mismo lugar, bajo la accion de una misma fuerza, una misma aguja oscila con tanta mas velocidad cuanto menor es su temperatura. Así pues, para que hubiesen sido comparables las observaciones en el globo y en el suelo, habria sido necesario, en razon del estado del termómetro, introducir cierta disminucion en la fuerza que indicaban las observaciones superiores. Sin esta correccion, la aguja se hallaba igualmente atraible por arriba y por abajo, de suerte que á pesar de las apariencias, era mucho mas débil la fuerza.

Creemos pues que la comparacion de la intensidad magnética, en la base y en la cumbre de una montaña, es del mayor interes para los navegantes. El Mowna-Roah y el Tacore son lugares muy buenos de observacion.

A LOS LECTORES.

TENEMOS que hacer al lector una prevencion general, y es que en esta obra puede haber, y hay sin duda, errores de observacion, errores científicos y errores ó defectos de pasion. Sabiéndolo, conociéndolo, nosotros hemos preferido esta obra á otras por varias razones: una su moderada estension, pues entendemos que no corresponden al estado actual del pais, y por consiguiente no recibiria bien esas obras que entran en detalles, si gratos para el hombre de ciencia, pesados para la generalidad y sobrado costosas: otra su estilo, en el cual lleva reconocida ventaja á todas las demas relaciones de viajes: ventaja que no podiamos nosotros despreciar, constándonos la índole de la gran masa de nuestros suscritores y sabiendo cuánto importa la forma para atraer á la lectura de datos y observaciones que de otra suerte se desdicharian: otra el estar las apreciaciones científicas, autorizadas y aprobadas por el célebre Francisco Arago: otra, por último, la belleza de los dibujos, no pudiendo nosotros por las condiciones de nuestra BIBLIOTECA, emplear las láminas de otras obras.

Pero tal vez se diga ¿por qué no han puesto ustedes notas donde en su sentir las necesitase la relacion del autor frances? Porque no nos competia á nosotros detenernos á demostrar los errores científicos por medio de notas, dado que pudiéramos apreciarlos todos: porque, para rectificar

los errores de observacion, era preciso que hubiésemos nosotros seguido al autor paso á paso en su largo viaje, fijando la atencion en los mismos objetos: porque los demas errores, los de pasion, los defectos de parcialidad, son demasiado comunes en todo escritor frances, tratándose de España, para que, no habiendo de entrar en largas digresiones históricas mas ó menos oportunas y necesarias, debiésemos hacer otra cosa que una prevencion general para toda la obra.

El autor, en efecto, donde quiera que en su viaje encuentra á los españoles, rara vez deja de ser injusto, pero injusto con una animadversion casi inconcebible en un hijo de este siglo, y pecando frecuentemente hasta contra el sentido comun. No solo olvida los altos títulos de España al respeto y á la estimacion del mundo; no solo exagera de un modo injustificable los vicios de que haya podido adolecer, hijos los unos de la época en que se produjeron, los otros de circunstancias cuyo poder nadie valora bien á larga distancia de ellas, sino que nos injuria y deprime de un modo indigno de espíritus elevados, faltando, que es lo peor, á la verdad.

Nosotros, mas justos que él y menos accesibles á mezquinas pasiones, no dejaremos de reconocer por eso que los *Recuerdos de un ciego* es la descripcion mas bella que conocemos de los fenómenos y maravillas del globo.

INDICE

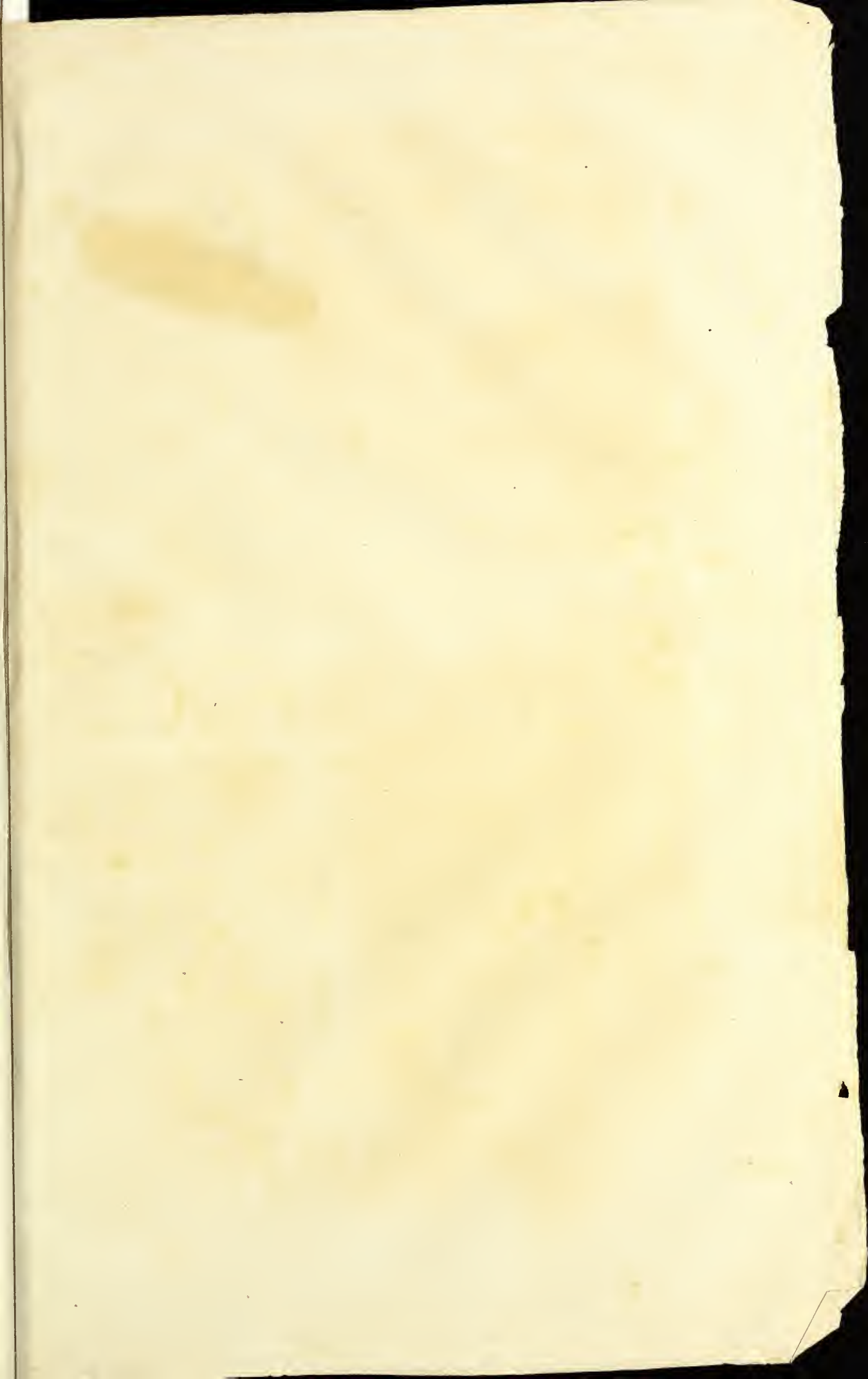
DE LOS CAPÍTULOS DE ESTA OBRA.

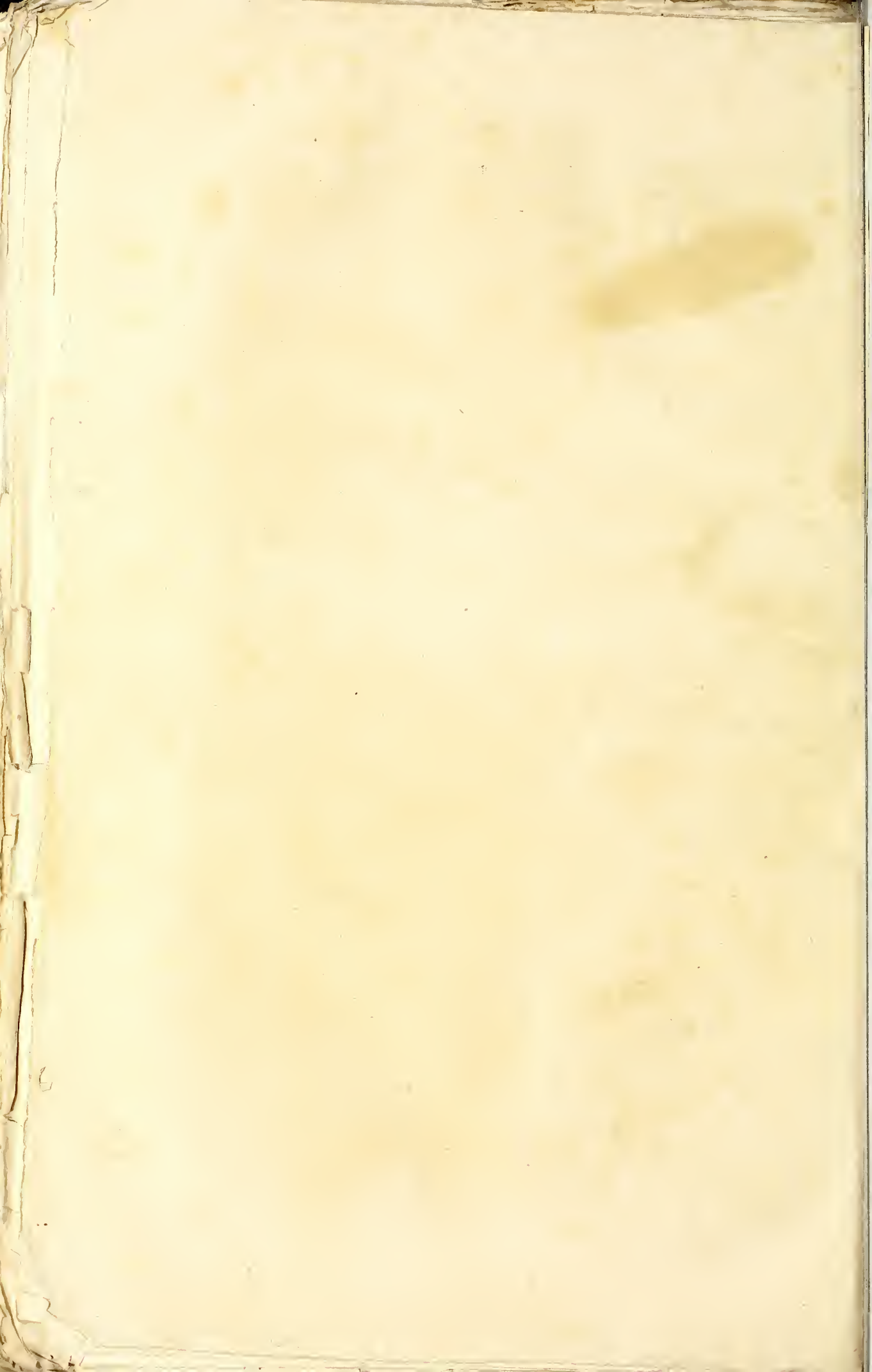
	Pág.		Pág.
INTRODUCCION.	3	Rajáhs.—Pormenores.—Enferme-	
PREÁMBULO.	7	dad.—Partida.	99
I. TOLON.—Las Baleares.—Gibral-	id.	XXII. LAS MOLUCAS.—Ataque nocturno.—	
tar.		El rey de Güebé.	102
II. TENERIFE.—Antigua Atlántica de	11	XXIII. RAWACK.—Los salvajes.—Culebras.	
Platon.—Guanchos.—Costum-		—Lagartos.—Otra vez Petit.—	
bres.—Un grano.	14	Escaramuza.	106
III. DE CANARIAS AL ECUADOR.—Pesca de	14	XXIV. RAWACK.—Pesca.—El rey Güebé y	
un marrajo ótiburón.—Ceremonia	18	Petit.—Una jóven.—Partida.—	
del paso de la línea.		Muerte de Laviche.—Varios archi-	
IV. EN LA MAR.—Petit.—Marchais. . .	20	piélagos.—Las Carolinas.	110
V. DEL ECUADOR AL BRASIL.—Postura	20	XXV. OJEADA RETROSPECTIVA	114
del sol.—Rio Janeiro.	24	XXVI. EN EL MAR.—Pesca de la ballena. . .	116
VI. RIO-JANEIRO.—El Corcovado, el ne-	24	XXVII. LOS ESPLORADORES.	122
grero.	29	XXVIII. CONTINUACION DE LOS ESPLORADORES.	124
VII. RIO-JANEIRO.—Biblioteca.—Escla-	29	XXIX. ISLAS MARIANAS.—Guham.—Humata.	
vos.—Pormenores.	34	—La lepra.	127
VIII. RIO-JANEIRO.—Villegagnon.—El	34	XXX. ISLAS MARIANAS.—Escursiones por el	
baston de diamantes.—Desafio en-	38	interior.—Dolorida.	129
tre un paulista y un coronel de	38	XXXI. ISLAS MARIANAS.—Guham.—Agaña.	
lanceros polaco.	46	Fiestas.—Detalles.	132
IX. BRASIL.—Petit y Marchais.—Riña.	46	XXXII. ISLAS MARIANAS.—Guham.—Costum-	
Salvajes.—Muerte de Laborde.—	51	bres.—Detalles.—Mariquita y yo.	136
Cabo de Buena-Esperanza.	63	XXXIII. ISLAS MARIANAS.—Guham.—Conti-	
X. EL CABO.—Caza del leon.—Porme-	63	nuacion de Mariquita.—Angela y	
nores.	66	Domingo.	140
XI. ISLA DE FRANCIA.—Incendio.—Ráfaga	66	XXXIV. ISLAS MARIANAS.—Viaje á Tinian.—	
de viento.—Detalles.—Zam-	71	Los carolinos.—Me salva la vida	
balah.—Cachucha.—Danzas.—	76	un tamor.	143
Fiestas de negros.—Mesa ovalada.	81	XXXV. ISLAS MARIANAS.—Rota. Ruinas.—	
XII. ISLA DE FRANCIA.—Combate del Gran-	81	Tinian.—Casa de los antiguos.	147
Puerto.	86	XXXVI. ISLAS MARIANAS.—Vuelta á Agaña.—	
XIII. BORBON.—San Dionisio.—Ballena y	86	Navegacion de los carolinos.—	
y Espada.—San Pablo.—Volcanes.	89	Fiestas dispuestas por el gober-	
Naké y Tabea.	94	nador.	150
XIV. BORBON.—Petit.—Hugues.—Escla-		XXXVII. ISLAS MARIANAS.—Historieta.—Enfer-	
vos.		medades.—Detalles.—Costum-	
XV. NUEVA-HOLANDA.—Salvajes antropó-		bres.	156
fagos.—Partida.		XXXVIII. ISLAS MARIANAS.—Historia general.	
XVI. TIMOR.—Caza del cocodrilo.—Mala-		Resúmen.	159
yos.—Chinos.		XXXIX. MADAMA FREYCINET.	161
XVII. TIMOR.—Chinos.—Rajáhs.—El Em-		XL. ISLAS CAROLINAS.	164
perador Pedro.—Costumbres.		XLI. EN EL MAR.—Un Capellan.—Mr. de	
XVIII. LA MAR.		Quélen.	174
XIX. OMBAY.—Antropófagos.—Prestidi-		XLII. EN EL MAR.—Calma chicha.	174
jitador.—Drama.		XLIII. ISLAS SANDWICH.—El coronel Brack y	
XX. TIMOR.—Diely.—Lijera explicacion.		yo. Un hombre en el mar.—Muerte	
—Mr. Pinto.—Detalles.—Costum-		de Cook.	175
bres.—Boa.		XLIV. ISLAS SANDWICH.—Kookini.—Bahía	
XXI. TIMOR.—Boa (continuacion).—Dos		de Hayakakooah.—Kaikooah.—	

ÍNDICE.

	Pág.
Visita á la punta en donde mataron á Cook.	179
XLV. ISLAS SANDWICH.—John Adams.—Morai.—Costumbres.—Suplicio.	183
XLVI. ISLAS SANDWICH.—Contrastes.—Rarezas.—Costumbres.	186
XLVII. ISLAS SANDWICH.—Jack.—Koiaí.—Tamahamah.—Mr. Rives de Burdeos.	190
XLVIII. ISLAS SANDWICH.—Koérani.—Suplicios.—Las esposas de Mr. Rives.—Visita al rey.—Petit y Rives.—Vancouver.—Ceremonia del bautismo de Kraimoukou, primer ministro de Riouriou.	193
XLIX. ISLAS SANDWICH.—Las viudas de Tamahamah.—Las mujeres de Rives.—Comida de ministros.—Young.—Asamblea general.—Religion.	199
L. ISLAS SANDWICH.—Tamahamah.—Rives de Burdeos.	203
LI. Correría con Petit al Océano de Lavar.—Taunroé.—Morokini.—Mowée.—Lahena.—Paraiso Terrestre.	210
LII. ISLAS SANDWICH.—Wahoo.—Marini.—El bandido de la tropa de Pujol.—Mas sobre Tamahamah.	213
LIII. ISLAS SANDWICH.—Wahoo.—Visita al gobernador.—Incurcion al volcan de Anourouron.—Juegos y diversiones.	220
LIV. ISLAS SANDWICH.—Wahoo.—Petit y yo.—Incurcion á la pesquería de perlas de Pah-ah.	224
LV. ISLAS SANDWICH.—Wahoo.—Marchais y Petit.—Comercio.—Pesca de Lahi.—Buena fé de los naturales.—Ojeada general.—Mas sobre Marini.	228
LVI. EN ALTA MAR.—Tristeza.—Isla Piistard.—Isla Rosa.	233
LVII. EN ALTA MAR.—Reyes.—Príncipes.—Tamores.—Rajá.	236
LVIII. EN ALTA MAR.—¿Cuál es el mas hermoso pais del mundo?	239
LIX. EN ALTA MAR.—Ponenteses.—Levanteses.	242
LX. NUEVA-HOLANDA.—Tierra de Cumberland.—Nueva Gales del Sur.—Chubasco.—Sidney.—Cow.—Paises escepcionales.—Coloniz-	

zacion.	Pág.
LXI. NUEVA-HOLANDA.—El puerto Jackson. Incurciones al interior.—Lucha entre un salvaje y una serpiente negra.—Habitacion de Mr. Oxley.	247
LXII. NUEVA-HOLANDA.—Torrente de Kimkham.—Ataque de un nido de hormigas.—Paso el torrente.—Solitudes.—Dos deportados.—Inundacion.—Juegos y ejercicios de los salvajes.—Vuelta á Sidney.	250
LXIII. NUEVA-HOLANDA.—Costumbres de los salvajes.—Desafios.—Matrimonios.—Galanterías de los esposos.—Ferocidad de los naturales.—Su muerte.	254
LXIV. NUEVA-HOLANDA.—Mr. Field.—Descripcion de Sidney.—Fiestas europeas.—Marchais, Petit y yo en los buques.—Combate de salvajes.	260
LXV. NUEVA-HOLANDA.—Veinte y cuatro horas de un rey zelandes.	263
LXVI. NUEVA-HOLANDA.—Fenómenos meteorológicos.—Viajes de Mr. Oxley al interior de la Nueva-Gales del Sur.	268
LXVII. NUEVA-HOLANDA.—A mi hermano.	272
LXVIII. EN ALTA MAR.—Las religiones.	277
LXIX. EN ALTA MAR.—Las lenguas.—Cómo se poblaron los archipiélagos.—La tripulacion.	278
LXX. CABO DE HORNNOS.—Huracan.	281
LXXI. NAUFRAGIO.	286
LXXII. ISLAS MALUINAS.—Caza de elefante. El azúcar de Mr. de Quelen.	289
LXXIII. ISLAS MALUINAS.—Caza de pájaros niños.—Muerte de una ballena.—Partida.—Llegada á Rio de la Plata.—Pampero.	292
LXXIV. PRAGUAY.—Montevideo.—El general Brayer.—Tres jaguares y el gaucho.	296
LXXV. BRAASIL.—El gaucho.	300
LXXVI. RIO JANEIRO.	304
LXXVII. VUELTA.—El general Hogendorp.—Salida del Brasil.—Juegos de los pueblos.—Llegada á Francia.	309
LXXVIII. Vocabularios de algunos de los pueblos que he visitado.	312
NOTAS CIENTÍFICAS	320
A los lectores.	324





2/21/2014

3131085 21 00



HF GROUP - IN

